HISTORIA DE FELIPE II,

REY DE ESPAÑA.

FELIPE SEGUNDO,

REY DE ESPAÑA.

Á DON FELIPE IV, SU NIETO ESCLARECIDO,

NUESTRO SEÑOR,

LUIS CABRERA DE CÓRDOBA,

SU CRIADO, HISTORIADOR DESTOS REINOS, GREFIER DE LA REINA NUESTRA SEÑORA Y CONTÍNUO DE LA CASA REAL DE CASTILLA.

SEGUNDA PARTE.

Edicion publicada de Real órden.

TOMO TERCERO.

MADRID,

IMPRENTA, ESTEREOTIPIA Y GALVANOPLASTIA DE ARIBAU Y C.ª

(SUCESORES DE RIVADENEYRA),

IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.,

calle del Duque de Osuna, número 3.

1877.

FELIPE SEGUNDO,

Rey de España.

SEGUNDA PARTE.

LIBRO I [1].

CONTIENE EL ESTADO EN QUE DEXÓ DON FELIPE LOS DE PORTUGAL, EL QUE TENIAN LOS DE FLANDES, LA RECUPERACION DE LA ISLA TERCERA, LA DE MUCHAS VILLAS EN LOS PAÍSES BAXOS, LA GUERRA CONTRA EL ARZOBISPO DE COLONIA, APÓSTATA, EL MEMORABLE SITIO CONTRA AMBERS.

CAPÍTULO PRIMERO.

El estado en que dexó Portugal D. Felipe, y el que tenian los de Flandres.

(Año 1583.)

Tenía la Corona de Castilla gran contento con la presencia del rey don Felipe, despues que vino de Portugal glorioso de haberle unido á ella por ligítima herencia, fuerza de valor y prudencia y armas victoriosas contra D. Antonio, prior de Ocrato, tirano. Su Majestad Católica, de su amor satisfecho, mostraba estar no ménos gozoso entre sus vasallos muy leales, honor, secreto y mayor potencia de su imperio. Las guerras de Flandes mejoraban, enflaquecido el bando y favor del Duque de Alanzon y de sus franceses con diferencias y difidencias que los hicieron sospechosos y de mala fe y salir de los Países vencidos, como dirémos, y el ser recibidos en Francia con desplacer general y alteracion del rey Enrique III, que tenía

(1) En la línea anterior del MS. está escrito, pero tachado, lib. xiv, que es el número de órden que le correspondia, por acabar en el xiii la Primera Parte de esta historia publicada por el autor: sin duda varió luégo de opinion, y comenzó nueva numeracion de libros en esta Segunda.

BIBLIOTECA NACIONAL

la inquieta y ambiciosa naturaleza de su hermano el Duque de Alanzon, su inmediato sucesor en el reino, pues no tenía hijos Enrique, y era militar y gallardo, ménos amigo de invenciones é hipocresías. No atendia con más cuidado á la perturbacion de Flandes y de Portugal, aunque á instancia de D. Antonio que estaba en Francia, sus ministros armaban navíos con falta de dinero y como para estar en la defensa; mas algunos guiados de Manuel Çerradas (1), portugués, saquearon en las islas de Cabo Verde.

En Lisboa gobernaba el archiduque Alberto, cardenal, por la instruccion que le dexó el rey D. Felipe, su tio, y tan recatado en este principio que usando ménos del poder que paresció á los naturales haberle quedado con alguna limitacion, firmaba los despachos del reino. El espediente desde Madrid y venir á la solicitud tan léxos de sus habitaciones era detenido fuera de todas sus esperanzas, molesto y más costoso que su paciencia y caudal podian tolerar; por esto haciendo el Rey la cuenta más recatada y más segura debia considerar no estaban los portugueses firmes en su obediencia, por ser imposible que siendo criados y nacidos con su particular Rey, y en ódio de la nacion castellana y de la grandeza de su Majestad, se consolasen en un punto de verse vasallos del Rey de Castilla y ausente dellos con gobierno *in solidum* y armado. Y así de los presentes no podia prometerse la fineza de sus abuelos ni el fervor que tuvieron en él de los de D. Felipe, mas en asomando la novedad por el mar ó por la tierra, que sería lo peor, si los tiempos causasen algun rumor en otras provincias de España, se harian los portugueses dos partes y ninguna del Señor natural, pues los mejores serian neutrales. Así lo decian y escribian los más inteligentes y los más fieles ministros dellos, y D. Juan de Silva, conde de Portalegre, mayordomo mayor del Rey en Portugal, sabio y elocuente con eminencia y felicidad en aconsejar; mas otros muchos accidentes no dejaron ganar su ánimo, principalmente locura del vulgo, que hablando y obrando con desaviento, fundado en vano esperar la vuelta de D. Antonio con armada á Portugal, dió forzosa causa de multiplicar los prisidios, ruina de todo el edificio. Con esto vian á su parescer cumplidos los pronósticos de los enemigos de su Majestad de la aspereza de su jugo y no de la suavidad que los amigos les representaron. No admirase no hallar lo que pensaban, por ser imposible no prometerse montes de oro de la magnificencia de tan gran monarca y estaban muy pobres por los sucesos pasados.

Las promesas hechas á particulares acrecentaron la esperanza de los que no las aceptaron, siendo necesarias al tiempo en que se hicieron, y los que las tenian no se señalaron en el servicio de su Majestad. Con esto no fue

(1) Don Antonio Manuel Serradas, segun Antonio de Herrera en su obra titulada *Cinco libros de la historia de Portugal y conquista de las islas de los Açores en los años de* 1582 *y* 1583, lib. v, fól. 205 vuelto.

posible igualar de manera la destribucion que no se pecase en el modo y en la proporcion de la cuantidad. Tambien esperaban los que sirvieron á D. Felipe ser diferenciados en las mercedes de los que habian acudido á D. Antonio y que no se confundiera esto por no distinguir los servicios hechos á su Majestad de los que hicieron á los otros Reyes, que pudieron remunerar aparte, quitando tan mal inconveniente; echaron ménos las promesas en el servirse dellos D. Felipe en su casa y entendian su ignorancia en la separacion de los oficios que procuraron entre su reino y los de Castilla; desconfiaban de la consignacion de las mercedes y la buena manera de pagárselas, ántes creian se olvidaba para que sin algun rumor se deshiciese. Quedaron descontentos de las entradas en la Cámara del nuevo señor, juzgándose rompió en los que entraban y en los que no entraban el órden pasado; y no los recogieron los castellanos como esperaban. Los ministros ordinarios en los primeros lugares fueran suficientes por su gran capacidad y experiencia, si no hubiera mudanza, mas en aquel mundo nuevo los debia juzgar y estimar como se mostraron desde que D. Enrique, cardenal, entró á reinar hasta que su Majestad Catolica vino á Portugal, y no como si navegasen con la bonanza antigua, ántes no tendrian amor á su Rey y á su república y serian respectivos y muy atentos á su interés por donde los tocasen; y por los negocios que no les podian tocar (aunque los harian bien), no se desvelarian no teniendo la comunicacion inmediata con su señor, á que aspiraban anhelando. Tambien quedaron resentidos por haber traido el Rey en su casa á Castilla á la Duquesa de Aveiro, juzgando por violencia el salvarla de las perturbaciones y atrevimientos que padeceria sobre el casar en Portugal, para que con el amparo y autoridad de su Majestad se le diese marido competente á su grandeza y conveniencias de su ilustrísima familia y Estados. Habia en el Consejo de Estado contienda sobre la precedencia; y si bien disputó el Rey ántes de su partida el regimiento, segun fue informado era en tiempo de sus abuelos, mandó precediese el Arzobispo de Lisboa y en su ausencia otros por semanas, porque no habia Presidente. Con esta disposicion de ánimos y cualidad de ministros, podia y debia creer D. Felipe dexaba el reino ni un punto mejor dispuesto ni compuesto.

Debiera tan generosa y bien entendida nacion considerar, en mudanza tan inesperada y grande, cuánto le fuera tolerable la union de su corona á las de Aragon y Castilla en su infante D. Miguel, hijo de María, princesa de Castilla, por fallecimiento del príncipe D. Juan, su hermano mayor, heredera de los Reyes Católicos D. Hernando y doña Isabel; y cuán sin repugnancia (ántes con mucho gusto y satisfaccion de su derecho) le juraron por legítimo y natural señor Aragon y Castilla, y sin el presente resentimiento, y cómo heredó estas dos coronas doña Juana por la muerte de la princesa María, su hermana, que no pudo prevenir en su casamiento

el Rey, su padre, teniendo en tantos hijos á su parescer bien asegurada y encaminada la sucesion de la monarquía y que ha causado el derramamiento infinito de sangre y tesoros de Castilla y Aragon, antiguos y nuevamente traidos por inmensos golfos, con tantos afanes, riesgos y claros hechos de los españoles de extendidas regiones y remotísimas para conservar los señoríos adjuntos. Y pues Aragon y Castilla corren su propia fortuna en la sucesion de sus señores despues de la muerte de su príncipe D. Juan, no les sea molesto lo que vino por ligítima herencia. Porque habiendo forzosamente de residir en Castilla su Príncipe y nuestro D. Miguel, si reinára, para destribuir igualmente el gobierno á España y á sus Dos Sicilias y Baleares islas, en el mesmo inconveniente (y no voluntario), de que hoy se lamentan, quedáran sin duda y repartido con otros el paternal amor y beneficencia próxima para ganarlas, de que gozaban solos, y el hijo de don Miguel fuera castellano; y pues se ha dispuesto de manera que sus Reyes y los de Aragon y Castilla son del antiguo tronco y sangre de los Reyes de todos tres Estados, que eran con alentado ánimo y cristiano, lo que disputó Dios, faltándonos el príncipe D. Juan y sus hermanas y á ellos veinte y dos hijos y nietos del rey D. Manuel, en edad precedientes á D. Felipe, para que reinára y viniera al dividido imperio gótico en España.

Don Galzaran de Borja (1), duque de Gandía, asistia al cardenal Alberto en la administracion de la guerra y era cual convenia grande, grave y de valor, y á quien los del Consejo respectaban por su gran cualidad y grado y no le haber traido entre las manos, y recogia y acariciaba los fidalgos portugueses en su casa, y gobernando las armas no les causaba escándalo de extranjero; y le daba autoridad el creer no le encubria el Rey su voluntad cerca de los negocios generales y particulares. Podia con él descuidar y descansar el Archiduque algun dia del peso de los negocios, y tenía en cualquier accidente á la mano quien pudiese llevar la carga y dar tiempo al Rey para hacer las provisiones sin precipitarlas por falta de ministros, y bastára con lo que tenía D. Felipe de su parte, que tuviera (como en los demas gobiernos) el capitan ó regente de gran cualidad y mediano juicio, especialmente asistido en Portugal del maestre de campo general Sancho de Avila por su gran valor, larga experiencia y estimacion, y tal ventura en el arte militar que solamente fue una vez herido déhilmente en tantos combates en mar y tierra. Mas en aquel año murió por caso miserable de una coz de un caballo batido, con sumo dolor de los soldados y gran pérdida de su Rey, y porque renovó la pena del fallecimiento del gran duque de Alba, Fernando Alvarez de Toledo, por su falta y haber esti-

(1) Don Cárlos Galceran de Borja.

mado y amado al invicto Sancho de Avila, honor de esta ciudad y lustre de la monarquía española.

En la isla Tercera gobernaba, como ya diximos, Manuel de Silva (1), enemigo obstinado del Rey Católico, cruel perseguidor de sus leales, fiel amigo de D. Antonio, tirano atrocísimo sin experiencia del manejo de la paz y guerra, y así muy intolerable. Con sus malas cualidades y artes trabaxaba los miserables isleños, haciendo para robarlos contínuas ocasiones, y su arrogancia y soberbia se le proponian inmortal y invencible. No quedaba lugar á la justicia, porque el mal trato y licencia de sus amigos y criados desenfrenados no tenía límite, y por la sujecion y servitud eran más libres los esclavos que los naturales. Hacía daños increibles en los obedientes á D. Felipe, y fueron muchos descubiertos de Amador Vieira, inviado del Rey secretamente á tentar los ánimos y mantenerlos en su devocion y reducir á ella los apartados; habiendo hecho bien su encomienda, los reveló al Silva y castigólos cruelmente. Este falso Conde de Torresvedras como le dictaba su tiranía, daba en nombre de D. Antonio nuevas órdenes, nuevas leyes, nuevos oficiales, no electos por votos segun el uso antiguo de los vecinos. Hacía registrar las sentencias en un libro del magistrado para su memoria, como si fuera sin fin su gobierno. Estaban en la isla pocos más de setecientos soldados franceses y doscientos ingleses, los desembarcaderos tan en defensa con fuertes y trincheas que parecian insuperables siendo defendidos.

Esta rebelion tan obstinada tenía con alteracion y deseo de la duracion á la mayor parte de los portugueses, aunque deseaban muchos la quietud, porque no dando fin á la guerra, los trataria mejor D. Felipe y sus ministros con más respeto. No valia contra esta opinion ser en Castilla caricidos y más introducidos con el Rey, ni haciendo semejante el gobierno del Archiduque al del Rey Cardenal, haberle traido del Pontífice autoridad de Legado, de gran comodidad al reino, porque los mal intencionados tenian que, pasados los dos años de la comision desta legacía, volveria el Archiduque á Castilla y quedarian reducidos á gobierno de provincia desde Madrid sin entrar jamas D. Felipe en Portugal; y no se engañaban que..... (2).

---

(1) Don Manuel de Silva Cotiño, nombrado conde de Torresvedras por el prior D. Antonio.

(2) Intercalada en el texto manuscrito y de la misma letra de él se lee la siguiente advertencia: «Aquí faltan hojas, porque de pág. 4 salta á 9.» Es la mayor laguna de todo el manuscrito, pues comprende el fin del capítulo I y buena parte del II. Para suplir en cierto modo esta falta y completar la narracion, se inserta á continuacion el pasaje análogo de Herrera (*Cinco libros de la historia de Portugal*, etc.):

«Quedó el Cardenal (Alberto) con facultad de legado por concesion apostólica, cosa muy provechosa para aquel reino. Dexó (el Rey) por sus consejeros para las cosas de Estado y de gracia á don Jorge de Almeida, arzobispo de Lisboa, á D. Pedro de Alcazoba y á Miguel de Mora con título de escribano de la puridad, que por ser oficio tan preminente habia muchos años que no fue proveido en

nadie; y por capitan general en lugar del Duque Dalba á D. Cárlos Galceran de Borja, duque de Gandía, así por la satisfaccion que tenía de su persona como por ser muy emparentado en Portugal. Y aunque habia un general descontento en los portugueses por no parecerles que quedaban satisfechos ni pagados á medida de sus deseos, especialmente el Duque de Braganza, el Marqués de Villarreal, á quien dió título de Duque, dexando presidios en las plazas más importantes del reino y mayor número de galeras del que ántes habia en Portugal de ordinario, y á Sancho Dávila con título de maestre de campo general, y al doctor Francisco de Villafaña para lo que tocaba á la hacienda, aunque tuvo aviso que en Francia se preparaban para sustentar la Tercera y que en ella se continuaba con mayor desórden en infestar á los navegantes, y que allí se hacía una ladronera de piratas, lo cual se ha probado por escrituras públicas, especialmente por un instrumento de obligacion, en que los capitanes Alonso Berdun, Juan Jonget y Roberto Ransonet, cosarios franceses, se obligaron de acudir á Manuel de Silva, como teniente de D. Antonio, con la parte de las presas que hiciesen robando con sus navíos los vasallos del Rey Católico, determinó de partirse para Castilla sin dilatarlo más, dexando ante todas cosas ordenado que desde luégo se pusiese á punto una poderosa armada para conquistar aquel año la isla de la Tercera y las demas de su opinion, á donde sabía que ya habian de nuevo recebido soldados franceses, y porque las cosas de Berbería no le daban cuidado ninguno, ni ménos las fuerzas del turco, por lo mucho que el Sofí le trabajaba; la Reina de Inglaterra, aunque debaxo de mano le hacía el daño que podia, no se declaraba; franceses parecíale que quedaron tan quebrantados del año pasado, que harian mucho en esforzarse en mantener la Tercera, como se via que lo procuraban, pues iban metiendo presidio en ella, demas de que por los avisos que se habian tenido, no les sucedian las cosas de Flandres conforme á su deseo, ántes estaban excluidos dellas y fuera de toda esperanza de hacer ningun buen progreso en aquellos Estados..... [El Rey] atento lo sobredicho y que todo quedaba bien compuesto y asentado, encargando al Marqués de Santa Cruz la diligencia en la fábrica del armada que dexaba ordenada para la conquista de la Tercera, de que le habia nombrado Capitan general, se partió de Lisboa para Castilla á once de Hebrero, llevando para su Consejo al Obispo, capellan mayor, y á D. Christóbal de Mora, vecdor de la Hacienda y del Consejo de Estado de Portugal, y al presente del Consejo de Estado y Guerra de Castilla, y á los doctores Pedro Barbosa y Ruy de Matos de Noroña, personas muy graves y doctas. Siguieron al Rey muchos portugueses, que por sus negocios acudieron á Madrid, á donde en las audiencias del Rey eran preferidos á todos y recebidos con grande amor. Pero no bastaba nada para que en general estuviesen sus ánimos con reposo, estando la Tercera en pié, que daba mucha ocasion de pensar nuevas cosas á los inquietos; y con todo eso no hubo novedad en todo aquel invierno.....

.....» Solicitaba mucho en Francia D. Antonio que se armase, en que hallaba muy gran dificultad, porque se habia resfriado el calor con que ántes se tomaba este negocio, y debia de ser la causa el ruin suceso que tuvo el armada francesa el año pasado, y lo mal que habia ido á los franceses en Flandres. Con todo eso, considerando lo que importaba conservar la Tercera, siendo aquella isla tan aparejada para intentar desde ella grandes cosas, por estar en el paso de las flotas que vienen de las Indias orientales y occidentales, las cuales por venir fatigadas de tan largo viaje, tocando en las islas de los Azores se proveen del refresco necesario para poder pasar á España, determinaron de no desampararla, ántes procurar de conservarla; y aunque habia en ella mil soldados franceses é ingleses, enviaron más presidio, porque mediante la voluntad de la gente de la isla y la fortaleza della, esperaban poderla defender de cualquiera grande armada. Y aunque el Rey Católico mandaba poner á mucha priesa la suya en órden, no dexaba de intentar otros caminos para reducir la gente de la isla á su obediencia, porque sabía que las tiranías que bárbaramente executaba en los vecinos Manuel de Silva, tenian á muchos dellos fatigados y deseosos de verse libres de sus manos.....

» En España, aunque se sabía que en Francia se procedia con tibieza y que habian perdido el hervor con que ántes lo trabajaban, se armaba con diligencia y se levantaba gente y se apercibian vituallas y municiones. Porque aunque muchos facilitaban la empresa de la Tercera, diciendo que por muy dificultosa que fuese la entrada, siendo como era poblada toda en la marina, y habiendo calas, senos y otros lugares para desembarcar, no se lo podian impedir al armada; demas de que cuando ésta pareciese en aquel mar, se levantaria contra Manuel de Silva la gente de la isla cansada de sufrir sus crueldades; otros alegaban la obstinacion de la gente, la inconstancia de la mar, la dificultad de salir á tierra, el miedo de verse culpados habiendo ofendido tanto al Rey Católico. El cual tomando éste parecer y haciendo mucho caso de la empresa, mandaba juntar muchas fuerzas y más que el año pa-

CAPÍTULO II.

Trata el Príncipe de Parma de atraer á los rebeldes por medio de conferencias; reconcíliianse éstos con el Duque de Alanzon (1).

.....no defender su vida y honra con las armas, ya que no valen los consejos contra la desobediente y atrevida juventud y senectud ambiciosa de

---

sado. En Francia, que se entendia esto, deseando la Reina Madre no perder aquella isla por las razones sobredichas, determinó de enviar más gente, y para esto envió á Mos de la Iata, caballero natural de Lenguadoc, de la religion del Hospital de San Juan de Jerusalen, gobernador de Diepa, hombre muy experto y plático en las cosas de la guerra, y primo del Duque de Joyosa, con dos mil soldados debaxo de las banderas más viejas de Francia y con los mejores capitanes que tenian, con alguna artillería y municiones, afirmando D. Antonio que la isla era inexpugnable.....

»Ordenado lo que convenia para el armada y siendo llegadas al rio de Lisboa trece naves guipuzcoanas y seis patajes, que de los puertos de la provincia habia traido su general Miguel de Oquendo, y estando á punto las dos galeazas y doce galeras que habian de ir á la jornada, cuarenta y siete zabras, pinazas, patajes y carabelas, y treinta naves gruesas comprehendidas las trece guipuzcoanas, en que iban embarcados el maestre de campo general D. Lope de Figueroa con veinte banderas de su tercio, que tenía tres mil y setecientos soldados viejos, y el conde Jerónimo de Lodron, coronel de infantería alemana, con mil y quinientos soldados de gente muy escogida; el maestre de campo don Francisco de Bobadilla con dos mil y doscientos soldados españoles en doce banderas; D. Juan de Sandoval por cabo de quince banderas, en que habia mil y quinientos y cuarenta y cuatro soldados españoles, y doscientos y cuarenta y cuatro soldados italianos, gente muy plática, cuyos capitanes eran fray Ludovico Aflito, comendador de San Juan, y Lucio Piñatelo y D. Félix de Aragon, que llevaba una compañía de ciento y veinte caballeros, personas particulares, todos portugueses, y más ochenta y seis soldados entretenidos, que todos habian sido oficiales, demas de otros cincuenta caballos castellanos aventureros, siendo, como queda dicho, su Capitan general el Marqués de Santa Cruz, cuyo valor y prudencia no solamente habia el Rey experimentado el año pasado, pero en otras muchas ocasiones habia conocido ser capitan de mucha confianza, salió de Lisboa con esta armada á los veinte y tres de Junio del año de mil y quinientos y ochenta y tres...»

(1) Falta en el manuscrito este epígrafe; y para subsanar hasta cierto punto el vacío del principio de este capítulo, se copia á continuacion el siguiente trozo de las *Guerras de Flandres*, por Estrada, década II, lib. v, por el que fácilmente se entenderá el objeto del fragmento de discurso que ocupa la mayor parte de este capítulo.

«Rechazados los franceses de la ciudad de Ambéres, luégo al punto comenzó (Alejandro Farnesio) á revolver en su ánimo qué conveniencia podia él sacar de este infortunio de los franceses. Y llamando primero al Consejo de Estado, despues al de Guerra y últimamente á entrambos juntos, les propuso tres cosas que en el caso presente le parecian á propósito para lograr con algun fruto la ocasion que felizmente se ofreció. Lo primero, apretar con fuerza y armas á las provincias confederadas; lo segundo, comenzar con ellas en general el tratado de la paz; lo terceto, comunicar aparte con el Duque de Alanzon y moverle á que entregase al Rey Católico las fortalezas que retenia con guarnicion francesa. Y añadió que lo primero podia intentarse mal con un exército flaco y disminuido, y se podia temer que si los rebeldes se sentian invadir, por miedo de los españoles volverian á la amistad de los franceses; que en lo segundo se podia esperar algo más, cansadas ya de la guerra las provincias, y deseando más que pidiendo la paz; que en lo tercero no se podia tomar consejo hasta que se explorase mejor qué estado tenian al presente las cosas de el de Alanzon. Inclinándose, pues, los consultores á lo segundo, fueron elegidos algunos varones de experimentada fe, para que disimulando el traje de los

nuestras cabezas. ¿A quién dirémos abristeis la puerta? ¿A vuestros deudos, á vuestros amigos, á vuestros naturales, á gente que vino á conservar vuestra religion, paz y quietud; ó á la extranjera émula vuestra, herética, astuta, destemplada, deshonesta, inclinada á no guardar la fe, ingrata con los amigos, impía con sus príncipes y á nuestras naciones desagradable? Alteró su reino, profanó sus templos, derribó sus edificios y hasta los sepulcros violó, en cuyas imágenes y escolturas se representaba la honra y veneracion de los que estaban en ellos preservados. Procuraron apoderarse de Ambéres, victoriosa contra ellos, y con elia de todos los Estados, con nombre de protectores, quebrando el juramento y el tratado con vosotros establecido en Bordeos y el recibimiento solemne, y violando el regalado y festivo hospedaje que les hecisteis, siendo fedilísimo y santo el siguro del Rey de Francia, el amparo y amistad de la Reina de Inglaterra, de quien tanto os fiastes, mayores enemigos de vuestros Países. Procuran reduciros por la guerra intestina á estado tan miserable y todas vuestras fortunas que os entregueis á su dominio, deseo, ambicion, tiranía. Y si vuestra desgracia os ha de traer por los medios con que procurais conservaros á tomar nuevo señor, ménos infamia y sinjusticia será reduciros al vuestro natural, poderoso, clemente, segun el deperdono general concedido á los reducidos y que os ofrece en amparo de vuestras vidas, previlegios, haciendas, sosiego. El poder de su Majestad muestra la continuacion desta importuna guerra y el haber hecho en el mundo tantos progresos, áun en las regiones más remotas, llenando su gente de fama, trofeos, tesoros y extendiendo su religion hasta los últimos términos de la tierra, y al fin por duracion habeis de ser vencidos, pues las naciones de quien amparo pretendeis, os faltarán desen-

---

católicos, por el pueblo de Ambéres enfurecido con el ódio reciente contra los franceses, y por eso más placable para con los españoles, sembrasen la plática de la paz con las provincias de los valones, con sus flamencos y con su Príncipe. Fuera de eso se dió aviso á los Gobernadores de las ciudades confinantes con las provincias confederadas para que con prudencia intentasen con ellas esto mismo. Tambien el Marqués de Rubas, Montiñi y Rassinghen fueron enviados al lugar de Halle, para que de allí con cartas y conferencias trabasen la plática de concordia con los diputados de las provincias y otros conocidos y deudos suyos; ponderasen la traicion del de Alanzon y les truxesen á la memoria la antigua disension de los franceses con la nacion flamenca; que les propusiesen los honores que ellos habian recibido y los puestos militares áun con ventaja á los mismos españoles, y otras cosas de este género que pareciesen convenientes para reunir á Flandres, tanto tiempo ya funestamente dividida, mas no en nombre del Rey ó de Alexandro, sino en el suyo. Pero aunque no omitia Alexandro diligencia alguna en solicitar estas cosas por dar gusto al Rey, á quien sabía agradaria mucho este medio de pacificar á Flándes, sin embargo, escribiendo al mismo, dice: que ya reconocia que esta traza no tendria efecto, parte porque no vendria en eso el de Orange, cuya autoridad siempre demasiada, entónces era mayor, persuadiéndose, engañados los de Ambéres, que este hombre los habia ayudado contra el de Alanzon; parte por falta de dinero, sin el cual se enfrian los que manejan negocios de esta calidad, siendo por esta causa difícil el penetrar los designios de los enemigos, los cuales sino es con llave de oro, no se abren. Por esto él se aplicó á dar un tiento al de Alanzon, que era el tercer medio de los propuestos, y como quien no hace caso lo habia pasado por alto en el Senado, porque habia determinado consigo el intentarle sin dar parte á los demas.»

gañados de que mantendréis vuestra libertad como hasta el presente dia tan prósperamente, áun contra vuestro señor natural, con ménos justicia y con gran derramamiento de sangre, tesoros, bienes. Y pues os dexarán en los brazos de la fortuna, mejor será que saludablemente aconsejados, cuando os ofrece el Rey tan buenos partidos, elijais el más conveniente para la general conservacion. Y si os resolveis en proseguir vuestra defensa aventurando todos vuestros caudales, yo el primero daré cuanto poseo y soy, como tan interesado en ello como vosotros mesmos. Mas duélaos, ¡oh señores mios! para que no quite el furor y pertinacia todo buen discurso, mirar entre el furor de las armas, que tomais contra vosotros y en desacato de la misericordia de vuestro Rey, por causas que traen su orígen del cielo, entre fuego y sangre vuestra amada patria consumida, asolados los suntuosos edificios y palacios ilustres, donde vuestros pasados vivieron, donde están esculpidas y debuxadas las armas de su linaje, y no querais verlas arruinadas y escarnecidas. Si la patria se ha de asolar, ¿dónde tendrá asiento la religion, libertad, el uso de los previlegios, mercancías, sustento principal, como de las bien regidas provincias, desta insigne villa de Anvers, donde por una desobediencia pertinaz padecen muchos que desean obedecer al Rey Católico, y por temor de vuestras violencias perder la vida, cuando con ella se vean carecer, por ajenas culpas, de las honras y cosas que áun despues de muertos pretenden los mortales se conserven, como es la patria, la exencion pública, la autoridad de las familias y religiosas memorias de vuestros pasados? No querais venciéndoos á vosotros ser horrendo suceso y espectáculo á los que hoy viven, y á los que están por nascer temeroso escarmiento, y en los perpétuos escritos de las historias viva memoria de la conmiseracion del mundo y clemencia de vuestro Rey, ingratitud, desacato, rebelion de parte vuestra. Valeos de los Príncipes, cuyas armas siempre sospechosas traeis á vuestras casas, para que D. Filipe os admita con útiles y honestas condiciones á la religion, libertad y quietud duradera, quitando todos los medios que la pueden perturbar, porque vivais en paz. Cesen los estragos, desolaciones, robos, hostilidades; crezca la florentísima patria con el comercio general; crezcan las familias y los hijos que destinais para entregar al cruel monstruo de la guerra en aumento de vuestra nacion; y los edificios magníficos arruinados se levanten con su mejora, y los que se fundaren ennoblecerian vuestras provincias, y olas florentísimas llenas de bienes, pulicía, comercio, artes, herencias os llegarian, nobles, ricos caballeros, invidia de los confines y terror y admiracion de los apartados, habiendo derramado la mano del Altísimo sus bienes y cuanto para ilustrar otros Estados su liberalidad y beneficencia repartió su amor, que nace con la naturaleza y con la vida y se aumenta con la edad. Todo lo cual me forzó á decir lo que os ruego admitais, considereis, cumplais; y si esto no disculpáre mi licencia, he de advertiros y suplicaros con la vida,

que os ofrezco para mi castigo ó para vuestro servicio, largamente satisfago en cuanto puedo y á mí ha tocado, como tan buen compatriota vuestro.»

Algunos votaron fuese aprisionado, y los más reportados en su defensa dixeron era lícito en la causa comun á cualquiera decir lo que su intencion le dictaba, y en las congregaciones sin injuria y con la conveniente cortesía hablarse ese dia libremente. Al fin pudo tanto con los sectarios Guillermo de Nasau, que efectuó la reconciliacion del Duque de Alanzon con intento de recuperar de las manos de los franceses las plazas que poseian, no de recibir al Duque en el grado primero. Escribióle pasase á Dunquerque con cuatrocientos infantes y trecientos caballos, dexando libre á Denremunda y á Dixmunda y el país de Vaas y á Berghes de San Vinoc y allí esperase las condiciones de su acuerdo. En tanto remetirian los prisioneros en Ambers y los bienes de los flamencos en Francia y en Dunquerque arrestados, y en otra cualquier parte quedasen libres. Saliese luégo el presidio de franceses de Vilborden y el Duque firmase este partido y pasase su exército de dos mil quinientos zuiceros y tres mil franceses con toda su caballería á Villebruc, donde les darian sus Estados para su pagamento nueve mil florines; y el Duque marchase á socorrer á Endouen, sitiado del Príncipe de Parma, y jurase de militar fielmente contra los españoles y en favor de los Estados. Para cumplimiento dello se diesen los rehenes señalados en la lista que le presentaban. Y así lo capitularon en Dentremunda á 13 de Marzo y se publicó en Ambers en el segundo dia de Abril con mala satisfacion del pueblo, que se habia persuadido supo el de Orange y ordenó cuanto habia sucedido, descubierto en todas ocasiones muy inclinado á favorecer los franceses, para tenerlos de su parte contra los mesmos Estados y en su defensa y guarda de su poder y mando en ellos. Esta creencia se aumentó habiendo efectuado matrimonio con la viuda de Tellini, que fue muerto con su suegro Mos de Colliñi, almirante de Francia, de funesta memoria, en el año 1572, con otros muchos huguenotes en París, cuyo estrago llaman los heréticos la Sanbartolomea.

CAPÍTULO III.

Lo que pasaba en este tiempo en España.

El Rey Católico fué á tener la Semana Santa en San Lorenzo y tratar de sus negocios á solas con Dios, con muchos actos de oracion y devocion, cobrar aliento y espíritu, y ofrecerse á su Criador para que le alumbrase en el manejo y gobierno de tantos reinos. Celebró el mandato en el Juéves de

la Cena, y lavó los piés á los pobres con la gran ternura y humildad que suele siempre. La comida le sirvieron los caballeros de su Cámara, castellanos y portugueses, que ya venian juntos, y asistió el Obispo de Viseu, capellan mayor de la casa del Rey en Portugal. El de la de Castilla en el Viérnes Santo, llegando á adorar el *Lignum crucis* el Rey, le puso delante muchos procesos de condenados á muerte, examinada su razon en el Consejo de Cámara, y los perdonó como suprema justicia. Hizo su adoracion al sacrosanto leño, donde se obró nuestra redencion, suplicando al Señor de los señores, que allí se puso para tanto bien nuestro, le perdonase sus pecados como él perdonaba aquellas muertes. Confesó y comulgó en el dia de Pascua de la Resurreccion, y ganó un jubileo plenísimo concedido á la cristiandad católica por el sumo pontífice Gregorio XIII. Celebradas las fiestas de misterios tan importantes, volvió á Madrid á su despacho ordinario, porque el atrasado en su ausencia y aumentado con el nuevo reino de Portugal pedian perpétua asistencia.

El duque de Urbino, Francisco María Feltrio de la Rovere, muerto su padre, procuró continuar en la devocion y servicio de la corona de España, en que se habia señalado, y que se le concediesen los doce mil ducados anuales de sueldo y el que se daba á su padre para la compañía de hombres de armas en el reino y el estar en la proteccion de su Majestad. Ratificada la capitulacion, hizo el juramento en su nombre Bernardo Marchio, su secretario, ante el cardenal Perenot de Granvela, presidente del Consejo de Italia. El Duque la ratificó en manos de D. Pedro de Guzman, hermano del Conde de Olivares, embaxador en Roma, conforme á la comision de D. Filipe, ante Pedro Paulo de Androlis Eugubino, notario apostólico é imperial, canceller del Duque. El Rey aceptó la ratificacion por su cédula, su data en Madrid á 30 de Abril deste año, refrendada por D. Juan de Idiaquez.

Pasó en Aranjuez el mes de Mayo, vino á San Lorenzo para la fiesta de Pentecostés, y celebradas las de Corpus Christi y San Juan volvió á Madrid. Allí falleció la infanta María, su hija, en el cuarto año de su muy breve vida, y el cuerpo llevaron á San Lorenzo el Obispo de Viseu, don Jorge de Ataide, y el Conde de Fuensalida. Hecho el oficio funeral de Angeles, que á los demas hermanos, y el acto de la entrega por cédula de su Majestad ante Pedro de Escobedo, secretario de la Hacienda, fue colocada la caxa en el sepulcro con la precedencia que en otro lugar dirémos.

El Marqués de Santa Cruz iba disponiendo la embarcacion de las municiones y pertrechos en ciento tres galeones, naves, pataxes, zabras, galeras y dos galeazas que vinieron de Nápoles á cargo de Juan Ruiz de Velasco, y tambien la infantería como iba llegando.

Sirvió á su Majestad para esta empresa la ciudad de Sevilla con mil hombres á su costa, bien armados y proveidos, y de más servicio que los que fue-

ron desbaratados en la guerra de Granada, viniendo desde Adra á la Calahorra por bastimentos, gobernados por el Marqués de la Fabara. Por esto pusieron mácula en la gente de Sevilla, siendo de las más calificadas ciudades del mundo; mas se debe entender se juntan en ella, como en todas las marítimas, los naturales que son en la nobleza y pueblo discretos, animosos, ricos, y atienden á vivir con sus haciendas ó de sus manos, y pocos salen fuera por estar en su ciudad deliciosa bien acomodados, y los que han salido alcanzaron gran nombre por sus hazañas. Tambien los extranjeros, á quienes el trato de las Indias, la grandeza de Sevilla, las ocasiones de ganancia hicieron naturales y bien ocupados en sus negocios no salen á otros; los forasteros sí que allí acuden al nombre de las armadas, al concurso de las riquezas, viciosos, curilleros (1), pendencieros, tahures, que hacen de las mujeres mundanas ganancia particular y se mueven por el..... (2)..... de las viandas, y fácilmente por el dinero que se da de mano, el sonido de las caxas y listas de las banderas desamparan con el señor dellas en cualquiera necesidad apretada y á veces por voluntad. Tal era la gente que salió en guarda de aquella escolta con el Marqués de la Fabara.

Previno bien el de Santa Cruz doce galeras de la escuadra de España y las encargó al capitan Medrano, animoso y experto. Parecia temeridad fiar del golfo de las Yeguas baxeles baxos de costado, largos y vacilantes para sus altas olas, y tanto más por haber en el año ántes aviado otras desde la bahía de Lagos D. Alonso Bazan, hermano del general, que arribaron por la aspereza de las naves y contrario tiempo. Mas llegaron estas doce á salvamento á la isla de San Miguel, cosa de admirar y celebrar en los ánimos de los españoles, que siempre con nueva osadía y experiencia de constantes pechos van acrecentando su clarísimo nombre. Llegó D. Lope de Figueroa, maestre de campo general, con su tercio á Lisboa y por su medio se embarcó con él D. Francisco de Bobadilla y las compañías que salieron del castillo de Lisboa á cargo de D. Juan de Sandoval, hermano del Marqués de Denia, y las que invió Sevilla y vinieron de Oporto y tres de napolitanos que truxeron las galeazas y los tudescos del conde Hierónimo de Lodron; y con el tercio de Agustin Iñiguez, que dexó el Marqués en la isla de San Miguel, tenía para hacer la empresa cuasi doce mil infantes en sesenta y una banderas, en la mayor parte escogidos, exercitados, diestros y bien diciplinados, y entre ellos mil y doscientos y cuarenta mosqueteros españoles pocas veces juntos en tanto número, y los capitanes señalados en muchas ocasiones, lucidos y bien armados en lo que tocaba á cada uno. Las municiones y bastimentos fueron en mucha cuantidad para

(1) *Sic.*
(2) En blanco, probablemente *apetito*.

sustentar la gruesa armada por cinco meses, las armas de respecto, máquinas y otras prevenciones, para lo que se podia ofrecer, valiendo en todo la providencia necesaria, tales eran mochillas, adrecillos y otras cosas con que remediar la necesidad causada del tiempo, sitio y enemigo que rompe fuentes, puentes, molinos, atosiga las aguas, recoge en los lugares murados los bastimentos, quitando al agresor toda comodidad.

Iban en esta armada en un galeon D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, exemplo al mundo de valor y prudencia; D. Pedro de Padilla, caballero de esfuerzo y consejo, gobernador y capitan general de Orán; D. Luis de Borja, hijo del Duque de Gandía; D. Alonso de Idiaquez, hijo de D. Juan de Idiaquez, del Consejo de Estado; D. Pedro Ponce de Leon, sobrino del general, y D. Felipe de Córdoba, hijo del primer caballerizo de su Majestad, que despues fue el mayor, y D. Luis de Sandoval, sobrino del Marqués de Denia; el Conde de Villafranca en Portugal, con su hijo segundo; D. Jorge Manrique, veedor general desta armada; D. Francisco Perenot, sobrino del Cardenal Granvela; D. Pedro Ponce de Leon; Marcelo Caracciolo, napolitano; D. Alonso Carvajal, hijo del Conde del Villar, virey del Pirú; D. Godofre de Mendoza (que despues obtuvo título de conde de Lodosa); D. Rodrigo Manrique; don Alonso de Roxas; D. García de Cottes, sobrino de Hernando de Vega, presidente de la Hacienda; D. Francisco de Guzman; D. Juan de Castelvi; D. Alonso de Torres, portugués; D. Juan de Benavides Bazan, sobrino del Marqués, doctor, teólogo, chantre y canónigo de Salamanca, con título de inquisidor y administrador del hospital Real desta armada, que despues fue capellan mayor de la Capilla Real de Granada; D. Christóbal de Eraso, general de la carrera de Indias; Juan Martinez de Recalde, que tuvo á su cargo los galeones de la guarda de la costa de España y navegacion de las Indias; Juan de Urbina; Juan Venegas Quijada, tiniente de la artillería; D. Gabriel de Lupian, catalan; D. Hugo de Moncada, hijo del Conde de Aytona (que hoy es Marqués), y otros muchos caballeros se embarcaron, de quien se hará mencion en las ocasiones. Los pataches y zabras de las cuatro villas traia á su cargo D. Antonio de Mendoza Cavoria, caballero de valor y experiencia en las cosas del mar. Tomó muestra á su armada el Marqués á vista de Belen y acabó de aprestarla de lo que pareció tenía necesidad para su cumplimiento, y dió instrucciones de buen gobierno en mar y tierra con su prudencia y sabiduría admirables.

En tanto en Francia hacian los portugueses grande instancia con el Rey y con su madre para que socorriese y reforzase la Tercera, especialmente fray Simon de Barros, predicador, de quien hizo D. Antonio gran confianza. El Rey deseaba gozar de la presente ocasion para ocupar las islas, y lo sospechaba y temia D. Antonio y lo significó por muchas cartas á Ma-

nuel de Silva, advirtiéndole usase de artificio con los franceses y les diese á entender sufria mal la gente portuguesa la demasiada molestia, y no dejase salir á tierra más de las cabezas principales, encubriendo su recelo con artificio y cuidado de los franceses, astutos y altivos; donde se veia cómo él servíase de capitanes extranjeros, confiando dellos toda la honra del exército y república. Fue error en que los pueblos caen, cuando están subjetos y asolados irreparablemente. Por intercesion del Duque de Joyosa trujo mil y setecientos franceses, y con mil que habia en la Tercera y cuatrocientos en el Fayal y los cien ingleses, fueron los extranjeros tres mill y dueientos, con catorce navíos y más de cien piezas de artillería, que dixeron haber traido para la fortificacion. Todo fue resolucion de su Rey, que disimuladamente queria apoderarse de las islas, segun lo que escribió á Manuel de Silva y á Ciprian de Figueredo, y el Parlamento de Francia á D. Antonio estando en Inglaterra, y su carta importa ver, porque da luz á lo que vamos escribiendo.

«En ningun tiempo pudiéramos tomar esta empresa con más ciertas esperanzas de que no saldrá de nuestras manos, sin el fin que deseamos, sino en éste, porque este reino está todo puesto en armas en vuestro favor, y la sábia y manificentísima Reina tiene dado órden para que se haga una poderosa armada; á ella tiene dados el Rey todos los poderes necesarios para el efecto de esta obra, y ella nos ha eometido la execucion; y por lo que á su servicio y estado importa el secreto de la voluntad, con que ha acudido á lo que os ha tocado, justamente lo debeis guardar..... etc.»

En llegando Chatres á la Tercera, reconocidas las fortificaciones, presidios, municiones, bastimentos, mostró no ser poderosa la isla para defenderse, y no tan áspera é inaccesible como le habian significado; todo le pareció poco y el número de nueve mil soldados que habia. Informóse de Manuel de Silva del fundamento en que ponia su defensa, mas ciego de la pasion y por cumplir con lo que D. Antonio le advirtió, engrandecia tanto el número y valor de los naturales, que daba á entender era la gente francesa supérflua, por ser poderosa la muchedumbre y fuerza de los suyos para defender el mar y la tierra; mas el francés, poco satisfecho, determinó prevenir la defensa aventajadamente, con la industria remediar las faltas, y no perdia punto, conociendo estaba en él la reputacion y peso de aquella jornada y la conservacion de sí mismo, poco fiado en el buen suceso. Desde el fuerte y punta de San Mateo pasando al de Porto da Cruz hasta lo último habia treinta y uno fuertes de fábrica y catorce de faxina con fuertes dentro y pozos ó aljibes de buen agua, con toda municion y prevencion necesaria y con doscientas y noventa y tres piezas de artillería, que despues ganó el Marqués de Santa Cruz, entrada la isla, con la que trujo Chatres de Francia y los navíos que robaron á cabo Verde y los de la isla en su mar y lo que habia en ella, y de un fuerte á otro habia trincheas

con que iban cubiertos los defensores. Los franceses corrompian las buenas costumbres ayudando al mal ejemplo de los frailes y clérigos, alborotadores públicos, que muy distraidos andaban de su recogimiento y sosiego del espíritu, sembrando ódio contra el Rey Católico y predicando su razon de seguir á D. Antonio con las armas, dañosos ministros para que la Iglesia popular nunca se aquietase ni supiese en lo que erraba ó acertaba, ni qué camino debia seguir en tal aprieto. Habia compañías de negros captivos, arcabuceros y mosqueteros, que brutalmente disparaban con su daño, bárbaros con pertinacia, hechos soldados por sus dueños, privándose de su dominio y servicio.

Quisiera Chatres juntar en el principal castillo todas las municiones y bastimentos, para que, si los españoles pusiesen el pié en la isla, se asegurase el exército en él, á lo ménos en tanto que necesitaba el invierno á partir su armada, pues la ciudad y villajes sin murallas se perderian. El Silva decia en contra, peleaban con ménos coraje los que tenian retirada, y la ribera estaba tan fortificada que no podrian desembarcar los enemigos, ni habia tanta vitualla que pudiese por tan largo tiempo sustentar á tanta gente. El no queria encerrarse, porque tenía aprestada una carabela para huir y no fiar de los franceses, sospechosos del fin con que vinieron de señorear la isla, no siendo tan caritativos que les moviese á inviar defensores á ella sino la ambicion de ocuparla y el forzar al Rey Católico á dividir sus fuerzas, para que fuesen más efectivas las del Duque de Alanzon en Flandes. Estaba casi arruinada la isla; sin el trato faltaba la comunicacion de las armadas de las islas de Castilla, á quien suelen vender sus refrescos, y el cultivar las tierras. Los acreedores eran defraudados y la sedicion y tiranía reinaban solamente; la moneda era vilísima; eran doblones que valian ántes cinco tostones, y ahora cinco cruzados, con seis reales de oro, que tenian sobre plata, y las monedas de cobre cubiertas con láminas de plata de valor de veinte y cinco reales castellanos tostones, y otras del peso de un real castellano á medio cruzado, y en las de puro cobre doblado su valor, con las armas reales con dos azores á los lados, con sus pigueles y capirotes en la haz y en el reverso el hábito de Cristo, de Avis ó Santiago, y una esfera con letra en torno que decia «Indio». Con esta moneda pagaba Manuel de Silva cada veinte y nueve dias á los franceses, y si no, se le amotinaban; executó crueles castigos, especialmente en Melchior Alfonso, portugués, que por ser de la parte del Rey le mandó calzar unos zapatos de cuero breados en aceite, despues de haberle raido las plantas de los piés, y puestos al fuego, daba grandes gritos y mortales singultos atemorizando los isleños, le arrastró y ahorcó y hizo cuartos; puso la cabeza en jaula de hierro en la plaza, en la torre del relox, y diciéndole que la quitase, respondió que cuando en su lugar se pusiese la suya; y verificóse su pronóstico. Algunos atormentó, otros uncidos como bueyes, debajo del yugo,

mandó azotar públicamente con nueva invencion de oprobio tan absoluto; viéndose fuerte y poderoso con las armas, parecia no gobernador sino distruidor, prosiguiendo en sus atrocidades hasta que la república vió cómo acaban los soberbios inhumanos, satisfecha y descansada con su castigo, que no dilató Dios, trayendo en salvamento las armas del Rey Católico para ello.

CAPÍTULO IV.

Parte de Lisboa la armada española; arriba á la isla Tercera y la reconoce; combates y toma de Angra.

Habiendo visitado la armada que se aprestó contra la isla Tercera el cardenal Alberto y el Duque de Gandía, capitan general en Portugal, la dispidió con la bendicion de Dios y suya, concediendo perdones á los que en ella iban, en nombre de su Santidad, como su legado *à latere*. Salió de la barra en la vigilia de San Juan Baptista (1) con favorable viento y firmes esperanzas de próspero suceso, tendidas las velas, con serenidad de cielo y mar y la gallardía que los antiguos juzgaban por buen agüero. La nao levantisca del capitan Riesco de Marco tocó en tierra, y volvió á Lisboa á reparar su daño. La armada, reforzado el viento, se esparció, y la nave Santa María de la Costa, de Antonio Ronco, perdió el timon, y metida su infantería en la Juliana y en los pataxes, la dejó el Marqués á su aventura, para que volviese á Lisboa á remediarse. Recogidos sus baxeles, en 14 de Julio surgió en Villafranca, en la isla de San Miguel, con ocho, y los demas llevó á Punta Delgada, tres leguas distante, el contrario tiempo. Las galeras con nueve dias de navegacion habian llegado, mostrando su velocidad. Embarcó el tercio del maestre de campo, Agustin Iñiguez, que dejó en el año ántes en conservacion de aquella escala tan importante, y reparadas las naves de agua y de frescos, metió en ellas la artillería y mulas para tiralla el capitan Juan Venegas Quesada, y los pertrechos y municiones, maestranza y gastadores, sabido el estado de la Tercera por diez portugueses prisioneros acaso en San Miguel, que venian á espiar y saber del arribo y fuerza del armada, y por la variedad de vientos tardó cuatro dias en llegar á la Tercera, á 24 de Julio, dando fondo en sesenta brazas de agua, á tiro de mediano cañon, para poder ancorar.

(1) El 23 de Junio de 1583.

Tiraron los fuertes balas gruesas, que por estar en punto de mayor elevacion, no dañaron ni á las galeras que reconosciendo la marina se acercaron mucho, disparando por plano, con más efecto por ser bajas y la tierra alta, en tanto que los capitanes Miguel de Oquendo y Marolin sondaban los desembarcaderos y reconocian el mejor surgidero los capitanes más celebrados. Y porque el imperio del Príncipe es más celebrado y reverenciado, cuando á los enemigos se les muestran los aceros de su potencia y á los súbditos la blandura de su humanidad, para que á los unos venga la fuerza y á los otros la benignidad y desarmado afecto de su amor y evitar derramamiento de sangre celebrado, envió á la tierra al sargento Manuel Gonzalez Rabelo, portugués, con una fragata, con perdon general en escrito razonado en lengua castellana y en la francesa, que ofrecia en nombre de su Majestad y usando de su acostumbrada clemencia por servicio de Dios nuestro Señor, á los que procurando su gracia y la quietud propia, dejada la rebelion y desacatos hechos á su alto nombre, porque á su Real conciencia tocaba la brevedad del remedio para quitar exemplo tan vivo de desobediencia, fomentado por gentes diversas en naturaleza, costumbres y religion, que han conspirado contra la monarquía de España, digno de exemplar castigo, y volviesen á su servicio luégo, reconosciéndole por su Rey y señor natural, como era razon y justicia, con rendida obediencia, dejando desembarcar su gente y armas, y los extranjeros saliesen de la isla libremente con todos sus bienes y armas, que para ello se les daria embarcacion sigura y acomodada, entregando los fuertes que á su cargo estuviesen; porque si perseveraban en su pertinacia y obstinacion contra su Rey legítimo con desesperacion, siendo ya la culpa mucho mayor por haber procedido de su voluntad, desde luégo los daba por enemigos rebeldes contra su servicio verdadero, causa de los daños que se recreciesen y dignos de gravísimo castigo por sus delitos y protervia; para su justificacion de la Majestad Real y confusion de la maldad de los rebeldes les representaba, para que se viese siempre tan gran demostracion de misericordia y justicia y de la cristiana intencion del Rey Católico y de su prudencia militar. Los enemigos dispararon contra la fragata balas de artillería y de mosquetes, contra las leyes de la guerra é inmunidad de los farautes y su seguridad inviolable y santa, tan importantes á la autoridad de la guerra, para que se entienda que son hombres los que la profesan, y en razon comun, y no en rabia muda de las fieras y brutos.

Á las diez de la noche invió el Marqués los diez exploradores de la Tercera, que prendió en San Miguel, con seis traslados del edicto del perdon general y carta para Manuel de Silva, para que los publicasen y la fuerza y poder de la armada, dando terror á los rebeldes. Concebido el riesgo presente, uno destos dió la carta del Marqués y los protestos á Manuel de Silva, y dolióle que le tratase de rebelde, y los escondió, aunque

dixo se escribian más por tentar que por justificacion, porque estaba informado que no venian en todo lo que se via cuatro mil soldados, y él tenía nueve mil, y si los castellanos presos estaban contentos, presto no lo estarian. Juntando Consejo y auctuando lo referido, para mayor justificacion del acometimiento reconoscieron arriesgadamente la isla Miguel Venesa y Pedro Venesa, su alférez, y el capitan Rosado, con otros soldados de gran confianza y experiencia en la media noche. Las galeras y las pinazas tocaron á arma falsa por tres puestos al enemigo, para que se desvelase ó deslumbrase por donde habia de ser acometido, y dispararon la artillería á ambas partes. Al alba se embarcaron en la galera capitana el Marqués con don Pedro de Toledo y D. Lope de Figueroa, D. Pedro de Padilla, D. Francisco de Bobadilla, Juan Martinez de Recalde, D. Cristóbal de Eraso, Juan de Urbina y otros caballeros y los ingenieros Baptista Caixato y Tribucio Espanochi; muy cerca de la tierra reconocieron el sitio juzgando su mejor disposicion, como capitanes de tanta experiencia y nombre. Jugó de los isleños mucha artillería y mosquetería desde la villa de San Sebastian hasta tres leguas la vuelta de la ciudad, pasando una legua más adelante, pareciendo la isla casi inexpugnable por inaccesible y haber de pelear contra la gente, el mar, el fuego, la tierra, sin dar lugar á camparse, hacer trincheas y plantar artillería, sin puesto para aventajarse.

En el dia siguiente, vigilia de Santiago, patron gloriosísimo de España, resolvieron la desembarcacion y combate de la isla. El capitan Marolin llevó el órden por toda la armada; la noche fue festiva, con las salvas, luminaria y coheteria, como en pronóstico de la cercana victoria, y respondieron como dos mil hombres en la marina. Mirando el Marqués con prudente y reposada consideracion y discreto discurso las dificultades de la empresa y medios para vencerlas, determinó (bien informado de portugueses) acometer por el puerto de las Muelas, en la mitad del camino de Angra á la playa, con que vendria el socorro de más léxos á estas dos partes más principales y el no estar más cerca de la armada el desembarcadero para este efecto; y porque si los franceses defendiesen la llegada, se les podia acometer tambien por la banda del islote, á la diestra de la entrada del puerto, por aquella parte lugar peinado y tan bajo que se podia subir sólo con un trozo de escala, y siendo necesario acometer por estas dos partes y ser indivertido el enemigo para hacerle retirar de las trincheas. Y aunque éste tenía uno de más en defensa que al tiempo que le reconoscieron, paresció de ménos peligro vencer en esta ocasion la dificultad de la naturaleza que los peligros y reparos del arte, y ser capaz el desembarcadero para llegar á un tiempo todas las barcas, en que habian de salir cuatro mil de la primera desembarcacion, y siendo la trinchea larga un través de su siniestra no podia dañar tanto como en las otras reconocidas; pasó al primer cuarto de la noche de su galeon con los caballeros que en él habia á la galera capitana, para dar

con más facilidad las órdenes convenientes del acometimiento de la isla.

Al tocar al arma la infantería desde la marina comenzó á embarcarse, y en la noche unos descansaban, otros proveian su conciencia del remedio importantísimo de la confision. Mandó el Marqués quitar las lumbres y cuerdas y el sonar caxas, con que reinó tal silencio que no se oia sino raras veces el cruxido sordo de las armas, cuando para descansar se movian los soldados. Anduvieron D. Francisco de Bobadilla y Agustin Iñiguez toda la noche proveyendo que no se quedase barcon atras. A las dos de la mañana la galera capitana y las otras nueve remolcaron los barcones, pataches y pinazas, porque otras dos inquietaban á los enemigos, por donde estaban nueve navíos prevenidos para huir los que pudiesen en la mayor necesidad, que parecia demasiada confianza de vencer el no hacerles puente de plata, como se debe. Saltó la gente con ímpetu para coger desapercibido al enemigo, y ántes que juntase sus fuerzas, en descubriéndolos, hizo diversas señales con humadas y llamaradas de pólvora, pidiendo socorro en un carro alto, donde una campana tañia al arma y á trechos otras correspondientes para el mesmo efecto.

Venian con el Marqués D. Pedro de Toledo, D. Lope de Figueroa, D. Pedro de Padilla, D. Jorge Manrique, hijo del Duque de Nájara, don Luis de Sandoval, D. Alonso Idiaquez, D. Luis de Borja, D. Antonio Manrique, Juan Martinez de Recalde, D. Pedro Ponce de Leon, capitan Juan de Urbina, Miguel de Oquendo, D. Antonio de Portugal, Diego de Miranda. Iban con los cuatro mil infantes desta primera desembarcacion los capitanes del tercio de la Liga, Pedro Rosado, Lázaro de Isla, Agustin de Herrera, Miguel Ferrer, Pedro de Sanctisteban, Diego Coloma, D. Juan de Córdoba, D. Bernardino de Zúñiga, Miguel de Venesa, Sancho de Solís, D. Juan de Vivero y su alférez; caballeros particulares D. Hugo de Moncada, D. Luis Venegas de Figueroa, que es hoy el aposentador mayor de su Majestad, hijo de Luis Venegas, caballerizo mayor de la reina doña Ana; D. Pedro Henrriquez, D. Gabriel de Lupian, D. Godofre de Mendoza, D. Alvaro de Benavides, D. Juan de Granada, D. Rodrigo Ponce de Leon, Marcelo Caracciolo, D. Jerónimo Zapata, D. Bernardino de Mendoza, D. Diego Bazan y el maestre de campo don Francisco de Bobadilla y Juan de Tejada, que hacía oficio de sargento mayor en todos los tercios; D. Filipe de Córdoba, D. Alonso de Roxas, don Gonzalo de Guevara, D. Francisco de Benavides, D. Antonio de Solis, D. Fernando de Toledo, D. Francisco de Guzman, D. Jerónimo de Vivero, D. Juan de Buitron, D. Pedro Enriquez, el capitan Melchior de Esparza, D. Juan Gallo, y el maestre de campo D. Agustin Iñiguez de Zárate y D. García de Cote y D. Juan de Sandoval, á cuyo cargo estaban las quince compañías de Portugal; el sargento mayor Gaspar Capena, don Pedro Ponce de Leon, D. Juan de Castelvi, D. Francisco de Borja, Ono-

fre Bernegal, D. Bartolomé de Amaya y el conde Jerónimo de Lodron y D. Francisco Perenot y Mos de la Mota, Lucio Pupiatelo, Fr. Vicencio de Aflite, Miguel Caxa, napolitanos; D. Félix de Aragon con una copiosa compañía de portugueses.

Ya el Oriente aclaraba, cuando llegó el Marqués en su galera á tiro de arcabuz de la cala, y diciéndole el piloto mayor podrian echarlos á fondo, le dixo con el atrevimiento de su fortaleza natural y entereza de ánimo: «Pues acercaos más y encallando no nos ahogarémos.» Executó, y habiendo esperado que pasáran golpes de algunas balas por alto, siguiendo punto de mayor caza, porque en algunas plataformas no podian pescar sin peligro de perderse las piezas por el inclinarlas mucho para bajarles el punto, dispararon las galeras y desencabalgaron un cañon que dañaba mucho, y saltaron en tierra los españoles con gran esfuerzo entre las laxas, á los lados de los fuertes, embarazados de la resaca del mar, que los bañaba hasta la cinta y del todo á Francisco de la Rua, alférez de D. Francisco de Bobadilla, y al capitan Luis de Guevara y Rodrigo de Coruantes por haber encallado su barca arremetieron con tal vehemencia que desmantelaron las trincheas derechas y levantadas sobre piedras más de media pua..... (1) ..... Pisaron su cimera soldados dignos por cierto de toda honra militar. Espantó á los enemigos tanto esfuerzo y los puso tanto miedo cuanto con más ímpitu y rigor fueron acometidos. El capitan Santistéban, natural de Málaga, cosa maravillosa..... (2) ..... el primero á la trinchea y tomó puesto combatiendo con gran valor, aunque ofendido furiosamente de los franceses y portugueses, que procuraban trabucarle ó matarle, porque su imitacion no incitase y diese la victoria á los que le seguian; mas divertidos por D. Antonio Pazos, que al mismo tiempo habia subido y peleaba animosamente, mantuvo su puesto, y plantó la primera bandera Alonso de Xerez, natural de Málaga, alférez de D. Juan de Vivero, y otra Pedro Fernandez de Ramada, de la de Flores, y otra Jaramillo, de la de Pacho, y otra Campu-

(1) Hueco. Herrera refiere así este pasaje en sus *Cinco libros de la historia de Portugal*, lib. v: «Y el primero que saltó en tierra fue el mismo Francisco de la Rua, que se echó al agua, porque encalló el barco léxos de tierra y salió á nado con Diego Gonzalez, portugués, que guiaba el barco, y Retache, vizcaíno, soldado del capitan Castellolin, y Pedro Lagarto, soldado de D. Francisco de Bobadilla. El mismo D. Francisco, D. Felipe de Córdoba y el capitan Juan de Tejeda fueron de los primeros que sin peligro saltaron en el fuerte, haciendo los que le guardaban alguna resistencia, aunque mayor los franceses que los portugueses. Y como el socorro que llamaban con la campana no venía, porque el golpe de la gente (como queda dicho) estaba en la playa, que era dos leguas de allí y de mal camino, se retiraron huyendo todos los que estaban debaxo del capitan Borgoñon, que era uno de los principales capitanes que allí tenian los franceses..... Y el primer capitan que llegó á la trinchea fue don Antonio de Pazos, y aunque pretende esto mismo el capitan Santistéban, es la comun opinion en favor de D. Antonio de Pazos y metió la primera bandera su alférez Pedro Fernandez de Ramada, quedando D. Antonio herido de dos arcabuzazos y el capitan Santistéban en una pierna.»

(2) Hueco: falta, al parecer, la palabra *llegó*.

zano de Cárdenas, de la de Sotomayor. Los enemigos resistian gallardamente, mas duró poco apretados del ímpetu de los asaltadores y muerte de la mayor parte, y con espanto se retiraron dos compañías de portugueses y otras dos de franceses, dejando muerto á su capitan, y Barrano, plático y estimado, tomó á su cargo la defensa de aquella parte. Con esto ya señorearon los fuertes con ménos sangre de lo que pensó el General; los ministriles y trompetas señalaron y solemnizaron la primera victoria, saludando á Sancta Ana y congraciando su favor en su fiesta recebido como en el año ántes en el mar, venciendo memorable y gloriosamente á las mismas naciones.

Don Félix de Aragon acometió de los primeros y quedó estropeado y su alférez muerto y su sargento herido, mas puso la bandera sobre la trinchea; y fue muerto Onofre Vernegal, valenciano; señalóse en la arremetida D. Felipe de Córdoba, siguiendo á D. Francisco de Bobadilla que saltó con ímpetu en tierra y los capitanes Juan de Texada Castellolin y su alférez Diego de Velasco y D. Jerónimo Zapata. Don Francisco formó escuadron confusamente de todas las naciones por la brevedad y presteza contra el..... (1)..... mas los enemigos hicieron alto en una montañuela cerca de San Sebastian, donde recogian los que venian desbaratados.

Luégo se acabó de echar en tierra la primera desembarcacion, para que por todas partes se tomasen las montañas, pasos y atajos del camino, ordenando en todo lo que más convenia para la mejor conservacion del exército. Salió el Marqués en un esquife con su guion, viendo iba la infantería desembarcando apriesa y en otra barca algunos caballeros, y puesto el pié en la isla hizo oracion á un Crucifijo, que llevaba un fraile de San Francisco, y le dió gracias por la merced que les habia hecho. Llegó donde estaba D. Francisco de Bobadilla, y visto el lugar que daba el enemigo, se ordenó el escuadron más en forma con las naciones juntas entre sí y separadas unas de otras, y porque se calentaba la escaramuza con vária fortuna, ganaron y perdieron trincheas hasta que los afirmaron las picas alemanas. Fueron heridos los capitanes Sanctistéban, Manuel de Vega, y Antonio Serrano, con un arcabuzazo y un picazo, entró y prosiguió despues de curado en la asistencia de su compañía. El Maestre de campo general formó los escuadrones, y los asaltadores en la manguardia se multiplicaban y mejoraban con los enemigos. En las primeras mangas iba D. Pedro de Toledo que tomó á su cargo..... (2)..... y valor, él venció la dificultad y peligro

(1) Hueco. «Y como los maestres de campo D. Francisco de Bobadilla y Agustin Iñiguez fueron de los primeros que entraron en el fuerte, ordenó D. Francisco que las banderas hiciesen alto, y á los sargentos mayores que fuesen haciendo escuadron de los soldados, como iban llegando, y sacasen sus mangas de arcabuceros; y en lo mismo se ocupó D. Juan de Sandoval.»—HERRERA. *Ibid.*

(2) Hueco. «A D. Pedro de Toledo y á D. Pedro de Padilla dió (Francisco de Bobadilla) arcabuceros, con que fuese cada uno por su parte para hacer espaldas al arcabucería del exército católico, que iba desmandada cargando á los franceses.» — HERRERA. *Ibid.*

y tambien D. Pedro de Padilla con muchos caballeros y capitanes de la primera desembarcacion, dando muestra de su espada é industria. Ambos daban calor á los arcabuceros que cargaban á los franceses con destreza, retirados de la marina más de media legua, donde esperaba la fuerza de su exército, y desde unas trincheas hacian mucho daño por estar atravesada de cercas la isla por la labranza y crianza, hasta que la perdieron. El Marqués en la frente de los escuadrones se mejoró dos veces, dando ánimo á su arcabucería, ganando tierra al tiempo de la segunda desembarcacion. Ya marchaban alemanes y españoles fatigados de la sed y calor, aunque de las naves traian barriles de agua en abundancia, mas no bastaba á la necesidad de los cansados y aquejados de las bravas escaramuzas, que duraron hasta la noche sin cesar punto, refrescadas con nuevos tiradores enfrente de los escuadrones enemigos, que tiraban con ocho cañones y hacian algunos acometimientos de cerca, pero luégo los arredraba el valor de los contrarios. Estaban las banderas en batalla, como daban lugar los cerros y cañadas que impidian el cuadrar los escuadrones, mas la pericia del Maestre de campo general suplia con arte la mala disposicion del terreno. Desmembróse del escuadron de caballería, para animar á los suyos, una tropa de portugueses guiados de un fraile con lanza en mano, incitando al atropellar y matar los castellanos, exhortando á los arcabuceros que peleasen firmemente, porque ya les venía socorro: raro exemplo de ódio y perversion.

Consumida la agua de los navíos, quisieran ganar algunos castellanos una fuente abundante defendida de los enemigos muy bien, conociendo la necesidad de los asaltadores en la canícula y mayor fuerza del sol; por esto aunque la ganaron, la recuperaron los de la isla peleando con tanto teson de ambas partes como si de su pérdida ó ganancia consistiera toda la victoria. Solamente procuraban gastar los contrarios con las escaramuzas y disminuyéndolos poco á poco, de manera que un indio mestizo con un mosquete bravamente mató cinco franceses. Fueron heridos de los portugueses de nuestra parte Pedro de Acuña, Manuel Morato y Oliveira, y murió don Pedro Niño de Bustos.

Pasada buena parte del dia, empujaron mill vacas los enemigos para desbaratar los castellanos, como hicieron á los de D. Pedro de Valdés, y ordenado se abriesen y las dejasen pasar, monsiur de Chatres lo impidió, diciendo era dar cena al enemigo, porque los soldados viejos españoles usarian de toda industria en la ocasion. Ya Manuel de Silva queria huir en su barca, y no la dejaron desamarrar los soldados; y hallándose burlado, volvió atras á poner término á sus disparates para ver sus intentos y hechos. Fueron heridos y muertos más de cuatrocientos castellanos, y de los franceses más de ochocientos, aunque estaban gallardos y con resolucion de pelear. Habiéndose reforzado las mangas de arcabuceros y mosqueteros españoles

al primero cuarto de la noche, haciendo señal las caxas de recoger, para que cerrasen y abrigasen el escuadron en la avanguardia y de la retaguardia, seiscientos pasaron la noche en lerta tocando diversas armas, y á el clarear el cielo se resolvieron de romper al enemigo, acometiendo para ganar ventaja al mayor fuerte, en tanto que se escaramuzaba, alentados con la templanza de la mañana. Gallardamente se mejoraron los escuadrones y las mangas retiraron los enemigos, siguiéndolos cuerdamente, aunque á buen paso, en su alcance y con órden, y les hicieron perder la fuente y la artillería y la villa de San Sebastian, dos leguas distante de Angra; y perdidos y desordenados los enemigos fueron perseguidos hasta que se embrañaron en la montaña y tras ellos todos los isleños, desamparando casas y haciendas, diciendo era la isla de D. Felipe y era razon se le restituyese.

Grandemente Chatres á paso lixero movió tambien su gente, mirando reposadamente el Marqués en qué paraba la huida á la montaña de Nuestra Señora de Guadalupe. Informado de Manuel de Silva, que habia en ella lugar fuerte para entremeterse hasta quel rigor del tiempo arrebatase la armada vencedora, llevó delante la más gente que pudo por salvarla, entreteniendo con escaramuzas los castellanos que se les acercaban. Mandó el Marqués marchar el exército contra el enemigo, sin consentir que se desordenasen, aquietados de la sed para beber en la fuente, diciendo estaba cerca la ciudad. Aprovechándose del tiempo y de la victoria, en tanto que llegaban á ella, ordenó embistiesen las galeras con la armada francesa y portuguesa en el puerto de Angra. Adelantóse para entrar en ella con don Francisco de Bobadilla y algunos caballeros y quinientos arcabuceros; y encomendó un monasterio de monjas á D. Pedro de Toledo y otro á don Alonso Idiaquez y Juan Martinez de Recalde, para que no los profanasen. Tan apretadas fueron las escaramuzas que gastaron en ménos de dos dias docientos y treinta quintales de pólvora los castellanos, y los enemigos trecientos y ochenta, sin distribuir la de campaña y la que habia en las galeras. En la batería murieron tres soldados de sed y reventó matándola D. Gaspar de Castilla, hijo del señor de Gor, y hubiera más daño si no favoresciera el cielo con nublado y ruciados de agua por media hora, con que se alentó la gente cansada y desalentada.

CAPÍTULO V.

Entrada del exército español en Angra; rindese Mos de Chatres.

Entró la infantería en Angra, que quiere decir ensinada, entre la punta del monte del Brasil y el castillo de San Sebastian, hácia la puerta principal de la ciudad, de más de dos mill vecinos, con silla obispal, y concedió saco el Marqués por tres dias, reservando los lugares sagrados, y cuando ya estaba apoderado de los castillos y plazas, porque ántes fuera error grande. Quemóse al punto, como de sí misma, la casa de la moneda falsa, y sacaron los presos de las cárceles que esperaban este buen suceso para alcanzar libertad. Tomáronse catorce navíos de los franceses, y diez y seis de la isla de los que saquearon á cabo Verde, y llevaron noventa cañones á la casa de municion, donde habia mucha pólvora y balas de diversas invenciones.

El Marqués, movido de compasion de ver el trabajo y hambre que la gente de la isla padecia por la montaña, mandó publicasen en público perdon general, y que los vecinos viniesen á la ciudad y á sus moradas dentro de tres dias, porque si no los castigaria con todo rigor. Vinieron pocos, avergonzados con su culpa, y fueron de los que guardaron lealtad, pero la furia y mayor número de los contrarios no les daba lugar para descubrir la virtud escondida de su ánimo. Los franceses estaban tres leguas de la ciudad, retirados en los montes y fortificados en sitio fuerte y con bastimentos, con demostracion de conservarse ó ganar muriendo perpétuo nombre..... (1) ..... con voz de saber de los suyos y presos en las galeazas escri-

(1) Hucco. «El maestre de campo Agustin Iñiguez de Zárate desde los veintisiete del dicho (mes de Julio) habia tomado en la escaramuza un soldado francés, de quien entendió que estaban los portugueses y franceses recogidos en un bosque, cabe una ribera, junto á unos molinos del lugar que llaman los Altares, que era el sitio adonde habian tratado de recogerse, y que se habia conocido en ellos mucho temor, por el castigo que el año pasado usó el Marqués con los franceses que se tomaron en la batalla cabe la isla de San Miguel; y que entendia que haciéndoles algun partido razonable se rendirian. De que dió luégo noticia al Marqués, persuadiéndole á ello, pues era bien ir acabando cosas por estar las demas islas de la opinion de la Tercera, rebeldes. Y dando oidos al negocio, permitió que el Maestre de campo escribiese de su misma parte á Mos de la Jata para saber su intencion. Envió Iñiguez con esta carta al francés y con él á San Martin, soldado de su compañía; y con la respuesta volvieron los mismos soldados; de la cual se entendió que aceptarian de buena gana el tratar de partido. Y porque el maestre de campo Iñiguez fué luégo á la isla del Fayal, se trató la plática de los conciertos por mano de D. Pedro de Padilla, á quien acordándose Mos de la Jata que habia conocido en Malta, escribió una carta sobre ello.» — HERRERA. *Ibid.*

bió (Mos de Chatres) á D. Pedro de Padilla, vino con instrucion firmada de su Rey, y no como pirata. Pidieron al Marqués algunos capitanes para los fiar de las vidas y no la concedió, sino que vistas las cartas y patentes de sus Reyes, rindiesen armas y banderas. Puesto delante de su gente Chatres, que bajó del alojamiento, y de D. Francisco de Bobadilla, D. Pedro de Padilla y D. Jorge Manrique, con ponderado semblante dixo le hacía entrega de las armas, no por la falta de ánimo para defenderse sino en considerar se hallaba en isla, donde todos los principales de su exército eran muertos y heridos y sin esperanza de socorro, y que más era temerario intento que esfuerzo y osadía perder las vidas peleando, donde ni estaba en punto de ganar gloria ni hacer servicio á su Rey. Por esto y otras razones que no podia declarar, tomó resolucion de entregarse, cumpliendo las capitulaciones y palabra que habla dado como lo hacía; y mirando á los caballeros que en este acto asistian, hizo su acatamiento y pasó adelante con discreta prevencion. Pero ántes que llegase al lugar donde todos habian de rendir las armas, se despojó del coselete que traia y le invió al Marqués, quedando sólo con la espada y algunos musiures, y luégo los alféreces llegaron con ocho banderas de las viejas de Francia inelinadas y recoxidas, y las rindieron y entregaron, y treinta y seis portuguesas con letras indignas de toda disciplina militar y valentía, y en vituperio de los castellanos, pero emblemas sin artificio ni sustancia. Los atambores entregaron sus caxas sordas y destempladas, con les pífanos, y desarmando dos mill y ducientos franceses y mill y ochocientos portugueses de sus mosquetes, arcabuces, picas, alabardas, se apartaron despojados de toda la gloria soldadesca y casi desconocidos por estar desautorizados y carecer del ornamento de sus personas. Quedaron en profunda tristeza, aunque el Marqués por su natural humanidad no permitió pasasen por las haces de sus escuadrones. Movia á compasion mirarlos, porque demas de venir avergonzados y rendidos, que es última calamidad para los ánimos amigos de gloria, estaban rotos y maltratados; y como el semblante es habla callada del corazon, manifestaba su congoxa, á que se juntaba el ser desfigurados por la hambre y falta de sueño padecida en la campaña. Advirtióse que casi los más honrados llegaron lastimados y heridos; dió lugar el profundo silencio para contemplar el humano estado y mudanza en la guerra, que en un punto los libres y gallardos suelen quedar casi muertos, y los vencidos levantar corona: el ser vencido y subjeto se debe sentir mucho, pues áun lo sienten las bestias.

Por la ciudad entraban franceses y portugueses, delante del exército del Rey castellano, desarmados y sin órden, resultando consideracion de la justicia y exemplo para los indómitos y desobedientes, y gozo grande con semblante reverencial y buenos pensamientos con suceso tan honroso en los leales y no ménos de repntacion, que tanto se debe estimar en la guerra

para la Majestad Real y gloria de su General, con que se hizo tan ilustre y clara la victoria. Venian juntamente muchos isleños rendidos de aquellos contra quien no se habia procedido. Cosa es no leida en las historias el ver exército tan numeroso y tan dispuesto para resistir al de Castilla, tan sobrado de armas y municiones, encastillado en tierra montuosa y fortificada, tan brevemente domesticado. Proveyó Pedro de Padilla, marchal de logis, con cuartel separado á todos los franceses aloxamiento con cuanto habian menester, bien tratados y medicinados. Su General y alférez y caballeros fueron regalados del Maestre de campo general. Los Maestres de campo, sargentos mayores y capitanes franceses besaron las manos al Marqués, y recibiólos con mucha cortesía y alegre semblante, mostrando que los hechos de la guerra tanto son más gloriosos cuanto son más conformes á virtud. Queriendo humillarse Mos de Chatres, como prisionero, el Marqués le alzó y abrazó con blando acogimiento, y haciéndole sentar, platicaron de diversas cosas. El francés se mostró discreto y de toda tolerancia y disimulacion y de no poco valor. Embarcados mil seiscientos franceses en tres naves guipuzcoanas con su General, navegaron á desembarcar en el Passaxe, y para el cumplimiento desto quedaron en poder de D. Francisco de Bobadilla el Maestre de Campo y dos capitanes por rehenes, y escribió el Marqués á García de Arde, general de Fuenterrabía, les diese paso para Francia. Quedaron seiscientos para aviarlos por el mar en llegando á España. Fue Manuel de Silva coxido en una cueva de poca seguridad, por haberle desfondado los isleños la barca en que habia de huir.

CAPÍTULO VI (1).

Reduccion de las demas islas de los Azores.—Muerte dada á Manuel de Silva, y castigo de los rebeldes.—Vuelve la armada victoriosa á España.—Va el Rey al Escorial y á Segovia.—Fiestas en Nápoles.—Entrada del Marqués de Santa Cruz en Madrid, y mercedes que le hizo el Rey.

Quedaban por reducir las islas menores, cómplices en la rebeldía, y el Marqués, en tanto que disponia las cosas para el gobierno de la Tercera en paz y guerra, invió á D. Pedro Osorio, marqués de Villafranca, á la isla de la Cruz, distante treinta leguas de la Tercera, con las doce galeras, cuatro pataches, diez y seis pinazas y algunos barcos, y sobre ellas dos mil

(1) Este capítulo estaba sin duda destinado á formar parte del anterior, y por eso aparecen, como se verá en el siguiente, dos capítulos sextos.

quinientos infantes de diversos tercios con el maestre de campo Agustin Iñiguez de Zárate, quince capitanes y ciento y cincuenta alemanes con unos caballeros ventureros, y para el mar los capitanes Miguel de Oquendo, Rodrigo de Vargas Marolin, D. Antonio Mendoza, que tenian los pataches y pinazas y el ingeniero español. Es el Fayal isla fuerte que boja nueve leguas, llamada de sus primeros descubridores Nueva Cruz, como afirman Gaspar Upelio en su descripcion universal, y Juan Baptista Urrient, naturales de Brujas, y lo muestran los linajes de Bruños y Utriques. Surgió la armada en último de Julio en la isla del Pico, casi una legua del Fayal, y invió á Gonzalo Pereira, natural della, caudaloso y muy servidor del Rey, con el protesto en una fragata con seis mosqueteros, y dexó cerca del puerto de la Riverina á Pereira, y volvió á la galera; la fragata salió luégo, y habiendo dado su edicto al Gobernador, le mató él mesmo: atrocísimo delito contra la fe pública y santa instituida de la naturaleza.

Salió luégo D. Pedro á reconocer la isla, y llegó hasta allí y vió razonable surgidero y sin gente la trinchea, mas acudió con prisa á la defensa. En el dia siguiente reconosció toda la isla, y nadando vino á su galera un portugués, que dió noticia del estado de ella y número de los enemigos. Partieron de noche á tocar á arma por la Riverina dos galeras con dos barcas vacías y dos pataches; á las dos, despues de media noche, D. Pedro al segundo cuarto navegó la vuelta de las Feyteras, y comenzaron las galeras á disparar en tanto que la gente desembarcaba con alguna dificultad por ser fragoso el desembarcadero, y cincuenta soldados que habia en su defensa se alargaron, entreteniendo las dos galeras á dos compañías que defendian la Riverina. Hecho el escuadron por Agustin Iñiguez, las mangas pasaron á un gran arroyo, y fue descubierto el enemigo fortificado en una montañuela, con ademan de bajar á pelear dos compañías, trabándose escaramuza con la manga siniestra tan animosamente, que no se conoció ventaja, con muertos y heridos de ambas partes, llevándolos á curar por mandado de D. Pedro el Dr. Cristóbal Perez de Herrera. Acometidos de los enemigos, los defendió esforzadamente con su espada, para que no los rematasen, aunque le dieron un arcabuzazo en un hombro, y por haber sido por causa tan piadosa, meresció particular memoria en la historia, y que le hiciese el Rey protomédico de las galeras de España y diese renta por otros servicios militares, que en otro lugar escribirémos. El capitan Juan Fernandez de Luna cargó sobre los enemigos con una manga tan reciamente, que subieron á su montañuela, y los portugueses á la sierra, y el escuadron se retiró. Esparció el gamido que juntó para empujarlo y desordinar y vencer los castellanos, y se fortificó y encastilló sobre la fortaleza. Allí se entretuvieron la mayor parte del dia escaramuzando con brío; los asaltadores con ímpitu y furia los rompieron y ganaron el campo. No pudiendo contrastar á la fuerza española, se querian conservar en la mon-

taña y fortaleza de la marina, y una pica sacó al capitan Calderon tuerto de un ojo, valeroso y gallardo soldado. La insigne natura y antiquísima villa de Ocaña se mejoró con el capitan Ferrer, que tenía la arcabucería, y pelearon con los enemigos hasta venir á las espadas, y sintiendo la ventura y fuerza de los castellanos, desamparando la montaña, se salvaron. En la fortaleza rindiéronse cuatrocientos franceses, salvas las vidas, con seis banderas y algunos portugueses. Antonio de Guedez, gobernador de la isla, por D. Antonio, fue preso por un soldado, á quien ofreció quinientos ducados, y cortada la mano con que mató el bárbaro y tirano.....(1)..... de la paz fue arrastrado y colgado en la horca que hizo para justiciar los del Rey Castellano. Habia en el castillo pocos bastimentos, y diez y seis piezas grandes de artillería y pólvora y municion, y otras cuarenta piezas de los fuertes que se rindieron, salvando las vidas á los franceses; embarcado todo, quedó á cargo la isla de D. Antonio de Portugal, y los moradores volvieron á sus casas, libres del furor del tirano Gobernador.

El Marqués recibió á D. Pedro con grande alegría, y le dió gracias y el parabien de su victoria; y como caudillo de valor y gobierno, apresuraba el despacho de los negocios, y proveia su armada por el tiempo en que la podia tener en aquellos golfos tremendos. Nombró defensor para hacer proceso contra las islas y condenarlas en general, pues cuando el delito es tal, todos padecen la pena, ansí en particular cada uno por el mal que hizo, como por el pecado de la universal república, pues por él se ve arruinado el castillo, la ciudad desierta, los muros que la autorizan y defienden desmantelados, las plazas públicas donde se cursan los exercicios de policía y proezas de caballería sin este ornamento, y se abrogan los previlegios y leyes municipales que las ennoblecen y sustentan en civil gobierno. Pasados los términos de la fulminacion del proceso, conclusos y leidos por el Promotor Fiscal contra las islas rebeldes de la corona de Portugal, á bando y con atambores, con público pregon y en cadahalso fueron declarados por rebeldes y condenados en perdimiento de bienes, fueros, gracias, libertades, exenciones é inmunidades concedidas por los Reyes antecesores de D. Filipe; condenaron á muerte los ausentes y presentes y á quemar la moneda falsa que tenía el nombre de D. Antonio. Executóse arrojando en el cadahalso la gente de guerra toda la que tenía: ponderacion de lealtad y amor de los españoles con su Rey y de sus claros hijos, en tanto riesgo y peligro por el ardiente y amoroso celo y fidelidad con que le sirven y reverencian.

En el mismo dia Manuel de Silva, tirano, general de las islas de los

(1) Hueco. «Antonio Guedez pagó la pena de su barbaridad, porque D. Pedro de Toledo le mandó cortar las manos y fue ahorcado por un brazo.»—HERRERA.

Azores, fue degollado (1) y la cabeza puesta en la torre del relox, en la jaula donde mandó poner la de Melchor Alfonso, fidelísimo portugués, habiéndola el Silva visto quitar y llevar á sepultar honradamente, cumpliéndose desta manera su pronóstico misteriosamente; y en el comun silencio, confesóse ántes de morir, en voz alta, por instrumento de las calamidades que padeció la isla, atribuyéndose la culpa de toda la distruicion universal, y pidió que le perdonasen por la sangre de Dios, pues de tantos daños como causó su vida, no tenía su muerte arrepentimiento por suficiente recompensa, si no le concedian perdon. Alzó las manos al cielo y ofreció á Dios aquel castigo público, y la ignominia que padecia su nombre con aquel escarmiento y exemplo. A Amador Vieira, que le descubrió los fieles al Rey para que los castigase, cortaron la cabeza por traidor, y condenaron á sus hijos y nietos por infames, como los de Domingo Uzel (2), juez ordinario, que fue ahorcado; y Pedro Cote, capitan de D. Antonio, y Bernardino de Tavara (3), capitan; y Antonio Baroxo (4), amotinador; y Arias Porres, capitan; y Gonzalo de Pita, alcalde de San Sebastian; y Matías Diaz Pilatos, que fue de los que rompieron á D. Pedro de Valdés, y que se publicó que habia comido hígados de castellanos, brava muestra de aborrecimiento y venganza; Domingo de Toledo, capitan; Gaspar Alvarez Chicarro, mareante; Gaspar de Gamboa, corregidor de Angra; Anto-

(1) Hé aquí cómo refiere Herrera (*Cinco libros*, etc.) la prision de Manuel de Silva, de la que nada dice Cabrera. «Al fin se salvára, si no fuera por una esclava que llevaba á las ancas de su caballo Espinosa, que porque se iba sonriendo, la preguntó quién era aquel portugués que habian topado, que parecia hombre de suerte, y respondió que era Manuel de Silva. Y porque no permitió nuestro Señor que dexase de pagar las muchas crueldades que habia hecho, volviendo tras él, le alcanzó junto al monte, y preso confesó ser el mismo, ofreciendo diez mil ducados si le dexaban ir á una casa que estaba en la montaña. Pero sin hacer caso desto, le llevó Espinosa á una escuadra de soldados del capitan Lázaro de Isla, que andaba por allí en la misma demanda. Lleváronle luégo, que fue á los diez de Agosto, al Marqués de Santa Cruz, que le mandó poner en la galeaza capitana, á cargo del capitan Juan Ruiz de Velasco; y habiéndosele hecho algunas preguntas por personas, á quien para ello envió el Marqués, porque no quiso satisfacer á ellas, mandó al Auditor general que usase de los tormentos, y al instante descubrió muy muchas cosas que se pretendian saber para mejor inteligencia y comprobacion de los tratos, que D. Antonio traia en Francia, Inglaterra y otras partes. Y habiendo proseguido el Marqués en mandarle hacer su proceso, fue condenado á muerte por los muchos delitos que habia cometido; y avisado que habia de morir, al principio lo sintió con mucho dolor. Y luégo, juéves en la tarde, á los trece, fue degollado por mano de un verdugo tudesco, habiéndose primero quemado las monedas de oro y plata y cobre, que de muy baxo quilate se gastaban á muy subido precio en nombre de D. Antonio y con estampa suya..... Sería de edad de cuarenta y dos años, de mediana estatura, hombre repleto, lampiño, barbinegro, entrecano; tan bien hablado, que fácilmente persuadia cuanto queria, y por esto fue de mucho momento su prision. Fue enterrado con mucha honra, que le hizo el exército católico, porque movidos los principales dél por su bueno y devoto fin, le pidieron al Marqués, que se le concedió, para darle sepultura. Púsose su cabeza en un palo alto en la plaza de la ciudad de Angra, á donde el mismo Manuel de Silva tenia puesta la de Melchor Alfonso.....»

(2) *Sic* en el MS.; Herrera escribe Uguel.

(3) *Sic* en el MS. En Herrera se lee Bernardo de Tovar.

(4) Anton Fernandez Baroxo, segun Herrera.

nio Alasola, alférez mayor; Antonio Gomez Merino, que aprestaba las armadas; Tomás Gomez, que proveia el campo de los enemigos, y Manuel de Acosta, fueron echados en galera (1).

Mandóse por bando que ninguno truxese hábito de D. Antonio, so pena de muerte. Procedióse con mucha templanza contra tan pocos culpados, cabezas que estragaron la república, siendo tan excesivo el número de ellos y tan grandes las penas que merecian sus delitos, porque segun los establecimientos de los antiguos y los bandos y órdenes militares de nuestros tiempos, solian darse más ásperos y sangrientos castigos en la guerra.

Bien dispuestas las cosas de las islas, envió delante las galeras, porque gozasen del beneficio del tiempo, á los once de Agosto, á D. Pedro Ponce de Leon, sobrino del Marqués, con relacion de la nueva victoria de todas las islas, como en el año ántes de la naval, y á Bartolomé de Aguilar y Anaya, secretario del Marqués, con las patentes, órdenes y cartas de los Reyes de Francia. Hizo embarcar muchos culpados que se valieron del perdon, dexando las islas en mayor sosiego. Maravilloso remedio, para que se pierda la memoria de las cosas pasadas, es el desarraigar inquietudes, porque el galardon es buena obra, que liberalmente se ha de dar á los que fueren buenos y leales en servicio del Rey en la guerra, y lo debe dar su Majestad, ó el capitan del exército, á los que lo merecieren ó á sus hijos, porque el castigo constriñe á los malos para enmendarse, y el galardon obliga á los buenos para ser mexores. Hizo el Marqués merced á las viudas y huérfanos, que hizo Manuel de Silva, de algunas ayudas de costa con expetativas de mayor merced de su Majestad, y se les mandaron reedificar sus casas derribadas, y dieron rentas de trigo y dineros de por vida, conforme á su estado y á los trabajos que habia padecido cada uno, señalándose más con la mujer de Melchor Alfonso. Crió corregidor y regidores en Angra, de los más honrados portugueses que llegaron á la Tercera. Con la armada dexó dos mil soldados de guarnicion á cargo del maestre de campo Juan de Urbina, sobrino de aquel famoso de su nombre, con el cargo de Gobernador de las islas de los Azores, persona de valor y prudencia para gobernar en paz y guerra.

Invió luégo el Marqués á dar aviso de la recuperacion destas islas y de su pacificacion, en dos pataches, á las Indias é islas, para que pudiesen venir por ellas, porque libres de recelo frecuentasen aquella derrota y volviesen á sus comercios y comunicacion, y las islas se restaurasen. Con esto llegó el aviso, en descuento de tanta gloria y vitoria, de la muerte de la Marquesa, su mujer, efectos de la fortuna necia con los triunfos y prosperidades, infelices sucesos, y no dar lugar para que perpétuamente se gocen

(1) Herrera cuenta ademas, entre los castigados, á Baltasar Mulato y Blas de Vivaldo.

los contentos. Sufrió el sentimiento con semblante de templada tristeza en lo público, porque no ha de conturbar la alegría universal la particular ocasion de pesar del Capitan.

En veintisiete dias de tarda navegacion por contrarios vientos, descubrió á los trece de Septiembre el cabo de Santo Vicente, y aunque trabajada la armada del mar, sin perder sino un patache, que traia unos caballos y no su gente, entró en la bahía de Cádiz, dió fondo y cañoneó las velas. En España se celebró la victoria con gran demostracion de contento, y admiracion en el mundo, y confusion de los émulos y mal correspondientes, ingratos á los beneficios recibidos de su Majestad Católica, y desengaño á los que atentos esperaban el fin desta difícil y á su parecer imposible jornada. En Portugal tambien solemnizaron la victoria con gran muestra de contento en los leales y dolor en sus contrarios, que no habian perdido la esperanza de que podria D. Antonio, sobre el fundamento de la Tercera, volver al reino, aunque parecia á algunos que sobreviviendo á don Felipe se removerian las cosas de modo que tuviese complimiento su deseo. La nueva del buen suceso envió su Majestad desde Madrid á su convento de San Lorenzo, con Juan Ruiz de Velasco, su coronista mayor de las Indias, para que diesen gracias á Dios, aliviados deste cuidado, porque en la oracion contínua, pidiendo la victoria, asistieron sin cesar hasta tenerla.

Vino el Rey á ver su fábrica á veintiocho de Setiembre, y de allí á veintinueve de Octubre pasó á gozar de la calma en su casa y bosque de Balsain, visitó sus alcázares de Segovia y el nuevo ingenio de labrar moneda con el movimiento de ruedas impelidas del agua, y por el monesterio de Parraces se volvió á San Lorenzo á celebrar la fiesta de Todos los Santos y la conmemoracion de los difuntos.

En los Estados de Italia hicieron solemnísimas fiestas, especialmente en Nápoles, donde vireinaba el Duque de Osuna el Bueno. Con maravillosa providencia quiso que la gente de guerra no tuviese la menor parte en esta alegría, con torneos y otras acciones militares continuadas por mucho tiempo en la compañía que entraba de guarda y en la que salia; porque los guerreros son alegres y levantados de espíritu, briosos, sufridores de trabaxos, y con generoso ánimo entretenidos en ellos y alentados de honras y esperanzas, amigos de fama y nombre y temporales bienes. Conviene por esto no sea triste el que los gobierna, encogido, desautorizado ni respetivo, mas no por esto de comun sentimiento estará bien quisto, porque es tan frágil y variable el gusto y voluntad de los gobernados, que sólo se inclinan contra sus descuidos y libertades, pero administrando justicia y cumpliendo con sus obligaciones forzosas les descontenta, como se verá en este reino, en caso bien considerable, en el año venidero. Porque en el capitan valeroso en la guerra se proporcionan las armas el uso dellas, la victoria y

el triunfo; en la paz corresponden al pacífico las leyes, el uso dellas, la renunciacion de los buenos, el castigo de los malos, y con su mandamiento la religion del derecho y policía; sin consentir el juicio riguroso del pueblo que haya constancia en el uso de estas virtudes, por quien ha de ser de sus mayores administrado.

Entró el Marqués de Santa Cruz con mucho aplauso en Madrid; mandóle cubrir el Rey como á Grande, y dignamente por Marqués de Santa Cruz; dióle el cargo de Capitan General del Océano y de la gente de guerra de Portugal, y á su hijo D. Alvaro la encomienda de la Alhambra y Solana, y hábitos de las Ordenes á sus hermanos.

CAPÍTULO VI (bis).

Sitio de Eindoven.—El de Parma se apodera, entre otras muchas plazas, de Dunquerque y Neoport.—Vuelve á Francia el Duque de Alanzon.—Diferencias entre los flamencos rebeldes.—Prosigue su victoriosa campaña el de Parma.—Rendicion de Brujas.—Guerra de Colonia.—Defensa de Zutphen y sucesos que la siguieron en Frisia.

El Duque de Parma en Flándes, en tanto que se expugnaba la isla Tercera, tenía sitiada á Eindoven, donde hicieron honradas defensas los franceses gobernados de Boniveto, y así el conde Cárlos no juzgó conveniente el asaltarla, y contínuamente con tiros apretaba los defensores, con que morian muchos y en las surtidas más. Porque los Estados instaban en que los socorriese el exército del Duque de Alanzon, y con esta esperanza entretenian los sitiados, pidió ayuda de mayor número de gente el Manzfelt al de Parma. Envió la que tenía el Conde de Aremberghe en favor de la eleccion del Arzobispo de Colonia, que se hizo en la persona de Ernesto de Baviera, poco ántes entrado en el obispado de Lieja. Fueron con esto reducidos los franceses á tal extremo, quitada toda esperanza de socorro, que comieron los caballos, gatos, perros. Capitularon con los cercadores que dexarian la plaza, si dentro de quince dias no eran socorridos; cumplieron bien, habiendo esperado en vano la venida del Duque de Alanzon, que estaba falto de dinero y crédito, y ya enemigo de la mayor parte de los flamencos, y sólo procuraba con diversos medios y sin fruto volver en su gracia. Salió de Eindoven el Boniveto á caballo, casi con ochocientos franceses y escoceses, y pasando por medio del exército del Rey Católi-

lico, en ordenanza de á siete por hilera, con sus armas y cuerdas encendidas, marcharon la vuelta de Anvers para juntarse con la gente de Musiur de Biron, que habia tomado en Brabante el castillo fuerte de Viersel, dónde murió Musiur de Belagarda. Fueron á sitiar á Boude, cerca de Bergheim, y la batieron reciamente con poco efecto; mas con tanto temor de quinientos italianos y de otros tantos convecinos, que entraron á salvarse dentro del furor del enemigo, que vilmente entregaron una plaza tenida casi por inexpugnable.

El de Parma habia salido de Tournay y juntádose con el Manzfelt, que, arruinadas las murallas de Eindoven y las trincheas, salió de la villa, recuperó con feliz curso de victoria á Tornaut, Hoohstraten, Linout, Viersel y Diest, y por haberle rendido Paulo Diecher, teniendo cuatro compañías de flamencos y dos de escoceses, fue por largo tiempo aprisionado y sus soldados denostados. Con la misma felicidad el Farnese entró á Vesterloo, en la campiña, con poca batalla; pasó á dar sobre Mos de Biron junto á Roosendal, donde tenía su exército fortificado; le desordenó y forzó á salvarse huyendo. Ganó la artillería, treinta banderas, mucho bagaje; mató dos mil en la acometida, y en la fuga cercó á Roosendal entre Bergas y Breda cercano al mar; y por estar inundada la campaña de su pujanza, dió á muchos comodidad para salvarse, no habiéndolos perseguido los católicos, y muchos se anegaron, y el Werp fue herido en un pié; caminó á cercar á Herentales, siendo reforzado su presidio por los de Anvers con mil soldados; fue la empresa dificultosa.

El de Alanzon en el fin de Junio, mal indinado contra los flamencos de Dunquerque, llegó á Calés; dexó en gobierno á Musiur de Ciamoys (1) con grueso presidio, y mandó el Farnase que luégo la rodeasen con la gente que tenian Monsiur de la Mota y Montigni, y con tres mil caballos é infantes; y con tan gran advertencia se trinchearon y cerraron el paso totalmente por tierra, que no fue posible á que ninguno entrase. Daba gran afliccion á los rebeldes que plaza tan acomodada para el uso del mar cayese en poder del enemigo, y procuraron inviar socorro de gente y municiones, de que sabian tenía gran falta, con Musiur de Biron con los franceses que le quedaron de la rota, aunque por lo mal que pelearon algunas veces eran sobre manera aborrecidos de la mayor parte de los flamencos; y así los ganteses los expelieron, y el Farnese partió de Herentales y con todo el exército vino á Dunquerque. Ciamoys, apretado con enemigos en la campaña y en la tierra, por malos tratamientos que les habian hecho, á dieciseis de Julio con honrosas condiciones la rindió al de Parma, dexando buen presidio de españoles.

---

(1) Estrada escribe *Chamos*.

Con igual prosperidad y menor trabaxo conquistó á Neoport, habiendo enviado con parte del exército al Marqués de Rubais á recuperar á Bergas de Saint Vinoque (1), de donde liberalmente salieron los franceses habiéndoles dado dinero. No les salió tan bien el acometimiento de Ostende, por la fortaleza del sitio y estar mejor presidiada y haber inundado la campaña por órden del de Oranges, y juzgó ser mejor consejo ganar algunos lugares que se defendieran ménos, y principalmente á Ipre. Gran rumor y alteracion de ánimos por estas desgracias se vian en Anvers y Gante, donde el pueblo grandemente culpaba al de Oranges, y temia que habia de entregar el castillo de Anvers á los franceses y que reforzaba su partido por esta parte contra la ciudad, que se le habia desvergonzado; de manera que trabaxó mucho para sincerarse, habiendo concurrido muchos á la verificacion del trato, temiendo por esto peores sucesos. Este tirano, no habiendo podido retener los pocos franceses que habian quedado en el sueldo de los Estados, determinó de quitarse de peligros; y habiendo dispuesto que en el año venidero fuese burgomestre de Anvers su amigo Mos de Santa Aldegonda, en un navío con toda su familia navegó á Zelandia. Biron deseaba salir de los Estados por mar con más seguridad, y apénas alcanzó tanta comodidad de los Estados para juntar sus franceses con el Duque de Alanzon, que cerca de Cambray recogia las reliquias de su gente echada de los Países por el de Parma. Por fuerza de armas y dinero comenzó á tratarse entre los dos de la entrega de aquella ciudad, bien que se sospechaba era para meter en celosía los flamencos, con que más fácilmente pudiese vencer la dureza de algunos obstinados en no recibirle jamás. Volvieron vano el trato las condiciones exorbitantes qne propuso el Duque; y viendo salir fuera de su esperanza cuanto intentaba para tomar en gracia de los Estados juntos en Zeelandia, favorecido para esto vivamente del de Oranges, puso en Cambray por gobernador á Mr. de Tiliñi y entró en Francia, donde vivió no poco fatigado con la desesperacion y trabaxos.

La tiranía destas provincias, deseada y procurada con artificios varios de muchos, como causaba en diversas maneras despues disgusto á los principales y discordia tambien entre ellos, traxo siempre opresion y daño irre-

(1) *Al márgen hay la siguiente nota escrita de letra diferente del texto, pero contemporánea:* «Está siete leguas de Ipre en un monte, y tomó el nombre, dicen algunos, por haber sido edificado por el conde Baldouino Barbato, ó por el insulano su hijo, en nombre de Saint Winoco, hijo de Judicayldis, rey de los Piretorus y hermano de San Judoco, que salió de Inglaterra con Quadranoco, Ingeboa y Madoco, varones santos, y vino al castillo de Sythin, donde estaba San Bertin, por cuyo consejo fundó un monasterio en la ribera del Peña, en la aldea de Worcuholt, que se le habia dado Heremno, varon ilustre en sangre y vida, donde pasó á mexor vida. Es castellanía que tiene en su gobierno muchos lugares con fértil comarca.»

parable á los pueblos. Cada uno de los grandes se esforzaba á ser el que habia de mandar y llevar de las revueltas de la guerra el mayor provecho, procurando en varios modos y con diversas máquinas oprimir los émulos y quitar los medios de hacer la paz con el Rey Católico. Conocian que si aquellos pueblos gustasen con tranquilidad la dulzura de la verdadera libertad y saliesen del yugo durísimo de guerra, continuada por tantos años, ninguno dellos podria alcanzar ó la tiranía ó el señorío. De aquí nació tanta variedad de disinios, miéntras procuraban tener los unos más autoridad que los otros en los Países Bajos; y para esto valiéndose de la potencia forastera unos llamaron al archiduque Matías, otros truxeron al Duque de Alanzon, y otros acudieron al Rey de Francia, para que los ayudase, y otros á la Reina de Inglaterra para que tomase en su proteccion. Persuadíanse que, alcanzando estos Príncipes el dominio con su favor, los habian de dexar poco ménos que el entero gobierno; y no advertian ser precepto fundamental de los nuevos señores el abatir la autoridad de los que mucho pueden con los pueblos, pues por cualquier disgusto, como los pudieron introducir, los podrian expeler. Mas en estos rebeldes venía todo medido con su interes y torpedad; se dexaban engañar de las propias esperanzas, y aquellos señores podian sufrir ser introducidos, como príncipes en comedia, con títulos en apariencia solamente de señorío de los tiranos del país, que mexor conocian el arte de quedar poseedores de los ánimos populares, y con las renovadas supersticiones los volvian por su antojo; y ansí fueron siempre vanos los esfuerzos de los príncipes forasteros. Principalmente que bastaba poca ocasion para renovar los odios antiguos y la celosía de los príncipes confines; y el no poder sufrir ver sobrepujar el otro en poder y autoridad, facilitaba las mudanzas con que admitian unos y refutaban otros, conforme las ocasiones de valerse dellos.

El presidio de Breda tomó con escalada Arenberghe, con gran alteracion de los rebeldes; y habiendo para impedir su navegacion hecho aberturas en los diques vecinos y puesto algunas barcas armadas que guardasen la salida del puerto, determinaron despues meter presidio en Bergas Opzon de dos mill infantes y dos compañías de caballos, para que estorbasen las empresas y correrías de la campaña que hiciesen.

En la Junta de Mildelburg, no habiendo resuelto cosa importante holandeses y zeelandeses cerca del gobierno de sus cosas, porque las otras provincias unidas no inviaron deputados, se intimó otra congregacion en Dordrecht, donde tampoco acordaron lo que á su defensa era conveniente; porque la mayor parte de sus ánimos estaban desmayados, confusos y deseosos más de reposo que jamás.

El de Parma partió de Ostende, y en Eecloo batió Steclan, y allí concertó de rendir el país de Vas, donde están Hults, el Sas, Axel, Ruplemonda y otros lugares en torno, con que molestaba á los de Bruxas y

Gante, puestos en gran temor de verse cercados brevemente; mas caminaba con aviso y de secreto encaminaba el apoderarse de aquellas ciudades sin derramamiento de sangre. Habiendo sitiado á Ipre dexó allí con parte de la gente á Mosiur de Vepre (1), gobernador de Cortrich, y hechos buenos fuertes y cerradas las entradas del socorro, se alargó el suceso hasta el año siguiente. En tanto ganó á Alost, que tenía presidio de ingleses y flamencos amotinados, y por no los haber pagado los de Gante, que á su cargo tenian la defensa de aquella plaza, habiendo hecho concierto con los ingleses, forzaron á los flamencos á salir della y quedaron á servir al de Parma. Este castillo de Aloste edificaron contra los vándalos los godos, y con él tenian sujetas sus tierras. En ambas empresas, acabadas en el mes de Octubre y Noviembre, ganó gran nombre el Conde de Aremberghe, y su gente peleó gallardamente.

Asegurado el paso de las vituallas por aquella parte y las espaldas, se acercaron á Bona y la apretaron con recio asedio por tierra y por el Rhin, quitando el socorro con un fuerte con artillería y presidio de valones y de lugeses, del regimiento de Lindano; seis compañías de caballería se le juntaron venidas por órden del Baron de Suatzenborgo, y D. Juan Manrique con sus alemanes apretaron á los defensores con baterías contínuas, derribando las murallas la artillería gruesa de la otra parte del Rhin plantada, pero lo que más dañó á la posdata fue el bando imperial contra el apóstata (2) publicado y los que le seguian, con que atemorizados los del presidio y sin esperanza de socorro, aunque tenian bastimentos y municiones, tumultuaron y entregaron á Bona infamemente por una paga que les fue dada, y á Cárlos (3) y dos capitanes; y fueron conducidos en salvamiento. Pasó el Rhin con todo el exército el duque Fernando y caminó á oponerse contra el apóstata y reducir la Wesfalia, como lo hizo con gran felicidad, habida nobilísima victoria del enemigo Truches en los confines de Cleves. Porque el Conde de Holach tenía sitiado á Zufent, entrada de Holanda, caminó este exército á juntarse en Frisia con la gente del coronel Verdugo para socorrer plaza tan importante.

Por negociacion del de Oranges entró por Burgomaestre en Anvers Filipe de San Aldegonde, su tratador en todos los intentos y tramas del tirano, y orador feliz y astuto para inducir á todo el mal los Estados, calvinista sin fe, alborotador de los pueblos, y tal en lo espiritual y moral cual su amigo el Príncipe. Tentó por traicion para hacer su gobierno señalado apoderarse de Lira, que tenía á su cargo Eduardo Lanzavechia, de Alejandría, italiano de valor y consejo, con guarnicion de su nacion y de

(1) *Sic.* Antonio Grenet, señor de Werp.
(2) Gebhardo Truches, arzobispo de Colonia.
(3) de Truches.

la valona. Estaba en diferencia y disension con el capitan Tales, valon, y valiéndose desta ocasion Aldegonda le ofreció grandes premios, si vengándose de su enemigo, entregase la villa á los Estados. Consintió luégo, y segun fama recibió algunos dineros; mas reconciliado con Eduardo, le descubrió el trato, y fué llevado á doble adelante, para castigar con el suceso á su autor. Al punto señalado llegó con buen número de gente á una puerta de la villa, que se le habia de entregar, y asegurando la retirada en cualquier accidente, con astucia emboscó alguna infantería; y aunque buena parte della con la escuridad de la noche perdió el camino, turbando el principal intento, porque arribó en la mañana siguiente, el Aldegonda atendia al movimiento del presidio. El Eduardo le habia reforzado con secreto con algunos caballos é infantes de los presidios cercanos, con órden del Príncipe de Parma, con quien habia comunicado el hecho. Púsolos dentro de la puerta, de manera que los enemigos, que llegáran, fueran muertos ó prisioneros. Aldegonda, descubierto del dia, se iba entreteniendo retirándose, dexando el efectuar la traicion á mexor oportunidad, atribuyendo el no surtir entónces á la tardanza de su arribo. El Lanzavecchia, pareciéndole no era ya tiempo de esperar la entrada del enemigo, hallándose reforzado, echando fuera la gente, le asaltó ya huyendo con gran daño, y fueran todos destrozados, si los de la emboscada no los recogieran y defendieran, y el Aldegonda quedára muerto, como su sobrino Leonino, combatiendo. Para cobrar la reputacion perdida procuró socorrer al Príncipe con gran golpe de gente y cantidad de bastimentos, de que estaba menesteroso, y habiéndolo intentado otras veces fue sin efecto. En medio de Febrero enviaron con el convoy mill caballos y peones, mas combatidos de los católicos murieron, y el carruaxe fue preso.

El de Oranges, desesperado de la reconciliacion del de Alanzon con los Estados, tentaba de nuevo que Holanda y Zeelandia le criasen Conde; y por la grande inteligencia que tenía en ellas no le fuera difícil obtener el título; mas teniendo necesidad de ayuda efectiva, que no podía darles, porque no crecia en fuerzas con el grado como en autoridad, quedó remitido para más oportuno tiempo de sus amigos la negociacion, y de sus enemigos para no tener señor, pues no saliendo con su libertad y esencion que tanto procuraron con derramamiento de sangre y hacienda, mejor les estaba con buenas condiciones dar el señorío á cuyo era; y sobre esto comenzaron grandes contiendas y prevenciones contra las parcialidades.

Porque Juan Esbiesio en Gante mantenia la intencion de restituirse á D. Filipe, el Aldegonda y los de su séquito le hicieron dar por traidor á la patria y cortar la cabeza, atemorizando los de su bando y esforzando el del Príncipe, al tiempo que el de Parma tenía dados rehenes para el concierto de la entrega de aquella ciudad al gobernador de Oudenarden, y la ciudad otros al de Farnese.

Hallábase Ipre en tanta miseria que sus defensores se convinieron de entregarla á doce de Abril por medio del capitan Marqueto, su cabeza, y á Mosiur de Verpe, con que los soldados extranjeros saliesen con sus armas y bagajes, y los del país con espadas, y á los ciudadanos fuese dado perdon del Rey con que pagasen cincuenta mill florines y confirmacion de todos sus privilegios, que no contrariasen á la autoridad de la Iglesia Católica ó del Rey, y viviesen, como debian, católicamente; y los que no quesiesen, vendiendo sus haciendas, partiesen seguros donde elixiesen. Restituido su obispo, ordenó lo que convenia para la reformacion é institucion de la gente, purificando y adornando los templos y estableciendo la jurisdiccion eclesiástica.

La ciudad de Brujas, en Gante, es villa grande, fundada sobre canales de plomo por no tener de fondo la tierra tres piés; de suerte que creciendo el agua, los que tienen los registres de las canales acuden al remedio. Fue rica y grande en lo antiguo, segun muestra la muralla, y quemada por Ludovico, rey de Francia, porque no queria recibir por Conde de Flándes á Guillermo Normando, hijo de Roberto, duque de Normandía, que sucedió á Cárlos el Bueno, conde de Flándes. Los de Gante, que por las insignias que traian fueron llamados Albatos, tomando á Ipre, derribaron parte de la muralla en guerra de siete años, en que perecieron más de doscientos mill hombres, y fue edificada por el conde Balduino Calvo, hijo de Baldouino Ferreo, que fortificó á Bergas de Sant Winoco contra las correrías de los normandos. Dióle nombre á Ipre Iperen, rio pequeño que pasa cerca, aunque algunos le llaman Ipre, y tambien Hiperboro, duque ó capitan de ingleses, y en latin es llamado *Hipretum*. Tuvo y tiene suntuosos edificios y trato de paños, como parece por las leyes de las *Partidas* de España. Es el tercero brazo de Flándes; tiene sus leyes y usos y principal Senado, jurisdicion y castellanía sobre muchas aldeas ó rivachos. Vacilaba sobre su reduccion al Rey, y asistia en ella como gobernador de Flándes Cárlos de Chroy, hijo de Filipe, duque de Arsohot, nombrado en esta historia muchas veces. Arrepentido de su error por haber favorecido los herejes rebeldes, deseaba enmendarlo con gran beneficio de la religion y del Rey, en que juzgaba habia notablemente faltado. Enamorado de María, condesa de Mega, viuda de Lancelot Varlaimont, que moraba en Sedan con Madama Grila de Bullon, que despues fue casada con el Vizconde de Turena, ambas calvinistas, casó con ella, y le inficionó con su secta. Para borrar la memoria de sus errores procuraba reducir á Bruxas á la obediencia de Felipe, su señor, mas salia difícil la empresa, y así con gran juicio la disponia, tratando con los más ruines y viles herejes de Bruxas, porque los nobles, ricos y católicos habíanse retirado fuera de ella y expelido de la violencia, ó rigurosamente aprisionados ó muertos. Los de Anvers y Gante asistian á la defensa de Bruxas, turbando los disinios del

Príncipe de Chimay, mas truxo su jurisdiccion á estado que, firmada tregua, fue capitulado: recibia S. M. en su gracia los de Bruxas, poniendo en olvido lo acaecido hasta aquel dia; confirmaba sus privilegios (que no son pocos) en todo lo que no contrariase á la religion católica y derecho dominio de su Rey, y no habia de proceder por un año contra los herejes, viviendo sin escándalo; y pasado, todos viviesen como buenos católicos; fuesen restituidos los bienes á las iglesias y á los católicos, y á cada uno fuese lícito quedar ó salir de la ciudad y vender sus haciendas, y de los soldados escoceses los que gustasen de quedar en el exército del Farnés, serian admitidos y pagados como los de su milicia, y los que no, serian puestos en salvamento. Firmadas las capitulaciones, tomó juramento á los ciudadanos el consejero Burchio enviado desde Tornay, del Príncipe recibido magníficamente, con gran demostracion de contento de volver en la gracia de su señor; que es villa populosa en Flándes germánica y de gran policía, tiene suntuosas casas, plazas espaciosas, magníficos templos y ricos, en sitio llano, y en la parte marítima es fortísima. No tiene rio natural sino hecho á mano, fosa que llaman por esto *Reya*, y parece caudaloso rio por los canales que le entran de la comarca; y así es navegable, con alto y fuerte puente llamado Bruxes en flamenco, por su excelencia de Bruxas que es puente. A la Condesa de Mega, calvinista, pesó tanto desta pía resolucion de su marido, que pasó á vivir á Holanda, profesando enemistad cruelísima contra su marido.

Los de Anvers, Bruseles y Gante, viendo crecer el enemigo su vecino ya tan cerca, se enfierecieron tan fieramente que mataron algunos soldados dél, quizá para que en su cambio, destrozando otros, encrueleciesen los ánimos del inconsiderado pueblo, de manera que jamas tratasen de la paz. Reduxéronse Dam y el Franco, jurisdicion ó magistrado que gobierna con el nombre del cuarto miembro de Flándes todo su dominio fuera de Bruxas, que llaman de los Franconates, instituidos por Filipe el Osado, hermano del rey de Francia, Cárlos V, y por Margarita su mujer, duques de Borgoña y condes de Flándes, que entónces se juntaron.

La ocupacion destas tierras importó mucho á la parte del Rey, y no poco la honrada defensa de Zutfent en Frisa, con verdadera prueba de militar valor, donde afirma un escritor holandés se causó la pérdida de aquella provincia y de Anvers; recibieron los holandeses gran pesar por ser puerta para meterle la guerra en su casa, y así procuraron luégo recobralla con sus mayores fuerzas, ayudados de Gerardo Truches, elector de Colonia, porque se comunicaban por la vecindad de las tierras y por la guerra, pendiente en todo del interes de la religion; así como el Príncipe de Parma por el mismo respecto con gran servicio de soldados habia dado ayuda al nuevo Elector bávaro y estaba pronto para oponerse en toda parte á los enemigos.

El coronel Francisco Verdugo (1), destrísimo capitan, habia dexado á Tassis en guarda de Zutphen y caminado á oponerse al enemigo, que ocupó un dique en Octerdan, donde cortándole de repente se reparó. Verdugo distribuyó su gente en puestos que le impidieron el pasar adelante, y él trabaxaba en el fuerte, que hacía con tan poca comodidad que se desmandaban á robar los soldados, y presos de Verdugo los mandaba ahorcar y echar en la mar, si no era á los de las compañías viejas, que con ellos venian algunos, y á estos los dexaba ir por su paga, cosa que daba grandísimo descontento á los demas. Quexándose los que no tenian sueldo les dixo, en boletines fixados en su aloxamiento, que no eran soldados, pues su nombre venía de sueldo, y el que no le tenía, no era soldado. Para mantener su gente, el Nienoort entró en el país hasta donde fue roto el Conde de Arenberg y el tercio de Cerdeña del conde Ludovico, y él tambien lo fue ahora y herido de un arcabuzazo en una pierna. No pudiendo caminar, se abrazó con él un hijo suyo, diciendo no le desampararia hasta la muerte. Dios permitió por su buen celo se hermanasen nuestros soldados, que estaban sobre él y tomasen una bandera del enemigo, y poniéndose en contienda sobre ella dieron lugar á que el hijo pudiese salvarle, y le metió en la iglesia con los que de aquella refriega escaparon, que favorecidos de la lobreguez de la noche y descuido de los vencedores, comun en los más, salváronse en Hoguebord, tierra del Conde de Enden, donde el dique se acaba, y volvieron á su fuerte. Murieron en el camino miserablemente los Condes, padre é hijo, que iban mal heridos, ambos merecedores de mejor fortuna, por haber mostrado su piedad con el padre, y éste por ser caballero de ánimo y trato real, afable, cortés y de buenas partes naturales y adquiridas; el cual por el mal tratamiento que los de Groninghen le hacian, pasó al enemigo, y por sus deudas causadas de tratarse con tanta grandeza que parecia rey.

El Farnese envió á Verdugo el regimiento de la Mota, por no estar su coronel en su gracia, y con la gente que tenía caminó hácia Utrecht, con tanto espanto de los de la villa y de los holandeses, que el de Oranges con la gente que pudo juntar de Brabante y otras partes, envió á los Condes de Holac y de Herman y á sus hermanos contra la nuestra. Porque eran cuatro para uno y venian á sitiar el fuerte de Zutphen, Verdugo, dejando al Tassis, su gobernador, golpe de gente y designadas unas alas para asegurar más el fuerte y el paso de la villa á él, porque no se le arrimase el enemigo, imposibilitándole la entrada, y distribuida la gente para la fábrica y defensa, y ordenado que se hiciese una mina, que saliese al foso para

(1) Es de notar que todos los sucesos de la guerra de Frisia los copia Cabrera casi á la letra de los *Comentarios del coronel Francisco Verdugo*.

poderle defender, caminó á Oldenzel. El de Holac, buscando su comodidad más, dió lugar á que estuviese lo designado por Verdugo en perfeccion, batió á la ala de la Mota, así llamada por haberla hecho su regimiento, y con las trincheas llegó al foso y por tener mucha faxina comenzó á rehinchirle para dar el asalto. Mas el Tassis con ella fortificaba lo batido; en que hubo de ambas partes muchos muertos y heridos. El Conde, considerando que en las alas habia mucha gente y que hacía través el fuerte por de dentro y fuera, y que asaltarle costaria sangre, resolvió el tomalle por hambre, y no podia si no sitiaba la villa. Envió de la otra parte del rio al de Wilers, maestre de campo general de los rebeldes, con mucha caballería, y con ella al Conde Herman; y aunque tenian apretada la villa, siempre Mondragon (1) la socorria. El de Holac con la zapa y mina procuraba ganar el fuerte, mas salieron contra él los que le defendian, ganaron la artillería, rompiendo la guardia, y llegaron hasta el cuartel del enemigo, y ocupados en el saco fueron cargados y retirados, y preso Maximiano Dubois, capitan de caballos, que estaba de guarnicion en la villa, herido de un mosquetazo en un muslo, de que murió poco despues.

Verdugo, conociendo el aprieto de Zutphen, suplicaba al Príncipe de Parma le socorriese, y así invió al capitan Juan de Castilla á pedir la gente que asistia al elector de Colonia, y hallándose victorioso la invió y la de su sueldo á Oxola, distante una legua de Grol, donde estaba Verdugo, en tanto que prevenia los carros y vitualla para el socorro y alguna artillería que sacó de Linghen.

El Conde y la Condesa de Berghes, padres de los tres Condes que andaban en servicio de los Estados, procuraban reducirlos al de su ley; y habiéndolo avisado Verduge al de Parma, se lo habia remitido, y lo solicitaba Drosarte de Buxmer; procuró saliesen del exército ántes que llegase el socorro para facilitar su reconciliacion, diciendo los llamaba su madre, porque estaba á punto de muerte su padre.

Verdugo, para marchar al socorro, hizo de los carros cargados de vituallas dos hileras, guiados por dos prebostes, y con cuerdas ligados de limon á limon en medio; y en primer lugar iba la artillería y arcabucería de los valones, que habia traido D. Juan Manrique, guiados por sus capitanes, poniendo en el escuadron de los alemanes sus banderas, y hizo dos mangas para que fuesen pegadas con la caballería, que iban de vanguardia con D. Juan Manrique y Nicolo Basta; y por si fuesen menester algunas picas con ellos, hizo un escuadron volante dellas, llevando consigo dos piezas de campaña. Este escuadron iba en medio de las dos mangas, y á

(1) *Sic.* Verdugo dice: «Me aventuraba siempre á meter alguna cosa.» Debe, por consiguiente, entenderse que era Verdugo y no Mondragon el que á esto se aventuraba.

éste seguian otros dos pequeños de mosqueteros, cerca de los dos cuernos de un gran escuadron de picas alemanas de la gente del Elector con el coronel Herlach, zuicero, delante. Tras este escuadron iba otro casi tan grande de frisones, quedando detras otras dos mangas de arcabuceros de la resta del regimiento de Mos de la Mota y del de Verdugo, con la compañía de arcabuceros á caballo del capitan Leecola, con órden de ir recogiendo toda la retaguardia, porque soldado no quedase atras ni se apartase sin órden, advirtiendo que en tocando arma cerrasen por detras las dos hileras de los carros, y se encerrasen en gran escuadron de alemanes. Donde iban el coronel Herlach y Verdugo, caminaba una culebrina reforzada para mexor alcanzar á batir los herreruelos y caballería enemiga, que era mucha, y á su infantería alojada entre tanta arboleda que podia venir cubierta á embestir. Iba haciendo la descubierta delante, reconociendo á la vista los bosques y los caminos el capitan Leecola, con algunos soldados sacados de todas las compañías.

Encontró al Conde Hernan de Berghes, que iba á ver á su padre con tropa de caballos; y viendo diversas casacas, conoció estaba allí todo el exército de Frisia, y volvió con buena órden á dar aviso á su aloxamiento y á Mos de Wilers de lo que vió. Verdugo, entendiendo era el campo enemigo, hizo caminar con presteza la carretería, y juntó en consejo á D. Juan Manriquo, Nicolao Basta, Juan de Castilla, Suartzemburg, cabo de la caballería del Elector, y el coronel Herlach, y les dixo convenia saliese el Tassis con la guarnicion de Zutphen, y le metiese el socorro en tanto que el exército combatia al enemigo, que se levantaba, segun decian los espías y mostraban los fuegos de su aloxamiento. La mayor parte (de ellos), contra toda razon de guerra, dixo convenia meter el socorro en la villa por fin de su venida, que estaba sin vituallas. Llegó en el dia siguiente el Tassis con la gente, y así marcharon todos hácia la villa, y el enemigo se fué á las puertas de Deventer, pasó el rio y se juntó con el resto del exército, que estaba delante del fuerte.

Ya la villa estaba á lo último de victuallas, y se hubiera perdido si no fuera por estar los trigos en la campaña casi maduros, que las mujeres y niños iban á cortar las espigas, con quien Mos de Wilers usó de gran crueldad, segun se dixo, enterrando vivos algunos y cortando á otros las narices y orejas. Aquella noche se ordenó de dar una encamisada á los fuertes, que el enemigo habia hecho alrededor del nuestro. Hacía un tiempo muy áspero, de agua, viento y oscuridad, y aunque lo intentó, no pudo efectuar nada.

Proveyendo la tierra de lo más necesario, se volvieron hácia Grol por no consumir las vituallas que habian traido; y caminando D. Juan Manrique con la gente delante, supo que cerca de allí habia un castillo llamado Hackfort, donde estaba una compañía de la gente que habia quedado del regi-

miento de Nienoort. Se fué allá sin avisar á Verdugo de ello, pensando tomarle luégo, y no pudo hacer más que perder gente por no tener artillería, que la poca que habian traido la habian dexado en la tierra. Retiróse y retiráronse todos sin tomarle; pero poco despues, con órden de Verdugo, Tassis la sacó, batió y tomó el castillo, haciendo matar toda la gente que habia dentro. Los de Colonia volvieron á su país y Verdugo á Oldenzel. Los enemigos, socorrida Zutphen, porque hambreaban, dexando bien proveidos de gente los fuertes, se retiraron á sus presidios.

CAPÍTULO VII (1).

El Príncipe de Orange pide al Rey de Francia reciba en proteccion los flamencos, y lo que pasaba en este tiempo en aquel reino.

El Príncipe de Orange, conociendo su perdicion, pedia al Rey de Francia tomase la proteccion de los Países Baxos, y se le entregarian con que del Rey de España los defendiese; mas Enrique no habia consentido en el hacer la guerra sino en cuanto pudo encubrir su consentimiento. Siendo en este tiempo principalmente inclinado á la paz y quietud, no admitia la plática que le inducia al tomar las armas, aunque su madre y la Reina de Inglaterra y muchos le aconsejaron acetase la proteccion, y entretenia los diputados flamencos con palabras y pocos efectos de sus esperanzas. Su hermano el Duque de Alanzon enfermó gravemente, y decian que de veneno, y otros de congoxa de ánimo. Alcanzada licencia por la Reina, su madre, para ver á Enrique en San German, en la Haya, pidióle humildemente perdon de los disgustos que le habia causado, y ayuda para volver á la defensa de los flamencos; y sin haber alcanzado más que buen acogimiento, volvió á Chatotierri. Causó universal maravilla que Enrique, sin hijos, no se doliese de la cercana pérdida de un hermano único, mas decia creyó habia tomado el veneno el Duque, que para dar la muerte al Rey habia prevenido en un banquete; otros tenian que le mitigaba el dolor la inquieta naturaleza del hermano, y que le pesó de su expulsion de Flandes, sólo porque volvia á Francia y no por la pérdida de la esperanza de ocupar tales Estados; y que la ayuda que le habia dado fue para entretenerle léxos de su persona, y no por desear su grandeza; y por no apoyar su fortuna ni su ambicion, por tener vecino tan poderoso interesado con él, no pidió al Rey Católico le diese una de sus hijas en matrimonio.

(1) Escrito al lado del VII hay un VIII tachado.

Viendo al Duque de Alanzon con tan poca esperanza de vida, el de Epernon, habiéndolo comunicado con el Rey, en fin de Mayo partió á ver al Príncipe de Bearne, fingiendo pasaba á los baños de Gascuña. Díxole cuánto le convenia mostrarse católico, fingido ó verdadero, y entrar en la Córte para tratar por sí mesmo de las condiciones tocantes á su exaltacion. Sería del Rey bien acogido y cariciado, y con buenas capitulaciones declarado primer Príncipe de la Sangre, inmediato sucesor del reino en su muerte. Temiendo esto el de Epernon y la enemistad contra él de la casa de Guisa, sobre quitar el Rey al Duque el oficio de Maestro de la caballería para darlo al de Epernon, y el de Guisa haber gallardarmente resistido, puso todas sus esperanzas en el Príncipe de Bearne para contrapeso de sus contrarios, y procuró con toda industria y solicitud su amistad, y porque tenía ofendido al Marechal de Memoransi, por haber querido el Rey dar su gobierno de Languedoc al Duque de Joyosa por su respecto, y recompensarle desigualmente con el de la isla de Francia. Tambien se hallaba Mandelot muy indignado contra el de Epernon, por haberle mandado renunciar Enrique en él su gobierno de Leon para juntarle con los de Saluzzo y Delfinado, y que su hermano fuese lugarteniente. El Duque de Longavilla le habia amenazado por carta, porque la guarnicion de Metz, de que era gobernador, molestaba las tierras del suyo.

Tenía enfadada á Francia la hipocresía del Rey, no correspondiendo á sus muestras de devocion las acciones cometidas con personas Reales ni los medios empleados para el gobierno y quietud del Estado; condenaba sus excesivos gastos y tributos, no habiendo guerra, sino la que hacía la insaciable codicia de sus dos ministros favorecidos: asimismo el haber sin licencia pontifical llevado los diezmos, gravando las iglesias, y á muchos nobles excluidos de su favor forzados á depender de sus ministros, de superioridad intolerable á su grandeza de ánimos, méritos y nacimiento; se habia convenido con el de Bearne, y éste declarado á sus familiares privilexiados como los del Rey por sucesion, cosa que ni por autoridad ni por costumbre hubo jamás, sino en los del inmediato aclamado sucesor de la Corona. En tantos resentimientos no se avino el Rey, aunque fue avisado de su peligro de muchas partes, y de que los huguenotes no querian restituir las plazas, manteniéndolas para la seguridad de su vida, dando sospecha de que se entendia con ellos el no apretar en su restitucion, y en que dispuso solamente lo que ordenaron sus dos amigos, que juntaban mucho dinero, y tomaban las plazas principales en gobierno, y metian en ellas sus lugartenientes; de manera que los católicos y los heréticos se tenian por ofendidos y esperaban general levantamiento contra el Rey y sus dos privados.

Para tener paz en el reino y deshacer tan gran movimiento, determinó fomentar la guerra en Flandes, confederándose con la Reina de Inglaterra, tomando en proteccion los rebeldes de España para agradarla mucho y

conligarse con los huguenotes, y quitando la entrada de los españoles en Francia en favor de los de Guisa, destruir su esclarecida y cristianísima familia. Para esto hizo resucitar el ódio antiguo de la de Chatillon, diciendo al hijo del almirante Coliñi dió para la muerte de su padre dineros el Duque de Guisa y de las cabezas de los huguenotes, cuya sangre pedia eternamente la venganza. Eran tenidos por ignorantes y de poco valor, pues no trataban cada hora de gozar de la ocasion que se les presentaba para destruir sus enemigos. Los de Guisa, advertidos de todo por sus amigos de la Cámara del Rey y de la del Príncipe de Bearne, dieron á entender que no sabian lo secreto, sino que artificiosamente Enrique decia esto para contentar á los de Chatillon, y no para corresponder á la poca gracia que cerca dél parecian tener. Mas esta opinion esparcida brevemente acabó, porque los efectos de la voluntad del Rey pasaron en su contra muy adelante y el acuerdo con el de Bearne, y tanto más por haber prometido perdon de sus delitos á Bagli de Vitri, facineroso, si matase al Duque de Guisa. Este se aseguró de manera que no tuvo efecto su venida, habiéndole mandado decir sabía la causa y le prevendria; y aunque sin recelo, no mostró resentimiento ni haber creido fue la traicion sino del mal ánimo de aquel asesino; reteniendo en su ánimo la ofensa, pensaba en la venganza y trataba de erecer sus fuerzas dentro y fuera del reino. Y porque á la Asamblea, que juntó el de Bearne en Montalban, de las cabezas de los huguenotes con gran murmuracion del reino contra el Rey, aunque se mostró azorado y artificiosamente temeroso, envió para intervenir por su parte en ella, con voz de saber la causa de tal novedad, á los señores de Bellcure y de Ponscaren. Los huguenotes recelosos tambien tomaron las resoluciones más importantes sin que las entendiesen los procuradores del Rey. Determinaron hacer liga con todos los sectarios y listar su gente, juntar dinero y retener las plazas del concierto de la paz; que no cambiase religion el de Bearne, si el reino mostrase primero más inclinacion á declararle sucesor en la Corona; para esto se juntasen en Champiñi y para asegurar las personas dellos y el exercicio de su religion, y para su satisfaccion eligiesen en cada tierra, donde se hizo la matanza en la víspera de San Bartolomé y en los dias siguientes, dos católicos para que fuesen justiciados; el gobierno de Picardía se diese al Príncipe de Condé, como le estaba prometido tantas veces; fuese lugarteniente de la Guienna el Vizconde de Turenna, y expelida del reino la familia de Guisa, declarando ser primer Príncipe de la Sangre, heredero de la Corona, el de Bearne. Dieron en escrito lo acordado á los Procuradores del Rey; por esto el Duque de Epernon con gran diligencia cambió las guarniciones de las plazas de su gobierno con la de gascones, para que estuviesen á la devocion del de Bearne. Mostró más la mala voluntad contra los de Guisa Enrique en despedir cuatrocientos gentiles-hombres de los de su Cámara y cincuenta pa-

jes, y mandar que no se pagase estipendio ni donativo á los amigos y descendientes de los de Guisa, y les quitó la entrada de su Cámara, para que no pudiesen entender las máquinas; porque la Reina, contra la costumbre de aquella córte, hizo nuevo órden de Cámaras, segun la calidad de los que habian de entrar en ellas, novedad que si bien duró poco, no snfriéndolo el clima, bastó para concitar á ódio los ánimos contra él y el de Epernon.

Quejábase la Reina de que su familia de Guisa fuese tratada del Rey con ménos amor y respeto que solia, y de que hablase, viendo que no tenía hijos, de repudiarla, y casar con la hermana del de Bearne, herética, y él repudiando á Margarita, su hermana, casar en Alemania con su consentimiento para ganar nuevos amigos y adherentes; y aunque pudo ser que el Rey tratase dello para tener más en esperanza al de Bearne, los del Guisa estaban sospechosos y malcontentos. Debia mexorarse la prudencia del Rey y la modestia del de Epernon, porque contra su intencion servian de crecer el bando de sus enemigos en vez de deshacerle y destruirle, como podia suceder fácilmente, estando más adelante sus tratados, pues de cuanto se maquinaba los de Guisa estaban muy advertidos de los que, odiando al de Epernon, comenzaron á unirse contra toda la casa de Lorena.

Fué Alanzon á Picardía, donde entretenia sus soldados sin dineros para su paga. Hizo saber á su hermano que, si no se los daba, entregaria con su ventaja á Cambray al Rey Católico. En tanto que los enviaba, pretendiendo retener á Cambray, porque cesase la plática con el de Parma de su entrega, murió Alanzon en Chatotierri, á 10 de Junio, de perpétuo fluxo de sangre. Desplació su muerte solamente á los que siguiéndole, pretendian hacer nuevos movimientos y tumultos, porque universalmente fue poco sentida, por ser hombre que no valió en el Consejo ni en la constancia ni en raras virtudes; y era fácil en alterarse y en las solevaciones poco seguro, y muy variante por cualquiera pequeño accidente. Díxose habia dexado por heredera á la madre, y particularmente de Cambray; mas creíase que el Rey, no queriendo mantenerla, le bastó de su nombre dixese que en el de su madre se conservase para estar excusado con el Rey Católico de la injusta retencion. Por esta muerte los espíritus recogidos se descubrieron, y los malos humores se conmovieron, y todas las cosas se encaminaban para tramar las telas urdidas, y el fuego que habia estado largo tiempo oculto, comenzó con algunas pequeñas llamas á dar indicio del gran incendio que abrasaria por largo tiempo á Francia, no faltando los autores dél en procurarle alimento en todas las partes de la Europa.

Sabida la muerte por el de Epernon en Gascuña, estrechándose con el de Bearne, de su parte y de la del Rey le prometió el gobierno de la Guienna pacíficamente, y ser en quitar en todas maneras de la Córte los obstáculos que podia tener su grandeza, entendiendo los de Guisa, y no alcan-

zando la corona sin duda en la muerte del Rey, le prometia la confirmacion de cuanto le hubiese dado hasta aquel punto. Conocia el de Bearne cuánto debia estimar la embaxada, por la suma autoridad que el Duque tenía cerca del Rey, por su poder, teniendo tantas plazas en sus gobiernos, y ser enemigo de los de Guisa, y las ofertas grandísimas y de cosas que habia sumamente deseado. Estuvo suspenso por las dificultades otras veces dél consideradas, que al presente se le representaban, no asegurándose tan fácilmente del Rey ni de sus palabras y fe, siempre sospechosas para él, como la potencia y arte de los de Guisa. Recelaba el de Bearne tambien ser esta embaxada por su consejo, para sacarle de la Liga, que entónces hacía con los Príncipes de Alemania, con la Reina de Inglaterra y con el Rey de Dinamarca, y con los rebeldes de Flándes, para ampararse de su ayuda contra los franceses católicos, que pretendian excluirlo de la sucesion de la Corona por ser cabeza de los huguenotes; y estaba resuelto, en su oposicion, valerse de tantas fuerzas para meter en Francia turbacion mayor que jamas hubiese tenido, por haber mostrado gran deseo de tener hijos, habiendo hecho plegarias y rogativas á Dios, públicas y privadas, y solemnísimas procesiones, en que se engañó cerca de la intencion del pueblo, porque le aborrecia, y su piedad mostrada en la institucion de la congregacion que con otros estableció para exercitarse en actos de penitencia, vestidos del hábito de San Jerónimo y con su regla, en el bosque de Vincenas, dos leguas distante de París. Considerada la importancia del negocio y lo sucedido en sus bodas, determinó de no entregarse tan fácilmente en las manos y fuerzas del Rey, si no tenía más seguridad que palabras. Mas queriendo mantener la plática de cosa tan grande y aconsejarse con sus amigos, respondió no podia acetar su oferta, si luégo no expelian de la Córte á los de Guisa y juntaban con el consentimiento del Rey una asamblea general de los de su religion, para comunicarles su intencion y tomar su consejo. Aprobólo el Rey, mas dixo no podia ser la expulsion de la Córte de los de Guisa en breve espacio. Ellos, advertidos de lo tratado con el Rey y con el de Bearne por el de Epernon, tan diestramente salieron á sus gobiernos que obtuvieron de Enrique grata licencia.

CAPÍTULO VIII.

Muere el Príncipe de Orange, y el de Parma dispone el sitiar á Anvers.

No sobrevivió el Príncipe de Orange al Duque de Alanzon apénas un mes, porque en Delft, Holanda, en el monasterio de Santa Agata, donde habitaba, fue muerto á veinte de Julio por Baltasar Gerardo, borgoñon, de Villafar, mozo de treinta años, deseoso de quitar del mundo el mayor enemigo de la Iglesia Católica y del rey D. Felipe. Para este gran hecho, cambiado el nombre en el de Francisco Guiron de Bisanzon, tuvo traza para introducirse con el Nassau, por medio de avisos y mensajerías de Francia. Despidiéndose dél para ir con cartas, sabida la muerte del Duque de Alanzon, le disparó un arcabucete con tres balas enramadas por el costado, y con pocas palabras espiró, en edad de cincuenta y dos años. Estimado al principio más que medianamente de su Rey y de los otros príncipes de Europa, faltábale solamente la quietud del ánimo, que combatido de su ambicion acabó con sus altos pensamientos, enemigo de la Iglesia de Dios y de su Rey natural. Huyó el borgoñon por una ventana, perseguido de un camarero del difunto que le asió al saltar de la muralla del monasterio, y con ayuda de otros le aprisionó; y habiendo dicho siempre que mató al enemigo de Dios y de su Iglesia por servicio dellos, sufrió muchos y varios tormentos con ánimo de cristiano constante hasta morir, consagrándose víctima en la presencia de Dios.

Pareció á muchos sería de gran beneficio para el Rey Católico esta muerte, habiendo faltado á los rebeldes su mayor defensa con el hecho, con el consejo y con procurar proteccion de príncipes, que los defendiesen de las armas de D. Felipe, y ningun suceso le dañó tanto. Porque habiendo comenzado desconfianzas y diferencias entre los holandeses y éste calvinista, sobre su pretension de Conde de Holanda, que llegando á procurar su libertad le pusieron las armas en la mano y quizá quisieran más (como decian muchos) á D. Felipe por su señor que no al Nassau, los dexó su finamiento libres, armados, aconsejados, introducidos con los príncipes convecinos, causando la ruina que las cosas del Rey han tenido en aquellos Países. Donde se ve cuánta desemejanza traiga en los sucesos, consejos é intereses dellos la variedad de los tiempos, pues si faltára este hombre cuatro años ántes, señoreára sin trabaxo estas provincias España. Porque su astucia fue insuperable, sus tramas con industria grande efectivas, su crédito con sus flamencos y holandeses mucho, y su fortuna ma-

yor, favorecida á veces de la escasa provision de dinero del Rey, que causó los motines, que atrasaban tanto los buenos sucesos en el florecer dellos y el no gozar Su Majestad de su comodidad para reducir con el temor de sus estragos las tierras, que su conservacion y amparo truxo en protervia y perpétuo deseo de libertad, con obstinacion y ódio increible de su Príncipe, que pretendia reducirlos á la obediencia de la Iglesia romana.

Los de Holanda y los demas rebeldes concedieron los mismos títulos y autoridad en la guerra y en la paz á Mauricio, aunque era mozo, que habia tenido su padre Guillermo de Nassau, y hicieron su lugarteniente al Conde de Holac, su cuñado, casado con María, hija de Guillermo, hija de la Condesa de Bueren, su primera mujer y hermana del conde Filipe Guillermo, que estaba prisionero del Rey en España; y el Mauricio fue hijo de Catalina, su segunda mujer, alemana, que parió en Colonia de adulterio con uno de la ciudad, y así lo entendió él por libelos que en Flándes algunas veces le hicieron, y en Holanda era fama cierta. Y en Alemania la muerte del Guillermo tanto abatió los ánimos de los rebeldes, que sin duda, si el pueblo no estuviera tan cebado é infecto en las herejías y tan fuera de toda esperanza, de que le sería concedida aunque fuera por algunos años la libertad de conciencia, y temer los poderosos el volver á privada vida y dexar la tiranía, hubieran hecho mudanza de estado luégo en favor de su Rey; porque se vió tan gran alteracion en Anvers que muchos ciudadanos ardientemente pedian concierto; mas oponiéndose los poderosos con amenazas y várias penas, muchos previniendo las miserias venideras y la seguridad de sus personas y familias de los peligros de la guerra, secretamente salieron de Anvers. Procuraban impedir esta huida con rigorosos bandos los del Magistrado, y el Príncipe de Parma en contrario con la benignidad convidaba á muchos, acariciaba, remuneraba, tentaba todos los medios de amor para reducirlos é inducirlos á desear la paz sin remitir diligencia alguna en hacer él la guerra. Considerábase que, para establecer bien las victorias del Rey en Flándes y en Brabante, que restaban cuatro tierras principales por reducir, Gante, Bruselas, Anvers y Malinas, y dellos ninguno daba más que cuidar que Anvers, que su empresa sola parecia difícil, pues Gante estaba casi del todo asediada, y los dos otros corrian su misma fortuna necesariamente; y de la recuperacion de Anvers pendia la de todo el remanente; porque Anvers tenía disposicion para hacer junta de gente y de vituallas, con que sustentar largo tiempo la guerra, pudiendo fácilmente recibirlas por el mar y esparcirse por la tierra, por los rios y canales navegables en las provincias confines; y quien la poseia, podia valerse de mucho dinero del trato de mercaderes, que allí habia de toda Europa. Su conquista por batería ó asedio parecia casi imposible; mas el Farnese advirtiendo está la gloria en alcanzar lo más difícil y mayor, y que la dificultad naturalmente parece ma-

yor ántes que se tiente, su espíritu generoso y magnánimo le induxo á la recuperacion de Anvers.

Empleó el exército en ocupar dos fuertes, que desde el principio de la guerra fueron levantados, distantes de la ciudad tres leguas bravantinas, para la seguridad del surgidero de las naves que venian de Zeelandia, que no pudiendo con sola una marea llegar á Anvers, llegando allá, durando ella solamente seis horas, esperaban la segunda junto al castillo de Lillo, fabricado en su amparo á su medio viaje, para vencer con ella el corriente en su contra del rio Escault, que por una vuelta daba abrigo á los bajeles. Mas como en las acciones militares la ofensa muestra el modo de la defensa, de la otra parte hicieron los rebeldes el de Liefchenshoec, para asegurar el paso á los navíos, que por aquella parte navegasen. Asentada despues la paz de Gante, y por ella entregadas las plazas fuertes á los Estados, quedaron en su poder estos dos fuertes, y los mantenian al presente. El Príncipe, disponiendo en su pensamiento el asedio de aquella fortísima ciudad, llena de obstinados en la herejía y en la rebeldía, aunque con pocas fuerzas del Rey, se resolvió, conforme á buena diciplina militar, en quitarle primero el socorro por agua con la ocupacion de aquellos fuertes, porque él era señor de la campaña. Encomendó la batería del de Lillo al coronel Christóbal de Mondragon, presto en executar y tantas veces victorioso, y la del Liefchenshoec al Marqués de Rombais (1), para que á un tiempo los acometiesen con gran presteza. El Marqués ocupó el fortezuelo de San Antonio y pasó al otro ya reforzado de ingleses; y batido, le asaltó y entró en el mismo dia que en Delf mató el borgoñon al Nassau, asistido ya del de Parma, prontísimo y diligentísimo capitan. No sucedió tan bien á Mondragon, que procediendo cauta y lentamente, dió lugar para que reforzase la guarnicion el enemigo por el rio desde Anvers, y entrase á su defensa Mos. de Telinni, hijo de Lanuá, que hizo desaloxar al Mondragon.

Los de Anveres, con gran temor procuraban crecer el número de los defensores, y no hallando grande el de los de la ciudad, que se pudiese desmembrar, sacaron el de Herentals y el de Lira. Sabiendo esta salida Cesio por sus espías, salió con Lanzavechia en número de cuatrocientos infantes y cincuenta caballos, y acometió los enemigos y los rompió y deshizo, y prendió á sus capitanes Drop y Dort, y quedó muerto Ranst y otro huyó, porque no tenian caballería; y cogidos de improviso combatieron flacamente, y los de Herentals recibieron presidio del Rey. Viéndose los de Anvers con poco número de soldados, enviaron á Inglaterra á Mos de Grise, para que el coronel Morguni levantase mill y quinientos hombres

(1) Estrada escribe Rubas.

y en Francia el Alevino otros tantos, mas no permitió el rey Enrique su leva.

El asedio de Lillo salia difícil cada dia más, porque de Zeelandia traxo cuatro compañías de escoceses el coronel Belfurio y el Telini hacía surtidas, con gran daño de los realistas, en el cuartel de los valones y en el de los españoles. El Príncipe consideró que, no cerrando el rio, no se podia quitar el socorro al fuerte; y por ser esto empresa larga y que no convenia por la reputacion emplear todas las fuerzas, mandó que Mondragon dexase alguna gente en puestos fortificados y retirase la artillería. Executó con dificultad y gran trabajo, por estar anegada la campaña por la esclusa y abertura del cercano contradique, y fue menester industria, práctica y ánimo militar para sacarla á pesar del enemigo y retirarla en salvo. Determinó el Farnese hacer el puente para cerrar el rio, y tenía necesidad de grandes aprestos y máquinas, y juzgaban sus capitanes la empresa temeraria ó de príncipe de grande espíritu, coraje y valor, como era el Farnese, porque en el asedio, que tenian casi por imposible, estaba sólo la esperanza en la buena fortuna del general, buen juicio y favor de la causa. Dió cuenta de todo al Rey menudamente, y discurriendo en el hecho concluia con que de la reduccion de Anveres saldria la de las demas tierras de los Países, y se disponia á la de las islas y todo consistia en proveerle de dinero. Pareció luégo en el Consejo de España el conquistar á Anvers imposible; mas examinadas bien las razones del Farnese, le respondió el Rey sería de su mano proveido largamente de cuanto pedia, con presteza.

En tanto que llegó esta resolucion, por no dar tiempo de respirar al enemigo, hechos algunos fuertes en la ribera del Escault, para volver ménos fácil su navegacion desde las islas, encomendó al Rombais y al Mondragon el asedio de Lillo, y con el exército caminó á combatir á Denremunda, tierra de Flándes, sitio fuerte por naturaleza y por arte, donde el Dender entra en el Escault, de donde tomó el nombre, porque en flamenco Mont quiere decir hoca, en igual distancia de Malinas, Bruselas, Gante y Anvers, por espacio de poco más de cinco leguas, puesto cómodo para molestarlas. Acampóse en torno á once de Agosto, con no poca dificultad en el traer y plantar la artillería, por estar anegada la campaña por una rotura; mas desaguada por otra, el Farnese hizo una gran cava en lugar más bajo y quedó el cieno que no impedia el uso de la campaña. Defendia la plaza sólo con trecientos soldados Montaigny, teniente del gobernador Juan Rihovio, que estaba en Holanda, y requerido para que la entregase con buenos partidos, no los admitió. Dispuesto el campo parte en la ofensa, parte en la defensa del socorro, por donde podia entrar de las ciudades cercanas, por el rio en la puerta de Alost, batia un rebellin y un torreon antiguo, que guardaba la cortina diestra más débil que la siniestra, con deciocho cañones el Conde de Mansfelt. Hecha buena batería y escarpe

para arremeter y sangrado el foso profundo de la puerta de Bruselas, á seis del mes se dió el asalto. Arremetieron en la vanguardia los españoles, y seguian los valones con gran determinacion, mas peleando bien los defensores, en tres horas perdieron el rebellin, y retirándose en desórden, se ahogaron en el foso muchos, y fueron muertos y heridos; y de los españoles murió el maestre de campo Pedro de Paz de un mosquetazo, y don Pedro de Tassis, veedor del exército, poco ántes venido á morir de España, fue dado su oficio á Juan Bautista de Tassis, que murió decrépito, del Consejo de la Guerra en España, y dió el gobierno del tercio á don Juan del Aguila, habiéndole mandado dexar en los lugares que tenía los tenientes, bien prevenidos de industria y fuerzas para mantener las villas de los asaltos y asechanzas de los enemigos, furiosos con la pérdida de tantas plazas y con el poco remedio que para su defensa tenian, si no perdian la libertad entregándose.....(1)..... Por esto los vecinos se entregaron, no

(1) Hay un hueco en el MS. — Estrada prosigue así la narracion de este hecho de armas: « Pero despues (fueron) con tanto coraje contra el enemigo y tales ánsias de vengarse, que aún no habiendo hecho las baterías bastante estrago en el baluarte, todos á competencia pedian con clamores el asalto..... Llegóse á esto tambien otra cosa para irritarlos. En una procesion de burla, los de la guarnicion del baluarte habian llevado á él una grande estatua de un santo, y despues de haberse burlado de ella con contumelias y azotes, levantándola en alto sobre el muro, de allí sacrílegos la arrojaron. Ardieron los ánimos de todos á aquella vista. Ni ya los capitanes podian reprimir el furor de los soldados, que con amenazas pedian la señal de acometer al enemigo. Para lograr esta ferocidad, el príncipe Alejandro, luégo que vió cortada la frente del baluarte y parte del través, escogió de cada compañía de los españoles tres (no pasaron de cincuenta), y mandó que á cargo de dos capitanes del tercio de Paz acometiesen al un través, y que fuesen tras ellos otros tantos del mismo tercio, á cargo tambien de otros dos capitanes; el escalar la otra frente y el otro través del baluarte encargó, aquélla á los italianos y alemanes, éste á los valones. Pero el asalto le dilató para el siguiente dia, *víspera de la Asumpcion al cielo de la gran Madre de Dios*, porque (así lo dixo á los capitanes) tenía por cierto que ayudándolos la Reina de los celestiales, las injurias de los celestiales serian por él vengadas. Ni su piedad le engañó. Asaltóse por todas partes con increible osadía y desprecio de la muerte, especialmente de los españoles; y despues de haber batallado réciamente de entrambas partes casi dos horas, en fin se apoderaron los Reales del baluarte, habiendo éstos perdido solos quince, y casi ochenta los defensores, retirándose los demas á la ciudad. Pero aunque de puesto superior la dominaban ya los españoles, sin embargo así la firmeza de los muros como las municiones de adentro y más el foso, que con mucho fondo de agua no dexaba arrimarse á los muros, parecian que habian de detener la conquista. Fuera de que de repente una cosa pequeña, pero encarecida de industria, alentó la ciudad. Del pago de Gaver se enviaban á los cuarteles de Farnese algunos carros cargados de vituallas, cuando habiendo salido de Gante, cuyo auxilio habia implorado Terramunda, como ducientos y cincuenta soldados, ahuyentados á vista de Aloste los que convoyaban los carros, llevaron alegres el despojo; pero en Gante y en Terramunda fue breve la alegría, porque oyéndolo Olivera, sacando del fuerte de Weteren algunas tropas, y saliendo al encuentro no léjos de Gante, dió sobre los victoriosos á deshora, y muertos éstos y apresados, sin que ni uno de ellos escapase, remitió los carros al cuartel de Alexandro. Pero otra cosa afligió más á los de Terramunda; porque luégo que el rio comenzó á descaminarse y divertirse (lo que nunca pensaron) y que por eso se secaban los fosos, que eran la principal defensa del puesto, espantados de la inaudita presteza, habiendo visto que con obras apresuradas dentro de cinco dias de tropel, se fabricaban puentes, se cerraban los rios, se plantaban los Reales, se aprestaba la ciudad, se ganaba el baluarte, se quitaba á los muros la trinchera de las aguas, no se les permitia sosiego alguno de dia y de noche; por no irritar más al vencedor, enviando un trompeta y pidiendo conferencia, rindieron la ciudad. »

queriendo más hacer prueba del furor enemigo, sino tratar de acuerdo y se consolaron los asaltadores, que vian hecha una retirada bien entendida en la batería, con foso y estacada en media luna, y en el medio del puente que habia quedado entre el rebellin ganado y la puerta del torreon un fortezuelo de tierra que haria defensa por su parte. Salieron los soldados con sus bagajes y sin armas, y con que de la compañía de caballos, que habia dentro, quedasen algunos para los oficiales, y no se hiciese molestia á los moradores, y el saco fue rescatado con cierta suma de dineros merecida por su contumacia; y que los herejes dentro de un año, si no se reconciliasen, saliesen con sus bienes á donde les pluguiese.

Esta empresa, acabada en seis dias solos felizmente, creció la reputacion del Farnese y de su exército, por el desaguar la campaña, empresa bien importante para vencer á Anvers y las otras ciudades rebeldes, desembocar en el foso, sangrarle, batir la tierra, asaltarla, rendirla á partido últimamente con poca pérdida de gente. Para fabricar el puente en el Escault se comenzaron á cortar cerca dél árboles grandísimos, mas no fueron bastantes y causaron tanta tardanza y dificultad que hasta el principio del año siguiente no se acabó perfectamente la obra. Algunos del Consejo proponian diversamente contra ella, y los más que sería inútil para el efecto pretendido, porque si luégo no se acababa, la ciudad sería primero proveida de cuanto le convenia para muchos meses, y el batir del agua furioso en el invierno en aquel friísimo clima y el furioso viento desharian el puente, y el enemigo tambien con máquinas llevadas del refluxo; y cuando la templanza del invierno les fuese favorable, el gran número de baxeles armados la harian contraste y quitaria todo impedimento de su navegacion, pues era notorio por la España que sólo un navío, con el favor del tiempo y del mar, rompia una cadena gruesa atravesada en el puerto; se alzaria tanto, hiriendo en el puente el agua, que le sumergiria, especialmente en el medio, donde por el fondo de noventa palmos no alcanzarian las vigas; y los navíos ligados serian fácilmente desbaratados de los que impelian el corriente y el refluxo. El Príncipe respondia lo conocia todo, por haber discurrido muchos dias en la materia tan árdua sobre sus impedimentos naturales y artificiales, de que se podrian valer los de Anvers contra su intento; mas esperaba (en cuanto la experiencia humana le daba á conocer) se podia probar en todo bien para alcanzar la victoria; del sumir del agua se podia quitar su daño con los preceptos del arte militar, dando lugar al fuerte ímpetu del enemigo ántes que apretalle; y así en el medio del canal sería el puente de barcas, que le podrian abrir y juntar siempre que fuese menester, quitando la oposicion á las aguas hinchadas y corrientes arrebatadas. Contra las barcas se podian plantar contraestacadas y fuertes en las riberas en buenos puestos, con artillería y tiradores para destruillas, y la estacada sería en altura igual á las riberas, para que superase las cre-

cientes mayores del más estupendo diluvio. Todo era factible al ingenio y resolucion y fuerza de dinero que Su Majestad le prometia de remitirle; y así, correspondiendo los efectos á la esperanza, venceria las mayores dificultades, y acabaria felizmente la mayor empresa y conquista de ciudad que jamas se hubiese escrito en historias, más llena de dificultades y peligros y contraste de los elementos, pero todo sería fácil á naciones tan generosas, determinándose á padecer, obedecer y vencer, como mostraria la experiencia. A esto se juntase la justicia de las razones del Rey de España, gran protector de la Santa Iglesia, cuya dignidad y debida obediencia habia sido ofendida y quitada de sus enemigos y rebeldes. Por esto debian esperar que la divina Majestad estaba pronta para favorecer, sustentar, abreviar y facilitar cualquiera bien aconsejada resolucion. Quietáronse los ánimos de todos con el prudente discurso del Príncipe, y dispusieron con industria y fuerza la construccion del puente, que se habia designado entre el villaje y fuerte de Lillo y Anvers, casi en el derecho de Calloo y de Osterniel, por la estrecheza y ménos fondo del canal del rio, que no llegaba á sesenta piés en su mayor profundidad y la anchura á dos mill y quinientos codos. Y serian pocos ménos de setecientos y treinta pasos comunes, y ayudaba la vuelta del rio, donde cambiando vela los navíos perdian mucho de la impetuosa velocidad.

CAPÍTULO IX.

Disensiones entre los venecianos y los caballeros de Malta. — Interviene en ellas el autor de esta historia. — Altercado entre el Príncipe de Melfi y el Condestable de Nápoles. — Otras noticias de Italia.

Habia disensiones en Italia entre venecianos y el Gran Duque de Toscana y la religion de San Juan, sobre entrar sus galeras en el Adriático á hacer presas en navíos de turcos mercantes; y decian los venecianos daban con ello causa de que el turco rompiese la paz, que guardaba tan en beneficio comun de Italia, y que se abstuviesen por esto de los corsos en levante y navegaciones cerca de sus islas para quebralla, porque el turco les habia requerido y protestado que guardasen estos mares, donde no, enviaria sus armadas para ello. El Gran Duque decia que en sus navíos traian mercadurías de turcos y judíos de Turquía, y que no debian ser aseguradas sino presas como de enemigos comunes, y los venecianos querian que no fuesen ofendidos ni robados; y sobre esto en Venecia y Roma se debatia. Pedia el Gran Duque al Rey Católico no se interpusiese en la composicion de

estas contiendas, porque su autoridad y respeto le dañaba para ceder en algo, no debiendo dexar á venecianos dar ni quitar leyes en los mares abiertos, libres generalmente para todos, y querer apropiarse el uso y señorío del Adriático, no teniendo más razon ni más derecho que su voluntad y que su fuerza.

En Sicilia contendia Marco Antonio Colona con el Tribunal de la Inquisicion sobre la jurisdiccion. Tenía condenado á muerte á Cisnéros, su secretario, diciendo que, porque revelaba los secretos de la expedicion á doña Juana Dávalos, mujer del Marqués de Juliano, hija de D. Cárlos Dávalos, napolitano, de la familia de los Marqueses del Gasto y de Pescara, general de la caballería de la isla, y por cohechos y baraterías que le probaron; porque se hace fácilmente, cuando el Virey se muestra apasionado y deseoso de castigar por tema ó venganza. El Santo Tribunal por justas causas pidió al Cisnéros, y envió sus oficiales y letras, para que les fuese entregado. Resistió el Colona, y dividido el reino en favor de las dos potestades, llegó la competencia y violencia á términos de rotura y manifiesta invasion. Avisado el Rey llamó al Colona, y obedeciendo, con las galeras de Sicilia vino á Nápoles, su patria segunda por naturaleza y estados, y el grado de Condestable del reino, conservado desde antiguo en su casa por los Reyes de Aragon por servicios grandes. La primera es notorio ser en Roma, cabeza del mundo, por tantas edades, en el imperio temporal y espiritual, derivada la familia clarísima de los Colonas de la antiquísima de Lecca, de que se hace mencion de antigüedad de dos mil años en las historias romanas, en el órden patricio y senatus, más alto grado de su nobleza, y llegó á ser imperial en Roma y Constantinopla, especialmente desde el Magno Constantino, que tanto favoreció la Iglesia Católica. Un hijo della fue un tiempo gobernador, en Alemania, de la provincia de los Ubios, cercana al Reno ó Rhin, y dexó su propagacion en Colonnia, así nombrada de sus pobladores, viniendo despues á Roma, corrompiendo el nombre de Colonnia fue nombrada Colona, por ser allí colana del imperio, y sus armas por esto y por los últimos Leccas, griegos, son de gules con coluna de plata armada de oro, partido de gules, cuarteado de sinople, sobre todo el castillo de plata, sobrepujado de la águila de Constantinopla, y sostenido de un leon de oro, y el timbre es de una sirena de la misma casa Colona. Fue hospedado en Nápoles del Duque de Osuna, visorey, algunos dias con magnificencia, y despues de doña Jerónima Colona, su hermana, duquesa de Monteleon. Pasó á Roma, visitó á su Santidad y embarcóse en Civita-Vieja, y navegó á España.

El Rey premió los servicios de la casa Doria, y á Juan Andrea, príncipe de Melfi, le hizo su general en el Mediterráneo, oficio que no habia proveido desde que D. Juan de Austria pasó á gobernar y morir en los Estados de Flándes, en el año mil y quinientos y setenta y seis. En el dia

último de Julio, en el cabo de Holy, al venir del dia, estaba el Doria con veinte galeras, arribado de España, con el Real estandarte, y llegando cerca el Colona, le dixeron en su camarin cómo venía el Doria, y mandóle saludar con las trompetas y cuatro tiros, y envió á D. Pedro de Leiba á visitarle, porque no podia él por estar desnudo y cansado de la mala noche. Habiendo pasado las galeras, diciéndole volvia la del Doria, salió á lo alto y le hizo saludar con cuatro tiros, y respondió el Doria con dos pasando por la diestra. El Colona queria ir á verle, pensando se detenia para hablarle, y por haberse llevado la fragata el Leiva no pudo. Volvió en ella D. Martin de Guzman, que fue con él, para mostrarle las patentes del Doria, y respondió las mostrase al Leiba su inferior, y dixo á los circunstantes: volvió el Doria para que le abatiese el estandarte, y respondió que le fue dicho mucho despues que las galeras se habian departido y dexado, habiendo tenido junta la parlamenta. Viendo que el Doria no le queria hablar, siguió su viaje, y el Doria mandó al Leiba llamase sus galeras y las dos de Nápoles, en que venía su visitador D. Lope de Guzman, del Consejo Real de Castilla, y la patrona de Sicilia, que traia la Duquesa de Vivona, y fue á Génova, y el Colona á Monaco, donde llegó despues el Leiba con la conserva y carta en que le decia habia deseado de besar las manos á su señoría ilustrísima, y el Colona escribió el suceso al cardenal Colona, para que lo dixese á su Santidad y á sus deudos, y el Doria escribió á los suyos y al Conde de Olivares y á Madrid, y el caso no hizo poco ruido por todas partes entre los amigos y adherentes de los dos generales, dando que hablar en sus competencias antiguas, olvidadas y ahora renovadas. Estaban estos generales encontrados desde el año de setenta, que fueron al socorro de Lipio, llevando el gobierno el Colona, como atrás se ha escrito. Por evitar este encuentro se habia encaminado á Cerdeña, y porque no le quisieron seguir las galeras de Malta y Florencia que le acompañaban, volvió á Liorna, y vino á Génova, y en el dia que entró se fue la Princesa de Melfi, mujer del Doria, á su granxa para excusar la visita. Marco Antonio desembarcó en Barcelona, y subió á Medinaceli, donde le tenía hospedaxe el Duque, y enfermó y acabó su vida.

Don Diego Brochero de Anaya, natural de Salamanca, de la religion de San Juan, habia sido en Constantinopla esclavo de Aluch Alí, preso en las galeras de su religion, que tomó el año de setenta junto á Sicilia, siendo Virey de Argel, como escribimos ya; y trúxole al remo, padeciendo grandes trabaxos y peligros de la vida, por haber procurado huir, y fue rescatado por buen tallon, quedando por esto enemigo implacable de los turcos, demas del ódio que su religion belicosa les tiene desde su institucion. Como tan práctico en los mares de levante y negocios furtivos, salia en corso con su galeon, y no sólo acometia navíos de turcos, sino los de cristianos visitaba para ver si traian mercaderías dellos, porque desta manera

les aseguraban, y levantando bandera con las armas de San Márcos. Encontráronle siete galeras de la guardia de Candía de venecianos cerca de sus islas, y queriendo pelear su gente se rindieron, esperando buen tratamiento y acomodamiento de las pretensiones de ambas partes. Padeció no ménos trabaxos y peligros de la vida que con los turcos. La religion sintió gravemente el hecho, y envió cuatro galeras y una galecta á prosiguir los corsos, y toparon siete galeras venecianas cerca de Corfú, y debatiendo sobre el amainar y levar remos de las de la religion, dos tomaron la vuelta de Candía, y presas de las venecianas, hicieron en ellas grandes crueldades y agravios á los caballeros. Los de Malta, deseando armar reforzadamente, pidieron al Duque de Osuna, virey de Nápoles, les diese dos galeras de las que tenía. Yo, acabadas para pasar en el nuevo atarazanal, donde era escribano de racion, demas del cargo que tenía de sus papeles en aquella expedicion, y prestas á navegar, habiendo ellos traido remeros, se las entregué.

En este año, no en el de ochenta y seis, en que pone este suceso Antonio de Herrera, errando en el tiempo, ora por olvido ó por mala traducion en su *Historia general del mundo*, prendieron dos naves venecianas cargadas de mercaderías que iban á España. Irritada la República y habiéndole pedido Amurate, señor de los turcos, que descabezase al Brochero, temerosos y obedientes executáran, á no ser detenidos del respeto del Sumo Pontífice y intercesion del rey Felipe, puesta por el Conde de Olivares, su embaxador en Roma, cuya gran prudencia y autoridad podia mucho en Italia. El Duque de Osuna, virey de Nápoles, solicitó la conveniencia entre los encontrados con cartas enviadas al cardenal D. Fernando de Médicis, protector de España, y D. Fernando de Torres, que asistia en aquella Córte á los negocios del reino de Nápoles, para que solicitase y pidiese á su Santidad dixese al Embaxador de la República restituyesen los caballeros y bajeles bien armados á la religion, evitando su inquietud, porque no fuese menester poner fuerza más peligrosa, para que lo hiciesen los venecianos.

No se correspondia con el Conde de Olivares sobre no cederle en las cortesías el Conde, ni el Duque darle su igualdad, y me inviaba á Roma en posta muchas veces para negociar y dar y recibir algunas respuestas, porque no se apartaban del servicio de su Rey. El celo del Conde es notorio y celebrado aún por intrépido y de valor insuperable en aquella Córte, y en Europa toda, asistido de vigilancia, inteligencia y trabajo como de sabio y valeroso ministro. Llegaron á Venecia algunas caxas de tapicerías ricas de Flándes y de plata dorada de Alemania para el Duque, y ordenóme en esta ocasion que, pues tenía deseo de ir á Venecia, desde Roma pasase en posta á ella, y le conduxese la plata y tapicería, y supiese de Cristóbal de Salazar, muy antiguo secretario en aquella embaxada, desampa-

rada desde el año mil y quinientos y cincuenta y seis, en que dieron la precedencia á la de Francia los venecianos, y el estado del negocio de los caballeros de San Juan, y le avisase, para que reforzase la negociacion enviando personajes particulares á Roma y á Venecia, instruido del Salazar en el uso del negociar en aquella República; y habiendo visitado juntos los que podian en ella y significado las razones de conveniencia, pareció á algunos magníficos y al Salazar que las representase, segun el estilo, en el Colegio de la Señoría, compuesto de todas tres órdenes de los dieciseis sabios, seis del Consejo llamados Grandes vulgarmente, cinco de tierra firme y cinco de las Ordenes, fundamento de la República y firmamento de la libertad, donde se ven las cartas y dicen los oradores: aristocracia perfecta, en que ni en la Señoría, ni en el gobierno, ni en el dominio, tienen parte sino los gentiles-hombres de familias nombradas en su principio, ó agregadas á ellas despues por diversas causas y ocasiones, servicios ó superioridad de honores, en que está su mayor y tan celebrada nobleza.

Dióse libertad á D. Diego Brochero, y á los demas caballeros que tenian sueldo y eran de la familia de la religion, y los bajeles y pertrechos fueron restituidos de una parte á otra, dada satisfaccion segun la disposicion del tiempo y de las cosas asentadas, y desde entónces no han tenido alteracion ni encuentro hasta el presente dia la República ni la religion belicosa.

CAPÍTULO X.

Pasa el Rey el estío en el Escorial. — Adelanta considerablemente á vista del Rey la construccion de este célebre monasterio. — Vuelve el Rey á Madrid y se ocupa en la jura del Príncipe su hijo. — Razones que diversamente se aducian sobre la conveniencia del lugar, en que se habia de celebrar el matrimonio de la Infanta doña Catalina con el Duque de Saboya.

El Rey Católico pasó el estío en San Lorenzo, donde vino para celebrar la fiesta del *Corpus Christi*, aunque impedido de la gota, y así no anduvo en la procesion sino el Príncipe y la Infanta, y desde su oratorio oyó la misa conventual con su devocion acostumbrada, mostrando el fin que le movió á levantar fábrica tan grande, pues tan bien usaba della, acudiendo tan contínuo y en tiempos tan santos á ofrecer á Dios el tributo de su alma y de todas sus cosas, ocupando los dias festivales en la meditacion de sus misterios, retirando el alma del tropel de tantos negocios como el gobierno de estos reinos amontonan cada dia.

Vió en el mes de Agosto subir y fixar seis figuras, ó estatuas grandes, de los Reyes del Testamento Viejo sobre los pedestales del segundo órden de la fachada de la iglesia, obradas por Juan Baptista Monegro, toledano, gran escultor y excelente artífice, como la estatua de San Lorenzo que está en el pórtico. Tiene cada una con la planta más de diecisiete piés de altura, de manera que pesan dos mil arrobas, y subiéronlas con el contrapeso y las truxeron en carros de invencion maravillosa, y por la industria y asistencia de su padre del autor, que en la construccion desta fábrica fue tan oficioso que empleó en ella de tiempo más de diez años y de gasto casi un millon; si bien servicio tal, con otros innumerables suyos y de sus hijos, están por remunerar. Las cabezas, manos y puntas de los piés, que descubren los ropajes destas figuras, son de mármol blanco. Ellas representan seis reyes de la tribu de Judá y familia de David, excelentes y de lindo ornato y movimiento, coronados y con cetros, y tan bien acabadas que se deben comparar con lo bueno de la antigüedad, y no se sabe de otras tan grandes, ni áun en apariencia, de las reliquias de aquellos tiempos, que tanto veneran la admiracion y razon. Son David, Salomon, Ecechias, Josias, Josaphat, Manases.

El doctor Arias Montano, que fue inventor y por cuyo consejo fueron eligidas y erigidas las figuras destos seis reyes beneméritos del templo de Dios, aunque otros dieron otros motivos y no parecieron tan á propósito ni de tanta majestad y vista hermosa y de grandeza verdaderamente Real, tenía hechas sus inscripciones para sus pedestales para el conocimiento dellas y fin de su eleccion, y perdiéronse; y así están sin ellas y sin la claridad que su excelencia merece y pide, y se pudieran esculpir las que yo vi que tenía hechas el padre fray Joseph de Sigüenza, prior que fue de aquel célebre y religioso convento, varon observante y eminente en todas letras y lenguas, y de no vulgar elocuencia en la española y latina, como nos muestran sus escritos, aunque no usó de la cultura de los de hoy, extrañada de algunos y admirada y abrazada de los más sabios regulares.

En el mes de Setiembre siguiente se puso la última piedra de todo el cuerpo y cuadra desta casa, en lo que toca á la cantería en la cornisa del pórtico ó patio delante de la iglesia, señalada con una cruz, aunque desde abajo no se percibe sino la que da señal della en el empizarrado por la punta que baxa, habiéndose puesto la primera piedra en el año mil y quinientos y sesenta y tres. Dió gran contento al fundador de tan insigne edificio, no fundado por la grandeza de su forma sino ensalzamiento del nombre de Dios; y recobrada la salud, á dos de Octubre vino á Madrid, á disponer el juramento del príncipe D. Felipe, para suceder á su padre en el reino despues de sus dias, para que rematase el año felizmente en el sexto y en el séptimo de los meses de la edad de su Alteza.

Habia juntado los procuradores de las ciudades y villas que tienen voto

en Córtes para tratar de las cosas de su administracion y de las concesiones ordinarias y extraordinarias para el sustento de la monarquía, y quiso que jurasen al Príncipe con los Grandes, títulos, ricos-hombres, que acostumbran jurar y asistir á la celebridad de acto tan solemne de amor y fidelidad. Lo ceremonial está escrito en los tres juramentos de los tres príncipes difuntos Cárlos, Fernando y Diego, y así solamente hago nota de lo que escriben con ponderacion algunos en el jurar á D. Felipe. La Emperatriz su abuela le juró como Infanta de Castilla, con la protesta de que no era como Emperatriz y Reina de Bohemia. El Cardenal Quiroga, arzobispo de Toledo, á once de Noviembre confirmó al Príncipe, siéndole padrino el Cardenal de Granvela, presidente de Italia, y procedióse despues de su misa con el juramento, sin haber más novedad que hallarse presente D. Amadeo, hermano ilegítimo del duque de Saboya, Filiberto Emanuel, que le invió á visitar á su Majestad Católica y á la serenísima infanta doña Catalina, hija de la reina doña Isabel de la Paz, que su Majestad le daba en matrimonio con cuarenta mil ducados de renta en dote, situados en el reino de Nápoles. El Duque de Alba fue de parecer que la mayor, doña Isabel, se le diese, porque sucediendo el faltar subcesores, sus hijos heredasen la monarquía, crecida con los Estados del Duque, importantes para la conservacion de Italia y paso de Flándes y freno de Francia, pues la alteza de sangre del Duque era real, descendiente del gran Signardo, rey de Sanovia (1), y esclarecida con la real de Portugal y Francia. Mas guardaba la infanta Isabel para sus sobrinos, el emperador Rodulfo y sus hermanos los Archiduques, como les cayese la suerte en el imperio, porque continuase el suyo faltando el Príncipe, su heredero único en su casa de Austria. Los efectos deste intento mostró el tiempo, y en su lugar se escribirá largamente, pues la materia es tan considerable que su discurso pide mayor capacidad y pluma; pero como de casa ninguno mexor pudiera escribir lo hecho y el intento de su Majestad Católica sobre el efecto del matrimonio del Duque de Saboya. En el Consejo de Estado se conferia con várias disputas y opiniones opuestas. Decian unos no cabia disputa sobre el tiempo en que habia de pasar el mar la Infanta, pues era cosa resuelta ya, y con mucho fundamento, que debia ser despues de casada en España: contra ello se decia convenia excusar visitas de príncipes por las razones ordinarias; pero en este caso era necesario haberlas por ser tan diferente, y en que importaba viese el Duque á su Majestad, y se conociesen, y recibiese y llevase dotrina, que asentada sobre su ingenio y valor, le hiciese excelente Príncipe; y no se podia dilatar la execucion de lo concertado, porque á todos importaba asegurar con brevedad sucesion deste matrimonio. Y

(1) Sic.

habiéndose de efectuar ántes de la Pascua de la Natividad de Jesucristo, sólo entraba en consideracion el ser en Madrid ó en Barcelona. Proponian en Madrid, porque convenia á la quietud del Rey y á la conservacion de su salud y del Príncipe el no mudar ahora, y excusar el trabajo del camino en fin de la otoñada y entrada del invierno. Parecia más autoridad esperar aquí al yerno que salir á recibille su Majestad tan adelante, autorizándole más de lo que pudiera ser. Enviándole su esposa á su Córte, que era lo que se procuró evitar, se excusaba la costa de la jornada en año estrecho, y que no venía la flota de Tierra firme, y habia mucho á que acudir con el dinero; era forzoso proseguir las Córtes de Castilla y procurar en ellas servicio con que tener más caudal para todo. Estaba más sobre sus negocios y resoluciones de la Hacienda, que alexándose podrian afloxar. La costa que se hubiese de hacer en la venida del Duque y en la ida de los navíos vendria á cargar sobre otros, á quien se podia encomendar. No se darian celos á los extraños con moverse, y serian léxos de las tramas de los moriscos de Valencia y de Aragon, y se excusaba el cuidado de ordenar algunas cosas para el camino, y dilataba la mudanza que habria en la casa de sus Altezas caminando, y los gastos de criados, que al fin harian cargo dellos y pedirian ayudas de costa y merced al Rey. A esto se respondia era más seguro el mudar aire en el invierno que en otro tiempo, y á su Majestad era provechoso el andar en el campo, y al Príncipe (decia el gran médico Vallés) no dañaria; causaria gran reputacion ver la facilidad con que se acudia á donde convenia, porque la causa principal de la jornada era celebrar Córtes en Monzon, mostrando hubiera sido ántes si no interviniera el juntarlas con esta ocasion. De manera que á la junta de los Reyes se atribuyese la ida, y al casamiento el ir primero á Barcelona que á Monzon. Era de consideracion para esto el jurar allí al Príncipe por lo principal, y porque pudiese tener Córtes adelánte en ocupaciones de su padre; se quitaba la desconfianza de tan leales vasallos de no ver á su Rey para siempre entre ellos, no le viendo en tal ocasion. Los moriscos y sus dueños andarian hipócritas en los meses que su Majestad cerca dellos anduviese, para hacerle entender que no habia en qué reparar poner remedio, y la reputacion y las galeras alexarian los corsarios y las tramas. Se podia dar más calor á las cosas de Francia, acercándosele, y no podia dañar el dar celos á los vecinos, con que se enfrenaban, sino el no dárselos con que se atrevian. Pues cuando se llegára á Milan, ayudára á las cosas de Flándes, no dando ocasion más de la que tomasen de suyo los ociosos y curiosos; no acrecentaria costa de consideracion, y los expedientes de hacienda se tratan por escrito, y el sacarlos á luz no consistia en leguas más ó ménos de distancia, sino en mandar á sus ministros con resolucion, y haria cargo particular á los que mereciereu este regalo con decirles que su cuidado y diligencia supliese la ausencia de su Majestad; y señalada-

mente en que por órden muy apretada se les saque á la partida resolucion de algunos arbitrios, que aprobados se executasen. En razon de Estado no convenia alexar al Duque de los suyos más léxos, ni para más tiempo del que bastase para Barcelona, evitando que los franceses en larga ausencia le hiciesen daño ó algun tiro, porque la restitucion de su padre en ellos costó lo que se ha referido á esta Corona. El venir en posta á casarse á Madrid sería cosa nueva, en la calidad de los novios, y no se sabía cuán sana, y aunque viniese por jornadas se le tresdoblarian los gastos, y llegaria deslucido cuanto traeria en su casa y criados, y volveria á Italia de manera que para su entrada le obligaria á nuevo gasto, que ya no se habia de mirar como de extraño, sino de hijo. Sería gran embarazo el proveer en Madrid de hospedajes, criados y caballos á tanto caballero suyo, cumpliendo con ellos como se debia, y en Barcelona se les podria tratar más á la soldadesca y marítima, y el humor y alegría de la gente que vendria se confrontaba más con el de los de Barcelona que con la pausa y melancolía de los cortesanos, y más en bodas tan solemnes; podia llevar su Majestad sus hijos con poco más cuidado y trabaxo que solia á los bosques y descansadamente; se excusaba el embarazo de haber de formar casa á la Infanta otorgada ó prestársela hasta Barcelona, con lo que esto lleva tras sí, pues, embarcada, su marido la debe por capitulacion llevar, y hasta la embarcacion haria grande gasto el Rey ó el prelado y señor á quien se podia encomendar, con que quedarian asolados y el Rey obligado á sus importunidades.

CAPÍTULO XI.

Traslacion de Santa Leocadia, vírgen y mártir, á la ciudad de Toledo, donde nació y padeció glorioso martirio.

En la general calamidad y destruicion que padeció España por los moros, enemigos crueles del nombre cristiano, quemando su furia y crueldad áun á los cuerpos santos y deshaciendo sus sepulcros y templos, los cristianos, con peligro de perderlo todo, se retiraron á las Astúrias de Oviedo y á otras regiones remotas, y por su aspereza inaccesibles, y llevaron consigo las reliquias de los santos, no sólo para su amparo, más para librallas de las manos de los africanos y de ser dellos profanadas y quemadas. En este tiempo fue llevada la gloriosa vírgen y mártir Santa Leocadia de Toledo y San Ildefonso, y de Córdoba San Acisclo y su hermana Santa Vitoria, de

Alcalá San Justo y Pastor, á Huesca de Aragon, de Barcelona y otros lugares, los santos cuerpos que tenian, especialmente en la persecucion del rey de Córdoba Abderramen I, cruel tirano, perseguidor de los cristianos y libros santos asolados de los templos en el año setecientos sesenta y cinco. Entónces llevaron de Valencia, al cabo que hoy llaman de Sant Vicente, su cuerpo. El rey D. Alonso el Casto edificó á Santa Leocadia en Oviedo (segun se cree) la capilla que conserva su nombre en la catedral, de maravillosa arquitectura para aquel tiempo, con bóveda y tribuna y mármoles bien labrados, y sobre ella está edificada la capilla de San Miguel, que llaman Cámara Santa. Esto muestra la inscripcion de Santa Leocadia en letra gótica antiquísima y el haber en aquel obispado ilustres templos dedicados á ella, y en cuya festividad acuden en procesion á su capilla.

Despues fue trasladado á los Estados de Flándes, en el condado de Enault, á la abadía de Sant Gil Lenogislain, de la órden de San Benito, dos leguas de la ciudad de Mons, en el tiempo del rey D. Alonso el VI. Tienen por tradicion los monjes que vino con el cuerpo de San Sulpicio, como parece por las lecciones del oficio de Santa Leocadia, que inviaron á Toledo, habrá poco más de setecientos diez y siete años, y la fiesta de la traslacion celebraban á veintiuno de Julio, y afirma Molano haberlo visto en un índice de los santos de Flándes. Muchos señores vinieron á la recuperacion de España de los moros, que tenian por empresa como la de Jerusalen, de remotas provincias, á quien los Reyes donaron hasta sus hijos en matrimonio, como el rey D. Alonso el Liberal ó Santo.

Un conde de Enault, que segun el tiempo sería Balduino III, príncipe de aquella provincia, hijo del conde Balduino y nieto del conde Regisnero, que habia ayudado fielmente en la guerra, dió el cuerpo de San Sulpicio y Santa Leocadia, habiendo venido este Conde en romería á Santiago por los años de mil ochenta, y es de creer que teniendo el rey D. Alonso sitiado á Toledo, se hallaria en su conquista, pues le donó los dos cuerpos santos, y tal es la tradicion de los monjes de Sant Gislen de Zella, fundado por San Gisllen, á quien toda la villa está sujeta, y de que pasando por su monasterio con el cuerpo vió decender del cielo grandes rayos de luz sobre las santas reliquias, y pareciéndole ser voluntad de Dios que parase allí, colocó el santo cuerpo en la iglesia, donde se hizo memoria en cada un año del milagro y traslacion.

Teniendo noticia desto los reyes de Castilla D. Felipe I y doña Juana su mujer en Flándes, truxeron á Toledo una canilla de la santa, que les dieron, en el año mil quinientos, á quince de Octubre, que truxo el Abad del monasterio y D. Enrique de Bergis, obispo de Cambray, engastada en el mástil de una preciosa nave, como se ve en el Sagrario.

No es la menor de las alabanzas y grandezas de España, cabeza de la Europa, el haberla querido sublimar Dios, llegando á ella primero que á

otra region los rayos de la verdad y luz evangélica. Porque habiendo subido Jesucristo á los cielos, donde está á la diestra de Dios Padre, y enviado el Espíritu Santo á sus Apóstoles y discípulos, para que con tal ayuda predicasen el Evangelio en todo el mundo, Santiago vino á predicarle á España, despues San Pedro á Roma y San Juan á la Asia, mostrando la providencia divina y suave dispusicion que Dios guarda en sus obras, pues de tres discípulos escogidos y Apóstoles más principales quiso (pues ya estaban armados y fortalecidos con la virtud del cielo) que San Pedro, como cabeza del Colegio apostólico, pusiese la Silla de su primacía y apostolado en la gran ciudad de Roma, cabeza del mundo; San Juan, apóstol de agudo ingenio, elocuente, amoroso, predicase en Asia á gente de buenos juicios, afables y de apacible conversacion, y Santiago, como hijo de trueno, poderoso predicador, de gran valor y elocuencia, que con la fuerza de su palabra desmenuzaba las duras piedras, hiciese guerra y truxese al yugo del Evangelio á los españoles guerreros, feroces, indómitos. Reconócele España por su padre, pastor y capitan, que resucitaba muertos, daba vista á ciegos, ilustraba y evangelizaba su provincia con maravillosos milagros. Dexó en el Padron edificada iglesia, y la capilla angélica del Pilar de Zaragoza, donde le apareció sobre la columna la Madre de Dios, en carne humana, acompañada de San Juan Evangelista, como lo escriben Lucio Dextro y Máximo.

Este fue autor gravísimo y de gran autoridad, natural de Barcelona, hijo legítimo de San Panciano, obispo della. Ocúpose en el exercicio de las letras, y fue Prefecto del pretorio ó magistrado en el Oriente, como Virey, y despues gobernador de Toledo dos años, segun él mesmo dice, y que halló en sus archivos muchas cosas dignas de ser sabidas. Profesó amistad con San Jerónimo, y le dedicó el libro de los escritores eclesiásticos, y así lo escribe el santo en su dedicatoria y que le dedicó Dextro su historia, donde trata de todas las cosas eclesiásticas y seglares desde el principio del mundo hasta el año de cuatrocientos treinta. Porque San Jerónimo era ya muerto, cuando se le quiso inviar, le dedicó á Paulo Orosio, varon insigne y algo su deudo. Escribió cerca de los años de cuatrocientos cuarenta, como él dice, y en Barcelona en el año veintidos del reinado de Teodoredo, y de la fundacion de Roma mil ciento noventa y dos, en la era cuatrocientos setenta y ocho, en el año setenta y dos de su vida. Tiene su historia de antigüedad cerca de mil doscientos años, y despues vivió cuatro y murió á veintiuno de Agosto en el de cuatrocientos cuarenta y cuatro, y parece nació en el de trescientos sesenta y ocho, antigüedad muy grande. Y junto con la sabiduría, prudencia y piedad que tenía, hace testimonio ajeno de toda sospecha (como dice Máximo). Prosiguió su historia con título de Chronicon este Marco Máximo, obispo de Zaragoza, de no menor autoridad, monje benito, abad del monasterio de las Santas Masas, que hoy se llama

Santa Engracia, y despues arcediano de Zaragoza, siendo obispo Simplicio, y en su muerte electo obispo en ella por sus letras y santidad, segun afirma San Braulio en unos versos que hizo en su alabanza, habrá mil años, y San Isidoro que le pone entre los varones ilustres que escribieron en aquella edad. Fue muy estimado en su tiempo el Chronicon de Máximo, y deseado en el nuestro; porque él y Dextro fueron diligentes escudriñadores de la antigüedad, y así dan noticia de muchas cosas antiguas sabidas confusamente, como son libros que no se habian estampado, y los originales estuvieron tanto tiempo escondidos, que pocos pudieron tenerlos hasta ahora, que están impresos. Compuso el Chronicon Máximo á instancia de Argenbato, obispo de Oporto, porque hallándose en Toledo en un concilio, le pidió continuase la omnímoda historia de Lucio Dextro, y así consta de la dedicatoria de Máximo, donde habla con Argenbato. Murió en el año de seiscientos diez y seis, era seiscientos cincuenta y cuatro, de setenta y dos años, y así tiene de antigüedad más de mil años. Estuvieron estas obras como en olvido, hasta que las resucitaron traidas de Alemania, por medio de dos religiosos graves y de la Compañía de Jesus, de la librería fuldense donde estaban, llevadas de España entre libros que fueron presentados á Cárlos Magno, ó por algun monje benito que pasó á aquellas provincias, huyendo la persecucion de los moros que abrasaban las librerías de España. Tambien llevó muchos y de historia en buena parte, segun lo afirma, y que los tenía habitando en el monasterio de Fulda, en Alemania, de su órden (cosa ordinaria en los monjes, que huyan el furor de los moros que abrasaban los religiosos y las librerías), ayudando á ello la Providencia divina, porque estuviesen preservados y guardados para su tiempo. Y así de aquellas provincias traen libros impresos de autores españoles, hallados en algunas librerías insignes, que apénas se sabía dellos, aunque se tenía noticia de sus autores. Y pues en esto no parece ficcion lo que viene impreso, no lo deben parecer Dextro y Máximo, porque vinieron manuscritos, pues usando de cautela se pudieran imprimir en Alemania y traellos y publicallos, pero la sencilla verdad no es amiga de invenciones para introducirse.

Esto se advierte porque algunos rigurosos y escrupulosos censores han dicho son fingidos estos fragmentos de Dextro y Máximo, por autorizar con ellos esta venida de Santiago á España, como si la tradicion tan antigua en ella y tan recibida universalmente tuviese necesidad de fingimiento para autorizarse, teniéndola ella tanta por sí mesma; y muchos de los que los desautorizaban, no los habian visto, sino porque se afirma en ellos lo que ellos no querian confesar, y los desconocian y negaban con juicio temerario. Cuando fueron traidos de Alemania, no estaban los ánimos tan poco asentados acerca de esta tradicion en España, que se hubiese sospecha de que se dudase en tiempo alguno cosa tan cierta, y no habiendo de temer combate, parece increible se buscasen pertrechos fingidos para la de-

fensa, especialmente que se podia bien creer que el que negase ó pusiese duda en tradicion tan recibida, ménos admitiria los testimonios de los libros que podian ser inventados.

Averíguase el camino por donde entraron en aquella librería por carta de Futhrando Ticiense, subdiácono de la santa iglesia de Toledo, escrita estando en la ciudad de Fulda desterrado en Alemania, á Regimundo, obispo iliberitano, á quien dedicó un Chronicon, respondiendo al haberle pedido ciertos papeles que sabía estaban en la librería Fuldensa, y por muy estimados los envió á pedir un obispo tan grave como Regimundo. Citan esta carta el doctísimo padre Gabriel Vazquez, de la Compañía de Jesus, y el licenciado Escolano y la Biblioteca hispana. La consonancia que hay entre lo que refieren estas obras y las tradiciones, que en España están recibidas por verdaderas, es claro argumento de la verdad que en ellas se trata, y el decir con tanta particularidad algunas cosas de España descubre haber sido españoles los autores y muy curiosos y antiguos, y porque en los tiempos presentes fuera imposible tener tan particular noticia de cosas de tanta antigüedad, áun los muy versados en las materias, y que si se leen desapasionadamente se pueda sospechar que hay en ellos cosa fingida ni de otros autores, que así lo muestra la uniformidad del estilo desde el principio al fin, ni texido con artificio como suele cuando es fingido. Por esto los cita D. Lorenzo de Padilla, arcediano de Ronda, chronista del Emperador, en la historia de España, y los sigue dexando otros autores graves, y Pedro de Alcocer, chronista de Toledo, que escribió poco despues que murió el Padilla.

Baronio dice de Lucio Dextro: pereció con gran pérdida y desgracia nuestra, porque como fue diligente en buscar originales antiguos, y no le halló, tuvo por cierto que no le habia en el mundo, pues no le alcanzaba á ver, y lo mismo pudo decir del Chronicon de Máximo, porque si se llama perdido lo que no parece, no era mucho que Baronio tuviese por perdido lo que no tenía. Habiendo vencido manifiestos peligros y pasado grandes trabaxos en tan larga peregrinacion con siete discípulos, dió la vuelta á Indias donde en el año del Señor de cuarenta y cuatro fue el primero de los Apóstoles que bebió el cáliz de la Pasion, y por triunfo de martirio pasó al cielo. Sus discípulos, puesto el sagrado cuerpo en un navío, llevando por guía un ángel, navegaron el Mediterráneo y desembarcaron en el Occéano, tomaron puerto por ordenacion divina en Galicia en la ciudad de Iria Flavia, hoy el Padron, para que haciendo allí su habitacion nos fuese amparo y defensa del mal que se temia vendria en tiempos venideros de las regiones setentrionales. Mostró bien el Santo Apóstol el amor que tenía á España, pues á la que en su vida enriqueció con su doctrina, quiso de todo punto, despues de su muerte, enriquecer con sus sagradas reliquias y que viniese en España, dice el breviario de Pío V, comenzado á escri-

bir en el pontificado de Pio IV (1) en el concilio tridentino, y ajustado y examinado con los antiguos de Roma; y si el de Clemente VIII dice que es tradicion de las iglesias de España, basta para ser cierto, pues se sabe y escribe por los sabios de la Iglesia; y si Baronio dudó flacamente en que Santiago hubiese venido á ella, es de advertir que no siendo bien afecto el Cardenal á las cosas deste pontífice Clemente, y sabiendo estaba en primero lugar en la lista del Rey de España de los que tenía por más suficientes para pontificar, porque no le subcediese y sus hechuras peligrasen, procuró enemistarle con el Rey Católico, haciéndole escribir contra esta venida de Santiago, y conociendo tarde el engaño, no tuvo lugar la penitencia, restituyendo á Santiago la verdad en su venida. Por esto dixo, en el tomo XII, exhortando á la defensa de las tradiciones «préciense de trabaxar los nobles ingenios en procurar que las tradiciones recibidas de mil seiscientos años á esta parte se establezcan, para que no caigan ni vengan á ménos, y opónganse á los que hacen lo contrario á las costumbres lícitas, para que se corrijan y enmienden»: sano consejo y que pudiera haber tomado el sabio Cardenal, y con que satisfizo en parte el yerro pasado, amonestando á otros lo que él quisiera haber hecho, impugnando nuestra antiquísima tradicion, que es el del número de los años que él dice en las palabras citadas.

Ilustraron á España, por la honra y gloria que de ella á la majestad de Dios vendria, varones apostólicos y maestros de verdad, para que fuese alumbrada con la palabra evangélica, y con su exemplo y doctrina llevasen adelante el feliz progreso de la religion cristiana, los benditos obispos Torcuato, Indalecio, Eustrasio, Ocalio, Segundo, Thesiphan y Thesicio y despues Sant Eugenio, primero pastor y apóstol deste reino de Toledo, que pasó en Francia de la tierra al cielo con glorioso martirio en el año de ciento, como escribimos atras. Vino Sant Mancio, discípulo de los Apóstoles, y Sant Germicio, mártir, primero obispo de Itálica en la Bética. Entre los que procuraban impedir estos aumentos de la Iglesia perseguida y combatida de tiranos, siempre vencedora, fue Decio, que hizo célebre nuestro valeroso español Laurencio y á San Vicente en Valencia, y Jovio Diocleciano y Herculeo Maximino, sangrientas fieras que bañaron casi todo el mundo en la sangre de innumerables mártires, pues sin los deportados en islas padecieron más de diecisiete mil en un mes por la fe de Jesuchristo, y en Nicomedia, en la vigilia de la Natividad, hizo quemar Maximiano veinte mil y matar tres mil esclavos cristianos, y en Egipto, en Italia, en Flandes, Alemania y Francia innumerables. En Roma, en un dia, martirizaron treinta mil. Fue ésta una de las mayores persecuciones, en que parece se aunaron el cielo para probar la valentía de los mártires,

(1) Todo este párrafo está oscuro y confuso.

la tierra para gozar de sus víctimas, el infierno y los malos para debilitar los pechos invencibles por las maravillas de la gracia. Vino de España el crudelísimo Publio Daciano, ministro de los .....(1)..... de sus mismas costumbres é impiedad; martirizó en Girona Sant Feliz, en Zaragoza á Santa Engracia, y los santos obispos Optato, Lupercio, Suceso, Marcial, Urbano, Julio, Quintiliano, Publio, Félix, Ceciliano, Fronto, Evencio, Primitivo, Apolonio, Januario, Casiano, Fausto, Maturino y los innumerables mártires llamados la Masa Cándida, y en Valencia al invencible levita Vincencio, y otros muchos; en Barcelona, Santa Eulalia, Cucufas y San Severo, obispo; en Alcalá, los tiernos niños Justo y Pastor.

Encarnizado en la sangre de los cristianos, se acercó á la ciudad de Toledo, amenazándola con varios y exquisitos géneros de tormentos. Era en este tiempo su arzobispo Melancio, que pocos años despues suscribió en el concilio iliberitano. Hizo rostro á este tirano la tierna doncella Leocadia; puestas sus esperanzas en Dios, no dudó arriscar su vida por defensa de la verdad y religion cristiana. No hay mencion de su vida por la incuria de los tiempos sino memoria en los concilios toledanos de su nombre y templos á ella dedicados; y por lo que escribió Cixila y D. Rodrigo, arzobispo, San Isidoro y otros graves autores, parece que nació en las casas que ahora son su iglesia parroquial, hija de padres ilustres, dedicada al servicio divino con particular voto de virginidad, por virtud de la gracia tan fuerte que no temia los tiranos y esforzaba los flacos y persuadia el desprecio de la vida presente. Muchos fueron los que Daciano martirizó en Toledo, sólo de esta santa doncella se hace particular mencion, ó porque la ternura de su edad hizo más ilustre su confesion y martirio, ó porque el fervor de su fe era tal que parecia al Presidente que convenia extinguirla en su presencia. Con halagos y temores procuró sacrificase á los ídolos, considerando la nobleza de su linaje y flor de juventud y su temprana muerte. Mas ella dixo: «Soy sierva de Jesucristo, hijo de Dios, mi Señor Todopoderoso para dar vida y muerte, cielo é infierno.» Daciano indignado mandó que fuese azotada para ver si correspondian sus obras á las palabras, y viendo que llagada y maltratada estaba más animosa y constante, mandó ponerla en cárcel oscura para su tormento, donde ostá hoy una iglesia de su nombre; y en ella, afligida con ayunos y penitencias, orando, dió su espíritu á su Criador, á nueve de Diciembre en el año trecientos ocho. Los cristianos sacaron el santo cuerpo, y acompañándole con la veneracion y lágrimas le sepultaron, segun la costumbre de aquellos tiempos, fuera de la ciudad, en la Vega, donde hoy está un templo dedicado á su nombre. Fue el primero que en el imperio de Diocleciano se edificó en Toledo, y fue me-

(1) Hueco.

xorado despues por Sisebuto, rey godo, sucesor de Recesvinto, muy insigne por haberse enterrado en él algunos reyes godos y santos arzobispos, como Sant Ildefonso y Sant Julian, y celebrado los mayores concilios toledanos. En este sepulcro estuvo el santo cuerpo algunos años, visitado de los cristianos, pero sucedieron despues tantas alteraciones y mudanzas en la iglesia de España con la venida de los godos, inficionados de la secta arriana, que siendo arzobispo San Ildefonso no habia memoria de este sepulcro ni se sabía dónde estuviesen colocadas las reliquias; mas queriendo honrar Dios su Santa y cumplir el deseo que tenía San Ildefonso y todo el pueblo de hallarlas, salió del sepulcro la Santa, y se mostró á San Ildefonso con aquel milagro tan referido en la Iglesia, cuando en presencia del rey Recesvinto y del clero y pueblo dixo á Ildefonso vivia por él su Santa, y le cortó el pedazo del velo con que venía cubierta, con un cuchillo del Rey, y todo se guarda hasta hoy con gran veneracion en el Sagrario de Toledo. Así lo escribe Cixila, y que Ildefonso mandó le enterrasen en aquella iglesia junto á Leocadia, embaxadora de la madre de Dios á su devoto capellan Ildefonso, siendo tan soberana y de tanta majestad la Reina de los Angeles sobre negocio tan calificado como el de su honra, debiendo ser tal la mensajera que á tales respetos correspondiese; no sólo cumplió con su encomienda, pero delante del pueblo confesó su limpieza virginal de Nuestra Señora, de manera que se acaba en España con su gloriosa confesion el error y engaño que los arrianos tenian contra la Madre de Dios, como Ildefonso habia hecho con sus escritos, porque si en la vida confesó ante Daciano la divinidad del Hijo, despues de la muerte quiso confesar la entereza de la Madre por previlegio particular, y así la llamó Ildefonso confesora, aunque parecia á algunos dársele este título y renombre por no haber muerto en los tormentos, que padeció, como fue usado con otros santos.

Y cuando fuera así confesor y mártir se tuvo por una misma cosa, en la manera de hablar de los Padres antiguos, y algunas veces se distingue y otras muchas se confunde, y se toma por lo mismo, como claramente se colige de la epístola IX y XI de San Cipriano, y de lo que sobre ellas con prudencia advirtió Pamelio, obispo de San Omer, en Flandes, en sus anotaciones, donde escribe llamó San Cipriano confesores á los santos Aurelio, Ceterino, Numídico, que murieron en los tormentos por la confesion de la fe de Jesucristo, y Renano, en las anotaciones sobre Tertuliano, lo afirma. Este autor llama mártires áun á los que no padecieron tormentos, sino estuvieron en cárceles por la fe de Jesucristo; y San Gregorio, pontífice, escribiendo la vida de San Hermenegildo, príncipe de España, unas veces le llama constantísimo confesor y otras mártir; pues mártir y confesor significa una cosa mesma, que es confesar y testificar á Cristo Nuestro Señor. Por esto los Santos Padres y Concilios llaman al martirio y triunfo

de los mártires confesion, y consecuentemente los mártires confesores, porque la palabra testimonio, que es testificar, lo griego llama martirizar y los latinos, y á los retablos de sus martirios confesion. Esto prueban graves testimonios sacados de las vidas de los pontífices que escribieron San Dámaso y sus sucesores, referidas en los tomos de los Concilios. Dícese en la vida de Simacho, pontífice, que hizo la capilla de San Andres apóstol junto á San Pedro, donde fabricó un cimborrio de plata, y la confesion de San Andrés, que pesó ciento veinte libras y tres marcos de plata, que pesaban setenta libras, y el oratorio de Santo Tomás apóstol y su confesion de plata que pesaba veinte libras, y la confesion de San Casiano y de los santos Proto y Hiacintho; y en la vida de San Juan, pontífice primero, se dice tambien de San Pablo lo mismo, porque los retablos se llamaban confesiones y á los mártires confesores, teniendo por una misma cosa mártir y confesor. Por esto algunos martirológios antiguos y concilios toledanos llamaron á la gloriosa Leocadia confesora, y otros mártir, como se ve en la prefacion del Concilio toledano IV y en el V y VI, y en otros claramente la llaman mártir con mucha razon, pues confesó públicamente la fe delante del tirano, y se ofreció á todos sus tormentos, y padeció por ser cristiana los crueles azotes, cadenas y prisiones en que dió la vida, y alcanzó la aureola de mártir, la que con tanto ánimo y valor confesó á Jesucristo. Por esto celebra la Iglesia Romana por mártires á los santos pontífices romanos Higinio, Ponciano, Marcelo, Silverio, Juan, que solamonte fueron puestos en prision por la fe de Jesucristo, y sin otros tormentos murieron en ella, y á San Félix en Pincis de Nola, San Márcos evangelista, San Germicio y Santa Tecla, que murió de allí á muchos años que padeció los tormentos, y así Dios la ensalzó en el cielo y en la tierra haciendo se le tuviese tanta devocion en los libros á manera de martirológios y en el rezo y en algunas historias que hay y hacen mencion, que aunque se perdió la particular de su vida con las guerras, mas ellas ni la perfidia de los moros ni la destruicion de los templos que en España hicieron, no consumieron la memoria y devocion que á Leocadia, vírgen, confesora y mártir se tenía, como dan testimonio los suntuosos templos en muchas partes á su nombre consagrados en Oviedo y su obispado, y los de Toledo (1), su madre y nuestra con particular devocion conservados, colegiales los dos y parroquial el otro, que son donde nació y se crió; los dos edificó el rey Sisebuto, godo, y el rey D. Alonso el Sabio reedificó el de su prision junto al Alcázar, le engrandeció y dotó, como lo muestran los rastros que hay, y trasladó allí los huesos de los reyes Recesvinto y Vamba, donde hoy están, segun testifica un privillegio que la ciudad conserva.

(1) Al márgen del texto manuscrito: «Rassis, moro, estoriador. San Eulogio en Apolo, mártir.»

Tanta era la veneracion desta Santa, que se celebró en su iglesia el Concilio toledano VI por los obispos de España y Francia gótica, sujeta á los Reyes de España, y por el rey Suintila, y el XVII en el año séptimo del reinado de Flavio Egica, á nueve de Noviembre, estando juntos muchos prelados de España y Francia; y en esta iglesia se determinó el extirpar la herejía arriana en presencia del católico rey Recaredo, que abjuró con todos los señores deste reino los errores desta secta, confesaron la fe católica de la Iglesia Apostólica Romana, y desde entónces floreció la cristiandad en España, por intercesion de la gloriosa vírgen y mártir Leocadia, en cuya iglesia se dió tan santo principio y fundamento.

San Ildefonso compuso el oficio de la misa de Santa Leocadia, con que su fiesta celebra la capilla muzárabe y con un himno de San Isidoro, arzobispo de Sevilla, el cual, en todo el oficio propio que de Santa Leocadia compuso, nos da ilustre testimonio de la devocion y reverencia que por todos aquellos tiempos él y toda la iglesia de Toledo tenian á esta Santa, dándole tantos y tan admirables epítetos y renombres cuales á la Madre de Dios suele la Santa Iglesia atribuir, como muestra el oficio muzárabe.

Tenía Toledo y el Cabildo de su Santa Iglesia grande deseo de cobrar el cuerpo desta su Santa, y Dios fue servido de tomar para ello por instrumento al Padre Miguel Hernandez, de la Compañía de Jesus, que asistia en Flándes á la conversion de los herejes, y ayudar á los fieles en el ministerio de nuestra religion, por órden del Padre Francisco de Borja, general de la Compañía de Jesus, en el gobierno del Duque de Alba y en el del Duque de Parma, y truxo á la Santa á España, como adelante verémos.

CAPÍTULO XII.

Causas de la renovacion de la Liga católica en Francia. — Proyectos de los liguistas. — Vacilacion del Pontífice en aprobar abiertamente esta Liga.

Supieron los de la casa de Lorena y sus adherentes fue la asamblea de los herejes celebrada por consentimiento del rey Enrique, y lo que en ella acordaron y le pidieron, y las asechanzas dél, y las inteligencias que traia en el reino y fuera con los enemigos de la Iglesia católica, y haber tomado á Ginebra debaxo de su proteccion y á Sedan, escuelas de sectarios, teniendo en poco la fe católica, creciendo la herejía, en parte disimulada y en parte favorecida, para ruina de su reino y suya.

Los de Guisa en el mes de Noviembre se juntaron en Genvilla, villa del

Duque de Guisa, con los de su familia y muchos hombres principales y oficiales de la Corona y procuradores por el clero y las ciudades, y hicieron Liga para defender la religion católica de los huguenotes, que, movidos de la ambicion, eran prontos á tomar armas, procurando novedades, y usaban del ingenio y de la astucia, como subtilísimos inventores de máquinas para abatir los católicos descuidados y negligentes, con más atrevimiento que fuerza, con esperanza de buenos sucesos; y por esto en los mayores peligros y desconfianza hasta en los casos ciertos arriesgaron sus vidas en la execucion de sus disinios, pensando siempre hacian poco para conseguillos en lo que habian determinado y no alcanzado del todo para adelantar su secta y confundir la Iglesia católica. Convenia para oponérseles usar de mucha diligencia y artificio, para que no cayese el reino en su poder, como se iba por su poca advertencia y asistencia encaminando, sucediendo á Enrique el Príncipe de Bearne. Admirábanse que él hiciese sucesor á un su igual en la edad casi juvenil, y con tantas excepciones y peligros del uno y del otro, mostrando fabricaba su ruina, pues cuanto habia tratado el Duque de Epernon con el de Bearne, no podia tener efecto sino mediante la muerte del Rey. Mas, ciego de la benevolencia de sus favorecidos, sólo trataba de engrandecellos, y particularmente al de Epernon, que preciaba más que al Duque de Joyosa, porque su mujer era de la casa de Lorena, irreconciliable con él, y que en todas ocasiones mostraba cuanto la aborrecia y desestimaba para quitarla el séquito. Esto sentia mucho la Reina y la ausencia de los de Guisa de la Córte. Rogóle los llamase y estimase, como lo merecian sus grandes servicios hechos á él y á la Corona, mas respondió despreciando su presencia y Ligas, y en público se quexó dellos, y los llamó sediciosos y causadores del ódio que le tenian los súbditos y el desprecio de los extranjeros; y mudó consejo, y tenía quien á sus deliberaciones no contradixese.

Quiso poner su gente en la guarda de las puertas de París, mas los ciudadanos, viendo se les quitaba el uso antiguo, resistieron á los ministros executores de la determinacion cautelosa del Rey, y no quisieron quitase la autoridad al Prepósito de los mercaderes, y con su amparo concurrieron á la defensa de sus puertas, estimado de la ciudad por su calidad y ser Presidente del Parlamento. Con el favor del pueblo resistió el ser quitadas las llaves á los que por la ciudad las tenian; no sólo no obedeció el mandato expreso del Rey, sino el de concederle París trescientos mil escudos que les pedia para el remedio de urgente necesidad, diciendo ser forzoso el consentimiento de la cindad. Y aunque era así verdad, podia tanto ordinariamente el Prepósito, y más cuando era de mucha autoridad como éste, que el pueblo casi jamas se oponia á sus demandas. Amenazaron algunos en presencia del Rey á Nulli, si no le obedecia en cumplir su demanda; mas él, intrépido y sin desmayar un punto, respondió tendria ochenta

mil hombres para impedir el efecto de sus amenazas, y le temieron los realistas.

Los de Guisa tuvieron aviso desto, estimando la ocasion oportuna en tanto que el pueblo de París, alterado, habia descubierto la flaqueza del Rey y su poder, asegurado de los católicos del reino, que temian la sucesion del Príncipe de Bearne, comenzaron á quexarse del modo que el Rey habia tenido con ellos de querer introducir un hereje en la Corona para ruina de la religion romana. Tocaba su contraste á la cristiana república, pero más á los buenos franceses, que debian unirse para no dar tiempo de armarse á los huguenotes y salir incontrastables, si los dexaban reforzar de las ayudas, que dentro y fuera de Francia en diversas provincias en su favor se aprestaban. Sabian que el ódio que tenía Enrique de Valois á los de Guisa procedia del oponerse á Consejo tan pernicioso para ellos y para todos los católicos, si unidos no prevenian el inminente daño con tanta prontitud y fuerza como requeria la necesidad, proveyendo con las armas á la causa pública y á la particular. Determinaron comunicar su acuerdo con otros príncipes y prelados del reino y con los mayores oficiales de la Corona, para que todos considerasen los remedios necesarios. Mas porque el presente peligro pedia celeridad, y la importancia de la causa madura deliberacion, no pudiendo satisfacer á todo, resolvieron el hacer Liga con el consejo de Cárlos de Borbon y Duque de Guisa, de los Duques de Mercurio y de Nevers y del Marechal de Biron, y tomar las armas, y en tanto tratar de la union de los católicos.

El Duque de Lorena ofreció su ayuda secretamente, no juzgando conveniente el descubrirse, no habiéndole el Rey provocado con ofensa y por el parentesco que tenía con él por la Reina su mujer. El de Nemurs á la descubierta entró en la Liga, y prometió meter en ella al de Saboya, cabeza de su casa, y enviar á la junta su primogénito Príncipe de Genevois. Esparció el tratado la fama por el reino, y ofrecieron su asistencia el Cardenal de Vaudemont, los Duques de Humala y de Albeuf, todos tres de la familia de Lorena; los señores de Mandelot, gobernador de Lion, y de la Chatra, de Berri, y el de Antraghes, de Orliens, el de Can, el de Angurs, Conde de Nissa, el señor de Sannidal, gobernador de Vivares; el Conde de Sos, los señores de Vins, Descurrieres, de Lansac, de Randan, de San Luc, y otros muchos que fueron en persona ó enviaron procuradores, que tenian gran parte de los mexores gobiernos.

Sabian los señores y Grandes desta confederacion era contra el Rey, mas el pueblo se persuadia ser cabeza della y se descubriria improvisamente contra los huguenotes, no obstante las declaraciones y demostraciones que habia hecho en defensa de Guisa, teniendo suma ignorancia el no sentir en esto lo que ánn los más ínfimos sentían, y no azorarse con una conmocion que le podia quitar la corona, si era sin su consentimiento hecha

la union que se publicaba. El Cardenal de Borbon fácilmente se obligó, porque contradecia el entrar herético en la Corona, aunque el de Bearne fuese su sobrino, y si bien le movió luégo el celo de la religion y el ser tan devoto de la Sede Apostólica, tambien en gran parte la esperanza de suceder al Rey, muriendo sin hijos, pretendiendo ser el primero Príncipe de la sangre real, ó que la representacion no tuviese lugar en la línea colateral, y por esto ser excluido el sobrino de las comunes leyes; y por ser legítimo, porque su madre fue primero desposada con el Duque de Cleves, en cuya vida Antonio de Borbon, su padre, se desposó con ella, y en caso que fuese legítimo, entendia eran él y el Príncipe de Condé excluidos de las leyes del reino por relasos en la herejía, porque no podian tener el nombre de Cristianísimo los enemigos de la Iglesia católica. De tal manera estaba en esta opinion, que pensaba subceder en la Corona sobreviviendo á Enrique de Valois, no comparando su vejez con la juventud del otro. Él no fue jamas de alto y grande entendimiento y corazon, y en esta ocasion, contra su naturaleza, se mostró resoluto y constante. ¡Tanto puede la ambicion de reinar! Y aunque alguna vez vacilase, no se retiró jamas de la Liga, de quien era cabeza en apariencia, siendo en ella único Príncipe de la sangre real; y los de Guisa, considerando cuánto les importaba mantenerle, alargaban su esperanza, tan cebado que no entendia era el principal el que tenía el gobierno de las armas, y á él habian dado la obediencia todos.

El intento y pretension del Cardenal dió que pensar y cuidar al Príncipe de Bearne. Pidió al Rey, habiéndole informado de su razon, le reduxese á mejor pensamiento, porque ademas de la herejía que le oponia para impedirle la sucesion de la corona, metia en el pueblo novedad, que le podria dañar en la concurrencia de otro pretendiente, si el pueblo abrazaba por cierta su ilegitimidad, aunque era bien notorio fue nulo el matrimonio de su madre con el Duque de Cleves, porque no tuvo edad competente para contraer, y quedó libre habiendo el de Cleves, despues que fue reconciliado con el Emperador, casado con otra, ántes que la Duquesa de Vandome, su madre, casase con Antonio de Borbon, su padre.

El Rey llamó al Cardenal para este efecto en San German de la Haya, y en presencia de la Reina madre, habiéndole acariciado, le dixo con gran severidad era su pretension vana, y habia renunciado sus derechos temporales D. Antonio de Borbon, cuando vistió el hábito de Cardenal y se dedicó á la Iglesia y á Dios, la cual por sí mismo le hacía incapaz de las dignidades temporales; aunque era mozo Enrique y podia tener hijos, queria proveer como buen Príncipe cualquier accidente, para que el pueblo que le encargó Dios, no fuese molestado sobre la competencia de los sucesores; y así determinó asentar esto de manera en su vida que no pudiese tener contradiccion despues de su muerte. Le rogaba ayudase á ello con santa

intencion y renuncia de sus pretensiones, prometiéndole de procurar su comodidad y consuelo. El Cardenal, que no podia inducirse por alguna razon á dexar la esperanza de la subcesion, y estaba resuelto en no renunciar, no respondió libremente al Rey que no podia hacer lo que pedia, sino mostrando su capacidad y su hábito eclesiástico, y que la renunciacion hecha en su hermano Antonio, cuando le tomó, comprendia sólo lo que en aquel tiempo poseia, y no las que no estaban en pensamiento, y su edad, aunque grave, no le habia de inducir á hacer cosa que podia dañar su conciencia. Andaba con términos generales y honestas excusas, rodeando para no entender lo que le perjudicase, y tomando tiempo para salir de la presencia del Rey. Amenazóle, viéndole huir, de conceder lo que le pedia, y diciéndole injurias, puso mano al puñal para herirle, mas interpúsose la madre, y el Cardenal salió de la Cámara sin lesion.

Esta violencia encendió en ira los ánimos de los coligados y aceleró la execucion de sus deliberaciones, y por justificarse con el mundo, culparon al Rey de que diese ocasion y causa á los movimientos. Dieron cuenta desto á los Príncipes extranjeros y solicitaron su ayuda para oponerse á los que afirmaban aprestarse en Inglaterra, en Alemania y Flándes para asegurar el de Bearne el entrar en la Corona y su nueva religion en Francia. Crecia el rumor con industria de los confederados asistidos con dineros, gente y consejos de los Príncipes católicos de Europa. Estaban para salir en campaña, mas controvertian sobre cuál empresa habia de dar principio á su declaracion enemiga. Parecia á algunos que derechamente fuesen á buscar al Rey, porque asegurados dél podrian apartarle de los favorecidos y hacer que desagravase el pueblo de las cargas que indebitamente sufria. Otros decian no sería bien admitida esta accion, sino por ambiciosa rebelion tenida, y aconsejaban que solamente prendiesen los dos privados, y los apartasen del Rey, con que se quitaria gran parte del séquito al de Bearne y de la prodigalidad de Enrique, y el Príncipe mudaria consejo en la pretension de la Corona, viendo que los católicos con las armas se le oponian. A otros parecia que debian tan fácilmente persuadirse que las empresas saldrian como se proponian en el Consejo, porque las execuciones mostraban muchas cosas no prevenidas, para que ni el Rey ni sus privados cayesen en sus manos; y otros tenian que la prision de los favorecidos no fuese suficiente para dar remedio á daño tan grande, por el cual las armas se tomaban.

En esta discordancia de opiniones el Duque de Nevers, que era de mucha autoridad en aquel Consejo, dudó grandemente si podian tomar las armas contra el propio Príncipe por las causas referidas y por satisfacer á la conciencia de todos, inviaron á Roma al padre Claudio Matei, lorenese, jesuita. Dixo al pontífice Gregorio la liga hecha, y procuró persuadirle que los Príncipes católicos franceses la hicieron para la defensa de la reli-

gion, porque no se acabase, subcediendo en el reino Enrique de Borbon á Enrique de Valois, su amigo, como pretendian; y en tan gran peligro era gran ventura que tantos y tan grandes señores por celo de la religion tomasen las armas para oponerse á la deliberacion impía del Rey; y así debia su Santidad declararlas justas, necesarias y santas, asegurando la conciencia de los que dudaban en tal ocasion ser lícito al súbdito oponerse al Príncipe natural. El Pontífice sabía la confederacion y sus motivos, y conociendo la importancia del caso, siendo recto y prudente, no quiso resolverse de sí mismo, mas cometió la declaracion á teólogos y canonistas. Los cuales, habiendo oido al padre Matei, satisfechos de que la total ruina de la religion católica se procuraba por aquella union evitar en Francia, juzgaron no solamente ser conveniente más necesario tomar las armas, no sólo contra el de Bearne más contra el Rey, siendo causa del peligro, pues eran los súbditos obligados primero á Dios que á su Príncipe. No quiso Gregorio que tal declaracion se diese al Matei por escrito, sino carta de creencia de su secretario Cardenal, de lo que cerca desta duda fue por los comisarios pontificales declarado y cómo su Santidad aprobó su parecer siendo tan gran letrado y sabio Pontífice.

Alargó su comision el Matei, asegurando que en saliendo con las armas en campaña los confederados, se despacharia breve apostólico para autentizarlas y declarar incapaz de la Corona cualquier herético, y á sus fautores y adherentes. La respuesta sólo al Duque de Nevers no satisfizo, porque tenía resfriado en parte el ardor que mostró al principio, siendo casi el principal movedor destos movimientos y pretensiones, y el que más animó al Duque de Guisa, su cuñado; mas porque ó dudara del éxito de la empresa, ó que le pareciese no tenía en la liga el lugar y grado que se habia propuesto, y viese faltarle alguna concebida esperanza, porque toda la principal autoridad estaba en el de Guisa, ó fuese traido á la parte del Rey ó á retirarse de la liga, dixo al padre Matei que no era tan ligero que diese entero crédito á su certificacion por una carta simple de un Cardenal para salir de su gran escrúpulo de conciencia, y queria declaracion en escrito del mesmo Pontífice, y fue despachado para traerla. Tanta era la estima que del Claudio Matei hacian. Mas el de Nevers, sin esperar su vuelta, pidió licencia al Rey para salir del reino, y pasó á Italia con excusa de ir á los baños de Luca, dexando á los amigos suspensos y dudosos de su intencion, y maravillados del escrúpulo que tenía el que encendió el fuego, y ménos religioso el que propuso las conveniencias del juntarse y justificacion de armarse.

El Rey, temiendo el poder de la liga y el tumulto del pueblo, que le aborrecia por las imposiciones inmoderadas, inusitadas é intolerables, y que se le opondrla, si dañase á los de Guisa, mandó publicar edicto de revocacion de muchas gabelas para aquietarle. Mas examinado en el Parlamento,

era su concesion por tiempo determinado y ya cumplido, y suplicó á Enrique desagravase y no engañase el pueblo. En efecto, dolió al Rey la respuesta, y temiendo fuese para indinar al pueblo y darle ánimo contra él, y que el Parlamento se entendia con los de Guisa, dixo eran los Presidentes y Senado temerarios, y los huguenotes no le habrian hecho tanto mal como ellos con aquella demanda. Para apartar á los coligados de los Duques de Guisa y de Mena, ó porque pareciesen contumaces ó pensando engañarlos, siendo ya casi acabada la fábrica del Oratorio, que hacía en el bosque de Vincenas, los convidó á vestirse el saco de devocion de aquella su invencion, para engañar la trama ya tan descubierta y vituperada en el reino. Mas sospechosos de su mal ánimo para con ellos, cuanto fue mayor la diligencia reiterada del Rey para que viniesen á la Córte, tanto se abstuvieron más de complacelle, y estuvieron léxos della. Respondieron habian hecho siempre profesion de las armas y las querian vestir en su servicio, y no el hábito frailesco de claustrales.

Consideraban que no teniendo allí más de un criado cada uno, fácilmente podria el Rey aprisionarlos, porque las guardas del bosque gobernaba el Duque de Epernon, y se metian en peligro del hierro y del veneno, siendo en las viandas servidos solamente de los oficiales del Rey, y executaria en lugar seguro lo que temia de hacer, donde la fuerza del pueblo se le opondria y podria prevalecer; y crecia la sospecha el saber cuán poco se fiaban del Rey ni de su oferta, y la inteligencia que traia el Duque de Joyosa, por medio del Príncipe de Bearne, que trataba de unirse con el Marechal de Memoransi en su contra. Con lo cual causaron que, habiendo los confederados dado alguna forma á las cosas con la comunicacion y ayuda del Rey Católico, que su intento santo favorecia como protector de la religion católica, avisaron á sus amigos el tiempo señalado para descubrirse armados; y advertidos por D. Felipe de cómo sabía por avisos de Constantinopla y de Venecia en Francia habia grandes aprestos para su destruicion y de la religion católica, y procuraba el Rey que el turco asaltase los Estados de España por el mar, como él haria por Flándes, para que divididas sus fuerzas y empleadas en su defensa, los de la familia de Lorena y sus adherentes no pudiesen tener la ayuda prometida ni tan efectiva ni tan pronta, y convenia prevenir los enemigos y el mal que se aparejaba contra Francia, principalmente porque el de Bearne estaba unido con la Reina de Inglaterra para extinguir la Iglesia romana en Francia. Envió gran suma de dinero para este efecto á los de Guisa, para asoldar gente, de más de la que se levaba en nombre del Rey Católico en favor de la liga, en que habia entrado debaxo del título de defensiva y por sola la causa de la religion católica. Con este dinero y lo que juntaron los de Guisa, inviaron á soldar extranjeros y tres mil alemanes del Conde Vestburg, y dos mil y seiscientos raitres ó herreruelos por el señor de Basompier y el de Ottoplot, y

seis mil zuiceros; y listados los franceses de su séquito venian á componer gran cuerpo de exército.

Animados con esta provision de gente y dinero, se aconsejaron sobre las dificultades que ántes se les propusieron en el fin y execucion de la guerra. Parecia que, preso el Rey, todo se haria á su voluntad y se aseguraria la religion; á otros, que su persona era sacrosanta, y con escándalo tendrian por ambiciosa la guerra y por malo su fin, y no sería fácil la prision por las fuerzas propias y forasteras que le defenderian; y cuando surtiese, no siendo hecha la de los dos privados, ó quedando muertos en la batalla, unidos con el de Bearne y los huguenotes y realistas que se salvasen y ayudados de los sectarios extranjeros, llevarian la guerra á lo largo, con que el pueblo no sería desagravado, mas arruinado.

Quedaron las resoluciones pendientes para gobernarse, segun los accidentes que sobreviniesen, en estando juntos los extranjeros, mas con determinacion de la mayor parte de que la persona del Rey no se tocase, y que cada cual se apoderase de las mejores plazas de su gobierno y de las de los otros pudiendo, y las asegurase con nuevas guarniciones, y despues se diese cuenta al Rey de la causa de estos movimientos, y se le suplicase proveyese á los desórdenes del reino y peligro de la religion, con los medios que le pareciesen más convenientes. Con esta deliberacion volvieron á sus gobiernos: el Duque de Mercurio fué á Bretaña, el de Guisa á Champaña, el de Mena á Borgoña, el de Aumala á Picardía, el de Nevers, que estaba aprestado para ir á Italia, á esta plaza, manteniendo un tratado de entrepresa contra Marsella, que habia de executarse al tiempo de su embarcacion en aquel puerto, en las galeras de Florencia que le habian de conducir.

CAPÍTULO XIII.

Comienza el sitio de Anvers.—Rendicion de Gante.

La ciudad de Anvers (como ya diximos) está á los confines de Brabante y de Flandes, y deste la divide el Escault por su poniente, en sitio llano, por las corrientes de las aguas, ameno y deleitoso por grandes praderías, con que la pueden empantanar rompiendo los diques, que detienen el agua del mar, como hicieron en su defensa ahora los enemigos. Con esto y su populosa vecindad y concurso de várias naciones, que la hacen rica y poderosa, y estar cercada del rio por una parte y de la fuerte muralla nueva, de más de ciento cincuenta piés de ancho, y profundo foso de doscientos, que le llena el mar, era tenida por inexpugnable.

Determinó el Príncipe de Parma asedialla, y no alzar el exército de su combate hasta rendir esta llave de la guerra y acogida sigura del enemigo, con la hambre, pues no se podia llegar á batirla con la artillería, pues habiéndose ella misma cercado de agua, no la podian entrar por tierra bastimentos y gente, sino de las islas por el rio arriba, en que tenian su confianza, porque cerrado aquel paso, quedaba sin esperanza de socorro. Donde hace la vuelta el rio, ménos de dos leguas apartado de la ciudad, determinó de hacer un puente para cerrar el rio. El maestre de campo D. Juan del Aguila dixo que se hiciese lo más á la mar que se pudiese, de suerte que quedase dentro el fuerte de Lillo, para que no fuese tan dificultosa la empresa, porque desde allí podian los de Anvers meter el socorro, y deste parecer fue Mondragon; pero habiéndose apoderado el de Parma del fuerte de Wilbroch, entre Ruplemonda y Malinas, todos los demas y los del país siguieron el otro, que no fue de poco daño.

El Príncipe ordenó al Conde de Manzfelt que fuese con alguna parte del exército á tomar la villa de Vilborde, sobre la ribera, entre Malinas y Bruselas, para quitarles la comunicacion de Anvers, aunque D. Juan del Aguila queria fuesen sobre Bergas Opzoon, pues no tenía el fuerte que despues se hizo en la cabeza, y era fácil estuviera libre de todo punto de los fuertes que tiene, y el Rey tendria ocupadas algunas plazas en la isla de Zeelanda por los esguazos pasados, que era lo que más al enemigo le dañaba por sentir la guerra en su casa. Llevó los tercios de Agustin Iñiguez y de D. Juan del Aguila y algunas compañías de caballos. Sabiendo el de Manzfelt venía socorro á Vilborde y enterado llegarian otros, envió á rompelle á D. Juan del Aguila, y hecha una emboscada degolló buen número, y los demas huyeron dexando los bagajes y bastimentos. Puesto el sitio, D. Juan del Aguila con presteza desembocó en el foso con las trincheas y plantó la artillería, y batida y sin socorro, se rindió, y Malinas quedó más apretada; y así fue de importancia el tomar aquel lugar en aquel tiempo, por ser fortaleza de sitio, y ser archivo donde se conservan las escrituras importantes tocantes al ducado de Brabante. En la parte diestra del Escault y de Brabante se levantó el fuerte de San Felipe, bien capaz, con buenos traveses, foso y contrafoso, escarpa y quince cañones gruesos y número suficiente de defensores, y en su opuesto en Flándes se formó el de Santa María, algo ménos dentro, mas con la misma figura del primero, con diez cañones, y soldados prácticos y valerosos, que eran las guardas principales del puente. Formóse de fuertes vigas, bien ahitadas y encadenadas y faxadas, y con tablones gruesos terraplenado, de cómodo tránsito para diez por hilera, cubiertos de pavesada á prueba de mosquete para su seguridad. Entre los fuertes y los principios de la estacada habia dos plazas capaces de cien hombres cada una para su defensa. Iba la fábrica á lo largo, y para que no la impidiesen los enemigos ó deshiciesen, se planta-

ron dos fuertes en la ribera, de la parte de Calloo, y dos de la de Oosterviel, adelante y atras del puente; y para darse la mano y estorbarlo los de Anvers con otros hubo más de cuarenta, y dellos dirémos algunos nombres, segun convenga á la claridad de los hechos en este asedio, juzgado por el de mayor maravilla en todas las edades, por su artificio en el disponer todas las cosas, por el valor y constancia de los vencedores, en várias acciones militares, en un año que duró desde el principio de Agosto deste de 1584.

Quedaron atemorizados con la pérdida de Vilborde los de Brusélas y Malinas, viéndose apretados y quitado el tránsito del rio Senna, donde está situado Vilborde, de dos leguas de largo solamente. Hizo el Farnese para apretar más á Gante un fuerte en Vetere, capaz de muchos soldados, y encomendó su guardia al castellano Olivera, lugarteniente de la caballería ligera, para que con buenas tropas molestase los ganteses, quitándoles totalmente la entrada de las vituallas. Fue tal su aprieto que, los que en el tratado de la paz, con temeridad y desvergüenza increible, pidieron la libertad de conciencia, prédicas y otros malvados exercicios, iglesias particulares y ser pagados los ministros de perdicion de los bienes de los católicos, y sustentados los seminarios heréticos, y no haber de tener guarnicion sino de soldados del país, y se les habian de restituir todos sus previlegios quitados por la rebelion que hicieron contra el emperador Cárlos V, y quedar á su eleccion los del magistrado, sin interponerse la autoridad del Rey, finalmente se reduxeron á enviar embaxadores á Beveren, donde aloxaba el Príncipe, á diez y siete de Setiembre, y á los veintidos concluyeron su capitulacion así:

Jurarian de obedecer al rey D. Felipe su señor natural, como Conde de Flándes, y serian de su Majestad restituidos en su gracia, y reedificarian el castillo y las iglesias arruinadas, principalmente restituyéndoles sus bienes, y los hospitales y lugares píos, sino los frutos consumidos por órdenes de los del Magistrado. Se concediese perdon general de sus delitos, sino á doce personas nombradas, para castigarlos como causadores de cuantos males se hicieron en aquella ciudad, y se restringió su número á seis, con seguridad de la vida, á saber Marco Antonio, Herman Escabino, Luca Mayarto, síndico, Levino Meynchen, el pastor Barbiano y Lamo. Saliesen luégo de prision todos los que tuvieron la parte del Rey, especialmente Federico, señor de Champiny, que fue mucha parte en esta reduccion. Los que no quisiesen vivir católicamente, dentro de dos años pudiesen llevar sus muebles, vender sus bienes raíces, y salir de Gante y gozar los frutos de lo que no hubiesen vendido por sus procuradores, como les pareciese. Que las sentencias dadas en los pleitos durante la rebelion fuesen válidas, como si ministros del Rey las pronunciáran, no impidiendo el curso jurídico de las apelaciones. Pagasen trescientos mil florines para gastos de la guerra, que

habian de pagar y contribuir todos ántes que persona saliese de la ciudad, y de los cien mil se les hizo suelta despues.

Dos dias despues de la conclusion de lo capitulado envió su Alteza personas de autoridad y buen juicio para restituir y ordenar el gobierno, quitadas las armas á los ganteses, que les puso más revoltosos, y sacados de los oficios públicos los que no eran finos católicos, y reducido todo á estado bueno y quieto, encomendó el presidio de valones y alemanes altos al Champiny.

Esta recuperacion, demas de ser importantísima por la consecuencia de las otras ciudades, fue utilísima por sí mesma, por ser Gante por su grandeza y potencia y número de habitadores y por otros respectos la principal ciudad de Flándes, demas de que estaba fortificada, de modo que demas de que por asedio no fuera ganada, sino con exército y aprestos grandes, lo fue sólo con quitarle la comunicacion con Anvers. Dos años se consumieron y doscientos mil florines en hacella casi inexpugnable, con terraplenar las cortinas y baluartes, y levantando otros y ensanchando los fosos contra su contra-escarpa y rebellines, estradas-cubiertas, fabricado de bien apastada tapiería. Tenía tantas municiones, armas, artillería, máquinas, que se valió de todo para las empresas que despues hizo.

El Príncipe atendia vigilantísimo á la construccion del puente desde Beveren, dos millas de la ciudad, y los de Holanda avituallaron á Anvers con veintidos navíos cargados, tan favorecidos del viento y marea, que sólo tomaron uno los del puente, al pasar por el medio del rio, y dos afondaron á siete de Octubre, que pasaron con poco menor ventura. Por esto apretaba mucho el Farnese el perficionar el puente y en traer de Gante unas cien barcas y seiscientos gastadores, y de Dendermunda tablazon y herramientas diversas. Para hacer el puente de las barcas entre los dos ramales ó brazos de la estacada, para cerrar del todo el paso á los holandeses, truxo de Gante y Dendermunda veintidos barcas, y hizo casa de municion en Calloo y en Mels, y aloxó de aquella banda del exército, gobernado en su ausencia del Marqués de Roubais, general de la caballería, en tanto que llegaba D. Antonio de Aragon, el Duque de Montalto, que murió en Nápoles, y el Rey dió este cargo al Marqués del Gasto. Despues acampóse de la otra parte en Brabante, cerca de Estabroch, desde donde va el contradique de Convesteine al dique Real de Erio, el Manzfelt con el remanente de la gente de guerra.

Los de Anvers nunca se persuadieron el ser asediados desta manera; y la plebe apretada, faltando el comercio y jornal de sus mecánicas labores y crecida su contribucion en los pagamentos públicos, no podia ya mantenerse. En los principales era mayor el temor de los males venideros y el peligro mayor en los más ricos, porque tenian más que perder; y habiendo oido que favorecian la causa del Rey secretamente sus aficionados, pasó la

voz de que ya no podia sostenerse, y juntos cincuenta destos hicieron una súplica y la enviaron á Theodoro Lisucit, señor de Hamer, consejero de Brabante por los Estados, y pedian que segun su estado pidiesen buenas condiciones de concierto con el Príncipe asediador. Mas los enemigos de la paz hicieron castigar los primeros autores de la súplica, y quitaban el camino al parlamentar sobre la paz con el Rey con gravísimas penas, y lo mismo Indelf por los del Consejo de Holanda y Zelandia que allí residian, y no quisieron oir al enviado de los Arzobispos de Colonia y de Treveris, á tratar de los partidos de su reduccion; y aunque sus mercaderes en España trataban de la reconciliacion con el Rey, no admitieron sus propuestas. Los de Anvers, temerosos, les inviaron embaxadores para tratar de la reduccion; mas engañados de sus promesas, los despacharon persuadidos á que pronto tendrian grandes socorros de Inglaterra y de Francia y por la union de los Países.

Por intervencion de Longolio, diputado de los Gheldreses y de otros, consintieron el meter presidio francés en Venlóo y en Bura, como tambien en Brabante, en Loomberghe y Sant Gertrude; los flamencos en Ostende y la Inclusa; los de Zeelandia en Frisinghen y Mildelburg, y los holandeses en la Esclusa; y porque desplacia á los ingleses ver tan poderosos á los franceses, no recibian gente sino dinero, habiendo tomado su Rey y la Reina de Inglaterra juntos la proteccion de los Países. Publicaban que los de Bruxas y Gante reducidos, eran malamente tratados de los españoles (nombre odioso á su nacion) y no les guardaban las capitulaciones, y castigaban miserablemente á los herejes, y sus predicantes eran cruelmente destrozados. Con estas mentiras mantenian el pueblo temeroso en la obstinacion de su defensa. Los eschiavines y burgomaestres, asistidos é instruidos por el Aldegonda, que tenía el primero lugar entre ellos en aquel año, y en pública audiencia, esforzando lo propuesto por sus compañeros, dixo:

«Si vuestra amada libertad, ya conservada por muchos siglos, fue muchas veces defendida de nuestros mayores, y en el presente tiempo es con tanto ardor de ánimo abrazada de vosotros, cuanto son obligados los nobles no enseñados á sufrir prisiones de naciones extranjeras; si el natural afecto cerca de la conservacion de vuestros bienes, personas, mujeres, hijos y de cuanto poseeis de la fortuna; si principalmente el deseo de sacudir el yugo de bárbara servitud con voluntad y obras, que liberalísima nos fue concedida de Dios por merced grande; si todas estas cosas juntas, y cada una de ellas, no me hiciesen cierto de vuestra constancia en los presentes peligros, generosos ciudadanos, me inducirian á creer que os ha espantado la apariencia de estas nuevas máquinas, con que amenazan nuestros enemigos nuestra inmudable resolucion, para reduciros al concierto que desean. Mas como la deliberacion hecha por necesidad y confirmada por sus

fraudulentas promesas y violada fe tantas veces de nuestros enemigos, tiene tan pocas raíces, que ya es deshecha con tan pequeño ímpetu del breve tiempo que há que padeceis, no me persuadiré yo jamas que, en la grandeza de vuestros ánimos, haya la ruindad de pensamientos de que sea ménos mal morir en dura servitud, que habiendo sacudido una vez el yugo de los españoles no conservar hasta el último aliento de la vida la noble condicion que os concedió la naturaleza, la costumbre de la patria, los méritos de vuestros mayores, la gracia de los pasados Príncipes y las incorruptas leyes de los Países. No fue ligereza de entendimiento, no rigor de fortuna, no constancia de intento, no alteracion de vulgo, no fortunoso accidente de parcialidad; fue maduro consejo el que os hizo tomar las armas por la libertad; fue miserable estado de la vida el que os hizo acudir por ayuda á la Inglaterra, Alemania, Francia; fue perseverancia de sujeccion el reconocer por legítimo gobernador al archiduque Matías, y por nuevo y particular señor al Duque de Alanzon; fue concurso de los prudentes destos Estados el unirse para echar de vuestra casa los tiranos, que anhelaban y anhelan por privaros de la facultad y de la vida; fue en suma general deliberacion de todos el querer morir ántes, con las armas en la mano, defendiendo esta patria con cuanto amado de vosotros se conserva en ella para nuestro bien, que verla hecha presa miserable de vuestros naturales enemigos. Si la condicion de la guerra es tal que, si fácilmente se comienza presto, no puede acabarse, ¿por qué habemos de caer de ánimo, por qué la duracion nos causa daño ó su naturaleza peligro? No fuimos tan imprudentes que, armándonos contra los opresores de nuestra libertad, no concibiésemos en el ánimo todas las miserias que trae consigo la guerra; mas se os mostró leve todo trabaxo, fácil toda dificultad, mirando más á la total ruina que viamos inminente. Por el perdon general publicado de madama la Regente y por sus largas promesas creiais habia ya cesado todo el mal, cuando el Toledo, enemigo perpétuo del nombre flamenco, con la inocente sangre de tantos señores, con el incendio de tantas provincias, con el acabamiento de tantas antiguas familias, con la ruina de tantas tierras nos ha incitado á implacable venganza. Se acudió á los que por seguridad de los propios Estados, por razon de amistad, por observancia de la antigua liga, por cercanía de países y por intereses de jurisdiccion debian verisímilmente socorreros, como sucedió, evitando vuestra caida, pero no les bastó. Esta consideracion induxo, como sabeis, á reducir al Archiduque con limitado poder y señorío sobre vosotros, mas dando luégo á entender que su inmadura juventud no será suficiente para sostener el gran peso de tan grande guerra, se acudió luégo á Francia, para que el Duque de Alanzon viniese á defender, como suyos, estos Estados. Mas venido él y allegándose al Consejo de los deseosos de tiranizar, arruinó á sí mismo y á vuestras casas. Hízose poco ántes la liga entre estas provincias, que aún

dura y durará, con los que mantiene la fe hasta la recuperacion entera de vuestra antigua libertad, ó que se acabe la vida gloriosamente en servicio de Dios y de la patria, como nos obligan las leyes de la naturaleza humana y las divinas por el solemne juramento tantas veces renovado. Si Gante y Bruxas y otras ciudades han mostrado flaqueza, es causa el ser forzadas de la necesidad, y ésta crecerá, no humillará vuestros ánimos y su generosidad, dándoles reputacion y gracia la poca firmeza de vuestros compañeros; y pluguiese á Dios que del mal estado en que ahora los miramos, naciese nueva enseñanza y exemplo de la egregia fe de los españoles. Bien podia bastarles el de tantos perdones generales sellados y ennoblecidos con la sangre de los más illustres señores del país y con la ruina de las propias ciudades. Mas ellos han querido creer mucho más que debian, y con nuevo riesgo dieron crédito á las promesas de aquéllos, de quien es tan propio el engaño y el artificio, como de vosotros, alemanes, la sinceridad y la verdad. Creed ya al Conde de Egmont, creed ya al Conde de Horne, ¡lagrimosa memoria! creed ya á muchos que se fiaron de las promesas ducales, por no decir reales, y pagaron luégo la pena de su creer demasiado. Y si tantos merecimientos de aquellos señores, cerca de la corona de España, guiados de la seguridad de la pública fe, no pudieron templar punto el tradicional ódio del Toledo contra ellos, ¿hallarémos nosotros por la promesa del Príncipe de Parma mejores efectos, y de los que tantas veces se tienen por ofendidos, herederos del ódio toledano, esperarémos mejores condiciones y más seguras? Arrepentidos los de Bruxas, no hay duda; arrepentidos los de Gante, arrepentidos los de otras tierras de su resolucion, tan fuera de tiempo, llevan su miserable estado, porque se hallan en los mismos trabajos y mayores de los en que nosotros nos hallamos. Mas nuestros cuidados, nuestras fatigas, nuestros peligros poco nos dañan, porque voluntariamente tienden á la recuperacion de entera salud; porque se convertirán presto en gloria, comodidad, reposo, seguridad perpétua; cuando ellos irán empeorando de estado á su pesar, cuando con la paciencia de los oprimidos crecerá la codicia de los opresores, y cuando en éstos crecerá la esperanza juntamente de quitarse el yugo con que tantos orgullosamente los amenazaron. Mas no quiere Dios dolerse de nuestra miseria, porque los príncipes que entónces florecian aquí, muy propicios á la universal salud, no dudaron el poner en manifiesto peligro todas sus fortunas y la vida; y ¿nosotros faltarémos á nosotros mismos? Aquellos ricos de honor, estimados poderosos, solicitados con nuevas dignidades, con mayores riquezas, con más excelentes títulos, aunque sólo miraron el juego de aparte, y en favor nuestro, lo despreciaron todo por no manchar en mínima parte la nobleza de sus ánimos y por conservarse hasta el último de la vida, en libertad, ¿y nosotros, verdaderamente ingratos cerca de la memoria y la descendencia de tan nobles señores, ántes enemigos de nosotros mismos y de

nuestro bien, dejando lo loable de aquel generoso desden, que todavía está sin vengar la sangre inocentísima de ellos derramada, con tanta gloria desta nacion, sufrirémos el sufrir con violencia ó engaño á quien todo lo allana con la muerte? Oblíganos no solamente nuestro particular beneficio, mas lo que se debe á la gratitud, á proseguir con ánimos, invitados y solicitados, la comenzada guerra, ya sellada y autentizada con ilustre sangre y con la honrada muerte de tanta nobleza; y las guerras son encaminadas á la paz, y donde no se espera segura, es de tanta mejor condicion la guerra, cuanto nos podemos más fácilmente guardar de la fuerza de los enemigos declarados que de los engaños de los amigos fraudulentos. Que no podemos prometernos segura paz de los españoles, otros muchos exemplos propuestos en otras partes lo prometen y lo muestran, y principalmente el saco, digno de llorar, desta ciudad, que quedó arruinada ¡oh buen Dios! con tanta crueldad, cuanto es harto notorio á cada uno de vosotros, sólo por intentar que, segun las capitulaciones del acuerdo, fuesen nuestros Países libres de la milicia forastera. Míseros de nosotros, que miéntras de palabra fue prometida la paz, hayamos sufrido los peores efectos de la guerra! Muertos, saqueados, quemados y atemorizados con otras más fieras crueldades, es bien miserable estado el nuestro, si en la paz, donde todos los vivientes hallaron reposo y bien, á nosotros se nos apareja y urde el mayor trabajo. Mas veo que á mi largo discurso me ha obligado el amor de la patria y de nuestras cosas, el celo del público bien y la aficion que tengo á cada uno de vosotros, haciéndome parecer temeroso de nuestra fe y de nuestra constancia, ya por tanto tiempo habituada á pasar peligros. Sea, pues, el fin deste discurso el confirmar principalmente vuestra jurada deliberacion de no perder vuestra natural y antigua libertad sino con la vida, y de querer defender hasta lo último los padres, hijos y hermanos, honra de vuestras mujeres, y toda la ciudad, de las impías, crueles y avaras manos de los enemigos, y con vuestro ejemplo y ayuda áun preservar en la fe las otras ciudades, y acordándoos que, con vuestra tibieza pierden las esperanzas de recuperar con la libertad la antigua dignidad y esplendor. No falta quien favorece y ayuda tan noble resolucion, y se tiene aviso cierto é indubitable de grandes aprestos de mar y tierra que para esto se hacen en Francia, Inglaterra y en otras partes. Nuestros amigos en Holanda y Zelandia ya tienen pronta y gruesa armada para abrirse la navegacion de la ribera, y mostrar cuánto sea vano el consejo de nuestros enemigos, que se persuaden el poder poner freno al furor del Occéano, jamas domado. Estad seguros que de muchas maneras cortarémos el camino á sus disinios, si bien parece está pervertido el curso de las estaciones y se les muestra en demasía favorable; mas de aquí sacarémos mayor alabanza, porque lo que se podia atribuir á la imposibilidad por la fortaleza del sitio, ahora será á la industria y al valor vuestro.»

No hicieron poco efecto las sediciosas palabras del Aldegonda, á que se mostrasen más firmes los ánimos vacilantes, y llevando á muchos de ellos la persuasion, los alegró, confortó, quitó el temor á los tristes, á los afligidos, á los tímidos, de manera que fue renovado el juramento de no tornar á tratar jamas de volver á la obediencia del Rey; no sólo en palabras ú obras, mas ni áun con señales ninguno mostrase deseo de paz ó concierto; y él mismo con sus ministros, factores y adherentes, con las palabras mostraba la industria con que se habia de obrar, miéntras procuraba por todas vías de perturbar lo que hacía el Príncipe, viendo que ya eran de tan buen efecto las barcas puestas entre las estacadas, que de Holanda, si no era en la noche, no se atrevian á inviar ningunos bajeles, con favor de las tinieblas y marea para forzar el paso, teniendo en contra tantos barcos armados: cosa, cierto, de mucha dificultad.

CAPÍTULO XIV.

Prosigue el sitio de Anvers.—Construccion de un canal en el territorio de Vas.—Perfecciónase el puente.—Socorros frustrados por los sitiadores.—El Príncipe de Parma informa al Rey del estado de los Países y de las necesidades de su ejército.

Estaban por ello los del Consejo de Anvers divididos en los pareceres cuanto al fin del asedio, porque algunos con gran confianza mostraban ser imposible que ó los vientos ó borrascas del invierno, segun su costumbre poderosas, no deshiciesen las fábricas y máquinas del Farnese. Otros dudaban desto, y quisieran mayor solicitud en vituallar la ciudad y estorbar con diversos medios las obras del enemigo, no dejándose agravar y apretar de tal manera que despues no pudiesen tener remedio; y propusieron fabricar una máquina, con que pensaban deshacer los fuertes, la estacada y cualquier impedimento de la navegacion del rio. Mas ella por su grandeza y firmeza, siendo obra larga, deseándola breve y diligente, tardó su perficcion muchos meses, y en tanto, llenos de vana esperanza, amenazaban públicamente, y tenian por tan cierto se habian de librar con tal medio, que le llamaban el fin de la guerra. Tenian dispuestos lo mejor que podian sus soldados en torno de la ciudad, en diversos puestos, para quitar las vituallas que iban al exército; y en Zoemberghe al capitan Bach con buena parte de caballería, y en Bulghevolt otra más cerca de la ciudad con infantería inglesa y escocesa; mas de la caballería de Lira eran maltratados, estando el Lanzavechia atento á las ocasiones, y ansí muchos ingleses pa-

saban á servir al de Parma, y él con cartas y mensajes no cesaba en persuadir á los de Anvers reconociesen á su Rey y su benignidad, y les ofrecia bonísimas condiciones de paz; mas cantaba á sordos.

Ellos fingian no estar fuera del deseo de reposo, y que tratarian de acuerdo si no temieran de ofender al Rey de Francia, que los recibió en su proteccion en aquella sazon. Replicaba el Farnese sabía ser ficcion y engaño manifiesto, porque tenía cartas fresquísimas, de mano del Rey Cristianísimo, en que le certificaba era el rumor falsísimo, y que daria siempre ayuda y favor á las cosas y armas del Rey de España su cuñado. Mas no pudo inducir á concierto ni reducir á los endurecidos y habituados á las discordias y trabajos de la guerra, de donde sacaban particular beneficio y grandeza.

Las barcas del puente no estaban tan espesas que no diesen lugar á pasar de noche algunas pequeñas del enemigo, con la marea encaminadas; y aunque batidas de cien cañones en ciento cincuenta pasos de ancho, ninguna fue echada á fondo, y por esto el Farnese traxo otras treinta y cinco de Gante y Denremunda. Y sabido por los asediados, para impedir su navegacion, fabricaron un fuerte cercano á Borch, y lo encargaron al Iclenio, que le dió su nombre; mas los del Rey levantaron su opuesto para defender el paso. Mas como la navegacion era larga y de alguna dificultad, y para la construccion del puente faltaban muchas cosas que se habian de traer de Gante y de otras tierras cercanas en bagajes, de que habia falta, y por la dificultad del terreno fangoso anegado del Farnese, hizo hasta Baveren con la zapa un canal navegable desde Estequen, en el país de Vas, que tenía de largo cinco leguas españolas, y fue llamado el Canal de Parma, y junto con otro canal que iba desde Estequen á Gante, aceleró la fábrica del puente, llevando fácilmente cuanto era necesario para ella, con tan buena execucion que se le atribuyó el buen fin de la empresa.

Por esto el Teliñí secretamente se encaminó á solicitar el socorro en Holanda, y fue preso y los que iban con él, á quince de Noviembre, de Rubais, que rondaba la ribera con catorce barcas gruesas armadas; otros dicen de Mos de Villi. Echó en el agua las cartas que llevaba y fueron pescadas, y advertian á los de Zelanda que viniesen con la armada en dia determinado á la punta de Combesteine para horadar el dique y abrirse la navegacion por lo anegado. Fue llevado al castillo de Gante, y de allí á Tornay, donde estuvo muchos años, hasta que se libró en cambio de algunos españoles; y los de Anvers perdieron un valeroso y experto capitan, y poco despues á Monsiur de Seraz, señor de Combesteyne, que se reduxo al servicio del Rey con mucho gusto del Farnese, que noblemente le remuneró. Aunque parecia imposible á los rebeldes cerrar aquella navegacion, conociendo su gran beneficio, hicieron que el señor de Combesteyne fabricase el fuerte, y estando casi en perficion, fue tanto el resenti-

miento de los que tenian sus haciendas de aquella parte, que el Seraz, indignado, determinó dejarlos.

En el fin de Noviembre se comenzaba á temer por los asediadores la furia del invierno y del mar, aunque se mostraba tan templado contra su naturaleza, que decian los de Anvers se habia hecho Dios español. El Príncipe, previniendo los acaecibles males, hizo con la zapa un canal á la parte de Calloo, debajo del fuerte de la estacada, desembocante en el Escault, donde en los prados estancados con el agua pudiese retirar las barcas sujetas á la fortuna del viento ó mar, y para asegurar la cortadura levantó un fortezuelo.

En Bruseles tanto padecian con hambre, que avisaron á los de Holanda que, si no eran proveidos brevemente, capitularian con los ministros del Rey. Hecho un gallardo esfuerzo, los de Anvers y Malinas, con cien carros de vituallas, sin impedimento, entraron en Bruseles.

Procuraron los de Holanda con su armada horadar el dique de Tornusa, mas el Rubais los deshizo á dos de Diciembre, echando al fondo dos naves y prendiendo tres. Crecia por esto en Anvers la falta de bastimentos, por ser grande su poblacion, y proveer otros lugares cercanos; porque la caballería del Rey, alojada en Hoostrate, gobernada por el Prior de Hungría, y parte en Tornay por Jorge Basta, comisario general, y parte tambien en Herentales, Lira, Diest, Breda y otras partes, corrian los caminos y campañas, de manera que sin gran peligro no parecia enemigo en ellas.

El Conde de Holac entónces probó con su daño el meter vituallas en Bruselas, porque encontrado del capitan Corradino fue deshecho con pérdida de doscientos caballos y muerte y prision de muchos soldados. Padecian en el invierno los asediadores de Anvers, aloxados en pantanos y casi en el agua, y enfermaban variamente y morian. El Príncipe los confortaba y hacía curar con mucha benignidad y animaba á pasar el rigor de la invernada, la penuria del dinero, el peligro de la guerra, la importunidad de la hambre, acordándoles su acostumbrado valor, en las empresas difíciles insuperable, proponiéndoles por cierta la victoria, de no ménos utilidad para ellos que gloria y beneficio de su Rey y de toda la cristiandad; asistia á todas las cosas; y los cuarteles, bien distantes unos de otros, visitaba cada dia, no sin gran trabajo, cuidado y diligencia. Fue gran ventura que los de Anvers en aquel tiempo no resolvieron en hacer surtidas gallardas contra el presidio del fuerte del dique de Lillo, porque sin duda lo deshicieran, porque áun no tenía cuatrocientos valones y españoles, que metidos en tantas dificultades, podian apénas guardar los pasos más importantes, como el dique de Lillo y el contradique, guarnecido con tres ó cuatro reductos, que despues se redujeron á fortezuelos.

Corria desde Straboch al dique, cerca de Lillo, un dique, una legua y

media casi en largo, y ancho doce piés, y ménos en algunas partes, por donde caminaban los del país á Anvers, cuando los pantanos los impedian el ir por lo llano; servia de reparo á la gente de Mondragon, y cortado se retiró al dique maestro, encima del fuerte, algunos pasos casi en el medio de Lillo y Hoordan, donde labrada una trinchea, metió cuerpo de guardia para molestar y estrechar los del fuerte y asegurar el dique, por donde se iba á Straboch, en cuyo contorno estaba alojada buena parte del exército á cargo del Mansfelt; y para estar más seguro, se puso otro cuerpo de guardia en la casa fuerte de Combesteyne, levantando plataforma, y en la junta del contradique fue hecho el fuerte con nombre de la Cruz, en el crucero de los caminos, y otros dos casi en el medio del contradique, el uno donde se plantó despues el de la Mota, llamado de Santiago; el otro de la Palata, porque la falta de tierra les forzó, para hacer plaza, echar palt debaxo, y faxina y tierra, con algun reparo.

Habiendo tantos fuertes, los rebeldes solas dos veces débilmente en tantos meses los reconocieron, y tarde se resolvieron á ganarlos. Estaban de la una parte y de la otra del contradique las aguas, y eso sólo impedia que del fuerte de Lillo á Anvers no se fuesen las barcas por lo anegado con la marea á traer cuanto era necesario; mas parte con la esperanza de que el puente no podia cerrar el paso del rio, y aunque en perficion los accidentes del invierno le arruinarian, y porque confiaban en la necesidad de romperle con el mostruoso baxel que se fabricaba, parte porque no tenian cabezas de importancia ni milicia mucha y disciplinada, que tuviese ánimo para guarnecer y defender la ciudad; mas principalmente porque la causa justa que se trataba era de Dios favorescida, y queriendo castigar sus rebeldes, les quitaba el buen consejo, no trataron sino de librarse con las máquinas del peligro en que estaban puestos.

Creian que los amigos de Holanda y Zelandia se mostrarian más diligentes y harian más efecto con sus armadas, y no fue poca la esperanza de las ayudas de Francia y de Inglaterra, que entretenian la plebe; mas nada correspondió á sus deseos ni á los disinios de los asediados, quexándose gravemente y quizá con poca razon, porque no eran los tiempos aptos á la navegacion y por estar siempre de la diligencia del Príncipe prevenidos, que sin perdonar el trabajo visitaba los cuarteles y puestos en cualquier peligro dos veces cada dia, y para todo era ayudado de la industria y valor de aquellos bravos capitanes y antiguos soldados. Los zelandeses hicieron grave esfuerzo despues para ayudar á sus compañeros, cuando el Príncipe tenía sus máquinas y sus defensores más dispuestos para combatillos, siendo tal la imprudencia humana, que desprecia los peligros que juzga á lo largo, y de los inminentes no cura de librarse con gallardo esfuerzo, sino cuando la tardanza puso en peor estado sus defensas y áun sus navíos. Partiendo desde el fuerte de Lillo con algunos soldados, pretendieron romper el con-

tradique casi en el medio; mas los españoles que le guardaban, aunque pocos en número y casi sin reparo, los retiraron con mucha braveza, y fue esta acometida sin enseñarles cómo se habian mejor de defender. Así, haciendo ellos de la necesidad virtud, porque no tenian tierra para levantar reparos suficientes á resistir los golpes del artillería, llenaron de faxina cestones para cubrirse de la arcabucería y mosquetería, aunque despues mejoraron estos reparos.

El duque de Parma Octavio, queriendo inviar embaxador al Rey de España con el Conde de Pompono Torello, caballero principal de su Córte, prudente y elocuente, y porque el negocio pedia instruccion del Príncipe su hijo, le visitó en Beveren, y su Alteza le informó del estado de las cosas de Flándes, y cómo con la recuperacion de Anvers se abria la puerta á la de los Países rebeldes, y fuera acabado en el verano pasado, si le proveyeran de España, segun habia pedido, y le fue prometido. Hecha relacion al Rey, procuró persuadille que, si no tenía victoria proveyéndole bastantemente de dinero y gente para alcanzalla contra Anvers, corria peligro de rebelarse lo reducido, y los tercios de Italia arribarian tarde, y debia asoldar con presteza valones y tudescos; y llenando los tercios mermados, mezclando los bisoños con los veteranos, supliria su impericia militar. Pedia la execucion con brevedad, por la solicitud de los rebeldes en sacar socorros de Francia y de Inglaterra, y desta le esperaban cierto por la seguridad de la Reina, que no tendria, siendo sectaria, poseyendo pacíficos D. Felipe sus Países Bajos, tan cercanos á ella y tan comerciales; irian los sucesos del Rey con prosperidad, miéntras sus rebeldes se hallaban sin dineros, milicia, ni cabeza de valor para gobernarlos, fatigados por la pérdida de tantas tierras, estimados en poco del pueblo, aflixidos por la muerte de los que les aconsejaban y regian, y tenian poca autoridad con los Príncipes de Alemania y Francia, y no podian con presteza ni sabian remediarse, aunque obstinadamente se mantenian rebeldes por la licencia del malvivir y desenfrenada libertad cebados: causa porque difícilmente se podrian donar ni sujetar sin gallarda y extraordinaria fuerza.

Mostró el Rey satisfaccion de esta embajada, aprobó sus razones, loó el sentimiento del sobrino, sino el arriesgar su persona en los mayores peligros, que no le daba poco cuidado, porque della pendia la salud de sus exércitos y el traer á la obediencia los Países, aunque más con su exemplo quisiese guiarlos y con su presencia y compañía mantenerlos faltos de pagamentos.

LIBRO II.

CONTIENE

LA PROSECUCION DE LA GUERRA CIVIL EN FRANCIA,

EL SITIO DE ANVERS,

LA EXCURSION DE DRAKE Á LAS COSTAS DE GALICIA Y DE INDIAS,

LAS ALTERACIONES PRODUCIDAS EN PORTUGAL

POR LOS PARTIDARIOS DEL PRETENDIENTE DON ANTONIO,

EL VIAJE DEL REY Á MONZON, Y OTRAS NOVEDADES DE LA PENÍNSULA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Recelos y aprestos de los católicos y huguenotes en Francia.—Apodéranse unos y otros de várias plazas importantes.—El Rey de Francia publica un edicto contra los confederados.—Manifiesto de éstos y respuesta del Rey.—Tumulto de Marsella.

(1585.)

En el principio deste año de mil y quinientos y ochenta y cinco pidieron al Rey de Francia embaxadores de los rebeldes de los Países Baxos con instancia los recibiese luégo en su proteccion, y la Reina de Inglaterra le ofrecia dineros por el Conde de Darri, inviado á esta negociacion con ocasion de traerle el Orden de la Jarretiera. Fue tan bien recibido y festejado el inglés, que muchos católicos azorados recelaron algun trato contra su religion; y los huguenotes, que sentian hacerse tantos aprestos de guerra por los coligados y estar el Rey ocupado en festines y en banquetes, no podian persuadirse, aunque eran de muchos asegurados, sino que lo sabía y consentia Enrique para la extirpacion de su secta, y más por el aviso que de Alemania tenian, de que se asoldaba en ella mucha gente, cuyo número y especies y hasta los nombres de los coloneses, que los habian de conducir á Francia, les propuso el Duque de Bullon. El Rey no temia nunca, persuadido á que los de Guisa no podian mover tanta máquina, como publicaba la fama, y no hacía provisiones y despreciaba las advertencias. Mas los huguenotes comenzaron á armarse con más solicitud y salieron de las ciudades católicas, y el hijo de Mandelot, señor de Laval, por ser aquella tierra de la dote de su mujer, salió para ella improvisamente de París con muchos herejes, publicando que se entendia el Rey con los de Guisa para darles otra embartolomea.

No fue vano su gran temor, porque habiendo los de París entendido se predicaba en su casa la secta de Calvino con gran concurso de los huguenotes, querian en la prédica matarlos y al ministro, y se executára si no fuera avisado deste movimiento. Temió Enrique más dél que de los Liguistas, y envió al señor de Bellagarda á asegurar al Príncipe de Bearne de que no intervenia con ellos y haria cuanto esfuerzo pudiese para que se guardase el edicto de la paz. Lo mismo dixo al señor de Clermont que por los huguenotes asistia en la Córte y mandó lo escribiese á sus cabezas. Esta diligencia no los aseguró, y puso en nuevo recelo á los confederados, y cuanto más aceleraban por esto la junta de sus levas, tanto más era el Rey avisado dello, y de cuánto le convenia asegurarse especialmente del señor de Mandelot, que pendia de la mudanza de las cosas, aunque se habia ofrecido á los Guisas por tenerlos por más poderosos, y cuando supo la partida á Italia del Duque de Nevers, dió aviso al Rey de lo verisímil, y habiéndole detenido muchos dias, se partió de París con buena suma de dineros contribuida por los ciudadanos para entregarlos á los de Guisa, y comenzó entónces á creer lo que los más rudos hubieran ántes conocido, y les diera no poco cuidado.

Sólo para el reparo del inminente peligro, habia mandado por bando publicasen sus ligas los que las hacian, sopena de crímen de lesa Majestad. Ahora escribió á los lugartenientes de las provincias, y particularmente de Champaña y Borgoña, mantuviesen con recelo y cuidado sus plazas, y no dejasen hacer levas de gente ni salir la de sus guarniciones sin órden de su Majestad.

El Cardenal de Guisa en París, bien advertido de las deliberaciones de los confederados, asistia con maravillosa vigilancia en todas ocasiones á deshacer los disinios de los enemigos, á mantener los amigos, á solicitar y hacer provisiones de armas, porque habian de salir en campaña por los quince de Abril, y el Cardenal de Borbon de París pocos dias ántes. Mas temiendo éste las asechanzas y mala satisfaccion del Rey, con su licencia fué á pasar la Cuaresma en Chalon, y el de Guisa poco despues con su hijo, quitando al Rey todas sus prendas.

Éste, porque supo que el señor de Larroqueta, de su familia, de París sacó una gran barca llena de muchas armas para los Guisas, y temia lo que tan inadvertidamente poco ántes despreció, demas de las declaraciones y amenazas contra los que tomasen las armas, disimulando el saber de dónde procedian los movimientos, mandó al señor de Tintevillc y de Vielleville que asegurasen á Chalon en Champaña y á Rens, sus mejores plazas. Para éntretener en tanto léxos de ellas al de Guisa, le invió á Luis de Rambuyllet, señor de Rientenon, con mensajería para que descubriese sus disinios y los de la provincia, y á los Duques de Mena y de Mercurio, otros señores y demas cabezas, porque con esta ocasion se informasen de sus mo-

vimientos y capitanes (1)..... á juntar católicos y herejes á soldados zuiceros, y llamó el mayor número de nobles que pudo, y mandó al Cardenal de Borbon que volviese á París. Tinteville fué á Chalon, y entendido cómo el Montenon estaba con el Duque de Guisa, encubriendo el motivo de su venida, escribió al de Guisa para deslumbrarle cosas muy apartadas dél, para quitar toda sospecha al Duque. Avisado de todo, conociendo cuánto le importaba el conservar á Chalon, no sólo por su fortaleza y estar en el corazon de la provincia, sino sobre el Marna, y ser el mejor granero de París, encontró al de Montenon; oyóle en Vitri, entretúvole mostrando queria ir á Rens á ver al Cardenal, su hermano, mas caminó á Chalon con prisa, quedando desmayado el Embaxador, que le procuraba entretener aquel dia, en que el Tinteville se habia de apoderar de la plaza; y si arribara el Duque una hora despues, quedára frustrado. Habiéndosele presentado, no le reprendió su temeridad, mostrando la causa de su venida, mas dulcemente le pidió parecer, para más descubrille su pensamiento sobre lo que debia responder á la embaxada de Montenon, sobre los movimientos que al Rey daban cuidado, fingiendo no le quiso esperar sino venir á verle en Chalon. Tinteville, tomando ocasion destas palabras, le dixo que para sacar al Rey de toda sospecha, poniéndose á la disposicion de su voluntad y quitarle toda desconfianza, se retirase á Mercier, cerca de Aix. El Duque le dixo era mal consejo en aquel tiempo, y le tenía por bueno que se retirase él á su casa, y no se entrometiese en la expidicion de aquel gobierno, particularmente cuando él estaba en la provincia; y aunque era lugarteniente de Champaña, dependiente del Rey, no le osó replicar, y se retiró luégo habiéndole dejado ir, contra el parecer de muchos que le aconsejaban le retuviera hasta tener bien asegurado á Troya; y le parecia mejor cuando habia entrado en aquella ciudad, llena de tumulto, y hecho poner el pueblo en arma, como Montenon en los que topó hasta llegar á París, y en el mismo divulgó estaban las provincias llenas de armas, y el peligro cercano, aunque verdaderamente no vió apresto importante, estando las cosas aún en agraz.

Este caso forzó á los de Guisa á dar nuevas órdenes á los confederados, de que si á los veintiseis de Marzo no estaban aprestados, lo estuviesen del todo para los cinco de Abril para salir á la plaza de armas. Por alterar las primeras deliberaciones estuvo para arruinarse la liga; porque habiéndoseles abierto ántes de tiempo el trato, fueron los coligados forzados á precipitar las execuciones, y porque en algunos lugares, donde las pláticas no estaban del todo efectivas por temor de que no fuesen descubiertas, fueron prevenidas de los ministros del Rey. Por esto los del bando de los

(1) Hueco.

Guisas comenzaron á tratar con engaño, y en un instante se mudaron las cosas de manera, que parecia se precipitaban más las cabezas sin descaecer un punto; de tal modo las mantuvieron en el principio del peligro que en poco tiempo las sacaron dél.

El Cardenal de Borbon, avisado del Duque de Aumala era tiempo de salir de Chalon, si no queria ser retenido, partió luégo á buscarlo y le llevó á Perona y de allí á Guisa, y asegurado atendió á señorear las plazas de su gobierno, y en pocos dias estuvieron por él las principales tierras fuertes de Picardía y otras de menor importancia.

Estaban en la Córte el señor de la Chatria y de Autrages, muy confusos por haberse descubierto tan inadvertidamente las cosas, aunque el Rey los trató con estimacion y cortesía, y ellos, navegando segun el viento, procedieron de suerte que paresció al Rey los habia ganado; mas ellos se persuadian mal que el Príncipe, ofendido, perdonase; diestramente se retiraron á sus gobiernos para declararse en buena oportunidad en favor de la Liga. Quisiera el Rey haber remediado su negligencia con hacer gente en el reino y fuera, y tener á raya á los conjurados, y escribió á los huguenotes principales que viniesen á asistirle, prometiéndoles de cargar con todas las fuerzas sobre la casa de Guisa hasta destruirla, y para entretenerla envió por embaxador de autoridad sobre tratar del modo de aquietar los tumultos, que se sintian, al Marechal de Retz, al Cárdenal de Borbon y el señor de Lemuncurt y otros al de Guisa, y el Arzobispo de Leon y el señor de la capilla de los Orsinos al Cardenal de Guisa, el señor de Luis al Duque de Mena, y al de Mercurio al señor de Chiatebarsi de Rochefort. Diéronles cartas del Rey y amorosas, y mostráronle su ardiente deseo de quietar el reino con su consejo y acudir á sus pretensiones. Sabía cuanto se habia entre los coligados tratado y deliberado del señor de la Roqueta, que fue preso con la barca de armas que sacaba de París, y sabíalo bien, porque fue admitido del Cardenal de Guisa á los mayores secretos, como tan fiel y capaz para cualquiera negocio, y fueron descubiertos los de cada uno de la union; y casi desanimados la mayor parte de ellos, estuvo en riesgo de morir la Liga ántes que naciese, si el Duque de Guisa no los confortára con una empresa tan temerariamente tentada, que aunque sucediese bien en la mayor necesidad, fue más feliz por el caso que por el consejo, siendo el peligro tan conocido.

Macieres es plaza fortísima, de frontera, y muy á propósito para recibir socorros y quitarlos á los enemigos. Era del gobierno del Duque de Nevers y con guarnicion del Rey; y para ocuparla, acompañado de doce de á caballo, llegó al tiempo que se hacía el mercado grande fuera de los muros, y pasó á campo travieso sin ser conocido. Estando cercano á la puerta, las guardas le detuvieron, y habiendo ganado el puente levadizo, llamó al capitan de guarda, y se le descubrió osadamente, y procediendo

con términos de mucha autoridad, le dixo que caminase adelante y le llevase al Palacio Real. El capitan, cogido de improviso de persona de tanta autoridad, calidad y nombre, no se atrevió á contradecir. Luégo hizo llamar al magistrado y les dixo vino á Macieres para librarla de las manos de los herejes, á quien el Rey queria entregarla para darles fuerza para establecer su herejía y deservir la religion católica; y habiendo eficazmente hablado, conmovió á unos con palabras y á otros con la osadía sin ser necesario hacer mayor experiencia de su virtud, porque el magistrado que no podia ó no queria resolverse por sí mesmo en caso tan importante, llamó al Consejo de todas las órdenes luégo y mandó que las puertas de la ciudad estuviesen cerradas, miéntras estaban congregadas, de que no se espantó punto el Duque, ántes habló al pueblo en que tenía amigos y obró tanto en la mayor parte que hizo instancia para que le metiesen en el Consejo, donde dixo así:

«Señores, bien podeis conocer si estoy seguro de vuestra amistad, al haber venido yo á ponerme dentro de vuestros muros, tan poco acompañado, y si la causa de mi venida sea importante, y creo que basta deciros que ella guarda vuestra vida, honra y alma de todos. Tiene el Rey finalmente determinado de complacer á los herejes de Sedan, dándoles ésta vuestra patria, cosa largamente, como sabeis, dellos deseada y jamas dejada de pedir y de esperar, aunque se les haya negado. Aquí quieren ellos establecer su silla principal; desta ciudad piensan servirse para destruir á los católicos y nuestra católica religion; en ella quieren introducir una colonia de los peores y más crueles herejes, que jamas salieron de las escuelas de Ginebra ó de Calvino; y si sois perezosos ántes que proveidos, seréis prevenidos y sujetados sin remedio, y si despreciais mi aviso, veréis de aquí á pocos dias (¡qué digo pocos dias!) en brevísimo tiempo, vuestros templos profanados de la herejía y vuestros bienes usurpados de los más pérfidos huguenotes, de los mayores y más aborrecidos enemigos que teneis, los cuales y vuestras mujeres y vuestros hijos no dejarán sin injuria y sin ofensa, y al fin seréis echados de vuestras casas y forzados, por no ver tantas ignominias, á dejar vuestra patria ó á convertir vuestra libertad en durísisima servitud, y vuestra religion en impiedad, porque la naturaleza de los herejes, y más de estos vecinos, no sufre que, donde ellos son los más poderosos, otros tengan alguna parte en el gobierno y ninguna en el bien vivir: no quieren á los católicos por compañeros, ni áun por siervos, que aunque los hiciesen esclavos, miéntras no les quitaban el alma, no se quietarian. Podeis asegurar que la devocion que tengo á la religion católica me ha movido y traido aquí y el amor que os tengo, acompañado de mucha piedad, siendo súbditos del Duque de Nevers mi agnado, y ahora en mayor parentela juntos por medio de nuestros hijos, que por estar tan apartado no puede ayudaros. La resolucion es necesaria, y si os quereis ase-

gurar, lo podeis hacer sin peligro, miéntras os estoy presente, sin temor de violencia, amigo y desarmado.»

Queria decir más y fue del pueblo interrumpido, y corrió á jurar de estar á su obediencia y de seguir su fortuna. El Magistrado siguió al pueblo, sin que alguno osase decir una palabra en contrario. Echaron las compañías del Rey; recibieron dos que sacó de los presidios cercanos el Conde de Grampe, y quedó por Gobernador, y privaron al señor de Vielleville del gobierno.

Despachado el Duque tan venturosamente en tan importante emptesa, tomando á Chalon, encontró en el camino los que el Rey invió, y en su ausencia esperaban reducir la ciudad á la devocion del Rey; mas el señor de Orfort, por no ver el pueblo bien seguro, les negó la entrada y se alojaron en un villaje cercano, donde arribó el Duque. Y oida su embaxada, respondió la causa de los movimientos presentes sería brevemente publicada por escriptura; el remedio para la quietud y bien general era no permitir otra religion sino la católica en el reino; por las causas particulares convenia oir á cada uno de los confederados, que lo que á él tocaba sabía ser forzado para asegurar su persona, que tantas veces habia sido y de tantas maneras de asechanzas ofendida, y procurada la muerte; por esto se retiró en aquella fortaleza que Montenon y Tinteville habian querido ocupar.

Detuviéronse algunos dias los mandaderos del Rey para atender á lo que hacian el Duque y los coligados, fingiendo esperar á los que fueron al Cardenal de Borbon. Avisaron al Rey que no era tiempo de ocuparse en embaxadas, porque las expediciones contínuas y el asistente negociar y comunicar entre gran número de personas sin cesar, requeria otra cosa que dar y tomar palabras. Por esto invió nuevos comisarios á juntar gente por el reino, no dejando la negociacion de amigarse y sacar la mayor nobleza de la Liga; y tanto se inclinó á esto que se induxo á escribir hasta á los caballeros particulares para ganarlos; mas su mayor esfuerzo puso en hacer tomar las armas á los Príncipes de Bearne y Condé para su mayor seguridad, por seguirlos el Vizconde de Turena, el señor de Ghitu y el de la Bardan y otros huguenotes solicitados dél, porque sabía serian voluntariamente contrarios de Guisa.

En tanto le avisaron algunos de Orliens se habia el señor de Autrages, su gobernador, declarado por la Liga; y los vecinos sin tener el castillo, no le podian quitar el gobierno ni mantener la ciudad en su devocion. Quedó admirado, porque creyó que fuera el Autrages siempre de su parte, y con él Orliens; y viéndose frustrado con peligro sintió pena notable por la importancia de la ciudad, y porque temia que otras le imitasen ó estuviesen para hacer lo mismo. Despachó á los de Orliens con que brevemente inviaria á su recuperacion y seguridad exército. Invió luégo al Duque de Monpensier y al Marechal de Aumont con suficiente número de infante-

ría y con cuatro cañones para batir la ciudadela. Mas la empresa salió muy peligrosa al Autrages, porque todos los ciudadanos no eran de su opinion y acuerdo; mas lo que no pudo la fuerza suplió el arte, porque cercado de amigos, hizo cargar su ropa y pasó en medio del pueblo más confuso, y les dixo le pesaba de que la necesidad le forzaba á desamparar la ciudad por no hallarse presente á sus miserias que los amenazaban, porque los que regian al reino habian determinado de ponerla en poder de gascones, sujeta al Príncipe de Bearne, que mucho deseaba la venganza de la embartolomea; él por no ver ciudad tan noble, y que tanto amaba, en tan gran calamidad, determinó partirse y ayudar las armas que debian defender la religion católica, donde pudiese exercitar las suyas con mejor fortuna, pues era desengañado de lo que esperó dellos cerca de poner su vida por la religion verdadera, por su patrimonio y por su honra, por cuyo amparo determinó estar unido con ellos y de arriesgar cuanto era y su sangre y la vida. Mas por no hallar en ellos la prontitud que se habia prometido, y debiendo anteponer á todo el servicio de Dios, no queria asistir en el gobierno que presto se continuaria con la nueva religion.

Dicho esto mandó á su gente que caminase adelante, mas los amigos y sus adherentes, conforme habian concertado, gritaron que se quedase, y los católicos que eran los más poderosos barricaron las calles y retuvieron los carros, y unidos con Autrages juraron de vivir y morir con él, y de no consentir que otro los gobernase, y mostrando complacerles, forzado de sus ruegos, exercitó su cargo. Poco despues parecieron el Duque de Monpensier y el Marechal de Aumont y el señor de Clermont, hermano de Autrages, delante de las puertas, y viéndolas cerradas instaron en hablar á los ciudadanos; mas les respondieron se alargasen, y á un capitan que se quedó en la contra-escarpa tiraron balas; y pasaron al burgo de la puerta de Vanmier, donde estaba la infantería aloxada; y en la comarca del Duque, habiendo muerto algunos, se retiraron confusamente.

Llegó tras esta otra nueva al Rey, de que el señor de la Ubatra, gobernador de Berri, y el Conde de Brisac, de Angiers, se declararon por la Liga, y todas las ciudades y villas de sus gobiernos, y el Duque de Mercurio se apoderó de las mejores plazas de Bretaña. El de Mena en su gobierno de Borgoña, porque el Graveson, lugarteniente por el Rey, aseguró á Chalon, lugar fortísimo en ribera del Soma, y los dos hermanos Conde y Vizconde de Tavanes, hombres de mucho séquito en la provincia, le quitaron entre otros lugares á Auscon, Scure, Deona y se hubieron de modo que fuera de Talan y el castillo de Dixion, no le quedó otra plaza importante. Mas el Duque, sin caer de ánimo, ocupó á Mascon y casi todo el Delfinado, sino á Grenoble y Viena; y si el señor de Mandelot se hubiera declarado como prometió, con su exemplo y su ayuda hiciera el Duque mayores progresos; mas entretuvo en una misma esperanza á los coli-

BIBLIOTECA NACIONAL

gados y al Rey, causando esta suspension, teniendo ántes más inclinacion á la Liga que á él, que para asegurar á Leon y tener á Mandelot de su parte, la Reina madre se abocó con él.

Sentia gravemente el Rey el decirse que muchos entraban en la Liga, y entrarian más creyendo que él fuese cabeza della para destruir la secta y parcialidad huguenota. Por esto se resolvió de hacer publicar un edicto en fin de Marzo, que declaraba tomaron las armas, no sólo sin su consentimiento, mas contra su voluntad personas sediciosas, enemigas de la pública quietud, para mantenerse con la calamidad y ruina de los pueblos; y así ninguno con este engaño los siguiese su rebelion, pues las expediciones dellos no pudieron ser por sus ministros y patentes Reales, y mandaba que juntos al són de la campana los matasen, y ponia gravísimas penas á quien para esta execucion no siguiese los mandamientos y oficiales Reales.

Poco alteró este bando general y riguroso los confederados, ni les quitó el séquito ni el atender á conducir la gente que asoldaron fuera del reino, y á impedir la entrada en él de la que por cuenta dél venía en su contra, y á publicar las causas del tomar las armas, manifestando lo que sirvió de viento impetuoso no sólo para encender más este esfuerzo, mas á alcanzar sus llamas por todas las provincias del reino.

MANIFIESTO DE LOS CONFEDERADOS.

Notificaron haber tomado las armas para alcanzar la paz por otra vía que la tuvo el Rey catorce años, habiéndose claramente visto que los remedios que aplicó hicieron efecto contrario á su deseo, y poco á poco se reduxeron las cosas á peor estado contra la estabilidad de la religion católica, antigua y verdadera, que era el más seguro fundamento de aquel reino, con muchas y várias sediciones que ayudaron solamente á sus movedores, quedando los buenos expuestos á sus robos, extorsiones y escándalos de su conciencia. Pudiéndose dudar que este Rey tuviese hijos, como acaeció á sus hermanos, era necesario proveer que en un herético no cayese la corona, tan enemigo de la Iglesia romana, y evitar las calamidades y peligros bien conocidos y temidos de muchos, aunque el remedio era de pocos y su aplicacion de ninguno, con mostrar el tiempo en que podia volver, viendo claramente que la tardanza haria el mal irremediable, porque siendo despues de la muerte del Duque de Alanzon muy al descubierto favorescidos y mantenidos los perseguidores de la Iglesia Romana, el efecto de sus malas intenciones era al presente muy cercano, pudiéndose juzgar de los tratos que tenian fuera del reino y los reparamientos que en él hacian, y del no haber querido ellos poner en manos del Rey, conforme á las capitulaciones de la paz, las plazas fuertes que tenian usurpadas. El tratar con los príncipes protestantes mostraba ser su principal intencion, de los que tenian la

gracia y lado del Rey y ocupaban los mayores cargos, el mudar la religion, para no tener contraste en la usurpacion de las rentas eclesiásticas, como acaesció en Inglaterra, y el tener alongados del Rey todos los príncipes y áun los más cercanos de la sangre, no dejando entrada á ninguno que no dependiese de ellos, era encaminado para allanar el camino á la deseada y procurada mudanza. No debian los pueblos tardar en tomar las armas, porque esta ocasion no estaba comprendida en el juramento, dependiendo del que hacen los reyes en su coronacion de conservar la religion católica, juramento de que no podia haber seguridad que le guardaba un herético. Los que tenian el gobierno de las armas en mar y tierra, con medios injustos inquietaban de manera que nadie vivia seguro de ser despojado de sus cargos, aunque los exercitaban sólo con nombre imaginativo y vano, aunque dados en premio de su fidelidad y virtud; y poseian los tesoros del Rey, usando en la paz de las imposiciones, que la necesidad de la guerra introduxo, y tenian los ministros obedientes, seguro medio para poner la corona á quien mejor les pareciese; que aunque hubo alguna pequeña esperanza de que las cosas tomarian mejor forma en las Córtes de Bles, la execucion de lo que allí se acordó, fue impedida de los malafectos cerca de Dios y del público beneficio que no quisieron aprobarlo; y no contentos con sacar al Rey, por naturalmente inclinado á la piedad, desta santa deliberacion hecha por él á instancia de los Estados, de reunir todos sus vasallos á la Iglesia Católica, que se podia hacer entónces sin peligro y con poca contradiccion, le persuadieron el debilitar los príncipes y nobles católicos, que debajo de sus banderas arriesgaron sus vidas, combatiendo por defensa de la religion católica, como si la reputacion adquirida con su virtud, en vez de honrarlos los hiciese sospechosos. De donde se sigue que los abusos, que poco á poco se crecieron, se aumentaron de golpe grandemente con tanta afliccion del reino, que se hallaba en riesgo de caer del todo, porque los eclesiásticos, sin atender á la debida reverencia á sus órdenes sacros, eran forzados á dar décimas y para ayudas extraordinarias cargados; la nobleza avillanada y reducida á servidumbre, y áun ella contra sus antiguos privilegios con daños y gabelas arruinada, los oficiales reales, las ciudades y villas y el pueblo menudo tan oprimidos por las nuevas imposiciones que no era posible sufrirse ni llevar más á lo largo su remedio de tantas y tan justas causas. Movido el Cardenal de Borbon, primer príncipe de la sangre real, y á quien como persona eclesiástica constituida en eminente dignidad tocaba la proteccion de la religion católica en este reino y la conservacion de los buenos y leales servidores del Rey, y juntamente del Estado, con la asistencia de los demas Príncipes, Cardenales, Pares, Prelados, Oficiales de la Corona, Gobernadores de provincias y de muchos señores y caballeros, ciudades y comunidades, y de un número grande de buenos y leales súbditos que comprenden la mayor y mejor parte

del reino, despues de haber con prudencia considerado la importancia de esta empresa con el consejo de tantos bien afectos del público beneficio y á la paz, y que con la sabiduría tenian junto el temor de Dios, declaraba que todos unidos juraron y santamente prometieron de mantener la mano fuerte y armada, hasta que la santa Iglesia de Dios sea enteramente en su dignidad y en la verdadera católica religion reintegrada, y la nobleza goce, como debe, de su franqueza enteramente, y el pueblo sea aliviado de las cargas impuestas despues de la muerte de Cárlos IX, y los Parlamentos alcancen su plena y usada autoridad en su acostumbrada soberanía y puedan libremente hacer justicia, y todos los súbditos sean conservados en sus cargos y oficio que tenian, sin poder ser privados sino por tres casos, conforme á los antiguos establecimientos y con los términos de la justicia, y que los dineros que daban los pueblos se gasten para lo que fueren destinados y concedidos, y para que en lo porvenir los Estados generales, tenidos siempre para la salud y bien del reino, se juntasen cada tres años á lo más largo, donde fuese lícito á cada uno representar sus agravios, porque segun la usanza antigua sanctamente introducida, se proveyese de seguro remedio. A esto añadian, para justificacion de sus armas, fueran constreñidos á mirar por la restauracion de la Francia, seguridad de los buenos y castigo de los malos y á procurar su seguridad propia, pues habian tantas veces intentado el echarlos del mundo, como muchos podian saber, siendo tan poco ántes acaecidas las conspiraciones executadas. Protestaban que sus armas no ofenderian al soberano Señor, mas con la misma fidelidad con que sirvieron siempre, las pondrian con sus bienes y vida en defensa de su persona y de su estado, y dejarian las armas siempre que cesase el peligro en el servicio de Dios y de tantos hombres de bien confederados; los cuales le suplicaban proveyese con presteza, de manera que el mundo conociese por su buena intencion y obras merecia el nombre de Cristianísimo, y con la piedad y justicia el de buen padre y amoroso príncipe con los súbditos, de quien se via obedecido y amado con entera y verdadera benevolencia, cosas en sumo grado deseadas. Quiso el Cardenal de Borbon que se publicase no era fuera de razon que el Rey proveyese durante su vida, que despues de su muerte no se dividiese el pueblo en bandos por la diferencia de la sucesion, como podia acaecer, aunque las leyes eran claras en esta parte; mas él no fue tocado de semejante vanidad, como era calumniado, sino movido del celo de la religion, que tanta parte es para hacer un reino seguro y eterno. Suplicaron á la Reina madre hiciese conocer al Rey, su hijo, con la prudencia con que le habia siempre aconsejado y dirigido, su inminente peligro y el de Francia, que aunque sus enemigos le habian quitado parte de aquel crédito, que con razon debia tener con el hijo, debia con cuantas vivas razones podia poner delante al Rey, esperaban que le moveria para hacer las provisiones necesarias por el bien de todos. Roga-

ban por último á los Príncipes, personas eclesiásticas, nobleza y todo el pueblo, que no estaban en la confederacion, juzgasen bien de sus intenciones, porque por ellas conocerian que en la alteracion está el reposo de la patria, y se unirian con ellos; y si no podian conformarse las tierras regidas con el consejo de muchos por la diversidad de cabezas, á lo ménos no se gobernasen por el parecer de los que procuraban con las interpretaciones falsas de la voluntad de los coligados, introducirse para señorear las plazas y asegurarlas con guarniciones y reducirlas á servitud, como hicieron á tantas. Declaraban, para que el pueblo quedase satisfecho, que sus armas no eran para ofender á quien no se les opuslese y favoresciese las enemigas, y la milicia no dañaria el país, porque cuanto menester fuese, comprarian con el dinero, y que los celosos del señorío de la santa Iglesia y bien público serian admitidos en la Liga, prometiendo de emplear las armas sólo en las cosas en aquel manifiesto expresadas. Y por último exhortaban á invocar el divino auxilio y á reconciliarse por medio de la reformacion debida con Dios, y hacer públicas y privadas rogaciones, para que á su honor y gloria se enderezasen sus acciones.

Fue publicada (1) esta escritura, firmada del Cardenal de Borbon, en todo el reino, de gran efecto por la esperanza que todos los Estados concibieron de mejorarse con el medio de la alteracion universal. Enviaron comisarlos á conducir los zuiceros asoldados por su cuenta y nombre.

RESPUESTA DEL REY AL MANIFIESTO DE LOS CONFEDERADOS.

El Rey, habiendo considerado convenia responder á los confederados, manifestó su voluntad por escrito, con título de declaracion, sobre los nuevos movimientos del reino. En ella se dolia se dejasen persuadir sus vasallos del consejo de los que no tenian otro fin que turbar el público reposo, y no obstante el perdon dél concedido por su natural humanidad, no se hubiesen retirado de tan detestable empresa los que por diversos intereses para prosiguirla estaban unidos. Habia resuelto oponerse al artificio de tales hombres con la verdad, para que conociendo el orígen de estos movimientos y el fin que tienen sus auctores en ellos, pudiese evitar las molestias y calamidades públicas y privadas que se aparejaban. Porque el pretexto de los adversarios era que se restituyese á su antiguo estado la religion católica en el reino, el celo del bien, honra y alivio de los eclesiásticos, nobleza, pueblo; todas cosas bien advertidas dellos y que sabian las tuvo en el corazon y encomendadas siempre. Y como no habia podido ninguno dubdar de su intencion, así no era razonable ni conveniente provocar los súbditos

(1) En Perona, á último de Marzo de 1585.

y armarlos, ni traer extranjeros para la execucion de cosas á que estuvo siempre prontísimo, como hubiese podido. Era notorio cuántas veces arriesgó su vida, ántes que viniese á reinar, por la defensa de la religion católica, y combatido con gran peligro por su propagacion, y reinando tantas veces puso en muy grande aprieto su estado, bienes de los vasallos y amigos fieles; que ninguno mostró mayor celo ni piedad en amparo de la paz y de la Iglesia romana. Y si él con el ejemplo del Rey su hermano y de otros Príncipes cristianos, que han tenido en sus provincias esta afliccion de la diversidad de opiniones cerca de la religion, y con el consejo de la Reina su madre, del Cardenal de Borbon y de tantos príncipes y oficiales de la Corona y de su Senado, habia procurado quietar y pacificar los súbditos con medios conforme á la calidad del tiempo hasta que placiese á la divina Majestad reducirlos, no por eso se siguia haber en él cesado el fervor de devocion cerca de la religion católica. Hizo la paz con el fin de reducir á ella todos los franceses, que por la desenfrenada licencia y mala condicion de los tiempos se apartaron, habiendo hecho experiencia en la menor edad de su hermano y en la suya, con riesgo de su propia vida, con la sangre de tantos príncipes y vasallos, que las diferencias nacidas por causa de la religion no se podian determinar por las armas sin destruir el reino. No hubiera causa del dolerse de la tolerancia de dos religiones diversas los que publicaban que perdieron la buena esperanza en la Junta de los Estados de Bles, si en aquella Asamblea hubiera consignado tal suma de dineros que se pudiese seguir la guerra, si como él hizo instancia cuando se tomó la resolucion y juramento de prohibir y perseguir la nueva secta, porque luégo se inclinó á la paz, cuando vió á todos cansados de la largueza de la guerra y á él faltó el medio de proseguirla. No tocaba á los súbditos el juzgar las acciones de los Príncipes, porque á las veces no les son notorias las causas de las resoluciones importantes. Porque Francia no se llenase de armas extranjeras se indujo á la paz, esperando conseguir por ella otros beneficios establecidos en los Estados, siendo más fácil en el tiempo de la quietud que en el de la guerra el poder atender á consolidar las buenas leyes y á reformar las costumbres relaxadas, en que él habia contínuamente apretado, como certificaban sus hechos y órdenes no executadas por la negligencia de los ministros, ayudados del artificio de los que no amaban la paz, veneno de la impiedad que se apoderó con el largo curso de la guerra. La paz, de la manera que fuese, causó buenos efectos, siendo restituida en muchos lugares la religion católica, donde áun tenian más poder los herejes que los católicos, y fue expelida en el reinado de Cárlos su hermano. La justicia no estaba del todo restaurada, mas era tal que los buenos podian consolarse y temer los malos. Los eclesiásticos, nobles, ciudadanos y mercaderes que ántes eran agravados, veíanse entónces libres tambien del peso de la guerra y de las intolerables guarniciones; el

comercio estaba corriente, y la cultura de la tierra y la campaña practicable; porque atendió á levantar las colunas del Estado, que la violencia de la guerra derribó, como son piedad y justicia. Dió prelados dignos á las iglesias, tales que su exemplo hacía la reformacion de costumbres, y su austera vida y rogativas á Dios hicieron buenos efectos entre los católicos y sectarios, y con su ayuda tuvieron libre facultad para celebrar sus concilios provinciales. Desagravió los eclesiásticos de pagar décimas extraordinarias, que fue cuanto él pudo, porque las ordinarias estaban empeñadas para la paga de la casa de París. Era claro cuánto se fatigó por sacar la justicia de las tinieblas al esplendor en que estaba entónces, oprimiendo los oficiales venales y creándolos mejores, castigando los delitos y los defectos del tiempo, miéntras los confederados se aplicaban para que, á costa de su reputacion, alcanzasen la benevolencia del pueblo y le induxesen á tomar las armas, para impedir que despues de su muerte no entrase un herético en la Corona, como decian, que él y sus privados encaminaban; y era claramente falso, pues siendo él y la Reina en florida edad y en tal vigor que podian tener sucesion á satisfaccion de los vasallos, el prevenir seguramente con las armas ahora, era traer el mal que dicen temen, y llenar el reino de todas las calamidades que trae la guerra civil, mayormente ayudado de fuerzas extranjeras, como sería al presente, pues estaban cercanas para entrar, y si esto ocurriese se verificaria. Si la religion católica, los eclesiássicos, la nobleza, el pueblo, serian desagravados de las cargas impuestas por la guerra, ó si caerian en calamidad y miseria convenia mirar, que la guerra, si comenzaba, no tendria tan presto fin, como era publicado; y que ántes se arruinarian de sí mismas con sus armas por hacer triunfar sus enemigos, y ellos sacarian el provecho de la ruina de los franceses, porque miéntras ciegos combatiesen, socorridos en apariencia y fomentados de los que su potencia quieren establecer, serian causa que solos ellos felizmente reinasen. Se quejaban de la injusta distribucion de los cargos del reino, con que se arruinaba, y á ningun Rey forzó su ley para que se sirva más de unos que de otros, sino cuanto su comodidad y buen servicio piden se acordase. Estimó y acarició los Príncipes de su sangre tanto como sus predecesores, y aventajádolos en los cargos superiores de sus exércitos, y á los que ahora se quejaban de tantas maneras, cuando debian loar su benignidad de haberlos acercado á sí y tenido por amigos y encargado los más importantes gobiernos y oficios, y aunque publicaban no haberles quedado sino el nombre desnudo, se vió que, pretendiendo regular sus prerogativas, facultades y autoridad, lo impidieron los interesados. Si querian remediar los abusos que acusaban en el reino, dejasen el medio de las armas y los particulares intereses, y tomasen el de la paz; porque teniendo un Príncipe que se opondria al mal, podrian esperar que la Iglesia de Dios, enemiga de las violencias, sería más fácilmente enterada y reintegrada en su esplendor. La

nobleza, amada dél mucho más que de sus predecesores, quedaria satisfecha y asegurada, pues les habia dado los mayores cargos del reino y se los daria para manifestar su claridad. El pueblo sería desagravado, á que habian ellos dado principio, y con esto no quedaria en memoria que por sus intereses particulares se turbase el sosiego del reino y destruyese el pueblo, el cual podia comenzar á conocer si lo prometido en los manifiestos era para guardarse, cuando comenzaren á entrar los extranjeros que se esperaban, pues se veia que cuando los soldados de la campaña y los de las guarniciones llenaban el reino de excesos, cosa que debia servir de advertencia á las ciudades y villas, donde querian meter los coligados sus gentes para no recibirlas, no imaginase alguno que puso asechanzas á la vida de los de Guisa, pues su humanidad en perdonar abonaba su intencion. Exhortaba á las cabezas de estos movimientos á dejar las armas y la Liga, y hacer volver atrás los extranjeros, prometiendo alcanzarian desta manera lo que pretendian más fácilmente, remitiéndose á su voluntad, pues los admitiria y trataria como á sus caros parientes y amigos, recibidos en su benevolencia y buena gracia, y unidos con él buscarian el remedio á los inconvenientes y abusos nacidos en el reino. Tuvieseo todos el buen concepto dél que les merecia su celo del bien general y en particular, y se uniesen con él con la fuerza y consejo, y no prevaleciesen en su obstinacion los confederados para la conservacion del reino, á la cual era conjunta la de la religion católica, pues reconoceria su fidelidad y servicio conforme á la importancia del caso.

(1) Pareciendo era esta declaracion Real contra los de Guisa, respondieron algunos, cuyo nombre no se declaró, aunque mostraba su gran debilidad, pues no se atrevian á declarar abiertamente los nombres de los contrarios, y la imputacion de sus faltas procuraban mitigar con otras cosas dulcemente referidas.

Lo publicado en el escrito del Rey contra la Liga era contra los señores de Guisa solamente, porque algunos, para hacerlos odiosos y sospechosos, atendian á persuadir aspiraban á la corona, mostrando descendian de Carlomagno y de Hugo Capeto indubitadamente, y fue con violencia Cárlos de Lorena excluido legítimo heredero, si bien añadian no siendo que los presentes señores que poseian aquel Ducado de la línea de Cárlos de Lorena por haberse tres veces interrumpido por hembras que sucedieron á los varones, no podian valerse de tal fundamento, demas de otras muchas razones que contra el mismo Cárlos, auctor dellos, se sacaban de las historias y anales de Francia.

Algunos, por la parte de los de Guisa, respondieron era notoria calum-

(1) Al márgen del manuscrito se lee: *Replicato sin nombre de autor á la declaracion.*

nia y vana invencion, porque siendo las líneas de los Duques de Lorena y de Mercurio más cercanas, no podian los de Guisa aspirar á aquella sucesion por centenares de años, cuando fuera cierto que descendiesen de aquel Cárlos de Lorena. Mas ninguna nueva razon publicada se imprimia en los ánimos de las gentes, ni otra opinion diversa de la que concibieron por una y por otra parte, ni habia quien por esto se retirase de las comenzadas empresas.

Marsella estuvo para salir de la devocion del Rey por medio de Luis de la Mota, llamado Darles (1), segundo cónsul de aquella ciudad, que tenía con los confederados en esto inteligencia, y particularmente con el señor de Vins y el Conde de So (2) y el Duque de Nevers, que estaba en Aviñon, que segun escribimos viniendo á embarcarse para Italia en aquel famoso puerto, habia de comenzar este acto y ayudarse de las galeras del Gran Duque, que estaban junto á las Pomegas esperando su llegada. Mas siendo temerario, sin temor de peligro, con esperanza de reducir la ciudad á su opinion, tuvo intento de apoderarse della, y para mantener su posesion declararse por la Liga en buena oportunidad, pues el Gran Prior, gobernador de Provenza, estaba ausente, y el primer cónsul en la Córte, y siendo el tercero hombre de espíritu remiso, habia quedado en él toda la suprema autoridad. Tratólo con los más inclinados á las revueltas, y se convinieron con algunas condiciones de executar su deliberacion á los nueve de Abril. Para quitar el impedimento que les podia ser el fuerte de Nuestra Señora de la Guardia, entró en él con algunos amigos, fingiendo ver si algo le faltaba. No porque tuviese en él superioridad fue admitido del capitan, sino por la reverencia que á los cónsules se les tenía, y aunque dejaron solamente entrar tres compañeros con él, tentó darles lo que pretendia, y amenazando con el puñal al capitan metió los que dejó fuera y señoreó el fuerte y mudó la guarnicion. Cerró el capitan la que habia para que no pudiesen avisar á la ciudad del hecho. Esto animó al cónsul y á sus secuaces mucho, por la importancia del puesto y tener retirada segura en cualquier peligroso accidente. No sabiendo los ciudadanos la causa destos movimientos, unos pensaban eran los huguenotes, otros los de la parte del Rey. Con gran confusion retirados y armados se celaban, afirmando Darles habia trato con los herejes y executaba las órdenes del Gran Prior, asegurando la ciudad con arcabuceros; y no quiso doscientos de las galeras de Florencia, como estaba acordado, por no dar tanta fuerza á los extranjeros; y juntos los del Consejo, significóles su intento, como caido de ánimo, diciendo flacamente y pronunciando confusamente y pidiendo

(1) *Sic:* Dávila le llama Luis Darío.
(2) *Sic:* Conde de Saux.

su consejo en lo que restaba de hacer. Deseosos de salir de aquel aprieto, aprobaron lo hecho ó que hiciese, y avisado que el señor de Vins no podia llegar en su socorro por todos los veinte de Abril, temiendo ser descubierto, determinó de salvarse en una galera del Prior y despues en la de Florencia; mas cerrados los pasos con cuerpos de guardia, reforzados de los ciudadanos, queriendo abrir el de la cadena con los florentines, fue preso y llevado al palacio de la ciudad. Allí eligieron nuevo gobierno con el último cónsul, y con seis mill bien armados se aseguraron y dieron aviso al Gran Prior que estaba en Aix. Vino brevemente á Marsella y hizo ahorcar á Darles.

Es regida Marsella por antigua costumbre y privilegio por el viguier ó gobernador, como lugarteniente del Rey; exercita la justicia criminal debajo de tres cónsules del viguier eligidos, y él es del Rey, de tres que le propone la provincia, del Consejo de Marsella, más ó ménos con autoridad, segun la calidad de las personas que han exercitado aquel cargo y la condicion de los tiempos; mas en esto los cónsules apropiaron más autoridad que el viguier, porque como ciudadanos han sido favorecidos del pueblo. En el año..... (1)..... fue viguier el señor de Besaudam, de la Liga, á instancia de la Condesa de Sault, que era della, y fue electo primero cónsul Cárlos Casacelt, de poco crédito y consideracion entónces, y aunque era noble y capitan de infantería debajo del gobierno del señor de Vins, por su pobreza no era estimado; mas habiendo despues Besaudam puesto gente en la abadía de San Víctor, so color de defender la ciudad del Duque de Saboya, contra el cual se habia ella levantado, Casacelt, unido con los ciudadanos, á golpes de cañon sacó al viguier de aquella fortaleza, recelando queria por aquel camino apoderarse de Marsella y la guarnicion en nombre de la ciudad; por esto le dió nombre de defensor de la patria.

---

(1) *Sic*, en claro.

CAPÍTULO II.

Parte el Rey á Zaragoza á efectuar el casamiento de su hija la infanta doña Catalina con el Duque de Saboya.—Despide á sus hijos en Barcelona.—Fiestas y mercedes otorgadas con este motivo.—Pasa D. Francisco de Bobadilla con su tercio de Italia á Flándes.—Comision que confirió al autor el Duque de Osuna, virey de Nápoles.—Da cuenta de ella al Rey.—Muerte de Gregorio XIII.

Para celebrar el matrimonio de la infanta doña Catalina, su Majestad Católica disponia los negocios de la Corona de Castilla, porque su ausencia no retardase su expidicion. Encomendó mucho la administracion de justicia á los tribunales de Córte y Chancellerías del reino, y especialmente al Conde de Barajas, que habia hecho Presidente del Consejo Real de Justicia y Cámara. Nombró por ayo y mayordomo mayor (1) á D. Juan de Zúñiga, príncipe de Pietraprecia, en Sicilia, del Consejo de Estado, despues que vino del vireinato de Nápoles, en que entró el Duque de Osuna el Grande, y por maestro á García de Loaysa Giron, limosnero mayor de su Majestad. Dió el Tuson al Duque del Infantado y al de Escalona. Proveyó todos los oficios vacos y prebendas eclesiásticas y encomiendas de las órdenes militares.

Lope de Figueroa avisó al Duque de Saboya de su partida para Zaragoza, donde se le avisó se habian de celebrar sus bodas, para que allí viniese, midiendo el camino de manera que para fin de Hebrero estuviese en Zaragoza, porque el príncipe Juan Andrea Doria le tendria la embarcacion dispuesta y las galeras para hacer su viaje con el acompañamiento y servicio que veria.

Partió (2) su Majestad con sus hijos de Madrid, y fue por Alcalá al monasterio de San Bartolomé de Lupiana, cabeza de la órden de San Jerónimo, en la provincia que es llamada del Alcarria, entre los rios de Tajo y Tajuña, abundante de bonísimos frutos, regada de muchos arroyos y canales. Entró en Zaragoza á veinticuatro de Hebrero con solemnísimo recibimiento del Conde de Sástago, virey, y no poca grandeza y majestad con muestras y actos de gran contento y solemnidad, guardadas sus anti-

(1) Debe sobrentenderse del Príncipe don Felipe.

(2) Véase sobre este particular la interesante *Relacion del viaje de Felipe II á Zaragoza, Barcelona y Valencia*, escrita por Enrique Cock. (Madrid, 1876.)

guas ceremonias y precedencias. Acompañó al Rey el Consejo de Aragon, con su vicechanciller el doctor Simon de Frígola, y el Cardenal de Granvela con el de Italia, el de Estado y Guerra, Rodrigo Vazquez de Arce, presidente de Hacienda, el alcalde Valladares, el Almirante de Castilla, los Duques de Alburquerque, Maqueda, Medinaceli, Pastrana, el Marqués de Denia, el de Aguilar, cazador mayor, el Príncipe de Asculi, el Condestable de Navarra, D. Fernando de Toledo, prior de Santo Juan, el Conde de Cifuentes, el de Chinchon, Fuensalida, Buendía, D. Alonso de Leyba, D. Lope de Figueroa, el Comendador mayor de Castilla.

En el aloxamiento y regalo de la Córte y de los que de Italia vinieron, mostró su cortesía, policía, agrado y poder el Virey, correspondiendo en esta señal de amor y magnificencia á la buena voluntad y fidelidad con que sirvieron los aragoneses á sus Reyes y en particular á su Majestad Católica. No fue menor la demostracion de Barcelona en el recibir y acompañar al Duque de Saboya, que le desembarcó el príncipe Doria á dieciocho deste mes. Hospedóle D. Juan de Zúñiga, conde de Miranda, gobernador y capitan general del Principado de Cataluña, con Real apresto y gasto, y en posta guiado de D. Juan de Tassis, correo mayor, vino acompañado lucidamente de cien caballeros, y en particular del Duque de Nemurs, su primo, y del príncipe de Genovois, su hijo, y D. Amadeo, su hermano natural.

Salióle su Majestad á recibir de la otra parte del puente del Ebro, y con muchas señales de amor le dixo: «Sea vuestra Alteza bien llegado. ¿Cómo venís?» El Duque se arrodilló pidiéndole la mano, y su Majestad levantóle con gran caridad y se entraron en Zaragoza y en Palacio. Besó las manos á la infanta doña Isabel y al Príncipe, y le admiró y invidió su hermosura, y se desposó por mano del Cardenal de Granvela, y asistieron el Cardenal del título de los doce Apóstoles, arzobispo de Sevilla D. Rodrigo de Castro, monseñor Taverna, nuncio de su Santidad, el Arzobispo de Zaragoza, y los Grandes y Señores castellanos, aragoneses é italianos, el Príncipe de Sulmona, el conde Anibal Altemps, el conde Pedro Antonio Leonato, Francisco Grimaldo y Juan Malaspina, Encas Pío, el conde Francisco Malapaga Martinengo, Monseñor de Leni y el Baron de Fenix y otros muchos, bien acompañados de criados con muy lucidas y costosas libreas, señalándose en todo D. Alonso Martinez de Leiva, como en las armas rico y generoso, magnífico, lucido, bizarro, á que no poco ayudaba su gentileza y gallarda persona.

En el dia siguiente veló los desposados el Arzobispo de Zaragoza en su catedral, y en Palacio corrieron en público con el Rey todos en un lado, asistiendo las damas y caballeros. Los que vinieron con el Duque fueron aposentados por los Señores castellanos con grandeza Real semejantes á Reyes. Hubo en Palacio cuatro saraos y en la ciudad mascaradas, justas

bien combatidas, juegos de cañas bien adornados y concertados, mostrando la grandeza y riqueza desta provincia y el amor que tienen á sus Reyes.

Dió el Tuson el Rey al Duque de Saboya y al Almirante de Castilla y al Duque de Medinaceli, y invióle á Italia al Duque de Urbino y al Príncipe Vespasiano Gonzaga, al Marqués del Vasto y al Duque de Butura.

Celebradas las solemnes bodas invió su Majestad á Castilla y mandó volver á los Grandes y señores, y quedaron en Zaragoza los Consejos de Aragon y de Italia, hasta que llegase á Monzon para celebrar Córtes á los tres estados de la Corona, conforme á las convocatorias para ello despachadas.

Acompañó á sus hijos hasta Barcelona, donde entró de noche por excusar ceremonias antiquísimas, mantenidas de los catalanes por sagradas é inalterables, no convenientes á la grandeza de los presentes Reyes y tantas veces omitidas de sus primitivos señores. Tuvo la ciudad lucida, bastecida y bien acompañada y festiva el Conde de Miranda y los del gobierno; y embarcados el Duque y su Alteza, con próspero viaje llegaron á Niza, donde fueron recibidos suntuosamente y aposentados.

El príncipe Juan Andrea con sus galeras pasó á Génova y desembarcó el tercio de D. Francisco de Bobadilla, que habia de pasar á Flándes, y armado y proveido y juntamente con el que el gobernador del Estado de Milan habia de inviar, partió desde los Casares de Alexandría de la Palla, bien repartido en tres partes, con buen órden, llevando delante una compañía de cien arcabuceros á caballo que iban descubriendo en sus jornadas. Llegaron á Susa, donde tomaron muestra, caminando por la montaña en Chamberí, llevando la avanguardia D. Francisco de Bobadilla con cuatro compañías y la suya, y siguia á la de caballos el bagaje, con dinero y municiones, y detras la mosquetería y arcabucería de las compañías de picas y los coseletes á caballo y en la batalla iban cinco compañías guiadas del capitan Diego de Cárdenas Sotomayor; y en la retaguardia el capitan Manuel de Vega llevaba cinco compañías, y se iban juntando donde convenia, y pasaron por Borgoña en doce alojamientos con recato y camino desusado, por haber poco que habian pasado los seis mil zuiceros que asoldó el Duque de Guisa y estar Francia llena de alborotos y armas, como escribimos. En seis jornadas pasaron la Lorena; juntó el tercio, pasó por la frontera de Metz con acierto loado de los franceses, porque con presteza formaban su escuadron, si era necesario, y desecho caminaban. Entraron en el ducado de Lucemburg, y en Nemur los recibió el Príncipe de Parma y pagó y mandó alojar.

El Rey celebró la fiesta del Corpus Christi en la iglesia de Igualada, asistiendo la gente del Duque de Terranova, donde llegué yo en el mismo dia en posta desde Nápoles, guiado de Angulo, práctico correo del Rey, por Francia, despachado del Virey Duque de Osuna á dar cuenta cierta á

su Majestad de una alteracion y conmocion del pueblo napolitano, porque la fama que los sucesos engrandece, no pusiese en cuidado á su Majestad.

Es Nápoles tan populosa ciudad que, no bastando para su sustento el pan de tierra de labor que produce la más abundante provincia del reino, los más años hace navegar trigo de la Apulia, y habiéndose pudrido, la ciudad padesció quiebra, y para soldalla se tomó por conviniente medio que se bajasen treinta onzas de pan de las ciento que se daban por ella; porque nunca el precio crece ni mengua sino el número de las onzas en el peso. Estando este pueblo satisfecho de antiguo con pan y fiestas, le alteró esta diminucion de la pañota, y para tratar de su concierto, los capitanes de estrada, porque en cada calle hay uno que tiene la razon de los que en ella habitan, su vida, número, armas para servir en cualquier mandato, con Estarache, electo de el pueblo, comisario de la grasa en la provision del pan, confirian sobre la queja comun, falta del grano ó trigo y su carestía en Santa María la Nova, monasterio de frailes franciscos claustrales cercano al palacio del Virey, enterramiento allí de los Duques de Sesa, patronos, y del conde Pedro Navarro, famoso español por sus claros hechos en las armas en mar y tierra, y por su desastrada muerte, y de Lotrech, capitan general del rey bellicoso Francisco de Francia, en el sitio de Nápoles. El Electo fué á las nueve de la mañana, á ocho de Mayo, á consultar con el Virey sobre lo que se debia hacer en caso tan apretado, y volvió con resolucion muy en desagrado del pueblo, y los capitanes dixeron fuesen á San Agustin á prosiguir (1) en su santo lugar, diputado allí antiguamente. Allí sobre el caso le dixeron injurias y quisieron matar, y los frailes para salvalle le metieron en una sepultura.

Concurrieron más de diez mil hombres viles, y algunos con armas que tomaron á los armeros de la calle de Cañon, y forzaron al sacristan á que les mostrase la sepultura donde se escondió á Estarache, gotoso, impedido y afixido con el temor de la furia del populacho; y le asieron rabiosamente; y con un dedo le sacó un ojo un zapatero, y le mataron y destrozaron, y sobre las picas y partesanas llevaban su cabeza y brazos é intestinos, y á él arrastrando por una cuerda, gritaban: «Maza, maza, il traditore que manja il sangue de le pobere» y le pasaron por delante del Virey, que

(1) Herrera, en su *Historia general del mundo*, refiere este suceso con más claridad que Cabrera: «Comenzó, dice, á tumultuar (el pueblo) maltratando el Electo, de manera que aquella tarde hizo mucho en poder sosegar la gente, quedando determinado que la mañana siguiente se volviesen á juntar en Santa María la Nova, monasterio de franciscos, porque pareció al Electo que, estando más cerca de palacio, se excusaria el tumulto que temia. Acudió todo el pueblo y esperando que llegase el Electo, cuando se acercaba en una silla en que le traian, porque era gotoso, cargaron muchos sobre él, diciéndole muchas desvergüenzas, y por fuerza le hicieron volver á San Agustin, diciendo: «Vamos allá, que es nuestro lugar acostumbrado y no queremos sufrir esta novedad»...

estaba en un balcon, gritando: «Viva el Rey y muera el mal gobierno.» Y el Virey les hizo señas con un pañuelo y les dixo: «Así habeis de decir, hijos.» Llegaron con este tumulto á la Chaya y asolaron una casa y jardin muy hermosa del difunto, y volvieron por delante de palacio, donde bebieron de la sangre del cadáver y mordieron del corazon, diciendo: «Veldo, veldo», y llegaron á Vicaría, y finalmente la noche acabó el tumulto, habiendo saqueado la casa del Electo, y llevado cosas de mucho valor, porque era su renta de más de diez mill ducados al año, que despues fue restituido con logro á su mujer y hijos.

Los Padres de la Compañía de Jesus, para sosegarlos, siguiendo los alborotados pidian misericordia; la ciudad cerró sus puertas y boticas, y la nobleza concurrió en Palacio y los consejeros, y conferian sobre el remedio del alboroto. Salieron á probar deshacelle D. César Dávalos y Fabricio de Sangro y otros caballeros con no poco riesgo, prometiéndoles satisfaccion de lo que pedian. La infantería se recogió á sus banderas, y la de guardia, tomadas las armas, no se movió, paresciendo al Virey era fuego esto para la tal furia de aquella canalla, sin cabeza ni asistencia de los demas, sin autoridad entre ellos ni en la ciudad; y los castillos prevenidos no dispararon. Mandó tomar el Virey las puertas de la ciudad y doblar los cuerpos de guardia, porque no entrasen foraxidos á inquietalla, y rondar el maestre de campo D. Alonso de Luzon y D. Cristóbal de Pisa, su sargento mayor.

En el dia siguiente hubo pan en abundancia y el pueblo estuvo quieto, y el Virey inquirió de secreto la causa del alboroto y sus autores, y no hizo demostracion de castigo sino averiguacion de los delincuentes, y procuró el sosiego de la ciudad y su provision, juntándose los Consejeros y los electos del pueblo, y seguros de la nobleza, á tomar los medios convenientes.

Este suceso fue poco despues que el Virey hizo con la caballería é infantería gran estrago en caballos y peones, que de las tierras del Pontificado entraron á robar en el reino, y cargados y traidos á la Porteli, que llaman del Paso, cerca de Gaeta por la campaña de Roma, donde habia infantería, fueron desencabalgados y ahorcados, á pesar de los de la casa Gaetana que traian bandos con Jacobo Boncompaño, hijo del pontífice Gregorio XIII, que le faltó á mal tiempo su Santidad, que siendo de edad casi de ochenta y cinco años, perseveró en ayunar la Cuaresma, como siempre lo hizo, y hallándose débil y no perdonando el trabajo del gobierno y expidiciones con la desigualdad del tiempo y mal nutrimento de los manjares, aunque era poca cantidad, le causaron crudezas y enfermó de calentura lenta, y se le acortó la respiracion y la vida, llevando con gran paciencia su dolencia. Visitáronle los Cardenales sobrinos suyos, tres horas ántes que falleciese, y echó sudor diaforético, señal de estar cercano el

tránsito, y diciéndoselo, comenzó á santiguarse tres veces con intensísima devocion, y añidió monseñor Biancheto, maestro de Cámara, si queria todos los Sacramentos de la Iglesia, y le respondió: «Os doy la misma autoridad que tengo para absolverme», y volvió los ojos al cielo, y santiguándose pasó de esta vida con tal serenidad y sanctidad que paresció, miéntras moria, que se iba alegrando el rostro y mostrándose más jocundo. Conocló el ser ungido con el óleo sancto, y ántes de acabar le faltó el oir y el ver. Al fin vacó el Pontificado. Nació á siete de Enero mil quinientos dos, viérnes, á las dos horas de la noche, en Bolonia, y fue hijo de Cristóbal de Bonconpagno y de Agnola Mareschalque, de nobles familias. Llamóse Hugo; docto en la Jurisprudencia; pasó por grados y grandes cargos y estuvo en el Concilio de Trento, enviado por Paulo V, y por sus letras y virtudes hecho Obispo de Veste en el año mil quinientos sesenta y dos. Volvió al Concilio por mandado de Pío IV, y en el año de mil quinientos sesenta y cinco, á doce de Marzo, fiesta de San Gregorio, siendo asistente de la capilla, le dió capelo con título de San Sixto y le envió legado *à latere* en España al Rey Católico; y habiendo cumplido con su legacía con gravedad y destreza, volvió á Roma poco despues de elegido pontífice Pío V, y por su muerte á doce de Mayo, mártes, en el año de mil quinientos setenta y dos, entró en la Silla Sacra con general aprobacion, y coronado tomó nombre de Gregorio XIII en el dia de Pentecostes. Hizo magníficos y útiles edificios, colegios, seminarios; quitó la gabela de la harina, impuesta por Paulo III. ¿Quién podrá contar los muchos cuerpos santos que se hallaron en este Pontificado, erecciones de nuevas religiones y lugares píos y sus acciones heróicas, memorables por todos los siglos en utilidad de la Iglesia católica, y la reformacion del año primero y calendario, que de su nombre se llama Gregoriano? ¿Cuánto procuró quitar las discordias y mantener la paz y hacer ligas contra infieles entre los príncipes cristianos, las grandes limosnas á los pobres y su caridad á vivos y muertos, su celo maravilloso en conservar y crecer las cosas tocantes á la santa Silla y divino culto? ¿Cuántos príncipes y grandes personaxes vinieron á darle obediencia, y su reverencia augmentaba su presencia, y el amor y cortesía con que los recibió y acarició, la gracia y satisfaccion con que los despidió? Era diligente, modesto, grave, libre y entero, sin ficcion y señal de temor en el ánimo, sin conocerle inconstancia, ni elevalle lo próspero ni abatille lo adverso por flaqueza. Era humanísimo, agradable, afable, aunque la gravedad del aspecto á la primera vista le mostraba severo. Reprehendia suavemente, aborrecia los incorregibles por vicio del ánimo corrupto; clemente, perdonaba excesos de momento, y tal vez severo castigaba los menores en sus íntimos y familiares, ilustres y titulares. En la mayor parte aborrecia los inventores de novedades. Dió treinta y cuatro capelos, y los cuatro á españoles. Finalmente, clarísimo Príncipe por santi-

dad y piedad, tuvo en la vida y pontificado gran símbolo con San Gregorio Magno, doctor de la Iglesia, primero deste nombre, de gran felicidad para ella. Celebradas sus obsequias, asigurada Roma, á once de Abril, dia de Pascua de la Resurreccion, treinta y nueve cardenales entraron en el Cónclave, y leidas las bullas ordinarias y hecho el juramento acostumbrado por más de doscientos setenta años, cerca de las cosas de la conservacion y augmento de la Iglesia, comenzaron los escrutinios; y entre buenos pretendientes por mejor ensalzaron al cardenal Montalto, fraile francisco, con los buenos medios del cardenal de Santo Sixto y de Alexandrino, por ser criatura de su tio Pío V, y coronóse en el primero dia de Mayo con nombre de Sixto V.

Prosiguiendo con la relacion de lo que traya en comision, dixe á su Majestad el estado de la obra de las Atharazanas y construccion de baxeles que estaban á mi cargo, como escribano de racion dellas, lo mucho que las particulares de Nápoles habian crecido, cuánto convenia ponerles estorbo, porque todo el reino venía á morar en la gran ciudad por gozar de sus comodidades, franquezas y seguridad, y que despoblándose las tierras, la ciudad se haria insustentable. Referí el estado de la Hacienda, el nuevo asumpto de los particulares cerca de las galeras, hecho despues que se dió el cargo de General de aquella escuadra á D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, y el poco efecto de la visita que hizo de los ministros don Lope de Guzman; y desto resultó la que despues hizo el regente Taboada, que importó mucho al servicio de su Majestad. Supliquéle de parte del Duque le diese sucesor en el vireinado, porque la gota le afligia y deseaba venir á Madrid, cuyos rastrojos le parecian mejor (segun le habia escrito para su consuelo) que los jardines de Nápoles.

Mandóme hiciese relacion de todo al cardenal Granvela y al Conde de Chinchon; y porque no me podia despachar hasta llegar á Monzon, fuese en tanto en posta á San Lorenzo á ver mis padres, pues no era razon volver á Italia sin tomar su bendicion; que el Conde de Chinchon me daria para la vuelta, del dinero de venta de oficios, mill escudos de oro, y miraria en que se me hiciese merced estable para animarme á pasar adelante, porque habia de ir á servir á Flandes, resuelto en inviar sucesor al Duque, para tomar conocimiento de lo de allí como de lo que en Italia se habia hecho; porque cuando me invió á ver el mundo, fue á estudialle, como lo hice, escribiendo diarios de cuanto habia y hacía para perficionar con la experiencia la arte y con la prática dispuniéndome para cosas mayores, ó como si hubiera de escribir esta Historia, que no pudiera sin ayuda de mis escriptos. Habia de pasar á los Países Baxos con algunas compañías de lanzas y un tercio de napolitanos que llevó Cárlos Spinelo, duque de Seminara, que fue coronel en la empresa de Portugal, y ahora habia de ser Maestre de Campo, igualando esta nacion en todo con la española.

El Duque de Parma aventajándola, en cuanto podia por su razon de Estado, escribió al Rey que, para hacer buenos efectos, eran la principal causa los capitanes; y los italianos nombrados por sus coroneles, llevados de su interés, en la mayor parte eran ménos buenos que si los nombrára su Majestad ó sus vireyes; y para no agraviar los coroneles hiciese tercios, como los de españoles, las coronelías, segun escribimos atras.

Volví de Santo Lorenzo á Monzon, y despachado brevemente volví á Nápoles guiado del mismo correo, y fue bien menester su industria y esperanza para salir de Francia sin ser desbalixados ó muertos de la mucha gente de guerra que en todas las provincias andaba. No poco alegró mi llegada al Duque por el aviso de su breve venida en España, y entristeció sus criados que se hallaban estimados y con algun haber de las gracias que les hizo el Virey, que les ayudó despues, si bien procedia tan desinteresadamente y con tanta largueza y grandeza real, que vino con muchas deudas á sus Estados, que sobrellos cargaron en impusiciones de censos.

CAPÍTULO III.

Prosigue el sitio de Anvers.—Ríndense Brusélas y Nimega á los católicos.—Combates en los diques y contradiques de Anvers.—Tentativas para romper el puente.—Las naves con minas.—Horribles efectos causados por una de ellas.—Frustrado ataque á Ostende.—Ultimo esfuerzo de los de Anvers.—Son rechazados.—Rendicion de Malinas.—Capitulaciones para la entrega de Anvers y entrada de Alejandro Farnesio en esta ciudad.

Pasaban las cosas de Flándes con débiles sucesos, miéntras no solamente los pensamientos mas las fuerzas de ambas partes se empleaban en la empresa de Anvers, los unos atendiendo de estrecharla más cada dia, y los otros procuraban por diversas maneras abrir la entrada para los socorros en la fuerza. Habiendo sabido el capitan Lanzavechia, en el mes de Enero, que el Conde Holac llamó algunas compañías de caballos de arcabuceros y celadas de Malinas para una entrepresa, pidió al Príncipe de Parma refuerzo de caballería, con que rompellos en celada, acompañado del comisario Basta. Con alguna caballería asaltaron los enemigos de improviso y la rompieron cerca de Duffeli; ganaron una corneta y más de trecientos caballos con muchos muertos y prisioneros.

Procuraba el Conde de Holac cuanto podia de divertir al Príncipe en el asedio de Anvers para mermar sus fuerzas, y con aquella caballería y el

golpe de gente que tenía y trato en Bolduque, pretendia tomalla executándolo por medio del capitan Julian Claragio, brulense, que tenía su mujer en Bolduque, ciudad donde era muy prático.

En Utrech hizo la junta de la gente, cuando le sucedió esta derrota. Con parte de ella caminó delante el Julian Claragio, y se escondió en unas casinas, cerca de la puerta de Anvers, quedando un poco atrás el de Holac y sus capitanes con el resto de la gente. Saliendo en la mañana siguiente algunos soldados fuera de la ciudad, á ver con la descubierta, si habia campo seguro, quedando otros en guardia de la puerta, fueron luégo asaltados y muertos, y los compañeros desanimados perdieron la entrada, y los enemigos subieron á ganar el torreon y el rastrillo, y el Conde de Holac entró en la ciudad con gran número de caballos y peones, llenándola de espanto sin contraste, y mataron muchos ciudadanos desarmados y seguros. Volvió á mudar caballo y traer el resto que algo apartados esperaban la señal para arremeter. No hubo bien salido de la puerta, cuando le fue quitada la victoria de las manos. Los que primero entraron con el Julian comenzaron á gritarla, y oido por los del torreon, desampararon el rastrillo por entrar á robar. Habiendo dejado por muerto á un viejo, que cerca dél estaba, éste viéndolos entrar se animó, y cerró un portillo, entrada del torreon y echó el rastrillo. Acaso se halló en la tierra enfermo Mos de Altapena; y oyendo el estrépito, salió á la calle con la espada y escudo; frenaba en parte la audacia de los enemigos y esforzaba los ciudadanos y animaba á su defensa, y á caballo guiando una compañía de caballería italiana, que pasando cerca de Bolduque entró en ella, acometió los enemigos que pensaban estar seguros, y atendian á robar, los hizo recoger fácilmente; mas viéndose pocos y sin el socorro que esperaban, por el impedimento del rastrillo para entrar, huyeron á las murallas para salvarse, y sólo pudieron el Claragio y Justino de Nassau y otros quince, saltando al foso.

Esta vana empresa del de Holac, desanimó los herejes, y los de Bruxeles estaban tan aflixidos del hambre, que una mujer vendió á sí y á sus hijos. Para salir de tanta miseria, pidieron las honestas condiciones al Príncipe de Parma para entregarse que otras veces les habia ofrecido, y las firmaron en su nombre Ricardoto, presidente del Consejo de Artoys, y el Garnier, secretario. Fueron: se daba perdon general á los ciudadanos; se les reintegraban sus previlegios, salvo algunos que de tantos males fueron causa; se pagase el sueldo de vino á treinta y seis banderas de su guarnicion, y saliendo no pudiesen servir á los rebeldes en seis meses, ni el gobernador Tomples, el coronel Eschay, el capitan Piron y el Tuelt; habian de rehacer todas las iglesias y casas de católicos arruinadas y dar su equivalencia de los ornamentos de la capilla Real y hacienda del Cardenal Granvela y del Conde de Manzfelt y pagar las imposiciones debidas á la

Cámara fiscal hasta aquel dia; no quiriendo los herejes reducirse á la obediencia de la Iglesia Romana en dos años, vendiesen sus bienes y saliesen á vivir donde elixiesen.

Entró por gobernador Monsieur de Goigni con buena infantería. Tambien Niemeghen se reduxo por medio de Gnillermo de Arimbergha, señor de Dornich, y de otros catorce ciudadanos principales, á pesar del conde Adolfo Hubenaro, y entró Martin Escheinque con el presidio. Fueron sus embaxadores acompañados del Altapena; el Príncipe los recibió agradablemente, honró, enjoyó y dió gracias por su loable y justa deliberacion, y concedió cuanto honestamente supieron demandar de comodidades para su ciudad.

Estaba ya en este tiempo en toda perfeccion la estacada del rio de Anvers, y totalmente cerrado el paso para ser socorrida, invencion de tan gran juicio, con industria y prudencia executada. Los rebeldes, para volverla inútil, se aconsejaban en varios modos, y sobre el dique de Brabante, que estaba entre la ciudad y Ostevcel, fabricaron cuatro fuertes, y con ellos y con la caballería aloxada en Burgarauth y Bergas querian impedir el alargarse los del Príncipe y acercarse más Anvers, y aseguraban algunas barcas, que estando como en guardia de los fuertes, atendian á dañar y cortar el dique, abriendo camino por lo anegado de Lillo. Decíase trataban de quemar el puente con navíos de fuegos artificiales, que hacian en las islas, y los asediadores los tenian por de poca importancia, y que la pólvora de los tiros en el agua no tenía fuerza, y ancorándolas ántes que llegasen no embestirian el puente ni sus costados; y sólo recelaban que las barcas de Anvers y las amparadas de Lillo no acometiesen improvisamente el contradique, como se practicaba, y atendian vigilantísimos á su guardia Mondragon y el de Manzfelt, y de algunos fuertes de Estabroeck, y enviar gente al contradique conforme á su necesidad.

Acordaron los rebeldes hacer una cortadura en el dique Blugaran, maestro, parte baxa por la cual solia el Escault rompiendo verter en sus crecientes, por donde con el fluxo del mar entraria tanta agua que superando el contradique se juntaria con lo inundado. Para impedirlo levantó el Príncipe tres fuertes y por su correspondencia triangular los llamó de la Trinidad; por esto hicieron los enemigos la rotura del dique cerca de sus fuertes, con poco efecto, y aunque no sobrepuxó el dique de Convestein, dañó á los que alojaban en aquella parte, quitándoles la comodidad del Lillo, donde por ser anegado el villaje, quedó solo puesto para un pequeño cuerpo de guardia en un fortezuelo, y la marea batiendo contínuamente el contradique le roia y debilitaba, y corrompiendo la agua dulce la salada hasta en Estraboech, morian bebiéndola los caballos, y amenazaba mayor daño el fluxo contínuo y refluxo de las aguas vivas sobresalientes con pujanza por tres dias en la conjuncion y oposicion de la luna. El Príncipe

alzó el dique dos varas con faxina, que la infantería cortó y la caballería truxo en haces al contradique, mezclada con tierra por más de trecientos pasos de largo.

Los embaxadores de los herexes, que pedian ayuda al Rey de Francia, volvian sin esperanza, mas para entretener el pueblo le mantenian con que brevemente serian de aquel príncipe socorridos; pero difícilmente lo creian por no encubrir bien su aflixion el fingimiento, y porque enviaron nuevos embaxadores á la Reina de Inglaterra, pidiendo su amparo con oferta de todo reconocimiento de superioridad, como despues sucedió aunque tarde para Anvers.

Era almirante de Zelandia y gobernador de Valleren Mos de Torlon y sospechábase que tenía inteligencia con el Príncipe, porque teniendo armada no socorria los de Anvers, ni molestaba al enemigo, impidiéndole la construccion del puente, y por aviso de España se creia trataba de entregar los principales puertos de las islas con la armada que gobernaba, con promesa de perdon de sus delitos y concesion de cuanto poseia, que era mucho lo que robó al Duque de Medina, y de honrarle con el Toison. Por esto habia despedido muchos marineros prácticos y fieles, capitanes y y coroneles, y metido los de su parte y que concurrian en el trato. Acusábanle de que avisaba al Príncipe de cuanto se determinaba en los Consejos para el socorro de Anvers, con que era prevenido. Los más decian era calumnia de los que privó de sus cargos y codicia de los rebeldes para quitarle sus bienes mal adquiridos, mas ellos le despojaron, y estuvo en prision hasta que la Reina de Inglaterra le sacó della.

Para romper el puente, hicieron máquinas en tres navíos de alto borde, con gran artificio de minas, en esta manera: fabricaron en cada uno dos muros de piedras y cal, de siete piés de grueso, tan altos que desde lo más baxo del navío subian á lo más alto, y el largo era de todo el hueco y quedaba poco entre uno y otro, y los llenaron de fina pólvora, bien apretada, y pusieron encima grandes losas de sepulturas muradas, unas sobre otras, que hacian siete piés de grueso, y lo que restaba del vacío hincheron de piedras, faxina, leños breados, para que el baxel, echando fuego, disimulase mejor lo que iba dentro. No habia de ir en ellos persona que diese fuego á las minas, y para ello pusieron en el medio de la pólvora unos reloxes ó despertadores con sus ruedas armadas, de tal suerte que llegada la hora, en que les pareció que podian las naves llegar desde Anvers al puente, soltasen los despertadores, dando las muedas en unos pedernales, para que sacando fuego encendiesen la pólvora y las minas hiciesen su efecto. Ocho meses gastaron en este maquinamiento, y al fin resolvieron de emplearla, y que en destruyendo con ella el puente, al punto metiesen en Anvers el socorro las naves cargadas de vituallas y municiones, y que para mexor executallo tomasen el fuerte de Litchensuch y lo executaron

con secreto y presteza. Batiéronle reciamente y desaparejaron la artillería, y redujeron á los valones que le defendian á rendirse, y el socorro llegó tarde por venir con gran rodeo por estrechos diques, poco eminentes á la campaña anegada, y se perdió y el de San Antonio con gran daño para el asedio y su prolongacion, y los guarnecieron muy bien los rebeldes.

Procuró el Farnese con diligencia recobrallos y en vano, porque impedidos los soldados en los esguazos del lodo y poca firmeza del fondo, no llegaron ántes que los enemigos no los pudiesen combatir. De la misma manera otras veces el de Parma deseaba quitarlos de los fuertes, conforme al parecer del Consejo, pasando por los pantanos un rio y foso de más de quince piés, que tenian delante por la orilla del dique que los descubria. Mandó á D. Juan del Aguila que reconociese el esguazo, porque facilitaban algunos la empresa, y cuando volvió con los mismos de certificarse de la imposibilidad, estuvo para anegarse con el creciente del agua, y los demas se salieron en una barca. Por esto el Príncipe no acometió, y si embistiera sin duda recibiera una grande afrenta el exército, y mandó que las naciones volviesen á sus puestos ordinarios. Ocupó el suyo en el contradique D. Juan del Aguila, y los enemigos de la parte de Lillo embistieron con el contradique y desembarcaron con presteza, y habiéndoseles opuesto D. Juan, se embarcaron sin tomar pié. Como cuando no estuvo en él dixo al Príncipe estaba puesta la artillería de manera que la podia ganar el enemigo y desde las gavias desaloxarian los que las sirviesen, convenia recoxerla en dos puestos bien fortificados y que del uno al otro avanzase la artillería, executó contra voluntad de alguno, y ofrecióse de ir á socorrer el contradique, si fuese otra vez acometido, y no lo aprobó el Príncipe, y se perdió como verémos.

Con doscientos soldados rondaba de noche los diques y aseguraba los fuertes que guardaba el Marqués de Barambon con sus borgoñones, por órden del Farnese, con cargo de que su pérdida sería por su culpa. Entre los dos fuertes aseguraron los de Anvers bajeles de gavia, con que en rompiendo el puente con las naves de las minas entrasen al socorro.

El Príncipe reforzó los cuerpos de guardia sobre los diques y puso otros, reparando con buen juicio el daño y el asalto dellos. Porque el aloxamiento de Beveren era molestado de las barcas que desde Lifchensuch salian por lo anegado, levantó otro fuerte, frontero del de San Antonio, que frenó mucho el atrevimiento de los heréticos, aunque no impidió del todo sus acontecimientos, y para reprimir hizo entrada por lo anegado. De la parte de Flándes hizo otro fuerte, y encomendó el fortificar la entrada al capitan Serrano, y con los soldados y gastadores executó felicemente, aunque le combatia la armada enemiga, y ella era apretada con grueso número de barcas del Marqués de Rubais.

Las naves de los fuegos parecieron en el Escault á cuatro de Abril en la

tarde, con gran temor de los que lo miraban, baxando por el canal en hilera á topar forzosamente en el puente, acompañadas las dos de algunas barquetas, ardiendo de alto á bajo con horrible apariencia, para descuidar del mortal engaño á los soldados que estaban sobre el puente y sobre los diques, parte á mirar la novedad del artificio, parte por mandado del Príncipe. Fue poco á poco acabando el fuego, juzgándole por invencion de ingenieros para espantar, y porque una barca, llevada del refluxo en diverso viaje, se quemó, sin mostrar sino llama y humo. El Príncipe, ó juzgando poco á propósito el puesto sobre el puente, donde se hallaba con muchos caballeros, ó porque le pareciese visitar y asegurar los fuertes, ó por su buena suerte aconsejado del alférez Vega, soldado experto, que le pidió se retirase, porque no le parecian bien aquellas dos naos, viendo tan gran bulto sobre ellas, sin que el fuego le quemase, y así creia habia dentro alguna mina, lo hizo, y le siguieron el Marqués del Vasto y el Conde de Cessio. El refluxo puso el navío llamado la *Fortuna* cerca de la orilla, y disparó junto al puente, sin más efecto que la muerte de algunos soldados, habiendo algunos diestros bombarderos apagado el fuego, pensando hacer lo mismo de las naves de mina, entraron en ellas, cuando reventaron las diabólicas máquinas con tanta furia y estruendo que á todos causaron gran admiracion y espanto, porque se destrozaron en menudas piezas, y el agua del mar se levantó tan alta que mojó los que estaban cerca y la artillería y arcabucería, y con la fuerza impetuosa tanto volaron las piedras y los leños encendidos de las naves en el aire, que pasaron más de trescientos pasos, haciendo gran riza y estrago en el exército, que sin gran compasion no se podia mirar; porque demas de haber herido y muerto muchos y de los más principales, se hallaba haber sido volados muchos por el aire gran espacio, quebradas las piernas y brazos, y muertos sin herida. Fue la mocion del aire tan recia y fuerte, que no dejando hombre en pié, todos cayeron, y ninguno se halló en el puesto en que ántes estaba, por espacio de dos millas en torno. Llevó tras sí un lienzo de un fuerte y baluarte, echando en el mar la artillería, y rompiendo y deshaciendo tres navíos del puente. Causó en todos este repentino caso tanta admiracion y espanto, que apénas podian volver en sí por ser la media noche y cogerlos el torbellino tan desapercibidos en cosa tan extraordinaria y nunca vista, y por quedar todos de tal suerte que no se podia ayudar el uno al otro, y solamente se oian voces y gemidos dolorosos de los muchos abrasados, heridos, medio muertos que maltrató, lastimó y estropeó el diabólico ingenio. Poco ménos espantó y estremeció á los enemigos, que admirados y turbados no salieron con la armada á proseguir su victoria y coger el fruto de sus maquinamientos, porque si dieran un rebato con esfuerzo, halláran poca resistencia y pusieran en terrible aprieto los del exército, por no estar reparados del susto ni poder servirse de las armas y pólvora mojadas.

El Príncipe, con tal accidente alterado, no desanimado y espantado, aunque fue muerto junto á sí el paje que le traia la rodela, y él quedó aturdido, recobrado su antiguo vigor, acudió á ver el daño de su puente, y halló tres barcas voladas, y parte de la estacada, y la artillería que estaba en ellas, y viendo que la armada de los enemigos no se movió, ó falta de viento ó ánimo, se alentó mucho y visitó los cuarteles, consolando unos y animando á otros; de manera que su espíritu daba ánimo para no sentir los trabajos y hacer resistencia al enemigo y acudir al reparo del puente tan prontamente que estaba cerrado el paso y la puente fortificada, cuando por la mañana asomaron las banderas de Anvers; y así se retiraron sin probar fortuna. Para evitar otro acontecimiento y batería como la pasada, los barcos se unieron ancorados por popa y proa, y encadenaron de manera que podian desferrarse y dar libre paso á los navíos que viniesen con minas á embestir, y se advirtió en ancorallos ántes que llegasen por buen espacio al puente, para que sus efectos fuesen ningunos contra él, disparando muy á lo largo.

En los mismos dias Monsiur de la Mota casi redujo á Ostende á la obediencia del Rey, porque entrando de improviso, se apoderó de la tierra vieja, así llamada por estar dividida por un puente con la nueva, y encomendó la guarda della al capitan Juan de Namur, hasta que arribase dentro del puerto la armada con mayor número de soldados, pero atento más á robar que á la conservacion del puesto, fue de los vecinos fácilmente recobrado, volviendo la empresa inútil.

Quedaba á los de Anvers la última esperanza en un navío de fuego, llamado por esto *Fin de la guerra*, y en el principio de Mayo se encaminó á combatir un fuerte hácia Ordan, pero no salió á los inventores como pretendieron, porque del mucho disparar quedó tan quebrantado que fue menester mucha industria para retirarle de junto al villaje, donde encalló; de tal manera que más no pudo navegar. Ni fueron de más efecto mill arcabuceros que iban dentro en dar el asalto, porque los rebatieron los defensores con fuerza y coraje, porque estando encubierto Mos de la Mota con quinientos mosqueteros, descubriéndose encima del dique, cuando quisieron los herejes arremeter, hicieron gran matanza, y espantados se retiraron al punto.

En tanto el Conde de Holac y el Aldegonda, con treinta navíos y grueso número de gastadores, habian de acometer el contradique, encaminando el gran navío á batir á un tiempo la casa de Convesteine y la trinchera de Mondragon, y por su impedimento no lo executaron. El Príncipe fue avisado y hizo llevar á la trinchera algunos cañones, con que tambien se reforzó la casa fuerte, y conociendo estaba en la conservacion de aquel paso la importancia del asedio y poder acometer á ganarle los holandeses, puso todo cuidado y diligencia en repararle y presidiarle gruesa-

mente. Ordenó á Mondragon que redujese su puesto inexpugnable, que se llamó el fuerte de la Cruz, y en la casa fuerte hizo quedar á Camilo Borbon con el gobierno de cuatrocientos tudescos, de los nuevamente asoldados por D. Juan Manrique, y doscientos valones, porque habia renunciado su tercio de italianos y el gobierno de Breda, por haber mandado el Rey que no tuviese uno más de un cargo, para poder mejor ser servido, y que muchos caballeros no estuviesen en aquella guerra sin él, y quedó con el del consejo de guerra como el Marqués de Renthi y Mos de Altapena, que dejaron sus cornetas de caballería. De la otra parte del contradique alojaba el Conde de Mansfelt con el tercio de Paz, que gobernaba D. Juan del Aguila y los italianos de Camilo Capizuca, á cargo de Carduino, y un regimiento de tudescos, otro de valones y algunas compañías de caballos.

Con esto no sólo guardaba sus fortezuelos, mas debia enviar socorro donde conviniese, reteniendo algunos cuerpos de guardia en el contradique para aseguralle de los imprevistos acometimientos de los rebeldes. El Conde de Holac, con su gente y caballería, pareció para hacer cortaduras en el contradique, cerca del Mansfelt, donde habia más fondo y el dique era ménos ancho, y comenzaron á abordalle. Acudió el capitan Simon de Padilla con los españoles, y resistió valerosamente, aunque murió con algunos compañeros, habiendo muerto trescientos enemigos en el contradique y en el agua, y tomado tres prisioneros para saber dellos sus intentos de ganar en todas maneras aquel paso. El de Holac, resistido y no ayudado de la armada de Amberes, se huyó en un batel, y el Farnese, conociendo la importancia del puesto y su mayor peligro, le reparó con un fuerte, donde comenzaron á cortar el contradique, fundado sobre hitos y madera, por ser el terreno pantano, conforme enseña Vitrubio y se ve en Venecia, y puso en mejor defensa la casa de Combesteine con tres mil valones del Artois y trecientos italianos de Breda, de la coronelía de Camilo Borbon, y los cercanos cuerpos de guardia.

Preveníanse en contrario los enemigos para acometerlos, y se via en el rio cruzar barcas de una banda á otra, y no pudiendo de la parte de Lillo por la asistencia de los españoles en aquel villaje, se resolvieron de echarlos; y acometidos y apretados todo un dia, por no perderse forzosamente, con buen partido salieron por consentimiento del Príncipe, porque difícilmente podian tener socorro por el impedimento del agua.

Viendo los herejes que la defensa delante del puente no estaba como ántes de la batería de los navíos de fuego, determinaron en abrirla y el paso al socorro con la fuerza de los navíos á la vela y del fuego. Para esto enviaron con el refluxo y próspero viento cinco medios navíos ligados con vigas, quitadas las obras muertas, llenos de arena para que fuesen hundidos, lo más que fuese posible, en el agua, y así más fuertes y más seguros, y todos con tajamares en las proas de hierros gruesos y cortantes para rom-

per las gumenas y cadenas y barcos del puente, llevados con el gran ímpetu de la marea. Seguian los cuatro mayores llenos de minas, y detras otros dos. Los primeros hicieron algun efecto, y en la abertura retenidos se apoderaron dellos los del Príncipe y de uno de fuego, habiendo entrado en él un capitan inglés con algunos soldados. Éste, desde una barca, con una gumeneta y un áncora en el cabo, se acercaba á las naves y subia encima, cuanto daba lugar el peligro del fuego, y hallada la pólvora del fogon de la mina, la quitaba, y el instrumento para moverla de relox ó despertador, y si no atacada la cuerda del áncora al timon, desde su barqueta la arrojaba al agua y retenia, y disparando léxos del puente no le empecia. Dos reventaron así, uno fue preso, otro por la abertura pasó con buen curso de marea, y el otro estaba preso. En esta observacion del artificio se halló que, en un navío muy calafateado y seguro de que no entraria agua en él y de buena capacidad en su fondo, extendian una capa de cal y ladrillos, de un pié de alto, ancha cinco, y larga cuanto era la cabida del bajel, y encima una paredilla de pié y medio de alto, y en su correspondencia grueso; de manera que el vacío que en el medio quedaba era de dos piés. La cubierta era gruesísima y con grandes losas como caudes, y tambien dellas mismas, levantadas en el medio un poco, formaba ángulo obtuso; por un agujero se metió gran cantidad de pólvora finísima, que la primera nave que dañó tanto, traia siete mil quinientas libras, y se cerraba con otras muy fuertes piedras, quedando su fogon para dar fuego á la mina con el instrumento del despertador, que llama y enciende la lumbre y juntamente á los estudiosos. Cubrian la mina de tablones de todas partes para que, hallando mayor resistencia la mina al salir, tanto mayor daño causase su abertura, despidiendo con ímpetu cadenas, piedras, balas de artillería y todo lo que podia matar y arruinar hombres y edificios; y era tal la furia, que en el volar la primera nave que abrió el puente, tembló la tierra y se estremeció diez leguas en torno, y las losas, levantadas en el aire más que se puede creer, cayeron con tanta violencia en el suelo que se hundian tres brazas y más.

Viendo poco ofendido el puente con tales máquinas los heréticos, y el socorro impedido, determinaron ganar el contradique, para que sin este impedimento sus bajeles pudiesen navegar por todas partes libremente, y meterle con muchos que tenian aprestados junto á Lillo. No les importaba ganar el puente y estacada del rio. Salieron por la mañana de improviso de Anvers ochenta y cinco naos y cinco mill soldados bien armados, con buena artillería, gastadores, sacos de lana y algodon, saquetes de tierra y otra materia, para fortificarse acometiendo el contradique, y por otra parte se les vinieron las barcas de Lillo. Fueron á desembarcar primero sobre el fuerte de San Jorge, donde, siendo el dique más ancho, juzgaron se podian mejor fortificar; porque su intento era no sólo de cortar en muchas partes

el contradique, sino de hacer un fuerte en el que se pudiese defender el paso y por la estrecheza del de la palizada para tener fortificacion, aunque se cortára más fácilmente, siendo ménos ancho, no elixieron acometelle sino al otro. Esta resolucion fue útil á los católicos por el efecto, porque, si á un tiempo acometieran los dos fuertes, los ganáran y el contradique. Tardaron en acercarse, por tener ya contraria la marea, y se dividieron las dos armadas prestamente para echar gente en el contradique y poner pié en tierra; que fue una gran resolucion.

Batieron con la artillería y mosquetería el cuerpo de guardia, que estaba detras de San Jorge, con tal tempestad de balas que los soldados que quedaron con la vida se ampararon en los fuertes. Comenzaron á cortar el contradique en trece partes, con mal consejo, dividiendo las fuerzas y la obra, si bien con mejor dieron principio á levantar trincheras y reparos en algunos puestos con los sacos, apoderándose dél y manteniéndole siete horas; de manera que los católicos estuvieron en gran peligro, porque á un tiempo acometieron á los dos fuertes. El de San Jorge estaba á cargo de D. Alonso de Córdoba, más conocido por la nobleza de su sangre que por el uso de la guerra, como lo mostró, cayendo de ánimo, viendo que los enemigos le batian, y los reparos de la faxina defendian poco, horadados. Sin remedio, determinó salvar la gente, mas llegando en su refuerzo Camilo Borbon, que desde Santiago socorria donde la necesidad le llamaba, se mantuvo, combatiendo italianos y españoles gallardamente, con muerte de muchos y de cuatro capitanes italianos, y fue herido el Borbon en el brazo siniestro, peleando y animando bizarramente; con que el enemigo no asaltó los fuertes, combatiéndolos á lo largo con gran ímpeto.

Mondragon estaba apartado y tardó más en mostrarse, y hallando la defensa en buen estado, dió su caballo al Borbon, porque era cojo, para que pudiese gobernarse más fácilmente, y aquel invencible viejo, ya más para mandar que para pelear, persuadido del Borbon, volvió á su puesto. Los enemigos en medio de los dos fuertes con gran solicitud se fortificaban, mas confusamente, atendiendo más á cortar el dique que formar buenos reparos, para defender las cortaduras.

El Príncipe de Parma, que alojaba en Beveren, oyendo el estrépito del combatir en el contradique, juzgando llevaban los suyos lo peor, pues tanto duraba la batería, desarmado, subió á caballo, y seguido de gran número de soldados, llegó al contradique, al tiempo que los de su guarda, temiendo morir, batidos como sus compañeros, procuraban salvarse en los fuertes. Díxoles: «¿Cómo, esta es la confianza que se tenía de vuestro valor? ¿Huyendo satisfaréis á las obligaciones de buenos soldados? ¿Huyendo conservaréis las alabanzas que habeis merecido, con las victorias en tantas empresas alcanzadas? ¿No son éstos los enemigos que tantas veces vencisteis? No querais en tan importante ocasion faltar á vosotros propios,

á vuestro Rey, á la católica fe. No dudeis de la victoria; si resistís este primero ímpetu de los enemigos, que débiles y hambrientos intentan morir, combatiendo ántes que vencer á otros peleando. Haced más experiencia de vuestro valor, que ni con fuerza ni con engaño ha podido vencer, y ahora no con más esperanza de rendirlo sino por mostraros en defensa de vuestros amigos, puestos en extremo peligro. Sellemos, pues, ¡oh soldados mios! sellemos nuestros hechos grandes con el honor de este vencimiento, que yo no más sufriré que se nos quite de las manos de la desesperada osadía destos rebeldes.» Mas conociendo en el rostro de los soldados la osada resolucion, les dijo: «No tiene honra quien no me sigue.» Arremetiendo contra las trincheras de los enemigos, volvió la fuerza y tal vigor á los soldados, que le siguieron todos.

Combatíase violentamente de la otra parte del contradique en tanto, porque viendo perecer á muchos, cada uno temia, y así no saliendo de los fuertes y no acudiendo otros á impedir la obra al enemigo, se contentaban de herirle desde á parte, ocupado en cortar el contradique y fortificarse, aunque confusamente y con mal consejo, no valiéndose de la buena ocasion y de los muchos materiales para formar gallardos reparos y despues cortar el contradique más seguramente. Pero con el contento de haber tomado pié allí, ó con la falta de militar gobierno, diversamente obraban, sin atender todos á un propuesto fin. Los que batian los fuertes menudeaban las cargas de manera que las dos armadas no daban lugar para respirar á los católicos, y más en San Jorge, porque la debilidad de los reparos no permitia jugar la artillería. A los del de la palizada se acabaron las balas, y toda la batería y defensa se redujo á las que tiraban Santiago y la Cruz, con gran ofensa de los asaltadores. Tan contentos se mostraban el de Holac y el Aldegonda con el suceso, que les prometia la victoria, que sin esperar el último fin, volvieron en una barca que pasó por una cortadura á su Anvers á dar la nueva, llevando en su testimonio algunos prisioneros, y entre ellos al caballero Ferrante Espínola, herido en una pierna, de que murió.

Fue tal y tanta la alegría del pueblo, con su natural y fácil credulidad, que parecia en las demostraciones loco, y la vitualla, que ya tenía excesivo precio por la extrema falta, luégo le tuvo muy baxo, sólo con la esperanza del futuro suceso, que consumiéndose más del ordinario, causó despues mayor carestía, y tiraron su artillería que no causó poca tristeza en el exército. Llegado el Farnés donde se combatia, animó los católicos con su presencia y socorro tanto, que peleando fieramente aspiraban á mejor fortuna con prueba de extremado valor. Ibales delante en los mayores peligros, y con la mano más que con la voz los incitaba á afamarse en aquel conflicto, de que pendia claramente el buen remate de todas las empresas de los Países Bajos.

En la parte donde el Manzfelt envió al contradique socorro de españoles é italianos estaban animosos, viendo aunque á lo largo arremeter el Príncipe y los suyos, y haber cesado su peligro, retiradas ya las barcas de Lillo, faltándoles tanto el refluxo que, de las de Anvers que se apartaron más tarde, muchas quedaron presas. La mortandad atemorizó al principio á los católicos de tal modo, y la pérdida del contradique y atencion á fortificarse en él los heréticos, que los cercanos hasta Boech ni se atrevian ni sabian cómo acometellos é impedirlos. El capitan Torralva, español, lleno de militar coraje, los incitó con sus palabras y exemplo generoso, acometiendo intrépido y señalándose tan noblemente, entrando el primero por las trincheras, que fue del Príncipe mirado, acariciado y remunerado largamente, y curado primero con diligencia en su estancia.

Era guiada en aquel asalto la infantería, que asaltó los enemigos, del capitan D. Juan del Aguila, que viendo el peligro del combate, por lo mucho que duraba y que los católicos llevaban lo peor, juntó los capitanes y dijo al Marqués de Barambon que, pues no habia que temer en sus fuertes, porque declaró el enemigo en los otros sus fuerzas, le diese algunos de sus borgoñones para socorrer con ellos y los españoles los del contradique; y el Marqués no vino en ello, y habiéndole advertido bien, con doscientos soldados caminó, y dejándolos en salvo de la caballería del enemigo, se adelantó á caballo á media rienda, y entró por el puesto de la contienda, diciendo á los soldados que se esforzasen, que ya venía en su ayuda todo su tercio, y llegó donde estaba el Conde de Manzfelt, resistiendo á los enemigos con valor, y le dijo llegarian presto los doscientos soldados, que enviase á decir al Marqués de Barambon que metiese borgoñones en los dos fuertes que D. Juan guardaba, para que sus banderas viniesen con la gente. No vinieron á tiempo, y si le dieran á los rebeldes que esperaban creciera la marea, socorrieran á Anvers y quedáran señores del contradique, estando el exército dividido en dos partes, que para unirle era menester caminar más de doce leguas, y en cualquiera podia dar el enemigo, y segun estaban destrozados, romperles y quedar perdidos los Estados ó la mayor parte, porque lo más de las guarniciones truxo el Príncipe á aquel asedio.

Preguntóle el Manzfelt lo que le parecia, y respondió ver cómo estaba el enemigo, y aunque dos capitanes truxeron buena relacion, él quiso ir á reconocer, con gran peligro por lo mucho que tiraban los enemigos. En el fuerte estaba recoxida la artillería, y halló muchos muertos, porque los vivos no los retiraban, y díjoles que hiciesen una salida, segun costumbre de sitiados, y que la artillería no cesase de tirar en tanto que venía presto en su socorro. Refirió su estado al de Manzfelt, y díjole que tras los españoles caminasen los italianos, y luégo los alemanes y que los mozos se mostrasen en el dique como soldados, y que la victoria trescientos la habian

de ganar ó perder, no pudiendo ir más que diez por hilera. Llegados donde se habia de arremeter, echó dos mangas de á cincuenta arcabuceros por el agua por una y otra banda del dique, por no haber tierra que pisar, y por él las picas, dada una carga en la artillería, embistieron, y habiendo peleado pica á pica gran rato, los rompieron y ganaron nueve cortaduras, y mataron tantos que no escaparon con la prision de las barcas doscientos de los enemigos, por no tener otra retirada sino á ellas. Siguieron la victoria por todo el dique, y se disparó toda la artillería, haciéndole salva, que fue muy admirable por ser mucha. Los muertos fueron cerca de dos mill de los rebeldes, y el señor de Haulteyn, gobernador de Valacria, dos capitanes ingleses, dos escoceses, cuatro flamencos y Jacobo de Giacopi, almirante, y veintidos caballeros de calidad. Ganáronse treinta barcas con no poca artillería y municion. Murieron de los del Rey más de seiscientos, y los más españoles é italianos, quedando sus tercios bien mermados, lo que no fueron los otros por estar su alojamiento apartado del peligro; y los tudescos aprovecharon mucho en el manejar de la artillería para dañar las barcas de Anvers.

Este fue el último esfuerzo de los asediados y remedio que á sus miserias aplicaron; y caidos de ánimo, perdido el orgullo, humillada su altivez, comenzaron á tratar entre sí de las capitulaciones para rendirse. El Farnese, gozando la ocasion y no dándoles tiempo para respirar, encaminó parte de su gente contra la ciudad, y con mil quinientos infantes y cuatrocientos caballos y cuatro cañones marchó á tomar al Burgheroth; mas los defensores, desamparados, entraron en Anvers con algun daño en el alcance. Recobraron tambien el castillo de Stinchenfort y el de Bergheiasof, Cantacroy, Laterna y Estalensof, presidiados en torno de la ciudad, asegurando la campiña, y quitándola buenas comodidades, y del todo la esperanza de socorro. En la retirada que hizo la caballería del Rey á Estraboech, guiada del Marqués del Guasto, á quien despues de la muerte del de Rubais habia dado el gobierno el Príncipe, fue acometida de cuatrocientos caballos de los rebeldes, que sacándolos de las guarniciones de Zoomberghe, los puso en celada el capitan Bachio, inglés, tenido en aquella guerra por avisado y pronto en el executar, y combatieron sin inclinar la victoria á parte alguna; mas despues que el Marqués, que iba en la retroguardia, porque ninguno se desmandase marchando, echó delante dél otros caballos, y por su presencia pelearon todos y con mayor ímpetu cargaron sobre los ingleses, no pudieron ser iguales en el combate, y desordenándose, con algunos muertos y heridos fueron rotos. El capitan Bachio y un hermano, su lugarteniente, quedaron presos, y tratados noblemente les dió libertad y sendos caballos y espadas, con que no habian de servir más en la guerra contra el Rey Católico.

En el fin de Junio vinieron á tratar de acuerdo embaxadores de Anvers,

y volvieron con buenas esperanzas. Entretenido el pueblo con ellas, era retenido el efecto de la ambicion de los de su gobierno, y enviaron á matar al Príncipe, y el asesino fue preso, y atormentado confesó y fue justiciado. Salió el Conde de Egmont de la prision, en cambio de Mos de Lanua, con promesa de no servir contra el Rey de España, so pena de pagar cien mill escudos, y fue asegurado del Príncipe de Bearne con los bienes que poseia en Flándes, y del Duque de Lorena, á quien dió en rehenes un hijo; pero usó mal desta cortesía contra el de Lorena y el de Guisa, que trabajó mucho en su libertad, dándoles mala recompensa, como en su lugar escribirémos.

Algunos dias ántes deste, de veintiocho de Mayo, el Farnese, viendo en lo anegado de Ordan firme aquella gran máquina con tres piezas, desde el dique maestro comenzó á batirla sin efecto por la distancia. Habia muchas barcas en torno del monstruoso navío para deshacerle, como se vió despues, y acomodarle, porque sirviera su ingenio, y huyeron viendo cercanos los bajeles de vela y remo del Príncipe, y así mandó que en seis galeotas bien armadas fuesen á reconocerle muchos caballeros con el Conde de Manzfelt, que despues de la muerte del Rubais gobernaba las armadas, y Cárlos, conde de Aremberghe, y el conde Hércules Bebilacqua, ferrarés, é Hipólito Bentivoglio, marqués de Gualtiere, italianos ventureros, En el bajel donde iban tocó fuego en un barril de pólvora, y á muchos voló en el aire y otros murieron allí. Tambien el Conde de Bebilacqua voló con el ímpetu de la llama y cayó en el agua, y se salvó á nado, abrasada la cara como el de Manzfelt y otros. Hallaron la máquina yerma, porque los de Anvers, menesterosos de soldados, la desampararon, siendo inexpugnable á los católicos, que no tenian baxeles que pudiesen llevar artillería para combatirla, y áun á sus golpes hiciera larga resistencia. Avisaron al Príncipe del caso, y fué á ver la construccion y artificio maravilloso del navío, casi en figura cuadra, y tan ancha que daba plaza por cada lado á seis cañones de batir, y en medio dellos, dejando conveniente espacio, habia casas de tablones bien firmes, con vigas trabadas, llenas de gumenas, lana, algodon, tan apretadas que resistieran golpes de gruesa artillería, y podian estar vituallas, municiones y hombres de servicio y combate. Encima desta cubierta cercana á la agua habia otra con parapetos de tablones, á prueba de mosquete, para cubrir mil quinientos arcabuceros, y tenía escutillones bien capaces por donde respirar el humo y el ímpetu del aire herido de los cañones. Tenía dos árboles, y encima de las gavias lugar para cinco ó seis tiradores cada uno, asegurados de parapetos de gumenas para arrojar fuegos artificiales. Costó cuarenta mil florines de oro, y salió maravilloso el dañoso instrumento por el juicio del architecto, é inútil por mala advertencia de los que le emplearon. Dexó el Príncipe soldados en su guarda y oficiales que le deshiciesen para servirse de su materia.

Discordes entre sí los de Malinas, estuvieron dispuestos para que Monsiur de Rosiñolo pudiese mucho mezclado con ellos y tratase de su reduccion, y habiendo el Príncipe enviado á Mos de Renthi con infantería y caballería para concierto con el Rosiñolo, Mos de Famares, su gobernador, entregó la ciudad y recibió la guarnicion del Rey, capitulando principalmente que el Príncipe recibia los ciudadanos en la gracia del Rey, con que fuesen buenos católicos, y el que no, vendidos sus bienes saliese de las tierras del Rey; pagasen lo que del sueldo habian de haber doce compañías de su guarnicion y saliesen sus armas, ménos las seis que dejaron en servicio del Rey. En la noche siguiente vinieron con el rellnxo por el Escault desde Lillo otras naves armadas con fuegos artificiales, y dañaron poco, quitando la esperanza á los holandeses de liberarse del asedio con tales invenciones.

De la hambre muy apretados enviaron al Farnese al burgomaestro Aldegonda, Guillermo Merode, Guillermo (1) Schoohoven y Andrea Hesels á tratar de acuerdo, sin autoridad para efectuarle. El Príncipe les dixo era muestra no inclinada á la paz, sino á reconocer el exército y su disposicion y fuerzas; y tanto más porque pedian libertad de conciencias, aborrecida y nunca concedida del Rey. Acaricióles y regalólos mucho en banquetes por seis dias, y volvieron á su ciudad, donde, bien examinado el estado de sus cosas, formados con pública deliberacion algunos capítulos y firmada la facultad para concluir el tratado, enviaron al Príncipe veinticuatro embaxadores, y concediendo y negando algunos, se efectuó con estos apuntamientos:

Pónense en la obediencia del Rey, como Duque de Brabante y Marqués del Sacro Imperio, supremo, verdadero y lexítimo señor príncipe natural, como lo fue siempre, renunciando todas las Ligas, tratados y confederaciones, que durante las alteraciones hicieron en perjuicio de su Majestad; y su Alteza recíprocamente, en contrario, en su nombre los recibe y tratará con suavidad y paternal afecto, como buenos vasallos, requiriéndoles á los demas de Brabante para que vivan con las otras ciudades amigablemente debajo de la obediencia de su Majestad, como ántes de la guerra.

Para quitar toda desconfianza concede perdon general y perpétuo á cualquiera ciudadano y habitante presente y ausente de la ciudad, y á todos los que se hallan en ella en general y en particular, sin exceptuar persona, de todos los excesos y desórdenes, aunque sean de lesa Majestad, cometidos durante la sublevacion, y no serán por ellos vituperados, sin castigo de públicos perturbadores de la paz, ni los muertos, porque á su memoria ni

(1) Estrada le llama Juan.

herederos no se ha de injuriar, acusar ni molestar; ni los fiscales ni ministros reales irán contra las sentencias dadas en favor ó en contra de sus bienes, y serán restituidos los que privadamente fueron quitados, y aprobadas las sentencias y elecciones de los ministros del Consejo hechas por los burgomaestros, cónsules y colegios, ni serán reconvenidos por deudas y acciones y obligaciones hechas en el exercicio de su magistrado. Los que salieron por inducidores á la rebelion de las otras ciudades, andando de una en otra, y fueron perdonados, salgan de Anvers y de todas las provincias del Rey; mas á su peticion queden en ella seguramente quiriendo, y si no puedan llevar sus bienes, con que no militen ni hagan en perjuicio de su Majestad ni contra la pública quietud.

Todos los que se retiraron á Anvers, ántes de la reconciliacion de Henault y Artois, libremente tomen posesion en la de sus bienes feudales ó alodiales en todo el dominio de su Majestad, no obstante cualquiera confiscacion, venta ó enajenacion hecha en contrario, sin licencia ni otra provision más que la facultad deste concierto presente de la paz, y lo mismo se entienda de las acciones y créditos que se mantienen y de que su Majestad no hubiere primero dispuesto diversamente, con que parezcan los ausentes dentro de tres meses, en que han de ser comprehendidos los labradores y menestrales de Brabante, que huyendo de la guerra vinieron á Anvers.

Porque su Majestad no quiere hacer á Anvers ménos populosa, siendo tan principal, y mantenida del comercio y mercancía, concede que dentro de cuatro años sus moradores, viviendo sin escándalo y sin desórdenes pacíficamente, elijan vivir católicamente ó salir della, disponiendo de sus bienes y muriendo en las tierras del Rey valga su testamento, y se restituirán en ellas los bienes á los prelados, colegios, cabildo ó monasterios y hospitales, y á los que en las tierras rebeldes hubieren tenido la voz del Rey, eclesiásticos ó seglares, personas públicas ó particulares, que estuvieren en países neutrales, y puedan venderlos ó disponer dellos, como ántes de las alteraciones. La resolucion del reedificar edificios, casas y templos será reservada para la entrada del Príncipe en Anvers, donde nombrará comisarios para su juicio y execucion. Porque no ofenda su vista, los prisioneros de una y otra parte sean restituidos libremente, exceptado Mos de *Teligni*, hijo de Mos de Lanua, más intercederá con su Majestad para que se tome acuerdo en su libertad, como intercedió por la de su padre. Le entregarán toda la artillería, municiones, bajeles de guerra de la ciudad, y recibirán guarnicion de dos mil infantes y dos compañías de caballos, alojados con la menor descomodidad de los ciudadanos; y promete que si los de Holanda se reconcilian con su Majestad, no habrá castillo ni guarnicion en Anvers; mas no sucediendo, dispondrá la seguridad con intervencion del Magistrado, y de que saldrá de Brabante la gente de guerra que en él man-

tiene para recuperar el patrimonio Real, no para su molestia y daño; y aunque justamente podria sacar de Anvers la costa de la empresa, se contenta con cien mill florines para socorrer el exército, que ha trabaxado con gran fatiga tantos meses en aquel asedio; y perseverando el Aldegonda en asistir á los holandeses, jurará de no tomar las armas contra su Majestad en un año entero.

Firmáronse en Beveren, á diez y siete de Agosto, del Príncipe y de los comisarios de Anvers, de quien era principal Aldegonda, burgomaestre ó cónsul de la ciudad. Luégo restituyeron las armas de su Majestad en los lugares públicos, fijadas con todas las ceremonias y honores debidos y demostraciones de contento. A veintisiete entró el Príncipe, llevando delante veintisiete banderas escoxidas de todas las naciones y tres compañías de caballos, gran número de señores; y en la Puerta Cesárea se le presentó en triunfal carro una doncella, acompañada de otras muchas hermosas, lucidamente adornadas, que representaban la ciudad, y le ofreció las llaves. Habia en algunos pasos arcos con colunas y estátuas de curiosa significacion en su alabanza, y otras alegres invenciones en las calles y plazas, parte á la costa pública y parte á la particular de las naciones que allí negocian, especialmente de los genoveses y portugueses, con aclamaciones de felicidad y victoria, con general concurso del pueblo; y en la iglesia catedral entró á dar gracias á Dios con el himno diputado para ello, y pasó al castillo, donde se le tenía prevenido alojamiento. Ordenó algunas cosas y suspendió la reedificacion de la parte del castillo asolada, hasta ver si los holandeses entraban en la paz de Anvers. Puso buenos católicos en el Magistrado; hizo restaurar los templos y restituir la misa y ceremonias romanas del Oficio divino, y que el Arzobispo de Malinas celebrase de pontifical y anduviese en la procesion del Santísimo Sacramento, que se hizo con gran solenidad de luces, música y acompañamiento, vertiendo muchas lágrimas de contento los católicos, viéndose en tal estado de verdadera religion y libertad civil y sin escándalo ni muestra de mal afecto de los heréticos, y que al antiguo esplendor y devocion era lo eclesiástico felizmente reducido.

Despues desta gloriosa victoria, de tanta importancia y consecuencia en los Países Bajos, que su memoria quedó en largas edades de admiracion y exemplo, para enseñar á la posteridad lo más selecto de las acciones militares, por haber guiado las desta empresa difícil tan magnífico y eminente soldado como el Príncipe de Parma, no quiriendo que un punto se resfriase el ardor de los valerosos soldados ni que la quietud los entorpeciese y con la seguridad hiciese ménos cautos, como á los de Aníbal en Italia despues de su gran victoria de los romanos en Cana, con el regocijo y lujuria corrupta su rigurosa disciplina, los distribuyó para tener apretado al enemigo, ya débil y espantado. Tambien atendia á disponer las cosas civiles, asegurando bien los gobiernos de las ciudades reducidas; reforzó y

basteció todos los presidios confines del enemigo, aseguró bien los pasos para que no le pudiese entrar ayuda de la parte de tierra, y quitarles cuanto fuese posible la comunicacion y entrada de Alemania por la navegacion del Rhin, disponiendo la recuperacion de algunas plazas ganadas por los herejes del Arzobispo, privando al nuevo electo de Baviera, especialmente de Nuys, ocupado del conde Nuenaro y del capitan Hermanno Clavet.

CAPÍTULO IV.

Mercedes que hizo el Rey á Alejandro Farnesio.—Juran los diputados de la Corona de Aragon al príncipe D. Felipe.—Los valencianos se quejan de la precedencia otorgada á los catalanes.—Expone el Rey las causas de la dilacion en reunir las Córtes.—Fallecimientos ocurridos durante ellas de personajes de la Córte y Cámara Real.—Terminadas, el Rey se dirige á Valencia.—Aconséjale Melchor de Yebra la formacion de una Junta que le ayude en el despacho de los negocios.—Personas que entran en ella.—Es relevado el Duque de Osuna en el gobierno del reino de Nápoles.—Sus últimos actos de gobierno.

Mucho alegró la nueva de la recuperacion de Anvers al Rey, que en Monzon estaba, y envió las gracias al Duque, y demas del Toison con que le habia favorecido, quiso satisfacer á su peticion con la entrega del importante castillo de Piazenza, cosa muy deseada de los Farneses y nunca concedida de su Majestad por consejos de sus más fieles amigos y ministros de Italia, ni del Emperador su padre. Mandó al Duque de Terranova, gobernador del Estado de Milan, que la entregase al duque Octavio, padre del Príncipe, y lo executó por medio de D. Rafael Manrique de Lara, conde del Burgo Lavezaro, señor de Villaverde, gobernador y castellano de Cremona, haciendo por escrito pleito-homenaje de fidelidad al Rey el Duque y el castellano en él con guarnicion de italianos, saliendo los españoles para entrar en Alejandría, y el recibo de la artillería, municiones y pertrechos que tenía de no poco valor, de que le hizo merced su Majestad.

El Conde de Sástago, virey de Aragon, y el de Miranda, gobernador de Cataluña, congregados los que habian de intervenir en las Córtes y los Consejos que en Zaragoza quedaron, juraron los tres reinos al Príncipe, aunque dispensando la edad, porque juró su padre en su nombre de guardar sus fueros y privilegios y que en la competente, conforme las leyes de aquel reino, haria por sí mismo el juramento necesario y acostumbrado.

Para este acto solemne fueron los brazos de todos tres reinos llamados por los porteros otro dia para la proposicion de las Córtes, de lo cual resultó decir el Arzobispo de Valencia, varon de gran autoridad y religion, al Rey, desta manera asistido de los de su reino:

«El mártes pasado, diez deste mes, nos enviaron á decir los tratadores, que vuestra Majestad tiene nombrados para que asistan en estas Córtes, que vuestra Majestad era servido venir otro dia á la iglesia de Santa María, para decirnos ciertas cosas tocantes á su servicio y para recibir los juramentos á los jueces de greuges, y que así nos dispusiésemos á nombrarlos; y aunque se ofrecian en esto dificultades, particularmente en el brazo militar, por concurrir tantos en él y haberse de hacer todo *nemine discrepante*, pudo tanto el deseo de servir á vuestra Majestad que, vencidos todos, se nombraron y juntamente con ellos los tratadores, que los brazos acostumbran eligir para ver y examinar los memoriales que se han de dar á vuestra Majestad; y porque gozasen más desta merced, donde hubo número de personas que fue en el brazo militar, no quisieron que fuesen los mismos tratadores ó jueces. Y aunque para presentar á vuestra Majestad las nominaciones señalaron otros dos caballeros aparte, tanto era el deseo que todos teníamos de presentarnos ante vuestra Majestad y con ocasion de algun ministerio acudir á sus Reales piés, donde habemos hallado siempre y hallamos benignidad y clemencia, que dióse en el dia siguiente noticia á los tratadores desta diligencia, y ellos nos dijeron que aquella tarde vendria vuestra Majestad. Y como siempre hayamos deseado y deseamos ordenar nuestras cosas de manera que se escusen molestias y se consiga sin ellas el fin á que habemos venido, que es el servicio de Nuestro Señor y de vuestra Majestad, bien y provecho del reino, ordenamos á nuestros síndicos que asentasen con los tratadores la forma que habia de haber, así en el llamamiento de vuestra Majestad como en nuestra entrada, que era lo que siempre se habia acostumbrado, precediendo Aragon á Valencia y Valencia á Cataluña. Los síndicos fueron todos juntos y á la vuelta nos refirieron que los tratadores les habian dicho que vuestra Majestad no nos haria agravio ni daria ocasion de queja, y que tornando segunda vez á refirmarse en esto mismo los habian despedido con decirles que fuesen seguros de que todo se haria sin perjuicio nuestro ni lesion del reino; despues de lo cual volvieron los síndicos cinco veces, así aquella mañana como á la tarde, acordando y repitiendo lo mismo á los tratadores, advirtiendo que el Rey no daria lugar á que se hiciese novedad, y segun nos refirieron siempre se les dió esta misma seguridad. Con ella venimos todos á la tarde temprano y estábamos contentísimos, esperando la buena y deseada venida de vuestra Majestad; y fue así que habiendo sido llamado Aragon nos apercebimos todos para seguirle, pero quiriendo salir á ello, entendimos que habia sido llamada Cataluña; de lo cual quedamos con gran admiracion y sentimiento

pareciéndonos era aquello muy diferente de lo que se nos habia ofrecido, y ser grave y notable la lesion que se hacía al reino, y así aunque fuimos llamados en tercero lugar no convino acudir. Este es el caso que sucedió en aquel dia, sobre el cual se nos ofrecen dos cosas que representar á vuestra Majestad. La primera, justificar la demostracion que hicimos de nuestra afliccion, la cual fue tan grande por no recibir bien y merced tan crecida como es gozar de la vista y presencia de vuestra Majestad; y pareciéndonos cosa indigna representarnos ante vuestra Majestad llenos de angustia y turbacion, siendo como es cosa tan debida á su Real acatamiento toda quietud y alegría, esta satisfaccion estamos muy ciertos aceptará vuestra Majestad, como aceptó el santo Moisés la de su hermano Aaron, cuando siendo por él reprendido, porque no se habia hallado en el sacrificio del templo, despues de la muerte de sus dos hijos, respondió: «¿Cómo habia yo de parecer delante de Dios con espíritu lúgubre y afli»gido?» Y dice la divina Escritura: «*Recipit Moises satisfactionem.*» Y pues vuestra Majestad como Rey representa la persona de Dios nuestro Señor en la tierra, justo era que nosotros guardáramos con vuestra Majestad esta misma regla, y nos abstuviéramos de parecer ante vuestra Majestad, no estando con el sosiego y contentamiento que han de tener los que merecen ser vistos por vuestra Majestad. Y esto lo estimamos en tanto, que por estar aún juzgamos este punto de que se trata de grandísima importancia, annque algunos lo quieran reputar por de poca, pues se trata en él de cosa que toca al asistir ante vuestra Majestad, en lo cual, no sólo tener el segundo ó tercero lugar, pero áun ser preferidos ó pospuestos en un paso y en un dedo, lo reputamos por cosa de grandísima estima y valor. Ofrécese hablando desto el honor y preeminencia del reino, y es ansí que nuestras honras juntas no fueran parte á que difiriéramos un punto el llamamiento de los ministros de vuestra Majestad, ni porque dejáramos de acudir á lo que por parte de vuestra Majestad nos decian, ántes deseáramos que fueran mayores para exponerlas á lo que en nombre de vuestra Majestad se mandaba. Tanta es y tan grande la veneracion á la sombra del nombre de vuestra Majestad. Pero la honra del reino, que no es nuestro sino de vuestra Majestad, esa no la podríamos olvidar sin nota de malos vasallos é indignos sucesores de nuestros antepasados, los cuales con tanto cuidado y diligencia ganaron y conservaron los derechos y autoridad, patrimonios de vuestra Majestad, lo cual estimamos en tanto que daríamos las vidas antes que dejarlo deteriorado á los que vendrán despues de nosotros; ántes pretendemos mostrar la mucha fidelidad que mora en nuestros corazones, esforzándonos cuanto pudiéremos en amejorarlo y acrecentarlo, porque así aumenten y crezcan en nuestras manos las cosas de vuestra Majestad. Y tuviera mucha razon vuestra Majestad de confiar poco de nosotros, si en esto nos dejáramos vencer; pues se pudiera justa-

mente creer que los que no han sabido ni querido defender la honra de su reino, ménos defenderian las tierras dél, siendo así que la honra se debe estimar en más que la hacienda, y el honor más que las posesiones y heredades. Bien veo que esto se podria satisfacer, diciendo que, aunque esto es verdad notoria y manifiesta, pero que en tanto debemos guardar la honra del reino en cuanto vuestra Majestad que es señor dél lo quisiere y mandare. Así lo confieso, suplicando á vuestra Majestad no crea que somos tan atrevidos que nos quisiésemos alzar con lo que es de vuestra Majestad; ántes reconociendo que si la tierra como nosotros somos de vuestra Majestad, estuvimos resueltos en obedecer sin réplica á lo que vuestra Majestad, despues de entendida nuestra pretension, fuera servido mandar, y así quisieron tres veces los síndicos entrar en la sacristía, donde vuestra Majestad estaba, á dar razon desto para seguir en todo y por todo el órden y mandamiento de vuestra Majestad, pero no habiéndoseles dado lugar á ello ni permitido que entrasen, quedamos sin poderlo entender, y así obligados como cristianos á no dar lo que no era nuestro, y como fieles vasallos á no permitir que el reino de vuestra Majestad, estando en nuestras manos, padeciese lesion y daño alguno, ántes se conservase en sus derechos y posesion. Esta nuestra determinacion tenemos por muy cierto que vuestra Majestad aprobará, pues entre los otros dones que nuestro Señor tan colmadamente ha repartido con vuestra Majestad, es uno la admirable justificacion y puntualidad con que trata los negocios, y por esta misma razon estamos muy seguros que vuestra Majestad nos hará..... (1) .....»

»En lo segundo que tenemos que representar, que es suplicar á vuestra Majestad sea servido de mandar reducir esta novedad, no permitiendo que costumbre tan antigua y posesion inmemorial sea perturbada ó inquietada, principalmente estando ella fundada en razones muchas y muy notorias, y observada así por vuestra Majestad como por todos sus antecesores con ordinarios y contínuos actos y exercicios, anteponiendo siempre en todos ellos el reino coronado de Valencia al Principado de Cataluña; aunque en ningun tiempo suele vuestra Majestad dar lugar á novedades, principalmente siendo con algun daño de las partes, en este tengo yo por muy cierto que no permitirá que se haga con el reino de Valencia, en el cual será perjuicio de los demas, y donde tiene vuestra Majestad vasallos fieles y leales, que merecen ser antepuestos á otros muchos, como lo han mostrado y merecido en todas ocasiones, y particularmente en esta en que ahora nos hallamos, dejando enderezar estas Córtes y los negocios dellas al servicio de Nuestro Señor y de vuestra Majestad, bien y utilidad del reino, que es lo que vuestra Majestad por su mucha cristiandad y rectitud

(1) Hueco en el original: parece que falta «merced» ó «justicia».

ha procurado y procura. Y en confirmacion y consecuencia desto, habiendo entendido de léjos que vuestra Majestad podria servirse de que nos dispusiésemos á jurar al serenísimo D. Felipe, príncipe y señor nuestro, al cual Nuestro Señor guarde por largos y felices años con salud y vida de vuestra Majestad, dice todo aquel reino que él lo hará cómo y cuándo vuestra Majestad dispusiere y mandare, y reputando por muy buena dicha haber tenido noticia desto, como lo desean tener de todo lo que vuestra Majestad piensa y podria ser servido para cumplirlo y executarlo, siendo tanta su fidelidad que no sólo lo que vuestra Majestad manda, pero aún lo que sospechan y barruntan que desea, han de procurar y procuran ponerlo en execucion con todas sus fuerzas y deseos, tambien quiriendo escusar á vuestra Majestad del trabajo, han ordenado que vengamos aquí los jueces de greuges á jurar, confiando de que vuestra Majestad en las ocurrencias que vendrán, mandará observar el uso y costumbre que acerca desto se ha guardado.»

»Estas dos cosas nos ha parecido representar á vuestra Majestad, confiados que las oirá y aceptará con la benignidad y clemencia que suele, lo cual humildemente suplicamos á vuestra Majestad.»

Su Majestad procuró dar toda satisfaccion á los valencianos, y así, proponiendo las Córtes, dijo por escrito á los dos reinos y principado:

«Han sido tantos y tan graves los sucesos de las cosas públicas y particulares que se han ofrescido, despues que el año pasado de mil quinientos sesenta y tres tuve Córtes en estos mis reinos, que aunque ninguna cosa haya yo deseado más que visitarlos muchas veces para rescibir y darles contentamiento, correspondiendo al grande amor que os tengo y fe que vosotros me teneis, no lo he podido hacer ántes de agora. Y aunque los dichos sucesos son notorios, y por esto se pudie excusar de referirlos, pero porque es justo que los entendais más distintamente, se tocarán aquí los más sustanciales que, encadenándose los unos con los otros, han sido causa desta tan larga ausencia y han impedido mi buen deseo, difiriéndolo, por lo que pudiera resultar en mayor beneficio de la cristiandad y destos reinos, que es á lo que yo principalmente he tenido siempre la mira, no habiendo dejado en esto medio, con toda vigilancia y cuidado que me ha sido posible, como Rey que tanto os ama, de ir previniendo todo lo que podrá ser conveniente, así á la conservacion de la religion y fe católica y obediencia de la Santa Iglesia romana, que en ellos, por la bondad de Dios, con tanta pureza se conserva y floresce, como á todo lo demas que tocaba al buen gobierno, administracion de la justicia y á la paz, beneficio, quietud, conservacion, seguridad y defensa dellos.

»Y así, teniendo siempre puestos los ojos á este fin, como propio de mi obligacion, y considerando luégo despues de las últimas Córtes los males, robos y daños que los turcos y corsarios del Peñon de Velez hacian en estas

costas y las demas de mis reinos, y lo que se pudieran aumentar dejándolos arraigar y fortificar allí, me determiné de inviar mi armada sobre aquella plaza, y así se hizo, y fue expugnada; de que resultó y resulta el beneficio y seguridad á estos reinos que se ve.

»Teniendo despues aviso que el Turco, enemigo comun de nuestra santa fe católica, venía con poderosa armada y exércitos sobre la isla de Malta, que es de la importancia que sabeis, y viendo yo cuán faltos estaban de socorro el Maestre y religion de San Juan para defenderse de enemigo tan poderoso, y que traia tan extraordinarios aprestos de guerra, queriendo obviar á tanto peligro y daño y volver por la causa pública, y lo que era tan en servicio de Dios, honra y reputacion de los príncipes cristianos, no solamente mandé proveer con tiempo de gente de guerra, vituallas y municiones, pero considerando el aprieto en que la tenian puesta, mandé juntar mi armada para socorrerla, como se hizo, forzando al enemigo á que alzase su exército con grande pérdida suya, de que resultó no ménos reputacion y honra á mis reinos que beneficio público á toda la cristiandad, quedando el Turco sentido y retirado deste suceso, viendo la resistencia que mi armada le hacía.

»Con el ánimo dañado que siempre ha tenido y tiene de perseguir á los cristianos, formó un poderoso exército para invadir las tierras del Emperador mi hermano, y casi al mismo tiempo los herejes rebeldes de Francia comenzaron á molestar á su Rey, mi hermano, y por no faltar á mi sangre, y principalmente á la causa pública de la cristiandad y de nuestra santa fe católica, les socorrí á entrambos, y con golpe de gente y dineros diversas veces al dicho Rey, lo cual le fue de tanta importancia, que por medio dellos, siendo General del exército su hermano, que hoy es Rey, venció en batalla á los rebeldes herejes.

»En este medio, habiendo sucedido los movimientos, alteraciones y turbaciones que sabeis en los mis Estados de Flándes, si bien con todo el cuidado y solicitud que me fue posible, procuré de quietar y pacificar con amor y blandura los males y daños que estaban presentes y prevenir á los que se esperaban, pero no pudiéndose alcanzar esto por la malicia y pertinacia de algunos que estaban infectos en las cosas de la religion, considerando la grande importancia de los dichos Estados y el daño universal que dello resultaria y podia resultar á mis reinos, á toda la cristiandad y particularmente á las cosas de la religion católica, que sobre todas me premen, me fue forzado con mano armada, no quedando otro remedio por probar, acudir á los dichos Estados, sustentando tantos años la gente y exércitos que sabeis y perseverar de entretenerlos, como al presente se hace, hasta acaballos de reducir á la obediencia de la Santa Iglesia católica romana y mia, como confio en Dios que se hará, siendo suya la causa.

»En este tiempo los nuevos convertidos del reino de Granada, valién-

dose de la ocasion de verme tan ocupado en proveer las cosas de Flándes y oponerme á las fuerzas del Turco, que tan poderosamente se armaba por mar, se rebelaron, como es notorio; y por obviar el daño que pudiera causar, me resolví de irme acercando á aquel reino y dar calor al negocio, que lo pudiera hacer importante la dilacion del remedio; y con haber yo ido en persona á la Andalucía, fue Dios servido que todo se remediase y pusiese en paz, quedando con la quietud y seguridad que convenia.

»Luégo tras esto, para divertir al Turco, que tan despierto está para danificar á estos reinos de España y á los demas, y por acudir á la causa pública de la cristiandad, por la cual, como católico Príncipe, tanta mayor obligacion tengo de volver y ampararla cuanto mayores mercedes he rescibido de la Divina Majestad, determiné de formar y recoger una muy gruesa armada de galeras y otros bajeles con mucho número de gente y los aparejos necesarios para que, juntándose en liga con la de su Santidad y la de la Señoría de Venecia, como se hizo, siendo capitan general della D. Juan de Austria, mi hermano, fuesen á buscar la del enemigo comun y la combatiesen, como lo hicieron, embistiéndola y reportando con el divino favor una de las más insignes y memorables victorias que en mucho tiempo se ha ganado, con grande gloria y honra de la cristiandad y singular renombre de mis súbditos y vasallos. Y aunque deste tan felice suceso pudiera yo sacar algunas utilidades particulares, las pospuse á las universales de la cristiandad; y ansí se continuó y prosiguió el año siguiente la liga comenzada, reforzando yo mi armada de todo lo necesario, y con esto se constriñó al enemigo, por no osar venir otra vez á la batalla, á que se encerrase y fortificase en sus fuerzas. Deshecha la liga, viendo yo que continuaba en acrescentar el número de su armada, para impedirle que no pudiese hacer daño á la cristiana y por otros disignios, fue necesario entretener la mia y reforzar de gente, vituallas y municiones todos los puertos y tierras marítimas, y tambien para conservar la paz de Italia, que con las disensiones de Génova estuvo muy á canto de turbarse y acabar de romperse, si yo no pusiera la mano en remediarlo con el cuidado que siempre he tenido de que dure allí la dicha paz, con lo cual ha sido Dios servido que se haya conservado por más tiempo de veinticinco años: cosa jamás vista en otros ni tanta apariencia de durar muchos más, mediante el divino favor, de que tan grande bien, utilidad y seguridad resulta á toda la cristiandad y buena parte á estos mis reinos.

»Asentado que hube las cosas susodichas y otras de mucha importancia, dí órden, con el deseo que tenía de venir á estos mis reinos, que se hiciesen las letras convocatorias para teneros Córtes, y estando ya firmadas y yo tan á punto de partirme, como teneis entendido, sucedió la jornada y muerte del rey D. Sebastian, mi sobrino, que fue bastantísima causa para diferir por entónces mi partida y que se hubiese de hacer rostro á las cosas

de Africa y quitar la ocasion á los enemigos de intentar algunas que hubieran hecho mayor la pérdida y prevenir otras que causaron novedad en los reinos de la corona de Portugal, como poco despues la experiencia lo demostró; pues llevándose Dios para sí al rey D. Enrique, mi tio, aunque los dichos reinos me pertenescian tan de derecho como es notorio, algunos sediciosos comenzaron á inquietarlos y procuraron favor y ayuda de naciones y fuerzas extranjeras, con intento de impedir ó alargar mi legítima sucesion; y por obviar á los daños que la falta de prevencion suele causar en semejantes cosas, fue necesario hacer los aparejos que son notorios y acudir yo en persona á negocio tan importante. Y por ser la causa tan justa, fue Dios servido favorescella, de manera que en breve tiempo se redujo y quitó todo; y despues se acabaron de vencer las islas de los Azores, con que tuvo fin la jornada y se vinieron á unir todos los reinos de España y las Indias, que por la seguridad y grandeza della, conservacion y aumento de nuestra santa fe católica y poderío, y poder mejor resistir y ofender á sus enemigos, ha sido de grande importancia.

»Dejando yo las cosas de aquellos reinos en el estado que habeis oido y jurado en ellos en mi ausencia y con mucho contentamiento al príncipe D. Felipe, mi hijo, traté de disponer las de mi partida para éstos, y si bien mi deseo era de venir en la misma hora á visitaros, pero por la ausencia larga que habia hecho de los de Castilla y la necesidad de componer algunas cosas en ellos, y tambien para jurar por los naturales de aquella corona al Príncipe mi hijo, como lo hicieron con grande demostracion de amor, fue necesario detenerme en ellos hasta agora, aunque no se trataron con tanto espacio como lo requeria la calidad é importancia de los negocios, por acudir á los destos mis reinos; y por lo mucho que yo os amo he querido traer en mi compañía al Príncipe mi hijo, aunque es de tan poca edad y tierno y delicado, para que él y vosotros os conozcais, y desde luégo él os cobre la aficion que yo deseo que os tenga, y vosotros recibais el contentamiento que no dudo habréis tenido de verle. Y esta misma aficion me movió á que tambien truxese á mis hijas y que se celebrase en ellos el casamiento de la infanta doña Catalina con el Duque de Saboya.

»Y pues de lo que está dicho tendréis entendido las causas justas que se han ofrescido para no haber yo podido ántes de agora visitar estos mis reinos, habiéndolo deseado tanto, el discurso y progreso de mis causas, el estado presente dellas y de las públicas de la cristiandad, sólo queda rogaros y encargaros que, pues mi principal intento de visitaros es hacer oficio de padre, señor y Rey natural vuestro, y como tal y que tanto os ama, tratar vuestro bien público, buen gobierno destos reinos y quitar las ocasiones que pueden causar contenciones, discordias y malas voluntades, y facilitar que se vea en ellos con la justicia, paz y reposo y quietud que conviene, vosotros, como tan buenos vasallos, os dispongais á mirar y tratar de

todo lo que á este propósito y mi servicio conviniere, y os persuadais que por todo lo que está dicho y lo demas que os tocare y fuere de vuestro beneficio, el cual siempre tengo por propio mio, hallaréis en mí toda la voluntad que podeis desear, como lo merece vuestra grande y antigua fidelidad y el entrañable amor que siempre me habeis tenido y sé que me teneis.»

Prosiguieron las Córtes, y con la descomodidad y apretura y sitio malsano, adolecieron tantos que murió la mitad de los de la capilla del Rey, muchos de los guardas y criados del Rey, de la cámara, casa y caballeriza y de la Córte, y entre ellos el Marqués de Aguilar, cazador mayor, del Consejo de Estado; D. Lope de Figueroa, del de Guerra, ilustre por sus hazañas; el secretario Antonio de Eraso, hijo natural del gran secretario Francisco de Eraso, bien visto de su Majestad, ministro de buenas partes y no mejores esperanzas; D. Pedro de Guzman, caballerizo de sus Altezas, del hábito de Santiago, natural de la villa de Ocaña; el arzobispo de Zaragoza D. Andrés Santos, á trece de Noviembre, con gran sentimiento de todo el reino, habiendo tenido la dignidad poco más de seis años: fue inquisidor en Zaragoza y obispo de Teruel; varon de gran juicio, mucha prudencia, singular entereza de ánimo, pío, afable, amigo de sabios, de honrallos y premiallos, llevando con esto buenos sujetos al exercicio de las letras y virtudes, introduciendo general reformacion en el clero y destierro universal de la ignorancia; fue de los más cabales prelados y de mayor dón de gobierno que tuvo la Iglesia en su tiempo. Sucedióle el obispo de Segovia D. Andrés de Bobadilla y Cabrera, de la ilustre familia de los Condes de Chinchon, y hermano de D. Diego Fernandez de Cabrera, muy favorecido del rey D. Felipe II. Enfermó gravemente el Rey, y convalecido, los tratadores de las Córtes instaban con los reinos por su brevedad, mas los aragoneses no podian tenerla, porque el asiento de las cosas de las montañas de Rivagorza y castigo de bandoleros para la seguridad y comun sosiego detenia. Por esto nombró el Rey por Justicia de las montañas á D. Juan de Heredia, para que prendiese con gente armada y castigase los delincuentes; mas crecieron tanto, que su eleccion fue de poca utilidad, como adelante escribirémos.

Acabaron primero los valencianos y celebró el sólio el Rey; luégo el de los catalanes; mas los aragoneses no pudieron tan presto, porque su Majestad salió á Binefa (1), se conformaron y les celebró el sólio y caminó para Tortosa, embarcado en Ebro en Flix, y con tiempo llovioso, muy de noche aportó á Mequinensa, tan derrotadas las barcas que para llegar á la posada le dió claridad una sarten llena de tea ardiendo en Tortosa.

(1) Faltan palabras.

Honró con el Toison al Duque de Cardona, y en el dia de San Anton entró en Valencia, llevándole el Jurat en Cap á la diestra y caminando los otros dos luégo inmediatos al Rey, guardándoles sus privilegios y usos, como ya habia hecho en el año de mil quinientos sesenta y tres.

El maestro fray Melchor Cano (1), obispo de Canarias, fraile dominicano, que siempre entendió dar ayuda al Rey con sus advertencias de sabio y religioso varon, le suplicó mirase cuán agravado estaba de la edad, algunas enfermedades y grande carga de negocios, despues que hizo la union de la corona de Portugal á la de Castilla, y así le convenia elixir quien le aliviase; y pues uno solo no podria, encomendase á una Junta de tres ó más los negocios, repartiendo el consultarlos conforme á la naturaleza del reino y exercicios y oficios de cada uno, pues tendrian buena noticia dellos; con que evitaria la molestia del ver y despachar por sí mesmo tantas consultas, haciendo confianza de los que por opinion de prudencia destinó para que le aconsejasen en el gobierno de la monarquía. Executó su Majestad y eligió para que se juntasen para este ministerio á D. Juan de Zúñiga, príncipe de Pietraprecia, y D. Cristóbal de Moura, comendador mayor de Alcántara, y D. Juan de Idiaquez, del Consejo de Guerra, el Conde de Chinchon y el secretario Mateo Vazquez.

En tanto el Duque de Osuna, fenecidas en Nápoles las causas de los que tumultuaron á 8 de Mayo y mataron á Estarache, electo del pueblo, estando todas las galeras en el puerto, las que llevó D. Juan de Cardona á España, exonerado ya del oficio de general de aquella escuadra, y las de Sicilia que llevaron para su virey el Conde de Alba de Liste, señor prudente, incorrupto y muy gran cristiano, justició sesenta de los más culpados, y las cabezas de los más principales en jaula de hierro puso con inscripcion que manifestaba su culpa sobre un padron de piedra en la sillería, donde estuvieron hasta que las mandó quitar ántes de su partida de España en el año venidero, porque el Conde de Miranda, teniendo por sucesor en el gobierno de Cataluña al Duque de Maqueda, navegó á exercer su vireinato de Nápoles. El Duque disponia las cosas del reino para dejarlas en buena y corriente administracion al Conde y cumplia con las obligaciones de su oficio con tan maravillosa prudencia, providencia, reverenciable autoridad, que se puede decir dél en la mayor parte lo que por advertencia se puede á los Príncipes para elegir suficientes gobernadores, que sean tales que nada teman sino á Dios, ni esperen sino dél, fieles en el dispensar, rectos en el juzgar, en el consejo próvidos, en mandar discretos, en disponer industriosos, en la adversidad seguros, en la prosperi-

(1) *Sic* en el manuscrito, pero está evidentemente equivocado, porque Melchor Cano habia ya fallecido en 30 de Setiembre de 1560. Herrera, en su *Historia general*, dice fue Fr. Melchor de Yebra, de la órden de San Francisco.

dad devotos, en el celo templados, en la misericordia remisos, en el cuidado de su hacienda no congoxosos, ni de la ajena codiciosos, ni de la propia pródigos, en todas las cosas circunspectos; no desprecien ni agravien el vulgo, sino le esfuercen y alivien, y hagan temer á los poderosos, á los maliciosos y soberbios; opriman á los duros, redarguyan duramente, se hagan amables con palabras y obras, dando de gracia lo que de gracia recibieron, con entrada pacífica, salida no molesta, vida justa, presencia agradable, memoria en bendicion.

CAPÍTULO V.

Tratos y negociaciones en Francia para evitar la guerra civil entre liguistas y hugonotes.—Los dos partidos se previenen para la lucha.

En Francia, sabiendo la muerte del pontífice Gregorio XIII, los confederados enviaron á Roma al cardenal de Vaudemont, como el Rey al de Joyosa, no tanto para hallarse en la eleccion del sucesor como para ganar su gracia y la voluntad del Consistorio. En tanto Enrique de Valois, que via cercanas las que tenía por enemigas armas y que no estaba apercibido en su contra, para entretener los coligados hasta que los extranjeros de su sueldo llegasen, envió á la Reina de Inglaterra á entremeter el trato de la paz y hacer que la entrada de los que asoldó la Liga se detuviese. Desde Esperne escribió al cardenal de Borbon y á los demas de su parcialidad, recoxidos en Rens, y fueron á oir su embaxada. Hablólos con humanidad y cortesía, y su negociacion fue con el Duque de Guisa; dió cartas del Rey llenas de agradables palabras para que desistiese de la empresa, y de amenazas si no lo hiciese. Respondió convenia asegurar la religion católica y su familia amenazada de su hijo y de los huguenotes; pidió tiempo para escribirlo al Rey y la suspension de las armas que fue otorgada por tres dias no más, y volvieron á Rens los coligados con el Cardenal, y el Duque por no perder tiempo fué á Verdun, donde recibió juramento de todas las órdenes, porque Guitault que envió ántes, habia con alguna fuerza de armas expelido al señor de Ludieu, lugarteniente del Rey, á quien mandó no dejase entrar en la ciudad al Guitault, sino que le prendiese ó matase. El Duque volvió á Rens publicando quejas, por haber entendido por una carta que envió á Verdun el Duque de Espernon escrita á Ludieu para que le matase ó prendiese. Halló un correo de la infanta Margarita con aviso de cuanto se maquinaba contra él y contra ella, y cómo se retiró á Gian huyendo sus asechanzas con buena guarnicion, para conservar la

plaza en nombre del Duque, porque la ponia con su persona en su proteccion. Tuvo relacion de las fuerzas con que le ayudarian los señores de San Luc, Lansac, Lussan, y de las tierras y castillos que tenian, y de que Burgh y el castillo de Trompete de Bordeos estaban á su devocion.

El Marechal de Biron se entretenia sin declararse para guiarse por el evento de las cosas, y les dañaba mucho, porque armándose el Marechal de Martinon en su contra y Enrique de Borbon, sólo podian defenderse, y así los asistiese uno de sus hermanos con golpe de gente, porque estando en aquella provincia la mayor parte de los huguenotes, mostrarian al mundo que el celo de la religion solamente los inducia á juntarse en su amparo y con su presencia muchos se animarian en su favor, y siendo cosa de gran consideracion por sí misma y por haberse comenzado á tratar de la paz con la Reina, no se tomó resolucion luégo en ello. Esperaba el Rey que su madre ganaria en esto tiempo bastante para armarse, mas aflixíale haber el señor de Biron, que tenía el castillo de Montagis por la Duquesa de Nemurs, hecho declarar la tierra por la Liga, con que del todo quedaba París asediada, y quitada la ciudadela de Leon por los vecinos al señor del Passage que la guardaba por el Valeta, hermano del Duque de Espernon, porque el señor de Mandelot mal sufria mandase en ella quien no dependiera de él; y para que executasen, llamado para tratar cosas importantes al Rey, le entretuvo, hasta que se aporderaron del todo de la fuerza los naturales, que poco despues la asolaron, y fue preso y traido á Verdun el señor de Schonberghe, que iba á traer á su sueldo raitres de Alemania por la gente del Duque de Guisa. Para que no se perdiesen Tul y Metz envió con algunas compañías de caballos é infantes desde París á Ullot Moncasin, mas sabiendo estaba Tul por el Duque de Guisa y que su gente venía á combatirle, caminó á Verte en Chialon, donde estaban los coligados á ofrecerle su persona y la ocupacion de la ciudadela de Mezt, porque su autoridad podia mucho en ella. Maravillado de su resolucion, le hizo sospechoso de engaño y no buen proceder de buena voluntad, que tuviese al Duque, habiendo sido claramente su enemigo, como primo del Duque de Espernon, su bienhechor y honrador y su confidente de los secretos y negocios más importantes, y no poder esperar por este camino cosa que le pudiese inducir á dejar las pretensiones y honores que tenía del Rey.

El Duque probó su ánimo enviándole á la empresa de su oferta. Dolióle el aviso del mal suceso del trato de Marsella por no haber socorrido al temerario ó temeroso cónsul Darles, ahorcado los señores de Buis y de Sos y haber aprisionado al de Vagliac el Marechal de Martinon, inducido á salir de su castillo para darle cartas del Rey, porque con la pérdida de los dos se hacía difícil meter en Bordeos al Marechal de Biron, porque con su presencia y alguna suma de escudos estuviera á la devocion de la

Liga. Por esto enviaron luégo al Abad de Avernás á ofrecer al Biron el dinero prometido, si cumplia su palabra de declararse luégo por ellos, y no quiriendo, procurase traer á su parte al de Martinon con buenas condiciones y de mantener sus amigos en la buena fé, porque la voz del trato de la paz no los perturbase.

La Reina, con la respuesta del Rey, se abocó en Thierry, lugar del Obispo de Chialon, acompañada del Duque de Lorena, que se mostraba neutral, del Duque de Rezt, del Arzobispo de Leon, de los señores de Lenoncurt, Chialars, Lausac, Miron, médico del Rey, y Pinart, secretario, que intervenian con la Reina en los consejos, con el Cardenal de Borbon, el Cardenal y Duque de Guisa y otros muchos, á quien significó queria su hijo que no hubiese en su reino sino sola una religion, mas estaba la dificultad en hacerla obedecer, no teniendo dineros para forzar los heréticos con las armas, como bien sabian, y que los empleados hasta entónces en su contra aprovecharon poco; si el mejor camino sabian para el buen fin, le propusiesen y la seguridad que deseaban juntamente, porque el Rey los siguiria. Tomaron tres dias de tiempo para rèsponder, y deliberando sobre la propuesta pareció á unos se siguiese enteramente el manifiesto, porque alterándole, mostrarian facilidad y otro fin del que publicaron; á otros, que en algunas cosas particulares no mudaria la sustancia alterar algunas circunstancias; bastaba asegurar la religion para proceder siempre bien y que en lo porvenir no pudiese engañarlos el Rey y meterle en tal desconfianza con los huguenotes que jamas dél se fiasen en cosa alguna; no convenia declarar los medios de sacar dinero, porque sería mal entendido y difícil de asegurarse, habiéndose de agravar el clero y el pueblo, por cuyo alivio declararon haber tomado las armas, y contra sí concitarian el ódio universal.

Formaron cerca desto algunos capítulos de la seguridad de la religion, que llevó al Rey su médico Miron y Villequier, y en los demas se remitieron al manifiesto. Pidió la Reina no entrasen en ocho dias soldados extranjeros, y pidiéndole que hiciese detener los del Rey, y respondiendo que no podia, el Duque de Guisa partió á recibir su caballería y la infantería alemana, que estaba cuatro leguas de Verdun. Allí entendióse asoldaban diez mill zuiceros para el Rey, aunque decian eran sólo para la guarda de su persona, con expreso mandato de los superiores, que no militasen contra los Príncipes católicos ni contra su religion, y empleándolos en su contra volviesen á los cantones y no se arriesgasen en batalla.

Aunque la nueva parecia buena, dió cuidado á los de la union por considerar que, si los dejaban pasar á la plaza de la muestra y á París, el Rey no sólo sería reforzado tanto, mas creceria su reputacion y á ellos se quitaria el poder encontrarle, en que consistia la guerra, estando los zuiceros en su defensa, y tanto más que los satisfaria con una simple declaracion de

querer sólo la religion católica en su reino, y determinaron de impedirles la muestra y de romperlos ántes que todos entrasen; mas por no irritar á sus superiores, para que mudasen de voluntad, despacharon prácticos á informarse é inducirlos á retener sus banderas, y al Duque de Mena á ocuparles la plaza de la muestra é impedir la entrada, quitando las vituallas ó peleando valerosamente, porque importaba que no arribasen á París.

Llególes aviso cómo el canton de Lucerna se excusó de hacer leva para el Rey, y los de Suisvriczuch y Ondreval volvieron el dinero á sus embajadores y se declararon por los confederados, porque no eran las armas contra su Majestad, sino en favor de la religion. Sintiólo gravemente Enrique, porque via poco ménos rota su confederacion y recelaba su imitacion en los demas cantones, y perdido su respeto darian entrada á la liga con otros príncipes grandes, con que se le impedia más cercano y mayor socorro, en que tenía su principal estabilidad. De otros cantones sacó la gente, y marchaba apriesa á dar la reseña y unirse; por esto dijeron los de Guisa á la Reina, por el señor de Meneville, que si no hacía detener esta gente y resolvia lo propuesto, con que ganaba tiempo para que su hijo se les aventajase, entreteniéndoles con crédito imaginario para que cayesen en la boca del lobo, meterian sus alemanes y asoldarian más extranjeros; y teniéndolos con réplicas ordenó el Duque á su hermano el de Mena tomase la plaza de la muestra de los zuiceros y los destrozase pasando á Francia, pues todos eran heréticos, porque el Duque de Joyosa lba por el Rey con infantería y caballería á recibirlos y conducirlos. Hizo llegar á Beolici, confin del reino, sus alemanes, porque pisándole primero no dixesen lo fue en romper y faltar la fe, y que el de Aumala, con sus soldados de Picardía, asegurase los lugares cercanos á Troya, para que se hallase en el medio de los zuiceros enemigos y de París para cortarles el pasaje.

La Reina, que previó que la plática de concierto y respuesta del Rey incitaria los coligados á la guerra, y sabía que no podia resistir, y el pueblo de París no sería en su favor, y eran divisos sus consejeros, y que la mayor esperanza tenía en ella de que efectuaria la paz con su autoridad, prosiguió en la plática, y llamó los coligados y les ofreció otras condiciones, en apariencia aventajadas para ellos, y examinadas eran las primeras y no las admitieron.

En tanto los del Rey dijeron al Cardenal de Borbon ser cabeza de la Liga sólo en apariencia, pues los de Guisa tenian en su mano las armas y las deliberaciones, y los seguia el pueblo por la autoridad que él les daba y su buena fe, como primer Príncipe de la sangre, medio por donde procuraban dividir á Francia, desamparase los enemigos de la casa de Borbon, que le dexarian por su interes cuando esperase le pondrian la corona muriendo el Rey; mirase que lo era suyo y de su sangre, y que no eran tales las fuerzas de los coligados como las engrandecian, para resistir á tantas

gentes como venian en favor del Rey; no sabian cómo podria excusarse con Dios y con el mundo, cuando su Majestad manifestase estaria con ellos en defensa de la religion que no fuese esta liga rebelion, y por esto no inclinaban á la paz; no aguardase para volverse al Rey haberlo ofendido, de manera que no pudiese por su reputacion dejar de castigarle. Vaciló el Cardenal, y los coligados, tomando tiempo para confortarlo, se inclinaron á tratar del acuerdo con nuevas capitulaciones.

Enviólas á su hijo la Reina con el Miron, y ellos se retiraron á Chialon, donde habiendo entendido que el señor de Mandelot dió paso por Leon á los zuiceros del Rey y que el de Espernon partió de París á recibillos, podia él pasar á tomar á Montagis, ordenaron que el Duque de Aumala abreviase el llegar á Troya y Chatothieri para ir á París, ó á cortar el paso á los extranjeros, ántes que se juntasen con el Duque de Espernon. Comenzaba á temer el Rey, desconfiado de la mayor parte del pueblo, y porque no sería superior á los enemigos arriesgando todas sus fortunas, y los de la Liga temian la falta de dinero, aunque no habian llegado los tudescos, y no vian reducidas al efecto las promesas, y principalmente del Rey de España, principal fundamento de la Liga, temiendo los gritos de los soldados y pueblo por los daños que por esto padeceria, protestaron á los ministros del Rey Católico y le enviaron embajadores, y en Alemania á Prelados y Príncipes católicos, pidiendo ayuda y rogando que entrasen en tan santa union y considerasen la importancia de su causa, y que el remedio de los inminentes daños sólo podia la guerra darle enteramente.

Reintegrado el Cardenal en su buen ánimo de favorecer la Liga, y sabiendo la resolucion del Rey que traia el Miron, resueltos en no admitir sus condiciones, manifestaron por escrito con juramento de que jamas tuvieron otra intencion sino de servir al Rey y obedecerle, como harian toda la vida, y mucho más despues que mostró su buen celo en la declaracion que hizo de querer establecer sola una religion en Francia. Mas si no pudieron conseguir en largo tiempo tanto bien con tanto derramamiento de sangre, ménos podrian ahora sólo con un edicto, por más promesas y amenazas que contuviese, por estar muy introducida la inobediencia de los bandos y desprecio de las penas para la general satisfaccion. Reiterase el juramento de su coronacion en el Parlamento de París delante de los Pares y oficiales de la corona, y la promesa que hizo en los Estados de Bles de morir en la defensa de la religion católica, y hiciese por fuerza restituir á los heréticos las plazas fuertes que retenian contra el asiento último de la paz. Dejase la proteccion de Ginebra, contraria al deseo de extirpar la herejía, quitando su fomento y semilla de tanto daño. No podian los católicos estar seguros con el edicto solamente, cuando los huguenotes traian soldados extranjeros; los sacase de sospecha y peligro con las fuerzas de la Liga, con que sería el edicto obedecido, el servicio de Dios reintegrado, y

su Majestad de sus vasallos respetado. Tenian algunas plazas para no quedar expuestos al furor de los contrarios; no quieren más seguridad que la de su gracia y dejarán las demas, siendo su fortaleza la de su inocencia y buena voluntad de los buenos para mostrar cuánto deseaban el servicio de Dios y de su Rey y bien público; dejarian en sus manos los cargos con que los honraron él y sus predecesores, y se retirarian á vida privada.

La Reina no quiso enviar esta escriptura al Rey, por mucho que se lo suplicaron, y esparcieron sus copias para que alguna llegase á sus manos, y las enviaron á sus amigos, diciendo fue la intencion de sus adversarios de desunirlos, cuando deseaban la paz, y quisieron certificar su inocencia y santa intencion y la inexpugnable dureza del Rey en no darles seguridad para sus amigos y la diligencia con que atendian sus enemigos aparte de sus intentos, la inseparable causa de religion para hacerlos odiosos al mundo y su determinacion en morir en tan santa empresa como verdaderos siervos de Dios y celadores de su honra y aumento de su gloria y del bien de Francia. Con la entrada de los extranjeros cercana la batalla, para evitarla procuró la Reina se capitulase la paz, y más diversos en las condiciones no pudo convenirlos ni hacer que los zuiceros, que esperaban, se detuviesen, hasta haber pasado adelante los del Rey, y ellos le dixeron que sin duda los dexarian si marchaban un paso más.

En tanto que Enrique se persuadia que los coligados aceturian las condiciones que les envió, quedó atónito al saber que la fortaleza y la tierra de Marcha estaba por la Liga, porque la pérdida no sólo era grave por sí misma, pero gravísima por quedar Metz asediada de aquella parte, ciudad principal para su seguridad y en la frontera; y porque cousiderando que no eran tan quietos los ánimos como creia, temia hiciesen lo mismo otras plazas y turbase la conclusion de la paz, envió á Metz cuatrocientos zuiceros, y entraron sin impedimento. Esperó el Duque de Guisa que Ulliot se la redujera, mas prendióle su hermano mayor para quitar la sospecha de que tenía con él inteligencia, y despues que le parecia que caia de la gracia del Rey el Duque de Espernon, su primo, quitóle el gobierno y dióle al señor de Sobole, simple capitan, y allí reveló la conjuracion de los dos hermanos, que poco le gozó, porque se averiguó la inocencia de Mos Casin, y la paz se trataba con resolucion de efecto con poca diferencia en las capitulaciones, procurando en ellas ambas partes su ventaja.

CAPÍTULO VI.

El Príncipe de Parma atiende á la seguridad de Anvers.— La Reina de Inglaterra se confedera con los holandeses contra el Rey Católico.— Prohibe éste el comercio con los ingleses y son declarados enemigos.— Progresos de Verdugo en Frisia.— Grave aprieto de los españoles en la isla de Bomel. —Ejército enviado á Holanda por la Reina de Inglaterra.

Eran tantos los heréticos en Anvers, que no pudiendo sufrir el ver su patria en poder del Rey, restaurar las iglesias y frecuentar y celebrar los divinos oficios y serles prohibido el uso de su nueva religion, salieron en un mes della casi cuatro mill familias, aunque tenian largo tiempo para elixir por las capitulaciones. El Príncipe de Parma, aunque ocupado en la restauracion del gobierno espiritual y civil, atendia á la seguridad de la ciudad y á quitarle toda molestia.

Con gran secreto envió al Conde de Manzfelt con doscientos italianos y trecientos españoles de la otra parte del Escault á juntarse con mill tudescos y mill valones del presidio de aquella frontera del enemigo para tomar el país de Vaas, los fuertes de Lifchensuch y San Antonio, porque sus presidios molestaban los villajes, y estando aún la armada enemiga en Lillo ancorada, se podia temer algun mal suceso. Alojóse á legua y media de Lifchensuch, y estando para saltar sobre el dique para atrinchearse y plantar su artillería, á los españoles é italianos que iban en la vanguardia cerca de lo anegado, un aguacero terrible los sobresaltó, maltrató, turbó é impidió el ir adelante.

Los holandeses solicitaron á la Reina de Inglaterra para que los ayudase á la defensa de sus provincias, porque si el Rey les señoreaba enteramente, no estaria segura de su acometimiento, en venganza de lo que en su contra maquinaba habia muchos años en su proteccion, y tuviese pié en aquellos Países, con que estaria dél tan segura que pudiese alargarse con las armas en su contra al descubierto. En favor de los rebeldes solicitaban á la Reina franceses y alemanes heréticos, para que los recibiese en proteccion y reforzase, porque el Rey Católico no los sujetase enteramente, amparando su religion como debia y asegurando sus Estados, teniendo en los de Flándes ocupadas las fuerzas de España. Deseábalo y detenía la el no romper la antigua confederacion que tenía con la casa de Borgoña, y al fin capitularon que enviase cinco mill infantes y cien caballos con un Capitan general á su costa, y acabada la guerra, los holandeses le pagasen los gastos

del primer año luégo, y el de los demas en cuatro, y para su cumplimiento tuviese en empeño en la isla de Zeelandia á Frisinghen, Ramechin y la Briele, y dos fuertes en Holanda presidiados de ingleses, saliendo el de los holandeses, y bien proveidos y artillados, con buen gobernador; recibiese por inventario lo que habia en ellos para restituirlo á su tiempo con las plazas, en pagando su dinero á la Reina, sin que las pudiese entregar á los españoles ó Príncipe enemigo de los Estados; quedase á los habitantes el gobierno sin mudar la forma presente, no teniendo los ingleses comunicacion con los enemigos; usasen de sus privilegios, sin contribuir á la Reina ni á sus ministros, no exceptando los soldados de las pagas de las contribuciones; los soldados á su tiempo jurasen de ser fieles á los Estados en el hacer la guerra y guardar la religion, quedando su exercicio libre, como en Inglaterra, en iglesias señaladas, sin mudar cosa alguna ni en el gobierno civil y militar; con su Capitan general entrasen en sus consejos de guerra otros dos caballeros ingleses á eleccion dél; no se creciese el precio de la moneda por la Reina ni Estados sin consentimiento de todos, ni ellos sin ella hiciesen paces, ni ligas con otros, ni con los enemigos acuerdos, ni su Alteza con el Rey de España ó enemigos de los Países, y que en la muerte de ministros mayores presentes propusiesen ellos otros y escogiese la Reina; en la armada de mar fuese igual el número de navíos por mitad, dejando á los de la Reina libre comercio de sus puertos y saca de caballos para Inglaterra (1), no más sus diferencias resolviese ella; y su gobernador y capitanes jurasen en manos de las órdenes de los Estados la fiel execucion de sus cargos militares.

La Reina, conociendo habia de ser mal admitida generalmente su proteccion de las islas y rompimiento con el Rey Católico, que jamas la ofendió, ántes contemporizó con ella en cuanto le fue posible, publicó un manifiesto con las causas que la movieron, que no fue ménos mal admitido por esto. Don Felipe prohibió luégo en España el comercio á los ingleses con arresto de sus navíos, contra el parecer de los más sabios, porque obligó á que la Reina abiertamente le hiciese guerra en mar y tierra desde luégo, en la manera que se verá adelante, habiendo declarado no tener su intento otro fin sino el amparo de los de su religion en las islas, y no romper la guerra á su Majestad Católica. Mas decian unos que el Rey lo hizo así por tocar tanto á su reputacion el no disimular y á la enemistad de la Reina y guerra secreta que le hacía y el impedir la recuperacion de sus provincias rebeldes, tomándolas en proteccion con notable daño de sus co-

(1) *Sic*: faltan palabras. Herrera, en su *Historia general del mundo*, parte tercera, explica así este artículo de la confederacion: «Que ofreciéndose alguna diferencia en algunas provincias y ciudades, de tal calidad que no se pudiesen resolver por derecho ordinario, la Reina y su Gobernador general y los Estados lo juzgasen.»

sas en Flándes; porque cuando estaban en el extremo de su caida y no les quedaba remedio á los rebeldes, los alentó con su socorro y refuerzo y los hizo más obstinados que jamás, respondiendo á los de Anvers que trataban de concierto para reducirlos á la obediencia de su Príncipe y natural señor, que querian guerra perpétua y tener por enemigos á los que tratasen de concierto con el Rey de España. Otros decian no pudo excusar el Rey esta declaracion enemiga por tratar de la defensa de la religion y para que no se le hiciese la guerra en su casa, y bien fuera muy importante el hacerla estando armado en mar y tierra para ofender al enemigo y defender sus Estados.

El invierno entraba algo áspero, y porque la gente del Rey por lo que padecia en el sitio y defensa de Zufent y su extrema necesidad con el gobierno del Verdugo estaba malcontenta, llamó al Tassis, gobernador de la villa, para que con el trigo que se pudiese hallar en la Tuvent, la proveyese, considerando no haber llovido en mucho tiempo y estar en fin del otoño, el Rhin y sus brazos de ménos fondo y más con los vientos orientales, le ordenó que buscase vado, asegurándole que le hallaria por la experiencia que tenía desto, desde que el Duque de Alba le envió de guarnicion á Deventer con el coronel Mondragon, y hallándole pasase y tentase por detras el ganar los fuertes que habia dejado el enemigo; y no pudiendo, entrase por la Veluva adelante, á executar las contribuciones que prometió y no pagaba; y reforzóle de gente.

Halló el vado y pasó, y proseguia en lo que le ordenó. Hubo dificultad en el pasar, porque ya venian tan grandes hielos por el corriente (1) que hicieron perder alguna caballería y la infantería iba en barcas y á ancas de los caballos, muy despacio y con gran trabajo. La niebla espesa impedia que los enemigos de los fuertes no los viesen, mas con el ruido enviaron cincuenta soldados á reconocer, y sentidos de los que primero pasaron, cerraron con ellos sin capitanes, porque todos estaban de la otra parte del rio, ocupados en hacer pasar la gente, y los encerraron en su fuerte, y con el mismo ánimo, ayudando los unos á los otros con las picas y alabardas, entraron y degollaron más de cien hombres. Viéndolo, aclarando el dia, los que estaban en los fuertes más cercanos y que se disponian para acometellos más en número, guiados de los oficiales, alzaron los sombreros para rendirse, y los de otros dos fuertes desamparándolos se metieron en otros dos que estaban en el rio abajo; y trujo artillería el Tassis y los sitió.

El Conde de Murs y el Wiliers salieron de Arnem al socorro con alguna caballería, por no tener infantería por la mucha que perdieron en el sitio de Zufent, y estar la restante en los alojamientos en Holanda y

(1) Del rio.

Utrecht para rehacerse; y así no hicieron efecto por esto y no poder pasar por no tener los hielos solidez y firmeza para sostener los caballos, y se rindieron los dos fuertes y otros ocho de aquel modo.

Con esto los del país vinieron en contribucion y púsose recibidor para ella, á satisfaccion del Tassis, en tanto que avisó Verdugo al de Parma, y el caballero Cicoña por su órden envió al comisario Gramay, porque le dijeron se aprovechaba de cuarenta mill tallares cada mes, siendo cierto que ántes gastó muchos en deshacer trincheas y fuertes de los enemigos.

Atendíase á proveer á Zufent y con trabajo por la guarnicion que metió el enemigo en Locchum y Desburgh; y estando Verdugo en Oldenzel, llegaron el conde Hernan de Berghes y su hermano Orswolt para servir al Rey, habida licencia y pasaporte de los rebeldes, segun lo concertado ántes. Significó Verdugo al de Parma que pues era Zufent la verdadera entrada para Holanda, nido de los rebeldes, si queria ver el fin de la guerra entrase en ella, y para hacerlo con más comodidad, tomase á Arnem, empresa fácil por estar señoreada de montañas, y reducidas Niemeghen y Desburgh, vecinas á ella. Pidió este parecer por escrito y enviólo con el capitan Frias, que fue y vino diversas veces hasta que le prendieron los enemigos.

Resolvió ántes sitiar á Grave y enviar al Conde de Manzfelt; y disponiendo Verdugo el de Arnem, envió al Tassis á levantar un fuerte cerca della, donde se divide el Isel del Rhin, en Isseloot, punta de los dos rios. A estorbar la fábrica salieron los de Arnem, y Aníbal Gonzaga, que tenía la compañía de caballos de Maximino Dubois, acompañado de infantería, los rompió y mató algunos, y entre ellos quedó mal herido el Conde de Solms, que fue despues gobernador de Holanda, y con buen juicio y nombre, retirado y curado de los de Arnem de más de cincuenta heridas mortales las más.

Tenía resolucion el de Parma, ganado Grave, de venir en persona con el exército á Nimeghen, y que Tassis y Verdugo hiciesen un fuerte cerca de un molino de viento, junto á Arnem, y él vendria por la Veluva de la otra parte del rio. En llegando Noriz con los ingleses á Holanda, el Conde de Murs y Martin Schenck entraron en el país de Geldres con buen golpe de infantería y caballería para ganar algunas tierras y quitar la comunicacion con Brabante á la Frisia. Era gobernador Mos de Altapena de Gheldres, ducado antiguo, que tiene al oriente á Wesphalia, al setentrion á Transiselana y seno de Zuiderze, y al occidente el estado de Utrech y parte del Condado de Holanda, del cual y del Brabante se distingue al mediodía por el Mossa, y confina con el Ducado de Cleves, que llega por allí hasta el Mossa y divide á Gheldres en dos regiones aunque no iguales. La mayor es la que habemos dicho, y comprende el Condado de Zuphent y los Estados de Velieve, Varube y Maespaal. Llámase Gheldres de

Gheldrussa, lugar antíguamente en la ribera del Rhin, ó del castillo Gheldre, donde ahora es la villa Pongeldert. Son los gheldreses por la mayor parte sicambros, que en tiempo de Julio César habitaban allende el Rhin, más abajo de los Ubios en Wesphalia, donde es Durberg y el rio Rura, que entra cerca de allí en el Rhin y el Ducado de Berghen, que es del Duque de Juliers y Cleves, del cual es la principal villa Driseldorft, y hay allí la villa y rio de Sigen que retiene el nombre de los Sicambros. En el Ducado hubo primero tutores ó prefectos, que fueron de la casa de Pont, y continuóse la prefectura en los varones de aquella familia por más de ducientos años. Tuvo principio en tiempo del emperador Cárlos Calvo en Leopoldo, hijo del señor de Pont, electo por los pueblos, y hubo seis sucesores. Aldelhoyde Vicardo, último, tuvo una hija que casó con el Conde de Nassau, que fue primero Conde de Gheldres, y dióle el título el emperador Enrique III en el año de mil setenta y nueve; y muerta la Condesa, casó con hija de Carlo Jerlaco, conde de Zuphent, y se juntaron los Condados. Despues de Oton III compró Niemeghen con su jurisdiccion á Guillermo, rey de romanos y conde de Holanda, y lo confirmó Rodulfo, rey de romanos, y su nieto Renaldo II fue duque por el emperador Ludovico, bávaro, en Franchfort, en el año mil y trecientos y veintinueve, hasta que vino al emperador Cárlos V por herencia en el año mil y quinientos y cuarenta y tres.

El Conde de Murs y Schenck, tomado Rurst, lugar pequeño, donde el Doer entra en el Rhin, sitiaron el fuerte de Iseloort, cercano á Arnem, donde se juntan el Rhin y el Isela, que habia ganado el coronel Verdugo, y le batian reciamente. Era Schenck acostumbrado á rapiñas, y dejado el servicio de los rebeldes vino al del Rey, y en él se gobernó tan mal, siendo coronel de mill caballos en la jornada de Tornay, que el de Parma despidió su gente en Frisia. Con una compañía de caballos se hacía contribuir, y los de Niemeghen ahorcaban sus soldados que prendian, y por esta causa era enemigo mortal de la villa, y por hacerla mayor despecho, hizo un fuerte en el rio Wael, que pasa por ella, que impedia la navegacion. Cuando este fuerte se hizo, ya trataba la villa de reducirse á la obediencia del Rey, y reducida, mandaron derribar el fuerte; y pareciendo á Schenck fue causa de la recuperacion della, pretendia el gobierno de Gheldres, y dióle el de Parma á Mos. de Altapena, y á él ni áun el regimiento del Baron de Anholt que pidió, y el Cicoña le quitó las contribuciones que impuso en el país, con que le fue forzoso despedir la compañía y caminar al sitio de Anvers á pedir otra al Príncipe para servir en la Frisia, y diéronle cien escudos de entretenimiento. Pero mal satisfecho y apretado demasiadamente, no teniendo desta manera cómo cebar su codicia con los robos, puesto en desesperacion, que no se debe hacer jamas con soldado tan experto y conocido por los muchos daños que dello resultaron, volvió

por medio del Conde de Murs á servir á los heréticos. Prosiguiendo la enemistad con Niemeghen y con Altapena, aconsejó al de Murs sitiase el fuerte, en su ofensa y despecho. Vino Verdugo con los Condes de Berghes al socorro, para sacar al Schenck en campaña y pelear con él, segun el órden del Príncipe, que le tenía por solícito y arriscado, sabidor de los disinios de los enemigos, y así les sería de gran provecho en aquella su debilidad de fuerzas en las acciones militares, mudado de ánimo contra el Rey. Por esto aceleró el paso y fue á Iseloort, y pasando el Rhin llegó á Huessen, villa del Duque de Cleves en Wenthua, y caminando hácia Niemeghen le dijo Altapena se retiraron, sabiendo su venida el de Murs y Schenck. Pidióle de parte de los de Niemeghen tomase un fuerte de los enemigos en la ribera, ofreciendo artillería y municiones. Por ser la pólvora poca no le batió, y porque reconocido, le pareció le ganaria ántes con la zapa, porque si bien era de faxina y árboles, tenía seco el foso y arenisco, ó con poca agua, que zapando lo que habia desde el agua hasta la faxina, caeria todo. Envió al Tassis por una parte, para que guiase su trinchera derecha al fuerte, y él con los Condes iba por otra, y caminando á entrar en el foso para azapar, hirió muy mal una piedra al conde Federico, que vino de Buxmer á ver á sus hermanos, y mataron al capitan Clarante, del regimiento de Mos. de Villi, hombre de valor y virtud. Se rindieron los del fuerte sin que el Schenck desde Arnem, no habiendo más que una hora de camino, viniese á socorrelle. Verdugo habia hecho reparar el fuerte y guarnecelle y amunicionalle tan bien que se conservára, mas dejó para esto algunos borgoñones del regimiento de Barambon, que le perdieron en el estío siguiente, poniendo en gran trabajó á Niemeghen.

Mos. de Altapena pidió á Verdugo, porque se quiso ir á Groninghen, gente para entrar en la Veluva á executar las contribuciones, y concedióselá y al Tassis para gobernalla. Entró hácia Utrech, y el Conde de Murs, Schenck y Mos. de Vilers, su gobernador, con todas sus fuerzas se le opusieron. Estando alojado Tassis junto á Rhenen, en el villaje de Hameronghen, teniendo la infantería separada de la caballería, acometieron la caballería, y fue rota la suya; y la del Tassis con la infantería cargó la enemiga tan bien que pocos quedaron vivos, y entre ellos el de Murs y Schenck. Quedó preso el de Vilers, con quien Verdugo en la juventud tuvo estrecha amistad; compróle á los soldados, y el de Parma á su ruego permitió su rescate por doce mill florines para Verdugo.

Envió el conde Guillermo de Nassau una compañía de arcabuceros de Bernault Cessin y otra de lanzas de Mos. de Bordas, francés, á tomar las barcas de la Drent, y tocándose arma en Steenvick, donde estaba la compañía de lanzas de Verdugo, con ella y algunos garabíes del regimiento de Mos. de la Mota, Mendo, en paso estrecho, las acometió, rompió y prendió al capitan francés, mal herido, de que murió despues. Verdugo truxo

al Tassis de Zuphent con parte de la guarnicion, y para que junto con los Condes hermanos y Mos. de la Coquela y el de Renavelt executase las contribuciones en Frisia; y temiendo su entrada los enemigos, se juntaron, aunque hacía grandes heladas, y con muchos trineos por ellas llevaban parte de su gente y vitualla.

Sin tener lengua desto, el Tassis quiso entrar en la Bildt, tierras ganadas en el mar con diques y habitadas de gente muy rica; y siguiéndole el enemigo se apoderó del casar de Huyson, junto á Liewerdt. Tassis le rodeó con la caballería, y los demas le acometieron dentro, y le deshicieron y mataron mucha gente, y tambien hubo algunos heridos y muertos de los asaltadores, y entre ellos el capitan Enrique Vandelde, buen soldado, habiéndose peleado bien de ambas partes. Habiendo muerto y quitado la bandera á un alférez el conde Hoswolt, voltcándola en trofeo, se la revolvió el viento á la cabeza, y uno de los vencedores, pensando ser enemigo, hiriéndole con una alabarda en el cerebro, le mató. Fue muy sentida su muerte por las esperanzas que daba de ser gran soldado y su gran valor, bondad y discrecion; y enviaron preso á Groninghen á Verdugo al Conde de Guillermo, que acaudillaba los enemigos, vasallo del Rey de Dinamarck, de quien dos dias despues recibió carta, en que le llamaba porque le habia menester. Verdugo se le envió y le escribió que, por no estorbar su servicio ni el bien y acrecentamiento del Conde, se le enviaba preso, porque otro no le diese libertad sino su Alteza, suplicando recibiese el presente de un ministro del Rey de España. El caballero se presentó al suyo preso, y se acordó el Rey que teniendo Verdugo á cargo en Holanda la armada, le envió unos navíos presos de su reino, que le pidió, y agradecido le escribió las gracias con un presente Real. Importa ganar tales voluntades, que aprovechan al servicio del Príncipe, pues tienen necesidad unos de otros.

En tanto el Príncipe de Parma estaba cuidadoso por haberse amotinado los valones, irritados con la paga de los españoles y no haberse hecho otra tal á ellos, y amenazaban con grandes hostilidades si no los igualaban en el pagamento, y de que como fueron causa de recuperar los Países, lo serian para perderlos de nuevo, y habia sospecha de inteligencia con algunas cabezas de su nacion en Anvers para entrar y saquearla, como hicieron despues de la muerte del Comendador mayor los españoles. Hallábase falto de dineros el Príncipe para satisfacerlos, como deseaba, y suplia su escasez con insuperable dificultad; los excusaba, prometia, loaba sus honrados servicios, aseguraba tendria su Majestad memoria perpétua dellos, largamente los premiaria; interponia con gran juicio y destreza tambien la fuerza contra la insolencia de los que pasasen á mayor contumacia, porque no se desesperasen ó no los incitasen á ir á servir á los holandeses, que les ofrecian muchas pagas, y les acercó cuatrocientos tudescos, trescientos italianos, quinientos españoles para reprimirlos y mostrar los podia castigar sólo

con asediarlos y quitarles la vitualla, que siempre permitió tuviesen, acordándose de su buen servicio y de su razon, si bien el efecto, por la condicion del tiempo, era contrario. Procuraba el concierto con ellos por medio de los de mayor autoridad, y concluyóse dándoles dos pagas en dineros y otras dos en paños, como á los italianos y otras naciones, eceptados los españoles, que por órden particular del Rey, y con disgusto de la otra gente, fueron preferidos, causando despues de la muerte del Farnese notables desabrimientos y alteraciones, como en su lugar dirémos.

Enden, en la Frisia oriental, con larga jurisdicion y puerto de los mejores de Europa, por alguna preeminencia que el Rey Católico tiene sobre ella, se mantenia en su devocion y favorecia á Groninghen, que procuraban los holandeses ganar con estrecho asedio, con vituallas y otras comodidades por el rio, y enojados les arrestaron algunos navíos, y para recuperarlos armaron otros los endeneses. Los holandeses salieron con ellos al golfo de Dullaert, y peleáran si tempestad horrible del mar no los apartára y fracasára de modo que áun sus generales se salvaron con dificultad en bateles.

Igual peligro y menor daño tuvieron un mes despues sesenta y una banderas de españoles de los tercios viejos de Mondragon, de Agustin Iñiguez de Zárate y de D. Francisco de Bobadilla, que daba las órdenes, nervio de toda la milicia del Rey en los Países Bajos, invernando en la isla de Bomel, restaurándose con su abundancia de los trabajos pasados, puesto peligroso, porque los holandeses con armada podrian anegarle, y abriendo los diques junto á la ciudad que le da nombre, por ser á la tierra superior el agua, segun avisó al de Parma D. Francisco de Bobadilla, que le reconoció. Con doscientas velas vino al efecto el Conde de Holach y rompió los diques, mas no el que está entre los casares de Rosandril, donde aloxaban los españoles por su defensa, por donde si entrára de golpe el rio, más presto los anegára que la agua que ya crecia por las otras partes. Don Francisco de Bobadilla, llevando buen número de vacas y yeguas y caballos delante para el sustento de la gente, la retiró de la otra parte del rio, sobre el dique Emplen, distante de Bolduque una legua por agua, por donde pudieran ser socorridos si los enemigos, con cien charruas, no ocupáran el paso, dejando sitiados los españoles con su notoria perdicion. Para aventuralla D. Francisco resolvió con los capitanes hasta la última necesidad de comida esperasen, y entónces quemasen las banderas y hundiesen la artillería, y con nueve lanchas los demas de noche acometiesen las galeotas más gruesas del enemigo y abriesen con la espada y confusion de la noche la salida.

El de Parma, oido el estrecho de tal gente, caminó sin cesar la vuelta de Bolduque, resuelto en aventurarse en la salvacion de tan escogida milicia y correr su misma fortuna. Los de Bolduque, con amor y celo del

servicio de su Rey y compasion de buenos católicos y nobles, viendo cuán á punto de perecer estaban los victoriosos soldados, dignos de mejor suerte, prontísimamente acudieron á su remedio en cuanto les fue posible. En la noche de la vigilia de la Purísima Concepcion sin mancha de pecado original de Santa María madre de Dios, señora nuestra, de quien es devotísima, como del Santísimo Sacramento, fundamento de su bien y vencimiento, la nacion española, se heló el mar y lo anegado tanto por el frio terrible, que sobre los hielos salieron en ella á puerto seguro, habiéndose alargado la armada, temiendo quedar plantada en medio dellos, ganándole dos fuertes que tenía en dos isletas en la mitad del paso, y en las nueve lanchas salieron del presente peligro, quedando los enemigos burlados, porque liquidándose en el dia siguiente el agua, volvieron á su puesto en salvo. Y tanto más se dan gracias á Dios por este beneficio, cuanto por haber sido los hielos despues tan grandes que daban camino encima para campear, y no los quebrantaba la artillería. No perdona la calunia al cielo, y así dixeron algunos ménos religiosos que hay cosas naturales y preternaturales y sobrenaturales, y éstas hacen los milagros, y que helarse el mar en Flándes por Diciembre es de su naturaleza del tiempo y de clima, y si fuera en Julio causára mayor admiracion; y así que pudo la frialdad de aspecto del helado Saturno á la luna candecer el mar en aquella noche, y otro de Marte disolvelle en el dia consecuente; mas no consideran que lo sobrenatural estuvo en el sitio helado y deshelado en aquellos puntos sólo, como en Roma caer la nieve preternaturalmente en Agosto sólo donde hoy está el campo de Nuestra Señora, llamado por este milagro de las Nieves.

El Farnese, con el aviso del salvamento de aquellas banderas, que tuvo cerca de Bolduque, volvió gozoso á Bruseles, dando gracias á Dios, y enviólas con el parabien á los españoles en carta para D. Francisco de Bobadilla su cabo.

La Reina de Ingalaterra, para cumplir con lo capitulado con las islas rebeldes, nombró por capitan general y gobernador de la milicia dellas á Roberto Dudley, conde de Lecestre, y le envió con cinco mil infantes y setecientos caballos y muchos ventureros, y los Milordes de Hiori, Audel y al Conde de Essex, yerno del Dudley. Hizo su entrada solemne en la Haya, córte de los rebeldes, con gran pompa, y todos fueron recibidos de los holandeses como libertadores de su patria.

CAPÍTULO VII.

Hacen los liguistas en Francia la paz con su Rey.—Contesta el Príncipe de Bearne á los ataques que aquéllos le dirigian.—Esfuérzase el rey Enrique en atraerle.—Mútuos recelos y desconfianzas.—Fuerzas con que contaban uno y otro partido.—Primeras operaciones.

En Francia el Príncipe de Bearne estaba muy cuidadoso de la cercana conclusion de la paz, porque no podia ser sin gran perjuicio suyo y de sus huguenotes, volviendo en su contra las armas juntas del Rey y confederados; mostrábase muy ofendido de los manifiestos publicados contra él y temia sus malos efectos, siguiéndose á ellos capitulacion que obligase al Rey á nuevas declaraciones y edictos para excluille de la sucesion del reino, y era necesario, no solamente responder en su defensa, sino en ofensa de los enemigos, y particularmente de los de la casa de Guisa, para suspender los ánimos de muchos y áun la paz.

Con este intento, en Bergerás publicó en escrito estar muy lastimado de ser llamado herético relapso, perseguidor de la Iglesia, perturbador del Estado, capital enemigo de los católicos, para excluille con tales títulos de la sucesion del reino. Forzado, manifestaba al mundo, y particularmente á los Príncipes de la cristiandad, y sobre todos al Rey su soberano señor y al pueblo de Francia, ser calumnias de sus enemigos, que por ambicion, ensalzándose con la voz de armarse contra él y los de la nueva religion, encaminaban la miserable confusion del reino, habiendo en efecto tomado las armas contra el Rey y contra la corona, traspasando el órden de naturaleza y leyes del Estado de Francia, declarado un primer Príncipe de la Sangre y un sucesor de la corona, atribuyendo á sí mismo la autoridad á los Reyes y los Estados generales del reino perteneciente. No podia ser tenido por relapso, porque no mudó opinion, aunque por justo temor, despues de la muerte del Almirante, envió al señor de Durefort con embajada al Pontífice, pues estando en libertad declaró no haber mudado religion; ni podia ser llamado herético, teniendo, con el ejemplo de otros, opiniones áun indecisas, y habiendo ofrecido sujetarse, como al presente hacía, á la enseñanza de personas doctas y á la determinacion de un concilio legítimamente congregado. Era calumniado falsamente de haber perseguido los católicos, habiendo acariciado á muchos, no sólo con tenerlos cerca de su persona, mas con servirse dellos en los principales cargos del Estado y de su casa, habia dejado en él á los eclesiásticos, y en los demas donde man-

daba gozar sus rentas pacíficamente y exercitarse en la religion católica. Se armó en diversos tiempos, y no para perturbar el reino, sino para su defensa, que era natural á todos. Viendo cuán inhumanamente fueron tratados los de la nueva religion, se oponia á las persecuciones que contra ellos contínuamente se aparejaban, y no para hacer liga contra el Rey. En el año mil quinientos ochenta y tres enviaron al señor de Segur de Pardiglian en Ingalaterra y Denamarck á aquellas coronas y en Alemania con alguna suma de dineros, que se depositaron en los Príncipes protestantes para sacar socorro en sus necesidades, y de cuanto se trata con todos sobre esto y sobre concordar las cosas de la religion el Embajador del Rey Cristianísimo en Alemania y él mismo tuvieron noticia, y testificarian las personas con quien se trató el negocio, si él en perjuicio del Rey ó de su Estado se propuso cosa alguna en la Asamblea dé Montalvan, tanto exagerada por sus enemigos, pues se juntó para deliberar sobre la restitucion de las plazas, por la instancia que hacía el Rey por el señor de Belleure, que podia muy bien hacer fe cómo la resolucion de no rendirlas se tomó en la Asamblea; porque no sólo no habian cesado las sospechas porque se concedieron, mas en estos tiempos crecieron mucho, así por las prevenciones grandes de guerra que los coligados hacian, como por la particular instancia con que pedian al Rey las otras demas que tenian; y no ya como ellos alegaban para asegurarse de los de su contraria religion, que no los ofendieron jamas ni injuriaron, y apénas podian defenderse de sus malos tratamientos, no teniendo tantas plazas como los de Guisa provincias en gobierno, que habiendo repartido entre sí todas las mercedes y favores del Rey mandaron los exércitos, asediaron las ciudades, dieron batallas, distribuyeron los cargos á su beneplácito, ganando con esto séquito y vengando sus injurias á costa de la Corona; y ahora con el pretexto de la religion querian acometer la persona del Rey y el reino. Podian conocer áun los rústicos cuán indebidamente pedian nuevas plazas para su seguridad, y así él y el Príncipe de Condé, su sobrino, aunque debian ántes fortificarse que debilitarse, y podian por la concesion del Rey tener sus plazas por dos años, se ofrecian de dejarlas al presente y tambien los gobiernos que tenian ambos, con que los de Guisa hiciesen lo mismo de las que ocuparon y de sus gobiernos, con que se quitaria aquel peligro que los enemigos esparcian de que él con los de la nueva religion pretendia perturbar el Estado. Cada uno podia juzgar si era verisímil que los criados ó los de sangre atendiesen á perturbarle, y cuál dellos debia ser á su Príncipe más aficionado, y si al reino de Francia los naturales ó los extranjeros. Quien quisiera conocer la diferencia que hubo cerca del bien público entre su casa y la de los Guisas truxese á la memoria lo que la una y la otra hicieron, y hallaria que los de Borbon nunca fueron inventores de nuevas imposiciones, ni á la nobleza injuriaron ni ofendieron, como los antecesores de las cabezas

de la Liga hicieron y con nuevas cargas, venta de oficios, confusion de cargos, de los cuales muchos transfirieron en su casa, otros vendieron en el tiempo de Enrique y Francisco II, y con introducir la enajenacion de bienes temporales de las iglesias, vengarse de sus enemigos debajo del nombre de heréticos. No metieron la guerra ellos como los de Guisa, se defendieron en todos trances, y en todas ocasiones aceptaron las condiciones de la paz que les quiso dar el Rey, y era lo de más consideracion el haberse ofrecido de seguirle en las importantes ocasiones, y particularmente cuando fue llamado para el señorío de Flándes, y le ofrecieron las mejores plazas de aquellas provincias, á que se opusieron estos mismos cabezas de la Liga y bastaron á disuadir al Rey de tan importante empresa, y quitarle la ocasion de tanta gloria, no pudiendo sufrir que á la corona de Francia se hiciese aumento tan grande. Y si bien hoy no podria con razon tratarse la sucesion del Rey por su poca edad, contentando los que deseaban asegurarla, no podia sufrir el ser tan indignamente tratado de sus enemigos, que le molestaron en sus gobiernos y en medio dellos ocupado plazas, y ahora revolvian contra su vida y honor, no dejando de perseguirle con malicia para persuadir era indigno é incapaz de la sucesion del reino. Y para llevar á su fin sus disinios querian, sin atender á la edad juvenil del Rey, proveer á los accidentes que se les figuraba podian venir despues de su muerte. Al fin demandaba licencia al Rey para desmentir á todos los que le habian en su manifiesto calumniado é injuriado, eceptando el Cardenal su tio, y se ofrecia de fenecer esta queja con el Duque de Guisa, cabeza de las armas, que tanto le habia ultrajado y ofendido, combatiendo con él de solo á solo, dos, diez ó veinte por cada parte, y con mayor número ó menor, como más al señor Duque de Guisa placiese, ofreciendo, si más que uno hubiese, ser el Príncipe de Condé su sobrino, no haciendo caso de la desigualdad de las condiciones, porque no se movian á tal resolucion ni por ambicion ni ódio, mas sólo por servicio de Dios y por librar al Rey su señor y al pueblo francés de la ruina que trae necesariamente la guerra; y pudiendo creer que por la misma ocasion sería el señor de Guisa para aceptar el partido con armas usadas entre caballeros, suplicaba al Rey nombrase el campo en su reino, y cuando le fuese todo sospechoso, saldria fuera al lugar para ambas partes seguro, á eleccion del mesmo Duque.

Envió este manifiesto al Rey suplicando le viese y permitiese poderle enviar á todos los Parlamentos del reino y á todas partes, y especialmente á los Príncipes cristianos, para descargo de su honor. Mas porque fue avisado que se apretaba cada hora más el trato de la paz y sus condiciones le traerian irreparable perjuicio y su escrito poco fruto, hizo instancia con el Rey para que, si no queria dejar en todo el concluir la paz, á lo ménos se detuviese hasta que por ellos, tan interesados en sus condiciones, fuese enterado de sus razones, para considerar maduramente cuáles debian ser,

pues estaba cierto no podria en tan breve tiempo haberlas examinado como convenia. Acordábale que estos con quien trataba de la paz con infinita maravilla del mundo, eran los que poco ántes declaró rebeldes y perturbadores del público reposo, y por letras de sus manos Reales, que tenía él, habia confesado tenerlos por hombres que atendian á fabricar su fortuna sobre la ruina del Estado suyo y de su Corona. Le suplicaba mirase cuánto escándalo traeria violar tal edicto, publicado con tanta solemnidad, de su mandamiento, y que habia á él tantas veces prometido sería guardado, pues era suficiente á poner todo el reino en paz, abrazado de todo el pueblo, si algunos desleales súbditos y conspiradores contra la Corona y contra su persona no le perturbáran, que con voz de perseguidos estaban armados para desarmar y arrancar y destruir sus fieles servidores, y los que la naturaleza y los Reyes habian honrado y privilegiado haciéndolos de la sangre Real. Y aunque su esperanza y las de todos los que junto con él estaban, no tenian otro refugio sino la desesperacion, á lo ménos se podia tener seguramente que todas las armas destos nuevos amigos se volverian en breve tiempo contra su señor, que era lo que más le aflixia, principalmente habiendo visto que ninguna oferta hecha para quietar el reino ni la majestad de su Príncipe era bastante para llegar á fin tan deseado, y que él, por no haber querido una sola vez hacer experiencia dellos, fuese forzado á echarse en los brazos de sus enemigos y de precipitarse en una ruina aparejada en el curso de más de veinte años y dél tantas veces pronosticada; y la evitaria si, como él y todos sus fieles súbditos y buenos franceses le suplicaban, quisiese su Majestad poner mientes bien en lo que podia causar el deshacer el universal edicto, por convenirse con una parte de sus vasallos rebelados, que pretendian dar leyes á su Rey mesmo.

Ni las cartas, ni las embajadas, ni las declaraciones, pudieron mover el pueblo ni volver al Rey, porque las cabezas de la Liga en el mismo tiempo tambien ofrecian dejar todos sus cargos y reducirse á vida privada por servicio del Rey y quietud del reino: cosas dichas de todos osadamente al parecer comun, porque estaban seguros que ninguno sería primero en despojarse de los gobiernos y cargos que tenía, pero los mantendria en los términos en que se hallaba. Al de Bearne respondieron en nombre de otros, y no en su contra sino de todos los huguenotes, quedando ignorado y no sabido el desafío, y mostrando cuán sin razon se volvian contra la casa de Guisa, y ahora y ántes se quejaban della solamente desfogando sus odios, aunque fueron contínuamente perseguidos de los consejos, de los edictos y de las armas del Rey por no tolerar las herejías en el reino. Les fue lícito valerse de armas extranjeras y introducir las de los heréticos de Alemania y de otras partes y de poner todas las plazas del reino en poder de los ingleses, enemigos del nombre francés, sobre todas las naciones, y no querian que á los otros les conviniese defender la antigua y verdadera

religion católica y á sí mesmos y librarse del contagio de las herejías. Pusieron los de Lorena su vida por esta causa, pues Claudio, primero Duque de Guisa, fue capitan de los zuiceros católicos contra los heréticos, miéntras entre sí mesmos combatian; y Francisco en el sitio de Orliens murió, y su hermano el Duque de Aumala en el de la Rochela; y habiendo tantos y tan claros hechos antiguos y modernos en su familia en defensa de la religion católica, no se maravillasen prosiguiesen tan santa empresa. Jamas se desavinieron con la casa de Borbon, con quien tenian tanto parentesco, sino en cuanto á la diversidad de religion que los habia apartado; con que las calunias en su contra quedaban manifiestas á los desapasionados de haber tomado las armas contra el Rey y de aspirar á la corona, y con haberle restituido las plazas en diversos tiempos ocupadas y dejádolas á sola su disposicion, habiéndolas conquistado con tanta sangre y gasto, tratando los vencidos no como fieras, cual ellos maltrataron los católicos y particularmente al clero. La miserable ruina de las iglesias y lugares sagrados era testimonio tal que les respondia bien, y el despojo de sus haberes y violentas contribuciones de los eclesiásticos, y hacian conocer si las obras correspondian á las palabras. Respondian á la oferta de sujetarse el de Bearne á la doctrina de los más doctos y á los concilios, era temeraria pretension, pues sus opiniones fueron por tantos generales condenadas de los más eminentes del Universo, y entre ellos franceses dignos de más crédito por sus escritos y asistencia del Espíritu Santo, que el que daban á sus ministros ignorantes, viciosos y de la Santa Iglesia separados como podridos miembros y pestilentes apestados, siendo cosa indecentísima y de no ser oida que presuma cada uno hacerse lícito el poder tener sectas por su antojo y creer lo pueden hacer con pedir arrogantes semejante concilio para declararlas, no habiendo querido sujetarse á las declaraciones santas, y para cada herético haberse de juntar tantos cánones y sabios. Debia el Rey oponerse á los temerarios obstinados de quien no podia fiarse jamás, principalmente habiendo una Liga bien encaminada y necesariamente introducida, por no dejar caer la religion católica en Francia como en Inglaterra. No habia ministros más á propósito que los de Guisa por las muchas muestras que dieron de fidelidad, con multitud de servicios hechos á la Corona, sin haberla jamás alterado con ninguna suerte de rebelion como tantos de la casa de Borbon.

Estos y otros manifiestos se esparcieron por los favorecedores de ambas partes, miéntras los exércitos eran cercanos y crecian las intenciones de convenirse. Las cabezas de la confederacion salieron de Chialon, y pasaron el Sena por Nogent á su campo alojado en Ponte sobre el Sena, ocupado poco ántes de los capitanes del Guisa, y caminó á Bans atravesando el Somma y extendieron sus huestes hasta Montagny, que intentó poco ántes ocupar el Duque de Espernon. Componian el exército, numeroso y

fortísimo, treinta y cinco mil infantes franceses y mil y docientos caballos ligeros, tres mil y trecientos raitres, tres mil lanzcaneches y ocho piezas de campaña. Esperaban ocho mil zuiceros que cerca de Osogna los tenian en camino los coroneles Tiferi y Apro, de más de un grueso número de italianos que tenía para entrar el señor de Gonives, hijo del Duque de Nemurs, y otros ocho mil caballos alemanes.

Maravilló que teniendo las cabezas de una Liga, movida con tanto ardor y perficionada con tales aprestos, fuerzas bastantes á conquistar el mundo y nunca esperadas del Rey, y sesenta plazas de las mejores y más importantes de Francia, cuando los enemigos no estaban armados, se redujesen sin intentar alguna empresa á querer la paz, para cuyo efecto fueron á Nemurs, donde por la peste se retiró la Reina, y que dejasen pasar los zuiceros del Rey, casi á su vista, á Bles para ganar paso para Rohan ó á la puente de Arzo y asegurarse metiendo el rio en medio; mas lo toleraron teniendo la paz por conclusa, y porque les pareció, cuando no lo fuese, que su gran pujanza no tenía que temer al Rey.

Su madre, ó por la llegada desta gente ó por otras causas abocadas en su hijo Enrique, volvió á la conclusion de la paz con nuevas dificultades sobre los artículos casi aprobados en Esperne y queria no concederles algunos. Mostráronse duros los coligados en admitir contra ellos, y ella, imprudente en querer más plena facultad del Rey que la que trujo el señor Villarroe, y arrepintióse presto de la dilacion, porque el Duque de Mena tenía por dañosos los capítulos y por más la dilacion, porque muchas ciudades y muchos nobles de la union, entendiendo estaba hecho el concierto por ver la comunicacion y quietud en que estaban los de su parte con la Reina, se abstuvieron de declararse, y los declarados entendiendo se habia dado seguridad á la religion católica pasaron al Rey algunos, y otros trataban de retirarse. Esto y el apocarse el dinero molestaba al de Guisa, recelando desórdenes de los exércitos, aunque Juan Bautista de Tassis, embajador del Rey de España, le mantenia en esperanza de breve socorro de dineros y estimulaba á pasar adelante y hacer la guerra. Quejóse de que sin darle parte, sino despues de hecho, concluyó el tratado de la paz el de Guisa, á que contestó diciendo le forzó la necesidad, y que le habia representado y al capitan Moreo tantas veces la falta de socorro y protestado en vano, anteviendo los sucesos, para que no la perturbasen (1) como pretendian por todas maneras, no quiriendo reducir sus cosas á irreparable ruina dellas y de sí mismo. Ellos conocian la verdad, mas quejábanse de que en el tiempo gastado en el tratar la paz pudieran haber señoreado tierras y campañas, que mantuvieran el exército, en tanto que llegaban el dinero

(1) Resulta algo oscuro este párrafo, acaso por faltar palabras.

y los nuevos socorros, siendo muy ordinario que los exércitos tan gruesos no pueden ser tan á punto satisfechos y sus pagas tan prontas.

Mas el de Guisa atendia á su interés y á su aumento y de su familia, y trató la paz tan á ventaja della que ásperamente era reprehendido, no habiendo reducido á buen estado las cosas de la religion, porque temia se arriesgaba, si peleára con la gente del Rey; porque con la pérdida de unos y debilidad de otros quedaban los católicos para ser vencidos de los huguenotes, que bien reforzados esperaban socorros extranjeros y procuraban de turbar la paz con todo su poder, temiendo que juntos los exércitos del Rey y de la Liga cargasen sobre ellos. Mas no por esto los españoles se quietaron, diciendo eran engañados, porque en buena ocasion el Rey, disimulador y mal inclinado y muy receloso y deseoso de su seguridad, que consistia á su parecer en su ruina, mataria á los mayores de la union y no les cumpliria ántes capítulo importante del concierto, y se verian frustrados cuando no tuviesen fuerzas para recobrarse, castigando Dios por mano de su enemigo el haber antepuesto á su servicio y al bien público sus intereses, corrompida la intencion recta, contra el parecer del Rey de España y de los buenos franceses, que aprobaban el apretar con las armas hasta que el Rey totalmente le dejase en sus manos y arbitrios, porque los engañaba para reducir los débiles con los formidables y executar sus malos intentos. Habiendo ocasiones para ello, gozasen del beneficio del tiempo y de su poder y del buen ánimo con que los príncipes de Europa, católicos y nobles y ciudades de Francia, estaban prontos en su amparo y socorro, y no esperasen el decir: «cuando pudimos no quisimos y cuando queremos no podemos.»

Los capítulos de la paz firmó la Reina, en nombre del Rey, y los Cardenales de Borbon y Guisa, sus hermanos, y todos dieron gracias á Dios en la iglesia de Nemurs. El pronóstico y advertencia de los españoles no fue sin verdadero conocimiento destas cosas, porque el Rey no quiso dejar la proteccion de Ginebra por mucha instancia que le hicieron los coligados, por complacer á los cantones católicos de zuiceros que lo deseaban sumamente y los conducidos, ni que el exército que habia de emplearse contra los huguenotes tuviese más de un tercio del de la Liga y caballería alemana y dos regimientos de infantería francesa, y la dureza del Rey, viéndose aventajado y seguro, fue incontrastable de los Guisas, que cediendo á su voluntad esperaban sacar más comodidades para sí aventajadas, dejándose á su disposicion. Los zuiceros de la Liga pedian que en todo caso no se concluyese la paz, si el Rey no dejaba la proteccion de Ginebra y no les pagaba lo que les debia de sus pensiones, ó les daba en resguardo alguna plaza, y en seguridad de que no se servia dellos como de los que el Rey condujo á sueldo y de socorrerlos en su país en caso de necesidad. Nada les concedió, reconociendo en estas repulsas tarde cuánto les hubiera sido me-

jor seguir el consejo de los españoles, siéndoles forzoso ceder al más débil su potencia, inesperada dél, abatida del propio interés, no resistiendo más en ellos el ánimo y el juicio, sin eleccion de buen consejo perdida, anteponiendo su interés al público, y manifestando su arrepentimiento cuánto se han de temer los efectos de la paz que hace el Príncipe con sus vasallos, forzado de la necesidad urgente de su seguridad y quietud.

Capitulada la paz por el Rey y despedidas las huestes, el Cardenal de Borbon, con el de Guisa y el Duque su hermano, fueron á San Moro á hacer reverencia al Rey, porque rehusó el ir á Corbel, donde estaba concertado de juntarse, no por temor de la peste, como fue el pretexto, de que no habia una sospecha, mas porque no se tenía por seguro, ó por conservar su grandeza, y para ellos era peligroso por tan cercano á París y estar cercado de todas las fuerzas el Rey, gobernadas de sus mayores enemigos. Recibiólos bien y honrólos mucho, y en el dia siguiente les envió á visitar y darles la bienvenida á los Duques de Joyosa y de Espernon, y tentó por el secretario Villarroe de reducir las capitulaciones á otra forma; y porque deseaba no ser forzado á hacer la guerra contra los huguenotes, deseaba haeer una paz general y cambiar la guerra en prohibir el exercicio de la nueva religion, dejando á todos libertad de conciencia. Mas halló encuentro tan gallardo, que temiendo meter en arma todo el pueblo católico, al fin firmó las capitulaciones, restringiendo la esperanza de servirse del tercio de su gente dellos á dos regimientos para Champaña y Guiena, y sobre sus gobernadores largamente se disputó delante de la Reina, que en muchas cosas ya concertadas y despues puestas en duda los habia confortado á remitirse á la voluntad del Rey con su engaño y conocimiento de cuán artificiosamente eran las cosas tratadas del Rey, y diversamente de lo que dél esperaron, y creyeron que Enrique se gobernaba con su misma desconfianza; porque no habiéndose alejado sus gentes, puso gruesa guarnicion en las puentes de San Moro y de Chiaranton y quitar las barcas de los dos rios y en todos los pasos mucha caballería. Aumentó el temor por esto en aquellos señores, y principalmente porque las gentes de Espernon hablaban de dar batalla, mas la prudencia y magnanimidad de los de Guisa valió para no venir á rompimiento. Estuvieron todos en San Moro dos dias, y los Cardenales acompañaron á los Reyes hasta París, y el Duque de Guisa fué á Montreo á ver al de Mena, y partió luégo á París á besar la mano al Rey y á su Madre, y volvió á Montreo.

El Cristianísimo, por sus patentes publicadas, ordenó á sus tesoreros generales hiciesen provision de vituallas y municiones de guerra en el Poitu y países cercanos para un exército Real que habia de gobernar para emplearlo contra los huguenotes. Para dar principio á la capitulacion de la paz, en el Parlamento de París, en su trono, que llaman de justicia, conforme al uso de aquellos reyes, cuando quieren autorizar negocios grandes,

en presencia de los cardenales, príncipes y oficiales de su Consejo, hizo publicar edicto con nombre de reunion de sus vasallos á la Iglesia romana. Contenia revocacion de cualquiera permision hecha por otros edictos de la nueva religion pretendida reformada; prohibia con pena de la vida y confiscacion de bienes á los transgresores y sus ministros saliesen del reino dentro de un mes, y estuviesen obligados todos los súbditos á vivir católicamente, ó vendiendo sus bienes partiesen de Francia, y ninguno dellos pudiese en ella tener oficio, cargo ni dignidad, como incapaces; sacasen las guarniciones de las tierras que les fueron concedidas por tiempo limitado para su seguridad y las dejasen libres luégo que fuese publicado aquel edicto. Aprobó el haber tomado las armas los coligados por ser en servicio de Dios y de la católica religion, y declaraba que ninguna cosa acaecida y hecha por esta causa les fuese imputada á delito, ni pudiesen por ella ser procesados ni castigados. Gritó la ciudad «¡Viva el Rey!», mucho tiempo ántes no oida tal deprecacion en otras ocasiones de junta del pueblo. No contenia el edicto todo lo que para alcanzar la paz concedió á los confederados el Rey en secreta capitulacion, que fue quedar á los Duques de Guisa, Mercurio, Mena, Aumala, Albeuf, demas de sus ordinarios gobiernos las ciudades de Chialon, Tul, Verdun, Sandesir, Rens, Soissons, el castillo de Gian, la tierra y castillo de Beona, Ruecu, Picardía, Dinan y Conco en Bretaña y el gobierno del Borbonese; fuesen pagadas guardas de arcabuceros á caballo para los Cardenales de Borbon y Guisa, Duques de Mercurio, Guisa, Aumala, Mena, Albeuf; se le diesen al de Guisa cien mill escudos para fabricar una cidadela en Verdun, y con otros doscientos mill fuesen pagados los extranjeros conducidos de la Liga, y se entretuviesen los regimientos de San Moro y Virago y San Polo; fuese obligado el Rey á enviar un exército contra el Príncipe de Bearne y otro contra la caballería alemana que venía en su favor y de los huguenotes, causa porque los coligados pidieron plazas para asegurarse el nombramiento de generales, y donde el Rey no fuese quedase á eleccion dellos.

Los huguenotes y católicos que no entraron en la Liga murmuraban de las condiciones secretas de la paz, teniendo á mal se concediesen tantas plazas á los que tenian tantos gobiernos y el dominio de los exércitos, y habiéndose de hacer la guerra á los huguenotes se les diesen las más apartadas fortalezas sin resguardo, y todo servia de fortificarlos en sus gobiernos, pues estando tan cercanos no podia faltarles seguridad sino trabucándose Francia, pues los huguenotes para esto habian de atravesarla de una parte á otra, que no podia ser sin dar primero muchas batallas y ganar muchas provincias, y era poco de temer, no estando prevenidos para salir en campaña. Poco movieron al Rey los coligados, que tenian su firmamento en la guerra, con estos rúmores, y los Duques de Guisa y Mena, con el parecer de los señores de la Chiatra y de Autrages y de otros que vinieron

á Montreo, revolvieron y mostraron á los amigos y favorecedores de la Liga las causas que les movieron á hacer la paz y la resolucion del Rey en hacer la guerra contra los huguenotes. Y porque sus mayores esperanzas tenian en la ayuda del Rey Católico, temiendo su enojo por haberse convenido con el Cristianísimo sin darle aviso primero, como á interesado en conservar la religion católica y quitar el fomento de la guerra de Flándes, con industria procuraron persuadir á D. Felipe, capitularon con Enrique forzados de la falta de dinero y de haberles concedido cuanto pidieron para conservar la religion católica y extirpar las herejías. Estaban ciertos de no poder estar mucho tiempo quietos en la concordia con el Rey hecha, porque se vía claramente no guardaria la capitulacion, y tenian por cierto que los católicos irritados tomarian de nuevo las armas, y entónces prometian de no convenirse con el Rey por la certeza que tendrian los pueblos de su trato doble para no dar crédito á sus nuevas promesas; mas era necesario, si volviesen á la guerra, saber con cuántas y cuáles fuerzas ayudaria su Majestad Católica á los confederados y la seguridad de la pronta provision de dinero, para que no faltase á la gente como en esta primera expedicion.

Estaban de buen ánimo por haberles escripto el Duque de Nevers desde Roma que ya tornaba á Francia; le prometió el nuevo pontífice Sixto V, que no sabía el acuerdo de la paz, ayudaria la union santa con gente y dinero áun contra el Rey, si rogado no entraba en ella para tan santa empresa, y proceder contra el Príncipe de Bearne y el de Condé con las armas espirituales para privarlos de la sucesion, como hicieron otros antecesores suyos. Y temiendo resfriase este fervor el aviso de la paz, determinaron enviar á darle relacion de su constancia en querer extirpar las herejías de Francia, y la razon con que capitularon la paz, y á suplicarle que los fortificase, como cabeza desta causa, con su ayuda y con su autoridad suprema; tratase los socorriesen los Príncipes católicos, porque los enemigos de la católica religion estaban para su destruccion unidos dentro y fuera de Francia. Estas dos embajadas fueron suspendidas hasta saber con otra si los Príncipes católicos de Alemania querian confederarse con ellos, como los protestantes con sus huguenotes.

El Rey no queria conducir en persona el exército contra los huguenotes, y en tanto que disponia la guerra ofreció al Duque de Guisa el cargo del que habia de ir á Guiena, y si no aceptaba, lo daria al Duque de Montpensier, y el de la vanguardia al de Mena. Era su intento apartar léjos al de Guisa de París, donde podia mucho, y quitarle de su presencia y los gobiernos que tenía, entretenido y trabado en guerra abierta, peligrosa y porfiada con el Príncipe de Bearne, que no le cedia ni en las armas ni en el valor y era persona militar, y más si encontrados executaban el desafío sobre que estaban en ódio cruelísimo y deseo de tomar satisfaccion el uno del otro, y arriesgándoles estando él en seguridad. Esta oferta no era á sa-

tisfaccion de los de Guisa, por ser en esto, como en todo, contraria á la capitulacion y conforme á la mala voluntad del Rey. En su acuerdo parecia á algunos legistas no convenia dejar de aceptar algunos de los partidos, y principalmente el Duque de Guisa el cargo del exército, pues de su gobierno pendia la conservacion ó destruccion de la religion católica y de los de su parcialidad, encaminado contra las mayores fuerzas de los huguenotes, y no habia duda sino que sería mejor que por su hermano gobernado; convenia el aumento de las fuerzas, y no haria falta en la Córte, pues era suficiente el Duque de Mercurio, por su inteligencia, para mantener sus cosas con la ayuda de los amigos, yendo con la una parte del exército y Montpensier con ella no podria mantener al capitan sin habilidad (1) y por inteligencia que tenía con el de Bearne y Condé para que no hiciese inútil ó no destruyese el exército con peligro de hacer al de Mena algun agravio.

Otros en contrario decian era más necesaria la presencia del Duque de Guisa en la Córte, de donde habian de salir las resoluciones importantes, y era el mayor fundamento de la guerra, la cual, si no fuese alimentada de temor cerca del Rey, presto se veria convertir en vergonzosa paz, y quedando en la Córte no sólo habria mantenido de aquella parte la guerra, mas impedido destotra la entrada de los alemanes en socorro de los enemigos y conservado en fidelidad sus parciales y por su antojo los gobiernos distribuidos, que ni por autoridad ni por experiencia no podria conseguir el de Mena; y no convenia dejar sin consideracion lo que podria acaecer del Rey por su poca edad, porque si muriese, ninguno era más importante en la Córte para proveer de remedio oportuno á los grandes accidentes que se presentarian. El Duque de Mena al fin, gobernando la vanguardia, podria con razones fácilmente y con el séquito de capitanes católicos forzar la inclinacion y deliberaciones del Montpensier cuando se apartase dellos. Prevaleció esta opinion, y dijeron al Rey iria el de Mena con la avanguardia del de Montpensier á Guiena, y quedó turbado y congojado, porque su intencion era ó que iria, ó frustrada, queria encargar todo el exército al de Mena, de agudo entendimiento y apto para gobernar exércitos y cosas de guerra y armas, de que no tenía por capaz al de Montpensier, porque ni era soldado ni de gobierno, ni traza para cosa de momento, y sólo se hacía caudal dél por ser de los mayores señores del reino, pero no debia el Rey asegurarse de su fidelidad siendo amigo estrecho del de Bearne y Condé, y temia que se le juntase para volverse contra él, porque los huguenotes estaban muy ofendidos con el edicto. Encargó la avanguardia del de Mena al Marechal de Martinon para que le contrapesase en sus di-

(1) Todo este párrafo está oscuro y muy defectuoso en su construccion.

sinios y deseos por ser soldado y de buen gobierno y modo en lo que trataba y diciplina en la gente de su cargo, si bien era demasiadamente codicioso y dañador de los pueblos que gobernaba, y así malquisto y aborrecido, de mucha inteligencia y grato, amador y correspondiente con todos, y tenía mano y traza para cualquiera negociacion.

Para no indinar al Montpensier le envió con cierto número de gente al Poitú, so color que habia de impedir el juntarse los de esta provincia con el de Condé y la salida del de San Juan de Angelis. El de Guisa partió de Montreó y con el de Mercurio fué á Chialon de Campaña y el de Mena á Borgoña para conducir la gente que trujo para asegurar aquella provincia y los lugares que tenía en el Delfinado, y sobre todo para enviar satisfechos los zuiceros que llegaron á Osonna malcontentos por la conclusion de la paz, mas partieron alegres pagados con el dinero del Rey del presente servicio y asegurados de sus ministros para la paga de lo que se les debia de suspensiones. Entretuvo el Rey grueso cuerpo de exército para su seguridad, y envió buena parte á quitar en las fronteras la entrada á la milicia extranjera, y aunque los aprestos eran muchos, quisiera tratar de composicion con los heréticos, y conociendo que pendian del Príncipe de Bearne, envió al señor de Lenonvort y al de Poini y al presidente Brulat á representarle. Le indujo principalmente á concertarse con los coligados la division de los católicos con peligro de todo el reino, porque siendo más poderoso su bando y que tiene la religion que debia amparar, era forzoso reunirlos y juntarlos á sí mesmo y si queria verle entre ellos era por el singular amor que le tenía y deseo de verle católico, porque asegurase su conciencia y estuviese libre de los inminentes peligros, quedando opuesto á la fuerza de todos los católicos para trabajarle é impedirle su futura grandeza y excluille de la sucesion de la Corona; llegado el caso esperaba no faltaria á sí mesmo considerando la importancia del hecho, ni á la quietud del reino y á dar la mayor parte de él y á su Rey la satisfaccion conforme á su deseo. Podia deliberar en esto con madureza por el término largo del edicto concedido para ello y pidiese lo que le placiese á su Majestad Cristianísima, que se la concederia sin duda.

Esto contenia la instruccion desta embajada, y tambien por órden secreta le pidieron restituyese las plazas que tenía, pues acabó el plazo de su permision, cumpliendo con lo que prometió y juró, para que por su exemplo entregasen los demas las que retenian. Respondióles Enrique era antigua para él la buena voluntad del Rey y ánimo Real para favorecelle y ayudalle en sus intereses, como su deseo de arriesgar la vida por su servicio, aunque no habia sido tan afortunado que se hubiese dél servido y hecho prueba de su fe, de que podia con razon asegurarse por la obligacion de la natural sujecion y por la sangre aumentada con el honor singular de ser su cuñado que la redoblaba. Mas era tan engañado que no distinguia la fi-

delidad de la rebelion, pues ántes hacía esperanza de los comunes enemigos que se valia de sus fieles servidores, y así no podia hacer más que darle gracias de cuanto se le habia propuesto en su nombre; y por todos los mundanos intereses, como su conciencia no quedase asegurada, no dejaria la religion en que fue criado y por cuya defensa se habia empleado tanto. Era pronto, como significó tantas veces, mostrándole sus errores á sujetarse á lo que determinase un concilio libre y general. No sólo no podia rendir las plazas, teniendo tantas los católicos, más debia pedir más para la seguridad de los reformados, por haber empeorado tanto más los otros que éstos, como sabía cada uno, y estar necesitados, cumplido el término del edicto, á dejar la religion que abrazaron si no se resolvian constantes á defenderla con todo su poder y de sus amigos, y mayormente por la certeza que tenian de que el nuevo edicto, como fue sacado violentamente, así era contra razon, y no debia guardarse más éste solo que tantos que ántes fueron publicados.

Era el Cristianísimo tan deseoso de la paz universal, por apartarse de hecho de la guerra que ántes viendo la dureza del de Bearne ordenó á sus embajadores, que permaneciendo en ella para no concertarse, le pidiesen se abocase con la Reina su madre que iria á Champiñy, lugar seguro para él, con ámplia autoridad y facultad, y en tanto mandaria que toda la gente de guerra, que estaba de la otra parte del Loira se retirase destotra, con que hiciese él parar á los extranjeros de su sueldo y socorro en los confines de Francia. No rehusó verse él con la Reina, y afirmó allegaria á Bergerac cuando ella á Champiñy, y la gente del Rey estuviese de la otra parte del Loira, porque de otra manera no harian alto los extranjeros, por no resfriar el ánimo con que eran inflamados á la defensa de tantes injustamente perseguidos, y de la utilidad pública y por el propio servicio del Rey, y porque los rebeldes que hicieron con tanta violencia revocar los antiguos edictos de paz y provocar al Rey á la guerra contra los que habian propuesto vivir quietamente, hallasen fuerzas mayores que á la debida obediencia los redujesen y los imposibilitasen para molestar á otros.

Varios sucesos tuvo el Príncipe de Condé entrando en Bretaña á tomar á Broage, infelices en la mayor parte por la oposicion que le hizo el Duque de Joyosa, el de Mercurio y el de Mena, con que la guerra andaba vária y trabada reciamente, y Condé salió huyendo del reino. Por esto el Rey hizo publicar en el Parlamento de París una declaracion del edicto de Julio, en que se prohibia entre otras cosas el tomar las armas los huguenotes y darles ayuda los católicos; restringia el término de seis meses para reunirse á la Iglesia romana, porque dellos se valian sólo para armarse contra el edicto y contra la Corona y contra los católicos. Turbáronse con esto los huguenotes, y aunque los fortificaba el de Bearne, viendo su pérdida mucha y huido el Condé, principal cabeza, muchos salieron de

Francia y otros se aseguraron en el Delfinado, Guiena, Languedoc, en plazas que habia tomado para no guardar los edictos, y para que los forzase con gran exército hacian instancia con el Rey los coligados. En tanto volvieron de Alemania los embaxadores que los de la Liga enviaron á pedir á los Príncipes católicos entrasen en ella para defensa de la religion católica; prometieron unirse para este efecto previniendo ellos el consentimiento del Emperador por medio del Pontífice y del Rey de España, porque les era prohibido por leyes imperiales el entrar en liga y armarse, y mejor y más fácilmente les acudirian siendo todos tres príncipes supremos, si se confederasen con ellos.

Luégo enviaron embajadores al Rey Católico, pidiendo su ayuda para hacer la guerra á los herejes y satisfacerle las causas que les forzaron á convenirse con el rey Enrique, y que dispusiese el entrar el Emperador y los Príncipes católicos de Alemania con su Majestad y el Pontífice en la confederacion para tan santa empresa. La misma instancia hicieron con su Santidad y con el consistorio, y para que los Príncipes de Bearne y Condé fuesen declarados heréticos relapsos, incapaces de cualquiera sucesion, y fuese amonestado el Mariscal de Memoransy para que dejase su bando y la parcialidad con los huguenotes, y declarase el Rey de España con qué fuerzas los ayudaria para romper la guerra. El Pontífice, en consistorio á nueve de Setiembre, declaró contra los Príncipes heréticos como le fue pedido, absolviendo el pueblo del juramento y escomulgando los que los obedeciesen. Esta declaracion alegró los católicos, pareciendo estar ya seguros del dominio de los heréticos, y entristeció al Rey por haber sido sin saberlo él, y á los huguenotes teniéndose sumamente por ofendidos, y procuraron en los Parlamentos impedir la lectura de la Bula pontifical, diciendo era contra las leyes de Francia. Mas fue estampada, publicada y admitida. Mucho aflixió á los Príncipes de Bearne y Condé, porque sabian cuánto importaba y el peligro en que los ponia, y publicaron sus quejas en toda Europa en invectiva contra el Pontífice con poco respeto de soldados desenfrenados, no de Príncipes. Sintieron los católicos gravemente la ofensa del Pontífice máximo, tratado con tanta irreverencia, y el Rey, indignado, apresuró las expediciones para la guerra, de sus ministros maliciosamente retardadas, por dar tiempo que se armase el de Bearne.

Prosiguió el de Mena la guerra con buen número de caballería é infantería con promesa de envialle más número y dinero que no llegó, y el Marechal de Martinon en los consejos y en las acciones mostraba poca obedieneia y muchas dificultades para impedirlas, aunque se le oponian Mos. de Rone, maestre de campo, el señor de Sena, lugarteniente de la caballería ligera y de Tauanes su general, Sacro Moro, Virago, el señor de Vic, coroneles; y advertido de que pretendia impedir sus deliberaciones, acordó, perdido ya mucho tiempo, de apartarle y obrar de sí mesmo y ca-

minó al Perigord y Lemosin, y envióle á Santonge, en el país de Bordeos, con órden de juntársele en la salida del invierno. El de Bearne, bien armado y para oponerse al de Mena, salió en campaña, y falto de dineros, por fuerza tomó tiránicamente muchos á créditos sobre los bienes de los eclesiásticos y liguistas, y que obedecian el edicto del Rey, y dió facultad para que se vendiesen, y declaró serian restituidos á su tiempo á los que tuviesen su gracia procediendo con la autoridad del Rey mismo. Muchos le siguieron, temerosos de perder sus bienes, y entre ellos el Vizconde de Turena, los señores de Dovault, de Saniere, de Campois, Purgherfort, de Labord, Landis y Abenar, que estaban donde temian poco al de Bearne.

En el fin de este año hizo publicar el Rey un nuevo edicto contra los que no guardaban el primero y persistian rebeldes con las armas, sin distincion de seta, ó siguiendo la huguenota ó al Príncipe de Bearne, y para la abjuracion que habian de hacer fue por comision del Rey formada y estampada una nueva profesion de la fe, que debajo de hermosa apariencia contenia algunos pasajes heréticos, con que los autores querian engañar al Rey y al pueblo. Enviada á los obispos con sus provisiones y cartas para el uso della, conocieron el daño; y el Colegio de la Sorbona y todo el clero de Francia unidamente se resintieron con el Rey por sus diputados, advirtiendo que se habia de hacer mencion del Concilio Tridentino, y que sin alguna moderacion los eclesiásticos y legos habian de prometer verdadera obediencia al Pontífice. Luégo revocó el Rey aquella forma de profesion y remitió el hacerla á quien le tocaba por autoridad y derecho. El Pontífice ásperamente reprehendió al Obispo de Bergamo, su nuncio, porque no se habia opuesto á tal declaracion como los Obispos, faltando á tanto y tan necesario en su oficio; dijese al Rey cuán mal habia sentido de su arrogacion de potestad suprema en causa de la fe que á la Sede apostólica pertenecia, causando escándalo novedad de tan mal exemplo tan importante; la revocase luégo por su bien y la autoridad de su Santidad. Luégo se excusó con el Nuncio y con su Beatitud, confesando despues con mucha humildad fue engañado y haber metido la mano en cosa al Sumo Pontífice sólo perteneciente.

CAPÍTULO VIII.

La Reina de Inglaterra envia á Francisco Draque con armada á las costas de España é Indias.—Aprestos del Rey para la defensa.—Gobierno del Conde de Lecestre en Holanda.—Desembarcos de Draque en las costas de Galicia, Canarias y Cabo Verde.—Toma y saquea las ciudades de Santo Domingo y Cartagena de Indias.—Intenta atacar á la Habana.—Arriba la armada española á Cartagena de Indias.—Dispone el Rey la defensa de aquellas costas.

Haciendo ya la Reina de Inglaterra al descubierto la guerra al Rey Católico en los Países Bajos y en el mar, envió á Francisco Draque con armada á robar y hacer atacamientos en las costas. Fue avisado el Rey por el Príncipe de Parma y D. Bernardino de Mendoza, su embajador que fue en Inglaterra, y que ya asistia con el mismo oficio en Francia, que su intento era robar las Indias para hacer la guerra con su misma hacienda, y convenia enviar armada en seguimiento de la inglesa para deshacella y asegurar los mares y costas, porque sería de reputacion y seguridad, y cuando no se acometiese la armada enemiga, iria bien castigada perdiendo tiempo y expensas. Estaba D. Felipe en las Córtes de Monzon, bien ocupado mas no divertido, quien estuvo tan atento generalmente al gobierno y conservacion de su monarquía, y así proveyó fuese en alcance de Draque Alvaro Flores de Valdés con diez y siete galeones y cuatro pataches y tres mill soldados, á cargo de Juan de Tejeda, que en Flándes militó muchos años, comenzando con la buena diciplina de aquella escuela vieja del Duque de Alba, y para reconocer y fortificar las costas de las Indias y puertos principales.

El Conde de Lecestre en Holanda gobernaba como absoluto, excediendo la instruccion y intento de la Reina, con supremo poder, llamándose Gobernador general; queria gobernar lo civil y militar, que le tocaba solamente por la capitulacion de la proteccion y defensa, salvo los previlegios, autoridad y gobierno de su hacienda de los pueblos reservados á los Estados, y gastaba su dinero por su arbitrio con resentimiento que obligó á que la Reina con reprehension y restriccion de órdenes los concordase por medio de Thomás Hendey, si bien los holandeses, aunque les desplacia el esceso, no el nombre de Gobernador general, empeñando á la Reina con esto en hacer al descubierto la guerra al Rey Católico. Habia Lecestre prohibido el comercio en las provincias enemigas y neutrales, para que los

que navegaban en aquellos mares le pidiesen pasaportes y él se los vendiese para enriquecerse; y era esto tan áspero á los que se mantenian del comercio, que muchos de los que se retiraron de las provincias del Rey á Medialburg, Amsterdam y otras partes á negociar, pasaron á Brem, Enden y Amburg con general queja de alemanes, franceses y escoceses.

Salió Francisco Draque de Plemua para ir á las Indias con once navíos gruesos y ocho menores y algunos pataches y bastimentos para un año, y tres mill soldados; y ántes de engolfarse quiso dar á sentir sus armas en las marinas de Galicia, en tanto que llegaban las flotas de las Indias para aventurarse á hacer alguna buena presa. Entraron en salvamento la de Nueva España á 20 de Setiembre y la de Tierra-Firme á 18 de Octubre, y Draque pareció sobre las islas de Bayona, donde informado de una barca que tomó de que no estaba en aquella plaza el comendador Pedro Bermudez de Santis, que á su cargo tenía el gobierno de la gente de guerra de aquella comarca, y que en su defensa no habia doscientos soldados, determinó emprenderla con mil quinientos hombres.

En veinticuatro lanchas de remos fué á la tierra al ponerse el sol y tomó un navío de Sevilla cargado de cueros y aceite. Descubierto ántes por Pedro Bermudez, habia tocado á rebato en la campaña, para que se recogiese la gente del distrito con sus armas, en cuyo manejo eran diestros, y avisó á Tuy, Salvatierra y Gondomar. Entró Draque en el puerto, y en la noche echó la gente á la ermita de Nuestra Señora del Burgo, que abrasó, y asegurados de sus cuerpos de guardia y centinelas, esperó la venida del dia.

Don Diego Sarmiento de Acuña, señor de Gondomar, mozo animoso, de generosa sangre, de gallarda persona y grandes esperanzas, de valor y prudencia, que hoy es Conde de aquella villa y embajador en Inglaterra, con siete banderas sin impedirle el enemigo entró en Bayona. Por esto temiendo ser cargado y no socorrido de su armada, por haberse el mar alterado mucho con vendabales, con sus lanchas volvió á ella. En el dia siguiente la aseguró en el puerto de Teis, en la vía de Vigo, y Pedro Bermudez, temiendo le quemasen, dejó en Bayona al capitan D. Juan Maldonado con quinientos hombres, y con dos mil acompañado del Sarmiento caminó á Vigo. Porque los ingleses salieron con algunas banderas á robar ganado en el monte de Teis, envió al Sarmiento con buen golpe de gente, y acometidos, gallardamente les quitó la presa y puso en huida, siguiendo la victoria, executando hasta debajo de la artillería de sus navíos tan intrépidamente que prendió en el mar entrando á caballo un inglés que habia herido y con sus armas le truxo á Vigo.

Pidió Draque á Bermudez parlamento, y concertado en las barcas con cada seis capitanes, dados en los rehenes de ambas partes, con D. Diego Sarmiento entró en el del inglés, y sobre la restitucion de lo robado por

él y dejar ir libres y con sus haciendas algunos ingleses detenidos en Bayona desde el arresto general, se debatió, y sobre ser el primero en hacerla y no se conformaron. Y porque Bermudez se hallaba con cinco mill hombres, con los que vinieron de Ponte de Lima, Barcelos y Braga, y la que truxo Antonio de Magallanes, señor de Puente de Barca, y la que envió desde Oporto D. Luis Enriquez, y de más de ducientos caballos, restituidos los rehenes, y habiéndole llegado nueve navíos de Inglaterra, Draque fué á las Canarias, y en la isla de la Palma le impidieron á viva fuerza la desembarcacion, y robados algunos navíos cargados de vino para las Indias, pasó á las islas de Cabo Verde, ocupó á Santiago, su principal poblacion, ganando algunos fuertes de la playa, embarcó la artillería y hacienda, y pareció sobre la Isla Española, ó de Santo Domingo, á once de Enero entre la punta de Santa Catalina y la de Caucedo.

El licenciado Christobal de Ovalle, presidente de la Audiencia, y los oidores, ménos prevenidos que avisados por un navío de Cabo Verde de la venida deste pirata y de (1) si fueran militares, pareció serian navíos de los que acudian á aquel puerto ó de la armada Real, con que Juan Martinez de Recalde habia de limpiar aquellos mares de corsarios. Mostráronse treinta y dos navíos y algunos muy grandes, y los oidores azorados dixeron al Presidente llamase los capitanes prácticos, y con gente previniese los puestos donde podia desembarcar el enemigo, y más airado que soldado les replicó que, pues sólo á él tocaba el amparo de la isla, como el gobierno, le dejasen. Viendo su imprudencia, acudieron con grande alteracion al muelle los oidores Mercado y Villafañe, donde dispusieron la infantería de la ciudad y echaron á fondo los navíos del puerto, y pusieron en una banda dél una galera que habia quedado de las de su guarda con diez y seis piezas de artillería, y la gente de la compañía de D. Diego Ossorio, y algunos cañones de los navíos asestaron en el fuerte que mira á la barra, y ordenaron fuese gente á la caleta de Gulbia, donde podrian los ingleses desembarcar. El inexperto Presidente, con risa, los motejaba de mozos sin conocimiento de la guerra, que por serlo á peticion (2) nunca desengañado

(1) Faltan palabras, y para completar la narracion se toma de HERRERA, *Historia general, tercera parte*, el correspondiente pasaje:

«Habiendo Francisco Draque tomado en Cabo Verde el despojo de la mejor poblacion de aquellas islas..... se encaminó á la isla Española, que ahora dicen Santo Domingo, á donde el Presidente de aquella Audiencia, que era el licenciado Christóval de Ovalle, á 27 de Diciembre del año pasado (1585), tuvo aviso de un navío de Cabo Verde que esta armada quedaba allí con disignio de ir sobre aquella ciudad. Lo cual el Presidente, á quien como Gobernador y Capitan General tocaba la defensa della, no dió crédito ni hizo prevencion, aunque los oidores del Audiencia y otros le hicieron instancia que se apercibiese.»

(2) *Sic.* «Y todo se comenzó á ejecutar con gran diligencia, de lo cual se rió el Presidente, diciendo que como los oidores eran mozos, apetecian la guerra; pero descubriéndose ya toda la armada, pidieron al Presidente que diese licencia á D. Diego Ossorio para que en la fragata de la galera fuese

áun afirmándole D. Diego Ossorio era armada enemiga por él reconocida en una fragata; y tanto permaneció en su daño y pertinacia, que salió della con miedo y confusion, viendo batir la armada el fuerte y la ciudad, penetrándola con muerte de algunos las balas, y que venian con grande priesa banderas á combatilla, habiendo desembarcado en Ayna casi tres leguas de la ciudad, sitio por naturaleza tan fuerte en roca tajada y áspera, que pocos bien armados le pudieran defender y el pasar á la ciudad por camino estrecho y montuoso (1). Salió contra ellos gobernando setenta lanzas de la compañía de Juan Caballero Bazan, porque estaba ausente, y con tal desatiento, que en un lodazal cayó y fue retirado, y guió la gente D. Juan de Villaldrando, gobernador de la Margarita, dándole calor con setenta infantes el oidor Villafañe y el licenciado Mercado con dos cañones, encaminándose al abrigo del monte; y descubiertos fueron batidos de ocho naos de la armada, aunque sin daño, y los ochocientos de las banderas, temiendo emboscada y mayor número, hicieron alto, cansados y sedientos, y ordenaron su escuadron y echaron arcabuceros contra los caballos aumentados con más de treinta de los principales oidores y nobles.

Llególes aviso de que el Presidente huyó en un barco cumpliendo con todas sus obligaciones, y se alzó la galera y retiráronse cargados hasta la puerta de la Merced, por donde salieron. Estaba la ciudad por esta parte cercada de dos tapias de alto, y por San Lázaro, sitio eminente, abierta, y pudiera haberse reparado si el Presidente fuera mexor y defender de una gente suelta, cansada y sin artillería ni pertrecho para combate. La infantería desamparó la puerta y huyó al bosque, siguiéndola la gente de la ciudad en viendo escapar al Presidente, y llevaron todas sus fortunas. Los ingleses por San Lázaro entraron en la yerma ciudad sin resistencia, y los oidores que la hacian en la puerta de la Merced, viendo tomadas las espaldas, se retiraron á un alto junto á la Merced, y en un navío avisaron al Rey del suceso y famosos hechos del Presidente, y al Gobernador de la Habana, á Nueva España y Cartagena con D. Francisco Maldonado, y con doscientos caballos que juntaron, tenian en freno á los enemigos, y se aseguraban con más de dos mill negros de la isla.

Los ingleses, saqueada la ciudad, quemaron ochenta casas y los monasterios de San Francisco y Santa Clara y Regina Celi, de monjas, habiéndolos sacrílegamente profanado; y porque los reprehendian, mataron en el de Santo Domingo á fray Juan de Caravia, sacerdote, y fray Juan de Illa-

---

á reconocer, y se contentó dello; y volvió D. Diego Ossorio dentro de dos horas afirmando que era armada enemiga y dando las razones dello.....» HERRERA, *Ibid.*

(1) Parece falta el principio de este período, que segun Herrera (*Ibid.*), debiera decir: «El Presidente, estando ya fuera de la duda que tenía, se puso á caballo con la compañía de la ciudad, que era de 70 lanzas.....»

nes, lego, tan religiosos que no quisieron desamparallos. Pidió Draque un millon de rescate de la ciudad, y al fin se contentó con veinticinco mil ducados, que se le dieron en joyas y plata, y quemada la galera y saqueados los navíos del puerto y embarcada la artillería de la ciudad, habiéndola poseido treinta dias, navegó la vuelta de Cartagena con su armada, á veintiuno de Hebrero, apresurando su viaje, temiendo que el Rey Católico armaria navíos para la defensa de sus costas y ofensa de la armada inglesa, porque no acometiese los lugares desarmados, guardados sólo con la reputacion de las armadas de su señor. La de España venía ya en su busca, retardada por haber arribado á Cádiz por más de veinte dias, en desgracia de Santo Domingo y Cartagena de Indias por más de un mes ántes, por no haber solicitado más su apresto y salida al mar los ministros del Rey, que muy á tiempo y con larga mano proveyó cuanto para su armamento fue importante, por más ocupado que se hallaba en las Córtes de Monzon, porque si alcanzára los ingleses, con los buenos capitanes, gente y navíos que tenía, atajára los acometimientos de los enemigos con su ruina; pero la poca diligencia causó grandes daños en todos tiempos.

A veinticuatro de Enero llegó á Cartagena navío de aviso de los oficiales de la Casa de la Contratacion de Sevilla, de la salida y intentos de la armada inglesa, y poco despues le duplicaron por la importancia del negocio. Era gobernador Pedro Fernandez de Bustos (1), caballero natural de Ocaña, de aquella noble familia, sin experiencia de la guerra, y de dos galeras para la guarda de la costa D. Pedro Vique, valenciano, caballero, soldado valeroso y experto, y de buen nombre en Cartagena y en España; porque D. Pedro Vique sirvió á su Majestad en Perpiñan, Inglaterra y Flándes y en Lombardía, siendo gobernador del Estado de Milan el Duque de Sesa, y en el socorro de Orán y en la presa del Peñon, y cuando el Maestre de Montesa pasó por Capitan General á Orán, fue alférez de don Diego Vique, su hermano, caballero de aquel hábito, y dejando la bandera sirvió en aquella frontera sin sueldo; y cuando D. Juan de Austria tomó el estandarte de Capitan General del mar, fue capitan de infantería en las cuatro galeras, de que era cuatralbo D. Luis Vique, su hermano, comendador mayor de Aragon, que despues fue Virey de Mallorca; y tuvo á su cargo una galera el tiempo que duró la guerra de Granada, y dando caza las cuatro á unas galeotas de turcos y saltando en tierra para salvarse junto á Ceuta, D. Pedro salió con gente tras ellas, y cargándole reciamente alárabes y moros traidos de la artillería y arcabucería, se retiró sin daño por su buen órden y valor, loando la faccion el Marqués de Villareal, general del Rey de Portugal, que acudió á socorrelle. Habiendo su Majestad de-

(1) Pedro Fernandez Busto le llama Herrera.

terminado pasar galeras de España á las Indias, cosa jamas vista ni oida, para empresa tan nueva y de tanta confianza eligió á D. Pedro Vique, por la satisfaccion que habia dado como soldado y marinero, por General de la costa de Tierra Firme con dos galeras, y ordenó que si era peligroso el viaje metiese la gente en los navíos y remolcasen los vasos; mas él las pasó armadas y una saetía, padeciendo mucho por golfos tan anchos y terribles, y arribó en salvamento á Cartagena, donde asistió diez años sin arribar corsarios, como ántes, en aquellos mares. He dicho esto porque Antonio de Herrera, en la *Tercera parte de la Historia General del mundo*, dice que sabiendo la venida de Francisco Draque, tomó la mano en fortificar la ciudad D. Pedro Vique, de quien por soldado de valor y experiencia mucho se confiaba, aunque diferente es el justar y jugar cañas del pelear contra los hierros amolados y tiros de fuego.

No habia otra persona práctica y que supiese acudir á las cosas que convenian, y en cabildo abierto y de comun parecer le encomendaron la defensa de la ciudad con aprobacion del Gobernador inexperto, gobernando la necesidad, cuyo caso está ecceptado en todas las órdenes é instrucciones, diciendo que si no aceptaba el cargo desampararian la ciudad, porque don Pedro queria asistir en sus galeras; y á fuerza de protestos y requirimientos le aceptó; y porque las dos galeras no podian contrastar á la armada inglesa, las puso en el repuerto, en parte que servian de través, con los cañones á la trinchea con que fortificó la ciudad; empuaron la playa con púas agudas de madera de palma cubiertas con la arena, aunque pareció despues estuvieran mejor en la punta del puerto; puso algunas camaradas de artillería en la playa, porque así en la boca del puerto como en otros puestos habia buena disposicion para defender la entrada á los navíos, que entran por la escasez de vientos á la bolina. Halló en la muestra de la gente trecientos oficiales, la mitad desarmados, y diéronles picas, y con la gente de Mepoz y Tulú hubo cuatrocientos cincuenta, la mayor parte arcabuceros, que se repartieron con sus capitanes en puestos, quedando en la trinchea de la Caleta doscientos con D. Pedro Vique y el Gobernador. Las galeras vinieron despues junto al Boqueron á cargo de los capitanes. Pidió á la Audiencia del nuevo reino de Granada ayuda y bastimento, y avisó á Nombre-de-Dios y Panamá para que se apercibiesen.

Estando con el aviso del suceso de Santo Domingo, riendo su poquedad y mala defensa, y leyendo cartas del segundo aviso de Sevilla de la venida en su contra del corsario, apareció en la punta de los Icacos, reconociendo el puerto y marinas un patache. No viendo defensa, doblada la punta, dió fondo y sacó la gente en tierra, y marchó la vuelta de Cartagena por el agua, porque se empuaban los ingleses. Encaminados á la Caleta, hicieron alto á mill pasos della, en el camino, que es angostura de mar, de sesenta pasos de ancho, y una hora ántes del dia formaron su escuadron, y abrién-

dole y cortándole la artillería de las galeras, una parte acometió la trinchea, donde estaba D. Pedro Vique. Defendida bien, subieron encima, y avisando á lo restante del escuadron, llegó en su refuerzo. Eran los defensores poco prácticos, y desanimados dejaron libre la entrada, peleando don Pedro con los pocos que le asistieron valerosamente, hasta que cediendo á la multitud, entraron en la ciudad revueltos amigos y enemigos, y sin conocer á D. Pedro, por no ser aún claro enteramente el horizonte, y los ingleses comenzaron á saquear y los vecinos á huir por la calzada de San Francisco, llevando en canoas lo que podian de su hacienda, dejando la tierra como los de Santo Domingo, muy escarnecidos por esto dellos. Los capitanes de las galeras, vista la perdicion de la ciudad (1), y D. Pedro Vique en la campaña recogió los que pudo de los que sin vigor y prudencia, por cobardía, dejaron su ciudad vilmente entregada á la codicia de los heréticos piratas, y animados volvieron á cobrar la reputacion perdida y entraron hasta la plaza, matando muchos ingleses; mas desmayándose segunda vez, aunque más D. Pedro los animaba y facilitaba la empresa, volvieron las espaldas, dejándole peleando con algunos, y por ser pocos se retiró atentadamente.

Viendo la perdicion de la ciudad, ordenó á los capitanes de las galeras que por el Boqueron saliendo al puerto grande las salvasen, y les envió la llave de la cadena que cerraba el puerto pequeño. No pudieron salir por poco fondo y porque se pegó fuego á un barril de pólvora y dió al través por salvarse la gente, y la de la compañera la desamparó; y D. Pedro, con los que le seguian, las quemó á vista del enemigo, mostrando ánimo para defendellas y la ciudad, si fuera, como era razon, asistido. Los ingleses pusieron ocho cuerpos de guardia en las trincheas y se aseguraron y metieron su armada en el puerto en parte segura para salir, si les sobreviniese la armada de España, porque sabía Francisco Draque, por el tercero navío de aviso de Sevilla, que tomó, cómo estaba para salir al mar Alvaro Flores en su contra. Para aviarse concertó el rescate de la ciudad en cien mill ducados en plata y oro, y recibidos y embarcada la artillería, navegó contra la Habana. Mas hallóla en diferente defensa que á Cartagena por Diego Fernandez de Quiñones y Gabriel Luxan, que le aguardaban prevenidos y deseosos de castigalle si emprendia contra ellos, y el corsario, victorioso y rico, volvió á Inglaterra.

A poco más de cuarenta dias que partió de Cartagena, llegó la armada de España á la ciudad, destruida y desfigurada, y así atendieron sus capitanes y el ingeniero Antoneli á su reparo, con gran lástima y pesar de no

(1) Faltan palabras. —« Las galeras, visto que los ingleses habian pasado adelante y que se entraban en la ciudad, se fueron al fortezuelo del Boqueron, de donde intentaron de salir á la mar, pero por la poca agua que habia, no pudieron y se quedaron allí. » — *Ibid.*

haber hallado los ingleses para pelear y vencer su armada, como pudieran sin duda, aunque no sin sangre; mas la tarda expedicion les quitó esta victoria y dió á los heréticos la que gozaron de Santo Domingo y Cartagena, casi indefensas, pareciendo que su seguridad consistia en las armadas del Rey, siéndole forzoso enviarlas en seguimiento de los enemigos sabiendo con vigilancia sus intentos y armazones para deshacellos con su gran poder, guiado con prudencia y empleado con presteza, preveniendo, no siendo prevenido: regla mayor y mejor en la conservacion de la monarquía, porque viendo en su amparo los súbditos cercanos y de regiones tan remotas, no esperaban accidentes tales en mares tan extendidos y navegaciones tan largas y en potencia tan grande como la de su Príncipe; mas no consideraban no estar seguro lo más recóndito y apartado de la codicia que tantos peligros é imposibles ha vencido.

Dolió al Rey el desastre de los indianos y el enriquecerse Inglaterra para tener caudal de la misma hacienda del Rey, mal asegurada, para quitarle la que en tanto estimaba como debia á sus Países Bajos, verdadero patrimonio de su Majestad Católica. De luégo trató de la defensa de las costas de las Indias, castigado, no circunspecto, pues reparar los daños cuando se sienten no es de alabanza ni prudencia; y aunque en golfos tan extendidos se puede mal asegurar las costas de los acometimientos y robos de corsarios, pues el Turco no puede delibrar las suyas, en pocas leguas de mar, de las galeras de Malta y Florencia, como por sus aprestos se dan á sentir tiene tiempo de prevenirlas, siendo forzoso armar siempre que arma el enemigo, como aconseja la razon de Estado y guerra.

CAPÍTULO IX.

Estado de los negocios en Portugal.—Inquietud y maquinaciones de los partidarios del pretendiente D. Antonio.—Propagan éstos la idea de que áun vivia el rey D. Sebastian.—Pareceres sobre el matrimonio de la Duquesa de Aveiro.—Nacimiento y bautismo del primer hijo del Duque de Saboya.

Descansaba D. Felipe en Madrid, y reforzaba la salud para continuar en el gobierno de su monarquía, y los negocios retardados por su ausencia despachaba con satisfaccion general, y los de Portugal no le daban poco cuidado por algunos avisos. Receloso escribió al Archiduque Cardenal le avisase el estado en que los ánimos de los de aquella nacion estaban. Respondió eran sus pláticas de esperar á D. Antonio con deseo, y le daban color con volver hablar en que el rey D. Sebastian era vivo, y que habia de

venir, y áun decian estaba en Lisboa escondido con algunos caballeros de los que se hallaron en la batalla, esperando la armada para manifestarse con su ayuda. Con esto los antonianos autorizaban lo que decian, y concurrian allá muchos, y como era fácil y blando, no los sabía despedir ni enviar desconsolados con palabras generales, y luégo publicaban que venía don Antonio. Y aunque el Archiduque, por el confesor de la Priora, procuró que ésta hablase con los ménos, no tuvo efecto, porque las condiciones en que se hallaba ofrecian dificultad, y convenia que órden del Rey lo remediase.

Para más persuadirlo á la gente, referian lo afirmaban beatas y monjas habidas por santas, que vian cerca desto visiones, y todo era falso sino el hablar en ello la gente comun y el secreto de no descubrirse. Convenia mirar el proceder de algunos espíritus engañados con falsa oracion, milagros y revelaciones mentirosas, y poner remedio en que no se hablase en lo que tocase á libertad del reino, porque no pudiendo con armas y razones contra el Rey, inquirian de los embusteros la voluntad de Dios en esto declarada, y particularmente la monja de la Anunciada, tenida por santa, que les aseguró era vivo D. Sebastian y le verian presto en su Palacio.

Esta opinion traia orígen desde la entrada á reinar del Cardenal D. Enrique, y esforzábala el no poder sufrir que su nacion y reino hubiese de venir en poder del rey D. Felipe, su heredero lexítimo y natural señor. Decian que D. Diego de Soussa, caballero principal, general de la armada con que pasó el Rey en Africa, se levantó con toda ella en el mismo dia de la batalla, al punto que en la capitana se embarcaron tres hombres que decian ser uno de ellos D. Sebastian, y vino á Portugal, y no lo hiciera dejando á su Rey en tierra de enemigos perdido con su exército, sin coger la gente; y por esto no le castigó el Rey, y decia, poniendo el dedo en la boca, «Hizo lo que podia decir, ni pudo dejar de hacer.»

Fray Miguel de los Santos, agustino, provincial dos veces en aquel reino, predicador del Rey y confesor de D. Antonio, le favoreció en su rebelion, y dijo que en un monasterio cerca de Castelblanco habia muerto un fraile francisco que en la última hora declaró habia confesado al rey don Sebastian despues de la batalla algunas veces, y que por esto en sus honras en Belen no encomendaron á las religiones misas por su alma, como era costumbre con otros reyes que murieron; y estando el Prebendado prevenido para predicar entónces, le dijo en el dia ántes un hidalgo mirára lo que decia del Rey en el sermon, porque le juraba por los Evangelios que le habia de oir. Que tres ó cuatro meses despues de la rota, doña Francisca Calva, mujer de Cristóbal de Tabora, en la torre vieja de la otra parte de Lisboa donde moraba, dió al licenciado Mendez Pacheco, médico y cirujano, cincuenta cruzados con que fuese guiado á curar un herido, que señaló ella por el rey D. Sebastian, en una casa pajiza, en la sierra del Car-

nero, entre Oporto y Gimaraens, y le curó una llaga en una pierna, estando en la cama, cubierto el rostro con un antifaz de tafetan, con sus antojos, y le asistian cuatro gentilhombres. Por las conjeturas que tenía dijo en Lisboa era este herido D. Sebastian, y se creyó tanto, que en las Córtes pareció un escrito entre las libranzas en que lo afirmaban. Puesto en prision el médico por esta declaracion, le pusieron en cadena en galera, de donde le sacó el rey D. Felipe.

Despues por esta voz se atrevieron tres hombres bajos á fingir eran el rey D. Sebastian, asistidos de otros semejantes, y no inquietaron poco hasta ser justiciados en Lisboa. Prendieron unos portugueses que por el mar iban á Francia, inclinados á D. Antonio, y en cambio de su libertad haciéndose confianza dellos, á la ventura prendieron al Obispo de la Guarda, amigo y embaucador de D. Antonio, y desde Setubal le llevaron privado del obispado á Castilla, al convento de Calatrava, donde murió. Confesóle ántes de su partida el padre fray Jerónimo Gracian, carmelita castellano, y primero en conversacion le dijo no podia ser absuelto si no confesaba haber sido causa de tantas desventuras y el no revelar otros que al presente inquietaban á Portugal correspondientes de D. Antonio; y confesó habia errado en ello y no en procurar que se juntase el reino de Portugal á Castilla, y los que no lo hicieran eran traidores, y le vendieron por dádivas y particulares intereses conforme al parecer de los más doctos y santos de Portugal, y así fue su deseo que D. Felipe reinase, y despues un hijo suyo, de suerte que Portugal quedase apartado. Era D. Antonio capaz para ser rey, pues probára su lexitimidad, si el cardenal Enriquez, apasionado en su contra, no se lo estorbára, y que su madre, aunque fue hebrea, era de tanto valor y honor que ninguna hija de Rey se le aventajó, y que ilexítimo podia heredar como D. Juan I, y cuando fue alzado en Santarem por Rey, habló un niño de teta, y cuando entró en Lisboa cesó la peste. Estaba favorecido en Inglaterra y vendria presto con armada á Portugal, donde no hallaria resistencia, y que merecia reinar mejor que el que entró en él sin sentencia y contra la voluntad de los vasallos, porque la ley de que heredase el varon más cercano al tronco era imperial y no obligaba en Portugal. No quiso descubrir los inquietos estando obligado en caso de la paz del reino.

Tratábase del casamiento de la Duquesa de Aveiro, que tenía en su palacio D. Felipe, porque se decia que su padre, ántes que pasase en Africa, dejó dispuesto con quién habia de casar. Serviala D. Manrique de Lara, conde de Valencia, su primo hermano, por las madres, que fueron hijas del Conde de Ureña, D. Juan, de buena memoria; pues D. Pedro Xiron, hijo segundo del duque de Osuna, D. Pedro, hermano de la duquesa de Aveiro, doña Magdalena Xiron, que pretendia casar con doña Juliana de Alencastro, su hijo, falleció en Nápoles, vireinando su padre, y ale-

gaba contra el testamento del Duque de Aveiro y peticion de que casase con portugués, y así lo prometió el Rey al reino, y no se podia atar la voluntad de la hija para no casar con quien ella quisiese, pues habia de ser libre el matrimonio; y así no debia ejecutarse la voluntad del Rey para disponerle como más conviniese á su servicio y bien público; y no iba contra ellos, pues el estado era de doña Juliana y ella tenía libertad para elixir marido sin excepcion de castellano ó estar atada á que sea portugués.

Consultado el Consejo de Portugal, Pedro de Alcazoba Carneiro habló largo y bien, apuntando y ponderando las razones de ambas partes, mas inclinado á que casase con castellano, y se conformó con él Paulo Alfonso y Miguel de Moura. Parecia lo mismo al licenciado de Idana y se confiriese más veces el negocio y se pensase más, por ser de tanta importancia y calidad las razones y fundamentos por una y otra parte, pues convenia tuviese aquel estado quien acudiese en cualquiera tiempo al servicio de su Majestad y dél se pudiese tener seguridad, sería contrapeso de los de Braganza siempre que fuese menester, y ponia dificultad en hallarse portugueses de aquellas partes. Paulo Alfonso dijo no sería esto de mucho escándalo, ni dar causa de queja á D. Alvaro de Alencastro, hermano del Duque, muerto en Africa tan honradamente, señor bien recibido de la gente toda, como si casase con portugués, no siendo él, y que se debia conservar la memoria del rey D. Juan II de quien decendia; y aunque habia embarazado en las cosas de D. Antonio, haria adelante lo que era obligado, como sus mayores, aunque no tenía partes muy señaladas para dar cuidado, cuando no acudiese al servicio del Rey.

El licenciado de Idana dijo ántes su parecer, y le confirmó con que no estaba quieto el reino, ser la edad del Rey mucha, poca la del Príncipe su hijo, vivo D. Antonio y asistido á lo que se decia, grande el apoyo del Braganza por sus pretensiones pasadas, y convenia darle opuesto, y don Alvaro favorecido de D. Antonio, y parecia terrible hacer el Rey grande á quien tan á la clara le desirvió, y no sería en Portugal tan mal recibido casarla con castellano, su deudo cercano, por estar persuadidos todos á ello desde que la llevó á Castilla su Majestad, conforme á su intento, y á muchos pareció bien y de mucha prudencia. Y no convenia casarla con el Conde de Alcautin ni el hijo del Duque de Villareal por no juntar dos casas grandes, y más en Portugal por haber pocas, y haberse de perder la una, y que la mejor resolucion sería la que su Majestad tomase, como quien con tanta prudencia sabria considerar la materia. Por esto intentó D. Alvaro por justicia suceder en el estado y no doña Juliana su sobrina, conforme al parecer del doctor Barbosa, porque en la donacion que hizo D. Jorge, maestre de Santiago, hijo del rey D. Juan II, y el modo que declaró cerca de las sucesiones y tierras hereditarias desta casa, parecia fue su intencion que en cuanto hubiese nietos varones ó decendientes por lí-

nea masculina del Maestre, se prefiriesen los varones descendientes por línea masculina á las hembras, aunque más allegadas al último poseedor, pues decia claramente que hembras no sucedan sino cuando no hubiese varones descendientes por línea masculina del Maestre, y parece que tenian derecho los nietos del hijo segundo del Maestre, y así debia casar doña Juliana con su tio, siendo servido el Rey, pues de los desta sangre no se debia tener recelo.

Rodrigo Vazquez de Arce, presidente de Hacienda de Castilla, gran jurisprudente, tenía en contrario que doña Juliana era verdadera sucesora, y el confesor del Rey, fray Diego de Chaves, le seguia; y dijo al Rey que para quitar debates y pleitos la casase con el tio, y así se hizo en San Lorenzo, y fue su Majestad con la Infanta, su hija, su padrino, y la acompañó hasta la puerta de palacio. La donacion del Estado, villas y castillos hizo el rey D. Juan II á D. Jorge, su hijo, por donacion entre-vivos y por testamento y el título de Duque de Coimbra le dió el rey D. Manuel á su primo con todas sus insignias y preeminencias, y le hizo donacion del castillo de la ciudad y alcaidería mayor con todas sus rentas, derechos y fueros en Lisboa á diez y seis de Marzo de mil y quinientos y nueve, y la villa de Torresnovas en Lisboa á veinte y siete de Mayo de mil y quinientos, y las rentas de Coimbra en Evora, en el mismo año por su vida, y se la tornó á donar en Almerian á diez y siete de Mayo mil y quinientos y veinte y seis con título de heredarlo sus descendientes. Confirmólo don Juan III en el año mil y quinientos y veinte y uno, á veinte y seis de Diciembre, en el título de Duque de Aveiro en vez del de Coimbra; confirmóle el rey D. Sebastian por previlegio en Lisboa á treinta de Agosto mil y quinientos y cincuenta y siete, porque el rey D. Juan III se le habia dado por carta misiva primero, y despues lo confirmó en el año mil y quinientos y veinte y uno á veinte y tres de Diciembre.

El hijo de D. Antonio, que á voluntad del Rey estaba sirviendo su empleo en el castillo de Montanches, tomó el hábito de monje bernardo en el monasterio de Valbuena.

En este tiempo trataba su Majestad de la union de los frailes jerónimos de Portugal á los de Castilla, y ántes envió quien los visitase, para que todos estuviesen debajo de una cabeza, como los de Valencia y Cataluña, y asistiese para moderar la inclinacion que tenian á D. Antonio y castigar sus excesos.

Habia quejas grandes con invectivas sobre lo que escribió de la union de Portugal y Castilla Conestaggio, ginovés, elocuente historiador y de buen juicio, acusándole historió contra el cardenal D. Enrique con libertad y poca reverencia, si bien decia verdad, y se habia recoxido el libro, y para su remedio escribió Antonio de Herrera un volúmen del mismo sujeto, quitando lo bueno que tenía el del ginovés de nombre, degenerando

de su elegancia y policía; y tambien era calumniada por la misma queja otra escritura de Duarte Nuñez.

Su Majestad estaba alegre con el nacimiento de su primero nieto, hijo del Duque de Saboya, quien de su nombre fue llamado Felipe; y á darle el parabien despachó al Conde de Fuentes, y el Rey de Francia y su madre enviaron á la Duquesa de Nemurs, desta familia, para ser madrina en el bautismo, y tardó tanto en llegar que nació Vittorio, otro hijo, poco despues del bautismo del primogénito, que fue celebrado á doce de Mayo por el Nuncio de su Santidad con nombre de Filipe Emanuel, en memoria de sus abuelos paterno y materno, con gran solemnidad por la asistencia del Cardenal Esfrondati por su Santidad; por el Príncipe de España, Juan Andrea Doria; por la Reina madre de Francia, madama de Carnavaleto; por la Infanta de España, la Marquesa de Garles; por la República de Venecia, Agustin Nani; por el Gran Maestre de la religion de San Juan, el Obispo de Malta.

CAPÍTULO X.

El Príncipe de Bearne escribe á las Ordenes del reino y á la ciudad de París, disuadiéndoles de adherirse á la Liga.—Encuentros y tomas de várias plazas y lugares por uno y otro bando.—Disposiciones del Rey Cristianísimo encaminadas á obligar al pueblo á pedir la paz.

En Francia el Príncipe de Bearne estaba de varios pensamientos muy combatido por la bula despachada contra él por el Sumo Pontífice, por los edictos del Rey publicados y por los exércitos para hacerle guerra prevenidos; mas reteniendo su gran vigor, generosidad de corazon y de ánimo intrépido y magno, unia y confirmaba y confortaba sus amigos y seguidores para reparar tan repentinos accidentes y peligros, y defenderse á lo ménos en tanto que venian los socorros extranjeros, que todavía en diversas partes se juntaban, probando si podia con arte retirar de la Liga algunos caballeros y parte de los pueblos.

En el principio deste año, en Montalban, escribió cartas á las Ordenes del reino y á la ciudad de París, y las esparció por toda Francia. Lastimábase en ellas de que antepusiesen la guerra á la paz y ayudasen á los rebeldes á su Rey contra los Príncipes de la sangre; quisiesen destruir la patria y echar los franceses della y el nombre francés, y especialmente despues que pudieron conocer cuanto él habia hecho para evitar tan miserable calamidad, habiendo ofrecídose asimismo en víctima para redimir el inocente

pueblo, incapaz de conocer las verdaderas causas de mover tantas armas. Lastimábase que los eclesiásticos, con la autoridad y rentas á píos usos destinadas, ayudasen á introducir la nueva guerra, cuando debian interponerse para impedirla y juntarse y trabajarse para acomodar las diferencias de la religion, si tal era su celo, con las disputas y concilio que tantas veces les habia pedido. Lamentaba se indujesen los nobles á ir contra los de la sangre real, siempre sus cabezas y defensores, y cerrasen los ojos para no ver se precipitaban con los nuevamente entrados en Francia, que pretendian, con perseguir la antigua nobleza, superar los primeros Príncipes y despues al Rey, y sujetar la corona. Se maravillaba creyese el pueblo sería aliviado en medio de las armas, con el comercio interrumpido, nuevas cargas, robo de toda sustancia que trae la guerra, y ser tiempo que París, como ciudad que siempre fue el exemplar de todas las del reino, de mayor crédito con el Rey, no hiciese abrir los ojos á los pueblos y quitase las tinieblas que los ofuscaron con el artificio de los enemigos, para no oponerse á quien la queria cargar y á toda Francia de gastos graves, dañosos, insoportables, de que por el comun beneficio queria preservarla y darle la verdadera ayuda que se podia esperar de un Príncipe cristiano y francés. Protestaba en el fin, cuando las ofertas, ruegos y razones verdaderas no hiciesen el efecto dél y de los buenos deseado, sería forzado á tomar las armas en defensa de la religion, de la vida, de los bienes, y esperaba no le haria cargo la Divina Majestad de la sangre que se derramase y daños que necesariamente se seguirian, pues suya no sería la culpa, y el castigo caeria sobre los que sin alguna causa perseguian los de la nueva religion, cuando estaban en sus casas pacíficamente y la quietud de todos deseaban.

Miéntras se ayudaba con este arte, no dejaba la prevencion para usar de las fuerzas que tenía en resistir á sus enemigos; y habiendo entendido que el Marechal de Martinon habia sitiado á Castels, fué al socorro y le hizo retirar en el mes de Hebrero, y pasó á Bearne á poner órden en las cosas de aquel estado con mucha presteza; y fué á Caumont, donde sabiendo que el Duque de Humaine (1) para impedirle el pasar el Garonna estaba en Villanova de Angen, evitando este impedimento, la misma noche pasó á Santa Fée con pocos, habiendo enviado su gente por otro camino, guiada del señor de Roque para que pasase el rio por Santa Basílica; y sucedióles felizmente aunque Martinon se hallaba tres leguas de la ribera. Tenía por menor el peligro de lo que fue el de Bearne, mas excusó el encuentro del Duque, saliéndose de la vía de Nerac, usada dél otras veces, pues llegó el Duque pocas horas despues, porque fueron desbaratadas las compa-

(1) La mayor parte de nuestros antiguos historiadores escriben indistintamente Humaine, Humena, Umena, Maine, y más generalmente Mena. Su verdadera escritura es Mayenne.

ñías que de Clarac y otras tierras sacó para que le acompañasen. A la vuelta tomó el Duque á Santa Basílica y á Montinac y otros lugares y castillos, entreteniendo el exército en tanto que venía el tiempo de campear, mas no teniendo dinero para la paga de sus gentes ni de donde haberlo, comenzaron á desmandarse los franceses y amotinarse los zuiceros y raitres, y amenazar de partirse, si no se les daba el sueldo que se les debia, y más otro á cuenta del futuro servicio; mas con alguna suma que buscó debajo de su crédito, quietó el tumulto y los ocupó en el sitio de Monsegur, porque daba su presidio al país causando mucha molestia, á peticion del Parlamento de Bordeos, y el Marechal de Martinon batióle y asaltóle, aunque estaba en sitio fuerte y alto, sobre piedra viva, ceñido de buenas murallas y de fortificacion bien entendida, y los defensores gobernados del Señor de Melun, hombre valeroso; mas temiendo asalto general, lo rindieron con razonables condiciones.

Por esta pérdida y haber desamparado los huguenotes á Castel Moron, no quedándoles otro lugar fuerte en Guiena y por hallarse el de Bearne inferior en fuerzas al Duque, fué á la Rochela, cosa que ántes no determinó, fiando más de las fortalezas y constancia de sus guarniciones de lo que se juzgó justo, siendo tan fácilmente rendidas. En mejor fortuna se hallaban los huguenotes en el Poitú, que señoreando la campaña y los castillos de Souvice y Marans, por fuerza tenian sujeta toda la isla. Sujetaron el país cercano en viniendo de la Rochela el Príncipe de Condé, quitando gran comodidad á los católicos y aliviando sus gentes de las molestias que les daba el castillo Sasai, hurtado á los albaneses, en que puso de presidio el Señor de Malicorne, y á San Juan de Angelis, la Rochela y Marans. Para defensa desta provincia envió el Rey al Marechal de Biron con mil doscientos caballos y cuatro mil infantes; envió al Duque de Joyosa á Languedoc, y á su hijo á Auberna con buenas huestes contra los huguenotes, y al de Espernon á Provenza, cuyo gobierno le dió el Rey por muerte del Gran Prior, sucedida en Marsella por mano de Filipe Altoviti, florentino de orígen, y el Señor de Rocafort encargó gruesa armada de mar al Comendador de Chatres y hizo otras expediciones contra el parecer del Duque de Guisa, que aconsejaba el tener unidas las fuerzas y encaminadas en ayuda de su hermano el de Humaine, temiendo un mal suceso, porque los soldados mal pagados irian á los otros exércitos, donde bullia dinero, y quedaria sin fuerzas para los efectos, impedidos desde París, con avisos de las resoluciones favorables á los huguenotes para prevenir los disinios como hacian, porque tantos exércitos pequeños sin dineros en campaña eran sólo para apretar el pueblo, dibilitando al Duque, y para que los católicos, viendo arruinarse, como sucedió, al Duque en la empresa de Castillon, plaza muy fuerte sobre el Dordon, y rebelada á la Duquesa, su mujer, que con pérdida de mucha gente y tiempo se le rindió, gobernán-

dose con mucho valor y prudencia, despojando á los enemigos de cuanto en el país de Bordeos poseian con muerte de mucha nobleza, pidieron tambien la paz, como los huguenotes protestantes, por los Embajadores del Rey de Denamarck, que la pedian refutados del Cristianísimo por la invectiva que hicieron contra el Sumo Pontífice y desprecio de los católicos y de la demanda de la revocacion del edicto y peticion de libertad de conciencia al uso de Polonia.

Instaban en esto los de los cantones heréticos y esperaban los embajadores del Rey de Suecia, y todos estos medianeros eran ménos eficaces que los mesmos franceses, que trataban de conciertos con el Rey y con su madre; mas solícitamente el pontífice Sixto le inducia á la guerra, para que el dinero de los eclesiásticos del subsidio y enaxenacion de cien mill escudos de renta dellos, aunque fuese reducido por acuerdo á un millon y quinientos mill dueados, que en gran suma le habia concedido, se emplease mejor que en asentar una mala paz. El pueblo, aflixido con veinte y seis gabelas, sisas é imposiciones nuevas, al presente publicadas en el Parlamento de París, esparció libelos contra los edictos, canciller é inventores de arbitrios, y los que firmaron el acuerdo, tolerando el Rey las quejas, libertad y desórdenes, para que él mesmo clamase por la paz que deseaba tanto su Majestad. Para efectuarla con el de Bearne, se dispuso la Reina y nombró por su acompañado al Duque de Montpensier, sospechoso á los católicos, y él al Duque de Nevers retirado en su casa, en desgracia del Rey, por el viaje que hizo á Italia y reducido á neutral y sospechoso á todos.

CAPÍTULO XI.

Sitios de Grave, Venlóo y Rimberghe.—El Príncipe de Parma cerca y rinde á Nuis.—Movimientos del Conde de Lecestre para oponerse á los católicos.—El Nuncio entrega á Alejandro Farnesio el estoque y birrete benditos por su Santidad.—Ceremonias usadas en Roma para la celebracion de este acto.—Refiere el autor la conversacion que medió entre Farnesio y el Duque de Cleves, á que estuvo presente, y la comision que de sus resultas le encomendó aquél cerca del Rey Católico.

Determinó el Príncipe de Parma con todas sus fuerzas sitiar á Grave, lugar noble en Brabante, y á Venlóo menor en Gheldres, éste á la diestra del Mossa, aquél á la siniestra, ambos fuertes por sitio y arte, y así en el principio del año envió al Conde Cárlos de Manzfelt con buenos tercios

de españoles y valones alemanes, y se acampó haciendo cuatro fuertes en un puente sobre el rio, para tener libre el paso del uno al otro, y apretar con asedio á Grave, para reducirlo por la falta de vitualla que ya tenía el Baron de Hemert, cabo de los ingleses del presidio.

El Príncipe quisiera asistir á esta empresa y hacer la de Arnem como le aconsejaba el coronel Verdugo, mas no pudo porque el Rey le mandó fuese á recuperar á Nuis, á peticion del Arzobispo de Colonia, tierra puesta sobre ella y todo su Arzobispado, en la siniestra del Rhin, y muy importante por esto, que mal guardada de sus vecinos por no haber querido guarnicion del Arzobispo y haber derribado un lienzo de muralla para mejoralle con nueva fábrica, y la puente del Rhin, y no tenerla en perficcion y tener inteligencia con los holandeses, el Conde de Nuenario (1), de noche por esta parte la entró y presidió, y los calvinistas se enriquecieron con las intrepresas y hacienda de los vecinos y paisanos, que trujeron á asegurar sus bienes en aquella ciudad, tenida por fortísima y con los eclesiásticos de gran valor y rescates de la nobleza y del clero y canónigos reglares se satisfizo la impiedad y codicia de los heréticos. Puso por Gobernador del presidio al capitan Cloët, el cual dañaba las tierras cereanas con las correrías contínuamente, y así el Arzobispo le opuso con buen golpe de peones y caballos para tenerle corto al capitan Marco Muris, italiano, en el mes de Setiembre, por ser prático y de buen nombre en aquella guerra.

Fabricó un fuerte con buen arte y capacidad en sitio á propósito, á tiro de mosquete de Nuis, sobre el Arba, que cerca desta ciudad entra en el Rhin, donde fue el monasterio de monjas de Guadendal, paso cómodo á los de Nuis para entrar en el territorio colonese por un puente que arruinó el muro para evitar las entradas al Cloët, y le presidió con cuatrocientos infantes y cien caballos, y en un molino fabricó un reducto una milla del fuerte. El Cloët, viendo quitada la fácil salida á robar, hizo salidas para impedir la obra y despues para ganar los fuertes, pero sin provecho. Contra él levantaba otro en la ribera del Rhin, á dos millas de Nuis, á la parte de Colonia, para impedir la vitualla á los de Muris y necesitarle á dexar el atrincheramiento. Schenck vino en favor del Cloët con quinientos caballos, y rompió la compañía de caballos del fuerte, y le apretaba mucho y esperaba artillería para batirle.

Por esto el Príncipe de Parma, á peticion del Arzobispo, juzgó ser necesario socorrer al Muris y ganar á Nuis. Envió al socorro á Mos de Altapena en tanto que llegaba con el exército, esperando llevarle entero, tomado Grave y Venlóo, sitiadas con parte dél por el Conde de Manzfelt. No pudo llegar á Nuis hasta los últimos de Abril, porque en su principio

(1) Verdugo y Estrada le llaman Conde de Murs.

el Conde de Lecestre, con la flor de su gente, vino á Utrecht, y envió delante al socorro de Grave.

El Príncipe, para desembarazar el Rhin, fue sobre Rimberghe, defendida de mil quinientos caballos, con el Conde de Essex, su general, y no pudiendo darle (1), envió al coronel Juan Noriz con dos mil infantes flamencos é ingleses, y ganando un fuerte cercano á la ciudad que guardaba el puente, edificaron otro por donde le metian socorros, y le fortificaban bien, cortando el dique é inundando la campaña. El de Lecestre, desde Arnem, procuraba socorrer la plaza con buenas fuerzas, y para divertir al Farnese, sitió, batió y ganó, por concierto con los de dentro, á Desburgh, sin socorrelle el Príncipe desde Rimberghe, que no merecia tan largo sitio por ser la tierra más flaca de los Países que tenga guarnicion, y si la acometiera el Príncipe con la zapa la ganára en pocos dias, excusando el haber gastado en su ofensa muchos dineros y tiempo al Rey, porque aunque la defendia Schenck con mucha gente, no se fiando della ni del sitio, habia hecho una puerta secreta hácia el rio para salvarse por agua de noche, si era reciamente combatido.

Oido del Príncipe el mal suceso del fuerte perdido de Grave, muy indignado envió contra el fuerte de Nuis á Altapena con toda la gente de Frisia, y pasó el Mossa en el principio de Mayo y se acampó sobre Grave. Enderezó la batería de cañones contra un torreon, de la parte del rio, donde se franqueaba la cortina cerca de la puerta, y contra ella plantó otra camarada de diez piezas, con que se hizo gran batería. Estando dispuestos los escuadrones con buen órden para dar el asalto, y habiendo arremetido doscientos infantes, dieron los ingleses señales de parlamentar y fueron oidos para evitar el peligro de la entrada grande que no tomáran si los defensores fueran más resolutos en pelear. El Gobernador era más fogoso que entendido; los soldados discordes y temerosos; y así con poco contraste resolvieron el salir salvas las vidas y la ropa, con que perdonase el Príncipe á los naturales que ofendieron al Rey.

El de Lecestre procuraba no perder á Grave, y no acometia el campo del de Parma por haber enviado buena parte de gente con Schenck á la defensa de Rimberghe y á levantar un fuerte, donde dividiéndose el Rhin en dos brazos, forma el Vesel, fuerte que tomó nombre de su fundador Schenck, que no ha dado poco trabajo á los católicos. Por la pérdida de Grave se retiró el de Lecestre al Bomeluert y procesó á tres capitanes de los que la rindieron y los justició.

El de Parma luégo recuperó á Mega y á Baetenberg y llevó el ejército sobre Venlóo, y se acuarteló, quitando totalmente el socorro. Estaba den-

(1) Faltan palabras.

tro la mujer y una hermana de Schenck, por lo que procuró arriesgadamente de socorrella con cuatrocientos caballos, guiados de un capitan inglés, y en su contra envió el de Parma á Lucio Palavicino, marqués de Ravarano, con el tercio de italianos de D. Gaston Spínola, para que cortase el camino y con árboles le cerrase, y algunas compañías de caballería que pelearon con el Schenck; de manera que, dejando muchos muertos y prisioneros, tuvo á buena suerte salvarse en Vatendon.

Batido reciamente Venlóo fue asaltado con brava defensa del presidio y muerte de muchos católicos dos dias despues, y disponiendo el segundo asalto el Príncipe, por falta de vituallas y municiones se rindieron con honradas condiciones.

El Príncipe partió luégo contra Nuis con casi veinte mil combatientes, y en ellos dos mil quinientos caballos, de que era general el Marqués del Guasto, despues de la muerte del Marqués de Rubais, y con muchos ventureros y los Condes de Aremberghe, del Gruent y Varlaymon, el Marqués de Berghes y Montiñi, los Condes de Manzfelt y el Cárlos, general de la artillería, y Horatio..... (1) Don Juan Manrique de Lara y los coroneles D. Gaston Spínola y Camilo Capizzucca. A diez de Julio en la tarde llegaron á Nuis, y el Príncipe alojó en el fuerte de Guadendal, y los demas vigilantes y armados atendieron toda la noche á su reparo. Conociendo luégo que el presidio era vallente y en gran número, porque reconociendo algunas compañías de españoles el fuerte desamparado de los enemigos, fueron encontrados y necesitados á retirarse con muerte de cuarenta y de dos capitanes y prision de algunos, y lo causó el no haber reforzado como ordenó el Príncipe la retroguardia, para recibir amparados la carga del enemigo, al pasar el Arba, y haciéndose poca estima dél en el dia siguiente, en el cuartel de los italianos, no hicieron poco en conservar las trincheas; mas el Príncipe, reduciendo el sitio en buena forma, despues de reconocida bien la villa y la campaña, hizo echar un puente sobre barcas por donde pasar á una isleta en medio del Rhin, porque juzgó ser Nuis de aquella parte más débil. Allí levantaron trincheas los españoles y plantaron doce cañones y deciseis de la otra parte los italianos, y otros menores cerca para correr las cortinas; y aunque los enemigos hacian salidas con gran osadía para impedirlo, con esta batería se les quitaron las defensas, y abrió la muralla; y dispuesto el asalto, herido el gobernador Gluet y sin esperanza de socorro, viéndose en tan breve tiempo en tanta estrecheza, envió dos capitanes que sobre la muralla mostraron una bandera blanca, señal de pedir parlamento sobre el rendirse.

Suspendida la batería de todas partes, de la del Elector, que estaba con

(1) *Sic.*

el Príncipe, entraron al acuerdo comisarios y ofrecieron condiciones. Pareciendo iba á lo largo la plática, pasó á la batería de los italianos el Príncipe, y fingiendo ser un nuevo comisario del Elector, se acercó frontero de un rebellin nuevamente fabricado de los enemigos, dando priesa á los otros para que se tomase la resolucion. En este punto dispararon en la batería de los españoles una pieza, y los de Nuis respondieron con otras, no sin gran peligro del Príncipe y de los compañeros, que arrojándoles una tropa de fuego, fue solo de Dios preservado y guardado de la furia de la arcabucería y mosquetería, que le dispararon en la retirada.

Inquirió quién hizo disparar el cañon durante la suspension de armas, y fuele respondido que el Conde de Manzfelt y el Elector; mas fingiendo no creerlo, amenazó con severo castigo los transgresores. No mandó proseguir el combate, porque se mostraron otra vez los capitanes con la bandera blanca, y mandó se oyese lo que proponian y envió una barca para traellos; mas los soldados, cudiciosos del robo, instigados, segun se dijo, de persona de autoridad, arremetieron á la batería impetuosamente, medio cubiertos con el humo de la artillería, con tanto terror de los defensores que estaban sin cabeza, que hicieron poca resistencia. Moviéndose los italianos con su exemplo, superaron la suya, y los de Nuis, huyendo su furor, se arrojaban de las murallas para salvarse fuera della; mas no se les concedia, porque la caballería distribuida por el Marqués del Guasto, habiendo ceñido la ciudad, los destrozaba en el borde del foso. Dentro el estrago era horrible, porque esparcida voz que no se hiciesen prisioneros, sin piedad los mataban, corriendo por las calles arroyos de sangre y amontonando los muertos y los semivivos, huyendo y encontrándose los heréticos con miserable vista, confusion y congoja, ya resistiendo ya rindiéndose sin haber lugar en los vencedores feroces para salvarse, ó con misericordia alcanzar la vida, tratados como enemigos de Dios y de su Príncipe. Acudió el Farnese al amparo de las mujeres y niños, haciéndolas retirar con la diligencia que fue posible, en tanta confusion, dentro del templo.

Fue ganada Nuis y destruida, con muerte de sólo tres de los asaltadores, porque no hallaron defensa, en el dia de Santiago, memorable en ella por largos siglos, dejando exemplo á otros presidios en tales ocasiones para guardarse entre la paz y la guerra, porque muchas veces han sucedido destrozos semejantes por el poco aviso de los incautos soldados, y han llevado la pena, pues la guerra no da lugar á decir «yo no pensé.» Quedó en prision Gluet, gobernador, y dos capitanes y otros principales en la rebelion de la ciudad; y no habiendo querido confesarse para morir, lleno de odio y desesperacion fue descabezado con Iffeser de Eperchin, predicador calvinista, y el Elector libró los católicos que conoció prisioneros de los soldados.

Mayor desventura tuvo la ciudad, porque, ó por la maldad de sus ciu-

dadanos, ó por los del presidio, se le puso fuego, porque miéntras trataban de rendirse, escondieron minas en diversos puestos, para que á tiempo señalado saliesen y abrasasen los vencedores. Por esto miéntras iban huyendo y corriendo comenzaron á arder las casas en diversos barrios, con tanta violencia ayudado el fuego de recio viento que continuó dia y medio, que no sin dificultad los soldados salvaron á sí y á su presa, y el Elector salió sin daño, y el Marqués del Guasto pudo, con generosa piedad y diligencia, apénas librar las mujeres en la abadía, cercada de las llamas, y las hizo traer á los cuarteles, de donde los soldados se alexaron más de media milla por el ardor y humo del incendio furioso y grandísimo, por ser las casas muy altas y de madera, llevado del viento se alargó sobre ellos tanto, que clareó el horizonte de modo que en la noche, en dos millas en contorno, se veia fácilmente.

En el fuerte de Guadendal se aseguraron con el Príncipe el Electur, Monseñor de Berceli, nuncio apostólico, el Duque de Cleves, el Marqués de Bada y otros príncipes y señores grandes. En su iglesia dió el Nuncio al Príncipe el birreton y estoque bendito de su Santidad en la noche de la Natividad de Jesucristo, nuestro Redentor, en que tambien hace la donacion de las personas señaladas y Príncipes por favor y honor. No hallo su principio ni orígen, ni le refieren los que hacen mencion desta ceremonia misteriosa, ó por descuido ó por su antigüedad, desde los Sumos Pontífices que sucedieron despues del Concilio Niceno y de Silvestre.

En aquella santa y festejada noche, ántes de los maitines, vestido su Santidad de amito, alba ceñida y estola, bendice la espada ó estoque, y un sombrero ó birreton adornado de piedras y aljófar, dibujado con ellas el Espíritu Santo en figura de paloma. Puesta la capa y sin mitra va á la capilla donde se han de decir los maitines, acompañado de los Cardenales, y uno de los clérigos de su Cámara lleva el estoque y sombrero delante de la cruz. Hecha oracion y sentados todos, el camarlengo pone el estoque y sombrero sobre el altar en el lado de la Epístola. La significacion desta ceremonia, de gran misterio segun las palabras que el pontífice Sixto IV ordenó para ella, es que el Hijo Unigénito de Dios, para reducir la humana naturaleza en la amistad de su Criador, quiso juntarla á sí mesmo, para que el demonio, inventor de la muerte, por la misma arma con que venció fuese vencido. Y esta victoria se figura propiamente en la espada de los arrianos, que afirmaron era el Hijo de Dios pura criatura; mas la Santa Escritura del Evangelio de hoy afirma que Dios hizo todas las cosas por el Verbo. Da, pues, en aquella festividad el Sumo Pontífice la espada, con que significa que en Cristo Dios verdadero, igual con el Padre y verdadero hombre, está puesta la infinita potencia de Dios, por el cual fueron hechas todas las cosas; figura la suma potestad temporal dada por Cristo á su Vicario en la tierra. Terminadas las oraciones, sigue el ceremonial, lleno de majestad y doctri-

na. Si está presente la persona á quien se ha de dar, le presenta el Maestro de ceremonias á su Santidad. Acabada la cuarta leccion, dice: «Queriendo, pues, nos guardar, como es justo, la costumbre de los Santos Padres, determinamos ennoblecer con este insigne dón á este Príncipe católico, hijo devoto desta Santa Silla, que recibió de Dios ambos cuchillos, y tambien con este sombrero en señal de la defensa y proteccion contra los enemigos de la fe y de la santa Iglesia romana. Fortalézcase, pues, tu diestra contra los enemigos de la Santa Silla y del nombre de Cristo, y ensálcese tu diestra, para que como perpétuo y fuerte guerrero y defensor los quites de la tierra. Ármese tu cabeza con la proteccion del Espíritu Santo figurado en la paloma.» Recibido el estoque de mano del Pontífice, besándole el pié y la mano, si quiere decir la quinta leccion, el Maestro de ceremonias le lleva y viste sobrepelliz y ciñe el estoque, pone capa ó manto blanco, la abertura al hombro derecho, y el birreton, tórnale á la presencia del Pontífice, desnudo el estoque, y hiere con la punta tres veces la tierra. Esgrímele otras tres en el aire, límpiale sobre el brazo izquierdo y métele en la vaina. Pide la bendicion al Pontífice, llega al facistol, y cantada la leccion vuelve á besar la mano y pié á su Santidad, y desnudándose del pálio y sobrepelliz, ocupa su asiento; si es Emperador, vestido en la misma forma, aunque la abertura del pálio adelante, sin el birreton, porque es insignia de capitanes y él es supremo señor. Acompañado de dos cardenales, pide la bendicion, y dicho el Evangelio le da homilia un Cardenal en su nombre, y besado el pié de su Beatitud toma su asiento.

El Arzobispo hizo refabricar para su habitacion y traer las familias católicas expelidas ántes della por los herejes, y dadas las gracias al Príncipe partió á Ghesisvert, y el Farnese recuperadas Mours, Alpen y el castillo de Craach, envió sus huestes á expugnar Rimberghe, contra el parecer del coronel Verdugo, porque la hacía considerable el Príncipe, no lo mereciendo.

Convidóle á comer el Duque de Cleves, y mandó que sólo quedasen con él su camarero y yo, que habia llegado de Nápoles con el tercio de napolitanos que llevó y condujo Cárlos Espinelo, duque de Seminara, que dejé en la entrada de los Países Bajos, y fuí á dar cuenta de su llegada al Príncipe de Parma, cuando ponia éste sitio á Nuis. Levantado el mantel, dijo al Duque cómo se trataba tan vilmente, siendo tan gran señor y tan rico (1) estaba fatuo con veneno que le dieron sus vasallos herejes, admirándose con la novedad de la peticion y bien quisieria su cumplimiento. Y respondió le hurtaban y disipaban la hacienda sus ministros sin remedio, y si el rey Felipe, su primo, le diera en Bruséles cincuenta mill escudos

(1) Queda falto de sentido este párrafo por faltar palabras.

en cada un año, le encomendára la guardia y administracion de sus Estados, porque le cansaba. El Duque volvió á mirarnos, que estábamos á los lados detrás de su silla, y díjole: «¿Lo hará vuestra Alteza así y gustará dello? porque lo escribiré á su Majestad»; y respondió: «Lo haré sin duda y escríbaselo». El Príncipe le dijo: «Pues dígalo vuestra Alteza por escrito, para que el Rey vea su voluntad verificada». Escribiólo conforme lo dictó el Príncipe, y retirado á su cámara me dijo: «Disponeos, porque con este papel y una carta mia y la relacion que habeis hecho de lo sucedido en esta empresa, y con el concierto hecho con el Conde de Enden de dárnosle y el puerto en empeño por doce años por doscientos mill ducados, cosa bien importante, habeis de ir en posta luégo á dar cuenta á su Majestad».

Halléle en San Lorenzo; cumpliendo mi comision, el Rey estuvo en no querer tomar la tutela del Duque, por no irritar, decia, los del Imperio, y asegurándole que no habia que temer ni dudar, pues tendria los Estados por la vida y voluntad del señor dellos jurídicamente, fue inexorable. Propúsele que el Emperador daba trescientos mill escudos para la guerra de Hungría contra el turco en cada un año, y habian pasado muchos y que aumentándole cien mill más no contradiciria ni los electores, donándolos como su Majestad lo sabía hacer con tanta cortesía y largueza, y en fin era cosa justa amparar su deudo y tomar su tutela, y en tanto fortificar las tierras y guarnecerlas gallardamente, para mantenerlas seguras, y en la muerte del Duque inexpugnables, alargando los Países por aquella parte para los alojamientos y cubrir á Bravante con Juliers y Cleves; pues cuando instára el Emperador en la restitucion, hecha cuenta de lo que tendria recibido en dinero, sería suficiente recompensa del valor de los Estados, y no habiendo de qué pagar, los dejaria en manos de su Majestad. Finalmente no aprobó esta propuesta, tan en daño de sí mismo, de sus Estados y sucesores, por fatal desgracia suya, ni ménos el empeño de Enden dándole el Conde por su útil y seguridad de hurto y defensa de los holandeses; y malcontento, lamentando la mala resolucion en las dos cosas, que más bien estaban á este Príncipe, como mostraron los sucesos de aquellos Estados para su castigo, volví al Príncipe habiéndome hecho merced para mi viaje de mill escudos.

CAPÍTULO XII.

Va el Rey al Monasterio del Escorial.—Le enriquece con santas reliquias.—Lleva á él el Santísimo Sacramento.—Preeminencias que le concede.—Traslada los Cuerpos Reales.—Exequias hechas á María Estuardo.—Fallecimientos de personajes ocurridos en este año.—Sentimiento del Rey por la muerte de D. Juan de Zúñiga, ayo del Príncipe.—Aspirantes á este cargo.—Nombramientos, comisiones y mercedes otorgados por el Rey.—Corre la noticia de ir el Rey á Portugal á activar el apresto de la gran armada.—Fenómenos naturales ocurridos en este año.—Hace el Príncipe una apuesta con su maestro y sale airoso de ella.—Publícase la pragmática de las cortesías y efectos que produce.—Sale Martinez de Recalde á socorrer los católicos de Irlanda.—Trata el Rey de reformar la vida de los caballeros de su Córte.—El Conde de Miranda va de virey á Nápoles y regresa á España el Duque de Osuna.

Habia estado el rey D. Felipe en San Lorenzo el Real á celebrar la Semana Santa y Pascua de la Resurreccion, y traido joyas y preseas para la sacristía, y entre otras reliquias que fueron recibidas con mucha solemnidad, un hueso de la ancha del glorioso San Lorenzo, su patron y abogado, y la cabeza del mártir San Hermenegildo, príncipe de España, hijo del rey Leovigildo, godo; y en su dia trece de Abril entraron por órden dél, para que allí en adelante se conservasen, y en él se ganase el jubileo concedido por el pontífice Gregorio XIII; y volvió su Majestad á esta su casa para la Pascua del Espíritu Santo con sus hijos. Vino mal convalecido y muy achacoso de la gota, y mejoró en este sitio con el contento de ver su criatura ó fábrica, en desocupándose del ordinario y forzoso despacho del gobierno de su extendida monarquía, pues lo principal es hacer primero lo que está cada uno obligado en su oficio.

Ocupaba los ratos del descanso en solicitar los maestros y laborantes del edificio de la iglesia, para que le pusiesen en tal perfeccion que el dia de San Lorenzo trasladase el Santísimo Sacramento de la iglesia de prestado á la principal, hermosa é ilustre. Estaba ya asentado el retablo y los entierros, obras costosas y detenidas, y á siete de Junio se acabó de poner la custodia, admirable de jaspes finísimos y la interior acabada por Jacome de Trezo, artífice diestro, que es preciosa, y las gradas de la capilla, y la copiosa, hermosa y costosa librería del coro; y así hizo bendecirla en Agosto, dia de la Transfiguracion, en su presencia, y á los nueve de Agosto, vier-

nes y vigilia de San Lorenzo, habiendo pasado su Majestad á su cuarto y los frailes á las celdas del claustro principal con universal alegría, con solemne procesion trasladó el Santísimo Sacramento á su custodia por la nave principal, ancha, clara, alta, tal que puso admiracion grande y devoto regocijo y sentimiento de reverencia y alegría, levantando el corazon á las divinas alabanzas de su gloria, y más su Majestad Católica, gozando lo que tanto deseaba y vió logrado, y tambien el fruto de su labor, magnanimidad, devocion, potencia, haciendo como Salomon infinitas gracias á Dios con alta meditacion por haberle hecho tantos favores y mercedes que le dejase acabar una fábrica que habia comenzado con tanto deseo de que en ella fuese adorado siempre, bendito y alabado y servido.

Contentóse con hacer su fiesta con su convento y familia, sin ruido ni obstentacion, desta memoria de sus maravillas y maravilla del mundo, y la mayor y más digna deste nombre y de la duracion. Dijo la solemne misa del Espíritu Santo el Prior, que no quiso el Rey otro prelado, ofreciendo el primero sacrificio en este templo y la hostia y ofrenda, fin de todos los antiguos, de satisfaccion infinita, y celebróse con armonía y música del Convento y Capilla Real de voces é instrumentos que resonaban en aquella iglesia admirablemente con majestad y devocion. No quiso prudentísimo y prevenido que entrasen en esta su Capilla Real sino los señores, caballeros y principales criados de su casa, porque no se mezclase el pueblo con los frailes, y por la limpieza y por la seguridad de más de cuarenta altares; y con esto cesa la murmuracion de iglesia en que no se entra, calles que no se andan, pensando que habian de gozar más della y de la casa.

Exentóla por breves y bulas apostólicas de Sixto V de la jurisdiccion del arzobispado de Toledo y la villa del Escurial, y la hizo vicaría *nullius diocesis*, inmediata á la Sede Apostólica, y de la Abadía de Parraces y la de Santo Tomé de otros obispados á quien pertenecia algun derecho, dejándolo todo debajo del poder y jurisdiccion del Prior de San Lorenzo, amo episcopal, eceptando sólo que no usase de mitra ni de báculo, y para tomar la posesion hizo celebrar órdenes en las témporas de Setiembre.

Antes de partir de San Lorenzo el Rey dejó ordenada la traslacion de los cuerpos Reales al sepulcro, de que es adorno toda esta máquina y fin segundo della, en la iglesia principal, que debajo de su altar mayor forma una capilla que por su figura redonda es llamada hoy el Panteon, de buena arquitectura, de piedra bien labrada, harto capaz y de mucha grandeza y nobleza para este efecto, con su capilla proporcionada donde pudiese estar el altar y una tribuna en su puesto para celebrar el oficio, misas y vigilias por los difuntos, y por los lados cavidades para las caxas, de mármol jaspe, para conservar las cenizas de tantos religiosísimos príncipes. Bájase á ella desde el altar mayor por dos caracoles colaterales secretos y por otras dos escaleras más llanas y mayores.

Desde el Pardo envió cédula para la execucion con D. Juan de Ibarra, su secretario, refrendada de Mateo Vazquez, y el Convento con procesion solemne en hombros de religiosos llevó á tres de Noviembre, lúnes, al túmulo hecho en medio de la iglesia los cuerpos, celebrando su oficio de ángeles á los vivos y de difuntos á los otros, se colocaron en una bóveda debajo del altar mayor en tres cañones repartida, que toman toda la mesa que está encima de las primeras gradas del altar, porque en la otra capilla pareció al Rey estarian muy á la vista y á la mano. Fue puesto en el medio el Emperador y á sus lados la Emperatriz al derecho del Evangelio, y el de la Epístola eligió para sí su hijo D. Felipe II como en los lucillos de la iglesia donde están sus bultos, representando su grado, majestad y grandeza; detrás de la Emperatriz la Reina de Francia y la de Hungría, y á la vuelta del cañon el príncipe D. Cárlos y Vincislao; y despues de D. Felipe II la reina doña Ana, la reina doña Isabel, la princesa de Castilla infanta de Portugal María, cerca del príncipe Cárlos su hijo, y á la otra vuelta del cañon de la bóveda D. Juan de Austria junto á la puerta, y los niños príncipes jurados Fernando y Diego, el infante Cárlos y su hermana la infanta María, hijos de D. Felipe II y D. Fernando y D. Juan sus hermanos repartidos á la cabecera y á los piés de los ataudes del Emperador y del rey Felipe II.

En este Monasterio habia hecho las exequias de la mártir Reina gloriosa de Escocia, y de Francia un tiempo, María Estuart, no porque la tenía por mártir y creer estaba en el cielo, sino por mostrar su debido sentimiento, pues un diamante tabla puesto en un anillo que hubo de su despojo, hizo poner aquí entre las reliquias de los santos.

Fue notable este año por la muerte de Madama Margarita, hija no lixítima del emperador Cárlos, y poco despues por la de su marido Octavio Farnese, duque de Parma, y doña Juana, hija de D. Juan de Austria, que crió Margarita, fue llevada á Nápoles al Monasterio Real de Santa Clara, donde el Rey la tuvo honoríficamente tratada y regalada por medio de sus Vireyes. Murió tambien Estefano Vatri (1) rey de Polonia, y el gran duque de Toscana, Francisco de Médicis, y su mujer madama Capela con notable acaecimiento, porque, segun se dijo, teniendo por su enemigo ella al cardenal Fernando, su cuñado, y deseando heredase el Estado D. Pedro Médicis, que residia en la Córte de España con gran estimacion y agrado de los grandes y pueblo, en un bollo hecho de su mano le quiso tosigar, poniéndole junto al asiento del Cardenal en la mesa. El Gran Duque dió audiencia y entró á comer, y por favorecer el bollo de su mujer, en su ausencia comió dél, y hallándose perdida, ella tambien, y murieron

(1) *Sic. Bathori.*

librándose tan á costa destos Príncipes. El Cardenal de Granvela falleció en Madrid, siendo Presidente del Consejo de Italia y del Consejo de Estado, con bien poca hacienda, habiendo sido virey de Nápoles; y sucedióle en la Presidencia el cardenal de Toledo, D. Gaspar de Quiroga, inquisidor general, con facultad de que se juntase en su casa el Consejo.

Falleció tambien en el Palacio de Madrid D. Juan de Zúñiga, príncipe de Pietraprecia, comendador mayor de Castilla, ayo y mayordomo mayor del príncipe D. Felipe, en edad de cuarenta y ocho años, con sentimiento general y del Rey y su familia; y tan bien quisto y apreciado que sus Altezas vistieron algunos dias de negro y bajaron á visitar y consolar á la Princesa. Avisólo luégo al Rey por billete D. Cristóbal de Mora, y algo de su testamento y codicilo; y respondióle de su mano: «Sea Dios loado que bien ruin nueva es para mí, y en harto cuidado me pone, para que acierte en lo que tanto conviene, aunque ya podrá ser como yo lo querria y deseo: Dios nos ayude y alumbre á todos para que acertemos en lo que sea más en su servicio.» Conforme á lo que dispuso en el cobdicilo y á lo que mandó el Rey, llevó su cuerpo al Monasterio de San Jerónimo el Conde del Castellar, mayordomo de sus Altezas, para llevarle el mesmo á Barcelona á sepultar en el Palau, capilla suntuosa de sus Príncipes, dotada por él en la mayor parte de su hacienda, porque no tenía hijos. Mandó cincuenta mill ducados á la Condesa de Benavente, su sobrina, hermosa, gallarda, discreta, valerosa y santa matrona, madre de tan buenos hijos que no sabemos cuál sea el mejor, corona y feliz memoria de tal madre y padre. Él vino á visitar á la Princesa viuda y tomar la curaduría de su hijo (1) y nombrar el Marqués de los Velez que tenía el Comendador mayor su tio y le llevó á Benavente con su madre. Nótase mucho haber ordenado se diesen á la Princesa su mujer cuarenta mill ducados prestados para volverlos á Sicilia, con su hijo sucesor el Marqués de Militelo, su patria y donde es su estado, con fianzas de volvellos en un año á sus testamentarios, porque no se los donaba por ser tan rica y tan gran señora.

El Rey mandó se rogase á Dios en todas las iglesias y monasterios le encaminase en la eleccion de ayo para su hijo, conociendo su importancia y acierto. El Conde de Barajas no tenía pocas esperanzas de volver á Palacio con este oficio y proponian al Duque de Béjar, al de Gandía ó á su hermano D. Juan de Borja, al Duque de Sessa, al Conde de Alba de Aliste, al Marqués de Almazan, virey de Navarra, que luégo tuvo la presidencia del Consejo de las Ordenes, al Conde de Buendía; mas no le satisfacian y su Majestad hacía el oficio poniendo en gran deuda á sus reinos.

(1) Faltan palabras.

BIBLIOTECA NACIONAL

El oficio de ayo no se ha de dar en la manera que los demas, por intercesiones, dones, importunidades, respetos, amistades ni en remuneracion de servicios; porque aunque haya sido alguno de los ministros buen embajador cerca de grandes príncipes y capitan de exércitos bien afortunado y valeroso, prudente y justo gobernador de provincias, ó tenido en la Casa Real preheminentes oficios, no será suficiente para enseñar al hijo del Rey. Porque há menester el ayo maciza virtud, ánimo reposado, espera suave, condicion templada, religion perfecta, experiencia del cerimonial del Palacio y Córte, y conocimiento de lo que está obligado el Príncipe cerca de sí por su grandeza y dignidad, y cerca de los súbditos; y que sepa buenas letras, artes de armas, para que pueda ser maestro tambien, como lo fue Epaminondas, tebano, del rey Felipe de Macedonia, y por no haber otro tal en la crianza de su hijo Alejandro, sirvió de ayo Leónidas, su tio, y de maestro el sapientísimo Aristótiles.

Dió el obispado de Córdoba á D. Francisco Pacheco, hermano de don Diego de Córdoba, su primer caballerizo, que lo era de Málaga; y el de Palencia al Dr. Hernan Miguel, canónigo de Sigüenza, harto benemérito; y el obispado de Segovia por ser ya electo Arzobispo de Zaragoza don Andrés de Cabrera, hermano del Conde de Chinchon D. Diego, se dió á D. Francisco de Rivera, del Consejo Supremo de la Inquisicion, deudo del padre confesor del Rey, fray Diego de Chaves; y en su plaza entró don Juan de Zúñiga por no haber querido pasar el Pontífice la presentacion del Rey á la iglesia de la Gran Canaria por no ser lexítimo, y al fin murió obispo de Cartagena. Dió la alcaidía del castillo de Milan al Conde de Cifuentes con futura sucesion en el gobierno del Estado, y se aprestaba para navegar en las galeras en que venía de Nápoles el Duque de Osuna. Proveyó por Presidente y Capitan General del reino de Galicia al Marqués de Cerralvo, oficio creado entónces para la defensa de aquella provincia de los acometimientos de corsarios y armadas del setentrion, y por las novedades que en Portugal salian cada dia, para donde marchaba infantería, y algunas compañías de hombres darmas mandaron ir á los confines, y á los señores y prelados cercanos á ellos que tuviesen lista de algunas de peones y de á caballo para servir cuando se les ordenase.

Hizo merced al Duque de Terranova de quince mil ducados de ayuda de costa, y del título de Secretario de su Majestad á D. Martin de Idiaquez, primo de D. Juan de Idiaquez, colegial de Salamanca, para que le ayudase y llevase parte de sus trabajos en sus grandes ocupaciones, porque su hijo D. Alonso era militar; y de la Secretaría de Indias por muerte de Antonio de Eraso á Juan de Ibarra con retencion de la de las Obras y Bosques, con mil ducados de salario y dos mil de ayuda de costa; y la del secretario de la guerra, Delgado, difunto, en los despachos del mar á Andrés de Alba, veedor de las galeras de España, y en los de tierra á An-

drés de Prada, que habia servido hasta la muerte de D. Juan de Austria en los de sus expediciones con gran satisfaccion.

La visita de los ministros de la Hacienda, comenzada por el licenciado Chumacero de Sotomayor, del Consejo Real, encargó al licenciado Paulo de Laguna, natural del Espinar, aldea de Segovia, del Consejo Real, y la de los aposentadores del Rey y del correo mayor D. Juan de Tassis, por las quejas de los maestros de postas de la carrera de Madrid á Lisboa, por mal satisfechos de las ayudas de costa que se les mandaron repartir por su mano, que le tuvieron hasta la verificacion de sus calunias en desgracia del Rey. El juicio de la visita de Nápoles que hizo D. Lope de Guzman, del Consejo Real, se encomendó al de Italia despues de la muerte del cardenal Granvela, porque se quejó que los jueces della por comision no procedian á su gusto, y él la hizo tan mal como signifiqué desde Nápoles á su Majestad, y proveyó segunda visita por el regente Taguada, executada con mayor inteligencia de los negocios y útil de su Majestad y castigo grande de los mayores ministros y oficiales suyos y para la restauracion y beneficio de la Real Hacienda.

Corrió fama de ir á Portugal el Rey para asistir á la junta de armada y sus aprestos que se habia de enviar contra la Reina de Inglaterra, tomando motivo el pueblo de parecer convenia á todos, y de haber hecho asiento con los Fúcares de un millon á proveer en Flándes y de cinco con los ginoveses. Por esto la Reina procuraba se pacificasen los holandeses con su Rey, aunque se proseguia la guerra, y para tratarla solicitó al Rey de Denamarck para que enviase embajadores á España por ser tan conviniente á la Europa, y se efectuára si no pidiera se les concediera libertad de conciencia.

Fue notable tambien este año porque á veintinueve de Agosto, á las tres horas despues de mediodia, sobrevino escuridad que hizo noche, y con tempestad de truenos y relámpagos cayeron globos de fuego en la ciudad y fuera, abrasando lo que encontrára, edificios, hombres, animales; quemó parte del monasterio de monjas de Santa Paula y maltrató algunas; en Pinto, tres leguas de Madrid, cayeron rayos y derribaron el chapitel de la torre de la iglesia, que era bueno y cubierto de pizarra, que habia dado el Rey y hasta hoy está por hacer otro; y mataron en el campo y en la villa algunas personas y animales. En Nápoles dió en el castillo de San Telmo, eminente á la ciudad, otro rayo en la pólvora, que abrasó gran parte de las moradas, librando la buena suerte á D. García de Toledo, su castellano, deste peligro por no estar en el castillo, sino navegando con borrasca deshecha, sacándole una ola de su galera y metiéndole en otra. En el Pirú, en la ciudad de los Reyes, hubo terremoto y temblor de tierra tal que se hundió gran parte della, y los montes despidieron muchas peñas grandes, y salió el mar de su término tanto que pensó el pueblo perecer, y hacian casas

sas en el campo de madera, y el Virey porque su palacio quedó inútil para su habitacion.

El Príncipe comenzaba á estudiar la gramática, y habiéndole hallado divertido en la leccion el maestro, le reprendió, y resentido hizo su Alteza apuesta con él de una joya de decir de memoria todos los nominativos. Otro dia y ántes del alba, pidió luz y el Arte, y de coro dijo en la cama lo que pudo, y levantado lo demas, sin querer ántes almorzar. Requirió conforme la apuesta al maestro lo decorado (1), y él se la dió luégo con gran contento de todos, especialmente de su padre y hermana, de que la hubiese tan loablemente ganado, y se prendase del honor de la emulacion, descubriendo docilidad de mucha estimacion.

Partió para el Pardo á trece de Octubre, habiendo llovido muy bien en aquella otoñada, fundamento de la fertilidad del año venidero en la labranza y crianza, para ir á Madrid á la proposicion de las Córtes, que celebró á veintitres dias. Antes se habia pregonado la premática de las cortesías, de que en el primero volúmen hice mencion, alabada y bien recibida generalmente en España, atajando la adulacion de los títulos, obligando á guardar la premática su igualdad con tan gran satisfaccion, que es la primera que he visto en Castilla guardada hasta hoy, para que no se diese título alguno á nadie, sino decir en el sobrescrito de cartas á Fulano, en estos reinos y en los extraños. Objetaron por esto el no haberla comunicado con el Pontífice y Emperador para que se convinieran y no se resintieran, por haber forzosa comunicacion con estos reinos sus Estados, haciendo instancia el Nuncio de Su Santidad por su mandado, en que della se exceptasen los prelados y los sujetos á la Santa Silla, escritos por derecho de la obligacion de tal ley. Respondió por el Conde de Olivares, su embajador, lo proveyó con acuerdo de sus Consejos y podia obligar á todos sus vasallos la observancia de su premática que miraba tanto al bien comun. Fuéle respondido que si no podia dar las dignidades ni quitar los títulos, ni su Consejo tomar jurisdiccion pontifical para ello, su Santidad en defensa de su autoridad excomulgaba á los Cardenales que recibiesen cartas de España conforme á su nueva resolucion, y quiso dar censuras contra el Consejo della, mas fue reportada esta precipitada resolucion, que fuera de escándalo y á él de no poco daño, de los cardenales Madrucio, San Marcelo y Carrafa; y sobre esta competencia hubo largos discursos, y los Príncipes conocieron la pasion con que procedia en las cosas del Rey Sixto V, que no poco les dañaron adelante.

El Nuncio con los embajadores del Emperador tuvieron audiencia del Rey, y volvieron á resentirse sobre esta premática; pero el uso della mos-

(1) *Sic.*

tró sus buenos efectos en todos, pues se executaba con tanto rigor que hizo castigar el Rey á algunos de su cámara y casa, y traer de Sevilla preso un alcalde della á D. Pedro Lopez Puertocarrero, marqués de Alcalá, de sesenta años de edad, con cuarenta arcabuceros á la Mota de Medina del Campo, porque en el sobrescripto de una carta que escribió al Marqués de Tarifa, puso: «Al Ilmo. Sr. el Marqués de Tarifa, mi señor, aunque pese al Rey nuestro señor.» Mostróla el Marqués al Cardenal de Sevilla y á don Jerónimo de Montalvo, alguacil mayor, y á otros, por quien se tuvo el aviso en la Córte, y porque el de Tarifa recibió la carta, le pusieron con guardas en la torre del Oro de Sevilla.

Por muerte de D. Francés de Alava, del Consejo de Guerra y Capitan General de la artillería de España, dió este cargo D. Felipe á D. Juan de Acuña Vela, natural de Avila y hermano del Arzobispo de Búrgos, y deudo de la casa de Buendía, que habia sido veedor general en Flándes, y aunque anduvo anejo á la plaza del Consejo de Guerra, no se le dió, pareciendo no convenia, porque tuviese lugar para visitar las fronteras y reconocer la artillería dellas y dependiente de las órdenes que se le diesen. Quejóse al Rey por medio de ministros, y no fue satisfecho sino muy adelante. Hizo asimismo merced al conde Juan de Marliagni, milanés, de quien hicimos mencion ya en embajadas de Alemania y negocios en Constantinopla, de una compañía de hombres darmas en Lombardía, que dejó el prior D. Hernando de Toledo, por la que fué en Castilla del Marqués de Aguilar sobre mill ducados de pension y el feudo con el título de Conde que se le habia dado por su buen nombre y servicios, animando á imitarle otros, no irritando con esta merced á algunos milaneses.

Juan Martinez de Recalde salió de un puerto de la provincia (1) con ocho navíos de á ochocientas toneladas y cuatro pataches con mil quinientos soldados bien armados y mucho número de todas armas, para socorrer los católicos de Irlanda, oprimidos de la Reina de Inglaterra. En este tiempo el corsario Morat Arraez saqueó la isla de Lanzarote, en las Canarias, con tres galeras y cuatro galeotas, y en su busca salió á la costa de Berbería el Adelantado de Castilla con las galeras de España y sin efecto.

La ociosidad con que los caballeros vivian en la Córte, decíase que por no tener para qué acudir á Palacio por las ausencias largas del Rey y poca licencia para servir las damas y pasear el terrero y la privacion de entrar los jóvenes en el aposento del Príncipe, donde solian asistir y criarse, preservándole de sus malas costumbres, sino ocho meninos, hizo que el Rey tratase de su reformacion, de sus juegos, persecucion de mujeres, nocturnas travesuras plebeyas, por junta del Cardenal de Toledo, de su Presidente

(1) No dice de cuál.

de Castilla, del confesor-fray Diego de Chaves. Y así desterraron al Conde de Paredes, á los Marqueses de Cogolludo y de Peñafiel, á D. Diego Enriquez, y se executó por medio de los alcaldes de Córte.

Partió el Conde de Miranda de la costa de Cataluña en los últimos de Setiembre sin haberle dejado navegar ántes el mal tiempo, habiéndose embarcado á once, quedando por sucesor el Conde de Valencia, hijo del Duque de Nájera, y al fin llegó á Nápoles y salió el Duque de Osuna para España, habiendo gobernado aquel reino tan bien, con tanta satisfaccion de la nobleza y autoridad de su persona, grandeza de su casa y excelencia y desinterés de sus ministros, que pudo excusar Antonio de Herrera, en el tercero volúmen de la *Historia general del mundo*, en el lib. II, cap. XII, página 43, decir que «llegado á Nápoles, como Príncipe celoso de su conciencia y cuidadoso en la administracion de su oficio, la justicia cobró reputacion, la milicia vigor y el Hacienda Real órden y regla, y los ministros como miembros obedientes á la cabeza, mudaron forma de proceder con la imitacion del superior, y el pueblo con el abundancia y cumplimiento de Justicia estaba contento; y así resplandecian estas y otras virtudes con universal satisfaccion de aquel reino.» Con la imitacion del Duque de Osuna, se ha de entender, con el rapto del primero movimiento que traia, como la rueda movida de fuerte mano que retiene el curso por mucho tiempo, aunque la deje, y tocada ántes que cese de otra, por débil que sea, continúa y dura hasta que la deja; y así el Conde estuvo en Nápoles nueve años en vida de su Majestad, indicio de su buen gobierno. Lo demas es vana adulacion, pues ninguno gobernó jamás con tan reales, justas y prudentes resoluciones, y tan poca codicia, tanta grandeza y la riqueza en su casa y nobleza de sangre y virtudes en su familia (1), pues con ser tan grande su hacienda, para volver á España le prestó D. Luis de Toledo cuarenta mil ducados; y los escritores no den más honra á quien la tiene, á costa de otros, para que le desprecien ó castiguen, sino se perdona á su imprudencia ó ignorancia.

(1) Se sobrentiende «como el Duque de Osuna.»

CAPÍTULO XIII.

Hacen Liga los hugonotes de Francia con los protestantes de Alemania.— Envian éstos una embajada al rey Enrique.—Contestacion de éste.— Expone al Papa los motivos que le impulsan á tratar la paz con los hugonotes. —Esfuerzos de la Reina para que el Príncipe de Bearne se declare católico.— Recupera el de Guisa á Rocroy.

Habia en Francia en este tiempo ocupado á Castillon, sobre el Dordona, plaza fuerte, el Duque de Umaine, y á Ossona el de Guisa sobre el Ródano, en país húmedo, pero fertilísimo, en medio de Genebra, de Montebeliat, de los zuiceros del condado de Borgoña y del país de Leon, y de todas estas partes estaban movidos á darles ayuda para mantenerla en devocion de Enrique de Borbon por la comun seguridad de los heréticos.

Los protestantes de Alemania hicieron Liga en favor de los huguenotes de Francia, y por embajada dijeron al Rey por escrito los tres electos seglares, el Lanzgrave y los dos hermanos del Duque de Brunsvich y las ciudades imperiales Estramburg, Ulm, Nuremberg y Francfort con temerária osadía, altivez y modos desusados, les pesaba hubiese tomado las armas á persuasion del Pontífice contra su propia sangre; faltó á su fe y palabra; guardase el primer edicto de la paz y revocase el nuevamente publicado para hacerla ahora más firme y segura con los huguenotes, siendo ellos los medianeros para ello.

Turbó á Enrique la embajada y respondió á su instruccion por escrito era Rey Cristianísimo, no tirano; gobernó con amor paternal sus pueblos; procuró mostrar con obras cuánto ensalzaba y amparaba la religion católica y lo que aborrecia la introduccion de otra por muchas consideraciones que no expresaba; no faltó á sus debidas obligaciones, teniendo á Dios delante de sus ojos; atendió á la quietud de sus vasallos con los medios que eligió por mejores; era Rey soberano, dependiente sólo de Dios, y no podia ser juzgado de otro, y le tocaba en su reino formar edictos, mudar constituciones y reformar los decretos como suelen los Príncipes, segun el tiempo y ocurrencias de las cosas, hacer, quitar, renovar leyes, ampliarlas, restringirlas, acomodándolas al útil y bien de sus pueblos; usaria de la misma autoridad siempre para reinar tranquilamente y conservar en paz los súbditos; no faltó jamas á su palabra, y mentia quien decia lo contrario. Dejólos y mandóles quitar el alojamiento, donde á su costa eran rega-

lados, y como temerariamente hablaron, fueron desusadamente despedidos sin las cadenas de oro que darles solian segun su estilo.

Fabio Mirto, arzobispo de Nazaret, nuncio otra vez enviado de su Santidad á Enrique, informado por Alberto Gondi, marechal de Francia, aficionado al Rey y á la religion católica, dudoso de que el Rey estaba para precipitarse en el concierto con los huguenotes, y cierto de no tener mejor remedio que el que podia venir de parte de su Santidad y autoridad de su Consejo, y con pronta ayuda de gente y dinero, le escribió estaba Francia en gran turbacion y el Rey fácil sin el consejo de los antiguos fieles y sabios, y los que le asistian sólo atentos á sus intereses y grandeza, la Reina su madre por medio destos con ménos autoridad con él, y así poco fundamento se podria hacer sobre sus deliberaciones, particularmente porque los que gobernaban eran mal inclinados ó incapaces, y los que rectamente se habian, no tenian erédito, porque prevalecian el Duque de Joyosa y el de Espernon, y éste fomentaba las desconfianzas entre los de Guisa y su Rey, que era el mayor daño, por favorecer al de Bearne y á Memoransi y procurar unir al Rey con ellos é impedir las provisiones para la guerrra, aunque venian de Alemania para entrar en Francia cuarenta mil heréticos á sueldo de la Reina de Inglaterra y de los protestantes. El Pontífice replicó no envió socorro porque Enrique, con el medio de la Reina, trataba de la paz con el de Bearne, con indignidad del hijo y peligro de la religion católica, en cuyo amparo quisiera verle más inclinado á la guerra que á la paz, y no fomentado de sus privados, inteligentes con los huguenotes. (1) Estaba pensativo por la voz esparcida de que D. Felipe juntaba gruesa armada contra Inglaterra para vengar los daños de la suya recibidos en sus Estados de Flándes y de las Indias, y no creyéndolo, temeroso de que fuese contra Francia, no habiéndole provocado, y avisándole de que armaba el Duque de Saboya con sabiduría del Pontífice, ordenó al Cardenal Deste le dijese no temia; mas ignorando la causa del armamento grande, cuidaba de que no era para Flándes, donde vencedor y con buena milicia estaba fortísimo el Príncipe de Parma, y no podria sustentar tanta gente; creia difícilmente era contra Inglaterra, porque no teniendo puertos el Rey Católico donde asegurar sus bajeles de las tempestades furiosas de aquellos mares, porque la Reina poseia los de Holanda y Zelandia, era temeridad ir á ellos armada poderosa, expuesta á manifiestos peligros y terribles accidentes; y así le parecia que la fama de hacerse tal empresa era ántes para inducir con el temor á la Reina de buen acuerdo de la paz, y cuando fuese neu contra della no sufriria que sin darle parte se hiciese la jornada con aquellas armas, pues con tal conquista podria fá-

(1) Faltan palabras. Debe decir: «El Rey Cristianísimo contestó al Nuncio estaba pensativo», etc.

cilmente D. Felipe ofender la Francia. Tenía por más cierto queria el Duque de Saboya hacer la empresa de Ginebra en la buena oportunidad de hallarse impedido con la guerra de su reino, habiendo mostrado no gustar de que la sujetase por el daño que vendria á Francia respecto de su liga con los zuiceros, pues no hiciera gasto tan grande si la resulta no fuera en su provecho. Considerase su Beatitud si con razon le pesaba procurase el Duque crecer el señorío, miéntras él estaba ocupado en guerra, tomada por el servicio de Dios y de la religion católica, y si debia permitir que hiciese tal empresa el Duque en su despecho, por haberle rogado otras veces que no la emprendiese, porque los cantones se dividirian y harian inútiles á sus vecinos amigos, de que participaria él más que otros, y más ahora que para resistir á las armas de sus rebeldes tenía más necesidad de su ayuda, y subyugada Ginebra se les cerraba el paso de su socorro, que tuvo con la fuerza dellos abierto siempre y sus antecesores contra el artificio del Rey Católico y de los Duques de Saboya, que procuraron cerrar, procurando dividir los cantones. Esta era la causa de conservar á Ginebra, que deseaba ver confundida y hundida, por haber sido la mayor causa de los daños de su reino.

Deseaba Sixto V mucho castigar á Inglaterra y destruir á Ginebra, y habia prometido para su efecto ayuda de dinero y gente de la Iglesia con gran servicio de Dios, útil de Europa y alabanza suya, y desplaciendo al Rey de Francia le encubrió su intento siempre, y ahora más por ser más peligroso al Cardenal Deste, mas descubrióle su resolucion de ayudar las cosas de Francia con exército grueso, si hacía Enrique la guerra á los heréticos y liga con su Beatitud, guiado de Francisco María de la Rovere, duque de Urbino, bien reputado y preferido por su autoridad y acepto á los confederados de Francia. Mas porque la empresa de Ginebra se habia de hacer en nombre de la Sede apostólica y deseaba el Rey de España que el Duque de Urbino, su gajero, fuese general y para quitar toda dificultad prometió el de Saboya no ir al sitio, y si fuese, ser soldado del de Urbino. Agradó á Sixto el cometerle la jornada, y acabada, de enviarle á Francia con mayores fuerzas.

Ofreciéronse dificultades para la execucion, aunque la deseaban los cantones católicos y ofrecieron dejar asoldar gente para ella, y porque al Rey Católico importaba más el hacer la guerra á Inglaterra primero, ésta se difirió para otro tiempo.

En tanto el Rey Cristianísimo, que no podia hacer la paz con tales condiciones que asegurasen la quietud del reino y conservasen su reputacion, porque los huguenotes pedian cosas inconcesibles en infamia de su real nombre, estaba fatigado y apartado de hacer la guerra, y retardado del de Espernon, amigo del de Bearne; y porque no podia hacerse sin emplear á los de Guisa en los mayores cargos, haciéndolos sospechosos á Enrique de

que teniendo las armas en su mano le quitarian el reino, y ellos entendieron sus malos intentos y oficios por una carta que envió al Rey, y que por esto el Rey los tenía fuera de su gracia y convenia tomar resolucion.

Los confederados atendian á lá Reina, que trataba la paz, para con ella ó con la guerra con los huguenotes resolver y encaminar lo que les importaba. Esto, considerado del Rey y de su madre, viendo el peligro ántes que el remedio, estaban irresolutos y caminando todos con engaño, el Rey era siempre más que todos engañado; y estaban enredadas las cosas con fludos tan indisolubles que no parecia se podrian deshacer sino con la espada; y para tener buen título para sacarla en autoridad de la Sede apostólica, por el señor de Menevile pidieron al Nuncio intercediese con su Santidad para que les diese licencia y ayuda para armarse y asegurarse, si la Reina hacía un infame acuerdo con los huguenotes y hacer la defensa de la religion católica. El Nuncio no quiso empeñarse en esta demanda, y les dijo esperasen el fin del tratado de la paz, porque tomando las armas ántes no precipitasen al Rey en algun vil concierto y en mudar de intento al pueblo, dándole á entender con su impaciencia les movian privados intereses injustamente, con que perdiendo reputacion con los amigos, quedando sin fuerzas, serian de los enemigos oprimidos; y si por huir el peligro querian tener las armas en la mano, podrian industriosamente hacerlo, conservando los amigos advertidos del peligro de los extranjeros y dispuestos para cualquier accidente, sin turbar las cosas ántes de tiempo. Fue grandemente censurada de Guisa esta respuesta, y aparejando las armas, al Rey alteraron sobremanera.

La Reina se vió con el de Bearne y le esforzó para hacerse católico, de que pendia la quietud del reino y la suya, presentándose al Rey, con que tendria indubitable la sucesion del reino, en caso de su muerte, y por su mano se encaminaria el gobierno; mirase forzaron al Rey á pacificarse con los coligados él y sus secuaces, en cuyas fuerzas no fiase tanto, que no eran incontrastables. Respondió el de Bearne, hizo la paz mal aconsejado el Rey, y quebró el antiguo edicto della contra razon; no desampararia los de su nueva religion, ni se fiaria de la Reina ni del Rey, que tantas veces faltaron á sus promesas, ni desharia el exército por esto, aunque le pacificasen, porque todos los de su religion estaban unidos en su defensa.

Pidió la Reina tregua, durante la Asamblea que se juntaria en Bles, para disponer los negocios, y no se la concedió, diciendo sería lo que en la pasada, siendo la parte del Rey más débil, y que no remitiria declaracion de sus opiniones sino á un Concilio; pidió seis semanas de tiempo para avisar de lo que decia en este trato de la paz á la Reina de Inglaterra y Príncipes de Alemania, sus confederados, sin cuyo consentimiento no resolveria cosa alguna.

El de Guisa partió á recuperar á Rocroy, plaza de su gobierno de Champaña, ocupada con entrepresa de los alemanes heréticos que venian en ayuda de los huguenotes, mas recobróla presto con su valor y prudencia, y la Reina dijo al Vizconde de Turena convenia retener los extranjeros y efectuar la suspension de armas con paga de dineros para los extranjeros, y sabiendo sus condiciones el Rey no la aprobó, aunque la concedió el Vizconde, porque sabía tardarian un mes en llegar á la plaza de armas; y así el tratado quedó suspendido, y el Rey era negligente en prevenirse contra los alemanes, porque se decia se entendia con ellos y pagaba buena parte de su sueldo por sus comisarios secretos.

CAPÍTULO XIV.

Intenta sitiar á Zuphent el Conde de Lecestre. — El Duque de Parma acude en persona á su socorro. — Prudencia y destreza de Verdugo. — El coronel Stenley se pasa á los católicos y entrega á Deventer. — Quejas de los holandeses por el gobierno de Lecestre. — Nombres, títulos y cualidades de las tres personas elegidas por el rey D. Felipe para ayudarle en el despacho de los negocios. — Ventajas que de esta Junta sacaba el Príncipe.

Para facilitar la conquista de Rimberghe habia ocupado el Príncipe de Parma una isleta en el Rhin y guarnecídola de españoles en un fuerte que levantó, metidos para estrechar el presidio, y debilitado rendirle con la fuerza. Para divertir y amparar á su amigo Schenck y al coronel Morgara, que con mucha gente y todas municiones la defendian, el Conde de Lecestre y los principales determinaron de sitiar á Zuphent, y enviaron con tres mil soldados á Flándes al conde Mauricio de Nasau, hijo del Príncipe de Orange, con Filipe Sidney, gobernador de Frisinghen, para que, con las guarniciones de Ostende y la Esclusa y otras de aquella marina, robasen y dañasen el país y procurasen tomar alguna plaza. Encontraron el convoy que se hacía para vituallar Ipre y Brujas y otras tierras, y robaron parte dél y tentaron la execucion de un trato que tenian en Gravelinghen, que por ser doble fueron muertos muchos ingleses por Mos. de la Mota, su gobernador, que frenó su ímpetu y les forzó á salvarse donde habian salido con pérdida de gente en la retirada.

El de Lecestre, habiendo resuelto de afrontarse al de Parma, para impedirle la expugnacion de Rimberghe, mudó este parecer en mejor, excusando el pelear con él; y viniendo á sitiar la villa de Zuphent con siete mil

peones y mil quinientos caballos, ayudado por Gerardo Truches, expelido arzobispo de Colonia para llevarle luégo á Wesphalia y proseguir la guerra contra el bávaro; y ya estaban en el exército los condes Mauricio y Felipe de Nassau, Solma, Ebestein, Sidney, y D. Manuel, primogénito de don Antonio el de Portugal, y otros señores y capitanes de nombre; sitió á Desburgh, que defendia el capitan Sanson con trescientos valones, con muchas vituallas y municiones para muchos dias y fuerte muralla, y de otros lugares le enviaron buen número de combatientes, con que pudiera hacer gallarda defensa; mas no vieron aún bien al enemigo desembocar en el foso y abiertas dos baterías, cuando se rindieron, salvas las vidas, sin esperar el asalto, y lo que podia la fuerte retirada que habian hecho contra lo batido guardada con traveses, dando puerta para que fuese con todas las fuerzas el de Lecestre á sitiar á Zuphent, complaciendo á los holandeses, y traer á su socorro, dejando libre á Rimberghe, al Duque de Parma, que así le llamarémos de aquí adelante, por haber ya muerto su padre, poco despues de Margarita su madre.

Estaba en Zuphent, como plaza muy importante, por gobernador Juan Bautista de Tassis, lugarteniente del coronel Verdugo, capitan de mucho valor, pero flaco de gente y falto de vitualla, porque el de Parma, viendo poco poderoso al enemigo, no se persuadia que emprendiese este sitio y habia enviado lo mejor de la guarnicion y de otras tierras á la recuperacion de Nuis. Cerca de Zuphent, ultra el rio Issel, habia un fuerte bien capaz, de que ya hicimos mencion, que poseyeron los holandeses para frenar el presidio; mas recuperado de los católicos, el Tassis le tenía bien guarnecido y seguro con dos fuertes que habia levantado poco distantes, cuyas guarniciones oprimian el país cercano del enemigo y forzaban á dar largas contribuciones.

Acercóse el de Lecestre, y crecido su exército con mucha infantería que recogió de todos los lugares ménos arriesgados, hizo traer gran número de barcas para combatir por agua y tierra á Zuphent y quitarle totalmente el socorro. El Tassis avisó al de Parma de su falta, venida y fuerzas del enemigo, y despues le pidió con instancia le socorriese. El Duque de Parma ordenó á Verdugo fuese á Groninghen á dar órden á lo occesario, y que despues volviese. Fue luégo Verdugo, y como por haber pasado malas noches en Zuphent le diese una enfermedad que estuvo sin esperanza de vida, avisó al de Parma del estado en que se hallaba, suplicándole pusiese en el ejército alguna persona entre tanto. Mas como no fuese de algunos de la córte del Duque bien visto Verdugo, hubo quien dijo á su Alteza que él tenía la culpa por haberle hecho tantas mercedes, y que aunque estuviera á la muerte no debia dejar de ir, mandándolo él; diciendo tambien que Verdugo habia prometido al Duque provisiones y vituallas, cuando nunca tal hizo, ántes estando en Bredevord, yendo á Zuphent, le dijo que

no hacía bien en ir tan desproveido de ellas como iba, y con el celo de buen servidor de su Rey, se lo dijo algo ásperamente delante del conde Cárlos; y que en el alojamiento que él habia hecho en torno de Borchelo habia gran provision de trigo, como le habia mostrado.

Entróse en consejo sobre el aviso primero, y todos aprobaron el mantener la tierra, y partió su Alteza con diligencia con lo más escogido del exército, haciendo Verdugo oficio de Maestre de Campo general. Antes que fuese alojado, llegó el segundo aviso del Tassis de haber los enemigos pasado el Issel para no encontrarse con el Duque, ya cercano, por el puente que tenian, y habido consejo á caballo, propuso el de Parma queria meterse á la defensa de Zuphent. Verdugo le dijo no tenía nueva del Tassis ni de Merido su teniente, que le trujo su compañía de caballos, mas conforme el aviso sería accion honrosa mostrarse donde los enemigos habian estado, dando á entender que los iba á buscar.

Con la mayor parte de la caballería marchó y envió al capitan Mario con su compañía á descubrir un camino estrecho y lleno de arboledas que habia de pasar, porque sabía los pasos por haber estado de guarnicion en Locchum y ser gran cazador. Halló que áun estaba alojado el conde Guillermo con la gente de su cargo desta parte del rio, en una montañuela, y bien fortificado, y tenía en su frente puente de barcas para comunicarse con el exército. Entró el Duque en Zuphent, hizo oracion en la iglesia, descubrió desde su torre el campo del enemigo, que se iba acercando al fuerte, y adelantándose un capitan escocés á fortificarse en una de las alas dél, cogiólo la gente que envió á rechazallas el Tassis por órden de Verdugo, y dél supo el Duque, por ser prático, la intencion del enemigo.

En el dia siguiente el Duque dijo en el Consejo queria defender la tierra y que todos volviesen al exército y le proveyesen de lo necesario. Verdugo le respondió desconvenia á un Príncipe general encerrarse, y podria mejor proveer la guarnicion que los demas, y el quedarse sería en agravio de tan principales y suficientes ministros que le asistian, y más del Gobernador de la provincia, á quien tocaba por derecho. Encargóle la defensa, aunque sin dinero y vitualla, pues habia su Córte comido á discrecion en la villa; y porque su exército no estuviese ocioso, mandó tomase á Locchum, asegurando las demas plazas de su contorno; y salió para su alojamiento, y Verdugo le advirtió hiciese reconocer el camino ó tomasen otro del que habian traido, porque el enemigo, visto que no podia estar mucho tiempo en Zuphent, lo meteria en peligro.

El de Lecestre por esto puso en emboscada doscientos caballos y quinientos mosqueteros y algunas piezas á cargo del Noriz y el de Essex, Stanley, Sidney y otros capitanes, no muy apartados del villaje de Varusfeld, una milla de Zuphent; y habiendo pasado la vanguardia y batalla del exército católico, por no haber reconocido el camino ó mudádole, como

advirtió Verdugo, se descubrieron contra la retroguardia, que era de siete compañías de caballos y alguna infantería, á cargo del Marqués del Guasto; y el repentino acometimiento no le dió lugar para ordenar bien su gente, mas su valor y el de los soldados suplió la falta de tiempo, y con el repentino auxilio de Verdugo, prático y guerrero, se mostraron acometidores, no acometidos. La pelea fue no ménos áspera que peligrosa, porque no tuvieron algunos capitanes tiempo para ponerse las celadas, de manera que fue mal herido en la cabeza Aníbal Gonzaga, y Jorge Cresia, capitan de caballos albaneses, y caido, á viva fuerza le dejó el enemigo. Oyende el peligro en el combatir de la batalla, volvieron con presteza en ayuda de los católicos, que no llevaban lo mejor, doscientos arcabuceros de á caballo con otros tantos mosqueteros en las ancas, que acometieron tan reciamente que los enemigos, cediendo á la virtud y al número, comenzaron con alguna desórden á retirarse, con notable daño de muertos y heridos, y entre ellos Felipe Sidney, sobrino de Dudley, y poco despues murió.

Alejado el Duque, el de Lecestre hizo pasar de la otra parte del rio alguna gente para que, junta con los frisiones, acercándose á la tierra, comenzase la trinchea, en tanto que levantaba él otras contra el fuerte. Avisólo Verdugo al Duque, y pidió vituallas; desde Borcheló se las envió con el Marqués del Guasto, con alguna caballería é infantería valona, española y alemana; el cual, dejando la mitad de su caballería en la campaña de Locchum, con la infantería acompañó los carros, sin avisarle (1) el Marqués de su venida. Los enemigos le salieron al camino de la montañuela que fortificaron los frisones para mantener el puente, y Verdugo, oyendo tirar, vino á la puerta de la villa á ver el combate. Hizo tocar á arma y adelantóse con un carro de pólvora y balas, sospechando podian haberlas menester, como sucedió, y con buen golpe de gente conducida del Tassis.

El Duque, sabido este acometimiento, para venir al socorro sacó lo restante del exército en campaña confusamente, y el sargento mayor hizo escuadron, y el Duque al ingeniero Propercio culpaba de no haberse él hallado, en lo que daba á entender que no sólo en sus oficios, pero en cosas graves y de mayor importancia le daba mano y crédito.

Llegó la caballería que habia dejado el Marqués, y Verdugo le halló en escuadron y á los enemigos, y sólo el camino en medio; y le dijo se podrian mal apartar sin pelear, dando él con la gente de Zuphent por un costado, cuando acometiese por frente, y lo aprobó el Tassis; mas respondió traia órden de meter el socorro solamente. En este punto acometió el de Lecestre las alas del fuerte de la otra parte del rio, donde estaban el conde Herman y Mos. de la Coquela en su defensa, y trabóse una bizarra esca-

(1) A Verdugo.

ramuza en la ribera en la puerta del Pescado, en las trincheas, acometiendo el enemigo por ellas la tierra, cuyo rimbombo no dejaba discernir si era dentro de ella el pelear.

Temiendo Verdugo no se hubiese rebelado la ciudad contra la poca gente de la guarnicion que habia quedado, retiróse un poco atras, visto que no queria pelear el Marqués, y volvió á juntársele, porque no habia peligro en la villa, cuando algunos caballos cerraron desordenadamente por pasos dificultosos con los enemigos (1); mas retiráronse con los demas al escuadron de la infantería con poca órden. Procuró detenella (2) con ayuda de Nicolao Basta y Evagelista de las Cuevas, que hacía oficio de Comisario general, y no pudiendo hacer lo que deseaba, sacó su compañía, que tambien se retiraba; y porque hicieron alto como los enemigos, pasó á la infantería. El enemigo, viendo que los que habian salido de Zuphent les hacian daño por un lado, teniendo un camino hondo casi por foso, se comenzó á retirar. Del escuadron de los españoles se desmandaron algunas picas, y por aquel camino hicieron daño al enemigo, y señaláronse algunos dellos valerosamente.

El Marqués, viendo el enemigo retirado, dejando en la villa los carros con la vitualla, se retiró y volvió al exército, donde halló al de Parma resuelto de hacer otro convoy en persona, y formado el exército le truxo con resolucion de pelear con el enemigo, si hubiese ocasion, y entró en Zuphent. Ordenó á Verdugo quedase en su amparo y gobierno, mas considerando no tenía con qué entretener la guarnicion y estar falto de muchas cosas, le respondió la encargase al Gobernador de la provincia, que allí estaba, pues no habia él hecho poco en ganarla y sustentarla con tanto derramamiento de sangre, y puesta en manos del Generalísimo y del Gobernador de la provincia, con razon le debia tener por excusado, y más habiendo el campo del enemigo mudado ya de alojamiento con muestra de retirarse; pero si gustaba quedase allí, le descargase del gobierno que tenía, que lo dejaria con buena voluntad. Desplació la réplica al de Parma, aunque fundada en razon, que no le tenía cariño por malos oficios de sus émulos, y porque era mucho hombre aquel español, tan diestro en el arte militar, de tal valor que sabía vencer batallas inferior en número y ganar tierras, y porque le contradijo el sitiar á Rimberghe, dándole más reputacion que merecia por grandeza, sitio y fortificacion, y respondióle que si no gustaba de ello que otro lo haria, y así salió de la tierra y se fué con el Duque á Borcheló. Dexó á Propercio con Tassis y salió de la villa, y co-

(1) A continuacion de este suceso refiere Verdugo en sus *Comentarios* la muerte de Jorge Crescia y la herida de Aníbal Gonzaga.

(2) Debe sobreentenderse la caballería católica, que cerró desordenadamente con los enemigos.

menzó (1) á gastar largamente en fortificaciones tan sin provecho, que las arrebató la primera creciente del rio.

Determinó venir á Brabante el Duque, y le mandó (2) venir de Groninghen á quedar con el exército alrededor de Wesel, y por estar enfermo lo encargó á Mos. de Altapena. Hizo acabar el puente sobre el Rhin y hacer dos fuertes para guardarle, uno de una parte y otro de otra. Y porque entraba el invierno, y la soldadesca, por lo que habia padecido en viajes y acciones de guerra, no podia campear, distribuidos los alojamientos, dejó en Orsoy el regimiento de Capizucca; en Burick el de D. Gaston Espínola, en Alpen uno de valones con Sacchini; y habiendo enviado á otras partes los españoles y otras naciones, vino á Bruselas.

Luégo el de Lecestre prosiguió el sitio del fuerte y le asaltó, mas gallardamente se le defendió, quedando herido en el rostro el Conde de Holac, y porque fue el primero en el asalto Guillermo Stanley, irlandés, le armó caballero el Dudley y dió quinientos florines de renta por su vida; porque Tassis y Propercio le desampararon sacando la guarnicion para defensa de la tierra, y le ocupó el enemigo y puso ochocientos ingleses y cien caballos y provision, y se retiró á invernar á Holanda para volver al sitio en la primavera del año venidero. Dió el gobierno de Doesbergh á Juan Brongio con ochocientos peones y doscientos arcabuceros á caballo; en Locchum y Doetren y otros lugares dejó otros presidios; licenció algunas compañías y estandartes, excusando el gasto.

Antes de partir con engaño metió en Deventer guarnicion á cargo del coronel Stenley, con su regimiento de irlandeses y otras compañías de ingleses en número de mil y quinientos. El Stenley, hallándose ofendido del Conde de Lecestre y de otros de su nacion, y lo más cierto movido por el servicio de Dios, porque era muy católico, dió á entender á Tasis queria reducirse al servicio de su Majestad Católica y dalle aquella tierra sin recompensa. Certificado bien el Tasis de su voluntad, lo comunicó en Groninghen con Verdugo y envióle á Bruselas á tomar órden para ello del de Parma. Metióle dentro el coronel una noche tan quietamente, que ántes estuvo hecho el escuadron en la plaza que los de la villa lo entendiesen. Dejaron salir libremente á los ingleses y á los burgeses; no se ofendió sino en quitarles las armas. Envió al capitan Roland Yorch, inglés, al fuerte de Deventer, y atemorizó los que le tenian tanto que los sacó dél de manera que Stenley no sólo dió á Deventer á su Majestad, pero fue causa que aquel fuerte tambien se ganase. Recibió el Duque el regimiento con que sirvió muy bien, y á Roland dió una compañía de caballos, y envió quien pasase

(1) El Propercio.
(2) A Verdugo.

la gente. Luégo que llegó á la Haya, córte de los rebeldes, el de Lecestre en la junta de los coligados principales del país, enseñados á mandar libremente, se mostraron malcontentos de que no le fuesen iguales en el mando y gobierno, y tenian por insoportable y extraño que en las plazas de mayor importancia hubiese puesto Dudley guarniciones de ingleses, con que sus capitanes mostraban hacer poco caso de los holandeses y que poco á poco los querian tiranizar con absoluto señorío. El de Lecestre, sin alteracion de su resentimiento, respondió libremente con palabras de esperanza general y señales de buena intencion, mas conociendo era con ódio aborrecido y ofendido gravemente de algunos que mermaban su reputacion, mostrando tenerle en la mala opinion concebida dél y que se le atrevian por el favor que la Reina les hacía, determinó volver á Inglaterra. Los Estados mostraban sentir esta resolucion é impedirla, y él, constante astútamente y artificioso, fingió para contentarles dejaba al Consejo muy ampla autoridad en el gobierno, y restringió despues tanto en el dia siguiente que les quitó todo el poder sobre los gobernadores de las provincias, ciudades y plazas fuertes, reservando la disposicion de todo para sí mesmo aunque estuviese en Inglaterra, donde pasó luégo.

Cauto y receloso, con alguna sospecha, el Rey Católico vió cuanto se le escribió, consultó y firmó en tanto que la necesidad no le forzó á ayudarse de la estampa despues de la union del reino de Portugal á los de Castilla, por ser muchos los negocios y algunas sus enfermedades. Los despachos de gracias y de la hacienda firmó hasta que, ya inútil la mano por los efectos de la gota incurable por ellos, fió la firma solamente de su hijo sucesor. El aumento de sus dolencias disminuia las fuerzas, faltaba la puntualidad en las resoluciones y la circunspeccion conservadora de los Estados, consideracion que mira por una y otra parte lo que se ha de hacer, conforme el tiempo, y así quiso supliesen por él tres consejeros por advertencia del Padre fray Melchor Cano (1), de la Orden de Santo Domingo, docto en todas letras y sabio en las morales, á quien consultó en casos graves, y como de oráculo admitia y veneraba sus respuestas.

Eran los de esta junta D. Cristóbal de Mora, marqués de Castel-Rodrigo, de la Cámara del Rey y sumiller de *Corpus* del Príncipe, comendador mayor de Alcántara, presidente del Consejo de Portugal, del Consejo de Estado, camarero mayor que fue del rey Felipe III, y gobernador y capitan general del reino de Portugal, favorecido y preferido del Rey por ministro inteligente y prudente, de provecho y cuidado, gran conocedor del humor de su señor para llegarse á él.

Don Juan de Idiaquez, comendador mayor de Leon, de su Consejo de

(1) Véase la nota de la pág. 144 de este tomo.

Estado, de singular virtud y religion, secreto, prudencia, espera, modestia personal, con posicion y curso largo de negocios graves cerca de grandes Príncipes, digno de la mucha satisfaccion que dél tuvo D. Felipe y estimacion que dél hizo.

Don Diego Hernandez de Cabrera y Bobadilla, conde de Chinchon, mayordomo del Rey, de su Consejo de Aragon y de Italia, presidente interino, que por ser sagaz y mañoso en los negocios de su Rey y suyos y grandes servicios de su casa, le subrogó poco á poco en los oficios de su padre D. Pedro Hernandez de Cabrera.

Negociaba el primero á boca con el Rey de los negocios de Portugal, como Presidente de su Consejo y de todos como se ofrecia; el segundo de los de guerra y embajadas y á vueltas los de Estado; el tercero los de la Corona de Aragon, bosques, obras de la casa: acertada determinacion en tiempo tan trabajoso para el Rey impedido, enfermo y viejo, el tener más de un ministro en el despacho de sus negocios, haciéndose guardia el uno al otro, é incitándose con la emulacion para obrar mejor en su ministerio.

Si en el obrar no corresponden á la opinion que se ha tenido dellos, ó enferman ó mueren ó se cansan, ó se desdeñan, se enriquecen, ó se retiran ó se vician, si el Príncipe se halla con más de un ministro, puede fácilmente remediarse. Este Consejo privado se amplió en el año de mil y quinientos y noventa y cinco, juntando á los tres en su banco al Marqués de Velada, mayordomo mayor y ayo del Príncipe, y en la mano siniestra su tio el archiduque Alberto, cardenal; en la traviesa su Alteza, viendo lo que se trataba y conferia en el gobierno de la monarquía, y tomando noticia de la variedad de sus cosas, cuidados, cargas, obligaciones, y para que diese cuenta á su padre de lo consultado evitando la molestia de su Majestad.

Despues de la muerte del rey Baltasar dice la *Historia Sacra* así: «Pareció bien á Darío y constituyó sobre su reino sátrapas ciento y veinte, para que le gobernasen, y sobre ellos impuso tres principales, y el uno era Daniel, para que los sátrapas les diesen cuenta y razon de lo que se hacía y el Rey no recibiese molestia.» De otro Consejo como éste fue servido D. Felipe en Inglaterra reinando, llamado el Real, formado de los tres ó cuatro oficios principales, el Almirante, Canciller, Tesorero, Justicia mayor, ojos, persona y ser del Rey para ayudarle en todo género de negocios sin diferencia, como el de los bajaes, visires del señor de los turcos, que manda con imperio, y tratan los extranjeros allí embajadores y ministros, y siguen tras el Rey si camina. Como la Junta de España hubo en Francia el Gran Consejo de ciertos criados de la Casa Real, en que se trataba con superioridad de todos los negocios de todos los Consejos, y resolvia el Rey. El de España, con esta Junta hacía consejeros y moderaba sus afectos por

la mayor parte llenos de emulacion, envidia, contradiccion, por la diversidad de fines encaminados á sus intereses. Interrumpiéndose los disinios entre favorecidos no hay amistad sino recíproca opinion de sinceridad, en lo demas desemejantes como en los ánimos las voluntades y acciones. El Rey con su inteligencia y autoridad frenaba sus desavenencias con disimulacion, entereza, juicio.

Nacen los Príncipes de los senadores, dice Otho emperador, y así con esta Junta enseñaba con los negocios en la mano al sucesor buen camino y breve por exemplos, como largo por los preceptos. Allí se vian las cartas y pretensiones del Sumo Pontífice, Emperador, Reyes, potentados, embajadores, visoreyes, capitanes generales y de todos los ministros, las consultas de justicia, de gracia, las resoluciones que se tomaban con las personas de valor y méritos, de que se habia de servir adelante, el modo de proponellos en narraciones de sus servicios, tomando el Príncipe noticia y experiencia de todo. La suya se hace de dos, mas la una enseña por la naturaleza y edad del mundo al gobierno de sí mesmo, le amaestra en las acciones civiles, y recoge con la historia los particulares sucesos dignos de memoria, acomodados para servir á la otra parte. El conocimiento de estos acaecimientos ayuda á regular lo presente y prever en lo futuro, efecto principal de la prudencia, que deben enseñar los particulares á sus hijos; pues la observancia en cada uno levanta más larga y copiosa experiencia con ayuda de la historia. Desta habia tanta parte en esta Junta que se podia excusar la leccion de las antiguas. Atáronse tantas guerras en Europa por mano del Rey Católico con tanta variedad de casos no pensados, muertes violentas de poderosos, por mal trato del Rey de Francia, la suya por un fraile, ligas en favor de la religion, batallas, reencuentros, entradas en reinos extraños, retiradas, conquistas de tierras, divisiones, intereses, guerras civiles, pretensiones secretas, aspirando á la Corona, legacías pontificales y reales para eleccion de Rey, su absolucion y habilitacion, socorros, muertes, breves y elecciones de Pontífices, varios acuerdos y resoluciones conforme al tiempo, estratagemas, armadas poderosas con pocos efectos de amigos y enemigos, acometimientos y atacamientos de cosarios, recelos de potentados, de que habia relaciones en la Junta, y se deliberaba sobre ellas lo que más convenia, resolviendo despues conforme á ello con el Rey que hacía con esto consejeros y Príncipe aconsejado, para que los conociese, pues tan cercano estaba á la muerte su padre, y él quedaba muy mozo. Con esta experiencia universal solamente, gobernaron felizmente reinos y repúblicas muchos, y dieron leyes convenientes, y ligítimamente ordenaron maneras de vivir á pueblos y naciones diversas: Catania á sus catanienses y á muchas ciudades de Sicilia y de Italia; Dracon á los milesios; Phidelao á los tebanos; Jathea á los cartagineses; Androduma á los calcidenses y sicilianos, y los dos ojos de la Grecia, Solon y Licurgo, ¿de dónde sa-

caron el conocimiento con que formaron las repúblicas famosas que se conservaron en tanta gloria ochocientos años, y por haber sido hechas con tanta luz, juicio, moderacion, templanza, que hoy son gobernadas por sus leyes grandes partes del mundo? Esta experiencia pretendió dar el Rey á su hijo en esta Junta, supliendo con el exemplo el tiempo y lo que la edad habia de hacer con los negocios en la mano, con ver y tomar noticia de los que allí se trataban, de la variedad dellos y medios de encaminarlos, prevencion de sumo remedio de daños y sus causas para evitarlas, tuviese conocimiento práctico de lo que son Consejos y consejeros, de las partes que necesariamente deben tener, evitando juntamente la molestia que recibia el Rey en ver las consultas, principalmente que en todo habia de tomar consejo sin apresuramiento; que los que tienen más de grandeza y magnificencia que de facilidad y seguridad, no son buenos que no abrazase cosas inmensas á que no pueden suplir ni bastar dinero, vida, fuerzas y requieren tantos medios que no se pueden juntar, y que éstos sean buenos y secretos y se pida para acertar el consejo á Dios primeramente.

CAPÍTULO XV.

Causas y discursos que movieron al Rey Católico á emplear sus fuerzas de mar y tierra contra Inglaterra.—Nombra el Rey al Marqués de Velada ayo del Príncipe.—Parte que en este nombramiento tomó D. Cristóbal de Mora.—Cualidades de este consejero.—Privanza que disfrutaba con el Rey.—Novedades de la Córte.—Fallecimientos de personajes.

No movieron al Rey Católico á guerrear contra la Reina y reino de Inglaterra ambicion y deseo inmoderado de aumentar su monarquía con la conquista de nuevos Estados, pues se emprenden por adquirir los ajenos ó defender los propios. Lo primero está en arbitrio nuestro, cuando de aquella conquista no pende la conservacion; en tal caso es loado el que hace la guerra, cuanto vituperado el que la deja porque va á manifiesta pérdida; donde el que tienta la fortuna puede vencer, y cuando no á peor no puede venir que al estado del que no ha combatido; y si á otros más ásperos poco importa, porque no se ha de combatir por tener mayor ó menor comodidad, mas por conservar el señorío.

Esta guerra contra Inglaterra, aunque era ofensiva de parte de España en el hecho acometiéndola, en la razon era defensiva, y así derechamente justa contra quien sin injuria ni ofensa quebró la paz, injurió por fuerza y engaño, destruyó la religion católica y la hacienda, prendió á María Stuart,

reina de Escocia y primero de Francia un tiempo, la degolló por mano de un verdugo con voz de malhechora, siendo inocente y religiosísima, contra el derecho divino como herética; contra el natural y de las gentes como infiel, por la seguridad que la ofreció; contra el civil por la amistad que profesó con ella, y como tirana siéndole igual y soberana, sobre quien no tenía poder sino de tiranía y violencia. Y así no se trataba del interés y honor de una persona solamente, mas ya universalmente de todos los príncipes, á ninguno reconocientes en lo temporal.

La Reina de Inglaterra, no contenta con llenar la Escocia de herejías y haberla usurpado á cuyo era, olvidada de las antiguas confederaciones que tenía su reino con la casa de Borgoña hereditarias, llegó á fomentar y amparar en los Países Bajos los rebeldes de Dios y de su Majestad, procurando que se obstinasen, y ayudándolos para ello con los socorros posibles; pasó á dar licencia primero á algunos piratas súbditos suyos para infestar el mar y las islas; despues á rostro descubierto á enviar armadas, formadas con nombre de capitanes suyos, á robar los mares Océano y Sur y saquear diversos puertos de las Indias y desacatarse á los templos en algunas marinas de España. No bastaron los muchos oficios hechos con ella por D. Felipe por medio de sus embajadores ordinarios cerca della, por otros comisarios y por sus gobernadores de Flándes, unas veces tratando de ajustarla á la razon, otras amagando venganza, prohibiendo su comercio y deteniendo sus vasallos, porque la insolencia creció siempre, ni ménos aprovechó la diligencia y santo celo de los Sumos Pontífices para que dejase de ir el mal cada hora en aumento, hasta que rompió del todo, con mayor persecucion de la Iglesia romana que quizá pudo haber desde su primitiva fundacion, pues entre otras inhumanidades puso ensangrentadas, como decimos, las manos con inusitado exemplo de tiranía en la santa Reina de Escocia, que segun derecho lo era propietaria de Inglaterra, cuya sangre y la de tantos mártires como de pocos años acá regaron aquella tierra, parece clamaba ante Dios y el mundo por la debida venganza.

Llegadas á tal estado las cosas, estas ofensas tan desvergonzadas movieron á D. Felipe, á quien incumbia su defensa, á procurar de remediarlo; y este celo y obligacion, y el deseo de ver un reino tan antiguo reducido al exercicio católico y obediencia de la Iglesia romana, fue su principal motivo para hacer jornada contra Inglaterra, general ofensora, quedando muy atrás todos los otros de las particulares conveniencias que habia de sus reinos y Estados, con ser tantos como se ve y de tanta obligacion.

Aconsejábase D. Felipe en esto, y el Duque de Parma le escribió deseaba dar fin á la guerra de Flándes porque todos descansasen; mas hallaba tan mezclada á Inglaterra con las islas de Holanda, que sin la conquista de una dellas no podia tener el fin pretendido, y sin puertos era peligroso entrar por el mar en las islas; y así importaba primero ganar á Enden, donde

asegurar las armadas, pues su Majestad no quiso, no sin error, tomarle en empeño, como se le daban á tiempo, cuando pudo, en tutela y proteccion al Duque y sus Estados de Cleves y Juliers. Poseyendo este puerto no sería muy dificultosa empresa apoderarse de Holanda, porque los pueblos se hallaban cansados de tan larga guerra, sin capitanes, sin milicia pagada, sin dineros, en diferencias y difidencias con los ingleses sus protectores, sospechosos de sus flacas ayudas y de su tiranía, y sin otra forma de defenderse sino la fortaleza del sitio. Ésta se venceria con guerra armada de España, tan poderosa que atropelle y venza á la que se le opusiere, y si no hecha en las ciudades ansiáticas marítimas del Imperio. Comenzaria la guerra en el invierno, tentando la entrada con los hielos y ayudado de las grandes fuerzas de mar, con que se excusaba el dejar atrás poderosos que perturben y dañen, pasando por los mares de Francia é Inglaterra, pues amigos y enemigos cercanos y armados, nunca fueron bien admitidos, ni dejaron de ser sospechosos, porque para hacer violencia no falta sino voluntad.

Era el dinero, tiempo y armazon que pedia más que suficiente á conquistar á Inglaterra, gastando en el disponerlo más que en el efecto, y el parecer del Duque se encaminaba á dilatar la guerra y perpetuar con ella su autoridad y mando en los Países Bajos, de donde saldria con dificultad para empresa fuera dellos; y su gobierno y modo de guerrear era muy costoso, y sería costosísimo si entraba en las islas; y así por todo género de conveniencias debia luégo cargar poderosamente sobre las cosas de Flándes la gente, reputacion, tesoros y años que se habia ido alargando y volviendo la Holanda casi á su recuperacion por su fortaleza, sitio, comodidades de abundancia, por sus navegaciones, ayuda de las provincias convecinas y asistencia de los heréticos; mas era tan importante, que en ella se debia echar el resto del poder; mas naciendo su mayor fuerza de Inglaterra, convenia meter la guerra en ella, y si hubiese buen principio subyugalla, pues de trece veces que fue acometida de potencias menores, las doce fue conquistada. Sin esta empresa sería el camino de ocupar las islas tan infinito que arruinarian los demas Estados de la monarquía, que ministraban fuerzas para cobrar la oveja perdida, y ocupaban á D. Felipe mucho y desacreditaban sus armas con su larga continuacion por ser pocos sus efectos, y sería imposible vencer no ganando puertos, y más por la tierra que se habia de ocupar pié á pié y milla á milla.

Tambien se oponia ayudarian los rebeldes á la defensa de Inglaterra, su favorecedora, pues faltando su ayuda y poseyendo el Rey la isla, con su comodidad serian fácilmente castigados y reducidos á la corona; mas reforzando el exército de Flándes, no desampararian su casa, y así convenia que el de Parma no saliese de los Países y la jornada se hiciese enteramente desde España con invencibles fuerzas. Los franceses temerian lo

mismo, y procurarian impedir, como siempre, las armas de su Majestad Católica y dividir sus fuerzas, acometiendo por Flándes é Italia. Para asegurar esto, disponiendo la razon muy de atrás, el Rey tenía á Francia dividida en tres bandos, si ántes estaba en dos, de realistas, liguistas y huguenotes, con que combatiendo entre sí mesmos con discordias y competencias por ambicion y ódio y con las armas, no podian salir á la defensa de los vecinos, amigos y confederados, y más estando el manejo de las fuerzas y resoluciones de la Liga en manos del Duque de Guisa, dependiente en ella en tanta parte del Rey de España por su asistencia con dinero, consejo y gente desde Flándes, con que ni el Rey podia moverse para favorecerles, más de con el deseo que tenía de su buen suceso, á los ingleses, ni los huguenotes. Tampoco desechó el socorro de los alemanes heréticos por el Duque de Guisa, como se verá.

El Rey de Denamark via arder el mundo sin cuidado, sino el de voluntario medianero, con neutralidad entre los rebeldes y su Rey para componer sus diferencias; el Xerife en Marruecos estaba de buen ánimo con el Rey Católico, si bien la sospecha de temor de que le queria ocupar á Larache, le hizo admitir los ingleses, despues que acometieron las costas de España. Decian se pondria la Reina en la proteccion de los Príncipes protestantes de Alemania, moviéndolos á su defensa, con que por ambicion de adquirir más Estados y destruir su nueva religion era del Rey Católico acometida; mas teniendo sus mayores fuerzas en favor de los huguenotes empeñadas con su reputacion y deshechas, no podian emplear tantas contra Flándes para divertir por allí al Rey, que arrimando parte de las suyas á las fronteras, se pudiese temer de Alemania; y como habian de venir de partes no muy cercanas, y la jornada se habia de manifestar por el gran secreto sólo con el acometimiento de Inglaterra, estaria entrada primero que llegasen sus huestes á ser conforme su intento empleadas y efectivas, y el Emperador podria, ó por vía de negociacion ó de concierto ó suspension, impedirlas entrar en Italia y asegurar por liga defensiva á sus potentados, pues daria qué pensar ó cuidar á los franceses, y los tendria en freno, pues para meter fuerzas en ella, cuando las pidiese la ocasion, bastaban de la parte del Rey Católico las ordinarias que mantenia en Italia, y para defendella del Turco que sería poco necesario, ocupado y dividido en Persia y Hungría. Los escoceses y su Rey, indignados por la muerte de su madre, acometerian por su parte á Inglaterra, y más ofreciéndole su Majestad por sus embajadores la venganza y la corona de los ingleses. De suerte que la jornada era de hacer por la seguridad de España y de sus flotas, hacienda principal y movible, por la de las Indias, por acabar la guerra de Flándes y por otros respectos intrínsecos á la naturaleza de las deliberaciones importantes y grandes, y por no ser imposible, porque la jornada estaba en pisar la isla, y se haria ganando, como podia fácilmente, la armada

favorecida del tiempo á Dobre, plaza flaca y la más cercana al Támesis, y los dos castillos de este rio, para tener libre su entrada con que acometer á Lóndres, hiriendo mortalmente en la cabeza al enemigo, no dando lugar de prevenirse la presteza y secreto con que se habia de componer, disponer y emplear la armada; y si la guerra queria comenzarse ántes, se ganase la isla de Wight y su puerto, capaz y no léjos de Lóndres; y asegurada la armada allí, dar asistencia al exército en tierra, impedir los socorros de Francia, aunque serian pocos y débiles, y por su pujanza vencer la enemiga si la acometiese; pues eran valientes los ingleses contra los españoles en tanto que cara á cara no se habian probado. Consistia la victoria en una batalla y vencerian los asaltadores, porque no habia soldados en la isla sino los pocos exercitados en Flándes, y el número grande de bisoños en su casa ántes agravaria que haria poderoso el exército, de que era cabeza una mujer; y los católicos no eran poco deseosos de ver el dia de su libertad y de la religion católica, que en la conquista se debian tener contentos y favorecidos, y los puertos ganados bien fortificados, el socorro dispuesto y pronto en España para su refuerzo ó ayuda en caso de necesidad, siendo señor de la mar y de la tierra..... (1) no quitar la empresa á los ingleses, no teniendo plazas fuertes en que afirmarse, era forzoso dar la batalla, y vencidos, no teniendo donde hacer pié, acabar de perderse ó entregarse, se pelease en el mar primero, como hizo Augusto César con Marco Antonio, con que, vencido, venció en la tierra tambien Angusto.

Si la guerra iba á lo largo por la pujanza de los isleños, se aventajasen en sitios, porque no podria mantener la Reina gran exército en la tierra mucho tiempo, por no tener caballería que amparase la infantería por su poco dinero, y por esto no meteria extranjeros en la isla, que los conquistasen llamados en su ayuda, y por ser enemigos dellos los naturales, aunque no fiase del todo dellos, y porque no los sufririan un dia y más los nobles habiendo de pagarles sueldo, que vivian en ocio y quietud treinta años. Podrian ser ganados los tudescos con dinero, para que desamparasen á la Reina, como hicieron en Cerresola con el Marqués de Pescara, y en Nápoles los lanzqueneques con el Duque de Montpensier. Para entrar con-

(1) Faltan palabras.— « Y que pues todo el hecho consistia en el secreto y fuerzas, se habian de prevenir de manera que se pudiesen ocupar las plazas marítimas ántes de prevenirse el enemigo; pero para en caso que lo estuviese, se debia de pensar que el general de la mar habia de quedar (echado el ejército en tierra) tan fuerte que pudiese pelear con los ingleses. Y porque no teniendo en Inglaterra plazas que defender, habiendo juntado su ejército, debia forzarle con su ventaja cuanto ántes, cuya victoria, mediante el favor divino, siendo causa de su servicio la que llevaba, se podia esperar, aunque el enemigo tuviese mayor número de gente, por ser la de su Majestad mejor; y ganada la batalla, no quedaba á los ingleses reparo en ninguna parte. De lo cual se inferia que el bien deste negocio consistia en una batalla, dada cuanto ántes por excusar la dilacion, de la cual resultaban muchos inconvenientes. » — *Herrera.*

quistando era importante el número de malcontentos que tomarian ánimo viendo en tierra exército, movidos de promesas y esperanzas de mercedes, que la variedad de las cosas nuevas es propio dellos, donde se fundan las sediciones en los inquietos y vacilantes, como se vió en tiempo de la reina María, y se veria en el presente, por haber muchos católicos que por su libertad favorecerian los de España, como habia asegurado D. Bernardino de Mendoza, porque muchos vieron á D. Felipe en aquel reino y estaban de buen ánimo para con él.

Cuanto á la costa era ahorro hacer la empresa, considerándola ordinaria en las armadas de la defensa de las flotas y evitar molestias de piratas enriquecidos con las presas con pocas fuerzas, pues estando sus Estados tan esparcidos era imposible acudir á todo, y así los libraria de perpétuos daños acometiendo á Inglaterra, que nunca armó más de cuarenta navíos, número elegido para ganar las flotas; y aunque fuese mayor, no eran tan bravos que no huyeron los primeros en la batalla que venció el Marqués de Santa Cruz á Felipe Strozzi junto á la isla de San Miguel; y así nació su atrevimiento, no del propio valor, sino de la confianza del descuido de España.

Señoreada la campaña se acometiese á Lóndres luégo, y sería entrada, porque las grandes ciudades que no recibieron en muchos años asaltos de improviso, caen de ánimo, y se confunden y no hallan camino para la defensa, como Nápoles con la venida del rey de Francia, Cárlos VIII; y recobrando el vigor y aliento, perdido el miedo, salen por sus muchas fuerzas difíciles de conquistar, como la misma Nápoles sitiada de Lotrech, general de Francia.

Por otra parte la empresa parecia difícil, porque si era acometida por Escocia, ligándose D. Felipe con su Rey, tenian los ingleses asegurada su frontera con presidios de mil y quinientos soldados distribuidos en la tierra de Berwik á la parte de levante, puesta á la boca del rio Twed, plaza llave del reino y de gran trabajo por la pesquería de los salmones, usurpada á los escoceses antiguamente por guerra. Parte deste presidio estaba en la ciudad de Carledo de la parte de poniente, en Orca y Varch y en la de Durham, principal defensa contra los escoceses. Por el mar estaba más segura, por ser diferente de todos los del munde por su crecimiento de doce y quince pasos en alto del crecer al menguar, y en la ciudad de Bristol, sita en los confines de la Anglia y Cornuvalia, que está sobre el rio Avon, de la mayor contratacion del reino despues de Lóndres. Siendo toda la isla una fortaleza, no cuidaron los anglos de más de fortalecerla con castillos contra los casos externos, pues sólo hay de más apariencia que fuerza la Torre de Lóndres y el Real de Windsor con tres apartamientos suntuosos, uno de la Orden de la Jarretiera, otro fabricado á costa de David, rey de Escocia, y el tercero de la de Juan, rey de Francia, ambos prisioneros de

los reyes de Inglaterra; no puede acostar armada del agresor á sus puertos sin contraste del mar y peligro grande, estando al arbitrio de los vientos dispuestos mucho para hacer mudanza de improviso, si no los tenía tan prósperos que sobrepujase el ímpetu de las corrientes furiosas, pues Julio César y otros acometedores se perdieron en sus playas.

Está en seis grados de altura de polo, á la parte occidental de Europa, opuesta por levante al mar de Alemania inferior, por el norte al mar de Caledonio á las Orcadas, por poniente en el mar hibérnico á Irlanda, por el sur en el Océano británico á Normandía y Bretaña. Divídese en las provincias Anglia, donde hablan la lengua saxona de los anglo-saxones que la conquistaron; la Walia, donde era la antigua Bretaña, y la Cornualia. Es su figura de triángulo inegual, y boja, comprendida la Escocia, setecientas setenta y tres leguas, ochenta y tres ménos que César computa. Corre del sur al norte doscientas setenta y ocho y por lo más ancho ciento siete. Sus principales promontorios son cabo Northend, cabo San Miguel, Abroht, San Andrés y Espren. Abunda de rios y son navegables el Támesis, que pasa por Lóndres, hasta donde suben con la marea navíos gruesos, y el Mersey y Humbro. Tiene buenos puertos en todas partes; es de aire templado, pues cria laureles y romeros, no en todo llana, mas con montes á la vista agradables, abundantes de ganados, como los campos fértiles de mieses.

El Rey, acordándose de la jornada que habia de hacer el Duque de Alba y despues D. Juan de Austria contra Inglaterra por el mar desde Flándes, para sacar de la prision á la Reina de Escocia, y que habia de asegurar el paso armada de España para ir lo primero sobre la metrópoli del reino, para que las heridas fuesen mortales, le pareció que en Flándes se juntase exército de treinta mil soldados efectivos y armada en Duinquerque y Neoport de cien bajeles de pasar gente y caballos, y veinte y ocho de guerra, y previniese cuanto juzgase tan gran capitan (1). Era necesario para campear y fortificar en Inglaterra armas de todas suertes, sillas y frenos para armar caballería, y le proveyó de dinero con abundancia; ordenó á sus Vireyes de Italia aprestasen navíos, infantería y municiones y armas, y hacer en Sicilia gran cantidad de bizcocho, carne salada y pertrechos; y en España comenzó á juntar escuadras de bajeles en Vizcaya, Guipúzcoa, Astúrias, Galicia, Portugal y Andalucía, para que hecha la masa de la armada fuese á asegurar el paso al exército de Flándes, hallándose dispuesto todo lo que fuese menester tan bien que en presentándose, con tal presteza embarcase la caballería por de mayor dificultad que tardase doce ó veinte horas no más. En tanto la armada superior ocupase en las islas de Liepe

(1) Refiérese indudablemente á Alejandro Farnesio.

un puerto que llaman Margate á vista de Duinquerque, delante de la boca del Támesis, y impidiendo á los enemigos dañar á los de Flándes peleando, si fuese menester, llegasen á desembarcar al cabo y promontorio de Zarich, donde blanquean las dunas, por quien llamaron Albion á Inglaterra, y la fortaleza Landuinoch, donde surgen las naos venecianas, flamencas y españolas, siete leguas de Dover, castillo en alto, donde puede estar gran armada.

Allí desembarcó César sus legiones la primera vez y la segunda, y segun escribe saliendo la armada de Calés á la tercera vigilia de la noche, tres horas ántes del alba, á cuatro del dia llegó á la ribera de Inglaterra, que es casi conforme al ordinario pasaje, porque de Dover á Calés hay ocho leguas, que César llama cerca de treinta mil pasos. Atraviésase en un crecer del mar en espacio de seis horas de ordinario, y cualquier viento es bueno para pasar este estrecho en bajel pequeño de remos, como habian de ser los más de Duinquerque. Aquí tuvo resuelto el desembarcar el Rey de Francia, Francisco I, exército con trescientos bajeles pequeños, cuando guerreó contra el rey de Inglaterra Enrique VIII.

Nombró el Rey por general de la armada de España al Marqués de Santa Cruz sin oposicion ni contradiccion, por su mucha experiencia, reputacion y conocido valor, y porque corria la misma fortuna con su Príncipe, y no el Duque de Parma que tenía su hacienda fuera de los Estados del Rey, retirada segura en cualquiera pérdida; y por esto el otro sería más diligente en procurar la ganancia y defender con obstinacion el Estado, y como interesado en su conservacion aconsejaria atentado y executaria diligente y mejor que el de Parma, y así él habia de ser el supremo gobernador de la empresa, haciendo la fuerza y confianza en la armada de España y sin ir al peligro del canal de Inglaterra y bancos de Flándes una armada Real sin puerto ni puesto seguro, sino entrando en Inglaterra por la manga de Bristol cercana á Escocia para valerse della y de sus bastimentos y gente que podia y trataba de entrar en venganza de sus ofensas, y por la enemistad antigua con ingleses divirtiendo, y por lo que tienen usurpado á su Corona, que tenian por mayor injuria, por la muerte de su Reina, y solicitados por embajadores fácilmente se inducirian á guerrear contra Inglaterra.

Era sitio poco distante de Lóndres y de España Bristol, por navegacion breve, sin impedimento, si mezclados con los escoceses se hacía la jornada; era larga la entrada y léjos de Lóndres, de ménos reputacion, aunque habia buenos puertos para subir la gente á Flándes; era el camino largo, detenido, costoso, peligroso por Alemania y por la Saboya á Borgoña por los exércitos contrarios de Francia y de Alemania que habia en aquellas fronteras, donde se removian grandes humores. Por Bristol luégo se metia en casa del enemigo la guerra, y forzosamente en su amparo habia de

retirar sus fuerzas de Flándes; y así el Duque de Parma podria acabar con ménos dificultad sus empresas y quiriendo servirse del exército de Flándes crecido á número de cuarenta mil combatientes, entrase por Francia á embarcarse en la armada de España en puertos de Normandía, pues no sería impedido, estándose combatiendo los liguistas y realistas y hugueno-tes, pues pagando la vitualla holgarian los franceses de darles paso y alo-jamiento, y porque podrian tomarlos por fuerza y con todas las fuerzas acometerian por Bristol á Inglaterra.

Los bajeles pasa-caballos se llevarian de España con treinta galeras para su seguridad. Midiendo las fuerzas de Inglaterra con las del Rey Católico se hallaba en su favor riqueza, poder, número, valor y experiencia de su milicia de naciones belicosas, con buenos capitanes que nunca dejaban las armas, y para su aumento la voluntad de sus vasallos y la necesidad de su amparo y satisfaccion de sus agravios.

Luégo envió su Majestad á Juan Martinez de Recalde á sondar el ca-nal de Inglaterra, sus puertos y canales para saber su altura y capacidad. Escribió al Pontífice Sixto le ayudase para empresa tan en su beneficio y de toda la cristiandad, castigando la que favorecia las herejías en todas las provincias, y prometióle un millon en dinero y todo lo que de las fuerzas espirituales darle pudiese. Envió al coronel Semple á Escocia á ofrecer al Rey todo su poder en venganza de la muerte de su madre y para quitar el reino de Inglaterra á quien le tenía usurpado con tiranía, y meterle en su posesion como á legítimo señor de toda la isla. Escribió á todos los pre-lados ordenasen en sus distritos y monasterios hiciesen plegarias y oracio-nes, para que favoreciese su causa y diese á sus fieles victoria contra los enemigos de su Iglesia romana; nombró capitanes que levantasen gente en la corona de Aragon, en la de Castilla, en la de Portugal.

Los años y la enfermedad de la gota agravaban á D. Felipe, y para su mejor comodidad, cuando vino del Pardo, habitó el nuevo aposento y ga-lería que mandó fabricar desde la torre de la esquina del Poniente al tor-reon de la siniestra de la puerta principal de Palacio para recogerse en él los inviernos; y se echaba bien de ver, pues se defendia no sin murmu-racion del pueblo de dar audiencia mejor que en el Pardo; y en San Lo-renzo, aunque presidia consultas y atendia al ordinario despacho, pero tam-poco se dejaba ver, que áun á misa no salió á la capilla en las fiestas de la Pascua de la Natividad, oyéndola en el Oratorio con tan poco rumor como si no estuviera en Palacio, causando novedad el no haberse retirado como siempre á San Jerónimo de Madrid ó en San Lorenzo y haber estado des-pues cuatro meses sin faltar de su Palacio, hasta que á doce de Marzo sa-lió con sus hijos á tener la Semana Santa en San Lorenzo. Algunos lo atri-buian á no tener nombrado ayo y mayordomo mayor para su hijo, que le tenía cuidadoso y desolado por serlo su Majestad en mayor beneficio de

su monarquía. Dijo á la Infanta, hablaba el pueblo de doscientos sujetos para aquel oficio de gran confianza, y él no encontraba alguno. Quisiera que D. Cristóbal de Mora, en quien ya se advertian señales de su privanza, si bien usaba della apartando la envidia y la encubria con templanza y modestia, valiéndose más del servicio asistente al Rey y oficio de fiel y prudente ministro que del favor, fuera ayo, pero él dijo sería mal recibido de los castellanos, y que así entre ellos escogiese conviniente persona, y que lo podia ser el Marqués de Velada, inducido á decir esto por lo que de todos los pretendientes se habia informado y lo que le solicitaba su hermano D. Fernando de Toledo, ya de la Cámara de su Majestad, por habérselo pedido ántes de su muerte el Duque de Alba, obligado por lo que le regaló y asistió en sus enfermedades desde que sirvió en Flándes de capitan de infantería; y así el Rey diciendo era el de más artes, aunque le habian dicho fue comunero eceptado en el perdon su abuelo Gomez de Avila, mandó al Príncipe le enviase á llamar, y se reconoció el Marqués agradecido hechura de D. Cristóbal siempre. Tambien se decia que no quiso D. Cristóbal hombre de la autoridad y eminencia del Comendador mayor estar tan cerca, hablendo de ser sumiller de Corps del Príncipe, como habia entendido del Rey, sino persona con quien profesase amistad y buena correspondencia y fácil y agradable comunicacion, que se ayudasen; y para esto era muy á propósito el Marqués, discreto, cuerdo y de no vulgar opinion en la inteligencia de negocios, como se habia hecho experiencia en algunas internas expediciones.

Don Cristóbal era poco ambicioso y amigo del ocio y mucho de servir á su Príncipe, mandado no entremetido, executando con puntualidad y advirtiendo con prudencia y llaneza de lo conveniente. Su Rey le conoció capaz de la confianza que dél hacía y útil para su servicio, medio importante para alcanzar la gracia de los príncipes, porque le há menester, y así es digno de remuneracion, honor y estimacion, aplauso y autoridad. Por esto procuran los favorecidos el útil del Señor anteponiéndole al del pueblo, como Joseph al egipcio comprándole con el trigo su hacienda y en su mayor necesidad su libertad. Tambien nacia esta deseada y requestada gracia del Rey para D. Cristóbal de Mora de la felicidad de la union de la Corona de Portugal á la de Castilla, en que trabajó y se arriesgó tanto, porque se sigue al triunfo en el que aconsejó bien en su empresa, considerando que los accidentes imprevenibles tienen mucha parte en los negocios, cuyo fin no pende por esto solamente del buen consejo; y así los aduladores quieren seguir el del Príncipe solamente por más seguro medio, pues ninguno fue aborrecido por esto, sin conocer las asechanzas que ponen á su hacienda, gusanos que no dejan el grano hasta ser vacío, rameras que todos los bienes desean para el amante, si no el buen entendimiento, honestidad y dinero que le quitan.

El Duque del Infantado vino á la Córte, que solia hacer pocas veces, á suplicar al Rey la suspension de la cobranza de los corridos de muchos años de los cinco mill ducados de renta de las alcábalas de .....(1)..... que por sentencia que ganó el fisco se restituyeron á la Corona; mas sin provecho no volvió á Guadalajara hasta ser celebradas las bodas del Conde de Melgar, primogénito del Almirante de Castilla y sobrino de su mujer, con doña Vitoria Colona, hija de Marco Antonio Colona, duque de Paliano y Condestable de Nápoles, que su hermano Ascanio Colona fué á recibir á Barcelona, donde la desembarcó el Duque de Osuna de las galeras de Nápoles en que venía, por ser íntimo amigo del Almirante, bien acompañado de criados lucidos; mas volvió á Madrid á pedir licencia del Rey para ir á Roma, obedeciendo á su Santidad que le llamaba para darle capelo, pues era tan forzosa y necesaria su partida. La Duquesa del Infantado hizo su entrada en litera en Madrid, tan solemnizada que le faltó sólo la guarda Real, para ser madrina con su marido de los Condes de Melgar; porque se hallaron en ella cuantos títulos y caballeros habia en la Córte, que salieron á su recibimiento con el Almirante y su hijo, y estar el campo y calles con gran concurso de gente y la acompañaban en coches las Marquesas de Montesclaros y Cañete, las Condesas de Priego, Castro, Coruña y doña María de la Cerda, mujer de D. Enrique de Mendoza, y doña Mariana Enriquez, mujer de D. Pedro de Velasco, el de Valladolid. Los émulos decian: «al fin justa de Mendozas», como dicen en Castilla. Era insufrible y sospechosa tanta grandeza y procuraban imitar en escándalo la Córte y en escrúpulo al Rey, mas por lo que amaba las dos familias y con razon preciaba, le fue agradable. Aposentó los títulos deudos de su casa el Duque en la de D. Rodrigo de Mendoza, su hermano, porque la del Almirante estaba reservada para los caballeros que venian con la novia, mas la comida de todos era en este palacio. Dos dias despues quiso la Duquesa besar las manos á la Infanta y su Majestad no lo permitió, como siempre, y las besó á la Emperatriz por su órden. Llegó la novia algo flaca del largo viaje al monasterio de San Jerónimo, acompañada de su marido y suegra y de lo mejor de España con tan costosos y lucidos vestidos, joyas y libreas que dió admiracion y recreo. Velólos el Nuncio de su Santidad, y á las tres yantaron en mesas diferentes los varones y las hembras, y en seis dias que duró la celebridad no hubo fiestas, porque habiendo querido hacer la de toros y cañas en la plaza mayor, no se permitió, reservándola para las de Córte y personas reales. Volvieron los Duques del Infantazgo á Guadalajara para efectuar el matrimonio concertado ya con el Duque de Feria, que llevaron consigo, con doña Isabel su hija, y de-

(1) *Sic*, en blanco.

jado en plática muy adelante el del Duque de..... (1) con doña Mencía, su hija tercera.

Besó el de Alba las manos al Rey acompañado de toda la Córte, porque habia años que no le habia visto, y estando cerca se alegró tanto que dió seis pasos adelante de donde le esperaba para echarle los brazos con mucho regocijo, diciéndole habia embarbecido y crecido mucho despues que no le vió.

En este tiempo murió el Conde de Osorno dejando hartos pleitos con que le molestaban sus hijos, especialmente el sucesor, por haberse casado contra su voluntad con hija del Conde de Barajas, y dejó concertadas de casar dos hijas con el Marqués de las Navas y el de Villanueva del Rio. Falleció tambien doña María de Mendoza en Valladolid, mujer del secretario Cobos, con gran sentimiento por el bien que hacía, pues por los libros de su casa parecia que en cuarenta años de viudez habia dado de limosna quinientos mil ducados. Heredóla el Marqués de Camarasa, su nieto, con que su mayorazgo creció casi setenta mil ducados de renta. Pasó desta vida el obispo de Cuenca, D. Gomez Zapata, tio del Conde de Barajas; dejóle tres mil ducados solamente teniendo ochenta mil de facultad de testar, habiéndole hecho dar aquel obispado, y lo demas de su hacienda repartido en obras pías y dieron aquella iglesia..... (2) ..... y la de Santiago al Doctor..... (3)..... de San Clemente, obispo de Orense, natural de Córdoba, y la de Almería al doctor Juan García, canónigo de Alcalá, y la de Orense al doctor Pedro Gonzalez, canónigo de Plasencia. Juró del Consejo de Estado el prior D. Hernando. La de Málaga al de Cádiz don García de Haro, y ésta á un hijo del Conde de Barajas, y la de Canarias al doctor Figueroa, del hábito de Santiago. Salió sentencia contra el Rey en grado de mill y quinientas en el Consejo de Indias, para que restituya el fisco al Marqués del Valle unos lugares y renta de mucho valor en la Nueva España, con cien mill ducados de frutos corridos, de que le habian sacado por otras sentencias un millon sesenta mil con que tenía consecuencia y fundamento para sacar otro tanto.

---

(1) *Sic.*
(2) En claro.
(3) Idem.

CAPÍTULO XVI.

Forman los católicos de Francia la union llamada de los diez y seis.—Influencia y poder que tuvo en sus principios.—Cómo la perdió luégo.—Concluye el Príncipe de Bearne la alianza con otros protestantes extranjeros.—Publica una protesta contra los católicos.—Socorros que á éstos suministra el Rey de España.

En Francia causó tan gran temor la venida de los heréticos alemanes en favor de la religion reformada y los exércitos con que los huguenotes amenazaban la ruina de la católica, que desveló á los que jamas usaron las armas, para que movidos de propio celo, sin temor del Rey, fabricasen máquina grande con que oponerse á los herejes, que les fue por algun tiempo de terror grandísimo. Tuvo principio de Carlo Otomano, hombre particular aunque de familia antigua de París, y de gran virtud y devocion al amparo de la Iglesia romana, y de Juan Preposto, cura de San Severino; Juan Buguer, cura de San Benito, y Mateo de Lanoy, predicadores eminentes de buena vida y mucha autoridad con el pueblo católico; y trayendo muchos á su junta formaron liga nueva para unirla con la de los Príncipes católicos. Formaron consejo de diez eclesiásticos y seglares y dividieron la ciudad para inquirir por cuarteles lo que se decia y hacía y saber lo que debian hacer y de quién tenian de guardarse y fiarse y á quién oponerse; y despues fue de diez y seis, como los riones de París, y así llamados formaron manera para las contribuciones para la guerra y comunicarlo todo con el Duque de Guisa, que acogió los diputados con gran alegría y los confortó para llevar adelante su intento santo, y les prometió su amparo, consejo y armas para mantenelle, mostrando gran estimacion de su ánimo y deseo. Envió los embajadores á París y algunos señores para descubrir la principal intencion de los ooligados y disposicion de sus cosas y fuerzas, y habiendo hallado buen fundamento en la union, vino á intervenir en ella secretamente el Duque de Umaine, y se animaron viendo el caso que tales señores hacian dellos. Hicieron firme deliberacion de unirse todos y no querer en Francia sino la religion católica solamente y de aventurar todas sus fortunas para expeler del reino los huguenotes, procurar la reformacion de abusos y el remedio de la injusticia escandalosa. En la iglesia de Rens juraron las cabezas de esta nueva confederacion de morir con los Príncipes de la primera en defensa de la Iglesia romana; despacharon por todas las ciudades emisarios de espíritu elevado y discrecion segura á convidar los

principales á concurrir con ellos, y en breve tiempo crecieron mucho sus agentes y vinieron á la Junta de los diez y seis á París; y con presteza increible y milagrosa y con maravillosa determinacion juntaron gruesa suma de dineros, y por su mucha diligencia é inteligencia sabian cuanto hacian el Rey, sus ministros, príncipes y señores de Francia en cualquiera parte della, y lo avisaban brevísimamente al Duque de Guisa.

El Rey tuvo noticia confusa de esta Junta, más por conjeturas que certeza de avisos, y no entendiera más della si los mismos coligados no se descubrieran por medio de predicadores que animados de su multitud decian públicamente era tirano el Rey y favorecedor de los heréticos; y á nadie temian, ayudados de los amigos y temidos de los enemigos; y porque asigurados los diez y seis, no curaron más que de sus negocios, y no tuvieron el secreto con que fueron guiados en su principio é inconsideradamente admitieron en su junta sin recelo alguno personas de vasto entendimiento que los confundieron y otros ministros, entremetidos por los enemigos de la Liga maliciosamente para este fin, y los magistrados desautorizados y enfrenados por el poder de los diez y seis, teniéndose por ofendidos, ayudaron á debilitar y destruir su nuevo dominio; y lo mismo hizo algun gobernador de las armas, siéndole molesta la autoridad penosa de los diez y seis, despues que dellos se valió para ascender á grados eminentes.

Temió esta Junta y su correspondencia en el reino el de Bearne, y trató de contrastarle ántes que sus cabezas tomasen mayor potencia, especialmente con los dineros que les darian las provincias. Para efectuar su confederacion con los alemanes heréticos invió sus comisarios y capitularon con el Casimiro que viniese con el exército y no dejarian las armas hasta ser conforme á la paz asegurados y capitulando fuese libre el exercicio de su religion reformada en toda Francia; se repartiese el gobierno civil y militar á los huguenotes y católicos igualmente; se tomase de los bienes eclesiásticos cuanto conviniese para mantener sus iglesias, ministros y seminarios; se alzasen las excomuniones al de Bearne y Condé y á sus adherentes; fuesen restituidos los bienes, dignidades y cargos de que fueron privados, y al Príncipe particularmente el gobierno de Picardía con una plaza en ella á su disposicion para su seguridad; el de Bearne fuese declarado Príncipe de la sangre, dándole el mismo tratamiento que á los hermanos del Rey, y muriendo sus hijos le sucediese el de Condé, y sus hermanos como nacieron; y se deshiciesen todas las ligas presentes, declarando traidores los que las mantuviesen y de nuevo hiciesen su Majestad. Para el cumplimiento desto se les diesen tres plazas de las mejores en cada provincia y jurase la capitulacion el Rey, Príncipes y Oficiales de la Corona, parlamentos y gobernadores de provincias y los Estados del reino como más pareciese conveniente al Príncipe de Bearne. No permitian los alema-

nes se pudiese concluir la paz, si primero el Rey no se obligare á pagar, no sólo lo gastado en las presentes levas, mas lo de todas las otras hechas en otros tiempos, y principalmente las que sirvieron al Duque de Alanzon, á que se habia de obligar el de Bearne como cabeza de la nueva religion; estuviesen unidos con ellos dentro y fuera de Francia y enviasen quince mil peones y dos mil caballos y conducir y guiar los regimientos y estandartes alemanes por Francia.

Animado con esta capitulacion el de Bearne, publicó una protesta en su nombre, del Príncipe de Condé y Duque de Memoransi, llamada por sus nombres de los tres Enriques contra los dos Enriques: el rey Enrique, el Duque de Guisa y Enrique de Lorena. En ella declaraban llamaron los extranjeros por servicio del Rey y por beneficio del reino, porque los sediciosos con la fuerza obedeciesen, para que con una Asamblea de los Estados se quitasen los abusos introducidos, cosas que publicaban siempre que salian en campaña armados. El de Guisa estaba en su gobierno de Champaña atendiendo á la provision de dineros que le habia prometido el Rey, no habiendo recibido sino diez mill escudos, suma debilísima para la calidad de la empresa; mas viendo su falta y de la gente que habia de conducir, y considerando el peligro que él y su casa toda corrian si no era proveido por otra vía para oponerse á tantos enemigos que dentro y fuera del reino venian en su contra, invióle buena suma de escudos desde Flándes el Duque de Parma por órden del Rey Católico, y cuatrocientos caballos italianos, albaneses y valones y del país de Cambresi, peones exercitados por muchos años en las guerras de aquellos Países Bajos, y al Duque de Lorena mil quinientas lanzas de las ordinarias de Flándes y el regimiento de valones y borgoñones del Marqués de Barambon.

LIBRO III.

CONTIENE

LA CONTINUACION DE LA GUERRA DE LOS PAÍSES BAJOS

Y LA CIVIL DE FRANCIA,

LA DECAPITACION DE MARÍA STUART,

LA TRASLACION DEL CUERPO DE SANTA LEOCADIA DE FLANDES Á TOLEDO.

LA ARMADA INVENCIBLE SE DIRIGE Á INGLATERRA Y SUS EFECTOS.

CAPÍTULO PRIMERO.

Nombran los holandeses al conde Mauricio de Nasau lugarteniente de Holanda durante la ausencia de Lecestre.—Pretextos alegados por Isabel de Inglaterra para condenar á muerte á María Stuart.—Decapitacion de la Reina de Escocia.

Los holandeses procuraban librarse de las molestias del ambicioso gobierno del Conde de Lecestre y trataban de enviar á la Reina de Inglaterra sus embajadores á dar las justas causas de sus justas querellas. Murió Hauten, gobernador de Valquer, y el de Lecestre le dió por sucesor á Filipe Sidney, durísimo, despreciando al Conde de Holac y á otros que aspiraban á serlo; por esto no es de extrañar que la milicia pidiese por su medio gobernador natural, conforme á las órdenes de los Países; mas indignado el Dudley, que se persuadió era su amigo, quedó su enemigo, y el de Holac declarado en su contra y del de Lecestre por haber favorecido al coronel Noriz, y en particular en una deferencia y contienda de honor que habia tenido con él. Tenía el primer lugar en la milicia despues de la muerte del Príncipe de Orange, porque sus hijos eran muy mozos, y sin tener experiencia de guerra cuando entró á gobernar el Conde de Lecestre para ganar su gracia, y á su instancia hizo que la gente de guerra le jurase obediencia, y aunque dudaban hasta ser pagados de lo que se les debia de sueldo, su industria los reduxo á cuanto quiso. Quedaron los holandeses tan indignados y en ódio y desprecio suyo, que por ausencia de Dudley

deliberaron que el conde Mauricio de Nasau, con título de..... (1) ..... en las provincias de Holanda y Celandia, tuviese el gobierno de la guerra y le jurasen obediencia todos los ministros y soldados, si no las guarniciones de las plazas empeñadas á la Reina.

Dixe en otro libro cómo el Rey Católico y los señores de la casa de Lorena trataban de socorrer y sacar de la prision en que estaba en Inglaterra María Stuart, reina de Escocia, sobrina del Duque de Guisa; mas despues de la muerte de D. Juan de Austria se resfrió el ardor y no acabó el intento; mas el haber crecido tanto los herejes en fuerzas y militar exercicio en Flándes, ocupó al rey D. Felipe para no tratar de su remedio y emplear todas sus fuerzas en él, y á los Duques de Guisa y Bearne las alteraciones y Ligas de Francia que habemos escrito. Tenian los católicos de Inglaterra y Escocia las esperanzas de su libertad y de la religion católica en la de su Reina presa, y la reina Isabel en mantenerla y en su amistad su reino, apartado por su industria de la confederacion antigua del de Francia; y porque los de Guisa, ayudados de Escocia y del Rey Católico, por ella no entrasen á meter la guerra en su casa por medio de los católicos ingleses, y sacasen de la prision á la Reina de Escocia, verdadera señora de Inglaterra, y á ella la expeliesen como tirana y calvinista y mayor enemigo de la Iglesia católica y del Rey de España.

Para librarse deste inminente peligro, quiso darle muerte muchas veces, mas retúvola el Conde de Lecestre, representándole cuán en su contra sería, pues demas de la reputacion que perdia en matar á su igual, sobre que no tenía imperio, sino tiránico y violento, y que debajo de su amparo y á su peticion y oferta de seguro vino á su provincia, daria justa causa para que los Príncipes católicos le hiciesen cruel guerra en venganza de la ofensa hecha á la Real soberanía y á la religion romana, y que su hijo el Rey de Escocia, hábil ya para gobernar su reino y las armas, se ligase con ellos, aunque herético, y diese entrada por ella para destruir á quien hizo tan grave y grande ofensa. Por esto la mandó tratar con gran inhumanidad por matalla con la prision y trabajos, privándola de las comodidades que la pudieran aliviar por mano de Amias Paulet, calvinista cruel, áspero y grosero, escogido por esto para la guardia y maltratamiento de la Reina.

Considerando ofendió al Rey Católico con armadas, robando sus mares y sus puertos y defendiendo sus rebeldes de Flándes, y serian los aprestos en Europa para su destruicion juntos, y que los vasallos católicos de su reino tenian grandes esperanzas de que, deponiéndola, libraria D. Felipe á la Reina de Escocia y la casaria con Príncipe católico que restituyese Inglaterra á la obediencia del Pontífice romano y la religion católica, determi-

(1) En blanco: debe sobrentenderse lugarteniente.

nó de quitarle la vida y el evidente peligro de su persona y confusion de su reino.

Dió en su Consejo sentencia de muerte, motivada con que María Stuart conspiró contra su persona Real y Estado con el Duque de Norfolch, con quien habia de casar y meter extranjeros contra la cabeza de su reino y de su iglesia reformada, protestando ser cabeza de los católicos en Inglaterra, y últimamente trataba con ellos de matar la reina Isabel y destruir su nueva religion, y solicitaba los de Francia para que la ayudasen, llevando para esto mensajerías Gilberto Gisford á Tomás Morgan y Antonio Bavinton, que residian en París. Sabido por el Rey de Francia, envió al señor de Bellevre, de su Consejo, á mostrar á la Reina la injusticia de la sentencia y perversion de juicio, y no la executase tan en contra razon y en ofensa de todos los Reyes. Los herejes, con artificio, detuvieron al embajador con que habia peste en París, y habida audiencia, la Reina le interrumpia á cada cláusula, y apénas oyó la mitad, publicó la execucion de la sentencia y su escritura..... (1) ..... huido por este delito de Inglaterra.

Fueron al castillo de Frodingavia el licenciado de Esquerusbery, mariscal de Inglaterra, y los Condes de Quent, Herby, Comberland y Premborc, donde estaba la Reina de Escocia, y le dixeron que segun su comision, dada en el Palacio de Granique á primero de Hebrero, habia de morir en el dia siguiente. Oyólo sin turbacion, porque estaba prevenida para aquel trance, habiendo entendido lo que los ministros calvinistas contra ella maquinaban y adónde iban á parar sus tramas. Pidió un sacerdote católico para que la confesase y comulgase y que fuese su limosnero, y trayéndole dos ministros heréticos los expelió, diciendo se confesaria con Dios, pues de tal crueldad se usaba con ella. Confesó María en la religion católica con solas sus criadas y las llamó testigos de su inocencia y cómo eran falsas las imputaciones con que la hacian morir. La reina María rogó á su mayordomo la encomendase á Dios y al Rey su hijo, y perseverase con los demas criados en la fe católica. Dió una carta para la Reina á uno de los milores ménos malo, en que declaraba los trabajos que habia padecido sin culpa con gran paciencia en diez y nueve años de prision, y rogaba dejase llevar su cuerpo á sus criados á Francia al sepulcro de su madre Margarita de Guisa. Pasó la noche en oracion y leccion de la Pasion de Jesucristo; confesóse en la última necesidad por una carta escrita á su limosnero.

Salió al martirio á los diez y ocho de Hebrero, con una cruz en la mano, á un tablado cubierto de paños negros en medio de la sala del castillo, y á su peticion asistieron cinco criados á su tránsito, para que fuesen testigos

(1) Hay un hueco en el manuscrito, y deben faltar bastantes palabras.

cómo moria constante por Dios y en su religion católica, y con inocencia de haber ofendido á la Reina y debajo de la seguridad de su fe y palabra por ello, y que si alguna vez procuró su libertad no fue en su ofensa; protestando de nuevo que moria como católica cristiana. Perdonó al verdugo y á todos los autores de su muerte, porque Dios la perdonase, por quien estimaba el derramar su sangre, anteponiéndolo al vivir más tiempo. Confiaba en Aquel que padeció en la cruz y se representaba en la que tenía en la mano, á cuyos piés se postraba, que le sería la muerte temporal entrada de la vida eterna, presentando su sangre los ángeles á Dios para descargo de sus pecados. Rogó á su Divina Majestad por el Sumo Pontífice, por los Reyes de España y Francia, por la Reina de Inglaterra, para que los reuniese con su reino á la Iglesia católica y á su hijo, y mandó á su mayordomo que le fuese á servir y á llevarle su bendicion, que le echaba, haciendo la señal de la cruz sobre él y los demas criados. Una dama le tapó los ojos con un paño, y poniéndose de rodillas con grande ánimo, sin señal de temor de la muerte, estuvo ahinojada y constante, que admiró á trescientas personas que lo miraban, y acabado de repetir el Psalmo *In te, Domine, speravi*, y el verso *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*, apartó la cabeza del cuerpo el verdugo y la mostró en alto diciendo: «Dios salve á la reina doña Isabel, que así acontece á los enemigos de nuestro Evangelio.»

Metióla en una pieza, y puesta sobre una tabla, la metieron en una caxa de plomo y la llevaron á la iglesia de San Pedro de Paterbroch, donde fue sepultada la reina doña Catalina, infanta de España, mujer única legítima del rey Enrique VIII. Dió cuenta al de Escocia del caso, asegurándole por este camino la sucesion de Inglaterra y disimulo por razon de Estado, no pudiendo resucitar á su madre, y si pudiera no lo hiciera porque no le quitára el gobierno de Escocia como señora propietaria y el de Inglaterra si lo poseyera; con que cesó el sentimiento de los escoceses, deseosos de vengar su injuria, ligándose con los Reyes de Francia y España.

CAPÍTULO II.

Traslacion del cuerpo de Santa Leocadia de Flándes á Toledo.—Esfuerzos hechos por el P. Miguel Hernandez para conseguir este objeto.—Solemne recibimiento que en Toledo se hizo al cuerpo de la Santa.—Asiste á él el Rey y su familia.—Noticias de mercedes y nombramientos hechos por su Majestad.

Habiendo hecho gran diligencia el Padre Miguel Hernandez, jesuita, de que hicimos mencion, ántes de saber dónde hallaria el cuerpo de Santa

Leocadia en Flándes, supo estaba en el monasterio de Sant Gislen de Cella, en el Condado de Henaut, del que era abad Jerónimo Lictar. Con gran secreto y favor de señores y caballeros del país, sus amigos, trató se le entregasen las reliquias de la santa vírgen para sacarlas de tierras extrañas, peligro de ser robadas y profanadas de los sacrílegos herejes, que ya despojaron el guarnecimiento de la llave dorada de su caxa, creyendo era de oro y plata dorada, y traerla á España y á la santa iglesia y ciudad de Toledo, su madre, donde por ser más conocida y deseada fuese venerada, como su canilla que trujo della, cuando vino á España de Flándes, la señora reina doña Juana en el año de mil quinientos.

Pidió el Padre Miguel Hernandez al Duque de Parma se interpusiese para que negocio tan encaminado al servicio de Dios y grato á la Majestad católica tuviese buen fin. Llamó al Abad y rogóle hiciese cuanto fuese posible para la entrega del santo cuerpo, y ofreciólo y envióle con su carta para el convento. Vino con él el Padre Miguel Hernandez á su abadía á la execucion de su deseo y tentar su empresa, asegurado de las prendas del divino favor y liberalidad divina para tener buen suceso en ella. En el Capítulo fue leida la carta del de Parma y concedida audiencia al Padre; mas hasta ver cómo salian al negocio, le pareció sólo representarles brevemente las causas de su venida, apuntando algunas razones que hacía en su peticion justa ó injusta. Comenzando á votar sobre la proposicion, el Prior, segun su estilo, dixo no se podia dar oidas á tal peticion ni poner en dubda el negarla, porque la facilidad en admitir semejantes razones daba atrevimiento á proponerlas, y con el color de piedad y honestidad despojarlos de su tesoro; y aunque en todo tiempo no era justo dar orejas á semejante razonamiento, mucho ménos en el presente, tan calamitoso, y en que estaban en tan evidente peligro, no sólo de los cuerpos, sino lo que es más, de dolor de las almas, por hallarse de todas partes cercados de guerras y calamidades de las herejías que derechamente contra las almas militaban, contra la fe católica, contra su cristiana religion que profesaban. Por esto fuera más justo tratar de traer á su convento otras reliquias y cuerpos santos, con cuya compañía estuviesen en medio de tantas tribulaciones en alguna manera consolados y seguros, en lo que por tantas vías recebia encuentro de sus enemigos, que no echar de su casa y compañía lo que por tantos años, con tanto provecho y honra poseian; con cuya presencia eran amparados y defendidos, y por su intercesion del cielo socorridos. Con razon temeria él y debian todos temer la diminucion y menosprecio de aquel monasterio, si dél echaban los apoyos y columnas de las reliquias y huesos de los santos; y si con tan liviana causa daban lo que se les pedia, ocasion daban á los herejes sus vecinos para pensar las estimaban en tan poco como ellos, con poca nota y notable mancha en su buen nombre en la observancia y religion de aquel santo convento. Se acor-

dasen los presentes de todas las misericordias que por mano de Dios habian recibido por medio desta Santa. El remedio que á sus males y trabajos hallaron, era orando al pié deste sepulcro, que traia á la memoria los bienes que, segun se sabe por ciertas tradiciones, ha recibido esta casa y tierra por intercesion desta Santa Vírgen y mártir, y no pongamos en olvido tantas y tan particulares obligaciones, mercedes y remedios de nuestros males, que por el patrocinio de esta gloriosa vírgen se les habia comunicado. Se viese si era justo sin necesidad, sin causa ó razon bastante, á sola instancia y peticion de una sola persona, con nota de liviandad y poca consideracion despojarse de tal tesoro, de tal consuelo, de tal remedio y refugio de todos sus males y tribulaciones. Pidió este cuerpo santo el Duque de Alba, gobernador destos Países Bajos por el rey D. Felipe, y no se le concedieron para llevarle á España, proponiendo las mismas consideraciones y razones que se les representan; y si á príncipe de tan gran respeto, de tan gran autoridad, de tan gran poder é imperio no complacisteis, ¿satisfaréis ahora á la simple peticion de un devoto religioso solamente? Considerad que dando ahora el cuerpo de Santa Leocadia, daban todos los demas que poseian; porque no se hallaba qué responder á los que despues pidiesen los otros cuerpos que les quedaban, y abrian con su exemplo á sus succesores para que no tuviesen en mucho el despojar poco á poco su casa de tales patronos, y no era justo darle, habiendo recibido de sus mayores el contrario. Aun vive al que imitar podian en aquello, el Obispo de Arras, que siendo Abad del convento resistió con mucho valor al Duque de Alba, quien tentó, como ya he dicho, lo mismo, y á todas sus diligencias y autoridad y grandeza. Pues se tuvo justificado entónces negar esta concesion á persona tal, no podia parecer á alguno bien se concediese agora sin nueva ocasion y razon que forzasen á ello; ansí que por todas aquellas causas se resolvia en que, pues sus mayores con su buena diligencia trujeron la Santa Vírgen á su casa, y sus padres la conservaron tanto tiempo con gran fidelidad, honor y provecho suyo, no debian los hijos apartarla dellos con infamia y daño irremediable.

Dixo y miráronse unos á otros los monjes como persuadidos de la fuerza del razonamiento, que les daba razones para negar honesta y cortesmente lo que se les pedia, mostrando querer conformarse todos con el voto del Prior. Le rogó el Padre Miguel Hernandez diese lugar á que dixese cada uno en particular lo que sentia, pareciéndole que ayudaria la dilacion, y que algunos por ventura, entendida la voluntad del Abad, favorescerian su parte, mas todos la contradixeron para que se viese cómo vencia la gran dificultad la omnipotencia de Dios, moviendo los corazones de los monjes, para que se inclinasen á lo que se les pedia y no por industria y poder humano, y animado con esto ansí les dixo:

«Vió y tocó su mucha razon y fundamento, para que su convento santo

tuviese el buen nombre que por los Países Bajos corria, y sobremanera le habia consolado ver en todos los presentes un ánimo tan religioso y pío, como se descubria en la particular devocion que tenian al santo cuerpo de la vírgen y mártir Leocadia, española clarísima y amantísima; y pues todos profesaban mirar por la gloria de Dios y honra de la Santa Vírgen, era justo tratasen aquel negocio considerando más tales fines que su propio interese y honor, desnudándose de todo gusto y afecto humano, porque en tal caso verian claramente estar muy fundado en razon lo que les suplicaba y ser mucho más conveniente para la gloria de nuestro Señor Jesucristo y honra de la Santa que tenian por suya y aquel convento tanto deseaba. Porque si bien era verdad que está el cuerpo santo, de que trataban, en aquel convento con la decencia y veneracion que permitia su poca facultad, ninguno de los presentes dejaria de ver con cuánta mayor estima, decencia y solemnidad sería tenido y tratado en una ciudad como Toledo, ilustrada con el nacimiento, crianza, vida, muerte y milagros de la Santa Vírgen y en una iglesia como la que allí habia la más ilustre despues de la romana, su cabeza y señalada en el mundo. Mirasen el rescibimiento que se hizo al cuerpo de su primero arzobispo San Eugenio, que no era natural de Toledo, como esta Santa, y la liberalidad con que los Reyes de Francia y el Cardenal de Lorena, abad de San Dionis, donde estaba, le entregaron á los procuradores de la iglesia de Toledo. ¡Cuán grandes gastos se hicieron en llevarle y recibirle lo mayor y mejor de España y meterle en su templo en los hombros el rey D. Felipe, que hoy reina, y el Príncipe de España su hijo, y los archiduques hijos del emperador Rodulfo, que lo es hoy, y su hermano Ernesto que hoy vive, congregando todos los eclesiásticos de sus comarcas. Para mayor solemnidad fue celebrada su translacion y colocado su cuerpo en suntuosa capilla y en arca de plata, cuyo valor es de primor y valor inestimables, donde hoy es de todos los reinos de España visitado y reverenciado. No hay dubda hará más señalada demostracion en la entrada de su ciudadana amada, pedida y deseada de todos para asentarla en trono con la reverencia posible en el centro de España, en ciudad imperial y asigurada de los acontecimientos de los sacrílegos heréticos, que pues acometieron esta casa y robaron los dorados bronces de la caxa de la Santa, creyendo que eran de oro ó plata, estando tan cercano el enemigo impío que ya se atrevió, podrá volver á entregar al fuego las preciosas reliquias de los Santos y robar sus relicarios, como en la abadía de Protoeghen junto á Mastrich y en Francia los cuerpos de San Cirineo, San Hilario y San Martin, con amargas lágrimas de los católicos, que veian lo que no podian remediar. Por esto San Gislen, vuestro patron, se apareció á Gilberto, duque de Lorena, yerno del emperador Enrique, y le dixo quitase su iglesia á los clérigos que la poseian y profanaban su cuerpo, y entregase la casa á monjes benitos de quien hoy es dignamente habitada, y

fuese abad Gerardo; y al mismo mostró despues dónde estaba su cuerpo, para que le trasladase al lugar donde murió y donde primero estuvo, como escribe Molano, y parece por la festividad destas traslaciones que se acostumbran hacer en Flándes áun de un mismo santo. Estando colocados indignamente los cuerpos de los santos Estéban, primer mártir, y Gamabiel, Nicomedes y Abibon, padre, hijo y nieto, habitadores de la terrena y celestial Jerusalen, Gamabiel se apareció en el imperio de Honorio á Luciano presbítero y dixo procurase con más decencia trasladarlos y ponerlos. Y así las cosas tocantes al honor de los Santos de Dios no se debian medir con las ordinarias reglas, sino creer en su divina Majestad que con providencia particular cubria y descubria sus cenizas preciosas, segun el beneplácito de sus altísimos consejos. ¿Qué síntirian los devotos religiosos, si la que dicen aman tanto viniese á poder de los heréticos rebeldes, temerarios, acometiendo esta abadía con impías armas y qué lástima les causarian, qué dolor, qué lágrimas derramarian, cómo se condenarian á sí mismos, y les paresceria pagaron mal las mercedes y beneficios que habian recibido de la mano del Altísimo, por intercesion de esta Vírgen, habiendo podido ponerla en salvo y seguro? ¿Cuánto más contento les daria de saber estaba en Toledo reverenciada de todos, que tenerla con perpétuo sobresalto de perderla este convento y todo el mundo? Por esto no sólo no se atribuirin á liviandad la entrega para llevarla á su iglesia y ciudad, mas se tendria por acertado y sano consejo y madura deliberacion lo que en tanto peligro está; ni sería desamor y poca estimacion sino mucho amor y estimacion y señal de reverencia y comodidad al bien y honor de lo que se ama y muestra de quererlo más que á sí mismo. Aunque para persuadir á personas tan religiosas y deseosas de la divina gloria y honra desta Sancta á hacernos esta gracia, creia era bastante lo que habia dicho, mas todavía queria añadir que no le faltaba á España algun color de justicia para pedir y rogar se le restituya este santo tesoro, porque suyo fue y suyo era de derecho, pero se despojó dél por sacarle del peligro en que estaba de venir en manos de los bárbaros moros; y pues no es menor su riesgo presente de venir en las de los heréticos pérfidos, justo parecia se asegure, restituyendo á España lo que por asegurarlo se sacó della. Y como no fue culpa de la nacion española, cuando los moros la tenian apretada, desposeerse de sus mejores bienes y para asegurarlos depositarlos en otras provincias, porque ya que no los podia ella gozar los gozase la cristiandad, ansí era cierto no lo sería en tiempo que los herejes inhumanos andaban con tan gran pujanza y rabia tanta persiguiendo las reliquias de los Santos, restituir esta gloriosa Santa á quien por tenerla segura la entregó. No tenian que temer que alejándola perderian su proteccion y amparo; ántes la tendrian más propicia, pues por su honra y por no privarla de la veneracion y trono que se le debia, se privaron de su santo cuerpo y reliquias. Y para más entera

satisfaccion de todos y aprobacion de lo que allí se hiciese, ofrecia de traer ántes que se lleve el cuerpo, breve de su Santidad que apruebe su translacion y carta de su Majestad Católica, en que muestre será muy servido desto, para que autorizado el hecho con la autoridad y beneplácito de tales cabezas, cesase la nota de liviandad que tenian, haciéndose á instancia y peticion de un particular lo que se negó en los pasados años al Duque de Alba, aunque era cierto condescendieran hoy á su peticion los que no lo hicieron entónces, consideradas bien las razones y circunstancias que habia al presente; y siempre que se ofreciesen las mismas causas é inconvenientes, se debian entregar los cuerpos santos á quien los hubiese de tratar con la misma reverencia. Por tanto, pues amaban á Dios y á la Santa Vírgen les suplicaba ponderasen con cuánta más honra sería colocada, tenida, visitada y venerada en Toledo que allí, y cuán venerable y digno de personas tan religiosas sería poner en lugar seguro lo que allí tenian en tanto peligro, y ser justo dar á España lo que era suyo. Y aunque decia justo, no fundaba su peticion en la justicia, pues no pedia sino gracia, y por tal la reconoceria siempre España y en particular la ciudad de Toledo, y su santa iglesia lo reconocerá y agradecerá como beneficio digno de inmortal memoria.

Resolvieron la entrega facilitada del Abad y de muchos monjes que le siguieron con quietud y benevolencia. En el lado de la Epístola de la iglesia estaban en caxas el cuerpo de San Fortunato, el de Santo Sulpicio, el de Santa Petralia y el de Santa Leocadia, y abierta la suya se halló su cuerpo y la mortaja y sudario y en un pergamino escrito de letra muy antigua (1).

Metió el santo cuerpo en un baul, y acompañado de algunos capitanes españoles, á quien avisó viniesen á acompañarlo y hallarse á la entrega con el Abad y dos monjes, en una acanea le llevó á la iglesia de Tornay. Escribió el suceso al Duque de Parma y admiróle y á su Majestad Católica y á la santa iglesia de Toledo; solicitó la carta del Rey y el breve de su Santidad que tardaron algun tiempo. Presentados al Abad, en público le entregó las santas reliquias, y por Alemania fué á Roma á negocios forzosos, y embarcóse en Génova en una de veinte galeras que navegaban á España con el favor de D. Pedro de Mendoza, conde de Vinasco, en aquella república embaxador de su Majestad; y habiendo el Rey despachado sus cédulas Reales por el Consejo de Aragon, para que no abriesen los baules del Padre Miguel Hernandez, llegó con el santo cuerpo felizmente á la casa de su Orden llamada Jesus del Monte, junto á Morata de Taju-

(1) Hay en el manuscrito un hueco de cinco líneas, como para incluir el contenido del pergamino.

ña; y finalmente, dispuesto en Toledo lo necesario para el suntuoso recibimiento público, por los veinte y seis de Abril llegó á Olias, tres leguas de Toledo, con el secreto posible.

Pasó la Semana Santa deste año el Rey en el Escorial, donde celebró á catorce de Abril el Príncipe el haber cumplido diez años de edad, y volvieron á Madrid para llevar á la Emperatriz á ver y autorizar la entrada de Santa Leocadia en Toledo, mostrando bien su admirable cristiandad y devocion. Se alojaron en Móstoles, primera jornada, y entraron en sus alcázares habiendo tenido novena en Illescas, visitando á Nuestra Señora en la víspera del evangelista San Márcos; y en el dia ántes que partiesen de Madrid juró D. Cristóbal de Mora, del Consejo de Estado, y de gentilhombre de la boca don..... (1) ..... hijo del Duque de Nájera, y le invió el Rey á Flándes.

Hallaron la ciudad tan llena de gente que de todas partes concurrió, vaciándose las ciudades, villas y lugares, que les causó admiracion. La Santa ya estaba en la Vega en torno debajo del tabernáculo suntuosísimo que hizo la Santa Iglesia en forma cuadrada y del género corintio, por ser vírgen para quien se hacía. El Rey fué á las casas del señor Diego de Vargas, cuyos miradores están sobre la Vega, y desde ellos oyeron misa y reverenciaron las santas reliquias hasta que se llevaron en procesion. Salió para esto de la iglesia con tan grande majestad, órden y concierto, como suele tener siempre aquella santa iglesia en todas sus obras, y si lo que en esta mostró se hubiese de poner por extenso alargaria mucho mi escritura.

Despues de algunas compañías de niños bien compuestos y ricamente vestidos, iban los pendones y mayordomos de las cofradías, más de doscientos, con cetros de plata; inmediatamente la Cruz de la santa iglesia, acompañada de las de San Roman y Santa Leocadia, parroquias antiguas de Toledo; á éstas seguian otras ciento y diez de la ciudad y de la jurisdiccion, cerrando este órden otra más rica. Seguian..... (2) ..... doncellas de dos en dos, cubiertas con mantos azules, dotadas ya bien por la santa iglesia para su casamiento; seguian gran número de las religiones y la Cruz del cardenal D. Pedro Gonzalez de Mendoza, que sale sólo á las procesiones más solemnes, y la clerecía en cuyo principio iban ochenta clericones con sotanas coloradas y sobrepellices, y los capellanes de las capillas de la santa iglesia y sus racioneros, canónigos y dignidades, rematando en el preste y diáconos. Seguia la Inquisicion con sus oficiales; iba con éstos la Universidad con sus maceros y bedeles vestidos de terciopelo morado y todos los graduados con capirotes en número de ciento y treinta; seguia la

(1) En claro.
(2) En claro.

ciudad, cerrando la procesion el corregidor D. Francisco de Carvajal en medio de D. Bernardino de Cárdenas, duque de Maqueda, con vara de alcalde mayor de la ciudad, y D. Pedro Lopez de Ayala, que hizo el oficio de alguacil mayor por el Conde de Fuensalida, su padre. Estaban las calles ricamente ataviadas, porque echó en esta ocasion esta imperial ciudad el resto de su poder en componerse para recibir su patrona, sacando sus ciudadanos todas sus riquezas, que no era poca, y la de los mayores señores de España.

Llevaron las reliquias en hombros ocho dignidades, cantando la música admirablemente, y caminaron á la puerta Visagra por un palenque, despejando las guardas del Rey, que fue bien menester su libertad y fuerza, hasta otro tabernáculo en medio de las dos puertas que le componian cuatro arcos con buena correspondencia de las partes con el todo con inscripciones bien curiosas; y cantados algunos motetes, la ciudad tomó en hombros el cuerpo hasta las casas arzobispales con muchas danzas y bailes, pasando por la puerta del Rey en la muralla vieja, donde habia un bizarro y costoso areo del género corintio, de admirable hechura, con várias inscripciones en las paredes y friso; y en la plaza de Zocodover habia otro grandísimo, en la entrada de la calle Ancha, junto á las casas arzobispales. Los canónigos llevaron hasta la puerta santa y..... (1) ..... de el pendon de su iglesia, el cuerpo donde habia un grandísimo arco costoso y bien ordenado de maravillosa arquitectura, donde la entregaron á su Majestad, que vino á recibirla, y con los Grandes la metió sobre sus hombros, siguiendo detras la Emperatriz é Infanta. Y porque el Príncipe no alcanzaba con los hombros á las andas, le mandó su padre que asiese de las borlas de un cordon que para este efecto se puso en un brazo dellas.

Dentro del templo sacrosanto estaba el Cardenal Arzobispo de Toledo, vestido de pontifical, con ocho dignidades, y hecha reverencia á las reliquias y personas Reales, las tomaron sobre los hombros y pusieron sobre un altar junto al mayor, á la parte del Evangelio, y cantando el himno de gracias y algunos motetes, el Cardenal dió la bendicion al pueblo, y su Majestad con su hermana é hijos volvieron á su Alcázar, dándose con esto fin á los oficios deste dia.

En el siguiente volvieron á la santa iglesia y ocuparon sus lugares en uno de dos tablados, en el coro del altar mayor, cubiertos de ricos brocados, cortinas, sitiales y almohadas, y el otro en que habia la..... (2) ..... y aderezo pontifical con diversas vaxillas de oro y plata. El cardenal Quiroga estaba vestido para decir la misa, asistido de todas las dignidades de su igle-

(1) En claro.
(2) En claro.

sia con ricas mitras y capas, segun su estilo cuando celebra su Prelado. Acabada la misa, el Rey llegó al altar mayor, donde ahinojado el Padre Miguel Hernandez para besarle la mano, díxole el Cardenal era él quien habia traido el cuerpo de Santa Leocadia, y él le dixo cómo habia sido y por órden de su Majestad de sus Países Bajos; y aunque en la traslacion y camino acontescieron cosas de consideracion, las referiria otro dia. En Olías se habia puesto el santo cuerpo cerrado en el baul en que vino en el arca en que ya estaba, aguardando las llaves dél para entregarlas á su Majestad, porque como señor de todo mandase lo que fuese servido, y dióselas. Respondióle lo habia hecho tan bien que no tenía que decir más sino agradecelle mucho el trabajo que habia tomado en traer la gloriosa Santa, lo cual habia hecho como de su persona se esperaba; se hallaba bien servido y se lo agradescia mucho; y dió las llaves al Cardenal para que abriese el baul, y por mano del Padre Miguel Hernandez se las mostró, poniéndolas sobre el altar mayor, gozándose de ver cuerpo tan entero, que pocos de los que se saben lo están tanto. Luégo su Majestad trujo á la Emperatriz de la mano con sus hijos á ver las reliquias, y el Cardenal se las dió á besar. Pidió el Rey una reliquia al Cardenal, y entendiendo era para su monasterio de San Lorenzo, le dió el hueso grande, que se extiende desde la cadera á la rodilla, y á la Emperatriz una costilla y al Príncipe una reliquia pequeña. El Rey mandó se le diese otra al que la trujo, por su cuidado y fidelidad con que guardó el santo cuerpo, y dióle la quijada baja con un diente, y el baul en que habia venido y estado el santo cuerpo, que todo está en la casa profesa de la Compañía de Jesus de Toledo. El Cardenal pidió á su Majestad fuese servido de hacer merced y entrega de las santas reliquias á aquella santa iglesia, señalando el lugar donde tenía por bien se pusiesen; y dixo las truxo de sus Países sólo para esto y hizo la entrega dando fe y actuándola Mateo Vazquez, secretario del Rey, y Juan Baptista de Chaves, racionero y secretario de la santa iglesia.

El Rey pasó á Aranjuez, donde estuvo con la gota, y casó al Conde de Elda con doña Juana Enriquez, hija del Conde de Castro; y con mejoría entró en Madrid á seis de Junio, y nombró ayo de su hijo, y proveyó el Obispado de Calahorra en fray Antonio Manrique, comisario general de la órden de San Francisco, que vacó por la promocion del que fué á Plasencia. Repartió seis mill ducados de renta en pensiones á Cardenales en Roma, y ochocientos ducados á su secretario fidelísimo Gabriel de Zayas; dió licencia á Francisco de Garnica, su contador mayor, para que en su gracia por su poca salud y mucha edad se retirase, no exonerándole de la intervencion de los asientos de la provision del dinero con los hombres de negocios por su mucha experiencia y fidelidad, y con promesa de ser despachada brevemente su visita, de que los más beneméritos y de mayor nombre satisfacieron y útil en su servicio no se escaparon, para servir de

consecuencia con los que merecian reformacion y castigo, descargando por este medio tan forzoso su conciencia y asigurando de agravios de ministros los subsidios. Y así el Obispo de Oviedo visitaba el Consejo de las Ordenes, y se entendia que hasta que sentenciase, no se declararia Presidente de aquel Tribunal.

CAPÍTULO III.

Entra Draque con la armada inglesa en la bahía de Cádiz.—Disposiciones tomadas por el Duque de Medinasidonia para la defensa.—Dirígese Draque á las islas de Azores.—Va en su busca el Marqués de Santa Cruz.—Juran su cargo varios consejeros de Estado.—Caractéres de los principales.

En medio destas expediciones atendia el Rey con mayor cuidado á la de una pujante armada que juntaba en España é Italia para hacer la guerra á la Reina de Inglaterra, que se la hacía en mar y en tierra; y como de tantas provincias habian de venir las escuadras de navíos á Lisboa, para impedir su junta vino á Cádiz Draque, á veintinueve de Abril, con cuarenta mil hombres y veintiocho navíos de armada, los seis galeones de la Reina, sin banderas, para entrar más desconocido siguramente en la bahía, porque reconosció habia en ella galeras. Surgió en la noche en el Puntal, donde quemó algunas naves y envió seis lanchas bien armadas á tomar el paso de la puente de Suazo, para quitar el socorro á la ciudad y quemar las naves que junto á ella estaban; mas defendiéronlo tres galeras y así no se atrevió el cosario á echar gente en tierra; y el corregidor D. Juan de Vega mandó cerrar las puertas de la ciudad y repartió la gente en puestos de su defensa y avisó al proveedor Benito de Mena (1), que estaba en el puerto de Santa María, para que avisase al Duque de Medinasidonia, porque viniese brevemente con socorro.

El Duque, habiendo ordenado á la gente de Sevilla y Xerez de la Frontera que luégo marchasen en su seguimiento, entró en el dia siguiente en Cádiz con tres mil quinientos infantes y trescientos caballos de su estado, y brevemente se juntaron ocho mil peones y ochocientos de á caballo en once horas. Tomados los pasos, no pudo echar gente en tierra, y habiendo quemado buen número de navíos de particulares y urcas con bastimen-

(1) Francisco Benito de Mena, segun Herrera.

tos para la armada que se habia de juntar en Lisboa, salió de la bahía y dió fondo junto á la puente de San Sebastian.

Tomó despues la derrota de las Canarias y pasó al cabo de San Vicente, y en el Algarbe echó dos mill hombres, y los hizo el Gobernador retirar á su armada sin haber hecho más efecto que abrasar el monasterio de franciscos descalzos de San Vicente, habiendo huido los frailes, y captivado los castillos de Sagres, Valiera y Udiche, llevó alguna artillería y madera para navíos, arribó á Cascaes, donde le cañonearon las galeras de Portugal, y hecho á la mar impedia el juntar la armada á Lisboa, aguardaba la venida de las de Indias para hacer presa, reforzados con navíos que esperaba de Inglaterra y Holanda.

El Duque de Medina, dispuesta la guarda de la ciudad y encargada al Gobernador y al capitan Melgarejo, envió en una caravela en seguimiento del enemigo á Joan Gomez de Medina y en otra á Rodrigo de Vargas, y en un barco á dar aviso á las Canarias y otro á Cartagena de Indias que llegó en veintisiete dias. Con él iban Alvaro Flores de Quiñones y don Diego Maldonado, generales de las flotas y galeones que habian de tener en su viaje.

Sabía el Rey la salida de la armada inglesa meses ántes, y esperando la llegada de lo que fue en el año pasado á Cartagena, para juntarla con la que aprestaba en Lisboa, no previno más la ofensa y defensa del corsario. Entretúvose por venir en guarda de las flotas que traian quince ó diez y seis millones. Vista la tardanza, mandó el Rey que fuese Oquendo con nueve navíos reforzados de la costa de Vizcaya á Lisboa, para que unido con el Marqués de Santa Cruz atacasen al enemigo con la armada de Portugal, que aprestaban con gran fuerza y deseo de vengar los agravios recibidos del corsario en el Algarbe, y con mayor coraje cuando supieron cómo tomó en las islas de los Azores la nao San Felipe, que venía de la India cargada y rica, como suelen venir las destas navegaciones; cosa estupenda, porque fue la primera destas que les tomaron los enemigos y la llevó á Inglaterra, y para volver á salir con mayor número de bajeles á esperar las flotas de las Indias de Poniente, paresciendo al Rey que habian de tardar, por la altura que habian de venir; y para el armamento de su armada hizo cinco millones de asiento con los ginoveses y tener con qué levantar y pagar el exército que desde Flándes habia de pasar contra Inglaterra y llegar asegurado de que de España iria á asegurar el canal y paso de Inglaterra.

El Duque de Medina envió á la Córte dos regidores de Cádiz á representar al Rey el daño que hizo el corsario, para que proveyese de remedio en lo porvenir á la seguridad de la ciudad y costas, y él respondió se les procurase su defensa de propios, en tanto que se disponia con las armadas la general.

Sentia el Rey con exceso tanto las pláticas que andaban en la Córte y en el reino de la poca confianza que mostraba de ver remediados los acometimientos de corsarios, que cargándole la gota dió no poco cuidado á los médicos por el cumplir sesenta años á veintiuno de Mayo, y saber su Majestad que estaban descontentos los de su Consejo de guerra, y por disculparse de los daños recibidos y no prevenidos con haberlos antevisto y consultado su remedio muy á tiempo, y que por esto parecia que D. Alonso de Vargas, que fué á traer su casa, no venía á asistir en su Consejo de guerra. Por estas murmuraciones su Majestad daba prisa al Duque de Medinasidonia, para que inviase á Lisboa los navíos que se le habia ordenado aprestase. Porque el Adelantado le molestaba con su asistencia y estaban mal avenidos, invió el Rey en su lugar á D. Alonso Martinez de Leyba, con esperanza de suceder al Adelantado en el cargo de las galeras de España, promoviendo al Adelantado como sus servicios y valor merecian; y ansí brevemente partieron de la barra de San Lúcar con seis mill infantes, treinta urcas de Flándes, diez galeras y treinta y dos naos, y volvieron á Nápoles cuatro galeazas de Nápoles que ya habian estado en España y las dos en la conquista de la isla Tercera y vuelto á Nápoles con infantería bisoña, donde haciendo mi oficio de escribano de racion del regio nuevo Tarazànal, en el puerto de Vaya, cercano á Puzol, les dí carena y dejé aptas á navegar, y dejé otras dos en astillero para hacer número de seis, y se acabaron muy adelante; y así las cuatro que vinieron á la jornada de Inglaterra no las hizo el Conde de Miranda que ántes mucho de su gobierno vinieron á España y volvieron á Nápoles.

Conducia estos navíos el Adelantado, y entrególes en Lisboa al Marqués de Sancta Cruz, el cual salió para las islas de los Azores en busca de Draque, á diez y seis de Julio, con treinta y ocho navíos, los veintisiete gruesos, y con cinco mill soldados y mill portugueses, acompañado del Duque de Francavila, Conde de Paredes y sus hermanos y algunos hijos de señores y caballeros.

El Rey, á dos de Agosto, partió para San Lorenzo sin el Príncipe, que estaba enfermo, asistido ya del Marqués de Velada, aunque no habia jurado, si bien le daban los cargos con el salario, títulos y preeminencias del Comendador mayor, aunque no cesó la contínua asistencia que el Rey hacía á sus hijos y la vigilancia con que miraba por su educacion, siendo él ayo mayor, poniendo en grande obligacion á estos reinos, sacándolos con inviolable obediencia tan amables á él y tan reverenciables á todo el mundo que ha sido infelice en que no gozáran mayores partes en él, premiando su obediencia Dios, de que se agrada tanto, y es celebrado entre cristianos como lo fue entre gentiles, con gloria particular de los obedientes hijos, conosciendo era tanto el respeto y reverencia que naturalmente les debian, que en muchas naciones no los ponian ante sí los padres hasta siete años,

ya capaces de poderlos honrar, quitándoles, por mejor decir, la ocasion de enseñarlos á ciertas caricias, porque no solamente pierden gravedad, mas se les da á los hijos seguridad que al fin puede producir malos efectos; tal usanza tuvieron los persas y los espartanos, que sobre todos los griegos atendieron á la buena crianza de los hijos, y los franceses áun con más dureza, no diciéndolos donde estaban ellos hasta que podian sustentar el peso de las armas.

Juró del Consejo de Estado D. Juan Idiaquez, y por secretarios de Estado Francisco de Idiaquez y D. Martin, que habia algunos meses que le tenian platicando en los papeles en un lugar de la encomienda de D. Juan, traido de Salamanca, donde era colegial legista, para este efecto, en lugar de su hijo de D. Juan, que el Rey quisiera imitára á su padre en esto y no pudo ser reducido, mas inclinado naturalmente á las armas. Francisco de Idiaquez despachaba todos los de Italia; y los de Flándes, Francia, Alemania, D. Martin Idiaquez. Juró del Consejo de Guerra D. Pedro de Velasco, capitan de la guarda española, con general aplauso, porque es buen caballero, buen soldado, buen ministro. Ya parecia que la Sala del Consejo de Estado tenía suficiente número de confidentes diversos en hábitos, edades y ministerios, pues el mayor y la diversidad de personas fue alabado, porque los más probaron más cosas, y así tienen más eficaz el discurso para deliberar en las diversas materias, y tantas son, que consultadas (1) y el todo está en la esperanza, por ser el sujeto de las cosas humanas, en quien se vé por prueba que suscede muchas veces lo que por razon no se esperaba, dejando confuso al que tuviese cuenta con ella solamente, aunque la práctica no la repugna, tiene diferente modo de entender; y así el inexperto, aunque tenga disposicion para poder saber, el tal tiene necesidad de ir con atencion y ánimo suspenso, porque el médico y el gobernador juntan á la ciencia la experiencia.

El Cardenal de Toledo la tenía larga de los negocios de Italia y España, grave ministro, mas profesaba cierta dureza desagradable, excusando las adulantes, con decir era naturaleza, como si al político no conviniese más el vivir conforme á razon que á ella, si se toma en la manera que á ellas la toman, que la razon es tambien naturaleza, y si ella los hiciese ladrones y traidores no la habrian seguido; y así no conviene seguir par á la naturaleza en los vicios, sino á los vicios que no contrastan al sentido y ajustan las inclinaciones naturales á lo que la policía y el decoro tanto requieren.

El prior D. Fernando de Toledo tenía verídico entendimiento y conos-

(1) Faltan palabras, y el resto de este período está muy enmarañado y oscuro, segun estilo de este escritor, cuando abandonando la narracion histórica, se pierde en reflexiones morales y políticas.

cimiento de las cosas de Flándes, Francia, Italia, y en mar y tierra, medianamente colérico, con gracia y buena presencia, aunque sujeta á alteraciones, y apto para el trabajo de ánimo y cuerpo, claro, grave, ni instable ni severo, cuanto requeria el grado de su fortuna; pero las demas inclinaciones del ánimo le hacian resoluto en los consejos, pronto en las execuciones y conciertos, osado y atentado en las empresas, generoso en los fines, celoso y liberal, amador de la justicia.

El Conde de Barajas fue de complision sanguínea, y ansí declaró entendimiento atento al despacho, con autoridad y facilidad en el oir y resolver, mas estragaba su opinion de bondad y cordura su secretario Paredes, avaro y venal, fomentando el deseo de haber de los hijos y yernos del Conde, dándole mal nombre á su señor y causándole poco á poco su ruina, porque de la avaricia del secretario no habia cosa exenta. Gran bien alcanza para sí, hijos, patria, amigos, el que vence el deseo de enriquecerse ó le modera cuanto le fuere posible. Los que puestos en el magistrado quieren que los haga ricos luégo, creyendo no conservarán sin facultad grande su dignidad y autoridad, aprendan de Focion, ateniense, que fue el de mayor reputacion y poder y mayores cargos y victorias, que tenía por ornamento y testimonio de su bondad su poca hacienda. Los que pueden alcanzar dignidad con la calidad de enriquecerse, manténganla, que los que por tenerla ponen dubda de perder lo que propia y principalmente les conviene, poco conoscimiento muestran de lo que toca á su oficio.

Era D. Cristóbal de Mora de edad que su virtud vencia á los apetitos, correspondencia de graves negocios y voluntades de los príncipes, con tal temperamento de vivaz y grave, que ni lo primero le hacía vano ni torpe lo segundo, sino vigilante, reposado en el oir y decir y aconsejar. Con la vivacidad descubria la dificultad, la penetraba, no caia de ánimo, examinaba, resolvia, temia los peligros, antevia vivaz y proveia grave; y el que provee quiere, y el que previene y antesabe y el que quiere y sabe, no es impedido para executar con valor lo determinado. Conservóse en medianía loable en los mayores cargos, superior por su bondad á la fortuna, con igualdad debida y sin artificios.

Don Juan de Idiaquez era grave y venerable en sus costumbres y acciones, atentado y tenido por muy prudente, no dejándole resolver los muchos medios y dificultades que le representaba el discurso y juicio; y así parecia tardo y remiso, mas la concurrencia de negocios en alguna manera le excusaba, y el no tomar la mano que podia, cauto y receloso en la inmunidad de su Príncipe, aunque jamás obraba absoluto, sino consultado. Algunas veces era como el moral, que brota postrero y da el fruto de los primeros árboles, y es más conviniente la gravedad del entendimiento, aunque tarda, que la vivacidad del negocio, más para inventar é innovar que gobernar. Obran algunos bien en las cosas de poca importancia y no

en las de mucha, y dejando aparte, si hay diversidad cuanto á la inteligencia dellas, digo que las grandes cosas han menester vigor de ánimo para sustentar su peso y autoridad, no las pequeñas, que de cualquiera de poco ánimo pueden ser tratadas. Los sutiles filos hienden un cabello, y la materia gruesa el seguro de Estado en su proporcion, aunque de filo más grueso, y si responden que le pudo tener no es de provecho, porque materia grande y dura ha menester gran peso, grueso filo y mano gallarda. Las cosas suelen parecer pequeñas y de poco momento, mas son como las señales con que los médicos anteven la pestilencia, y los pilotos la fortuna en el mar, y cerca de los bien intencionados é inteligentes son por ventura de mayor importancia que las demostraciones de las más graves; por donde la vivacidad y gravedad perfeccionada perfeccionan al consejero.

Muchos pretendientes habia para ser del Consejo de Estado; mas convenia proveer por eleccion, no por peticion. Habia ministros de tan buena calidad que, si continuasen con el paso ordinario, llegarian fácilmente al puesto que deseaban; mas no pudiendo por su naturaleza estar firmes en lo que intentaban, apénas comunicaban una cosa, cuando luégo entraban en otra, y por impaciencia y poca constancia no tenian ascenso. Es necesario al que procura honroso puesto disponer la materia muy de atrás conservando el primero, y siendo amigo de los poderosos de España generoso, y siguiendo á los que tienen mucho de vigor y ánimo. Las ocasiones de hacerse amigos ofrece el tiempo; no debe representar para sí mismo sus méritos, mas sí recibir con rostro agradecido y agradable reconocida la naturaleza é interés del que le ofrece, y recibir el favor y auxilio por la cortesía y fuerza de sí mismo, no de la confianza y satisfaccion de sus méritos, reconociendo su obligacion y poniéndole en esperanza de sus deseos, para que sea más eficaz y oficioso. Y hubo quien perdió grandes ocasiones de acrecentamiento por no imitar esta manera de negociar; y el que trabaja y se empeña para que otro alcance lo que pretende, tenga inteligencia á la obra, porque nacen en las competencias accidentes que vence quien sabe oponerse á la fortuna, y que le fortalezca ilustre sangre, usando de poderosos, como antiguamente en bien gobernadas repúblicas y estados. El dinero y grandes dones alcanzaron los mayores puestos; medio vehemente y persuasivo, fácil y breve, para el que tiene caudal, ajeno del uso y nombre de cristianos y políticos, reprobado de filósofos, abominable á Dios y al mundo, odioso, porque vende el premio de la verdad y virtud para darlo á incapaces y monstruos. Quien compra, ha de vender forzosamente, y aunque no se puedan introducir en nuestros tiempos estos usos sino de señores y príncipes, es suficiente saber por qué lo hacian. Que dice Séneca, como si los hubiera conocido, que echaban á perder sus hijos y sus costumbres debilitando la niñez con regalos, blanda y regalada educacion que llama indulgencia ó amor tierno, que ata los nervios del alma y del

cuerpo. ¿Qué no deseará, cuando sea grande, el que ántes que sepa andar es vestido de púrpura, y que áun no pudiendo formar las primeras palabras ya sabe qué es oro, joyas, telas y galas y sabe las diferencias de favores, y crecen en literas y coches, y si ponen los piés en el suelo los tienen pendientes con los brazos; si dicen alguna cosa lasciva la reciben con risa y tal gusto que los acarician, y no es maravilla que digan cosas torpes y descompuestas si de nosotros las aprenden? Lo mismo reprende Quintiliano, gran maestro de la juventud romana.

CAPÍTULO IV.

Entrada en Francia del ejército extranjero en socorro de los hugonotes.—Los Duques de Lorena y de Guisa se oponen á su entrada.—El Príncipe de Bearne derrota al Duque de Joyosa en Coutrás.—El Duque de Guisa encuentra á los tudescos en Oneo y hace en ellos gran estrago.—Desmándase y huye la mayor parte.—Motivos que hubo para que no los socorriese el Príncipe de Bearne.

En Francia esperaban los huguenotes la entrada de los alemanes que en su favor venian, guiados del Duque de Bullon y Conde de Lamarch, hermanos, tenidos en muy poco soldados, teniendo necesidad de cabeza de autoridad y nombre de gran soldado, conducidos los raytres del Baron de Dotna, hombre de poco valor y calidad y de ninguna experiencia, lugarteniente del Casimiro, y tan su favorecido, que por adelantarlo, sin atender á la potencia de la jornada, le envió con sus patentes retiniendo el nombre y cargo de Capitan general y el dinero dado de los franceses para su sueldo y gasto; y juntando la aficion á la avaricia, hizo cosa bien ajena de su nobleza y de la amistad de los coligados de Francia, sin atender al perjuicio dellos y á la pérdida de honor y á la causa de haber hecho gasto grandísimo en la leva de tanta gente. Error en que los príncipes caen, dados á la avaricia y ciegos del amor de algunos y confianza de que su efecto los hará hábiles para cualquier cargo por indignos ó ignorantes que sean; error muchas veces irremediable y que los hace aborrecer y despreciar á los que los proveyeron. Para necesitar á los franceses á admitir este su privado por cabeza, retuvo la partida de los alemanes, y le admitieron asigurándoles era soldado y caballero merecedor del cargo y de que iria presto en su seguimiento á exercer el suyo, engañando un herético á otros, como merescia la ocasion y causa tan mala, porque iban á servir en Francia á los huguenotes.

Juntas tantas cabezas inexpertas hubo mayor confusion, no habiendo capitan que por autoridad bastase á que hiciese cada uno solo su oficio, y lo que le tocaba; y tanto más porque el Duque de Bullon los gobernaba en ausencia del Príncipe de la sangre de Francia, que esperaban hallar en los confines ó habiendo entrado en el reino. Este era el de Bearne, que despues que en el Poitú venció al Duque de Joyosa, no gozando el fruto de la victoria, se entretenia en ganar algunos castillos de poca importancia sin atender á lo que la tenía mayor. El Duque de Joyosa fue en su contra, mal inviado por el Rey, inferior en fuerzas como á que le degollara el enemigo por obedescerle, segun sucedió, perdiendo mucha nobleza, muriendo su persona, levantando el espíritu de los huguenotes arrogantes ya como vencedores, por no esperar se levantase el Mariscal de Martinon con buen número de gente, del mal intento del Rey y nombrar al Duque en esta infeliz jornada, de cuya manifiesta verdad no se podia hacer juicio cierto sino por no haber dado cargo alguno de los que por él vacaron á persona de su casa en pago de sus servicios y á la aficion que le tenía. El gobierno de Normandía y el oficio de almirante dió al Duque de Rervon, aunque el Nuncio del Pontífice le pidió consolase al padre del príncipe de Joyosa, aflixido con la muerte de sus dos hijos en su servicio y de la religion católica.

La vanguardia del exército de los heréticos guiaba el Conde de Lamarch, los alemanes el Baron de Dotna, los zuiceros el señor de Clervant, el de Muy la infantería francesa, el de Guitri era maestre de campo general. Los zuiceros que dejó pasar el señor de la Valeta pudiendo deshacerlos para juntarse con el Duque de Memoransi, fueron rotos y casi acabados y presos de Alfonso de Hornano, corso, en la angostura de las montañas del Delfinado, junto á Pino, con solos doscientos caballos y cuatrocientos arcabuceros. La felicidad deste principio dió ánimo á los católicos para destruir el exército herético más fácilmente que pensaban, que ya entraban en la Lorena, y así lo avisó el Duque al rey Enrique para que le inviase socorro, y al Duque de Guisa que esperaba la gente que prometió inviarle, y siendo ya el fin de Agosto no habia llegado. Con la que se hallaba á veinte y siete, llegó á Nanci, donde reside el Duque, tierra pequeña y no fuerte, y allí se juntaron el Duque de Lorena, el Marqués de Pont, su hijo, el Conde de Salin, el señor de la Chiatra, de Bassompier, de Saviñí, de Ronch y otros capitanes con el Marqués de Havre y el de Barambon, que trujeron la caballería de Flándes.

Los heréticos sitiaron á Salceburg con mucho daño de los católicos, porque el capitan que estaba dentro, con gran infamia la rindió fácilmente, y no sé si con el mismo número de defensores el que mantenia á Blamont. Diversos fueron los juicios que se hicieron en Francia sobre no haber el Príncipe de Bearne y el de Conti juntádose con los alemanes, porque el

primero lo pudo hacer libremente cuando pasó el Loira por Montereó para recibir al Conde desde Sons, pues en aquel tiempo no estaba con el exército el Rey y tenía él más de cuatro mill caballos, y vencida la batalla de Coutrás, muerto el Duque de Joyosa, no tenía resistencia para el paso del rio ni de otro lugar del reino que le impidiese el unirse para ser formidable á los católicos. Se consideraba el trabajo y el tiempo en que se juntaron, y para conducirlos vaciaron las bolsas los amigos y confederados, Reina de Inglaterra, los heréticos de los Países Bajos y protestantes de Alemania. Era el exército deshecho más poderoso que entró en Francia, y que jamas pudieron creer viniera en su ayuda por su autoridad, con cuyas armas pensaban dar leyes al Rey, y le dexaron sin capitan y expuesto á grave ignominia y contínuas molestias, sufriendo que de mano en mano fuese destruido de pocas fuerzas de los mayores enemigos que tenian. Hacíanlos odiosos á los franceses por los daños que recibieron, despreciables á los príncipes que tan grande ayuda les enviaron, y enemigos á las naciones que debajo de sus promesas vinieron en su favor en Francia, que engañados en todo y dejados de todos fueron traidos, como ellos decian, á la sepultura. Cosas peligrosas en la sazon presente, no sólo para quitarles la reputacion, mas para aniquilar su autoridad y sus pretensiones para siempre, teniendo por cierto que la pérdida de tanta gente causó el no tener capitan.

Marcharon de la parte de Leniville la vuelta de San Nicolás detenidamente, buscando la vitualla de que carescian malamente; llegaron á Beossa, lugar abierto, rico de mercancía, algo fortificado y guarnecido segun la brevedad del tiempo. Caminó el de Guisa á su amparo y los reconosció, y como aloxaban descuidadamente pararon, dejando sin tocar á San Nicolás, fatigados de esperar lluvias y camino barrizoso y tenaz y difícil de pasar, en Selarmes y Bayon. Los católicos tomaron buen puesto y fuerte en la puente San Vicencio para impedir el tomar lugares, mas bien satisfechos de la abundancia del país, especialmente del buen vino, aunque cargados con poco número y daño del Duque de Guisa, caminaron al condado de Vaudemont lentamente por ser muy asaltados de los católicos, los caminos malísimos, muchos sus carros de bagajes. Vino el señor de Chatillon á juntarse con los heréticos, y apretado en el castillo de Gruelfuerte, en la Borgoña, les hallaron con mill infantes y doscientos caballos.

El Duque de Lorena hizo alto en los confines de Francia, y quiso pasar adelante sin licencia del reino ni los Marqueses de Havre y Barambon y sin la del Duque de Parma, dejando débil de fuerzas no de ánimo al de Guisa, que siguiendo los enemigos con tres mill peones y cuatrocientas lanzas libró del saco la insigne abadía de Claraval, cabeza de la órden de San Bernardo, de las más ricas de Francia, no teniendo en su defensa sino los muros de su clausura, y ansí mismo Castellon sobre el Sena, mercan-

til y rica, pasando los enemigos perseguidos y repelidos del Guisa, Chiatra y Umaine, matando los villanos más de dos mill enfermos y desmandados de que habia muchos, y entre ellos el Duque de Bullon; y murió su hermano el Conde Lamarch, y pararon en Nanci algunos dias, porque el descontento de los soldados fue tal que un escuadron de zuiceros quiso volver atrás, y fue retenido de los compañeros gritando los traian sin guía y sin dinero, contra lo que se les habia prometido, y que hasta la ribera del Rhin habian venido sin arcabuceros ni pagas. Los Príncipes de Bearne y Condé, quietado el motin con industria de los franceses y seguridad de que los hallarian guardándoles el paso de Carita, pasaron el Jonne á Mailli para ir á ella á executar un trato para ganarla, mas estaba prevenida del Rey muy á tiempo.

El Duque de Guisa y Umaine, dejando ya libre la Lorena y Borgoña, se juntaron en Osserc con el Chiatra, el de Aumala, el Beuf, Brisac, y determinaron alzando el ánimo con las fuerzas de acercarse más á los enemigos, pues tenian seis mill arcabuceros y mill y ochocientos caballos. El Rey, luégo que le avisó el Duque de Lorena de la venida de los enemigos, partió de París sin gente y sin dineros, sin haber quien le diese un escudo, habiendo de ser las expediciones gallardas contra tantos enemigos, y arribó á Gian para impedirles el paso y al de Bearne de Loyni y las vituallas, porque se encaminaban para esto á Ponille y Bone, mas hallando cortados los caminos se detuvieron en Abri, entre Corne y Neusi, donde el vado tenía ménos fondo, mas hallároнle otro dia impedido ingeniosamente por el Duque de Nevers con montones de ramas pequeñas, para que no sufriesen carga y caminar sobre ellas y puestos gruesos árboles contra el corriente cargados de grandes piedras para su firmeza, y puso muchos rastrillos, no dejando donde los caballos pudiesen fixar el pié; y el Rey hizo una trinchea bien proveida de artillería. Con esto y ocho mill zuiceros que llegaron y ocho mill arcabuceros franceses y casi dos mill lanzas de sus ordenanzas, esperó los enemigos que áun traian cuatro veces más caballería y más infantería.

Atemorizados de verse contra la Majestad Real no mostraron deseo de buscar otros vados cercanos, y no hallando qué comer, porque el Rey lo habia retirado en los lugares de la Rioja, para la provision de su exército, se encaminaron á ella timultuando y quejándose de que no correspondia en cosa alguna los efectos de las promesas que les hicieron los franceses tantas veces y de ser desamparados en medio de las mayores fuerzas de los enemigos sin vitualla, aloxamiento y dinero y engañados de que serian del Rey acogidos y favorecidos, estuvieron en resolucion para los huguenotes muy dañosa para acomodarse los zuiceros por ser induccion del Duque de Nevers; mas fueron tales las ddigencias y excusas de los huguenotes y las nuevas promesas que pasaron adelante, asegurados de que el de Bearne

venía á encontrarlos con el exército para asegurarlos y pagarlos y podrian seguramente pasar el rio por Montereó que estaba á su devocion. Guisa, determinado á meterse entre el Loira para ampararle, si los enemigos iban en su contra, viéndolos en Montagis y Gian á veinte y seis de Octubre para entrar en Vilmori, envió al de la Chatra de noche á entrar en Montagis, en cuyos burgos queria unir sus huestes para dar una buena mano á la retroguardia de los extranjeros, como se la dió de noche su hermano gallarda y arriesgadamente en el villaje de Montagis con muerte y prision de mill ducientos caballos y herido el Baron de Dotna, y huyeron los heréticos vilmente, quejándose de haber sido indiscretamente alojados de los franceses y traerlos al degolladero, y determinaron gobernarse de sí mesmos; y los huguenotes viéndolos tan indignados y mal satisfechos, temiendo alguna alteracion y motln, se apartaban y guardaban dellos con mucho cuidado.

El Duque de Guisa volvió atras, dando cuidado al Rey, que habia esperado al Duque de Espernon, ausente del Consejo, determinado de unirse con él y el Duque de Lorena para acometer los extranjeros, y ambos aceptaron el venir á servirle. Y el de Espernon, que no queria fortificar tanto la casa de Lorena y entrar más en la gracia del Rey, le metió en la antigua sospecha de quitarle la corona. Pudo tanto, que escribió al de Lorena no entrase en Francia si no le juraban fidelidad sus soldados en manos de ministros reales. El Duque tenía noticia de dónde esta novedad procedia, y deseaba consumir su gente fuera de su Estado. Respondió que, habiendo á instancia y protesta del Rey pagado su gente con su dinero, buscado con mucho interés para servirlo, bastaba que él jurase como su cabeza. Esta respuesta, y cierta nueva esparcida de criados de su casa en París que venía á juntar los Estados generales para hacer declarar en ellos á Enrique inhábil para reinar, le induxeron, con la sospecha en que le puso el de Espernon, á escribir al de Lorena no se moviese, porque encaminaria contra él su exército, si el suyo no le hacía juramento de obediencia y no salia de Francia. A instancia de la Reina madre le hizo jurar y volvió desde Erete, catorce leguas de París, á Nansi, y invió parte de su gente al de Guisa, que estaba en Montuó, para unirse con el de Mena y con el señor de Tintiville. Envió el Rey á llamarlbs para engrosar su exército, y el de Guisa respondió era de pocas partes para meterle entre tantos escuadrones del Rey y de los enemigos, especialmente que estaba cansado de lo mucho que habia trabajado; que siempre que el Rey quisiese dar la batalla vendria á servirle llanamente, para que hiciese mejor juicio de su lealtad y del amor que tenía á su religion y á su señor y patria, pues queria ántes morir que hallarse léxos de su servicio. El Duque de Umena iba forzosamente á asigurar novedades de su gobierno de Borgoña, y el de Aumala sabi.... (1)

(1) En claro.

podia ir á servirlo ahora. Hallábase el Rey en Beneval, afrontado á los extranjeros, en cuatro aloxamientos cerca de Estampes, con seguridad, cuatro y cinco leguas uno de otro, y pudiendo venir á la batalla el de Guisa para hallarse en ella, si acaesciese darla, y cargar á los enemigos; mas no le dieron lugar mudando cada dia puesto, aunque junto á Dourdan con tres emboscadas mató ciento veinte gentiles-hombres y muchos capitanes y oficiales, y uno el Feltz-marechal, primera persona en el exército despues del General.

Al sepultar los muertos llegó al campo herético el Príncipe de Conti bien poco acompañado, de pequeña estatura, casi sordo y tartamudo, de manera que apénas era entendido lo que hablaba, y así dió poca satisfaccion; mas por ser de la sangre le renunció el cargo principal el Duque de Bullon. El de Guisa fue á Oneo, donde aloxaba el señor de Dotna con gran número de sus alemanes, no sin temeridad, industria y animosa resolucion de valeroso y gran capitan, y ocupado secretamente el castillo del Conde de San Pol y las puertas de la tierra con buena infantería y la campaña con la caballería del de Guisa, mataron más de dos mill y prendieron quinientos. Ganaron todos los caballos, nueve cornetas, todo el carruaje; de manera que la infantería se vistió y cargó de armas y despojos enemigos y subió en los caballos que halló ensillados y con pistolas en los arzones y salió con el sol ilustrando la victoria del Duque.

Los alemanes, aflixidos por enfermedad y tenerse por engañados de los franceses y dexados de los zuiceros, que se convinieron con el Rey por cuatrocientos mil escudos en el mismo dia de la rota, se retiráran á sus provincias si pudieran seguramente; mas temiendo ser cargados de los católicos, se fortificaron junto al lago de Oneo. Y porque los franceses habian comenzado á retirarse á sus casas, con que se guardaban del Rey y del de Guisa, y él volvió á Estampes á descargar sus soldados de la presa de Oneo, cansados más con ella que con los trabajos de la campaña, luégo se apartaron, y dejando la artillería y máquinas de guerra y todos los impedimentos, pusieron en los caballos que los tiraban los capitanes y personas de mayor cuenta, sólo para salvar la vida. Mezclada infantería y caballería, caminaban sin cabeza y sin obediencia, gobernándose cada uno á sí mismo y dejando atras al más tardo. Tanta fue la aprension del temor que les parecia estaba el perderle más en huir que unirse y hacer rostro al enemigo; mas la diligencia de su fuga fuera vana, como vil, si el Rey no prohibiera al Duque de Mercurio y al de Nevers el seguirlos, como lo hacian con muchos nobles. Mas el de Espernon, que procuraba el salvamento y conduccion de los alemanes por órden del Rey, que poco á poco iba tras ellos, mandó que los dejasen sin molestia salir del reino.

En Loris le besó la mano el de Guisa y estuvo con él en Gian, en apariencia bien acoxido y tratado, y volvió donde dexó sus gentes para ir á

Borgoña á impedir que no la dañasen los enemigos, porque en ribera del Yonna le esperaba el Marqués de Pont con mill y quinientas lanzas y tres mil raitres, y para acabar de destruir aquella miserable gente, que áun respiraba y esperaba salvarse. Mas llegó el de Espernon á impedirlo, y no sólo los trató dulcemente, mas los costeó y banqueteó, como si fueran soldados por servicio del Rey y beneficio del reino; y cuando se apartó, dexó al señor de Sac y al de Monvisure con algunas compañías de ordenanzas y peones y caballos del Rey, para que los acompañasen hasta salir de Francia. Fue sentido este avío gravemente del exército del Rey y de los católicos, juzgándose debian arruinar los heréticos crueles y sacrílegos con exemplo eterno, pues los que abrasaron y robaron todo el país no se debian dejar con vida, cuanto más acariciados y acompañados. El de Espernon causaba el ódio que al Rey se le tenía, y á él parecia cumplió con su honor y servicio del Rey con haber hecho poblar á los raitres sus banderas y jurar de no meter armas en Francia y á los huguenotes el dejarles y obligarles á vivir católicos ó salir del reino. Destos muchos vinieron al exército del Rey y abjuraron las herejías; otros por algunos dias siguieron á los alemanes; y el señor de Chiatillon, desbaratado de Mandalot, gobernador de Leon, huyó á Languedoc, y el Duque de Bullon y los señores de Clervant y D. Martin se salvaron en Ginebra, madre de sus errores. El Baron de Dotna, madexado de los franceses del todo y de sus coroneles, vino á la Bresa, y hallando el país en armas para destruille, y habido paso libre de el Duque de Saboya, conociendo debian reconoscer la vida dél, envió á impedir los daños que podian hacer al conde Francisco Martinengo con muchas compañías de caballos y de infantes, y se excusó con el Nuncio del Pontífice de haber dejado pasar los zuiceros..... (1) ..... porque era vituperado de los católicos con que no tenía fuerzas bastantes para impedirles su viaje, y no quiso meter la guerra en su casa, mas en el camino murieron de enfermedad y trabajo y á manos de villanos muchos, y algunos á las de la nobleza. Así de ocho mil caballos y seis mil infantes tudescos y veinte mill zuiceros que entraron en Francia no volvieron á su casa cuatro mill, y de éstos se puede creer moririan la mayor parte, por estar reducidos á tan estrecha miseria, que murieron en Ginebra el Duque de Bullon y el señor de Clervant.

La causa de tanto desórden fue atribuida á que fueron tales las promesas de Bearne, que no pudiendo satisfacerlas en todo, y más en materia del dinero, no quiso arriesgar su persona en las manos de gente tan interesada en los sueldos, y enseñada á tratar con imperio cuando se conoce superior, y á que no quiso meter en el país potencia mayor que la suya, para que le

(1) Hay un hueco.

saquease y le entregase al Rey, y á que la gente que le siguia no quiso salir fuera de las provincias propias, no asegurándose que serian robadas, dejándolas desguarnecidas, y queriendo proveellas no podia ser sin disminucion de su dignidad y reputacion; demas de que tantas fuerzas superiores á las enemigas no eran para dejar de combatir con uno de dos exércitos, y por no levantar con victoria otro príncipe á cuyo valor pudiese ser atribuida, dexase el exército sin cabeza de autoridad, queriendo ántes conservarse entero con su gente, por la esperanza que tenía de que, viniendo los extranjeros á combatir con el de Guisa ó con el Rey, serian vencedores, de que sacarian gran provecho, considerando que fácilmente podia suceder que el Duque en el conflicto quedase muerto y otro de su sangre y marca y muchos de sus amigos que siempre le acompañaban, con que la parte católica quedaria sin cabeza y de hecho destruida, y ansí no tendria opuesto ni contraste para reducir al Rey á firmar todas las condiciones que él quisiese. Con la muerte de los otros caeria el de Guisa de la estimacion alcanzada por militar valor cerca del Rey, aunque no le amaba, le temia por él. Si moria su Majestad, era siguro que la corona no se le caeria de las manos, y si la victoria fuese de los católicos, juzgaria sería con gran mortandad por el mucho número de los extranjeros para el vencedor, y con la gente fresca y reliquias del exército vencido iria á conseguir segura victoria contra gente que, segun razon, se debia creer estaria fatigada y cansada. Otros decian que con buena inteligencia sabian que, en la conducta de los extranjeros, no sólo pudo el de Bearne impedir, mas vinieron por su consejo y consentimiento del Rey para destruir la estirpe de Lorena y Guisa, habiéndoles prometido largamente refuerzo de todo y enviado el Duque de Joyosa á pelear tan forzado; y por esto el Rey tardó tanto en salir en campaña, y formando exército con que publicó habia de campear, mas cuando consideró lo que podia salir de tan gran máquina y que estaba cercana, temiendo la infidelidad de los herejes y advertido el peligro que su persona corria, si el de Bearne á las armas extranjeras juntaba las suyas, resolvió el oponerse á ellas, y mudando consejo quitar la inteligencia que tenía con el de Bearne y partió á meterse en medio al paso del Loira, y llamase á Cárlos, duque de Lorena, y al de Guisa, y quisiese combatir para impedir la junta de aquellas naciones, y que el de Bearne, sabidó que entónces el Rey mudó la deliberacion en contrario, dejó de pasar adelante y de arriesgarse, pues gran parte de aquella gente, y particularmente la zuicera, fue traida debajo de nombre y sueldo del Rey, y temiese tambien viéndole contrario que ella tornase atras, como sucedió, ó en su contra; y en el uno y en el otro caso quedar expuesto á muy evidente peligro.

Así la Providencia mayor que gobierna todas las cosas mudó las deliberaciones y suceso de las cosas de otra manera que fueron designadas, pues

dos naciones tan soberbias fueron abatidas y destruidas de un pequeño exército del enemigo, y quedaron muertas y sepultadas en la campaña que pensaron sujetar, dejando memoria infeliz de sí en Francia en el fin deste año mil quinientos ochenta y siete.

CAPÍTULO V.

El Duque de Parma gana la Esclusa.— Altapena en Gueldres.— Aprestos que hace el primero para la armada contra Inglaterra.— Trata la reina Isabel por medio del Rey de Dinamarca de reducir los holandeses á la obediencia del Rey Católico.— Opónense éstos.— Inquietud del Rey Católico por la eleccion de Rey de Polonia y la tardanza de sus flotas de Indias.— Apremia al Marqués de Santa Cruz para efectuar la jornada contra Inglaterra.— Razones que éste aducia en contra de esta premura.— Los Duques de Osuna y Medinasidonia visitan al Rey en el Escorial.— Nombramientos de obispos.

En Flándes el Duque de Parma queria desembarazar la tierra firme, ganando en la baja á Ostende y la Esclusa, fuertes plazas y de grande importancia, en tanto que el enemigo estaba en diferencias con los ingleses. Parecian las empresas, respecto á las pocas fuerzas con que las tomaba, casi impusibles, si con artificio engañado el enemigo ó dubdoso no vencia. Juntó sus gentes junto á Brujas, mostrando querer asaltar el país de Belua, que es parte de Gheldres, que gobernaba el Conde de Barlaimont en torno de Arnhem, y invió hácia esta parte cuatro mill valones, irlandeses y italianos y mil caballos con su general el Marqués del Guasto, porque para sitiar la Esclusa y Ostende ménos eran menester, gobernadas de Mos. de Altapena, y á Mos. de Lamotta á Flándes con otras compañías, como á tener en alarma todos los presidios de ingleses de Ostende, Esclusa y tierras cercanas, mas porque se encaminó derecho á la Esclusa para ganar un fuerte vecino á ella, plantado en el camino de Ostende, cerrando el paso al socorro por tierra y á venir á molestar el exército con caballería, descubrió el intento de ocuparla, y porque salió entónces el Duque de Brusélas.

Arnoldo Grimbelde, inglés, su gobernador, receloso y advertido, temiendo lo que era en efecto, solicitó con mucha instancia á Guillelmo Rosel, gobernador de Valquer, para que le reforzase la guarnicion. Al cuarto dia le envió con Ruxero Villers y otros caballeros que en aquella sazon habian venido de Inglaterra, cuatro compañías de infantería, sacadas de Os-

tende, Cooberghe y Frisinghen, un navío cargado de trigo y otros menores de pólvora, balas y municiones, de que la Esclusa estaba desproveida. Los condes Mauricio y el de Holach, viendo en campaña á Altapena contra Gheldres, juntaron cuanto les fue posible de gente y armas por agua y tierra, no sólo para oponérsele, sino tentar alguna empresa que divirtiese al de Parma de la de la Esclusa, como en el año ántes de la de Reimberghe. Mas ganado y aprestado por el Mota el fuerte del camino, él, acampándose con gran juicio en torno de aquella plaza, previniendo y proveyendo á todas las cosas, no se partió del sitio sin expugnarla. Tenía solos seis mil peones veteranos y de conocido valor y pocos caballos para correr la campaña y tomar lengua, mas con muchos señores y caballeros venturéros de todas naciones, era difícil el ceñir la Esclusa, por la mala calidad del terreno, lleno de canales, arroyos, lagunas y falto de tierra, y fuele forzoso para repararse fabricar casas de madera con saquetas con tierra traida en hombros de aparte, no sin daño de sus gentes por las espesas salidas que hacian en su contra los de la Esclusa. Púsose con los españoles y valones de la otra parte del canal, en la isla de Cadsant, en un villaxe de su nombre, para impedir el socorro que del mar viniese al puerto por más cercana á la tierra. En Bresquin estaba la otra parte del exército, á cargo de Mos. de Rhenty, hasta que herido de un balazo y retirado á Bruxes le sucedió el Mota, y á él, herido tambien con mosquete en ambas piernas, el conde Octavio de Manzfelt, que fue tambien berido de una bala de arcabuz en el un brazo siniestro. Tan bravos se mostraron en el principio los defensores y con tanto peligro obraban los sitiadores. La plaza es fortísima de sitio, y tenía sin la fortificacion antigua buenos reparos hechos nuevamente, y en particular dos rebellines de la parte que sólo podia ser batida, juntos á un castillo apartado algun tanto de la tierra á la parte del canal mayor que conduce al mar, y otro á Brujes navegable, harto fuerte por muralla muy gruesa y de buena masa.

El Duque hizo pasar de noche trescientos españoles ultra el canal para tomar puesto cómodo sobre el dique que va á Brujas, frontero de la puerta que debia batir. Era importante, y así el enemigo no fue perezoso en salir á impedir el fortificarse, y no siendo bastante causó su pérdida, porque de los materiales de tres barcas que ganó, hizo reparos, con que quitó la entrada á cualquiera armada, asigurando allí grueso cuerpo de guardia; y caminando con las trincheas contra el rebellin de la Tondellada, le ganaron, é importó mucho, porque franqueaba la cortina que se extendia hasta la puerta. Mas por ser el lugar fuerte y muy presidiado y dispuesto para tener buenas retiradas, se iba ganando con gran tiento, pié á pié del terreno, miéntras se batia contínuamente para quitar las defensas para hacer luégo batería real.

En tanto Mos de Altapena ganó la ciudad de Gheldres al coronel Ray-

ton, escocés, con muchos caballos de guerra y arneses de valor, que allí conservaba Martin Scher. Encaminóse luégo hácia Bolduque, porque Mauricio y el de Holac, que hacian gran daño en aquel país, no tomasen un fuerte que asiguraba mucho la ciudad, y tomó puesto en Bosel cercano á ella. Partió el Mauricio para Valquer al socorro de la Esclusa con gran número de gente que se aprestaba, y habiéndose desembarcado mueha gente de sus baxeles, con teson le combatia.

El de Holac fué á tomar el fuerte de Angelan, y el Altapena para socorrelle peleó gallardamente, y el ímpetu de la caballería mató muchos herejes y desordenó los demas; mas las balas que disparaban los navíos, que tiraban con mosquetes y cañones contra el Duque, eran tantas, que no pudiendo resistir en campo abierto se retiró, y el de Altapena, miéntras procuraba recibirla y asegurar con la infantería y reordenarla, fue herido en el cuello de una bala de sacre, de que murió despues en Bolduque, que por haber tocado primero en un árbol, no le mató luégo; y la retirada con buen juicio y valor hizo Mos de Vepre sólo con el daño recibido ántes en el fuerte que ganó el de Holac con gran pérdida de sus asaltadores.

Con diversas minas procuraba el de Parma quitar las defensas á los sitiados en la Esclusa, y estos vigilantes contraminaron y combatieron, con algunos muertos de ambas partes; y por esto fue llamado de Crevecor, que no poco trabajo contínuo dió á Bolduque.

Quejándose los holandeses del poco cuidado con que la Reina de Inglaterra procuraba socorrer la Esclusa siendo tan importante, envió al Conde de Lecestre con gran número de soldados y nobles y el Almirante y Cárlos Haurat, conde de Contumberland, con navíos, como generalísimo en el mar. Mas porque Mauricio no le cedia, como almirante de las provincias coligadas, ni Justino, su hermano, de Zelandia, excusando la concurrencia y competencia entró en Ostende; mas porque si la plaza se perdia, que estaba apretada, no dijesen que por su culpa y diferencias, atendió al socorro el de Lecestre.

Partió de Fresinghen con veinticinco banderas y seis estandartes, y se mostró debajo del canal de la Esclusa por tres dias á su vista sobre las áncoras para dar buena esperanza de socorro á los sitiados. El Duque, reconocida la batería, porque tenía buena retirada y no haber ganado un molino junto á la puerta ni un rebellin, que guardaba la cortina, y estar su artillería desembocada y desencabalgada, juzgó el asalto inútil y peligroso, y con la zapa habia llegado al rebellin, cuando los ingleses trataban de meter algunos navíos debajo del puerto y el castillo, y con el favor del presidio desembarcar gente y vitualla; mas fue condenado de los práticos en la tierra y en el mar, porque los asaltadores estaban tan señoreados del canal y fortificados de manera que afondarian con la artillería los baxeles y destrozarian cuanto desembarcasen.

Los ingleses, dudosos en lo que debian hacer, fueron á Ostende, donde unidos con mucha caballería y infantería, acordaron de acometer el fuerte de Brandenberghe, y por allí entrar á acometer al Duque en sus trincheas ó por alguna parte meter el socorro. El Farnese, viendo navegar la armada á Ostende, conociendo el intento, reforzó el fuerte con seis compañías de caballos y quinientos infantes, y al entrar la noche dejando en buena guardia las trincheras, para que no hiciesen daño con salidas los cercados con el resto del exército, caminó en amparo del fuerte al alba del siguiente dia con siete mil peones y mil caballos. El de Lecestre caminó contra él, mas encontrando tan valerosa gente que pelearia con toda ventaja con el amparo del fuerte con soldados noveles, y conociendo cuanto se arriesgaba, se retiró y embarcó, cargado de los católicos con daño, y volvió al puerto de la Esclusa para ver si se ofrecia algun accidente en su favor para aprovechar á los sitiados, y gastado inútilmente el tiempo y el consejo volvió á Frisinghen.

El Duque ganó el rebellin, de donde batia los que estaban en las defensas; de manera que sólo la tenian en cuevas y magacines, donde se recoxia todo el vino que se traia al país por el mar. Caidos de ánimo y de esperanza de socorro y faltos de la mitad de los dos mil soldados que tenian, con evidente peligro de perderse, concertaron dejar la plaza al Duque, salir con ropa, armas y banderas desplegadas, cuerdas encendidas, balas en la boca, como quien habia hecho honrada defensa. El Duque, á peticion del gobernador Arnoldo Grimbelde, le dió certificacion para justificarse con la Reina de haber perdido en aquel sitio cuarenta y cinco capitanes y más soldados que en Grave, Venloo, Nuis y Berghes en el año ántes, porque murieron más de quinientos hombres valerosos de todas naciones.

En el dia en que salieron los ingleses de la Esclusa llegó el Marqués del Guasto con la gente que habia campeado en Gheldres. Está el puerto y villa de San Luis, que es la Clusa ó Esclusa, dos leguas de Damme; fueron ricas tierras y de grandes tratos, segun muestran las ruinas de las casas, calles, templos y magacines, destruidos por las discordias con los de Brujas. Eran libres los de la Esclusa, como otras villas de Flándes, y sujetáronse al Emperador, porque los dejase libre su puerto sin ir á registrar sus mercaderías primero en Brujas. Fundóse ántes Damme, donde está un dique grande, y entra en la fosa de Brujas por allí el mar que ha hecho enjugar las campañas fértiles, donde hay lugares con privilegios de murados y cria de buenos caballos. En la mura y boca del mar se fundó la Esclusa, y solia tener un castillo al oriente y otro al occidente, llamado la Torre de Borgoña. El puerto era capaz de quinientos navíos, que ya se vieron dentro.

El Duque de Parma luégo se retiró á juntar grandes fuerzas y apresto para hacer la empresa de Inglaterra, como el Rey le habia ordenado, poniendo en temor á sus enemigos, porque en todos sus Estados se armaban

navíos, recogian municiones, armas, panática y gente de mar y tierra; especialmente la milicia de Italia, Alemania, Borgoña entraba en Flándes con gran forma, numerosa y poderosa, y en Neoporto y Dunquerque juntaba el Duque más de cien navíos de pasar caballos y gente, y ventiocho de guerra, aunque para guarnecerlos de mar y tierra y marinería fiel habia gran dificultad por los muchos enemigos; se hacian puentes de pasar rios, armazones de madera para cerrarlos y en los aloxamientos sacos de lienzo para llenar de tierra y caña para trincheas, botas, vestidos, armas, guarnimientos de cabalios.

La Reina, juzgando se emplearian tantas máquinas en su contra, por el resentimiento del Rey Católico de lo que ayudaba sus rebeldes, y porque acometia sus mares y flotas, para librarse de los gastos con los holandeses y del peligro, tomó por medio, viendo los holandeses aflixidos con la pérdida de la Esclusa, de proseguir el trato de pacificarlos con su Rey por medio del Rey de Dinamarca, que le habia voluntariamente comenzado. Estaba remitida la conclusion al Duque de Parma por D. Felipe, y envió á ella á Bayo Ranzovio, su embaxador. Mas por ambas partes no concordaron por negar el Rey la concesion de libertad de conciencia á los holandeses, porque no queria vasallos inobedientes á la Iglesia romana y dar ocasion á que las provincias reducidas la pidiesen.

Los Estados rebeldes se indignaron de que sin voluntad y peticion dellos se tratase de la paz, y dixeron con indignacion á la Reina dificultaba sólo la plática. La paga de las contribuciones quitaba la autoridad á los que gobernaban y los dubdosos daban ánimo al pueblo para ello, mostrándoles su miserable estado. Prendieron algunos caballos del presidio de Sohomberg, no léxos de Bruseles, al embaxador, violando con infidelidad el derecho santo de tal obispo, y le quitaron los despachos. El Rey (1) hizo arrestar en sus puertos y plazas los navíos, personas y mercadurías de los holandeses, satisfaciéndose de la perfidia y del agravio hecho á su embaxador, y ellos publicaron en este escripto ser causas para no pacificarse con el Rey Católico no haber querido ántes en vida del Príncipe de Orange, por lo que fiaban de la fortaleza del país y de sus largas contribuciones y tener facultad para aumentarlas: no estaban en tan baja fortuna que mendigasen la paz, pues en dos años que les habia asistido el Conde de Leicestre gastaron ocho millones de florines, y sólo el hablar en la paz haria no contribuir y desamparar las tierras y perder la nueva religion y su exercicio por no verse apretados de los católicos animados con el señorío, y saldrian para Francia, Alemania y Inglaterra á negociar y morar, pues al principio los favoreceria el Rey y despues haria á sus soldados señores del

(1) Debe entenderse el de Dinamarca, y así lo dice expresamente Herrera.

país. Los capitanes á quienes se debian muchas pagas, para haberlas se concertarian con el enemigo, y le entregarian las mejores plazas de las sesenta fortísimas que poseian las provincias confederadas, y se compondrian fácilmente si no desamparaba la Reina su causa para que se gobernasen con igualdad y conformidad á sus leyes. El que más instó en no admitir la paz fue Mauricio por no restituir los Estados que poseia á su hermano mayor, Príncipe de Orange, su legítimo señor, sufriendo mal el dejar el señorío en que estaba cebado. Por el contrario, los señores que tenian Estados en las provincias reducidas, para ser restituidos procuraban volviesen á la obediencia del Rey. El de Holac no tenía en lo reducido tierras y el otro sí y mucha mano, oficio y autoridad en Holanda.

El Rey estaba cuidadoso por la muerte del Rey de Polonia, Estefano Batori, valeroso y celoso de la religion católica y concordia de su reino, liberal, amigo de justicia, más con templanza prudente para ser amado que rigor para ser temido, y con la misma seguia la guerra, y fue tal su gobierno que no tuvo privado, aunque los Reyes de Polonia no tienen autoridad absoluta, sino cabezas que gobiernan con el Senado, ni quien moviese su voluntad, sino la razon. Temia no cayese la corona en alguno sospechoso por herejía y enemistad con la casa de Austria, pues le dañaria mucho por las empresas contra el turco, por no haber dejado hijos ó parientes que le pudiesen suceder por eleccion, de que usa este reino, porque la nobleza que la hace estando armada, era inficionada de errores heréticos y era de ingenio mudable y de interés.

Invió el Rey por su embaxador á D. Guillen de San Clemente, que servia el oficio de la Córte Cesárea, para que instase por cuantos medios le fuese posible en que fuese elegido ó el archiduque Ernesto ó Maximiliano, su hermano. Oponíaseles que podrian con el poder del Emperador hacer hereditario el reino, como habian hecho al de Hungría y Bohemia; mas en tres grandes controversias sobre la proposicion de muchos príncipes, una parte concurrió en favor de Maximiliano y otra en Sigismundo, hijo del Rey de Suecia, porque su madre era de nacion polaca y era sobrina de la Reina viuda. Para decidir la division tomaron las armas, y Maximiliano entró con razonables fuerzas á juntarse con los Esboroscos de su parcialidad en contra del Canciller que se le oponia, y con la autoridad de la Reina tenía la ciudad de Cracovia, córte del reino, en su séquito y amparo (1).

Tambien tenía muy desabrido al Rey Católico la tardanza de las armadas de las Indias, por la necesidad que tenía de dineros y navíos para hacer la empresa de Inglaterra, de que tanta parte venía con el Marqués de Santa

(1) Deja Cabrera aquí incompleta la narracion de esta guerra de sucesion en Polonia, cuyo resultado fue la retirada de Maximiliano y la coronacion del príncipe Sigismundo de Suecia.

Cruz en conserva de las flotas, y daba prisa en el apresto de los baxeles que en Lisboa estaban, y enviar la infantería y municiones para su armamento y esperando la que habia de venir de Italia, para que en arribando el Marqués de Santa Cruz, brevemente se dispusiese para salir contra Inglaterra, executando con el secreto y presteza que se habia propuesto de hacer la empresa.

Llegaron las flotas á cinco leguas de San Lúcar, y casi á su vista les sobrevino tormenta deshecha, que dispersó los navíos largo espacio, y recoxidos entraron en la barra de San Lúcar con poca pérdida. Ya estaban allí tres alcaldes de Granada para hacer la visita, y el Marqués de Auñon con mano poderosa para aprovechar la Hacienda Real en cuanto pudiese por vía de asientos, averías, ventas de oficios y otros arbitrios conforme á su instruccion.

El Marqués de Santa Cruz, habiendo dejado las flotas en salvo de enemigos á cinco leguas de San Lúcar, volvió á Lisboa y la tormenta le arrojó á Galicia, y entró despues en el canal del Texo con muchos navíos tan mal tratados, que para su reparo se gastaria no poco tiempo y dinero, pues fue necesario sacar los diez mill hombres que traian y alojallos en espacio de cincuenta y seis leguas de Lisboa. Solicitaba el Rey la salida de la armada, y habiendo representado el Marqués era imposible estar para ello en muchos dias, el riesgo de la navegacion en el fin del verano siempre muy peligrosa y haber la marinería desamparado los baxeles y era menester tiempo para juntarlos, facilitándolo todo D. Alonso de Leiva, mandó que los cabos de las escuadras las visitasen y inviasen relacion de su estado y parecer, y pedian tiempo para ello.

El Rey, viendo perder la coyuntura para efecto de asaltar á Inglaterra, estaba disgustado y queria que el Marqués saliese en todo caso, y lo deseaba, pero no aventurar la armada totalmente, habiendo de ir á ver mar intratable, sin tener puerto suyo sino el que se ganase con la espada y con navíos mal aparejados. Pero tambien le detenia la ambicion, que en él era razon, de no ir á guardar las órdenes del Duque de Parma que tenía título de generalísimo en mar y tierra. Y para soldar la quiebra de su autoridad pedia título de Duque y dos encomiendas para sus hijos, y esta merced y y otras decia el Rey que le haria á la vuelta de la jornada, y aceptó el obedecer al de Parma, diciendo que encargándole la jornada habia de hacer lo que convenia para su buen suceso.

Era imposible salir por todo Octubre y saliendo salvar la armada en mares tan terribles. Don Alonso de Leiva caluniaba la intencion y diligencia del Marqués, deseoso de ir él con la armada, como tenía ménos que aventurar de reputacion y fortuna; y el Rey escribió al Archiduque le informase del estado de su armada y capitanes della. No queria (1) arries-

(1) El Archiduque.

gar consejo en esta empresa y servia sólo de solicitador della, y para responder hizo que D. Alonso de Leiva y Luis César, porque no habia llegado Oquendo con su escuadra, si bien estaba á la vista de Cascais, hiciesen relaciones, tomada muestra á la gente de mar y de guerra, y las invió para que el Rey se resolviese el llevar la armada á Flándes, y el Archiduque aseguró al Rey de su buen ánimo y cuidado, y que no podia más, porque para traer marineros se inviaban letrados. Don Cristóbal de Mora le escribió no se maravillase fuese algo áspero el papel que se invió, porque habiendo su Majestad sentido tanto que alzase la mano el Marqués tan de golpe de lo que le habia mandado, no fue posible dejar de mandárselo decir como se entendia; mas se remedió con las promesas para cuyo cumplimiento el Marqués procurase merecer en la forma que le estaba ordenado.

No le parecia al Rey podia su Alteza descargarse destas cosas, pues representando su persona y teniendo tanto amor á su servicio, era justo procurase, como lo hacía, se execute y encamine lo que á esto convinia y avisase lo que estorbaba; y le espantaba dixese que ahora esperaba la resolucion de su voluntad ya declarada tantas veces para cumplilla; no tenía que añadir sino dar más prisa á lo ordenado, ni entendia podia señalar los navíos que habia de llevar el Marqués, y él avisase los que estaban apresta-dos como se le habia preguntado, y para el apresto de los demas se pusiese un cabo en cada navío.

Envió el Rey en el mes de Setiembre á D. Juan de Cardona, de su Consejo de Guerra, á la disposicion de su armada para salir á juntarse con el Marqués, que no habia de entrar en Lisboa de vuelta de recibir las flotas, y avisó ahora habia menester la armada casi todo Noviembre para su apresto; no era la gente tanta como se decia, y habia enfermado y convalesceria tan mal en el invierno que ántes adolesceria más, porque estaba desnuda y mal alojada y no se debia embarcar en navíos innavegables, pocos y no grandes y mal aderezados, que aunque en verano (1) para navegacion peligrosa y trabajosa en el canal y en la costa de un cabo va en pos de otro, sin puertos en ambas partes enemigos y sin abrigo, y con contratiempos desechos se apartan y desgaritan, huyendo sus choques, no se juntarian en muchos dias como acaesce en tales tiempos, y sucediendo al desembarcar el canal, por buen suceso se tendria no perderse, con emprender las jornadas más en tiempo conviniente, pues sin él se habian perdido las que se habia visto comenzar, y no se compraba con dinero. Apercibiéndose en el invierno se podia salir temprano, de manera que todo tenga buen fin, y esperándole peor cada dia no sería buena salida, y más dicien-

(1) Faltan palabras.

do los marineros italianos: «Dios te guarde de fin de verano y cabo de invierno»; y por esto reservó el dar su voto para cuando el Marqués volviese con la armada para decir conforme estaba, y al tiempo decir el sí ó el no en la empresa.

Entró en Lisboa el Marqués contra lo que habia dicho, forzado de la necesidad del adovo de los navíos, con que se metió el tiempo tan adelante que no sabía cómo le habria para acomodar y partir. Era jornada que si se erraba quedaria imposibilitada para el buen tiempo, y ansí lo vió en el mar y tierra alguna vez; concluia con que ningun enemigo se podia tener mayor en aquellos mares que el invierno, pero si habia cosa cierta en la entrega de puerto y en otras que se entendia, se aventurase más; que en las brisas de Enero eran más navegables aquellos mares, y en tanto se aseguraria el apresto y junta de lo que faltaba y se repararia la armada del Andalucía que hacía agora. El Rey aprobó este parecer y resolvió saliese la armada por todo Enero de Lisboa.

Estaba en San Lorenzo, donde llegó el Duque de Osuna, D. Pedro Giron, que venía de ser Virey de Nápoles á besarle las manos y á pedir el empleo de su persona y satisfaccion de sus servicios. Pedia el oficio de mayordomo mayor del Rey y entrar en el Consejo de Estado, y por haber enfermado de la gota y estar hidrópico, habiendo hablado al Rey segunda vez en Segovia, no se le proveyó como pedia.

El de Medina Sidonia, recogidas las flotas de Indias, vino á la Córte muy apriesa, traido de las peticiones del Duque de Osuna para no perder en las mismas por ausente, tambien á solicitar los pleitos que tenía con sus vasallos, que importaban diez mil ducados de renta sobre su aduana de San Lúcar y haberle puesto otro el Rey, sobre que se agraviaba, y el fiscal de que por su barra entraba la plata y por su ladronera salia y se robaba á España y pedia remedio y castigo y llevar las barras fuera.

Dió el Rey el obispado de Pamplona á D. Bernardo de Rojas, hermano de D. Gonzalo Chacon y tio del Marqués de Denia, que tenía el de Ciudad-Rodrigo, y el de Segovia á D. Andrés Pacheco, hermano del Conde de Montalvan, abad de Alcalá, por muerte de D. Francisco de Rivera, que le poseyó breve tiempo.

CAPÍTULO VI.

Envia el Rey Católico embajadores al de Escocia para que declare la guerra á la Reina de Inglaterra.—Combaten porfiadamente escoceses é ingleses.—Hacen la paz.—Consideraciones generales sobre las ventajas que reporta la guerra y lo útil que es ejercitarla.—Bula contra la reina Isabel.—Prepárase ésta á la defensa.—Muerte del Marqués de Santa Cruz.—Sus causas.—Elogio y trofeos de este insigne marino.—Sorpréndese la correspondencia de los portugueses partidarios de D. Antonio con los ministros ingleses.

Don Felipe abultó todo su ánimo y fuerzas contra Inglaterra, y ansí envió á Escocia al coronel Semple y á Bruyse á representar al Rey, que estaba en la ciudad de San Andrés y á sus correspondientes, iba su armada á la venganza de su madre, cuya muerte ignominiosa causó mucho dolor á los fieles de aquel reino y trataban de hacer alguna demostracion, y á pedir rompiese la guerra por su frontera con la ayuda de gente y buenas cabezas prácticas en tal ministerio, que no pudiese recibir daño sino hacerle y que tumultuasen los católicos ingleses de aquellas provincias y hacer tanto llamamiento de las fuerzas de la Reina á ellas con la diversion, que diese lugar á la conquista á sus exércitos, pues tendria la corona de Inglaterra cierta desta manera.

Escribió al Conde de Enden se acordase quiso la Reina y los holandeses ocuparle su puerto y villa, y cuánto más segura le sería su amistad, como le habia sido por lo pasado y diese buena acoxida á los navíos de su armada, que por allí aportasen, y conservase buena correspondencia con el de Parma.

La Reina de Inglaterra envió á los confines de Escocia cuatro coroneles con cuatro mil infantes y cuatrocientos caballos y mil quinientos archeros saxitarios, con órden de quitar el comercio á los escoceses y de dañarlos en cuanto pudiese para salir en campaña en cuanto les conviniese. Los ingleses impacientes, inducidos del..... (1)..... quisieron prevenirlos y comenzaron á fabricar un puente de barcas sobre el rio Solveo, que los divide de los escoceses, para entrar á robar á Donfres y su feria, rica de finísimos paños, mas entendiólo Enrique Stuart, su gobernador, y envió á

(1) En blanco.

Jacobo Berbed con cinco compañías de caballos y tres mil infantes de la guarda de la feria, con que se opuso y resistió las hostilidades y robos de los ingleses y de su general de la caballería milort Sufolch.

Pelearon obstinadamente como naciones con ódio antiguo y nuevo enemigas, y la noche los hizo cesar, quedando señores de la campaña los escoceses, muertos tres mil ingleses, porque no tomaban hombre á vida, y preso el Sufolch, y Juan Yongues, mal herido, fue hecho pedazos vivo con cuatro caballos, como autor de los acometimientos y daños. La Reina, temiendo que mezclados los escoceses con los españoles harian grandes progresos en su contra, envió embajadores á pacificarse con el rey Jacobo y á representar cuán á peligro estaban las dos coronas, si no se unian para su defensa, de las poderosas armas que el Rey de España juntaba para la conquista de Inglaterra, pues la ambicion y nuevo celo de restaurar la antigua religion en aquellas provincias movia á venir en la armada de España tantos nobles.

La causa de juntarse en Lisboa tan gran número, como dirémos, fue la eleccion de general tan práctico y bien afortunado en deseo de emplearse en guerra tan justa por derecho divino y humano y dejar el ocio con que vivian en la Córte y mayores ciudades, y emplear su natural valor y caudales tan loablemente; pues sus mayores, siempre que la ocasion pidió su espada, la hicieron gloriosa áun en las regiones más remotas, nunca detenidos de navegaciones estupendas ni concurso de innumerables enemigos aspirando á la inmortalidad. Las falsas opiniones causaron no hacer discurso los hombres turbados con los presentes peligros de la guerra y espantados con sus trances en los efectos que resultan della, pues cuando no tuviera más calidad que su importunidad para la defensa natural contra la violencia de los injustos enemigos que procuran con el terror de las armas, espanto de la muerte y destruiciones de fuego y sangre perturbar el sosiego y tranquilidad de la vida, merecia el lauro dignamente que la más noble de las virtudes. El entender lo contrario causó el llamar injustamente esta maravillosa disciplina enemiga del linaje humano, furia implacable, haciendo desconocer y áun aborrecer su empleo tan llegado á la virtud y rico de verdadera fortaleza, pretensor de la fama y coronas de gloria y trofeos de inmortalidad; porque resiste la violencia de los soberbios, castiga y sujeta los impíos, que arruinan las justas leyes de naturaleza y de las gentes, y mueven las armas contra el cielo, dando á la voluntad la obediencia sin reconocimiento de la razon, desatados de las obligaciones y órdenes eternas que estableció el legislador soberano para conservacion de la armada milicia, por cuyo beneficio vivimos en paz, executando las resoluciones de los juicios de las leyes donde está encerrada la religiosa, prudente, civil regla de gobierno, mayor tesoro de los reyes despues de la religion, y si decir se puede, la divinidad que tienen en el suelo. Y aunque la guerra en

su traje no promete á la primera vista descanso y tranquilidad, ántes sólo con el nombre pone terror á los mortales, que naturalmente desean el estado pacífico, el bien de la república consiste en resplandescer de léxos las armas que sujetan á los indómitos inquietadores de los reinos, como los castigos criminales de la justicia de cerca enfreno y terror de los malos para que esté sigura la inocencia, pues las remisiones son contra la estabilidad del imperio, que en el seno y tutela de la justicia y milicia nace y reposa la suavidad y buenaventuranza de la paz tan deseada.

Mostrábalo Minerva armada con amenaza y fortaleza, en amparo de las ciencias y artes de Atenas, cuya mano divina, como se refiere en aquella teoloxía de la gentilidad, vino armada á plantar en la tierra la oliva, símbolo de la paz, fin glorioso de las victorias del Príncipe, que sin las armas no lo es, ni se conserva haciéndose religioso en la paz y triunfador felicísimo en la guerra, representando en el simulacro de la armada Minerva hija de Dios, que no se desdeña de tener á la guerra por hermana, porque cumpla con obras y debido castigo y venganza líquida lo que por su alto tribunal ella ordenare y pronunciare.

Y ansí como guerra justa, en amparo de la religion católica y venganza de las ofensas de su patria, vino á la Real armada el gran concurso de nobleza de lo mayor y mejor de España. El Pontífice envió en ayuda de la guerra justa para el remedio de Inglaterra al cardenal Alano, inglés, á Flándes y renovando por su Bulla su justificacion y excomuniones de sus predecesores, mostraba cuán importante fuese quitar el cetro á la Reina intrusa y tirana para el comun sosiego de la cristiandad, cuya impiedad era no sólo intolerable pero afrenta de los Príncipes católicos el sufrir la opresion de los fieles católicos sus vasallos, usurpacion de sus Estados y de los bienes eclesiásticos, destruicion de los obispos, templos profanados y aflicion de los más religiosos. Declaraba no eran las armadas del Rey Católico para oprimir con las armas aquellos Estados, sino solamente para poner en libertad la isla y religion tiranizada, sin mudar ley ni quitar bienes, y concedia grandes indulgencias á los que ayudasen á tan santa empresa.

La reina Isabel, viendo clarísimo y cercano el peligro, procuró pacificarse con el Rey de Escocia, asegurándose por aquella parte, y convenidos volvió el cuidado á las provisiones de su reino. Apartó los más principales de los católicos en la isla de Elis; publicó para mantener fieles á los demas, que venian tantas fuerzas á sujetar generalmente los ingleses y que serian invencibles unidos; nombró por capitan general en tierra al Conde de Lecestre y en el mar á su Almirante, y por vicealmicante Cárlos Havard, de consejo y experiencia, y por vicealmirante á Francisco Draque; y por todas partes armaba para su defensa.

Para ganar tiempo en que estar bien armada y prevenida y suspender con el trato de la paz los consejos y armas del Rey Católico, invió á dis-

ponerle en Flandes á sus embaxadores, afirmando que en ella concurririan los holandeses, y llegaron á Ostende el Conde de Unia, de la órden de la Jarretera, el Baron Coruano, gobernador de los puertos de Quent en los confines de Escocia, y Jacobo Orast, todos de su Consejo secreto.

Don Alonso de Leiva, émulo del Marqués de Santa Cruz, en Madrid decia á los ministros del Rey no queria salir con la armada, aunque estaba aprestada, porque de mala gana iba á seguir las órdenes del Duque de Parma y convenia inviar quien le diese de las espuelas y viese cómo estaba la armada.

El Rey invió al Conde de Fuentes á dar prisa á la salida del armada, y el Marqués apretado con el trabajo y cargos injustos que se le hacian de la pérdida de la empresa, pasando la ocasion que la facilitaba, adoleció y murió, cumplido el año sesenta y tres de su edad á nueve de Hebrero, y aquel espíritu invencible se rindió á Dios. Causó general tristeza y falta por lo que habia crecido su opinion y venturoso nombre entre las naciones enemigas para ser tenido en todas por uno de los famosos capitanes cristianos que las historias celebran.

Fue doceno nieto de D. Pedro Gonzalez de Bastan, en Navarra, de las más ilustres y sublimadas familias en Navarra en patrimonio y privilegios, para que viese la correspondencia que las virtudes tienen con la verdadera nobleza, de donde se derivó su alto orígen y esclarecido, militó con su padre D. Alvaro Bazan desde su juventud, siendo general en el imperio de Cárlos V, almirante de sus galeras de España en el año de mil y quinientos y treinta y tres, y de armadas de navíos de el Océano en el de mil y quinientos y cincuenta y cuatro; victorioso de moros y franceses, porque jamas se inclinó á regalo y deleite en que su generoso ánimo enflaqueciese, por no distraelle de la dignidad y severidad de la militar disciplina, cosa loable mas difícil y peligrosa para mayor gloria suya y de los que la profesan, como es la del mar y su navegacion y conoscimiento de los tiempos, donde se rompen y desbaratan los altivos ánimos, en que á ninguno en su tiempo recosnoció superior. En su imitacion le siguió nobilísima juventud, con amor y renombre de valeroso y prudente, bien afortunado, llegando su fortuna á tan feliz punto que jamas se vió en trance peligroso, aunque con desproporcion de muchos enemigos, que no se prometiese firmes esperanzas de buen suceso. Ninguno estuvo debajo de su éstandarte que no aprendiese á ser buen soldado, sufridor de trabajos, fuerte, animoso, modesto y celoso del servicio de Dios y de su Rey. No le espantaba el mar (1) viendo artillería y que defendia sus armadas y por tierra con felicidad, gozando de triunfos, honras y despojos de bárbaros y en España; y

(1) Faltan palabras.

cuando los esperaba mayores en el septentrion en su beneficio y de la Iglesia romana, la Parca cruel, envidiosa de tanto bien, cortó el hilo de su tan deseada vida. Mostraba su magnanimidad y admirables dones de naturaleza y de fortuna, su gentil disposicion, proporcion y simetría de miembros, con aire y desenvoltura de severo y grave semblante, frente levantada, lisa, gallarda y clara que manifiesta elevados intentos, y con los ojos representaba cuidadosa consideracion y buen acoximiento, y en la forma de la barba templadamente cubierta y clara una imágen de Marte ó de los que nacieron en su constelacion.

En los años que militó desde el de mil y quinientos y cincuenta y cuatro con notables hechos, ganó ocho islas, dos ciudades, treinta y seis villas, treinta y seis castillos; venció ocho capitanes generales, dos señores de título, veinte y cuatro de vasallos, cuatro mil y setecientos cincuenta y tres soldados y caballeros franceses, setecientos y ochenta ingleses, seis mil y cuatrocientos portugueses, seis mil doscientos y cuarenta y tres turcos y moros, y dió libertad á cinco mil setecientos y sesenta y cuatro cristianos esclavos. Tomó cuarenta y cuatro galeras, veinte y uno bergantines, veinte y siete galeones y naves, siete carabos moriscos, ciento y noventa y nueve caramuzalíes turquescos, y ganó mil ochocientas y catorce piezas de artillería. Fue el primer Marqués de Santa Cruz por merced del rey D. Felipe II, y Grande de Castilla y Comendador de Leon, señor de las villas de Valdepeñas y el Visso, asiento de su cámara ennoblecido con sumptuoso palacio que edificó en arquitectura y materia y admirables pinturas de sus hazañas, retrató eminente, fidelísimo y dignísimo dél y dellas.

Aquí hallarán espacioso campo los historiadores y poetas incitados de tan gran sujeto para celebrar con la fuerza de la elocuencia y alteza de su ingenio la gloria de tan insigne varon; y España, eternizando su nombre, sacrificar en el templo de la fama inmortales coronas, justo premio del más digno mortal, que por merced del cielo nació para sustentar y exaltar la gloria de esta nacion siempre vencedora.

En este tiempo se tomó un navío en que iba un portugués con despachos en cifra de los malcontentos y dineros para D. Antonio, por donde se tuvieron importantes avisos y relaciones de la correspondencia de los ministros de Inglaterra con D. Antonio; prendieron cincuenta frailes y clérigos, pero los jueces de su nacion no aclaraban la verdad para el castigo en su daño dando ánimo para nuevos delitos.

CAPÍTULO VII.

Tratan el Duque de Guisa y los liguistas de obtener del Rey de Francia el total exterminio de los hugonotes.—Arma el Rey asechanzas á los de Guisa.—Los católicos de París llaman al Duque de Guisa.—Entrevistas que tiene con el Rey.—Se hace fuerte el pueblo de París contra las tropas del Rey.—Queda éste cercado en su palacio.—Se retira á Chartres y despues á Ruan.—Omnipotencia del de Guisa.—El Rey se aviene á hacer con él las paces.

Parecia que el mundo esperase que dentro de poco tiempo habria en Francia paz universal, porque destruidos los heréticos que entraron en favor de los huguenotes, como escribimos, unidos los católicos, si el Rey quisiera volver el ánimo y las fuerzas en su contra, con su asistencia los acabáran de extirpar, librando el reino de tan gran peligro; mas siguiéronse tantos sucesos trágicos, que por muchos años duraron, que muestran la variedad de los efectos de las cosas humanas más felices y al parecer más seguras.

Estaba el Rey en tan mala opinion con el pueblo, que sus más loables resoluciones y acciones interpretaba con mala significacion y jamas en bien. Atribuia la victoria habida de los extranjeros solamente del Duque de Guisa con alabanza grande, sin atender á que el Rey salió de París á defenderles el paso del Loira y hacerles rostro, muy inferior en número á los extranjeros, é impedir su union con los huguenotes, y los desanimó su presencia por el concepto grande de su persona y ver falsa la esperanza con que venian, por lo que los huguenotes les aseguraron de ser bien recibidos de su Majestad. Estaban descontentos por no haber procurado acabar las sobras de los heréticos, que huian, y que, amparados del Duque de Espernon, inteligente con los huguenotes, á cuyo gobierno y voluntad se habia entregado el Rey enteramente despues de la muerte del Duque de Joyosa, saliesen siguros de Francia, dando un escudo del sol á cada uno para su viaje. Los Príncipes católicos tenian el mismo sentimiento, de manera que refiriendo Marco Bardini á Sixto V, de parte del Rey Cristianísimo, cuánto habia trabajado en la opresion de los extranjeros, le dixo tenía tanta parte en el buen suceso como el Turco; y aunque le propuso muchas razones para satisfacelle, y cómo nació vasallo de la Iglesia y no del Rey y se habia hallado presente á esta empresa, no le pudo sacar de su opinion y mala satisfaccion que de Enrique tenía. Él se lamentaba que estaba persuadido é informado de los de Guisa y que jamas haria cosa que

no fuese en su contra interpretada, y parecíale eran tan poderosos en amor y favor del pueblo, que su autoridad y ambicion del Duque podian mudar las órdenes y gobierno del reino á su voluntad, si no lo remediaba con presteza, y le confirmaron en este intento el Duque de Espernon y sus secuaces, y el ver que los predicadores decian á voces era Enrique tirano, favorescedor de herejes, como habian dicho ántes cuando entraban los extranjeros; y quiso prenderlos y no pudo, porque se le opuso el pueblo de París con las armas; remitió el castigo para la vuelta, acabado el presente peligro.

Por esto no fué al Poitú contra los huguenotes, y por ser invierno, reformando las huestes para salir en el primer verano del año de mil quinientos ochenta y ocho, y estar retirados en lugares fuertes; y temiéndose que alejándose de París se revelasen, como le decia el Duque de Espernon, y ayudado del de Guisa le quitase la corona, asistió en su Córte y atendió al castigo de los que tenía por sospechosos y liguistas. Para proseguir la guerra daba al Duque de Espernon gran cuidado, no ménos que al Rey, este que llamaban gran augmento del Duque de Guisa en autoridad, reputacion y poder, y temia procurase tomar satisfaccion de los malos oficios que ordinariamente hacía con el Rey, y dél temia la voluntad que le tenía. Persuadióle metiese sus banderas en París, y con su fuerza castigase los liguistas primeros y los que quisiesen seguirlos, y mandase que no viniese á la Córte el de Guisa, quitándole su amparo y el amor que le tenian, y faltándole en la mayor necesidad; y así quedando débil, cargar luégo sobre él y salir del peligro y asegurar su privanza con el Rey; porque el Duque le advirtia causaba el ódio general que le tenía el reino, y cesaria luégo que de sí le alejase. Con este fin, procurando engañar con que ya no asistia con el Rey, no entró en París con Enrique, y porque si la parte contraria vencia no se vengase con su muerte, y para juntar exército y socorrer al Rey, si fuese oprimido de un pueblo tan numeroso, y para tener más fuerzas y comodidad, estando en revuelta París ó castigada y temerosa de serlo otras ciudades liguistas, en su gobierno de Normandía, y por tanto asegurarse del Rey ..... (1) ..... y sin efecto no admitido y resistido de los gobernadores. Mas desde allí solicitaba contínuamente al Rey para que matase al Duque de Guisa por la seguridad de ambos á dos, y de la corona á que aspiraba Guisa; mas aunque apresuraba él y disponia el camino de llegar á tanta grandeza, era sobreviviendo al Rey, débil en la salud, y atendia á hacerse poderoso con gobiernos y cargos para sí y para sus parientes y amigos, con que en la muerte de Enrique no se hallase otro igual suyo en poder, autoridad y gracia con el pueblo, para que le antepusiese al Príncipe de Bearne, herético, comun enemigo; y si

(1) En claro.

bien pudo borrar esta sospecha el hacer declarar primero Príncipe de la sangre despues en las Córtes de Bles al Cardenal de Borbon, le asiguraba y fortificaba más tirando para sí los ánimos y divirtiéndolos del de Bearne, porque si muriese aquel viejo despues del Rey, tuviese como su adherente su séquito y el de sus amigos en su favor, diminuido el del Príncipe Enrico.

Para proseguir la guerra hizo que impusiese nuevos tributos el Rey de casi tres millones al año. Pidió ayuda al clero, invió gente á las plazas de Picardía, que tenian los de Guisa, por consejo del Duque de Espernon, porque si entraban en ellas le creceria mucho su poder siendo sus dependientes, y si no los recibian los gobernadores necesitarian al Rey por conservacion de su autoridad á forzarlos con las armas, empleando los soldados que habia en el Poitú en castigar los huguenotes sus amigos contra los católicos. La Picardía no quiso recibir las guarniciones del Rey, y salió en su amparo armado el Duque de Aumala. El Rey queria executar contra los picardos, y el Duque de Guisa desde Chalon en Campaña le escribió desistiese de novedad tal, porque aquellos pueblos estaban azorados con los malos tratamientos que á otros pueblos hicieron las guarniciones del Duque de Espernon y haber echado de Bolonia Borneto, su capitan, muchos católicos y metido los heréticos á instancia de la Reina de Inglaterra y del Príncipe de Bearne, sus correspondientes del de Espernon, con que se arruinaria la religion católica. El Rey le respondió queria ser obedescido, y para ello ir á Picardía. El de Guisa no cesó de hacer buenos oficios con el Rey, y invió á quietar en aquellas provincias las sublevaciones, y Enrique le solicitó para ello por el señor de Ghleser; mas para observar si él y los de su familia se movian y qué fuerzas tenian, pidieron que se juntase con el Duque de Lorena para dar asiento á estos nuevos rumores, como se abocaron poco ántes, y para desunirle de los de Guisa sobre la herencia de la Duquesa de la Joyosa, que decia pertenescerle el de Lorena.

Pretendian los comisarios del Rey se recibiesen las guarniciones en Picardía; fuese el Duque de Guisa á servir al Rey en las guerras del Poitú, y su casa se reconciliase con el Duque de Espernon. Respondiéronle que no iria ninguno de ellos como no encaminase las cosas al bien público, y el de Guisa, aunque no se le habia ofrecido cargo señalado, iria á servir al Rey como soldado simple, y procurarian satisfacerle en las cosas de Picardía, y lo executaron convenidos en Soisons con los católicos y Cardenales de Borbon y de Vandoma, restituyéndolos el de Espernon á Valencia y otras plazas que les usurpó. El que nada queria dejar, fué asegurar á Roan y otros lugares de aquel gobierno, tratando otras máquinas contra el de Guisa por medio del prepósito Perusse y del señor de Do, que apartado dellos se habia llegado al Rey. Dixéronle se juntaron en Soisons por hallarse más cercanos á París, donde se maquinaba contra su persona, y por

esto concurrió á la Córte tanta nobleza y tantos soldados del séquito del de Guisa. Aunque hizo diligencia en saber lo cierto y halló poco fundamento para la sospecha en que le metian, quedó asombrado y malseguro, habiéndole afirmado que París se opondria con su resistencia á cualquiera execucion de su voluntad, y no la admitiria sino por fuerza, y metió en los burgos un regimiento de franceses á cargo de Guillion, enemigo de los Guisas, y cuatro mil zuiceros.

Con esto se esparció la voz de que aquellas armas eran para ahorcar todos los de la Liga, espantar con tal exemplo las ciudades vecinas y quitar á los de Guisa el séquito y forzarlos á salir del reino, ó de perder el atrevimiento y echarse en las manos del Rey y de su misericordia. De todo era avisado el de Guisa, pero no caido de ánimo, y no queriendo dejar sus amigos en tanto peligro les avisó, y fué á París, donde concurrrieron en número y diligencia grande. Dudaba Enrique de la causa de su venida, y para detenerle invió al señor de Believre, en tanto que las cosas de Picardía no estaban acomodadas del todo, á decirle que cierta alteracion y rumor esparcido por la ciudad se certificaria y asentaria, si le faltaba su persona, que alteraria más y se le imputaba todo el mal que sucediese, y por esto le convenia que surtiese de léjos el acomodamiento de las sublevaciones, que podria turbar su entrada en París. El Duque respondió palabras generales, mas Believre se persuadia no se moveria, y el de Guisa, executando su deliberacion, entró de noche en París, pocas horas despues de Believre, ántes del dia destinado para la execucion del castigo que habia de hacer el Rey. Pasando por Saint Dionis, donde estaban los suizos, bien arriesgadamente con seis ó siete de á caballo sólo, nadie se le opuso, aunque tenian órden del Rey de no dejarle pasar y de matarle tambien, como se dixo, si quisiese pasar adelante no viniendo disfrazado ó cubierto el rostro, y fue notable señor tan conocido no serlo de tanta gente.

Apeóse en el palacio de la Reina madre, aflixida con las novedades, y recibióle alegremente, pareciéndole sería el único remedio dellas y de los peligros inminentes. Avisó luégo al Rey, que no esperaba su venida por lo que Believre le habia dicho, maravillándose de que le hubiesen dejado pasar sus cuerpos de guardia. No quiriendo mostrar el desplacer que le causó con el señor de Believre, le mandó decir supo su llegada y deseaba verle, y en tanto hizo reforzar la guardia de Palacio y invió á inquirir qué gente entró delante dél y despues. Presentósele la Reina y preguntóle la causa de su improvisa llegada, y habiéndole respondido que á dar cuenta de sí y á suplicarle dejase la sospecha que tenía del pueblo de París, apartándose Enrique deste propósito, pasó á las cosas de Picardía, del Duque de Espernon y de las de Poitú, de que se habia tratado en la Junta de Soisons, y guerra dél; mas Guisa, por salir tambien de esta plática, exeusó el proseguirla por venir cansado del camino, y la remitió para el siguiente dia.

Solicitaban al Rey el Do y el Ghisse para que se librase del Duque miéntras estaba entre sus fuerzas desarmado y fuera de toda sospecha, mas el Rey no juzgó el tiempo por oportuno, y para su mayor seguridad envió por el regimiento de Picardía y mandó que la nobleza de las provincias cercanas viniese á París á dia señalado. Estaba tan congojado de ver allí al Duque, que si bien era gran artífice de saber astutamente disimular, no pudo en el siguiente dia no mostrarle su mal ánimo con el rostro torcido y mal sigura vista, apartándola dél estando con la Reina su madre; y ansí yendo á la Rovere se quedó atras el Duque y la mayor parte del acompañamiento con él, y dél y de innumerable pueblo fue llevado á su posada. Por esto temieron mucho sus enemigos, y el Rey, advirtiendo de haber metido en sospecha al Duque, á otro dia le acogió benignamente y trató con él sobre las diferencias de París y de su remedio, y á sus justificaciones mostró satisfaccion entera. Y paresciendo con esto tenerle asegurado, ordenó á Do, gobernador de París, de hacer entrar de guardia todos los coroneles ordinarios con sus compañías, y trújolas al cimenterio de los Inocentes en la plaza de la Greva y de San Joan con intento de mezclar esta gente con los zuiceros y franceses, que entraban á la ciudad al alba, conducidos por Mos. de Biron, de Tinteville y de Grillon; mas los ciudadanos, que no dormian entre tantas sospechas, considerando su presente peligro en que los querian meter con engaño del Gobernador y el conde Esclavino, habiéndolos traido á lo más apartado de sus moradas, comenzaron á decirles claramente que no los querian obedescer, y unánimes y en cuerpo dejaron las plazas y se retiraron á sus entradas, donde toda la noche estuvieron armados y algunas horas del dia, ántes que viniesen á sus casas, dejando en las plazas los soldados del Rey, franceses y zuiceros, en escuadron, fueron de los que entraron en los dos castillejos del Palacio de Villa que se fortificaban en la plaza del Mercado Nuevo y sobre todas las puentes, y lo mismo hicieran en las salas y plaza de Maubert, si fuera número bastante, como el Rey pensó, porque de ochenta compañías que le habian prometido de las de la ciudad, vinieron cuatro mil alinadas (1).

En cuatro horas que gastaron en tomar puesto, tuvo espacio el pueblo para prevenir la resistencia, y el Duque de Guisa de ordenarla para su seguridad y de aquel pueblo, conociendo que las compañías del Do y del Prepósito de mercaderes dependientes del de Espernon, estaban en guardia de las calles que iban á su posada con órden de no dejar pasar la gente armada á ella. Mas fue tal el concurso del pueblo armado y desarmado, que no le pudieron detener.

El Duque esparció por la ciudad á sus amigos para ser cabezas de los

(1) *Sic* : ¿avinadas?

parisianos armados y unidos en gruesos cuerpos y diversos puestos, y dixo de su parte al Rey el Arzobispo de Leon que, si tal novedad era contra él y contra sus amigos, estuviese cierto los hallaria prontos para morir honradamente; y respondió lo hacía para ser obedescido, y habiéndolo sido mal de sus ministros, queria castigar los inobedientes, y admitiera la embaxada si fuera de algun hombre de bien. El Arzobispo, lleno de pavor con la respuesta, dixo á la Reina madre jugaba su hijo la corona á los dados.

El rumor y alteracion de la ciudad crecia, y tomaba fuerzas la indignacion, y el ódio envexecido obstinaba los ánimos contra el Rey; y cerraron las puertas, echaron las cadenas de las calles y las barrearon de cincuenta en cincuenta pasos, y las ventanas llenaron de piedras las mujeres para tirar con increible presteza, y el pueblo en número mayor, que jamas se vió, concurrió armado. Fue tan general la alteracion, que no se atrevió el Rey á salir de su palacio ni á romperlos Grillon con quinientos hombres, como vanamente habia ofrecido. Envió caballeros á traerle algunos, y no se atrevieron por entender que los descaba castigar, y al de Believre al Duque de Guisa para espiar sus fuerzas é intencion, con decirle queria buscar algunos delincuentes, de que le inviaria lista, y no tocaria á sus amigos, y sería avisado de cuanto hiciese. Las puentes ocupadas desmembraban la ciudad, y le impedian la comunicacion del aviso y fuerzas, y Tinteville quiso ocupar á la fuerza la plaza de Maubert, para refrenar los de la Universidad, en poco número y sin cabezas. Por esto el de Guisa escribió al Gobernador de Orleans: «Avisaréis á vuestros amigos que vengan donde yo estuviere con caballos y armas sin bagaxe, con la mayor diligencia que puedan, y creo lo harán cómodamente, porque los caminos están seguros; yo he deshecho los zuiceros y hecho matar una parte de las guardas del Rey; y tengo el palacio del Louvre tan apretado, que daré buena cuenta de lo que está dentro, y esta victoria es tan grande que habrá della perpétua memoria. De París, á trece de Mayo de mil quinientos ochenta y ocho.»

En el siguiente dia se inviaron copias á los confederados de la jurisdiccion de.....(1)..... y Bles, y concurrieron á Bauberg para ir donde conviniese; mas ellos se defendieron, y ayudados y animados del Conde de Brisac, que desde San German iba á juntarse con el de Guisa, rebatieron los del Rey y á su capitan Rapin, no sin derramamiento de sangre. Aconsejaron al Rey sacase sus huestes de París, ántes que se las matasen, y no lo aprobó sin haber hecho alguna cosa aparente que mantuviese su dignidad en reputacion, y pidió al pueblo dejase buscar algunos en sus casas que le convenia prender; y le respondió sacase de París los soldados, y luégo sería servido. Y no quiriendo, buscando ocasion de pelear, los del puente de

(1) En claro.

San Miguel por fuerza echaron dél á los zuiceros y los del puente Pequeño y mercado nuevo, sólo con muerte de ochenta; y el Tinteville muriera si el de Brisac no le salvára.

En otros puestos no pelearon, retenidos los del Rey por el de Biron y el pueblo de los amigos del de Guisa, y por haberle asegurado el Prepósito de los mercaderes que de treinta ó cuarenta mil hombres serían con el Rey mill y los demas con el de Guisa. Hallóse Enrique tan engañado que, al que deseaba prender, le fue forzoso inviar á tratar de medios para deshacer tan gran alteracion con el Biron y Believre, y quiriendo disminuir la autoridad la creció, porque los de París se tenian por desobligados del Duque y ofendidos del Rey, y manifestó al mundo lo que era dubdoso al de Guisa, cuanto podia con el pueblo contra el mismo Rey, y bajando su reputacion, levantó la del Duque. Dolióse con los enviados Enrique de su proceder con el pueblo, y con él se resolvió en que sacase los extranjeros de París y los franceses tornasen á sus cuarteles, y volviesen atras el regimiento de Picardía y hombres de armas que se acercaron, y despues los ciudadanos se reducirian á sus moradas. Acordado con el Rey, no quisieron si el Duque no se lo ordenaba, que sólo él tenía con ellos crédito y autoridad; mas presentándoseles, halló en todos tan grande obediencia y respeto, que al punto entregaron las banderas y armas y prisioneros que ganaron á los del Rey, y gritaban «Viva Guisa»; y él les pedia que dixesen «Viva el Rey».

Esta aclamacion le traspasó el corazon, y haberse llegado el pueblo hasta la capilla de Borbon, muy cercana á su palacio. Allí trujo el Conde de San Pol los zuiceros seguramente, y entrados en el jardin, viendo que no salian de la ciudad, y que en vez de volver atras se acercaba más á ella el regimiento de Picardía y los hombres de armas, para entrar al amanescer, el dia venido, por la puerta de Sant Honoré, donde se presentaron los señores de Danuilla, Mercé y Rambouillet, no se desarmó el pueblo y les prohibieron la entrada, y con nuevas barricadas se fortificó en las puertas y reforzó de armas, mostrándose más irritado, ocupó el palacio de la ciudad y con mayor audacia la puerta de San Antonio, vecina á la Bastilla, y creció el número de los que guardaban las trincheas cercanas al palacio del Rey.

Él, para verificar si les quedaba algun respeto y obediencia á su Majestad Real, les mandó decir que queria ir á la Santa Capilla, que le franqueasen y despejasen las calles; y habiéndole respondido que podia ir á la capilla, mas no se habian de abrir las calles, experimentó que la multitud no podia ser recoxida á la veneranda majestad, gravedad y sacra presencia del Rey, estando en desordenado furor y olvidada de los beneficios recibidos de su Príncipe, reconosciendo sus fuerzas, atrevimiento y poca reverencia, no se tuvo por seguro, confirmado en este temor de muchos, de

que el pueblo desfogaria y cargaria contra él, se persuadió á obedescer á la necesidad, violentísima siempre, y á partirse.

Invió á decir á su madre quitase los tumultos con cualesquiera condiciones, que aprobaria cuanto ella prometiese, y se fué al jardin de Tuillería á esperar fuera de Puerta Nueva los caballos. No executó su partida, y preguntaron al de Guisa si le retendrian, y él respondió le dejasen partir libremente, y mostró en público descontento de tal resolucion, diciendo estaban las cosas compuestas más que jamas, y para ello sólo esperaba las Reinas en la Santa Capilla, que les fue dado libre paso con toda reverencia de tan innumerable pueblo armado, cual nunca creer pudieron.

En tanto que Enrique esperaba los caballos sobre una peña recostado, con lágrimas dixo: «¡Oh ciudad ingrata al que te amó más que se aman los propios hijos!», y fue de nueva pertutbacion interrumpido el decir más, porque los que guardaban la puerta del burgo de San German, quiriendo asegurarse de que los zuiceros no pasasen á su parte, cortaron las cuerdas á las barcas y temió le querian quitar la salida.

Partió ya tarde con sesenta hombres, en ruines caballos, y mal proveidos por la improvisa resolucion. Durmió en Rambolleto y pasó á Chiatres, disimulando su sentimiento y partida vergonzosa, burlando della con los que le seguian, y acordándoles la de Cracovia cuando huyó de ser Rey de Polonia por serlo de Francia por la muerte de su hermano el rey Cárlos IX, y mandó á las tierras que no dejasen llevar vitualla á París, con intento de asediarla.

Sabido por el Gobernador de Orleans, escribió á los que estaban en Baugencir: «Nuestro grande no ha sabido executar el desinio, habiéndose el Rey huido á Chatres, por lo cual yo soy de parecer que todos se vayan con quietud á sus casas, sin mostrar supieron nada; y cuando no lo puedan hacer seguramente, vuélvanse aquí; y ruégoles que esto sirva para los señores de Villecomblin, Cigonges y Marquenior, y ténganme por excusado si no escribo á cada uno en particular, y no es porque yo sea ambicioso, loco ni embriagado, sino porque estoy tan fuera de mí que no sé lo que me hago.»

El Duque de Guisa se abocó con los principales del Parlamento, y despues de haber mostrado su gran desplacer por las desórdenes causadas por los malos consejeros del Rey, les pidió no juntasen el Consejo en el dia siguiente. Respondió el Sor. de Arlés, primer presidente, eran llamados los consejeros ya, y reconociendo á él sólo por superior del Rey, exercitaria su cargo cual convenia. Mas no se confirmó en esta constancia, porque mirándole el Duque airadamente, y diciéndole no se tratase sobre los accidentes acaecidos, sólo se confirió sobre enviar embaxadores á pedir al Rey volviese á su ciudad, y lo aprobó la Reina madre y partieron para Chiatres el presidente Laghela; y el procurador, su hijo, entregó la Bastilla al Du-

que y á Testre, caballero de Guet, que la guardaba con vituperio por tener municiones y vitualla para defenderla muchos dias. Apoderóse luégo del Arsenal cercano del bosque de Vincenas, metió en prision en la Bastilla al Perreu, prepósito de los mercantes, y puso en su lugar al Sor. de la Chiapella en el de los esguízaros que huyeron á Rohan, trocando á los coroneles de la ciudad que no tenian por fieles, sin poderlo impedir la Reina madre, ni que tomase ella el juramento á los nuevos oficiales y aprobar su eleccion del pueblo, como si fuera hecha derechamente y conforme á la usanza antigua.

Esto parecia aún transferir la autoridad Real en la persona del Duque, el cual, no ménos vacilante en su ánimo, no tiniendo seguridad de ser justificado con el mundo, ansí como por esta ocasion no habia querido impedir la salida de París al Rey, procuraba proceder de tal manera que se induxiese á creer el pueblo habia sido siempre fiel vasallo del Rey, y que sus defectos y de sus consejeros causaban los accidentes que se veian.

Para significar lo mismo al Rey le envió al Conde de San Pol, diciéndole en escrito sus quejas y que sus enemigos procuraron sacarle de su gracia y apartarle de su presencia, no admitiendo la justificacion de su inocencia é injusticia de las calumnias de sus émulos, causando el precipitarse su Majestad con tan malas resoluciones para apoderarse de París ellos por sus particulares intereses, sin mirar á la disposicion de los tiempos para no revolver el reino, no admitiendo los seguros consejos de su madre y fieles consejeros. Esto le forzó á Enrique contra su naturaleza á procurar una cruelísima ejecucion, y para oponérsele y á las contínuas amenazas y locura de sus enemigos, les fue forzoso armarse; y su intencion era buena, pues vino á París tan débilmente acompañado, y se puso en sus manos libremente, fiando mucho de su Majestad; y si tuviera intento de ofender ó defenderse, viniera armado. Se habia contenido en los puros términos de la defensa, con humildad y devocion á su Majestad, y la obediencia en procurar por su primero mandamiento, sosegar la sublevacion del pueblo, para que no se desordenase con mayor daño, procurando por la observancia de la fidelidad y del respeto que siempre tuvo no ofender á los zuiceros, y si su Majestad tan ligeramente no se partiera, se acomodáran las diferencias con general satisfaccion.

El Rey mostró agradecer la visita, no sin indicios de su pasion, y dijo siempre fue el Duque bien afortunado combatiendo por la religion y por su Rey, y si se le oponia, quizá Dios le dejaria de su mano. Dijo al presidente Laghela tenía en tan gran reputacion aquel Senado, que si hubiera podido retuviera ó reprimiera el tumulto de París, ciudad amada y beneficiada dél por catorce años de su asistencia, con que creció su comercio y caudal, y se admiraba de su ingratitud. Estaba pronto para olvidar lo pasado y para recibirle benignamente en su gracia, por haber sido en-

gañada, pues le metió las guarniciones para evitar el tumulto que podian causar el haber concurrido más de quince mil forasteros, y no para arruinar la ciudad; pues ántes que se uniera la hubiera podido forzar y saquear. Viniese á su obediencia con toda humildad, y se valiese de su clemencia, de que usaria largamente con él, no como Príncipe ofendido, sino como amador de su bien y quietud.

Esto mismo manifestó en un escripto á todo el reino, y el Duque de Guisa lo que le tocaba, afirmando fue llevado á París para librar sus amigos de la crueldad de los suplicios del Rey enojado; y refiriendo los acaecimientos de París, procuraba persuadir estuvieron en miserable estado y término; disculpábase de la alteracion, y atribuíase la quietud della con las razones que escribió al Rey. Mas como es difícil moderarse en la felicidad, por la alegría, enemiga del consejo, y por oir y ver lo que se desea, dió algun indicio de haber sido el suceso dispuesto ántes, diciendo le advirtieron muchos amigos desde París de su peligro, y el pueblo asigurado y animado con su presencia tomó las armas y barreó las calles, por el órden que dió para asegurarse, y se desarmó con su autoridad con tanta quietud que hizo restituir las armas que á los zuiceros quitó y dejar al Rey en seguridad, conservando aquel respeto que el más constante enemigo irritado quizá hubiera perdido; y aunque le pesó de la partida del Rey y estuvo en su mano el detenelle, representaba la jornada como de triunfo, donde resplandeció la infalible proteccion de Dios con sus católicos, pues de tantos rigores y muertes que amenazaban aquel pueblo catolicísimo y á tantos buenos dél, y del inminente peligro de ser saqueada la ciudad, fueron librados sin pérdida de un real y de una gota de sangre por su medio, con que hacía enmudecer á sus contrarios, que lo quisieron calumniar de haber deseado fuese saqueada la ciudad para valerse del dinero para hacer la guerra á sus enemigos, y que en tal tumulto determinó prender al Rey; y habiendo impedido lo uno y lo otro esperaba con tan extraordinaria prueba de fidelidad quietar al Rey y hacerle pacífico para con él y todos los católicos del reino. Gloriábase de haberse apoderado del arsenal, de la Bastilla y demas lugares fuertes, y tener de su mano la casa de las Finanzas, cerrada para entregarlo todo al Rey pacificado; y si no para valerse de todo en servicio de la religion y de sus católicos y para librarse de las persecuciones de los confederados con los herejes, que estaban cerca del Rey; porque los de París estaban con la misma braveza y celo de conservar la religion católica y su ciudad en obediencia del Rey, que juntaba fuerzas y ellos tambien, y estaba en Chatres y ellos en París; y los de Amiens, Aveville y Bourges y otros lugares echaron ó aprisionaron los políticos, y todos inviaban á reconocer á París y á él. Era la justicia enteramente administrada, con grad contento de todos, y estaba rodeado de amigos y bien fortalecido de dineros y ánimo, y juntamente de honor y respeto al sobe-

rano suyo para conservarlo inviolablemente como convenia. Ordenaba á algunos amigos avisasen este suceso á Alemania; exhortaba las ciudades principales para no recibir nuevas guarniciones, para no dar ocasion de nueva guerra y servir con su haber á las inconsideradas pasiones de los que sólo procuraban que la hiciese el Rey para encubrir con esto sus faltas y errores en lo pasado, pues dentro de sus muros podian fácilmente, sin dejar innovar en cosa alguna, conservar la debida fidelidad al Rey. De esta manera daba lugar para suplicarle, regule el Estado como convenga á su servicio y al reposo universal. Rogaba á todos siguiesen su intencion y comunicasen con París las cosas al público beneficio pertenecientes.

Los parisienses tambien escribieron por todo el reino, convidando á seguirlos las provincias y pueblos, las causas que les constriñieron á armarse y darles cuenta de sus hacimientos. Hacian cargo dellos al Duque de Espernon, que apoderarse pretendia de aquella metrópoli como de la voluntad del Señor, y su partida fue por consejo de sus secuaces para tenerle firme en la confederacion de los amigos del Príncipe de Bearne. Rogaban á los buenos católicos y les advertian enviasen diputados para tratar de la defensa de su religion y de sus ciudades y entrar en perfecta union con París, para quejarse al Rey de lo intentado contra la religion y contra ellos y los demas súbditos y de sus oprisiones, y continuasen el comercio como siempre y en dar y recibir los avisos necesarios, pues llegó el tiempo ó de morir todos juntos ó de conservar la religion católica contra el Príncipe de Bearne, y librarse de la servitud á que el de Espernon los habia reducido. El Duque de Guisa era constituido en París, fuera del nombre, en toda apariencia Real, porque los del magistrado dependian dél, y ellos y el pueblo le obedescian en la córte, y en todas partes eran reguladas las deliberaciones importantes por su voluntad. En su mano estaban las cosas de justicia y gracia; en su poder las puertas y lugares fuertes de la ciudad, y á su devocion los coroneles y capitanes; á él hacian cabeza las ciudades y tierras que la misma fortuna corrian con París. Se hallaba rodeado de multitud de amigos, de seguidores y aduladores que siguiendo el principio de esta naciente fortuna le fortificaban, y sus parientes por cabeza le reconocian, y con la caida de ánimo del Rey, mayor en la apariencia que en el efecto, parecia caminase el pueblo á una evidente mudanza de Estado. Esto pretendian los amigos del de Guisa, pues luégo que salió el Rey de París escribieron, y aunque esto era suficiente para elevar otro de ménos industria y valor y menor en dinero que el Duque, á lo ménos la grandeza del hecho le toca, reducido á elevados intentos á vista de todo el mundo y del juicio universal. Mas pareciéndole no era bastante solo París á sostener tan gran pensamiento, por no estar asegurado de otras ciudades que mostraban deseo de ligarse con él, y para justificar la causa fué á Chatoterry, y la confirmó en su devocion, y á Meaux puesta sobre el rio de París.

A ella vinieron el Cardenal de Borbon y el de Guisa, muchos señores y algunos diputados de París y de otras ciudades, y católicos unidos para formar una peticion al Rey, que pareció ántes manifiesto de las causas que les movieron á hacer estos nuevos resentimientos, atribuyéndolos al Duque de Espernon y al Valeta su hermano.

Pedian, para no venir á poder de herejes, que de todos los oficios y gobiernos que tenian fuesen privados, refiriendo su mal proceder y de sus amigos con los católicos, la ocupacion de las plazas y la liga que tenian con los huguenotes, la avaricia del de Espernon que se satisfacia con cuanto de los tributos se sacaba, con que se impedia el hacer la guerra á los de la nueva religion, cuando estaban con ménos fuerzas y ánimo; y el Rey con la reputacion de tan señalada victoria, podia brevemente extirpar las herejías, y que para esto se unirian con su Majestad con todas sus fuerzas.

El Rey respondió hubiera ya hecho la guerra si no fuera impedido de los nuevos accidentes, y se ligaria con ellos con el ánimo y con el poder. Hicieron una capitulacion para este efecto y la aceptó y juró Enrique en la catedral de Roan, muy en favor de los católicos, administracion de sus tierras y seguridad universal. Declaraba rebeldes á los que no la aprobasen, y aprobó lo hecho en París, diciendo presidió el celo de la religion. Mandó se publicase y observase el Concilio Tridentino, y quitar treinta y dos impusiciones que hacian dar gritos al pueblo. Hizo otras condiciones, que parescian nacidas de su debilidad y eran de su astucia, contemporizando hasta asentar las cosas y restituirse en su entero poder, mejorar de opinion y luégo tomar venganza de los liguistas.

Por esto habiendo ido á reverenciarle, acompañando á las Reinas, el de Guisa, le recibió y acogió con tanta demostracion de amor y hasta respeto que le admiró, pasando los términos debidos y superando largamente su deseo; y pasaron tan adelante las simulaciones, que no se discernia cuál era el engañado, tratándose con gran seguridad, y obteniendo del Rey cuanto le pidió el Duque para su honra y augmento y los de su casa, apoyando su fortuna. No pidió el ser general del exército, que habia de entrar en el Poitú, por no apartarse de París, y dió el cargo al Duque de Nevers, para que fuese contrapeso del de Guisa, con quien tenía siempre emulacion, despues de la muerte del Príncipe de Condé, que sintieron gravemente, sucedida en San Juan de Angeli. Y segun carta procurada por los suyos, los católicos tomaron tanto ánimo en el Poitú, que embistieron los herejes y apretaron de modo que huyeron al Delfinado y Ginebra muchos, temiendo las fuerzas de la Liga y del Duque de Mena y del de Saboya, y de que la armada que se hacía en España fuese para destruillos.

CAPÍTULO VIII.

Nombra el Rey D. Felipe por general de la armada contra Inglaterra, por muerte del Marqués de Santa Cruz, al Duque de Medinasidonia. — Su esclarecida nobleza y cualidades que le adornaban. — Generales de mar y tierra que le acompañaban. — El de Parma envia cerca del Rey al autor de esta historia y á Castro, su camarero, para tratar de la suspension del envío de la armada. — Inconvenientes que habia en juntarse la armada de Flándes con la de España. — Temor del Rey de Francia y de los hugonotes. — Previene la defensa la Reina de Inglaterra. — Número de combatientes, barcos y municiones, de que constaba la armada de España.

Muerto el Marqués de Santa Cruz con sentimiento de los reinos de España y de su familia, que tenía en su prudencia, valor y buena fortuna libradas las esperanzas del buen suceso contra Inglaterra, perdió la armada el buen pastor, en cuyo buen gobierno fió la vida y honor en varios trances y conflictos de Marte. El Rey nombró por sucesor al Duque de Medinasidonia, capitan general del Andalucía, de la ilustrísima casa de Guzman, cuyos mayores merecieron en premio de sus grandes servicios ser ricamente heredados desde que vinieron de Leon, con gran antigüedad y nobleza de sus montañas, á la conquista de Toledo con el rey D. Alonso, y desde allí con D. Fernando el Santo á la de Sevilla, dejando un lugar que les dió el nombre con otros treinta y ocho de que eran señores, que de unos en otros tiempos no les faltaron grandes capitanes.

Tenía su morada el Duque en San Lúcar de Barrameda, aunque su título era de Medinasidonia, que en las pasadas edades fue poblacion de los de Tiro, poco despues de faltarles á Cádiz destruida por los griegos y naturales cercanos y restaurada por los moros, segun lo muestra el nombre, pues en árabe suena Puebla de Sidonia. El fundador desta gran casa fue D. Alonso de Guzman el Bueno, renombre que conservan los descendientes, que guardando á Tarifa echó el cuchillo con que degollaron á su hijo ántes que rendirla á los moros. Faltaba al Duque esperanza por no haber dado su grandeza lugar para tomar la que otros que de pequeños príncipes ascendieron á cargo de tanta autoridad y esperanza. Era prudente y dócil, con que sabria en los consejos con discrecion y buen entendimiento eligir y seguir los pareceres de tantos valerosos capitanes y señores que siguian la armada, principalmente el de D. Alonso de Leiva, general de la caballería de Milan; de D. Francisco de Bobadilla, maestre de

campo general; de Joan Martinez de Recalde, almirante y cabo de la escuadra de Cantabria, y Diego Flores de Valdés, de la de Castilla; D. Pedro de Valdés, de la del Andalucía; Oquendo, de la de Guipúzcoa; Bertendona, de la de la carrera de Indias; de las urcas, Lópe de Medina; de las cuatro galeazas napolitanas, D. Hugo de Moncada; de las galeras, el capitan Medrano, que las llevó á la expedicion de la isla Tercera; y los votos de los maeses de campo D. Diego Pimentel, hermano del Marqués de Tavara, D. Francisco de Toledo, del Conde de Orgaz, D. Agustin Mexía, del Marqués de la Guardia y D. Alonso de Luzon, del tercio de Nápoles, y Nicolás de Isla, todos de gran nombre por antigua milicia, buen consejo y claros hechos; y llevaban á su cargo ciento y treinta compañías de españoles, en la mayor parte veteranos y bien armados.

Los embaxadores ingleses, para efectuar la paz con el rey D. Felipe, habiendo debatido dos meses sobre el lugar donde se habian de juntar, alargando la plática para gozar del tiempo, para prevenirse contra las armadas de Flándes y España, acordaron verse en la campaña entre Ostende y Aldemburg, y no se admitian las condiciones propuestas por ambas partes, y daban por causa el esperar cada hora la venida de la armada que estaba en Lisboa, vergas en alto, y habiendo de haber llegado para embestir á los isleños ántes que se previniesen, parecia al de Parma se alcanzaria útil paz, porque el ánimo de los ingleses era de efectuarla, si la armada se detenia algunos dias en partir de España, pues no podia estar conforme con lo acordado á los veinticinco de Abril en Calés; y para advertir al Rey me envió en posta y al capitan Castro, su camarero, natural de Toledo, para que llevase la resolucion del Rey á Flándes, porque yo habia de quedar en la Córte para ser ocupado en los papeles de Estado, para que me encaminó el Rey desde que se sirvió que dejando mis estudios, en que iba bien encaminado, en el exercicio de los papeles me habilitase, conociendo mis fundamentos naturales y adquiridos, disponiéndome para cosas mayores.

No admitió la suspension su Majestad, y yo le dixe mirase que el juntarse la armada de Flándes con la de España no era posible, porque los galeones pescaban veinticinco piés y treinta de agua, y en aquellos mares de Dunquerque en algunas leguas no los habia, y no habiendo de estar tan arrendados para no dar en los bancos de arena, con maestrales se tendrian muy á lo largo, y entre nuestra armada y la de Flándes podria estar otra del enemigo que pescase ménos agua que la de España, para no dejar salir la del de Parma sin alcanzar nuestra artillería de la armada y plazas á batilla y apartalla; y consistiendo la jornada en esta union y no pudiéndose hacer, no se haria la jornada, y su Majestad perderia tiempo y expensas y aventuraba en mares y canales bajos y de furiosas corrientes por el desemboque de grandísimos rios, las mayores fuerzas de su monarquía y de la cristiandad, sin tener puerto para asegurarse.

Con la respuesta conforme á los efectos, volvió Castro á su amo, y yo partí á ayudar á proveer en Castilla la Vieja y Galicia, con el secretario Andrés de Alba, un socorro de treinta navíos, que habia de partir en tomando pié en Inglaterra los españoles.

Los heréticos de Francia temian que en su contra viniesen con tan poderosa armada, aunque la voz era de que se emplearia contra Inglaterra. Tambien los católicos cuidaban vendria en su amparo, y por esto era la nueva de gran sospecha y áun molestia al Rey de Francia, como á la Reina de Inglaterra, considerando que si al señorío de España se juntaba Inglaterra, Francia sería eternamente en peligro, y dolíase de ser coxido en tiempo que no podia dar socorro de ninguna suerte, y porque sabía que los liguistas, y principalmente el de Guisa, tenía para esta empresa inteligencia con el Rey Católico, para vengar la muerte de la Reina de Escocia, su sobrina; y áun se tenía por cierto se ofreció de ir en la armada, mas tuvo por más útil su asistencia en Francia para mover las cosas de manera que Enrique no pudiese ayudar á la reina Isabel, y por esto se renovaron los tumultos de Francia, para que della ni de Enrique ni de los huguenotes pudiese ser ayudada, porque les impedia el ser socorridos de Inglaterra y el socorrerla ellos y á ellos Alemania, faltando el dinero y autoridad que para las ayudas pasadas dió la Reina; y aunque Enrique por esta ocasion podia hacer con gran ventaja la guerra á los huguenotes, le retenia el hacerla la forzada capitulacion, que le era grave molestia, y el temor que le apretaba más de que señoreando los españoles á Inglaterra, ayudarian más poderosos al Duque de Guisa, para no poder vengarse dél, como deseaba y trazaba, y por el desprecio de su reputacion, habiendo hecho entender al Pontífice que no lo permitiria jamas. En esto era muy engañado, porque siendo confederado con el Pontífice, sin tener que fingir ocasiones..... (1) ..... y que era obligado de ayudar á cualquiera empresa contra los herejes, le parescia no hacía como padre comun, con el acrecentamiento de uno procurar la ruina de muchos. Los huguenotes con el poder desta gran armada se tenian por perdidos, si el rey Enrique iba contra ellos tan gallardamente como podia.

Por este temor dejaron algunas plazas quitadas á los católicos, y entre ellas á Marans, por el poco cuidado de el Larrie en guardarla, donde el Sor de Chuseo se fortificaba para defenderle del gran armamento que el Príncipe de Bearne hacía en amparo de los de su secta de las armas con que los amenazaban. La fama, que llenó el mundo de los aprestos del Rey Católico contra Inglaterra, hizo el peligro y el temor universal, por unos papeles que hubieron los franceses firmados de los oficiales de la armada en

(1) Faltan palabras.

Portugal, del número de navíos, de sus fuerzas, con razon de los príncipes, duques, marqueses, condes, señores llamados ventureros, con otras personas de calidad y de muchos capitanes, de quien se podia presumir que, no siendo sólo para hacer servicio en la armada, todos iban en ella para ocupar el lugar de la nobleza de Inglaterra y Escocia con sus posesiones, haciendas, estados, honras y casas. Esto hizo tanta furia é impresion en los ánimos de una y otra religion, que por temor é indignacion generalmente acudieron á tomar las armas, con determinacion de salvarse consumiendo en ello sus haciendas y vidas. Esto mismo invió segunda vez á representar la reina Isabel á los escoceses y á su rey Jacobo, añadiendo le venian á ocupar los españoles el reino, que habia de heredar, como verdadero sucesor suyo legítimo; finalmente le dixo mirase que los españoles eran de contraria religion de la suya, y la causa de la guerra ser ambicion de imperio. Escribió á sus embaxadores que trataban la paz en Flándes no reparasen en puntos de poca importancia para concluilla, y con su esperanza entretenia sus vasallos que la deseaban; mas iba previniendo lo necesario en mar y tierra para su defensa con solicitud y cuidado, y nombró por su general en tierra al Conde de Lecestre, con lo que aprendió en la escuela de Flándes tenido por soldado, y su lugarteniente al de Arundel, aunque era católico por hacer de los enemigos amigos. A éstos siguieron las demas familias nobles, sin eceptar las reales de York y Lencaster. Previno la entrada por Plemuth, en la provincia de Divonia, con diez mill hombres á cargo del Conde de Bath, y en medio del reino un buen exército guiado de Milor Nusdon, y otro con los nobles habia de quitar, cinco leguas de Lóndres el rio abajo, la entrada al Duque de Parma, donde cerró la navegacion con estacada fuerte, y el de Lecestre con el resto de las fuerzas asistia á la Reina.

Guarneció los lugares de las marinas, y cerca dellas puso gente de manera que para impedir la navegacion y desembarcacion, en tres dias se juntarian veinte mil peones y caballos; y para esto universalmente contribuyeron con dinero heréticos y católicos, aunque sospechosos siempre de que, en pisando la isla los españoles, se incorporarian en su exército. En juntarse en tres dias veinte mil aprovechára poco, porque en dos dias y en ménos se podia ganar resueltamente acometido cualquiera puerto y añadiendo doce mil españoles á los seis que habia en Flándes, bastarian á sujetar la isla y su multitud imperita, poco enseñada en los trabajos de la guerra; y juntos con las demas naciones de gran nombre del exército del Duque de Parma, y asistidos de tan gran capitan, que no gobernados, porque cada soldado de cuenta podia ser general, y cebados en la ganancia de hacienda y honor, fueran brevemente subyugados los ingleses, porque confesando ellos consistia su salvacion en defender la embarcacion, y no pudiendo aventurar su última fortuna á una batalla, si se considera cuán fuerte é invencible sea

un exército disciplinado contra un colecticio sin uso de las armas, escaramuzas, mayores y menores conflictos, fácilmente se conocerá cuán poco tiempo durára la guerra puesta en sólo un hecho, segun mostraban las veces que desta manera se perdió Inglaterra, acometida de inferiores fuerzas de naciones ménos generosas que las que agora la habian de asaltar.

En Plemuth y Darmuth puso el Almirante, gran calvinista, apóstata dos veces, gran favorescedor de los herejes y su teniente, la armada que hicieron á costa de los burgeses y mercantes de navíos ingleses, flamencos, bretones y normandos por ser así la usanza en Inglaterra, y fue de ciento ochenta vasos con veinte galeones de la Reina, y con otros navíos de Noruega, Irlanda y de la Rochela, mayores y menores, todos en número de doscientos cincuenta. Para reconoscer la de España corrian desde su isla á las islas de la Rochela para evitar el desembarcar en Milfort, y tomado el castillo entrar en la campaña de Loid y Vomer. Contra la armada de Flándes pusieron al milord Enrique Seymur con los navíos holandeses de Noruega y Frisinghen.

La armada de España contenia sesenta y cinco galeones y naves gruesas, veinticinco urcas de trescientas á setecientas toneladas; diez y nueve patajes de á ciento trece calzas y cuatro galeazas y cuatro galeras, veinte caravelas para servicio y diez falúas, que son ciento sesenta bajeles en que iban soldados, capitanes, marineros, remeros, ventureros, entretenidos y de la artillería, ministros y oficiales de la armada y justicia, en que iban más de treinta y un mil personas, las veinte y nueve de tomar armas, con dinero y vitualla para seis meses y municiones en abundancia, con mucho número de barriles para aguada, galletas, friniles, baldes para agua, cueros de vaca, planchas de plomo, zurrones de becerro para el servicio de la pólvora, sacos, mochilas, botillas para vino ocho mil, cinco mill pares de zapatos y once mil de alpargatas. Iban encabalgamientos para doce piezas de batir y veintiuna de campaña, con balas para ellas, jarcias, lana, brea, sebo, estopa, clavazon, banderas y flámulas con la figura de Jesueristo y de su Madre Santísima, y con las armas de su Majestad. Para tirar la artillería en tierra se llevaron mulas y los carretones, carros-matos y largos, y jarcias, cabrias, tablones, siete mil arcabuces de respeto, mill mosquetes, diez mill picas y seis mill medias, mill partesanas y alabardas, sin las ordinarias armas que lleva la gente de guerra y de mar. Mandó el Duque embarcar los señores encomenderos encomendando á los más señalados y soldados los navíos, para que su asistencia aprovechase en la concordia y mover las armas y para que fuesen con autoridad conveniente á su calidad y méritos y procurase cada uno que su navío se señalase en todas las acciones.

CAPÍTULO IX.

Sale al mar la armada española.—Entra de arribada en el puerto de la Coruña.—Prosigue su rumbo á Inglaterra.—Su encuentro con la armada inglesa.—Combates.—Da fondo la española en Calés.—No se resuelve el Duque de Parma á unirse con ella.—Sale de Calés.—Determina el Duque de Medinasidonia volverse á España.—Faltas cometidas en esta expedicion.—Censura Cabrera al P. Fray Josef de Sigüenza por criticar esta empresa.—Trata de casarse el Gran Duque de Toscana, y partidos que le ofrecen el Pontífice, el Rey Católico y la Reina de Francia.—Negocia el Papa el casamiento de su sobrina con el Príncipe de Parma Rainucio.

Partió la armada de la costa de España á treinta de Mayo con varios accidentes, y desbaratóse al salir de la barra (1) con recio temporal que la esparció y forzó á la Real capitana con buena parte de la vanguardia á entrar en el puerto de la Coruña, donde se entretuvo muchos dias esperando el juntarse el resto de las escuadras que corrieron á la Tercera, Astúrias, Guipúzcoa, y islas Sorlingas, cercanas á Inglaterra, donde arribó con doce urcas Pedro Coco Calderon, contador de la armada, guardando el órden que habia dado el Duque, y pudieran hacer lo mismo él y los demas, ganando el tiempo que dieron al enemigo para armarse perdiéndole en la Coruña, esperando para salir vientos de mediodía, pocos y escasos en aquel tiempo en Junio y Julio, necesitando el Duque de Parma (2) apartar su exército de las marinas para sustentalle, porque desde que salió la armada de Lisboa hasta que llegó á Calés, gastó sesenta y nueve dias.

Viérnes, veintidos de Julio, salió el Duque de Medina de la Coruña con toda la armada reparada y amunicionada, llevando en su Real Capitana, por mandado del Rey, al maestre de campo general D. Francisco de Bobadilla, por despacho que le dió el secretario Andrés de Alba, que proveyó allí la armada de los bastimentos que con mucho trabajo y gasto se llevaron de Castilla á Galicia, para veinte navíos de socorro que habian de ir á la armada, echada la gente en tierra. Navegó prósperamente con surdoeste algunos dias, y lúnes á treinta y uno despachó al capitan D. Ro-

(1) De Lisboa.
(2) *Sic*; pero debe ser el de Medinasidonia.

drigo Tello á Duinquerque á socorrer la armada y dar aviso al Duque de Parma de su venida, y á traer relacion del estado de su armada y exército y de la disposicion y medio para juntarse con la de España.

El mártes, habiendo estado hasta el mediodia en calma, caminó con nordeste y con noroeste, hasta media noche, que sobrevino nordeste y oeste, y faltó la galera patrona, porque habia mucha agua y se fué á tierra.

Miércoles, á veintisiete, fue el viento más fresco con mar gruesa y borrascosa, que hizo apartar muchas naves, y echó las galeras á la costa de Francia. Abonanzó el juéves, y numerando los bajeles de la armada faltaban cuarenta y tres (1) y las galeras. Fondaron el mar y se hallaban en treinta y cinco brazas de agua y á treinta leguas de las Sorlingas. Allí despachó tres patajes al cabo de Lisarte á reconocer si estaban allí las naves derrotadas, y á darles órden que se entretuviesen hasta que él llegase; otro pataje á descubrir la tierra, y otro á decir á los capitanes de los navíos que alargasen trapo y caminasen para ver los que atras quedaban.

El viérnes, veintinueve, navegó la armada con viento este, y volvió el pataje de cabo de Lisarte con aviso que D. Pedro Valdés estaba adelante y habia recoxido los bajeles que faltaban, excepto la capitana de Joan Martinez de Recalde, y de las galeras no sabian qué derrota tomaron, y se descubrió el cabo de Inglaterra.

El siguiente dia llegó junto á tierra la armada, y en descubriéndola hicieron fuegos y humadas los isleños á la tarde, y mandó al alférez Juan Xil que en una zabra de remos se alargase á tomar lengua, y descubrieron muchos navíos, que por haber niebla y llover no se pudo saber el cierto número. A la media noche volvió el alférez con cuatro pescadores Ingleses que embarcó y dixeron habia salido aquella tarde de Faramut la armada.

El último de Jullio parecieron sesenta bajeles sobre viento de los de España, y por la parte de tierra, sotaviento, otros once con tres galeones grandes, cañoneándose algunos navíos, ganando el sobreviento hasta unirse con su armada. La católica se puso en órden, poniendo la capitana el estandarte Real en el trinquete, y el enemigo pasó tirando cañonazos á la avanguardia que traia á su cargo D. Alonso de Leiva, que con mucho valor tan gallardamente resistió, que pasó el enemigo á cargar sobre la retaguardia que Recalde caudillaba. Él, por no perder su posta, aunque vió que algunos bajeles se incorporaban en el centro de la armada, hizo rostro al enemigo que le cargaba, rompiéndole el estandarte, y tocaron dos balazos en el trinquete. Quedó de retaguardia D. Diego Pimentel con el galeon San Mateo y con las naves San Juan, en que iba D. Diego Henriquez, hijo de D. Luis, visorey del Pirú, de la escuadra de Diego Flores, que en la

(1) Cuarenta, dice Herrera, que eran las urcas.

Real capitana asistia al Duque en el gobierno de la navegacion. La Real amainó trinquete, alargó escota y esperó el navío de Recalde para recogerlo en la batalla.

Maltrataron una nave los ingleses, y fue á dar en Bretaña á Havre de Gracia, y el Duque recogió su armada, aunque los enemigos se alargaron por haber ganado el viento por ser buenos veleros y regirse bien. A la tarde la nave Santa Catalina, roto el bauprés y la vela del trinquete, se incorporó en la batalla para aderezarse; y la armada católica procuró ganar el viento al enemigo, y como á las cuatro tocó fuego en la pólvora de una nave de las de Guipúzcoa, con mucho daño de los que iban en ella, del dinero y libros del sueldo y gastos de la armada, del cargo y descargo del pagador Juan de la Huerta. El Duque tiró una pieza, para que la armada siguiese al socorro de la nave y patajes á recoger la gente y la ropa que salvarse pudiese.

En esta vuelta que dió el armada se quebró el árbol mayor á la nave de D. Pedro de Valdés, soldado más plático y valeroso que venturoso. El Duque volvió atras á socorrerle y darle cabo, mas por el mar grueso y el viento recio no lo pudo hacer su diligencia, quedando poco á poco sin vella, por ser ya noche, y porque Diego Flores de Valdés dixo al Duque que, si amainaba para esperarlo, perderia la jornada, porque no era posible ver más su armada, que estaba muy adelante, y á la mañana sin dubda se habria hallado con la mitad ménos; y teniendo la enemiga tan vecina no la debia aventurar por un bajel, aunque era de los más importantes. Ordenó el Duque quedasen en su conserva el capitan Ojeda con su capitana y la de Diego Flores con cuatro pataxes y una galera, para que procurasen darle cabo ó sacar la gente y ropa della y echarla á fondo. Por grueso mar y viento reforzado ni se pudo hacer lo uno ni lo otro, y ser de noche y seguir el Duque su viaje, recoxiendo su armada, en la cual se quisieron incorporar.

A la mañana, descubierta la nave de los enemigos, fue embestida de dos galeones de la escuadra del Vice-almirante, llamados el Triunfo y la Victoria, que los tuvieron della. Tomaron ánimo los ingleses con ver desamparado tan buen navío, por cuya conservacion podia aventurar el dar una batalla, pareciendo que caminaba la armada solamente á salvamento. Cuanto en esto se pudiera haeer, hiciera el Duque, aunque más persuadido de Diego Flores que no socorriese á Valdés, por ser su enemigo, por lo que estuvo preso en el castillo de Búrgos Diego Flores, procesado por mandado del Rey, y D. Pedro de Valdés preso en Lóndres mucho tiempo con incomodidades, porque abreviase el rescate ó recibiesen el precio, hasta que andando en corso el capitan Baltasar de Ortega y el teniente Bernardino Cosa y Juan de Castilla, prendieron en el mar del paso de Inglaterra á Francia al coronel musiur de Wintes, inglés, y le llevaron á Francia, y por no lo haber manifestado dentro de las veinticuatro horas de la premá-

tica, le tomó por perdido el Duque de Meneluq, general de Francia por la Liga, y á peticion del Duque de Parma le llevaron á Flándes, y el Rey le trocó por D. Pedro de Valdés.

El mismo dia, lúnes primero de Agosto, el Duque ordenó á D. Alonso de Leiva que pasase con la avanguardia á unirse con la retaguardia en un cuerpo con tres galeazas demas, y los galeones San Mateo, San Luis, Santiago y el de Florencia que iba en la escuadra de Portugal, que todos eran cuarenta navíos, los mayores de la armada, para hacer rostro al enemigo, tomándola á su cargo en tanto que Juan Martinez de Recalde acomodaba su navío; y así navegaria dividida en solos dos cuerpos la armada para hacer rostro al enemigo, con lo cual decia Flores que el enemigo no le podria impedir el unirse con el Duque de Parma. Invió sus sargentos mayores en patajes á la avanguardia y tres á la retaguardia á decir á los capitanes de los navíos que todos guardasen su posta, so pena de la vida. A las diez, visto que Oquendo decia que se iba á fondo y que no se podria remediar, hizo sacar la gente y dineros del Rey y afondó el vaso. A la tarde envió á Juan Gil, alférez, en un pataxe á dar cuenta al Duque de Parma de su estado y parte donde se hallaba.

El dia siguiente al amanecer, por hallarse la armada enemiga á sotavento la vuelta de tierra, haciendo su posible por ganar el sobreviento, el Duque dió bordo hácia la tierra conservándose, siguiéndole las galeazas de la avanguardia, y el resto de la armada un poco atras. El enemigo, viendo esto, y que de allí no le podia ganar, volvió con otro bordo sobre su armada. En este tiempo Bertendona con su capitana acometió la inglesa para embestirla, y acercándose á ella cuanto pudo le volvió la popa; sallendo al mar arribaron, cargándola el Marqués de Peñafiel con el galeon San Márcos; D. Agustin Mexía, con San Luis; D. Diego Pimentel, con San Mateo; D. Francisco de Toledo, con San Felipe; D. Diego Pacheco, con la capitana de Oquendo; D. Diego Tellez Enriquez, con la nave San Juan de Sicilia, que anduvo hasta salir el sol el dia siguiente, acometiendo á los enemigos gallardamente; Gaspar de Sousa, con el galeon de Florencia; Antonio Pereira, con el de Santiago; D. Diego Henriquez, con la nave San Juan, de Diego Flores; D. Alonso de Luzon, con la Salcuzera, nao veneciana, y las galeazas que se hallaban de vanguardia, bajaron muy cerca de tierra por el corriente, y ansí mandó el Duque que á vela y remo se mezclasen con el enemigo, y con su Real volvió á cargarla juntamente con algunos bajeles de la retaguardia, procurando abordarse con los enemigos, con gran deseo de pelear de poder á poder con ellos.

Todo ayudaba poco, porque cuando se hallaban cerca de venir á las manos se alargaban, recibiendo la carga con ventaja por la ligereza de sus bajeles con el reflujo y el viento en favor, y cargaron la Real á la retaguardia. Socorrióle D. Alonso de Leiva, á tiempo que la Real estaba en

medio de la batalla; caminó á dar ánimo á los navíos que estaban atacados con la retaguardia inglesa, apartadas de ambas armadas, ordenando al capitan Marrolin que en una falúa diese órden á los bajeles cercanos á la Real para que volviesen en favor de la Real. Dejáronla los enemigos volviéndose para su Real, que venía sola arrimándose para socorrer sus baxeles, y viéndola el Duque venir de vanguardia hácia su Real, amainó las velas y revolvió contra ellos haciendo rostro, jugando tanto de su artillería que la hizo retirar. Acudieron en socorro de la Real, Recalde, Leiva, el Marqués de Peñafiel y Oquendo. Pasada ya la mayor furia, la almiranta enemiga se alargó al mar, disparando una pieza, pareciendo recibió daño, para recoger los navíos empeñados con la retaguardia católica, dividida en D. Antonio de Leiva y Recalde.

Otro dia al salir el sol parecieron los ingleses tirando cañonazos á la almiranta y por la popa las galeazas, que derribaron la entena de la vela mayor á la almiranta inglesa; y los otros baxeles, sin dejar sus postas, los hicieron retirar.

El juéves, cuarto dia de Agosto, los ingleses dieron gran carga á la urca Santa Ana y á un galeon de Portugal. Socorriéronlos D. Alonso de Leiva, D. Diego Tellez Enriquez y las galeazas con tanta determinacion que los libraron de muchos navíos ingleses que los tenian rodeados, al tiempo que en la retaguardia católica se trabó la escaramuza reciamente. Los ingleses cargaron sobre la Real en la avanguardia, arrojando muchos baxeles que se le arrimaron más que el dia primero, tirando muchas piezas gruesas los de la cubierta más baja, y le cortaron la trinca del árbol mayor, matando algunos soldados della. Socorriéronla D. Agustin Mexía, Recalde, Oquendo, D. Diego Henriquez y otros navíos, cargando delante de la Real católica, no pudiendo, por causa del corriente, tenerse á una banda, y los ingleses se retiraron, y su capitana quedó maltratada. Contra ella volvió la Real, siguiéndola Recalde, D. Diego Tellez y otros, teniendo á sotaviento la armada contraria, que sacaba á remolco su capitana con once barcas esquifadas, y quitó el estandarte y la artillería, y pidió socorro la Real almiranta, y otros navíos se le acostaron tanto que los enemigos entraban á socorrerla, único remedio de la armada católica y causa única de su victoria, diferida porque el enemigo no se atracaba para combatir, escaramuzando y huyendo por la mayor ligereza de sus navíos, y queriendo socorrer su capitana, era necesario abordarse ambas armadas y venir á batalla cerrada, como deseaba el Duque y los generales y señores. En este punto refrescó el viento en favor de la capitana inglesa, y alargóse dejando las barcas, y en su armada tomó su posta. El Duque, viendo no era de momento la carga que daba á los ingleses y que se hallaba en Isladuich, tiró á recoger para proseguir su viaje, y siguiéndola su armada caminó adelante, quedando el enemigo muy atras.

Este dia, que llegó á Isladuich, despachó el Duque al de Parma con el capitan Pedro de Leon, avisándole de la altura en que se hallaba y de lo sucedido, y que importaba que su Alteza con toda brevedad viniese con la armada, inviando cuarenta filipotes que se atacasen con los ingleses, con que le asiguraba la victoria cierta en toda la jornada, y le inviase balas de á diez libras y de á cuarenta y seis, por las muchas que habia gastado peleando tantos dias y más que si diera cuatro batallas. Este dia dió el cargo de la escuadra de D. Pedro de Valdés á D. Diego Enriquez.

Estando el siguiente mar en calma y las armadas á vista, despachó al piloto Domingo Ochoa sobre una falúa á pedir al Duque de Parma los filipotes, de muy buenos efectos. Al ponerse el sol caminó la vuelta de Calés, y sábado, á las seis de la mañana, parecieron las dos armadas vecinas, navegando sin tirarse, por tener los católicos viento en popa y la retaguardia recoxida con muy buen órden. A las diez se descubrió á Boloña, en la costa de Francia, navegando la vuelta de la rada de Calés, donde arribó á las cuatro de la tarde.

Hubo diversos pareceres sobre que no se ancorase en aquel derecho, sino en Margot, como se habia determinado, inclinando los demas pareceres á que se pasase adelante. El Duque, entendido de los pilotos que traia consigo, que si de allí pasaba los corrientes le forzaban á salir del canal al mar del norte, se resolvió á las seis de la tarde de ancorar frontero de Calés, siete leguas de Dunquerque, donde podia el Duque de Parma juntarse con ellos; y debíalo excusar hasta que supiera no tenía intento de embarcarse, ni pudiera teniéndole, segun estaba desapercibida la armada en más de quince dias, despues que la de España dió fondo en Calés; y así con tantos avisos de los parajes del de Medina no se movió ni el de Rentin, general de la armada, estando en Bruxas, catorce leguas la tierra adentro, sino como si los avisos fueran falsos no se movieron hasta que llegó el Secretario del de Medina desde Calés á Bruxes, y refiriéndole dónde se hallaba, respondió: «¿Pues qué puedo yo hacer más de salir de aquí?»; debiendo tener más cuidado en lo que tanto importaba á la cristiandad, pues una negligencia perdia la ocasion que se habia de granjear con la diligencia. Invióle al punto al Príncipe de Asculi y á D. Jorge Manrique, veedor general de la armada, para que le apretasen á salir luégo para Dunquerque, y al capitan Heredia á Calés á visitar á Monsieur de Jordan (1), gobernador, y dar la causa porque allí habia ancorado, ofreciéndole buena amistad y correspondencia.

La noche siguiente se juntaron con los ingleses treinta y seis navíos con

(1) Gordan escribe Herrera.

tres galeones de la escuadra de Juan Aquines, que estaba á vista de Dunquerque, arrimándose todos los navíos ingleses á una legua de nuestra armada. Volvió el capitan Heredia al Duque y refirió que el gobernador Jordan ofrecia con buena voluntad mucho. Confirmólo por la mañana un sobrino que de su parte vino á visitar al Duque con presente de refrescos y darle aviso que aquella altura, donde habia ancorado, era peligrosa por la furia del corriente y travesía de aquel canal. Envió al pagador Juan de la Huerta y al proveedor Bartolomé de Pedrosa á comprar á Calés municiones. La noche ántes despachó su secretario al Duque de Parma para dar razon del puesto que tenía y ser imposible entretenerse en el sumo riesgo de la armada. Al alba arribó de Dunquerque D. Rodrigo Tello, y dixo que el de Parma estaba en Brujas, donde le visitó y que mostró contento de la llegada de la armada. El Príncipe de Asculi y D. Jorge Manrique instaban con el de Parma que se embarcase; él decia que lo haria, mas que miraba el no poner en ruina tantos gastos, aprestos y gente; respondiéronle que para este efecto se habia hecho, que lo emplease: y á ocho de Agosto con gran trabajo pasó de Neoport á Dunquerque, acercándose algo á la armada aunque muy consideradamente, viendo el deseo de su gente de embarcarse y pasando en Inglaterra satisfacer su apetito con los anguelotes y escudos de la rosa de la isla.

Arrimándose á la armada católica una escuadra de hasta veinte y seis navíos, entró el Duque en sospecha que traian alguna invencion de fuego, y dió aviso á la armada para que estuviesen alerta y proveidos de soldados en las barcas para el mesmo efecto. A media noche se vieron salir ocho vasos á todas las velas, derechos con el corriente, hácia el armada de España, ardiendo con mucho fuego, viéndoles acostar sin impedimento, temiendo la máquina de minas de Anvers, hizo desancorar y que las demas naves le siguiesen, ordenando que se abriesen, á que pasasen los baxeles de fuego, y se volviesen luégo á sus puestos. La galeaza capitana y la nao San Juan de Sicilia, apartándose de un navío de fuego, quedaron de la banda de afuera; la Real y algunos baxeles cercanos á ella tornaron á sus postas, y disparó el Duque una pieza, para que la armada hiciese lo mismo. No fue sentido y fue causa de la pérdida de la jornada y daño della, pues la furia de la corriente bajó los otros baxeles á los bancos de Dunquerque. Viéndolos el Duque tan adelante y el enemigo con todas las velas iba sobre él, desancoró para recoger su armada y procurar de volverla al puesto que dejó; mas por refrescar mucho el noroeste, travesía de aquella costa, y cargar la armada enemiga con treinta y seis baxeles con gran priesa con el favor del refluxo sobre el Duque, que estaba en la retaguardia, sin poder llegar á su armada para recogerla, y por ser cercana á los bancos de Dunquerque, segun decian los pilotos flamencos que traia consigo, se resolvió por salvarla de hacer rostro á toda la armada inglesa,

enviando pataxes á avisar á toda su armada que se detuviese á orza, porque ya entraban en los bancos de Dunquerque.

La capitana inglesa, con la mayor parte de su armada, cargó á la Real con gran furia, metiéndose á tiro de mosquete no más, y duró el combatir hasta las cuatro de la tarde sin intermision ni volver la proa la Real jamas, librando de los bancos la Almiranta y el galeon San Márcos. La galeaza capitana, no pudiendo seguir la armada, fue la vuelta de Calés, por haber salido el timon de la aguja y el másculo de la femenela, habiéndose asido en baxa mar á una áncora de las que algunos picaron, creyendo que la artillería de la tierra la librára de algunos navíos ingleses que la daban caza, para salvar la gente siquiera, como iban sin gobierno encalló á la entrada del puerto en sus bajíos, y trastornóse perdiéndose el mejor baxel que en su espacio sustentó el mar. Puédolo afirmar, porque éste y los demas que vinieron en España, se fabricaron con mi asistencia en el tarazanal de Nápoles. Don Alonso de Leiva, Recalde, Oquendo y todos los baxeles de los maeses de campo quedaron maltratados, y tan gastadas las municiones de tirar nueve dias contínuos, que ya no tenian balas.

La capitana de Diego Flores, en que iba D. Diego Tellez, sustentó la carga del enemigo cuanto le fue posible. Don Francisco de Toledo asaltó la retaguardia inglesa procurando abordarla, mas por los muchos cañonazos le fue forzoso volver atrás. Vino socorriéndole D. Diego Pimentel, y ansí apretaron reciamente al enemigo ayudados de Recalde, de D. Agustin Mexía, de D. Alonso de Luzon, de D. Diego Tellez y la nave Santa María de Begoña; mas cargaron tantos navíos de los más gruesos del enemigo, especialmente contra Toledo, Pimentel y Tellez, casi abordados sin aferrar, combatiendo con la artillería, defendiendo con arcabucería y mosquetería, que fue forzoso que la Real católica los socorriese, y ansí los enemigos se alargaron recogiendo su armada.

El Duque invió patajes á sacar la gente del galeon San Felipe y San Mateo, que por lo mucho que habian combatido estaban hechos pedazos. Sacóse de San Felipe, y no queriendo D. Diego Pimentel dejarla sacar de San Mateo, mandó que fuese D. Luis Venegas á saber si podian navegar. Era tarde y el mar grueso, y no pudieron llegar al galeon y aquella noche le vieron ir á Zelandia donde se perdió.....(1)..... y á San Felipe, no pudiendo hacer ménos porque se anegaban. En Neoport se salvó don

(1) Faltan palabras. «Arrimóse la urca Doncella al galeon San Felipe en que entró toda la gente; y estando D. Francisco de Toledo en él, dieron voces que la urca se iba á fondo, y el capitan Juan de Santiro y D. Francisco de Toledo se volvieron á San Felipe y fue gran desgracia, porque no fue verdad que la urca se afondaba, y con San Felipe tambien se fueron la vuelta de Gelanda, á donde dió en manos de los holandeses.» Herrera, de quien está tomado este pasaje, refiere con más claridad y extension esta importante empresa que Cabrera, que á veces le copia casi literalmente.

Francisco de Toledo y la gente; el baxel tomó el enemigo, porque queriendo meterse en la urca Doncella, habiendo pasado della el capitan Roca Sanctiso al galeon, y dicho que se iba á fondo, tomó la derrota de Flándes.

Pesó mucho al Duque de Parma (1) de que no se sacase la artillería, de mucho deseo este dia, y trabajó el Duque por volver sobre la armada inglesa para recobrar el canal; mas como todos los pilotos le dixeron no era posible por el mar y el viento contrario, travesía de aquella costa y que era forzoso salir al mar del Norte ó despeñar la armada en los bancos, no pudo excusar la salida del canal con sumo desplacer; y tanto más, porque el dia siguiente dos horas de amanecer refrescó el viento, de manera que la Real, con andar á orza cuanto le fue posible, vino á caer á la costa de Zelandia. Habiendo procurado entretenerse para entrar otra vez en el canal al alba, cesando el viento, la armada enemiga con ciento y nueve navíos paresció por popa de la católica, léxos poco más de media legua. La Real de España quedó de retaguardia con Recalde, Leiva y las tres galeazas, el galeon San Márcos y San Juan, la nave San Juan de Sicilia de Diego Flores, hallándose léxos los otros baxeles católicos y muy á sotaviento. Viniendo los ingleses hácia la Real, se puso á trinca; mas las galeazas y otros navíos de retaguardia se atravesaron haciendo rostro al enemigo, y ansí se fue retirando. El Duque disparó tres tiros á la hila, para recoger su armada, é invió un piloto con un pataje á avisar á los baxeles que navegaban adelante que se tuviesen á orza, porque ya estaban para dar en los bancos de Zelandia. Por esta causa los ingleses no siguieron al Duque, teniéndoles ya por perdidos. Los pilotos prácticos de aquella costa le afirmaron lo mismo al Duque y que procurase salvar su baxel, porque iba sin remedio á dar sobre los bancos con el maestral furioso que corria, y sólo Dios los podia remediar. Mas como nunca falta á sus fieles, cuando los ve en el último trance y mayor peligro, trocóse el maestral en viento de mediodía, sacando la armada al norte sin perder baza un navío.

La noche siguiente llamó á consejo el Duque á D. Alonso de Leiva y á los demas capitanes generales para resolver lo que se habia de hacer, propuesto el estado de la armada y la falta de balas de artillería que se veia en el pedirla de los navíos de importancia. Se trató si sería bien el volver al canal de Inglaterra, porque lo habia deseado y procurado mucho y al presente lo deseaba, ó si se haria viaje á España por el norte, pues se habia tenido y se tenía aviso cierto que el Duque de Parma no podia salir tan presto. Todos fueron de parecer que se volviese á España, pues la armada estaba falta de tantas cosas, y los navíos se hallaban hechos pedazos por la mucha resistencia que habian hecho combatiendo. El Duque, con el viento

(1) *Sic*: Debe ser el de Medinasidonia.

favorable, se alargó siguiéndole el enemigo; y á los diez de Agosto, miércoles, aflojando la furia del viento se fue el armada enemiga acercando á la católica con todas las velas la vuelta de su retaguardia; y pareciendo al Duque que iban en ella pocos baxeles, aunque iba solo, amainó las velas de gavia la Real y se atravesó esperando la retaguardia. Disparó tres tiros, apartados el uno del otro, para advertir á sus navíos que caminaba con todas las velas. El enemigo, viendo que la Real atravesó y que las galeazas iban de retaguardia con hasta doce baxeles de los mejores, llegaron á tirar.

Este dia despachó el Duque de Parma, que veia los sucesos de la armada, al capitan Moresin al de Medina, diciendo que pues habia perdido el canal sin poca esperanza de volver á él, no tomase tan largo y mal siguro viaje para España por el mar del Norte armada tan maltratada como al cierto mostraban los mejores galeones de ella perdidos, que le inviaria pilotos para que los llevasen á las ciudades libres del imperio é islas llamadas Anseáticas, donde sería acoxido y proveido de cuanto menester le fuese para repletar y proveer su armada, ó en un puerto desierto, poco más arriba de Enden, que es de ninguno, donde pasaria él en persona al reparo y beneficio della; en aquel invierno harian efectos grandes contra las islas rebeldes y se dispondrian las cosas en tanto en España y en Flándes, de manera que la armada pudiese hacer la jornada contra los ingleses que ya no podia; donde se verifica que el parecer postrero corresponde al primero, y que nunca se ha de cometer empresa á quien la contradixo, no la propuso ó no la aprobó.

El juéves, once de Agosto, siguió su viaje con el mismo viento, y á la tarde el enemigo volvió con todas las velas sin la escuadra de Juan Aquines; mas atravesándose las galeazas, la Real se paró y el enemigo tambien. Viérnes á doce se mostró otra vez, y viendo la retaguardia católica reforzada, volvió á Inglaterra.

Todos los dias siguientes navegó el Duque con el mismo viento hasta salir del canal del mar de Noruega, sin que fuese posible, aunque se hubiera intentado, el volver al de Inglaterra.

A los dos de Setiembre, costeando el mar del Norte, los vientos le arrojaban á la parte de Escocia y sus islas tenebrosas y mal siguras á los mareantes, llamadas Orcadas. Aquí un piloto inglés y otro holandés convinieron en que se hiciese á la mar ciento cincuenta leguas para doblar el cabo de Clara y de Irlanda, para no dar en las costas peligrosas, si viniese algun temporal ordinario en aquel paraje, ganaria un viento de tres que tenian contrarios, y se apartarian de las nieblas que procedian de las islas. Aprobaron este parecer D. Francisco de Bobadilla y Diego Flores, y así el Duque dió órden á la armada que le siguiese, y si el tiempo contrario la apartase, se encaminase á la Coruña, donde esperasen unos navíos á otros.

Caminando la vuelta del canal de San Jorge, entre Escocia y Irlanda, sobrevino furiosa tempestad, que duró desde el alba hasta las diez con notable daño de la armada. Desaparescieron más de veinte navíos, siguiéndola Recalde, que tomó la vía de Irlanda; D. Alonso de Leiva pasó en el canal de su nao, llamada la Rata, porque se iba á fondo, á la galeaza Xiron, procurando aferrar á Escocia. No pudo por sobrevenir la noche; la galeaza no era muy fuerte leña, y así no sufrió la furia del mar, y se abrió y sepultó en él, sirviendo de ataud á D. Alonso, al Conde de Paredes y á don Francisco Manrique, su hermano. Lo mismo sucedió á D. Diego Enriquez con su nave y al galeon San Márcos. Recalde procuraba reparar algunos navíos que arribaron, á donde aferró, y al de D. Diego Bazan, sacada la gente, le dió barreno. Al mismo puerto llegó Márcos de Aramburey y salió con siete navíos para España y tras él Oquendo y Recalde, y murieron éstos dos generales, en llegando á Santander el uno, y Recalde en la Coruña.

El Duque dobló el cabo de Clara y vino á España á veinticuatro de Setiembre. Invió relacion al Rey de lo sucedido con D. Baltasar de Zúñiga y á pedir licencia; dió aviso al archiduque Alberto de todo, respundiendo á una carta en que le decia el Cardenal que parecia encanto el no saberse del armada, le avisase lo que sabía, diciendo solamente estas palabras: «Por la relacion que va con ésta, que me invió el Duque de Medina, veréis en qué paró el encanto. Dios os guarde.» Envió licencia al Duque y en su lugar á D. Juan de Cardona, de su Consejo de Guerra, para amparar la gente maltratada y mal sana del gran trabajo que habia padecido, á cuyo remedio con gran demostracion acudieron las ciudades de Castilla la Vieja, especialmente su cabeza Búrgos y su corazon Valladolid, enviando medicinas, médicos, hermanos de los hospitales para enfermeros, vestidos, comida, dineros, á cargo de comisarios que mostraron bien el buen deseo con que sus fidelísimas ciudades se señalaban. Bien quisieran los aficionados á la casa del Duque acudir al remedio de los males de su gente, pues su presencia consolára y pudiera mucho, mostrando su beneficencia, grandeza y liberalidad con los que libró Dios, pues volver sin victoria no quita á los príncipes la generosidad de sus corazones, ni el mérito de su gran valor. Fue de grandes señores y reyes ganar y perder jornadas.

Su retirada dió causa para que se dixese erró grandemente en tomar jornada tan grave, hallándose en la Coruña derrotada la armada, que tardó tantos dias en recogerse con falta de vituallas, pues podia tener certeza de buen suceso (1) engañado por los provcedores. No debia moverse llegado á las Sorlingas, hasta saber si el Duque de Parma tenía tan pronta su em-

(1) Faltan palabras.

barcacion, que para juntarse con él no tardase más que una marea. Entró por el canal sin claridad alguna, y se echó mar al través casi dos dias, debiendo seguir su viaje, procurando meterse en Falamua, porque el enemigo estaba en Hartamua, y lo podia hacer con facilidad. Usó pocos ardides de guerra, cuando descubrió al enemigo, pudiendo con una parte de la armada hacerle cara y con la otra procurar ganarle el viento, forzándole á pelear, pues se conoció en aquel dia no queria abordar. Fue mal consejo no socorrer á D. Pedro de Valdés, aunque arriesgára toda la armada, porque la desanimó y causó el decir que, pues á tal caballero no socorria, poco podian esperar los demas de su socorro. Erró mucho en ancorar en Calés, no estando cierto de que el de Parma se juntaria con él brevemente y no perderia la galeaza capitana, dos galeones y dos navíos, y tomar la resolucion de volver á España por la más terrible resolucion y navegacion que jamas se hizo con tormentas contínuas y hambre. No se dieron órdenes á la armada combatiendo, ni buscó ardid para mejorarse y ofendelle al enemigo, ó á lo ménos dalle miedo, y más en la noche que se anchoró en la bahía de Calés, pues valiéndose de la creciente pudiera mezclarse con la armada enemiga y hacer buenas facciones.

Los reinos de Castilla sirvieron con ocho millones al Rey para que prosiguiese la empresa, porque la guerra quedaba abierta y el enemigo armado, y las fuerzas que juntó para su defensa procuraria emplear con ofensa, y todo obligaba á gastos excesivos por la seguridad del mar y de las Indias y flotas de ellas; y para mostrar hubo mal consejo y temeridad en acometer y poca constancia y ánimo en proseguir, debia estar más poderoso y para impedir los progresos del enemigo. Hízolo ansí el señor de los turcos, Selin, cuando perdió su armada en el mar de Negroponte en el año de mil quinientos setenta y uno, pues en el siguiente se dexó ver en Navarino con tan copioso número de galeras que pudo resistir é impedir el hacer daño á la de la Liga en las costas de la Morea y el efecto de sus designios. Temiendo los del Rey Católico, Inglaterra hizo los acometimientos que se vieron, por traer léxos de su casa las fuerzas del poderoso, como punto en que consistia su conservacion y blanco donde se miraba para acometerla en ella.

Los ociosos con ordinaria inteligencia juzgan las acciones de los príncipes, no para loar lo que bien obran, sino vituperar lo que tienen por ménos bueno y dan reglas para gobernar y son..... (1) ..... en Terencio y loza en tener el arca del Testamento, creyendo se caia cuando la tenía Dios. El Padre Fray Joseph de Sigüenza, prior que fue del Real Monasterio de San Lorenzo, insigne en todas letras y religion perfecta, en el segundo vo-

(1) Hay un hueco de media línea en el manuscrito.

lúmen de la *Historia de la Órden de San Jerónimo* discurre sobre esta jornada sin tocarle y poco advertidamente, pues dice era tiempo sin sazon, cuando partió la armada de la Coruña, siendo en el estío en que los golfos son puerto incierto, y poco el órden que llevó, siendo bien claro fueron los vasos grandísimos llevados del viento y de la poca prudencia; que se perdió casi toda, no siendo de cinco partes las dos, y los más por no seguir su Real capitana; que Dios abrió los ojos á la nacion española, para que se viese que el principio de sus azares nace de la soberbia, altivez y confianza de su valor y destreza, maña y poder; pues cuando por muy particular oráculo del cielo lo emprendiera y la causa estuviera aún mucho más justificada, esta soberbia y vana presuncion, de que sin duda hubo mucha, aunque es cierto que se vió solamente modestia, disciplina observante, compusicion con Dios y oracion de los que iban á la empresa y de los que en España quedaban, bastára para que Dios hiciera en nosotros mayor castigo; y la causa de todo tuvo la justificacion que referimos; y que la guerra era defensiva en el fin, justa siempre; y el no corresponder los efectos á los consejos, sucedió en las empresas mayores sujetas á grandes accidentes, y más en las que igualmente pueden prudencia y fortuna. Por esto frailes no son buenos para historiadores sino de sus religiones, que conocen y comprenden, donde tiene lugar la aridez del sentir y decir y el meterse luégo á predicar en cada columna, pero lo agrio de su oracion del Padre Fray Joseph es tan proprio en él, que amigos y enemigos padecen por su natural autoridad y libertad excesiva.

En este tiempo el Gran Duque de Toscana, Ferdinando, trataba de casarse, y el Pontífice le ofrecia su sobrina, el Rey Católico una de las hijas de los Archiduques, y la Reina de Francia su nieta, hija del Duque de Lorena, y aportaba en la conclusion para tener más fuerzas, temiendo que habia de sobrevivir á su hijo Enrique, que no podia estar con seguridad ni dignidad en Francia despues de la muerte del Rey y trazaba el retirarse á Italia y que la corona no cayese en la casa de Borbon sino en la de Lorena, dejando encaminar muchas cosas á su grandeza y abatimiento de su contraria. Y para el asiento desto, publicaba el Gran Duque, cierto ó fingido por su reputacion, le pedia la Reina vistas en Marsella, y no la complacia por ser el viaje incómodo y peligroso para su estado el ausentarse.

Para tratar el casamiento de la hija del Archiduque invió D. Felipe á Florencia á D. Luis de Velasco, que vino de las Indias á recibir comision de tan gran Rey; mas excusóle el ser aún Cardenal. Exasperóse, porque el Rey apretaba en que restituyese á D. Pedro de Médicis, su hermano, que residia en su Córte, todo lo que derechamente le pertenecia de la herencia de su padre Cosme y de la donacion que le hizo y de Estado que fundó para el hijo segundo que habia poseido el Cardenal, en cuyo lugar estaba. Despues de haber entrado el Cardenal en el de primogénito, nunca fue re-

conocido, como debiera, á la Corona de España, autora de su bien y conservacion; mas le fue sospechoso siempre, inclinado á la parte francesa para asombrar con ella y mostrar no tenía qué temer de poderoso, aunque Luis de Ibarra, de su Consejo, procuraba satisfacer los ministros y parciales de España en esto, y respondia el no poder casar los Duques de Florencia sino á satisfaccion del Rey de España, conforme prometió su padre cuando le invistieron; pero él decia era el casamiento libre, y no pudo el Cosme obligar á los sucesores en aquel sacramento contra voluntad ajena. Y así efectuó el casamiento con Cristina, hija del Duque de Lorena; pero muerta la Reina madre, como adelante se dirá, viendo que áun no habia dinero para traer la mujer, se arrepintió y dió á entender casaria con la sobrina del Pontífice, para tener color de quebrar el concierto matrimonial.

El Conde de Olivares le dixo aceptase el casamiento con la hija del Archiduque, pues con la sobrina de Sixto sólo le daban trescientos mil ducados de dote, sin otro parentesco ni amistad y seguridad en las necesidades. El Pontífice le escribió se resolviese en efectuar su matrimonio con la de Lorena por instancia de Riechelo; y Sixto, indignado porque andaba algunas veces en hábito de seglar, le amenazó con que le quitaria el capelo, y respondióle bizarramente se pondria otro de hierro, amenazándole con las armas. Al fin le dió su Santidad á su instancia á un..... (1) ..... que fue de nota para los dos y de murmuracion y poco honor para el Sacro Colegio.

Luégo Sixto pidió para casar su sobrina al Príncipe de Parma, Rainucio, y el Gran Duque le queria para la suya, y el Conde de Olivares lo refuctaba por lo mal que procedia en las cosas del Rey Católico, y le decia estaria más quieto y seguro con ménos tratos dobles que traia en Roma y siendo más pronto para el servicio de su Majestad Católica, y admitia el casar con la hija del Archiduque ó con la sobrina del Pontífice por tener su casa necesidad de dote; y el Pontífice pedia casar á su sobrino D. Miguel con doña Ana, hija de D. Juan de Austria, que despues de la muerte de Margarita, duquesa de Parma, estaba en el monasterio de Santa Clara de Nápoles, esperando á lo que el Rey, su tio, quisiese disponer della. Parecia esto tan aceptable que en la familia del Pontífice se puso por hecho, por haberse alargado á dar al Farnese cien mill ducados de renta para su hermano, y dar el Pontífice doce capelos á su devocion para asegurar la sucesion de los de su séquito en sus necesidades. El Rey se oponia contra este aumento y parentesco, por tener Rainucio humos de Portugal, sangre de Austria y su padre á Flándes en su mano; y poder el Pontífice pretender lo que otros para sus sobrinos, y se debia pensar que bien podia suceder, sin ofensa del Duque, que todo es posible, dejando la sin-

(1) En claro.

ceridad de las partes en su lugar y previniendo con destreza á lo que podia ser. Esto causó el no efectuar el casamiento ahora sino despues de la muerte de su padre con la sobrina de otro Pontífice, causando no pocos daños á la cristiandad y á las cosas del Rey Católico de no haberle dado la sobrina de Sixto V, por la demasiadamente curiosa y escrupulosa razon de Estado.

CAPÍTULO X.

Convoca el rey Enrique los Estados generales en Bles.—Finge extremado afecto al Duque de Guisa.—Recibe éste avisos de que el Rey traza su muerte.—El Duque de Saboya se apodera del marquesado de Saluzo.—Cree Enrique que es obra del de Guisa.—Asesinatos del Duque y Cardenal de Guisa.—Prisiones de otros liguistas.—La ciudad de París se levanta en armas contra su Rey.

Deseaba el Rey de Francia tomar venganza de los de la Liga, y animado con el mal suceso de la armada de España contra Inglaterra, que temió y le empeñó tanto, y con ánimo más seguro quiso convocar los Estados generales en Bles para tratar del asiento de las cosas del reino, donde viniendo desarmados podria fácilmente executar su deseo. Antes de enviar las convocatorias y partir de Chiatres, mandó al chanciller Chiaverny y al Sr. Villeroe y á los demas secretarios de Estado que no interviniesen más en los Consejos, y partiesen de la Córte y no paresciesen más donde estuviese, y encargó los sellos al señor de Montelon, abogado consultor en el Parlamento de París y creó otros señores. Maravilló la insólita resolucion, mas juzgóse fue porque tenía sospecha que algunos otros secretarios eran de la parte de los de la Liga. Dolió mucho á los de Guisa por faltarles en la Córte oficiales con quien tenian amistad y buena inteligencia.

Partió Enrique para Bles con las Reinas y los coroneles y gran número de diputados, y hubo dificultad en admitir al Príncipe de Conti y Duque de Soissons hasta que truxesen bulla de absolucion del Pontífice, por haber seguido y favorescido los heréticos. Hizo su proposicion y peticion de dineros con la exageracion de sus necesidades y deseo de acabar las herejías de su reino. Los diputados querian volver á sus ciudades, porque cuando se juntaban á desagravar los pueblos, se proponia el cargarlos con nuevas demandas é imposiciones. Fueron detenidos por el Duque de Guisa y dispuestos para dar satisfaccion al Rey; parecióle á Enrique tenía más autoridad el Duque, y el beneficio tuvo por injuria por reconocerle de su enemigo, y ofendióle acerbamente y más el asigurar á Horacio Rucelai, ad-

ministrador de las rentas de Lagal, que no se le tomaria la cuenta como los diputados pretendian, aunque no lo habia tratado con ellos, pues le tenía en su proteccion por habérselo pedido las Reinas, en cuya presencia haria quemar los libros. Estas cosas, hechas del Duque, ó por ambicion ó por alcanzar la gracia del Rey, le irritaron más en su contra, encrudeciéndole en ira y dolor y memoria de sus pasados peligros por la excesiva autoridad de aquel vasallo; y confirmó su deseo en deliberacion de matarle ántes que la ocasion pasára.

El Duque, satisfaciéndose de la apariencia de buena voluntad y grado de sus atenciones con que se señalaba con él Enrique, habiendo regulado y ajustado su entendimiento á esta creencia, creia reglar así al Rey con su voluntad, y no creia cuando se le advertia de su mal ánimo contra él y lo que para destruille trazaba con gran turbacion de los diputados que tenian en el Duque libradas las esperanzas de su ley y amparo de la religion católica. Esta voz del deseo y tramas para su venganza significaron al Rey, y cuánto sería detestable en una asamblea tenida por sacrosanta y debajo de la pública seguridad que ministraba el Rey..... (1) ..... ansimismo junto con su Majestad para el bien general. Respondió con su ordinario fingimiento, tendrian el siguro necesario, pues en lugar de hijos los tenía, y no habia de ofender los embaxadores de todo un reino; y procuró quitarles el temor con agradables palabras y promesas grandes, diciendo estaban en su proteccion.

No fundaban los de Guisa en palabras su defensa, porque la simulacion y mala intencion del Rey bien conocian, sino en parecerles no se atreveria á executar en su contra, por no arriesgar todo el Estado con accion tan terrible. Por otra parte, eran tan frecuentes los advertimientos que les hicieron aconsejarse sobre su salvacion, por no haber dejado quedarse en Bles el gran número de amigos que vino en su acompañamiento. El Cardenal de Guisa y el Duque, con el Arzobispo de Leon, los señores de Bassompier y Menaiville, en una junta acordaron saliese de Bles el Duque y asegurase á sí y á los demas con su retirada. Conociendo tarde el daño, aventuraron mucha mercaduría en un solo bajel, con exponer tantos de su casa á un hecho en las fuerzas del Rey, de cuya fe con prudencia no debian fiar como tan sospechosa á ellos, siendo tantas veces pública y secretamente avisados, y no era creible hubiese dejado el enemigo el enojo; y miéntras lo ocultaba, los avisaba y debian creer y temer para evitar su daño no ménos que de perder la vida. El Arzobispo sólo fue de contrario parecer, mostrando era perderlo todo, perdiendo con la retirada el campo, y se disolverian los Estados, con que declinarian mucho la reputa-

(1) Faltan palabras.

cion y autoridad del Duque; se tratase de otro remedio ménos aventurado, porque no pudiendo el Duque justificar con el mundo el ánimo y resolucion del Rey contra él, no debia poner en tanto riesgo su honor y causar la resolucion de los Estados y de culparle de no haber prevenido y deliberado sobre cosas tan importantes á todo el reino y á la religion, y dar ocasion al Rey de informarle con tal desórden.

En tanto el Duque de Saboya trataba de emplear las fuerzas que habia juntado, con voz de ir sobre Ginebra, en asegurar que el marquesado de Salucio no viniese en poder de los herejes calvinistas, porque el señor de Diguiers estaba de acuerdo para esto con Fita, herético, lugarteniente del Valeta en el marquesado, habiendo hecho la tregua para expugnar á Castel Delfino, una de las puertas de Italia, con gran peligro de sus Estados y de Italia, y trataban con algunos capitanes del Duque de que les entregasen á Piñarol y Cuni, plazas importantes. Partió el Fita á recibir al Diguiers en la ciudad de Saluzo y le metió en ella con su caballería, dando fuerza á la sospecha del Duque de Saboya de que eran de acuerdo en su perjuicio y de la religion católica; y para dar color á la execucion de su deseo, ganó en Carmañola, plaza importantísima y fortísima, al capitan Simon Provanzal y á los soldados, y metiéronle en ella y puso guarnicion y aseguró su posesion.

La causa para esta novedad manifestó luégo á los Príncipes de Italia, fue preservarla de la herejía, que por el Piamonte podia entrar en ella y así mantendria el marquesado en nombre del Rey de Francia y dejaria su gobierno en manos de sus ministros, atendiendo con esto más á su servicio, pues si cayera en manos de los herejes el marquesado lo perdiera para siempre, y se lo restituiria cuando cesase el peligro de los herejes, habiendo hecho prueba de sus respectos en otras ocasiones, imitando á su padre en la misma restitucion hecha poco ántes que muriese, entregándola al Marechal de Retz. Y ansimismo á su peticion dejó la empresa de Ginebra entónces, pertenesciéndole por derecho, habiendo reconocido por soberanos los Marqueses á los Duques de Saboya, y lo reconoscia cuando por la injuria de los tiempos y potencia..... (1)..... fue de los Reyes de Francia

(1) Hay un hueco en el manuscrito y todo este párrafo está oscuro. Por esta razon se transcribe á continuacion lo que acerca de este particular dice Herrera en su *Historia de los sucesos de Francia*. El Duque de Saboya «pretendia tener derecho (al marquesado de Saluzo) como feudo antiguo de su casa, y que alguno de sus pasados lo habia poseido; porque los Marqueses de Saluzo, como feudatarios de los Duques de Saboya, los solian jurar fidelidad y tomar envistidura, lo cual parece haber hecho catorce veces. Pero pareciendo al Marqués en el año de mil cuatrocientos y ochenta y uno que era gran vergüenza ir en persona á hacer el juramento un hombre de su edad y capitan valeroso al duque Cárlos de Saboya, que era niño, envió un comisario que lo hiciese, y juzgando que este caso perjudicaba al derecho del Duque, movieron la guerra al Marqués, y se le tomó el Estado como á vasallo desobediente y rebelde de su señor, y el Duque quedó en posesion del Estado. Sabía bien este

injustamente ocupado y recibió en su proteccion Enrique. La memoria de la empresa de Ginebra y del trato de los herejes para ocupar á Salucio fue traida para indignar al Pontífice y á los Príncipes católicos y que aprobasen con ella la ocupacion de Salucio.

Sintió Enrique gravemente esta ofensa en tiempo tan calamitoso y envuelto en disensiones domésticas, y más el haberse apoderado de todo el Estado, á que no se moviera sino con inteligencia del de Guisa y del de Mena, que estaba en Leon con poca ocasion entretenido. Al Pontífice no desplació como á los Duques de Florencia y Ferrara y á la República de Venecia y Reina de Inglaterra, porque sus embaxadores instaban con el Rey Cristianísimo para que procurase su recuperacion. El de Saboya fortificaba el marquesado sin miedo de ser apretado de Enrique, porque no tenía dineros, y de Italia no los habria, por no meter la guerra en casa. Mas sospechando que á tal empresa no se moviera el Duque sin comunicacion del de Guisa, trataba de acelerar su venganza y él de satisfacer al Rey; y así abocado con él en el dia de Santo Tomás apóstol le dixo para certificarse de su fe, habiéndole visto comulgar, paseándose con él por el jardin, apoyado en el hombro del Duque, despues de largo razonamiento de cosas gravísimas del reino y al mismo pertenecientes, conocia el celo y mala satisfaccion que engendran en muchos la fuerza y favor que le hacía; y el haberle hecho su lugarteniente en los exércitos causó en algunos tal encono, que por envidia y malignidad sembraron en todas ocasiones diferencias para sacarle de su gracia; y él para apartar toda sospecha de aquella fe, que tenía en tanta veneracion, y procurando que supiese cosas que á otro no fiase cuanto él de la bondad de su Rey y de la propia conciencia, por quitar la ocasion de la envidia y malos oficios que le hacian, vino á suplicarle con todo afecto se tomase su cargo de lugarteniente, pues podia sin deservicio servirse de él ó en la guerra de Ginebra ó de Salucio ó cerca de su Real persona, ó en otro cargo más apartado de la envidia. Atento le oyó el Rey y sin mudar semblante, que fue observado de muchos que de aparte atendian á la gravedad de los discursos, y más de algunos que sabian lo que el de Guisa habia de tratar; y respondió se maravillaba mucho de su razonamiento, porque sus cargos y oficios no eran tantos y tales que satisfaciesen á sus méritos ni al amor que tenía á su per-

---

Marqués desposcido, que se llamaba Juan Luis, que algunos de sus predecesores habian asimismo tomado investidura del Rey de Francia, como señor del Delfinado, y por esto el Rey de Francia puso en el Estado al marqués Francisco, hermano del dicho Juan Luis, el cual cedió su derecho al Rey; y habiendo el marqués Francisco servido mucho tiempo á franceses, pasó al servicio del emperador don Cárlos V en el principio de la guerra de Piemonte, y por esto el rey Francisco I ocupó todo el marquesado de Saluzo; y demas desto un Marqués de Saluzo juró fidelidad al Duque de Saboya de aquel tiempo en presencia del Delfin de Vicenois, que lo consintió, del cual Delfin proceden los derechos que el Rey de Francia tiene sobre el marquesado, como señor del Delfinado.»

sona, preciada más que á otras, de que esperaba gran beneficio y la entera obediencia de su reino; y por esto le convenia aumentar su honor y mercedes en buena gracia y debajo de la pública seguridad que ministraba el Rey; y ansí con aplauso de todas las provincias y con gran razon debia ser preferido, porque en los consejos y executiones valia mucho; y habiendo los Estados determinado hacer algunas aventajadas demostraciones con él, queria prevenirlos para que dél y no dellos las reconociese, y ansí para esto se hallase con el Cardenal su hermano en la junta siguiente, donde conocerian la aficion que les tenía y cuánto deseaba su honra y acrecentamiento.

Al fin de dos horas de comunicacion se apartó el Duque, besándole la mano, alegre sobremanera, y dió parte de cuanto habia pasado á sus amigos, y con la disimulacion del enemigo se asiguró habiendo con suaves palabras trocado el mejor consejo; y el señor de Pichere, su gentilhombre, que le amaba y que le indució más que otro á hablar al Rey, por los contínuos avisos de cuanto se concertaba contra él y agora poco ántes de executarlo, no se asegurando, le persuadia temiese más la blandura del Rey que la ira, y se ausentase, porque le habia de matar sin duda muy presto, y se le habia descubierto queria quitársele de delante, para que por su seguridad no se cambiase la muerte; y viéndole fixo en ella imaginaria seguridad, diciendo no creia contra ella cosa de las que contra el Rey le habian dicho con artificio para meterle en sospecha de su fe, persuadiéndole las señales del rostro las malas artes del señor contra lo que tenía en el ánimo por sus ofensas, como habia satisfecho cargando en su ambicion sin consideracion; que la amistad del vencido sale siempre simulada con el vencedor.

Era el Duque osado, magnánimo, fácil á ser ganado con términos y palabras corteses. El Rey habia comunicado su gran cuidado y deseo de venganza con Alfonso Corso (1), Termes, Belaguarda, Oñac; y el Corso tenía por muy difícil justificarse con el mundo, comenzando de la execucion, y muy peligroso para hacer levantar el pueblo, por la ofensa que los Estados recibirian, y convenia aprisionarle y fulminar en su contra satisfaccion al pueblo y al mundo. No lo aprobaron los otros; mas siguiendo la voluntad del Rey dixeron que en casos de *lesæ Maiestatis* se podian encargar de la execucion, y más en éste, porque la violencia del pueblo sacaria de cualquier prision al Duque.

A los veintitres de Diciembre, en que se habia de fundar el consejo secreto, doblaron los capitanes los cuerpos de guardia, y el gran Prior convidó á jugar á la pelota al Príncipe de Junvila para aprisionarle. Esto y

(1) *Sic*. Herrera le llama Alfonso Ornano, hijo de San Pedro Corso.

otras malas señales asombraron al Duque, mas no para dejar de ir al Consejo. Al entrar en la sala, pidiéndole los soldados mandase pagarlos, uno le pisó el pié mirándole fijamente el rostro, señalándole con las cejas el recelo de su inminente daño, y ya con alguno entró, y le confirmó con la mudanza de los semblantes de los demas consejeros. Advertido tarde, disimuló con altoracion de corazon, y dió parte de su cercana muerte á Pericardo en un pequeño papel entre un lenzuelo enviado por habérsele caido en el suelo, porque el soldado que le pisó le dixo habia órden para no dexarle salir de la sala. Entrando en ella el Cardenal, el Rey hizo que llamase el secretario Rivol al Duque, y á la segunda vez fue, y topando en la cámara entre otros al Oñac, pariente del Duque de Espernon, y fijando en él la vista, fueron empuñando la espada y fue asaltado de los demas, y á fuerza de puñaladas quedó en tierra, y gritando «¡traicion!», pidió á Dios le perdonase por lo mucho que habia trabajado por su religion católica, y recitando el Salmo *Miserere mei*, espiró.

El rumor se sintió en el Consejo, y oyendo la voz del Duque, el Cardenal, puesto en pié, dixo en voz alta: «¡Traicion contra mi hermano!» Mas el mariscal de Aumont, sacando la espada, le dixo se aquietase si no queria ser muerto en aquel punto, y luégo muchos de los cuarenta y cinco executores de la traicion le cercaron y llevaron preso con el Arzobispo de Leon á un vil lugar, y en otro al Cardenal de Borbon; y el capitan Castelvequio prendió en su cámara al Duque de Nemurs, diciéndole queria asegurarse dél y del Duque de Guisa el Rey.

Mostró el cuerpo del de Guisa al Cardenal de Vandoma y al Conde de Brisac y otros, diciendo: «Ved y reconoced el que poco há queria ser nuestro compañero, y que ponia el temor á todo el mundo; considerad á qué ha venido»; y fue á oir misa, acompañado de los que le aconsejaron la traicion y destruicion de Francia. Entrando con ciento en la sala de las Córtes Richelu diciendo *Mata*, *mata*, algunos diputados entraron á otras cámaras y huyeron por las ventanas, y con ellos tres que no eran presentes, de los trece que habia mandado prender el Rey, y llevaron en prision los demas, y los eclesiásticos se salvaron, y á los nobles no se tocó, aunque con grandes voces decian la fe rompida.

Aprisionaron la Duquesa de Nemurs al tiempo que la decian la muerte cercana del de Guisa, y á Pericardo, su secretario, para quitarle los papeles; y porque desde la muralla dió la nueva de la muerte de su señor, habiéndose prohibido á todos salir del castillo. Así dió fin á su vida, no á la fama, el Duque de Guisa, casi en el año cuarentésimo de su edad, cuando trataba de extirpar las herejías de Francia, conservar la religion católica, aliviar el pueblo de tributos, favorescer los buenos para que alcanzasen los cargos de su gobierno, volviendo las provincias en su antiguo lustre; porque correspondiendo á sus venturosos sucesos pasados las últimas cosas

que emprendió, se reduxo con imprudente y obstinada confianza de sí á dar más crédito y fiar de su vida, tan importante á la Corona, de las astutas palabras de su enemigo declarado, deseoso y executor tantas veces de quitarle el honor y la vida. Fue receloso ántes en los menores peligros y no bien cauto en los mayores, despreciando las fieles advertencias de los amigos y criados para morir, cuando creyó estaba en la cumbre de los favores, y miéntras le parecia señorear al Rey y al reino su alto y ambicioso ingenio.

Era Enrique de la clarísima familia de Lorena, descendiente por varonía de Godofredo de Bullon, duque de Lorena y rey de Jerusalem, y hijo de una hermana del Duque de Ferrara y de Cárlos, duque de Guisa, que murió en el sitio de Orleans en defensa de la religion católica y de Francia y de sus Reyes. Fue de gran estatura, bien proporcionado de miembros, de gracioso semblante y ojos espléndidos, que mostraban la grandeza de su ánimo y la belleza que le hacía respetable y amable y majestuoso, religioso, liberal en grado de pródigo con los soldados, elocuente, aunque no tenía letras sino las que le daba la leccion de historias, con vivaz ingenio, perfecto juicio en las consultas de Estado y guerra, pronto en su resolucion y execucion. Era arriscado, animoso, y por sus claras virtudes no fue maravilla alcanzase la gracia de las gentes, aumentando los fundamentos naturales á la diciplina natural y militar, en que pocos le igualaron, con calidades más de Rey que de Príncipe inferior, tan pronto á favorescer, ayudar y defender generalmente á todos en la paz y en la guerra, que alcanzó el título de Padre de la Patria; con que salió tan popular que no sólo gobernó la de la mayor parte de los franceses, mas cuanto al Rey la ordinaria aficion que suelen tener á sus Príncipes. Siguió desde muy mozo la guerra, tan valeroso é intrépido que venció con poca gente muchas veces gran número de enemigos; tuvo trances iguales á su ánimo, y en las sagaces estratagemas y peligrosos accidentes acrecentó su honor con felices acrecentamientos, atrevimientos y prudentes advertencias, ilustrando grandemente su nombre y su memoria. Encontró tiempos aptos á levantar y exaltar su ambicion y espíritus generosos, y no dejó pasar las ocasiones, y halló en príncipes extranjeros gracia, favor y gusto para abrazar las novedades del reino con el loable intento de amparar la religion católica, y de manera usó della que dejó en duda si el celo della ó la codicia de su aumento más le moviese, aunque fueron en su amparo clarísimos sus hechos, facilitando el venir á la suprema grandeza, accidente que se siguió á ellos. Fue capitan igual á los más ilustres de la antigüedad, teniendo todas las partes excelentes que para ser tal se requerian.

Luégo fue el Rey á ver á su madre, y le dixo la muerte del Duque de Guisa y que ya era Rey, y respondióle: «Antes ya no lo seréis, como veréis bien presto, porque el pueblo se os rebelará generalmente.» Escribió el Rey

el hecho á las ciudades, á sus gobernadores y oficiales del reino y las causas que le movieron á tal resolucion, refiriendo los sucesos de tiempo en tiempo. Mandó matar al Cardenal de Guisa, y no obedescieron los matadores de su hermano, arrepentidos ya de la infame hazaña; mas el capitan Gast mandó á sus soldados el matarle, y lo executaron con dos golpes de alabarda, habiéndole confesado y echado la bendicion para morir su compañero el Arzobispo de Leon, y quedó en el corredor expuesto á las injurias de los más viles.

Mucho culparon al cardenal Morosini, siendo legado apostólico, por no haber hecho instancia con el Rey para evitar esta muerte sacrílega y á sangre fria de un Cardenal, Arzobispo y legado, aunque se lo pidieron muchos, y por haberle visto poco despues pasear con el Rey con alegre rostro, aunque de su promocion al cardenalato tenía gran obligacion á los de Guisa, por haberle ayudado mucho con el Pontífice, y principalmente por haber escrito á toda Italia cosas contrarias á la precitada muerte y resolucion que el Rey habia tomado.

Hizo quemar los cadáveres y esparcir por el aire las cenizas con bárbara crueldad, y esperaba que Alonso Corso mataria al de Mena en Leon, y el primer Presidente al de Aumala en París, con que no tendrian cabeza los liguistas; porque el de Mercurio no tenía reputacion en las armas, y más estando en un ángulo del reino; y así no tumultuaria el pueblo, estando preso el Duque de Nemours y el heredero de Guisa. Mas presto sintió con el mal su engaño y mal consejo con sucesos contrarios á su imaginacion; porque en París el pueblo, animado de los diez y seis de la Liga, se alteró universalmente, sin otra cabeza; tomó las armas y estuvo armado tres dias sin capitan, sin magistrado, enfurecido, aunque el Parlamento le procuraba poner en quietud, no moviéndoles el temor de las gentes del Rey, su grandeza, sus fuerzas presentes y las que se recogian por todo el reino.

Creó gobernador de París al Duque de Aumala, y quitó toda autoridad al Parlamento, á quien se habia tenido respeto sobrehumano, porque el pueblo armado y furioso no conserva reverencia, pues contra los sospechosos gritaba, maldecia y blasfemaba su nombre, y los matáran si algunos predicadores no los retuvieran con su elocuencia; y llevaron dentro la Duquesa de Montpensier, hermana de los muertos, para asegurarla, donde por su autoridad, gran corazon y entendimiento no dañó poco las cosas del Rey. Luégo se declararon para hacer la venganza de los muertos y de la violada fe de los Estados con París, Orleans, Tolosa, Amiens, Roan, Rens y otras ciudades y lugares para hacer mayor la conmocion y justificar sus armas. Consultaron el Colegio de la Sorbona de París, y declaró al Rey por excomulgado por la muerte del Cardenal de Guisa y por la prision del de Borbon y del Arzobispo de Leon, y á los súbditos por libres

del juramento de fidelidad y obediencia y poder tomar las armas contra un tirano y sus adherentes, y dineros de contribuciones para defensa de la religion católica, y por haber violado la pública paz y fe en su perjuicio y del edicto de la union y de la antiquísima libertad de la Asamblea general, superior al Rey, en tanto que estaban en ella los Estados, pues con las leyes fundamentales podian reglar la autoridad real y por tener en sí los diputados de las ciudades con los de París.

No fue más el reino de Francia monarquía, y el pueblo trataba de quitar el nombre y corona de Rey á Enrique y elegir de su grado otro que deshiciese sus agravios y amparase la religion católica. Hubo tal sentimiento por la muerte de los de Guisa, que les hicieron en todas las iglesias suntuosos funerales, llamándolos mártires y príncipes.

El Duque de Umena tuvo en Leon aviso de la muerte de sus hermanos y dió la nueva á la ciudad, habiendo asigurado en Borgoña algunas plazas importantes; llegó en ayuda de Orleans, que trataba el Rey de sitiar, y animáronse los vecinos mucho. Los de París, viéndole tan cercano, entraron luégo á tratar de la guerra que se habia de hacer contra el Rey y sus políticos. Tambien llegó despues el Duque de Nemurs, que salió con arte y ventura del castillo de Bles. Formaron un Consejo que llamaron General de la Union, con ámplia facultad de resolver en todos los casos y juramentos de mantener la guerra hasta elegir Rey competente al bien general. El concurso, el aplauso, el fervor que mostraban los de la Union era increible, mas al fin conmocion de pueblo repentina.

Estaba la Reina madre enferma, y pronosticando los males que antevia, murió á los setenta años de su vida, con gran detrimento de las cosas del Rey, porque muchos le amenazaron en su presencia con seguir la Liga, y con último resentimiento les dixo airada siguiesen las armas que tenian por victoriosas; mas como el dejar á su Rey era injusto en cualquiera fortuna, esperaba que Dios le ayudaria para castigar los desleales. Fue Médicis por su padre, y Conti, de los de Bolonia, por la madre, y mujer de Enrico II, y siendo Reina casi dejada por estéril, con poca autoridad, suplió el defecto con medicamentos, con que sus hijos tuvieron poca complision. Su ambicion causó diversos juicios, viéndola favorecer á los hugenotes alguna vez por balancear las cosas hasta que sus hijos saliesen de la menor edad.

Sintió gravemente su muerte el hijo infeliz por lo que la amó y quedar privado en su mayor necesidad de su grande ayuda, y presto comenzó á conocer cuánto ella importase, porque con la práctica del gobierno conocia las costumbres de los pueblos, y andando entre ellos sacaba autoridad y reverencia, y con su destreza remediaba los males eminentes, aunque tal vez, ó por temor femenil ó interes propio, dejó crecer las desórdenes. No hubo mujer, y más no decendiendo de familia real, que tuviese más in-

genio al reinar y más firme ambicion del mandar; y por esto, ora pasando de una á otra faccion, las tentaba sin dejar se extinguiese alguna, porque sobre todas era árbitro.

CAPÍTULO XI.

Atiende el Rey al reparo de la armada de Guipúzcoa.—Llegan á Lisboa cinco naves de la India portuguesa.—Negociaciones para asentar en el trono de Polonia á Maximiliano.—Disensiones de los catalanes con el Virey de aquel Principado.—El Obispo de Cartagena es elegido para verificar la visita en España de la Compañía de Jesus.—Nombra el Rey visitador del Consejo de Indias al Arzobispo de Méjico, y Virey del Perú á D. García de Mendoza.—Hechos memorables de este insigne capitan en Europa é Indias.—Guerra de Arauco.—Vuelve D. García á Madrid.—Comisiones que el Rey le confia.

Su Majestad Católica vino de San Lorenzo á Madrid á disponer el reparo de su armada en la provincia de Guipúzcoa y en Galicia, y á proveer en muchas cosas de no poco cuidado. Tuvo aviso de cinco naos que entraron en Lisboa, de la India de Portugal, de valor de cuatro millones, que no poco alegró generalmente. Esperaba el suceso que tendria la pretension de la libertad de su sobrino Maximiliano, electo rey de Polonia y preso en ella, y envió á su negociacion al príncipe Vespasiano Gonzaga, y para que asistiese por su parte á la junta que el Emperador y sus hermanos y otros hacian, y con lo que en ella se acordase, pasar á Polonia con el embaxador del Emperador y tratar aún de la restitucion en la corona, amenazando con las armas de toda la casa de Austria y las del Moscovita, que se habia declarado en su favor.

Tambien atendia á sosegar las disensiones de los catalanes con el Conde de Valencia, gobernador del Principado, nacida de haber porfiado en dar sacas de trigo contra los requerimientos que le habian hecho por la poca abundancia de la tierra. Truxeron los diputados á la ciudad el trigo que habia en los cargaderos, y el Virey prohibió el tomarlo, los conselleres con otro el sacarlo, y fueron obedecidos y no el Virey. A dar cuenta á su Majestad vino uno de ellos, y quiso entrar en la Córte con su hábito gramalla y maceros, y esperó licencia para ello en Alcalá. Quiso el Conde que el Obispo no entrase en su presencia con falda levantada, y el pueblo se le opuso y venció; por esto pedian que se le diese sucesor ménos áspero en

negociar y resoluto en proveer; y como eran sus amigos los ministros, padecia el pueblo y sufria su violencia como tan fiel y obediente.

Vino á Madrid, llamado del Rey, D. Jerónimo Manrique, obispo de Cartagena, que fue inquisidor en la armada de la Liga, en el año de mil quinientos setenta y uno, para hacer la visita de la Compañía de Jesus por consultor del Consejo Supremo de Inquisicion, por breve de su Santidad que para ello trujo su Majestad. Tomáronlo ásperamente los Padres graves y religiosos, temiendo la revocacion de muchos breves y constituciones y la poca reputacion de asistir á esta consulta de los de la Inquisicion, y haciendo extraordinarias diligencias para estorbarlo con el Rey por muchos medios, amenazando se irian á Italia, pues en España los desfavorescian; y cierto que los más que instaban en que pasase adelante la visita, eran muchos de la misma Compañía contra los prelados y cabezas que la contradecian. Hablaron al Rey dos provinciales tan libremente con resentimiento dél y del Pontífice, que resistiendo su pertinacia, con indignacion remitió á sus ministros la respuesta. La visita se suspendió; algunos frailes solicitaban al Rey para que la prosiguiese, por advertencias de los escrupulosos ó malcontentos de los prelados de la Compañía, emulando el augmento y nombre desta sagrada religion y por encuentro con sus principales y maestros de las Universidades sobre opiniones difíciles encontradas, como decir no tenian coro penoso para ellos, porque se hizo para los ineptos, y que habiendo escripto tantos mill volúmenes, como su índice publicaba tan doctos, eruditos, elocuentes, apénas loaron fraile ó seglar. Su institucion de la juventud, predicacion, exercicio de votos penitenciales y congregaciones de los electos reformó el pueblo, aumentó el sacerdocio, introdujo frecuencia de sacramentos, y con ello señoreaban los ánimos y los bienes, padres y hijos ilustres, y repúblicos poderosos obligados á servillos y acudirles, y llenaban su claustro de los mejores y más ricos sujetos escoxidos en sus escuelas á discrepcion, con que aumentaron sus rentas y engrandecieron su religion y áun todas las religiones.

Tambien nombró su Majestad por visitador del Consejo de Indias al Arzobispo de México, y lo tomaban ásperamente por ser juez de la visita que hizo en Nueva España, porque no les quedaba libertad para administrar justicia en lo que viesen que no la hizo, habiendo de ser de sus vidas y hechos; y porque les parecia era camino para ser su Presidente, como despues lo fue.

Proveyó por Virey del Pirú á D. García de Mendoza, hermano del Marqués de Cañete, gentilhombre de la boca y capitan de hombres de armas, hijo de D. Andrés Hurtado de Mendoza, tercero marqués de Cañete, hijo del que murió siendo Virey de Navarra y de doña María Manrique, hija del Conde de Osorno. Crióse menino en Palacio, menospreciando el ócio y buscando fama y aumento sin licencia de sus padres, que

para esto no es forzoso, si bien importa para ser venturoso. Llevando su bendicion fué á servir al emperador Cárlos V en la guerra para expeler á los franceses de Córcega, donde en la expugnacion de la Bastia y socorro de Calvi mostró valor y esfuerzo. Acabada esta empresa, pasó á la conquista de Sena, y en la batalla que el Marqués de Marignano venció á los franceses, que venian al socorro guiados de Pedro Strozi, su general, fue señalado en el puesto del tercio de españoles del Adelantado de Canaria, y en los hechos y por la calidad y bizarría y persona, y ser sobrino del Cardenal de Búrgos, gobernador del Senés.

En tiempo que estaba en Flándes por el Emperador, fue invitado en poeta á dar la norabuena á su Majestad Cesárea á Brusélas, y ofreciéndosele ocasiones militares en que señalarse, salió en la batalla que ganó el César al rey Francisco de Francia en el bosque de Rentin, donde se combatió con mucha virtud de ambas partes, asistidas de sus Príncipes, deseosas de vencer por emulacion é indignacion perseguida de muchos años y sangrientas guerras obstinadas.

Vino á España para acompañar á su padre, que por una patente firmada de D. Felipe en Lóndres, á cinco de Noviembre de mil quinientos cincuenta y cuatro, por mandado del Emperador, iba por Virey y Capitan general al Pirú, donde para quietar sus alteraciones y asentar la pública quietud y buen gobierno convenia ser elegido en tal sazon por su prudencia y mucho valor. Queria el Marqués asegurar en España la persona de su hijo, y con estratagema embarcado le acompañó y asistió en el castigo de los alborotadores de tiranos espíritus y pacificacion de aquel imperio; y para gobernar, recibir y defender á Chile partió en el año de mil quinientos cincuenta y siete en cuatro navíos con los aprestos necesarios, y desembarcó en el puerto de Barcelona de la Serena, en la provincia de Coquimbo, con cuatrocientos hombres, doce clérigos y frailes. Allí procuró reformar los abusos en el servicio de los indios, acompañado del licenciado Hernando de Santillana, su teniente general, oidor de Lima; y Gonzalo de Villegas, contador mayor, que gobernaba con destemplado poder, codiciosa y rigosa mano; Francisco de Aguirre, de gran autoridad y vanidad en aquel distrito, como suelen ser los que gobiernan léjos de su Príncipe, si el servicio de Dios no los enfrena, para que les fuese ménos penosa la servidumbre, remediando muchos daños y descargando muchas conciencias, mostrándose justo, político, templado, atento, cauto, prevenido, y exercitando las virtudes de gran capitan y gobernador. Prendió en Santiago de Mechoacan á Francisco de Villagran, porque con imperio absoluto y sin límite de la razon gobernaba ambicioso y cebado en apetitos con alguna tiranía satisfechos, indigno de amor y nombre de caudillo, y con Francisco de Aguirre le invió por el mar al Pirú, conforme al órden que le habia dado el Virey, sabiendo su desconformidad y desconciertos, y porque ha-

biendo gobernado absoluto obedecerian desabridamente á D. García. Cortó algunas cabezas de los más sediciosos y revoltosos, haciéndose temer y obedecer, porque los conquistadores de aquella tierra con excesivo dolor y vigor plantaron su dominio, dando mal nombre á la poblacion nueva de los españoles, porque tambien le tocaba la gobernacion de los Junis y Daguitas, en que habia sólo la ciudad de Santiago del Estero.

Llegado á la Serena invió al capitan Juan Perez de Zorita con cien hombres á las provincias de Tucuman y Daguitas, donde pobló una buena ciudad, y en Callaqui la de Córdoba, y en Tucuman el Viejo la de Cañete, y allanó y pacificó aquellas provincias. Partió de la Serena D. García y fue por mar combatido de los elementos, inclemencia del invierno y clima, con grandes tormentas y trabajos en viaje peligroso, y con ciento cincuenta soldados saltó en la isla de Talcaguana, habitada de indios pocos y pobres, de buena acoxida para las naos, donde se entretuvo cuarenta dias esperando llegase la gente y caballos que ántes de su embarcacion encaminó por tierra al puerto de la despoblada ciudad de la Concepcion, cercano á la Talcaguana. Tardaron mucho por las lluvias, que empantanaron las llanadas de Maul y Cauquenes, por donde no podian caminar los caballos, y porque no enfermasen los de los navíos los sacó á tierra, y para asigurallos, tomado puesto, asigurados del mar por las espaldas y por un lado de altos y peinados cerros, fortificó el otro y la puente con trincheas de faxina y tierra, en que trabajaron igualmente todos con su imitacion, y plantó contra las venidas de los bárbaros seis cañones en buena disposicion. Requirió desde allí á los indios del Arauco, cerriles y fuertes, se reduxesen á la obediencia; procuró atraellos con dádivas, y publicó perdon general. Juntos para deliberar esto en el valle de Arauco, menospreciando la paz que llamaban sujeccion, desdeñados con el nombre de brutos que les daban, resolvieron el permanecer en su rebelion y en seguir la guerra, y juraron todos de morir por su libertad y de acometer el fuerte ántes que arribasen los que por la tierra lentamente marchaban en busca de su general. Para ver su gente y considerar la fortaleza le inviaron embaxador con desnuda negativa de obediencia, motivada con los malos tratamientos de los españoles y fuerzas que se hacía á su libertad natural y eleccion de religion. Vinieron doce mil, escorridos con el silencio y lobreguez de la noche, tan de repente sobre D. García, que el aviso fue su acometida. Recibiólos gallardamente con salva de la artillería, que destrozó muchos, y de la arcabucería, que menudeaba las cargas con gran daño, llenando el foso y campo de muertos y heridos. Los indios, como desesperados, porfiaban con obstinado combate entrar en el fuerte, no detenidos del estrago que veian en sus compañeros; mas despues de muchas horas de pelea, rebatidos tres veces y renovando el combate, fueron rotos, deshechos y ahuyentados con notables hechos de los españoles, huyendo los temerarios y furiosos, y no si-

guió el alcance D. García conservando su puesto con gran nombre entre los vencidos y vencedores, dando tan buen principio esperanzas de mayores victorias, estimando y obedeciendo su General, y fiando de su valor y fortuna sus vidas y honras. Reparó su fuerte y le puso en mayor defensa, esperando que los indómitos bárbaros, corridos de su vencimiento los que solian vencer, procurarian cobrar el crédito perdido con todo su poder, caudal y bríos, crecidos con el breve número de los cristianos, y convenia pelear por la vida, estando tan léxos de refugio y socorro, en tanto que llegaba el resto del exército; y exhortó sus soldados, loando su valor y constancia en obedecer y combatir, atropellando el atrevimiento y valentía de los bárbaros.

Fue avisado vendria Caupolican con cuarenta mil á combatilles, é invió en un barco al capitan Ladrillero con Alarcon de Cabrera á buscar en el paraje del rio Maule la gente que venía por tierra, para que alargase jornadas, se juntase con la del fuerte y pasando con gran trabajo brevemente llegasen cien hombres con armas y caballos, y D. Luis de Toledo caminó con otros doscientos. Con este exército y cincuenta caballos que llegaron de la Imperial, con alegre semblante acariciado entró por la tierra enemiga, y buscando puesto hallaron gran emboscada de indios, y peleando Rencar maestre de campo, trayéndolos al cuerpo del exército, retirándose trabó la batalla reforzados de grandes escuadrones y duró cinco horas, hasta que huyeron, quedando muertos en número que admiró y de más el de las armas que cubrian los campos. Mostróse D. García peleando y ordenando prudente, brioso, gallardo y animoso.

Entró por el Arauco, acometido segunda vez en el campo de Millapambue, haciendo Caupolican oficio de capitan y de soldado, mas peleando gallardamente los españoles, valiéndose de su artillería, vencieron, no sin sangre y porfiado combate desde el alba hasta las dos de la tarde sin cesar un punto. Se esparcieron los bárbaros dejando cuatro mil muertos, y presos más de ochocientos. Llegó hasta donde se perdió Valdivia, y reparó su casa fuerte y allí se edificó la ciudad de Cañete de la frontera. Pocos dias despues alcanzaron otra victoria con mucho valor contra buen número de enemigos que vinieron contra Reinoso, acometiéronle en el fuerte de Valdivia para tomar á Cañete. Loando mucho D. García los vencedores, le respondieron cortesmente los enseñaba á vencer y comunicaba su buena fortuna, y en su nombre y virtud emprenderian mayores cosas. Prendieron á Caupolican y á algunos principales que le asistian, y baptizado, entre pareceres encontrados fue ahorcado por mandado de Reinoso que le prendió, que por ausencia de Rencar hacía oficio de maestre de campo. Peleó don García valerosa y temerariamente por su persona con veinte de á caballo, llevado de todos, no reparando que en su vida consistia la salud de tantos, reconociendo un fuerte que los indios hicieron más valientes y de mayor

caudal para impedirle la entrada á fortificar una casa fuerte en Arauco, y peligrára á no ser presto y animosamente socorrido de Reinoso con lucida y valiente escuadra; con que rotos, huyendo los bárbaros con muerte de muchos, hecha la paz con los indios, se acabó el fuerte y pusieron en él los cañones y arcabuces que ganaron á los indios, de los que fueron de Valdivia.

Para mayor seguridad de la paz, pobló en el valle de Golla la ciudad de los Infantes en buena comarca. Hizo beneficiar las minas de oro en el rio de la Madre de Dios, de gran aprovechamiento en el tiempo de Valdivia. Pobló Pedro del Castillo en el valle de Guertata, la ciudad de Mendoza, en treinta y tres grados, fria en el invierno y caliente con exceso en el verano, cuyas aguas adelgazan los cuerpos hasta perder la voz.

Procuró D. García el buen tratamiento de los indios, que gozasen de su libertad, cumpliendo con lo que el Rey habia mandado. Envió al capitan Ladrillero con dos navíos á descubrir el estrecho de Magallanes hasta el mar del Norte, y tomó la posesion en nombre de su Majestad, y trujo relacion cierta de la navegacion.

En tanto D. García fué á visitar la ciudad de Santiago, restituyó en ella la justicia de Santiago y comenzó á edificar su catedral, y allí y en otras ciudades atendió á la fábrica de monasterios y hospitales, y puso buen gobierno y quietud en todo el estado desinteresadamente, con fineza de buen vasallo, valeroso caballero y prudente gobernador, buen cristiano, gran sufridor de trabajos, atento, solícito, honrador de los buenos, castigador de los malos, con claridad de entendimiento, feliz memoria, liberalidad, buena fortuna, templanza, sin codicia ó parcialidad, fraude y engaño, con gran crédito y autoridad de su Príncipe.

Con tales presidios ayudára á perpetuar la felicidad de aquella region, si la muerte del Marqués, su padre, en el quinto año de su vireinato no le truxera á Lima. Sintieron su partida y procuraron impedirla los indios, y mucho más la venida de sucederle de Francisco de Villagran, con título de marischal, por sus embaxadores, porque le aborrecian por su gobierno que llamaban absoluto, duro, intolerable, y codicioso, y pronosticaban alteraria en la tierra que mantenia la paz y gozaria sus beneficios. Mas D. García les encomendó el vivir quietamente y obedecer á sus gobernadores, evitando sediciones y procurando el reposo comun.

Llegó por mar á la ciudad de los Reyes, bien poco aprovechado, donde fue honrado y respetado como si viviera su padre. Un indio que escribió una que él llama *Historia de los Incas*, sólo para hacer una informacion en derecho contra el de su Majestad en las provincias del Pirú, que él llama imperio de gente, que no habia de errar en todo y que fuera justo se recoxiera, porque en ella se llamaba heredero del Pirú, como hijo de Maruo Inca y hermano de Tupac, dice en el lib. VIII, cap. XV, fól. 294, así:

«Don García de Mendoza, gobernador de Chile, sabiendo el fallecimiento de su padre, se dió prisa á salir de aquel reino y venir al Pirú y dar órden en su venida á España; todo lo cual hizo con mucha diligencia, de manera que los murmuradores decian que la salida del reino de Chile con tanta priesa más habia sido por huir de los araucanos que le habian asombrado que no por acudir á la muerte de su padre ni á sus negocios, y con la misma priesa habia salido del Pirú por no verse en jurisdiccion ajena. Este paso se anticipó de su tiempo y lugar por ser particular, que mi intento no se extiende á escribir más de hasta la muerte del Príncipe heredero, hermano de D. Diego Sayti Tupac.» Si D. García venció á los bárbaros en nueve batallas y á su pesar y para su freno pobló nueve ciudades, ¿cómo huia de los vencidos y en qué erró viniendo á ver el estado de las cosas de la casa de su padre en su muerte, cumpliendo con el mayor precepto, que es la piedad paterna, ni qué prisa tomó habiendo dispuesto el gobierno civil y natural, de modo que si le imitára el sucesor no hubiera la guerra durado sesenta y ocho años? Y pues le tenía, no habia de estar en jurisdiccion ajena el que la tuvo tan ámplia y tan en servicio de su señor y beneficio de los indios y españoles. Admírame cómo viviendo este escritor, D. Juan Andrés de Mendoza, su hijo y sucesor, no hizo castigar la malicia y mentira del que escribió muchas contra su Rey encaminadas. Debió de parecer á su prudencia y modestia quedaba castigado con el conocimiento general de la verdad, tan en abono del Marqués su padre.

Llegó D. García á Madrid, favorecióle el Rey y le envió en el año de mil quinientos y setenta y cinco á sacar de Vercelí á Este sus guarniciones, conforme á los capítulos de la paz del año de mil quinientos y cincuenta y nueve, y sin recibir de la gracia y liberalidad del Duque de Saboya sino dos pistolas á que se inclinó, por ser labradas de su mano, y algunos cristales. En Milan hizo gran fundicion de artillería para las armadas, y venido en España sirvió en la union de Portugal á Castilla con su compañía de hombres de armas, y como gentilhombre de la boca, en las bodas de la infanta doña Catalina con el Duque de Saboya en Zaragoza, y en las Córtes generales de Monzon de tratador ó calificador, con mucho trabajo y asistencia y gracia particular del Rey, aunque fueron cargas trabajosas. Habia casado en el año de mil quinientos y setenta y dos con doña Teresa de Castro, hija del Conde de Lemos, y tuvo en ella á D. Juan Andrés Hurtado de Mendoza y á doña María, y quedaron en la crianza y custodia del Conde de Chinchon, como sucesores del estado de Cañete, á quien vino por no tener hijos el Marqués D. Diego su hermano.

LIBRO IV.

CONTIENE

LAS QUEJAS QUE SE TENIAN DE ALEJANDRO FARNESIO,

COMO GOBERNADOR DE LOS PAÍSES BAJOS,

LA CONTINUACION DE LA GUERRA CIVIL EN FRANCIA

DESPUES DE LA MUERTE DE LOS GUISAS,

LA VENIDA DE LA ARMADA INGLESA

Á LA CORUÑA Y LISBOA, LOS AUXILIOS QUE EL REY DE ESPAÑA PIDIÓ Á SUS REINOS PARA OPONERSE

Á LAS TENTATIVAS DE INGLATERRA,

EL SOCORRO DE PARÍS EFECTUADO POR EL DUQUE DE PARMA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Aconséjase el rey D. Felipe sobre el gobierno y defensa de su monarquía. — Recelos y desconfianzas que se tenian de Alejandro Farnesio. — Culpas que le atribuian. — Pareceres del prior D. Fernando y de D. Juan de Idiaquez.

(Año 1589.)

Considerando el Rey Católico quedaba rota la guerra con los ingleses y que ellos, armados y animados con los malos efectos y sucesos de su armada, emplearian sus fuerzas por tierra y mar, y el mal estado de las cosas de Francia con la muerte del Cardenal y Duque de Guisa por el aleve Enrique III, que no hiciera si su armada no volviera deshecha á España, se aconsejaba sobre lo que debia proveer y hacer, segun la disposicion en que sus armas se hallaban en Flándes y en España. Parecia que, teniendo tantos navíos, primero acometeria á Portugal, pues D. Antonio, rebelde, proponia su empresa por la más fácil, por tener en aquel reino muchos á su devocion que le llamaban, y á su vista se alterarian en su favor; convenia acudir con gente en aquella provincia y á la de Galicia, y que se aprestase socorro del Andalucía para en caso de necesidad, y las galeras, habiendo bastecido y reforzado las plazas de Africa; porque el hijo mayor de D. Antonio, que estaba con embaxada de su padre y de la Reina de

Inglaterra con el Xerife de Marruecos, se entretuviesen en el cabo de San Vicente, y las de Italia viniesen al Andalucía; se asegurasen las fronteras de Francia; se fabricasen apriesa navíos; se fundiese artillería y juntase armada para defensa del mar; sosegasen los inquietos de las montañas de Aragon; inviasen gente de guerra con buenas cabezas en las flotas de tierra firme y en otros navíos á Cartagena, Habana, Santo Domingo y Puerto Rico; se pusiese en buen cobro lo del mar del Sur y en las islas de Canaria; se templasen las pláticas sobre crecer los aprovechamientos de las Indias; renovar la interrumpida sobre la suspension de armas con el turco por medio de su judío Júdas Coruatin, y prevenir al Conde de Olivares para si el Pontífice lo increpare; contemporizar con él y con los potentados, procurando la inquietud en sus diferencias, ayudando á lo que pudiere salir bien y no contraviniere á lo lícito sin cargarse de dificultades, aunque fuesen con pretension mayor; se hiciese liga defensiva en Italia; se conservasen en ella y en Francia los amigos y se les acudiese bien; se buscase dinero de cualquier manera para dar forma y fuerza á todo; se apretase en juntar buena armada, con que se aseguraba todo, y no era lo más difícil para la potencia de su Majestad; y si fuese tal se inviase á encontrar la inglesa é impedille sus empleos, pues no vendria seguramente á batalla por no aventurar en su pérdida todas sus fortunas. Las cosas de un imperio tienen tal trabazon, que para sustentarse bien, convendrá (1) se acuda á todas, prefiriendo las que más apretaban; emprendiese el Duque de Parma en Flándes alguna buena plaza para entretener la gente y animar las armas del Rey, renovando el trato con Boloña de Picardía, neutral, para asegurar la acogida de las armadas en su puerto, disponiendo poco á poco el sacalle de los Países, poniendo tasa á los gastos, haciéndolos tolerables, procurando desagravar los súbditos y reducir lo que está fuera de la obediencia por tratos de paz sin perjuicio de la religion, poniendo los medios en buscar otro que tuviese ménos de soldado y más de soberbia que el de Parma. Convenia saliese de los Países con nuevas obligaciones, cuando del todo no estuviese sin algunos celos y sospechas que no se podrian excusar y para esto llamarle á España y dejar el gobierno de los Países al Conde de Manzfelt, y el de las armas al Duque de Pastrana, aunque le dirian los que le querian extrañar del servicio de su Majestad, que no serian pocos, le traian para hacerle tiro, y era más conveniente ganarle con mucho tiento; tenía grandes inconvenientes el dejarle ir á su Estado, á Italia, sin tomar nuevas prendas dél por los señores de la tierra y del Pontífice, que le pedia el hijo para su sobrina, y el que podia despertar el ocio en tan gran capitan, poco atento, soplado de unos y otros; se le dixese queria tra-

(1) *Sic.*

tar su Majestad con él la guerra de Inglaterra, cosas de Francia y Flándes y de Italia y compusicion de toda la máquina de dentro y fuera, para el tiempo presente y venidero, y era honroso llamamiento y autorizado, porque no convenia comunicarle por cartas, y llamarle á otras grandes cosas de su servicio, cebo de vanidad, que le deslumbraria; mas debia hacerse de manera que su venida no quedase á su eleccion. Llegado á Madrid no sería menester meterle en demasiadas puridades, poniendo cada cosa en su razon con la compañía que se le diese para tratar de las materias, y declarando el sucesor, decir tambien la continuacion de su sueldo, situado donde le hubiese menester en Italia, pues cualquiera era barato considerando el mucho dinero que habia desperdiciado por sus mercedes; se asentasen y capitulasen con él algunas cosas convinientes para casos que podrian suceder en Italia y fuera della; estuviese poco en España y saliese della prendado y muy satisfecho y favorecido.

Pues no habia mujer para gobernar á Flándes, podria hacerlo el Cardenal de Austria, hijo del archiduque Fernando, obligándoles en la merced no esperada por no haber de tener tantos bríos, como podrian otros parientes mayores; mas pues á su padre no le faltaban y dél no habia entera noticia, se podia dudar en su eleccion y era forzoso parar en los sobrinos del Rey, Ernesto ó Alberto, pues eran tan buenos príncipes. Parecia más á propósito el Cardenal por el hábito, y por haberlo de tener en Flándes por el vivo oráculo de la voluntad de su Majestad más que á otro, y por lo que se esmeraria en plantar y cultivar la religion católica. Mas considerábase que tratándose de traerle de Portugal al expidiente de los negocios para el descanso de su Majestad, sería eleccion suya, dándole mucha autoridad si le quisiese prestar á Flándes por un par de años y al servicio de Dios y suyo, y traerle estando aquello en otra forma, y lo de España en la que convenga. Y si quisiese desde luégo ayudarse deste sobrino, emplear él otro, en que habia que decir por ambas partes. Esta resolucion habia de ser en desengañándose del todo de que no se acudia desde Flándes á Francia en la forma que estaba ordenado, ó en dando sus cosas un poco de lugar para ello, convenia reformar las de Flándes y atender á su poca seguridad, porque no habia en el castillo de Anvers sino doscientos cincuenta españoles de los seiscientos de su guarnicion y sin vituallas y municiones, con que en una rebelion de la villa se perderia por no poder socorrelle desde España, y de la misma manera se hallaban Dunquerque, Neopoort, la Esclusa, y Terramunda que sólo tenian á su cargo españoles en todo el país, pues lo demas estaba fiado de su virtud y lealtad, que era bien poca, y los gobiernos de mayor importancia de las provincias y lugares grandes en poder de los italianos y de los señores y caballeros del país, que no sólo fueron rebeldes á Dios y al Rey, pero causa de las rebeliones, armados con regimientos de alemanes y valones que sustentaba el Rey para tenerle á la

mano, cuando gustasen volver á ser lo que fueron, dándoles tanta ganancia que, porque no les faltasen, procurarian llevar la guerra á lo largo, y porque no cesase el inviar de España tanto millon á Flándes, con que se entretenian con grande costa los más diabólicos y sediciosos de unas y otras naciones, que sólo reconocen á quien les da el dinero. Se habia puesto gran cuidado en anihilar y oscurecer el valor y nombre de los corazones de los españoles, maltratándolos, trayéndolos desnudos y hambrientos, y desfavoresciéndolos, mal aloxados y echados al despoblado, como hijos de maldicion, consumiendo los que son las fuerzas, la seguridad y defensa de la monarquía, debiendo por esto ser antepuestos, respetados, émulos como lo fueron hasta la muerte de D. Juan de Austria, sin adelantarles los italianos y valones, sufriendo á éstos sus robos y aventajando los otros con crecidos sueldos, haciendo cuantas finezas le ha sido posible para saciar los soldados, gastando en esto y en otras cosas excusadas más de quinientos mill ducados, mal año que gastára un español, gastando excesiva y superfluamente del dinero del exército lo que se debia de las finanzas con asientos diabólicos y fraudes de más de nueve mill plazas, sin admitir aviso ni correccion el Duque absoluto contra las órdenes, cumpliendo solamente las que le parecia.

Dixo el prior D. Fernando, y prosiguió D. Juan de Idiaquez: era cierto quedar la guerra abierta con enemigo ofendido, que tenía fuerzas de mar y por ella mucho en que tocarnos; urdia ligas y tramas contra la causa católica con todos los herejes, sus vecinos, animándolos con el gran suceso de la armada, y procuraba valerse de algunos envidiosos de la grandeza de su Majestad que solicitan á que envie armadas el turco en Poniente, en tanto que los heréticos acometian las Indias y salteaban las flotas dellas y hacian atacamientos en las marinas de España: cosas todas que obligaban acudir con grandes véras á nuestra propia defensa, para que no nos metan la guerra en casa, so pena de irreparables daños, en que una vez se incurria, por mucho que entónces se queria no se podria reparar ni agora sino con prevenirlos, mas no se pueden cubrir y defender los extendidos Estados de su Majestad por la vía defensiva con presidios en tantas plazas como se habrian de guardar, ni con armadas repartidas en tantos mares y puestos como convendria asegurar. Porque si nos tocasen á arma á un tiempo por todas las partes que designan los mal intencionados, no dejaria de haber trabajo y cuidado, demas de la desigualdad que levantaria la defensa, y seria de gasto excesivo para su Majestad y sin fruto, no pudiéndose acudir á todo ni habiendo contra el enemigo presas y ganancias que hacer para alivio de nuestros gastos, hallando él al contrario, en cualquiera presa que hiciera nuestra, tanta riqueza que dándole á ello lugar nos iria consumiendo y sacando de la sustancia desta monarquía con que enriquecerse y proseguir esta especie de guerra con sus contínuas presas. De aquí se infiere

fácilmente y del estado de las cosas, que la verdadera defensa de la Iglesia católica, seguridad del mar de Indias, comercio, costas, propias casas y reputacion, consiste en quitar la causa de los daños y peligros de golpe, ó enfrenar á lo ménos al enemigo, metiéndole en su isla la guerra, sólo eficaz medio y general para defender los Estados, pues la guerra lenta sería de más gasto inútil y de cierta pérdida y daño grandísimo. Para esto convenia juntar otra pujante armada y para su efecto juntar dineros, pidiendo á los reinos ayuda grande, representándoles fue provocado su Majestad desde el principio; procuró tantos medios en vano para evitar el rompimiento total con justificacion de su causa en lo que emprendió, no le moviendo deseo de extender su imperio sino fuerza y necesidad en consideracion de la defensa por causa tan universal del servicio de Dios, bien de la cristiandad, reinos y súbditos, viniendo á ser propio de cada uno el socorro y negocio para serville todos á porfía y conforme á su caudal y amor. Acordáranse que miéntras el estado de la Hacienda Real lo sufrió y pudo llevar, su Majestad tomó la empresa solo y todo el peso y costa de la guerra. Se pidiese al Arzobispo de Toledo prestado un millon, que áun más tiene sobrado que para fundar obra pía ó mayorazgo, y si quisiere se le efectuará y situará en rentas á su satisfaccion, aunque no quisiere ayudar á tan justa causa y empresa, conforme á la calidad del tiempo apretado y obligatorio y dificultad de la defensa de la cristiandad. El sacar la nacion italiana de Flándes y al Dnqpe era forzoso con presteza y maña, á lo más largo para el mes de Marzo, porque con la venida del verano podria resultar algo que lo estorbase y fuese causa de grandes males; pues no convenia gobernase tan absoluto y tan señor Estados tan vidriosos y sujetos á novedades y deslealtades en esta sazon, por haberle dejado tomar tanta mano como pudiera tener su Rey, ni dejar su venida á España á su cortesía, aunque ofrezca el venir á hacer desde España la jornada de Inglaterra, porque encaminaria las cosas para impedirla, mandándole primero que invie siete mil quinientos infantes escoxidos y el regimiento de ingleses y escoceses y uno de los tercios de italianos, todos en número de diez mil peones, para que á veinte de Marzo estuviesen en Milan, partiendo á seis de Febrero, para que cuando llegue la voz de que le llaman, se halle con esta gente ménos. Para mudar luégo los oficiales del exército, hacienda y armada, y reducir aquel gobierno á lo antiguo, se inviase desde España señor de heredada y sustentada fidelidad, más cristiano, prudente y buen gobernador que ambicioso ni inclinado á guerrear. Muchas de las tierras del Rey contribuian al enemigo por no amparallas, y las rebeldes batidas para ser asaltadas hallándose sin remedio, alzando bandera, eran recibidas en gracia sin castigo, habiendo abierto la puerta de la misericordia como en veinte dias del cerco hasta lo último, aventurando por esto el no poder ser vencidos, desflorando el exército y causando grandes daños

y gastos, llevando la guerra á lo largo, y dejar las plazas ganadas á mal recaudo, con gobernadores, ministros y oficiales dellos mismos por hechura suya sin guarnicion española, sino alemana baja y flamenca; pues si vieran desmantelar las tierras, no se reveláran; ó reveladas, se vendieran fácilmente. Por esto aman al Duque, y porque los entretiene con artificio en su devocion más que en la de su señor natural y á su costa, dejándolos vivir con libertad sin apremiallos á que vivan católicamente, preciándose mucho de sangre de Austria; pues los heréticos de Anvers, acabándoseles el término de salir ó vivir como católicos, decian con risa era el Duque piadoso y les alargaria el plazo, haciendo al Rey algun servicio de dinero. Dejaba robar sin tasa á Cigonia, italiano, comisario de las contribuciones, á su teniente y el proveedor general de las vituallas y provisiones con distribucion de las provincias, sin tomarle cuenta del dinero de España ni del de los Estados. Estaban tan gastados que tenian en su arbitrio el no obedescer en cualquiera novedad, como decian, al Rey, que aunque gasto nuevo era su caudal mayor y más duradero, y ansí habia quedado en su mano por pujanza y fuerza mayor, con que podia deponer la seguridad de las tierras con madurez y presteza; y en el Consejo de finanzas habia malos ministros y con la mira de tenerlos á todos contentos y de su mano no se apuraba lo que podia estarles mal, resultando tan grandísimo daño del Rey, como saberse en qué se gastaba la sustancia del país que era mayor que decian á su Majestad. Los de las islas tenian tantos pasaportes para sus pesquerías y navegaciones, que andaban tan al seguro por aquellas costas como si no hubieran ofendido á su señor natural, que es vecino dellas, y recibieran notable daño de navíos de Dunquerque, pero les acaecia despues de haber peleado hasta lo último, no pudiendo vencer, sacar el pasaporte y salir libres, dejando gente muerta y herida en los navíos del Rey, y suelen perderse algunos como pelean sobre el siguro con gran coraje. Primero convenia, pues, sacar al de Parma de Flándes por esto y por estar el Rey viejo y su hijo niño, las coronas de Francia é Inglaterra en balanzas y el Duque tan señor de los Países Bajos que hacen tres, dos y as con los dos reinos.

CAPÍTULO II.

Alteraciones que produce en Francia la noticia del asesinato de los Guisas.—Bandos y parcialidades que se forman.—Abandono en que queda el rey Enrique.—Es declarado el Duque de Mena lugarteniente general del reino.—Embajada que envia á Sixto V.—Alocucion de este Papa al Consistorio.—Manda Enrique otra embajada al Pontífice.

Fue tal la alteracion general de Francia por la muerte de los Guisas y prision del Cardenal de Borbon y del Arzobispo de Leon, que de treinta y tres tesorerías y receptorías, cuando jamas él ni sus hermanos se vieron con tan grande falta de dinero, solamente quedaron seis á lo más al mal aconsejado Rey, y él desengañado del error peligrosísimo. Los ánimos de los inducidores estaban tales que parecia los temian muertos más que vivos, y el fuego que veian salir de sus cenizas y abrasar el reino miserablemente, no sin admiracion, aunque no sin razon. Mostró bien el pueblo francés lo que amó al Duque en vida, con tal sentimiento de su muerte que si en ella pudiera tener delante su ambicion, la hubiera sufrido libremente, pues hasta las mujeres reformaron su vestir, cosa que ni el Rey con sus edictos ni los predicadores no pudieron, y se enlutaron y daban sus joyas para hacer la guerra á Enrique, que ya no temian por Rey despues de la declaracion del Colegio de la Sorbona, ántes encendian éstos (1) al pueblo y le incitaban á la venganza armándose contra el Rey.

No se vió espectáculo tan de afliccion y tristeza, porque los muchachos de sí mismos sin guiarlos los hombres se recoxian en las iglesias en gran número, y de una parte de la ciudad á otra andaban descalzos, rogando á Dios por los príncipes muertos y por la conservacion de la religion católica. El clero hacía procesiones llevándose el pueblo, que de noche estaban las calles tan llenas de gente como de dia, y gran parte della cubierta con un saco suspirando y llorando. En lugar de los ausentes del Parlamento metieron otros y formaron proceso del asesinato cometido contra los dos hermanos á instancia de la Duquesa viuda; y de un hijo que parió despues, fue padrino el magistrado en nombre de toda la ciudad; y un heraldo que les invió el Rey á decirles exercitasen el gobierno y justicia en su nombre y saliese de París el Duque de Aumala, apénas huyó vivo, segun la

(1) Los de la Sorbona.

indignacion con que fue tratado, diciendo no debian guardar la inmunidad al criado de quien violó la pública fe, y no era heraldo, pues no era rey Enrique.

En Roan no quisieron recibir los zuiceros que de guarnicion les invió el Rey, y forzaron al señor de Cavorge, su gobernador, á declararse por la Liga, y áun sospechosos no le dexaban executar su cargo por miedo de que en lo intrínseco era del Rey, y estaba en la ciudad para mantener su debilísima parte, y le pesaba que un hijo que tenía en campaña asistiese con los de la Union y aviturallase á Roan.

En Leon entró el Duque de Nemurs y la mantuvo con la confederacion. Los procuradores de Córtes de Tolosa, huidos de Bles, la conmovieron contra el Rey, ayudados de los predicadores por el exemplo de París; y las otras ciudades que la seguian hicieron cabeza de la Liga á Hurba de Lansac, obispo de Comenges, hermano de Mos. de Lansac, y se opuso al gran poder y autoridad de Durán, primer Presidente, y le salvó de la furia popular, que le maltrataba con su autoridad y poder. En Vamorastro hicieron pedazos el retrato del Rey, que estaba en la sala del Gran Consejo, con ignominia tratado y nombre de herético.

Tomaron las armas tambien el clero y los frailes; creció el tumulto; ninguno caminaba seguro, y al fin destrozaron al Presidente y abogado fiscal y fixaron los cuerpos y el retrato del Rey en la horca pública, horrible y lastimosa vista. Declaróse contra Enrique la Campaña y Poitiers, cabeza del Poitú, y Dijion de Borgoña; en Picardía solamente San Quintin y Boloña obedecian al Rey, las demas plazas á la Liga, con prohibicion de avivar y armarse la nobleza en favor del Rey, y Aix, Arlés y Marsella. En esta contínua revolucion afligia sobremanera al Rey ver que cada dia se le iban los que asistian en su custodia á servir á sus enemigos, y se le ofrecian ocasiones para mostrar la fuerza y fortaleza de su ánimo y considerar la inconstancia de las cosas humanas, y cuán poca ayuda podia esperar de príncipes forasteros, especialmente del Pontífice y Colegio apostólico, ofendido con la muerte del Cardenal de Guisa y prision del de Borbon, que decian primer Príncipe de la sangre, y ansí verdadero sucesor de la Corona, y descubiertamente ningun señor se le inviaria, y más si el Rey de España diera gruesa suma de gente y dinero á los de la Union; y de alemanes y zuiceros no la tendria sin gran suma de oro, que no la tenia, ni de Inglaterra, ni empeñándoles alguna plaza, que tenía muy pocas; y cuanto era mayor su necesidad, lo sería la dureza de las condiciones. Sólo el refugio de los huguenotes le quedaba, en que no podia tener tranquilo fundamento, aunque le venian á ver cada dia; mas no fiabá dellos por la falta de fe que él y sus hermanos hallaron siempre en ellos, y así tenian sus cosas en tal estado asaz miserable. Parecíale que, sacando de là prision los encarcelados, quietaria el pueblo, y tambien era crecer sus fuerzas y des-

crecer su reputacion, interpretándolo á temor y vileza suya y por temor de los alterados, no á líbera voluntad, habiéndose tan poco armado.

Hizo publicar, segun costumbre del reino, el *arriere ban*, ó último bando, de que nadie se exenta, áun príncipe de la sangre, obligando á ir con armas á dar ayuda á su Rey. Vinieron solamente el Duque de Montpensier y el Príncipe de Dumbes, poco acompañados, y pocos más despues, habiéndose las mejores ciudades y fortalezas, donde podia retirarse seguramente, declarado por la Union. Por temor y medio del señor de Roquelare y de Madama de Angulema, comenzó á tratar de suspension de armas con los huguenotes y del cumplimiento de las ofertas que le habia hecho el Príncipe de Bearne para retirarse á sus lugares fuertes. Su mayor esperanza apoyaba sobre la inconstancia del pueblo y del fastidio que le daria la guerra y su costa, y que fácilmente, pasados los primeros ímpetus, volverian á la obediencia con la antigua fe de franceses para con su Rey, y sobre la naturaleza del pueblo tumultuario, que suele esperar de sí más de lo que debe en el principio, y sufrir despues ménos de lo que es necesario.

Hizo publicar un manifiesto contra los Duques de Mena y Aumala y de su hermano, declarándolos infieles y rebeldes, refiriendo los beneficios que ellos y su casa habian recibido dél y de sus antecesores, la ingratitud con que tomaron los primeros las armas y héchose cabeza de aquel levantamiento, habiendo sido necesaria la muerte de los hermanos de Guisa para su salud y del reino, y con falsas imputaciones los acusaba. Concitó á la ira y venganza el pueblo mucho más, y retorciendo contra él sus razones, que traia en su favor, hicieron parecer mayor su injusticia. Despachó á Alfonso Corzo á matar al de Mena en Leon, y al primer Presidente al do Aumala en París, haciendo perecer á quien le salvó de su peligro y de otros muchos (1); y era falso aspirar Guisa á la corona y el estar de acuerdo para esto con el Príncipe de Bearne, su enemigo, aspirante á la sucesion por naturaleza y trato con el Rey y por medio del Duque de Espernon, su gran privado, y causa total de su ruina y del reino.

El de Mena, con grueso campo, venía á sacarle de Bles los prisioneros, y por haberlos llevado á Ambuesa, fuerte plaza, y que su expugnacion le ocuparia mucho, vino á París en el Palacio de la ciudad. Con su presencia hizo confirmar el Consejo de la Union, que habia de componerse de todos los comisarios de las ciudades de la Union, mas inconsideradamente pocos fuera de los de París metió en él, con notable daño de la causa católica, mostrándose dependientes dél y en poco tiempo sediciosos é inhábiles para el gobierno; y así los demas exclusos dél comenzaron aparte á tratar de sus

(1) Faltan palabras.

negocios, gobernándose de sí mismos y distribuyendo entre ellos el dinero, dejando á París peso insoportable.

Era este Consejo, en tanto que se juntaban los Estados generales, sin limitada autoridad en el gobierno político y eleccion de cabezas de la milicia, y le hizo cabeza de la Liga al de Mena y de las armas y de la administracion de lo civil, con poder igual al del Rey, su primo, hasta la declaracion de los Estados generales, que prometió convocar brevemente, aunque no tenía tal en el deseo, pues para no ser forzado á ello hizo que en este principio le dejase la deliberacion de las cosas importantes, y poco á poco mermó la autoridad de los consejeros por su poquedad, reduciendo la resolucion de los mayores á un su Consejo particular, á imitacion del que tenian los Reyes; y finalmente, deshizo el general, habiendo primero procurado persuadir que las expediciones de las cosas graves padecian en su ausencia, y con el concurso del tiempo tomó los sellos y juntamente la autoridad toda de Lugarteniente general del Estado y Corona, como cabeza de la Union, y juró en manos del presidente Pirison de mantener la religion romana contra cualquiera enemigo, y el Estado Real, las Córtes soberanas, la justicia y sus leyes, privilegios del clero y nobleza, la obediencia á los del Magistrado, aliviar al pueblo de las cargas de las imposiciones, emplearse con todas sus fuerzas á honra y gloria de Dios y utilidad del reino y atender en todas las cosas al fin del comun beneficio.

Esta eleccion voló por toda Francia brevemente la fama, ántes que diese aviso della el Consejo de París, y no plació á muchos por el interes de sí mismos, habiendo de ser dependientes absolutamente de los mandatos del de Mena, y á otros por haberse tomado el Consejo de París toda la autoridad para hacer una cabeza que habia de mandar libremente á tantas ciudades, nobleza y gente de la confederacion, sin el consentimiento de todos, aunque era la persona que en conformidad eligieran, porque le moderáran la autoridad con el miramiento y debido resguardo que se debia á tantos otros señores, ó el quedar de su eleccion obligado á todos y no solamente al Consejo de París. Por esto, cuando les representó haberlo hecho necesariamente por ser gran soldado y su gran calidad, no fue de todos obedecido; mas el Duque, seguro cabeza de la metrópoli del reino, esperaba le imitarian en obedecerle forzosamente las demas; y el que apénas escapó con la vida de Leon, alcanzó sus esperanzas á pretensiones mayores con pretexto de la venganza de sus hermanos. Creia que el título de Lugarteniente de la Corona le habia de ensalzar en mayor lugar; mas engendróle tanta envidia en todos los príncipes y señores del reino, que muchos no se declararon por la Union por esta causa, no queriendo recibir los cargos y las honras de su mano, aunque habia pocos que no se contentasen de servir debajo de su estandarte, y más que otros los de su casa; y se tuvieron por mal satisfechos y áun por ofendidos del Consejo, especialmente el

Duque de Aumala, por haberle quitado el gobierno de París, porque se enriquecia con su robo. Para unir el gobierno de Normandía con el de Picardía se acordó con Mos. de Balañi, gobernador y tirano de Cambray, deseoso de emparentar con él, y le dió buena ayuda de gente.

El Duque de Mercurio tardó en declararse, y no lo hizo hasta ser irritado de las armas del Rey, mas sin unirse con el de Mena, redujo con la guerra, ayudado del Rey de España, la mayor parte de la Bretaña á su obediencia, aunque procuraron mantenerla por el Rey el señor de Res, primer presidente en el Parlamento de Renes, y el Marqués de la Roca, de mucha autoridad en Bretaña, inviados para esto del Rey, y meter con el pueblo al Duque en desconfianza y aprisionalle; pero aprisionólos el Duque y se aseguró en Renes por gobernador de la provincia por declaracion de los diputados della, y dexado gobernador en Renes, se apoderó de muchas tierras y puertos de importancia, estableciendo su dominio contra el Rey, si bien no declarado en su contra.

El Duque de Lorena, malcontento del título de su pariente, juzgando le tocaba como cabeza de aquella familia, conservó su Estado solamente y no favoresció la causa pública. Hasta las mujeres, con diversos fines divididas entre sí, mostraron mala satisfaccion de la eleccion de Lugarteniente, porque la Duquesa de Guisa, que esperaba la libertad de su hijo, sufriendo mal ver en grado superior dél á su cuñado, retardó los socorros que de la Campaña venir le podian. La de Nemurs, que habia estado siempre bien de acuerdo con el Duque de Mena y con los otros Guisas sus hijos, en cuanto pudo se atravesó á los progresos del Duque de Mena, y por su parte se mantenian la Duquesa de Montpensier y su hermana, que discordaban casi siempre de las otras.

El Duque de Nevers tenía sus agentes en París tratando de las condiciones con que se habia de declarar por la Union, y con daño della se retiró por respeto de la calidad de su persona, de su estado y crédito adquirido con los católicos, y porque habia juntado al Duque de Longavilla su yerno.

Estas desórdenes de la parte de la Liga causó la súbita eleccion del Duque y el modo de hacerla, y porque el electo sin el consentimiento y aprobacion de los otros luégo comenzó á ordenar las cosas universales. Dejó por gobernador en París al de Nemurs de las armas, y en la asistencia del Consejo con algunos diputados de la Union, y fué á Roan á confirmarla, y para asegurar el uso de las vituallas y el comercio á la metrópoli, dispuso los lugares importantes en la ribera de Sena, en que hoy se navega bien, y tomó por las armas á Melun con mucha reputacion dellas y suya.

Creciendo su séquito, invió embaxador á Sixto V, representándole y al Sacro Colegio el estado de las cosas, invocando su amparo y ayuda espe-

cial y temporal. El Rey ansimismo por su embaxador se excusó de las muertes y prisiones hechas de los eclesiásticos; y su Santidad, en consistorio, en voz alta y lamentable, dixo: Era gravísimo el caso, atroz el delito, sin medida el dolor; habia sido muerto un Cardenal, un Arzobispo, un nobilísimo miembro de la Iglesia. Al Cardenal de Guisa, arzobispo de Rens, quitó la vida Enrique, rey de Francia, sin proceso, sin forma de juicio, sin ley, sin legítima potestad, sin darnos cuenta, sin alguna autoridad desta Santa Sede, como si no hubiese Pontífice máximo, como si no hubiese Santa Madre Iglesia, como si, finalmente, el Omnipotente Dios en el cielo y en la tierra no asistiese la divina ley, á que tambien están sujetos los Reyes, y que prohibe el matar. Cuando el príncipe ó el juez, por causa de delito y guardando los términos de la justicia, manda que se dé muerte á alguno, no mata, mas castiga y corrige. Mas el Cardenal de Guisa, no sentenciado por juez, no condenado por leyes, sin proceso, sin órden ó permision de su superior, de Nos mismo, ha sido muerto como hombre ínfimo, como vil plebeyo, y despreciado su alto orígen, su eminente dignidad, su órden pontifical, sin consideracion del respeto que debe ser tenido de todos al sublime grado del cardenalato. Dice Enrique, para excusar este exceso, maquinó el Cardenal de Guisa contra su persona y contra su reino, cosa inverosímil, porque tenemos cartas frescas suyas que manifiestan lo contrario, y los ruegos han sido ardentísimos que ha hecho él (1) por medio de sus embaxadores para que quisiésemos á su contemplacion darle la legacía de Auñon al Cardenal difunto, porque las mismas cartas son llenas de alabanzas maravillosas del mismo Cardenal. Despues no ha sobrevenido algo de nuevo, ni ménos es creible que, desde aquel tiempo hasta la muerte, que fue brevísima, hayan acaecido cosas que le pueda inculpar de tratos contra el Rey, que debia tanto más abstenerse de cometer sacrilegio y parricidio, cuando siendo asegurado de su persona con la prision ú oprision, podia remitirnos la condenacion y la pena, si fuese verdadero el haber cometido delito; porque sabiendo él que los reos y delincuentes son de Nos severamente castigados, debia estar cierto no quedára sin castigo. Debia á lo ménos darnos cuenta, esperar la respuesta. Es inexcusable no haber pedido consejo al cardenal Moresino, nuestro legado, en que podia tener toda confianza, siendo creado cardenal y legado por Nos á su instancia. Esto parece ha venido no sin divino misterio, pues teniendo para los menesteres de la Iglesia tantos eminentes sujetos en este Colegio para inviarlos por todo el mundo, fue de Nos el Moresino creado Cardenal y legado; mas parece ser (ahora lo habemos conocido) inexcusable este hecho, para que no pudiese alegar Enrique la sospecha de la difidencia;

(1) El rey Enrique.

pero me quita el sufrimiento que le haya hecho un Rey tan grande y que tiene de Cristianísimo el nombre. He ido considerando si debo lamentarme de que en nuestro Pontificado haya sucedido con tanto escándalo, y he determinado el dar gracias á la Divina Majestad porque experimentemos con su asistencia de proveer que no pase en exemplo caso tan mal hecho como éste, como ayer diximos á los embaxadores del Rey, que, postrados á nuestros piés, pedian absolucion como él por sus cartas, y replicando el ordinario que lo demas tenía él en comision, le repliqué no se podia extender á la confesion de los pecados y á pedir penitencia dellos, siendo cosas que deben proceder de boca del pecador; sus cartas no las traian ni sus mandatos pedian absolucion de tan grave delito. A este propósito les presenté el exemplo de Enrique III, rey de Inglaterra, que la muerte de Santo Tomás Cantuariense confesó y su culpa, y aceptó la penitencia de la Sede Apostólica, y la satisfizo con humildad grandísima y los que el delito cometieron; y el de Teodosio, emperador del mundo, no rey sólo de un reino, por la muerte de los de Tesalónica, sufrió ser expelido de la Iglesia, y con públicas lágrimas satisfizo á la penitencia que de San Ambrosio, que no era Pontífice, sino simple obispo, le fue impuesta. No se excusaron éstos ni se atrevió alguno á excusar los errores, que hace parecer más extraño el haber algunos Cardenales olvidados de su dignidad, excusar este Rey tan gravemente delincuente y aprobar gravemente una injuria tan grande, un exemplo tan malo y peligroso para ellos, no curando de quedar gravísimamente ofendidos en aquella reverencia, en aquella dignidad, en aquellos privilegios, en aquellas preeminencias que gozaron siempre los Cardenales; y de quedar expuesto al desprecio, vilipendio, á la presa, á la muerte, á mera voluntad de los reyes y príncipes seculares, como sería si esta grave injuria hecha á todo el órden eclesiástico en la persona del Cardenal de Guisa hubiese más disimulado. Cuanto á lo que á mí toca, poco me puede fatigar, porque no habemos de ser más Cardenal, mas no queremos dejar de hacer justicia, sin temor de los males que algunos han procurado traer en consideracion podrian acaescer, sabiendo que no se debe jamas dejar de administrar justicia por temor, porque Dios, que es la misma justicia, ama la administracion della; y de su divina mano esperamos la provision necesaria para la defensa de su Santa Iglesia.»

Dió el Pontífice fin á su epopeya con semblante de gran dolor, y despues de haber dicho que sobre este caso queria diputar cierto número de Cardenales, al de Joyosa que para hablar en defensa de su Rey pidió licencia, le mandó callar una y otra vez con indignacion, y obedeció con humildad. Fue despues de Sixto y de la congregacion de los diputados examinado el caso, y en el consistorio resuelto que fuesen citados el Rey y todos los que pusieron las manos ó tuvieron parte en este delito, y procesados y condenados conforme á los sacros cánones y bulas de Pontífices;

mas teniendo consideracion á la dignidad Real y proceder con términos más sanos que el Rey, fue la execucion suspendida, porque las personas eclesiásticas fuesen libres de la prision y tuviese tiempo Enrique para demandar perdon y sujetarse á la penitencia que requeria el delito.

Cuando tuvo noticia el Rey de cuanto pasó en el Consistorio, para huir las censuras apostólicas, sabiendo cuanto le podian dañar y que no convenia hacerse su enemigo al Pontífice, invió luégo á Claudio de Augones de Rambullieto, obispo de Mans, hombre sagaz, mas de poco buena opinion en las cosas de la religion, bien que de muchas obras suyas muy pías y de católico privado se podia hacer otro juicio, para que procurase quietar el Pontífice y el Colegio de los Cardenales, mas sin pensamiento de dar libertad á los prisioneros ni de pedir absolucion, sino á cautela, pretendiendo tenerla por un breve que le concedió el mismo Sixto, en que le daba facultad de elegir confesor que le pudiese absolver de cualquier grave pecado, citados algunos en que no venía comprendido el presente, y habia ordenado al Obispo hiciese esfuerzo en persuadir al Pontífice y córte romana cuánto importase en tiempo tan calamitoso para las cosas de la religion el hacer desesperar un Rey tan católico como él era, y no dejarle arrojarse en los brazos de los heréticos. A esto contradecian los que le asistian, que nada curaban de las cosas de Roma, teniéndose por convenidos con los herejes por la tregua que estaba casi concertada con el Príncipe de Bearne, su cabeza.

CAPÍTULO III.

Dispone la Reina de Inglaterra el apresto de una armada contra Portugal, á instancias del pretendiente D. Antonio.—Previénese contra ella el Archiduque, gobernador de Portugal.—Aparece la armada inglesa á vista de la Coruña.—Ataque de esta plaza.—Son rechazados los ingleses.—La armada inglesa delante de Lisboa.—Desembarca Noris las tropas.—Varios ataques y encuentros.—Retírase de Portugal la armada inglesa.—Estado de los ánimos en Portugal á favor del pretendiente D. Antonio.—Remedios que se proponian para calmarlos.—Castigo impuesto á D. Luis Hurtado de Mendoza, quinto conde de Tendilla.—Hechos gloriosos de sus predecesores.

La Reina de Inglaterra, contenta y ensoberbecida por el mal suceso de la armada de España, publicó edictos arrogantes contra todos sus Estados. Túvose por vanidad, porque más por desgracia que fuerzas fueron las del Rey Católico poco efectivas.

Don Antonio, rebelde de Portugal, mal seguro en Francia, habia pasado á Inglaterra, y pareciéndole buena ocasion para emplear las fuerzas de la Reina en su beneficio, la solicitó para que fuese en Portugal, por medio del almirante Cárlos Havard en su recuperacion. Aprobólo el Consejo para sacar fruto de sus gastos y traer ocupado el gran poder de D. Felipe léjos de su casa, importante á su conservacion y reputacion, mostrando no sólo podia defenderse sino ofender al Rey Católico acometido en su misma casa. La empresa de Portugal pareció fácil como D. Antonio la disponia, pues con la ayuda de los malcontentos del reino le ocuparian brevemente; y capitularon con él los ministros ingleses le daria la Reina armada de veinte navíos de todos portes con quince mil soldados efectivos y cinco mil marineros y Capitan general de la armada y exército contra el reino de Portugal. El se obligó que arribando á él, dentro de ocho dias se le daria enteramente en obediencia, como aseguraban las cartas de los que le esperaban. Pacificado en el reino, daria dentro de dos meses á la Reina por los gastos cinco millones de oro y á la gente de guerra sus pagas debidas y tres muertas de merced y saco por dos dias en Lisboa, con que no se llegase á los templos ni monasterios. En todos los años perpétuamente trecientos mill ducados de oro pondria en Lóndres á su costa; tendrian los ingleses trato y comercio en Portúgal y en sus Indias y paz hereditaria y ayuda perpétua sin excusa. Pudiese hacer armada la Reina contra el Rey Católico en Lisboa y ayudaria en ella con la parte que pudiese. Los presidios de los castillos y fuertes serian ingleses, pagados á costa de D. Antonio, y todos los obispados daria á católicos ingleses, y en posesion desto elegia para arzobispo de Lisboa á monseñor de la Torque.

Aprestó el vice-almirante Francisco Draque armada, conforme la capitulacion, y lo que juzgó ser necesario para la empresa, y se aconsejaban sobre cuál harian primero, y parecia conveniente tomar la Tercera y esperar las flotas y luégo revolver sobre Portugal.

El Rey Católico sabía la armazon desta armada y trataba de su defensa en Castilla y en Portugal, y suspendia la venida del Cardenal Archiduque á Castilla hasta ver la seguridad del reino, porque su presencia bastaba para tenerla y retener los que fácilmente se movian, que eran muchos, en favor de D. Antonio, y que tenian por honra que no prendiesen á espía suya.

El Archiduque instaba en venir á Castilla, para encaminar sus altas pretensiones de asistir á su gobierno ó al de Flándes, pues se trataba de suceder al Duque de Parma, su Alteza ó Ernesto su hermano; y para tratar desto, porque ya habia llegado el breve de su Santidad, dado en Roma en trece de Diciembre de mil quinientos y ochenta y ocho, para dejar la legacía pontifical y la superintendencia de la Inquisicion en sustitutos, invió ántes á Castilla, y para saber cómo quedaria el gobierno de Portugal, á

Miguel de Mourales, de su Consejo de Estado, y al gran secretario D'Andrade; y parecia que hubiese cinco gobernadores, qte sería mejor su gobierno que el del Duque de Braganza, y se reforzase la milicia y bastiesen los castillos; sacasen de Portugal por sospechosos á D. Pedro de Meneses, que llamaban Piezarra, D. Nuño Mascareñas, D. Enrique de Portugal, D. Antonio Pereira y D. Manuel su hermano, y los dividiesen por correspondientes con D. Antonio; llevasen á Toledo á doña de Ana de Aragon, desterrada por sentencia con perdimiento de bienes.

El Archiduque, viendo mala disposicion en su venida á Castilla, pedia fuese á Portugal D. Felipe, porque con esto se asegurase todo, pues llevaria su Majestad tras sí gran parte de fuerzas y de la nobleza, principalmente esperando ocasiones en que señalarse á su vista, si los ingleses venian á Lisboa; mas no podia desamparar la parte que habia de dar el dinero y la gente. Escribió á los señores confines de Portugal aprestasen sus huestes para socorrelle; envió algunas compañías de infantería; mandó juntar las caballerías de las guardas y hacer levas de peones en Castilla y Aragon en número de cincuenta y seis compañías, y nombró capitanes para ellas y oficiales expertos, y armar navíos para cargar al enemigo, y que las galeras de España bajasen al cabo de San Vicente; aloxase el maestre de campo D. Francisco de Toledo en Cascais, con la gente que el lugar y término cupiese, y las demas de su tercio entre Duero y la Pederneyra, lugares acomodados para desembarcar, y las otras en Santarem; invió comisarios á Ciudad-Rodrigo para conducir las levas; lo de Coimbra estuviese á cargo del Conde de Portoalegre; el partido de Aveyro estuviese al del Duque, disponiendo y armando la gente para socorrer á Lisboa; se nombrasen coroneles y capitanes, para que se armasen en ella y fortificase la marina para dificultar la entrada por ella en la ciudad.

Entraban en su ribera muchos navíos franceses, y mandó el Archiduque no se detuviesen más tiempo del probable para descargar y cargar su mercaduría, porque su detenida era de temer, estando la armada inglesa vergas en alto para salir, y dificultar la entrada por ella en la ciudad.

Embarcó Enrique Noris, general de la Reina de Inglaterra, la infantería y alguna caballería y trecientos flamencos, mosqueteros, en cinco galeones y otros navíos de gavia, todos en número de sesenta naves flamencas. En la capitana se embarcó D. Antonio con su hijo y sesenta caballeros portugueses; y con aviso de su partida á sus amigos, despachó un patache. A los trece de Abril salió al mar, y á cuatro de Mayo pareció la armada en la punta de Prior, y lo avisó al Marqués de Cerralvo el sargento mayor, Luis de San Juan, y con fuegos en la torre de Hércules hizo señales á toda la provincia, para que recoxiesen la gente y ganados. Ordenóse á D. Juan de Monsalve que viniese á la Coruña con su compañía y la de don Pedro Ponce de Sandoval, que estaban en Betanzos, y Luis Ferreira con

las tres de portugueses que alojaban en Ferrol, Neda y Pontedeume, si no tocaba en aquel puerto, y dió aviso al Conde de Andrade y al de Altamira y á todo el reino para que se apercibiesen para socorrer la Coruña.

Las galeras, reconocido el enemigo, embarcaron las compañías de don Juan de Luna y D. Pedro Manrique, y Pantoja, cabo dellas, salió á ponerse entre las dos islas del fuerte de San Antonio y de los Cuervos, para que si los acometiese el enemigo ó tratase de quemar los navíos, se lo impidiesen, y con el galeon San Juan se pusiese lo más cercano que pudiese á Santa Lucía y cubriesen la Pescadería, y para ello entró al galeon la compañía de Martin de Bertendora y la de D. Diego Bazan, y en el fuerte con la de D. Diego de Moura, que estaba de guardia, se metió la mitad de la compañía de Francisco de Meiranes, una de las naturales de la ciudad.

Fuese acercando la armada en un cuerpo, á tiro de cañon de San Antonio, la capitana en la vanguardia, llevando una carabela delante. A la una del dia, sin haber acabado de dar fondo, echó la armada gente muy apriesa en catorce lanchas, dejándoles libre el desembarcadero las galeras, alargados por los muchos cañonazos que les tiraban. Siete banderas ocuparon el Picote del pasaje, y formaron escuadron, y otras tantas otro en la aldea de Omonte, y más que desembarcaron, ocuparon el monte de Hiris, cerrando los caminos de Santiago y Betanzos. Por esto se ordenó á la gente deste lugar viniese por el camino de Bergantiños, y al capitan Alvaro Trancoso y al sargento mayor Luis de Leon, que saliesen con doscientos y cincuenta arcabuceros y mosqueteros á lo alto de Santa Lucía sobre la punta del Gaitero, para donde se encaminaba el enemigo; y salió la gente de las galeras y comenzóse la escaramuza recia y bien apretada, y las galeras, navíos y fuertes, tiraban reciamente; mas queriendo cortar los que estaban en la Pescadería se ordenó á Trancoso y á Luis de Leon se retirasen, y llegaron hasta un escuadron de picas, hecho fuera de la muralla para recebillos.

Entró la gente en la Pescadería, y cerraron las puertas y coronó la muralla; el enemigo ocupó los puestos, cerrando todos los caminos de la ciudad; mas D. Juan de Monsalve y D. Pedro Ponce, guiados de Juan Varela, entraron en la Coruña por la parte de la mar que llaman Orzan. Los enemigos, aunque las galeras defendian sus desembarcaciones, alargadas por la batería de sus galeones, plantaron tres piezas y comenzaron á batir el galeon San Juan y nave San Bartolomé; mas sus cañones y los del fuerte más vecino junto á la Pescadería desencabalgaron los dos, y por una batería á otro, y fue necesario retirar el galeon más cerca del fuerte.

Ganada la Pescadería, conforme á la órden del Marqués, pegaron fuego al galeon y se dió barreno á la nave. Un pleiteante con un criado de D. Luis de Padilla retiraron un crucifijo de un humilladero, cercano al enemigo, y los cargó tirando de ambas partes artillería y mosquetería. Duró gran pieza la batería. Las galeras, no guardando el órden que se les dió por escrito,

se alargaron, desamparando el fuerte de San Antonio, que cañoneaba las naves cercanas, quedando descubierta la Pescadería por la parte del mar. Se ordenó que al entrar la noche se metiesen en la Coruña los bastimentos que estaban fuera, y por ser de mucha comodidad al enemigo la distancia de la fuente de la Sierpe al monasterio de San Francisco para desembarcar, asistieron de guardia allí las compañías de D. Antonio de Herrera, don Gomez de Carvajal y D. Pedro Manrique, y en la Pescadería que hacía frente al enemigo las de Alvaro Trancoso y D. Juan de Monsalve, D. Pedro Ponce y D. Juan de Luna y Lorenzo Montoro, con otra de la tierra.

Entrada la noche, los enemigos comenzaron á cavar para levantar trincheas junto al mar vecino, aunque jugaba en su contra la artillería y arcabucería; echaron más gente en tierra, y el Marqués, con la compañía de D. Pedro Manrique, se juntó con la de los cuerpos de guardia para impedir el arrimarse; pero fueron cargados y forzados á retirarse á priesa, debajo de la arcabucería de la muralla y escuadroncete de picas que guardaba la puerta. Acometieron la estacada para entretener, en tanto que llegaban las lanchas, y fueron rebatidos, asistiendo á la defensa el licenciado D. Francisco Arias Maldonado, que hoy es maestrescuela en Salamanca, y Juan Varela. Las compañías de fuera comenzaron á retirarse, y quedó fuera el capitan D. Juan de Monsalve, que murió de un arcabuzazo, y prendieron á su alférez y al de D. Pedro Ponce, mas no las banderas. Murieron hasta sesenta soldados, inclusos nueve que, metidos en la torre de Hércules, se fueron por nueve dias rindiendo uno por uno salvas las vidas; y el Marqués, perdida la Pescadería, hizo clavar cinco piezas que estaban en su muralla y las del galeon San Bernardo, que por estar dándole carena estaban desencavalgadas, que todas se pordieron; hizo proveer la muralla y bastionar las puertas, dar puestos y poner cuerpos de guardias y meter en las banderas los de la ciudad con sus cabos, y él quedó en la puerta de la iglesia Mayor, atendiendo á lo que intentaba el enemigo.

Aloxó el enemigo casi doce mil en la Pescadería, y puso los cuerpos de guardia hácia la campaña, y en el monasterio de Santo Domingo metieron sus banderas, y desde el campanario con dos esmeriles hacian daño, mas batido cayó y cesó. Abastionaron la calleja entre este monasterio y la huerta, y hicieron plataforma y sacaron la artillería de batir de hasta veinte y cuatro libras de bala, y inviaron con un atambor un hombre con una carta para el Marqués de los Generales; y el sargento mayor Luis de Leon quiso saber á qué venía, y dixo que á decir que entregasen la ciudad á la Reina de Inglaterra, y defendiendo su parecer, respondió la defenderia el Marqués con el valor que verian desde luégo en grandes peligros de máquinas, y flacamente comenzaron á batir y prosiguieron hasta los catorce de Mayo, y dispusieron la batería para la arremetida fácil por la flaqueza y vexez de la muralla.

Volaron con una mina un torreon que servia de través, y dieron asalto continuado por dos horas porfiado; mas retiróse Noris con pérdida de gran número de gente, y sacó el estandarte y banderas libres, que gran espacio estuvieron por el suelo, y de los defensores murieron doce. Quedaron animados, viendo la vileza de los asaltadores y poco gobierno de sus cabezas. Las mujeres de la Coruña acudieron á la batería con piedras y tierra, calderas de agua hirviendo y armas, y trabajaron mucho. Era de ver la confusion de los de la Audiencia, no enseñados á tratos de guerra, el juntarse, el conferir y preguntar, bien que algunos marciales con valor visitaban puertas, nuevos cuerpos de guardia, y se excedleron ansimismo en la resolucion de asistir á los combates y señalar sus personas, y en particular Mayor Fernandez, Cámara, Pita, que viendo muerto su marido, mató con una pica un alférez inglés bien armado, y salió con la bandera sobre la muralla, y por este hecho el Rey le mandó dar plaza aventajada en la infantería de la guarnicion de la Coruña.

Luégo quemaron los enemigos la Pescadería y casas y molinos del contorno, y el monasterio de Santo Domingo. Los gallegos, con la paz larga entorpecidos y poco exercitados en trances de guerra y ansí desarmados, acudieron al socorro de la Coruña, llevados del deseo más que de la esperanza del efecto, por sus pocas armas y cabezas que los rigiesen. No causó poco temor en la ciudad de Santiago; y así eclesiásticos y seglares se apercibian para su defensa; porque entrada la Coruña podia venir el enemigo á saquearlos. El Marqués de Cerralvo avisó á Portugal para que le socorriesen luégo, y al Rey invió un soldado en el dia que descubrió la armada, mas por falta de caballos tardó ocho dias en llegar á San Lorenzo, donde el Rey se hallaba.

Alteró á los de su Consejo la nueva, porque si la tenian del apresto de los ingleses y de su fin, no de que vendrian ni saldrian al mar tan presto. Muchos caballeros y capitanes luego caminaron al socorro, y entre ellos el Duque de Alba, el Marqués de Peñafiel, el Conde de Melgar, el de Monteagudo, el Duque de Francavila, y otros detenidos por los corregidores por mandado del Rey; mas volvieron brevemente, porque los avisó por carta su Majestad de la partida de los ingleses á diez y nueve de Mayo, y al Conde de Fuentes los esperase en Lisboa, donde iria, segun se entendió de algunos prisioneros.

A los catorce del mes de Abril prosiguieron la batería con más furia que nunca por sus camaradas hasta las cinco de la tarde, volviendo llana la batería, y recogieron las banderas en Santo Domingo para el asalto. Mandó el Marqués retirar la gente de la batería y del cubo, donde estaba la mina, dejando dos centinelas con órden que no tocasen á arma hasta que los enemigos estuviesen á las dos partes del camino que habian de hacer para subir á la muralla, y se ordenó al capitan Trancoso que, en ha-

biendo volado la mina, se pusiese con parte de su compañía á la defensa della, y al capitan D. Pedro Ponce para que con veinte coseletes arremetiese á la defensa de la frente de la batería, y al sargento de D. Antonio de Herrera asistiese con arcabucería y mosquetería en la torre que hacía traves á la batería y con picas secas en el mismo lado de la muralla batida, y al capitan D. Diego de Bazan con otro golpe de arcabucería sobre la puerta de Losares, para que en volando la mina se pusiese con ellos en lo que de la muralla quedase entero, haciendo través á lo volado de la mina; y en los dos cubos estaban cuatro cañones haciéndole á la batería y camino por donde se habia de venir á ella.

La mina derribó un pedazo del cubo, y habiendo disparado la artillería, el enemigo vino al asalto y fue recibido con tal cargo que se retiró bien aprisa, dando lugar á hacer un parapeto con que se cubria algo la gente á la defensa de la artillería y arcabucería y mosquetería que estaba en Santo Domingo. Tocada arma, acudió cada uno á su puesto, y el Marqués y el licenciado D. Francisco Arias y el doctor D. Luis de Padilla y D. Antonio Pesoa, y el alférez de D. Pedro Manrique con su bandera con otros cuarenta criados y oficiales de la Audiencia, se estuvieron en la placeta para acudir á cualquiera de las baterías. Llegaron los enemigos á pelear con las picas, y con ellas los defensores derribaron á algunos de los primeros, y con la arcabucería y artillería de los cubos les hicieron retirar despues de haber peleado en el asalto más de dos horas, perdiendo una bandera y muchas armas en la retirada. En el mismo tiempo cuarenta lanchas con artillería y gente arremetieron al fuerte de San Antonio; mas su artillería y la de la ciudad asestada á la punta de la muralla les dió tal carga, que, afondadas dos, se retiraron sin órden, porque los del fuerte habian prevenido el desembarcadero y cerrado con árboles y entenas, de suerte que no podian en distancia de una pica llegar á la tierra. Murieron de nuestra parte en este asalto quince soldados peleando valerosamente.

Venida la noche, reconosció las baterías el sargento mayor Luis de Leon, saliendo por la una y entrando por la otra, y hallólas fáciles de subir; y por la ruina de la mina, desde Santo Domingo embocaban muchas balas y se alzó el terraplen del cubo de manera que, venido el dia, se podian estar sobre la muralla con seguridad, y con una entena y palos se hizo una palizada, con que la batería quedó algun tanto reparada. Salieron banderas inglesas hácia San Francisco, parte más flaca de la ciudad, y púsose fuego al monasterio, con que no pudieron entrar en él, y ellos en el primero cuarto de la noche, á bajamar, le procuraron poner á la ciudad con maderos breados por unos voladicos fuera de la muralla, en la puerta de San Lorenzo; mas fueron retirados dejando las máquinas; y en el segundo en un barco salió D. Francisco Arias á solicitar que las galeras metiesen socorro de la gente que para él habia convenido.

Los ingleses, á los diez y siete, ofrecieron trueque de los prisioneros, y no se les concedió, y comenzaron á retirar su artillería y pusieron fuego á los molinos de viento; y en la noche arremetieron osadamente cuarenta á poner fuego á la ciudad, y los acometieron hasta que en la cuarta vez, con muerte de algunos, se retiraron, dejando los instrumentos y algunas armas en Santo Domingo. Pusieron fuego á la Pescadería y fuéronse embarcando en ella, y otros donde primero desembarcaron. Trató de rescatar los prisioneros el sargento mayor, y no admitieron plática, y á diez y nueve se alargaron al mar, dejando perdidos dos navíos y mil quinientos hombres de los mejores, y entre ellos algunos de cuenta y oficiales y caballeros, que culpaban mucho la poquedad de los ingleses en no haber tomado la Coruña, y que trayendo su armada contra Lisboa la desflorasen en aquella empresa, y parecia que no trayendo vitualla sino para dos meses, de que habia comido ya el uno, convenia buscalla en Galicia, en tanto que daba lugar el viento de pasar á doblar el cabo de Finisterre, y se hallaria más en abundancia en la Coruña, plaza de antigua muralla, sin terrapleno, y así fácil de ganar, dando lugar á sentir sus armas y reputacion con la victoria de la Coruña, midiendo el tiempo que habian de estar en Lisboa, segun lo que D. Antonio decia, para el dia del Córpus, señalado por sus correspondientes.

El Rey escribió de su mano al Archiduque, á veintisiete de Mayo: «Por lo que se os ha ido avisando en todos estos dias, habréis entendido el buen suceso que tuvo lo de la Coruña. A Dios se den muchas gracias por ello, que lo que principalmente me dolia era ver que se hallaba tan cerca el cuerpo del apóstol Santiago, y yo más léjos de lo que quisiera para socorrelle. Quédame el cuidado de que os irán á visitar los ingleses, aunque podria ser que no se atreviesen, habiendo salido quebrantados y con pérdida de gente, y siendo tan ruin la que llevaban como me dicen. El socorro que se ha podido inviar de presto habrá llegado, y el que puede ser de más sustancia se va aprestando con la diligencia y asistencia que sabeis; y así espero en Nuestro Señor que todo llegará á buen tiempo, y que no ha de permitir tan mala conquista en España con la determinacion que quedábades, segun vuestra carta de veinte de éste, de salir á estorbar al enemigo sus intentos, si allegase, y de poneros á cualquier peligro que se ofreciese. Os doy muchas gracias, y lo he tenido y estimado en lo que es razon; y porque en ninguna manera conviene aventurar vuestra persona, que tanto me importa, me ha parecido despachar este correo sólo para escribiros y ordenaros que por ningun caso salgais de ese lugar, que conviene tener sosegado, pues desde ahí podeis ir ayudando al Conde de Fuentes con la gente de la tierra que se habia de juntar con la del sueldo.»

Estaba en Peniche D. Juan Gonzalez Dataide, y en Torres Vedras don Martin Suarez, poco plátieos, y queria el Conde enviar quien los encami-

nase y aconsejase, y para quitar sus diferencias sobre el mandar. Habia llegado D. Bernardino de Velasco, veedor de las guardas de Castilla, con algunas compañías dellas, y el Conde de Villadorta, portugués, queria ser su general como de la caballería portuguesa, en que sería la nobleza; mas los peones, llenos de miedo, no querian armarse ni entrar en las compañías de sus feligresías, gobernadas por sus coroneles, aunque habian prometido ser leales á su Majestad Católica. Sobre la seguridad del reino trataba el Archiduque con el Conde de Fuentes, D. Juan de Ayala, Conde de Danha y Miguel de Moura, y escribióse al Rey mandase que la caballería de la Andalucía socorriese el Algarbe, y Hernan Tellez, su gobernador, pedia favor al Conde de Setubal, á cuyo cargo estaba lo de Alentejo. Dió gran contento la entrada en él de una nave de la India, por su valor y porque estuviese libre del enemigo. Llegó (1) con su armada entera á vista de Peniche, distante catorce leguas de Lisboa, y luégo mandó el Archiduque á D. Alonso Bazan, general de las galeras que estaban allí por cuenta de la Corona de Castilla, se metiese con ellas en Cascais, donde estaba D. Francisco de Toledo con su tercio de guarnicion. Con la claridad de la luna Draque echó gente en la playa sin resistencia, y se acercó Noris con ella al lugar, y D. Antonio con una cruz en alto decia á los naturales no temiesen, que eran amigos con que venía á recuperar su reino. Luégo se apaciguaron y le entregaron la fortaleza desamparada por Juan Gonzalez Dataide, y la guarnició Noris, y con D. Pedro de Guzman, veedor general de la gente de guerra, se retiró á Torres Vedras, villa cercana, despues de haber escaramuzado con doscientos veinte soldados, cargando los ingleses, mas viendo ya aquella parte por D. Antonio, de manera que le recibieron con pálio y le proveian de bastimento y refrescos, caminó la vuelta de Lisboa. Noris avanzó sin artillería, escaramuzando con algunas compañías de gentes de la costa del Andalucía con su capitan Alarcon, y de infantería gobernadas por D. Pedro de Guzman, que fue retirándose atentadamente, y llegó en su ayuda la compañía de arcabuceros de á caballo de D. Sancho Bravo de Acuña.

El Archiduque escribió al Rey la entrada de los ingleses, el estado de su ciudad y reino, las intenciones y las fuerzas del enemigo, y le pedia entrase el que llamaba mayor socorro; porque la gente de Lisboa estaba en manera vergonzosa, llena de miedo (2), y parte de su nobleza tan sin

(1) El enemigo.

(2) Al márgen, de letra distinta, pero contemporánea: « Viendo traer un inglés preso, una regatera dió voces ¡inglés! ¡inglés! : pasó la palabra, y en media hora hubo tanto alboroto y miedo, que la mayor parte de la gente, creyendo estaba el enemigo en la ciudad, la desampararon; de manera que dentro de dos dias no se veia en ella sino la gente de guerra, unos por huir el peligro del saco, otros por ir á ver á D. Antonio, cuyos amigos los desvelaban, y los más eran hebreos. »

acuerdo, que le molestaban porque saliese de la ciudad, y sospechaba era sólo porque lo pudiesen hacer ellos más á su salvo, aunque algunos áun no esperaban á esto; mas de traicion y levantamiento no habia sentido cosa de sustancia. Don Cristóbal de Mora escribió por órden del Rey á D. Alonso Bazan: «Por la relacion que hizo el capitan Rodrigo de Orozco ha entendido su Majestad el estado en que, para darle cuidado, estarán las cosas de ahí, y aunque tiene esperanza en Dios ayudará su causa, y de aquí se hace el esfuerzo posible para que entre el socorro, todavía ha querido que, para en caso de desman, vuesa merced tenga entendido que es lo que más importa la seguridad de su sobrino y el cuidado de ponerle en salvo; y para esto dexe las galeras en San Felipe de Setubal; porque habiéndose ordenado llegue á aquel puerto el Adelantado de Castilla con las de su cargo y meter en el Algarbe socorro del Andalucía, con tener el suyo delante podria abrigarlo todo y recoger los nobles que le hubieren seguido ó quisieren seguir, ha querido fiarlo su Majestad de vuesa merced, si llegase el caso; porque el salir no ha de ser miéntras la ciudad se pudiere defender, por no enflaquecer los ánimos, haciéndose ántes del postrer punto que se tengan á mano un par de galeras, donde se podrá embarcar cuando fuere menester.»

Mandó el Rey á D. Alonso de Vargas, de su Consejo de Guerra, caminase á Lisboa, y partieron con él muchos entretenidos y soldados de varios sueldos. Con su llegada holgó mucho su Alteza y la gente de guerra; visitó las murallas y puertas, y ordenó una trinchea por la marina; y entendiéndose bien con el Conde de Fuentes y con D. Gabriel Niño, maestre de campo general, cobró ánimo la ciudad, y previnieron su defensa, aconsejándose con mucha conformidad los tres valerosos capitanes. Nombró el Rey por general del exército del socorro al prior D. Fernando, de su Consejo de Estado, y el Condestable de Castilla acudió en posta á San Lorenzo á quejarse de que no fuese nombrado conforme su oficio. El Rey le respondió lo sería, cuando su persona saliese en Castilla, donde era Condestable, y en campaña sirviese el oficio de general de la caballería, como el condestable D. Alvaro de Luna, primero general (1), oficio que diera á su hijo, si la edad lo dispusiese; y en tanto fuese á Búrgos á hacer el oficio de Capitan General con los puertos y fronteras hasta Francia; el Duque de Arcos lo era del reino de Granada; el de Medina Sidonia del Andalucía, y del reino de Navarra el Marqués de los Velez; el Duque de Cardona en Orán, con que tenga dos galeras en aquella costa, cosa que deseó y procuró mucho por haber nacido allí su padre, el Marqués de Comares. Señaló por maese de campo general á D. Francisco de Bobadilla; á D. Juan Maldonado, veedor general, y el secretario Andrés de Alba, proveedor y

(1) Faltan palabras.

comisario general. Señaló plaza de armas á Zamora, y para entretener el pleito del estado por hallarse sirviendo en plaza de tanta importancia; y comenzaron á marchar las compañías de caballos de las guardas y de infantería, y muchos caballeros y soldados y señores de Castilla que siguieron al Prior, y su sobrino el Duque de Alba, que mostraba principio de imitacion del abuelo y tio valerosos.

El Archiduque, acompañado de sus criados, con algunas lanzas portuguesas salió al Alba la grande y pequeña, á ver la gente de guerra, y pasó á Nuestra Señora de Luz, donde estaba el Conde de Fuentes con la mayor parte del exército, esperando en el paso forzoso al enemigo, que por la parte baja se acercaba para reconocerle, medir sus fuerzas y ver hasta dónde podria extender los efectos de sus esperanzas. Pasó por encima del monasterio de Benfica, de dominicos, sin dañarle, y acercóse al de Belen, para que les asistiese su armada y recoger su infantería, si fuese menester; y así sobre el castillo de Cascais surgió y hizo aguada Francisco Draque, y se retiró, porque las galeras de D. Alonso Bazan comenzaron á ofenderle. Tenía el castillo á cargo el capitan Cárdenas, y engañado por unos capuchinos del monasterio de San Antonio, grandes apasionados del Prior, que le dixeron era perdida Lisboa, crédulo y fácil, le entregó á Noris con partido de salir con sus armas y ropa la guarnicion, y pasó á Setubal, y allí le prendió D. Luis Dávalos, castellano de San Felipe, y le invió al de Lisboa, donde le cortaron la cabeza.

Para tener Draque bastimentos invió seis barcas portuguesas por la costa, para que por engaño truxesen á Cascais las naves que topasen cargadas de trigo y de otras mercaderías de todas naciones, y pasaron de cincuenta velas las que cogió, aunque algunas francesas se le escaparon. Entrando en el Texo, vendia el trigo á cinco reales, y las holandas y lienzos á bajos precios, para juntar dinero, sacando el astuto corsario provecho de todo. El Conde de Fuentes se aloxó entre la ciudad y Belen, y la caballería portuguesa y la coronelía de Antonio Pereira, que sirvió en la jornada de Inglaterra, en el último de Mayo, víspera de Corpus Christi.

El enemigo se aloxó en el burgo de Albalade, y el Archiduque mandó retirar á la ciudad la gente y ropa de los arrabales, para que no sirviese al enemigo, cerrar puertas, postigos, romper la muralla, quemar las casas sospechosas confines y las de las lonjas de trigo de la marina; solamente quedó abierta la de San Antonio, porque la tenía á su cargo el maestre de campo D. Francisco de Toledo. La ronda halló unas banastas de herraduras y muchos refrescos y regalos, que los hebreos tenian para D. Antonio, de los cuales muchos se le pasaban. Envió á Ruy Diaz Lobo, fidalgo hermano del baron de Albito, y un mozo de cámara de la casa de Portugal, que habia ido á darle música con una espia, al Padre Fray Domingo de Almeida, ministro del monasterio de la Trinidad, para que le diese por su

casa entrada para la ciudad; mas el ministro, celoso del servicio de Dios y del Rey, avisó al Archiduque y descabezó al Lobo y ahorcó los otros; con que D. Antonio supo que sus tratos eran descubiertos, con sumo desplacer, conocida la indignacion de algunos del Archiduque. El Conde, no asigurándose en la campaña, se retiró á la ciudad; y el enemigo se le mostró sobre unos molinos de viento, en un cerro alto junto á San Roque, ofendido de algunas piezas del castillo. Entró en el arrabal de Santa Catalina y la Esperanza, y D. Antonio se aloxó en la calzada del Congro, y inviaba papeles á la ciudad y recogia benignamente los que le acudian.

Noris, porque le faltaba el bastimento y cumplimiento de las promesas y esperanzas de D. Antonio, y que la ciudad estaba en ofensa y defensa, despues de media noche la acometió por muchas partes, resistido con mucho daño, y se retiró y fortificó su aloxamiento, porque la caballería castellana y portuguesa gallardamente le acometia, y acompañada de algunos mosqueteros y arcabuceros, mataron trescientos ingleses y un coronel de nombre y calidad, y cuatro capitanes, y quince de los españoles; y salieron heridos el capitan Pedraza y el alférez Torres y el capitan Francisco Malo; de manera que algunos comenzaron á huir, porque desde la muralla les mataban los que descubrian. Dieron en el trigo del arrabal, y muchos morian de hambre y se prendian, pidiendo pan ó por bastimentos. Noris los pidió á Draque, y dixo que los ganase en la tierra, que para su armada áun tenía pocos.

De noche acometió por algunas partes, y el Archiduque tenía á su gente en escuadrones delante de Palacio, en la plaza del Rucio, en la del castillo y en la puerta de Santa María, y visitaba por momentos estos puestos. Don Alonso Bazan, desde la Alhóndiga á la Esperanza, con la artillería de las galeras ofendia los enemigos, y los fué dando cargas, retirándose á San Gian. El Conde de Fuentes salió en su seguimiento con toda la caballería y parte de la infantería con algunas piezas de campaña; mas hallando á Noris amparado de la artillería de su armada, no pasó de Alcántara, y volvió á la ciudad, y cierto que si soltára la caballería portuguesa, haciendo la confianza de ella que fuera razon se hiciera, que mostrando el valor que siempre, no dexáran embarcar inglés. Don Sancho Bravo solamente estorbaba el recibir bastimentos, recogiéndose cargado debajo de las murallas de San Gian.

El Conde de Redondo pidió licencia al Archiduque para salir á la campaña, mas por haber sido antoniano siempre, conforme á una carta del Rey le metió en el castillo, porque Gregorio de Sotomayor avisó desde la Coruña venía con D. Antonio, y se adelantó á levantar los ánimos en Portugal. A D. Manuel de Castro se prendió y llevó despues á las torres de Leon. Por la carta que recibió el Duque de Braganza, partió para Estremoz, y D. Feliz, su hermano, para Arroyuelos, á juntar gente, y desde

allí escribió al Cardenal pidiendo órden de lo que debia hacer; y porque tardó, deseosos de emplearse y señalarse, entraron gallardos y bizarros con cien jinetes y pocos más arcabuceros y alabarderos y mill infantes, pagados por un mes, y se les mandó no pasasen el rio hasta que se les avisase. Fueron recibidos del Archiduque con la honra y cortesía debida á su casa y grandeza y parentesco, y visitados despues y saludados y acoxidos en la cortina de la capilla. Animaron á muchos que titubeaban en servicio del Rey, porque más de trescientos clérigos y frailes pasaron á D. Antonio, y se embarcaron con él. Creyendo que Noris fué á meterse en la armada para entrar en el reino por el rio, se comenzó y acabó una trinchea gruesa, desde el fuerte de Palacio al del Carbon, donde se funde la artillería; porque lo restante de la marina, Matías de Alburquerque, á cuyo cargo estaba, lo tenía trincheado, conociendo que en la dilacion estaba la victoria, porque en tanto entrase la ayuda de Castilla y del Andalucia y los vacilantes se declararian, y no era posible durar el exército inglés por falta de mantenimientos, porque la caballería le impedia el traerlos.

El Adelantado mayor de Castilla estaba con las galeras en la Cintra esperando tiempo para entrar por la barra; y habiendo el Rey declarado por general de la armada que en Vizcaya tenía aprestada á D. Juan de Cardona, le ordenó el Archiduque partiese para exercer su cargo y salir á asegurar las flotas de las Indias, porque haria pcea faita estando allí el Adelantado, y se evitaba la concurrencia de los estandartes, y entró á juntarse con las galeras de Portugal con nueve en que traia mil hombres, dejando atras otras tres para embarcar infantería en el Puerto de Santa María. El Conde de Fuentes no quiso sacar la gente de la ciudad para dañar, como pudiera bien, al enemigo, quiriendo más no hacer que aventurar, aunque lo contrario queria el Archiduque y los prácticos.

El enemigo, á los diez y seis de Junio, en urcas invió los enfermos y algunas banderas, quedando en su armada seis mil soldados, y sin atreverse á entrar por la barra, tiniendo favorable el viento, navegó la vuelta de Setubal, y el Adelantado con las galeras le iba picando y cargando; de manera que en el cabo de Espichel, estando entre Setubal y Lisboa, le afondó cuatro navíos de á cuatrocientas toneladas, de la retaguardia, sin los que le habia quemado, y alargóse al mar. Mostróse en Cascais y islas Berlengas, y hecha aguada en el rio de Matusinos, con su gente enferma y hambrienta, para remedialla, saqueó á Vigo y otro lugarejo, y caminó la vuelta de Inglaterra con poca reputacion, con una armada de doscientos veinte bajeles con veinte mil hombres de guerra en ella, habiendo perdido más de los diez mil empleados tan vilmente como ellos lo merecian.

Los que estaban en el castillo de Peniche fueron presos, donde se halló un baul de D. Antonio, de cartas y papeles de los que le llamaron, de que poco á poco se hizo justicia pública y secretamente con buenas ocasiones.

Señaláronse mucho el montero mayor Diego de Sousa, D. Pedro de Almeida, Matías de Alburquerque, D. Fernando de Castro, D. Francisco de Castelblanco, D. Manuel y Ruy Lopez Dávalos de Tavora, el Conde de Villadorta y sus tres capitanes de caballos; Diego Lopez y Alexandro de Sousa, que sirvió muy bien, y Lope Suarez con la pluma y con la lanza. Los desembargadores huyeron, sino Jerónimo Perura que estuvo en el hospital, donde se juntaron algunos á tratar de inviar á pedir salvo-conducto á D. Antonio, y constaron por informacion.

Su Majestad hizo mercedes á los que le sirvieron á instancia del Cardenal, y á D. Gabriel Niño con una encomienda por esta victoria, y la entrada despues de las naos de la India que faltaban y un galeon del Brasil. Envió el Archiduque á D. Luis Dávalos á veinte de Junio con la relacion, y á su carta de creencia respondió el Rey, acabó de entender lo que habia trabajado, que era de manera que le obligaba á darle las gracias por ello. Don Cristóbal le escribió dándole el parabien de la victoria, confesando habia recibido de su mano patria y hacienda y áun la honra, porque de cada portugués que se pasaba á D. Antonio le pedia el pueblo cuenta, como si hubiera jurado la lealtad por todos; se castigasen severamente los delincuentes y las cabezas en hacer rendir los pueblos y castillos, y particularmente los que llevaron las varas del palio en Torres-Vedras, y tratase D. Alonso de Vargas de la seguridad de Portugal, y apuntase su Alteza lo que más pareciese convenir para el buen gobierno y administracion de la justicia, porque en esta ocasion se debia replantar de nuevo aquella viña en lo temporal y espiritual.

El Archiduque escribió al Rey estaba corrido de no haber hecho más, para merecer la merced que le hacía, y él reconocia obligadísimo, y sólo su celo y buen deseo de servirle podia presentarle, y por ahora le suplicaba promoviese al Consejo Real á D. Diego de Ayala, y el Rey le respondió era tan agradecido que merecia sólo por ello todo lo que se hiciese por él, y esperaba le ayudaria Dios en todo lo que por su medio intentase, tanta era la satisfaccion que tenía de su virtud y bondad, y en dando el asiento que era fuerza en el gobierno de aquel reino se encaminaria su venida á Castilla, que deseaba más que el Cardenal, y no habia de ser para poco tiempo; quedase lo de su administrador sin riesgo y con fácil expedicion, viendo los papeles que se hicieron en Madrid con Miguel de Moura, y se praticase si conviene mudar algo por lo que despues se ha visto, y todos iban encaminados á un fin.

Atendia su Alteza al castigo de los desleales seglares y eclesiásticos, y prendió en el monasterio de Nuestra Señora de la Trinidad al Prior de Nuestra Señora de Luz y á tres frailes dominicos y franciscos, y al Provincial de San Jerónimo, al Prior y al Vicario de Belen, porque inviaron á visitar á D. Antonio, y puso presidente en Belen, y procedia contra otros

religiosos desta Orden y convento, y convenia darle, y á los demas, superiores castellanos nombrados por el Rey. Convenia visitar los benitos y bernardos, especialmente á sus Generales, porque escribian cartas sospechosas, y daban más en que entender los frailes que todo el resto del reino. Fray Francisco de Tolosa, maestro general de San Francisco, decia era por esto gran parte de la inquietud del reino, porque los sigue el reino y vulgo que los oye en los púlpitos y confesionarios y los conversa con devocion; y convenia corregir exemplarmente sus excesos en hablar con libertad y obrar con atrevimiento temerario contra la obediencia y servicio del Rey con gran escándalo, y eran perniciosos; mas convenia tratar con amor y suavidad los leales, haciendo confianza dellos, dándoles oficios y honrosos puestos, y encomendándolos el servicio de su Majestad para ganar sus ánimos y voluntades, porque no digan los malos quieren tiranizarles sus provincias debajo de perlados castellanos, que aborrece el comun que sigue á esta gente, para que no mueran los ánimos de los que están en favor del Rey, para que perdido el respeto hagan todos conspiraciones para ofender siempre que puedan, y dándoles perlados castellanos, los que han de dar las limosnas y coxellas, podria hacer que no parezcan para que dejen las guardianías. Mas dependiendo esto más de lo que piden, siendo cuerdos y buenos cristianos, no habria que temer; y si les nombráran provinciales no naturales, se aunáran todos, y no habrá delitos que corregir cesando la vida monástica, y no halláran frailes de confianza ni guardianes para el gobierno y andáran desalumbrados, y errándolo con peligros y escándalos. Convenia hubiese un Comisario general castellano, que discurra visitando la provincia, favoresciendo los servidores del Rey, y los guardianes sean castellanos y de satisfaccion, tomando los de unas provincias para otras, si conviniere; fueron en diez años más los culpados frailes, considerando su número, que los demas, ó por pasion ó esperar mercedes de D. Antonio; y su pasion fue mayor por no estar inficcionada con el amor de mojer, hijos, hacienda y vida como los seglares, que se quejaban de que los hacen merced y los desacreditan con su Majestad, y habian hecho por su número y reputacion más union con el pueblo en los sermones y confesiones y consejo, porque los comunican, estiman, aprecian, tratan sus negocios escrupulosos, testamentos, casamientos, amistades en comun. No estaban satisfechos de que era legítimo señor el Rey, que no se prueba por habérselo oido á ellos, porque, ó no lo osan decir, contentándose con entenderse unos á otros, ó es donde están seguros de secreto; y pruébase porque siendo, como son, buenos cristianos, si estuviesen persuadidos de lo contrario, lo estarian de que era pecado mortal hacerle resistencia al verdadero señor; y desengañados en el principio, serian leales servidores; y principalmente constándoles que D. Antonio ningun derecho tiene, no le favorescerian sino por tener á D. Felipe por tirano; y para despojarle

podrian valerse de otro, procediendo con ignorancia y persuasiones falsas, y es prueba el llegar á extremo de que viniesen herejes con D. Antonio á conquistar un reino teniéndolo por lícito, y porque en el principio los de Coimbra no dieron á D. Felipe por sucesor legítimo, y esto enseñan los perlados y lectores, con que se irá perpetuando, punto más importante y fundamento del daño de los religiosos; y de allí nacen los daños que hacen en las confesiones y consejos, y se unen en que si bien no hablan claramente, hay lenguaje por donde se entienden; y los leales averiguarian mal la culpa de los demas, siendo naturales, para atajar las tramas y marañas de sus amigos y parientes.

Respondíase que el averiguar los ánimos de los leales lo procuró el Rey con beneficio y mercedes, dignidades, ocupaciones honrosas, disimulando culpas, castigando blandamente, procurando su observancia y regla, y usando del rigor; y no ha bastado para conciliar los ánimos. Con el rigor se escandalizan; con la blandura dicen es flaqueza de la justicia de su Majestad; y así están más estragadas las intenciones. Por esto conviene poner prelados, predicadores y maestros castellanos, uniendo sus probanzas con las de Portugal, y servirá para la reformacion de costumbres y atajar las culpas, y ser ménos parciales con los divisos y con los súbditos, asigurándose todos; y para la reformacion ayudaria el ser persona de autoridad y religion. Esto ha de ser solamente en los conventos de Lisboa y de San Francisco de la provincia de Portugal; el de Enjobregas en el Algarbe, y en el de San Antonio en Coimbra, Santarem y puertos de mar, y serán visitados por el Comisario general; ha menester para esto la intervencion de su Santidad, y pedia tiempo hasta que el General ponga los prelados y comisarios.

Don Luis Hurtado de Mendoza, quinto conde de Tendilla y cuarto marqués de Mondéjar, servia por condenacion en las galeras de Portugal, por un delito particular de haber muerto un criado por gozar los amores de su mujer, condenacion bien extraordinaria, y pidió el Archiduque al Rey le dejase venir á Castilla, y respondióle se habia respeto de lo que á él más convenia, y no era justo mudar presto lo que se miró despacio y con aquella consideracion, y cierto que merecia se templára el Rey y diera lugar á la moderacion de la pena por los grandes servicios de sus antecesores, á quien por ellos hizo grandes mercedes, porque su casa, desde su fundamento, era hechura de su Majestad y de sus abuelos. Alegaban que don Iñigo Lopez de Mendoza, primero conde de Tendilla, en el año de mil cuatrocientos treinta y seis se halló en la toma de Huelma con Iñigo Lopez, señor de la casa de la Vega, su padre, y por su persona mató á Benurrax, capitan general de Ibni Nacer, rey de Granada, y desbarató su exército, que venía á descercar la villa, y sacó á su padre del gran aprieto en que estaba, y por ello le dió la villa de Meco, año de mil cuatrocientos

cuarenta y tres, y el señor rey D. Juan trecientos vasallos, como consta por privilegio del señor rey D. Enrique, su hijo, fecho en el año de mil cuatrocientos sesenta, y en su nombre elegido por su valor y sabiduría fue por embajador al Concilio de Mantua y á dar la obediencia al Pontífice Nicolao V, y aventurándose, por fuerza y á pesar de todos los embajadores de reyes presentes, puso su silla en el lugar más cercano al Pontífice; y por hecho tan señalado D. Enrique le hizo merced de setecientos vasallos en tierra de Soria, como consta por el citado previlegio; y la narracion dice: «Porque yendo á dar la obediencia á Nicolao V, por mí y mis reinos, vos, como extraño caballero entre todos los embajadores de los Reyes cristianos, vos hubísteis tan varonilmente que acrecentásteis mi honor y preeminencia real y ganásteis el asentario de mi silla Real en lugar más cercano á nuestro Santo Padre, que ningun otro Rey ni Príncipe cristiano, y con grande honor mio, de la Corona Real y de mis reinos, impetrastes bula de nuestro Santo Padre para ello, perpétuamente para siempre jamas.....»; y con voluntad de su Rey, su Santidad le hizo merced de las tercias de toda su tierra. Fue capitan general en la frontera contra Ibni Obman y Abinacer Abdilec, reyes de Granada, y hizo muchas entradas en la Vega, talándola y venciendo sus huestes muchas veces en batalla. Fundó mayorazgo, por merced de los Reyes Católicos, en D. Diego Lopez de Mendoza, su hijo mayor, y de doña Elvira de Quiñones, su mujer, de la casa del Conde de Luna, en el año de mil cuatrocientos sesenta, de las villas de Tendilla y su fortaleza, Loranca, Fuentelviejo, Harmuna, Aranzueque, Meco, monasterio y lugar del Campillo, Rozas y Pozas, con su jurisdiccion y otras rentas. Don Diego Hurtado de Mendoza, su hijo segundo, fue obispo de Palencia, arzobispo de Sevilla, patriarca de Alexandría y cardenal de España. Dió al tercero hijo D. Pedro á Sangueren en Aragon, y murió en el año de mil cuatrocientos sesenta y nueve, en el noventa de su vida, y yace con su mujer en el monasterio de Santa María de Tendilla, de la Orden de San Agustin. Don Iñigo Lopez de Mendoza, segundo conde de Tendilla, en el año de mil cuatrocientos sesenta y siete fue alcalde mayor de las cosas vedadas del reino de Aragon, en la ciudad de Sigüenza y su obispado, por habérselo quitado el señor rey D. Enrique para un señor de Castilla, poco leal, y cinco veces capitan general de entradas en el reino de Granada, en su reinado y de los Reyes Católicos, donde hizo grandes daños á los reinos de moros, y de los despojos labró el monasterio de San Francisco de Mondéjar. Por su valor, en el año de mil cuatrocientos ochenta y cinco, los Reyes Católicos le hicieron capitan general de Alhama y su frontera, que en gran peligro estaba por no haber en diez leguas alrededor tierra de cristianos, y corriendo hasta las puertas de Granada, no osaban salir della los moros, y cuando salieron contra él fueron vencidos; y sabiendo su Rey cayeron más de cien piés de la muralla, vino con gran

exército; mas engañado con un lienzo, que áun de muy cerca parecia muralla, no acometió, y cubierto con él y en breve tiempo la levantó; y porque no tenía dineros ni el Rey para envialle, habia vendido sus haberes para sustentar la guarnicion, hizo moneda de naipes con su sello, y con el valor de su crédito corrió entre ella hasta que fue proveido y desempeñado, y ansí parece por el título de Marqués de Mondéjar, fecho en el año de mil quinientos doce. Fué á dar la obediencia al pontífice Inocencio VIII por los Reyes Católicos y á pacificalle con el rey D. Hernando de Nápoles y el Príncipe de Bisiniano y Duque de Sancto Marco, Príncipe de Altamira y Duque de Atri y Marqués de Bitonto y otros grandes señores de aquel reino, rebeldes de D. Hernando, en el año de mil cuatrocientos ochenta y seis; y compuestas sus diferencias á gusto de todos, su Santidad le dió un rico estoque de casi siete piés, con esta inscripcion: *Espada de la defension de la cristiandad. Inocencio VIII, pontífice, en el año tercero de su pontificado, y del Señor de* 1486, que incorporó en su mayorazgo, y las tercias de todos los demas lugares que tenía con voluntad de los Reyes Católicos. Los señores de Nápoles hicieron fundir medallas de su figura con esta letra: *Don Iñigo Lopez de Mendoza, fundador de la paz de toda Italia.* Hizo en Roma gastos excesivos y cosas memorables en servicio de sus Reyes, de que hasta ahora vive la memoria, y ellos le dieron la encomienda de Socuéllamos en el año de mil cuatrocientos ochenta y siete. En el siguiente marchó con ellos á Baza con cuatrocientas sesenta lanzas suyas y del Cardenal su hermano, y en su honor iban delante de la batalla del Rey por su mandado; y desde Lujar le invió sobre las fortalezas de Freila y Cantoria y villa de Caniles de Albaida y las tomó. Peleó valerosamente en el cerco de Baza, y como valerosísimo caballero, desamparado de la mayor parte de los suyos, siendo socorrido del Rey cerraron los moros con muchas muertes dellos en las barreras, habiendo peleado cuatro horas. Tomada Baza, los señores Reyes le hicieron su Capitan general de Alcalá la Real y su frontera, en el año de mil cuatrocientos ochenta y nueve, donde mató en batalla en el lugar de Barcines á Aliamir, gran privado y capitan general de Muley Boabdil, rey de Granada, y gran número de moros, y le quitó muchos captivos y ganados que habia tomado en aquella entrada. Vino á la venganza con gran poder el granadino, víspera de San Sebastian, y en la fuente de los Espinos, junto á la cabeza de los ginetes, le venció y mató los alcaides Aben Falaxí, Aben Zaudon y Abendoza, y gran cantidad de moros. Fue Capitan general de los ginetes en el sitio de Granada, donde se hubo como bravo caballero, y inviado de su Rey á tratar con el rey Boabdil el Chiquito, se la entregase, lo consiguió, y se otorgaron los conciertos en treinta de Setiembre de mil cuatrocientos noventa y uno, ante Hernando de Zafra, secretario de los Reyes Católicos, y le hicieron alcaide y capitan general de la ciudad de Alhambra y fortalezas de todo

aquel reino, á treinta de Enero de mil cuatrocientos noventa y dos, en edad de cincuenta y ocho años, estando presentes casi todos los Grandes y señores de España. Sirvió despues veinticuatro años en el oficio con notables servicios, especialmente en el levantamiento del Albaicin, sosegándole y socorriendo dos veces á Gibraltar y á su costa, y tiniéndola grande en conservar la ciudad en la pestilencia de dos años. Aumentó su mayorazgo con el título de Marqués de Mondéjar, Miralcampo, Acañon, Viana, Anguiz, Valhermoso, con sus rentas y jurisdiccion; y en el reino de Granada con los cortijos de Agron y Taxarja, Fadimbullar, Pera, Uchichar, El Chopo, Hinchar, Acola, La Azurca, Canata, Jata; los lugares de Cazin y Forques y Almayater; sesenta caballerías en Alhama; muchos molinos, casas, censos; la casa principal en el Alhambra, en la Sierra Nevada; las dehesas del Vado, Dulcar, Alhendin, los Padules, Esqueirro, Hendolo.

Su hijo D. Luis y de doña Francisca Pacheco, hija del maestre don Juan Pacheco, su mujer, ha sido tercero Conde de Tendilla, hermano de D. Francisco de Mendoza, obispo de Jaen y electo cardenal, D. Bernardino y D. Diego, de quien adelante se dirá; fue el primero que salió contra los Comuneros en el año de mil quinientos y veinte, y los rompió en la villa de Baza, y cortó la cabeza á Mercadillo su capitan, y le quitó la ciudad de Huelva y las banderas y estandarte. Fue general de la caballería en la jornada que el Emperador quinto hizo contra Túnez y su Goleta, y mató por su persona á Cidicoa, general de Barbaroxa, y rompió sus moros y turcos con gran mortandad dellos, y salió mal herido de una lanzada, y su Majestad le dió seiscientos mil maravedís de renta cada año. En el de mil quinientos y veinte y cinco sirvió de Virey de Navarra, y del Consejo de Estado, Presidente del Real de Castilla y del de las Indias, y por su vexez retirado le dió D. Felipe II treinta mil ducados de ayuda de costa y seis mil de renta, y aumentando su Estado en la provincia de Almoguera y villa de Fuentendeva, en el reino de Granada, y el cortijo de Alboarza. Fallesció en el año de mil quinientos y sesenta y seis, en los setenta y ocho de su edad. Yace en San Francisco de Mondéjar con su mujer doña Catalina de Mendoza, hija del Conde de Monteagudo, y heredóle su primogénito D. Iñigo Lopez de Mendoza, que por dos veces fue nombrado por capitan general en mar y tierra para el socorro de Orán y Buxía, en el año de mil quinientos y cincuenta y uno, y en el de seiscientos (1) fué á dar la obediencia por D. Felipe II á Pío IV, y despachó con su Santidad negocios de gran importancia y le hizo merced del patronazgo de toda su tierra. Sirvió lo que escribí en el año de mil quinientos y sesenta y ocho en

(1) Así dice en el manuscrito, pero debe estar equivocado, porque Pío IV falleció en 1566.

la rebelion de los moriscos del reino de Granada, y por ello le hizo su Majestad Católica su virey de Valencia, y despues de Nápoles; y venido en España murió á veinte y dos de Abril de mil quinientos y ochenta en Mondéjar en el de sesenta y ocho de su vida.

Heredóle el marqués D. Luis, su primogénito, y de su mujer doña María de Mendoza, hija del Duque del Infantado, que al presente estaba sirviendo en Portugal, de quien tuvo cinco hijos: D. Bernardino, capiscol de Toledo; D. Francisco, almirante de Aragon; D. Enrique y D. Juan, que hoy es Duque del Infantado, y á D. Pedro, prior de Hibernia. Don Antonio de Mendoza, hijo primogénito del Conde de Tendilla, servia de embajador de Alemania en la gran jornada de Viena contra el poderoso turco Soliman, y fue comendador de Socuéllamos, virey de la Nueva España y Pirú, y tuvo un repartimiento de veinte y cuatro mil ducados al año. Dió la encomienda y un asiento de la boca D. Felipe á D. Iñigo su hijo, que murió en su presencia en el asalto de San Quintin, y despues á su hermano D. Francisco la alcaidía de Ventomiz, el repartimiento de Indias y el cargo de general de las galeras de España y de capitan general de mar y tierra para el socorro de Orán, que hizo en el año de mil quinientos y sesenta y tres. Don Bernardino de Mendoza, cuarto hijo del segundo Conde de Tendilla, fue comendador de Estremera y Baldaracete, capitan de caballos, teniente de su hermano, el marqués D. Luis, general de la caballería en la jornada de Túnez, alcaide y capitan general de la Goleta y de aquel reino y comendador de Alcuesca, capitan general de las galeras de España. Venció y mató valerosamente por su persona á Caramani, cosario, y prendió á Dalet Amat, su compañero, y sus diez y siete galeras con diez y seis, y dió libertad á mil docientos cristianos; y tomó en veces más de docientos baxeles, y el Emperador le dió la encomienda de Mérida y las alcaidías de Moclin y Cartagena, y á su hijo D. Juan la de Alcuesca; fue gobernador en Jutonin, del reino de Nápoles, uno de cuatro contadores mayores de Castilla, del Consejo de Estado, y trabajó tanto en el sitio y toma de San Quintin que murió luégo, como escribimos, en el año de mil quinientos y cincuenta y siete, en el de cincuenta y siete de su vida, y yace en su capilla en la iglesia de San Joseph de Granada.

Reconosciendo sus servicios, dió su Majestad á D. Juan, su hijo, el cargo de general de las galeras de España y la encomienda de Mérida y las alcaidías, y á su hermano D. Iñigo la encomienda de Alcuesca y un asiento doble de gentilhombre de la boca, que se le pagaba en las galeras, y á su mujer doña Elvira Carrillo de veinte mil ducados de ayuda de costa para pagar las deudas de su marido y de trescientos mil maravedís de renta, y fue ayo despues de la infanta doña Isabel y doña Catalina; á D. Bernardino de Mendoza, hijo de D. Juan, dió el Rey la encomienda y alcaidías de su padre.

Don Diego Hurtado de Mendoza, el sabio, quinto hijo del segundo Conde de Tendilla, se halló en la toma de la Goleta, en el cerco de Landrese; fue embajador del Emperador en Venecia, Inglaterra y Roma y capitan general y gobernador del Vicariato de Sena, comendador de las casas de Calatrava y miembro de Badaxoz de la órden de Alcántara.

Don Francisco de Mendoza, hijo segundo del marqués D. Luis, fue gentilhombre de la boca; peleó valerosamente en la entrada de San Quintin y habiéndole dado el hábito de Santiago y cincuenta mil ducados de ayuda de costa, profesando en las galeras se ahogó en la Herradura. Tambien hizo merced á doña Elvira Carrillo, madre de doña Catalina de Mendoza, mujer del Marqués ausente, de dos mil ducados de renta, demas de cien mil que le dió para su dote á la Marquesa; al Marqués, de sus gaxes, tres mil ducados; á D. Bernardino de Mendoza, su sobrino, siete mil ducados; á D. Bernardino de Mendoza, su hermano, de pensiones, diez mil ducados; á D. Francisco de Mendoza, seis mil ducados de la encomienda del Viso.

CAPÍTULO IV.

Activa el Rey los aprestos de la armada para oponerse á los designios de Inglaterra. — Socorros que recibe para esta empresa. — El que le prometió el Pontífice, y carta que escribió á su Majestad sobre esta materia.

El Rey daba prisa al armamento de su armada en Santander, San Sebastian y Laredo; y para ayudar á D. Juan de Cardona, que asistia á esto y no aceptó el ser General della, invió á Alvaro Flores, D. Gonzalo de Eraso, Joan Gomez de Medina, Bretendona, Sancho Pardo y D. Bartolomé de Villavicencio. Para haber dinero hacía diligencia. Milan le sirvió con doscientos cincuenta mil ducados, y el Arzobispo de Toledo le socorrió con cien mil ducados. Otros tantos le ofreció el Conde de Buendía, de su Cámara, y lo mismo el de Fuensalida, su mayordomo, y no aceptó.

Habia prometido su Santidad de ayudar para hacer la empresa de Inglaterra con un millon. El Pontífice le escribió ansí: «Carísimo en Cristo hijo: Salud y apostólica bendicion. El Conde de Olivares, embajador de vuestra Majestad, muchas veces en su nombre me ha propuesto tres cosas: la primera, que queriendo vuestra Majestad continuar la empresa de Inglaterra, si tengo la misma resolucion que tenía en el año de mil quinientos ochenta y siete, de dar la ayuda que prometí, y respondí que sí. La segunda, si queria anticipar la paga, y le respondí que no, porque vuestra Ma-

jestad consume tanto tiempo en consultar sus empresas, que, cuando llega la hora de executarlas, se ha pasado el tiempo y consumido el dinero. La tercera, si prosperando Dios nuestro Señor sobre la empresa, si se ganase aquel reino, si daria alguna cosa más de lo que tengo ofrecido; he respondido que sí y en buena cantidad, porque tengo con que poderlo hacer, y lo he procurado sólo por acabar la empresa. Hame pedido el Conde de Olivares que escriba estos renglones á vuestra Majestad, y ansí lo hago de mi propia mano, y dé Dios á vuestra Majestad todo bien, y le envio la bendicion apostólica y la mia. De Roma, el dia de Sanctiago apóstol, mil quinientos ochenta y nueve, imperando Rodulfo II, siendo arzobispo de Toledo D. Gaspar Quiroga, cardenal de Santa Balbina.»

CAPÍTULO V.

Reclama el Rey socorros extraordinarios de sus vasallos de Méjico y del Perú para el apresto de la armada contra Inglaterra.—El que obtuvo para su Majestad D. García de Mendoza, virey del Perú.—Lastimoso estado de este vireinato, cuando se encargó de él D. García.—Acertadas disposiciones que tomó para su prosperidad.

Pareció á su Majestad Católica valerse de sus vasallos de México y del Pirú, y pidió le socorriesen en esta ocasion, tan del servicio de Dios y de su monarquía, imitando el gran servicio que hicieron los reinos de Castilla de ocho millones, ¡oh gran poder, fidelidad y grandeza de súbditos!, no obstante lo que servian con gente y armas contínuamente por tantos años. Y así D. García de Mendoza, virey del Pirú, leida la carta del Rey en la ciudad de los Reyes, y oida su peticion, representó á la Audiencia y Cabildos della, con agrado y autoridad, la precisa ocasion de señalarse provincias tan ricas y opulentas, acudiendo por su parte á la defensa de la religion católica con su plata, de que fue Dios tan liberal en honrar y engrandecer aquellas provincias y regiones, para que le sirviesen con ella para el castigo de sus enemigos, pues no podian por sus personas por caer tan léxos de su cabeza; era amor y razon servir á tan buen Príncipe, que en tan buenos usos empleaba los bienes que le daba Dios, mostrando en la prontitud y liberalidad el amor y respeto que le tenian como á su Rey y señor natural, haciendo los eclesiásticos y seglares, naturales y españoles, gran demostracion para que le siguiesen en las demas ciudades del reino, provocados con su fidelidad y largueza, justificando y haciendo propia la demanda de su Majestad y reputacion el no quedar inferior á la grandísima suma con que

Castilla le sirvió para conservar la religion católica y la pública quietud, que pretendian perturbar los sectarios y piratas; pues ansí miraria su Majestad por su beneficio, segura y pacífica gobernacion, quedando obligado y confiado de la voluntad con que continuaban su servicio.

Invió comisarios á las demas provincias, que representaron lo mismo á boca, y por las copias de las cédulas del Rey y cartas del Virey recogieron quinientos cincuenta y cuatro mil nuevecientos cincuenta ducados. Su Majestad les invió las gracias, y D. García lo representó tan bien, que áun para mayores servicios quedaron dispuestos; y éste fue muy de estimar por estar la tierra aflixida con grandes calamidades, y la mayor parte se debia reconocer de la industria y prudencia con que lo guió el Virey y la aceptacion con que gobernaba el Pirú, desde que llegó á Lima, tan bien recibido que su entrada fue en bendicion como de Rey en el aparato y grandeza, y tal el contento y aplauso general y particular que algunos arrojaron al pueblo fuentes de reales por las ventanas.

Halló los edificios arruinados del temblor de la tierra que padecieron en el mes de Jullio del año de mil quinientos ochenta y seis, que por estar el palacio del Virey inhabitable, en tanto que le restauraban, posó él y despachó la Audiencia en el monasterio de San Francisco, en aposentos de madera que fabricó; y por falta de gente, porque sobrevino peste general; y corrieron hasta Chile á caballo los indios y españoles cruelmente en los llanos y puerto del Callao; y por no haber quien cultivase las tierras ni abriese las acequias, se siguió gran hambre, tan grande que valió una hanega de trigo ocho y diez pesos; y ayudó á la carestía estar el comercio quitado por el mar con piratas, por la tierra el saltear y matar á los pasajeros los negros cimarrones; de modo que sin riesgo no se apartaban una legua de las poblaciones, y no poder atravesar los rios por estar quebradas las puentes; faltaba tambien la pública seguridad por faltar la justicia ordinaria y de la hermandad por falta de gente, de manera que áun junto á Lima, en las rancherías, no estabaa seguros los indios, huidos de sus reductos, donde vivian sin doctrina y como sin dueño, porque allí eran maltratados y robados y forzados á servir como los de los llanos en los ingenios de azúcar, trabajándolos con tan gran continuacion; y ansí faltaban muchos de las reducciones hechas por el virey D. Francisco de Toledo, y vivian en el ócio y á sus anchuras inútiles. Fue ministro de tan acertado gobierno, que dió órdenes justas y convinientes que tuviesen siempre el mismo vigor y observancia que las leyes municipales.

Cobrábanse muy mal por esto los tributos del Rey y con notable molestia, que hacian pagar al doblo por los vivos y por los muertos los encomenderos. Los tribunales estaban en Lima y en las otras provincias, áun el de la Inquisicion de la Plata y Quito, en discordias y poca correspondencia con el Virey, contra el acertado gobierno y administracion de justicia,

y especialmente la de la Plata, á punto de perderse la provincia por disensiones, por falta de gobierno y sobra de acometimientos de indios chiriguanaes, por no haber gente en la frontera contra los de paz y amigos, alterando la tierra y cerrando los caminos. Estaba la Real Hacienda llena de gastos excesivos y excusados; sus oficiales sin dar cuenta y haber la razon necesaria para ello en la entrada y saca; la cobranza en su arbitrio, sin tener renta asentada sino los quintos y la factoría de los azogues; y de los millones precedidos dellos, no habia dado la razon el factor ni para ello habia oficiales del Rey en ..... (1) ..... iba despacio con gran daño del Rey; y de lo procedido de la Cruzada y estanco de naipes en la quiebra de la caxa de Potosí se debian cinco millones de azogues, recargos y asumptos por cobrar; y las demas minas no se beneficiaban, en daño del Rey y de los particulares, y se traian libremente mercaderías de la China sin pagar almoxarifazgo y derechos ni tributos. Los indios yanaconas, negros y mulatos, repartian las tierras, y gobernaban las Audiencias por sí mismas sin tributo del Rey; y los oficios públicos de la Audiencia y ciudad, las cárceles y médicos, los eclesiásticos, apénas obedecian sus provisiones en perjuicio y costa de los negociantes. La Universidad estaba como en su principio, sin colegio y con poco concurso; los navíos y galeras con mucho gasto é inútiles para navegar.

Asentó las cosas con gran prudencia, para que tuviesen la quietud y buen gobierno que se debia á Dios; y escribió al Rey que fuese servido, siendo su parecer, autorizarle en todas estas materias. Para esto hizo armada de provecho con que defender los mares, y armó y pagó bien la compañía de lanzas y arcabuceros de la tierra; tomó asiento por ocho años con los mineros de Guancavelica sobre la saca del azogue, creciendo en ellos un millon y quinientos veinte mil ciento veinte pesos ensayados, sin otros quinientos cincuenta y seis mil ochocientos del arrendamiento de las minas de su Majestad para aumentar la saca de la plata, que es lo que más se debe procurar; hizo descubrir muchos asientos de minas, y encargó á los más poderosos el encaminarlas para su acrecentamiento y perpetuidad; señalóse en el cuidado del beneficio de las de Potosí, nervio principal en aquel reino, haciendo á los Corregidores inviar puntualmente la reparticion de los indios para el trabajo y relevarlos de otros servicios personales, encargando su buen tratamiento y conservacion, acrecentándoles los jornales.

Con este medio y otros, en los primeros seis años de su gobierno valieron los quintos á su Majestad más que en otros seis ántes cuatrocientos diez y seis mil pesos ensayados, que fueron al respecto más de dos millones de aumento para la república, y ansí las flotas vinieron para el Rey

(1) Faltan palabras.

y particulares más ricas que despues que se descubrieron aquellas regiones, y ellos lo estuvieron de manera que ni faltó crédito ni quebró mercader.

CAPÍTULO VI.

Canonizacion de San Diego de Alcalá.—Lo que en ella trabajó el Conde de Olivares, embajador en Roma.—Competencia que sostuvo con el Embajador francés sobre precedencia, y cómo se resolvió.—Ceremonia de la canonizacion.—Pasa Felipe II el verano en San Lorenzo del Escorial.—Comision que dió el Rey á Muley Xeque, príncipe de Marruecos.—Se hace cristiano.—Incorporacion á la Corona de Aragon del Maestrazgo de Montesa.—Parte el Rey de San Lorenzo y disgustos que tuvo por la dispersion de la flota que venía de Indias, y recelo que tenía de Sixto V.—Solemne bautizo de la hija del Conde de Melgar.—Fallecimientos de personajes célebres ocurridos en España.—Mercedes otorgadas por el Rey en este año.—Pone casa al Príncipe.—Medios que se proponian para mantener en quietud el reino de Portugal.—Apodérase el Duque de Saboya de la parte del Marquesado de Salucio, que áun no poseia.—Tratá de poner sitio á Ginebra.—Política de los potentados de Italia respecto á Francia.—Proyectos que atribuian á Felipe II acerca de este reino.—El de Bearne incita al Turco para que haga guerra al Rey Católico.

Escribimos en el primer volúmen cómo el Rey Católico pidió al pontífice Pío V y á Gregorio XIII, su inmediato sucesor, canonizase al beato fray Diego, y por su bula se hicieron las informaciones en Alcalá. Murió este santo en el año de mil cuatrocientos sesenta y tres, en que erró Garibay diciendo fue en el de sesenta y uno, á tres de Mayo, en el libro XVII de su *Compendio*, capítulo VII, página 173; y por esto el Padre Maestro Juan de Mariana le reprende en el libro XXIII de su *Historia*, en el capítulo V, parte segunda, fólio 367, columna primera, refiriendo cómo á quince dias del fallescimiento de este santo recibió salud en una grave enfermedad el señor rey de Castilla D. Enrique IV y una hija suya, y le erigió sacelo, en que puso el cuerpo santo sin licencia del Sumo Pontífice ni de otro prelado; y Sixto V, en la bula de su canonizacion, alaba este piadoso hecho en la cláusula que empieza: *Quo circa laudanda est pietas et munificentia claræ memoriæ Enrrici quarti Castelle Regis, qui una cum filia periculosa egrotans ex beati Didaci sanitate impetrata novile sacelum.....*, etc.; porque fue antiguo uso y costumbre de toda la Iglesia católica que muchos mártires y

confesores fueron tenidos y se tienen por santos y se veneran, que no consta ser canonizados por los Sumos Pontífices, como lo refiere San Gregorio Turonense en la *Historia de los Santos Padres*, con otros escritores, y consta de muchos santos insignes en la Iglesia de San Antonio Abad, Hilarion, Gregorio Riseno, Basilio Magno, Gregorio Nacianceno, Crisóstomo, y los doctores de la Iglesia Ambrosio, Jerónimo, Agustino y otros muchos santos que, como las demas costumbres, tienen fuerza de ley.

Tambien se admitió el culto de algun santo generalmente introducido en la Iglesia universal por expresa y tácita aprobacion de los Sumos Pontífices, segun lo nota Belarmino en el capítulo de las reliquias y veneracion de los santos; porque en sabiéndolo el Obispo, en cuya jurisdiccion acaesció, escribia el hecho al metropolitano, y él congregaba á los obispos sus colegas ó snfragáneos, y comunicado el suceso y considerado maduramente, se determinaba si habia de ser entre los mártires recibido el martirizado. Si le admitian, quedaba por mártir y santo, ó por confesor, probada su vida y muerte, la sanctidad y milagros dellos, y le erigian ara con su imágen y dában culto particular, para que en un lugar, diócesis y provincia se venerase por santo el que murió; y no toca sino al Sumo Pontífice el dar testimonio público en la Iglesia á la verdadera santidad y gloria de algun difunto, juicio y sentencia, por quien se dan á tal varon las honras de los que felizmente reinan con Dios, segun lo dice Belarmino en el capítulo VI, en que como en cosa tan clara á nadie cita. Algunos autores dicen fue el primer Pontífice que ha canonizado santo Leon III, comenzando en San Suisberto, á instancia del emperador Carlo Magno en el año de ochocientos tres; otros, que Estéfano III en el año de quinientos setenta canonizó al beato Trudpecto con la consulta del Consistorio, aunque puede sin ella, porque no puede en cuanto á Pontífice instituyendo alguna cosa de fe y buenas costumbres, y es firme y estable y de todos se debe guardar. Y porque no se diese causa de errar á los pueblos en adorar á los que podian no ser santos, y la canonizacion se hiciese con toda rectitud y mayor certeza, fue determinado por Alejandro III é Inocencio III el quedar remitido á la Iglesia y Sede apostólica el juicio del culto divino y veneracion pública, no de la privada (1); porque no es en el nombre de la Iglesia universal y como determinado por ella; constó por informaciones del ordinario de Toledo y comisarios de su Santidad aprobadas en la congregacion de los Cardenales, y de la Santa Inquisicion y de los auditores de la Rota, la santidad é integridad de vida y prudencia en sus acciones, castidad, templanza, humildad, misericordia del beato fray Diego, y que en la vida y muerte y despues della Dios le ilustró maravillosamente con mila-

(1) Deben faltar palabras.

gros de Dios en el efecto y obra tan extraordinarios, que por causas naturales no podian ser hechos, y muchos para la corroboracion de la fe por obra del Espíritu Santo por los méritos é intercesion de la divina autoridad, como si se hubiese de creer más á los milagros que á Dios, que no puede criar otra cosa de mayor autoridad, porque los milagros se hacen para confirmar la del que propone la fe; y lo que no puede ser por causas naturales, ha de ser por la causa de las causas. Mandó, pues, que San Diego públicamente fuese de todos invocado y tenido por santo, como los que felizmente con Dios reinan, y en las plegarias públicas de la Iglesia se le nombrase, y se erigiesen templos y aras en su memoria y con su nombre consagradas á Dios, y el sacrificio de la misa y el oficio divino públicamente en su nombre se le ofreciese y se celebrase su dia de fiesta, y en su memoria y nombre se pintasen sus imágenes con diadema, para mostrar su gloria que tiene en el cielo; se colocasen y venerasen en sus capillas y guardasen reliquias en preciosas caxas para ser de todos veneradas.

Solemnizó y solicitó el gran hecho el Conde de Olivares, embajador de España, satisfaciendo á la peticion desta provincia y honra de la sagrada religion del seráfico San Francisco, que Sixto V, haciendo consistorio secreto con doce cardenales y el obispo Prenistino, refirió con oracion elegante la santidad y milagros de San Diego; y Pomponio Arigonio, abogado consistorial, con otra no ménos grave que elegante pidió en nombre del Católico Rey de España la canonizacion, con los patriarcas, arzobispos y obispos y la familia del Pontífice, segun estilo. Sixto, con majestad y devocion, respondió era piadosa la peticion y digna de tan buen príncipe y queria encomendarlo á Dios para que lo dispusiese á honra suya. En otro consistorio público pidió los pareceres, y votaron unánimes los cardenales la canonizacion. Su Beatitud alabó su conformidad, dió gracias á Dios por ella y señaló el dia de la Visitacion, segundo de Jullio, de quien era muy devoto, para efectuar la canonizacion, porque en el año de mil trescientos y noventa y nueve en que nació San Diego, sábado á dos de Jullio en el lugar de San Nicolás, junto á la villa de Cazalla, en la Bética, mandó Bonifacio pontífice celebrar esta fiesta, y en este año fue tambien celebrada en sábado en aquellos dias con órden del Rey Católico.

El Conde de Olivares dió grandes limosnas en Roma, previno las ofrendas y cuanto era necesario para asistir á la celebracion, sin impedimento del Embaxador de Francia en la concurrencia y precedencia, como estaba ya de tiempos pasados concertados, y se habia hecho pocos meses ántes en la procesion de hacimiento de gracias por la victoria alcanzada contra los heréticos de la ciudad de Nuys, del arzobispado de Colonia, en el mismo pontificado. El embaxador de Francia porfiaba el quebrar el estilo y concurrir y preceder, y el Conde de Olivares ni lo uno ni lo otro admitia. Alegaba ser festividad de su Rey, para que habia hecho gastos grandes, y el

Santo español, y debia preceder, aunque se aventurase, en la guarda de su razon y derecho. Las más nobles y más poderosas familias de Roma le insistian en que rompiese y recuperase su lugar merecido por tantos y tan justos títulos y derechos, y gozase de la ocasion venturosa, pues todos los romanos é italianos le ayudarian, y tanto más por haber en aquella sazon gran número de españoles en Roroa.

El Pontífice no estaba muy á satisfaccion del Rey Católico por no haberle concedido licencia al Príncipe de Parma para casar con su sobrina, ni algunos á quienes habia cometido el acomodar las diferencias y contradicciones de los dos embaxadores; mas el Conde de Olivares, intrépido y valeroso, se resolvió en ir á la fiesta y preceder por fuerza ó por voluntad á cualquiera que lo quisiese impedir. Por esto el Cardenal de Joyosa dixo al Pontífice en un consistorio que, si permitia por aquellas fiestas que no tuviese el Embaxador de Francia el mejor lugar y precediese cerca de su Santidad, le aseguraba y protestaba se acabaria la cristiandad de aquella Corona, y le quitaria la obediencia que daba. Temió su Santidad, é invió con dos Cardenales á referir estas razones al Conde de Olivares y á pedirle con todo encarescimiento que, pues al acto de la canonizacion no haria falta el no hallarse el Conde presente, le rogaba dejase el asistir en la fiesta por los daños y ruinas que se antevian para la Iglesia Católica. Respondió el Embaxador católico que, si bien se hallaba con las grandes fuerzas y poder que á todos era notorio contra unas tan flacas y debilitadas, queria conociese su Beatitud y el mundo toda la obediencia que los ministros de un Rey tan católico y tan obediente á la Santa Sede Apostólica habian de guardar, mayormente en tiempo que no tenía su Rey otro cargo ni cuidado que recoxer al gremio de la Iglesia Católica, no sólo las ovejas que se habian salido dél, sino con fuertes armadas de mar y tierra el reducir y traer á todos sus enemigos, y deseando en particular que el reino de Francia fuese tan obediente como debia, de quien tantas mercedes y favores recibió de los Sumos Pontífices, y empleando todas sus fortunas el conservar en él la religion católica; fue acordado que el cardenal Deza, español, hiciese las ofrendas.

Salió del Sacro Palacio la procesion para San Pedro, donde se celebran las canonizaciones. Precedia la familia del Pontífice, vestida de colorado, los secretarios apostólicos y abogados consistoriales de morado. El procurador general de San Francisco, con planeta blanca, asistido de cuarenta sacerdotes de su órden con albas y estolas, llevó el estandarte de San Diego con su verdadero retrato; seguíanle los cantores, los abreviadores, los acólitos apostólicos, los auditores de la Rota, los subdiáconos apostólicos con sobrepellices, y uno llevaba el guion del Pontífice; proseguian los penitenciarios de San Pedro, los abades, obispos, arzobispos, patriarcas y prelados que asisten al Pontífice, con capas de coro y mitras, cuarenta Carde-

nales, los cuatro obispos, treinta presbíteros, seis diáconos con dalmáticas y mitras, y los obispos con capas de coro y velas blancas. Ascanio Colona, que habia de decir el Evangelio, en medio de los cardenales Sforza y Montalto, que iban por asistentes del Pontífice, en medio de los embajadores de Venecia y Saboya, con dos cirios grandes para ofrecer. Mostróse Sixto en silla, en hombros de sus palafraneros, debajo de pálio, que primero llevaron los Embajadores de los Reyes, y luégo los príncipes que se hallaron presentes, y despues los más principales de Roma. Seguíanle todos los camareros, y en medio Serafin Oliverio, vicedecano de la Rota, y detrás los protonotarios, y á los lados la guardia.

Entonó Sixto el himno *Ave Maris stella* al salir del Palacio, como es en uso en las canonizaciones. Las calles estaban ricamente adornadas, y en medio del suntuoso templo de San Pedro, un teatro con precioso adorno y trono de majestad con cuatro estandartes de San Diego, menores que el de la procesion, con las armas del Pontífice y del Rey Católico. Su Santidad se intronizó en el lado del Evangelio, y el maestro de ceremonias llamó al cardenal Deza y Aragonio abogado. Este, ahinojado, dixo pedia Deza por el Rey de España pusiese su Santidad en el Catálogo de los Santos á San Diego. Respondió Bocapadolio, secretario del Pontífice, se lo habia consultado, y aunque venía en ello, queria encomendarlo á Dios. Hecha oracion, le pidió tambien el abogado la canonizacion, y oró segunda vez, y los cardenales y prelados sin las mitras, hasta que el cardenal Montalto diácono dixo: «Levantaos.» Comenzó Sixto el himno *Veni Creator*, y se arrodilló hasta el postrero verso. Dicha su oracion, le suplicaron celebrase la canonizacion, y el secretario respondió era la voluntad de Dios y de su Santidad canonizar á San Diego, ilustre y claro por vida y milagros, y pronunció el decreto el Pontífice, y se pidió y dió el testimonio de todo.

La música, artillería, campanas y vocerío y el canto del himno de las gracias, que entonó el Pontífice, causaron devocion y alegría; y Ascanio Colona, vestido Sixto para celebrar la misa, nombró en la confesion á San Diego y en la antífona de la ofrenda. El cardenal Marco Antonio Colona puso dos cirios grandes con la imagen de San Diego y las armas del Pontífice y del Rey á los lados, y Deza, que hacía oficio de embaxador, otro cirio y un canastillo con dos tórtolas vivas; Alexandrino, dos panes, uno con las armas de Sixto y el otro plateado con las del rey Felipe; Matheio, dos odrecillos de vino, dorado el uno y plateado el otro, y Deza, otro canastillo con muchas aves y otro cirio.

Luégo el Cardenal de San Jorge, vicedecano, concedió indulgencia plenaria á los presentes, con que se dió fin al acto de la canonizacion, tan deseada por su Majestad Católica y su España.

El Rey celebró en Alcalá la procesion de la canonizacion de San Diego, celebrada en Roma en el año ántes, á dos de Jullio, en el año del pontifi-

cado de Sixto V, imperando Rodulfo II, siendo arzobispo de Toledo don Gaspar de Quiroga, cardenal de Santa Balbina.

Habia nacido San Diego en San Nicolás, cerca de Cazalla; fue traido el altar de la canonizacion de Roma y el estandarte y bula para que sólo puedan celebrar en él el general de San Francisco de Tolosa y el prior de San Lorenzo, porque le pareció al Pontífice le llevaria al monasterio el Rey. Habia muerto San Diego en Alcalá, en el mes de Jullio, á trece de Noviembre de mil cuatrocientos y sesenta y tres, reinando D. Enrique IV en Castilla, y en Aragon y Navarra D. Juan II, y en Portugal D. Alfonso V, siendo arzobispo de Toledo D. Alonso Carrillo de Acuña, que fundó el convento de Alcalá. Edificó su capilla Enrique IV, y D. Fernando la adornó y mejoró con acuerdo de su Consejo, y quedó el patronadgo della en la Corona Real.

De allí vino (1) á San Lorenzo, á pasar el verano, donde celebró las exequias de la Reina madre, abuela de las Infantas sus hijas, con la misma solemnidad y aparato funeral que por las otras personas Reales, y su Majestad y la infanta doña Isabel y el Príncipe se pusieron de luto.

Estuvo en Portugal, donde se recogió, Muley Xeque, príncipe de Marruecos, despues que su padre murió en la batalla de Alcázar con el rey D. Sebastian, y su tio Muley Nacar, y porque estuviese más á la vista de Fez y tuviese cuidado de su defensa, le envió al rey Mahamut, que poseia Marruecos, para que temiendo su entrada, favorecido de las armadas que juntaba D. Felipe, que le tenía en proteccion, no le arrojasen, donde los malcontentos y amigos de novedades, deudos y huidos en las montañas alterasen sus Estados, con que le retenia para que no diese la ayuda que el hijo de D. Antonio le pedia por su padre, asistido del embajador de Inglaterra, con grandes promesas y advertencias cerca de la seguridad comun y comercio de sus provincias, para estar prevenido en guarda de Larache tan requestada del Rey Católico; porque si le acometian sus armadas socorrelle y lo mismo de los turcos de Argel, que juntaban muchos peones y caballos y pertrechos de guerra, de mar y tierra, con voz de restituir los expelidos de Marruecos, que estaban en Argel en las montañas, para dar á sentir sus armas como otras veces en la Tingitania, y en buena oportunidad ganar alguna de las plazas de Africa que sustenta Castilla.

Estaba Muley Xeque en Carmona, junto á Sevilla, y le habia mandado el Rey ir á Cádiz para estar más listo para su pasaje, porque su tio le pedia, y sobre ello se conferia en el Consejo de Estado. Parecia convenia inviarlos, porque los moriscos donde se hallaban los comunicaban muy en deservicio de Dios, y era necesario volverlos á Portugal donde habian es-

(1) Felipe II.

tado. El inviarlos era quitar el freno al Rey de Fez y escandalizalle, mas habiendo venido á la proteccion de su Majestad voluntariamente, no era razon detenerlos por fuerza, pidiendo licencia para volver á su tierra, y de que se les guardase su justicia no debia escandalizarse, no dándoles ayuda el Rey Católico; y el decir era ponerlos en peligro sin ella no obstaba, pues no habia tanta probabilidad de peligro, pues ellos no le tenian, sino esperaban tener fuerzas para seguramente emprender lo que les importase, y podian componerse con el Xerife, bien que se podria esperar poco de su virtud, ansí en el concierto como en guardar lo capitulado y en no matarlos en pudiendo.

Deste cuidado los sacó el querer ser cristiano el Príncipe, por la diligencia que en ello puso D. Gonzalo de Ulloa, del hábito de Alcántara, corregidor de Carmona. Trújole servido y acariciado y catequizado á San Lorenzo el Real por mandado del Rey, donde siendo padrinos el Príncipe D. Felipe y su hermana, fue batizado con nombre de D. Felipe de Africa, título de Grande, y otras honras y comodidades que el Rey le hizo.

Habíase tratado de la incorporacion del maestrazgo de Montesa, Sancta María de San Jorge, de la Orden cisterciense, en la Corona de Aragon, quedando su Majestad por administrador perpétuo, y al fin se hizo por bula de Sixto V, dada en Roma en el tercero año de su pontificado, en diez de Marzo de mil quinientos y ochenta y ocho, habiendo hecho dejacion en sus pontificales el Maestre libremente, y la incorporacion se hizo por otra bula para esto entre D. Cristóbal de Mora, del Consejo de Estado, y el Maestre, y firmó últimamente D. Galcerán de Borja á dos de Octubre de mil quinientos y ochenta y nueve. Su Majestad fue servido dar al Maestre la encomienda mayor de Calatrava, para que la goce y el hábito de Montesa, ó con un capelo, haciéndosele dar su Majestad, y le deja el Maestre la provision de las encomiendas, prioratos, la jurisdiccion espiritual de toda la provincia del hábito de la Orden, quedándole al Maestre la seglar como la tenía con todo el vasallaje, servicios, prerogativas y emolumentos, que como á Maestre de su Orden son obligados á darle y contribuirle con las rentas y reserva de transferir la pension, que por bula apostólica le está concedida; y el Maestre ha de hacer la cesion en su Majestad de la jurisdiccion espiritual, provision de encomiendas, prioratos, beneficios y avisos, cuando se le diere el hábito y capelo, y no ántes, y le ocupe en cosa conveniente de Maestre, como de virey de Cataluña; y era declaracion que habia de quedar con el título y tratamiento de Maestre, y no proveeria en el ínterin hábito ni encomienda de su religion sin dar cuenta dello á su Majestad. Desta manera quedó incorporado el maestrazgo, á pesar de D. Francisco de Ariño que lo contradixo con muchas véras en Madrid y en Roma.

Partió el Rey de San Lorenzo para Aranjuez, desabrido por haberse esparcido las flotas, habiendo á los diez y siete de Setiembre desembocado el canal de Bahama, y las catorce zabras que Alvaro Flores regia, que traian doce millones de oro y plata, y del número de sesenta velas no habia entrado en San Lúcar sino la capitana. Pasó á Aranjuez á la caza de grullas con el carro y mosquete, y volvió á Madrid á los quince de Diciembre. Tambien iba disgustado, porque habiendo saludado á Gaeta las galeras pontificales, les tiró el baluarte y se apartaron; y escribian de Roma que indignado Sixto buscaria ocasion para romper, y metia en esta sospecha el hacer levas de gente y nominacion de Capitan General, y ser su condicion tan precipitada y tener tantos millones recogidos; mas siendo general el de Urbino, se creia iria á dar ayuda á los católicos de Francia y al Duque de Saboya por la entrega de Ginebra.

Esperaba su Majestad al Duque de Osuna para que se tomase resolucion en la ocupacion de su persona y remuneracion de servicios grandes. Fue padrino en el bautismo celebrado en la parroquia de San Andrés con la Duquesa su mujer, doña Isabel de la Cueva, de hija del Conde de Melgar, nieta del Almirante de Castilla y de Marco Antonio Colona, sus grandes amigos. Llevóla en brazos D. Juan de Sandoval, hermano del Marqués de Denia, y volvióla el de Osuna en la silla de gota en que es llevado, y dióle la pila de plata en que se baptizó, que le habia presentado la ciudad de Nápoles, siendo virey, para baptizar en la capilla de Palacio al hijo que allí le nació; y fue llamado Pedro en memoria del abuelo y del hermano, que murió en Nápoles en el año de mil quinientos ochenta y dos, y su Majestad le dió la encomienda de Calatrava de la Magdalena, que habia dado al otro, mas gozáronla poco por su fallescimiento.

Tambien vinieron á la Córte el Duque de Arcos al pleito del Condado de Barlem, en que venció, y al de Pedraza el Condestable de Castilla, que venció contra el Conde de Benavente.

Murió D. Pedro de Cabrera y Bobadilla, primogénito del Conde de Chinchon, en edad de diez y ocho años, y doña Isabel Osorio, que pretendió ser mujer del rey D. Felipe II, que ella tanto se ensalzó por amarle mucho, y dejó al Conde D. Pedro Osorio, su sobrino, ocho mill ducados de renta y sesenta mill de muebles y dinero. Tambien murieron el Conde de Santistéban del Puerto y el Conde de Gelves en Sevilla, mozo gallardo, desgraciadamente reventado, saltando sobre porfía una pared; y la Condesa de Priego, hija del Conde de Barajas.

Hizo el Rey Asistente de Sevilla con título de Conde de Torrejon á don Francisco de Carvajal, caballero de Plasencia, y dió la encomienda de Manzanares de la Membrilla, que vale doce mil ducados y vacó por muerte del Marqués de Priego, á D. Diego de Córdoba, primer caballerizo; á don Alonso de Zúñiga, de su Cámara, la del Viso y Santa Cruz, que vacó por

muerte de D. Francisco de Alava, general de la artillería, que valé cuatro mil ducados al año, con tres de su vacante.

Llegado el Rey á Madrid, considerando que por la falta de la salud del Príncipe no habia podido ponerle casa en los años de su edad, como á don Cárlos, nombró por sumiller de Corpus á su privado D. Cristóbal de Mora, y por gentileshombres de su Cámara á D. Pedro de Guzman, hermano del Conde de Olivares, y á D. Martin de Alagon, hijo del Conde de Sástago, aragonés; á D. Pedro Pacheco, hermano del Conde Montalban, y á D. García de Figueroa, hijo de D. García de Toledo, ayo que fue del Príncipe D. Cárlos; y por ayudas de cámara á D. Felipe de Zúñiga, natural de Guadalaxara, porque lo habia sido su padre del Rey, y Alonso de Muriel de Valdivieso, cuyo padre lo fue del Emperador, y otros dos que fueron criados del Marqués y de D. Cristóbal, para que los ministrasen en la Cámara, donde habian de dormir, y le contasen cuanto en su ausencia en ella pasaba. Juraron por mayordomos el Conde de Orgaz y D. Juan de Cardona, y todos habian de comer en el Estado del Rey, sin añadir en la casa más oficiales que los de sus Altezas. Los de la Cámara habian de tener el asiento en los libros del Rey, y comiendo el Príncipe en público le habian de servir los gentileshombres de la boca; y no estando el Rey en la cortina de la capilla, la silla rasa del Marqués de Velada habia de estar en el arco de la capilla al lado de la Epístola.

Tratábase para armar á Portugal, porque de Inglaterra avisaban inviaba la Reina otra vez la armada á Lisboa, de hacer milicia, y proponian (1) son los celos de la fidelidad las armas distribuidas sin distincion, y la graveza de los pueblos facilitando delitos y menosprecio de la justicia, la fidelidad, decian, se aseguraba con la fina y antigua de los portugueses, y la que mostraron ántes en la venida de D. Antonio con los ingleses, y se acabaria con su muerte de asentar todo, y agora con la imposibilidad de tumultuar estando unido el reino por las espaldas con tan gran poder, sin haber un fuerte que le detenga tres dias en la frontera desde Galicia al Andalucía; sobre esto podria quietarse un consejo escrupuloso, aunque despues no saliese infalible, porque no alcanza tanto la providencia humana que pueda cerrar la puerta á lo posible, á lo ménos con llave. No se podia negar se agravaria al pueblo con obligaciones de milicias, pues no tiene proporcion con el peligro que resulta eximido della, aliviándole cuanto sea posible con buen órden y destreza. La ocasion que se daba á la vida suelta y licencia á mala gente se moderase y reprimiese con la limitacion de las exempciones y privilegios que se hubieren de conceder, no excusándoles de la jurisdiccion ordinaria, sino dándoles algunos en materia de honor y

(1) Faltan bastantes palabras.

pequeño interese que los contentase y no los alterase. La dificultad consistia en los medios, que habian de ser diversos de los que eligió D. Sebastian, por la diversa postura que entónces tenian las cosas del reino con la mudanza del mundo y de los tiempos, para excusar las invasiones. Por el mar no convenia armar á hecho sino á los más escoxidos y mejor disciplinados y armados; y pues la verdadera milicia era la gente pagada y forastera, las mejores reglas que se podian dar á la voluntaria y natural serian las que más la hiciesen imitar á la del sueldo, en la órden de los cabos y en la distribucion de la gente, en la calidad y repartimiento de las armas, y en la disciplina de los exercicios. Bastaba tener treinta mil infantes armados, porque la constancia fuerte y los desembarcaderos son pocos, y no ser verosímil que los enemigos empleáran una fuerza pujante y gruesa sino en la costa de Peniche á Lisboa, y en ella se podria hacer el modelo desta milicia, para que la imitasen las demas tierras en lo más, pues no podrian en todo. Tuviese Lisboa armas para doce mil en dos tercios, en treinta compañías de á doscientos, con dos maeses de campo y dos sargentos mayores y los demas oficiales ordinarios pláticos, y podrian ser castellanos para esto, á los capitanes dando estipendio moderado por años y á los demas oficiales preeminencias y honores. Las armas habian de ser cuarenta picas armadas, veinticinco mosquetes, treinta y cinco arcabuces por cada cien soldados, y así en las veintiseis compañías trece en cada tercio, y las cuatro de arcabuceros con sus murriones y ciento veinte coseletes con alabardas, treinta por cada compañía de las cuatro; los coseletes de milicia, los mosquetes de Vizcaya, las picas de veinticuatro palmos muy armadas y reforzadas. Así venian á quedar los seis mil hombres repartidos en dos mil ochenta picas y mil trescientos mosqueteros, dos mil quinientos arcabuceros, ciento veinte alabardas, considerando se habian de contractar escuadrones y no tropas sueltas. Se hiciesen compañías de arcabuceros con veinte mosquetes y diez alabardas por ciento á los portugueses privilegiados, y á los castellanos que ganan sueldo, y á los alemanes, italianos y flamencos con cabos de su nacion electos por ellos, y en cada compañía hubiese doce criados del Rey, dos para la bandera y xineta, ocho por cabos de la mitad de las hileras de coseletes, que son diez y seis de á cinco en cada compañía de ciento por la cuenta de cuarenta picas. Pero como no habria tantos por ser menester cuatrocientos sesenta y ocho, bastaria la mitad, y por la ocasion habian de ser las hileras de mucho más número, y sobrarian los dichos; para los cabos de cada una se podrian doblar los dos tercios, y ser cuatro de á diez y ocho banderas. Se obligase á las ciudades marítimas á tener su gente armada, como en Lisboa, y en las compañías veinticinco picas secas, veinticinco mosquetes, cincuenta arcabuceros por ciento, y los cabos como en Lisboa y los sargentos mayores distribuidos por comarcas y las armas en almacenes públicos, para que no se trocasen ni vendiesen y

estuviesen limpias. Y hubiese plazas de armas, señaladas en los lugares marítimos; de los de á caballo, que suelen ser muchos los que suelen acudir á servir, la tercia parte ó mitad fuesen arcabuceros diestros, y que estuviesen alojados á la parte de Ciudad-Rodrigo y Extremadura; en la frontera, alguna caballería ligera castellana.

El Duque de Saboya, luégo que vió en la guerra ocupado á Enrique III, deseando acabar de echar los franceses de Salucio, pidió al Duque de Terranova, gobernador de Milan, le ayudase. Envióle cuatro compañías de infantería española, á cargo del capitan Juan de Gamboa, castellano de Pavía, con que ocupó lo que restaba, acrecentando el sentimiento de Enrique de Valois, el cual para la guerra de Francia y vengarse del Duque hizo llevar diez y ocho mil zuiceros, con que el Duque de Saboya ocupó á Gestelon, Ripalla y Terlin, y hizo mover á los valerasanos, para que le tomasen á Via. Pidió el Duque mayor socorro al de Terranova, y envióle en sus compañías más de mil españoles con el maese de campo don Juan de la Cueva, y cuatro compañías de caballos ligeros á cargo de don Cristóbal de Ibarra, capitan de una dellas, y las otras dos de D. Pedro Ponce de Leon, comisario general de la caballería de Milan. Con esta gente y cuatro mil infantes se puso el Duque en Remeli, seis leguas de Ginebra, para impedir que los enemigos no penetrasen la Saboya, donde llegó para asistille por órden del de Terranova Antonio de Olivera. Con su parecer se alojó á una legua de Ginebra, donde supo habian pasado á Francia diez mill de los suizos por la montaña de San Claudio. Cobró el castillo de Terlin, batido y entrado por asalto con muerte de ochenta soldados que le guardaban; reconoció á Ginebra con escaramuza recia y muertes de ambas partes y la del Conde de Salanova, maestre de campo general del Duque, empeñándose demasiado, y queria asentar el sitio; mas los capitanes de Milan le aconsejaron levantase un fuerte á una legua, que llamaron de Santa Catalina, para cubrir la Saboya, porque el de Terranova les prohibió el servir sino en guerra defensiva; y en tanto inviase por nueva órden y llegaria el conde Pirro Valvici con cuatro mil italianos del sueldo del Rey Católico. Llegaron acabado el fuerte, en que sirvieron los españoles como gastadores y mil quinientos zuiceros. El Duque recobró á Solan, Ripalla y Via de Valefranos. Pasó al Alba, á una legua de Ginebra, á combatir al enemigo, y en la pequeña clusa trataron de concierto los embajadores de los valesanos, y pasó el Ródano, y Antonio de Olivera reconosció al enemigo con el capitan Gonzalo de Salinas, y aconsejaron el inviar mil quinientos soldados por la montaña á tomarles las espaldas, y con el resto se pasase por la gran clusa, y entre ella y Calonge, donde alojaban los enemigos, se pusiese el exército. El enemigo salió con dos cañones de su alojamiento á oponerse, y los perdieron y su gente se fué retirando, porque bajaban por la montaña los mil quinientos soldados contra su re-

taguardia. Acometió Mos. de Sona, que gobernaba la caballería, con dos mil infantes á dos mil quinientos de los de Ginebra y doscientos caballos tan floxamente que pudiera retirarse de junto al Ródano tres leguas de Ginebra sin perder hombre, á unas caserías, con que los ministros del Rey sospecharon que los del Duque no le sirvian fielmente. Los zuiceros, sin la ayuda de Ginebra, apretados del Duque, le pidieron que les diese libre paso para sus casas. Decíanle unos los desollase, otros los inviase desbalixados, y los españoles los dejasen ir libremente, como se hizo, obligando á sus partidos y berneses. Recobrada la Saboya, los españoles querian volver á Milan, mas no les dió licencia el Duque hasta hacer un fuerte en Bersu, para que se diese la mano con el de Santa Catalina y apretase más á Ginebra, y acabado partieron y el Duque á Chamberí á disponer el hacer la guerra en Provenza con esperanza de buenos sucesos.

El Duque de Saboya estaba inclinado á ensanchar sus Estados por la Provenza, con asistencia de algunos católicos, especialmente de la Condesa de Sao, rica y poderosa en ella; y poco despues de la muerte del Rey escribió al Parlamento de Grenoble, cabeza del Delfinado, donde tenía amigos, en la ribera del Isere, que baja de los Alpes, que le diesen obediencia por muchas causas que mostraba en su favor. Respondiéronle á instancia de los que seguian la parte de los herejes, muchos en aquel país, pertenecia esto á los Estados principales, á quien seguirian en reconocer al sucesor en la Corona; no turbase su quietud de la tregua entre el señor de Diguiers y Alfonso Corzo. El Duque, mal satisfecho, envió á Provenza el Sr. de Vius con tres compañías de caballos ligeros y tres de arcabuceros á caballo con Alexandro Viteli, para que fuese recibiendo los pueblos que se le quisiesen entregar, y en tanto atendia á la empresa de Ginebra.

Pensaban los potentados de Italia que la Corona de Francia no se mantuviese en su antigua grandeza, juzgando les convenia para su conservacion, y ayudaban recatadamente al de Bearne con dinero, y el Gran Duque de Toscana y los venecianos, si bien algunos de su república lo condenaban. Decian se debia contrapesar la potencia del Rey de España, y por esto socorrieron á Francia siempre y especialmente á su rey Enrique III, cumpliendo con su confederacion, para que aquella Corona los socorriese con gente y dinero cuando les fuese conveniente; importaba entretener las disensiones de los Príncipes della, en tanto que prevalecia el legítimo sucesor, para evitar la desmembracion que imputaban al Rey Católico queria hacer de Francia, dividiéndola entre los Príncipes de la sangre y mayores señores, perpetuándoles sus gobiernos, que no fuera difícil de hacer, si el Rey Católico atendiera á esta imaginaria division; y era mal admitido el favorescer al de Bearne, siendo aquel Senado tan católico, por no estar en el gremio de la Iglesia y seguirle los sectarios y políticos sus semejantes contra lo que pretendia el clero y los de la Liga; bastaba lo mucho que

malgastaron en ayudar al desdichado Enrique III, y no era bien desperdiciar más y ser protectores de sectarios por falsa razon de Estado, pues si la Corona cayese en alguno de los de la Liga, aunque parecia dificultoso, mal serian dél socorridos si no ofendidos, teniendo el arrimo del Rey Católico, imputado bien falsamente de que atendia á la destruccion de todos para entrar por árbitro y convertir la perdicion en su provecho, cuando era cierto no tenía otro fin que la conservacion de la religion, pues para la restitucion y seguridad del gran tesoro que gastaba, no habia pedido plaza fuerte en tenencia, y los franceses por este beneficio no le elixirian por su Rey, que era bien fuera de la opinion dél y dellos, y podrian elixille los católicos, si los venecianos ayudaban demasiadamente al de Bearne, y mejor si muriese el Duque de Mena. Para conservar á Francia era el verdadero medio unirse con los católicos franceses que habian de crear su legítimo Rey, y favorescido de la República le sería su verdadero amigo y restituiria su dinero y obligaciones de socorrellos, con que conseguian sus dos razones de Estado del contrapeso y socorro que daban con certidumbre cumplidas y de haber hecho servicio á nuestro Señor.

El de Bearne invió á pedir al Turco, por medio de venecianos, al señor de Fitu, divirtiese al Rey Católico inviando armadas á poniente, para que dividiendo sus fuerzas pudiese reinar, conservando su hermandad y comercio, pues si le faltaba Francia, ocupada de algunos de los de la Liga ó de D. Felipe y dividida, como trataba de ponerla, cargaria sobre sus Estados. Los de la Liga procuraron mostrar su falsedad, y cómo la intencion del Rey Católico era de conservar á Francia con Rey Católico, para que viviesen en su antigua religion y forzasen á tenella á los huguenotes, que la alteraban con nuevas flotas y traiciones contra su misma patria.

CAPÍTULO VII.

Trata el Cardenal legado de disuadir á Enrique de su proyectada union con el Príncipe de Bearne.—Naturaleza y complexion del rey Enrique.—Efectúa su union con el de Bearne.—Recelos que tenía de este Príncipe, por ser más estimado de los soldados.—Declara el Papa excomulgados al rey Enrique y á cuantos tuvieron parte en el asesinato del Cardenal de Guisa.—Sitia el Rey á París.—Es asesinado por Jacques Clemente.—Buenas cualidades que tuvo ántes de ser Rey de Francia.—Disposiciones que toma el Príncipe de Bearne despues de la muerte del Rey.

El rey Enrique III en Francia acabó de irritar en su contra el reino, habiéndose convenido con el Príncipe de Bearne y pedido viniese en su

ayuda, y los católicos se declararon en su contra con pretexto de tener más obligacion á su religion romana y á acudir por su defensa que del Rey, no permitiendo fuese pisada ni despreciada, tratando impiamente al clero, el Santísimo Sacramento y las reliquias de los santos los huguenotes; con que se hallaban en gran peligro si las armas del Rey, que eran las de los sectarios, favorecian. El quedar neutrales era cosa poco honrada y ménos grata á Dios, y ser presa y robo de todos, y así la necesidad forzaba á declararse.

El cardenal Moresino protestó al Rey que sería su total ruina y miserable estado, y que no podia seguir á su lado para ver y tolerar que los heréticos, á la puerta de Turs, á su vista, tomasen el monasterio de Cortosini, donde despues que robaron la hacienda, con grande inhumanidad, sólo por mostrarse impíos contra Dios y crueles con los hombres, martirizaron al Prior y Vicario, profanaron el templo, aloxaron en él caballos; y la santísima hostia consagrada, que es el mismo Dios, pisaron; accion tan horrenda al sentir como á Enrique de infamia y al mundo de admiracion que él no se indignase y enfureciese contra los crueles, indignos del bautismo y de la vida, pudiendo impedirlo la majestad de Enrique y castigarlo, y queriendo ser participante de tan enorme pecado y teñir sus manos en la sangre de los mártires, en el menosprecio de Dios y ruina de su santa Iglesia: cosa de espanto, no sólo á cualquier cristiano, mas al infiel; y no ménos el haberse puesto en poder desta gente, que no podia atribuirse sino á la ira de Dios, que le queria castigar por medio de los mayores enemigos comunes y suyos. Le suplicaba lo remediase miéntras podia para reconciliarse con la divina Majestad, que perdona al rendido y al que no desespera de su misericordia.

Respondióle gobernaba la necesidad de salvar el reino y la vida, y se ayudaria para ello de los herejes sus enemigos y del Turco si le constriñiese, y ansí eran vanos sus consejos y remedios, pues le tenía sólo en valerse de su enemigo, ó se le diese el Pontífice para no ser víctima de los que rabiosamente le perseguian y tiranizaban sus provincias, no admitiendo los coligados concierto para privarle de la corona y de la vida..... (1), respondiendo la Duquesa de Nemurs y no dando respuesta en siete semanas el Duque de Lorena, quiso ponerse en el arbitrio de Sixto y no lo aprobaron sus enemigos, cuando les daba gobierno, dignidades y autoridad que enflaquecia la suya, y no dieron orejas al trato de la paz, cuando finalmente el Duque de Lorena venía contra él con ayuda del Rey de España y del Duque de Saboya, y él quedára sin el socorro de los huguenotes, presa de los confederados. El acuerdo con el de Bearne sólo era para

(1) Faltan bastantes palabras.

librarse desta invasion y fuerza dellos, y no crecia, pues no habian de ocupar más plazas para sí, ni ampliar su dominio, y retenia el curso desto con ventaja para el Rey y para la religion católica, pues ninguna cosa le concedia en su perjuicio; y no debia ser infamado por ello, pues queria morir católico y admitir razonable paz áun en su daño y desventaja, con que las armas unidamente se pudiesen volver contra los herejes. No podia ménos de dolerse que siendo su reino el esplendor de la Iglesia romana con el amor de primogénito no fuese del Pontífice socorrido como de padre comun, para salir de tanto peligro y mantener sus Estados en beneficio de la Iglesia romana y su potencia, por la seguridad de Italia y de toda la cristiandad. Creia era abandonado tan de hecho, porque sus enemigos persuadieron en la Córte romana estaba tan caido que levantarse no podia, y no lo estaba sin apretar sus enemigos, de manera que se reintegraria en su Real autoridad y con su gran justicia en su entero dominio, y en el Pontífice prevaleceria la piedad contra el desden.

El Legado le replicó no le dió Sixto causa para quejarse dél, pues bien sabía cuánto le amó y estimó su reino, y cómo por su medio se acomodaron primero las cosas de París, y no debia maravillarse le hubiese desamparado, pues esperó en vano le pidiese perdon con la humillacion que debia quien tan grave delito cometió, por el que la Córte romana y el órden eclesiástico se tenian por gravísimamente ofendidos, y por darle tiempo de reducirse á penitencia y para tratar del modo de recibirlo diputó Sixto una congregacion de Cardenales, y revolviendo sobre la inconveniencia de la infamia que le resultaria, como Rey Cristianísimo, ante los Príncipes católicos, y la causa y pretexto que daria á todos para ayudar á sus enemigos, y cuán oportuna ocasion les ofrecia de volver las armas en su contra, le confortó para tomar otro partido que el de concertarse con los heréticos. Al fin el Legado, ó por quitarse de peligros con alguna color que le excusase con el mundo, ó por satisfacer á lo que debia á su cargo, en que habia dado en Roma grandes señales de haber faltado grandemente, protestó á Enrique se iria tan luégo como firmase lo capitulado con los huguenotes, pues no podia quedar allí sin ofensa de la Sede apostólica y sin tomar alguna peligrosa imputacion. Deseaba salir, no sólo de aquella Córte, mas de Francia, sabiendo se fiaban poco dél los poderosos. Mas habiendo sobre esto órden de su Santidad, y temiendo que á él se le imputase el acuerdo con el herético, pareciéndole que su presencia no podia refrenar al Rey, estaba resuelto de partirse ántes que el concierto se efectuase. Temia tambien que los huguenotes no le hiciesen alguna afrenta á su dignidad, y esperaba le diesen libres los pasos prometidos.

El Rey dió á entender al Moresini, con palabras, contemporizaria por diez dias con el de Bearne, en tanto que se trataba, de acuerdo con los de la casa de Lorena, á quienes ofrecia grandes honores, gobiernos, rentas;

mas que se creia cumpliria muy mal; ponia por árbitro y compositor á Sixto y al Gran Duque de Toscana y al de Lorena y á la Señoría de Venecia ó Duque de Ferrara, el que más por adjunto á su satisfaccion su Santidad eligiese; ofrecia tregua por tres meses, que juraria luégo en manos del Legado, si la jurasen los coligados, y las condiciones no se publicasen primero que las considerasen y aceptasen. Llevólas al de Umena en Castelodun, porque no quiso alejarse de su exército, y aunque largamente confirieron sobre la paz, el Duque, teniéndole con razon por sospechoso, con artificio le entretenia, diciendo podia mal fiar del que quebró los pactos, promesas y juramentos, y queria ántes convenirse con los herejes que con los católicos, aunque el Legado trabajaba con réplicas para facilitarse y asegurarse de las promesas y mostrarle no estar efectuado el concierto con los huguenotes, y los católicos no habian propuesto partido, no admitió el trato de la paz, excusándose con que no tenía faeultad para ello de los señores coligados y de la Union, y podia el tratar dellas arruinar su exército y intimar la voluntad de los pueblos que le ministraban el dinero, especialmente en París, donde sintian las contribuciones, y le murmuraban, y los sediciosos le desestimaban por su poquedad, y decian ser dado á su comodidad, trayendo en su memoria para su menosprecio el valor y vigilancia del Duque de Guisa, su hermano, figurando lo que hubiera hecho siendo cabeza de sus ánimos, presuponiendo sería ya acabado ó aprisionado el Rey y la guerra fenecida.

No eran sus imputaciones sin efecto de poca reverencia y desobediencia, porque no siendo naturalmente acepto para el gobierno civil y conociendo no estar bien establecido, disimulaba y procuraba cuanto mejor sabía mantenerse con todos, hasta que venidos los socorros del Rey de España y Duque de Saboya pudiese con alguna accion militar resucitar su autoridad en el concepto del pueblo. Esperaba tambien de la conjuncion del Rey con los huguenotes mucha ayuda, pues le haria irreconciliado con el Pontífice y con los Príncipes franceses católicos, y sabía juntamente que esta union sacaria en Roma para él favorable expedicion en las cosas tratadas en aquella Córte, sin que el Legado tuviese noticia dellas; y las condiciones de la paz no eran tan ámplias como le parecia, y tanto más no comprendiéndose en ellas las ciudades y señores coligados, y no queria perder el séquito y dejarse expuesto al mero arbitrio del Rey.

Con estas razones excusaba el concertar la paz el Duque; y así el Legado escribió al Rey alargase la mano si la queria; mas habiendo firmado lo capitulado con los heréticos, respondióle le excusase con la ciudad y con su Santidad, y hiciese fe de su devocion para con él y la Santa Sede, y cuánto confiaba de su Beatitud, pues quiso remitir á su arbitrio todas sus diferencias, y le rogaba volviese donde estaba para no dañar su fama con su separacion, asegurando que viendo los capítulos de las condiciones es-

tablecidas con el Príncipe de Bearne las aprobaria por favorables á la católica religion; al fin le hacía instancia en asistir en tanto que de Roma se le ordenaba lo que debia hacer, en alguna tierra donde viese era reconocida su Real autoridad y justicia..... (1) ..... Italia señalado del Rey, y creyendo encontraria despachos de Roma que le asegurasen el poder tomar resolucion conforme á la mente del Pontífice, fué, mas no se entretuvo; porque el Duque de Nevers, que le convidaba con buen alojamiento, trataba de concierto con los de la Liga, y si tenía efecto, no queria sospechase el Rey que por su medio, y el de Mena, que lo estorbó, siendo consultor del negocio el de Nevers, partió de la Córte por no militar con los huguenotes, y persuadido á entrar en la confederacion, respondió no podia si primero el Pontífice no declaraba excomulgado á Enrique de Borbon y libres del juramento hecho de fidelidad á los franceses, y con esto atendia al aumento de los exércitos por ver cuál prevalecia, y no arriesgar sus Estados con la una parte.

El Duque de Espernon, que perseverante mantuvo cerca del Rey la parte del de Bearne, porque le habia dado mala satisfaccion, no quiso quedar con él y su Rey juntos, pareciéndole no le habia menester despues de la muerte de los Guisas, pues no podia ya temer en la Córte ni contraste ni oposicion á su grandeza, y así sintia mal y contradecia la union de los dos Enriques. Con esto procuró poner diferencias entre ellos con secreto artificioso; y para obligar al de Borbon á separarse, le irritó con acciones públicas; y el Rey, ya cansado y muy sospechoso dél y receloso siempre, aumentaba la sospecha de industria del de Espernon.

A esto le forzaba, más que las condiciones encontradas, la causa principal de la separacion de ánimos. Era el Rey de complexion melancólica y trataba los soldados ásperamente; el de Bearne, por su grandeza, era alegre y inquieto, y con los soldados conversaba domésticamente, y en el hecho de las armas más estimado dellos, y en las empresas más voluntariamente le seguian y más alegremente militaban con él; y porque esto veia el Rey en su presencia, le era asaz molesto. A la viveza de ingenio, alegría contínua y vigilancia llamaba instabilidad, falta de juicio é inquietud. Parescíale habia de ser más reverenciado dél por su Majestad Real, mas fue pospuesto al de Borbon en el reino; y entre los extranjeros que trujo el Duque de Longavila, cuando llegaron á dar la muestra en la campaña cerca del Pontuyse, entrando acompañando al Rey por medio de los escuadrones, oyó preguntar por el de Bearne y saludarle, y vió con más respeto y mayor alegría hacerle mayor reverencia que á él, y con gran amargura lo sufrió, y queria que le estuviese cerca sólo por la necesidad que de

(1) Faltan palabras.

su ayuda tenía conocidamente. Por las tierras que se tomaban no dejaba entrar guarnicion de huguenotes; y por no haberla admitido en Pontuyse, el de Bearne se indignó, y dixo al de Espernon conocia queria tener con él los modos que con el de Guisa, y por no sufrirlo queria partirse para poder mejor servir al Rey en otras partes y léjos de su persona, porque estaba mal satisfecho; y invió á pedir licencia al Rey, y receiando dañase el efecto á la empresa de París, le visitó y detuvo con razones amorosas, ruegos y promesas. Temíase por esto que, tomada París, se dividieran; tanto habian faltado las satisfacciones de las primeras juntas, no pudiéndose con nuevas reconciliaciones tan fácilmente borrar las antiguas ofensas, y más entre Príncipes armados, unidos por fuerza de interés de Estado y diversos en la religion.

En tanto que el Rey asistia al de Bearne, ganaba éste lugares y algunos de la nobleza, y recogia la gente que envió á soldar dentro y fuera del reino; y el Duque de Mena hacía lo mismo y desembarazaba las riberas y caminos por donde se vituallaba París, que le queria cercar el Rey, y disponia su defensa. Habiendo llegado á Roma un libro en lengua latina, cuyo título era *De iusta Henrici tercii Regis Francorum abdicatione*, donde largamente se referian sus vicios con improperio é ignominia, que no irritó poco la Córte romana, supo el Pontífice la confederacion del Rey con los huguenotes y los daños que hacian en los templos, monasterios y clero, y despachó bula que declaraba por excomulgado á Enrique de Valois y á los que fueron en la muerte del Cardenal de Guisa y prision del de Borbon y Arzobispo de Leon, y la dió á Jacques, comendador de Diu, y á Juan Piles, abad de Houres, para que la llevasen á Francia, y tardó en publicarla en Roma hasta que ya estuviesen en ella seguros de impedirles Enrique la entrada. Juntos en Leon, no dixeron más de que venian con despachos favorables para la Liga, y á veintitres de Junio fue publicado el monitorio en la catedral de Rens, y poco despues en la de Chiatres, en cuyas puertas se fijaron copias; y el señor de la Chiatra avisó luégo á París.

Gran temor tuvo el Rey del daño que le podia causar la declaracion de Sixto, y muchas esperanzas tomaron los coligados de que les sería de notable ayuda. Contenia el monitorio principalmente una exhortacion y mandato al Rey, para que librase de la prision al Cardenal de Borbon y el Arzobispo de Leon, dentro de diez dias de la publicacion dél en dos ó tres catedrales de segura estancia, especialmente las de Rens y Chiatres, y dar cuenta al Pontífice y Santa Sede dentro de treinta, ó por cartas propias ó por instrumento público; y declaraban á Enrique, y á todos los que tenian parte en la prision del Cardenal y Arzobispo, haber incurrido en excomunion mayor y en la bula *In cæna Domini*, y estar de la comunion de la Iglesia separados, y los participantes y autores de la muerte del Cardenal

de Guisa; por lo cual era citado el Rey á parecer en Roma dentro de sesenta dias, á lo ménos, por su procurador, y los demas delincuentes personalmente todos; y pasados los tres veintenares de términos jurídicos, sentenciarian, y los pueblos serian absueltos y disueltos del juramento de obediencia hecho al Rey. Prohibia el dar la absolucion de la excomunion á los eclesiásticos, reservándola á su autoridad pontifical, salvo en caso de muerte, en el cual el Rey para conseguirla diese suficiente seguridad de obedecerla.

Luégo como fue publicado en Roma, en la gran puerta de bronce de San Pedro, y en otros lugares segun el uso, los ministros franceses partieron de aquella Córte por no ver citado tan gran Rey, y fue caso espantoso en ella y no visto por muchos años ántes; y sus parciales quedaron atónitos y temió tambien el Rey sería dejado de muchos, y que accion tal justificaria las armas de los confederados, y daria á muchos príncipes causa de ayudarlos claramente. Resolvióse en no obedecer, y creyendo poder disimular el no tener noticia del monitorio, esperaba tomar á París ántes que el término dél pasase, y hacer mudar el estado presente de las cosas, no sólo en su reino, más en todas partes; porque se viai reforzado de alemanes y nobles heréticos y de sus compañías, con que tendria cuarenta mil combatientes con la gente que traeria el Sr. de Sancti, enviada con él en socorro de Ginebra contra el Duque de Saboya que la combatia, si bien no fue sin sospecha de los mismos ginebrarios, pues los franceses y los del canton de Berna que tomaron las armas so color de ayudarlos, querian sujetarla. El de Sancti, advertido desta sospecha, ó excluso de esta esperanza, vino en ayuda de su Rey con el Duque de Longavila, habiendo dejado la gente en menor peligro, porque al Duque (1) no llegaron los refuerzos que esperó del Pontífice y del Rey de España, que no invió teniendo la empresa por difícil y de poca reputacion á todos, y que pondria en arma los cantones malcontentos, si se apoderase de tal ciudad, aunque el Duque de Saboya la facilitaba, porque tenía en el lago dos galeras que le cerraban, y con algunos fuertes que habia hecho en torno de la ciudad esperaba rendirla tan brevemente que no aceptó, no sin gran error, las condiciones que le ofrecieron los del Magistrado de reconocerle por señor, recibir los ministros de la justicia que nombrase, permitir el uso de la religion católica, quedándoles á ellos el de la suya; mas quiso poseerla libre de esta parte, y así los accidentes del tiempo le hicieron arrepentir de no haber aceptado la última condicion, que pudiera su curso enmendar con industria y fuerza.

Los de París se prevenian para el sitio, que disponia el Rey tomando

(1) De Saboya.

lugares importantes que le daban comodidad y la quitaba á ellos, especialmente de los puentes que muchos fueron de parecer se arruinasen, alegando no ser posible defenderlos contra un campo real; y como no los rompieron cuando pudieron, dejaron al enemigo la gran comodidad. Alojóse el Rey en San Cloud, y se hizo el puente para que su gente pasase el burgo de San Honoré y del Louvre, y envió al de Bearne á Melun á vista de las trincheas que los de París tenian en el burgo de San German en su defensa y del de Santo Marcelo y San Víctor. Asistia el Duque de Mena con muchos cañones y metió tres regimientos de infantería en algunas compañías de caballos hácia Sancto Honoré y Montmartre y San Dionis, y alojó la caballería en opósito de la del Rey, con órden de no salir fuera, despues de traida la artillería, porque con alguna rota los de la ciudad no tumultuasen, queriendo mantenerse en la defensa, hasta que llegasen sus ayudas los extranjeros que invió á conducir el Señor de Sagonne con quinientos caballos, que por estar léjos aún, parecia llegarian tarde. Faltábanle cada dia los soldados, con que los parciales del Rey tomaban ánimo y amenazaban los liguistas, y trataron con los tudescos de meterle dentro, y titubeaban y se satisfacian mal de cuanto se les daba, y hablaban de manera que parecia volverian las casacas brevemente.

Viéndose el Duque de Mena en tales angustias, sin fuerzas suficientes y con pocos capitanes, resolvió con el Sor. de la Chiatra el intentar una empresa muy atrevida para morir ó vencer gloriosamente; y viendo cuán poco fundamento podia hacer en la infantería, determinaron subir á caballo y dejar que los enemigos, superadas las trincheas, que no podian defender, caminasen dentro á una llanura entre las trincheas y la ciudad, y con ochocientos caballos bonísimos asaltar, cuando una parte de la gente enemiga hubiese entrado, que juzgaban sería en el siguiente dia. Mas los pensamientos de una parte y de la otra fueron de impensado accidente mudados, pues los vencidos que no se atrevian á discurrir en torno como los del Rey, alegres y victoriosos en todo, porque esperaban el asalto de las trincheas, los vieron con maravilla retirarse, con voz de que el Rey era muerto por fray Jacques Clemente, dominicano de los que llamaron fratres Jacobitas, de humilde nacimiento, pusilánime en la estimacion de su linaje y simple segun su profesion, en el dia de Advíncula ó prision de San Pedro, en que dixo misa. Cuando el mundo pendia con el ánimo del evento y los enemigos del Rey temian y los amigos esperaban que se vengase de sus adversarios con la expugnacion de París y se restituyese en la antigua grandeza, la improvisa muerte todas las cosas de Francia puso en confusion y miedo, y con maravilla universal los pensamientos y esperanzas, mostrando cuán vanos son sus intentos y fundamentos, y cómo se desvanecen por un solo accidente permitido á las veces por nuestras culpas y confusion nuestra de la Providencia suprema, que, volviendo por la causa

católica, quiso fuese otra Judit fray Jacques Clemente, nombre que dió Enrique en Bles el dia en que hizo matar al Duque y Cardenal de Guisa á las guardas de su palacio, y á la misma hora de las diez y media de la mañana en que le hirió, habiendo pasado desde el dia en que el de Guisa quitó los tumultos de París, porque tomó resolucion de matalle el Rey, tantos dias como desde las muertes de Bles á la de Enrique en San Cloud.

La causa que le indujo á tal hecho no se sabe, por haber sido muerto en acabándole. Decian que fue inducido de otros para librar á París con seguro de la salud de su alma y el reino de los peligros que los amenazaban, si vivia el Rey, y vencidos los de esta parte, publicaban que fue tela urdida de la Duquesa de Montpensier y de otros de la Liga, opinion que aunque recibida de muchos, fue dura de creer, solamente por la poca calidad del executor, si bien decian arriesgaron poco; y otros que la Duquesa sólo fomentó el humor del fraile, y que no le indujo á ello. Lo cierto fue que, resuelto á tan gran empresa, la comunicó con amigos y superiores que le animaron, aunque le tenian por ligero y tonto por sus hechos; y ansí muchos yendo á la execucion, burlaban dél.

El Rey fue advertido que le queria matar un fraile, el cual dixo á la guardia queria dar á Enrique cartas que habia procurado de sus más confidentes, especialmente del presidente Arles y del Conde de Brienne, que áun estaban en París en prision, y creyó tenía el fraile grandes cosas que revelar al Rey á su servicio importantes y en el último de Jullio, en San Cloud, fue ultrajado de los huguenotes; y conocido del Señor de Laguel, procurador general del Rey, y se le llevó en las ancas del caballo un su hermano; y remitió el Rey la audiencia para la mañana siguiente por ser tarde y hallarse cansado de haber visitado el campo. Dióle, estando atándose las calzas, las cartas; y ántes que acabase de leerlas, le metió el cuchillo derecho á la vexiga. Dió gran grito el Rey diciendo: «Este fraile me ha muerto», y sacando el cuchillo, le fijó sobre un ojo al fraile, y la guarda le mató, y despues de descuartizado con caballos le quemaron.

Juzgó el Rey mortal la herida, más los médicos de poca importancia por animarle. Llamó al de Bearne, que entraba de guarda en el prado de Cleri y habló con él en secreto y no le vió más, hasta que le avisaron era muerto de gran dolor y calentura, á dos de Agosto en la noche, habiendo ántes encomendado como á sucesor suyo al de Bearne á los Grandes y señores y capitanes de su exército.

Así acabó la línea de Valois, que á reinar comenzó el año de mil trescientos veinte y ocho con Felipe VI de Valois, como más cercano pariente de Cárlos el Hermoso, que murió sin masculina sucesion. Ningun rey entre cristianos tuvo más altos principios, para hacerse gran monarca, del que tuvo Enrique, rey de Francia, y que más miserablemente cayese y sin exemplo de antigua y moderna historia. Fue de buen ingenio y cuerpo,

algo pálido, y no melancólico mas grave, y su gravedad respiraba majestad Real. Mostró la agudeza de su ingenio en las prontas respuestas, en la prudencia de las resoluciones, cuando no tuvo ofuscado el entendimiento de la pasion de sus favorecidos, y en la elocuencia de los discursos; fue fácil en amar, tenaz en el ódio, astuto y disimulador; y tanto en la disimulacion prevaleció, que con dificultad se entendia cuando amaba ú odiaba. La robustez del cuerpo fue más por el exercicio que por su naturaleza, que tiraba más á delicada y mole; naturalmente inclinado á placeres, mas siendo hermano de Rey encubrió su inclinacion el contínuo cuidado de los negocios y el exercicio de la milicia que exercitó con gran benignidad del cielo; porque siendo muy mozo lugarteniente de su hermano Cárlos, venció dos batallas, y fue herido porque de su virtud trujese testimonio. Alcanzó crédito de salir guerrero; fue más pródigo que otros príncipes de su tiempo, formidable á los huguenotes, de los cuales fue intrínsecamente amigo. Alcanzó la gracia del pueblo por la esperanza que daba de ser en las armas y en el gobierno civil, y porque se mostró de naturaleza liberal; tanto fue el aplauso que hallaba en el pueblo y tal el progreso de su autoridad, que aunque era grande el amor que tenía al rey Cárlos, fue dél sumamente amado; de que se asombró Cárlos, y receló; y esta fue quizás la más poderosa ocasion que le induxese á procurar alcanzarle el reino de Polonia, con cuyo reinado y con su reputacion, que le hizo elegir sobre tantos opositores y con ser de un Rey de Francia hermano, y despues hubo el uno y el otro reino, podia hacer clara su fama ilustre y ampliar largamente sus confines por la vecindad de tantos herejes; porque demas de su potencia, por el gran nombre que habia alcanzado en las armas, llevára á militar con él la mayor parte de la nobleza de Europa. Él cultivó la religion católica con públicas y secretas demostraciones, cuanto á persona religiosa convenia, pero tanto se mudaron los favores del cielo, despues que tornó de Polonia á Francia, que todo lo que en él se atribuia ántes á virtud, fue despues juzgado por vicio; porque fueron descubiertas las simulaciones, la liberalidad convertida en prodigalidad; porque inmoderadamente amó á sus favorecidos; y les donó tanto, que fue forzoso cargar el pueblo, no usado á sufrir impusiciones extraordinarias, y se retiró de la contínua asistencia de los negocios por estar con los que domésticamente conversaban con él. Faltó á los aprestos necesarios de la guerra por no convertir en otro uso que en el beneficio de sus amigos el dinero; y por gozar con ellos la vida quieta, les dió tantos cargos y rentas que contra sí mismo concitó el ódio universal, y contra ellos envidia irreconciliable; y recatando los buenos consejos, se enajenó mucho y alargó de su madre, que habia amado siempre y estimado. Las cristianas católicas demostraciones eran á hipocresía atribuidas; el retirarse y el no hacer la guerra, á vileza del ánimo; tan extinguida estaba la memoria de su virtud y de sus claros hechos, aun-

que, cuando la necesidad le sacó armado á la campaña, mostrase los mismos espíritus de valor, que acabó su ardimiento en su pecho. Llegó á tanto su mala fortuna, que jamas hizo cosa que no llevase á perecer; porque caido de reputacion, estuvo cercano á perder la corona, y no era seguro de retenerla si hubiera el Duque de Guisa vivido, y habiéndole hecho matar, vió la corona y la vida en peligro, habiendo levantado contra sí gran parte de Francia, forzado á dar y recibir condiciones á su dignidad Real indecentísimas, y á ser despreciadas de sus enemigos, y al fin á echarse en las manos de los que tanto le ofendieron y con quien jamás pensó verdadera paz, no habiendo conformidad de religion; y al fin alcanzó esperanza, viendo seguirle muchas ciudades y pueblos de mucha parte del reino, y se vió cercano á vengarse de París, como en extremo deseaba.

Fue su muerte de tanto más dolorosa memoria cuanto que, no habiendo, como debia, reconciliádose con la Sede Apostólica con el medio de la penitencia y pedir absolucion de sus pecados á quien debia, murió en opinion de descomulgado é impenitente, y en Roma y en otras partes por esto no se le hicieron las obsequias que solian á tan grandes reyes, si bien muchos han afirmado constantemente que fue absuelto en el trance del artículo de la muerte, y murió con todos los Sacramentos de la Iglesia, pedidos por él con señales de gran devocion y arrepentimiento, á que se hallaron presentes grandes señores. Fue su cuerpo llevado por todo el campo con la pompa fúnebre que los soldados le pudieron hacer mayor con lágrimas y dolor universal, y llevado á Compiegne y depositado en la catedral para trasladarlo despues á San Dionis, como lo fue poco despues de la muerte de Enrique IV su sucesor.

El Pontífice, luégo que supo la muerte, resolvió el inviar á Francia Legado, para que la mudanza de Estado, que amenazaba, no fuese sin participacion suya. Teníase en este tiempo por desesperada la libertad del Cardenal de Borbon, en que el bien de Francia consistia, porque el señor de Chiavini, que le guardaba, le habia entregado á Enrique de Borbon, y él hecho llevar á Malezest, tierra fuerte cercana á la Rochela, porque parecia que por la gravedad de su edad se podia temer cada hora su muerte, y á muchos parecia que la Corona se habia de dar por eleccion, y los que aspiraban á ello invocaban el auxilio del Pontífice, mas en él ni en los socorros para la guerra ni en la materia de eleccion, no quiso obligarse á alguno, aunque á todos hacía ofertas generales, y cortesmente respondia manteniéndolos en esperanza; solamente se declaró en procurar que el reino alcanzase monarca católico y conjunto con la Santa Sede Apostólica por su beneficio y de toda la cristiana república.

Víase ya en Roma un gran concurso de embajadores y pretendientes. El Duque de Mena envió en su nombre y de los coligados al Comendador de Viu, que invió ántes; los príncipes y nobleza católica que seguian al

Príncipe de Bearne, despacharon al Duque de Lucemburgo, y contradecia el ser oido como de herético el Comendador de Viu y recibido en aquella Córte. El Duque de Lorena envió al señor Lemmoncourt, y procuraba mostrar para descubrir contra los ánimos del Consistorio habian recibido el seguir al de Bearne los políticos, y cuanto convenia que fuese favorecida la Liga cuando más fuerzas y amparo habia menester, para que la Corona no tuviese un herético relapso, que ya se trataba como Rey de Francia en las ceremonias de su casa y exército, cuando en París habian declarado por legítimo rey con nombre de Cárlos X al cardenal de Borbon, como á primero príncipe de la sangre tenido y aclamado en las Córtes generales. El de Lucemburgo, en contrario, decia el estado peligroso de Francia, su cierta ruina y division, si la Corona salia de la familia Real, y que la mayor parte de la nobleza asistia para esto al de Bearne y para conservar la católica religion, porque miéntras era della ayudado Enrique de Borbon le era necesario conservarla y reducirse á ella por el mejor medio para verdaderamente reinar. Debia Sixto mantenerse padre comun y tratar suavemente con una y otra parte, porque todos se uniesen para no dejar dividir el reino y mostrarse á Enrique para esto ser el cierto camino su conversion, y considerase su Santidad la gloria que le daria el hacerla á su instancia y dar rey á Francia ilustre y obediente á su santa silla. Protestaba de parte de la nobleza que le siguia era unida para la conservacion y aumento de la católica religion, y de no permitir dañarla, que no podia impedir separada del de Bearne, porque se habria puesto del todo en las manos de los heréticos.

Muerto el Rey, el señor de Meribort vino á caballo á retar como retó de traidores á los parisienses y liguistas, desafiando para combatir de uno por uno al que lo contrario quisiese defender. Salió en su contra el señor de Maroles, y en defensa y justificacion de la inocencia de los retados, señalaron campo, eligieron padrinos y por armas dos pistolas, con cuyo primero tiro cayó muerto el provocador del caballo, de un balazo, con gran contento y vocería de los circunstantes. Quedó al parecer dellos y de los que sabian la causa del combate y lo sucedido clara la verdad y la fidelidad de los de París por causa del Rey, diciendo volvia Dios por su causa, dándole infinitas gracias.

CAPÍTULO VIII.

Prosigue la guerra de Flándes.—Sitio de Bona.—Empresas de Schenck contra el ejército católico.—Asiste Verdugo al sitio de Bona.—Envia el de Parma considerable refuerzo de gente á Frisia.—Muerte de Schenck.—Ríndese Rimberghe.

En Flándes el Duque de Parma empleaba los exércitos del Rey Católico segun sus órdenes y la disposicion y necesidad de las empresas. Tentó infructuosamente tomar por escalada á Zoombergh, y despues por su sitio á Bergas-Opzon, que saliendo doble y mal executado de los inteligentes consumió el tiempo. Bona, del Elector de Colonia, cuatro leguas della, fue en el año ántes ocupada del enemigo por mano de Schenck, rompiendo una puerta que salia al rio y la tenian bien guarnecida. La fortificaba para conservarla Martin Schenck, y el Elector pedia con instancia su recuperacion y el Nuncio de su Santidad; y el Príncipe invió á su recuperacion al de Chimay, y pidió á Verdugo, que gobernaba la Frisia, pasaje, porque su experiencia y conocimiento del país ayudarian y facilitarian la recuperacion; llegase á Bruck donde se confiria largamente sobre ella, y donde se tuvo nueva que habia salido Schenck por la otra parte del rio con mucha gente y artillería á batir dos navíos de guerra del Rey, que Verdugo invió á Colonia y estaban junto á ella. Los capitanes dellos sacaron la gente en barcos y dejaron batirlos, aunque con poco daño, por no ser gruesa la artillería.

El Príncipe de Chimay con infantería y caballería se arrimó donde los navíos estaban, sin hacer más efecto que tirarse unos á otros, por estar el rio en medio y no tener barcas para pasar. Retiróse á Bona Schenck, y el de Chimay pasó el rio en barcas, y se alejó en Ducque, burgo de la otra parte de la ciudad, el rio en medio. Verdugo le aconsejaba se fortificase en buen sitio con un fuerte con sus alas en imitacion del de Zuphent; y porque no tenía órden para asistirles, y el Nuncio y el Príncipe le aseguraban vendria brevemente el de Parma para su quedada allí, partió para Groninghen en uno de los dos navíos de guerra, y dejó al Tasis con órden de acometer el fuerte que hacía Schenck, que áun no estaba en defensa, con el regimiento de lorineses franceses de Mos. de San Valamont en llegando allí, porque en el principio son de mucho sentimiento, y para no dar lugar á Schenck para fortificar más el fuerte. Tardaron en la execucion, y el acometer convirtieron, sin saber por qué, en hacer unos fuertecillos ta-

les que, saliendo el enemigo del suyo, ó los dejaban ó les degollaba la gente dellos.

Levantaba otro Schenck más adelante en el rio; y yendo á reconocelle Tassis, fue muerto de un arcabuzazo por la cabeza, con gran pérdida del Rey, porque tenía valor y buena intencion y la diciplina de Verdugo tenida por la mejor que en la escuela de Flándes se practicaba. Los enemigos se animaron con esta muerte y la ausencia de Verdugo, y hicieron salidas, degollaron gente, quemaron cuarteles, rompieron una compañía de hombres darmas y prendieron á Mos. de Conroy peleando como buen caballero.

Por esto el de Parma mandó á Verdugo volviese al sitio de Bona, y llegado al exército dixo en el Consejo, era difícil de ganar plaza que no estuviese del todo cercada, si en veinte y cuatro horas no se habia tomado, si los de su parte la querian socorrer y los de dentro defender; convenia acometer primero los fuertes, para que pasasen sin estorbo los navíos de armada el rio arriba y estorbando el socorro entrar á Bona. A Schenck pareció iba el sitio apretado y dejó al Baron de Polvitz en su lugar, y levantada gente en el Palatinado, por el rio socorrió la ciudad. Para impedir el hacer esto más veces, se ganaron dos fuertes, y batido el grande, se ordenó al tercio de napolitanos de Cárlos Spineli arremetiese de vanguardia, cuando se ordenase al capitan D. Alexandro de Monte, cuerdo y valiente caballero. Los alemanes sin órden lo hicieron, y el Alexandro se movió, y todos confusamente arremetieron y fueron retirados de los defensores. Quejábase el Spineli del capitan Alexandro por no haber guardado el órden, y disculpábase con que el no permitir se le quitase la vanguardia era de cualquier honrado soldado. Acercándose con trincheas al fuerte los alemanes de Achemburg, hablaron con los de dentro, que eran de su nacion, los traxeron á sí y entregaron una ala que guardaban, con que se impedia la entrada y salida. El de Chimay pasó á este combate dejando á Verdugo con la gente en torno de Bona, porque se entendió queria Schenck socorrella por tierra. Rindiéronse los del fuerte, y pasaron los navíos de armada el rio arriba, y caminando con la zapa desembocaron en el foso hondo, defendido con casas-matas para llenarle y llegar seguramente á la tierra; y cuanto los enemigos podian executaban, fortificándose y matando los cercadores con salidas contra el puesto de los coloneses.

Mas viendo los de Bona se encaminaba el sitio á gran peligro, si los batian y asaltaban, por concierto salieron les soldados con sus armas y bagaje, y por el rio fueron á Rimbergh. Llamó el de Parma al de Chimay y invió con la gente al de Manzfelt sobre Watendonck, y en Venló esperó su venida; porque los vecinos y el coronel Wuentin, su gobernador, solicitaban el sitialla para evitar el daño que de aquella villa recibian; y por las muchas aguas y descomodidades no executó la empresa, sino la de

Hulch, y batido se rindió, y no pudo hacer otra porque los españoles del tercio de D. Antonio de Zúñiga pidieron sus pagas y habia poco dinero con que dárselas; mas el de Parma tomó á Sant Agerton, Domberghe entregada por trato, y á Semenberg por batería.

Las cosas de Frisia pedian esfuerzo y refuerzo de gente, y el de Parma envió á Juan de Contreras Gamarra con su compañía de arcabuceros á caballo y al coronel Paton con su regimiento. Pasado el Rhin, Schenck salió del fuerte que tenía hecho contra Niemeghen, con toda la gente que tenía para ir contra la villa, y cargó al Gamarra, y defendiéndose Contreras cuanto pudo, fue herido y preso y algunos de sus soldados, y escapó el Paton con sus capitanes con gran pesar de Schenck, á quien tenía ódio por haberle entregado la villa de Gueldres á Mos. de Altapena. Caminó contra Niemeghen y entró bien adelante en ella, mas expelido gallardamente, y queriendo saltar en uno de los navíos en que trujo la gente, cayó armado en el rio y se ahogó el que por un desden dejó el servicio del Rey y cuanto pudo dañó sus cosas, mostrándose enemigo atrocísimo, de ánimo osado y despreciador de todo peligro y de toda la religion, soberbio, artero, rígido, obstinado, de voltaria fantasía, tanto que no trabajaron poco los holandeses en no tenerlo amigo y defensor. Los soldados del fuerte tumultuaron pidiendo sus pagas, y el Marqués de Mours los satisfizo con algun dinero y promesa de su entero pagamento; y porque los españoles no acabasen de amotinarse, dividiéndolos, envió el de Parma el tercio de D. Francisco de Bobadilla que gobernaba Manuel de Vega, donde poco despues le vino la patente de su propiedad, aunque era tan malquisto de los soldados y con asechanzas procuraba su muerte, que le dió otro tercio en recompensa con bien mala consecuencia en la guerra para el servicio del Rey á Frisia; mas una parte deste tercio en Emelcamp comenzó á alterarse, y los capitanes Prado, Sancho de Ugarte y otros castigaron á algunos y aquietaron los demas.

El Conde Guillermo, temiendo ser acometido con estos españoles y la gente de Verdugo, pidió socorro en Holanda, y le trujo el Conde de Chestein con la caballería é infantería, y así salió reforzado en campaña y Verdugo tambien; y para traerle á combatir desde Colmer, adonde se habia fortificado, acometió Verdugo un fuerte suyo llamado Emeltil; y ganado, se fué al de Lopeslague, pensando acometer el de Niezijil, del enemigo, y procurar sacarle en campaña, que acometerle en él era imposible; y así se alojó con la gente junto al fuerte hecho por él, entre el dique y un brazo de mar que venía á él, y sobre él se levantó otro dia, para que las vituallas viniesen desde Groninghen con más facilidad y ganar buen espacio de tierra para cultivarla.

Aloxado el enemigo y Verdugo á la vista, hubo gran tormenta en el mar con aguas vivas y viento nordeste, y habiendo dicho á Durán, ayu-

dante del sargento mayor Cristóbal de Lechuga, convenia sacar la gente donde la inundacion ofenderla no pudiese, y no lo habiendo hecho por no divertirse á vista del enemigo, creció tanto el mar que en la abadía de Grotawert con gran trabajo y peligro salvó la gente, pero no el bagaje, y los más tardos perecieron pasando el nuevo dique, porque el agua sobrepujaba.

El Marqués de Barambon aseguró cuanto pudo á Niemeghen; y el Conde de Mours en Arnem, oyendo los aprestos del conde Cárlos de Manzfelt contra Rinberghe se prevenia en su defensa. Envió á reforzar el fuerte que habia hecho Schenck para asegurar el paso del Rhin y la posesion de Rinberghe al Conde de Valquesterne con el Baron Polvitz; y Francisco de Vera con dos mil infantes y docientos caballos salió á rompellos, mas no llegó á tiempo, porque no habian pasado adelante, y cargando la retaguardia llevó loor, porque el Vera sostuvo gallardamente el ímpetu de los primeros acometedores, y socorrido de la batalla, valiéndose del poco aviso, los rompió y huyeron los borgoñones del Barambon. Mató más de quinientos y entre ellos cuarenta caballos y capitanes y oficiales reformados y el Marqués de Ciro, sobrino del maese de campo Cárlos Spineli, cuyo tercio gobernaba Alexandro de Monte, porque estaba cerca de el Duque de Parma solicitando licencia para volver á Nápoles á negocios importantes.

Sucedió esta rota á vista del Conde Mantzfelt, que se le iba á juntar para ganar el fuerte de Niemeghen y á Rinberghe con buen golpe de gente, y pudiera socorrelle y no lo hizo, ó porque fue el caso repentino ó por no saber las fuerzas del enemigo, y ansí no arriesgó la gente. El de Valquesterne socorrió á Rinberghe, y se retiró hácia Roes, y en tanto en Arnem murió Nuemaro, conde de Mors, herido de la pólvora que se prendió y voló con gran daño de muchos, siguiendo en la muerte al Schenck como hizo en las empresas, aunque el uno la tuvo en el agua y el otro en el fuego, faltando á los católicos dos grandes y feroces enemigos.

Los capitanes del de Mors inviaron dinero con buena escolta á Rinberghe, y el capitan Suatem, del presidio de Groninghen, rompió los heréticos, ganó el dinero y buenos caballos que prendieron de la escolta. Vort, gobernador de Rinberghe, no teniendo socorro ni con qué mantenerse la gente, invió á significarlo á Holanda, y tardando la respuesta y apretando la necesidad, capitularon los capitanes Arnoldo Pees y Guillermo Mosuir de salir con armas, banderas, bagajes, y lo que no pudiesen llevar se inviase en seguro por el rio en navíos á Wesel. Distribuyó el Manzfelt el campo en los arzobispados de Colonia y Tréveris para descansar y rehacerse, y pudieron gozar poco el alojamiento, llamados del Farnese para recuperar á Breda.

CAPÍTULO IX.

El Duque de Espernon se aparta del servicio del Príncipe de Bearne.—Resuélvese éste á levantar el sitio de París.—Descontenta á los liguistas la arrogancia y excesivo poder del Duque de Mena.—Número de combatientes con que contaba el ejército católico.—Opiniones que habia acerca de su empleo y direccion.—Tendencias de los llamados políticos.—Su inclinacion al de Bearne.—Le acometen los católicos en Diepe.—Ocasion que perdió el de Mena de destruir el ejército hugonote.—Socorro que el de Bearne recibe de Inglaterra.—Es reforzada la guarnicion de París.—Es reconocido el Príncipe de Bearne por Rey en Tours.—Negociaciones con el Pontífice.—Envia un Legado.

Maravillábanse en Francia de que, habiendo prometido y jurado de reducirse al gremio de la Iglesia católica el Príncipe de Bearne, y por esto haber sido saludado Rey de los Príncipes de la sangre y oficiales de la Corona y de todos los capitanes que se hallaban en el exército, le desamparaban los que parecia le habian de seguir más, y en gran número los católicos; y no miraban que si con justo título no pudieron seguir á Enrique III más de hasta ser cumplido el término de la citacion y monitorio de su Santidad, como á excomulgado y notoriamente impenitente, ménos el que estaba fuera de su obediencia.

El Duque de Espernon no solamente no se fió de quedar con el de Bearne, mas reputándole irreconciliablemente ofendido, no deseó el intento de molestarlo, y fue el movedor de la sublevacion. Se apartó con mil doscientos caballos de la flor del exército, seguido del señor de la Tramoilla y de casi ochocientos huguenotes del Poitú y Santonge, sin poder el de Bearne detenellos con ruegos y promesas. Excusaban ellos su partida con que les era forzoso el ir á su casa á restaurarse de los trabajos largamente padecidos y sufridos. Pasando el de Espernon por Tours, trató con el Cardenal de Vandoma y Conde de Soisons de formar una tercera parte ó bando en Francia, pareciéndole dejarian los católicos al de Bearne, como tuviesen uno de los de la sangre á quien seguir, para no ser forzados á arrimarse á los de la Liga. Oyéronle, y aunque no efectuaron la propuesta, su plática continuó por mucho tiempo; y pasado buena parte, vino á noticia de Enrique de Borbon, y dando esperanza de su conversion en los Estados generales, juntos en el mes de Octubre en Tours para poner en concierto las cosas del reino, procuraba traer á sí los pueblos, y particularmente los ca-

tólicos, de quien dudaba más, conociendo que la mayor parte de los que le habian dejado se excusaban con no tener segura la conciencia, siguiendo un herético declarado por la Sede apostólica por bula aprobada en los Estados del reino, ni estaba seguro que los huguenotes estuviesen con la promesa de la conversion satisfechos, y porque sufrian mal que hiciese mayor cuenta de los católicos, aunque conocian le guiaba la necesidad á valerse de los que tenian los mayores cargos y oficios del reino y eran en superior número.

Para proveer en lo que hacer debia, juntó el Consejo, y parecia no se podia proseguir el asedio de París, porque mermaba el campo cada dia, por componerle en la mayor parte gente colecticia y voluntaria, que la furia del saco prometido trajo al asedio; y como se imposibilitaba, se volvia el trato que tenía dentro el Rey muerto, principal fundamento de su esperada victoria.

El Duque de Nemurs estaba en Rens con ocho mil zuiceros, cuatro mil peones franceses y dos mil quinientos caballos, y juntos con los que tenía el de Mena, llegaria su número á veinte mil infantes y casi tres mil caballos. Fue acordado que el mariscal de Aumont llevase una parte del exército á Campaña; otra el Duque de Longavilla á Picardía, y la tercera guiase el de Bearne á Normandía para tenerla cercana para cualquier acontecimiento y defender las fuerzas y los amigos de los robos del Duque de Mena, que asiguraban los lugares cercanos á París, y sitiar alguna plaza de los coligados. Tres dias despues de la muerte del Rey dividióse el exército, librando del miedo y peligro de la vida y de la hacienda á los de París, de cuya conquista pendia el reinar ó el servir en Francia, y esperaban se unirian luégo todos los católicos; y para esto el de Mena, por edicto, como lugarteniente general, convidó á concurrir en la union los tres Estados del reino para librar de la prision en que tenian á su Rey legítimo, católico y señor natural, el cardenal Cárlos de Borbon, y coronarle como sucesor verdadero del rey Enrique III, ya difunto.

El modo del edicto disgustó los de la sangre por arrogante, porque parecia que el Duque de Mena se apropiase mucha autoridad y se tratase con términos reales, y mostrase tener por rebeldes los que siguieron y obedecieron al Rey muerto, pues les prometia perdon de lo pasado; y ansí enfadados y ofendidos, hizo en ellos contrario efecto de lo que el edicto iba encaminado, pero bonísimo en muchos nobles y pueblos que siguieron al Duque en número grandísimo, de manera que con cuatro mil infantes y mil caballos, los alemanes y zuiceros, los de los coroneles Dener y Fitora, soldados por la Liga, y algunos caballos franceses que conducian el Duque de Nemurs y Marqués de Pont, primogénito del Duque de Lorena, y cuatro mil raitres que traia el Duque de Brunsvic, y los del conde Cárlos de Manzfelt el viejo, y Bassompier, y quinientas lanzas de Flándes que le invió

el Duque de Parma y otras gentes que con diezmos de Vala..... (1), gobernador de Cambray, y otros señores franceses, tenía treinta mil infantes y más de seis mil caballos.

Con estas huestes (2), contra el parecer de los que pretendian tomar las plazas que impedian el comercio y bastimentos de París, donde consultaban dónde emplear las muchas fuerzas que tenía ya el Duque de Mena, querian los españoles fuese á poner en libertad al Cardenal de Borbon y le llevase á Rens á coronalle, empresa fácil, porque el lugar de Xinon, donde estaba, no era muy fuerte, y el Príncipe de Bearne no le podia socorrer, y Mos. de Xavini, que le tenía en guarda, era buen católico y habia dicho le llevaria á Tours si conviniese, y D. Bernardino de Mendoza ofrecia dinero para este rescate, con que desampararian al de Bearne muchos nobles para seguir á un Rey de la Real sangre, declarado primero della y sucesor en la corona en los Estados generales, conforme á razon, por estar un grado más propincuo que el de Bearne en la sucesion, y él le declararia como viejo de sesenta y siete años al de Montpensier, su inmediato sucesor, con que metia en mayor confusion á los que seguian al de Bearne. Algunos aconsejaban se ganase á Tours, donde asentó la Córte Enrique III y Parlamento contra el de París, con que se le quitaba gran reputacion y libertaba al Duque de Guisa, preso en el castillo della, que ayudaria mucho. Otros querian se siguiese al enemigo, socorriendo á Roan, que esta-

---

(1) Faltan palabras.

(2) Tanto por estar este párrafo bastante confuso, como para hacer ver la manera de escribir su obra Cabrera de Córdoba, se inserta á continuacion el siguiente párrafo de la *Historia de los sucesos de Francia* por Antonio de Herrera, de quien aquél copia mucha parte de ellos, si bien alterando notablemente su redaccion para no aparecer que le sigue al pié de la letra Lo mismo hace con los *Comentarios* del coronel Verdugo en lo tocante á la guerra de Frisia, y con otros autores al tratar de otros asuntos.

«Con las fuerzas dichas, el Duque de Mena, con cuatro mil infantes y quinientos caballos que habia llevado el Marqués de Pont, hijo del Duque de Lorena, que ya se habia declarado por la Liga, se hallaba con treinta mil hombres de guerra, por lo cual se consultó sobre la empresa que se habia de hacer. Unos decian que fuesen luégo á poner en libertad al Cardenal de Borbon y llevalle á Reyns, para consagralle y coronalle; y esta empresa se tenía por fácil, porque el lugar de Xinon no era muy fuerte, y el Príncipe de Bearne no le podia socorrer; y porque Mosiur de Xauiñi era buen católico y mostraba inclinacion esto (?) con enviar á decir que si fuese menester le llevaria á Tours, y esto aconsejaba y persuadia mucho D. Bernardino de Mendoza con gran instancia, juzgando que muchos desampararian al Príncipe de Bearne, contentándose de ver un Rey de la sangre Real, especialmente aquel que poco ántes habia sido declarado primero Príncipe della en los Estados de Bles, aliende de que puesto en libertad y viéndose obedecido, luégo declarára sucesor en la corona; con que sin duda quedaba deshecho el Príncipe de Bearne y en gran confusion los que le seguian: tenian opinion que era mejor ir luégo á Tours, porque ganándose aquella ciudad, en la cual Enrique III habia fundado su Córte y un Parlamento contra el de París, se le quitaba mucha reputacion y se daba libertad al Duque de Guisa, que estaba preso en el castillo de aquella ciudad, lo cual daria mucha ayuda al negocio. Otros querian que se siguiese al enemigo, porque se socorreria á Roan, que estaba en peligro, y se podria deshacer, pues que se hallaba muy inferior de fuerzas con dalle batalla ó forzalle á irse á Inglaterra, bastando cualquiera de estos dos casos para acabar la guerra.»

ba en peligro, y podria deshacelle en batalla ó echarle á Inglaterra, acabando con cualquiera destos sucesos la guerra.

Para tan buenos fines parecia estaban conformes los contrarios de Estado y religion, haciendo fuerte su plaza y su parte, en que entraba la nobleza y príncipes de la sangre, los más veteranos capitanes, los hugueno-tes y políticos, cincuenta ciudades, Inglaterra, Escocia, Suecia, Dinamarca, cuatro cantones de zuiceros y los príncipes protestantes de Alemania. Por la Union eran diez y seis señores de la casa de Lorena, los Parlamentos de París, Dijon, Tolosa, Grenoble, Aix, el clero, doscientas ciudades, casi cuatro partes del pueblo, el Pontífice, el Rey Católico, los Duques de Saboya, Lorena, el de Parma, capitan de gran nombre, y los príncipes católicos de Alemania.

Parecia bien fundada la Liga áun en tiempo del Rey por sus tiranías, mala vida y muerte, falta de la pública y privada fe en gran ofensa de Dios y excomulgado por el Pontífice, como delincuente impenitente que persistia en el mismo pecado. A los políticos parecia no apartarse conforme á razon del de Bearne, legítimo sucesor, y por obedecelle no dejaban de ser católicos, pues en la primitiva Iglesia obedecian los cristianos á Emperadores idólatras, y en Francia obedecian á su Rey por más de..... (1); y habiendo prometido ser católico, no habia escrúpulo; y porque el súbdito no debia tratar de la conciencia del señor; y porque veian á España dividir el Estado, y á Mena tiranizalle, culpado en la muerte del Rey. Don Bernardino de Mendoza, embajador de España, defendia su parte destas calumnias, mostrando era su celo de que en Francia hubiese rey católico, verdadero hijo de la Iglesia romana.

Los católicos decian que los buenos no obedecian al que no lo era, y la Iglesia alcanzó libre del poder de los tiranos sus glorias, y ninguna consecuencia era buena en su contra, aunque fuese de los edictos de paz de los reyes pasados, queriendo regir las materias de la religion por las máximas de Estado, pues por éste y semejantes pecados padecieron y acabaron con tantos trabajos los de Valois, cortando su línea masculina Dios en Enrique III, porque no le dió sucesor suyo por haber favorescido los sectarios de Alemania contra su emperador Cárlos V y hecho hermandad con los turcos, enemigos perpétuos del nombre cristiano; como á Juliano, apóstata, buen exemplo de la ira de Dios con su muerte por haber dejado por edictos vivir herejes entre católicos. El ofrecer de serlo el de Bearne era burlería, pues primero lo habia de ser, y luégo Rey de Francia, y nunca los calvinistas guardaron la palabra á Dios ni á los hombres; y ansí no confiaban de la promesa de la conversion del perseguidor de los católicos y que me-

(1) En claro.

tia para su perdicion en Francia á los alemanes, ingleses y herejes de Europa, y negociaba con el Turco para que divirtiese con sus armadas las fuerzas del Rey Católico, que socorrian la religion romana en Francia; y en todo eran culpados los políticos; pues si no hubieran asistido al de Bearne, hubieran huido los huguenotes á la Rochela ó á Bearne, y no destruyera el reino ni hiciera morir tantos católicos, y con un garrote al guardian de San Francisco de Vandoma, docto y famoso predicador; de donde inferian habian obedecido al modo de Inglaterra, teniendo por crímen el no ser de su secta, y no lo remediarian sino expeliéndole con armas, y establecido podrian muy mal, pues decia que los reinos se habian de adquirir como se pudiese y gobernar como se quisiese. Con esto infiriesen con qué ánimo se haria católico, y si lo hiciese, lo sería sólo en el nombre el que pedia concilio general para determinar sus opiniones, habiendo tantos; por donde no bastaba para ser católico oir misa como los huguenotes despues de la San Bartolomea en el año mil quinientos y setenta y dos y en el de mil quinientos y ochenta y cinco por el dicho hecho á instancia de los de la Liga, sino satisfacer á Dios de todo corazon, no siendo católico debajo de condicion y fuerzas, sino pura y enteramente, empleando vida y bienes por la fe católica, y no juntarse ahora con los enemigos della, que son los que ántes de la carnicería de Bles aprobaron y juraron abiertamente de la parte de la Union, y ahora con notable ingratitud, olvidando su religion, seguian al sectario y estaban excomulgados por decretos canónicos, incurriendo por sus particulares fines en tan gran pecado, teniendo más amor á ellos que á Dios y á sus conciencias; pues debieron, ántes de reconocer al de Bearne, hacerle profesar la santa fe católica de sus abuelos y no recibille, como dicen, á prueba, y seguirle sin escrúpulo de crímen de herejía ni de rebelion, é imputar destos delitos á los de París y sus seguidores, que por sólo ser católicos no le obedecian, procurando engañar el pueblo con mentiras escritas de que iba á la misa el de Bearne y que le siguian los cardenales, obispos y otros eclesiásticos, sin declarar eran víboras en la Iglesia, que roen las entrañas de la madre, y muchos que viven de lo que creen y nobles de su seta, sus antiguos seguidores los políticos, por conservar su grandeza y el lugar que no se les diera en la Union; y otros por adquirir hacienda, robando las villas que tomaban; otros por ser vasallos destos señores; otros por conservar los bienes eclesiásticos que habian de entregar, no solicitaban por esto la conversion, alargando la guerra en que la nobleza perdia la vida y el pueblo la hacienda y á veces la vida; le aconsejasen sacase de la prision á su tio, tan reprendida dél en vida del Rey y se hiciese buen católico, sin dar crédito á los políticos para ser buen sucesor, y entender no haber más de una muerte de católicos ni otro paraíso é infierno para los reyes; no reprendlesen á los católicos por llamar en su favor al Rey de España, pues no sería la primera vez que los socor-

rió en tierra contra los heréticos que llamaron los alemanes y zuiceros herejes, porque perdiéndose la religion católica en Francia no estaban seguros sus Estados; ni hacian caso de la calumnia de decir que inviaron al fraile á matar al Rey, habiéndolo hecho de su motivo; ni que afirmasen que el de Bearne no haria como la Reina de Inglaterra, pues no entraba en la Corona por usurpacion como ella, sino por justa sucesion, negando este derecho, pues correspondia al Cardenal su tio, y cuando le tuviera, le perdió por la herejía. No podian excusar el favor del Rey Católico, porque habiendo gastado tanto en socorrer á Francia, jamas se le conoció intento de usurparla ó dividirla, como decian falsamente; ántes nunca pidió prendas de ciudades para ser pagado de lo que gastaba en socorrerles; de donde se conocia miraba á la religion y no al Estado. Y esta malicia de los políticos nacia de su propia opinion, que era tener la religion por accidente del Estado, estableciendo éste primero que la religion, y que no ha de tener el Príncipe sino la que le valiere para su conservacion; lo cual se echaba de ver mejor en el consejo que dieron al de Bearne, que pidiese absolucion al Pontífice, porque su confederacion le valdria mucho; y cuando se la negase, el haberla pedido le valdria como si la alcanzare, y en Francia habia obispos que se la darian. De donde se echaba de ver la herejía de los políticos que lo aconsejaban, y la conciencia de los obispos que seguian al Príncipe. Todo se encaminaba á una separacion de la Iglesia de Dios, cuya ira, si no se enmendaba, caeria brevemente sobre ellos.

Se resolvió el ir á buscar al de Bearne en la Normandía, porque habiéndole entregado á Puerto de Arcocan y Diepe los señores de Rolet, Verumbe y el Comendador de Chatres, estaba una legua de Roan para asedialla, y á lo largo la tenía apretada. Convenia librarla de trabajo y peligro, como merecia su lealtad, grandeza é importancia.

El de Bearne, para estar seguro, marchó á Diepe á fortificarse en sitio á propósito para amparalle y esperar al Duque de Longavilla y marechal de Aumont, que mandó venir con sus estandartes y banderas.

Está Diepe en la marina del Océano, opuesta á Inglaterra, con célebre puerto y ciudadela, que inminente le señorea, en sitio fortísimo, bien defendido en la parte de mar por arte y por naturaleza, y por la de tierra no pueden los exércitos llegar sin mucha dificultad; porque está sobre dos collados, que no solamente la abrazan, mas comenzando en la mar entran por el país algunas leguas. Entre ellos hay un valle llano con un rio pequeño que, rodeando el muro de Diepe, la divide y entra en el puerto y sube la marea por él, é inunda encima y empantana la campaña, incaminable por esto, y sólo se camina por los collados y por una estrada que se extiende por el pié de la siniestra. Sobre ésta, á cuatro leguas del mar, está el castillo de Arques, que señorea un gran burgo de su nombre, cercano, en que abrió fuerte por defendelle del castillo; y dél al otro collado no se

puede ir sino por un camino solo, y no habia otro que el que atraviesa el valle, y algunos puentes de algunos ramos en que se divide el rio.

Por este lado juzgó el de Bearne vendria el de Mena, y fortificó con gran diligencia el castillo de Arques con trincheas y distribuyó en él y en el burgo toda su gente. La Reina de Inglaterra, sabiendo iba el Duque de Mena con poderoso exército contra Enrique de Borbon á Diepe, hizo juntar gente de sus levas de Escocia y de su reino para socorrelle con todo su poder. Invió dos galeones con mil escoceses con Stafort, su embajador, para que se asegurase en su isla, prometiéndole de socorrer en breve tiempo con cincuenta mil hombres en Francia y en tanto se apartase del peligro inminente; mas él mostró no temerle, no porque no le conociese, mas por su osadía intrépida y grandeza de corazon, ó que no confiase enteramente de la fe y promesa de la Reina y de ponerse en las manos de sus ministros y en necesidad de ayudas extranjeras, que le costase el empeño de alguna plaza, y quizá más; y porque cediendo el campo, podia perder tanto de reputacion con los franceses y con el mundo y aumentar á los enemigos la ciudad y fuerzas, que los cincuenta mil soldados no serian bastantes á restituirla en el estado en que al presente se hallaba. Por esto quiso más quedar arriesgado, y porque fiaba mucho de la fortaleza del sitio de Diepe y del valor y buena voluntad que sus soldados mostraban, esperando mantenerse en tanto que arribasen los socorros del Duque de Longavilla y marechal de Aumont, que habian partido de Picardía y Campaña, y que el exército de los enemigos, compuesto de muchos miembros y cabezas por su desunion, se deshiciese.

El evento aprobó su deliberacion. Cogióle improvisamente el Duque de Mena, dejando al marechal de Biron con la mayor parte de su gente en Arques, y órden de levantar para su mayor seguridad trincheas en el collado contrario, y partió con la caballería y con alguna infantería á ponerse cercano á Pollet para estar defendido de la artillería de Diepe, y pasaron los peones al otro collado, dividido de Diepe por un valle donde está Martingles, villaje en la parte del collado que llega á Pollet, y en su opuesto un hospital que cercaron con trincheas, y levantaron otro frontero de Arques, distante como ochocientos pasos del otro, y en éste entraron los zuiceros del regimiento de Solovre y de la guarda de Enrique, gobernados de Galati, y en el arrabal cuatro compañías de zuiceros ventureros y dos regimientos de franceses.

El de Mena, por el collado siniestro, se puso á tiro de cañon de Enrique, y gastó dos horas en considerar el sitio, y se aloxó en Martingles; y en la noche invió á reconocer á Pollet, y le hallaron fuerte. Pasados tres dias, en que se aconsejó sobre lo que debia emprender, deliberó pasar á la parte de Arques, para ir traspasando á Diepe lo que podia molestarle, y sin sonar caxa marchó en su contra. Al venir el dia descubrieron el ene-

migo en batalla, en defensa de los puentes, y conoció fue avisado el de Bearne de alguno del Consejo, y así hizo alto para tomar nueva determinacion. Fue de asaltar las trincheas y los collados por todos lados, donde estaba la mayor parte de los contrarios, y ordenó al conde Jacobo de Collalto acometiese él un trincheron con cuatro mil alemanes veteranos, y á Bellin, maestre de campo, y Tramblecourt con algunos regimientos de franceses y ochocientos loreneses. Descubriéronse los de Collalto sobre el collado y un bosque entre los dos trincheones, y llevaban sobre las picas los sombreros y las manos en alto, que juzgó el de Biron era señal de paz por tenerse por mal satisfechos del de Mena y haber alguna inteligencia con ellos; mas ó fuese acaso, ó porque siendo el paso malísimo no podian salir del bosque en grueso número, y quisiesen con esta estratagema ganar tiempo para que los compañeros arribasen y se ordenasen en batalla, el escuadron fué seguido de los más, viendo pelear en otra parte con furiosa arremetida, superar el trincheron en la mayor parte retirados los zuiceros abajo en el camino en la parte en la iglesia del hospital, donde mejor se defendieron, hasta que dejaron el puesto fortificado enteramente á los asaltadores, y libre el campo entre la otra trinchea, donde se retiraron los zuiceros dejando prisioneros los señores de Bellin y Tramblecourt sin haber el conflicto mostrado podia ser por fuerza, poniendo sospecha en su fidelidad. El de Nemurs, general de la caballería, caminó á rodear el collado y coger en medio la gente del de Bearne, y él pidió al Gran Prior le diese por su amor una buena carga. Encaminóse con el señor de Sanague, lugarteniente del de Nemurs, valeroso soldado que estaba en la delantera, hirióle con una pistola en la pierna, y cayendo con la celada, se rompió el cuello y murió con grau pérdida del Duque, por la estimacion de su exército. Acudió en su ayuda el de Nemurs, y trabóse con el Gran Prior, en cuyo refuerzo habia Enrique arrojado muchas compañías de caballos; y el combate fue tan sangriento, que en el campo del Prior hubo gran movimiento, y se aquietó no siendo nuevamente asaltados, porque los trincherones los defendieron; y el de Mena, con el resto de la caballería, procurando sobrepujar el collado, era impedido de los pantanos, de difícil subida, barrizosa, resbalante; y seguido de pocos, expuesto á la mosquetería del camino y artillería de Arques, abandonó la empresa; y porque algunos, para retirarse por la subida inaccesible, salieron de las hileras y camino, y no sabiendo la causa los que atras venian huyeron; y por este desórden fueron increpados por su vileza, pues apocadamente huian sin ser ofendidos, viéndolo claramente; y retenidos en una angostura, los confortó y ordenó, mas no pudo llevarlos á combatir, porque fuera ya con su daño, habiendo fortificado su puesto los enemigos, y su artillería desordenára todo el campo, y el Duque venciera si la caballería no se le huyera y si enviára otro golpe de gente, como pudo, conociendo la oportunidad del

tiempo, y usára bien de su ventaja. Por falta de gente y de municion, con órden del Duque se retiró; caminó despues hasta ponerse sobre Diepe, y la batió con siete cañones reciamente, y el de Bearne le contrabatia desde una plataforma que hizo en la colina de la ciudad. Levóse el Duque para combatir al de Longavilla y Marechal de Aumont, que venian con el Conde de Soison á defender al de Bearne, ántes que se le juntasen, contra el parecer de su Consejo que le afirmaba caminaria luégo Enrique á dar sobre París; mas por defecto de las guías, como los suyos dixeron; ó porque se fuese dándose á sentir la artillería con que partieron á Gamese, cuando poco apartado pasaba el Duque, no encontró el socorro ni le impedió el llegar á su general.

Este fue el primer paso para comenzar á caer la fortuna del Duque de la Liga, cediendo á la del de Bearne espontáneamente, juzgando los prudentes se valió mal de la ocasion que en el principio de su grandeza se le presentó favorable al de Mena para destruir á su enemigo con más violencia, y ahuyentarlo, que retirándose más presto que convenia no hiciese la última prueba de la superioridad de sus fuerzas.

Llegaron de Inglaterra al de Bearne cuatro mil infantes, y juntos con los que vinieron en su ayuda, marchó contra París, dejando los escoceses en Diepe para dar satisfaccion á sus soldados y particularmente á los suizos, que pedian sus pagas y no tenian dinero sino en la esperanza de la presa y saco de algun buen lugar.

Padecia lo mismo el de Mena, y caminó á buscar al señor de la Mota, que conducia la ayuda de gente y dinero de Flándes, que estaba en los confines, habiendo podido entrar á seguir al Duque, marchando contra Diepe, ántes de tener alguna plaza, y porque no estuviese tan poderoso que venciendo al de Bearne dominase el reino. De camino ocupó La Fera, plaza fortísima, por trato por medio del Marqués de Pienne y el señor de Darse, que tenian inteligencia con algunos soldados de la tierra, y cogidos de repente los Sres. Defre y Socur, quedaron con otros muchos en prision, y por gobernador el Pienne, principal instrumento desta empresa.

Queria efectuar otros tratados en la Picardía, y volvió á socorrer á París; con veinte mil infantes y tres mil caballos y mucha artillería apretaban al enemigo, cuando se creyó era deshecho, y le convenia más salvarse que acometer ciudades. Repartió los cuarteles por donde se habia de asaltar á París, entre el de Biron y su hijo Danville, el gran escudero Piennes, maestre de campo, Chatillon, el feroz Cambe, el Conde de Soisson, el Duque de Longavilla. En tanto llegó de Etampes Mos de Rone con buen golpe de gente á París, y con su parecer se distribuyeron los defensores en sus puestos, y el de Mena venía á largas jornadas en su ayuda, acercándose en tanto el de Bearne con todo el exército en batalla á tiro de cañon de París, fue della con muchos golpes de los suyos saludados y pasando en la

tarde la vanguardia siguiendo la batalla hizo creer pasaba adelante, porque le esperaban en Tours los Estados, y porque deseaba ganar á Corbel para impedir las vituallas que venian á París. En el dia siguiente acometió los burgos y los ganó y la artillería y banderas; y el de San German, en que hubo más resistencia, y el de Santo Victorio, mayor esfuerzo contra el de Biron, que le hacía difícil la expugnacion, valerosamente defendido, animados los defensores de D. Bernardino de Mendoza, embajador del Rey Católico; y ansí no pudo Enrique ganar alguna puerta, mas robó los arrabales y enriqueció los soldados largamente con su gran reputacion, y llevóse muchos prisioneros. Entró en París el de Nemurs, inviado adelante del de Umena, que no pudo venir ántes por estar rompidos los puentes, y caminó á Etampes, y la tomó por concierto, rendida del señor de Lodeu, y por no ser fuerte para poderse defender y para evitar su recuperacion, desmanteló el castillo, y Enrique la dejó en custodia de sus habitadores. Animóle mucho más la oferta de los cantones de servirle con la misma confederacion que tuvieron con los Reyes, y estos favorables principios, causados más de la disposicion del enemigo que del propio consejo, le dieron mucha reputacion, reglándose el vulgo con la prosperidad de los sucesos; y se le rindieron muchas tierras sin contraste, aunque habian jurado de mantenerse por la Liga.

Encargó el exército al de Biron, y vino á Tours, donde fue del Parlamento y magistrado reconocido por su Rey y de los Cardenales de Vandoma y otros eclesiásticos, asistiéndole el Embaxador ordinario de Venecia, Joan Moresino, que lo fue de Enrique III, que le dió el parabien de sus partes de esta prosperidad. Alzaron las esperanzas los que le seguian, confiando se reducirian en breve tiempo á reconocer su persona todos los franceses para gozar la paz universal, aunque muy suspensos, considerando las ayudas que de parte del Rey Católico tenian prontas los confederados, y temian la oposicion de las armas eclesiásticas y el impedimento de la resolucion del Pontífice y Córte romana; porque si esperaban que sería el Duque de Lucemburgo admitido, segun se entendia y benignamente tratado, les desplacia haber despachado á Enrique Gaetano, nobilísimo Cardenal y Camarlengo de la Santa Iglesia, acompañado de buenos prelados para su consejo, y de cien mil escudos para venir á Francia en beneficio de la Liga, segun escribió Alexandro Peritti, cardenal de Montalto, para librar al reino de la mano de los herejes y se restituyese en su antiguo esplendor.

Movióse con efecto mayor Sixto, despues que la nobleza se apartó del de Bearne, y él para su seguridad se retiró á Diepe, y el Duque de Mena creció á tan superior número su exército que lo echára del reino, si lo gobernára mejor; desestimó el Rey Católico el dinero y le dixo su Embaxador diese otro tanto cada mes como daba su Majestad, porque no se perdiese el reino con tan flacas ayudas. Por esto dixo el Gran Duque de Tos-

cana al Legado, comunicándole la intencion de Sixto, era el mayor enemigo de la Liga el tiempo, porque siendo largo el de la guerra, faltaria el dinero y el crédito, no habiendo ayudas potentes y prestas; que hallándose las ciudades de la Union exhaustas y adeudadas, no podrian llevar adelante los grandes gastos, y cesado el comercio no habria de donde sacar dineros. Porque contrapesando las ayudas del Pontífice y del Rey Católico, la Reina de Inglaterra y príncipes heréticos de Alemania, hacian gran esfuerzo en favor del de Bearne, para que reinase, y estando la esperanza en contrario y en sacar de la prision al Cardenal de Borbon, verdadero sucesor de la Corona, y esto impusibilitado porque para asegurarse le habia llevado Enrique á la Rochela, recomendóle á su suegro el Duque de Lorena para en caso que se viniese á eleccion del Rey.

En Chamberí se abocó con el Duque de Saboya el Legado, y le representó sus pretensiones á la Corona de Francia, en que debia ser antopuesto por la quietud de Italia, pues ninguno la podia mantener mejor, uniéndose con aquel reino la Saboya y Piamonte; y no cayendo el cetro en él, se diese al de Mena, y no al de Lorena, sospechoso por parentesco en Italia con el Gran Duque de Toscana. Procuró reducir á Alfonso Corzo, gobernador del Delfinado, al servicio de la Liga, y á Mos de Diguiers á no molestar á Viena; diciendo trataba el Pontífice de conservar entero el reino, y por esto no habia consentido que el Duque de Saboya la socorriese, pero si perseveraban, no sólo de Saboya, más de toda Italia enviaria exércitos en su contra.

Enrique de Borbon envió al Conde de Dotavanes para que retuviese el Legado, le cerrase los pasos para llegar á París y le prendiese; y así hizo alto en Dijion, en Borgoña. Tomó la ciudad de Mons el de Bearne, y se acercó á Bretaña; y el Duque de Mercurio invió á pedir al de Mena socorro, y faltando á su esperanza, despachó á Lorenzo Tornabona, gentilhombre florentino, de su parte al Rey de España le socorriese, y entre tanto se entretenia en la defensa; mas el Príncipe le dexó por tomar á Alanzon, que le rindió el capitan Lago, su gobernador, y dejóle en guardia del señor de Harte, y pasó á ocupar á Argenton; y en el camino supo habia entrado el de Lorena los raitres y lanzqueneques que venian á servirle.

CAPÍTULO X.

Entra en Francia el cardenal legado Enrique Gaetano.—Es recibido con gran pompa en París.—Lastimoso estado en que encontró el reino de Francia.—Disensiones entre los católicos.—Su entrevista con el Duque de Mena.—El Legado y los españoles le inducen á que dé batalla al de Bearne.—Entíbiase el ardor del papa Sixto contra los hugonotes.—Socorre el Príncipe de Bearne á Melun.—Entran en Francia las tropas de Flándes destinadas por el Rey Católico á auxiliar al de Mena.—Sitio de Droux.—Batalla de Ivri.—Es derrotado el ejército católico.—No desplace esta noticia al rey D. Felipe.

En tanto que en Francia el Príncipe de Bearne y el Duque de Umena andaban con sus exércitos tomando lugares y quitando cada uno comodidades á su enemigo, el Legado del Sumo Pontífice, desde Dijon, en Borgoña, solicitaba al Duque de Nevers, que desde su Estado atendia á los progresos destos dos exércitos, neutral, para que se avocasen, con deseo de entender su ánimo y hacerle declarar por la Liga y saber el estado de las cosas de París para dirigir su gobierno en su legacía. No pudo tener efecto esta vista por tibieza del Duque y diligencia del de Bearne en cerralle los pasos para que no llegase á París, hasta hacelle quemar los caballos de camino y bestias para su persona y criados.

El Duque de Lorena ofreció asegurarle el camino con quinientos raitres para llegar al Duque, y más de veintiun mil (1) infantes alemanes del sueldo de la Liga, y invió á dalle gracias y conducillos á Monseñor Lorenzo Brancheto, auditor de la Rota romana. Fue tambien recibido en Troya del señor de Scuroses, su gobernador, y de Champaña, en nombre del Duque de Guisa, su hermano, aunque no tenía más de once años, y llegó á París á veinte de Enero, y fue ántes encontrado de los hijos del Duque de Mena con infantería y caballería de la ciudad; y hizo solemnísima entrada debajo de pálio, acompañado del Parlamento y Magistrado y de todos los Estados de la ciudad, y hecha oracion en la catedral, en el su Palacio fue alojado y regalado con gasto público de todo el pueblo y de todo el tiempo que los Reyes solian, admitido por singular favor ántes de ver sus letras pontificales de su legacía, dispuesto por el Arzobispo de Leon,

(1) *Sic;* mas parece deben ser mil ó dos mil.

libre ya, con el Preboste de los mercaderes, por buena suma de escudos recibida por el capitan Gast, que los guardaba en el Parlamento de Tours. El de Bearne, por decreto, vedó el reconocerle por Legado con gravísimas penas, impuestas áun á los eclesiásticos, y por otro el Parlamento de París le anulaba.

No turbó al Legado sino la desconformidad del reino y la necesidad grandísima de la Liga, cuán pocos eran para suplilla los requestados cien mill escudos que traia, porque el dinero de España, que era el fundamento mayor de la Liga y de su máquina, venía tarde y era distribuido en tantas partes que no podia llegar á tiempo ni ser suficiente en el presente peligro de París, y esperaba ser del Pontífice sostenida; y auque mostraba resolucion de no obedecer al de Bearne, via que difícilmente podia perseverar en su constancia, y le abriria las puertas y recibiria luégo que se viese dejada, porque habiendo gastado larguísimamente en mantener los exércitos despues de la muerte del Duque de Guisa, no podia más llevar las cargas, habiendo cesado el comercio y labranza. Via por esto la ciudad atemorizada con la desconfianza de sus propias fuerzas y los felices progresos del de Bearne, que hacía mayores la fama, y la parte de los que estaban á su devocion, y con haber éstos con artificio entrometido la plática de la paz, con que alteraron buena parte del pueblo; de manera que su remedio ponia en el concierto; y por esta causa, cuando tanteó el Legado los ánimos de diversos, halló que los mercaderes deseaban la quietud para negociar y no gastar; los oficiales de justicia divisos, porque los políticos que seguian al de Bearne mostraban ser la paz necesaria, mas temian la plebe tumultuante, y en la primera alteracion, por falta de pan, se precipitaria en las manos del enemigo sin remedio de poderla retener, y conoció que era por las mismas causas.

El de Mena trabajaba grandemente, porque venido pocos dias despues de su entrada del sitio de Melun para avocarse con él y sacarle alguna suma de dinero con que entretener el exército, le significó habia París gastado mucho, mas á sus manos no habian llegado más de cuatrocientos mil ducados para la paga del exército, y los demas llevaron los que manejaron la gran suma, dando á conocer con esto derechamente cuán poco apto era para el gobierno; y con haber recibido claramente en el espacio de un año un millon de ducados del Rey Católico; mas por ser fuera de tiempo no aprovechó el tercio de lo que pudiera, si más oportunamente fuese desembolsada. Con la llegada de trescientos (1) ducados últimamente recibidos, se aquietaron los soldados y pudo salir en campaña, y se debia áun mucho, y los zuiceros amenazaban amotinarse, sin querer salir á obrar si no eran

(1) *Sic*; pero se comprende debe ser mayor suma.

satisfechos; ni con haberles dado su propio hijo en rehenes ablandó su dureza, con que sus cosas estaban en tal mala disposicion y extremo partido que si no esperase tener pronto y eficaz remedio, si venía, como vendria sin dubda, en su contra el de Bearne, no quiriendo la infantería mercenaria combatir, no sólo alzaria el cerco de Melun, cuya ganancia tanto importaba á París, mas tendria expuesta la vida, la reputacion y la grandeza y todo el reino á un evidente peligro, y llegaria todo á intolerable ruina.

Movieron estas razones al Legado, porque muy bien conocia cuánto era necesario de sostener su reputacion, no sólo por no desesperarle, estando tan desabrido, como por la ingratitud de aquel pueblo, que se movia continuamente, y por temer los enemigos y dar ánimo á toda la parte de la union, casi envilecida y desanimada por la voz esparcida de que los católicos no serian del Pontífice ayudados, y ver que las fuerzas del Duque eran al presente tres mil caballos, quinientos zuiceros, mil quinientos raitres, tres mil peones franceses, tres mil lanzqueneques y doscientas lanzas, sin capitan de experiencia que le asistiese, y cargaba todo el peso de las armas sobre el Duque, y el de Bearne tenía casi mil doscientas lanzas francesas escogidas, con que seguramente podia intentar cualquiera empresa, tres mil arcabuceros veteranos, dos mil zuiceros, sin los presidios cercanos, que á un mover de ojos se le unirian, y le asistian más de veinticinco capitanes de larga experiencia.

Consideraba el Legado esta gran ventaja del de Bearne, y la de contentarse su exército con el robo de la campaña y asalto de las tierras, y la nobleza que voluntariamente le seguia sin sueldo, manteniéndose de los pueblos y bienes eclesiásticos entre ellos distribuidos; y que se debia mantener la gente del de Mena, no sólo por la expugnacion de Melun, importante mucho á París, sino porque en llegándole las mil quinientas lanzas de las bandas de Flándes, que el Conde de Egmont, inviado del Duque de Parma, conducia, y cuatro mil valones veteranos de la Mota, tenía resuelto buscar y combatir al de Bearne, ó necesitarle á dejar las tierras ganadas; y por mantener la autoridad de su legacía, pareciéndole seguir el órden de su Príncipe y la fuerza inevitable de la necesidad, sin demandar órden del Pontífice, le dió cincuenta mil escudos, y le confortó é inflamó el ánimo con buenas esperanzas, de que en la primavera le inviaria, segun le dixo al partir de su presencia, exército bien pagado de diez mil hombres italianos, ocho mil zuiceros y grueso nervio de caballería para fenecer la guerra de una vez y no haber de estar siempre á la defensa con fuerzas débiles y sin poder hacer alguna empresa importante.

Todo lo aprobó y loó el de Mena, y asiguró que la gloria de la conservacion de la religion católica en Francia y de su Corona le sería debida con inmortal obligacion del pueblo católico de aquel reino. Animó el Le-

BIBLIOTECA NACIONAL

gado á su Santidad para continuar en su santa deliberacion y hacer las provisiones de guerra, para prevenir las que en Alemania apercibian la Reina de Inglaterra y sus amigos los potentados sectarios, de seis mil raitres y diez mil lanzqueneques; y aunque prometió impediria su salida el Emperador, y no admitió al Embajador del de Bearne como de Rey de Francia, no sería obedecido ni poderoso para cumplirla. Por esto aconsejaban los más expertos que, llegado el socorro de Flándes, se diese una batalla, sin esperar se reforzasen con nuevas ayudas los dos exércitos contrarios. No lo aprobó el de Mena, aunque lo deseaba, juzgando su gente ménos bien disciplinada y asegurada que la del enemigo, y por la promesa del Legado del gran exército que presto le inviaria Sixto, habiendo de ser en la primavera que estaba cércana, con que se mantendria contra Enrique de Borbon y sacaria de España en su emulacion mayores refuerzos de gente y de dinero, porque llevarian mal la venida de fuerzas superiores á las suyas en favor de la confederacion, con que se aventajaria tanto de una vez que no estuviese en poder ajeno moderarle en la autoridad ni el cargo suyo; y así deseaba entretenerse ántes que venirse á batalla con el enemigo al presente.

Por otra parte, estimando el cumplimiento desto, áun cuando las ayudas prometidas saliesen ciertas, no habiendo comenzado la expedicion en ninguna parte, deseaba el Legado, que habia desembolsado los cincuenta mil escudos, que dellos saliese algun buen efecto para quietar el Pontífice, si por ventura no tomase bien que su dinero no se hubiese empleado para lo que del principio fue destinado, y esperando no solamente lo aprobase con una victoria, mas se induxese y alentase á dar mayores socorros, animaba al de Mena, para que luégo que los soldados de Flándes le reforzasen, combatiese con el enemigo. Era llevado tambien á esta resolucion del considerar que, prolongando la guerra, harian vano el desembolso de dinero; mas recaerian en las mismas angustias, y desconviniendo á la Sede Apostólica estar en contínuo gasto, no se inclinaba al combatir plazas, medio no de extinguir, sino de crecer la guerra: ni creia que esto sirviese á inducir á la batalla al Duque, más superior de fuerzas al de Bearne, como lo sería unido con la gente de Flándes; y porque ninguna cosa ayudaba más al enemigo que el beneficio del tiempo, y juzgaba firmemente que tambien más perderia de reputacion, y tenía por cosa dañosísima el no sostenerle y no hacerle levantarse y mostrarse poderoso; y lo mismo sentian los ministros del Rey de España con D. Bernardino de Mendoza, su embajador, que deseaban retener el aynda al de Bearne y sustentar el Duque de Mena, de manera que no cayese, y que diese luégo la batalla, pues su exército sería mayor en número. No dudaban que el Duque obtuviese una victoria, cuando ellos no quisiesen, y podria hacer progresos importantes aspirando á la monarquía, como recelaban; mas pensaban retardar las pagas, y temiéndolo el Duque, lo prevenia y queria primero de dar la

batalla tener la ayuda de la Sede Apostólica; porque si fuese perdida, lo despeñaria; y la victoria, sin tener fuerzas iguales á las del Rey Católico, no le aprovecharia como deseaba.

Mas el Legado tanto más apretaba en esto, cuanto vía levantarse nuevas dificultades y peligros con alargar la guerra, porque á lo que habia dicho el Duque, le significaron los ministros españoles desde el principio no tenía su Rey otro fin ni otro interese en esta guerra que la conservacion de la religion católica y abatimiento de Enrique de Borbon, sectario; mas despues en premio de su intencion y gasto grande, habiéndole pedido el título de protector de la Corona de Francia, turbaron su ánimo, y no sabiendo contradecir principalmente á lo del gasto, se excusó con ellos con que negocio tan grave y para D. Felipe no podia ser deliberado sino de los Estados generales, que esperaban darian al Rey Católico toda la satisfaccion; y en el otro punto se remitió á lo que al Legado pareciese. El mostró á los españoles cuánto era peligroso el atender á títulos que sólo servirian de engendrar sospechas en el pueblo frances, y tanto más desconvenia su demanda, porque el Pontífice era el principal en esta accion. Excusáronse los españoles con que no era pensamiento de su Rey, en que no entráran ellos, si los de París no les persuadieran el hacer tal instancia.

El Pontífice en esto ordenó al Legado no se opusiese, porque persuadido, le obligaria á mayores gastos, empeñado con la vanidad de tal título para hacer con mayores fuerzas la guerra al enemigo; mas los ministros españoles se declararon en no admitirle, pues no traeria bien alguno, siendo los demas pueblos ménos bien inclinados á ellos que el de París, sospechosos por la gente esparcida por la Provenza, Languedoc, Saboya y en otras provincias, y por no ver dar un gallardo socorro á la cabeza, para que pudiese con un gran hecho acabar la guerra. Ni áun del pueblo mismo de París se aseguraban, por los muchos inclinados al de Bearne, y más despues que el cardenal Lenoncurt ántes de la llegada del Legado introdujo el trato de la paz para ser sólo en la gloria de alcanzarla, porque pasó tan adelante que las condiciones della firmaron las Duquesas de Montpensier y la de Nevers, no la de Guisa, porque la habian metido en esperanza á la de Montpensier de que Enrique, repudiada Margarita su mujer, casaria con ella, y á la de Nemurs de que su hijo casaria con madama Catalina, hermana del Príncipe de Bearne; que todos procuraban sacar comodidades destas diferencias, y ser del Pontífice absuelto y aceptado por Rey, y por la calidad de la capitulacion hubo sospecha, que no las ignoraba el de Mena, pues le prometian demas del perdon general y reducirse al gremio de la Iglesia Católica y ser del Pontífice absuelto y aceptado por Rey el de Bearne, el título de Condestable, el ducado de Borgoña hereditario en sus descendientes; y á los otros proponian la intencion y fin de los españoles de apoderarse de Francia ó dividirla; y el reino sin pacificarse con el

de Bearne sería destruido, porque las ayudas prometidas á la Liga no podian llegar tan á tiempo como la de Enrique de Inglaterra y de Alemania, y que primero no lo hubiese sujetado todo. Era mejor paz aventajada y con satisfaccion que el ser de la fuerza oprimidos, saqueados, subyugados, vivir en perpétua desgracia y ódio de su Príncipe.

El Legado dixo á las Duquesas cuánto se engañaban en sus pretensiones y erraban en el tratar la paz con el sectario; la de Montpensier se retiró; y porque la vanidad de su ambicion era de poco fundamento y Enrique significó por embajada no queria ser católico, representando esto el Legado y los predicadores al pueblo de París, y el no haber el Pontífice admitido jamas ni convenir debajo de pretexto de ser católico el tratar con él, se quietó el rumor de la paz y el pueblo volvió á su primera resolucion.

Queria sacar de Tours los cardenales de Vandoma y Lenoncourt, porque tan eminentes eclesiásticos en la asistencia y consejo del de Bearne le dejaban autoridad, y su mal exemplo dañaba mucho á los católicos, y enviando á visitarlos, los amonestó gravemente el salir de aquella ciudad. El de Vandoma, que más quiso excusarse, le significó era conveniente y á buen fin encaminado ser cabeza del Consejo de Enrique, más para la conservacion de la religion católica de Francia, porque hallándose fuertemente armado y seguido de la mayor parte de la nobleza del reino, que le reconocia por legítimo sucesor de Enrique III, se debia atender con todo cuidado á hacerle cumplir la promesa hecha y persuadirle y estimularle á convertirse y reducirse al gremio de la Iglesia católica, no pudiéndose por comun parecer desear más feliz suceso y más saludable á la Francia que evitar en el Consejo el tratar en perjuicio del Estado eclesiástico y haber en Tours predicantes de huguenotes, y hizo jurar á los gobernadores de la tierra, proveidos por Enrique, el guardar la religion católica, apostólica, romana; y se habia opuesto á algunos decretos en su contra y del mismo Legado, y no era su fin principal como pensaba (1) la libertad de su tio, el Cardenal de Borbon, y porque no podia fiarse de las cabezas de la Union, enemigos de la casa de Borbon; y así no tenía lugar donde asegurarse sino en Tours.

Respondió el Legado debia un Cardenal conformarse con la voluntad del Vicario de Cristo, y miéntras prohibia la comunicacion del sectario, no se podia tratar con él debajo de cualquier pretexto de bien, ni la casa de Lorena tenía por enemiga toda la de Borbon, pues mantenia por Rey legítimo de Francia al Cardenal de Borbon, su tio, y le haria seguro y acatado. Con todo pidió al Pontífice diese sus censuras, para que, si obedecian con su exemplo muchos, se retirarian del de Bearne, y no obedeciendo se des-

(1) Faltan, al parecer, palabras.

engañarian los que no se persuadian estaba Sixto en el primero rigor, y se fundaban en su tolerancia, no viendo demostracion de resentimiento contra los que asistian al sectario. El Pontífice Sixto, que atendia movido de nuevos pensamientos y poca satisfacion del Rey Católico en sus cosas y intereses, ni alabó ni aceptó su consejo, mas le ordenó tratase suavemente con el Cardenal de Vandoma, y con la nobleza adherente á él y al Príncipe de Bearne humanamente, se entendia que divina no podia; y lleno de ambicion mantenia tratos con franceses, por no haberle dado permiso al Duque de Parma para casar á su hijo con su sobrina, y ser poco á su parecer la persona que dió á su sobrina, respecto á lo que se habia alargado con el hijo de su predecesor, pareciéndole despreció su humildad de nacimiento ensalzada ya á la púrpura y esplendor Real con el Sumo Pontificado, causando el ódio del Rey y el acelerar su deseada muerte.

El Legado instaba con el Duque de Mena en que diese la batalla al Príncipe de Bearne, confiando en que la victoria juntaria los Estados generales, que diferia, excusándose con que los diputados no podian venir seguros, y la transferia de cuando en cuando de un lugar á otro para mantener el pueblo en esperanza. Y sin esta junta parecia al Legado y á los del Consejo no podian las cosas del reino tomar alguna forma, siendo necesario dar al Cardenal de Borbon, que llamaban Cárlos X, un sucesor, ó establecer un Consejo de quien la deliberacion de las cosas concernientes al gobierno general dependiesen; porque el de Mena, despues que fue declarado Rey de Francia el Cardenal y en su nombre comenzaron á hacerse las expediciones con poca satisfaccion particular del Duque, perdiéndolo todo, deshizo el Consejo general de la Union, como ya no conveniente habiendo Rey, y creó otro de ocho hombres dependientes de él, y dos le asistian siempre, los seis residian en París, y su cabeza era el Arzobispo de Leon, que tenía los sellos Reales como suele el Canciller del reino, y ninguna cosa importante se resolvia que del Duque no era ordenada.

Habiendo determinado dar la batalla más porque lo querian los otros que por su determinacion, fué al sitio de Melun para desembarazarse de aquella empresa con su expugnacion, en fin de Enero, despues de haberse detenido en París más largamente de lo que habia propuesto, para llevar consigo el dinero que le dió el Legado, porque una parte remitida en pólizas á pagar en Leon se cobraba con dificultad por la falta de la moneda é industria de los mercaderes y favorescedores del Príncipe de Bearne; y porque sabía el Legado el poco cuidado y cuenta del Duque en el dispensar y gastar el dinero, invió al campo á monseñor Jerónimo de Portia, para que asistiese á la distribucion.

Tomó el señor de Alegri por empresa el castillo de Roan, y dejando en el sitio de Melun al Duque de Nemurs, partió á recuperalle por su importancia; mas cuando llegó, le habia recuperado la ciudad por no haber sido

ayudado el ocupador. El de Bearne por esto se levó de Ainstur con la mayor parte de su caballería para meter socorro en Melun, mas hallando los pasos bien defendidos, caminó como para ir á París, y hizo al de Nemurs entrar en cuidado de seguridad, y para ello dividir sus fuerzas, temiendo el asalto del burgo, y invió mil quinientos infantes lanzqueneques y zuiceros; y el de Bearne de improviso volvió atras, y metió el socorro en Melun que deseaba, y fué á prosiguir el sitio de Ainstur, que rindió por concierto el caballero Grillion á trece de Febrero, y Melun con el socorro quedó libre del sitio.

Sabía el de Bearne la resolucion del de Mena en darle la batalla, en llegando la gente de Flándes; y así en tanto que se entretuvo esperándola en tomar á Clermonte, llamó al Gran Prior, al marechal de Aumont, Guerri y otros muchos, y determinó sitiar á Dreux, con propósito de aceptar la batalla, pues vendria al socorro para no perderla por lo que merecia por su importancia y por la fe que su pueblo mantuvo siempre de la Liga.

Llegaron de Flándes mil ochocientos caballos con el Conde de Egmont, y por la vía de Calés despachó el de Parma á Valentin de Parliu, señor de la Mota, buen soldado, gobernador de Gravelinghe, con cuatro mil valones veteranos y escogidos, y esperó aloxados en las fronteras de Picardía muchos dias para que inviase el de Mena quien los guiase. Mas paresciéndole no era bien que tuviese tanta mano gente del Rey de España en Francia que le impidiese el ser árbitro para aspirar, segun decian, á la Corona, dió la batalla sin ella, errando mucho; si bien se escribe que los valones vinieron á cubrir la frontera, para que la gente del de Bearne no hiciese entrada en el Artois.

El Legado y los españoles y Mos. de la Rone persuadian al de Mena á dar la batalla, y le aseguraban la victoria, con que ellos esperaban mejorar su fortuna sin arriesgarse; y Mos. de la Rone afirmaba no hallar para alcanzalla mejor ocasion; y vencido Enrique, ni españoles ni franceses impedirian que no se pusiese la Corona, y en tal asalto de ambicion y estímulo de tantos superaron el propio juicio del Duque, bien fundado sobre muchas razones. Consideraba que la ventaja que se le atribuia de número de su gente, era no sólo emparejado, más sobrepujado de la obediencia que tenía el exército enemigo, y de tanta copia de valerosos capitanes que le acompañaban; y él tenía su gente mal pagada y poco satisfecha, y la infantería y caballería alemana le seguian por un juramento hecho al Duque de Lorena por fuerza entre la sangre y muerte de sus compañeros, que perdieron combatiendo juntos, viniendo en ayuda del enemigo con quien se habia de pelear al presente para favorecer como heréticos un comun interes; por lo cual mal se inducia á creer que de voluntad combatiesen por él, en tanto que se disponian para la batalla más por contentar á otros amigos del de Bearne que solicitaban conspiraciones en várias partes con-

tra la Union, y en París tambien procuró corromper al Prepósito de los mercaderes con donativo de ciento cincuenta mil ducados que se le darian, segun él afirmaba, en Venecia; y por esto fueron él y otros diez partícipes metidos en prision, y por claros indicios de haber dado mucha suma de escudos al enemigo de lo que recogia por la Liga de los parisienses en aquel tiempo.

Estos tratos peligrosos y no poder saber de quién fiarse, y el no tener cartas de Roma, tenian cuidadoso y trabajado en el entendimiento y cuerpo al Legado; y bien que el pueblo de París se mostraba muy enojado con el delito y el Parlamento prohibiese por decreto el tratar de la paz con el de Bearne, para quitar el medio de secreta inteligencia, no parecian al Legado seguras de sí mismas las cosas de aquella ciudad, y mucho ménos teniendo la mira en el evento de las armas y batalla cercana, que se habia de reglar más que con decretos y prisiones. Para salir desta suspension, determinó inviar á Roma á su hermano Camilo Gaetano, patriarcha de Alejandría, á dar cuenta al Pontífice de las cosas de Francia y descubrir de donde procediese su irresolucion, y si era cambiada su voluntad, y solicitar el no dejarle en medio de tantos peligros sin saber á lo ménos cómo gobernarse debia, y porque acercándose el tiempo de la batalla pudiese, cuando se diese, penetrar el fondo de la mente de Sixto, que fácilmente se manifestaba por sí misma contra cualquier accidente.

Partió el Patriarca, y el Legado tuvo más ocasion de turbarse, porque por carta que invió el Comendador de Viu, embaxador de la Liga en Roma, tenía las cosas della Sixto por de poco fundamento, y decia por esto no queria desperdiciar el dinero que habria menester para defender á Roma, si el de Bearne se apoderaba de Francia; y el Duque de Lucemburgo escribia fue admitido con demostraciones amorosas del Pontífice, y estaba bien dispuesto para el comun beneficio del reino, y tenía gran esperanza que benignamente oiria su embaxada. Todo se confirmó por carta, que á la nobleza que seguia á Enrique envió Sixto, en que les decia recibió con gusto al de Lucemburgo, y les encargaba estuviesen constantes en la proteccion de la católica religion.

Oia estos avisos el Legado con vergüenza, por no tenerlos en carta dél, y que le hacía dudar si habia bien satisfecho á su legacía y si estaba en gracia de Sixto, y cómo pudo poner en tanta esperanza los católicos políticos; y tenía por cierto trocó el ánimo, el parecer y la voluntad de manera que se atrevieron á escribirle los Cardenales de Vandoma y Lenoncurt no era su estancia en París á propósito para las cosas del reino, le pedian tomase el camino que llevaban ellos, y yéndose á persuadir al de Bearne se hiciese católico, y supiese llamaron para tratar deste efecto en Tours los obispos del reino, el Cardenal de Gondi y muchos príncipes, admiróse de su atrevimiento sin convidarle á él, y del querer juntar los obispos, y prin-

cipalmente porque le decian le sería agradable lo escrito á él y resuelto allá y era deseado del Cardenal de Borbon. Respondióles tocaba al enfermo ir á procurar el remedio de su mal, y á ellos no era lícito juntar los obispos, no teniendo para ello autoridad, y habiendo considerado lo querian sacar de París sólo porque, en saliendo della, se entregaria al de Bearne, y por la Junta de los obispos poder hacer un concilio nacional; y para evitar este peligro invió monitorio á todos los eclesiásticos para que no viniesen á Tours ni en otra parte se juntasen de su autoridad, especialmente hallándose un ministro de la Sede Apostólica como él en aquel reino, que debia ser cabeza en materia de fe, y protestó incurririan en las censuras y privacion de sus dignidades. Escribió á los seglares principales exhortándolos á no concurrir en la Junta, porque el Conde de Soisons le pidió parecer de lo que debia hacer.

El Obispo de Nivers, Arnoldo, muy católico y prudente, respondió á los Cardenales que le llamaron, no fuera de buena voluntad á ayudar á conversion de persona que descendia de San Luis, si no fuese juzgado á bien del Legado, sin cuyo consejo creia ser tenido por presuntuoso en ir á la Junta; y otros obispos le imitaron.

Estaban las cosas en Droux á gran peligro reducidas, y si no venía presto socorro perecia, porque, desde que se comenzó á batir en el fin de Hebrero, habian los de Bearne ganado un fuerte por el cual pasaron á ocupar el burgo de San Juan y el de San Dionis, que expugnaron, aunque fueron valerosamente defendidos. Fue combatido luégo el burgo de San Martin, y un puente de piedra por donde se entraba en el de San Vincens; y abierta la batería, fue el asalto furioso, detenido y bien combatido de ambas partes, peleando las mujeres entre los hombres con merecida alabanza de haber librado su patria. Gastaron hasta doce de Marzo en reparar por dentro muy bien sus baterías, y los enemigos en derribar una torre y un conducto de agua; y ya venía con el socorro el de Mena.

Visto en San Martin y pasado el Sena, el de Bearne deliberó combatirle contra la opinion de muchos, que no admitian el aventurar el Estado en una batalla, miéntras podia valerse del tiempo en su provecho y esperar que el exército de la Liga de sí mismo se deshiciese, pues no podia durar por falta de pagas, y le persuadian lo evitase, pues no tenía temor de perder plaza alguna importante para salir despues seguro en campaña. No aceptó este consejo y le parecia que el de Mena no venía resuelto del todo á pelear de poder á poder; mas cuando caminaba á pasar el puente junto á Ivri, levantando el cerco se retiró, mostrando no querer la batalla, para que el Duque tanto más se adelantase, y escondió parte de la infantería que le llegó de refresco en algunos bosques cercanos, sabiendo despues era tan cercano el Duque que no podia más retirarse sin poner en peligro el exército. Fué á Nonnacourt, que habia tomado pocos dias ántes, y asegurando

con alguna compañía el paso de un pequeño rio, ordenó se juntasen sus huestes en el villaje de San Andrés, y escogió el lugar mejor para combatir con su ventaja.

Mandó á los maeses de campo estuviesen prontos para ordenar sus escuadrones en la mañana siguiente, conforme les dió la disposicion, y arribaron con algunas compañías de caballos el Príncipe de Conti y el señor de la Guiri, general de la artillería, y el señor de Plesis Morne con sus compañías de caballos, á los cuales por no alterar la forma de la batalla entrometió en otros escuadrones, encomendados á buenas cabezas. Dividió la caballería en muchos escuadrones, porque toda á un tiempo combatiese, porque no trayendo lanzas no era menester ensancharse en el pelear, y restringido ántes en escuadron cerrado en aquella forma que le era más necesaria, era no solamente dispuesta á resistir cualquiera ímpetu, mas á penetrar cualquier resistencia con mayor violencia en las escuadras enemigas. A la infantería habia colocado del lado de la caballería, para que se defendiese la una á la otra, y ambas eran en cuatro escuadrones compartidas, que en la frontera caminaban casi iguales, adelantándose poco los cuernos de las partes. En el siniestro cabo el Marechal de Aumont conducia el primer escuadron, en que habia trescientos caballos y dos regimientos franceses; cercano iba con el segundo el Duque de Montpensier con igual número de caballos y un regimiento de zuiceros á su diestra y quinientos alemanes á su siniestra. Al lado del segundo iba Enrique con mayor escuadron, compuesto de seiscientos caballos y cuatro regimientos de zuiceros, dos por lado de los caballos, que iban á ciento veinte por hilera, y en la primera estaba la flor de la nobleza francesa. En el diestro cuerno se puso el cuarto escuadron; puso doscientos cincuenta raitres y algunos regimientos de infantería francesa que le abrazaban. Delante del escuadron del siniestro cuerno estaban cuatrocientos caballos ligeros conducidos del Gran Prior y del señor de Guiri, y en igual delante del segundo y tercero escuadron iban doscientos caballos del Baron de Virme, y últimamente el Marechal de Biron, como por retaguardia y socorro de todos; y cerraba el exército con casi cuatrocientos caballos, dos culebrinas y cuatro cañones en el siniestro cuerno.

Encaminóse desta manera el de Bearne para acometer al enemigo, ántes que acabase de pasar el rio Eure; mas porque le habia pasado y caminaba en ordenanza y ocupaba un villaxe por aventajado sitio para la batalla, invió mucha gente para ganársele y la ventaja para asentar su campo y pelear, y caminó en su esfuerzo. Presto encontró al Duque, y los exércitos hicieron alto para considerar los sitios y las fuerzas el uno del otro, reconociéndose con escaramuza de caballería.

Llegaron al de Bearne doscientos caballos de Normandía, y los acomodó en el escuadron del Duque de Montpensier, y por venir la noche se

retiró al villaxe por Crainville y otros circunstantes, y el Duque alojó cercano al rio, y los corredores dixeron al Príncipe le pasaba, y él respondió no era posible que tan buen capitan hiciese tal error, teniendo los enemigos tan cercanos, metiéndose en peligro de ser cortado y deshecho.

En el dia siguiente, cuatro de Marzo, al alba, Enrique puso el exército en la misma órden en ala y distribucion, hallándose con la gente que se le juntó en aquellos dos dias con más de ducientos y cincuenta caballos y casi ocho mill y quinientos peones, de cuya venida no tuvo noticia el Duque de Mena, porque habia mudado sitio y se descubria en puesto algun tanto relevado, dispuesto para dar la batalla en aquel dia; y para no faltar al oficio de buen capitan, dixo á sus soldados:

«Teneis vuestro Rey presente, soldados mios valerosos, y esto baste para encender vuestros ánimos y para combatir contra enemigos rebeldes, contra vuestros propios enemigos. No teneis que desear que los efectos de vuestro valor me sean referidos; yo mismo miro claramente la fortaleza de cada uno, y conoceré yo mismo qué alabanza, cual premio á su valor sea debido, que no siempre sucede si el Príncipe está apartado, por quien sea combatido. Mas si no basta mi presencia á mantener ó acrecer en vuestros pechos el valor, yo me pondré delante, como firmísimo escudo. Que tengamos la justicia de nuestra parte, es cierto, y que venimos á castigar los que conjurados con los extranjeros, antiguos enemigos de nuestra nacion, que no sólo quieren quitar la corona á vuestro legítimo Rey y deshacer el reino, más quitarnos la grandeza, la vida, hacienda y libertad francesa. Mas ¿para qué son para tales guerreros tales advertencias y confortos? En fin, el enemigo, contra quien vamos, tiene la mayor parte de su gente colecticia extranjera, retenida en sueldo por fuerza, que no sabe por qué razon, por qué causa combata, y tanto más en favor nuestro que en contrario, á que si pudiese volveria las armas, y los demas son confusos y desordenados y sin capitanes que los gobiernen bien. Mas yo, cuando para esta empresa no tuviera sino las valerosas y conocidas naciones extranjeras que están juntas por amor y antigua confederacion con esta Corona, que no ménos á la fe que á la virtud dellos podré seguramente entregarme, no ménos me veo rodeado del valor de príncipes y caballeros franceses y de la más escogida y guerrera infantería del mundo, que sólo en el mirarla me hace cierto de la victoria, y con la victoria deste dia caerán de hecho los enemigos. Es verdad que el Duque de Mena por fuerza viene á tentar la fortuna de la batalla, faltándole el modo de sustentar más el exército, y pudiera con más seguridad que reputacion excusarla, pues más ó ménos tarde podria dejarle deshacerse de sí mesmo. Mas del ardor y fortaleza vuestra asegurado, queriendo más una generosa que ignoble victoria, he antepuesto vuestra virtud á su mayor número, el órden á la confusion, la obediencia á la discordia, la fe á la perfidia. Mas si ántes era en nuestro poder

venir á este combatimiento, ya no tenemos lugar de retirarnos, y debemos no sólo por eleccion, más como desesperadamente, venir á las manos, pues combatimos por la patria, por el honor y por todas nuestras fortunas. Esto hagamos con tanta más seguridad y franqueza de ánimo, cuanto que vamos á acometer los que poco ántes, bien que en mayor número dos veces os vencieron, fueron de nosotros muchas veces abatidos con las armas y vencidos. Prometamos, pues, por tantas razones una victoria certísima, y vamos para alcanzarla á encontrar ferozmente los enemigos.»

Dixo el Príncipe, y resonó todo el campo de las voces de los soldados, que con la disposicion de los cuerpos y alegría de los semblantes le acompañaban. Luégo ordenó el Príncipe al Gran Prior y al mariscal de Biron que caminasen adelante para atajar la primera mezcla, y hizo seguirlos á todo el campo.

El Duque de Mena habia en el mismo tiempo ordenado su exército. Gobernaba el Duque de Nemurs la vanguardia en el cuerno siniestro, en que estaba un batallon de zuiceros asistido de Berlingh, su coronel, y al lado por de fuera tenía los arcabuceros del regimiento de Ponsenac; á la diestra iba con trescientas lanzas valonas, albanesas é italianas el de Nevers, y en cuya diestra estaba la corneta blanca del general con otros doscientos caballos franceses, y el Conde de Egmont con otros trescientos caballos de Flándes. El cuerno diestro de la batalla, que era poco ménos atras que la vanguardia, gobernaba el coronel Tifer, que tenía su regimiento de zuiceros, y á su diestra el señor de la Chiatinerie y el de Burgh, con sus regimientos de arcabuceros franceses; seguian despues los raitres, gobernados por el Duque de Brunsvich y del señor de Bassompier, y á su lado cien caballos franceses, y San Polo habia de marchar á su diestra con los lanzqueneques; y la extrema parte, que hacía el cuerno diestro, era asegurada de dos batallones franceses, asistidos del señor de Tamblecurt y Baron de Tensse con ciento cincuenta caballos de los de Flándes, hallados de fuera, y algunas pequeñas escuadras de infantes, que llamaba perdidos, para atacar las primeras escaramuzas. Iban delante de los arcabuceros de Ponsenac y de los zuiceros de Berlingh, cincuenta caballos guiados del señor de Tremont y del de Terrail, cincuenta pasos adelante de la corneta blanca general, y la artillería tenía puesto entre el regimiento de Tifer y de los arcabuceros franceses. Comenzada la batalla, habian de hallarse cercanos al de Mena y de Nemurs, éstos á la diestra del escuadron de la caballería que hacía el cuerno diestro de la vanguardia, y aquéllos á la siniestra del escuadron del cuerno siniestro de la batalla, donde estaba su corneta blanca. El caballero de Aumala, por no venir en la contienda con las cabezas de los lanzqueneques, no quiso pelear entre la infantería francesa, de que era cabeza, y quedó cerca del de Mena, que tenía para combatir más de mill caballos alemanes, otros tantos franceses, y el restante, hasta

tres mil quinientos, eran hombres darmas y caballos ligeros españoles, italianos, valones, albaneses de Flándes; y los infantes eran cuatro mil zuiceros, dos mil lanzqueneques asoldados en Sonna, y todos los demas, hasta el número de once mil, era infantería francesa. Todo este exército caminaba casi en forma de media luna; y como supo el Duque venía el de Bearne á entrarle en medio de sus huestes, les dixo:

«Cuando considero, valerosos guerreros, que estamos en estas campañas reducidos á hacer prueba de nuestras fuerzas con las del enemigo, me parece cosa gloriosa, tanto que basta á inflamarnos, darnos vigor y osadía y hacernos cierta la victoria. Muchos de vosotros os habréis hallado presentes, mas cada uno habrá traido con la fama á la memoria que en la batalla de Druex, el duque Francisco, mi padre, con una mínima parte que conservó entera de aquel exército, desbarató y rompió y deshizo el exército enemigo, ya vencedor, y quitado su capitan, quitó juntamente al enemigo la honra y la gloria de la batalla. ¿Quién no dirá que son estas campañas fatales á los huguenotes? El capitan enemigo es de la misma estirpe y herético, ni más ni ménos, porque aquí estamos á la defensa de la verdadera religion, que la hace justísima y comun á todos los príncipes católicos que tantos la ayudan, y el Pontífice, su cabeza, principalmente, por la cual podemos con razon ser llamados soldados de la santa Liga, soldados de la santa fe, soldados de Cristo, de cuya Majestad debemos esperar todo favor. Seamos, por tanto, bien seguros de cosa que no pueden tener ni áun esperanza quizá los enemigos, que victoriosos ó muertos en esta batalla, alcanzarémos ó gloria perpétua ó vida eterna. Sea léxos de nosotros todo temor; no dudemos ya que nuestros escuadrones, como acaecia á los del tiempo de mi padre, han de ser primero desbaratados y despues mexerados. Vuestra fortaleza no es de manera que podréis recibir daño y despues pedir el socorro. Sois osados, no ménos á combatir que á vencer siempre; y si tantas veces lo habeis hecho gloriosamente, ¿cuánto más debeis hoy estar seguros, que somos en todas las cosas superiores á los enemigos? Cierto que si no fuese imposible el quitar cada uno la ocasion de mostrar el propio valor y el mérito, que cerca de Dios alcanzára combatiendo, diria que tan honesta ventaja despreciásemos; mas en este dia, con sólo mirar á sus compañeros y puesto el corazon en Dios, invocando su favor, vamos animosamente á encontrar y abatir los escuadrones del enemigo, que no tendrán hoy campos empantanados donde retirarse, ó burgos ó montes donde esconderse.»

Dixo, y el Duque y el de Brunsvich y el señor de Basompier hicieron jurar á los raitres de no hacer su acostumbrado corno; mas disparados sus arcabuces, entrar en la batalla á combatir con la espada, y el de Mena ordenó se caminase contra los enemigos, que por ganar un villaxe, que les pareció podia darles mucha ventaja, volvieron sobre la siniestra, descu-

briendo el lado para embestirlos por el mismo, executando tan presto como el hecho requeria. El de Bearne, que le habia temido, le opuso tan brevemente la frente, que áun ganó el viento que le dañaba no poco; y caminó sin esperar á que llegasen trescientos caballos, que en su favor estaban cercanos con el señor de Umieres y el de Movi, dejando órden que asistiesen en la retaguardia al Marechal de Biron.

Estando á tiro de cañon los exércitos, el de Mena entró en el medio de su escuadron de caballería y sintió luégo la batería de la artillería enemiga desde buen sitio, disparada dos veces primero que la suya, llevada tardemente por un valle, menor en el número y grandeza, por caminar más desembarazado. La batalla se comenzó, y del primer encuentro vino al suelo el Duque de Montpensier, y con dificultad pudieron los suyos ponelle á caballo. Una parte de gente de Flándes, que venía contra el escuadron del Marechal de Aumont, le acometió con tanto ímpetu que le atravesó, y pasó altivamente á dar con la espalda en la artillería y la ganaron; mas el de Aumont los cargó por las espaldas con gran ventaja, y porque no fueron seguidos de los suyos los mató casi todos; y áun en este encuentro estuvieron en gran peligro el Baron de Biron, el Gran Prior y el Rey; tanto fueron en los primeros encuentros favorecidas las armas de la Liga. Habiendo batido la artillería los raitres por el lado, no sólo los forzaron á pelear fuera de tiempo, mas los desordenaron de modo en el entrar á combatir, que no pudiendo ó no queriendo guardar el juramente, ni se mezclaron ni xiraron segun su costumbre, aunque el de Tabanes, por evitar este desórden, les habia dejado el espacio conveniente para hacer su vuelta; mas despues que estuvieron más expuestos á los golpes de la artillería enemiga, se volvieron del otro lado para huillos, y dando sobre la caballería francesa y todos sobre la infantería, y de mano en mano desordenándose casi todos los escuadrones, se barajaron, y en un momento las cosas declinaron, aunque el de Mena, para remediar tan repentino desórden, con extraordinaria resolucion hiciese romper en los raitres algunas lanzas, y no faltase al oficio de valeroso capitan, ayudado de muchos que le asistian, y particularmente del Duque de Nemurs y caballero de Aumala, jóvenes ardentísimos.

No tardó el de Bearne, reconocida su ventaja, que tan gran desórden le causaba, cuando estaba en el temer de perder, en ir adelante con algunos caballos á combatir con el escuadron donde estaba la corneta blanca del enemigo. Fueron á tierra muchos de ambas partes, y quedó muerto el Conde de Egmont peleando valerosamente.

En el mayor conflicto, miéntras iba creciendo el número de la gente del Rey, sucedió que el señor de Rone, que traia su corneta blanca ó guion, habiendo perdido la vista con la sangre de una herida en la cabeza, fue llevado del caballo fuera de la batalla, y seguido de muchos que no

veian ni sabian dónde estaban, que pudo causar gran desórden si no estuviera cercano el Rey, á quien siguieron, señalado por los grandes penachos suyos y de su caballo. El señor de Acona quedó preso con la corneta blanca del de Mena y su exército desbaratado y metido en rota.

Mas porque Enrique habia entrado en los escuadrones más devisos de los enemigos, y no parecia, dudaron de su vida, mas poco tardó en descubrirse y en resonar victoria por todo el campo, roto el exército de la Liga, aunque con matanza desigual á su desórden y abatimiento.

El de Mena, atónito con tan súbita mudanza, de vencedor á vencido, considerando tanta desgracia con el de Nemurs fuera del campo, viendo los zuiceros enteros, y los enemigos ocupados en dar alcance á los que huian, pensó hacer con ellos algun hecho, ó á lo ménos retirarse seguramente y salvar la artillería, que no habia ocupado el enemigo; mas porque no quisieron moverse sino acompañados de gran número de caballería los raitres, causa de tanta ruina, aunque eran en gran número juntos, no quisieron ni con ruegos ni con promesas unirse con ellos, y ansí fueron forzados á mirar los Duques cómo salvarse; y divididos, el Duque de Nemurs seguido del Vizconde de Tavanes, de Basompier y Rone y de otros muchos, caminó á salvarse en Chiatres; y el de Mena á Mantó con gran multitud. Pasado el puente de Ivri, con algunas escuadras de caballos, se rompió con el gran peso, ó le hizo romper para no ser seguido; y como á él dió la vida, á otros la muerte, particularmente á los raitres, que todos casi ó fueron muertos ó anegados ó prisioneros, vadeando el rio, donde tuvieron causa de arrepentirse por no haber querido hacer experiencia de la fortuna, combatiendo osadamente, cuando fueron rogados, para que se juntasen con los zuiceros.

Estos, viéndose desamparados, se rindieron al Marechal de Biron, y echando las armas en tierra, le entregaron las banderas; caso pocas veces oido desta nacion, y ásperamente de los superiores dellos tomado; que aunque los de Bearne no les ensangrentaron las banderas, les desplació el desusado modo con que fueron quitadas á sus soldados; y cuando volvieron éstos á sus moradas, fueron con ira y mala satisfaccion del pueblo y con poco amor recibidos.

Esta victoria fue más importante al de Bearne por otros respectos que por los muertos, que no la ensangrentaron sino los raitres en la huida y otros en el puente de Ivri, cuando llegó Enrique siguiendo el alcance en la batalla. Murieron de la una parte cuatrocientos, y entre ellos el de Egmont, Chiatiniere, maestre de campo de franceses, y un coronel, y Alexandro Bonaredi de Ancona, gentilhombre del de Mena, y pocas más personas de cuenta; y de la otra parte Clemente de Autrages, capitan de la guarda de Enrique, y á sus piés Rone, que traia la corneta blanca, Tich, Scomberg, coronel de raitres, Laucunay, Normando Flequiers, Crenai,

corneta del Duque de Montpensier, y otros muchos caballeros; y poco despues de heridas el Marqués de Nelle, el baron de Biron, los Condes de Lude, de Goiri, Monluet, Laberne; y fueron gravemente heridos y prisioneros otros, entre muchos, el señor de Vedofui, el baron de Menedaurt, el señor de Bantini, el de Creona, de Thenese y de Chiatillert, maestres de campo, los señores de Fontana, Martel de Loxiari, de Lodon, de Falandre y muchos otros franceses; el Conde de Arestfust, aleman, Camilo Tolomei, ferrarese, Cárlos Bonaventura, de Urbino, y otros de diversas naciones.

Perdiéronse muchos estandartes, gran número de banderas, toda la artillería, el carruaje, y fue de manera que, desbaratado el campo de la Liga, no quedó escuadron entero sino el de los zuiceros, ni en términos que resistiese á pocas compañías del enemigo. A lo ménos, conforme á la costumbre de Francia en este siglo, no usó el vencedor de la victoria como pedia la importancia de las cosas, que estaban en la diligencia, porque segun la opinion universal, él podia reducir al de Mena á gran trabajo y á París á rendirse á su devocion.

El de Mena con gran dificultad entró en Mantó, porque el señor de San Martin, su gobernador, rehusó el abrir la puerta, esperando con excluillo de aquella plaza hacer su negocio de mejor condicion con el vencedor, y sin la voz esparcida de haber muerto el de Bearne en la batalla, poco valieran los ruegos del Duque; y aunque este suceso le pudo presentar su error, en dejar en plaza tan importante para París quien no le dió franca entrada, no lo enmendó áun despues de recibido con tanta dificultad y poca fidelidad del gobernador; ántes no teniéndose en ella por seguro y procediendo con la misma confusion de ánimo con que se habia partido de la batalla, caminó en el siguiente dia á Ponteoyse, y de allí á Sant-Denis, para abocarse con el Legado, ministros españoles y magistrado de París para tomar el mejor consejo al bien comun más conviniente.

No desplació mucho este suceso al Rey de España, segun yo advertí en el darle el pésame, porque entendió que, si venciera el de Mena, tenía resolucion de matar en París los diez y seis diputados de la Liga y hacerse llamar Rey, que no estaba mal á su Majestad Católica..... (1)..... otro recelando su particular interes en la causa comun de la cristiandad católica, como pareció despues no lo admitia, encaminando el hacer inútil para todos su cuidado y gasto y disposicion del poner la corona al de Bearne, como escribirémos.

No hay que fiar en las cosas de la guerra, engañadoras y sujetas á mill

(1) Faltan palabras.

accidentes y casos no pensados de una mudanza como ésta, tan contra toda razon y valor con que peleaban los católicos, habiendo los volscos desbaratado parte del exército romano en batalla, porque oyeron á Quincio, capitan, mandar á sus soldados que se afirmasen, pues la otra parte de los enemigos era vencida, aunque no lo era, los atemorizó de manera que huyeron. Y ansí aconsejan los maestros de la disciplina militar con razon, que no se dé jamas batalla sino por necesidad ó con gran ventaja, porque no es prudencia arriesgar, pudiéndolo excusar, el todo ó la importancia de las cosas á un conflicto de armas.

CAPÍTULO XI.

Inclínase el pueblo de París á la paz con el de Bearne.—Exhórtale el Legado á proseguir la guerra.—Envia á su sobrino Pedro Gaetano á Flándes á representar al Duque de Parma la extrema necesidad del socorro de París.—Arenga del Arzobispo de Leon á los parisienses.—Disposiciones tomadas en París para mantener la ciudad contra Enrique de Borbon.

En el siguiente dia, despues de la rota del exército de la Liga, llegó el aviso á París, y tan confusos se mostraron los parciales de Enrique de Borbon como los liguistas. Temian que viniendo el exército victorioso, la entraria sin dificultad, y probarian igualmente su furor y la avaricia que los induxo tantas veces á saquearla, y se rindiria por acuerdo; porque en tanta confusion no habria disposicion para la resistencia ni guarda del juramento poco ántes hecho en manos del Legado en la iglesia de San Agustin, reiterando el que prestaron de no obedecer herético por Rey ni tratar de conciertos con él. Tan pronta es la multitud á satisfacerse y prometerse mucho de sus fuerzas, cuando está léxos del peligro, y arrepentirse cuando se le presenta, aunque la diligencia del Legado y ministros españoles fuera grandísima para mantener en el pueblo el juramento y fuesen ayudados de muchos, ó por celo de la religion ó temor de no alcanzar perdon del de Bearne, y procuraban con todas sus fuerzas impedir el curso á la caida de París, á lo ménos á mantenerse en tanto quellos se aseguraban con buenas condiciones.

Mas era tanto el espanto del pueblo, que palabras no bastaban á asegurarlo, porque los parciales del de Bearne, perdido el recelo del saco y primero temor de castigo, fomentaban el del pueblo con razones verdaderas y falsas, eficaces y verosímiles, y le aumentaban esparciendo fama que no habia en la ciudad vitualla para más de un mes, y al parecer el enemigo

se habrian de tal manera apretado, que se corria peligro de no haber en los primeros dias pan en la plaza, cosa que por sí sola podia causar conmocion peligrosa en aquel numerosísimo pueblo, falto de dinero por falta de comercio y mercancía mayor, fuerza de su riqueza, acostumbrado á mantenerse regaladamente, cansado por la guerra larga y mal satisfecho por lo inútil de sus contribuciones.

Discurriendo con ellos los políticos, que tenian mucho que perder, y otros los hijos y la vida, sobre la necesidad de proveer soldados y capitanes, concluian con decir que no habia tiempo para traellos ni dinero para asoldallos, estando el erario público y las facultades y los particulares sin sustancia, el Duque de Mena sin fuerzas, débil y caido de ánimo y de crédito, y no le era posible por sí mismo restituirse á estado que pudiese socorrer á París asediado; las ayudas de Flándes eran léxos é inciertas y difíciles de sacar, segun la experiencia mostraba, cuando las cosas presentes pedian prontas y seguras provisiones, cuando podian decir estaba á las puertas el enemigo victorioso, irresistible, obstinado, que juntaria con la voz del vencimiento, no sólo las fuerzas que tenian esparcidas por el reino y las neutrales, sino áun muchas de las enemigas.

Se reduxeron las cosas á tal estado y término, que los liguistas hacian mayor instancia que se capitulase con el de Bearne, en tanto que podian esperar útiles condiciones para todos, y no en medio de las armas, y cuando fuesen forzados á aceptarlas como se las ofreciesen, tornasen á tratar de medios de paz general contra lo que propuso el Legado, y no arriesgasen tan gran multitud, y las promesas que estaban en París convenia así guiarlas en sitio fuerte con algunos hijos de la casa de Guisa, queriendo por esta vía quitar las cabezas y estímulo al pueblo y alentar los socorros que de fuera con gran razon creian habrian en su favor venido, y aunque ellas no querian desamparar la ciudad, ántes con ella salvarse ó perderse, y los predicadores y teólogos de la Sorbona, que les solian ser de tanta autoridad y veneracion, procuraban sacar al pueblo del temor y persuadillo permaneciese en su primera deliberacion de no hacer la paz con heréticos; mas era tan solicitado para que se concertase, aunque resistian algunos parisinos celosos del bien comun gallardamente que nada era suficiente á contenelle.

Por esto el Legado, no habiendo caido de ánimo, juntó los del Magistrado y gran número de ciudadanos en el palacio de la ciudad, y les dixo:

«Despues que fuí á esta legacion destinado, no tuve mayor deseo que de arribar á esta ciudad, predicada en la Córte romana por observantísima de la Santa Sede y purísima cerca de la religion católica, y universalmente tenida por la mayor, más magnífica y más poderosa de toda la Europa; pues ninguna en el mundo se le puede comparar en el número de habitadores. Aquí creí hallaria en su gente afecto ardentísimo, y cerca de la religion católica constancia igual y ferocidad en el mantenerla contra los que

oprimirla procurasen, habiendo sido París la ciudad que ha dado, como metrópoli de Francia, la imitacion y exemplo á las demas del reino en librarse de la tiranía de los herejes por su poder y por el respeto que las demas le tienen y por la abundancia de dinero que habeis, ¡oh constantes ciudadanos! para tan santa empresa largamente ministrado. Mas á mi llegada en tal ocasion tuve necesidad de no aprobar del todo el juicio comun y de suspender el mio propio, porque hallé ya encaminado el concierto de la paz con un herético; y bien que ello fuese artificio guiado de pocos mal afectos á la causa de Dios, Nuestro Señor, y al bien particular desta ciudad y generalmente de todo el reino, me pareció terrible se le inclinase el pueblo y quisiese manchar aquel nombre, que de tan católico alcanzó y de tan observante á la religion católica. Plació á la divina Majestad que no solamente aquel trato vaneciese, para que se hiciese poco despues resolucion universal de jamas obedecer á un herético, ántes de no hacer jamas paz con él, y de tal deliberacion se jurase el cumplimiento por todos vosotros en la iglesia de San Agustin en mis propias manos. Ya no es tan verísimil se hiciese con tanta firmeza, como se pronosticaba..... (1) ..... Dios sin grande consideracion principalmente, siendo tan cercana la ocasion de perderse una batalla, que por la cercanía no fuese la ruina de París y la destruccion de la religion católica, como esto que á la primera esperanza que la divina voluntad ha querido hacer de vuestra constancia en su servicio, hayais caido y mudado de ánimo y querido dar señal de que por servil temor, como es el querer concertaros con el enemigo y abrirle las puertas, querais vosotros mismos y con vuestro exemplo todo el reino y nuestra católica religion exponerla al arbitrio de los heréticos. Considerad, os ruego, qué quiera decir que, miéntras sois poderosos para defender la mayor causa sin atender á vuestras fuerzas y debilidad del enemigo, esteis en riesgo de ser fábula del mundo y de perder cuanta reputacion ganasteis por tantos siglos. Os opusisteis al Rey últimamente muerto, entrando armado en el corazon de esta ciudad, lo forzasteis á huir, y lo hicisteis sólo por salvar la vida á algunos de vuestros ciudadanos; y ahora se ha disminuido el ánimo, cuando se trata de la salud de la religion, por haber el de Bearne, que no es vuestro Rey y que no tiene fuerzas bastantes aún para molestar uno de vuestros burgos, vencido una batalla, ántes desordenadas vuestras huestes, no habiendo sido por su valor más que por los caballos alemanes, que por nosotros militaban, y ántes porque habia muchos herejes mezclados con los nuestros, que causaron el desórden entre sí mismos. Para que vuestras fuerzas considereis, os digo que se hallan hoy banderados más de treinta mil hombres bien armados, sin los que no lo están de todo punto y pue-

(1) Faltan palabras.

den ser ayudados para hacerlo brevemente; y vuestro enemigo, á quien poco ántes queriades entregar vuestra ciudad, no tiene más de seis ó siete mill infantes, y áun no dos mill caballos. ¿Dónde está, pues, aquel rigor que mostrasteis pocos dias ántes? ¿Dónde las promesas hechas á Dios y al mundo? ¿Dónde consiste vuestra tan celebrada potencia? ¿Quién os estimará adelante? ¿Qué fundamento se podrá hacer en este vuestro innumerable pueblo, en vez de ilustrar la memoria de vuestros hechos y de ser á todo el mundo formidables? Seréis desprecio no solamente de vuestros franceses, mas de todas las naciones. La presente deliberacion hará de vuestro estado el juicio universal para haceros estimar del futuro Rey ó despreciar, de modo que no podais jamas recuperar la perdida reputacion. Resolveos, pues, de armaros y mostraros osados para defender vuestros muros, vuestros altares, casas, hijos y mujeres; ni creais que están las cosas del Duque de Mena en términos tan malos como os proponen y procuran persuadiros algunos. Esperad á ver y considerar el estado en esto de vuestras cosas; oigamos al Duque, y certifiquémonos del ánimo y de las fuerzas suyas; y estando las cosas en el estado que os han propuesto, y si le tuviere, mucho os aseguro que el mismo Duque no querrá dejar tanto de su sangre en tan manifiesto peligro, y ántes seguiré vuestro consejo y correré con vosotros la misma fortuna, y mi persona no tendrá más seguras murallas que las de los de París.»

Dixo el Legado, y algunos más celosos comenzaron á decir no faltarian en el hecho á todo lo que á pueblo tan católico convenia; y sólo resolvieron el no hacer novedad, en tanto que el Legado trataba con el de Mena de los negocios presentes, y fuese bien examinado el estado de las cosas; y esto fue del pueblo prometido, porque no se le presentaban los enemigos.

Habido tiempo de respirar, el Cardenal no desconfió de inducir el pueblo á su defensa; y para ayudarse de todas partes y mostrar á los de París no dejaria diligencia alguna, despachó luégo al Duque de Parma á Pedro Gaetano, su sobrino, que vino poco ántes de Flándes á visitarle, para que aumentase más la fe á cuanto el comendador Moscosso, ministro del Rey de España, y un eschiavino de París, le dirian del estado de las cosas de la Liga; y conforme á él solicitase gallardas ayudas.

Tambien D. Bernardino de Mendoza invió su secretario para representarle con más eficacia la pública necesidad. Algunos persuadian al Legado se retirase á lugar más seguro, y no lo aprobó, certificado de su sobrino de que el socorro de Flándes vendria presto; mas con largueza parecíale más conveniente el peligro de la vida que el de la reputacion; porque si París se perdia, se imputaria á su ausencia, y la última deliberacion dejó para despues de abocado con el de Mena en San Dionis. Le mostró el Duque y al Consejo de París y otros principales della sería brevemente tan fuerte que pudiese hacer rostro al enemigo, porque lo que se salvó de la rota se

iba recogiendo y uniendo en los lugares más cercanos, y por la voluntad que habia conocido en el Rey Católico y prontitud en el de Parma le reforzarian gruesos socorros de Flándes.

Volvieron á París, donde hallaron al pueblo mucho ménos temeroso, pasado el primer ímpetu, y no viendo el enemigo, como temía, y ansí le fue industriosamente dando cuenta de las esperanzas y héchole conocer cuán indigno era el temor que mostraron de su generosidad, y el Arzobispo de Leon les dixo:

«Yo no puedo declarar, parisinos mios, el contento que yo recibo hoy, viendo vuestros semblantes en todo contrarios á lo que se mostraban los dias pasados, en que no sólo huyó la alegría, mas el contento, y el temor pudo casi envilecer todo ánimo feroz. No vino en vano Monseñor Legado; vuelva cuando quisiere en Italia, que no puede partirse sin haber dejado gran fruto con su venida en Francia. Reconozcamos ¡oh parisinos! y reconozca dél la parte católica de este reino el honor y la vida, porque su persuasion retuvo el curso á una accion tan ignominiosa, abrazada del consentimiento de la mayor parte de este pueblo, engañado de algunos demasiado temerosos ó mal afectos de la parte nuestra, de que estuviérades ya arrepentidos, y con la pena de haber hecho resolucion tan mal considerada; ya estais en disposicion de hacer vuestra fama inmortal y de mantener gloriosamente el juramento que hicisteis de jamas concertaros con un herético, porque dentro de vuestros muros teneis cien mill combatientes para defensa. ¿Qué potencia podrá forzaros con diez mill hombres que tiene el enemigo? ¿Qué pueden valer contra vuestra poderosa resistencia? ¿Cómo pueden sitiar ciudad tan extendida? Puedo decir por esto que podeis tener abiertas las puertas y dejarlos entrar, porque contra tantos, qué podrán, que de las mujeres y niños serán desde las ventanas y techos con piedras muertos. El Duque de Mena ha dispuesto tanta gente que podrá impedir los progresos del de Bearne, y vendrán de Flándes en breve tiempo gruesos socorros. ¿Qué tenemos que temer? ¿No sería cosa oprobiosa que se atemorizase por tan pequeña rota esta grandísima ciudad, pues ni espantaron ni atemorizaron los huguenotes por la pérdida de tantas batallas, para que no juntasen para su defensa y retener el ímpetu del vencedor, áun estando presente el Rey, y no hubo lugar que pudiese hacer defensa que valerosamente no resistiese, y habia en su contra fuerzas mucho mayores que las que os han puesto en miedo y espanto? Por tanto, parisinos mios, verdaderamente católicos, defensores de la religion verdadera y antigua, acompañad la alegría de vuestros aspectos y semblantes con las voces, con las manos, y de nuevo prometed la facultad, la sangre y la vida por esta santa ciudad.»

Dixo, y todos con las manos y con las voces afirmaron el querer morir por la religion y por la patria y de ser resolutísimos para defenderse. Luégo

señalaron el número de treinta mil ciudadanos bien armados, segun el Legado habia pedido, guiados de sus coroneles, y en efecto resistieran al enemigo, si á los muros llegára, viendo el interese grande de no dejarles robar sus hijos y sustancia, aunque muchos secretamente eran de la parte del de Bearne, y que de buena gana, como pudieran sin peligro, le metieran en París.

Ordenóse fuese distribuida la vitualla con moderacion y se trujese de los lugares comarcanos. Llegaron á gobernar la milicia el Duque de Nemurs y el caballero de Aumala, enviados del de Mena, y ansí éste tenía á su cargo la campaña y el otro el gobierno supremo y la superintendencia, y el Arzobispo de Leon la justicia política de la ciudad. Los de París, fuera de costumbre, aprobaron el asoldar tropas del Pontífice y el Rey Católico y entrar en la ciudad, y metieron luégo en ella cuatro mil franceses, zuiceros y lanzqueneques, sacados de los presidios cercanos; reforzaron las murallas, levantaron terraplenes y plataformas, asegurados más del grueso número de la gente, porque no era posible más perfecta fortificacion en tan gran circuito de muros; y dexaron indefensos algunos extendidísimos arrabales, por no ser posible defenderlos por número de gente, reduciendo su defensa al recinto de las murallas; porque, segun la fama, el enemigo vendria brevemente á asediarlos.

CAPÍTULO XII.

Aprovéchanse los de París de la inaccion del Príncipe de Bearne. — Intenta el Legado dividir la nobleza católica que seguia al Príncipe. — Tratos de paz. — Apodérase el de Bearne de várias plazas y pueblos cercanos á París. — Negociaciones seguidas en Roma por los liguistas y por el Príncipe de Bearne. — Interviene en ellas el Conde de Olivares. — Sitia el de Bearne á París. — Tratos para rendirse. — Viene al socorro el Duque de Parma. — Enrique de Borbon levanta el sitio. — Encuéntranse los ejércitos del Farnese y de Bearne cerca de Lani. — Combaten. — Retírase este último. — Trata el de Bearne de sorprender á París. — Es sentido y se retira. — Asalto y saqueo de Lani. — Retirada del de Bearne.

(1590.)

El Príncipe de Bearne, despues que tomó á Ivri, se detuvo en Manta, sobre el Senna, lo cual hizo, ó porque la nobleza, segun su usanza, quiso despues de la batalla ir á su morada á alegrarse de la victoria, ó para restaurarse de los trabajos padecidos, ó por estar no bien en órden sus gentes

y sin municiones, ó porque atendió á sus gustos con Madama, de quien estaba muy enamorado. Esta fue la causa principal, porque siendo señor de la campaña que á nadie temia, gozando de la victoria deberia emprender á París, con que todos le hubieran seguido; mas no creyendo pudiera la intermision de poco tiempo dañar á sus progresos, dió á París y á otros lugares quince dias de espacio y comodidad para fortificarse y animar poco á poco el ánimo, que habia el temor envilecido no ménos que á los de París.

Tambien la largueza deste intervalo, que le podia ser de grande ayuda, dañó en algunas cosas, porque entrada en esperanza de que el vencedor no le asediaria, fue poco prosiguida la usada diligencia en aquellos primeros dias en saber la cantidad de vituallas y hacer la provision necesaria de fuera principalmente; porque la grandeza de la tierra no dexára salir la verificacion, ni suscedió sin sospecha que el olvido y poco cuidado procediese de la malicia de algunos entrometidos por fieles en el civil gobierno, en que hacian las partes del de Bearne.

Habia el de Mena ido á Soisons, donde la gente que huyó de la batalla se recogia, y estaba dispuesta para ir á Flándes á dar cuenta al Duque de Parma del estado de las cosas de Francia y solicitar su ayuda, pedida por cartas y embaxadores.

En tanto el Legado, para no dejar pasar cosa de las que podian ser de provecho á los negocios, conociendo cuánto era sujeta á la mudanza la gran multitud con cualquier accidente, y no confiando en que el de Mena sería reforzado y en órden tan provechosa como convenia, teniendo opinion que los socorros que se esperaban de Flándes tardarian mucho en llegar, quiso probar á desunir parte de la nobleza que seguia al de Bearne por medio de católicos principales, y alcanzar suspension de las ofensas, para que durante ellas respirase el de Mena y viniese de Flándes el socorro. Pidió para esto se avocasen con él el Marechal de Biron, de gran estimacion, y el señor de Guiri, general de la caballería, autor de gran séquito de la nobleza; y habida licencia del Rey y pasaporte para seguridad del Legado, se juntaron en Noessi, lugar del Marechal de Retz.

Muchos discursos pasaron entre ellos, cansándose el Legado en persuadirles cuánto desconvenia á los nobles católicos el favorescer herético y seguir sus banderas, porque metian con esto en peligro la patria y la religion católica, que estaban obligados á defender con su sangre; y así debia unirse por la conservacion dellas, y porque la desunion no fomentase la herejía ó diese entrada á la introduccion de tantas armas extranjeras para alterar el estado de aquel reino; y podian para su reparo y de las desórdenes pasadas y dar asiento á todas las cosas y forma estable, siguiendo la antigua costumbre, juntar les Estados generales. Y porque no era posible ajustar, como era razon, todas las cosas de una vez en sola aquella junta, pidió treguas

para negociar y comunicar con seguridad ó poder sin perturbacion atender á la estabilidad de las cosas que convenia disponer en beneficio comun, habiendo solamente palabras de respeto y cumplimiento. Y porque no aprobaron el concluir negocio tan grande dos señores solamente, y el dar la negativa al Legado, respondieron eran las propuestas de cosas gravísimas, y necesitaban de maduro discurso y de ser comunicadas con los demas, á quien tanto como á ellos pertenecia, y ansí necesitaban de tiempo para responder. Mas significaron con tal modo su voluntad, que se mostró no la tenian de dejar al de Bearne, á exclusion de la principal propuesta, y con poca esperanza de la tregua, aunque dejaron la plática pendiente.

En tanto el de Bearne, que habia salido de Manta, juntadas sus huestes, esparcidas por los lugares circunstantes, fue á Corbeil, plaza fuerte sobre el Sena, siete leguas distante de París, á cuya vista pasó con su exército, y aunque el Duque de Nemurs invió algunas compañías, que pudieron entrar en Corbeil primero que el enemigo arribase, el Gobernador, con acuerdo de los naturales, no las recibió, resueltos de rendirse al de Bearne, como lo hicieron. No fue dañosa esta entrega solamente por la importancia de lugar tan fuerte, sino porque le siguieron Provins, Lañi, Montereau, Crecy y otras tierras sobre el Marna y Sena, porque no fueron como debian proveidos, y por la perfidia de los gobernadores y habitadores. Con esto apretó á París por aquella parte, de modo que las vituallas no podian pasar sin su permision, disponiéndose desta manera su cercano asedio.

En Roma la mejora de la fortuna del de Bearne la dió á sus cosas, de manera que habiendo sacado artificiosamente de la Córte al Duque de Lucemburgo, su embaxador, porque no admitia su peticion el Pontífice, fue con ocasion de ir á visitar la santa casa de Nuestra Señora de Loreto, traido de sus factores y acariciado y dado buenas esperanzas de conseguir lo que pretendia. Ayudó mucho..... (1) ..... con grande ánimo culpó al Legado en Francia de haber sido causa de los malos accidentes, por haber elixido para su residencia la ciudad de París, caheza de la Liga católica, habiendo, segun su instruccion, de estar en lugar neutral, donde cada uno pudiera tratar y negociar con él libremente y sin sospecha, conviniendo al ministro del padre comun no mostrarse parcial. Dolíase de haber arriesgado su dignidad y la reputacion de la Santa Sede, residiendo donde tan fácilmente podia ser aprisionado, y haber dado el dinero de la Iglesia á quien él quiso, contra el mandamiento preciso que tenía de emplearle en comun beneficio. Y al fin, rompiendo con razones contra el prelado, amenazó de que sería castigado severamente; y cuando llegó el Patriarca de Alexandría á Roma, para dar cuenta del estado de las cosas de Francia, habiendo en

(1) En claro.

Nivers recibido nueva de la pérdida de la batalla, fue del Pontífice mal visto y poco bien tratado, con que creció el orgullo de los que tenian la parte del de Bearne, irritando grandemente á los españoles, y por esto el Conde de Olivares, su embaxador, hizo público resentimiento y particular, y aunque no se delarase más abiertamente, maquinaba cosas peligrosas, esparciendo por la Córte que si el Pontífice no echaba de Roma al Duque de Lucemburgo y dejaba la plática con el de Bearne y sus favorescedores, le haria una protestacion. Algunos lo interpretaban á convocacion del Concilio, otros de no amonestarle sino á los ministros de la Santa Sede, como si pudiera haber tal separacion de obediencia ó comunicacion; y para dar mayor calor á lo que decia y temorizar á Sixto, hizo venir de Nápoles al regente Martos, y crear notario á Laun Diobliu, solicitador de las cosas beneficiales que ocurrian en Roma por servicio de su Rey, y acercar á los confines del Estado eclesiástico algunas compañías asoldadas en Nápoles para llenar los tercios viejos de Flándes. Mas descubrióse el negocio fastidioso, peligroso y difícil, porque el Pontífice, extraordinariamente exasperado, habia dado á entender haria en tal caso aquellas resoluciones que se requerian á su dignidad y al lugar que tenía de Dios en la tierra; y en el primer consistorio se quejó dél y propuso á los Cardenales si sería bien echarle de Roma ó meterle en el castillo de Sanct Angel, y tocando hablar al cardenal Mondovi, que habia sido médico y maestro en Francia del padre del de Bearne en su niñez, se levantó y dixo: «Beatísimo Padre: si el Rey de España envia órdenes á sus embajadores y las executan fielmente, no es infiel á su Santidad, y como embaxador no tiene culpa. Prendiéndole es prender á su Rey, á quien representa; Príncipe que con tantos gastos, con tantas armadas, persigue los enemigos del nombre de Cristo, defendiendo la Iglesia de Dios y procurando reducir á la obediencia de esta Santa Sede los que con perfidia salleron de ella, siendo de los príncipes temporales el escudo, presidio y espada, tan católico y tan grande; y ansí en la ocasion presente y en otra sazon cualquiera, si quisiera irse de Roma con resentimiento de esta Santa Sede, para que no se fuera y á los enemigos della se les abriera puerta y diera materia para discurrir en la que no se puede ni debe presumir de un Rey, que entre todos los de la cristiandad se ve que sólo da la obediencia á vuestra Santidad, y es amigo de amigos y enemigo de sus enemigos, cayera bien en su lugar cerrar las puertas de Roma, y cuando esto no bastára abrir las del castillo de Sant Angel y meterle dentro. Si desfavorece vuestra Santidad á su Rey y le trata no como hijo legítimo y verdadero, ¿qué le queda de bueno á esta Santa Sede?» Parecióle tan bien al Sacro Colegio, que, despues de haberle loado la prudencia y celo del Cardenal, unánimes concurrieron todos en su parecer. Con esto y haber apartado el Virey de Nápoles las banderas de los confines y saber que el Rey nombró por sucesor del Conde de Olivares al Duque de Sesa, porque

supo que los Cardenales de su parcialidad querian seguir su cabeza en toda fortuna, se aquietó y templó la ferocidad, y siguió el parecer del Consistorio.

Estas inquietudes de Roma alegraron en Francia los del séquito del Príncipe de Bearne, y publicaron oia y favorecia Sixto al Duque de Lucemburgo y el negocio de su señor y ser imputado el Legado de no haber guardado las órdenes que llevó; y no habiendo tenido aviso desto queria sufrir el trabajo del asedio de París juntamente con aquel pueblo católico que en su favor se confiaba. Mas viendo mal encaminadas las cosas y anteviendo los peligros y dificultades venideras, deseaba la tregua por la comodidad que podia recibir della la ciudad de París; y no habiendo tenido mala respuesta de Mr. de Biron, en el fin de Abril invió al obispo de Ceveda, que como veneciano podia ser grato á aquella parte, con comision de persuadir á los nobles católicos se juntasen con los de la Liga para dar asiento á las cosas públicas, y para esto se concediese una suspension de armas.

Volviendo de la negociacion sin efecto, en el camino de París encontró al de Bearne, y saludado le esforzó para recebirse de la Iglesia romana, y propuso los inconvenientes del no hacello; mas no le dió respuesta á propósito ni cerca de la tregua, quedando mal imputado de haber hecho lo que pudo excusar y no llevó en comision. Desesperado, alzaron la tregua los de París que esperaban poco animados, porque el asedio terrible los tenía cerrados los pasos de su provision y socorro.

Enrique, queriendo ocupar á Sans por trato con el señor de la Matacutelas, su gobernador, plantada la batería, conociendo era doble se levó, y pareció á los de París que, pues no tuvo fuerzas para tomar á Sans, ménos podria ocupar á París, tantas veces mayor; y presumian de sí y de sus armas y el defenderse valerosamente. Mas el de Bearne no tenía su esperanza de victoria en su poder, sino en la division y sublevacion del pueblo en hambreando; y para esto deshabitó los lugares cercanos, y sacó de los burgos los villanos, con que llenó de inútiles á París, que en gran parte conforme á su designio consumieron la vitualla de los ciudadanos y soldados, admitidos inconsideradamente por piedad é inadvertencia.

Atendóse el de Bearne sobre París con doce mil infantes y tres mil caballos, cerrando todas las entradas, gastando los defensores el tiempo en lixeras escaramuzas, porque no tenian caballería bastante para frontarse. Los que favorescian al asediador persuadian secretamente á los liguistas que se entregasen con buenas condiciones, pues no convenia morir de hambre, habiendo cada dia de empeorar para alcanzar peores condiciones; mas opusiéronseles los diez y seis, y con el castigo de algunos cesó la plática.

Era avisado de cuanto se hacía el de Bearne, y procuraba por medio de

tratos entrar de improviso en París; mas no todos los que lo deseaban podian ayudarle por el contraste y vigilancia de los contrarios; mas en el principio de Mayo trataron algunos de darle entrada por la puerta de San Martin, persuadidos á ocuparla fácilmente ayudados de los de fuera. Para esto vino en persona al efecto, y sin efecto, porque no pasó el trato en tanto secreto que no lo supiesen los que gobernaban, y el Duque de Mena y el caballero de Aumala previniesen la defensa tan bien que áun los del trato se entrometiesen á servir para encubrirle.

Hallándose el de Bearne cercano á los muros, aunque descubrió la descubierta del trato, los acometió, y fue rebatido gallardamente, y retiróse á su aloxamiento; y ocupada la junta del Marna y Sena reduxo su exército á puestos que tambien apretaban á San Dionis. Avisaron los asediados al de Mena de su poca vitualla, y cómo se distribuia con gran moderacion y afliccion, porque sólo de la parte de Pontoise podian venirles, y estaban en gran peligro de perderse ó por falta de mantenimientos ó por traicion de los políticos, y para su remedio se reforzase, que ellos con oraciones y frecuencia de Sacramentos invocaban el favór divino animados admirablemente de religiosos, y con las armas en defensa de los muros.

Con arte é industria notable el de Mena los mantenia en esperanza de breve socorro; y para tratar del remedio de tanto daño, se juntó en Condé con el Duque de Parma y le ofreció exército tan poderoso que venciese; mas gastaba tiempo la junta de la gente de tantas partes, y las provisiones del dinero y de las municiones; y no bastaba su deseo y diligencia á conducir con la brevedad que pedia la necesidad de París, perdido Potuncart, cerrado el paso del Orze y derribados los molinos de viento y agua; mas el pueblo resolvió morir ántes que rendirse, y prometieron de inviar á la Vírgen de Loreto trescientos marcos de plata, que valian casi dos mil y quinientos ducados, invocando su divino auxilio. Luégo sucedió que las mieses maduraron quince dias ántes de la sazon en aquella tierra, y se alentaron, y con gruesas escoltas y defensa de la artillería cogian los trigos con muerte de muchos, y esperaban el ser socorridos de los Duques de Parma y de Mena.

En tanto el señor de Burges, con tan inusitadas condiciones negoció en su favor que hasta la artillería sacó, entregó al de Bearne San Dionis, tan importante para el asedio de París, que luégo se apoderó del burgo de aquella parte. Faltando el dinero y vituallas, la gente pobre sustentada de malos mantenimientos enfermó, y morian sin remedio grande número en las calles y en los alojamientos miserablemente, alegres algunos por no padecer miserias insoportables, y otros huyendo á los enemigos eran de sus armas destrozados inhumanamente.

Cuando esperaban que pareciese el Duque de Parma, llegaron sus cartas á primero de Agosto, en que significaba se juntaria con el de Mena en

Meaux á los quince de Agosto, término tan largo á su parecer que no creian llegar á él con la vida. Mas el Duque usaba la mayor diligencia para entrar en Francia, bien que si ántes executára lo que entónces, pudiera estar ya París libre; porque retardó la expedicion, juzgando no ser conviniente enviar tan grueso exército en Francia guiado de capitanes tan grandes del Rey de España, porque entrarian los franceses en sospecha de que querian subyugarla, y fácilmente se unirian con el de Bearne y los Príncipes, que tenian esperanza de mandar en los exércitos y de alcanzar parte en el reino, y cuando viesen las armas y la autoridad en manos de otros, los apartarian de seguirlas sus propios intereses; demas de que, sacando de los Paises Bajos de presente tanta gente, se debilitaban las fuerzas del Rey en ellos, que su defensa quedaria como desamparada, y á lo más cierto no se podria hacer la guerra defensiva, con gran perjuicio del Rey, perdiendo tambien la más oportuna ocasion que de gran tiempo á esta parte se pudo ofrecer, por la nunca vista tal sequedad, que el gran Rhin era casi innavegable, sobrevino en aquellas tierras, que daba comodidad á la infantería de esguazar para meter el pié en las islas rebeldes, cosa más deseada que esperada en aquella guerra; y á este singular favor de la sazon se juntaba el poder reducir á efecto muchas pláticas y tratados que tenía dentro de las mejores plazas de las islas. Demas desto discurria que, si el de Bearne quisiese venir á batalla, era difícil no dejarla, y en ella con cualquier mal encuentro y suceso, siendo aquella veterana milicia el nervio de su fuerza, podia causar muchos é importantes peligros á las cosas de los Países Bajos; y así le parecia era mejor dar al Duque de Mena gruesa ayuda de soldados y dinero, sin desguarnecer tanto aquellas provincias, porque la guerra se hiciese entre ellos mismos, porque así crecerian las acciones y se disminuirian las sospechas, y los felices progresos de Flándes darian vigor á las cosas de Francia, á las cuales en tiempo más oportuno y con más seguros socorros se podia favorescer.

Escribió esto al Rey Católico, y le parescieron tan eficaces las razones y justas á sus intereses, que le hicieron mudar por entónces ó retardar su deliberacion; mas volviendo de los baños de Aspe á Brusélas, halló fuera de su esperanza un despacho llegado á doce de Julio con el presidente Ricardoto, en que resolutamente le ordenaba el Rey entrase en Francia luégo sin réplica, pues debia bajar á socorrer á París «y si Flándes se perdiere, mio es.» No cogió mal apercibido al Farnese, pues cual si esperára este aviso, se habia armado para hallarse listo al tiempo. Llególe juntamente el de la pérdida de Sant Denis y la protesta del vicesenescal de Montelimar, que por el de Mena le asistia, de que si dentro de un mes no socorria á París, necesariamente se rindiria; y confirmólo el marqués Alexandro Malaespina, capitan de lanzas, enviado ántes al de Mena con alguna gente, y le refirió entrase como señor de la campaña, porque el de Bearne te-

nía solamente doce mil infantes y tres mil caballos; y aunque la salud del Farnese era poca, por la hidropesía que le consumia, envió al de Montelimar al de Mena y al de Malaespina con resolucion de su partida para la execucion.

Envió á los confines la artillería con el Conde de Mantzfelt, su general, amparada del tercio de D. Antonio de Zúñiga, poco ántes maestre de campo del que se amotinó en Contray, y Camilo Capizuco con cinco compañías de caballos, y Apio Conto y Nicolo Cesis, y pidió al Duque de Lorena quinientas lanzas, y llevó de Nimeghen á Pedro Cretario, Octavio Manzfelt y el Valanzon con sus tercios; y para seguridad del país mandó le asistiesen los de quien enteramente no se fiaban, y era para alterar en su ausencia. Convocó á primero de Agosto el Consejo, y propuso el mandato del Rey de socorrer á París, ciudad ilustre, en cuya conservacion consistia la de la religion católica. Fue de parecer de socorrerla de otra manera, y protestaba cualquiera desastre que venir pudiese, aunque dejaba los Países en la mayor seguridad que podia y convenia, aunque no sin dificultad contra los asaltos del Conde Mauricio, enemigo que ya se hacía conocer, pronto, astuto y animoso. Refirió cuanto habia dispuesto y ordenado para la conducta del exército, y les pidió hiciese cada uno lo que tocaba á sus cargos y personas.

Avisó de su partida al de Mena y él á París, confortándola á esperar en breve su libertad y salud, aunque les pareció largo el término á los que combatian con la necesidad, y les admiró que, teniendo cuatro mil caballos y quince mil infantes, no viniese ántes en su ayuda, pues con tal exército les parecia no sólo podia librarlos, más romper en batalla al de Bearne, y les parecia indigno, duro é impío el no arriesgarle el Duque para librarlos. Pero el de Mena no queria aventurar el recibir segunda rota, considerando que si á la pasada se juntase otra nueva pérdida, las cosas de Francia serian del todo arruinadas, y las de Flándes en gran peligro, y si bien era casi de número superior al enemigo, no hacía mucha cuenta de la infantería francesa; y aunque tenía los cuatro mil y quinientos españoles, italianos y valones, y ochocientos caballos que le invió el de Parma con el Camilo Capizuco con órden de obedecelle, sino en dar batalla general, como no hubiese evidente apariencia de conseguir la victoria; y ansí en todas ocasiones no arriesgaba aquella gente, ni queria dejar así el juicio de la ventaja, por no obligarse á dar razon de sí en cualquiera siniestro suceso; y contínuamente persuadia al Duque no tentase de sí mesmo la batalla, pues arribado el exército de Flándes, podia pelear con más seguridad, y con tal freno del bien conocido, no tenía libertad de valerse de la gente que tenía.

Mas estas razones, que le justificaban en su conciencia y cerca de los que sabian el hecho, no quitaban la miseria ni la contraria opinion á los de

París, que despues de tantos términos y larguezas y tantas concebidas esperanzas sentian la de ser para quince de Agosto su libertad, desesperando de poder sostenerse más; y por lo pasado juzgando lo venidero, les parecia aún no sería este el último término. Y así dentro de dos dias en gran número desampararon la ciudad, llamada por su número el mundo pequeño, y los que en ella quedaron guardaban la vitualla de manera que no habia cosa á que el dinero fuese equivalente, sin mirar á precio, amigo ni pariente, sin valer la conmiseracion; y así las armas guiadas de la necesidad y desesperacion eran más agudas y más violentas, considerando cuanta autoridad y poder aumentaria al enemigo la ocupacion de tal ciudad y cuanta ruina causaria á la religion católica.

Esto representó la Duquesa de Mena al Duque, y el riesgo della y de sus hijos, prendas caras, llorando la ruina de tantos, y con todo afecto y piadosas querellas le rogaba partiese luégo á socorrer á todos. Entendidos del Duque tantos lamentos, se dolió de su infelicidad, del peligro de los amigos, de su sangre y de sí mismo, y esperaba ansiosamente la llegada del Duque de Parma, sin cuyo exército no podia moverse. Valiéronse los políticos de la oportunidad, y en medio de tantas angustias persuadian por la ciudad el hacer la paz con el enemigo, y que no convenia diferirlo, si tenian sano juicio y consejo, sanando el mayor mal con el menor. Tanto trabajaron que ganaron á muchos principales, que en el principio no admitian concierto, y algunos del Parlamento, y todos juntos indujeron algunas Princesas á consentir el trato de la paz entre el de Bearne y el de Mena, y los mismos políticos hicieron que muchos en diversos puestos pidiesen á gritos «¡pan ó paz!» para meter las cosas en tumulto y convertirlas en sedicion.

A esto se juntó el huir los soldados extranjeros y los que eran mal pagados y con hambre aflixidos é inhábiles para las armas, no valiendo el vigor del ánimo para la debilidad del cuerpo, y los de la ciudad no iban á la guardia de los muros sin pan, y calumniaban á los mayores por autores de tanto mal; mas no merecian tal imputacion, porque igualmente padecian y daban limosna en dinero, y se hallaban en todas las acciones en que los empleaban; mas la grave infelicidad humana tenía vendados los ojos del cuerpo y entendimiento del miserable cuerpo del pueblo. Rednjéronse los del Parlamento á tratar de partido, y lo propusieron al Legado, que dejó á su arbitrio la deliberacion y final consentimiento de los del Magistrado.

Enviaron á hablar al de Bearne al Cardenal de Gondi y al Arzobispo de Leon, y para ello pasó á San Antonio, lugar poco más de tiro de cañon de París. No quiso se capitulase la paz general de toda Francia, sino de París solamente, prometiendo buenas condiciones, y pedia rehenes para la seguridad de la observancia de lo que se tratase. Respondieron á los diputados no podian ni tenian órden para ello ni para tratar sin órden del Duque

de Mena de la paz universal, y volvieron á París con un escrito en que decia no quiso entrarla por fuerza por conservarla entera en su amor y piedad, y no diesen oidos á los ministros del Rey de España, de quien, si eran socorridos, podrian ser tiranizados, de quien no serian mejor tratados que los de los Países Bajos y de Italia. Los exhortaba á esperar mucho de su amor y clemencia paternal; prometia conservarles sus privilegios y la católica religion. En tanto que desto se trataba, y las armas estaban suspensas, fue notable el concurso de nobles del exército á los muros, llenos del pueblo y de las principales señoras y damas de la ciudad, entre quienes pasaron razonamientos más de fiestas que de guerras, y muchos saliendo de la puerta abrazaron los de fuera como carísimos amigos y con dulce entretenimiento pasaron el tiempo que duró la junta con el de Bearne, como si jamas pasára entre ellos enemistad ni hostilidad, y muchos no volvieron á la ciudad, sirviéndose de esta ocasion para librarse del asedio.

Los políticos trataron con los de fuera de su entrada por el rio en la isla, donde los amigos se mostraban armados, en tanto que juntos los principales en el palacio de la ciudad trataban de la respuesta del Rey, y para esto se arrimase á la puerta de San Antonio y el señor de Chiatillon á la de Nelli; mas entendido de los diez y seis, á quien nada se escondia, escribió al Duque de Nemours, y probó á reducirlos con promesa en escrito de su mano de la conservacion de la religion católica, y generalmente de cuanto contenia la ciudad. Esparcióla el señor de Andelot, que estaba en prision, conforme al uso, debajo de su palabra, en que les concedia enviar diputados á tratar del concierto con el Duque de Mena, con quien negociaba lo mismo el Conde de Brisac, prisionero del de Bearne, y él apretaba con el acuerdo, temiendo la entrada del Duque de Parma en Francia.

Causó el detenimiento della la malicia del conde Cárlos de Manzfelt con diversos fines desconvinientes al presente servicio, por no haber hecho provisiones para su artillería, conforme al órden y deber suyo, por su oficio de general, porque sucediese al Duque algun siniestro accidente, y porque no le queria seguir por no estar á la obediencia de las órdenes de Mos de la Mota, que se entendia sería maestre de campo general, y esperando de mejorarse en su ausencia siendo su padre Gobernador de los Países, porque el Duque no le quiso dar el cargo de su padre de Maestre de Campo general, diciendo el Farnese queria él serlo; y poco despues que partió, envió al Duque la renunciacion de su generalato y dióle al de la Mota, y le dejó dineros y la mitad del exército para la conducta de la artillería, y envió á Laon y á San Quintin con el Marqués de Rentin mucha caballería é infantería, que le habia llegado, y él fué á Guisa y de allí á Laon y á Soisons, donde fue recibido con alegría del pueblo y solemnidad grande del clero. En Meaux juró en la catedral, habiéndose juntado ya con el de Mena, venía solamente á librar aquel reino y á los amigos de su Rey de los

heréticos; y aunque estaba diez leguas de París, no sabiendo su venida, trataban de inviar al Cardenal de Gondi y al Arzobispo de Leon al Duque de Mena para tratar del acuerdo, haciendo poco caso ya del socorro, como de cosa desesperada, y el Legado les propuso se pusiese la ciudad en poder de los Príncipes de la Sangre y de la nobleza católica que seguia al Rey, para que la tuviese en depósito, en tanto que de los Estados generales fuese declarado un rey y aprobado de la Sede Apostólica, y debia ser tal resolucion del de Mena abrazada, para que se entendiese entraban los extranjeros por este respecto y para conservar la religion católica. Con esto, aunque no tuviese efecto, podia salir division entre los Príncipes y el de Bearne, y no separándose quedaban tanto más justificadas las armas de la Union.

En tanto recibieron aviso secreto por el Duque de Mena, enviado desde ocho de Agosto, que el de Parma estaba en Francia. Con todo eso los diputados caminaron y el de Bearne procuró con ellos el efecto de la paz para hacer vana la venida de los de Flándes y entretener con la promesa una tregua, en tanto que de Normandía llegaba el Vizconde de Turena con la gente que desta provincia y del Limosin traia, y prometió vituallar á París para sacar dinero en gran suma con los excesivos precios del trigo que habia recoxido para bastecer la ciudad, entrada por armas ó rendimiento, y satisfacer sus soldados acreedores de muchas pagas, y por esto trataban el partirse, faltándoles la esperanza del saco y del dinero jamas llegado á sus manos. El de Mena aceptára la tregua por poco tiempo para dar mayor comodidad al de Parma de acercarse y á París de respirar un poco; mas considerando cuanto importase que por él ó por el de Bearne se vituallase la ciudad, respondió á los diputados que, no pudiendo él de sí mismo tratar de la paz para encaminarla, concordaria en la suspension de armas concediéndole el meter las vituallas para regular los precios de manera que la pobreza pudiese tener parte; mas persistiendo el de Bearne en su propuesta, dejó volver al Arzobispo de Leon al de Mena y al Cardenal de Gondi á París, para que el uno comenzase algun aparente concierto, y el otro dispusiese la ciudad para diputar los que habian de tratar del recibo de las vituallas, conociendo que el pueblo moriLundo por la hambre fácilmente vendria en aceptar cualquier concierto.

El Duque de Nemurs, que el fin del enemigo muy bien conocia, llevó la plática á lo largo, y no dejó al Cardenal proponerla, esperando cada hora el mostrarse el de Parma, aunque llegó el dia veintidos de Agosto sin tener nueva que llegó á Moncey, en el cual se esforzó el Cardenal grandemente en engrandecer las fuerzas del de Bearne al presidente Vetus y al de Parma en el Consejo, porque el Farnese viniese en el acuerdo de la paz, diciendo era saludable para todos; mas respondió no habia entrado en Francia con otro órden de su Rey sino de socorrer á París y de ayudar la reli-

gion católica y los buenos católicos franceses, y no podia él tratar con los herejes de acuerdo y esperar que un eclesiástico Cardenal tal propusiese ni adelantase. Pidieron acelerase el socorrer la ciudad, porque cada momento importaba la vida de centenares de hombres, que perecian con la hambre. Respondió estaba descargado del daño que su tardanza causó, y su Rey, que envió órdenes diligentísimas y las habian executado con cuidado, y en llegando Mos de la Mota con el resto del exército marcharia largamente. Le dolia en extremo la calamidad de París, y en llegando su gente sería brevemente socorrido.

Los diputados refirieron la respuesta al de Bearne y les dixo: «En fin, vosotros quereis más ser españoles que buenos franceses y tener un buen rey frances.» Respondió el Vetus era causa de todo él por no convertirse á la religion católica; y él muy alterado en esto respondió no admitia su consejo sino el de la Sacra Escriptura; y ansí rotos los tratos de concierto por todas partes, el Cardenal, no queriendo más participar de la miseria de París, se retiró á su casa de Noissy, y el Presidente se entretuvo en el camino hasta los veintinueve de Agosto, para dar tiempo á los negocios, y porque se divulgó habia llegado tanta gente al enemigo que tenía veinte mil infantes y seis mil caballos, con que deliberó encontrar el exército de los católicos, que el de la Mota conducia, para romperlo ántes que se juntase con los Duques y dejar tambien á París asediado. El Vetus refirió en su contra las fuerzas y ánimo del de Bearne, no ser áun bastantes á defenderse y estar cercano el socorro pujante, con que alivió en gran parte la afliccion del pueblo. A veintisiete se juntó el Mota con el Farnese sin impedimento del enemigo, y entendido por él escribió (1) al Duque de Nemurs.

«Primo. El valor de vuestra persona y el mucho lustre que habeis dado á vuestro linaxe en la defensa de París, es en el grado que la obstinacion vuestra, si fundado en un vano socorro que aguardais, me dieseis ocasion á que yo procurase entrar la ciudad por fuerza, pues en tal caso no estaria en mi mano el librarla del saco, porque la ayuda que os puede venir no ha de ser sino por medio de una batalla, y ántes que el Duque de Mena, vuestro hermano, me la dé, ni áun me la presente, se acordará de la pasada. Y aunque yo por mis pecados la perdiese, más perderíades vos en sujetaros al insoportable yugo de los españoles, por no querer reconocer vuestro Rey y señor natural; por lo cual os ruego que os acordeis de lo pasado y mireis adelante, reconociéndome por vuestro Rey y buen amigo como es razon» (2).

---

(1) El de Bearne.

(2) Copió esta carta sin duda Cabrera de los *Sucesos de Francia*, de Herrera, trascribiéndola casi palabra por palabra. Insértala tambien con muchas variantes y mejor traducida del original frances

Lo mismo escribió á la Duquesa de Nemurs, para que dispusiese el ánimo del hijo, á quien hizo tambien escribiese el señor de Bellagarda, su grande amigo. A esto sólo respondió el Duque diciendo queria, como cumplia á buen caballero, restituir la ciudad al Duque de Mena, su hermano, que se la habia encomendado, y le desplacia que su religion no consintiese que prestase al de Bearne obediencia ni humilde servicio, á quien rendia gracias por el honor que por ella habia recibido, y determinó conservar á París contra quien por fuerza pretendiese quitársela.

Determinó el de Bearne alzar el asedio, y en la noche de la festividad de San Félix, último de Agosto, hizo desamparar los burgos con alguna confusion, por no hallarse presente por haber ido con mil quinientos caballos á reconocer el exército católico, y aloxado en Frene le vió venir al mismo alojamiento; y habiéndole bien considerado, partió á disponer el suyo.

Contenia el de la Liga veinticinco mil infantes y cinco mil caballos. Como los de París conocieron el desamparo de los burgos, diez mil entraron en su aloxamiento y se cargaron de las viandas que dexaron con la prisa los enemigos, con que restauraron el pueblo, y más la copia grande que vino de bastimentos, abierto ya el paso, recogida de los comarcanos, esperando á este punto y venderlos á excesivos precios. Mas poco á poco la abundancia los bajó á lo ordinario, bien que la grandeza del pueblo y las correrías de los enemigos causaban el faltar muchas veces. El de Bearne ocupó un sitio á propósito para impedir el paso del rio Marna á los de la Liga, porque no podia ser libre París sin pasarle, y para esto ganar uno de los puentes de Lany ó Chiaranton, ambos del enemigo, bien presidiados en la marina con catorce compañías, y el otro guardaba el de Bearne. Haciendo frente el enemigo al de Parma con quinientas lanzas y doscientos arcabuceros escogidos, vino y reconoció el impedimento del pasar el rio. Está Lany sobre el castillo en la siniestra ribera, y el burgo en la diestra, que se comunica por un puente; corre entre dos cullados largamente, apartándose del de la siniestra y del de la diestra en algunas partes, y sólo viene á dejar paso mucho mayor en algunas. En éste estaba el de Bearne aloxado, ocupando al pié del collado la mayor parte de su exército en un recodo, de manera que no era posible, sin gran desventaja, bajar por él los de la Liga.

Caminó á ponerse el de Parma sobre el mismo collado para reconocerle en qué manera podia ganar uno de los pasos, y sobre el lomo dél envió

---

el licenciado Pedro Cornejo en su *Discurso y breve relacion de las cosas acontecidas en el cerco de la famosa villa de París, y su defensa por el Duque de Nemours, contra Enrique de Borbon*..... En Madrid, por Pedro Madrigal, 1592.

algunas compañías á trabar alguna escaramuza, y fue muy lixera, porque sólo queria reconocer los sitios el Duque, y el de Bearne, que no sabía con qué número vernia, pretendiendo que bajase más, no reforzaba el atacamiento. Volvió el Farnés á su aloxamiento, resuelto en lo que habia de hacer, dando indicio de presentar la batalla en el dia siguiente, y corrió la voz hasta el enemigo, porque era avisado de los de la parte contraria por instantes de lo que más secreto en los consejos se resolvia; ventaja grande, y en las guerras entre una nacion insuperable.

En el último de Agosto, el de Parma puso en ordenanza su exército en el llano, entre Frene y el otro lado del collado, para subir sobre el recodo por derecho, y dió el gobierno de la caballería al Marqués de Rentin, por ausencia del Duque de Pastrana, que habia venido á España, y el de los hombres de armas al Príncipe de Chimay, y ordenó al de Renti que conduxese la vanguardia. Dexó la batalla al Duque de Mena y la retaguardia al de Mota, quedando él libre para discurrir por todas partes. Apartó de los otros á Mos. de Chiatra y al de San Polo, para que hiciesen alto con dos buenos escuadrones de franceses al pié de la punta de la colina, para dar al enemigo por el costado sin moverse hasta ver muy caliente la pelea. Ninguno dudaba en que la habria, y ansí el de Bearne estaba aparejado para recibir al enemigo con esperanza de victoria, maravillándose que tan gran capitan como el Farnese quisiese pelear en lugar tan contra su ventaja. Confirmó la batalla ver al de Renti ya en medio del collado encaminándose en su contra, y que le mostraba toda la vanguardia. Ya estaba al pié del collado el de Mena, cuando el de Parma le hizo improvisamente volver sobre la siniestra contra Lani, donde mudada la ordenanza, la batalla quedó vanguardia y la retroguardia batalla, y para retener al enemigo hacía subir de sobre el collado algunas compañías de caballos y tenderse por toda la cimera, como si todo el exército marchára la vuelta dellos. Pasando la vanguardia un poco adelante, mandó al de Rentin caminar á la siniestra, cubierto con algunos bosques y huertas que habia sobre la misma colina, cerrando el exército. Ejecutaron con tanta presteza que llegaron de repente al burgo de Lani, y lo ganaron sin contraste, y la tierra ganáran si los defensores no pusieran más cuidado en poner fuego al puente que en defenderse; y no pudiendo pasarle quedó en el burgo alojada la caballería francesa.

El Farnese fué á Pompona con el resto, casa grande en la campaña, puesto poco ménos que á cuarto de legua ó media milla abajo, entre el rio y el bosque, que estaba en la diestra cercano al collado. Aquí puso los regimientos de italianos y un tercio de españoles y dos regimientos de valones, y los hombres darmas sobre el collado contra el burgo de Lani, para asegurar las espaldas. Apartado del rio aloxó la caballería lixera, y cerca della la infantería francesa para que no pudiese dejar el campo ni avisar al

enemigo, y ordenó que todos los soldados levantasen trincheas altas, porque al rumor de la batalla concurrió mucha nobleza al exército del de Bearne, hallándose con la fortaleza del sitio.

En el primero dia de Septiembre hizo subir sobre la colina su gente, milla y media apartada por la de la Liga, y la espació por la cuesta y llano, ocupando todo el sitio que comprendia la colina de aquella parte y toda la distancia entre ella y el rio. En tanto el de Parma, porque áun no eran en defensa las trincheas, hizo estar en arma sus huestes, y invió al conde Octavio Manzfelt á apoderarse de dos casas, cercana la una al rio y la otra más á la diestra, cerca del collado, entre el uno y otro exército ambas. No fue la diligencia de poca importancia, porque conocidas por de gran ventaja para quien las ocupase, tambien el de Bearne invió quinientos de los que llamaba dragones, arcabuceros á caballo ó mosqueteros, que hallándolas bien guarnecidas se retiraron; mas porque le ocupaban mucha gente, hizo desamparar la del collado y derribar la cercana á las trincheas, porque si la ocupaba el enemigo le podria batir desde ella. Era necesario, para librar á París el pasar el Marna, mas no teniendo barcas le convenia alargar la empresa ó tentarla con poca seguridad. El acaso suplió la falta de las barcas, causada del poco cuidado del conde Cárlos de Manzfelt, porque algunas que venian cargadas de ferro para el enemigo, fueron presas de Mario Farnese cerca de Lani, en sitio cubierto de la ofensa dél. Sobre ellas se fabricó un puente, y pasaban ouatro cañones para batir á Lani; mas luégo fueron retiradas del Farnese en tierra, porque se movió de su aloxamiento para asaltar la retaguardia católica si pasaba el rio. Invió á Jorge Basta, comisario de la artillería, con mil lanzas y doscientos arcabuceros á caballo para trabar gruesa escaramuza, que no fue recia, y volvieron todos á su alojamiento.

No podia el de Bearne persuadirse que el Farnese quisiese batir la muralla y tomarla por asalto, estándole tan cercano y dispuesto cómodamente para socorrelle; y conservaba el sitio por donde el enemigo, no teniendo á Lani, necesariamente se habia de abrir el camino si queria socorrer á París. Mas aunque esto era verdadero, no estaba cerrado el paso con trincheas y bastiones con que el Duque aseguró su puesto, y no fue sin maravilla é imputacion del de Bearne, mas fue por defecto de gastadores y obediencia de los soldados á su capitan; y ansí, acercándose muchos nobles franceses á ver cómo los de Flándes levantaban sus trincheas, admiraron y loaron trabajar con la pala y azadon los más nobles, y dixeron fueran señores de ouanto emprendieran, si los franceses los imitáran.

El Farnese, conocida la flaqueza de Lani, juzgó podria tomarla por asalto primero que la pudiese el de Bearne socorrer, porque él habia menester mucho tiempo para pasar el rio con mucha gente, y porque yendo al socorro no podia á un tiempo tener el campo fortificado, y ansí podria

caminar á París; y ansí por esto hizo pasar por el puente mil quinientos italianos infantes, gobernados de Camilo Capezuco, con ocho cañones, y al Marqués Renti mil caballos, y á Jorge Basta para quitar el socorro de la otra parte y batir fuertemente la de la ribera, porque era más fuerte, y porque podria ser más difícilmente ayudada de los enemigos. Invió el de Bearne algunas compañías de una y otra parte del collado y de la otra del rio, y descubiertos de las lanzas de la Liga se retiraron, y de los que iban por la ribera entraron doscientos en Lani.

Mas el de Parma, habiendo batido seis horas los muros, aunque no estaba la batería sino difícil, dió el asalto, y los españoles, con el valor supliendo su defecto, con tanto ímpetu acometieron los defensores que entraron la tierra y degollaron seiscientos, con pérdida de ménos de ciento entre heridos y muertos. En tanto el de Bearne habia pasado el rio con mil quinientos caballos en tres escuadrones, y estaba á tiro de mosquete de la tierra cuando fue entrada, mirando cómo se arrojaban de la muralla sus soldados, y con otros escuadrones más de Biron se encaminó contra los aloxamientos del Farnese, y hallándolos bien fortificados y batiéndole reciamente, se retiró sin tentar otra cosa, y el Príncipe se retiró á su aloxamiento, mal satisfecho de cuanto en su presencia se habia hecho, y sin esperanza de impedir que París no fuese socorrido.

Fue considerado de los capitanes que jamas se ofreció mejor ocasion que aquélla para dar una batalla memorable y para los combatientes peligrosa, y decian que si el de Bearne hubiera fortificado su campo, como hizo el de Parma, podia salir á socorrer á Lani con toda la gente que quisiera, sin dejar en peligro el Real y el paso libre del contrario, y éste fuera necesitado á pasar el rio con gran número de gente en defensa de los que batian; para impedir el socorro habian de venir á batalla y ser verosímil que la demas gente que guardaba los Reales vendrian tambien á las manos, y principalmente porque de ambas partes estaban dos capitanes bien suficientes para gobernar exércitos, como eran los Duques de Parma y Mena, y el duque de Borbon Enrique y el Marechal de Biron; y podia fácilmente suceder que una misma parte fuese vencedora en ambos combates, y que una venciese en un lugar y perdiese en el otro; porque los sitios, la cantidad de la gente y otros accidentes no se podian fácilmente ajustar en un mismo lugar y en brevedad de tiempo tal, y los efectos que cada uno destos podria causar juzgaban ser grandísimos.

Fue de gran socorro el saco de Lani á los ganadores, porque se proveyeron de muchas cosas de que ya comenzáran á padecer falta. El Duque de Parma habia puesto en este presidio italianos, y pensaba caminar á París, cuando supo que el enemigo habia dejado su alojamiento y marchaba derecho á San Dionis, para alcanzar victoria gloriosa contra París por sus pocas fuerzas y haber ido la mayor á traer bastimento de Chiatres, y creyó

no hallaria resistencia en su entrada por asalto y por la negligencia que habia en las guardas, despues que el exército amigo le estaba cercano. Vino secretamente, y pasado el puente de Coinflan lo rompió para asegurarse de los enemigos; y correspondió todo de modo á su deseo, que á la ciudad amenazaba gran peligro, y á él prometia feliz suceso; mas no pudo hacer que el Duque de Nemurs no penetrase el disinio, y proveyese en la guardia y defensa de los muros y gente y puertas con la más gente que pudo; de manera que, quitado el peligro del caso repentino, podian defenderse. Caminó Enrique poco ántes de la media noche con los escogidos para la empresa; mas como sintieron acercarse á París, tocaron las armas, y habiéndose descubierto se encaminó á Corbeil.

Los de París, que difícilmente creian tentase Enrique el acometerlos, viéndole pasar de largo, desampararon las postas, y como acaece que ambas partes se engañan sobre probables argumentos, pensó Enrique habrian dejado las murallas, y convidado de niebla densísima volvió atras; y no siendo descubierto, hizo en todas partes estampido de armas, y acudieron los de París lentamente por haberles interrumpido el sueño, tocando á rebato muchas veces en aquella noche con las compañías sin necesidad. Pusieron los acometedores las escalas en el foso y la torre del Papa, que se abre para las entradas de Emperadores y Reyes, entre las puertas de San Jácome y San Marcelo, tenida por más segura por la alteza del muro de la banda de fuera y no poder sin ella subir los de dentro, y ansí pocos acudian á defenderla, y todo pasaba con silencio grande. Los políticos con gritos mostraban estar dentro, y confusamente se recogía la gente á los cuerpos de guardia, y la torre del Papa tenian en custodia los Padres Jesuitas, ayudados de los ciudadanos de aquelles barrios. Mas porque se oian ruidos y voces en otras muchas partes, el Provincial, con muchos Padres, fué á ver la causa, desamparando la posta, y estando en el último peligro de ser entrada, un Padre, con grandes voces, tocó al arma, y favorecido de muchos, la primera escala llena de soldados trabucaron en el foso, y echaron fuego en él para ver lo que encubria la tiniebla y niebla, y lo mismo hicieron en otras escalas; mas los enemigos las empinaron, y con gran vocería procurando subir sobre el muro, uno solo pudo solamente, y fue derribado con una pica de Nicolás Niveli, á cuyo cargo estaba aquella posta, y llevó tras él los que en la escala procuraban amparallo.

Luégo Enrique tocó á retirar, y dejando libre á París pasó á Mantó, proveyó de vituallas y municiones y reforzó los presidios de los lugares que mantenia. Invió al Príncipe de Conti al amparo de la Turena, y á Main al Duque de Longaville y para Picardía, y al de Nevers á Champaña, y al Marechal de Aumont á Borgoña, y él se retiró á Normandía y llevó consigo al Duque de Montpensier, gobernador de aquella provincia.

Luégo el exército de la Liga quedó señor de toda la campaña y se le rindió el puente de Chiaranton y el de San Martin, y de esta manera quedó abierto el paso desde Lani á París, y esta ciudad quedó libre del asedio de los cuatro meses contínuos, memorable por muchos respetos, porque una ciudad tan grande llena de pueblo innumerable, usado poco en la guerra y mucho en el regalo y afluencia y en ganancias grandes de la mercaduría, y poco enseñada á padecer la falta que tuvo de todas las cosas en extremo, parecia maravilla que se hubiese resuelto con increible é inaudita constancia á no querer concordarse con el que la tenía sitiada, que sólo por no ser de la religion católica le tenía por incapaz de su señorío, que en lo demas le juzgaba natural señor, y porque los que le tenian devocion, titubearon muchas veces por la extrema necesidad, y más los de ropa larga, que aborrecian la guerra y las armas. Mucho trabajaron y merecian el Cardenal Legado y el Embajador del Rey de España por su providencia y consejo, y las limosnas que en gran suma repartieron en el asedio y en su liberacion y la piedad de que usaron, sin faltar á oficio de cristianos; esto y la vigilancia, trabajo y valor del Duque de Nemurs y del caballero de Aumala vencieron los enemigos internos y externos y libraron á París de poder y armas heréticas y políticas.

CAPÍTULO XIII.

Muerte de Sixto V.—Mercedes que hizo el Rey al Conde de Olivares.—Le sucede en la embajada de Roma el Duque de Sesa.—Eleccion de Urbano VII.—Fallece á los pocos dias.—Eleccion de Gregorio XIV.—Socorro que juntaba el Rey para ayudar al Duque de Joyosa.—Envia el Rey á Juan del Aguila á Bretaña con gente para socorrer al Duque de Mercurio.—Refuerzos para asegurar las flotas de Portugal.—Muertes de personajes ocurridas en este año y mercedes y nombramientos hechos por el Rey.—Ruidoso casamiento del Duque de Alba, nieto del Gran Duque.—Altercado ocurrido en Palacio entre el Conde de Benavente y un portero de sala.—Resultado de la visita de la Hacienda.—Hecho memorable de Muley Faxad.

Muy contentos estaban los de la Liga de Francia y el Rey Católico con la libertad de París, y no ménos con la muerte del Pontífice Sixto V, á veinticuatro de Agosto, á los setenta años de su vida, enemigo declarado de todos, y que habia puesto la enemistad del Rey tan adelante con palabras y obras, que D. Felipe tuvo necesidad de valerse de toda su pruden-

cia y respeto á la Sacra Silla para no hacer en su contra gran demostracion, para que cesase su indignacion contra el Conde de Olivares, que mostrando su gran valor y celo del servicio de su Príncipe para evitar lo que tanto podia dañar, le apretaba y solicitaba con razones, para que no admitiese el embaxador del Príncipe de Bearne ántes de su conversion y examinase su verdad curiosamente, pues tan poco se debia fiar de calvinistas.

Hízole merced del vireinato de Sicilia y de veinte mil ducados de ayuda de costa y de una buena encomienda, con promesa de mayores satisfacciones. Quedó en Roma por sucesor del Conde el Duque de Sesa, cuya prudencia y blando trato tenía más sosegado el ánimo del Pontífice Sixto. Lo cierto es que su ambicion, frustrada por no le haber querido dar al Príncipe de Parma para su sobrina, le tenía irritado, pareciendo desprecio la negativa desnuda, hecha considerando su deseo de aumentar su familia, la codicia de juntar dinero, haciendo ventas de oficios, que dieron graciosamente sus predecesores, y del escaso gasto de su casa y mesa, con intento de ser temido y áun de emplearlo en oportunidad que aumentase su nombre y sobrinos.

El pueblo romano estaba tan deseoso de verse libre de su cruel y carnicero gobierno, aunque necesario por la corrupcion de los tiempos, que acudió á derribar la estatua que le habia puesto en el Capitolio y fue detenido de las mayores familias, y estableció por ley el Senado fixada en el Capitolio que no se pusiese lisonjera estatua á Pontífice sino despues de su muerte, la que por sus virtudes y saludable gobierno mereciese. Dió en ocho elecciones treinta y tres capelos; en todas provincias hizo grandes obras públicas; limpió el Estado de foraxidos y mejoró el gobierno civil y eclesiástico; repartió mucho dinero entre los vasallos, y cierto que si al fin de su pontificado no se mostrára tan opuesto á las cosas del Rey Católico, tenido en Roma y en todo el Universo por el protector de la religion católica, no muriera tan en ódio y contento general, y le pusieran feos pasquines infamando su memoria con términos de epitafios.

Catorce dias se gastaron en Roma en celebrar sus honras, y dispuesto por los Cardenales cuanto era conveniente, entraron en cónclave en San Pedro del Vaticano á siete de Setiembre. Mucho se esforzó la voz por Marco Antonio Colona por sus grandes méritos y luégo la del Cardenal de San Marcelo, agradable generalmente y muy á satisfaccion de los Príncipes; y sábado, á quince de Setiembre, fue éste asumpto al Pontificado y llamado Urbano VII por su mandado, diciendo: *In nostro pontificatu Urbani agendum est*, porque era hijo de la alma ciudad cabeza del mundo.

Habia gran falta de trigo en la ciudad, y pidiéndole quinientos mil ducados para comprallo, dixo: «Sacad un millon; *non venimus thesaurizare, venimus pascere.*» Alegró la nueva de su eleccion al Rey Católico, porque

fue Nuncio en España, muy á su satisfaccion, y baptizó en el bosque de Segovia á la Infanta doña Isabel, y así hizo su Alteza gran demostracion de alegría. Mas como el dia del gozo esté por la miseria humana tan confin con el del llanto, murió á veinte y cinco de Setiembre, al treceno dia de su pontificado, y al año setenta de su edad, con gran tristeza de toda la cristiandad, y fue sepultado en San Pedro. Nació en Roma el año de mil quinientos y veinte; fue su padre de Génova, de la casa Castana, noble, y su madre romana, de la familia de los Rizios, sobrina del cardenal Jacobucio.

A los ocho de Octubre entraron en cónclave cincuenta y tres cardenales, y á los once llegó Austria y despues el cardenal Gaetano, legado en Francia, y no se vieron jamas en él tantos sugetos dignos de la tiara, ó á lo ménos pretendientes della; porque eran veinte y dos, y los más notables, Marco Antonio Colona, Madrucci, Como, Saint Severino, Paleotto, Santiquatro, Cremona, todos nombrados del Rey de España para ser electos, y Verona Mondovi, Salviati y Montalto. Entró con gran opinion Saint Severino, porque siendo favorecido sumamente de los embaxadores católicos y del Duque de Florencia, porque era el más pronto á salir, parecia que no tenía oposicion de importancia. Montalto negociaba por Aldrobandini; mas excluíanle los españoles, y el Colona entró en esperanza de ser electo, aunque tuvo repulsa el cónclave pasado; y Madrucci negociaba declaradamente por él, con pérdida de reputacion, por haberle dado repulsa poco ántes, y porque les parecia que, aspirando al pontificado, quisiese ganar así el voto del Colona, y esto dañó á la parcialidad de España, porque la dejaron Esforza y Altemps con los de su séquito, que unidos por esto con Montalto, que los ayudaba secretamente, hicieron contraste á los españoles. Por la inclinacion de la mayor parte al Colona se creia que en la mañana siguiente se haria sin duda la adoracion, si se habian rendido; pero los débiles vacilaban; los constantes desconfiaban del suceso; los más encendidos y poderosos desanimaban, y el interes y el poder de los adversarios, la importunidad de parciales, el rumor, la trepidacion del cónclave, acompañada de las tinieblas de la noche, llenábanlo todo de sospecha y confusion. Esforza habia perdido la esperanza, y ya daba orexas al Spínola, que trataba de acuerdo, y pesábale de los amigos que le siguieron en la exclusion. Esforzaron la voz del Colona los españoles en vano por la oposicion de Montalto y Aldrobandini, y lo mismo por Paleoto y Cremona, excluso ántes por el Gran Duque, Mantua y Cardenal Gonzaga en su cámara por el parecer de Borromeo. Sólo su secretario, ayudado de sus amigos, negociaba con los adherentes á Montalto, representándoles el parentesco y amistad. El Montalto visitó á Cremona, que febrizaba, y satisfecho de su proceder esforzó la plática con secreto, y á los cuatro de Diciembre, comunicada su intencion á los amigos, se declaró con Madrucci

y comenzó á hacer la plática. Borromeo fué á la cámara de Cremona, y habiéndole abrazado, salió á negociar con los Cardenales, de cuya voluntad más se dudaba, y diciendo á todos era pontífice Cremona, parte sacó de sus aposentos y otros encaminó á besarle la mano, y lo mismo hacian Montalto y Esforza; así que en brevísimo tiempo todo el cónclave se resolvió á favorecer á Cremona y llevarlo á la capilla, donde fue electo con el nombre de Gregorio XIV.

Era natural de Milan, llamado Nicolás Esfondrati, familia noble y rica, de gran valor, muchas letras y conocimiento de las materias de Estado. Su Majestad habia nombrado por embaxador al Duque de Feria, D. Lorenzo de Figueroa, para ir á dar el parabien y obediencia al Pontífice Urbano VII, y por ser muerto le mandó ir á hacer el mismo oficio con Gregorio XIV. Era el Duque de gallarda persona y hermosa apariencia, bizarro entendimiento, cultivado con leccion y erudicion, y tan buen político que diera á su Príncipe honores en negocios grandes cerca de los Príncipes de más y ménos religion.

Tres dias despues de su coronacion nombró para tratar los negocios de Francia á los Cardenales Santiquatro, San Severino, Anceloto y Gaetano, que fue Legado, y para nuncio della á monseñor Landriano, y le despachó con nuevos monitorios contra los fautores de los herejes, declarando por buena y santa la Union, sin contradiccion; porque en muriendo Sixto, volvió á Francia el Duque de Lucemburgo, embaxador del de Bearne.

El Rey Católico desde su Córte contínuamente atendia á su reparo y libertad, y tenía en Colibre cinco mil tudescos conducidos de su coronel el Conde de Lodron, á sueldo de su Majestad, para enviarlos al Duque Scipio Joyosa, gobernador de la Liga en Languedoc, y se oponia al Duque de Memoransi, que seguia los sectarios, asistido del Gran Duque de Toscana, y poseia á Besiers, frontera de Narbona, de donde sacaba grandes comodidades y se hallaba arrimeonado; porque la ciudad de Tolosa habia pedido á D. Felipe la ayudase de su parte, que mantenia la religion católica, y á Narbona, frontera de España.

Tomó la muestra el contador Jerónimo Torrellas, que ha sido veedor en Cataluña, y fueron pagados á trece de Agosto; salieron del fuerte de Cursac, una legua de Narbona, trescientos caballos con otros tantos arcabuceros á las ancas, y pasado el rio de noche pusieron fuego al cuartel de los alemanes enfermos, y mataron trescientos de todos sexos. Estaban presos en las casas obispales Julio Bandini, romano, general de los italianos, que servian al de Memoransi por el Duque de Florencia, y el maestre de campo Averoni Ubertini, florentin, y seis capitanes, con algunos soldados de su nacion. El pueblo, indignado por la muerte de los tudescos, porque avisaron á los de Cursac y fueron causa del daño recibido, los destrozó y echó por las ventanas. Opúsose el de Joyosa contra el Duque de Epernon

y el Marechal de Martiñon, y procuraba evitar las corredurías de los de Montalban y Villamor, plazas fuertes que se tenian por el de Bearne con gruesos presidios que molestaban por la campaña y ribera del Garona mucho á Tolosa. Por esto el Rey Católico le envió seiscientos caballos ligeros y arcabuceros á caballo, de los que en este año por su mandado aprestaron los señores elesiásticos y seglares, á cargo de Juan de Anaya de Solís, caballero natural de Salamanca, y de su veedor y comisario general D. Gaspar de Guevara; y para que no entrase descubierta esta caballería mandó el Rey á D. Hortensio de Armengol, castellano de Salsas, que levantase mil infantes en el principado de Cataluña, y que fuese maestre de campo de ellos; y la caballería y infantería junta con la alemana guardase el órden que les diese el conde Jerónimo de Lodron, y él obedeciese al Duque de Joyosa, empleándose de manera que la caballería no se alargase mucho de los confines de Cataluña, ó porque las cosas de Aragon lo pedian ó por no arriesgalla, entrando mucho en Francia.

Envió socorro para conservar á Bretaña al Duque de Mercurio con el maestre de campo D. Juan del Aguila; y aunque la armada inglesa estaba en Bellaisla y dos veces volvió de la navegacion á la costa, al fin arribó á Bellaisla á primero de Agosto con cuatro galeazas y diez y seis filipotes que le recibió con la artillería. Y porque si el socorro no se metia presto, se perderia el Duque de Mercurio y la ocasion de tomar puesto en Bretaña muy importante para el Rey, no pudiendo saltar en Blavet por viento contrario, que forzaba á desencorar los navíos, pasaron á San Nazar, y por ser los canales estrechos y los marineros poco prácticos de aquella costa, con dificultad se entró y desembarcó la gente; porque los franceses, recelosos, sospechaban que se queria fortificar en aquel puerto.

Tenía sitiado al Duque el Príncipe de Dombes, en Dola, y sabiendo desembarcaron los españoles, levantó el sitio, y así pudo el Duque venir á juntarse con D. Juan del Aguila. Partió para Vanes, y ordenó al capitan Moran que fuese á Blavet con las cuatro galeazas y demas navíos, y ocupado el fuerte que desampararon los enemigos, se apoderó de ella, con que la armada se aseguró. Reduxo D. Juan la villa de Cresvique á la obediencia del Duque, y juntos en Vanes trataron de hacer la guerra y conservar la provincia.

Para reforzar la armada que habia de ir á asegurar las flotas en Portugal, levantaba tres mil hombres el maestre de campo Gaspar de Sousa, sobrino de D. Cristóbal de Mora, y en Castilla veintidos capitanes hacian leva de cuatro mil, y en Galicia hizo juntar el Rey más de mil muchachos vagabundos para meterlos en la armada para grumetes y hacerlos con el uso de la navegacion marineros; y la armada caminó la vuelta de la Tercera para asegurar las flotas, y sin encontrarla llegó á Vianna, en Portugal, con dos galeazas, con que habia partido Pedro Melendez desde San-

tander, y en cuatro meses fué y vino con millon y medio del Rey, dexando la plata de particulares en la armada del Pirú y de Nueva España, la cual con gran daño y dolor de los hombres de negocios y tratantes invernó en la Habana.

De la India de Portugal habian llegado casi al mismo tiempo á España tres naos, ricas y prósperas, y quedaba otra en el Brasil que no las pudo seguir, porque hacía mucha agua.

Los más señores de Castilla, eclesiásticos y seglares, tenian en órden la caballería que les mandó aprestar el Rey, conforme á sus obligaciones, esperando se les señalase plaza de armas. El Rey habia nombrado por Castellano de Milan á D. Pedro de Padilla, capitan general de Orán, porque el Conde de Cifuentes, por falta de salud, pidió licencia para venir á España; y por capitan general de Fuenterrabía á D. Juan Velazquez, alguacil mayor de la Chancillería de Valladolid, y por veedor general de Flándes á D. Diego de Ibarra, que es hoy del Consejo de Guerra.

Murió el Conde de Lemos de apoplexía, cuñado del Conde de Chinchon, y el Duque de Osuna que habia sido Virey de Nápoles, y el sucesor fué al Escorial á besar las manos á el Rey, acompañado del Condestable de Castilla, su cuñado, y del Duque de Alburquerque, hermano de su madrastra. El cuerpo del difunto se llevó á Osuna, y estuvo largo tiempo por meterle en la capilla que llaman del Sepulcro, en su iglesia collegiada, hasta que lo hizo Cristóbal de Aulsti, administrador del Estado en la muerte del Duque. Don Juan, su sucesor, gastó dos mill escudos en su funeral y colocacion, y todo conforme al pronóstico de su padre religiosísimo, que le dixo, no queriendo obligarse á pagar sus deudas, que le causaron las fábricas y dotaciones verdaderamente reales que hizo de monasterios, hospitales, universidad y iglesia colegial y sepulcro: «Paréceme que habeis de carecer de eclesiástica sepultura.» Falleció tambien su hierno el Marqués de Tarifa, hijo del Duque de Alcalá, casado con doña Ana Giron, madre del Duque de Alcalá, que es hoy Virey de Cataluña. Pasó desta vida y su iglesia el Obispo de Córdoba, hermano de D. Diego de Córdoba, y sucedióle Hernando de Vega, presidente de Indias, con dexacion de la Presidencia, y se dió al Arzobispo de México, visitador de aquel reino; y el obispado de Avila á D. Jerónimo Manrique, que lo era de Cartagena, y éste á D. Sancho de Avila, hermano del Marqués de Velada, que hoy lo es de Sigüenza. Hizo merced el Rey al Duque de Terranova, remunerando sus grandes servicios, de los oficios que tenía en Sicilia, para el Príncipe de Castelveterano, su nieto, y la abadía del Parco para el cardenal don Simon de Aragon, su hijo, y al otro el cargo de seis galeras que se adereszaban en aquella isla, y á D. Blasco de Alagon de quinientos ducados de renta y comisario general de la caballería de Lombardía, y queria venir á España á pedir aumento de la merced; y el cargo de Gobernador del

Estado de Milan y Capitan General en Italia se dió al Condestable de Castilla, y se aprestaba para ir á embarcarse en Vinaroz.

El gobierno de Cataluña dexó por sus enfermedades el Conde de Valencia, y se dió al Maestre de Montesa, y sin respeto dellas le casaron con doña Juana Manrique, su prima, hija de D. Juan Manrique, señor de San Leonardo, del Consejo de Estado y mayordomo del Rey, y le hacian merced de tres mil ducados de rentas y quince mil de ayuda de costa, pero no de la salud, que más habia menester, y que no pueden dar los Reyes.

Para pagar los gastos de la prision y libertad del archiduque Maximiliano en Polonia, despachó su Majestad con un su gentilhombre letras de ciento veinte mil florines, á cuenta de los doscientos mil que le habia prometido para poner su casa, si saliera con la empresa de ser Rey de Polonia. Habia muerto el archiduque Cárlos, su tio, y no dolió mucho al Rey su muerte.

Lo que más ruido hacía en la Córte y en el reino era el casamiento de D. Antonio Alvarez de Toledo, duque de Alba, nieto del gran duque Fernando Alvarez, de inmortal memoria. En el principio del año de mil quinientos ochenta y nueve se comenzó á tratar con doña Catalina Enriquez de Rivera, hija de D. Fernando Enriquez y de doña Juana Cortés de Arellano, duques de Alcalá, por medio de D. Gabriel de Zayas, secretario de Estado del Rey. Siendo concordes en los intereses de la dote, por el mes de Abril el Duque otorgó poder á D. Juan Hurtado de Mendoza, conde de Orgaz, asistente de Sevilla, para casarse por él ante Rodrigo de Vera, escribano del número de Madrid, y por la ausencia del Conde á los treinta y uno de Enero deste año de mil quinientos noventa otra para D. Francisco de Carvajal, sucesor suyo en el oficio, comendador de Puertollano, ante Pedro de Vargas de Almenarez, escribano, y se le remitió sacado en forma auténtica y no se efectuó, porque se atravesó la plática de otro matrimonio con hermana del Duque de Berganza, que cesó luégo, porque al prior D. Hernando de Toledo pareció sería de mayor empeño para su casa y convenia al Duque para restauralla el casamiento de Sevilla, pues se le prometian cuatrocientos mil ducados de dote, y la calidad era grande por lo Enriquez y Rivera, y por lo Cortés de gran principio de aumento como de los mayores príncipes del mundo. Tambien D. Francisco de Cardona y de Mendoza, almirante de Aragon, por comision del Duque del Infantado, trató de casarle con doña Mencía, su hija, por medio del Prior; y el Duque le pidió que no lo hiciese, porque desde la entrada en Toledo de Santa Leocadia no vino contento de la vista de la dama; y se ofrecia el casamiento de la hija del Conde de Oropesa, y lo negociaba D. Fernando de Toledo, de la Cámara del Rey, y comunicado con Rodrigo Vazquez, presidente de Hacienda, le dixo, vistas las condiciones, no lo admitiese, porque ni honra ni hacienda ganaba con ellas.

El Prior por esto le representó cuánto le convenia casarse con la hija del Duque de Alcalá, y los poderes á nueve de Julio con propio correo envió á Sevilla el Prior. Sabiéndolo el Almirante de Aragon, á trece de este mes, en casa del Presidente de Indias, junto con D. Luis de Toledo, señor de Mancera, trataron todos tres casase con la hija del Duque del Infantado, pues se alargaria cuanto fuese posible en la dote, y lo dixo de su parte sin darla al Duque. El prior Agustin Alvarez de Toledo, del Consejo de las Indias, respondia cesase la plática, porque en aquel dia entraban los poderes en Sevilla y se debia esperar su efecto primero que tratar de otra cosa. El Duque, solicitado por los tres, inclinó al casamiento de Guadalaxara, sin firmar las capitulaciones ni saberlo su tio; y á los diez y ocho de Julio, otorgando una escritura ante Francisco de Quintana, escribano, revocó ante él los poderes dados al Asistente á las seis horas de la tarde.

En el mismo dia, en Sevilla, con la licencia del Rey, poder del Duque é instruccion del Prior, el Asistente con gran acompañamiento otorgó las escrituras, con cuatrocientos mil ducados de dote, en casa del Duque de Alcalá, ante Pedro de Almonacid, escribano público, y con licencia del juez eclesiástico, Antonio Barbo, vicario general del Arzobispado. A las cuatro horas despues del mediodía celebró el desposorio D. Francisco Enriquez de Rivera, presbítero, maestrescuela, con palabras que pronunció el Asistente como legítimo procurador, y doña Catalina Enriquez de Rivera con la solemnidad de la Iglesia. Lo actuado y efectuado envió el Asistente al Prior, y llegó á veintidos de Julio á Madrid y lo refirió al Duque, y trataron de su ida á Sevilla en el mes de Octubre venidero. La carta del Asistente envió á Agustin Alvarez de Toledo, y dixo que ni como caballero ni como cristiano podia apartarse del matrimonio contraido ya. Supo esta junta el Prior y que no recibia los parabienes el Duque, y díxole en la calle Mayor los recibiese y excusase los abocamientos del Duque de Pastrana, el Almirante de Aragon y Agustin Alvarez; y le respondió no era hombre que por su cabeza se habia de revolver España; y entrando el Prior en casa del Duque de Osuna, que estaba enfermo, el Almirante de Castilla le dixo: «¿Viene V. S. á darnos la enhorabuena, ó á que se la demos tres veces, pues con ésta se han juntado por casamiento los Enriquez con los Toledos?» Y el Prior le dijo esperaba se juntarian otras trescientas.

En tanto el Almirante de Aragon pidió licencia al Rey para casar el de Alba con la hija del Duque del Infantado, y respondió la tenía dada para casar con la hija del de Alcalá, y así no la dió; á lo ménos por escrito no pareció. Pidióla al Cardenal de Toledo, D. Gaspar de Quiroga, para casar al Duque sin amonestaciones, y respondió cómo era aquello, estando concertado con la hija del Duque de Alcalá; y apretando en que el Duque vendria á pedilla, fiándose del Almirante la dió, con que ántes de consumar el matrimonio se hiciesen las amonestaciones ordinarias. Sabido del de

Alba que no tenía hecho pleito homenaje de casar con doña Catalina Enriquez, concertaron la partida para Guadalaxara en aquella misma noche, y avisó al Duque se casaria el dia siguiente.

El Duque, con su hermano D. Diego de Toledo, esperó en el Prado de San Jerónimo al Almirante de Aragon, que habia de traer al de Castilla y al Duque de Pastrana y á su hermano, que hoy es Marqués de Alenquer, y al señor de Manzera; y viendo cuidadoso al de Alba, le dixeron no era ya tiempo de volver atras. En Alcalá dixo al de Alenquer: «Terrible negocio es el que vamos á hacer», y respondió encogiendo los hombros: «Terrible por cierto.»

Lúnes, á veintitres de Julio, á las diez horas y media, llegaron á Guadalaxara, y siendo recibidos del Duque del Infantado, se desposó el de Alba y veló en su capilla con doña Mencía de Mendoza, y al punto consumaron el matrimonio; y dentro de tres horas llegó despacho del Prior, y poco despues del Rey avisando al Duque del Infantado mirase lo que hacía; y él respondió estaba contento y creia que no habria impedimento. Despues firmaron las capitulaciones los contrayentes, ordenadas por el Almirante de Aragon con el señor de Manzera, no firmadas ántes.

Ocho dias despues, el Rey mandó que un alcalde de Córte llevase preso al Duque á la Mota de Medina, donde estuvo preso por otro casamiento su tio D. Fadrique, con órden que nadie le hablase ni escribiese, y un juez particular llevó al Almirante de Aragon á Turégano, y al de Castilla por cédula despachada por el Secretario de..... (1) ..... fuese á Medina de Rioseco, y guardase allí carcelaria, y al Duque de Pastrana en Talavera con pleito homenaje, y el de Alenquer en Olmedo, con que ni escribiesen ni recibiesen cartas sobre este negocio; y el Duque del Infantado no saliese de Guadalaxara, so pena de diez mil escudos. Nombró á los licenciados Guardiola y Bohorques, de su Consejo Supremo, para hacer las averiguaciones y proceder á castigo con demostracion, y todos culpaban al Almirante de Aragon.

El Duque de Alcalá pidió licencia al Rey para venir á solicitar su justicia; y el Rey le respondió por medio del Cardenal de Sevilla se aquietase, que se la haria tan bien como veria; y él replicaba queria sólo ver su hija libre para darle marido ántes de su muerte, porque tenía setenta años. Eran los más de parecer debia el Rey casarla de su mano, pues por su gran calidad y dote y edad de diez y siete años y discrecion mucha merecia cualquiera gran señor, pues si en la antigüedad excedian algunos á la casa de Fernan Cortés, no en el principio incomparable, y así lo afirmó el Rey.

Porque vaya todo de revueltas en este tiempo, el Conde Benavente vino

(1) En claro.

á Madrid á la sentencia del pleito sobre Pedraza, que ganó el Condestable, y él por ser su deudo y su gran cortesía, bien acompañado, fue á darle el parabien, subiendo á la cámara del Príncipe; y porque el portero de la sala no le abrió toda la puerta, como solia hacerse cuando entran los Grandes, le amenazó de que si otra vez lo hacía, le pondria las manos. La voz desto llegó al Rey, y dixo no se hacía sino la primera vez que venian los Grandes á Palacio; y el Conde dixo entrasen otros, porque él no entraria; y así partió para Benavente, dexando sin efecto un torneo que habia de mantener.

De la visita de la Hacienda resultó por una junta y consulta al Rey mandase prender al contador Garnica y á Juan Fernandez de Espinosa, y las cédulas enviaron á firmar. La de Juan Fernandez firmó y se executó su prision y secuestro de bienes, y la de Garnica no, porque le tuvo siempre por ministro desinteresado y muy legal y fiel; y así procedieron contra Juan Fernandez rigurosamente. Decian los que tenian noticia de sus cargos, se hallaba con más de veinte mil ducados de renta ménos de lo que tenía cuando entró á servir al Rey. Pretendia el Fiscal que seiscientos mil ducados que le pagaron de alcance, que hizo de los asientos de la Tesorería general, se le habian de pagar en moneda de decreto, y con buenos medios que tuvo cobró en mexor con intereses de veinte por ciento, y queria que restituyese toda la suma con sus intereses y se le satisfaciese en moneda de decreto. Sobre la materia hubo réplicas entre Juan Fernandez y el Rey, y si saliera al partido de composicion de dinero, á que vino el Marqués de Auñon, no peligrára, persistiendo en que estaba agraviado en otras pretensiones de intereses.

En este tiempo llegó á Barcelona Muley Faxad Arraez, renegado genovés, y un hermano suyo, con dos galeras de Argel y valor en ellas de doscientos mil ducados, que su capitan llevaba de presente á Constantinopla, y cuatrocientos cristianos esclavos, habiendo muerto más de trescientos turcos de su guardia, y traian presos ocho solamente, y el suceso fue muy en beneficio general, y el Faxad, su autor, digno de alabanza y de que el Rey le hiciese mucha merced.

CAPÍTULO XIV.

Sitio y toma de Corbeil por Alejandro Farnesio.— Descontento que tenía de los liguistas, y en especial del Duque de Mena.— Resuelve volverse á los Países Bajos.— Ruegos que para hacerle quedar en Francia le hicieron el de Mena, el Legado, la ciudad de París y otros.— Razones que alega el Farnesio para irse.— Acecha el Príncipe de Bearne al Duque de Parma en su retirada.— Despídese éste del de Mena y le entrega el ejército.— Desaliento del partido católico en Francia por la partida del Farnesio.

Antes de partir el Cardenal Gaetano de París, envió al Duque de Parma á Felipe Sega, obispo de Piazenza, que habia servido á la Sede Apostólica en importantes expediciones, que fue despues por esto Nuncio ordinario en España, á darle aviso de su partida; y hallóle en Noisi y le pidió desembarazase el paso para el comercio libre de París. Para satisfacerle determinó hacer la empresa de Corbeil, aunque no tenía artillería ni suficientes municiones; porque si bien el Duque de Mena y los franceses prometian proveerle de todo, difícilmente podian, y no quisiera empeñarse en aquel sitio ni que los soldados por falta de dinero, yendo á peoría, se le desmandasen, y deseaba volver á Flándes. Mas por lo mucho que importaba á París, dió las órdenes convenientes, llevó los enfermos y sacó de Lani el presidio de italianos y metió franceses. El Duque de Mena fué á Corbeil, y Mos. de la Mota y Pedro Gaetano ocuparon los burgos desta otra parte del Sena, no sin resistencia, y una torre sobre el puente fuera de la tierra.

En el dia siguiente tomaron el castillo, y los defensores, por un puente de piedra fortificado con doble trinchea, se salvaron en la plaza, y ocuparon una torre en la isla del rio. El de Parma envió mil quinientos españoles del tercio de D. Antonio de Zúñiga y D. Alonso de Idiaquez, guiados de Torralva, sargento mayor de D. Antonio de Zúñiga, á tomar los burgos de la otra parte, y con algunas barcas cerró el paso del rio á la tierra, y él mismo la reconoció en torno y hizo plantar en la mesma noche seis piezas de artillería en dos postas para derribar las ofensas. Por no haber llegado las barcas de París con las municiones, pudo solamente batir un torreon para aloxar un cuerpo de guardia. Tomó la torre del rio por concierto, como quisieron los que la defendian, por haber muerto de un arcabuzazo su caporal; batió la torre de la puerta de Melcon para meter en ella gente que quitase la ofensa, que tenía por el costado la de D. Antonio de

Zúñiga, y la ganó sin considerar los defensores que perdian con ella el paso del puente, que á la batería de los españoles quedaba descubierto. Llegaron dos culebrinas y cinco cañones, y las más clavadas y sin valor, y el Duque envió á Orliens por los que le pareció convenir. Hizo que los españoles del Zúñiga acabasen una plataforma al costado de la batería primera, para roer con dos piezas el terrapleno del torreon hasta el puente del rio y privar los enemigos de los reparos y de los traveses que habian hecho, y que los valones principiasen una trinchea para llegar hasta la ribera. Para el uso de esto era menester buen número de artillería y municiones, y sólo truxeron de Orliens trescientas balas, diciendo se llevaban de París muchas, pero no eran de provecho por estar llenas de plomo, que se esparcia líquido por el aire, y lo demas no era de efecto.

Viéndose engañado el de Parma, batió la tierra por lo más fuerte, por estar flaca de terraplenos y traveses, y determinó meter en asalto los soldados sobre puentes de barcones que previno con gran secreto Propercio Baroccio, enginiero, en Etampes, y con los puentes y máquinas hizo á los valones llevar una trinchea hasta el medio de otras dos hechas últimamente y terraplenar una casa, donde plantó dos cañones y levantó un caballero, tan cercano á una plataforma que los españoles fabricaron, que cerró el paso al socorro de la tierra. Mas por el cuartel del Zúñiga entraron cincuenta soldados con dos capitanes, con pólvora y picas, socorro de poco momento.

El Duque, prevenidas las barcas y puentes, envió nadando de noche dos españoles y dos italianos á reconocer el paso por donde habian de dar el asalto. Solamente volvió mal herido un italiano, y refirió no habia estacada ni reparo que impidiese, y dispuso lo necesario para la batalla y para el asalto. Cubrió los puentes de barcas de céspedes, para que no fuesen quemadas, y llegados á ellos, los asaltadores cercanos á un rebellin hicieron alto y fueron batidos los muros por dos partes á un tiempo con catorce cañones y los dos de la casa terraplenada. Pasadas nueve horas, pareció al Duque bastante la abertura del muro, y fue reconocida de dos alférez y un sargento españoles, que valerosamente entraron por ella. Tenian la vanguardia los españoles de D. Alonso de Idiaquez, aloxados de aquella parte, y los habian de seguir los valones y tudescos, y tocaba la retaguardia á seiscientos italianos guiados de Pedro Gaetano y de Tarquino Capezuchi; mas porque un puente frontero á los valones se debia primero ajustar por marineros holandeses, diestros en tal servicio, que para este efecto truxo el Duque al exército y habian llegado delante de los españoles, D. Alonso, dexado su puente, fue á sacarlos, y estando mezclados con los valones é italianos no pudo. Mucha nobleza entró en este asalto, y superaron la batalla los primeros el Idiaquez y el caballero de Aumala, Pedro Gaetano, Octavio Manzfelt, D. Jerónimo Carrafar, Mario Farnés y otros caballeros

de las primeras hileras. Los defensores, que poco ántes burlaban dellos, sintieron con su daño el valor y fuerzas de los victoriosos; atónitos de ver llegar improvisamente los pontones, poca defensa hicieron, en tanto que ellos les hacian gran estrago; se retiraron muchos á la torre de la iglesia, mas presto fueron despeñados, con desplacer de los franceses que asistian al de Parma, y á él pareció útil y necesario; á las mujeres, viejos y niños concedió la vida, y los muertos fueron ochocientos. Rigo, gobernador de las armas, y Grangeo, de la tierra, con muchos gentileshombres, quedaron prisioneros. De los asaltadores murieron diez, y pocos fueron heridos, que raras veces acaece cuando las plazas se ganan por asalto.

El Príncipe de Bearne partió de Clermont con ochocientos caballos para socorrer á Corbeil; mas por su pérdida se retiró, y cargó en Turena las compañías de caballos de Nicolo Glassy y de otro capitan, y las deshizo y aprisionó muchos dellas. El Marechal de Biron escribió al Obispo de Cenada era buen tiempo de tratar de la suspension de armas para acomodar las cosas del reino, y respondió estaban en diferente fortuna las cosas de la Liga, y no habia lugar. La plática quedó pendiente con el Duque de Umena, y porque tenía mala satisfaccion del de Parma, y él del otro, procuró convenirlos.

Los franceses y el de Umena habian estado con mayor deseo del dinero que de las armas de España, y no se podia con palabras y sin gran suma satisfacer á la avaricia y ambicion de todos. Al Duque de Parma, que con tanto trabaxo vino á Francia y libró á París con su gran riesgo, y ganó á ruego dellos á Corbeil, y con excesivo gasto compró de los franceses la pólvora á más precio que otros, era intolerable que, en vez de darle gracias, indebidamente le murmuraban. Por esto el Legado, en su partida, conociendo la razon para quejarse el Duque de la inadvertencia de algunos y malicia de otros, le encomendó la causa universal de la religion católica, y lo mismo al de Umena; mas prosiguió en dar poca satisfaccion al Farnese; y porque habiendo ido al exército algunos de los diez y seis del gobierno de París, para tratar de las cosas públicas con los Duques, no sólo no les dexó hablar, mas porque dieron parte de lo que venian á tratar al Obispo de Piazenza les envió con malas palabras y poca satisfaccion de lo que venian á tratar con desden y mala intencion y comenzaron á temer sus efectos; procuraba quitarles su autoridad y transferirla en su Consejo privado, creyendo que por este camino las deliberaciones penderian de él solamente, con mala resolucion, porque los más de los del Consejo privado eran señores sospechosos de mal afectos á la Liga y de avisar al enemigo de lo que se trataba y resolvia.

Proseguia el de Umena el tratado de la tregua con el de Bearne, y él lo fomentaba para meterle en diferencia con el de Parma, que estaba tan enfadado del modo que el de Umena tenía con él, cuanto maravillado de ha-

berle descubierto cuán poco apto era para el gobierno, y más de la guerra; porque todos los pueblos se lamentaban de su mal despacho, y ya no podian soportar el gravísimo peso de los impuestos en aquel tiempo sobre todas las cosas necesarias al vivir humano. Con esto no tenian real, ni capitan y soldado pagado, por el robo de los administradores, sin que el Duque conociese su infidelidad, avaricia y ambicion.

Esto apretaba mucho al de Parma, porque tenía siempre en torno gran concurso que, lamentándose, querian ser pagados del dinero del Rey de España; y como si aquella guerra fuera toda suya y el cargo de sustentarla solo, asistian los Embaxadores de los zuiceros pidiendo la paga de los que habian servido y amenazaban vengarse del Duque de Umena; el conde Jacobo de Collalto pedia consignacion de ciento cincuenta mil escudos, en que alcanzaban los dos regimientos que habian estado en París; el Duque de Nemurs pretendia cincuenta mil escudos que decia gastó durante el cerco de aquella ciudad; el Arzobispo de Leon demandaba otra gruesa suma, y á esto sólo el de Umena habia concedido consignacion de veintidos mil escudos; y era grande la multitud de capitanes y soldados que á gritos pedian la satisfaccion de sus pagas, y no querian militar sin ella y la seguridad del sueldo que adelante se les debiese en los presidios ni en la campaña.

El de Parma, cansado de oir gente tan indiscreta y término tan extraño, pues querian se supiese trataban de acuerdo con el enemigo, creyendo en esto reducirle al cumplimiento de sus deseos, lo tenía de volver á Flándes para no estar entre amigos y enemigos poco seguro, y porque iba faltando gente de su exército por no recibir dinero ni vitualla, y así dixo en el Consejo:

«Yo entré en Francia con el exército que conduxe para quitar el asedio á París, porque tanto deseaba el Rey mi señor que no se perdiese, que sin atender á las cosas de Flándes y de sus provincias, á quien ha sido no de poco perjuicio el haberle sacado tanta gente, vine al efecto. Si París no está del todo libre cuanto al comercio, como todos habemos deseado, hállase en estado que puede mantenerse mucho tiempo, y no es posible por la entrada del invierno y por otros accidentes poder hacerle ahora mayor anchura. He determinado volver á Flándes para conservar la gente que me ha quedado en beneficio de aquellos Países y de Francia, pues se consumirá en ella por la mala provision y estipendios áun para las vituallas. Soy forzado á partir luégo á acudir al remedio de muchas cosas desordenadas en mi ausencia, que por mi repentina salida quedaron en alguna confusion. París quedará segura con presidio de extranjeros, y los lugares sus circunstantes con tanta gente que baste á oponerse á las correrías de los enemigos, en tanto que llega la sazon para poder campear. Proveeré, annque no tengo órden de mi Rey, de ciento y treinta mil escudos, y prometo la

paga de otros doscientos mil para mantener las guarniciones, y otros seis mil infantes y mil quinientos caballos por tres meses. En tanto sabrémos la precisa voluntad de su Majestad Católica, que no se sabe por haberse perdido el correo que venía de Leon. Creo dará su ayuda como hasta aquí, y mayor será en el año venidero, y en tiempo que más útilmente se pueda emplear, con la creacion del nuevo Pontífice, que por haber sido bien afecto á estas armas, se pueden esperar dél mayores ayudas que de su antecesor. Moléstame mucho ver tantos excesos de soldados y sin remedio, sino donde la vigorosa disciplina los refrene y donde el quebrantamiento de las leyes no excuse la comun necesidad y falta de todas las cosas que al presente tienen; y pues más conveniente es la conservacion de la buena y antigua disciplina que de la misma gente, y los exércitos con el trabajo y sueldo mantienen su robustez y buena disciplina, y de otra manera se debilitan de fuerzas y se corrompen sus costumbres, no quiero se introduzca en los nuestros por el mal exemplo el no guardar los bandos, el apartarse de las banderas para ir á buscar con qué sustentarse.»

El Duque de Umena con gran congoxa esperaba que acabase ya de decir el de Parma, y oia el partirse duramente sin dar consignacion á tantas deudas hechas por él y todos los coligados sobre el dinero de España, con que habia entretenido acreedores esperando la venida del Farnese. Su razonamiento y puntos hirieron su ánimo tristemente, y respondióle así: «No remediaba la necesidad de París y de Francia haber apénas visto un exército y pararse, sin más efecto que la retirada del enemigo de los muros de aquella ciudad, pues si no le abrian los pasos del comercio y de los rios, quedaria en la manera que se estuviera cercada, y el de Bearne haria la empresa que le placiese, habiendo venido un exército del Rey de España con tanto aparato y conducido de tan gran capitan. El partirse, cuando esperaban felices sucesos, sólo con la expugnacion de Corbeil, daria osadía al enemigo, y gran reputacion se quitaria igualmente á los capitanes de la Liga, y principalmente á él su cabeza, hallándose tan empeñada su palabra que no hallaria ya quien le siguiese aún para resistir al enemigo en los lugares más fuertes y hacer luégo la empresa de Melun, utilísima á París, ó fabricar un fuerte frente aquella plaza para aliviar á la ciudad de aquella parte. Se hallaba deudor de grandes sumas á los soldados, y á los zuiceros y lanzqueneques de trescientos y treinta mil escudos, y no podia con lo que ofrecia el Duque satisfacer á una pequeña parte, y no era buen consejo dejar á un tiempo todas las naciones malcontentas, si se habia de proseguir la guerra contra el enemigo fortísimo brevemente con ayuda de sus amigos y confederados. Le pesaba que por falta de dineros y fuerzas dél y ser dexado de los amigos le fuese forzoso de acomodar el ánimo al efecto de una tregua con los enemigos por algun tiempo.»

El de Parma le replicó: «Se maravillaba mucho, y le parecia extraño que

pensase hacer la guerra sólo á costa del Rey Católico, y que despues de tantas ayudas de dinero y de soldados, enviadas ántes y despues de la batalla de Ivry y haber por último venido él en persona con un exército real, dexando los Países Baxos en peligro, se tratase con él como si su Rey no hubiera dado nada y que él hubiese estado ocioso. Creia bien que su Rey podia justamente dolerse de no haber hallado en el reino de Francia la correspondencia que le prometieron los que gobernaban, tratándose la causa del mismo reino. Conocia que se habian las fuerzas del enemigo engrandecido y abaxado las de los católicos; no pensó con el dinero prometido satisfacer las deudas viejas de los soldados sino de entretener por tres meses los que eran necesarios para conservar los lugares que habia nombrado. No podia creer que las provincias y ciudades unidas no pudiesen ayudar la cabeza principal, porque lo hacian otras ménos ricas, que asistian á la otra parte, ni tenía para qué sacar dinero sino para este efecto. No se podia hacer la empresa de Melun en aquel tiempo, porque, segun era notorio, estaba bien guarnecida de soldados y de cuanto para su defensa la era necesario. La fábrica de un fuerte sería gasto inútil, pues no podria quitar el paso del rio á los enemigos.»

Villaroe dixo al de Mena que, no pudiéndose por los discursos hechos seguir la guerra por ahora, le parecia á propósito hacerle entender al Duque de Parma lo que proponia la nobleza que seguia al de Bearne. El de Umena no quiso que se hablase en ello, queriendo primero por todos los medios posibles que la guerra se prosiguiese; mas replicándole Villaroe que la propuesta no era hecha como él sabía á fin de divertir la guerra, declaró lo que Villaroe decia al Arzobispo de Leon; y éste dixo: «Que la nobleza, seguidora del de Bearne, mal satisfecha de que no cumpliese la promesa de su conversion, pedia abocamiento con los de la Liga para tratar una suspension de armas, con que se abriese el comercio y los pueblos se restaurasen de tantos trabaxos y se pudiese tratar juntamente de la quietud universal.»

Ya tenía noticia desto el Farnese, y respondió prontamente era difícil de creer que los que seguian al de Bearne le dexasen sino forzados con las armas y por ser de mayor autoridad y número que los de la Liga traer éstos y á las ciudades y los pueblos, á quien es más fácil persuadir la paz que la guerra, y el medio de alcanzarla mejor era el de la tregua, que hace despues de la guerra temerla los pueblos con la restitucion del comercio. No se le ofrecia sino lo que habia dicho en otras ocasiones, que no podia dar ni consentimiento ni consejo, remitiéndose á la prudencia dellos, pues estaban mejor informados de los intereses del reino; lo tratasen con Juan Bautista de Tassis, recien llegado de España, que daria la cuenta que no podia él de la voluntad de su Rey. Sabía que el Duque de Umena era de contrario parecer en lo de la tregua, aunque le persuadian algunos, y que

el Tassis que la aborrecia era bastante á deshacer la plática del todo, siendo contrario de las pretensiones propias del de Umena, porque despues de la muerte del Cardenal de Borbon, ó Cárlos X, á nueve de Mayo, causada de retencion de urina, no quedaba al de Bearne sino el obstáculo de la religion, y quitado, quedaba en tierra toda la autoridad del de Umena, que sólo con el título de Lugartenlente de la Corona, pasando debaxo de su nombre todas las expediciones, se mantenia en grado superior á los que seguian en Francia la Liga, y creia por esto que no fácilmente se inclinaria á dexar esta superioridad y á tratar de la tregua tan peligrosa para él mismo.

Y esto salió cierto, porque el de Umena, aunque quedaba con pocas fuerzas con la partida del Farnese, porque muchos nobles que le seguian, faltando la esperanza de sacar dineros de los españoles, fueron á sus casas, donde podian de la sustancia de los pueblos amigos y enemigos llenar sus bolsas, y recelase el ser del todo desamparado de los restantes, dexando de tratar con los enemigos, pidió que París hiciese la misma instancia con el de Parma que no partiese, y habiéndole sacado de las puertas al enemigo no le dexase revolver contra ellos, mas librase del todo aquella ciudad, causa por que vino á Francia, y solicitó para hacer el mismo oficio al Obispo de Piacenza, y él apretó al de Parma, representando con eficaces razones el peligro, no sólo de París, sino de todo el reino y de la religion católica, demas de la poca satisfaccion que daria al rey Felipe, si despues de tanto gasto y tanto trabaxo se perdiese París por no ser asegurada, de modo que no pudiese asediarla de nuevo el enemigo, y el gasto sería no sólo inútil mas dañoso, porque fuera ménos mal que París no se reduxera tan al extremo y haberse rendido en el principio del asedio, porque hallándose ahora arruinada, no podia resistir al enemigo, que más irritado por los sucesos, se podria creer no usaria acto de piedad con aquella ciudad. No dudaba de la voluntad del Rey Católico, habiendo dispuesto tan afectuosamente el venir á librarla sin término ni modo señalado. Si allí persistia con el exército, el enemigo se retiraria del todo por no poder campear, y las plazas en torno de París con su retirada sin esperanza de socorro fácilmente serian recuperadas, con que habria conseguido el fin para que vino á Francia. No eran las cosas de los Países Bajos en términos tales que desde allí no pudiese dar las órdenes necesarias. No incitase á los coligados á tratar la suspension de armas, sabiendo cuán fácilmente podria llegar á una firmada paz, que diese el último fin á la religion católica en aquel reino; porque aunque la tregua desplaciese al de Umena, él al fin sin fuerzas no podria resistir á la violencia de los que la deseaban, viendo constante al Farnese en partirse. Le rogó dejase la gente y diese esperanza de volver presto, para que sirviese de freno á los enemigos, prometiendo que para mantener los soldados en buena disciplina, serian proveidos de alguna cantidad de

dinero y de municiones y vituallas, en tanto que venian las órdenes precisas del Rey y todo lo que era su voluntad. Si retiraba sus soldados, daria causa al Pontífice de retirarse de dar la ayuda, pues en tiempo de tanta necesidad se iba y llevaba todo el exército.

El de Parma replicó no podia tolerar los daños que hacian sus soldados, haciendo más odioso el nombre español y el del Rey Católico; no queria arriesgar aún acordarse los franceses entre ellos, habiendo descubierto cuán poco se podia fiar dellos, y que con ménos aborrecimiento comunicaban con los herejes que con sus gentes. No la tenía bastante para hacer las empresas que le proponian para librar á París y ser el tiempo poco dispuesto para sitios, principalmente no pudiendo el hacer fundamento en la perfidia de los gobernadores, que tenian las plazas por el de Bearne, como podia él en los que habia nombrado el de Umena. No podia dexar su exército reducido ya á diez mil infantes y mil y quinientos ó dos mil caballos, y éstos inútiles, porque cuando al de Bearne placiese, no admitirian los de su Consejo el meterlos en las plazas fuertes, y fuera de ellas en lugares mal seguros no querian estar.

Resuelto, pues, á encaminarse á los Países Bajos, para dar alguna satisfaccion á los ruegos de tantos, tomó el camino de Melun, y despues el de Montreó y de Provins, para tentar si en el pasar del exército se rindiesen, y no se engañó, porque no dieron señal de temor. Fue forzoso al de Umena dexar al de Parma para ir á París, porque habiendo sentido los lanzqueneques que el exército español volvia atras sin ser pagados, se amotinaron. Por esto vino en rotura con el embaxador D. Bernardino de Mendoza, acordándose en aquella ocasion de otras malas satisfacciones que dél habia recibido.

Quietáronse los tudescos con algun dinero que se les dió, y llegó aviso de haberse entregado Corbeil al enemigo con gran afliccion de París y del de Umena, porque podia este accidente atribuirse al defecto de su eleccion, habiendo dado el gobierno de aquella plaza á persona poco de fiar. Por esta novedad todas las Órdenes ó estado de París y el Duque enviaron á hacer instancia con el de Parma en que no partiese, y el Sega, vicelegado, le envió á Antonio Caracciolo, protonotario apostólico, y no pudieron inducirlo á detenerse por el aviso de la muerte de Urbano VII, y porque su falta de salud le necesitaba á buscar su remedio en beber el agua de Aspa, por ser especie de hidropesía su enfermedad y convenirle su curacion ántes que se hiciese incurable, y no podia ser asistiendo en los exércitos; y para no dexar sin fuerzas al de Umena, le dexó parte de su gente y le prometió que el resto dexaria en la frontera. Y llegó á Crepi, y pidió al gobernador se la entregase, y mostrando de admitir plática de concierto, dispuso una emboscada; y en tanto que para ello iba Octavio Manzfelt caminando á reconocer la plaza, el Duque estuvo en peligro de caer en la

celada, y libróse diciendo: «¡Cierra, cierra, adelante, adelante!», dando lugar para que llegase mucha gente y se trabase recia escaramuza, bien que duró poco, retirando el Duque sus gentes.

El Octavio llegó hasta la contra-escarpa, y fue herido de cuatro balazos, y el Duque no permitió le entrasen á socorrer por haber pasado más adelante de lo que se le mandó, queriendo se perdiese uno y no muchos. Mas acudiendo con veinte arcabuceros el capitan Mauro de Zecci, ayudante del sargento de Camilo Capezuchi, le salvó y tanta fue la vileza de los enemigos, que no sólo le dexaron llevar, mas sacaron con él dos de los prisioneros. Habia pensado el Duque de tentar á Chatoterry para librar con su conquista la ribera del Marna de aquella parte hasta París y dejar estrecho á Chialon, en caso que el Duque de Lorena tomase á Moncacelt, que tenía sitiado; mas hallándose con poca artillería y los soldados con necesidad de descansar, se entretuvo en Colombiers, y al fin resolvió salir de Francia sin hacer empresa; y para esto dividió su campo en vanguardia, primera y segunda batalla y en la retroguardia.

Partió de Nulli y San Front para ir á aloxar á La Fera en el Tornois, y Pedro Gaetano le avisó habia descubierto al enemigo con casi dos mil caballos; y para no ser deshecha la vanguardia, apartada de la segunda batalla, donde iba el Duque, dos leguas, esperaban su órden. Envió luégo al Marqués de Renti con una parte de la caballería á socorrer la retroguardia, que no tenía sino dos mil infantes, por estar los tercios muy faltos del número con que salieron de Flándes. Mas el Gaetano, el Conde de Aremberg, coronel de tudescos, y Mos de Verth que gobernaba el tercio de valones, que llamaban del Duque, sin esperar el socorro, caminaron en buen órden, habiendo con los carros del bagaje hecho trinchea y puesto detras la mosquetería para tener á lo largo al enemigo, que corria á la banda diestra, y por la siniestra se descubrieron cuatro mil infantes conducidos del Duque de Nevers, que no se acercaron. Trabáronse débiles escaramuzas, en tanto que se acercó con la caballería el de Renti y llegaron donde el Duque estaba, y mandó que en el dia siguiente de Santa Catalina, veinticinco de Noviembre, caminase el exército más unido.

El de Bearne partió por la montaña á atravesarse en el camino, procurando romper algun escuadron ántes que fuese de los otros socorrido, mas el Duque marchaba con buena órden y cuidado, porque el enemigo era solícito y práctico en el país. Llegando el exército á Bres, sintió el Duque tocar arma, y porque se descubrió caballería, envió á Jusepe Baptista y á Capizuchi á reconocerla, y refirieron no eran más de mil caballos; y considerando por donde debia marchar, determinó llevar al enemigo con su desaventaja entre el rio Esne y otro que difícilmente podia la caballería pasar á nado. Hizo por esto caminar su gente á buen paso, como á la desfilada, para salvarse del enemigo. El de Bearne que habia baxado á lo lla-

no, viendo acelerar el paso, solicitó el pasar un puente para dar en la retroguardia; mas el de Parma en un instante hizo volver el rostro á todo el exército y unirlo contra el enemigo; y viendo la resolucion que no creyó, hizo alto, y luégo comenzó poco á poco á retirarse, segun vía que el Duque se acercaba; y doblando el paso, al fin huyó á Pontearsy, donde por la priesa muchos, que no pudieron entrar en el puente, perecieron en el rio, y quedaron muertos muchos mosqueteros que venian en las ancas de los caballos, y los dexó en guardia de un paso el de Bearne para entretener, en tanto que se salvaba, en que le ayudó mucho la noche y haber dividido en tropas sus escuadrones, que por esto más lixeramente pudieron huir á diversos lugares. Fueron heridos algunos del exército español.

El de Bearne con la mayor parte de su gente se retiró á Nisi, casi tres leguas apartado, y no se mostró más al Farnese, que arribó á Guisa sin otro impedimento. Allí dió al de Umena la mayor parte del exército, y mandó á los capitanes le obedeciesen como á su general y procurasen el servicio de su Rey, que tan en cuidado tenía las cosas de Francia, por lo que tanto convenia á la religion católica; que daria el resto en los confines para salir con la primavera en campaña, con refuerzos que su Majestad inviaria, los mayores que se hubiesen visto, para volver en acomodando las cosas de los Países; los dexaba de buena gana al Duque de Umena por ser de los mejores capitanes de la milicia de Europa, que tendria mucho cuidado con el honor y la vida dellos.

El de Umena, dadas las debidas gracias al Farnese y promesa á los soldados de todo el buen tratamiento, volvió atras, y metió á invernar en diversos alojamientos sus huestes; y el de Parma fué á Bruseles.

El de Bearne, libre de las molestias de los enemigos, envió á Mos. de Lanui, valiente huguenote, á Sanlis, y al Duque de Nevers á su gobierno, y él pasó en el principio de Diciembre á San Quintin, para disponer la guerra y solicitar los efectos de muchos tratos que tenía en diversas partes, esperando buenos sucesos de la ida del de Parma.

Tal era la opinion general, porque la parte de la Liga quedó debilitada y animada la contraria, porque la falta de dinero ó la poca conformidad entre los Duques ó la necesidad de curarse el de Parma, ó todas estas cosas juntas, le forzaron á salir de Francia; y á los enemigos de la Liga parecia no volveria en mucho tiempo á ella, porque no podia sacar nueva gente de los Países, no habiendo aún la suficiente para la seguridad dellos, y el conducirla de España y de Italia sería muy á lo largo. Ni se inducian á creer que el Pontífice determinase gastar tan largamente, como los coligados publicaban, en su ayuda, y recibian mayor daño del mal gobierno del Duque de Umena que de la vuelta á los Países Bajos del de Parma; porque para señorealla absolutamente procuró en todas ocasiones oprimir la autoridad que los diez y seis se habian atribuido. Quiso por esto

mantener el cargo de Prepósito de mercaderes al Dampier, que habia elegido contra el parecer y la quexa dellos, aunque era incapaz de tanto peso. Creó todos los eschevines en desusado número sin sabiduría de los diez y seis.

Habiendo renunciado el gobierno de París el Duque de Nemurs, su hermano, quiso darle debaxo de título de Lugarteniente de Cárlos Emanuel, su segundo génito, de edad de diez años, al señor de Bellin, de menor autoridad y su amigo, con ofensa de los ciudadanos por la desigualdad de la persona para tan gran cargo, porque pretendian ser gobernados de príncipe ó señor valeroso por las armas y consejo, de gran nombre; demas de que tenía muchos parientes con el de Bearne y no podian estar debaxo de su gobierno seguros. Aumentaba su mala satisfaccion el ver las pocas provisiones que hacía el Duque para fortalecer la ciudad, los soldados de su guardia eran mil seiscientos tudescos, y los seiscientos dellos se señalaron á Mos. de la Chiatra para ir á librar al Duque de Guisa.

El de Nemurs se apartó de su hermano poco contento, porque pretendia ó ser su Lugarteniente general ó el cargo de la caballería, y de ser proveido su gobierno de gente de sueldo ó de dineros ó consignacion para asoldalla, no habiendo podido en cosa alguna tener satisfaccion del Duque, de cuya disposicion dependian, ni en obtener cargo de la Sede Apostólica, como deseaba; decia que por seguir su fortuna no habia aceptado grueso estipendio, ofrecido por el Duque de Parma en nombre de su Rey. Acetárale si no le retuviera el poder dañar á sus pretensiones en Francia. Sólo alcanzó del de Umena el gobierno del Delfinado para el Marqués de San Sorlin, su hermano, y partiéndose con mal consejo, atendió á obrar por sí mismo, discorde siempre con el de Umena; fué con el Sr. Andelot, su amigo, á quien dió libertad siendo prisionero él mismo de San Sorlin aunque en Borgoña..... (1) ..... su gobierno del de Umena y pasaporte para ir al Delfinado, donde sería contra la Liga, y la Duquesa de Guisa le ayudaba por haber sabido éste el trato del rey Enrique III para matar á su marido; y habia el de Umena alojado todo su exército en Guisa con tan poco respeto, como pudiera el enemigo, á la memoria de su marido y á ella y á sus hijos, y tomado dinero de sus rentas. Habia tratado de permutar al Duque con la dama de Longavilla, que tenía ella en su mano, sin darle parte, y en dos años no trató de librallo más, ni procurado que los enemigos le tratasen bien para quitarles el intento que tuvieron de transferirle á la Rochela ó á Inglaterra, como determinaron. Habia inteligencia con el que le guardaba para que le dexase huir, como hizo despues por buena suma de escudos, en viendo al de Chiatra llegar con tres mil infan-

(1) Faltan palabras.

tes, los seiscientos del de Umena y los demas del gobierno del Chiatra, y de los del Duque de Mercurio y de Nemurs y del señor de Boisdocon, que concurrian para esta liberacion; mas el de Umena dixo eran buenos para cualquiera accidente, y no los concedió; y el de la Chiatra, conociendo su poco deseo de la libertad del sobrino, para que no le impidiese sus intentos que penetraba, quedó malcontento y satisfecho del Duque.

El de Lorena ménos tenía con él buena correspondencia, apartándose desconformes de las vistas de Rens, porque como cabeza de la familia queria la corona, como si se hubieran de excluir los Príncipes de la sangre, y no podia sufrir que el de Umena, contra lo que le habia tantas veces prometido, aspirase á Rey y faltase al respeto que le solia tener, ántes queria competir con él sobre cualquiera punto como su igual y tal vez como superior; porque habiéndose ganado Villafranca con su gente, el de Lorena, en sus confines puesta, la pretendia igualmente, y el de Mena no queria que la guarneciese por miembro de la corona de Francia ni que la desmantelase, como propuso, y el de Lorena se apartó de su amistad y del sitio de Montealto. El de Umena, si no le hacía sin justicia, engañado mucho de su afecto propio y de lo que presumia de su valor y oficio, poco procuraba mantener sus parientes y aficionados, y generalmente variando las deliberaciones, las cosas necesarias dexaba y á las de poco fruto atendia imaginarias y sin substancia.

Publicó asamblea para Rens de los Estados Generales, y despachó convocatorias, cuando todos conocian que no podian juntarse sin gran peligro, porque señoreaba la campaña el de Bearne y no les dexaria posar sin su pena. En tanto se descubrió un trato que para tomar á París tenía con el presidente Brisau y otros, y avisó el Conde de Brisac al de Umena para que viniese al remedio y castigo, porque sin su persona y bastantes fuerzas no podria matar al Brisau por muy poderoso y á los conjurados, segun tenía en gran secreto dispuesto. No sólo no vino, pero ni dió órden para sacar de peligro la ciudad; por esto las Princesas trataron de partirse y el Vicelegado; y D. Bernardino de Mendoza escribió á los capitanes de su Rey, que estaban con el de Umena, viniesen luégo á sacarle de París, y les protestó el daño de no executarlo, y dixo que ántes pediria paso al enemigo que quedar en la ciudad que en tan peligrosos términos se hallaba sin remedio.

LIBRO V.

CONTIENE

LA PREPONDERANCIA QUE LOS REBELDES DE FLANDES

FUERON ADQUIRIENDO EN FRISIA

Y EN OTROS PUNTOS DE AQUELLOS ESTADOS,

LOS PROGRESOS HECHOS POR D. JUAN DEL ÁGUILA EN BRETAÑA,

EL ASCENDIENTE QUE ALCANZÓ EL PRÍNCIPE DE BEARNE EN LA GUERRA CIVIL DE FRANCIA,

LA SEGUNDA ENTRADA EN FRANCIA DEL DUQUE DE PARMA, Y SU MUERTE,

LA DERROTA DE LA ARMADA INGLESA

QUE SALIÓ Á PIRATEAR POR NUESTRAS COSTAS, LAS NOVEDADES DE LA CÓRTE

OCURRIDAS EN ESTE AÑO, Y LAS ALTERACIONES DE ARAGON.

CAPÍTULO PRIMERO.

(Año 1591.)

Estado á que el Duque de Parma redujo el poder de los rebeldes flamencos.— Mal gobierno del Conde de Manzfelt durante su permanencia en Francia. — Razones que tuvo Felipe II para intervenir en la guerra civil de Francia. — Las que alegaba Alejandro Farnesio para no dejar á Flándes desguarnecido. — Da cuenta Verdugo al de Parma de lo que pasaba en el territorio de su gobierno, y las medidas que para su defensa se podian tomar. — Apodérase Mauricio de Zuphent y Deventer. — Sitia el Duque de Parma el fuerte de Nimega. — Levanta el sitio para cumplir la órden del Rey de socorrer á los católicos franceses. — El conde Mauricio entra en Nimega. — Noticias del gobierno interior de la Península. — Repartimiento de ocho millones en Castilla. — Visita del cardenal de Toledo, Quiroga, al Condestable de Castilla, nombrado gobernador de Milan. — Motin de los artesanos de Madrid contra una disposicion de la Junta de policía de esta villa. — Parte que en él tomó el referido Condestable. — Carta del confesor del Rey á su Majestad sobre la mala provision de justicia. — Lo que el Rey le contestó. — Es destituido de la Presidencia de Castilla el Conde de Barajas. — Cualidades de este ministro. — Organizacion del Consejo de Estado y reformas que en él se creian necesarias. — Resuelve el Rey traer de Portugal al archiduque Alberto para que le ayude en el despacho de los negocios.

Estaban reducidas las cosas de los Países Baxos por el Duque de Parma

en estado tan cercano á su recuperacion, despues de la expugnacion de Zuphent, que si la Reina de Inglaterra no esforzára la caida arrogancia de los rebeldes, el Rey Católico habria acabado tan larga y dañosa guerra, y la cristiandad, que en esto era interesada, en gran parte obtenido el deseado reposo; y conociendo su enemigo que aquella potencia sería presto vencida con la arte y valor de España, reforzó por otra parte el ímpetu de su furor con fomentar los ánimos para deshacer del todo la tranquilidad de la Iglesia católica con la introducida mudanza de religion y condenadas opiniones de los antiguos herejes en Francia, encrueleciendo el ódio civil y tomando unos la defensa de los católicos y otros porseverando en la ofensa para adelantar su poder y ostentacion. En el mismo tiempo que se via esperanza de bonanza, se levantó fiera tempestad con tristes y lamentables efectos, temidos ántes que prevenidos, no adelantándose la prudencia humana en el conocimiento de las causas de los males que se pudiese útilmente apartar las verdaderas ó retardar las..... (1) ..... ascondiéndoselas el que en apariencia de pena da salutífera medicina.

La guerra en Francia, renovada por dos importantes causas, interesó las fuerzas del Rey Católico por mantener la religion católica en el reino ajeno, de manera que sus vasallos sintieron su daño en esto, y conociendo enflaquecido el poder de los católicos, y que en la muerte del rey Enrique III, quedando Enrique de Borbon por sucesor con las fuerzas de los que hasta allí le habian mantenido contra las armas del Rey su primo, se acabára de perder la Iglesia romana en aquel reino, volvió las fuerzas de su consejo y potencia á negocio de tanto momento, estimando la del Pontífice de poco caudal para largas expediciones de exércitos, y quedaban imperfectas (2) y de fácil mudanza por la brevedad de sus pontificados. Tambien consideraba que si la parte herética prevalecia, los Países Bajos quedaban en medio deste reino, del de Inglaterra y príncipes protestantes de Alemania, expuestos á manifiesto peligro, pues los franceses que los acometieron reinando Enrique III, teniendo un Rey favorable los acometerian mejor por sus intereses y abatir la corona de España; ni la inglesa, unida ántes con Enrique III, y fomentadora de la parte hugonota, como remedio elegido por el más gallardo para conservar su imperioso dominio contra la Iglesia romana, fuera ménos pronta para gozar de tan buena ocasion, porque con estar segura del cercano poder del Rey Católico, no le quedaba otro obstáculo de importancia verisímilmente. Los protestantes habian procurado que los Países se dividiesen en cantones como los zuiceros, ó repúblicas como sus ciudades francas, y tener compañeros en la

(1) En claro.

(2) Hay una llamada en el MS., y al márgen, de la misma letra del texto, se lee: *Por su poca facultad.*

mercaduría á su modo, con que por el interes de la religion crecian sus fuerzas en cualquiera caso de violencia, y en tanto con el dinero de otros acudian á sustentar y ostentar la pujanza de sus armas, dellos tenidas por invencibles.

La importancia, pues, de conservar en Francia la verdadera fe católica movió, por el público y privado interes, á D. Felipe á emplear aquí lo mexor de sus fuerzas, porque no quedase desmembrado aquel reino, ó entre los principales señores en gran parte dividido, ó por su favor y ayuda particular alguno alcanzase la corona, ó se redujera á gran debilidad, ó le quedára en gran manera obligado, debiendo reconocer de sus fuerzas tanta grandeza. Estas razones abrazó el Rey y su Consejo; y porque dependia desto el buen suceso de los Países Baxos, ordenó al Duque de Parma que tuviese este fin por objeto fundamental y pasase á impedir, en ayuda de los confederados, los progresos de Enrique de Borbon; y por esto, como se ha dicho, pasó al socorro de París con tanto gasto de hacienda y gente. Y porque muchas veces se conocen en el acto práctico suceder las cosas muy diversamente de lo que en la especulacion y discurso se mostraron, hizo experiencia el Farnés de que los objetos propuestos de su Rey no salieron como se esperaba; porque los holandeses, enemigos principales, por haber debilitado las fuerzas del Rey en los Países y reforzado la Reina de Inglaterra las de los heréticos, y Enrique de Borbon, queriendo hacer gallarda diversion, hacian ya la guerra ofensiva, y teniendo por capitan al conde Mauricio, tentaban empresas de gran consecuencia. De la otra parte los franceses, favorecidos del Rey Católico, temiendo la potencia y arte de los españoles, procedian con gran cautela y guerreaban con dos corazones, como si se hubieran de guardar de las armas favorables como de las enemigas; y desta disidencia nacia que se valian de las ayudas cuanto bastaba á conservarlos en los más graves peligros, oponiéndose artificiosamente é impidiendo los progresos de mayor consecuencia, por tema de no ser despues forzados á obedecer á los compañeros; efecto realmente observado en las guerras de diversas naciones, y en particular probado de britanos por los ingleses y éstos de los dacios, si bien con menor daño.

Deste inconveniente se causaba que el incendio civil en Francia se conservaria gran tiempo, teniendo contínuamente fomentos de católicos y heréticos, ántes que se dividiese ó acabase, que todo causaba el gran dispendio del Rey Católico, necesitado por esto á tener en ser diversos cuerpos de exércitos; y éstos, no pudiendo ser contínuamente grandes y poderosos por los gravísimos gastos, era de ambas partes la guerra defensiva ántes que ofensiva, partido para sus cosas muy dañoso, como es á los particulares de lite en lite consumir el tiempo y dinero para recuperar la posesion de los bienes de otros cualesquiera ocupados.

Ocasionábanse de aquí otros efectos de gran impedimento, que no pu-

diéndose, ó á lo ménos muy tarde, suplir á gruesos pagamientos de los soldados, los exércitos salian faltos y ménos efectivos, alterándose en una nacion y otra, que consumidas de viajes y mal proveidas de las cosas necesarias, con más miramiento á su salud que al servicio del Rey, finalmente pasaban á la desesperacion del amotinarse. Ni faltaban ministros principales que, reputando la gloria de los felices sucesos del Duque de Parma por depresion de la propia grandeza, se le atravesaban con arte cortesana para impedirla de varios modos, mostrándose no ménos invidiosos del servicio del Rey que del honor del Duque. De allí salian para él mayores dificultades de dia en dia en aquel pesadísimo gobierno, de modo que era á un mismo tiempo combatido de malicia cortesana, de la falta del dinero, de la poca voluntad de los capitanes, de la desobediencia de los soldados, de grave enfermedad del cuerpo, de la afliccion del ánimo, por no poder satisfacer enteramente al cargo de su oficio, como deseaba y siempre habia procurado.

En su ausencia el Conde de Manzfelt pudiera atender á la defensa del país con más prontitud y cuidado; y el enemigo, cobradas fuerzas y reputacion, no levantára el pensamiento á empresas importantes, y más desde la empresa de Breda, tan celebrada de los heréticos y tan llorada de los católicos, con que comenzó á declinar la buena fortuna del Duque de Parma. Habia combatido á Niemesghen el conde Mauricio en el verano pasado, y socorrióla el Conde de Manzfelt sin arriesgar el venir á las manos, porque no la tomára el enemigo, y porque yendo á Francia el de Parma no queria poner en el dudoso cuento de batalla aquel nervio de exército, que con cualquiera pérdida dexára á Flándes desguarnecida.

Conociendo Mauricio esta deliberacion, tomó atrevimiento de pasar en el Vaal, y con gran furia hizo fabricar un fuerte en la ribera siniestra para impedir las vituallas al Conde, y más el que pasase al socorro de aquella ciudad, molestando su territorio de tal manera, impidiendo la siembra y recoxida que le viniese á las manos, y necesitaria á muchos villajes á contribuir y aseguraria lo que poseia de las contribuciones ordinarias. El Conde, considerando su intento, se le acercó sin acometer á Mauricio, y él perficcionó en pocos dias el fuerte, valiendo poco en su opósito el presidio de la ciudad, reforzado con la gente que llevó Nicolo Cesis, y fue estimado ménos de lo que se hizo considerable despues, como otras cosas crecidas, por no habérseles opuesto en sus principios, y hechas insuperables por no haber conocido ó prevenido el daño que despues causó con la pérdida de la ciudad. Dexándola bien guarnecida á cargo de Mos. de Galein, se retiró á Brabante, y primero fortificó un puesto importante cerca de Dodedael, donde habia castillo fortísimo entre lagunas, y sitió este castillo, quedando señor de la campaña, y ayudado de gran sequedad plantó la batería, y rindióle á discrecion el capitan Boelio de Amsterdam, que justició por rebelde, y saqueó el lugar. Bien guarnecido el fuerte de Nieme-

ghen, pasó á hacer daños en Brabante, y tomó en la isla de Bomel á Heez, el fuerte de Sevenvorghe y el de Creuecor, cerca de Bolduque, y el de Hoy, y arruinaron á Thenen, y el de Ementil en Frisa; fortificaron á Buric para enfrenar el de Rimberghe en el Rhin; corrieron la campaña de Brujas, no moviéndose á la defensa el Manzfelt; y así venido de Francia, pasaron las quexas del Farnese á tales términos que no hubo más entre ellos buena correspondencia.

Porque los Príncipes de Alemania, confines con los Países Bajos, en dieta trataron de los daños que la gente dellos les habia hecho, levantando en sus tierras fuertes para arraigarse en ellas y las ocupaban con pretexto de ayudar aquellos Príncipes y conservar libre el país de las correrías y contribuciones de los enemigos, enviaron embaxadores á pedir las tierras y lugares de la jurisdiccion del imperio á Flándes y á Holanda, porque si no los entregaban vendria á recuperallos el exército del Imperio. Los de Holanda dieron por respuesta invectivas contra la nacion española y su Rey, mostrando juntamente no querian la paz. Los Embaxadores de Lieja concertaron libre comercio con las islas, con gran desplacer de los ministros del Rey, porque se les abria la puerta de hallar dinero para sustentar la guerra, porque vendian su poxe, manteca y queso, y traian trigo y vino y otras cosas de que tenian falta, y lo que peor era que con la estrecha comunicacion corrompian los ánimos de los buenos, y sembrando sus sectas aumentaban la pestífera de Calvino, que trabaxaba la católica religion.

Del mal estado en que halló las cosas en su vuelta de Francia el Farnés se quexó gravemente con el Manzfelt, y especialmente por haber dado lugar á que se amotinasen los españoles del tercio de Manuel de Vega, porque contra el órden expreso suyo de no dexarlos pasar desta parte del Rhin y á lo ménos de meterlos en tierras muradas, los distribuyó en Fist, Lane y Herentales, donde luégo se alteraron de manera que hicieron trabajar mucho al de Parma, primero que los quietase. Atendió para su remedio á la provision de dinero, porque en el buen tiempo no impidiesen los progresos de la guerra y cesasen las aflicciones del país, consumido con esta milicia desobediente, y áun ensoberbecida con mayor ferocidad miéntras el Duque, con suaves medios, procuraba su reduccion y satisfaccion, y con mayor contumacia aumentaba los daños y las quexas, no perdonando á las vidas ni á las honras ..... (1) ..... no querian contribuir á los amotinados y procuraban, aunque con infeliz suceso, el defenderse con las armas; mas el Elector, para hallar temperamentn, aconsejó á los suyos que sin dexar las armas les diesen alguna satisfaccion, por no medir sus fuerzas con la desesperada braveza de veteranos, milicias nuevas y tumultuarias.

(1) Faltan palabras.

Los ingleses de la guarnicion de Ostende, para quitar la molestia que les daba el fuerte de Blanchebergue, que para evitar la que ellos daban á Flándes levantó el de Manzfelt, le ganaron y arrasaron; y los ministros del Rey levantaron otro de no menor importancia, porque venian á Francia alemanes en favor del Príncipe de Bearne; y para que no dañasen el Ducado del Duque de Luceltburg, envió el Farnese al de Manzfelt á la defensa de su gobierno. Por esto luégo el Conde de Brisac pidió de parte de la Liga socorro al de Parma, y le prometió de entrar muy presto con exército formado en su ayuda, y en tanto, con buena suma de dinero que inviaria, aquietasen sus milicias que dexó en aquel reino.

El coronel Verdugo dió cuenta al Duque de lo que pasaba en su gobierno y cómo por las villas de Zuphent y Deventer podria su Alteza hacer grandes progresos, y entrando por el país de Utrecht en Holanda lo sentirian en extremo los enemigos; y el pueblo, acordándose de los daños que habia recibido el tiempo pasado, se reduciria á su Majestad ántes que pasar otra vez por ellos. Ya que su Alteza no quisiese hacer esta entrada y efecto, á lo ménos proveyese estos dos lugares de manera que se pudiesen conservar, teniendo el socorro aparejado muy á tiempo; pues los holandeses habian tomado el manejo de la guerra, no dudaba que estas dos plazas importantes y no fuertes serian dellos lo primero acometidas, por lo mucho que les importaba; y era cierto que el enemigo juntaba todas sus fuerzas para acometerlas y las ganaria por la poca comodidad que habia de hacer resistencia sin su ayuda. Volvió sin dineros, ni gente á su gobierno, habiendo protestado los daños que esperaba, y entró en Zuphent. El Duque envió dineros para comprar vituallas al gobernador y al Conde Herman, que lo era de Deventer. Ordenó Verdugo al de Zuphent se proveyese con toda diligencia de faxina y cestones, fortificase desde la puerta del Pescado hasta el rio, que era por donde el enemigo podia hacer el daño, y reforzóle con una compañía de infantería. Pasó á visitar á Deventer, y en ella y en Zuphent hubo mucho descontento en la guarnicion en ver habia vuelto sin dinero y sin gente para su defensa, y de allí fué á Gruninghen.

En tanto formó el enemigo su exército bien sustancial, no obstante los avisos dados al de Parma desde Gheldres, y el capitan Nicolo Basta, gobernador della, le escribió juntase luégo su gente para socorrerle y no lo hizo hasta que Zuphent fue sitiada (1). Envió el enemigo soldados mancebos en hábito de mujeres, y con las armas que llevaron escondidas ga-

(1) *Sic.* Véase lo que dice á este propósito Verdugo, de cuyos *Comentarios* está tomado todo este párrafo algo oscuro: «El enemigo entre tanto formó su exército bien sustancial, y no obstante los avisos que yo habia dado á su Alteza desde Gheldres, como el capitan Nicolo Basta, gobernador de ella, puede certificar, y desde Zuphent y Deventer, como el Conde de Herman y Loqueman pueden decir, que convenia que su Alteza juntase luégo su gente para socorrerme, y no lo hizo hasta que la villa fue sitiada.»

naron el fuerte del rio, que tanta sangre costó sustentarle. Luégo plantó treinta y tres cañones y batió la tierra reciamente, y el gobernador se le rindió. Estando ya el de Parma con alguna gente junto al Rhin, en la abadía de Marienbon, y yendo á visitar el fuerte de Rees, que gobernaba Mos. de Rinavel, dijo que sabía que Loqueman estaba en Rees, y que habia estado aquel dia en aquel fuerte, que le avisasen que se guardase de parecer delante de él y procurase ganar amigos, lo cual habia hecho ántes á costa de los soldados de su regimiento, cobrando el remate de su descuento; y así despues de la muerte del Duque de Parma fue perdonado del Conde de Manzfelt.

Con la gente que sacó de Zuphent fué á Deventer, y el Conde Herman, su gobernador, tomó la que le pareció le podia ayudar y asistir, y remitió la demas al coronel Verdugo. Mauricio plantó su artillería á Deventer, y batióle terriblemente por la parte que no habia terrapleno, confiándose en el rio Issel, y en un arroyo que hacía foso por aquella parte. El Conde Herman se puso á la defensa, donde con un ladrillo de los que volaban de la batería fue herido en el rostro con pérdida de un ojo y riesgo del otro.

Para dar el asalto hizo el enemigo un puente sobre barcas, por el rio abaxo, y le puso á la punta del arroyo; y aunque la artillería le mató muchos de los marineros que le guiaban, le pusieron por donde querian dar el asalto, y pasando á la batería alguna gente pusieron en ella una bandera, y por no ser asistidos de los demas, que estaban ordenados para el asalto, la retiraron, hallando dificultad al entrar en el puente; porque de una parte y de otra los bordes eran hechos de tablas más altas que el puente, y con más seguridad y ménos daño podian estar los defensores, peleando mano á mano con el enemigo en aquel puesto, que no estar en él sujeta á la furiosa batería que despues de retirada su gente della hizo. Herido el Conde y otros capitanes, comenzaron contra su voluntad los soldados á tratar de rendir la villa con buenas condiciones, no teniendo nuevas de ser socorridos.

Con estas ganancias animado Mauricio, prosiguió la guerra contra la Frisia, en que tanto habia trabaxado y tanta gente habia perdido por señorealla (1); y por consejo del conde Guillermo de Nassao y requisicion de los malcontentos de Groninghen, vino á sitialla. El conde Federico y Verdugo estaban en el fuerte de Covorden á la mira; y para impedirles la entrada procuró cerrarla, enviando gente suelta caminando de dia y de noche, mas no lo pudo hacer primero que fuesen avisados por los espías. Resolvió Verdugo partir para la villa, caminando toda la noche, y ordenó que alguna infantería que tenía en Covorden, temiendo fuese acometida,

(1) Debe entenderse Verdugo.

le siguiese. Entraron dentro con el Conde cuando ya la vanguardia del enemigo se acercaba á la tierra; y los mal intencionados della, viéndola tan cercana, comenzaron á alterarse, que segun los enemigos decian habian prometido de hacerlo á su llegada; de otra parte el magistrado no queria recibir en la villa la gente de guerra de Verdugo, pero ni áun en el burgo. Llegaron algunos soldados que habia (1) mandado venir de algunos fuertecillos de poca importancia, y estando con pena de no quererlos recibir los de Groninghen, por la alteracion de los malcontentos, ordenó al conde Federico trabase la escaramuza con aquella gente y algunos caballos, y entretuviese los enemigos lo más léxos que pudiese sin desarrimarse mucho del foso y murallas, y entre tanto negociaria dentro de manera que, echando fuera algun número de los malos, le abrieron el burgo, y retiróse dentro el Conde con la gente, porque no se arrepintiesen. La del enemigo padecia por haber dexado bagaxe y vitualla atrás, principalmente los ingleses y escoceses, que arrimándose á las huertas eran muertos desde las murallas. Llegado su exército, se metieron en escuadron, algo léxos de la villa, y se alexaron; mas batidos de la artillería, reculando sus tiendas el conde Mauricio y parte del exército, viendo que los malos que eran de su parte no habian salido con su determinacion, ni cumplido lo que le prometieron, conservó el puesto sin atrincherarse más. Verdugo juzgaba era por esperar la artillería y pertrechos, que por el mar venian, y dentro de tres dias comenzaron á aparecer gran número de velas, en que, segun los avisos que Verdugo habia tenido, venian sesenta piezas de batir y las municiones y pertrechos necesarios para un grande y largo sitio.

Avisó de todo al de Parma, y envió al teniente de caballos de Mos. de Assicourt á reconocer, dando siempre esperanzas de socorro. Considerando Verdugo que por estar los españoles amotinados en Diest y otras incomodidades que su Alteza podia tener no era posible haber tanta gente que pudiese contrastar con el enemigo, le escribió que si no tenía doce mil infantes y más (2) de dos mil caballos que no pasase el Rhin, porque ménos daño era que él se perdiese que su Alteza se metiese en peligro. Estando en la muralla haciendo tirar la artillería á los escuadrones, mandó á Mendo su teniente que cerrase con el primer cuerpo de guardia del enemigo y con la infantería diese en muchos que andaban en los jardines. Mató y prendió buen número, y los burgueses mataron los prisioneros con aprobacion de Verdugo para empeñarlos más y darles ánimo; y así tenian ya en poco al enemigo. Mas si acometiera la villa por dos partes, como era su intencion, con batalla formada, los pusiera en aprieto, aunque tuviera

(1) Verdugo.
(2) «Y por lo ménos dos mil caballos», dice Verdugo.

trabajo ántes de ganarla; y pareciéndole empresa difícil, fué á tomar los fuertes del territorio de Groninghen, especialmente el importante de Delfezijl, sobre el rio Ems, porque está sobre uno de los dos canales, que del mar vienen á la villa, en que sólo habia una compañía de las dos que los burgueses tenian á su cargo; y aunque les ofreció refuerzo de treinta soldados de su Majestad Verdugo, no los quisieron, temiendo su salida. Ganó esta plaza el Conde de Rinbergh, y la usurparon ellos y suplicaron al Rey les hiciese merced della, y no parecia conveniente agraviar al caballero Riperdá, cuyo era el lugar, donde estaba el fuerte, porque residia en Alemania y era neutral. Ellos le rindieron fácilmente al enemigo sin esperar batería, y caminó á ganar otros fuertes.

Viéndole ocupado en esto el de Parma, determinó ir á sitiar el fuerte de Niemeghen, llamado de Knoagenberghe, por gran instancia que los de la villa le hacian, y pasó el Rhin á quince de Julio, en tiempo que, estando disponiendo su exército para entrar en Francia, no se podia empeñar en accion larga. Fingió querer asaltar el fuerte de Esquenque, que tenía á caballo del Rhin y del Vaal, en la punta de la isla Beti, y revolvió sobre Nimega. El de Nassau, entendiendo muy á tiempo el designio, se valió de la gran comodidad del rio, y envió delante al Conde de Solma con gente y municiones á reforzar el fuerte, en tanto que se encaminaba con el resto del exército. El de Parma se trincheó con seguridad con altos reparos de uno y otro lado, guardados de los regimientos de irlandeses, valones, tudescos y españoles. Los del fuerte hacian salidas, inquietando de manera que Mos. de la Mota trabaxó cuatro dias en plantar la artillería y con poco efecto, porque el terrapleno era firmísimo y poco sujeto á la ruina de la artillería. Por esto usaron de la zapa y traxeron faxina para llenar el foso ancho y profundo, accion en que murieron muchos y muy honrados soldados, tirados de mampuesto en descubriéndose de la arcabucería y mosquetería del fuerte; y entre ellos Federico Carrafa, napolitano, y el caballero Octavio Manzfelt, estando en su cuartel seguro á su parecer. Fue audacísimo y que intrépido venció grandísimos peligros y algunos poco necesarios, sólo por mostrar su braveza expuesto á ellos, no habiendo sido herido jamas. Trabaxábase para desembocar en el foso, y á tomár puesto en la escarpa del terrapleno envió tres soldados sólo con zapas y palos, cubiertos del humo de la artillería; en tanto que pasaban á nado, fueron descubiertos y tan mal heridos que murieron. Eran un español, un irlandés y un siciliano. Este se defendió tan bizarramente que ganó una pica por fuerza al enemigo.

Habíase acercado el Mauricio con el exército, procurando con su ventaja dañar la gente del Duque, y no podia por la solícita prevencion y oposicion del Farnese así en la ciudad como en el campo. Escaramuzaba cada dia la caballería, y la de Mauricio llevaba lo peor; y para vengarse con la

astucia ordenó que el Conde de Solma y el caballero Vera (1), inglés, hiciesen una emboscada de cuatrocientos mosqueteros puestos entre unos puentes sobre canales. Trabaron la escaramuza con cuatrocientos caballos, contra la órden que les dió el Duque, el furrier mayor, Nicelli, su caballerizo mayor, y el capitan de su guardia, y retirándose los heréticos metieron á los del Duque en la emboscada; y hallándose en sitio tan desaventajado, en medio de tantos cañones y con paso estrecho para la retirada, fueron pocos los que abriéndole con las armas se salvaron. Quedaron prisioneros el Nicelli, D. Alonso Dávalos, D. Antonio de Sinigalia, el Conde Decio Manfredi, el capitan Jacobo Amatricci y Pradilla, y fue herido D. Jerónimo Carrafa, capitan de caballos, y se perdió su corneta y la del Nicelli.

En tanto que el Duque sentidísimo del caso trazaba la venganza, llegó órden apretadísima del Rey que, dexada cualquiera empresa y buena provision en el gobierno de los Países Baxos, segun pedia la apretura del tiempo, pasase á Francia á ayudar las cosas de los coligados puestas en extremo peligro. Turbó el ánimo del Farnese algun tanto este mandado irreplicable, habiendo de partir sin acabar aquella empresa y pasar el Rhin su gente y artillería, teniendo sobre sí el exército enemigo y el fuerte al lado con tanta gente. Hizo levantar cercano á la márgen del Vaal algunos trincheones, para asegurar el costado del exército al embarcar y junto un reducto en forma de fuerte, y todo en cinco horas fue acabado. Encargó el hacer la retirada al Príncipe su hijo, poco ántes llegado de Italia, y se executó á veinte y cinco de Julio con órden tan maravilloso que no se perdió un soldado, pasando primero la artillería y despues la infantería, asegurando los trincheones mil soldados embarcados. Dexaron las picas en los terraplenos arboladas, en la forma que se vian ántes, y así el enemigo no se movió á molestarlos. Estuvo en Nimega el Duque diez dias, dando órden en su seguridad, y no queriendo recibir el presidio necesario, les dexó tres compañías alemanas á cargo de Mos. de Egleu, y cometió á Verdugo el atender con dos mil infantes y cuatrocientos caballos á los progresos de Mauricio, metiéndose con ellos donde más necesidad hubiese. Tratóse de la recuperacion de Zuphent y para la seguridad de Nimeghen queria Verdugo que, atrincheando hácia la puerta que va á Mozza en aquel alto, se pusiesen dos ó tres mil hombres, y ofrecia el quedar con ellos. Aprobólo y no lo executó, dando causa para que los de la villa dixesen á voces quedaban perdidos y vencidos, y á Verdugo envió al exército dexándole ordenado que deshiciese la fortificacion que hizo Camilo Arquini en Midelber, y el fuerte que Mos. de Rinavelt guardaba frontero de Rees,

(1) Herrera los llama el Conde de Solms y el caballero Veaa, inglés.

necesarísimo para el paso de Frisia. Maravillóse de que, estando Nimega en tanto peligro, deshiciese fuertes que en parte la tenian sujeta, y así partiendo para Francia el Duque, los de la villa comenzaron á tratar con el enemigo, y él marchó hácia ella y en Tiel hizo alto.

Verdugo desde Mozza fué á Nimega, y convocando el Magistrado en casa de Guilein, gobernador, les propuso el peligro y estar con seguridad si recibian más gente de guerra para su defensa, y no la quisieron recibir, y pasó á Mastrich. Allí supo iba Mauricio á Nimega con el exército, y con tres mil hombres escogidos caminó á socorrella, y si fuese perdida aseguraria á Grave que estaba en peligro por estar ausente su gobernador, Mateo de Castello. Avisó al de Nimega estaba cerca para entrar en su ayuda, y para esto con la gente de guerra tomase una puerta, que luégo caminaria el rio arriba secreto y cubierto. Los de la villa, superiores, conservaron sus puertas, y Verdugo, teniendo la villa por perdida, para asegurar la de Grave procuró con los burgomaestres que recibiesen más gente de guerra; y no queriendo, hízolos entretener, y siguiéndole sus soldados llegó hasta el castillo, donde puso los alemanes, y en los hospitales y cuerpos de guardia y casas vacías los italianos, irlandeses y valones. Con esto aseguró la villa ya casi concertada con el enemigo. Pocos dias despues llegó de la otra parte del rio Mos. de Guilein con el presidio de Nimega, que se habia entregado á Mauricio; y él, ordenando á su gusto las cosas, donde eran casi todos buenos católicos, profanó las iglesias, derribó las imágenes y reduxo todas las cosas al calvinismo; metió gruesa guarnicion de soldados á pesar de los ciudadanos, y por gobernador á Felipe de Nassau. Volvió en Holanda recibido con gran triunfo por sus felices sucesos en aquel año, en que mostró prudencia, diligencia, valor y buena fortuna.

Hablábase en Castilla en poder recoger los ocho millones que le estaban repartidos para acudir á las urgentes necesidades del Rey, que se trataban de repartir entre los señores eclesiásticos y seglares, segun lo que podia cada uno dar, y que lo tomasen á censo desde luégo sobre sus Estados y que se les libre sobre los partidos, conforme á los repartimientos, para que se desempeñasen y pudiesen hacer este socorro y empréstito; y para persuadirlos al efecto nombraron religiosos de diversas Ordenes, y algunos señores seglares ofrecieron buenas cantidades. El Padre Cicilia, de la Compañía de Jesus, fue el capataz, y tan útil que le valió su negociacion del subsidio caritativo, que tal nombre le dieran, mas desangrando á Castilla de todas maneras.

El Cardenal de Toledo, D. Gaspar de Quiroga, andaba cansado y viejo y con instancia pedia al Rey le descargase de la Presidencia de Italia. Su Majestad le respondió no se servia dello, porque estaba su conciencia muy descargada teniéndole en ella, y así le rogaba mucho no tratase más de exonerarse della; y si habia causado esta novedad el haber dado la gober-

nacion de Milan al Condestable de Castilla por otra mano y consulta, convino por algunas causas, pero no habia estado resuelto hasta ahora; le inviaria á llamar y le dixese el cargo que se le daba; y aunque era público ántes, el Cardenal, que era cortés y obedientísimo á su Rey, fué á ver al Condestable, y recebido en la escalera dixo al Cardenal: «Si V. S. I. me hubiera enviado á llamar, fuera yo á su posada», y el Cardenal le dixo: «Los Condestables de Castilla no han de salir de su casa sino llamados de los Reyes», y que le venía á dar un recado de lo que habian dicho muchos por la calle, que su Majestad mandaba que le fuese á servir en el cargo de Gobernador de Milan. Disponíase para su viaje y quedó pendiente el pleito entre él y el Conde de Medellin sobre casamiento con su nieta del Conde de Haro, y él casaba quinta vez con hija del señor de Peñaranda para tener hijos varones y que no sucediese la nieta en el Estado.

Tambien se concertó casamiento del Conde de Paredes con doña Catalina, hija de D. Diego de Córdoba, primer caballerizo de su Majestad, dama de la infanta doña Isabel; y doña..... de Córdoba y Aragon, hermosa y discreta, mudó en Palacio el hábito de dama en el de las señoras de tocas largas. Tambien queria el Condestable que sus títulos é instrucciones no fueran limitados, como van, en las materias de guerra y exércitos; y decia que si no se le daba satisfaccion no iria á Milan, como habia hecho en el año de mil quinientos ochenta y uno el Duque de Medinasidonia. En tanto le sobrevino caso que pudo templar el gusto que tenía el Rey en honrar y favorecer sus cosas. Pregonáronse reformaciones cerca del ornato y policía de Madrid por los de la Junta della, y mandaban retirar de las esquinas, calles y plazas los oficios viles dentro de sus moradas y portales, ó en los puestos que se les señalarian. Ofendidos desto los oficiales, como desta Junta no hay recurso para algun tribunal, se ampararon del Condestable, á título de Justicia mayor de Castilla y por la calidad de su persona, para que los favoreciese con el Rey. A las dos de la tarde fué á Palacio, seguido de más de doscientos oficiales, sin valer con ellos ruegos ni amenazas para que se volviesen; y pudo tanto que al entrar de la puerta eran ya cuatrocientos, unos como interesados, otros por curiosidad. Habló á don Cristóbal de Mora en el negocio, y dixo daria cuenta dello al Rey en buena ocasion; con lo cual y su parecer fué el Condestable á tratar de la materia con el Presidente de Castilla. Enfadóse mucho de verle ir con tanta canalla, orgullosa y desenfrenada ya con el amparo del Condestable, encaminada á motin, diciendo unos á otros cerca del suceso que tendria si no remediaba su pretension el Rey; y así los trató de palabra ásperamente, y mandó que el alcalde Pareja prendiese las cabezas de aquella Junta, y luégo se deshizo con la prision de treinta y el castigo público y afrentoso de cuatro. Resultó poco honor al Condestable, aunque más le disculpaba su celo.

Eran grandes las quexas que habia del Conde de Barajas, presidente de Castilla, y remitió su averiguacion el Rey al Cardenal de Toledo y á su Confesor, al Arzobispo de México y al oidor Juan Gomez; y consultaron á su Majestad convenia quitarle el oficio. Teníale por buen ministro el Rey, y deteníase en la execucion, y el padre Confesor le escribió: «Vuestra Majestad, como he dicho muchos dias há, y particularmente de pocos acá, sabe que tiene mal proveida á la Justicia de España, y digo de lo que llamamos generalmente Castilla, sacándole cada hora tantos pedidos por lo que todos los dias V. M. pide. La cabeza tengo por sin duda que vive en estado peligrosísimo, y ansí de los Consejos muchos dicen que los malos sucesos que V. M. tiene en sus cosas son por este pecado, y en este caso yo he dicho á V. M. lo que hay, segun toda la doctrina de los Santos. Veo que V. M. se está de buen espacio en cosa que le va el alma y su seguridad y de su república y el acatamiento de Dios. V. M. tiene precisa obligacion de luégo proveer de persona; que V. M. ni puede ni despacha estando sano, cuanto más enfermo, y la república sano y enfermo le acude, como vuestra Majestad ve, y no se duele de la justicia ni la remedia con brevedad. ¿Parécele á V. M. que tiene Dios necesidad de ser gran teólogo para juzgar? Lo que en este caso hay, he dicho á V. M. otras veces, es cosa tan cierta que V. M., so pena de su condenacion, es obligado á sus vasallos á hacelles justicia y con brevedad; si no puede por sí (como ni puede ni lo hace) es obligado por la misma obligacion á hacello por terceros. Ménos inconveniente es que algunos negocios se yerren, que no que haga tan gran mortandad en ellos. Yo, confesor, ni insistiré más ni me obliga Dios á más, porque yo no tengo de reconvenir á V. M. delante del alcalde Armenteros; pero oblígame Dios á no administralle ningun sacramento, no haciendo las cosas dichas; porque no los puede V. M. recibir ni hacerlo yo infaliblemente hasta que V. M. lo haga, porque esto manda Dios. Imposible cosa es que de tantos ministros, como V. M. tiene, no haya tres ó cuatro ó cinco en quien descargar confidentemente en lo del gobierno general, y allí están diez y seis hombres con quien poder esperar á proveer cabeza que tanto conviene. En lo de la Hacienda obligará V. M. á quien la tiene que abra más los ojos, con confianza de acudir á esto de que convendrá hablar para los despachos y breve resolucion de los negocios. Hará V. M. lo que he dicho, pues ve con evidencia la obligacion que V. M. tiene y necesidad que dello hay. No haciendo esto, tengo por cosa cierta, segun la ley que profesamos, estar V. M. en el más peligroso estado que tenga ningun cristiano católico. De mi celda, á diez y nueve de Marzo, mil quinientos noventa y uno.»

El Rey le respondió:

«Padre Fr. Diego, diréis de mi parte al Conde de Baraxas que, por justos respetos del servicio de Dios y mio, conviene que me pida licencia

para irse á descansar á su casa, descargándose del cargo de Presidente y del Consejo de Estado, que podrá hacer este oficio por vuestro medio, porque yo le escogí por más conveniente para él y para todo. Y si os pareciere que quiere diferir lo que tanto le conviene, podréisle luégo decir que se tenga por exonerado de los dichos oficios y desobligado de acudir al exercicio dello, y avisaréisme en haciendo lo que aquí os digo, para que yo mande proveer en todo lo que más convenga.»

El Conde oyó al Confesor no sin turbacion, y escribió al Rey mirase por su reputacion al cabo de tantos años de servicio y ser su hechura, y le hiciese merced de la encomienda mayor de Castilla, con que en alguna manera saldria ménos mal su nombre de la Córte, y hiciese merced á Paredes, su secretario, por haberlo sido de la Junta de Córtes y concesion de millones. El Rey le replicó executase, y lo hizo á primero de Abril, y se despachó cédula para visitar á Paredes, y á vuelta al Conde. Y sabiéndolo su hijo, obispo de Cádiz, pedia licencia para venir á la defensa de su padre; y negándosela, dixo dexaria el obispado para ello, y se le respondió lo mirase mejor; y con la muerte de su padre, que fue desde el mes de Octubre en adelante deste año, cesó todo, aunque no la visita del Secretario; y llevó tan á lo largo este expidiente del Conde, porque los de casa del Conde en su abono dijeron poco advertidos le expelió el Rey por haber requerido de amores á una dama á quien amó su Majestad; causa que acusaba más al Conde de infiel y poco cortés con su Príncipe, y de mal exemplo por su oficio y canas y la gran satisfaccion que de sus buenas partes se tenía generalmente; si ya el corresponder los fines á los principios en la vida de algunos los precipita. Cierto, fue ministro de buen nombre y fue agravado hasta ahinojar de las culpas de sus parientes y criados más que de las suyas.

El Rey, escarmentado, suspendió años el darle sucesor, dejando hacer á Ximenez Ortiz, decano de su Consejo, el oficio de Presidente sin cédula, como dirémos, demas de que cargó sobre muchas quejas el haberla dado al Rey un hermano del Conde de Osorno de que se veia un pleito que traia en el Consejo con el Conde sobre los alimentos sin estar sustanciado ni él citado; y el Rey invió á Juan Ruiz de Velasco á la sala y dixo: «Su Majestad manda no se vea este pleito hasta que señale jueces.» Estaba el Conde casado con hija del de Barajas.

Decian los ministros era bonísimo el órden que tenía en el despacho de sus negocios y de gran satisfaccion para sus vasallos, porque cada tribunal y ministro trataba solamente de los que tocaban á su ministerio, y no se confundian con entrometerse unos en los de otros y tratar de los que no tenian noticia; y tambien era de mucha importancia que, fuera de las cosas ordinarias de justicia, no habia tribunal ni ministro que tuviese autoridad de despachar alguna sin consulta de su Majestad; y ansí, como dueño

y señor de todo, y con el gran juicio que Dios le habia dado, y con tan larga experiencia en el gobierno, debia acertar mucho mejor que si lo tuviese remitido á otros; ni se podia poner en este modo de gobierno inconveniente, sino que el de que si su Majestad se cansase de trabajar tanto como ahora lo hacía, y quisiese tomar algun dia para sí, ó le obligase indispusicion, paraba toda la máquina; y por grave que fuese el negocio que se ofrecia, ó tan preciso que no se pudiese diferir un punto lo que se habia de proveer en él, no habia forma cómo se hiciese; y teniendo su Majestad tantos reinos y tan divididos unos de otros, podrian suceder casos de que resultase algun daño irreparable.

El remedio más natural y más fácil era que hubiese persona con autoridad de poder proveer á todo cuanto su Majestad no pudiese; pero como tan largo poder no se podria dar sino á su propio hijo de su Majestad, si fuera de edad, ó á su mujer si la tuviera, ó á hermano de quien tuviese mucha satisfaccion, era fuerza pensar en otro medio y traza, pues no hay que tratar de que se hubiese de poner en esto persona de ménos calidad de las que se han dicho; porque demas de que tendria su Majestad mucha dificultad en hallarla á su gusto, cualquiera que escogiese, causaria gran envidia y mala satisfaccion en sus reinos; por esto se debia dar esta autoridad á un Tribunal, y á ninguno tocaba como al Consejo de Estado. Pero sería menester dar diferente órden de proceder del que se tenía al presente, porque no tenía jurisdicción ni negocios ordinarios; y por esto ninguno de los del Consejo tenía título de su oficio, ni áun creo está escrito quiénes son del Consejo, y sólo parece que se junta para los negocios que ordena el Rey se propongan. No hay órden de antigüedad, ni de oficio, ni dignidad, para el sentarse ni para votar, y lo que allí se resuelve no tiene execucion, porque sólo resuelve el Rey entendido por lo que al Consejo parece, por la relacion del Secretario, sin que sepa el Consejo la resolucion y cómo se executó.

Era tal forma de proceder muy conviniente, atendiendo el Rey á todo, porque no se ofrecia negocio que no pasase una ó muchas veces por sus manos, y está en todos tan resoluto, que poco habia menester consejo. Y aunque los que tenía en el Consejo de Estado eran de gran integridad y suficiencia, no estarian tan libres de aficion y pasion como su Majestad; y por mucho secreto que hubiese, le habia mayor en lo que él á solas proveia, y más brevedad en la resolucion; y así podria decirse que el Consejo de Estado no era ahora, ni hay necesidad de que para que el mundo entienda que su Majestad tenía ministros con quien poderse aconsejar, y haciendo solamente en las cosas lo que le parece, era bien saber cómo las entienden, y callándoles las que podria haber inconveniente, pueden ser de servicio. Cuando se hubiese de dar al Consejo la autoridad que se ha dicho, era necesario dar título á cada consejero, declarando su jurisdiccion,

como la tienen los demas tribunales; se guardase antigüedad en los asientos, sin que por dignidad y oficio hubiese precedencia; contase los votos el más antiguo y hiciese asentar al Secretario lo que se resolviese, y entendiese cómo se executaba, y señalar las cartas que se despachasen, inquiriendo se guardase órden de antigüedad por semanas; podria ir el contar de los votos y lo demas y repartir los negocios por provincias, y los despachos se habian de hacer con la firma de su Majestad, señalando el más antiguo ó el semanero ó el comisario de la provincia, teniendo la estampa de la firma Real en la sala donde se hace el consejo con tres llaves; y estando juntos, se sacase, firmándose en presencia de todos los despachos. Los negocios habian de ser los que sólo se pueden despachar con consulta y órden de su Majestad, y las resoluciones se habian de hacer por los más votos, escribiéndose en el libro de gran secreto, guardado con la estampa. No se habian de entrometer en provisiones de obispados ni encomiendas, ni en lo que podia haber daño de partes.

Viendo cómo esto corria, podria ver el Rey si en su muerte, ántes de tener el Príncipe la edad competente y perfecta para gobernar, podria tenerse la misma forma, pues al tutor convendria limitar el poder todo lo que se pudiese sin daño del gobierno; la mejor forma dél es la de una cabeza y tal como la de su Majestad; pero como no puede tener compañía ni sustituto, cuando no pudiese atender á los negocios, convenia pensar en el gobierno que en aquel caso se habia de dar.

El Rey eligió el traer para que le ayudase en él, en la forma que adelante se dirá, al archiduque Alberto su sobrino, de Portugal; y conferia por cartas con él la manera de la administracion de gobierno de Portugal, y parecia la mejor el dejar cinco gobernadores, como habia tratado cerca desto en Madrid Miguel de Moura, secretario da puridade y del Consejo de Estado de aquella Corona, harto bueno y suficiente ministro, gran servidor de su Príncipe y aficionado.

CAPÍTULO II.

Don Juan del Aguila en Bretaña.—Excursiones y combates.—Fortifica á Blavet.—Comision que dió el Rey á D. Mendo, y lo mal que la desempeñó.—Sitio de Guingamp y de otras plazas.—Mala inteligencia que habia entre el Duque de Mercurio y D. Juan del Aguila, por la desconfianza que aquél tenía de los españoles.—Difícil retirada llevada á cabo por D. Juan.

Don Juan del Aguila en Bretaña ocupó el fuerte del puerto de Vanes y aseguró los navíos y la villa de Crevique, y con el Duque de Mercurio (1) fue sobre la de Henebont, en la marina de Blavet, y sitióla con peligro y trabajo por la aspereza de tiempo y dividir gran ribera los cuarteles y defenderla buen soldado con gruesa guarnicion, y tener su campo pronto para el socorro y estar los españoles en gran número enfermos por no haberlos probado la tierra y pasado seis meses de embarcacion, bebiendo agua salada mezclada con el vino. La tierra se comenzó á combatir, y con pérdida de algunos soldados plantóse la artillería por dos partes, y por la que habian los franceses de arremeter se hizo razonable batería; mas por no poder quitar un través que la guardaba y tener el rio pegado con ella no arremetieron ni los españoles por su batería, por ser un torreon muy grande y muy antiguo fundado sobre peñas, y porque se acabó la pólvora para batir, con otras dificultades que causáran gran pérdida de lo general; y por esto no dieron el asalto por donde batian los franceses, diciéndoles D. Juan que por no quitarles su reputacion hizo llegar las trincheas por el foso hasta las murallas; y con mantas de tablones se comenzó á picar de manera que se hicieron algunos hornillos dentro de los propios terraplenos, con que los defensores, perdido el ánimo, se rindieron, estando su campo á punto para socorrellos. Fue importante por la reputacion que se ganó y la confusion en que los asaltadores se vieran, si el enemigo viniera, ser la primera empresa por el gran nombre de soldado del gobernador y no la haber socorrido el enemigo, teniendo fuerzas para ello.

Llevó luégo D. Juan al Duque de Mercurio á Blavet y le representó cuánto importaba á la seguridad del pueblo el puerto para recibir los so-

(1) Así escriben este nombre Cabrera y casi todos los historiadores españoles contemporáneos. Su verdadera escritura es *Mercœur*.

corros de España, asegurar los navíos, fortificar más el fuerte; y habiendo con mucha dificultad permitido que se hiciese, D. Juan en su presencia señaló el ámbito de una trinchea con traveses, y trayendo faxina y tierra en las barcas, brevemente se perfeccionó con dos medios baluartes, que con la fortaleza del sitio, aunque lo sentian los naturales mucho, no se atrevieron á perturbar la fábrica, asistiendo en ella D. Juan, mudando por meses las compañías que trabajaban en ella y abrió el foso sobre dura peña.

Pocos meses ántes pasó por Nantes fray Mateo de Aguirre, que venía de París, y visitó la Duquesa de Mercurio, y segun el fraile dixo al Rey, ofreció entregaria el Duque lo que tenía en Bretaña su Majestad para la infanta doña Isabel, cuya era por legítima herencia, así como dineros, y ayudaria para que lo demas se conquistase y redujese, y dió carta de creencia al fraile.

Habiéndole oido el Rey, le envió con D. Mendo Enriquez (1), natural de Carmona, tan poco práctico de negocios que sólo habia servido de corregidor de Málaga, y de llevar mil hombres á Arcilla, cuando la armada inglesa estuvo sobre Lisboa, y de asistirles allí el tiempo que los pidió la ocasion, con dos mil soldados de socorro para que diesen gracias á los Duques por el servicio que le querian hacer, que no dañó poco para todos, porque el Duque procedió de allí adelante con gran recato, receloso y acerado el que ántes estaba seguro, y ayudó al recelo el término con que negociaba con él D. Mendo, como inexperto en tales ocasiones y comisiones, teniendo por extraña la proposicion, por haberle ántes escrito D. Felipe se asegurase que de Bretaña no pretendia cosa alguna para ayudarle. Preguntó la Duquesa lo que habia escrito y prometido, y respondió que sólo ofrecimiento de cortés cumplimiento; y embarazados todos, fue á mal tiempo la venida del fraile y de D. Mendo, porque los enemigos reforzaron su campo con muchos franceses y tres mil ingleses pláticos que trujo el coronel Noris para emplear sus fuerzas y gozar de su pujanza.

Luégo sitiaron la villa de Guingamp, que tenian trato en ella con un sargento mayor. Don Juan del Aguila pidió al Duque se juntase con él para socorrella, pues sin duda romperian al enemigo por la buena gente que tenía y estar empeñado con su artillería, y si no venía, le inviase doscientos caballos, que él meteria el socorro; y para estar más cerca, se iba á alojar á Pontevi. Respondióle esperase que vendria brevemente, y Don Juan confortaba á los de la villa con la esperanza del socorro; y el sargento mayor de Guingamp, de quien hacía el Duque mucha confianza, le respondia no fuese á socorrelle hasta juntarse con el Duque, porque la villa estaba muy segura. Pasados quince dias que le esperó en Pontevi, se rindió

(1) Mendo Rodriguez de Ledesma le llama Herrera en su *Historia de los sucesos de Francia*.

la villa por el trato del sargento mayor, y despues le justiciaron, habiéndole coxido con los enemigos.

Luégo llegó el Duque con más de ochocientos caballos y dos mil quinientos infantes, porque viendo le ayudaba el Rey Católico con tantas véras, le siguió mucha gente, y él la recogió y sacó de las guarniciones, y para mostrar á su Majestad tenía muchas fuerzas; mas dentro de quince dias, estando cerca del enemigo, no le quedaron doscientos infantes.

Don Juan no sabía lo que trujo en comision D. Mendo, y viendo tan trocado el ánimo del Duque y tal que se podia hacer poca confianza dél, se admiró; mas sacóle de duda refiriéndole la comision, dando por causa de la pérdida de Guingamp la venida de D. Mendo. Don Juan le respondió era cierto dixo el fraile al Rey lo que pedia el Duque; su Majestad le respondió y se encargó de hacerle merced y sustentarle con gran prosperidad debajo de su amparo. Vino bien al Duque esto, porque luégo que llegó D. Juan al país, con el ódio que tenian los católicos á los heréticos le pidieron en unos Estados generales juntos en Vanes metiese guarnicion de españoles en las villas más importantes; y con gran disimulacion, como fino frances, les dixo lo haria á su tiempo, y mirasen despacio lo que mejor les estuviese, y procuraba por medio de sus amigos perdiesen la aficion que tenian al Rey Católico; y ahora les dixo cuán bien los aconsejó, pues se veia claro su intento de señorear la Bretaña; y poco á poco convirtieron el amor en indignacion.

Tomada Guingamp, el enemigo aloxó en Chatolaudren, y en sitio fuerte, y tan atrincherado que poca gente se defendiera de mucha y largo tiempo por estar en medio de Guingamp, Mancontui y Quintin y Hambrio, de donde era con abundancia bastecido. El Duque y sus franceses hacian grandes demostraciones de querer pelear, y D. Juan le dixo hiciese llevar vituallas, porque sin ellas irian á perder reputacion, y prometiéndolas, llegaron dos leguas del enemigo, y allí le dixo D. Juan mirase que por no haber qué comer cuatro dias, andaban desmandados los soldados. Caminó en la avanguardia de los arcabuceros, y tomó puesto fuerte á un cuarto de legua del campo contrario que descubria sus escuadrones y trincheas; y con gran brevedad formó los suyos y señaló donde habian de estar los franceses.

Dixo en el Consejo estaban bien allí hasta reconocer y saber de todo punto cómo se alzaba el enemigo, y era su sitio tan fuerte que mal se le podria acometer de golpe sin mal suceso; pero se podria despues de reconocido irse acercando, ganándole algunos puestos, y desalojándole con la artillería, forzándole á que saliese á embestirlos en sus puestos; que él fortificaria y plantaria la artillería de manera que necesitase á levantarse el Nevers ó á embestirlos, y de todas maneras tendrian victoria; y la tuvieran si fuera seguido.

Dixeron los franceses querian embestir de hecho luégo, y se mejoraron cerca del enemigo, y él echó gente á escaramuzar tan reciamente que los puso en confusion. Don Juan, conociendo que si dejaba el puesto le habia de suceder mal, dixo al Duque retirase sus franceses, y ántes envió una compañía de españoles arcabuceros á reforzallos, sin que D. Juan lo viese, y el capitan no guardó su órden de que no dejase el puesto. Los enemigos apretaron de manera que desbarataron los franceses y prendieron al que los gobernaba, y de los españoles tambien puestos en el mayor peligro mataron á su capitan. Don Juan fué á remediar el disparate y daño con tres compañías de arcabuceros, dejando órden á la demas gente que, aunque se perdiese, no se moviesen. Dejó emboscadas y pasó adelante, recoxiendo los franceses rotos, diciendo bajaban en su amparo los españoles. Retuviéronse algunos, y el enemigo hasta el anochecer; y porque los amedrentados huyeron y convenia conservar aquel puesto para que no cobrase más ánimo el contrario y reconocelle en aquella noche, invió por seis compañías de caballos españoles con que se asiguró y procuró reconocer los caminos por donde se podia ir al enemigo. No pudieron pasar los reconocedores por estar todo empantanado, y aunque lo sabía D. Juan, quiso que todos se satisfaciesen. Tambien invió órden para que se retirasen las seis compañías, al tiempo que el enemigo hacía salida en su contra; y porque perdidas quedaba D. Juan flaco de gente y de reputacion, le pareció forzoso caminar con toda la gente casi á la deshilada, por llegar á tiempo con que el enemigo se metió en sus trincheas y D. Juan aloxó en el puesto de las seis compañías; de manera que por algunas partes á treinta pasos de las centinelas del enemigo estaban las suyas. Volvió á hacer reconocer si se podia pasar á las trincheas, y pareció era imposible acometelle sino en la manera que habia dicho; mas por no haber comido la gente casi en cuatro dias, sino mojádose con las lluvias, no se pudo aguardar á desalojar los enemigos y ver si queria pelear fuera de sus reparos; y para mostrar queria combatir trabó escaramuza, estando siempre D. Juan en la vanguardia, y muchos que de las trincheas salieron, se retiraron con prisa y confusion de los demas, y por ser fortísimo su puesto no arremetió á ganarle.

La hambre enflaquecia la gente, y fue forzoso retirarla donde comiese. Era peligrosa la retirada, y para hacerla de noche hizo retirar la artillería á la primera plaza de armas que D. Juan habia escoxido, donde se recoxieron los franceses y la fortificó y alojó en ella los escuadrones, sin que lo entendiese el enemigo ni los franceses del Duque, y quedóse con cien picas escoxidas y doscientos mosqueteros y cuatrocientos arcabuceros, pegado con el enemigo, como si tuviera toda la gente; y por ser cubierta de bosque la tierra, no pudo descubrir dónde tenía el escuadron.

En saliendo el sol hizo tocar las caxas y comenzó á retirarse, la cara siempre al enemigo y muy poco á poco. Los enemigos se alborotaron y

comenzaron á echar gente, y D. Juan hizo alto para pelear y no cerraban de golpe. Volvió á caminar con buen órden, entreteniéndolos con escaramuza. Es lo más difícil de la guerra y peligroso hacer semejantes retiradas, y lo que más se rehusa. Los enemigos iban siempre cargando, sin poder descomponer un punto los que se retiraban, disparando sin cesar por buen órden; y pareciendo á D. Juan que se venian entrando, hizo alto y cerrar con ellos, y se retiraron casi hasta sus trincheas, donde estaban sus escuadrones que sólo caminaron algunos pasos para dar muestra que salian, y luégo se recogieron á su fuerte, y ansí ordenó que el escuadron que puso en la plaza de armas caminase á juntarse con los franceses, donde estaba la artillería, y caminó con su retaguardia hasta que se juntó con el Duque.

Alabó mucho el Duque y el exército la retirada y el del enemigo; y aunque el Príncipe de Dombes, su general, y Mos. de la Verdin, arriseado soldado, que gobernaba la caballería, querian salir á embestir los que se retiraban, el coronel Noris y Mos. de Lamuill lo impedian, diciendo conocian á D. Juan desde Flándes, y era buen soldado y bien afortunado; hizo la retirada para buscar que comer y sacar al enemigo de sus trincheas para pelear con él, proponiéndole cuanto podia desear para ello. Puso los franceses en lo alto, porque aunque fueran muy leales, era poco lo que podian hacer, y porque el enemigo entendiese que allí estaba la mayor parte de las fuerzas, y el escuadron de los españoles más atrás, porque si los enemigos le embistiesen, acudiesen todos, como se pensó, caminando con tiento hasta cerca dél, y poco ántes cerrar él de golpe con la gente con que se venía retirando, por ser el camino estrecho, y dar órden al escuadron que le siguiese; y desta suerte sin duda el enemigo se perdiera, aunque sólo se le aguardára donde estaba el escuadron si no embistiera en él; y si una vez llegára, cuando no embistiera con toda su gente, cerca le quedaba buena ocasion para embestirle en sitio fuerte, ó por la retaguardia cuando se retirase á sus trincheas.

Aloxáronse dos leguas del sitio que no dejaba el enemigo, y D. Juan dixo al Duque fuesen á sitiar alguna plaza donde se hallase de comer, y si la socorriese el enemigo pelearian con él y si él sitiase otra tambien yendo á meterle socorro. Sitiaron á Resbiene, y rindióse brevemente y el enemigo se puso sobre el castillo de Lantal y plantó su artillería.

Don Juan dixo al Duque fuesen á socorrelle, y caminando supieron se retiró el enemigo con poca reputacion y pérdida de gente, quedando muerto Mos. de Lorvec, que no les hizo poca falta. Tomaron tres castillos que hacian daño á la villa de Dinan, y el enemigo se aloxó en San Brieux, y poniéndose en el paso D. Juan para rompellos, el Duque le invió á decir le esperase, que venía al efecto, y en tanto caminó el enemigo y se alojó en la abadía más fuerte de San Malo, donde era proveido desde Renes de gente y vitualla, y ocupaba el paso y hacía daño al exército del Du-

que; y como él y la caballería aloxaban algo separados, y los franceses de los españoles, habiéndole advertido D. Juan alojase de manera que la cubriese con su gente y la infantería cerca de la española, dieron los enemigos á caballo en sus cuarteles, y los rompieran del todo si D. Juan con mucha presteza no los socorriera y recoxiera la plaza de armas. Luégo caminaron, porque no se dixese habia ganado reputacion el enemigo, donde alojaron bien la gente por algunos dias.

CAPÍTULO III.

Intentan los de París recobrar á San Dionis.—Muerte del caballero de Aumala.—El Príncipe de Bearne estrecha el bloqueo de París.—Descúbrese un trato secreto para entregar á este Príncipe una de las puertas.—Retírase el de Bearne de esta ciudad.—Sitia y toma á Chartres.—El Duque de Mena envia agentes al Papa y al Rey Católico para pedir ayudas y activar sus pretensiones.—El Duque de Saboya se apodera de Marsella y se avista con D. Felipe.

Los de París, deseosos de recobrar á San Dionis, cuya guarnicion impedia el comercio, inviaron de noche al caballero de Aumala y al señor de Vellin con cuatrocientos tudescos y otros tantos franceses y alguna caballería para ganar por escalada á San Dionis. Aunque fueron sentidos de las centinelas, aplicaron las escalas á la muralla, y hallando los cuerpos de guardia mal reforzados, caláronse dentro sin contraste, tanto que bastaron á abrir una puerta por donde entraron una gran parte de la infantería y todos los caballos con el de Aumala, y sin esperar el dia, contra el parecer que habia dado el conde Jacobo Colalto, corrieron por la tierra, tomaron la artillería y de tal manera espantaron los soldados de la guarnicion, que se metieron en la iglesia con poca esperanza de salvarse.

El de Aumala, asegurado demasiado presto de haber ganado la plaza, no tiniendo el buen órden que era necesario, y como se dixo, muy atento de entrar en una casa á ver una dama que mucho amaba y que fue su principal causa para venir á la empresa, fue del señor de Vit, gobernador de la tierra, acometido con tanto ímpetu con la gente que recogió, que, no pudiendo repararse los asaltadores, aunque delante peleaba el de Aumala, fueron echados por la puerta que ganaron, quedando muchos muertos y el mismo caballero de Aumala, su capitan, por no ser socorridos del señor de Bullon, aunque pudo, pues fuera estaba con gran parte de la gente, pues tenía una puerta libre por donde entrar. Esta muerte fue llorada en

París, porque el caballero por temor jamas dejó de tentar las más difíciles empresas.

Este caso hizo reforzar la guarnicion de San Dionis, y estrechó mucho más á París, y le atemorizó la voz de que el Príncipe de Bearne estaba para venir á sitiarle de nuevo, y no se decia en vano, si la gente que habia llamado para esta empresa no hubiera perdido tiempo en diversos impedimentos y tardado en parecer, cuando se mostró el Duque de Espernon con mayor fuerza que otros, llamado del de Bearne, diciendo tenía trato en París y no todas las fuerzas que requeria la empresa, porque no se fiaba del de Bearne por muchas causas, y particularmente porque, habiéndole llamado cuando asediaba á París, se excusó con diversas razones; porque si bien le seguian muchos de los mayores señores, no querian verle pacífico en el reino, ni lo tomaron por seguro para ellos y ménos el de Espernon, porque habia por cien mill escudos dejado salir de la prision al Duque de Guisa, y los de Lorena estaban ofendidos de que él hubiese puesto tallon, como si fuera prisionero en guerra, y no en la seguridad y pública fe de los Estados de Bles. Retiróse Espernon, dando por causa que muchos nobles no le querian seguir por no militar en favor de un sectario, con quien habian claramente guerreado.

Parecia á algunos era falsa esta voz, y cierto el querer asegurar con estas diligencias y difidencias á los de París del temor de la Junta del Duque de Longavilla, del Baron de Biron, de los señores de Labardin y de Guiri; mas el de Espernon, aunque se vió con el de Bearne en Saulis, llevó el tratar de su conveniencia á lo largo, y lo efectuó despues que el de Mena proveyó y reforzó á París. El de Nevers se apartó, publicando era porque el de Bearne diferia fuera de la comun esperanza su promesa de conversion; mas todo iba encaminado para descuidar á París y cogerlo en su acometimiento mal prevenido; mas el acercársele tanto aquella gente, su gran número, la calidad del enemigo y saberse habia en París quien urdia maquinaciones, no dejaban mucho lugar á las artes y engaños.

Descubrióse tratado para entregar al de Bearne una ó dos puertas dentro de pocos dias, y aunque fue dello avisado el Duque de Mena, no se podia inducir á creer acometiese á París, y así no recelaba ni advertia como la importancia del caso requeria. Habiendo el Conde de Brisac enterado al Duque, en Soisons, del estado de aquella ciudad, envió tres mil italianos del tercio de Pedro Gaetano, á cargo de D. Alexandro de Limonti, y cien españoles del tercio de D. Alonso de Idiaquez con el capitan Ligonta sin banderas, y metiólos Rone en París con alguna cantidad de vitualla y de dineros para dar satisfaccion al presidio.

Habia resuelto el de Bearne acometer la ciudad por San Honorato, porque el que tenía la puerta á su cargo prometió franquealla, y por el arsenal con escalada por la flaqueza del sitio, y por haber poca agua en los fo-

sos. Para que la ciudad no temiese trato alguno, disponia las cosas secretamente y hacía divulgar queria de nuevo asediarla, y con el tiempo necesitarla por falta de vitualla á rendirse; y para confirmar esta opinion, trató una seguridad general de comercio con el señor de Villerroe, fuera de trigo y avena, habiendo tornado de Manto á París con las capitulaciones y habiendo allá con industria persuadido, para deslumbrarle y encubrir la conjuracion cuyo tiempo era cercano, que presto vendria el de Bearne con doce mil infantes y más de dos mil caballos y mucha artillería y máquinas para combatir la ciudad y tomarla ántes que pudiese socorrerla el de Mena, lo esparció por la ciudad.

Presto comenzaron á parecer cerca algunas compañías de caballos que publicaban llegaria presto el de Bearne, y el señor de Temblecourt habia salido á ver al de Mena, y en el camino supo el trato de entregar las dos puertas para dia señalado, aunque no cuáles ni quiénes eran los conjurados. Por otra vía se entendió lo mismo, y Vellin, prepósito de los mercantes, y los eschevinos atendieron á reforzar los muros y lugares sospechosos de más suficiente guardia que para el asedio, y esperaban con poco temor el fin del tratado. Esta vigilancia extraordinaria de los parisinos no quitó el intento al de Bearne, juzgando hacian tales diligencias por haber visto acercarse tantas armas á sus murallas; y aunque tuviesen indicio de la conjuracion, no serian bastantes á impedir el efecto, creyendo no tenian noticia de los lugares ni de los cómplices, porque no se sabía fuese alguno carcerado por tal causa, y que su parte en la ciudad era tan gallarda que podria ser todopoderosa.

Con la fuerza hizo marchar al Duque de Nevers y los señores de Guiri, Beovis y Nangis la vuelta de París, y al Duque de Espernon pasar el Loira y caminar á San Dionis, y el aviso llegó de noche al Vellin, que proveyó á todas las cosas y era asistido de gran número de gentileshombres que se hallaban en la ciudad. A la media noche hizo tocar á arma con las campanas, y fue tal el concurso de la gente armada que, fuera de lo que se esperaba, llenaron las murallas y los cuerpos de guardia en diversas postas, que aseguraron á la ciudad de la conjuracion y de todo ímpetu que pudiesen hacer los enemigos. Mas, porque no estaba en sazon el tratado, ó porque el gran concurso del pueblo armado les impidiese la execucion, no fue oido rumor de fuera, y los villanos refirieron no haber visto gente de guerra sino la de San Dionis. Esto causó el esparcir los políticos por el pueblo que el tocar al arma fue para tenerle alerta y probar con qué prontitud se movian en tiempo de necesidad, mas no porque el presente estado lo requiriese; mas no dejó el Vellin resfriar al pueblo, y sabiendo que los enemigos en gran número se recoxieron á San Denis y que habian de marchar la vuelta de París en batalla, habiendo visitado y reforzado muy bien todas las postas de la ciudad, hizo con luz de antorcha en la noche terraplenar

la puerta de San Honorato, ó porque le moviese celeste inspiracion, ó el tenerla por la más peligrosa. Y porque el enemigo podia acometer en el dia siguiente, en que se habia de hacer procesion general por la asuncion del nuevo Pontífice, mandó por bando que so pena de la vida todos acudiesen armados á sus puestos señalados.

El de Bearne, que habia deliberado tentar la empresa en la misma noche, llegado á San Martin, ordenó al Duque de Nevers quedase á caballo con cincuenta, y los demas se apeasen; y con la infantería, pasada la media noche, entró en el burgo de San Honorato con gran silencio; mas un gentilhombre que venía de Soisons á dar aviso á París de parte del de Mena, que brevemente llegaria con el socorro, sintiendo estrépito de caballos y tambores, aunque bajamente sonaban, lo dixo á Vellin. Acrecentada la sospecha, causó el tocar á arma en la misma hora cuarta despues de media noche. No desanimaron los de fuera; y segun el órden dado, algunos capitanes, en hábito de villanos, parecieron con muchos caballos cargados de harina á la puerta de San Honorato que tenía en guardia el señor de Temblecurt, con quien finguiendo bien las personas hicieron tal instancia para entrar que hicieron creer eran harineros. Luégo lo refirieron al de Bearne, y fue persuadido á retirarse, pues era claro que le habian entendido y sabido la conjuracion, con gran pesar de los que vinieron más por saquear que vencer la ciudad, diciendo los nobles se habia creido lixeramente y traídolos á cosas mal ordenadas.

En el dia siguiente llegaron á París todos los napolitanos del tercio de Pedro Gaetano, gobernados de Alexandro de Limonti. Venía el de Mena, y sabido se retiró el enemigo. Volvió á Soisons para socorrer las plazas de Picardía cómodamente, y porque no le viesen entrar las guarniciones sin dineros y se alterasen, avisó al Prepósito cómo los esperaba de Flándes y los inviaria luégo. Con todo desplació el no llegar á ver los amigos y ministros, por la necesidad que habia de su persona para dar remedio á muchas cosas que traian inquieto el pueblo, y de nuevo le pidieron los visitase. Respondió convenia al servicio de la causa comun no mudar consejo, en tanto que no se alejaba el de Bearne ó se dividian los que concurrieron con él para la empresa mal sucedida.

El de la Beosa, aunque por dos partes tenía en cuita..... (1)..... El de Bearne sitió la ciudad de Chatres, fuerte plaza en el llano y que más so-

(1) Faltan palabras.—«Poco sosegó el Príncipe de Bearne despues de la retirada de París y de la vuelta de Picardía; y aunque se le deshizo el ejército, con el ayuda de los príncipes forasteros que le mantenian, juntó hasta tres mil infantes y dos mil caballos, y salió en campaña, y algun tiempo despues se le juntó un buen número de esguízaros que le llevó el Duque de Retz, que se pagaron en moneda florentina. Con este exército se puso sobre Xatres, principal ciudad y cabeza de Beossa.....» Herrera.—*Sucesos de Francia.*

corria á París y le daba ayuda contínuamente, y apretóla con batería y asaltos reciamente; y el de Mena desde Blos animaba los cercados, pero no ayudaba. Era gobernador el señor de la Bordiguera, y habia sido advertido al cierto de querer sitialle el de Bearne, aunque parecia á algunos habia menester mayores fuerzas para tan grande emptesa, por ser muy fuerte por naturaleza y arte, y causó esta opinion el haberse defendido del cerco con que la apretó con cuarenta mil combatientes el Príncipe de Conti en el año de mil quinientos sesenta y nueve, no habiéndola batido ni asaltado, entreteniendo su exército en tanto que se trataba de la paz que se efectuó, y á otros que no merecia tal nombre por las mismas razones. El Bordiguera cuanto le fue posible la proveyó de municiones y bastimentos y de gente; hizo algunos terraplenos y plataformas y retiradas bien ordenadas, con esperanza de tener socorro. Fue célebre el sitio, en que perdió muchos hombres de cuenta el de Bearne, con que entibió el contento de su ganancia dándose á partido en el último trance, habiendo hecho el Bordiguera cuanto tocaba á un buen caballero y valeroso capitan, y fue aviado con su gente á Orliens, y Grammont á París, y dió el gobierno al señor de Sourdis. Imputaron de negligente en socorrelle al de Mena, mas no creyó estaba reducida á término tan estrecho, y así no hizo en su amparo la última prueba.

El de Bearne dividió el exército, esperando estar brevemente tan fuerte que pudiese tentar las mayores empresas en el reino sin contraste, porque en Alemania asoldaba el Vizconde de Turena con solicitud seis mil caballos y doce mil infantes, y presto llegarian cuatro mil ingleses con municiones inviados de la reina doña Isabel, por cuya cuenta eran las levas de alemanes y otra de zuiceros. El de Mena antevia los trabajos y peligros eminentes, sin tener fuerzas para campear ni esperanza de venirle tan presto como era necesidad; porque conocia no se le podian dar de Flándes.

Para solicitar al Duque de Parma le envió á Montelimar y conocer las esperanzas que se podian tener, y al Rey Católico al licenciado Gianin, presidente de Dijon en Borgoña, para informarle de las cosas de Francia y disponer su ánimo que le pusiese la Corona, pues sería de su mayor servicio y del reino, y si la diese á otro fuese con aventajadas condiciones para su persona. Queria que, debajo de color de la causa pública, estos sus intereses ocultamente se tratasen, porque no viniesen á noticia de los de su familia, y especialmente del Duque de Lorena, á quien habia dado cuenta de esta embajada por la causa pública; y porque acabándose la tregua de Metz, se pudiesen sacar buenas ayudas de dinero y de gente para oponerse á las que se juntaban en Alemania en favor del de Bearne. Envió á Roma al Arzobispo de Leon, y detenido en ella y gastado el dinero que le dió, no fué y quedó desavenido por la sospecha de la pretension á la Corona. El de Parma le prometió ayuda, y de Roma se la aseguraron.

Habia el Obispo de Piacenza recibido cartas del Pontífice, honrosas para él y útiles para los católicos, y le invió dineros, con que diese quince mil ducados cada mes á la guarnicion de París, y avisó de que asoldaba seis mil infantes y mil quinientos caballos en favor de la Liga, ayuda importante y relevante para incitar al Rey de España á concurrir proporcionadamente; y sin perdonar á gasto queria ayudar la causa católica y metia la mano en el tesoro del castillo de San Angel, no obstante la contradiccion del Colegio de Cardenales. La publicacion destas cartas animó á los católicos y á los parientes, de manera que si el Pontífice quisiera recibirlos en proteccion, se le entregarian y otras ciudades, con esperanza de no restituillas sino á rey católico por todas las Ordenes del reino, y nombrado de los Estados generales. En este pensamiento estaba Marsella, temiendo queria el Duque de Saboya apoderarse de toda la Provenza, habiendo sido por favor de la Condesa de Sauls declarado del Parlamento de Aix por cabeza de las armas y del gobierno de aquella provincia, para conservarla en la union de los católicos y en la obediencia y Real estado de la Corona de Francia.

Este decreto y su forma desplació mucho al de Mena, porque esta superintendencia y autoridad que le pidió ántes y le dió esperanza de obtenerla fuese por el Parlamento de Aix y hacer progresos con las armas en parte tan cercana á los gobiernos del Marqués de Saint Serlin y del Duque de Nemurs y con mucho séquito, de cuya casa era cabeza el de Saboya. Creció este descontento con su entrada en Marsella, ayudada de Madama de Sauls y del capitan Casaos, con gran mortandad del pueblo entre los que seguian al Duque y sus contrarios.

No se detuvo allí y pasó á España á tratar sus negocios con el Rey, de quien era débilmente socorrido contra lo que habia de tanta grandeza esperado, prometiéndose le ayudaria para alcanzar la corona de Francia, no sin engaño, porque la casa de Borbon debia ser excluso dél por sospechosa y anteponerle á la de Lorena, siendo hijo de Margarita, hermana de Enrique II, y siendo su mujer descendiente por la madre de la misma casa de Francia, y tan cercanas en sangre las dos al Rey muerto. Y aunque el Príncipe de Lorena era más cercano á él en consanguinidad por su madre, le animaba tener más de su parte que la casa de Lorena y por estar desunida. Mas no placia su pretension á los del Consejo del Rey de España ni la de alargar su dominio, y más pensando alcanzar la corona para la Infanta doña Isabel. La ida á España azoró al de Mena y le metió en celo y recelo de que detuviese la ayuda que el presidente Gianin habia solicitado, y no sabía de adónde sacarla; porque desde que fue de España en abundancia proveido, habia alargado la mano en dar á los gobernadores de las provincias y plazas autoridad de cobrar las tullas y gabelas y ordenanzas de la Corona, y para imponer otras con el color de la guerra y de dispender-

las por su arbitrio, con que creyó habia ganado los ánimos de los más poderosos; mas no advirtió que, faltándole las gruesas sumas que le venian de España, no le quedaba consignacion de donde sacar algunas para las cosas necesarias, y sería peligroso el usar novedad con las que tenian los gobiernos; ni consideró que por ganarlos habia de perder el amor del pueblo, y ansí, no pasando como ántes la moneda de España por su mano, y habiendo reducido los pagamentos á más estrecha y cuerda distribucion, causado por su dispendio inmoderado y de la avaricia de sus ministros, llegó á necesitar áun de las cosas de España, en su casa muy necesarias; de manera que le fue forzoso enviar á Flándes aquellas tapicerías de oro y seda y camas riquísimas de los Reyes de Francia para sacar dinero de su venta y de su empeño, aunque sería poco para tanto dispendio; porque los soldados particulares consumian cantidad inmensa, y era imposible satisfacer á las altas pretensiones de muchos que le seguian sin cargos y sin gobiernos; y los que los tenian no cesaban de pedir dineros para mantener las plazas, y contínuamente se dolian de la falta de la esperanza de ser socorridos con tan poca provision de gente y dinero.

No pudiendo el Duque tentar empresa, pidió al de Parma tantas fuerzas que pudiese hacer la de Chalon en Campaña, unido con el de Lorena, como habian los dos deliberado, porque importaba mucho á los dos.

CAPÍTULO IV.

Don Juan del Aguila expugna y rinde el castillo de Bleu.—Intrigas de don Mendo y algunos capitanes españoles para quitar el mando de las fuerzas españolas en Bretaña á D. Juan del Aguila.—Razones con que éste persuadió al Rey á hacerse fuerte en aquella tierra.—Conducta desleal del Duque de Mercurio con el Rey de España.

En Bretaña andaba la guerra encendida con los ingleses y españoles, y poseia el Príncipe de Dombes á Bleu, castillo muy fuerte á siete leguas de Nantes, cuya guarnicion hacía grandes daños á aquella ciudad principalmente y muchos disgustos al Duque de Mercurio. Pidió á D. Juan del Aguila se encargase de su expugnacion; y aunque era difícil y peligrosa, prometió hacerla, y primero la del castillo de la Brotera, que tambien era fuerte, para quitar al enemigo el poder socorrer al de Bleu, porque le estaba cercano y el impedir las vituallas al exército.

Cercóle, y pidió al castellano se rindiese. No lo hizo, confiado en la fortaleza del agua del foso de una laguna que le cercaba. Hizo demostracion

de querer batir por la parte de un bosque, y cuando entendieron lo cierto, les tenía metidas las trincheas hasta el foso, y San Pol de noche cubria el cieno de faxina para poderle pasar, y les plantó la batería por la parte que no habia terraplenos, y comenzando á tirar se rindieron.

Llegó el Duque, y mostrando ir sobre Malatrete, para que los de Bleu se descuidasen, comenzaron á pasar la ribera de la roca Bernaques, y sin provecho, porque tenía el enemigo mucha gente, y como el castillo era importante, le metió gruesa guarnicion; y por ser tan fuerte entraron en él gran número de ventureros nobles, entendiendo ganar honra en la defensa. Elegidos los cuarteles, se alojó la gente, y fortificó D. Juan las avenidas para el socorro y pelear el exército enemigo con los acuartelados, y levantó algunos fuertes, con el trabajo de los soldados y dispendio del dinero de D. Juan, en torno del castillo para ocupar ménos gente en los cuarteles. El de Mercurio le solicitaba para que se le plantase á la plaza la batería y se le diese de golpe el asalto ántes que viniese el enemigo, que estaba cercano; y le dixo sólo podian perderse y no ganar la plaza de aquella manera por ser muy fuerte y estar pujante su socorro, y hallándolos mal puestos conseguiria su intento.

Eran bizarros los defensores y escribieron al Príncipe no apresurase el socorro, porque se defenderian seis meses; y así á pocas leguas hizo alto. Don Juan se acercó al foso con las trincheas, y por una desembocadura le hizo cegar y un reparo, por el cual pegó la gente á un baluarte y comenzó una mina que fue de algun efecto; y los cercados contínuamente tiraban y gallardamente se defendian. Una noche embistió el baluarte por la solera, y salló bien, y se les ganó á costa de alguna gente y quedar herido el capitan Dogaleno, que fue el que embistió. Vióse en mucho trabajo para sustentallo, por estar sujeto á todos los tiradores y fuegos y á las salidas, con peligro de los asaltadores, hasta que se cubrieron y allanaron el baluarte por la parte de fuera, y aloxada copia en la batería, quedó en seguridad.

La artillería estaba ya plantada y comenzó á batir por cima del baluarte, ganado un torreon fuerte y alto y parte de la muralla y por un lado del propio torreon; de suerte que se batia en cruz, y como la muralla era muy fuerte se les hacía poca batería. Reconocida la del torreon, hizo subir con escalas veinte hombres, ayudándoles con el artillería, porque de otra suerte no se tomára el castillo, porque estaba la batería dos picas en alto y muy derechas. Los enemigos comenzaron á pelear con buen ánimo, y procuraban derrocar aquellos soldados; y ordenó D. Juan que la artillería tirase poco á poco á las defensas, con gran daño de los enemigos, y subió un capitan con más gente y ocupó más parte de la batería, con que el puesto quedó asegurado, aunque los defensores valerosamente se defendian, y con tiros y fuegos; mas púsolos en gran confusion el quemarse un cuarto del

castillo, porque no podian estar á la defensa como ántes, y reforzando la gente D. Juan por fuerza les ganó el castillo, y los enemigos que habian quedado se metieron en una torre fuerte y se entregaron á D. Juan, diciendo querian morir ántes que darse al Duque, porque estaban confiados en la clemencia del Rey de España y en la que en su Real nombre usaria D. Juan con ellos.

Hízolo así por habérselo mandado su Majestad, para atraer á su servicio aquella provincia. El Duque quisiera que no se les guardára la palabra y se ahorcára al Gobernador y otros, habiéndoles poco ántes concedido cuanto le pidieran porque dejáran el castillo; mas D. Juan solamente justició uno que habia tomado una custodia y un ministro de los herejes.

Don Mendo de Ledesma era lisonjeado de unos capitanes de bien poco valor y mucha codicia y muy malas costumbres, que por hacer daño en el país eran mal recibidos de D. Juan; y deseosos de que los gobernase don Mendo y dejase vivir por su antojo, conociendo su humor, le insistian á que escribiese al Rey en contra de D. Juan; y el Duque, mal satisfecho por no haberle dejado usar mal de la victoria del castillo, fue incitado destos, diciéndole era Capitan general del Rey de España en mar y tierra, y podia obrar á su voluntad; y escribió D. Mendo á D. Juan dixese á toda la gente de guerra guardasen las órdenes del Duque, aunque él no las supiese, y navegasen los navíos cuando él mandase.

Respondió le reconocia por su General, y en lo justo y del servicio de su Rey le obedeceria; y el Duque de Parma, cuando él queria sacar gente de la que él tenía á su cargo, se lo enviaba á decir primero; y lo tocante á las provisiones se lo habia encargado el Rey á él, y le tocaba y no á otro; y no habiendo podido efectuar el prendelle en una junta en casa de don Mendo, inviaron sin su licencia un capitan al Rey con cartas del Duque y de D. Mendo con falsas relaciones y áun consejos, y todo tan contra el servicio del Rey, que merecieron les cortáran las cabezas; porque el Rey principalmente le habia encargado la seguridad de aquella gente, y si el Duque la gobernára sin él, en poco tiempo se acabára sin efecto, porque su intento era consumir las fuerzas del Rey, y perdidas unas le enviáran otras que no fueran más pujantes de lo que él queria, para gastar al Rey y estorbarle con falsas esperanzas el acabar aquella empresa como convenia.

Viendo su intento D. Juan y lo mucho que importaba aquella provincia al Real servicio, y cómo sin ella, segun el estado de las cosas, mal podia acabarse ó nunca la guerra de Flándes, la conquista de Inglaterra, que estaba seis horas de navegacion, la seguridad de las Indias, la quietud de España y hacerse más señor de la mar el Rey Católico, le escribió ocupase aquellos puertos, que le serian de grande utilidad, porque se debia considerar los muchos años que le sustentaron la guerra en Flándes con tantos gastos de tesoros y gente tan buena, y los que se empleaban en ganar las

guerras en lo firme, le ponian en más necesidad por la costa de sus empresas y gasto de sustentallas, y las que por trato ganaba el enemigo, si no ganaba los puertos por donde entraba toda la tierra adentro, y en la mano de quien los tenía estaba la paz y la guerra; y en faltando tanto dinero y soldadesca como enviaba, y mercedes particulares que hacía, se perderia todo. Antes que Inglaterra fuese enemiga, se podia tener esperanza de tomar los puertos perdidos en Flándes para dar fin á la prolixa guerra; mas al presente, confederada con los Estados, era imposible sin tomar la isla primero; y para facilitar esta jornada, era necesario ocupar los puertos de Bretaña buenos y capaces de grandes armadas; con la renta de las mercadurías sustentaria las guarniciones y las conservaria la facilidad de ser socorridas desde España, y por no ser Bretaña buena para caballería, nervio principal del de Bearne, por allí tendria la guerra inacabable dentro; darian gran copia de marineros, que teniendo allí su casa, forzosamente habian de servir; se quitaria totalmente el trato á Flándes y á Inglaterra y á otras muchas provincias, y si trataban, sería con gran costa de armadas, que mal podrian sustentar, y cualquiera viento fuerte los derrotaria y darian al través, por serles necesario el apartarse de la costa.

Vióse esto pocos meses ántes, que por apartarse del puerto de Blavet, que sólo tenian, se perdieron de los navíos de vendeja ó flotas más de sesenta baxeles, y si tuvieran todos los demas puertos, el enemigo recibiria notable daño. Tambien se pusiera en necesidad mucha parte de la tierra dentro de Francia, porque les entraban muchas cosas al vivir necesarias por aquellos puertos; y pues en ocupallos no habia duda y habia justicia, pues eran de la Infanta Isabel, lo señorease, y desde allí hiciese la jornada de Inglaterra, haciendo grandes armadas, por ser la tierra fértil de pan, carne y lienzo para velas y venirle mucho vino de Burdeos con gran facilidad. La importancia del puerto mostraron los ingleses y flamencos en las fuerzas que emplearon en ganar el fuerte que hizo D. Juan en el puerto de Brest, pues se embarazaron, como dirémos, las armadas de Inglaterra y Flándes, dejando desocupado al Rey Católico por todas las demas partes. No se hiciese confianza del Duque de Mercurio, porque se sabía de los que le aconsejaban de los enemigos y cartas que se tomaron, de su término de proceder en paz y guerra, querer mal á los que asistian á las cosas del Rey Católico, que su intento era entretener sus fuerzas y consumirlas, y de haber escrito al de Bearne le hacía de aquella manera más servicio, porque si se declaraba luégo, no podria entregarle todas las plazas de Bretaña, porque los españoles tenian las más importantes á su devocion y podia el Rey apoderarse de todo punto de las armas, con gran daño de la corona de Francia, pues estaba en su mano el tomar luégo á Inglaterra.

Pesóle grandemente al Duque de que el Rey Católico tuviese el castillo

de Blavet, por ser tan importante el puesto como fuerte; y así D. Juan escribia á D. Felipe hiciese que brevemente se declarase en su favor ó del de Bearne, y que se recibiesen claramente los gobernadores que por su Majestad declararse quisiesen, porque en comenzando algunos, muchos los seguirian, y al Duque quedarian tan pocas fuerzas que fueran de poco daño. Y ansí cuando D. Felipe enviaba gente que le pudiese ser superior, lo sentia mucho, y porfiaba con D. Juan sobre que la volviese á embarcar, habiéndola pedido á tiempo que le parecia no se las podria inviar, mostrando las pedia de véras; y cuando hizo D. Juan el fuerte en el puerto de Brest, el mayor enemigo que tuvo fue el Duque, y si pudiera impedir su fábrica con las armas, lo hiciera.

CAPÍTULO V.

Nombra el Pontífice por nuncio en Francia á monseñor Landriano.—Fuerzas que el Papa y el Rey Católico juntaron para socorrer los liguistas de Francia.—Decretos contrarios de varios Parlamentos acatando y rechazando el monitorio que traia el Nuncio.—Desconfianza que el Duque de Mena tenía del Rey de España.—El Príncipe de Bearne sitia y toma á Noyon.—Recobra su libertad el Duque de Guisa.—Concordia de los liguistas para dar la Corona de Francia á uno de la Casa de Lorena.—Determina el de Bearne sitiar á Roan.

El Pontífice, habiendo nombrado por su nuncio apostólico en Francia á monseñor Marsilio Landriano, hizo general del exército con que habia de socorrer los católicos, en nombre de la Santa Iglesia, á Hércules Esfrondati, duque de Mont Marciano, su sobrino; y para esto asoldaba infantería y caballería italiana y seis mil zuiceros. El Duque de Parma reparaba en Aspa con el agua su salud, para tener fuerzas con que emplear, como tan gran capitan, las que juntaba, solicitado de su Príncipe en amparo de los católicos de Francia, en contra de las que esperaba de Alemania el Príncipe de Bearne.

El echó un bando, que todos los nobles de veinte años arriba concurriesen á militar con él, y deliberó, si quedaba señor de la campaña, de sitiar á Roan; y para su mejor disposicion tomaba lugares, y el marechal de Biron en Normandía. Los de París, temerosos de que sería la carga sobre ellos, la bastecian y armaban, y para que el Vellin, prepósito de los mercaderes, con más llena autoridad procediese, le envió la patente de gobernacion el Duque de Mena, y la presentó en el Parlamento para hacer el

juramento segun su estilo. El nuncio Landriano eligió á Soisons, con facultad amplísima y extraordinaria, y en París fueron publicados y admitidos sus breves por la diligencia del Obispo de Piacenza, y enviados en estampa por muchas partes del reino; y el monitorio mandaba con grandes censuras que ningun católico siguiese las banderas del de Bearne, que no lo era, para impedir su efecto.

Él publicó eran los Pontífices engañados de los franceses rebeldes, para que los ayudase contra el perseguidor de la católica religion, siendo él pronto á sujetarse á lo que declarase sobre sus diferencias un concilio libre general y racional; prometia mantenerla sin alterarle cosa alguna; y porque no perjudicase la entrada del Landriano á la iglesia galicana, se fulminase proceso contra él, por no haber entrado conforme al estilo antiguo de los Nuncios, y ásistia con los rebeldes, y ordenaba se juntasen los Cardenales y eclesiásticos para proveer contra los monitorios publicados.

La declaracion de los Parlamentos de Chialon y de Tours contra la del de París fue licenciosa; pues el de Tours, no contento con haber hecho invectivas coutra el Pontífice, hizo quemar públicamente las bulas delante las puertas de Palacio, y mandó que el Nuncio fuese preso habiéndole á las manos. A estos decretos siguió cosa peor, porque muchos prelados, juntos en Chiatres, publicaron una declaracion, con que aseguraban al pueblo de que los monitorios y censuras publicadas por el nuncio Landriano eran nulas, y no podian obligar á los franceses que obedecian á su Rey; protestaban de no querer diminuir nada del honor y respeto que debian al Pontífice y Sede apostólica, esperando hacerle capaz de todas sus razones y satisfecho. Intervinieron en el formar esta declaracion el cardenal de Lenincurt y el de Vandoma, llamado ya de Borbon, despues de la muerte del Cardenal su tio; y habiendo recibido algunos breves de parte del Pontífice, los entregaron al gobernador de Mantó, para que los volviese al trompeta que los trujo, diciendo no los tenian por verdaderos.

No tardó mucho el Parlamento de París en publicar otros dos decretos contra los de Tours y Chialon, declarando tenian puntos cismáticos y hereticales, y enderezados á sacar el pueblo de la obediencia de la Santa Sede y del Pontífice, cuya autoridad, porque la tenía de Dios, ni ellos ni otros podian moderar ni condenar, y principalmente en lo perteneciente á la fe, pues esto lo reconocieron los Emperadores y Príncipes y todo el pueblo cristiano que no estuviese corrupto; y mandaron se rompiesen tales decretos y se quemasen sobre el mármol, al pié de la escalera del Palacio, y se hiciese proceso contra sus autores y ninguno los obedeciese. Fue publicado tambien un breve del Pontífice, para que los eclesiásticos de Francia y Lorena pudiesen traer armas contra los heréticos, y absolvia los que las truxeron.

El de Bearne en Mantó por edicto anuló los publicados en favor de la

religion católica en los años de mil quinientos y ochenta y cinco y mil quinientos y ochenta y ocho por el rey Enrique III, restituyendo el del año de mil quinientos y ochenta y siete, que tanto fue de los católicos impugnado, y debian ofenderse mucho más agora.

Molestaba al de Bearne y al de Mena el aviso de las grandes ayudas de gente y dinero (1) con promesa de otras mayores para señorear la Provenza y Delfinado, y que la ciudad de Arlés y la de Aix le dieron la obediencia; y en Marsella hizo entrada solemne con demostracion del pueblo de grandísima alegría, en presencia del Duque de Feria, que vino en las galeras que trujeron al de Saboya para ir á dar la obediencia al Sumo Pontífice por el Rey Católico y volver á los Estados generales de París para la eleccion de Rey de Francia, y del Cardenal de Joyosa, que para ir á Roma á tratar de los negocios de la Liga desde Languedoc fué á Barcelona, y se embarcó en las galeras.

Pesaba mucho al de Mena que cada dia llegaban de España dineros y gente á todas las provincias de Francia más que á él, y sin que él lo supiese, paresciéndole mermaban su autoridad y crédito. No le daba menor cuidado el tumulto popular de Roan contra el Vizconde de Tavanes, por mala satisfaccion de su proceder; y habiendo venido á él el señor de Villars, gobernador de Havre de Gracia, con mil infantes le recibiesen por suyo (2) y ansí el Duque entró en la ciudad y le confirmó con título de Lugarteniente del príncipe Enrique, su hijo, á quien habia dado el gobierno de la Normandía.

Ordenadas las cosas públicas y de la fortificacion, para mejor asegurar la ciudad del asedio, pasó á Bobes para poder socorrer á Noyon, que el de Bearne habia mandado sitiar, ciudad en los confines de Picardía, á tiro de cañon del rio Oyse por la parte de un valle, y la otra estaba sobre un collado á la parte del septentrion; y aunque temía como las demas el cerco, no fue proveida bien de soldados, y sólo tenía la guarnicion ordinaria; y aunque no muy numerosa, molestaba contínuamente el territorio de San Quintin, Campregney, Chioni, Corvia y otras tierras. El de Bearne pensó tomarla de improviso, con mil cuatrocientos caballos franceses, cuatrocientos raitres y seis mil infantes; y llegáronle las otras fuerzas brevemente; mas por las lagunas y la montaña no pudo ser tan presto por todas partes embestida que evitase el entrar en ella con cincuenta caballos y otros tantos arcabuceros en las ancas el señor de Rion, que estaba en Pierrefort, lugar cercano. Mucho animó al señor de Villes, gobernador de Noyon, el asegurar vendria á socorrerla brevemente.

---

(1) Falta al parecer «que recibia el Duque de Saboya.»
(2) Faltan palabras.

El de Mena no pudo venir presto, esperando el efecto de un tratado que tenía en Mantó por medio del señor de Alincurt, que no surtió por falta de secreto, y caminó al socorro. El señor de la Chianteric fue roto con su regimiento, aunque entró con doscientos soldados, y peor fortuna habia tenido el señor de Tamblecurt, pues habia sido preso y herido en el dia primero de Agosto y otros cuatrocientos corazas y quinientos arcabuceros; y el Duque de Aumala, gobernador de Picardía, que partió de Han con trescientos caballos y otros tantos arcabuceros; y ansí la esperanza del socorro estaba en la venida del de Mena con el exército. Vino á Han, donde habia de llegar Mos. de Rone con gente de las guarniciones, y con los seis mil infantes y mil caballos que por órden del Duque de Parma trujo el Príncipe de Asculi se haria el socorro.

El de Bearne se reforzó con trescientos caballos, y no sólo sitiaba á Noyon, mas traia inteligencias en otras plazas y por gran parte se libró la de Fera, descubriendo una mujer la gente que estaba para entrar en ella. No fue socorrida y quedó rendida con buenas condiciones, y por esto el de Parma se arrimó á los confines para hacer la entrada en Francia.

En tanto arribó de España el presidente Gianin con fama de haber traido largas promesas de socorro de su Rey y de pagarle contínuamente seis mil infantes y tres mil caballos franceses. Quedó aún mal satisfecho el de Mena intrínsecamente, y comenzó con el Duque de Lorena á temer las fuerzas de los españoles, con quien se habian de unir las del Pontífice, y no las tenian ellos bastantes para contradecir la voluntad de los extranjeros, y solamente en el mandar tendrian aquella parte que tocaba á sus propios intereses; y no podian remediarlo, porque tenian necesidad de las ayudas y no era á propósito el descubrirse ni difidentes ni temerosos; mas disimulando su disgusto, esperaban tambien que los españoles no harian todo lo que pudiesen por no darle causas de tomar nuevas resoluciones, aunque con nuevas pretensiones.

Venía con título de embaxador D. Diego de Ibarra, veedor general de los exércitos de Flándes, y esto era lo que más le apretaba, por traer consigo al Duque de Guisa (1) amado y preferido de los españoles, como en el progreso de las cosas acaecidas despues lo confirmaron, bien que ayudó poco á su fortuna y á sus cosas y dañó las de otros, contra lo que se esperaba de hijo de tan valeroso padre, cuya memoria le encomendaba generalmente y de su maravillosa libertad atribuida á su osadía, engendrando celo en sus émulos y temor en los enemigos. Fue comun opinion que, viendo el de Mena el aplauso y concurso con que de los pueblos fue reci-

(1) Al márgen del MS. de la misma letra del texto se lee: «Ojo á la libertad del Duque (de Guisa): los de la parte de Bearne le dejaron ir (segun decian) por buena razon de Estado, para meter en confusion la Liga.»

bido, celoso le trujo á sí para regirle á su voluntad y quitarle poco á poco el nombre con el ocio y sin autoridad. Por esto le aconsejaban hiciese sus negocios por sí, apartado del tio, y llenaban su ánimo de desconfianza; mas quiso parecer más obediente que magnánimo contra lo que su fortuna le requeria.

El de Bearne queria sitiar á Rens, y metióse en ella el de Mena y el Príncipe de Asculi, donde asistia la Duquesa de Mena, gobernando la campaña en nombre de su hijo; y el Nuncio de su Santidad y el Obispo de Piacenza, partió con la caballería de Alci á encontrar al general de la Iglesia; porque se quejaba de no tener quien le guiase ni avisase del camino que habia de tomar para juntarse con el exército del Rey Católico, y con el Duque de Lorena fué á Varleduc á visitarle, á diez y nueve de Setiembre, para tomar resolucion sobre las cosas comunes y esperar el exército del Rey Católico y componer algunas diferencias entre el general de la Iglesia y Pedro Gaetano, general de la caballería, que en Nancy fue malamente indignado y queria volver en Italia sin bastar á componerlos diversos príncipes.

Los extranjeros venidos en favor del de Bearne le daban gran cuidado, porque los ingleses, que traian cuatrocientos mil ducados que su Reina le habia prometido para la paga de los alemanes, ó no querian entregarlos, si conforme á sus capitulaciones no les daba para seguridad de su gente algunas plazas, ó no pudiendo sino con aquel dinero quietar los alemanes, querian volver atras si no eran prontamente satisfechos; y el de Bearne fomentaba al enemigo estas discordias y molestaba las mejores ciudades de la Liga, cuando sus capitanes no se empleaban en alguna empresa. Tenía el general del Pontífice ochocientas lanzas, doscientos arcabuceros á caballo, mil doscientos infantes italianos, cuatro mil zuiceros y cuatro mil lanzqueneques, y otros tantos infantes del Rey Católico; y en la Franca-Contea estaban de S. M. seis mil italianos y tres mil españoles para juntarse con la gente del Pontífice, y en Verdun, en la Lorena, en la Campaña y en los confines, tantos soldados levados por el Duque de Parma en los Países Bajos que podian molestar notablemente al enemigo estando juntos contra él. Por cumplir con lo capitulado con la Reina de Inglaterra y rebeldes de Flándes, determinó de sitiar á Roan, porque les importaba mucho que saliese de poder de los coligados por respecto del comercio, y para esto le prometieron grandes ayudas y de apretar por Flándes con tanta pujanza que no pudiese salir de los Países al amparo el de Parma para no perdellos.

El Marechal de Biron tomó á Gornay y á Caudebec; el señor de Cory (1), donde el Pitiou martirizó al Padre Fray Cárlos Broseri, domini-

(1) Faltan palabras.

cano, predicador excelentísimo, por no haber querido reconoscer por Rey legítimo al Príncipe de Bearne. Vino de Campagna hácia Roan, y los extranjeros se le amotinaron por la paga, y reducidos con esperanza y amenaza de matarlos si no obedecian, que no hicieran por no indignar su nacion. En Retel los embaxadores del Duque de Lorena trataron con el de Guisa de lo que se debia hacer para nombrar Rey, y con el señor de Bassompiere que tenía su plena autoridad, á veintidos de Octubre. Mas Villeroe y Belleville querian lo fuese Príncipe de la sangre, especialmente el Cardenal de Borbon, é introducirle en París con fin de establecer al de Bearne, porque cuando veramente y sin ficcion el Cardenal ó el Conde de Soisons ó dos ó tres juntamente de los borboneses, tirados de la esperanza de la propia grandeza, se apartasen de Enrique, eran por el valor, séquito y fuerzas tan débiles, que no les seguiria la nobleza y dejaria al otro, ya grande y poderoso, y no ménos valeroso que bien afortunado, principalmente que los católicos esperaban dejaria brevemente las herejías, de donde se seguia que dejados éstos, dividido el de Mena de los españoles y perdida la autoridad con el pueblo, que le era odioso el nombre de Borbon, quedaria el de Bearne superior y señor del reino; y en tanto que las quejas crecian de la persuasion del de Parma y se hacía con arte volar la voz de los interesados desinios de los españoles en la nominacion de Rey de la casa de Austria, decian algunos al de Mena se pudo ver que los españoles con la tardanza y la artificiosa debilidad de los socorros y mantener la gente dentro del reino mal pagada y por eso forzada á vivir sin discrecion cerca del pueblo, le hacian odioso á los franceses y le quitaban el crédito con los extranjeros; de donde no le venía sino desprecio; y fuese arte ó vera flaqueza, no convenia afirmarse sobre tal fundamento ni fiarse de quien tenía la mira sólo en dividir el reino, cuando por España ó casa de Austria no pudiesen ocuparle. Esto certificaban las banderas del Rey Católico, entretenidas en Bretaña, Gascuña y Provenza, porque, divididas las fuerzas para enflaquecer el reino en muchas partes, pensaban al fin poderlo atruinar y destruir de un golpe. No le bastaba que fuese unido con el Duque de Lorena y haber determinado de excluir los extranjeros de la Corona, mas era necesario para edfrenarlos proponer para ella uno de su casa, y principalmente para tener un seguro refugio, cuando ellos no viniesen en ello, de meter en las capitulaciones el acuerdo, que en defecto de la casa de Lorena se eligiese un Príncipe de la sangre Real, porque de tal manera se haria árbitro de las cosas, y los españoles en particular como conociesen tener necesidad dél, por temor que no se prefiriesen los de Borbon harian más caso dél, ó al fin él habria modo para echarlos del reino y librarse, y ansimismo del intento dellos.

Vencido el Duque de estas persuasiones y el ánimo de su mujer y los presidentes Gianin y Vetus y el señor de Basompiere, capitularon fuese

excluso siempre de la Corona Enrique de Borbon, herético, y cualquiera príncipe extranjero; se procurase de ponerla en la cabeza de uno de la casa de Lorena; si no se pudiese, se diese á un príncipe católico de la sangre Real y ninguno de los que capitulaban por sí, y desunido de los demas pudiese tratar destas cosas. Aceptada esta escriptura del de Mena y el de Basompiere, restaba agora el aceptarla el de Guisa, porque con estas tres cabezas sin alguna dificultad concurririan en ellas las demas de aquella familia.

CAPÍTULO VI.

La Reina de Inglaterra apresta armada para apoderarse de las flotas de Indias.—Manda D. Felipe otra en su persecucion.—La alcanza y derrota.—Dispone el Rey la venida á Castilla del archiduque Alberto, y nombra gobernadores para Portugal.—Nuevas de la Península.—Fallecimientos, matrimonios y nombramientos ocurridos en este año.—Sentencia que recayó en el proceso seguido á Juan Fernandez de Espinosa.—Pasquines puestos en Avila.—Rigor del alcalde Pareja por este motivo.—El Rey envia á Cabrera de Córdoba á enterarse de lo que pasaba en aquella ciudad.—Palabras del Rey que prueban el poco afecto que tenia á la ciudad de Avila.

La Reina de Inglaterra, deseosa de robar los navíos y riquezas de las Indias para hacer la guerra en Flándes y Francia contra el Rey Católico y sacar los gastos que sus armadas le causaban, juntó veintidos navíos, y entre ellos seis galeones grandes y uno pequeño de los suyos, bien artillados y pertrechados, y con buena infantería los encomendó al conde Tomás Eyber, hijo segundo del Duque de Norfolt, mozo y no muy marinero. Dióle por almirante á Ricardo de Campoverde, gran cosario y de buena opinion. Navegaron á las islas de los Azores, paraje para robar á propósito, que reconocen los bajeles que vienen de las dos Indias.

El Rey Católico, avisado del apresto desta armada, juntó la suya superior; invió por su general á D. Alonso Bazan, porque la memoria del hermano y su felicidad le daban nombre y su esperanza suficiencia, pues desde el año de mil quinientos sesenta y tres, en que se hizo la conquista del Peñon de Velez, comenzó á servir en el cargo de las fragatas y bergantines, y en las jornadas de Levante y Poniente sirvió hasta este año el oficio de Almirante general. Mandó el Rey hiciesen esto por semanas D. Bartolomé de Villavicencio, caballero de Jerez de la Frontera, Martin de

Bretendona, Sancho Pardo, Antonio (1) de Urquiola y Márcos de Aramburu, cabos de las escuadras de las provincias; porque despues de la muerte de Juan Martinez de Recalde, no le habia proveido ni dado el estandarte del Océano. Nombró por veedor general á D. Juan Maldonado.

Salió á treinta de Agosto de Lisboa con cincuenta y dos galeones, naos, filipotes y pataches, bien prevenidos de artillería, municiones, bastimentos y gente, y entre ella los portugueses del tercio de Gaspar de Sousa; y aunque el enemigo habia pasado adelante, no era necesario estar sobre las islas sino cuando las flotas habian de arribar á ellas, dejando así consumir al enemigo. Ordenóle el archiduque Alberto fuese á la isla de Flores y esperase por todo el mes de Setiembre las flotas que habian de venir por treinta y nueve grados y medio, y subiese hasta cuarenta y uno y más, porque los traen las naves de la India, y le avisase dónde le hallaria, para que los acudiese en cualquiera necesidad, porque estando más al poniente la isla de Flores, era de inconveniente venir desde la Tercera las naos á las Flores á buscar á D. Alonso, porque siempre en aquel paraje hay peligro, y no las dejase atras, aunque hubiesen venido las flotas por los contrarios tiempos.

Anduvo de una y otra banda entre las islas de San Jorge y la Graciosa hasta los siete de Setiembre en la tarde, que navegó con viento en popa en busca de los enemigos. Habíanle dado relacion dél fray Cristóbal Ortiz, franciscano, y Gonzalo García, piloto, que los prendió en el navío de aviso y tuvo muchos dias en su capitanía.

A los ocho, dia de Nuestra Señora, en la tarde, se hallaron los pilotos quince leguas de la isla, en su misma altura, y cargaron de vela midiendo el viaje para amanecer sobre los ingleses, que estaban surtos en la isla de Flores, y coger en medio sobre el ferro, acometidos por ambos lados de las islas y por medio de unas y otras escuadras (2). Sancho Pardo invió á decir á D. Alonso templase las velas de su capitana, porque llevaba rendido el bauprés de su galeon, que era de los de Santander, y no podia hacer fuerza de trapo, para no dejarle arresgado. Por acudirle se detuvo, y comenzó á amanecer á ocho leguas de las islas, quitando de las manos una gran victoria. Envió una zabra á ver lo que habia en ellas y órden á Aramburu para que entrase por medio con los siete galeones de Castilla, de su cargo, y con el capitan Garibay, la capitana de los pataches, San Francisco, y los filipotes, que á su cargo traia Leon Rojo, caballero aleman, y él iria al mismo tiempo con el resto de la armada por el lado izquierdo de la isla de Flores.

Llevaba al lado del viento los galeones San Pablo y San Martin y San

(1) Herrera le llama Miguel.

(2) Al márgen se lee en el manuscrito : «Dispuso la armada para pelear y que viniese por la parte de las Indias para que le acometiese el inglés, creyendo eran las flotas.»

Felipe, y más al viento á D. Luis Coutiño con los ocho filipotes de su cargo, al sotavento Bretendona y Sancho Pardo y Antonio de Urquiola, y en la retroguarda D. Bartolomé de Villavicencio, que le tocaba hacer oficio de Almirante. La zabra izó y amainó cuatro veces la vela de gavia, y tiró dos piezas, señal que habia de hacer cuando descubriese al enemigo; y viéndole ir á la isla del Cuervo, tiró otros dos y envió á decir á D. Alonso cargase vela y le siguiese, porque iba la vuelta dél.

La capitana inglesa procuraba ganar el viento (1) por el barlovento, tomado el ladó derecho á la armadá de España. Don Alonso avisó á D. Luis Coutiño le siguiese, dejando la primera derrota, porque no era de provecho, y cargando de vela y á orza fué para los ingleses, procurando alcanzar á abordar las primeras naves. Eran ya las cinco de la tarde, cuando Aramburu se halló á tiro de cañon, y arribó sobre ellos, y comenzáronse á tirar cargas, que duraron gran rato, de artillería y mosquetería, sin poder abordar por haberle desaparejado su capitana y rehusarlo mucho los enemigos. Don Alonso hizo fuerza de vela, aunque no de gavia, del árbol mayor, por haberse resentido, y se acercó á la capitana mucho; y el galeon San Felipe, el mayor de Bilbao, en que iba el capitan Bracamonte con la compañía del maestre de campo D. Francisco de Toledo y Bretendona en el de San Bernabé, el menor de los de Bilbao, que velejaron mucho, y no pudiendo abordar la capitana inglesa, le dieron grandes cargas con gran daño, porque fue de muy cerca.

La Almiranta enemiga abordó, y á la primera carga le echó dentro diez soldados, y no habiéndose aferrado con el arpeo sino con un cabo, se rompió; y ansí se apartaron al tiempo que Bretendona llegó y la abordó y aferró, y á la nochecer la capitana y otros enemigos navíos, viendo se les acercaba D. Alonso con buen número de navíos, rociándole, haciendo gran daño con la artillería por estar á sotavento y descubrir el sebo por donde le dieron muchos balazos, huyeron desordenadamente.

Siguiólos D. Alonso, llevando á su lado el galeon de San Martin, en que iba el maestre de campo Gaspar de Sousa, y otros navíos, y la noche los encubrió y volvió para no perder rumbo, y especialmente la capitana amainó vela; mas en el dia siguiente se fué á pique yendo á embestir en la isla de San Jorge para salvarse la gente, segun se supo de los de la misma isla que lo vieron y de un navío frances, de diez que huyeron por la vía de las islas en Flándes y en Francia.

Don Alonso volvió á recoger su armada y á dar ealor á Bretendona, abordado con la almiranta enemiga costado con costado por el izquierdo

(1) Al márgen del manuscrito: «Sólo con velas de gavia, porque un patache suyo descubrió la armada de España y avisó á su general eran las flotas.»

della. Su gente á la primera carga se metió debajo de los castillos de popa y proa y de las jarretas, y desde allí tiraba su artillería y mosquetería, bombas y otros fuegos, y no se le echaba gente dentro por la lobreguez de la noche. Los diez soldados que le metió D. Claudio de Beamonte pelearon sustentando el ímpetu de todo el navío con muerte de los siete, y los tres se retiraron al navío de Bretendona. Márcos de Aramburu llegó en su ayuda y aferró con su proa la popa del enemigo, y echó alguna gente sobre el alcázar. Tomando la bandera y matando algunos soldados llegaron hasta el árbol mayor, deshiciéronle la proa hasta el agua con la artillería los ingleses, de manera que le fue necesario alargarse, y encendiendo fanal estuvo junto dellos, haciendo llegar su almiranta y otras naos, el galeon Ascension, en que iba el capitan D. Antonio Manrique, abordado por la proa del enemigo y de Bretendona.

Llegó D. Luis Coutiño y abordó por junto de D. Antonio Manrique, y todos se tiraron toda la noche, desaparejando el navío, sin dejar entrar gente por la confusion que la oscuridad causaba. El enemigo con armas y fuegos se defendía y con su artillería; D. Alonso anduvo de una y otra vuelta recoxiendo y ordenando sus navíos en torno de los aferrados hasta que amaneció.

Viéndose el almirante inglés sin árboles y su navío deshecho, bien á costa de los vencedores, con muerte de ciento cincuenta soldados y los más heridos de los que le quedaban, y sin haber persona de cuenta sino los capitanes de infantería y navío, se rindió. El galeon Ascension y la capitana de D. Luis Coutiño se maltrataron tanto uno con otro que se afondaron, y luégo la Ascension, salvándose D. Antonio Manrique y casi toda su gente, y en el dia siguiente la de D. Luis, sin perder hombre.

Era esta almiranta inglesa de gran nombre, llamada la Venganza, de Francisco Draque, cuando vino sobre la Coruña en el año mil quinientos ochenta y nueve, con cuarenta y tres piezas de bronce, las veinte de la cubierta baja, de cuarenta á sesenta quintales, y las veintidos de veinte y de treinta. El Almirante murió de heridas, traido á la capitana, y murieron y se ahogaron casi cien españoles y los capitanes San Juan y D. Gaspar de Proano.

Una nao inglesa muy grande, llamada Revenga, acometida de algunos navíos que la cercaron, se voló, como les habia ordenado D. Alonso.

Roto y desbaratado el enemigo, recogió su armada, y pasó más cien leguas adelante por donde habian de venir las flotas, llevando por ambos lados y adelante á ocho leguas navíos ligeros para descubrirlas. Reparó la almiranta con palos y bergas que se traen de respeto, para llevarla en su compañía, alixerándola de la artillería; volvió de otro bordo á la isla de Flores y la reconoció á los diez y ocho de Setiembre Antonio Navarro, general de la flota de Nueva España, con once navíos, apartado con tempo-

BIBLIOTECA NACIONAL

ral del general Diego de la Rivera, cuyo almirante venía con Navarro.

Los socorrió de bastimentos D. Alonso y á los veinte y tres llegó Aparicio de Arteaga, almirante de Antonio Navarro, con cuarenta y ocho naves, porque se fué á fondo Diego de la Rivera en la suya. Vinieron las flotas divididas y á dar en las manos del enemigo, como lo podian desear. Llegó á la Tercera con buen tiempo D. Alonso para hacer cargar allí en los filipotes de Coutiño la hacienda del maestre de campo Juan de Urbina, que habia venido á España, y en su lugar entrado Conton.º (1), del hábito de San Juan; comenzó á navegar la vuelta de España bien recogida su armada; mas tormenta deshecha la embistió y vinieron desbaratados y perdidos diez y seis navíos de las flotas, salvándose la gente y artillería; y D. Alonso llegó á Lisboa á nueve de Octubre, donde se repararon algunos navíos de las Indias y pasaron á Sevilla.

Invió la nueva de la victoria habida contra los ingleses con Bartolomé de Anaya, secretario de la armada, que lo es de Guerra de su Majestad y caballero del hábito de Santiago. No de todos se tuvo por victoria sino por vituperio el no haber tomado toda la armada enemiga como pudiera, porque decian que su fanal habia de poner en la noche que navegó, buscando la isla, donde los enemigos estaban ancorados en una fragata guiadora para que los ingleses no le descubrieran, como hicieron tan á tiempo para huir y no habia de quedar en conserva del navío de Sancho Pardo que llevaba el bauprés rendido, porque no se podia perder, siguiendo su derrota en la isla, pues era cierto que la armada enemiga estaba junta en ella y no era justo perder la ocasion de dar una victoria tan importante á España, ni huyendo habia de darle un momento para salvarse, aunque se anegára. Esto y el mal suceso con la fortuna de las flotas hizo que luégo tratase el Rey de encomendar sus armadas del Océano á otro general, como se hizo adelante.

El Adelantado mayor de Castilla habia tomado algunos navíos ingleses con las galeras de España, y queria invernar en Lisboa con algunas escuadras de navíos y se le contradecia por los ministros de Portugal, y especialmente por el Conde de Fuentes, capitan general, que estaba de partida para ir á Flándes por órden del Rey; y habia de gobernar la gente de guerra D. Juan de Ayala, mayordomo mayor del archiduque Alberto.

Su Alteza solicitaba al Rey para que le dejase venir á Castilla, y su Majestad lo queria y aprobó para esto el quedar por gobernador Miguel de Moura, Pedro de Alcazoba, el Obispo de la Guardia y el Obispo capellan mayor, que pedia licencia para volver á Portugal, mas quisiera un capelo que nunca quedó satisfecho por lo mucho que deseó. Hiciese nueva visita

(1) *Sic.*

de los frailes sediciosos Martin Gonzalez, pues habia dado poco fruto la mesa de la reformacion y acabasen de traer los frailes á Castilla, porque para el negocio de los Jerónimos inviaba á Fr. Juan de Toledo, hermano de D. Gabriel Niño, y para prior de Belen á Fr. Juan de Quemada, del monasterio de San Lorenzo el Real, docto y religioso, en virtud de la legacion del cardenal Alberto, y se trataba de la union desta Orden con las de Castilla y que dellas hubiese sólo un general (1) donde un secretario de su Santidad le dió (2) de su parte el estoque y sombrero que bendice en la noche do la Natividad y la rosa que en la Dominica le tocare á la infanta doña Isabel.

El Rey habia estado en San Lorenzo; vino al Pardo á tres de Noviembre con sus hijos, y allí hizo alto como solia, acudiendo á su despacho ordinario segun le daba aliento la salud, combatida de la gota; y las diferencias de los catalanes con el Virey sobre puntos de jurisdiccion procuraba componer; y para hacer mejor esto, ordenó que la Real Audiencia con el Virey fuesen á residir en Tortosa, habiendo primero proveido que á Perpiñan, y cesado por la peste que habia tocado en aquella provincia. En Castilla no llegó más que á tercianas maliciosas, que hicieron gran estrago en las vidas y en la salud, y no se escapó la Infanta, que mostró con ellas lo que tenía de mortal, aunque muy convalecida llegó al Pardo.

Murió el Conde de Barajas y el prior D. Fernando de Toledo con bien poca hacienda, pues no llegó á cien mill ducados; y ansí no pudo extenderse en las mandas ni legados del testamento, pagadas las deudas. Mandó enterrarse en Consuegra, cabeza de su priorato, y edificar un monasterio de monjas carmelitas descalzas; y para la canonizacion de la fundadora la Santa Madre Teresa catorce mil ducados, y diez mil al Hospital general de Madrid. Dió su priorato el Rey á Filiberto, hijo tercero del Duque de Saboya y de la infanta doña Catalina. Dió el Rey la encomienda del Conde de Cifuentes á su hijo, que vale cuatro mil ducados al año, y otra de dos mil á D. Galcerán de Cardona, y otra de ochocientos á D. Ordoño de Zamudio, todas de la Orden de Alcántara; y la talla de la casa de la moneda de Sevilla, que vale cinco mil ducados al año, al Marqués de Cerralvo, y por la vida de su hijo y seis mil ducados de ayuda de costa. Tambien murió el Conde de Coruña en Valladolid con más de ciento y cincuenta mil ducados de deudas, con falta de bienes libres de que pagallos; y la Marquesa de Almazan, viuda, y á su nieto dió el Rey la encomienda de su abuelo, con que para la paga de sus deudas sirva por veinte años, que á cinco mil cada uno eran los cien mil ducados; y doña María Pa-

(1) *Sic*; parece faltan palabras.
(2) Al archiduque Alberto.

checo, hermana del Duque de Escalona, monja dominica, y heredó cinco mil ducados de renta la Condesa de Chinchon, su hermana; tambien las Marquesas de Cañete y de Ladrada, y la Marquesa de Guadaleste, mujer del Almirante de Aragon; tambien el padre maestro Fr. Luis de Leon, agustino, catedrático de teología en Salamanca, dulcísima y clarísima madre nuestra, insigne en la inteligencia de la Escritura y conocimiento de lenguas, que puso la castellana en grande exaltacion; venció las persecuciones de sus enemigos en la Inquisicion y por las tempestades constante pasó á mejor vida con general pérdida desta nacion. Tambien falleció el famoso predicador D. Juan Gutierrez, por más de cincuenta años docto y observante religioso, y el obispo de Córdoba Hernando de Vega.

Casó doña Luisa de Cárdenas y Carrillo con el Conde de Aguilar, acabado el pleito matrimonial con el Duque de Francavila, que hoy es Marqués de Alenquer, virey y capitan general del reino de Portugal, y él casó con la Condesa de Salinas y de Rivadeo, estado y casa muy calificada.

Habíanse comenzado á dar los cargos de los ministros del Consejo de Hacienda que se comenzó veinte años ántes, y los primeros á los herederos del contador mayor Francisco de Garnica, y el Rey mandó que no se les molestase, porque le habia servido muy bien y hecho mucha falta á su servicio su muerte; y habiendo los nueve jueces con el confesor del Rey preso á Juan Fernandez de Espinosa en Pinto y sustanciado su causa, por sólo un capítulo le condenaron á restituir dentro de diez dias seiscientos mil ducados, que él cobró del Rey con color de cierto asiento que hizo con los intereses de once años á siete por ciento, y hecha la paga le reservan su derecho para que pida lo que le conviniere, y tratábase de medio para satisfacer á tanta cantidad.

En Avila parecieron letrones fixados sobre la paga de los millones, de que se dió el Rey por ofendido, y procedió á castigo por medio del alcalde de Córte, Pareja. Apretó demasiadamente, y áun se dixo que excedió en la averiguacion y sentencias, especialmente de D. Diego de Bracamonte, caballero de familia ilustre, bien quisto y celoso del bien público, y con otros que justiciaron le cortaron la cabeza. Para ver lo que pasaba en todo, me envió el Rey desde San Lorenzo á la ciudad, y le referí la quietud general y la admiracion de haber su Majestad hecho más demostracion de su indignacion que con otras ciudades, donde tambien hubo carteles. Respondió: «Agora sabeis y saben ellos que donde están enseñados á llevar el decir al hacer, no se ha de aguardar á que hagan.» Yo le repliqué, me admiraba de que sintiese de tal manera de ciudad que le habia dado tantos y tan valerosos capitanes y victorias y lustres á su corona; y dixo: «Es verdad; mas ¿no depusieron ahí al rey D. Enrique y favorescieron á Juan de Padilla, tirano?» Yo le supliqué advirtiese fue Avila el cadalso donde se representaron aquellas tragedias, pero no eran della los que las hicieron, y

que decian «De Avila los leales» y lo mostraba el tener un Rey por armas, pues allí acoxieron y defendieron á D. Alonso el onceno y con él salieron de once años á recuperar lo que de sus tierras ocupó su tio el Rey de Leon, y le hicieron victorioso dél y de otros grandes señores.

Hizo merced del hábito de Alcántara á su hermano D. Diego y de otro á un hijo despues, y no se tocó por el fisco á sns bienes, y se dixo que el Rey se indignó contra el alcalde Pareja, de manera que habiendo entrado á caballo en la posada de D. Juan de Acuña, del Consejo Real, salió en una silla para su casa y sepultura.

CAPÍTULO VII.

Entrevista de los Duques de Mena y de Guisa, despues de salir éste de la prision.—Mutua desconfianza.—El Príncipe de Bearne dispone sus huestes para salir al encuentro de las que traia el Duque de Parma.—Tumultos en Orleans y París.—Envian los de esta ciudad embajadores al Duque de Mena.—Poca satisfaccion que da á sus cargos.—El pueblo de París mata en un motin á varios personajes amigos del de Mena.—Marcha éste á París y toma venganza.—Disuelve el Consejo de los diez y seis.—Fortalece su autoridad.

El Duque de Guisa vino á fines de Octubre con pocos ménos de mil caballos, y dejada una parte allí, pasó á Rens á visitar la Duquesa, su madre, y otras princesas que le esperaban, y de allí á Retel con el Nuncio y el Obispo de Piazenza, donde llegó el Duque de Mena, y se vieron la primera vez despues de la prision con demostracion de grande amor y cortesía. Aloxaba el Duque de Monte Marciano en Guini, y en el segundo dia de Noviembre, habiendo venido á Retel á pagar la visita que le hicieron los Duques, llegó el aviso de la muerte del Pontífice. Fue á quince de Octubre. Justa ocasion de lastimarse tuvieron los de la Liga, porque se habia mostrado muy inclinado á favorecerla con dinero, consejo y autoridad, habiendo nombrado por Legado de Francia Octavio Palavicino, seis meses ántes creado Cardenal por su Beatitud, y era para impedir el empleo de las armas eclesiásticas y ser causa en tal coyuntura de malísimos efectos.

Por esto el de Mena, que deseaba establecer la union de los de su casa, le persuadia al de Guisa, y haciéndose cabeza y mostrando su primacía, le dixo lo que habia hecho y los trabajos padecidos por la causa comun, el deseo particular que tenía de su grandeza, las oposiciones é impedimentos

que los españoles le hacian, sus medios y fines, la necesaria deliberacion que se debia hacer de unirse todos para oponerse á sus designios y excluirlos de la Corona, el pensamiento que tenía de proponerle en la futura sucesion para ella al Rey Católico, y cuando cayese en su familia, convenia aceptar uno de la sangre Real para tenerle como refugio, y hacer venir á los españoles á lo que deseaban y necesitarlos á que más fácilmente condesciendan en proponer y admitir su persona; finalmente le refirió la capitulacion formada con el Duque de Lorena, y se la mostró para que la aceptase.

El Duque de Guisa, nuevo en tales trances y sospechoso por las desconfianzas en que habian metido su ánimo, procuró huir aquel encuentro y apartarse con várias demandas de cosas que le convenia saber y hacer ántes de entrar en la propuesta union, especialmente con preguntar si los demas de la familia lo consentian, y proponer queria primero enviar personas al Pontífice y al rey Felipe, que les representasen su estado y entendiesen su voluntad para con él, y les pidiesen licencia y ayuda para entrar en cualquiera empresa. Donde quiera que se volviera, le hallaba pronto al tiro para hacerle contraste, y á ninguna de sus propuestas inclinado sino á que primero pidiese consejo á su madre, con quien él tambien se abocaria.

Hízolo primero y luégo Villeroc, Gianin y Basompiere, y con artificioso razonamiento tentaron en vano el inducir á seguirlos, porque con arte igual, respondiendo á sus cautelosas razones, se mostró apartadísima de prestar el consentimiento que pedian para que su hijo firmase la capitulacion; y se quejó gravemente de que se tuviesen con ella y los españoles términos ni buenos ni sinceros, porque el querer como forzar al Rey de España á casar la Infanta con su hijo era mal modo y áun divertirlo manifiestamente de aquella amorosa voluntad que les habia mostrado, y jamas aceptaria el Duque por Rey á alguno de la casa de Borbon, de la cual habia sido y todos los de su sangre y su inocencia en mill maneras ofendido, principalmente en el tiempo de su prision. Se maravillaba cómo se hacía acuerdo ahora con los de Borbon, habiéndose tenido por delito de lesa majestad divina y humana el tratar ántes para librar al Duque, y porque sabiéndose algunos meses ántes de su libertad los intentos de los españoles no se habian descubierto ni reprobado los artificios dellos sino despues della.

Quedó el presente tratado sin conclusion; sólo nació el crecer los celos y malas satisfacciones entre el tio y sobrino y los secuaces dellos, con que la Liga estuvo muy para acabarse y aumentarse las desconfianzas de los españoles con el Duque de Mena, y todo por el arte del Sr. Villeroc, que tramaba cómo la corona tuviese el Príncipe de Bearne con quien estaba de acuerdo; y para esto seguia al Duque de Mena, y aunque fue advertido, no le pudieron apartar de su comunicacion, porque por este medio tambien se entendia con el de Bearne, habia mucho tiempo.

Habíanse juntado en el principio de Noviembre en torno de Retel las huestes de los coligados para ir á encontrar al Duque de Parma en los confines, cuya tardanza sentian contrapesada de la esperanza de que llegaria el dinero de España y se proseguirian los intentos entre Laon y Guisa. Llegaron algunas compañías de raitres y otras de hombres de armas á cargo del Príncipe de Chimay, doce piezas de artillería y gran cantidad de municiones que envió el de Parma y las aseguraron en la Ferma.

El de Monte Marciano tenía entero su exército y el de Mena cerca de mil caballos franceses, seiscientos de Flándes y tres mil españoles del tercio que trujo de Italia D. Rodrigo de Toledo, y dos regimientos de lanzqueneques del sueldo del Rey Católico de las coronelías de Virtemberg y Curcio; y estaban el Conde de Vaudemont, tercero de la casa de Lorena, y el Conde de Chialigni, hermano del Duque de Mercurio, con la gente de la Lorena, y el de Guisa con mil caballos, y el Príncipe de Asculi gobernaba en ausencia del de Parma la gente del sueldo del rey Felipe, y tenía tres compañías de lanzas, tres mil españoles, los italianos de Camilo Capezuchi, y alemanes de D. Juan Manrique y los tercios viejos de españoles de D. Antonio de Zúñiga y D. Alonso de Idiaquez, porque los italianos que inviaba el Rey en seguimiento del Duque Marciano fueron detenidos del de Saboya para repararse de la rota que su hermano Amadeo recibió de Mos. de Diguiers en Pontequera.

En tanto los capitanes del de Bearno ocuparon plazas fuertes, y sintiendo el llegar del Duque de Parma, en poca tierra juntó trece mil infantes y siete mil caballos con los alemanes, zuiceros é ingleses, y esperaba dos mil infantes y seiscientos caballos que traia el Marechal de Aumont y el Duque de Bullon, que si llegaban á tiempo pensaba ir á presentar la batalla á los coligados, ántes que se les juntára el de Parma, que venía con ménos recelo de la diversion por Flándes de los alemanes por haber muerto el Duque de Sajonia y el Casimiro.

Habia en París y Orliens tumultos populares, bastantes á perderlas los coligados. Aquietó el de Mena el de Orleans, y compuso en el pueblo al señor de Chiatra, su gobernador; mas el de París no pudo fácilmente, porque se quejaba gravemente dél, porque la que tenía la primacía de todo el reino y le habia ensalzado al grado que tenía, se tenía por malísimamente tratada, y los diez y seis clamaban contra el Duque, porque los pisaba, y favorescia los parciales del de Bearne, y jamas hubiese bastado delito de rebelion bien averiguado á llenar el número de los que fueron expelidos del Parlamento, porque seguian al enemigo y por otras culpas gravísimas. Ni habia jamas con diversas excusas querido á ellos, con mal consejo que hacian debajo de título del Consejo de la Union, restituir su primera autoridad ni llevar el de Estado reducido á cinco ó seis; y era la causa porque habia el Duque formado un Consejo de Estado de algunos pocos,

y queria gobernarlo á su modo, de modo que los del Parlamento tuviesen quien se opusiese á sus deliberaciones, porque fuesen contrarias siempre á las de los buenos, y aunque acudian al Consejo de Estado, no eran mejor tratados ni sacaban dél jamas remedio para sus daños, ántes eran aprisionados y severamente castigados, porque ansí lo querian los que regian el Parlamento, adversarios descubiertos de la Union, especialmente el presidente Brison, que habia muchas veces y siempre en vano tentado se quitasen del Parlamento todos los sospechosos y que el sello se metiese en su cuidado, donde habia contínuamente estado, y que el Consejo secreto fuese formado del cuerpo dellos y residiese en París; y agora en el efecto desto hacía grandísima instancia, y en que se tomase cuenta á los tesoreros que habian robado el dinero público y en particular á Rivo, tesorero del Duque, indigno del cargo por la humildad y vileza de su nacimiento, y á Roland y otros que se apropiaron suma grandísima de dinero con detrimento de la causa comun; porque siendo ó no siendo pagados los soldados habian robado..... (1) ..... los enemigos se pagasen los que habian quedado amigos sin diferencia; se hiciese provision de mayor número de trigo y dinero para el mantenimiento de la ciudad, falta de todas las cosas, se quitasen las gabelas nuevamente impuestas del Gobernador y Prepósito de los mercaderes, y especialmente la del vino, que se impuso para pagar las guarniciones que sabian fueron pagadas del Pontífice y Rey de España, y montaban tres veces más que el sueldo, pues bastaba la una parte; se juntase en ella la asamblea de los Estados generales.

Habian inviado al Duque para proponer esto tres embajadores, y en Retel executaron su comision con algunas graves protestaciones; mas no sólo no fueron consolados en su primera entrada, mas ni oidas las querellas que le hacian, y siguiendo la opinion de los que le aconsejaban para obligar el séquito de la nobleza á no ser popular, respondió con palabras de desden y amenaza; mas interponiéndose el Nuncio y el Obispo de Piazenza, que los induxo á traer tal embaxada, porque no tomasen alguna extraña deliberacion, queria el de Mena caminar luégo, mas los cabos de los exércitos, esperando al Duque de Parma, no querian desmembrallos para asegurarle el viaje, y por esto envió los embaxadores con promesas y esperanzas, contentos que reforzaria la guarnicion con quinientos infantes, habria un sello en la ciudad y otro cerca dél y sería lo mismo en el Consejo; quitaria del Parlamento los sospechosos y supliria el número falto; se haria allí la asamblea de los Estados.

Llegaron con esta respuesta los embajadores á París á quince de Noviembre, en cuya mañana aprisionó el pueblo tumultuante al presidente

(1) Faltan palabras.

Brigard, Brison y dos jueces consejeros, y los justiciaron. Fue cosa memorable por la dignidad del oficio, valor y sabiduría y bonísimas letras, aunque gravemente culpado y por el exemplo popular. No habian los embaxadores ciertamente con alguna siniestra razon podido alterar el pueblo, mas se alteró, y dudó bien si hallándole en su llegada conmovido procurase de quietarlo ó le encendiesen mayormente para dar la muerte al Presidente. Porque de una parte habian mostrado partirse aparentemente satisfechos, ni por la brevedad del tiempo pudieron hacer prueba si las promesas del Duque eran vanas; y de otra habian quedado sobremanera ofendidos del mal término con que en la primera audiencia los trató el Duque. Despues que el Conde de Brisac le dixo en los meses atras el peligro de París por las pláticas que traia el de Brison con el enemigo, le sentenció á muerte y se difirió la execucion por el séquito que tenía en la ciudad, mal reforzada de guarnicion. Para ordenar las cosas dellas vino al bosque de Vincenas en el mes de Marzo, donde con los principales del Consejo de la Comision se resolvió el quitar del Parlamento los sospechosos, y envió para el refuerzo de la execucion con gran aplauso de los de la Liga un regimiento de tres mil valones del coronel San Quintin; mas fue impedida del Gobernador y de Vellinox, prefecto de los mercaderes, que ó tímidos y sospechosos ó artificiosos expelieron los pobres y de poco crédito sin tocar á los poderosos ni á Brison primero en la visita hecha en Vincenas, y le metieron por tercero entre ellos, y le hicieron partícipante del gobierno y de las deliberaciones importantes.

Viéndose exaltado, irritado contra los diez y seis y los que intervinieron en el Consejo de Vincenas, usaba contra los coligados toda violencia. Brigard, que habia sido procurador del palacio de la ciudad, prevaricando, se correspondia con el de Bearne, y salió á tratar con el preso por el gobernador en la Bastilla, y condenado á muerte. El Brison le puso en la prision del Palacio, contra la oposicion del magistrado de la ciudad y de los diez y seis, que instaron más en que su proceso se formase del gran Prepósito de Francia, ó á lo ménos de dos consejeros ménos sospechosos, diputados por el Parlamento, y no del presidente Brison tenido dellos por cómplice en los mismos delitos, principalmente sospechándose que él habia procurado la fuga de dos prisioneros en la Bastilla que habian de ser confrontados con Brigard, y uno era Velloy, facineroso, que estaba carcerado desde el tiempo de Enrique III y habia escrito contra la religion católica y autoridad del Pontífice. Para mostrar la injusticia que hacía Brison en no castigar al Brigard, estamparon una relacion de sus delitos y hacian autor al señor de Crone, del Gran Consejo, y contra ella salieron algunos decretos del Parlamento, y al fin salió desterrado por dos años y no privado del oficio, habiendo aconsejado al Rey, creado coronel del cuartel de San Andrés de Ars, metiese las guarniciones de extranjeros en

París. Fue de los principales en la conjuracion, con que los parciales de Enrique III le quisieron meter en la ciudad y que la rebeló y entregó á sus compañeros, y siendo Presidente de la Cámara habia siempre metido confusion en ella y quitádole su autoridad y librado famosos delincuentes, herejes y traidores, y durante el último sitio de París ofreció mucho dinero al teniente del Conde de Colalto, porque diese entrada al de Bearne; invió los predicadores por las calles y casas á pedir la paz para él y el entrar en París el Cardenal de Vandoma, para que negociase por el enemigo, y era juez corrupto y herético como decian los diez y seis; y viendo no les castigaba el de Mena y que el Gobernador y Prepósito de los mercaderes y sus embaxadores no tuvieron en dos meses respuesta sino áspera y desdeñosa y que tomando á Roan el de Bearne luégo vendria al de París, tomaron aquel medio aunque violento y hacerse á sí mismos la justicia que de otros no podian alcanzar; y alterado el pueblo, guiado del señor de Bussi, capitan de la Bastilla, y del comisario Luscart, prendieron al Brison, y Tardif y Acher, del Parlamento, y al fin les dieron la muerte infame en la plaza de la Greva. Tuvo aviso desto el de Mena en Moncorneto, y quedó atónito, y de su Consejo fue persuadido á hacer resentimiento contra los diez y seis que daban por autores.

En tanto Mos. de Rone vinn de Valencienes con aviso de que el de Parma venía á Guisa á unirse con él, y confuso por ser forzoso esperarlo y partirse para París con diligencia, habiendo deliberado de ir, quería el de Guisa acompañarle para ayudar á sus amigos contra quien estaba su tio mal inclinado, y despues pasar á Roan deseoso de señalarse en su defensa. Mas no quiso el de Mena llevar cabeza á los que habia de castigar, porque le parecia que si el caso pasaba sin castigo, su autoridad caia en el suelo, y abrazando la ocasion para destruir los diez y seis debajo de título de honor, le dixo quedase á gobernar el exército en su ausencia, pues solamente dél se podria fiar y el hacer la empresa de Vervin ó de la Capela y el visitar al de Parma; y por no complacerle tambien en que fuese á señalarse en Roan para quitarle las ocasiones de crecer su reputacion, le dixo no convenia desdeñar al de Villars, que mal sufriria ver en su gobierno al de la Chiatra, y á San Polo que Guisa queria llevar consigo. Para quitarle el recelo de castigar severamente los diez y seis, le dixo determinó quedarse en Meox para mejorar la disposicion dél y enviar su mujer á quietar los tumultos de París. Partió con los de sn Consejo y Villeroe y seiscientos caballos; y D. Diego de Ibarra avisado de todo, aunque no del de Mena, le siguió.

El de Guisa quedó mal satisfecho del tio, conociendo el peligro de sus amigos, y que le habia burlado, porque Rone no le dió artillería ni municiones para las empresas. Partióse airado á visitar al de Parma y á Ranucio

su hijo, y fue dellos con gran cortesía y amor recibido y honor acariciado, y en tanto Rone hizo la empresa de Vervin.

Eran los ánimos de los de París inclinados á oponerse al de Mena y negarle la entrada y á su caballería y dos regimientos que avió en el camino; mas considerando la diversidad que habia entre ellos y que de su parte estaban el Gobernador y el Prepósito de los mercantes con gran séquito, que se harian atrevidos con la cercanía del Duque, temiendo algun gran mal y poco de la violencia que les haria el Duque, estando en término de poderse resistir á cualquiera ímpetu por tener la batalla en su poder y buena inteligencia con las guarniciones extranjeras, determinaron esperar el empleo de la mansedumbre, que les prometieron los que envió delante á ablandar los ciudadanos y certificar serian satisfechos de cuanto sus embajadores le pidieron, y diputaron en nombre de la Sorbona, de los diez y seis y de los predicadores, tres que hablaron entre la ciudad y la abadía de San Antonio, y le pidieron entrase sin gente de guerra, con intento de hacer consideradamente justicia por haber sido el pueblo solo executor de las sentencias que el mismo dió contra los justiciados; excedió sólo en tomar su autoridad, y no los podia condenar el ofendido, y lo procedido fue de necesidad y buen celo de la religion, no del deseo, y conservando la autoridad se conservaba la cabeza del reino, la fuerza, la autoridad, la reputacion; y así porque se habla alterado tanto y movido á venir armado contra el pueblo más amigo que quitó la discordia y peligro de su perdicion y estableció la seguridad del Duque, venian con la oliva en la mano á meterle en la ciudad con todo amor, y él entrase clemente príncipe, benigno y pacífico padre.

El Duque los recibió agradablemente y con alegre aspecto, y respondió vino á poner remedio á las desórdenes con satisfaccion de todos y no para tratar de lo sucedido con rigor, pues su naturaleza no era sangrienta ni vengativa. Avisaron de su mansedumbre los soldados y maquinadores, é invió delante el castigo de algunos para darles tiempo en que se arrepintiesen, volviesen alegremente y asegurasen á todos de su buena voluntad y le ayudasen á poner en el estado necesario el gobierno de la ciudad tanto dél amada y de todos estimada, abrazó los comisarios y los despidió.

Los políticos esparcieron sin duda haria el Duque pasar por la misma pena á los que justiciaron los consejeros, y por esto el capitan de la Bastilla no quiso ir, llamado del secretario de Estado, alegando no convenia dejar de noche la plaza. En el dia siguiente, hecho reiterar su juramento de obedecerle como Lugarteniente de la Corona á los ministros y coroneles, quiso se le entregase el castillo de la Bastilla; y el castellano Bussi dixo era pronto para obedecelle, mas habiendo hecho el juramento que sabian, no podia ni debia salir dél, sin que fuese primero de la Sorbona y del Magistrado de la ciudad dispensado; y tanto más porque no merecia ser cas-

tigado, no habiendo hecho falta en su oficio, ántes habia religiosamente guardado y cumplido su promesa, aunque el enemigo le habia tentado con promesas grandísimas. Dió poco despues muestras de obediencia contra lo que la mayor parte de los diez y seis querian, y salió con los diputados á dar la obediencia al Duque, al tiempo que todos los sorbonistas habian ido á suplicarle le dejase en su cargo por la singular confianza que los católicos hacian dél, y le declararon de que, estando en otra mano, saldrian de la ciudad, pues muchas se perdieron por fiar sus fortalezas de malos capitanes. Libraron, aunque forzados, del juramento al Bussi, y suplicaron al Duque le mantuviese en su cargo, pues vino á reconocelle, y no tratase de inquirir sobre el caso de Brison y de sus compañeros, conociendo vino por la mano de Dios, y alegró todos los buenos el acto del pueblo de ninguno solicitado; formase luégo la Cámara de Justicia, para que se pudiese proceder contra los heréticos y conspiradores contra la patria.

Hizo acometer y prender á Bussi, y salvóse venturosamente, y ahorcar sin alguna forma de juicio en la sala donde los Reyes solian oir los sermones en el palacio del Lovre á cuatro, dejándolos apénas acabar de confesarse. Quiso destruir desta manera el Consejo de la Union y de los diez y seis para tener más autoridad, y porque trataban sin él con los embaxadores de España y con el Duque de Guisa, y le eran terribles para su tiranía.

Juntos los doctores de la Sorbona, le pidieron salvoconducto para salir de París, y como dependian de su autoridad y dellos los coligados, turbóle y hizo tratar con algunos con promesa de no executar su deliberacion, y para hablarlos fué á su iglesia en el dia de la Concepcion de Nuestra Señora, y les dixo estaba tristísimo por los sucesos de París y haberle necesitado de usar del castigo de pocos, cuando debian alabar su beneficencia, porque la licencia del pueblo desenfrenado no podia sujetarse de otra manera con gran dolor suyo, por la conservacion, no de la autoridad que le dieron ellos, sino de la ciudad de la Santa Union, de quien pendia el mantenimiento de la religion católica; y el castigo del Brison era remetido á tiempo oportuno por graves respetos; conocian su buen celo y lo mucho que habia trabajado por ellos, y le pesó culpen sus acciones sin primero medirlas con sus justas causas.

El Obispo de San Luis, en nombre del Colegio, le respondió no se maravillase del resentimiento de los buenos por la muerte de cuatro hermanos que sirvieron fielmente á la Union, conociendo cuánto podia quitar el ánimo al pueblo católico que sirvió con tanta constancia el cerco pasado; mas pues lo hecho no tenía remedio, estableciese la Cámara de la Justicia para conservar libre la ciudad y reprimir la insolencia de los malos, crecida grandemente en aquel tiempo.

Executólo con destreza, y la Bastilla encargó al señor de Burg, de quien malcontentos quedaron los coligados, y mucho más porque dixo hizo mo-

rir los cuatro porque inviaron las cartas al Rey Católico, que mostraba; y quejándose con exceso D. Diego de Ibarra de que no sólo concediese la vida á alguno de los cuatro á su instancia más de que tratase como enemigo al Rey Católico con evitar le escribiesen los que al Duque no estaban sujetos, el Duque le respondió eran la causa sus ministros, porque creian poder poner la de Francia en su señor con el medio de los miembros y no de la cabeza.

Habiendo envilecido y destruido los diez y seis y el Consejo de la Union, como deseó mucho ántes, y ampliado su autoridad y dominio, y el ódio contra sí crecido sumamente, partió de París. Esto causó despues efectos muy contrarios á su intencion y pensamiento, porque el caso fue en todas partes vituperado, y á los amigos desplació y á los enemigos dió esperanza de resolverse fácilmente París, no pudiendo tener oposicion igual á la de los diez y seis castigados.

CAPÍTULO VIII.

Es exaltado al Pontificado Inocencio IX.—Segunda entrada del Duque de Parma en Francia.—Descontento que el Duque de Mena tenía de los españoles.—Discúlpalos el de Parma.—Política que éste ilustre capitan creia se debia seguir en los negocios de Francia.—Por qué razon negó á la ciudad de Orleans la guarnicion que pedia.—Cómo se deshizo el ejército del Papa.—Sitio de Cran, en Bretaña.—Acude en su socorro D. Juan del Aguila.—Obliga al enemigo á levantar el cerco y le derrota en la huida.—Plazas y fuertes que rindió á consecuencia de esta gloriosa victoria.

En tanto que á Roan combatia el Príncipe de Bearne, fue exaltado en el trono pontifical en Roma el cardenal Sanctiquatro con nombre de Inocencio IX, y luégo trató de favorecer la Liga de Francia.

El Duque de Parma vino á Guisa á visitar la Duquesa y tratar con ella y con su hijo de sus propios intereses, y llegó el de Mena celoso deste aloxamiento, y juntos pasaron á la Fera que habia dado con harta dificultad el de Mena para que el de Parma asegurase la artillería y municiones, y en su guardia estaban doscientos alemanes y en el burgo trescientos valones. Pidióle entrasen los valones, pues no era razon estar siempre en la campaña sin tener en caso de necesidad un refugio seguro para la gente y ropa que traia. Se le oponia el de Mena diciendo se asombrarian los franceses, y no era tan torpe que dejase en peligro la gente y municiones

venidas en su ayuda, pues su pérdida sería grande para los coligados. El de Parma le dixo no pasaria adelante si los trescientos valones no entraban en la Fera, y al fin no poco violentado concedió su entrada, porque la plaza es fuerte y á la frontera, y se entendia con el de Parma con esperanza de mexorar fortuna, con que estuviesen debajo del órden del gobernador Montelimar, y le diese el sueldo competente el Duque que le habia de ser superior y mandar durante aquella empresa, y acabada entregar la Fera.

Malcontento estaba por esto y porque los ministros españoles le diminuian el crédito y la autoridad, á él insufrible, y el dalle diez mil ducados solamente, de los cien mil que le daban ántes cada mes, sin considerar mantenia la Union, reputacion y autoridad del Rey Católico en Francia; no merecia su buen servicio ser dejado con la carga de deudas á su facultad insoportables, contraidas por las promesas que le habian hecho.

Tambien se quejó acerbamente D. Diego de Ibarra de que el de Mena hubiese tomado con tanta calor la defensa de los que en París hicieron morir con tanta justicia para no sufrir que los que turbaban y rebelaban la ciudad y ciudades adherentes á la Liga quedasen sin castigo. El de Umena decia eran dignos de muerte los de baja condicion que mataron al primer Presidente de Francia sin forma de justicia; y pues D. Diego lo defendia, sin dubda tuvo parte en la muerte de Brison, y procuraba viniese París por vías indirectas en poder del rey Felipe. Quejábase de que el Consejo de España necesitaba al presidente Gianin á aceptar condiciones en su nombre tan inferiores á las primeras y á las promesas y órdenes de su instruccion.

El de Parma excusó á D. Diego de Ibarra de haber procurado salvar la vida á los buenos católicos y á la parte de la Liga aficionados, pareciéndole que su muerte, para no dar atrevimiento á los que seguian al de Bearne, conviniera conmutarla en otra pena, y no pretendió hacer mudanza en la ciudad, porque sabía muy bien era la intencion de su Rey sólo de proceder en esta causa con términos razonables y honestos, de que el de Mena podia de su Gianin haber largamente sido informado, y de las razones que movieron al Consejo de España á dar el cargo á los mismos ministros que hacian los otros pagamentos ántes de los cien mill escudos que le daban en cada mes, siendo cosa ordinaria que el dinero todo pase por su mano, no pasando por necesidad en el tiempo pasado, porque entónces no habia ministros en Francia que tuviesen aquel cargo; vendria á sus manos la cantidad señalada para su persona y se reconocerian los que tenía antepuestos por más merecedores, condescendiendo Gianin con estas condiciones, pareciéndole razonables, y que podria haber ocasiones para que se dispusiesen más en su provecho que ántes; no tenía libertad ni importaba el hacer por ahora nuevas deliberaciones; no podia mudar las guarniciones de París de italianos y valones como queria, no habiendo en aquel contorno

bastante número para hacer tal camino, ni podia enviar del exército tan poco número sin manifiesto peligro dellos y de los que los condujesen y en vuelta, y no podia dejar de ser la escolta gruesa para no debilitarse; convocase los Estados generales, y luégo se eligiese rey católico.

El de Mena se halló acometido con sus propias artes, porque lo habia propuesto á los españoles para meterlos en celosía á su Rey y tenerlos en su favor, presuponiendo sería mal admitido dellos aquel punto é impugnado cubiertamente; mas los españoles, que muy bien conocian cuán fuera de su voluntad era la propuesta, querian no solmnente advirtiese cuán poco temian su instancia artificiosa, mas que tuviese efecto la Asamblea de los Estados, porque tenía esperanza el Consejo de España de alcanzar por medio dellos la Corona para la Infanta Isabela. Viéndose forzado á convocarlos el de Mena, y no pudiendo retirarse á la descubierta, porque él habia siempre propuesto este medio por el mejor para quietar á Francia, dixo le parecia no buena la coyuntura, si se atendia á servir á la Infanta, no habiendo atendido más á ganar los ánimos de aquellos Príncipes, de quien los Gobernadores de provincias y ciudades y los diputados dellas enteramente dependerian.

Esta retirada y el modo dieron manifiesto indicio de que no queria juntar los Estados por no privarse del cargo que le hacía la primera persona entre los coligados en Francia, y por la mucha parte que tendrian los españoles, de quien dependeria el fundamento de las deliberaciones; sería juntamente con sus hijos excluso de la pretension de la Corona, por lo que Gianin habia entendido en España, y él mismo de sus ministros en Francia. Deseaba por esto ganar tiempo, esperando ganar los ánimos de los que al presente no estaban para él bien dispuestos, y aunque se mostraba léjos de la gran pretension, anteponia á todos en los razonamientos lo que habia hecho en servicio de la Union, y procuraba que sus méritos fuesen reconocidos por muy superiores á los de otros, y traia en consideracion las grandes ofertas que le habia hecho el Príncipe de Bearne; mas no pudo retirar punto al de Parma de lo que trujo Gianin resuelto del Consejo de España, afligido grandemente, porque sin los cien mill escudos al mes podia mantenerse difícilmente y se via forzado á convocar los Estados y acomodarse á la voluntad del Rey Católico y sus ministros para necesitarlo á estar en ella, tenian en gran cuenta al de Guisa, y en concepto de hombre de gran autoridad y séquito, sin corresponder los efectos á las demostraciones de las palabras y estimacion, no dándole más de diez mil escudos para entretener su gente, por no meter en celosía al de Mena, aunque le dieron esperanzas de superior satisfaccion.

No era el Farnese de la opinion de D. Diego de Ibarra de convenir el traer por fuerza al de Mena á hacer su voluntad, y la mayor era el hacer más caso del de Guisa que de él, y convenia vencerle con sus mismas ar-

tes, porque tenian opinion que sólo por tener todo el poder del rey Felipe en su favor tenía contínuos tratos de paz con el de Bearne; y aunque creian que jamas se convendrian, y tanto más cuanto más procuraba viniese á la noticia de los españoles el tratado, habiendo de encubrirlo si quisiera executarlo; desplacia aquel modo de proceder generalmente; y por esto esparcieron que el de Guisa estaba en gran estima del Rey de España y tenía órden de darle parte de cuanto se hiciese en el reino, y le llenaron de grandes esperanzas y animaron para inviar al Rey quien representase á su Majestad Católica el estado, asigurándole sacaria ayuda y favor.

No movió esto al de Parma para preferirle al de Mena por no exasperalle y despreciar la autoridad superior y que podia acomodar ó perturbar las cosas de Francia, y creia no se debia en público preferir al de Guisa y éste al tio en lo secreto, sin llenarlo de promesas que, no cumplidas, le desdeñasen. Para contraponerle al de Mena se esperase tiempo más oportuno, y para esto se mantuviese con ayuda conveniente á mantener la autoridad que se presuponia tener en Francia por la memoria de su padre, porque los que le seguian le dejarian si le habian de sostener con sus caudales, y el de Mena, con la caida del sobrino, no tendria de su casa quien pudiese moderar su autoridad y deliberaciones; mas juzgaba ser necesario tratar con los Duques de manera que por necesidad ó desden se indujesen á tomar los partidos que no tomáran de otra manera.

La ciudad de Orliens, de gran importancia, le pidió por embaxadores le metiese guarnicion, porque estaba á devocion del Rey de España; mas excusóse con que no podia mermar el exército; que atendian á la conservacion general. La causa principal fue por no asombrar al de Mena y liguistas con la sospecha de que los españoles tenian la mira en sujetar la Francia, estando en su abono el darse voluntariamente, y porque estando Orliens muy en el corazon della para ser prontamente socorrida, si quisiesen expeler por la condicion francesa despues las guarniciones españolas, habiendo perdido sin otro útil los soldados y reputacion, meterse en necesidad de vengarse; y fue aprobado del Consejo.

En tanto el exército de la Iglesia se deshizo, muriendo los italianos y gastándolo sus ministros, despues que supieron la muerte del pontífice Gregorio XIV y la eleccion del sucesor, pareciéndoles no acudiria con tanta asistencia y gasto á la proteccion de la Liga, aunque se inclinaria á que la Corona cayese en alguno de la casa de Borbon. Mas se engañaron, porque mandó que se gastasen cincuenta mill escudos al mes solamente, y que se hiciese instancia con el de Parma y el de Mena para que se juntasen los Estados y eligiesen rey católico.

En este tiempo, con el gran deseo que la Reina de Inglaterra y los demas contrarios del Rey Católico tenian de que no se afirmase en Bretaña, enviaron tres mil ingleses y mil alemanes prácticos, y se juntaron con

cinco mil franceses escogidos y ochocientos caballos bien en órden, y acompañados de mucha nobleza con un hermano del coronel Noris, que en Inglaterra quedaba asoldando otros mil para el mismo efecto, en el mes de Abril los Príncipes de Dumbes y de Conti, con catorce cañones, parecieron sobre Cram, para poseer, ganándola, todo el país de Aiixou, y despues con tres mil ingleses que habia de traer el coronel Noris echar los españoles de Bretaña.

Estaban de guarnicion en Cram quinientos soldados con sesenta españoles y algunos gastadores, y el señor de Beosdofin la basteeió, y tenía por su importancia fortificada á lo moderno, y era gobernador el señor de Plessis. Acercáronse los Príncipes al Pierso, y por ser muy débil le dejaron los defensores y quemaron una parte, y en la otra se alojó el de Dumbes con la artillería. Sostuvieron algunes dias los de dentro frantamente el sitio, habiendo desencabalgado dos cañones al enemigo y heridole muchos soldados con el señor de Rambuillet.

El Duque de Mercurio escribió á D. Juan del Aguila que, pues el enemigo estaba tan pujánte que no se le podia resistir, sitiase alguna plaza fuerte léjos dél, y respondióle ser más acertado socorrer á Cram, porque la guarnicion, faltando esperanza de socorro, se rendiria por fuerza de armas, y venido el enemigo victorioso á socorrer la plaza que tuviese cercada, le obligaria á levantar el cerco con buen suceso, porque la artillería estaria empeñada, y la poca gente que habia dividida en muchas partes y áun deshecha con la mucha necesidad, pues no habia con que entretenella; y contra muchas réplicas del Duque deliberó hacer la jornada, esparciendo tenía solamente mil españoles, y eran efectivos más de dos mil quinientos. El Duque juntó con éstos seiscientos caballos y cuatrocientos infantes franceses y caminaron á Cram, sesenta leguas la tierra adentro de Blavet. En Castelbriant hallaron las municiones, y caminó delante el señor de Beosdofin con parte de la gente, para que avisase á los sitiados la cercanía del socorro.

El exército llegó á tres leguas del enemigo, donde habia un rio que le aseguraba el campo. Retiróle á una plaza de armas muy fuerte, por donde se habia de ir á ellos; y el de Conti dexó su primer alojamiento y fué á Conies y Beosdofin á los Angeles, echando de allí al señor de Membason, dicho tambien de Rocafort. Dudando en el Consejo el Duque acometer, dixo D. Juan tenía tres mil españoles, aunque le habia propuesto mil, y tales que aunque el Príncipe de Bearne estuviera allí con su exército entraba en la villa. Pues el enemigo estaba tan fortificado en su plaza de armas, se hiciese un puente muy en forma, mostrando querian socorrer la villa por el mismo camino, y se rompiese dejando allí un cuerpo de guardia para que no le reconociese, y apriesa caminase el campo á pasar por unos molinos apartados dos leguas, donde se podia meter el socorro,

porque no tenía el enemigo plaza de armas fortificada. Halláronlos ocupados del enemigo, y una casa fuerte de la otra parte del agua, y él estaba en escuadron allí en un alto, asistido del de Dumbes, y en la primera plaza de armas quedaban los Príncipes de Guiminé y de Conti.

Hizo D. Juan el escuadron junto á la casa fuerte, y con la artillería la batió, y se escaramuzaba reciamente. En la noche puso dos mangas de mosqueteros, junto al rio, que ofendian al enemigo que pasó en escuadron, y sin apearse punto los de á caballo hasta el alba, en que comenzó á moverse para socorrer la casa fuerte, y no se atreviendo los escuadrones (1), comenzaron á caminar á tardo paso. Salvó el de Conti en Castel-Gontior por mano del señor de Damville, y el de Dumbes en Laval, y despues pasó por el rio á Renes y el otro á Angiers. Quedaron prisioneros del Duque los señores de Roch, Pot de Ranzan y el de Estella; murieron quinientos ingleses en un villajio, y de cuatro mil se salvaron pocos.

Los escuadrones comenzaron á caminar á corto paso; D. Juan pasó con cien picas escogidas y trescientos arcabuceros y mosqueteros por un puente que hizo, y ocupó el sitio que dejaron los enemigos, y luégo el resto del exército con buena suerte, pues no revolvió el enemigo y formó escuadron sólo de los españoles, porque los franceses estaban en sus cuarteles sin salir un caballo al pasar el enemigo. Don Juan le siguió con el órden que los pasos le mostraban, y pasó por dos puentes que no rompieron los que se retiraron por ellas; y dejando la villa á un lado, caminó escaramuzando, y los de la guarnicion dieron en los ingleses por un costado, y tanto ocupó algunos puestos, para que no le ofendiese la mosquetería, que le tiraba con daño principalmente desde una casa y sitio que cubria sus escuadrones. Ocupóla Francisco de Echavarri, y por su importancia la defendió valerosamente con más soldados que le envió D. Juan, perdiendo los enemigos mucha gente, y la mayor parte en su huida.

---

(1) Este párrafo está confuso, acaso por faltar palabras; por esta razon se copia aquí el pasaje correspondiente de Herrera, *Sucesos de Francia*, que por cierto se ocupa poco y muy á la ligera de esta tan famosa como poco conocida expedicion de Juan del Aguila á Bretaña.

«El Duque de Mercurio, en cuya devocion estaba (la villa de Cran) por no perder tan buena villa, que para muchas cosas tenía por cómoda, aunque inferior en número de gente, acordó de socorrerla. Salió junto de Mena á veinticuatro de Mayo de este año con ochocientos caballos, mil infantes franceses y la infantería de D. Juan del Aguila, que serian tres mil españoles. Y sabiendo los tres Príncipes que iba el Duque de Mercurio, salieron á defenderle el paso de una ribera, poco ménos de una legua de Cran. Hicieron los católicos alto, y pareciendo al Duque de Mercurio y á D. Juan del Aguila que era bien ganar un molino fuerte y otros puestos cómodos para intentar otro dia el paso, aquella noche los ganaron, y guarnecido el molino de gente española, pusieron en él dos piezas de artillería. Visto por los enemigos los puestos que estaban tomados y que el Duque de Mercurio estaba con determinacion de pasar el rio, acabaron de retirarse á una plaza de armas que tenian bien fortificada con sortidas. En la retirada los fueron cargando los españoles y dándoles tanta priesa que no tuvieron lugar de romper dos puentes que tenian hechas en el rio, que pasa por junto á los muros de Cran, con lo cual los españoles pudieron llevar adelante la carga.»

Llegó el Duque con la caballería, y porque el enemigo no la rompiese, la puso detras de los españoles y alguna al reparo de la vanguardia dellos. El Duque preguntó á D. Juan lo que harian, y respondió que nunca vió dos campos tan juntos que no se perdiese el uno, y él aconsejó que pues el que primero levantase el campo para retirarse, corria mayor peligro, esperase en Dios, y le dejase hacer, que tendrian la victoria.

El Príncipe de Dumbes mejoró una gran tropa de caballería y tres mangas de arcabuceros y algunas picas, y embistió contra la casa y la caballería que estaba de guardia del Duque de Mercurio, y retiróse detras de la infantería. Los del Príncipe corrieron toda la plaza de armas, y por el daño que recibia de la arcabucería española, se retiró con pérdida de algunos caballos á su plaza de armas, que pocos dias ántes fue fortificada. El Duque trujo más número de caballería, porque cargada no se retirase contra la infantería francesa. Al retirarse la tropa, salió de un bosque el enemigo sin órden, á lo raso, y D. Juan le retuvo y cargó la otra tropa, y socorrióla D. Juan con alguna mosquetería, y dixo al Duque que cerrase con la caballería que comenzaba á retirarse que les siguirian. Executaron, y los enemigos llegaron hasta los franceses firmes con el calor de los españoles, y calaron las pocas picas que tenian, y dos compañías de arcabuceros salieron á tirar á la caballería contraria; y por esto y porque la del Duque iba en su contra, se retiró con pérdida.

Poco despues el enemigo salió con los tiradores porque tenía mucha gente, y sin efecto, porque se le opuso D. Juan con arcabuceros y piqueros, sin resolverse á cerrar por su gran número y fortaleza de la plaza de armas, y le ofendia con las escaramuzas, esperando durarian más sus soldados en el trabajo por ser tan ejercitados y estar desvelados los enemigos del arma que de noche les habia tocado; y así al cabo de siete horas que se combatia sintió más floxedad en los enemigos y oyó que pedian balas, peligrosa voz en tales ocasiones y que ha causado pérdidas grandes; y por esto determinó de ganar los puestos de la arcabucería enemiga con la suya, y los ganó con el valor della y de sus capitanes, y á los escuadrones de picas hacian notable daño y dos cañones que les pusieron miedo.

Entónces mejoró el escuadron de los españoles de modo que le vió el enemigo todo cerca de sí con pavor, porque no le habia descubierto ántes; y D. Juan echó dos mangas de arcabucería por los lados del enemigo para picarlos, y comenzó á huir, siguiéndole con su escuadron entero, y dixo al Duque siguiese el alcance y la victoria, pues el enemigo iba roto, y delante caminaba la arcabucería que le aseguraba los pasos malos, y así mató mucha gente y la que se salvó fue desbaratada de todo punto. La que guardaba la artillería la desamparó y perdió once piezas de batir y cuatro culebrinas y muchos carros de pólvora y balas y diez y seis banderas.

Esta victoria aseguró las cosas de Bretaña, que corrian riesgo si llegáran

los otros tres mil ingleses que poco despues vinieron; y por esto D. Juan entró tanto en la provincia, porque si no en Blavet muriera de hambre. Luégo tomó por fuerza las villas de Laval y Xateonters y Morteruan con tres fuertes de importancia, y la de Mena y su partido y castillo y la de San Bler con su fortaleza, y volviendo á Renes, córte de Bretaña, tomó á Valgiron y pasó á vista del Príncipe de Dumbes á tomar á Maletrete y la ganó y al castillo de Rostrene, y le desmanteló á peticion del país.

Los franceses del Duque, animosos despues de la victoria, sitiaron la torre de Soescon. El enemigo vino al socorro y fue rompido, y perdió la artillería. El General del Duque y un coronel se metió en una iglesia y capitulaba de rendir las banderas, cuando llegó en su amparo D. Juan, y así el enemigo se retiró á media noche, y D. Juan salvó las banderas y llevó la artillería á tierras seguras del Duque, siendo acometido de las guarniciones de la villa de San Quintin.

CAPÍTULO ADICIONAL (1).

Las alteraciones de Aragon, y su quietud con el castigo de algunos sediciosos (2), *y Córtes que celebró el Rey Católico con los aragoneses.*

Ya vienen á la narracion las inquietudes y novedades en Zaragoza del fidelísimo y antiquísimo reino de Aragon (3), nacidas de libertad con que algunos del pueblo y nobleza se mostraron poderosos contra sus Reyes y ciudadanos y ministros Reales, y dieron causa para que se juzgue mal dellos y contra ellos con el castigo; y queriendo valerse del vulgo, no le tu-

(1) Segun se dijo en la *Introduccion*, este capítulo no consta en el manuscrito de la Biblioteca Nacional de París, y se ha tomado de otro de la Real Academia de la Historia (G-42), rotulado *Istoria de Cabrera MS. part.* 2, en fólio, pergamino, escrito á media márgen. Al principio de él se lee esta advertencia, en letra del siglo XVII: «Deste libro es autor Luis Cabrera de Córdova, y las notas marginales son del Dr. Bartolomé Leonardo de Argensola.» Éstas se pondrán en este capítulo, para diferenciarlas de las demas, en letra cursiva.

(2) *No hubo alteraciones en Aragon, sino sólo en Zaragoza, y los castigos no obraron en ella la quietud, como en este título se dice, porque ya la habia. Asegurôse con la entrada del exército.*

(3) *Intolerable es decir que algunos de la nobleza (ni áun de la plebe) se mostraron poderosos contra los ciudadanos y ministros Reales, así en comun, sino contra algunos, de cuyo proceder tenian mala opinion; y va mucho de lo uno á lo otro; pero decir que contra sus Reyes, es blasfemia. Y no menor ocasion nos diera el Autor para que se crea que el afirmar este falso error nace del mal efecto que la dieron aquellos pocos sediciosos para que se creyese mal dellos, si no se supiera la calidad y cortesía de Luis de Cabrera. Cuanto á lo demas que dice de valerse del vulgo, es testimonio, porque casi todas las veces que se conmovió fue súbito y sin prevencion alguna.*

viesen tan de su parte arrogante y unido como en sus primeros movimientos se les habia mostrado.

Las causas de las revueltas presentes han sido muchas, y encadenándose unas de otras las causaron. Vimos el reino de Aragon (como le vemos) con justicia y publicía, y algunas veces asombrada y no segura la pública paz con disensiones domésticas, causando muchos daños en las vidas, en las costumbres, en las honras, en las haciendas, destemplando (1) la armonía del cuerpo del Estado. Comenzaron (2) las alteraciones en el Condado de Ribagorza por diferencias y desconfianzas entre los vasallos y el señor: estado grande, poco útil, muy calificado por sus villas, caballeros é infanzones, con buenos previlegios, de que se valen contra los Condes, especialmente Benabarre, su cabeza. Confina con Francia en los Pirineos, mostruoso, áspero y fuerte. El rey D. Juan II le dió en feudo al maestre de Calatrava D. Alonso de Aragon, su hijo natural, de quien descienden los Duques de Villahermosa. Siendo conde el duque D. Martin de Aragon, mandó el rey D. Felipe I al Baile general del reino le ocupase por fenecimiento del feudo. El Duque se valió de los remedios que llaman aprehension; siguió el pleito; alcanzó sentencia en favor, y el Estado. Los vasallos en el año mil quinientos cincuenta y cuatro le negaron la obediencia, con pretexto y querella de que no les guardaba sus privilegios y eran de la Corona Real. Expeliéronle del Estado con su hijo D. Fernando, y defendieron su entrada con las armas, manteniendo las tierras alteradas en su defensa Juan de Ager y Juan Gil hasta su muerte. En el principio del año mil quinientos cincuenta y seis fué á Flándes el Conde á suplicar al rey D. Felipe II le pusiese en pacífica posesion de Ribagorza é diese favor para que le obedeciesen los vasallos della, y se le diese lo que era suyo y el Ducado de Villahermosa, de que se apoderó el fisco en el reino de Nápoles por la rebelion del Príncipe de Salerno que le poseia, cuando pleiteaba su propiedad el Conde de Ribagorza con el Príncipe foragido, y dado por rebelde pretendia (3), como siguiente en el grado, suceder luégo en Villahermosa. Obtuvo el Estado y título de Duque como le tenía el Príncipe de Salerno. En Abril del año mil quinientos cincuenta y ocho, sin pleito entónces, Cristierna, viuda del Duque de Lnrena, desde Bruselas fué á Cambray á dar principio al trato de aquella paz tan deseada y celebrada

(1) *Bueno fuera decir con toda verdad quién lo procuró destemplar, aunque nunca llegó á estar destemplado.*

(2) *No comenzaron las alteraciones en Ribagorza por desconfianzas entre el Conde y sus vasallos; y poniendo el Autor lo de aquel Condado por una de las causas de estos trabajos, debiera contar bien un negocio tan árduo, ó callarlo.*

(3) *Para esto fué el conde D. Martin de Aragon á Flándes; porque era llamado al Ducado de Villahermosa por vínculos de fideicomiso, al cual no perjudicó el exceso del Príncipe de Salerno.*

generalmente en la Europa, y á ver al Duque su hijo, que venía de París, y mandó el Rey la acompañase el de Villahermosa, y él la sirvió con largueza y magnificencia. Por esto D. Felipe (1) se dió por muy servido y le mandó cubrir como á Grande; y despues en el año mil quinientos ochenta y seis, estando en Valencia, á su hijo del duque D. Fernando, y le hizo este tratamiento hasta la muerte (2). El Conde de Aranda pidia le igualasen, y por haberse disgustado (3) con él en Córtes generales, dexó el hacelle aquella merced. Y así entónces se resintió mucho de que no se hacía con él lo mismo, siendo su casa igual en calidad y mayor en cantidad, pero no le mandó cubrir el Rey. Convocadas las Córtes generales en el año mil quinientos sesenta y tres, suplicó le hiciese Grande como al de Villahermosa, que entónces los actos públicos siempre tuvieron mejor lugar, y no lo hizo por esto. En el dia en que D. Felipe llegó á Zaragoza le besó la mano en el campo, con intento de no parecer más en su presencia. Mas D. García de Toledo, su tio, le persuadió viniese á Monzon, y le obedeció; y si bien llegó á Valladolid cuando el Rey en el año mil quinientos sesenta y cinco, caminando la reina doña Isabel de Valois para Francia, no se lo presentó, pretendiendo con instancia que para ello habia de mandarle cubrir, porque todos los títulos se cubrian igualmente ante los Reyes sus predecesores, y habia relaciones del modo y tiempo en que se dió principio á diferenciarlos, mandando cubrir á unos y dejando descubiertos á otros. Lo más verisímil es haberle tenido esta distincion en el reinado de D. Felipe I de Castilla, cuando, por muerte de la Reina Católica doña Isabel, vino de Flándes con doña Juana, señora propietaria desta Corona; acompañaron á estos Reyes algunos títulos y grandes señores flamencos y alemanes, que por estilo no se cubrian delante de las personas Reales, y pretendieron cubrirse como en Castilla. Por esto y porque D. Juan Manuel, prudente y gran privado del Rey, acompañándose con D. Pedro Manrique de Lara, primero Duque de Nájara, su pariente, criado y grande amigo, por hacer lisonja á D. Felipe trató con algunos títulos y mayores señores que asistiesen descubiertos ante los Reyes, deseando mucho su

---

(1) *Parece ser que cuando este Autor dice D. Felipe lo dice por el Rey. Es verdad que entónces, y cuando aquí se refiere, mandó su Majestad cubrir el nuevo Duque, porque fue aquélla la primera vez que le besó la mano, es á saber, cuando volvió de aquella jornada. Pero el decir el Autor que por lo mucho que en ella agasajó el Duque á la Duquesa de Lorena le mandó su Majestad cubrir, es falta de noticia. Y el hablar así de una casa que salió ayer de las entrañas de los Reyes, huele mucho á mal afecto.*

(2) *¿Hasta la muerte? Pues por qué no?*

(3) *Esto no es así. Ni el esplendor de aquella antiquísima casa, tan llena de trofeos y de sangre Real, lleva estas cosas por negociacion. Y el decir que su Majestad dexó de hacer mal al Conde de Aranda por haberse disgustado con él en Córtes generales, es hablar contra el decoro de un Rey tan prudente y justo como se sabe, y contra los méritos del Conde, que procedió en las Córtes conforme á su calidad y obligacion y la de sus predecesores, que con su sangre le sirvieron en las conquistas de los reinos de su Corona y en el gobierno y manejo de las cosas públicas.*

gracia, y porque tenian pretensiones graves les sirvieron con esta demostracion; y porque los más, y el mismo D. Juan Manuel, eran mal afectos al rey D. Fernando y quisieron disminuir su autoridad por aquel medio, pues los que se cubrian en su presencia estaban en la de su yerno descubiertos por ceremonia de respeto y reverencia mayor.

No se conformaron con esto algunos, y muerto D. Felipe, se cubrieron todos delante de la reina doña Joana, y de su padre fueron tratados igualmente hasta el año mil quinientos veinte, en que hallándose el emperador D. Cárlos en Aquisgran para recibir la Corona del Imperio, y habiendo concurrido al solemne acto muchos Duques y títulos de Alemania y Borgoña, que habian de asistir descubiertos, segun el uso antiguo, ante el Emperador, sentian gravemente se les diferenciasen los españoles con estar cubiertos, y resolvieron el no concurrir con ellos por esto. El Emperador pidió á los españoles, por medio del Duque de Alba, no se cubriesen, concurriendo con los extranjeros, pues siendo ya Emperador y el mayor Rey de España, como señor del Nuevo Mundo, parecia justo tratarle con tan preeminente ceremonia. Consintieron, y despues se introduxo y asentó en todas las provincias de su Majestad Cesárea.

Acabada la Dieta, mandó cubrir á algunos, que por tener casas y estados aventajados, y ser juntamente cabezas de los linajes y familias más ilustres de los ricos hombres, atendiendo á dexar en cada una quien gozase el favor desta preminencia y distincion, le pareció honrarlos diferenciándolos de los demas, y tratando á los que así mandó cubrir con título de Primo, y á los otros de Pariente, conservado en práctica por el rey don Felipe II. Despues (1) su hijo deste Conde de Aranda no sirvió al Rey ni disponia el ánimo de su Majestad y de sus ministros para que le mandase cubrir, aunque renovó su pretension en las Córtes generales del año de mil quinientos y ochenta y cinco.

La misma queja tenía el Conde de Belchite (2), porque su casa de Ixar gozaba el título de Duque de Lezaba, y allegaba haberse cubierto algunos de sus antepasados. Los sabios (3), teniendo su demanda por vana, decian

---

(1) *Por fuerza se ha de juzgar que es malicioso modo de hablar éste de que el Autor usa contra el Conde de Aranda; porque nadie en el mundo estuvo más que él bien dispuesto al servicio de su Rey.*

(2) *Al Conde de Belchite no solamente llama el Rey Duque, sino Duque y señor de Ixar; y no por merced moderna, que muy antiguo es su privilegio; y por rigor de justicia goza aquella casa Real de estos títulos.*

(3) *¿Qué sabios son éstos? Lo cierto es que, viendo su Majestad la justicia que el Conde tenía á los títulos de Duque y señor de Ixar, mandó que le valiese; y así los que se oponian á la rectitud de tal Rey no eran sabios, pues tuvieron por vana la demanda del de Belchite, y nadie tenía más razon que él y su casa, que desciende del rey D. Jaime el Conquistador; y aquellos sabios que aconsejaban al Rey que no diese lugar á tales averiguaciones son los que más lo ofendian, porque á la equidad Real pertenece no quitar á nadie su derecho.*

que si daba lugar el Rey para averiguar estas antigüedades, en Castilla y en Aragon pretenderian muchos el cubrirse, áun con más razon que el de Belchite. El Rey detuvo la negociacion y áun (1) el hacer esta merced al hijo del duque de Villahermosa, D. Hernando, y debia hacérsela por su justicia, y por los trabajos que padeció su casa á la intercesion de la Emperatriz, y el casar (2) en Castilla no podia ser consecuencia para la pretension de las ocho casas (3), porque tenía poco fundamento, pues si en el reinado de los Reyes Católicos se descubrieron, no habia la diferencia que los sucesores hicieron entre los Grandes y los que no lo eran entónces, y al ver que no debia admitirse tal peticion, todos quedaron (4) disgustados para no ajustarse siempre con la voluntad del Rey.

Los vecinos de Monreal, villa confin de Castilla, de la casa de Palafox, mataron á su señor, y Monreal fue quemada en su venganza y castigo. Los de la Baronía, pretendiendo incorporarse en la Corona Real, siguieron el pleito con pasion y obstinacion, y ayudados del Fisco; y los de Ayerbe con D. Diego de Urries, su señor, con grandes disensiones y pidiendo ser restituidos al Real Patrimonio, á quien pertenecian (5). Fue vencido el Fisco (señal de la equidad del Rey), aunque se persuadia el pueblo causaba los pleitos, escándalos y desasosiegos entre los vasallos, y eran fomentados de los más satisfechos de sus señores, deseosos de salir de la sujecion de bien y mal tratar, con cuyo poder absoluto los gobiernan por su voluntad (6); por razon huyendo las demasías ponian pleitos á sus dueños, haciendo al Rey odioso, con voz de que les queria quitar las tierras.

Inquietaba tambien el poner su Majestad en Albarracin juez extranjero con justicia, más en tiempo que se debia haberse declarado ya lo contrario en las Córtes y que podia valerse de los fueros de Aragon y de los de Sepúlveda, concedidos por el rey D. Alonso el Mayor; y así le tocaba el ampararse del favor del Justicia de Aragon como los demas del reino.

Venian quexas á su Majestad del gobierno del Conde de Sástago, virey en Aragon, de haberlo sido doce años, y desplacia por ser costumbre del pueblo cansarle por la continuacion áun lo muy bueno; se habia enriquecido; era remiso; estaba la provincia llena de delitos é inquietudes,

---

(1) *Por su justicia se le debia; que por los trabajos de su casa mucho más pudiera pretender.*

(2) *¿Qué importa el casar ó el no casar en Castilla?*

(3) *¿Qué tiene que ver con esta materia el Fuero de las ocho casas?*

(4) *Esta proposicion es falsa en sí y en el motivo. Porque ni por este ni por otro quedaron disgustados con su Rey, sino muy unidos á su Real voluntad y prestos á su servicio. Y jamas se ha visto en Aragon embarazar nadie con su interes particular el servicio de su Rey ni el bien de su República.*

(5) *Lo contrario se declaró por los Consejos Reales de este reino.*

(6) *No, sino por la razon, y sumariamente sin dar lugar á litigios ni á gastos. Y rarísimas veces en Aragon dexa de tratar el señor con sus vasallos como un padre con sus hijos.*

Sólo este discurso peca en parte de indistinto y en partes de apócrifo; y se ve que en él anda el Autor á caza de circunstancias agravantes.

y convenia dar ley á su sucesor para que le tuviese. Procuraban desacreditar al Conde, siendo cierto que tenía émulos, que hacian sospechoso y apasionado su proceder; de suerte que si en nombre del Rey trataba de castigar, hallaban en el mismo tiempo otros que en el mismo nombre los favorecian y prometian perdon y merced, y daba gracias á Dios, porque en tal sazon y de tal ódio hubiese resultado el mayor daño sólo en su hacienda y vasallos, y ninguno en la del Rey y los suyos, como adelante dirémos. Habiendo estado Aragon en paz y obediencia á la justicia en todo su gobierno, no obstante la falta contínua de gobernador y la que de leyes habia para su buena administracion, por lo que usando mal dellas se empidia con provisiones del tribunal del Justicia, no poniéndose remedio á esto en las Córtes generales ni proveido gobernador ni gobierno en las cosas de la montaña, no pudo durar más todo lo que á fuerza de entendimiento se entretuvo once años gobernando (1) á Ribagorza un bandolero, y lo demas de los montes ninguno; y así concurriendo á las sierras gran copia (2) de gente sin conocer justicia, eran ciertas las alteraciones, puestas las armas en manos de los mal inclinados y de poca policía y cristiandad, acostumbrados á robar y matar, y tan aficionados á ello que lo tenian casi por lícito, y siendo pobres se habian de valer de la ocasion para enriquecer y vivir por su antojo, pues con menores lo hacian muchos y con ésta lo harian los más.

Sucedió así, porque derramándose en cuadrillas y á la desfilada por toda la tierra, acudiendo á cualesquiere diferencias y novedades que en ella sintian, oponiéndose en puestos, vino á ser todo el reino montaña y á cundir su mal vivir hasta hacer mudar de hábito, armas, lengua, órden de vida y parecer toda la gente montañesa. Desto resultó el aumentar las pendencias de los moriscos (3) y llegar al estado en que se vieron, no siendo nuevo ni maravilla las hubiese entre cristianos y moros, siendo antiguas y contingentes, porque de ordinario se aborrecian, pues en los de una nacion las habia muchas veces. Mataron los moriscos unos pastores, y los montañeses en su venganza hicieron delitos y robos que dieron aplauso á las cabezas de bando y nombre en la resistencia á Pedro Forcero, morisco natural de Codo, engrosando las cuadrillas, guiando las montañesas Pedro de Allbe. Mataron (4) unos y otros despues de las Córtes del año de mil

---

(1) *¿Por qué no dice quién fomentaba al tal bandolero? En los montes nunca faltaron magistrados ni justicia.*

(2) *Diga quién la traxo y para qué. Muy mal informado está el Autor en estas materias.*

(3) *Para no declarar estas cosas debidamente, mejor fuera no tocarlas; porque la confusion con que se dicen, para en injuriar este fidelísimo reino, del cual podemos decir: «Quæretur peccatum illius et non invenietur.»*

(4) *Como aquí se inculca esto, no es verdad; y si no se declara, es agraviar al Rey, al reino y á los ministros; y cierto que ni de Génova se debiera hablar así.*

quinientos y ochenta y cinco más de mil personas, con robos de lugares, violaciones de templos y doncellas, quitando el comercio y trato humano, cesando el cultivar la tierra en muchas partes, por no haber seguridad para alexarse de las poblaciones. Dieron entrada (1) á los franceses y catalanes, y osó hacerse caudillo Lupercio Latras, inquieto bandolero viejo; y Luis Vaz, natural de Lérida, apoderóse de Aynsa; echó pregones atrevidos contra el Conde de Sástago y su autoridad Real; mantuvo la gente desobediente, con amenaza (2) de que si no les daban perdon meterian los franceses en lo llano. Acometió el lugar de Pina, del Conde de Sástago, en ribera de Ebro, siete leguas distante de Zaragoza, dividido en dos barrios de cristianos y moros, y mataron cuatrocientos moros, vengando las muertes que habian hecho Azaque de Alfamar y los Nigueles, Meleocheros y Barber y Melero de Gelez, barquero de Quinto, grande asesino, y la cuadrilla de Sanser, de Pueyo.

Esto se aquietó faltando de Aragon Lupercio Latras, perseguido y reducido por D. Juan de Gurrea, regente la real gobernacion del reino, oficio desmembrado del de Visorey, huido y preso en unos navíos de piratas ingleses que dieron en Santander al traves, y traido con los caudillos principales á la torre de los Alcázares de Segovia; murió justiciado (3) con secreto. Todo lo referido antevió el Conde de Sástago y escribió al Rey y á sus ministros, y que si no se proveia de remedio, se arriesgaba mucho. Por esto en las Córtes generales del año mil quinientos y ochenta y cinco pidió fuerzas para reprimir y castigar los bandoleros insolentes, y lo mismo por cartas en el año mil quinientos y ochenta y siete, suplicando por su buen cumplimiento, y en particular de la provision de gobernador, pues el que habia, conforme á su obligacion, no discurria por el reino; se le proveyese de gente y dinero para castigar los bandoleros y delincuentes. Y el Rey solamente remitió mil ducados al advogado fiscal para gastos criminales, con tantas piguilas, que apénas se hizo alguno dellos.

Estando para concluir un desafuero, para remediar los delitos (4) de la Junta de caballeros y Universidades, llegó el Marqués de Almenara á Zaragoza, en el principio del año mil quinientos y ochenta y ocho, á tratar de hacer el pleito con el reino sobre poner en él Virey extranjero. Procuró cesase temiendo la Junta, causando gran descontento la desconfianza y el asistir con desautoridad del Virey y de su gobierno, y amistad con sus

(1) *Diga quién la dió y para qué efectos; y si no lo declara, no forme espantajos informes.*

(2) *Nunca tal perdon pidieron.*

(3) *El Autor lo debe saber, pues así lo afirma.*

(4) *¿Los delitos? ¿Qué delitos? Las tales Juntas en Aragon siempre han sido legítimas y no para cometer delitos, ántes para remediarlos y servir á su Rey. Y ni entónces ni desde que hay reino de Aragon le ha deservido en él Universidad alguna. Universidad en Aragon es lo mismo que en Castilla Comunidad. Y cierto que no sé por qué habla Cabrera de lo que no sabe.*

émulos, enemigos (1) de la universal justicia y causa de los daños del reino.

La ciudad de Zaragoza tiene su gobierno aparte del de el Rey y del reino, con privilegios y preeminencias muchas. Viendo en aquella sazon los que la gobernaban enormes delitos, sacaron su privilegio de Veinte (2) al principio contra los usureros, con gran novedad é inconvinientes, usando dél contra los facinerosos y malos y los que no estaban sujetos á todas leyes, sin poner límite á su cargo y poder, ni al tiempo de su magistrado ni á los casos de que habia de conocer, como otras veces admitian várias querellas, executaban castigos prohibidos por las leyes condenando á muerte, á galeras, á destierro, á dar tormento. Dieron los ministros Reales asistencia en el principio á este magistrado, como instrumento con que obraban ellos lo que no podian por los fueros. Llegó á término el rigor y pujanza deste tribunal que haciéndole cierta contradiccion algunos caballeros en defensa de un facineroso, pasador de caballos á Francia, los desterraron con graves penas y le dieron garrote entre unos cañaverales. Los justos castigos hicieron tolerar su extension, con gran paciencia de algunos particulares y señaladamente de los señores de vasallos, porque entraban en sus lugares con gente de guerra, sin reparo á castigar delincuentes, llenando los ánimos de miedo, previniendo á cualquiera resistencia era en provecho de la paz universal y seguridad, mas alteraba los deseos de ver menor el poder deste magistrado (3) que aborrecia el pueblo.

El rey D. Alonso el primero, para ilustrar á Zaragoza le concedió, entre otros, este privilegio de Veinte que llaman Sacro (4), con que pudiese hacer tuerto, dice, ó daños, á quien los quisiere hacer á la ciudad, procurando su desagravio con gente de guerra; tiemblan los amenazados della, notifícase á los agraviadores, junta exército (5), hace hostilidades contra sus ofensiones. Los Reyes (6), por sus consideraciones de Estado y tener mano más poderosa, le han favorecido y ampliado siempre.

Enviaron los aragoneses al Rey por embaxadores al Conde de Aranda, diputado de nobles, y á D. Rodrigo Zapata, gran letrado, sacerdote y limosnero de la catedral de Zaragoza, diputado del brazo eclesiástico. Hay

---

(1) *No sabe lo que se dice y habla como tal.*

(2) *Este privilegio concedió el rey D. Alonso el I á Zaragoza para usar dél contra quien les hiciese tuerto. Preténdese en Aragon que sólo se ha de practicar en los riegos de las acequias ó talas de árboles y otras cosas semejantes. Zaragoza, de muchos años á esta parte, lo extiende á otro cualquier agravio moral, como contra tuerto que recibe su República, y esta disputa llegó extrajudicialmente y como lite á causar graves peligros. Fuera bien hablar derechamente en ello ó callarlo.*

(3) *Si con la voz «Magistrado» quiere decir veinte ciudadanos que lo componen, bien dice.*

(4) *¿Quién le llamó Sacro?*

(5) *¿Quién tal dice?*

(6) *Este Autor acusa en esto á los Reyes. Vuelvan ellos por sí.*

en Aragon el de Ricos-hombres, el de Caballeros, el de los Populares, que son como procuradores, á quien toca la administracion de la Real (1) hacienda y guarda de los fueros. Dura su oficio un año; elegidos (2) en el primero dia de Junio, y dellos se llama Diputacion la casa donde se juntan á tratar lo tocante á ella, y allí está el tribunal del Justicia de Aragon.

Fundaron en la Córte su derecho para contra el privilegio de Veinte por el reino, pidiendo al Rey corrigiese sus ecesos y advirtiese; y no pudo el rey D. Alonso darle con facultad de hacer lo que no podia él mismo, segun las leyes del reino, y otras eficaces razones y limitaciones. Muchos dias estuvieron en Madrid sin hacer sino gasto grande.

Zapata quedó por oidor de las Ordenes, y el Conde volvió á Zaragoza, porque si bien con favores y razones contradecian el uso del privilegio, la ciudad le defendia con lo mismo. El Arzobispo de Zaragoza, D. Andrés de Cabrera y Bobadilla, vino á la Córte, pidiendo cesasen de castigar los Veinte, y llevó órden para que los ministros reales no favoreciesen el privilegio.

ELOGIO DE ZARAGOZA.

Y cierto las excelencias de Zaragoza, merecen sea favorecida y preferida en la estimacion y gracia de los Reyes, porque si la antigüedad honra mucho las ciudades, ella es de las más antiguas de España. Ó la fundasen los que vinieron con Tubal, ó los compañeros de Elisa y Tarso, biznieto de Noé, ducientos años poco más ó ménos despues del Diluvio, con nombre de *Salduba* ó *Saldivia*, que hasta su renovacion y ampliacion por el emperador César Augusto conservó, sobrescribiéndola de su nombre, habrá mil seiscientos años, en el de setecientos veinte y ocho de la fundacion de Roma y veinte y tres del nacimiento de Jesucristo, en que comenzó á reedificalla y cerralla de muros fortísimos, con tres castillos inexpugnables que el tiempo consumió, como otras cosas que parecian eternas, aunque hay rastro de su grandeza. Sublimóla haciéndola colonia romana, y en el convento jurídico, dignidad grande en las poblaciones más ennoblecidas con prerogativas, elogio para eternizar su nombre.

Esta ciudad (3) de buen sitio, apacible, fértil, abundante por templanza de la region y benignidad del cielo, llanura y belleza de vega, variedad de plantas, montes, frutas, acequias, rios y el Ebro de gran nombre. Hoy no le iguala en esto ciudad en España, y en hermosura de edificios fuertes, costosos templos, palacios, torres, anchas plazas y calles. Por esto re-

---

(1) *No es así.*

(2) *Salen por suerte á tres de Mayo; y así el salir se llama sortear. La election de las personas es cuando los eligen para que puedan ser diputados.*

(3) *Sic:* parece falta «es».

side lo más excelente del reino en ella y de ilustrísimas familias por merecimientos y nobleza heredada de la sangre de sus Reyes y adquirida con heroicos hechos en servicio de Dios y de sus Príncipes y patria clarísima, que es la verdadera y digna de alabanza, dando para ella larga materia y exemplo á la posteridad.

La silla arzobispal metropolitana la ennoblece, la residencia de los vireyes, los gobernadores, las audiencias reales, el tribunal del Justicia y el concurso á ellos de todas las provincias, el de los Diputados, el consistorio de los Jurados, padres del reino y los oficiales más graves dél, las leyes conforme á la nobleza y generosidad de sus naturales; los fueros y libertades con que el Estado es gobernado; el sancto tribunal de la Inquisicion, ilustrado con la sangre de Mastre Epila, su primer inquisidor; la grandeza de sus estrados en la Aljafería, contigua morada de sus Reyes; su fidelidad á Dios nunca violada áun con la herejía arriana y á su Rey en supremo grado, pues en las Comunidades le siguió con gran fineza de lealtad, cuando tantos á ella faltaron en Castilla. Ennoblécela su Universidad, hospital, tan encomendada y premiada en las divinas letras y en todas edades; los dones naturales y gratuitos con que la prefirió Dios, autor de la gracia y de la naturaleza; los innumerables mártires que la santificaron con su sangre, y haber sido su madre la de Dios en el recibimiento del Evangelio, dado por Santiago, que le dedicó el primero témplo, recibiendo della grandes prendas de amor y favores, acompañada de San Juan evangelista en esta vida en carne mortal, ambos traidos por los ángeles. Así lo afirma Dextro, historiador gravísimo, habrá mil doscientos años; los muchos confesores, pontífices y varones ilustres en letras, artes y armas, escritores sabios y coronistas fidelísimos, y finalmente tan buenos, justos y valerosos Reyes, y por último, porque cierre esta narracion con sello de oro ó divino, los santuarios del Pilar del Portillo y de Santa Engracia.

PRETENDE EL REY PONER VIREY EN ARAGON EXTRANJERO, Y LO ACAESCIDO EN ESTA PRETENSION.

Menudeando quexas del Virey, determinó su Majestad ponelle extranjero, y para ver si el gobierno y la quietud de los ánimos de los aragoneses mejoraba. Fue advertido era en mala sazon y alteraria la novedad, y resolvió el no darles virey natural; y pues el rey D. Pedro el cuarto, en el año mil trescientos sesenta y seis, puso al Conde de Urgel, y el rey D. Martin al Conde de Denia, en el año mil cuatrocientos dos, y D. Fernando II, en el año mil cuatrocientos ochenta y dos, á D. Juan de Cardona, conde de Pradas, y el tiempo adelante el Duque de Albuquerque y el Conde de Mélito fueron vireyes extranjeros, y así le podia poner ahora D. Felipe sin consentimiento del reino, porque no podia ser comprendido en el fuero

de que no sea oficial Real quien no fuese aragonés, pues al Virey no cuadra tal nombre, representando la persona del Rey, y no habiendo prohibicion expresa en el fuero, se habia de entender que no tenía su Majestad atadas las manos. Este parecer esforzaba micer Antonio Labata, jurista de opinion, porque aborrecia al Conde de Sástago, y deseaba verle fuera del vireinado.

Por el reino de Aragon se allegaba ser proposicion general en sus fueros no admitir interpretacion ni extension, y se habian de entender como suenan; y pues prohiben oficial extranjero, no lo podia ser el Virey. Y el tesorero, á quien escluieron desta prohibicion, fue expresamente nombrado. Contra el Conde de Denia presentaban inhibicion de los diputados del reino y de los jurados de Zaragoza; y el Duque de Alburquerque fue admitido por voluntad del reino, y el Conde de Mélito, con que no pudlese allegar el Rey esta consecuencia; y si otra vez pidiese el admitir extranjero, se entendiese haber renunciado á la antigua pretension no averiguada que los Reyes tenian de podelle poner.

Replicaba su Majestad que, siendo cargo tan grave el de su Lugarteniente y otro él, como le llamaba en su título, no se podia comprender en el nombre de oficial Real, y así le podia poner como ministro suyo y no del reino, natural ó extranjero, pues el que representaba su misma persona con su poder y autoridad no era razon estuviese con el nombre de oficial Real como los demas de la Corona sujetos á ser castigados por el reino, si en sus oficios delinquieren, más subordinados que al Rey en esto.

Tan gravemente sentian esta pretension los aragoneses, que áun las mujeres se indignaban, pareciendo quitaba la facultad de ser Vireyes á sus naturales, y tanto más porque amenazaban (1) desde Castilla con deducir el caso en tela de juicio; y si consultado por el Rey, el Justicia de Aragon juzgaba que podia poner Virey extranjero, sería ley, y por ella determinarian.

Es de advertir que en la pérdida de España, retirados los aragoneses en las montañas, eligieron Reyes en Sobrarbe, y hubo siete, y en Aragon Condes y despues Reyes, de quien era el veinte y siete allí D. Felipe. Antes hicieron un magistrado para que les administrase justicia con tan suprema autoridad que, aunque le ha elegido el Rey, fue preso por él mismo y castigado (2) y despues solamente en las Córtes generales, cuando fue menester conocer de los hechos del Rey para advertirle guarde las leyes que llaman fueros, libertades, observancias, usos, costumbres del reino, que recopiló el señor rey D. Jaime el primero, no son inmudables, porque se

(1) *Si el pleito pendia ya ante el Justicia de Aragon, ¿qué es lo que amenazaban desde Castilla? ¿Y quién amenazaba?*

(2) *Gran salto da aquí el Autor.*

añaden, quitan y derogan en las Córtes, encaminándolas á la limitacion del poder de los hombres; y para que conozcan que lo son y se enmienden más que para darles rienda para mal vivir y hacer molestias y daños ántes de executar alguna resolucion ó hecho, solia el Rey consultar al Justicia si era conforme á ley, y éralo su declaracion.

Este oficio solia ser perpétuo, pero ya le puede quitar y poner el Rey á su voluntad. Túvole siempre caballero sin calidad, del órden de los nobles por natura, que llaman ricos-hombres, que no pueden morir por caso alguno, como los caballeros de la segunda clase; y así estaba sujeto á pena de muerte. El Justicia tiene tribunal, llamado la Córte del Justicia de Aragon, en el palacio de la Diputacion, donde cada dia se junta con cinco consejeros juristas, con nombre de Lugartenientes, iguales en el poder y oficios temporales. El uno, muy de mañana, juzga en tañiendo la campana mayor de la iglesia. Aquí se conoce de los delitos contra la majestad Real; se apela del Rey, que llaman hacer election de firma, porque parece de inferior á superior, y dél se apella (1) para el Rey en los pleitos generalmente, aunque en algunos el Justicia no puede conocer y son por querella de parte.

Determinó el Rey pidir declaracion en la Córte del Justicia de Aragon, y lo escribió al Conde de Sástago en veintitres de Diciembre de mil quinientos ochenta y seis, haciendo dél mucha confianza, y que le advirtiese de lo que se debiera de hacer y cómo sería bien comenzar la causa. Respondió á tres de Enero de mil quinientos ochenta y siete, dificultando el suceso, y que al negocio saldrá el reino con gran demostracion, y convenia fundar y autorizar la justicia y asegurar el ánimo de los jueces y la libertad para guardarla, y que los más graves letrados de Castilla escribiesen sobre este punto del derecho, y á los de Aragon diesen salarios por advogados de su Majestad desde luégo, sin que entendiesen era para este efecto, sino para todos los negocios del Rey, porque prendados así, obligados y bien satisfechos, escribiesen llegando el caso en su favor; los Lugartenientes se asegurasen de ser amparados y favorecidos de cualquiera daño que del hacer justicia les pudiese resultar; se tuviesen gratos á los que podian oponerse y eran voluntariamente oficiosos, y tambien á todo el reino, contentándole en las cosas generales que estaban pendientes, del excusado, motus propios y concordia de la Inquisicion, porque el descontento de lo uno se templase con el beneficio y con hacelle mucha merced; fuese personas grave á dar autoridad y calor en la causa y ver los que andaban con fineza

(1) *El tribunal del Justicia tambien es del Rey; de manera que el apellarse de la Real Audiencia á la Córte del Justicia, es apellarse del Rey al mismo Rey, como el hijo que huye de su padre cuando le ve airado, y vuelve al mismo padre cuando le ve aplacado, ó para que se aplaque. Este concierto éthico ni el misterio del bien, se ve que no ha llegado á noticia deste Autor.*

en ella; se abreviase, porque parecia á tres Lugartenientes (1) tenía justicia su Majestad, y lo aseguraba micer Labata con el Fiscal, y el Virey apretaba en que, asegurados los tres Lugartenientes, se comenzase el pleito en pasando el décimo dia de Abril de aquel año mil quinientos ochenta y siete, porque se acabase en él por la vía de la consulta, y porque se podria con aquella diputacion tratar mejor; que los diputados consultasen por ser propicios el Conde de Fuentes, D. Enrique Palafox y el canónigo, y se le ordenase luégo al Conde viniese de Madrid á Zaragoza, porque ya tenía recibidos los advogados, á quien se habia de pagar estipendio como á los del Consejo, y dar sus privilegios en forma para que no pudiesen retirarse y su aceptacion se pidiese, porque no faltaba dificultad, consultando al Fiscal y los diputados en deducir cosas de hecho como se pretendian consultasen ellos y deduxese el Fiscal con las razones que para esto habia y la duda que tenian los Lugartenientes de que hubiese apelacion de la consulta, si bien decian el Fiscal y micer Labata que se engañaban.

En los años atras envió el Rey á esta demanda á D. Diego de Mendoza, embajador que fue del Emperador, y despues á D. Diego de Acevedo, su mayordomo, y para que les igualase en calidad despachó ahora al Marqués de Almenara, D. Iñigo de Mendoza y de la Cerda, que gozaba de la quietud de su casa, propuesto por el Conde de Chinchon, su primo hermano, para que él fuese principio de los mayores cargos, comenzando por el de Virey de Aragon, que le prometió en venciendo el pleito, porque interesado asistiese con más cuidado á su buen suceso, ó hacerle Presidente del Consejo de las Ordenes, ó capitan de la guarda del Rey en su vacante. Puso casa con gasto espléndido, mostrando grandeza y riqueza; honraba, regalaba y festejaba á muchos, haciendo con los ministros gran ostentacion de los favores Reales. Túvolo el pueblo por violencia, con que se alcanzaria cuanto el Marqués intentase, entendiéndose con el Virey, con el Arzobispo y con el Conde de Chinchon, diciendo se gobernaria todo por su arbitrio; y así era tan aborrecido, que se hizo caso de honra el visitalle.

Con dos Juntas solamente comunicó el negocio con el Conde de Sástago, y le aconsejó le comenzase por consulta, porque para su declaracion bastaba un Lugarteniente, que el Conde y micer Labata tenian ya bien informado y de ánimo de hacer la declaracion, porque la autoridad de la causa era el salir con ella. El Marqués decia era de su autoridad, y la pretension hizo negociacion por más corto camino, estando tan adelante por el otro. El Conde le decia no apretase el negocio en aquella diputacion,

(1) *En efecto, aquellos tres Lugartenientes se declararon de antemano, y los pregonó la fama pública. Adviértase que ultra de las penas del derecho contra los jueces que declaran su voto á las partes que litigan ó á cualquier tercero, hay en Aragon descomunion mayor en que incurren* ipso facto.

porque afirmaba D. Jorge de Heredia, diputado y procurador en ella, que no tendria próspero fin. Prosiguió en hacer instancia con los diputados en sazon peligrosa de último de Mayo, y todos votaron contra lo que se pretendia, y para esto dañó no haber granjeado las personas propuestas, acudiendo á sus pretensiones, que tan fácilmente se pudiera hacer, cemo luégo el medio de la consulta, porque pudiendo haber sentencia en treinta dias, no hubiera tiempo para hacer tantas prevenciones contrarias, de que resultó confederarse los conjurados (1) de Zaragoza con los diputados opuestos, y el unirse muy en deservicio del Rey (2).

El pueblo se indignó contra el Marqués, atribuyéndole decia vino á cosa deliberada y asentada, y en esto se fundó el no acudirle y faltarle en lo que se le ofreció de descomponerse con el sentimiento que desto tenía, y del haberse deshecho por su causa la Junta de los caballeros y Universidades que trataba (3) de hacer el desafuero. Los arbitrios (4) de la composicion de las alteraciones y diferencias de los montañeses y moriscos enojados las dejaron correr, mostrando su disgusto, y comenzaron á alterarse los de Ribagorza y de la tierra llana. Decian muchos que si pretendia el Rey se declarase el poder nombrar Virey extranjero por tener más persona de quien elegir el más suficiente para el buen gobierno del reino, se concediera por tiempo limitado, pues en aquél no tenian más sujetos de los que se veian, y habria lugar para esperar el aumento de su capacidad; mas no era desconsideracion dar el oficio por trienio (5), como se trataba con los diputados, pues pasaria, y él, sin poder el extranjero saber aún el nombre de las cosas, y así aprovecharia muy poco al bien público, y por esto convenia más acabar el negocio por justicia que acetar el ponerle (6) por trienio.

El Rey dió por sucesor en el vireinado á D. Jaime Ximeno, obispo (7) de Albarracin, poco activo y práctico, pareciendo por esto al Marqués de Almenara gobernaria por su arbitrio y cesaria en parte el descontento general que el gobierno del Conde ya causaba en Aragon.

---

(1) *No probará el Autor, ni nadie en el mundo, tal conjuracion, ni lo ha probado el poder del Rey, que con tanto ahinco lo ha procurado averiguar.*

(2) *Éste es término desvergonzado, y lo que contiene tan falso, que viene á ser indigno de reprehension modesta.*

(3) *Si trataba del desafuero, que es para castigar con brevedad los delincuentes, bien se infiere que no era en deservicio del Rey, como el Autor lo dice.*

(4) *¿Qué arbitrios fueron éstos?*

(5) *¿Pues cuándo se ha dado sino es por trienio?*

(6) *Esto es tontería.*

(7) *No lo era sino de Teruel, y á fe que honra bien el Autor el ánimo y los desinios del Marqués de Almenara conforme á la ley de Dios.*

HUYE ANTONIO PEREZ DE LA PRESION, QUE ESTABA EN MADRID, Y ENTRA EN ARAGON.

Referí en el primero volúmen desta *Historia* (1), en el año mil quinientos setenta y nueve, la prision tan considerable de Antonio Perez, secretario de Estado, y favorecido de su Majestad Católica. Estuvo preso en la posada del alcalde de Córte, Alvar García de Toledo, cuatro meses. Allí le visitó fray Diego de Chaves, confesor del Rey, con admiracion de la Córte, pareciendo que tal visita á un ministro sindicado no le hacía muy delincuente, y especialmente por haberle consolado con que su prision no sería mortal; y como el Confesor no sabía los misterios y secretos fundamentales de la historia, le persuadió dexase correr la visita y no se descargase.

Estuvo sin novedad en su casa y oficio de Secretario hasta el último de Enero de mil quinientos ochenta y uno, despachando por sus oficiales. Satisfaciendo á los cargos, mostró al Confesor papeles que llamaba de gran confianza y satisfacion; dellos hizo despues relacion en un Memorial que dió en Zaragoza en su causa para los Jueces de aquella Córte, que llamaron *librillo* sólo por haber encuadernado su escritura. Interpuso con el Rey en su favor y con el Confesor el Baron de Keuemler, embajador del Emperador; que en tal fortuna estaba el Secretario en medio de su visita, que se podia llamar persecucion de la envidia y violencia de sus émulos. Pidió el Baron se creyese, y respondió Antonio Perez á sus cargos con alguna preñez y señal de los secretos grandes que en su poder ostentaba y habia. Pasó su descargo, y no podia en particular descargarse por deberse tal recato á los negocios grandes; advierte (2) su Majestad con la ofensa que se hacía á su servicio en dar lugar á la malicia y pasion de ministros para obligar á que se llegase á tales materias.

Fue condenado en treinta y cuatro mil ducados y suspension de oficio por diez años, y reclusion de los dos en un castillo, y los ocho en destierro. Quisieron llevarle á la fortaleza, porque el fin de sus émulos era acabarle en prisiones y juicios; y para reducir la causa al tribunal eclesiástico huyó por una ventana á la iglesia de San Justo de Madrid, cercana á su posada, y tuvo dos sentencias en su amparo y de la inmunidad, sin obtener restitucion al templo, habiendo cumplido la sentencia sin lo que pendia del corriente del tiempo. Estando el Rey en Córtes en Monzon, en el año de mil quinientos ochenta y ocho, se levantó voz (3) de que Antonio Perez queria acudir á ellas, como aragonés, á pidir al Rey más libre justicia de sus

(1) Se refiere á la primera edicion de la Primera parte.

(2) Sic: parece debe ser « advirtiese ». Todo este párrafo está bastante oscuro.

(3) *No se levantó tal voz; él fué quien despues, estando preso en Zaragoza, dixo que habia querido acudir desde Castilla á las Córtes de Aragon. Todo fue vanidad suya y jactancia ordinaria.*

agravios, y le estrecharon la prision del castillo de Turuégano y truxeron de su compañía á encerramiento su mujer y hijos, los más de cinco años abaxo en la edad, sin trato ni comunicacion.

Aquí pidió fray Diego de Chaves, por dos cartas de su mano y medio del Cende de Baraxas, presidente de Castilla, á doña Juana Coello los papeles que su marido llamaba de gran secreto, diciendo se templarian con esto las prisiones y mejorarian sus negocios. Ella, con el valor de matrona romana, que mostró en el discurso de sus trabajos (1), no entregára los papeles si no le ordenára su marido que los diese (2), es cierto dicen en su sangre por estar privado de otro medio; mas un su criado reservó legajos de importancia, y doña Juana envió los demas á Monzon en dos baules, segun consta por el proceso, y escribió al confesor mirase que iban allí los descargos de la honra y vida de su marido. A la entrega, le respondió, se han de quemar, y al Secretario hacer mercedes y más mercedes.

Volvió el Rey á Madrid, y Antonio Perez fue puesto en ménos reclusion, y á la fortaleza le envió su mujer é hijos para que le viesen y con su vista se aconsolase. Traido á la Córte poco despues, estuvo catorce meses y medio preso, pero visitado de los Grandes y señores y criados del Rey, y preguntado dél sobre negocios de Estado. Viendo sus émulos con esto algunos resplandores y señales de la gracia de su Majestad en favor del Secretario, temiendo volviese á su antiguo puesto, hicieron que Pedro de Escobedo, hijo del Secretario muerto con violencia, le pusiese demanda y acusacion de haber sido por su traza y causa. Fue examinado sobre el delito y se gobernó con respecto, y advirtió á D. Felipe de todo por escrito y á su confesor. Sacáronle por esto luégo de la Córte á su engaño, causando varios tumores la variedad de prisiones y juicios que en doce años y medio pasaron por un mismo Antonio Perez, y tanto más es de notar, pues le volvieron á Madrid dentro de tres meses, á que suplicó al Rey mirase los inconvenientes á que se iba á dar, y que si el hacer justicia á Escobedo era el fin, fuese á costa suya y no de terceros ni de su Real servicio y autoridad de sus negocios y secretos grandes, y porque se concertase con Escobedo admitió el confesor el consejo, porque se admitian (3) fácilmente los que eran en contra del Secretario. Pagó á Escobedo veinte mil ducados por el perdon en un juro situado en las alcabalas de la villa de Aranda de Duero.

Juzgaban esta causa Rodrigo Vazquez de Arce, presidente de la Hacienda, y el licenciado Juan Gomez, del Consejo Real y Cámara de Castilla, y escribieron á D. Felipe que ya Antonio Perez se libraba con el

---

(1) Faltan palabras: tales como «dijo que».

(2) *Sic.* Faltan palabras.

(3) *Parece que el autor carga al Rey ó á sus ministros de apasionados contra Antonio Perez.*

perdon de Escobedo de la acusacion de la muerte de su padre; mirase habia corrido mucho haberse hecho por órden de su Majestad, y convenia á su autoridad declararlo y mandar al Secretario decir las causas y motivos que hubo para hacer aquel castigo, porque siendo tales, su Majestad satisfaria al mundo, y Antonio Perez quedaria bien descargado.

Dicen que para esto hicieron escribirles el Rey: «Decid á Antonio Perez que ya sabe cómo yo le mandé que matase á Escobedo por las causas que él sabe; que á mi servicio conviene que las declare.» El Secretario repitió (1) veces no habia muerto á Escobedo ni sabía las causas. Desta constancia sacaron los Jueces ocasion de empeñar al Rey en más rigores, fiando en que unos claman á otros, hasta decir que si Antonio Perez negaba las causas, mandándole su Majestad que las declarase, se le podia argüir no habian sido verdaderas, y si las confesaba no tenía con qué proballas, habiéndosele quitado los papeles. Él dixo y espació un librillo en su presencia, diciendo lo que declara la pregunta once de un interrogatorio que se hizo en este artículo, en que dice Andrés de Prada, secretario que fue del señor D. Juan de Austria y despues de su Majestad, en el oficio de la Guerra y Estado tambien, que entre otras cosas que en las dichas sus defensiones y librillo ha dicho y publicado, ha sido decir, publicar y afirmar que la causa de la muerte del secretario Juan de Escobedo fue porque por su medio el señor D. Juan de Austria trataba de rebelarse contra su Majestad del Rey nuestro señor, su hermano, fundándolo en cartas del señor D. Juan de Austria escritas á Antonio Perez, como secretario de Estado, y otras á su Majestad, que venian asimismo á sus manos, descifrándolas falsamente, y dando inopinados y falsos entendimientos, siendo, como es, la verdad infalible que el señor D. Juan fue en todos tiempos obedientísimo al Rey nuestro señor, con que se hizo y fue de su Majestad el más benemérito de cuantos nacieron, haciendo, como hizo, para ello muchas proezas y hazañas, etc.; y despues Andres de Prada escribió á su Majestad este papel:

«Señor: Por ciertas preguntas que el alcalde Pareja me ordenó, de parte de vuestra Majestad, que depusiese, he entendido el diabólico ánimo con que Antonio Perez ha querido manchar la inmaculada fidelidad y obediencia que el Sr. D. Juan, que esté en el cielo, tuvo á vuestra Majestad, que me ha lastimado de manera que escribo estos renglones con dificultad, porque el dolor y las lágrimas impiden que la mano haga su oficio, y en la imaginacion se revuelven tantas cosas que llego á pensar disparates. Y así suplico humildemente á vuestra Majestad me perdone, si el hacer esto lo fuere, que la causa para mí (que sé quién era el Sr. D. Juan para

(1) *Sic.* ¿Tres?

con vuestra Majestad) es tan terrible, que no perder el seso será gran merced de Dios. No quiero cansar á vuestra Majestad con decir lo que cerca desto podria, porque creo no es menester, y éste es el mayor consuelo que tengo. Sólo diré que deseo en el alma poner la vida en defensa desta verdad, y si me es lícito, suplico humildemente á vuestra Majestad me dé licencia para hacerlo, diciendo á Antonio Perez cuán mala y falsamente miente, y que se lo haré conocer de mi persona á la suya; y si desto vuestra Majestad no fuere servido, que á lo ménos lo pueda decir donde conviniere, desengañando á los que no conocieron al Sr. D. Juan, que á los que le conocieron, yo sé que no es menester; y que lo será que Antonio Perez salga del mundo y reciba en él la debida pena de su atrevimiento. Pues á nadie toca tanto volver con tantas véras por la honra del señor don Juan como á vuestra Majestad, por quien dió su vida, quedo muy confiado de que no se desirviria vuestra Majestad de que sus criados lo hagamos, y yo que soy el menor, recibiré esta merced que es la que más deseo en esta vida. Dios guarde, etc.; en Madrid, á diez y ocho de Octubre, mil quinientos y noventa.»

Don Juan de Idiaquez le respondió así: «Ese papel me dió su Majestad, digo, me invió, poniendo en la cubierta que le diese y se lo acordase; y habiéndolo hecho con decir, lo que la ocasion me convidaba, de la buena ley y fineza del autor, mostró estar muy satisfecho de ser todo ello así, y me mandó que de su parte yo escribiese á vuesa merced, volviéndole su papel, que conoce del buen pecho que todo aquello procede, que vuesa merced se aquiete, y que no se alzará mano de lo que toca al castigo: (esto es lo que dice). Paréceme que vuesa merced puede quedar agora muy sosegado, pues su Majestad lo manda y se hacen en lo demas las diligencias y demostraciones que se ven que son bastante testimonio de cuán condenada va tan malina invencion como aquélla. Guarde, etc.; de San Lorenzo, á veinte y cuatro de Octubre mil quinientos y noventa.»

Entónces se resolvió el dar tormento y sentencia de muerte á Antonio Perez, y él á huir de la prision, como lo habia dispuesto, con el medio del alférez Gil de Mesa, Juan Francisco Mayorini, genovés, y Gil Gonzalez, estudiante. Para el efecto hicieron llaves en Bubierca, y fué y vino Gil de Mesa en posta á Aragon algunas veces, para ser ya conocido en el camino, y en el Mártes Santo del año de mil quinientos y noventa y uno se sacó de la prision, abriendo una puerta del otro cuarto, y dexando al alba una máscara con el bonete con que dormia. Dixo su mujer á las guardas que no le dispertasen, porque no habia dormido, fatigado de los dolores del tormento. El Rey, sospechando este suceso, habia escrito á los jueces mirasen era cauteloso y mañoso Antonio Perez, y huiria de la prision. Al fin, ayudado de los tres que dixe arriba, en posta y con gran trabajo y cansancio llegó á Calatayud en Aragon, en la Celtiberia Tarraconense, anti-

guamente llamada *Augusta Bilbilis*, del largo encerramiento entorpecido y flaco, débil del tormento, de cansado rendido. Entró en el monasterio de San Pedro Mártir, de la órden de Santo Domingo. Residia en Calatayud D. Manuel Zapata (1), hermano del nuevo Oidor de las órdenes, primo hermano del señor de Ariza, y por la enemistad antigua de los de Monreal, matadores del Baron, de donde Antonio Perez era natural, y hacer servicio al Rey, apercibió gente que guardasen el monasterio, para que no pudiese huir el Secretario.

Mal indignado el Rey sabía la fuga, mandó despachar personas que le truxesen, y escribió á D. Juan de Gurrea, á diez y nueve de Abril, hiciese diligencia en prendelle. Dieron aviso al Marqués de Almenara, al Visorey, al Justicia y al Fiscal. Puso querella que llaman *apellido* contra el Secretario, y con mandamiento partieron los oficiales Reales con Alonso Celdran de Alcaraz, baile general, que hacía el oficio de gobernador por enfermedad de D. Juan de Gurrea. En Calatayud recibió cartas del Rey, de veinte y tres de Abril, y sacó del monasterio al fugitivo, repitiendo su inmunidad del lugar sagrado, que pediria á su tiempo, y fué llevado á la cárce Real de Zaragoza, y desde allí avisó al Rey y le envió las gracias por carta de primero de Mayo. Pidió el preso manifestacion, como natural (2), ante el Justicia; diósela y llevóla un verguero, y con ella le trasladaron á la cárcel de los manifestados, porque es fuero en favor del vasallo y del Rey el consistorio ó tribunal del Justicia, donde recurren por vía de fuerza los que pretenden que la reciben en sus causas y negocios; y segun lo que resulta del agravio que pretendieron, se restituyen al Rey ó se juzga en aquel juicio en su nombre. Hacer eleccion de las letras que provee el Justicia, es de firmas concedidas á los que á él acuden para redimir sus agravios, dando fiadores de estar á derecho y pagar lo que fuere juzgado y asistir en juicio hasta la execucion de la sentencia; con estas letras inhibe (3) á la Majestad Real y á sus oficiales y ministros, para que no puedan los que della se valen ser presos ni privados de la posesion de sus bienes ni molestados de otra manera, hasta que judicialmente se conozca y declare sobre la pretension de las partes y parezca por un proceso legítimo, si se debe de revocar la inhibicion ó pasar adelante; y no impide el curso del pleito sino la molestia contra razon y fuero á los que se valen de las letras, con cuya presentacion queda preservado el que las presenta del agravio que teme, demas de ser nullo, segun fuero, lo que se hace en su contra de juez que á

(1) *Nótese que lo que estos caballeros hicieron contra Antonio Perez no lo atribuye este Autor al ánimo y deseo que tenian de servir á su Rey, sino al de la venganza, por lo que acaba de referir.*

(2) *La manifestacion igualmente se concede al natural y al extranjero; y Antonio Perez en Madrid nació, aunque descendia de Monreal.*

(3) *El mismo Rey es el que se inhibe á sí mismo. El Autor no está bien informado desta órden judicial.*

lo proveido en ellas contraviniese ó no las respetase, sería gravemente castigado por el Justicia ó sus tinientes solamente agraviado.

Valióse deste recurso aún el príncipe D. Juan, en la persecucion de su madrastra, queriendo á su instancia privarle su padre el rey D. Pedro de la administracion del gobierno de sus reinos, que le competia segun fuero como á primogénito. Mandó por pregon no le obedeciese ni tuviesen por gobernador. Este Príncipe, que en otro reino quedára sin remedio de su agravio, sin causa ni culpa suya, se valió de las letras inhibitorias del Justicia Domingo Cerdan, y publicadas por todo el reino en virtud de la suprema autoridad de la ley, fue conservado el Príncipe en su derecho, y se administró en su nombre la gobernacion general. De allí adelante, siendo rey este príncipe D. Juan, mandó prender dos ciudadanos de Zaragoza, y con una firma le hizo tener á raya su procurador, y á los que procuraron indignarle contra el Justicia respondió no podrian, porque acordándose del resíduo que halló en este magistrado, cuando su padre lo quiso agraviar, echó de ver cuán importante fuese para deshacer los agravios y atajar los daños que se suelen seguir de las cóleras de los Reyes, y convenia quien templase sus ímpetus. Con esta consideracion el rey D. Martin mandó por fuero particular executar, so graves penas, las letras del Justicia, presentárselas, respetarlas, mostrando su importancia en la república, y que saberse vencer es ser Rey, pues lo es verdaderamente el que de sí mesmo triunfa: summa autoridad, summo imperio. Contra la precipitacion de los jueces, es otro remedio el de la manifestacion en executar sentencias criminales, no guardando la forma que se da en los fueros del reino, y su asignacion de tiempo en la acusacion, en la defensa y en las demas acciones desde la prision del delincuente hasta la execucion de la sentencia; porque parece á algunos que hacer la justicia es hacerla presto, y por esto suelen decir mal de las leyes de Aragon, especialmente los ministros del Rey extranjeros, porque dan cierto término para cada cosa y les parece tienen atadas las manos con alguna sujecion, sin considerar se hace presto lo que se hace bien, y que estos presidios evitan la injusticia de su precipitacion y cólera, enfermedad que pedia remedio y le pide en algunos reinos para asegurar de la molestia de los jueces absolutos y resolutos y privados y principal en agravio de la razon, alma de las leyes. Conociendo que en las firmas y manifestacion estriba lo principal de las libertades del reino, proveyendo sus letras el Justicia Juan Ximenez Cerdan, del reinado de D. Martin, para que mosen Gil Liorri, regente el oficio de la general gobernacion, entregase á Miguel de Almunia, portero, ocultó el proceso y no le entregó. Tuvo el delito por tan grave, que con acuerdo, en junta de los brazos del reino, se determinó fuese con bandera arbolada á forzar al gobernador á entregar el manifestado; y su hijo Juan Fernandez de Heredia pidió se la dexasen llevar á él contra su padre, en favor de su patria, prefe-

rida con razon al paternal amor, y su padre entregó el preso suspendiendo la execucion del poder que le amenazaba.

Porque no huyese Antonio Perez, asistió de guarda por de fuera de la cárcel, por órden del Marqués de Almenara, el capitan Serafin de la Cueva con algunos soldados. Era Antonio Perez tenido por discreto, y á la fama desto llegaron algunos á comunicalle, y por su agradable conversacion vino la curiosidad primero á gustar de velle y hablalle, y señoreó las voluntades, como pretendia, en un reino, donde en Zaragoza entró preso por órden del Rey, sin tener en ella parientes ni amigos obligados por alguna razon; y así fue mala la compasion que le tuvieron, y aunque al principio se pudo tolerar, porque no se echó de ver el daño que podia causar; mas despues, cuando se comenzaron á sentir sus malos efectos, habia obligacion de reprimirse para evitar el mal que se debia temer. Por esto procuró el Marqués de Almenara que le encerrasen, para quitar esta comunicacion y ponerle guardas. Visitábanle caballeros, porque la fortuna pasada y la miseria presente le daban mayor nombre; mostrábales los brazos con los rigores de los cordeles; daba quexas, hacía exclamaciones, ponderaba sus daños, afirmaba que tenía papeles de secretos grandes del Rey, y que le amaba, aunque condescendia con sus ministros, émulos suyos, y era favorecido de todos los señores de Castilla. Persuadiólo al Justicia (1), mostrando billetes del Rey; y dél mismo interpretados, resultaba disculpa de todo lo que le acusaban, especialmente de la muerte del secretario Juan de Escobedo.

El Justicia escribió al Rey no permitiese que de los descargos se publicasen tales escritos, y él respondióle de su mano no diese crédito á Antonio Perez, porque todo lo que mostraba y decia en su descargo era embuste y falsedad. Lo mismo habia respondido ántes al cardenal Quiroga, habiéndole pedido mirase por la justicia de Antonio Perez y supiese que á esto le movia lo que le ayudó para alcanzar el Arzobispado, y que era su gusto que juzgase la causa el Cardenal, y en excusándose muchas veces le dixo: «Pues tomad estos papeles (que sacó de un escritorio) y veréis cómo os engaña ese hombre, y mi razon hallaréis en ellos.» Muerto Quiroga, quedaron en poder de su secretario Vallecillo, y los hubo D. Gabriel Ortiz de Sotomayor, maestrescuela de Toledo; y esto es así, que Antonio Perez quitó de los billetes los pares y daba los nones, con que no se deducia razon del Rey sino la suya; mas su Majestad juzgó como justo y sabio.

Envió los papeles al Rey el preso con un fraile dominico, y no le quiso dar audiencia (2) ni hizo caso de aquel apercibimiento; y escribió al Mar-

(1) *Era Justicia el viejo padre del que padeció, y es cosa de risa decir que le persuadió Antonio Perez.*

(2) *Si se la dió el Rey, y muy cumplida, y procedió con el fraile como discretísimo y benignísimo Rey.*

qués de Almenara mirase con mucho cuidado con este negocio y apretase en la guarda de aquel preso para entretenelle.

En tanto que se negociaba su restitucion, fue acusado de haber hecho matar á Juan de Escobedo, por haber confesado en Madrid dos criados de Antonio Perez era así, no por el señor soberano, juez legítimo, sin haber tribunal, decian, donde fiese parte en materias criminales, y por esto se apartaba de la querella dada por el fiscal, y el preso habia de serle restituido como á señor suyo competente para castigalle y hacelle proceso, sin atarse á las ceremonias y solemnidades del fuero, en virtud del poder libre que tiene de proceder contra sus oficiales y ministros por su voluntad. Para hacer esta visita dió comision al Dr. Urban Ximenez de Argüez, regente en la Real Audiencia de Zaragoza. Antonio Perez acudió al Justicia pidiendo inhibicion contra el nuevo juicio, allegando se consideran en el Rey diversas personas, que sin confundirse estaban en un supuesto, mas no era una misma la del Rey de Castilla y del de Aragon, aunque es un mismo hombre el que posee los reinos, y el poder libre que tiene el Rey de Aragon de proceder contra sus criados no le puede tener el Rey de Castilla en Aragon; y no habiendo sido ministro ni criado del Rey de Aragon, habia de ser abrazado de todos los fueros y privilegios de que gozan todos los hombres privados. Por el Rey se allegaba no se podia hacer esta division imaginaria en él, porque de tal manera estaba conjunta su persona con la dignidad real de todos sus reinos, que era inseparable y no factible, sin agravio de la persona y ofensa de la dignidad real, siendo Rey de Castilla y Rey de Aragon por derecho de sangre y natural sin admitir division, y el Consejo de Estado uno, el Secretario que trataba las materias de los dos reinos sin distincion era de Castilla y de Aragon, con que se comprendia Antonio Perez en los ministros del Rey de Aragon, y por su juicio habia de ser castigado.

Murió el gobernador D. Juan de Gurrea, con desplacer del pueblo y daño de la pública quietud, y eligió en su lugar el Rey á D. Ramon Cerdan, que sirvió en Flándes de capitan de infantería española. No fue á satisfaccion del vulgo (1), por hechura del Marqués de Almenara, á quien aborrecia, pareciéndole gobernaba su poder, y no ser D. Ramon igual á D. Juan de Gurrea. Comenzó (2) á no estimar los ministros reales, hallando aplauso en algunos nobles y poderosos; placíanle (3) los hierros en la

(1) *Ni de nadie sino del Marqués de Almenara; aunque nunca le conocieron hasta aquel tiempo.*

(2) *Esto no fue así, porque no aborrecia sino á algunos ministros mal opinados. Los caballeros nobles procedieron como tales, sirviendo á su Rey, sobrellevando como podian la tibieza ó la temeridad de los ministros.*

(3) *Todo esto es falso; y el serlo está probado larguísima y judicialmente. El Rey lo supo y lo confesó despues; y si hubo yerros en la administracion de la justicia, como este Autor lo afirma, pregúntasele que diga quién los cometia.*

administracion de la justicia, no dexándose conocer y entender la ira y la ignorancia el daño que á ellos y á toda la república amenazaba; porque rompido el nudo de la obediencia, perece el pueblo ú el señor Dios ayuda á las cabezas, porque difícilmente se conserva unida la muchedumbre en una voluntad y un sentir de las cosas.

Pasó por Zaragoza en esta ocasion el Duque de Saboya, y en ella entró en medio del Marqués de Almenara á la diestra, y á la siniestra el Conde de Aranda, con su indignacion y resentimiento contra el Marqués por no haberle cedido contra su antigüedad del linaje de Urrea y por la sangre del de Segorbe, descendiente de los Reyes. El de Almenara no le confesaba superior de la casa de Mendoza y de la Cerda, y decia le tocaba la precedencia, y por ministro del Rey, cuya persona representaba, y así habia entre los dos guerra secreta de competencias. Acrecentaba el mal ánimo (1) del Conde lo mucho que públicamente favorecia (2) el Marqués á doña Juana Herriquez de Cabrera, hermana del Almirante de Castilla, valerosa matrona, madrastra del mismo D. Luis de Urrea, con quien tenía pleito muy reñido sobre su dote (3) por verla tratada como extranjera, favoreciendo la voz del pueblo al Conde (4). Fomentaba con todo el Marqués su aborrecimiento y enemistad con el Conde á quien deseaban en Aragon buenos sucesos.

Esperaban ya en Madrid al Duque de Saboya con alborozo, porque habiendo partido de Niza á ocho de Marzo por haberle detenido en Torre de Anbucar el mal tiempo para navegar, llegó á Barcelona á siete de Abril, donde se detuvo sólo un dia, recibido sin alguna solemnidad, porque lo escribió al Maestre de Montesa, virey. En Monserrat estuvo en la Semana Santa y entendió por el Rey mandó despachar pasaportes para los puertos secos y guardas dellos y cartas de recomendacion á las ciudades de Aragon y Catalunia y Duques del Infantado y Medinaceli, y al correo mayor don Juan de Tassis envió en posta con dinero para el gasto, y esperóle en Lérida, y hasta allí le asistieron dos caballeros de Catalunia en nombre del

---

(1) *El mal ánimo es el deste Autor, que tan desvergonzadamente habla de un príncipe como el Conde de Aranda. Lo demas que dice de la precedencia, quede reservado al juicio de quien sabe bien las cosas.*

(2) *¿Quién le metió al Marqués de Almenara entre una madrastra y un alnado, y más preciándose de ministro del Rey? ¿Fue buena prudencia de estado arrimarse á la parcialidad y hacerse odioso? ¿Era aquello bueno para el servicio del Rey ó para el negocio á cuyo efecto y solicitud le habia su Majestad enviado al reino de Aragon? De más que, aunque el Autor le llama ministro, se engaña, pues no era oficial ni magistrado, ni lo podia ser. Ni al honor del Marqués de Almenara convenia fundar la precedencia en la calidad de ministro, en caso que la tuviera.*

(3) *No era sino sobre una gran renunciacion que el Conde su padre le hizo otorgar, que llegaba, segun se dixo, á más de veinte y cinco mil ducados de renta, en favor de su madrastra, de la cual reclamó el alnado por no quedar perdido, y hubo de salirse de casa de su padre.*

(4) *El Conde no aborrecia al Marqués, ni para esto se acordaba dél; pero pregunto, si el Marqués era declarado enemigo del Conde, ¿qué mucho era que se amoinase de su proceder?*

Principado en Aragon. Le visitó de parte del Rey, Príncipe é Infanta, el Marqués del Carpio, de la Cámara del Rey, hijo de D. Diego de Córdova, su primer caballerizo, y dióle carta con sobre escrito «Al señor Duque de Saboya, mi hijo», y los pasaportes solamente decian: «Al Ilmo. Duque de Saboya, mi muy caro y amado hijo, en Zaragoza.» Le aposentó el Arzobispo y regaló y á su gente con esplendor y magnificencia. Venian con él dos cónsules de Marsella y otros dos comisarios de Asuez, y en Madrid los esperaban el de París y el Obispo de Carcajona, por el consistorio y pueblo de Narbona, para tratar del asiento de sus provincias y á pedir al Rey los favoreciese y al Duque para conservar su libertad y la devocion que tenian al Duque, su amigo, los de Provenza, y darles fuerzas para defenderse y ofender, y los de París para prevalecer contra el Príncipe de Bearne, pareciéndoles se procedia en la Córte con más remision de lo que convenia, y que persuadirian mejor á boca y los despacharian breve y favorablemente. Hasta la raya de Castilla le siguió uno de la Audiencia de Aragon, y allí salió el Duque de Medinaceli con cien caballeros lucidos á recibille, y le subió á su palacio y hospedó con mucha grandeza, y en todos los lugares de aquel Estado hasta Sigüenza no quiso sentarse con su Alteza en la mesa, sino con los de su acompañamiento. Presentóle una yegua y un caballo bien enjaezados á la jineta, mucha ropa blanca de labores y guantes y cueros de ámbar. El Duque del Infantado, D. Iñigo de Mendoza, le recibió pomposamente acompañado á las puertas de Guadalajara, donde tambien le despidió, porque guardaba carcelería por el casamiento del Duque de Alba con doña Mencía, su hija (de que habemos hecho mencion). Tenía cuarenta aposentos ricamente adrezados, donde fue hospedado altamente, y la Duquesa le regaló con ropa blanca, camisas de cadeneta, guantes y cueros de ámbar. El Cardenal de Toledo D. Gaspar de Quiroga, aunque se hallaba en su iglesia, tuvo su palacio de Alcalá de Henares con toda grandeza; escribió y regaló prevenido y al Marqués de Auñon, que suplió muy bien su ausencia, y regaló al Duque en Rejas con licencia del Rey con mucha opulencia y le presentó dos caballos ricamente guarnecidos, y la Marquesa dos grandes pomos de oro de extremada labor, llenos de aguas preciosas de olor, mucha ropa blanca, guantes y cueros de ámbar. Desde que entró en España, llamó á los títulos señoría y á los Grandes excelencia; y á Rejas le envió el Rey órden para que los llamase señoría y á los otros merced y á los caballeros el, segun le advirtió cuando se casó en Zaragoza. Por esto dixo á ciertos gentilhombres italianos de la Córte le desculpasen con todos en las cortesías, por lo que se le habia ordenado, aunque dispensó con algunos caballeros Grandes.

Llegó á Madrid en el dia de Sant Márcos en la tarde, en coche que le envió el Rey; y en el suyo, á las tres, salió de Palacio con el Príncipe por la huerta de la Priora, y por de fuera de la villa fué á recibir al yerno,

acompañado del Condestable y Duques de Nájera y de Maqueda, prior D. Hernando de Toledo, D. Pedro de Médicis y el Marqués de Denia, en coches del Rey, habiéndolos apercibido el dia ántes; y por el órden que se dió á D. Diego de Córdova, fueron entremezclados los Grandes, títulos y caballeros. Acompañó á su Majestad la guarda de archeros de á caballo. Un cuarto de legua de Madrid encontró al Duque, y él se apeó y fué para el Rey, y el Príncipe salió como quince pasos del coche á recibille con los señores. El Duque se arrodilló, pidiendo su mano con mucha porfía, diciendo le llenaba de gozo hallarle tan crecido y gentilhombre. El Príncipe le dixo: «Sea bien venido, hermano»; y le porfió que se levantase, añadiendo: «Basta, basta»; y á su mano derecha le llevó al Rey, que estaba ya fuera del coche. El Duque, haciendo muchas reverencias, se arrodilló pidiendo la mano, diciendo no sabía encarecer su contento de haber llegado á su presencia. Levantóle D. Felipe y preguntó cómo venía y estaba, tratándole de vos y sus Altezas en su Cámara, pero indiferentemente, desviándose de ambos extremos, ocupó el estribo de la mano derecha en el coche y el Príncipe el de la siniestra. En el suyo metieron al prior D. Fernando, D. Cristóbal de Mora y D. Juan de Idiaquez, Arnos de Leni y á Domínico Bello y otros dos que venian con el Duque, y los cónsules de Marsella entraron en los otros coches. Pasaron por el Prado á la Carrera de Sant Jerónimo, donde estaban en órden las guardas española y alemana, y fueron por la calle Mayor al monasterio que fundó la princesa doña Juana, á besar las manos á la Emperatriz. Detuviéronse poco tiempo, aunque estuvieron sentados. Al recibir al Duque su Majestad Cesárea le hizo grandes caricias, tratándole de vos como el Rey. Volviendo á la calle Mayor, llevando siempre el coche descubierto, en Palacio á las seis horas el Príncipe y Duque se apearon, y el Rey pasó á entrar por otra puerta secreta en su Cámara. Le hallaron con la Infanta en el salon, y el Duque pidió la mano á su Alteza ahlnojado, y ella levantóle con agradable acogimiento, estando descubiertos el Rey y el Príncipe en pié, con que se acabó la visita. El Príncipe acompañó al Duque hasta el aposento que le estaba curiosa y ricamente prevenido. Habia señalado el Rey gentilhombres de su boca para que le sirviesen en su mesa, y no queriendo cubrirse segun el órden de su Majestad, estaba el Duque descubierto en tanto que comia, y el Rey le ordenó que se cubriese y no mandase cubrir á caballero, y teníale hechos vestidos de color, costosos, y con sus gorras nuevamente adrezadas. A los cónsules y comisarios aposentaron cerca del Palacio, y á los criados del Duque en la posada del Marqués Deste.

Cuatro dias despues, los Embaxadores propusieron su embaxada ante el Rey, comenzando el de Asaez, que oró una hora; los de Marsella no tanto, porque lo más de su oracion representó los trabajos y aflicciones en que se hallaba su país por la guerra y en defensa de la obediencia de la Iglesia

y fe católica; y para tener fuerzas con que sustentar el peso grande, invocaban el amparo y socorro de tan poderoso Príncipe y protector de la verdadera religion. Pidian para despachar al Duque de Saboya tres mil españoles, la mitad de los de Italia, con que hacer la empresa de Provenza y Tolon, y asegurar lo poseido en ellas, y doce galeras, inclusas las del Duque, y veinticinco mil ducados luégo para entretener la gente, en tanto que llegaba, y tratase Cataluña de dos mil cargas de trigo para Marsella por su cuenta y pensiones para los señores de Albini y San Jalin, de mucho servicio en el Delfinado y órden clara para el Condestable, que iba por Gobernador de Milan, de lo que debia hacer con sus Altezas y en conservacion de sus Estados.

Para dar el despacho á esto, hizo asiento el Rey con los hombres de negocios de cuatro millones y doscientos mil ducados, inclusos en ellos de ochocientos mil que se habian consignado á mercaderes por cédulas del Duque de Parma. Lo demas se remitia para que se acudiese con ello en Italia, Besanzon y Flándes, conforme á la órden que se iria dando por meses, y allí esperaban el Duque y los Embaxadores tener su porcion.

Quince dias gastó el Duque en Madrid, y en ellos el cardenal Alberto invió desde Lisboa á visitalle con D. Luis Henriquez, su camarero, y él le volvió la visita con Dominico Bello. Partió despues, acompañado de don Diego Fernandez de Córdova, primer caballerizo del Rey, á ver la grandeza de Aranjuez, donde se entretuvo cuatro dias en caza y ver los jardines, aunque ménos delectables por haberlos mudado en aquel invierno las furiosas crecientes del Tajo y del Xarama. Llegó con su Majestad y Altezas al Pardo y pasó á Sant Lorenzo, y estaba avisado y prevenido el Prior y convento para su recibimiento y hospedaje en el aposento del Príncipe. Allí estuvo la víspera y dia de la Ascension, viendo la octava maravilla, y cazó jabalís y venados, y volvió al Pardo á despedirse, porque ya el Rey le habia despachado y le esperaba en el arroyo de Trofa; y todos entraron en Madrid á veintiocho de Mayo. Visitaron á la Emperatriz y á la infanta Margarita, convaleciente, y se despidió el Duque de su Majestad Cesárea y de sus Altezas y del Rey, caminando para Aranjuez, ántes de pasar la puente de Segoviana, pidiendo la mano y la bendicion á su Majestad; ésta le dió con mucha terneza, y sus Altezas fuera del coche le abrazaron, y el Duque se fue despidiendo de las damas, que por demostracion de la tristeza de su partida se vistieron de negro, y volvió á Palacio, y el Rey pasó á dormir á Villaverde, una legua de Madrid, con gran aguacero y golpe de granizo, que le hizo llegar de noche al alojamiento, y continuando las aguas llegó á Aranjuez. Causó novedad el ir su Majestad allí tan cerca del estío, pues pudo recibir y despachar al Duque en aquel bosque. La causa, entre otras, fue que, habiendo hecho tanteo del dinero necesario para Flándes, Francia, armada de Portugal, gasto de la Casa Real y obra del

Escurial, en aquél se debian proveer ocho millones y medio. Para ello y hallar expediente de que socorrerse por vía de la Hacienda Real y arbitrios se juntaban, desde el primero dia de Hebrero, dos dias en cada semana, el Conde de Barajas, presidente de Castilla, el prior D. Hernando de Toledo, D. Cristóbal de Mora y D. Juan de Idiaquez en el banco de la cabeza, y el Arzobispo de México, presidente de Indias, el Conde de Chinchon y los licenciados Gasca y Agustin Alvarez de Toledo, del Consejo de las Indias, en el de la mano derecha, y los licenciados Guardiola, Juan Gomez Laguna, del Consejo Real, y el secretario Mateo Vazquez de Leca, en el de la mano siniestra, el confesor, el Presidente de Hacienda y Antonio de Guevara, del Consejo de Hacienda, y Juan de Ibarra, secretario desta Junta. Continuándolas, falleció á los cinco de Mayo el secretario Mateo Vazquez, y tan en gracia de su Majestad, quo escribió de su mano, en respuesta de lo que habia escrito el secretario Gasol, casado con su hermana: «Tenga Dios en su gloria Mateo Vazquez, cuya muerte no puedo yo dexar de sentir mucho, por la que hará á mi servicio y por la buena voluntad que yo siempre le he tenido, como todo el mundo sabe; y así tendré siempre con todas sus cosas la cuenta que es razon, y particularmente con las que os tocaren, de cuyo servicio tengo la satisfaccion que sabeis: las llaves y papeles que aquí decís, tendréis á buen recado, hasta que yo ordene lo que se ha de hacer de todo; y esto podeis decir, siendo menester, á sus testamentarios.»

En el aprieto de la enfermedad le envió á visitar con el Conde de Chinchon y decirle cómo le habia hecho merced de una dignidad de tres mil ducados de renta de beneficio simple con diez mil ducados caidos, del cual se tomó luégo posesion y ganó lo corrido solamente; y al Cardenal de Sevilla escribió proveyese en sus dos sobrinos seis mil ducados de renta que tenía en su iglesia, y obedeció el cardenal D. Rodrigo de Castro. La plaza de Secretario dió á Gasol, sin alterar cosa alguna del exercicio, salario y raciones de camino, quedando para Villela, oficial principal de Mateo Vazquez, la Secretaría de Cerdeña, porque era regnícolo, con trescientos ducados de salario y sus derechos, con que asistiese á Gassol, y la de Inquisicion dió á Luis Vazquez Aldrete, deudo de Mateo Vazquez, para que todos participasen de su herencia. Nombró por heredera de cuarenta mil ducados, que fueron todos los bienes, á una sobrina, adquiridos en veinte años que sirvió en tan cercano y asistente oficial al Rey y despacho de las consultas, y del de el cardenal Espinosa, presidente de Castilla. Tales fueron los ministros deste Príncipe y su vigilancia en saber cómo vivian, juzgándolo por lo que adquirian, de que tenía tan singular noticia que, habiendo el visitador del Comisario de Hacienda escrito á su Majestad que Ifebo Rochi, ginovés, habia dado un diamante de valor de cuatro mil ducados á Francisco de Garnica, su contador mayor, y favorecido y estimado

por gran ministro y desinteresado, tanto que sólo él hacía cuanto ha tocado al Consejo de Contaduría mayor de Hacienda en trescientos mil maravedises de salario, donde hoy son más de catorce cuentos, hizo visita del cáso con gran vigilancia, y pareció que le habia comprado; y porque el Contador de relaciones ...(1)... de Salas, harto suficiente ministro, edificaba una casa, le hizo visitar con tal rigor que fue condenado á suspension de oficio en once mil ducados, perdiendo su gracia de manera que, habiéndole consultado veces el Marqués de Poza, presidente de Hacienda, le respondió por último: «Haced cuenta que es muerto este hombre»; y así no osaban los ministros edificar, porque luégo eran visitados.

El Duque de Saboya dió priesa en su partida, y ántes, porque no habia hecho visita á las señoras de los Grandes y de los mayores ministros, envió un collar de mucho valor y algunas piezas de tela de oro á su mujer de D. Cristóbal de Mora, y no lo recibió hasta que tuvo licencia de su marido y él de su Majestad; á la Condesa de Chinchon presentó una taza de lapis-lázuli, bien guarnecida de oro, y una sortija de diamantes; y á la Marquesa de Velada otras semejantes joyas. Habida licencia del Rey (que la habia negado), repartió á los oficiales mayores de la Casa cadenas de oro, desde ciento cincuenta ducados hasta trescientos de valor, conforme á sus calidades, y á los menores á mil reales; á D. Fernando de Toledo y al Marqués del Carpio, de la Cámara, dió plumas de diamantes estimadas en tres mil ducados; á D. Alonso de Idiaquez, hijo de D. Juan, unos botones y aderezo de gorra de diamantes, y un vestido, todo estimado en dos mil escudos; al secretario D. Martin de Idiaquez, una joya y telas de oro; al hijo del Correo Mayor, unos botones de diamantes. La Princesa de Ascoli le presentó mucha ropa blanca curiosa, telas de mantos, búcaros de olor y muchas porcelanas y vasos de la India de Portugal. Con esto y lo que le dieron en Medinaceli, Guadalajara y Rejas y la Infanta, que fue mucho, iba bien presentado, porque los Señores le dieron trece caballos y el Rey doce, y hasta veinticuatro mil ducados de joyas, y cédula para que en Barcelona le contasen cincuenta mil ducados, y otra para que del dinero de Ambrosio Spínola habia de proveer por los asientos, le acudiese cada mes con otros cincuenta mil por diez meses en Borgoña á su disposicion y órden; de manera que llevó quinientos cincuenta mil ducados pagados en un año. A los Embaxadores y caballeros del Duque dió su Majestad cadenas de oro con medallas de su retrato de quinientos ducados de valor.

A veintinueve de Mayo salió de Palacio á las dos de la tarde en coche, y con él D. Diego de Córdova y los criados en posta, y sin acompaña-

(1) Hay un hueco en el manuscrito, acaso para poner el nombre de este sujeto.

miento de caballeros llegó al monasterio de Sant Jerónimo á visitar el sepulcro de su tio el Príncipe del Piamonte, que falleció en Madrid. Allí se despidió de D. Diego de Córdova y entró en el coche el Correo Mayor con él, y caminó en posta, regalado y hospedado como en su venida; y el Duque del Infantado, demas de una vaxilla rica de plata dorada, que le invió á Madrid, le presentó una cama preciosa. En Montserrat tuvo nuevas, esperando el apresto de las doce galeras de Italia que le habian de servir, aprestadas para llevar al Condestable de Castilla á Milan, porque su partida se dilataba.

Poco se detuvo el Duque de Saboya en Zaragoza, porque la halló alterada con accidente que no pudo prevenir la mayor prudencia y vigilancia en reino tan fiel y obediente á sus Reyes, respetados por él y servidos siempre con amor y veneracion, sin haber cesado esto jamas hasta el presente dia (1).

Fue la causa el haber apretado la de Antonio Perez de manera su Majestad, que escribió al Justicia de Aragon se mirase bien, porque juraba como caballero y como Rey le habia hecho el Secretario los mayores deservicios que ministro jamas hizo á su Príncipe. Fueron tales palabras muy eficaces para con los jueces, y con que perdió muchos valedores que daban crédito al Rey y no á un delincuente. Él mostraba las diligencias hechas con D. Felipe por su parte, para no publicar los papeles, con las causas justas que tenía para matar á Juan de Escobedo, y las injustas de sus ministros enemigos suyos para perseguirle, y los injustos medios de que se valian, queriendo ser creido por su relacion en su causa propia. Presentó en el proceso los papeles que llamaba de gran secreto, revelándole con las informaciones que ante el Corregidor de Madrid hizo con provision de la Córte del Justicia; los deducia en su favor para mostrar inocencia. Prefiriendo el derecho natural, hacía gran ostentacion de ser aragonés, procurando incorporando (2) su causa en los fueros del reino y hacerla pública; deshacia las fuerzas del Rey; dábale por autor de la acusacion que le habia puesto el licenciado Bartolomé de la Era de haber dado veneno á Pedro de la Era, su hermano, por mano de su mujer, fingiendo ser quinta esencia para tornarle, con que murió, porque faltase el sabidor de sus secretos, que por ser gran astrólogo judiciario le comunicaba con frecuencia y deseo, como demasiado dado á saber su fortuna. No sólo (3) implicaba el oficio de Justicia, pero en los monasterios y entre particulares sembraba opinion

(1) *Y entónces y para siempre jamas. Terrible es la gana que este hombre tiene de que Aragon haya faltado á su fe.*

(2) *Sic.* Parece debe ser «incorporar».

(3) *En todo lo que dixere de los embelecos de Antonio Perez dirá verdad; mas fuera de cuatro ó cinco hombres perdidos, ¿quién lo creyó?*

de que era perseguido del Rey sin culpa por todas maneras, para atraer más al pueblo; así le dió á entender estaba tan pobre que le era forzoso pidir limosna para comer, y la pidieron frailes y otros de su devocion, de casa en casa, con su autoridad y palabras, acrecentando la necesidad del preso. No era menor el número de los que le tenian lástima el de las mujeres (1), ni el socorro suyo con dádivas é incitar á los hombres á la defensa de Antonio Perez, en que decian consistia la libertad pública. Fingióse muy enfermo, haciendo confianza de un médico que sabía la verdad, de cómo no lo estaba. Para engañar á los otros médicos que le visitaban, se ataba los brazos, para que al tocarle el pulso, con el movimiento forzado, fuese grande la pulsacion. Sangrado sin necesidad, mezcló tinta con la sangre para que, viéndola, hiciesen relacion de la gravedad de la enfermedad, y el Justicia y sus tinientes inclinasen á darle en fiado; sin duda lo hicieran si los ministros del Rey no los detuvieran.

Acabó echar el sello á la opinion del vulgo ver que el doctor Juan Miguel de Bordalua (2), uno de los jueces ante quien pasaba el pleito de la acusacion del Secretario, renunció en esta conjuntura el oficio; y decia él haberlo hecho por no tener ánimo de condenar á Antonio Perez ó disgustar al Rey absolviéndole. El mesmo efecto hizo la renunciacion del doctor Juan Lopez de Bayllo, uno de los jueces que habian de votar en el pleito del Virey extranjero, y las mismas causas y culpas le daban. El vulgo tomó fuerzas, asistido de D. Juan de Luna, primo hermano y contrario de don Miguel de Luna, conde de Morata, diputado de los caballeros, y D. Martin de Lanuza, señor de Gontal y Rubioles, mozo osado y fuerte, que habia ganado la gracia del pueblo en la defensa de Antonio Perez con color (3) de ser de sus leyes, y D. Diego de Heredia, hijo del Conde de Fuentes, difunto, y hermano del vivo, que se preciaba de valiente espadachin, amigo de gente facinerosa, y que sustentaba en Barboles, lugar de Catalunia, de su mujer doña Mariana Sant Clemente de Alcarraz. A éstos siguian D. Pedro de Bolea, D. Juan de Torrellas (4), Manuel Donlope, Cristóbal Frontin, Dionisio Perez, Francisco de Ayerbe y Pedro Fuer-

---

(1) *Erraron las tales mujeres cuanto á lastimarse de aquel hombre; pero el compadecerse de un afligido y el darle limosna, ¿qué delito es?*

(2) *No renunció sin dar primero cuenta al Rey y al Conde de Chinchon de lo que le movia á renunciar, pero nunca dixo que no tenia ánimo para condenar á Antonio Perez. Sin embargo, dice verdad el Autor, que hizo mucho daño su renunciacion, y despues la del doctor Juan Lopez Baylo, porque sin culpa de los tales (ántes bien contra la misma verdad, en que ellos se fundaban) interpretaba el vulgo las acciones ajenas á su propósito.*

(3) *No fue con color, sino teniéndolo creido así.*

(4) *Don Juan de Torrellas no llegó á Zaragoza; siempre se estuvo en Huesca.*

tes (1); hacian juntas tratando (2) de oponerse á los ministros Reales. Pidieron judicantes (3) contra los tenientes por no haber querido dar municion (4) á D. Diego de Heredia contra los Veinte, diciéndose se hizo contra fuero; condenáronlos por temor (5) y voces que daba el pueblo, libre ya y desenfrenado, con gran contento de los codiciosos, contra los tenientes. Hay sindicados en cada un año, y de los cuatro Estados del reino se llegan cuatro, como diputados, con voz de magistrado, y en el primero dia de Abril publican residencia con trompetas. Conocen asimismo de otros ministros de justicia por denunciaciones; el que acusa da fianzas; toman la causa por propia. Presumieron quebraron fuero los procesos fulminados; juzgan diez y siete hombres legos, segun sus conciencias, llamados judicantes; votan con habas negras y blancas, de noche, con luz de hachas; son absolutos; dura su juridicion lo que dura el votar las causas; son asimesmo de los cuatro Estados, y á doce de Abril es acabada la residencia.

INVIAN LOS INQUISIDORES POR ANTONIO PEREZ.—LLÉVANLE Á SU CÁRCEL.—ACOMÉTELA EL PUEBLO Y AL MARQUÉS DE ALMENARA.—MUERE EN LA PRISION MAE HERIDO Y EL REY JUNTA EXÉRCITO.

Habiendo procedido el Santo Oficio de la Inquisicion contra Antonio Perez y Juan Francisco Mayorini, como decian, por culpados en cosas de la fe, y comunicado el proceso con el Supremo Consejo, el cardenal Quiroga les envió órden, y á veinte y cuatro de Mayo mil quinientos y noventa y uno, inviaron los Inquisidores á notificar un mandamiento al Justicia de Aragon y á sus Lugartenientes, exhortando y mandando que dentro de tres horas entregasen al alguacil mayor del Santo Oficio las personas de Antonio Perez y Juan Francisco Mayorini, presos en su Cárcel de Manifestados, porque los querian para cosas de la fe. Notificóseles el mismo dia á las nueve de la mañana, estando en su consistorio y tribunal. Obedecieron luégo D. Juan de Lanuza y sus tenientes, como de fuero y concordia tenian obligacion, y siempre usó esto su tribunal, aunque no habia de ser, como fue, proveido en la Cámara, sino en el tribunal, y de ver el mandato que suspendia la manifestacion y no revocaban conforme á la concordia, quitando la ocasion de la queja para fundar su atrivimiento.

---

(1) *Este era pelaire, y muy inferior á los que aquí nombra.*

(2) *Trataban de oponerse por términos judiciales y en el Tribunal Real á los desafueros que se andaban trazando.*

(3) *Son diez y siete Jueces, que en Aragon llaman Supremos Judicantes; y si el Autor supiese la forma del juicio y lo demas que concierne á su jurisdiccion, por ventura no hablaria desta manera. Pero no lo sabe, aunque refiere algo della.*

(4) *¿Municion? ¿Qué municion?*

(5) *No los condenaron por temor, ni tal se ha probado.*

Los soldados del capitan Serafin de la Cueva llevaron (1) á la Aljafería, cárcel del Santo Oficio, á las once horas. Luégo que supieron algunos caballeros de los que le hacian amistad que estaba en la Inquisicion, con gran ruido y alboroto, siguiéndolos otra gente popular, entraron en el Consejo del Justicia, preguntándoles cómo era aquello, y fuéles respondido era lo que siempre se acostumbra y en aquel consistorio se habia pronunciado, y no tenian de qué azorarse. No se aquietaron; ántes creciendo el estruendo y malcontento, saliendo de la Diputacion en la plaza de la Seu, se dividieron, yendo una parte á la Aljafería, otra á la casa del Marqués de Almenara, conmoviendo y alborotando toda la ciudad, apellidando con grandes voces «¡Libertad!» Los que fueron (2) á casa del Marqués, hallaron á la entrada á Lázaro Zorrilla, su secretario, y otros dos criados, y acuchillándose con ellos, defendieron la entrada hasta que, ayudados, cerraron las puertas. Avisaron al Marqués de lo que pasaba, y él al Virey y al Justicia, y puso su morada en defensa con su gente, y escribió á los Inquisidores encargándoles que por ningun caso saliese Antonio Perez de la Inquisicion. No fue posible dalles el billete por la mucha gente que los tenía cercados. La que acometió la casa del Marqués, apretaba mucho por las puertas y ventanas y por los tejados, en que habian subido algunos, pero defendíanse (3) los de dentro de manera que no daban lugar á que por parte alguna se les entrase, procurando siempre de no hacer daño, por no irritar más al pueblo enfurecido. Pidieron al Lugarteniente del Justicia manifestacion para un preso por el Marqués; lleváronla un portero y un notario con grande inconsideracion, pues les constaba (4) y se veia claro era invencion. Volvieron con mayor furia á la casa del Marqués, apellidando «¡Libertad y resistencia!» A este (5) tiempo el Justicia y sus tenientes llegaron allá, y haciendo desviar la gente, se les dió lugar para entrar. Trataron con el Marqués del medio para sosegar el tumulto y alboroto, tal que aunque el Justicia y sus tenientes se les mostraban por las ventanas y hablaban con los caudillos y principales alborotadores, no los pudieron retirar, estando firmes en que habian de prender al Marqués y á sus criados, y especial-

(1) Falta «á Antonio Perez».

(2) *Fueron acompañando un oficial Real, enviado por la Córte del Justicia para librar un preso que contra las leyes de Aragon se dixo que tenia el Marqués en su casa. No era verdad, pero en fe de que lo era, acompañaron y dieron favor al Ministro del Rey, y ya hallaron la casa del Marqués cerrada y puesta en resistencia.*

(3) *Todo cuanto los de dentro hacian era resistir al Rey y á sus mandamientos, aunque ellos no lo pensaban así; de manera que los unos y los otros estaban engañados. Pero tampoco es verdad que entónces le combatiesen la casa; sólo asistieron al Ministro.*

(4) *¿Cómo les constaba entónces ó cómo les pudo constar hasta muchos dias despues?*

(5) *El Justicia llegó con los de su Consejo, obligado de las leyes, para prender los resistentes que habian herido al oficial Real. Y lo acertado sería que, quien tan poca noticia muestra destas cosas, no las habria de escribir.*

mente á los que les habian hecho resistencia. Hizo el Justicia entrar al portero y al notario á visitar la casa, y no hallaron el hombre que buscaban, porque era fingido por los enemigos (1) del Marqués y amigos de Antonio Perez.

Eran ya las cinco de la tarde, y apretaban el rompimiento de las puertas y ventanas con vigas (2) y otros instrumentos. Visto por el Marqués, dixo al Justicia que, pues de su estada allí no se seguia el sosiego de los alborotadores sino más ánimo y atrevimiento y hacerle á él proceder más remisamente dedo que pudiera en defensa de su casa, le pedia saliese della, que él se defenderia con sus criados, aunque se veia cuánto era ya dificultoso. El Justicia le dixo mirase que su resolucion era en mucho deservicio de su Majestad y daño del reino; que se fuese con él á su casa y se aquietaria la gente. A este punto acabaron de romper las puertas, y entraron en el patio gran número de gente con espadas y pedreñales, apellidando «¡Libertad!» El Justicia y sus tinientes les dixeron llevaban presos al Marqués y á sus criados, como pidian, que se sosegasen. Salieron todos de la casa llevándolos como presos, sin armas (3), y en ella y en las calles cercanas habia más de cuatro mil arcabuces (4), partesanas, alabardas, espadas y otras armas, haciéndoles todos lugar por do pasasen, porque aunque daban grandes voces apellidando «¡Libertad!» teniendo las espadas en alto y las armas en ofensa, no la hicieron hasta que á doscientos pasos de la casa del Marqués, con muchas voces y grita, le tiraban cuchilladas (5) y estocadas, que reparaban y resistian algunos aragoneses. No pudieron defenderle tanto que no le diesen una herida en la mano derecha, otra en la cabeza, y en otras calles otras dos en la cabeza, que al principio de su cura no parecieron de peligro, mas despues murió dellas al catorceno dia, siete de Junio, en la cárcel, donde le metieron. Pareció milagro llegar allí, segun los que procuraban darle muerte, porque el Justicia y sus Lugartenientes, con el gran túmulo (6) de la gente, no pudiendo resistir el furor de la multitud de los sediciosos ni defender ni seguir al Marqués, le dexaron, mas no el

(1) *¿Qué enemigos tuvo jamas el Marqués? El pleito que solicitaba era odioso, pero su persona ¿por qué?*

(2) *No queriendo abrir la puerta de la calle para que entrase el portero Real, la abrieron los que le acompañaban, arrimándole una viga, y no hubo más vigas ni más puertas; y esta es la verdad.*

(3) *No es así; porque el Marqués salió preso, pero con su espada en la cinta y en su hábito. Fue forzoso el prenderle, so pena de que el Justicia y sus Lugartenientes delinquieran gravemente no prendiéndole, y quedaran descomulgados.*

(4) *No sino cuarenta mil. Es certísimo que no llegaron á ciento y por ventura ni á treinta.*

(5) *Perdone este Autor si le decimos que escribe estas cosas más como fiscal que como historiador neutral. La verdad es que los mismos caballeros, que en fuerza de la ley instaron la prision del Marqués, le anduvieron defendiendo por las calles, haciendo con sus espadas una defensa como toldo que le guardase la cabeza; y el Marqués lo confesó así como tan honrado y gran caballero. Y esto no es disculparlos á ellos, sino decir sencillamente cómo pasó aquello.*

(6) *Sic:* por tumulto.

Serna (1) y Pedro Maldonado de Alburquerque, camarero y maestresala del Marqués, que parecieron (2) dolores. Estaba el remedio en que no se apartasen del lado del Marqués. El Justicia y sus tenientes los animaban, y en tanta confusion y violencia solamente entraron en la cárcel Msr. Torralba, lugarteniente, y Lázaro Zorrilla, secretario del Marqués, herido de una pedrada en la cabeza y una estocada debajo de la ceja derecha.

La gente, más alborotada por su delicto, con estruendo rompieron puertas (3) y ventanas de la casa del Marqués y la saquearon; despeñaron á un portero; procuraron matar otros criados, hiriendo algunos, y todos se derramaron por la ciudad con no poco peligro, y llevaron preso (4) á casa de Manuel Donlope á Urban de la Serna; acometieron la casa del capitan Serafin de la Cueva (5), cercana la cárcel; saqueáronla, buscándole y á sus soldados para matarlos. No fue menor el número y atrevimiento de los que á la Aljafería acudieron despues, como fuera de juicio, para quemar aquella morada del Santo Oficio de la Inquisicion, apercibieron leña (6) y máquinas para derribar las puertas, diciendo que si no les daban luégo á Antonio Perez, derribarian la casa y matarian los Inquisidores, porque sabian era su traza sacarle en arca agujerado, porque no se ahogase, por la vía de Navarra, la más breve salida de Aragon, y llevarle fuera dél. Crecia el estruendo y gritería por la solicitud del alférez Gil de Mesa y de un Pedro Fuentes, hombre baxo, pero de mucha mano con el pueblo y temido. Los Condes de Aranda y Morata y el Virey, que vinieron á sosegar la sedicion, viendo muerto un esclavo de los Inquisidores, y dicho que les habian de matar tambien, despues de grandes demandas y respuestas, dixeron convenia por entónces restituir al Secretario á la Cárcel de los Manifestados, que sin duda en mejor sazon le volverian á la suya. Lo mismo les escribió el Arzobispo de Zaragoza. Entregáronle al Virey, y á Juan Francisco Mayorini, y lleváronle á la Cárcel del Justicia, acompañándole los Condes de Morata y Aranda, que procuraron el asiento desto, interpo-

(1) *Por los procesos de la averiguacion que despues se hizo, parece que se rapó la barba, y mudando hábito to salvaron en casa de Manuel Donlope, y él pagó esta buena obra con testificar infinitas cosas que se ha probado ser falsas.*

(2) *Sic:* por padecieron.

(3) *Todo esto y lo siguiente es falso; ántes bien, con hallar los del tumulto en casa del Marqués puestas las mesas y aparadores, no hubo hombre que llegase á la plata ni á los vasos. Y se averiguó que, porque un hombre de aquéllos se allegó á la creencia y bebió, le quisieron matar, diciendo los demas que no venian allí á beber ni á robar, sino á defender sus leyes con la autoridad del mismo Rey. Y assí es falso testimonio decir que saquearon la casa y que despeñaron á un portero.*

(4) *¿Preso? En Aragon no puede haber cárcel privada; ántes con achaque de que lo era la casa del Marqués, se quexó aquella gente del contra fuero, y hubo de acudir el Justicia á deshacer el agravio.*

(5) *Este era un hidalgo de Daroca, á quien se dió órden que habitase frontero de la cárcel, donde estaba Antonio Perez. Tenia consigo unos pícaros descalzos, y por ventura despojaron ellos mismos aquel miserable rincon.*

(6) *¿Leña? No se sabe que tal hiciesen sino vocear y amenazar que les diesen el preso.*

niendo su autoridad en quietar la gente, diciendo que en nombre del Santo Oficio y como presos suyos los llevaban, acompañándoles el vulgo con muestras de alegría y tal sosiego como si no hubiera pasado el alboroto, pareciéndoles quedaban con aquello salvas sus libertades (1); y si como vinieron aquí, fueran (2) á tiempo, segun pudieron, á la casa del Marqués de Almenara, ni su desgracia sucediera ni la violencia despues de la Inquisicion, ni contra ellos jamas se sospechára.

Mucho alteró al Rey Católico el aviso de lo sucedido en Zaragoza, á su Consejo de Estado, al de Guerra, al de la Inquisicion, al de Aragon (3), al de la Junta nuevamente instituido, pero mucho más cuando llegó el de la muerte del Marqués á Aceca, donde se hallaba su Majestad, y tanto que refiriéndole el suceso el Conde de Chinchon en la cama, á las nueve de la mañana, como ministro por cuya mano pasaban los negocios de la Corona de Aragon y de Italia en aquel tiempo, pasando el Rey tres veces (4) por la barba reprendó (5) así: «¿Qué, muerto han al Marqués?» Pidió que le vistiesen, comenzó á despachar al punto á diferentes ministros y partes de Castilla por once veredas, de manera que dentro de pocas semanas caminaba infantería y caballería por ella á Agreda, plaza de armas que señaló, ángulo de las dos Castillas, frontera de Aragon y Navarra, donde cómodamente podian acudir los de una y otra provincia con la gente, municiones y artillería que habia mandado prevenir ya para formar un exército con que entrar en Francia.

Habíase tratado del modo de hacer la guerra en ella, para que fuesen más efectivos los exércitos de los católicos liguistas; proponíase que juntos el del Pontífice y rey Felipe y franceses de su séquito combatiesen cerca de París al Príncipe de Bearne y á sus secuaces políticos y de la nueva religion, y parecia que viéndose inferior tomaria sitio fuerte y proveido en ribera ó villa, y le fortificaria, imposibilitando á su contrario el venir á jornada; divididos en dos campos para quitalle la vitualla, quedarian inferiores al del enemigo, y combatirian al que le estuviese mejor, y por esto el de la Liga habria de conquistar plazas fuertes, y es difícil cuando se defienden y hay exército que las socorra, y sin deshacer al menor sin mucho trabajo se conservan, porque divierte, socorre, corta, daña y tende á lo

---

(1) *Libertades se llaman los Fueros deste reino; y de aquí inferirá este Autor que, cuando la gente apellidaba libertad, no era su intento negar la obediencia á su Rey, sino querer que se guardase el órden de los fueros jurados por los Reyes y por los súbditos.*

(2) *No tenian ellos autoridad para ir á casa del Marqués. Ya acudió el Justicia y sus Lugartenientes á ella, que era á quien tocaba el negocio.*

(3) *El Supremo de Aragon es el Consejo de Estado de su Corona, y debiérale nombrar el Autor luégo tras el Rey, si supiera lo que ha de hacer.*

(4) Parece falta «la mano».

(5) Sic.

largo la guerra. El Pontífice se retiraria por no gastar, como Paulo III en Alemania ligado con el emperador Cárlos V, y en saliendo del país su gente, muchas villas se acordarian con el enemigo. Entrando por Aviñon con veinte mil infantes y dos mil caballos, y la ayuda del Rey católico, podria emprender á Nimes y á Mompeller, Aguasmuertas ó Visiers, plazas fuertes al pié de la montaña de las Avenas, pero serian socorridas del país con buen golpe de gente y de la mejor de Francia, y en cada sitio se gastaria mucho tiempo y se conservarian mal á las espaldas de Aviñon, porque si el de Bearne prevaleciese, sin dificultad las cobraria. Ocupar á Arlés importaba mucho, yendo la vuelta de la puente de Santispiritus, y á Leon, para darse la mano con Aviñon; mas eran de católicos y daria su acometimiento mal nombre á la Liga. Entrando el rey Felipe por Navarra con veinte mil infantes y dos mil caballeros (1), traeria al enemigo á socorrer su patrimonio como lo debia hacer, á perder á Bearne y entrar en lo llano de Francia y fortificarse; y si viniendo al socorro acometiese el exército del Pontífice con los católicos en lo cercano á París, dándole D. Felipe dos mil españoles y mil caballos de Lombardía y de Flándes, tres mil valones y dos mil italianos, mil alemanes y españoles y dos mil caballos de las bandas ó de Alemania, y cuando el enemigo caminase á socorrer las plazas cercanas á París, el exército de la Liga podria marchar en su seguimiento y apretar de manera que le necesitase á combatir, porque habiendo de pasar tantas riberas se encontrarian, y si caminase con priesa para llegar al exército de España, vendria (2) sitios fuertes en las faldas de los Perineos, sin poderse quitar los bastimientos y refuerzos de España, que podria aguardar al campo de la Liga, y sería rompido el enemigo con batalla ó hambre. No viniendo al socorro, tendria D. Felipe libre campo con que apoderarse con toda Bearne, y combatiria Navarres y guarnecelle (3) París, importante y sin agravio de los Reyes, de que fuesen de Francia de que tiene tierras suyas el de España; les ataba las manos para que no le rompiesen la guerra y á él quedaba libertad de hacerla cuando eligiese, y agora para usar de las pretensiones que le pareciere tener. Esta ocasion debia ser preferida para acabar al enemigo y volver la religion católica á su primero estado y por la seguridad de los reinos de su Majestad y de su augmento.

Decíase en Zaragoza habia muerto el Marqués de Almenara de malencolía (4), no de las heridas, enfermando segunda vez, diciendo: «¡Oh,

---

(1) *Sic*: por caballos.

(2) Faltan, al parecer, palabras.

(3) Todo este párrafo está muy oscuro.

(4) *Y decíase la verdad. Y es cierto que cuando el Duque de Saboya volvió por Zaragoza, le fueron de órden suya á visitar á la cárcel los médicos que en su servicio traia, extranjeros y desapasionados, y afir-*

mal caballero, y cuál me has engañado!», como quejándose de algun ministro que le indució á hacer lo que vió (1) hasta allí en aquella causa, y que se quejaba tambien del Conde de Aranda (2); y por esto, queriéndole visitar, le mandó decir (3) que se fuese con Dios, que bastaba que le habia muerto, y que se puso mortal con decirle (4) su Majestad en carta, no se habia gobernado segun dél se esperaba; y esto con tan eficaces y vivas razones que bastaron á matarle: efecto (5) que se ha visto áun en sanos y robustos. Esto desconviene con lo que le escribió desde Aceca, á seis de Julio, así:

«Ilustre Marqués, pariente, he dexado de responder á vuestra carta de veinticuatro de Mayo, porque la aceptacion de los papeles no hiciese daño á vuestra salud, que os la deseo muy entera, y siento en el grado que es razon vuestra disposicion y la causa della; y así servirá ésta para alabaros y agradeceros mucho lo que me escribís, posponiendo, con vuestro natural amor á mi servicio, todo lo que á vos toca, por lo que á mí más conviene. Muy particular demostracion ha sido ésta, así de vuestra prudencia como de vuestro celo, y es bien que á mí quede mucha memoria de tal ofrecimiento y aficion á mis cosas. Las vuestras están á mi cargo, de manera que miraré mucho por ellas, y con más particularidad lo que á vuestra reputacion toca. Esto será tan cumplidamente, que corresponda mi cuidado á la buena voluntad que siempre os he tenido y á la obligacion que os tengo.» De su mano decia: «Estad cierto que será todo como aquí se dice.»

Era benemérito (6) de que todos le honrasen por su nobleza y cortesía, y aunque el sentimiento de su muerte pidia castigo (7), estuvo la justicia oprimida, los buenos arrinconados, turbado el gobierno, escogidos (8) y retirados los principales. Los insolentes, orgullosos y sediciosos, viendo tan de su parte el vulgo y sin considerar su daño, corrian tras sus antojos á su perdicion por ímpetus tan repentinos, sin consulta ni deliberacion acordada, que no pudieron ser previstos; y así imprevenidos de los jueces, cuan-

---

maron que las heridas eran leves y no de cuidado. Súpose que recibió el Marqués cartas de la Córte en que le reprehendian; y creyóse que en aquellas palabras: «¡Oh mal caballero!», repetidas por él con ánsia, se quejaba de alguna persona grave de la Córte.

(1) Sic.

(2) *¿Del Conde de Aranda? ¿Pues cuándo engañó al Marqués ó trató con él?*

(3) *Esto es levantar testimonio al Marqués de Almenara, que era persona de valor y suma cortesía, y siempre mostró ambas cosas con gran puntualidad.*

(4) *Esto sí; y así corrió la voz, y no vana.*

(5) *Y efecto que se vió entónces, segun lo decian muchos amigos del enfermo. No es poco que el Autor lo confirme, segun está inclinado á creer lo peor.*

(6) *Éralo sin duda alguna, y no lo negaban ni los mismos sediciosos.*

(7) *Sí por cierto que lo pidia, aunque la ofensa se hiciera á persona inferior al Marqués. Pero no muestra el Autor saber cómo se ha de proceder en Aragon, segun lo que aquí dice.*

(8) Sic: por encogidos.

do se cometian; porque ántes estaban hechos que se entendiesen, aunque ni lo supo la ciudad ni el Rey, ni estuvo por esto (1) en su mano el evitallo. Los Inquisidores publicaron edicto contra los que sacaban presos de la Inquisicion, conforme á un *motu proprio* de Pío V. Alteró (2) mucho el pueblo, pareciendo iba encaminado á ponerle con esto en mala fe y estado por lo hecho. Los diputados del reino hicieron junta de letrados, y declararon no eran comprendidos en aquella excomunion, y no temiesen. Persuadiéronse (3) muchos con esto ser contra fuero la entrega de Antonio Perez á la Inquisicion, viendo gran alteracion y comocion en los ánimos, y estaba en punto en si podia el manifestado ser entregado ántes de ser juzgadas sus causas pendientes, y si la manifestacion se podia quitar ó suspender. Para resolver la duda, los diputados hicieron otra junta de trece letrados, y dixeron en favor de los Lugartenientes del Justicia supremos jueces; y pronunciaron no ser contra fuero lo hecho y pidido. A este juicio llamaron los mal intencionados irregular, sin más autoridad que de ser votos consultivos; y decian fueron sobornados los verdaderos en prueba de que no hicieron justicia. Causa para poner en tal confusion, desoontento y conjuracion contra el preso, porque tenian firme aprehension de que iba encaminado contra él para acabarle por tantos caminos, á su parecer malos y escandalosos, y tras (4) que enviaban desde Castilla y se temian de prevencion, y la prision larga de su mujer y hijos inocentes en edad, con que todo parecia pasion de los ministros Reales, y pudiéndose acabar aquella causa en dos meses, no habia tenido en doce años sentencia, siendo el juicio dél ser de un hombre, de una familia, de un tribunal supremo, y que primero que se hubiese votado el llevarle á la Inquisicion, sin habelle notificado aucto ni razon para allegar de su derecho, se previno la execucion; mas no consideraban era de grandísima alabanza y gloria en D. Felipe no acelerar la justicia para castigar al Secretario, sino proceder con el reo como si fuera igual suyo, para satisfacer al mundo de su razon y justificar la causa de un vasallo tan gravemente delincuente, estando obligado por tantas mercedes á serville: raro exemplo de fortaleza, saber moderar el ánimo donde la justicia pide venganza de la Majestad ofendida. Porque si bien es fácil quitar la vida á un hombre valiéndose de las cautelas y ardides que para semejantes efectos fueron usadas, mas prenderlos y castigarlos por jus-

(1) *Él se lo dice todo.*

(2) *Holgáronse todos, sino aquellos pocos empeñados en defender la ley de la Manifestacion, de cuyo remedio se valia Antonio Perez.*

(3) *Bien se sabe que el entregar cualquier manifestado, en los casos de la ley, no es contra fuero, sino muy conforme á él, pues dispone que la causa de Dios sea primero que la de los hombres; y así por esto pidió la Inquisicion á Antonio Perez con nuevas letras, guardando todos los requisitos; y los Inquisidores procedieron conforme á razon y derecho comun y municipal.*

(4) *Sic:* ¿Letras?

ticia en pueblo alborotado, tenía dificultad; y así algunos nobles le ofrecieron de matar á Antonio Perez oculta ó públicamente, y no dió facultad el Rey en razon de cristiandad, por no aventurar su alma, y en la de prudencia por no confesar falta de fuerzas en la justicia.

Decia á voces el vulgo eran falsos los testigos que dixeron queria entrar en Francia el Secretario entre herejes, como si fuera delito el huir de la violencia descubierta y se le pudiera limitar el lugar del refugio ni argüir de ofensa divina ni humana, y era calumnia acusarle de blasfemo, hechicero, encantador, de adonde decian le venía la gracia de las gentes, como si pudiera siendo tan general ser por medios tan bajos, sino por la gracia mayor y soberana del cielo, que la ha dado, á quien es servido delante de los Reyes y de sus greuges. El suspender la manifestacion tocaba al legislador, Rey y reino en Córtes, á quien no podia quitar, ni suspender podia, porque suspension es quitamiento ó tollicion, y él no tenía facultad para quitar ni en parte tampoco las cabezas de los tumultuantes. Con esto inquietaban más al pueblo, inquieto, perseverante en aprobar lo hecho, y dándoles á entender otros errores de nuevo, y con algunos caballeros principales en el suceso anduvieron reconociendo las escrituras y archivos del reino, buscando la fundacion de la Inquisicion, pretendiendo que la concordia fuese por tiempo limitado admitida, y los Inquisidores habian de ser naturales y no poder conocer sino de cosas tocantes á la fe, ni sacar presos de poder de los jueces hasta ser sentenciados.

Buscaron los testigos que depusieron contra Antonio Perez, y solamente cogieron uno y le encerraron sin poderle inducir ni reducir á que se desdixese, y al fin huyó, y entretenian el vulgo con decir que se desdirian todos. Parecia á los bien intencionados este caso el más árduo y dificultoso que sucedió en cuatrocientos años, y corria hasta venir á tan miserable estado, que convenia tratar y procurar que no cayese ó con culpa ó sin ella aquel fidelísimo reino en la infamia, de que Dios fue servido de librarle (1) más que á otros, y para que no cayese en la indignacion de tan poderoso Rey (2), que tanto amaba á un vasallo y hacía por él y le guardaba justicia, cuanto y más á un reino que merece que no se disguste con él ni con su gobierno, pues en su recompensa podia traer tantos exemplos de valor y fidelidad y cristiandad, y consistia en él la mayor parte de la quietud de España. Los movimientos comenzados tomaron fuerzas, y la perdia

---

(1) *¡Alabado sea Dios, que lo confiesa el Autor una vez! Dice que le libró Dios más que á otros, y hubiera de decir más que á todos los del mundo. Y si esto es verdad, ¿por qué lo acusa alguna vez directamente?*

(2) *Aragon siempre ha guardado obediencia á sus Reyes, aun cuando ellos eran mucho ménos poderosos que el reino; porque los aragoneses no son fieles á su señor por miedo como siervos, sino por amor como hijos, y por el que tienen á la virtud natural y moral.*

la justicia, y nacia (1) del miedo del castigo del Rey; y porque Zaragoza, indignada por la suspension de su privilegio de Veinte, no volviese á tomar venganza por su término (2) ruin y fuerte de proceder, que de lo sucedido se venía á satisfacer de lo injusto su mismo pueblo y vuelto las espaldas, y ahora ni para ellos ni para lo conviniente y servicio del Rey (3) no habia caudal que prevaleciese la justicia.

Todo esto se dexó correr sin haber hecho de parte de los ministros cosa alguna, porque si tuvieron (4) celo, no el poder, y causó mezclarse tanto pueblo en ambos negocios y ser ayudados para esta conmocion por el que más sabía causarla de repúblicas, reinos y reyes, como Antonio Perez, aunque ayudaba más á la alteracion que los ministros del Rey. Habia años que en cualquiera negocio general grave ó pequeño que se ofrecia, trataban por vía de ley si era quebrantamiento de ella, con que persuadieron por beneficio (5) y servicio de su Majestad el persiguir al noble y principal que tratase contra ello, y decir que se indignaria el Rey. De aquí vino (6) el retirarse todos de tratar causas semejantes, y que apartados della, quedasen en manos de la gente que ménos valia y podia sin consejo, sin experiencia, hechos cabezas de la opinion que al pueblo daban á entender, y áun procedian (7) á perder el respeto á los señores, como se vió en la Inquisicion, en el Rey y en la nobleza, amedrentando al Conde de Fuentes y emprendiendo al de Morata y Sástago (8); y corriendo así, era maravilla no estar saqueada Zaragoza.

A esto ayudó el poner su Majestad por su Virey un obispo, con resolucion de que, pues (9) era el de Almenara tan bastante ministro, tácita-

---

(1) *Sólo el remedio de los inquietos, que vino librado en un grueso exército, induce presuncion en disfavor de los aragoneses, porque pareció castigo general, pues dió ocasion á que cada uno pueda inferir que la entrada de tanta gente de guerra presupone culpa general, siendo verdad que eran poquísimos los inquietos; y todos los del vulgo pensaban que era obligacion natural defender sus fueros contra la pasion de ciertos ministros, de cuyo proceder no tenía el Rey noticia, creyendo (como buenos) que si su Majestad lo supiera, los castigára; que esta reverencia guardaron siempre á su natural señor.*

(2) *Pues si era término ruin y fuerte, ¿por qué dice el Autor que lo favorecia el Rey? ¿Es de creer que Rey tan santo favoreciera un indirecto como aquél, si sus ministros se lo advirtieran?*

(3) *Para servir al Rey nunca faltó en Aragon voluntad y fidelidad, áun en los mismos tumultuantes.*

(4) *Si debieron tener celo, pero (á opinion de muchas personas cuerdas) mucha indiscrecion y pasion en sustentar sus efectos.*

(5) *Véase si esto era beneficio y servicio de su Majestad, y si es posible que esto cuadrase con su prudencia y cristiandad.*

(6) *Luego si con importarles esto á los nobles tanto, se retiraban por no disgustar á su Rey, bien se infiere que amaban las cosas de su servicio.*

(7) *Harto tiene de verdad.*

(8) *¿Y no á los demas señores? Bien parece que no lo vió el Autor ni quien le informó dello, pues calla tanto de lo esencial.*

(9) *Engáñase el Autor, porque el Rey estaba (y justamente) tan confiado de los aragoneses, exemplo perpétuo de fidelidad, y era tan discreto, que en caso contrario no hiciera tal demostracion de desconfianza, porque irritára con ella al reino más fiel del orbe.*

mente gobernase, guiando al Obispo. Sin esto quedó el reino sin gobierno, en la mayor necesidad que se le ofreció jamas; y pues no bastaban (1) ya para su remedio los consejos, interviniese la espada (2) para mirar por el Estado y á su administracion y conservar la auctoridad Real y bien del reino universalmente, y saber ahora que no habiendo cabeza ni órden de guiar, ni áun á tiento, la voluntad de su Majestad, ninguno osaba (3) anteponerse, ni ménos encaminar los medios sin tener luz de si lo admitiria ó serviria en ello al Rey para principal para desvanecerse algunos propósitos y fundamentos, y su mayor prenda de los inquietos (4) era hacer el negocio muy estragado y que el pueblo así lo entendiese, y con el temor de la pena esforzar (5) el no restituir á Antonio Perez á la Inquisicion, aunque fuese contra justicia y sin ella el detenelles, y no sólo negaba, pero hasta haber compuesto (6) sus negocios no querian inducir el pueblo á ello, y estando lo restante de Zaragoza y gobierno del consistorio y nobleza dispuestos á la execucion, no valia ni aprovechaban, porque no acudian por este recelo, y el hacelles fuerza ó aventurar el volver á la Inquisicion á Antonio Perez. A esto se decia que los tribunales, consistorio, Virey, Inquisicion, Audiencia Real, Córte del Justicia de Aragon y ciudad de Zaragoza no tenian auctoridad ni fuerzas para executarlo, y el reino ménos, y la diputacion estaba separada, y ninguno con voz y poder del reino queria obrar, porque deseaban (7) el perdon primero. Habíaseles persuadido á que, á pena de malos diputados y perdicion de Aragon, debian salir (8) á desengañar el pueblo de que no habia quiebra de fuero en la restitucion de Antonio Perez, y hallarse con sus fuerzas y autoridad el Virey y el Justicia, ciudad, nobleza (9) y con los mismos caballeros que estaban presuntivamente en este negocio, y que asistiendo ellos mismos obligarian á ello,

---

(1) *Esto es falso, aunque ministros insuficientes lo esforzaron y aconsejaron ansi.*

(2) *¿La espada? ¿Contra qué otras espadas?*

(3) *¿Quién habia de osar, no habiendo de ser escuchado ni admitido?*

(4) *Los inquietos que debieron de andar con este fin no llegaran á seis.*

(5) *Este es notorio testimonio, porque estos mismos, cuando la Inquisicion pidió segunda vez á Antonio Perez, y por parte de los Inquisidores y por la de la Córte del Justicia se observó en el negocio, abaxaron todos las cabezas.*

(6) *Esta es invencion. Nunca á ellos se les cometió que instruyesen el pueblo. Lo cierto es que procedian creyendo que les daban sus leyes derecho ó permision para ello; no embargante que en eso mismo eran culpados y dignos de castigo. Y tambien es cierto que para tales fines no halláran ayuda en el vulgo.*

(7) *En todo lo que acaba de decir este Autor, y en lo que se sigue, hace, no egravio, sino sacrilegio digno más que de reprehension. ¿Qué cosa es que junte en una cláusula Tribunales, Consistorios, Virey, Audiencia Real, Justicia de Aragon y ciudad de Zaragoza, y áun la Inquisicion, para decir que deseaban primero el perdon? Pregunto: ¿Para quién lo deseaban?*

(8) *Ya salian, y lo persuadian con gran fervor, no solamente los diputados, sino otras muchas personas principales.*

(9) *Toda ella y todos vinieron en la restitucion de Antonio Perez á la Inquisicion, y asistieron diversas veces trayendo gran número de vasallos suyos armados.*

y no se podia acabar por el fin y celo referido. Parecia que á gran importunidad de todos y de razones se encaminaban á dexar en manos de los diputados por su parte la conveniencia, y tenía por encuentro el hacer la causa general, si no se hacía con el asiento dello, y convenia enviar embaxada al Virey por no haberla querido admitir el Rey la que le enviaron los deputados; y el peligro era grande y se estrechaba más, porque en Zaragoza crecia (1) la gente de mal vivir de todo el reino, y algunos con apercibimiento de armas amenazaban y daban cudiletes á la gente principal, y así no convenia (2) sacar el preso, que son sus áncoras (3), y ménos ponerse á prender y castigar (4) á alguno, porque tenian la autoridad del pueblo y cuadrillas (5) de las parroquias, por donde encaminaban su negociacion; y si la justicia (6) emprendia cosa en que no saliese, era acabada la ciudad, porque estaba el pueblo tan vidrioso, que yendo el Zalmedina, juez más preeminente, con sus ministros á prender unos criados de don Diego de Heredia, fautor del motin (7), les hizo desparar arcabuzazos y huyeron, y habiendo mandado el Virey, con intervencion de los señores, al Gobernador que le prendiese, no se atrivió porque tiraron (8) un arcabuz para matar al Conde de Morata, estando en la cama, y le echaron cartas amonestando fuese con ellos en todos trances, si no queria morir brevemente.

Para significar al Rey el cuidado en que estaba Zaragoza por lo sucedido con el Marqués de Almenara, le escribió su deseo de serville y de castigar los delincuentes, previniendo su Majestad que las otras ciudades no se inquietasen ni hiciesen salidas sin órden suya. Para castigar á los sediciosos escribió á las Universidades así:

«Amados y fieles nuestros. Noticia tendréis del tumulto popular que en Zaragoza hubo á veinticuatro de Mayo, movido con falsos fundamentos por personas inquietas, y executado por el vulgo, de que os habrá dado

---

(1) *No crecia tal, ni hubo entónces más gente que ántes. Es esto tanta verdad, que aquellos mismos dias de la fuga de Antonio Perez vinieron aquellos montañeses que lo libraron.*

(2) *Este fue el parecer del gobernador D. Ramon Cerdan, y por su respeto se dilató más de lo necesario la restitucion del preso.*

(3) *¿De quién eran estas áncoras? Gran mengua es que escriba estas cosas quien no las sabe.*

(4) *Verdad certísima es que, si no era para lo particular de Antonio Perez, para todo lo demas estaba corriente la justicia. Acaeció más de una vez llevar algun delincuente á la prision por otras cosas diferentes, y queriendo el preso desasirse, acudir todo el pueblo y favorecer al alguacil ó corchete muy de véras; y tambien es cierto que la mayor parte del pueblo no lo hacia por Antonio Perez, sino por defender el fuero de la Manifestacion, que es uno de los originales del reino.*

(5) *¿Qué cuadrillas y en qué parroquias? ¿Cuándo hubo tal cosa en Zaragoza?*

(6) *Ya queda dicha la verdad contra esto.*

(7) *No fue D. Diego fautor deste motin más que algunos otros; y debió de suceder algo desto, pero no tanto como el Autor lo agrava.*

(8) *Todo esto es verdad, pero luégo se supo quién hizo el caso; y que el fin que tuvo quien lo hizo no era contra el servicio del Rey, sino de suceder al Conde en su estado.*

cuenta mi Lugarteniente general, y de lo que conviene advertiros; y así sólo os ruego que correspondais con vuestra fidelidad y amor natural, que á mi servicio teneis, de que estoy muy satisfecho y confiado. Atenderéis á la quietud y sosiego de esa ciudad y encaminar y disponer esto y lo demas que el Virey os escribiere en la forma que en mi nombre os lo explicará; en cumplimiento de lo cual seré de vosotros muy servido, y en que me aviseis de cómo lo fuéredeis haciendo. Data en Toledo, á ocho de Junio de mil quinientos noventa y uno.»

El Virey les pidió se aquietasen sin innovar en cosa alguna por razon del tumulto sucedido en Zaragoza, y á todo respondieron las Universidades al Rey desta manera:

«Señor: Está (1) tan imprimido en nuestras entrañas el amor y fidelidad que á vuestra Majestad tenemos y debemos, que ni el tumulto de Zaragoza, por cualquiera causa que haya acaescido, ni otro cualquiera suceso, ha sido ni era parte para que se borre jamas dellas, ni faltamos á la obligacion heredada de nuestros pasados y tan natural en nosotros que ántes morirémos todos que permitamos caiga tal borron en nuestra reputacion y fama. Esta Universidad ha estado y estará siempre tan quieta y dispuesta al servicio de vuestra Majestad, como nos manda y debe á su antigua fidelidad, de tal manera que como ni en las demas ciudades ni universidades del reino no ha habido novedad alguna, ántes ni despues del tumulto, tampoco en ésta, en la cual á ninguno ha parecido bien, ántes á todos ha lastimado y ofendido mucho, teniendo por propia la ofensa que á vuestra Majestad se ha hecho, y deseamos el castigo; para el cual y todo lo que fuere del servicio de vuestra Majestad ofrecemos nuestras haciendas, libertad, personas y vidas y las de nuestros hijos, pues son de vuestra Majestad; y está sola nuestra dicha y gloria en no tener para con vuestra Majestad vidas, haciendas, hijos ni libertades propias, etc.: á veinte y seis de Julio.»

El Rey les escribió así:

«El Rey. Amados y fieles nuestros, he recibido vuestra carta en respuesta de la mia de ocho de Junio sobre las cosas de Zaragoza, y os agradezco cuanto es razon lo que en ella me escribís y ofreceis, que lo creo y acepto muy de buena voluntad y con muy entera satisfaccion que de vosotros me queda. Entenderéislo tambien porque lo que el Virey os escribirá os inviará á decir: á ello daréis entera fe y crédito, como yo confio. Data en San Lorenzo á quince de Agosto.»

---

(1) *Véase si es razon poner mácula en un reino cuyas ciudades y pueblos se ofrecieron tan afectuosamente al servicio de su Rey y acudieron á él con la constancia que se vió; y véase por cuál justicia ha de ser lícito macular el nombre de una provincia que jamas ha faltado á su deber, desde que voluntariamente eligió Rey, á quien, vertiendo su sangre, hizo uno de los mayores reyes del orbe, y desacreditarle por los excesos de cuatro ó cinco personas por ventura engañadas.*

En Zaragoza estaban los Condes de Aranda, Belchite, Sástago, Morata y otros caballeros principales de asiento, á quien dolia la alteracion del pueblo, mas era poca su autoridad para con ellos, y así no podian enfrenar su furia; Belchite, aborrecido (1) por haber sido su mujer deuda del Marqués de Almenara y ser de la parte del Rey (2) por el título del Duque, esperando le mandaria cubrir en su presencia; el de Sástago estaba retirado; el de Morata era muy poco popular; D. Cárlos de Heredia, conde de Fuentes, odiado del pueblo, y vivia para sí; el Duque de Villahermosa (3) enemigo por lo de Ribagorza, y estaba en Pedrola hasta que por carta del Rey se le mandó ir á la ciudad, para evitar, decia, los escándalos que habia en un reino tan fiel.

Belchite fué á Madrid, de adonde escribian al Virey increpándole la tardanza en el volver á la Inquisicion á Antonio Perez. Disculpábase con la tibieza (4) de los Condes, para el hecho. Ellos, ajenos de culpa, para que al Rey y á todos constase que no la tenía, presentaron al Virey ante Pedro de Roda, su secretario y escribano de mandamiento, esta cédula:

«Habiendo pidido algunas juntas con V. S. I. y declaracion de los diputados del reino, con consulta de sus letrados, de que en entregar la persona de Antonio Perez al Santo Oficio no se hacía contrafuero, y teniendo en Zaragoza para este efecto el número de arcabuceros que nos mandó apercibir y muchos más en la última junta que se tuvo en el mes de Agosto, en presencia del señor Gobernador y de la Real Junta, nos propuso V. S. que si nos parecia que con nuevas letras el Santo Oficio pidiese á Antonio Perez, asistiendo con más personas hasta dexarle en cárcel de la Inquisicion, advirtiéndonos que todo esto lo ponia V. S. de suyo y por tener órden de su Majestad, al primero que votó (5), que fue el señor Go-

---

(1) *Es falso y calumnia nueva, y áun desvergüenza levantarla á nadie.*

(2) *¿Cómo se puede sufrir que diga este Autor que el de Belchite era de la parte del Rey, por el título que pretendia de Duque? No hay mayor disparate (y otro nombre más libre merecia) que decir que no era el pueblo todo de la parte del Rey. Engaño hubo, pero no infidelidad, y decir lo contrario es digno de castigo exemplar.*

(3) *¿El Duque era enemigo del Rey? Si este Autor no quita estas mentiras de su libro, no será justo que se lo dejen sacar á luz; demas que ¿quién no ve que él mismo se contradice? Porque si el Duque era enemigo del Rey, ¿cómo le fiaba su Majestad una diligencia tan árdua como el sosegar los ánimos, mandándole ir á Zaragoza para evitar con su presencia los escándalos de un reino tan fiel? Ultra desto dice que el Duque era enemigo por lo de Ribagorza; y ya en esto confiesa que por las inobediencias de los ribagorzanos, por sus homicidios, robos y todo género de tiranía, que allí se cometió, se le habia rebelado aquel condado, y que conocia el Duque que los rebeldes se resguardaban con ministros reales apasionados contra él. Harto sospechosa es la pluma del Autor.*

(4) *¿Tibieza? Esta es calumnia insufrible contra el Virey y contra la nobleza. Porque ni el Virey escribió al Rey tal cosa, ni los nobles anduvieron tibios. Nadie sino ellos daba priesa á la restitucion de Antonio Perez.*

(5) *En estas palabras se incluye el motivo desta cédula. Porque realmente era contra el Gobernador, que ora fuese por buenos respetos ó por otro motivo, dilataba la restitucion.*

bernador, representando muchos inconvenientes de que se podia presumir que la restitucion del preso no podia ser sin algun escándalo; y así á todos nos pareció que, pues su Majestad no estaba advertido dello, ni V. S. habia hecho con su órden la junta, sería bien darle aviso y no aventurar por sólo nuestro parecer su autoridad; porque si su Majestad, sin embargo de lo dicho, manda executarlo, cerraríamos los ojos á los peligros, y hasta morir dariamos favor á sus ministros. Y como este ofrecimiento (1) fue sencillo, y con deseo de que se hiciese experiencia dél, habemos aguardado respuesta de la consulta; y considerando que puede haber venido de la Córte, y que desta suspension se siguen gravísimos inconvenientes, nos ha parecido reducir á la memoria de V. S. I. todo lo pasado aquel dia en la Junta, y suplicalle tome resolucion sobre lo que en ella quedó indeciso, porque no pareciendo medio suficiente aquel, se pase á otros (2) que hay dentro del reino; y no crean los extranjeros que faltan fuerzas para autorizar la justicia, ó que nosotros con tibieza (3) nos ofrezcamos al servicio de su Majestad, pues no tiene vasallos que con más fidelidad lo hagan. Y porque esto conste, acordamos dar á V. S. este papel: es firmado de nuestras manos.»

Luégo escribieron al Rey:

«Señor: Porque los ministros de vuestra Majestad tengan entera satisfaccion de nuestros ánimos, y el vulgo salga de algunos engaños en que está, habemos dado ante un escribano de mandamiento al Virey el papel que se inviará á vuestra Majestad, y porque nos ha dicho que la suspension que en él significamos procede del no tener respuesta de vuestra Majestad, acudimos (4) á sus Reales piés, y le suplicamos se sirva de tomar resolucion en este caso y darnos el órden que habemos de seguir, pues con tantas véras deseamos emplearnos en el servicio de vuestra Majestad, etc.»

Con esto (5) quisieron satisfacer al cargo que se les hacía en Madrid, de que por su remision se dilataba la entrega de Antonio Perez al Santo Oficio, habiendo sido la causa de no haber (6) llegado órden del Rey ni

---

(1) *Esta es verdad phísica, pura y no contrastable, á pesar de toda la malicia humana.*

(2) *A todos los medios del servicio de Dios y del Rey estaba dispuesta la Nobleza y el pueblo todo, aunque regañen los apasionados.*

(3) *¡ Oh verdad santa! ¡ Cómo reluces entre los nublados y entre plumas indoctas y maliciosas!*

(4) *Esto sí que es proceder cristalino y limpio, y todo lo más respetuoso y lisonjero.*

(5) *Esto que aquí dice el Autor es tan opuesto á la verdad, y la demostracion del ánimo con que lo dice tan arrojada y temeraria, que no es razon replicarle con modestia. Dice que con esto quisieron aquellos señores satisfacer al cargo que se les hacia de remisos. Sepa, pues no lo sabe, que el Gobernador fue quien dilató la restitucion de Antonio Perez á la Inquisicion; y ansí los señores que escribieron al Rey esta verdaderísima carta, con ella casi descompusieron al dicho Gobernador. Porque habiendo ellos traido de sus Estados cantidad de arcabuceros para llevar con la guarda dellos el preso sin peligro del vulgo, se hubieron de volver á sus casas sin hacer nada, por los temores que el Gobernador representaba. Y el decir que á los señores se les hacia en Madrid este cargo, es tan falso que queda obligado á desdecirse.*

(6) Hay llamada, pero no nota.

de la Junta, y que para tratar de lo que se debia hacer habia (1) con el Cardenal de Toledo, de los del Consejo de Estado y de Aragon y de la Inquisicion, Confesor del Rey y Rodrigo Vazquez, donde resolvieron (2) el volver al Santo Oficio á Antonio Perez, porque quitado de por medio, lo demas se reduciria y formaria mejor para asegurarle más todo.

El Rey escribió á la Nobleza y ciudades del reino y comunidades.

«Amados y fieles nuestros. Por carta de quince de Agosto os dí las gracias del buen propósito que mostrais en las cosas de mi servicio y lo que deseais el buen suceso de las de ese reino y su sosiego, como es razon; y así tengo por cierto que por vuestra parte continuaréis lo que habeis comenzado, sin dar lugar á lo que personas apasionadas os podrian querer dar á entender con informaciones falsas, pues la verdad es que no ha habido contravencion de fueros en lo que proveyeron los Lugartenientes del Justicia de Aragon á requisicion del Santo Oficio; y que así lo han declarado de nuevo los mismos Lugartenientes y los advogados, con quien lo han consultado los diputados; y los unos y los otros han sido conformes en ello. He querido que entendais que mi intencion no es sino guardar vuestros fueros y no consentir que nadie los quebrante, ni los que con el calor de defenderlos los han quebrantado salgan con ello, y con haber engañado á los que sin entenderlo se dexan persuadir, sino que se vuelva por la autoridad del Santo Oficio, restituyéndoles lo que contra los fueros y leyes de ese reino se les ha quitado; y de todo esto podréis estar tan ciertos como yo lo quedo de la voluntad con que de vuestra parte ayudais á lo mismo, como por vuestras cartas me lo habeis ofrecido y tanto conviene al servicio de nuestro Señor, bien universal del reino y conservacion de sus fueros y leyes. En San Lorenzo, etc.»

Pareciendo (3) con esto al Gobernador que le acusaban los Condes de remiso, insistió en la restitucion de Antonio Perez al Santo Oficio. Para los veinte y cuatro de Agosto habia ya venido gente de los lugares de los Condes y Duque para la ejecucion, y viendo se quejaba dellas, diciendo que en aquel dia quedarian sus fuerzas y libertades quebrantadas y que tenía poca sujecion y mucha furia, procurando su reducion el Virey, hizo el negocio de peor condicion, porque despidiendo esta soldadesca se persuadió y los alborotadores que la insistian á la defensa de los fueros que de

---

(1) Faltan palabras.

(2) *Aunque no lo resolviera aquella Junta, lo resolviera como lo resolvieron los fidelísimos aragoneses, y como tales lo executaron. Y pluguiera á Dios que el Rey los creyera á ellos y no al Gobernador, que se encargó de la gente de guerra, que los señores truxeron á veinte y cuatro de Setiembre, y gobernó tan mal aquel negocio que causó la fuga de Antonio Perez y los sucesos miserables de aquel dia.*

(3) *Y se lo parecia con mucha razon. Esa es la verdad y no la calumnia destos escritos contra los tales señores.*

temor (1) de su poder no executaban su determinacion; ensoberbecidos y absolutos, lo disponian (2) todo por su antojo y violencia, de manera que habiendo dicho Juan Montañés, escribano de mandamiento, algunas palabras contra D. Diego de Heredia, le forzó (3) á desdecirse en la plaza públicamente, puesto sobre un banco; y teniendo el Virey preso un lacayo ó soldado de D. Martin de Lanuza, le soltó sin castigo, temiendo las voces (4) que daba el pueblo y lo que le amenazaban los sediciosos; y porque los predicadores procuraban que el pueblo entendiese la verdad, y no ser contra fuero restituir á la Inquisicion á Antonio Perez, los amenazaron (5) á boca y por escrito y á sus prelados. Tan poderosa estaba la malicia que áun á los ministros (6) de Dios no dexaban hacer libremente su oficio.

En esta conjuntura falleció el Justicia, caballero bien intencionado, gran servidor del Rey, como sus pasados, por muchos años en su oficio, cuerdo y prudente en las resoluciones (7), atentado en las executiones dellas, y sentian los buenos mucho la falta que haria á la República y servicio del Rey, aunque llegaran á término los negocios, que ni la experiencia atinaba las prevenciones, ni acertaba la prudencia el camino de los verdaderos consejos (8), gobernando la pasion, furia, insolencia. Sucedióle su hijo, mozo de veinte y siete (9), quinto Justicia de su casa en ciento y cincuenta años, sin curso de negocios, en la turbacion de la ciudad; y así el más sabio pudiera poco donde ni valia industria ni arte, sino cuidado y diligencia para acudir con presteza á los repentinos casos; y la alabanza ó vituperio no se debe á la variedad de los sucesos, sino á la consulta, efectos de la sabiduría, ó ignorancia. A veinte y dos de Setiembre entró en el magis-

---

(1) *Deste inconveniente fue causa la dilacion del Gobernador, no embargante que era honrado caballero; y es de creer que sentia lo que aconsejaba.*

(2) *En dirigir aquella restitucion no disponian ellos nada. Y D. Diego de Heredia confesaba que, pues se habia declarado que no era contra fuero, se debia poner en execucion. Lo mismo decian los otros tres ó cuatro que sentian con él. Tanto puede la fuerza de la verdad. Así la siguieron ellos en otras actiones que obraron desatinadas.*

(3) *Todos lo tuvieron por grande insolencia, y aunque fue sobre cosa privada y no tocante á los negocios ocurrentes, mereció grande castigo.*

(4) *Ni el pueblo le daba voces ni le perdió jamas el respeto, ni continuaba su fervor.*

(5) *Nada desto es verdad, y no sé con qué espíritu anda este Autor buscando delictos á este reino.*

(6) *Esta desvergüenza no es digna de respuesta recatada. Nunca se perdió en Aragon el decoro á los ministros de Dios, ni áun en medio de la insolencia popular.*

(7) *Todas estas buenas partes concurrieron en aquel gran caballero. Y pues teniéndolas todas y muchas más, fue personalmente á prender al Marqués por su resistencia, bien se infiere que hizo lo que debia en rigor de la obligacion de su oficio.*

(8) *¿No sabriamos á quién reprehende el Autor en esto? Porque reprehenderlo todo á carga cerrada es irracionalidad.*

(9) *Mozo, pero nobilísimo de condicion, y tan afecto al servicio de su Rey, que el tener por cierto que su Majestad lo entendia así y lo tenía por suyo, le pudo cerrar los ojos y descuidarse de los tropiezos del tiempo.*

trado, cuando por nueva junta (1) se determinó por el Virey se restituyese al Santo Oficio Antonio Perez á los veinte y cuatro.

Para este dia vino á Zaragoza otra vez la gente armada de los señores, y los sediciosos luégo le dixeron (2) era su venida para ayudar á hacer un manifiesto contra fuero, entregando á Antonio Perez; fueron sobornados los Lugartenientes para declarar lo contrario y era principio para acabar los fueros y libertades del reino, y los principales (3) favorecedores y executores desto eran los señores y titulados por sus intereses (4) particulares, y si no habia pecho en los aragoneses para la defensa de cosa tan importante, todo se acabaria. Induxeron (5) bien los ánimos de los inclinados á volver por sus libertades, por quien pretendian aventurar sus vidas; diligencia que causó lo que intentaron en la ocasion de su empleo, y con esta seguridad siendo pocos los alborotadores, emprendieron lo que verémos; porque en el vulgo alborotado el furor mueve las armas, y así juraron (6) de matar al Duque y á los Condes, porque asistian al Virey. Esta gente se entregó (7) al gobernador D. Ramon Cerdan, y puesta en la plaza con otra que habia hecho baxar de la montaña, sin tomar las bocas de las calles, se preguntaban para qué los habian traido allí, pues todos estaban dispuestos á morir por sus libertades. Juntáronse en la casa del Virey para acompañarle en el acto de la entrega, porque se entendiese que la ciudad y reino no concurria á autorizarle los consejeros de las audiencias Reales civil y criminal, los Lugartenientes del Justicia, los diputados del reino, los jurados de la ciudad, el Duque y Condes y otros caballeros y ciudadanos, con más autoridad que guarda, pues solamente traia una compañía de caballeros, porque nunca se persuadieron que en tan justa causa y á personas tan graves se atreveria el vulgo, si bien era ruin pronóstico algunos atrevimientos y demostraciones de resistencia que hubo en la venida á la plaza del Virey. El Justicia entró en ella con el doctor Miguel de San Angel, jurado mayor ó en cap de Zaragoza. El Duque y Conde per-

---

(1) *No era nueva sino la misma continuada, porque siempre dieron los señores priesa á la restitucion de Antonio Perez al Santo Oficio.*

(2) *Importaba poco lo que los sediciosos decian. Demas que, cuando ellos vieron que en la entrega de Antonio Perez se guardó la solemnidad legal, ni tuvieron lengua para replicar, ni replicaron palabra.*

(3) *Si el Autor en esto quiere referir lo que los sediciosos decian, sufrírsele puede, mas dígalo claro, aunque nunca se supo que dixesen tal cosa. Pero si lo afirma él, es faltar á la ley de escritor indiferente y dar en apasionado. Fuerte cosa es que en una materia como la de la fidelidad, que despues de la salvacion es la más grave, se consientan agravios tan atrevidos contra la nobleza más calificada y más fiel del mundo.*

(4) *¿Qué intereses particulares hubo aquí? ¿Quién ha informado tan siniestramente á este Autor?*

(5) *El volver por sus libertades por el término legal que ellas mismas tienen estatuido, mérito es y no delicto.*

(6) *Luégo ya el Duque y los Condes no procedian con mala intencion.*

(7) *Entregóse á pesar de los señores, los cuales querian que cada uno guardase con su gente la calle ó puesto que á cada cual se le señalase, para que se viese lo que cada uno hacia y por quién faltaba, pero el Gobernador no vino en ello: quiso él hacerlo todo para perderlo todo.*

suadian (1) al pueblo no era contra sus libertades la restitucion de Antonio Perez, que se quietasen y no hiciesen daño para sí mesmos y para muchos.

Llegada la hora del Consejo, fueron los oficiales del Santo Oficio con sus letras trazadas y acetadas, ya de la segunda vez, pidiendo las personas de Antonio Perez y Juan Francisco Mayorini. Hiciéronse las requestas en nombre dellos y de algunos caballeros muy apretados contra esta execucion en el mismo tribunal, y como estaba ya resuelta y empeñada la resolucion, salió proveida la entrega. Partieron para la cárcel el Virey, un Lugarteniente, un diputado, dos jurados con sus mazas y oficiales, el Duque y Condes, los señores y caballeros casi todos, y con ellos los oficiales del Santo Oficio, Secretario y Alguacil mayor, con su precedencia y concierto de personas y de todo el libro del ceremonial, porque todo ayudase al respeto del pueblo y á la fuerza de la execucion. Quedaron en las cámaras de los consistorios los demas diputados y Lugartenientes y el Justicia. Entraron en la cárcel el Lugarteniente y micer Claveria, el diputado Turlan y el jurado Metellion, con sus notarios y maceros, y el alguacil y escribano de la Inquisicion. Cerradas las puertas, truxo á la sala el Alcaide á Antonio Perez y en pié se hizo el auto de la entrega, repitiendo el preso dónde quedaban sus derechos de manifestacion y privilegiado; y le replicó el Lugarteniente se hablan hecho todas las requestas y autos jurídicos en su nombre y de otros; y los ministros comenzaron á armarse para llevar los presos. Todos los señores con el Virey subieron á unas ventanas para asistir con la vista al Gobernador de Aragon.

En esto tocaron la campana de San Pablo (2) como á rebato y se alteró la ciudad, y fue mucho más porque en la noche ántes cerró las puertas D. Ramon Cerdan para evitar la entrada de gente forastera, y así los que iban á sus labranzas y vendimia, con la novedad alterada concurrió donde la traia el tumulto popular, con daño para el efecto que se pretendia (3). Habiendo mandado llegar el coche para meter los presos en él, comenzó el pueblo á alterarse en confuso y sin cabeza, aunque con sabiduría (4) y confianza que tenian quien los alentase y personas de calidad (5), amigos del secretario Antonio Perez, y apellidando «¡Libertad!» acometieron al-

---

(1) *Con todo eso, ¿dirá el Autor que eran enemigos del Rey?*

(2) *Esta campana tañó un mentecato, que aunque se averiguó que lo era, fue despues castigado por el exemplo. Era tan sin juicio, que preguntado por el juez, que por qué subió á tocarla, pues que nadie se lo mandaba, respondió que porque era aficionado á la música de las campanas. Es cierto que si el Gobernador no mandára cerrar aquel dia las puertas de la ciudad, hubiera salido la gente soez, por su alquiler, á vendimiar; y no sucediera lo de la campana, ni los acontecimientos que aquel dia se vieron.*

(3) *Nunca tal pretendió el pueblo; pretenderianlo aquellos amigos de Antonio Perez.*

(4) *Con sabiduría era imposible; confianza sí debieron tener aquellos perdidos.*

(5) *Bien se sabe los que eran y cuán pocos eran.*

gunos labradores y del pueblo poco bien armados los escuadrones de la plaza, y en tanto fueron (1) por Gil de Mesa y llegó con catorce de los que llamaban lacayos, donde estaba la caballería (2) y el mayor golpe de la infantería, y la acometió, dando ánimo á mucho pueblo que los siguia; peleóse hasta que huyó. La gente del gobernador volvió (3) las armas en favor de los sediciosos, acometiendo la casa (4) donde estaba el Virey con fuego para quemarla y para matarle á los que le asistian; y sucediera gran daño si Pedro Fuertes no detuviera los furiosos, en tanto que rompiendo atajos pasaron al palacio del Duque de Villahermosa, despojaron á algunos bien armados; y el gobernador, apretado y desamparado, se salvó en una bóveda, y tal salió (5) en esta confusion del humo y fuego, donde estaba el Virey con un rosario al cuello y una cruz en la mano, pidiendo (6) á Gil de Mesa merced de la vida. Mataron entre otros á Juan Luis Moreno, diputado en el año ántes, y á Pedro Jerónimo de Bardaxí, ciudadano y de los más principales (7) consejeros de la ciudad y desta execucion y que habia ido á dar cuenta al Rey del suceso de veinte y cuatro de Mayo, Juan Palacios, escribano de mandamiento, de grande y gorda persona, y á Jerónimo Blancas (8) coronista de Aragon y de no vulgar opinion.

Estando las cosas en este punto y las ventanas y puertas cerradas, como entrada de enemigos, si no era para arrojar piedras, con gran alarido las mujeres y muchachos, y todo en tal gente y en tal encendimiento de ánimos, no habia ni corria peligro persona alguna, casa, hacienda, monasterio ni enemigo de su enemigo personal, sino de los contrarios, al que tenian por quebrantamiento de sus fueros, claro argumento y prueba de la buena intencion y fidelidad del pueblo aragonés, que no sé yo que otro llegando á tal alteracion y confusion haya tenido la rienda de la templanza tan concertada, pues estando ya hecha señora la que su indiscrecion llamaba libertad (9), se abrieron las ventanas y puertas con tanto seguro y

(1) *Él se vino, y con un mosquete cargado.*

(2) *No hubo caballería, ni Gil de Mesa acometió tal; no llegó á donde estaban los magistrados, ni osára llegar en ningun caso.*

(3) *Esparcióse, pero no en favor de los sediciosos, y es testimonio el decir esto.*

(4) *No es verdad.*

(5) *Todos ellos y los consejeros se fueron, como aquí dice, al palacio del Duque; el Gobernador fue el último que llegó allí muy alta noche, mas no con el rosario ni con el pavor que aquí dice. El Virey, aunque era Obispo, no sacó cruz alguna; ántes bien, ofreciéndole los clérigos de San Pablo que vendrian por él con el Santísimo Sacramento para llevarle y acompañarle á su casa, no lo aceptó, y se fué con sus criados y con algunos caballeros con gran quietud y guardándole el pueblo gran respeto.*

(6) *¡Jesus, qué falsedad tan desollada! No solamente no los vió Gil de Mesa, pero ni él osaba parecer en su presencia en ningun caso.*

(7) *Pedro Jerónimo Bardaxí no era consejero, ni lo podia ser, porque era hombre de capa y espada.*

(8) *Jerónimo de Blancas murió de enfermedad en su lecho y no se halló en ninguno destos trances.*

(9) *Ya queda advertido que en Aragon esta voz «libertad» no quiere decir inobediencia, sino que se observen los fueros, que por otro nombre se llaman libertades.*

aplauso de voces y señas de alegría, como de una fiesta, en victoria comun y tan particular de cada uno que enviaron (1) á Gil de Mesa y á sus compañeros colaciones y refrescos, mostrando un extraño juicio y general contentamiento y satisfaccion en todo lo hecho.

El pueblo acometió la cárcel para sacar á Antonio Perez y el carcelero abrió un postigo y salió muy recceloso, entre tanta turbacion, de que le tirasen algun balazo. En viéndole gritó el vulgo y le asió con tan gran placer como si cada uno fuera el rescatado. Lleváronle (2) por el mercado y por algunas calles, recibiendo parabienes y una como sentencia de absolucion con los semblantes. Iba cubierto de armas (3) y espadas, con tanto tiento de no ofendelle como si fuera de cada uno aquel rostro y persona, con gran gusto y alegría y con tanta apretura de gente por querer ir todos más cerca dél que respirar no le dexaban, con que se vió bien apretado. Metiéronle en casa de D. Diego de Heredia, y por momentos le hacian asomar por las ventanas, y volvieron á la cárcel por Mayorini y le sacaron con otros presos (4) de importancia. Luégo Antonio Perez con Gil de Mesa y otros amigos caminó hácia las Cinco Villas, y tres dias estuvo en un monte, avisado de que iba en su alcance el gobernador. Volvió á Zaragoza, donde residió hasta la entrada del exército.

Quedó atónita la ciudad del caso; y la clerecía de San Pablo con el Santísimo Sacramento y los frailes de Santo Francisco, de ambos monasterios, con cruces y otras insignias, pidian paz y quietud en aquel dia temeroso y terrible, porque sobre turbacion tal y conmocion inferior hubo la del cielo de agua (5) y piedra, tan furiosa y grande que puso miedo particular hasta las bestias (6) en el campo, y á los mesmos que deseaban la conservacion de sus leyes quisieran que no hubiera pasado el tumulto y daños deste dia, pareciéndoles no quedaria sin castigo tan grande delito por el atrevimiento y las muertes y sangre vertida en muestra de la fidelidad (7) á su Rey de aquella ciudad, y que no obraron los sediciosos en ódio de su Majestad sino en favor de sus libertades y por la indiscreta compasion de Antonio Perez. Tuvieron principio las alteraciones por no evitar las visitas y tantos daños con ellas. Los jueces, no temiendo ó recelando, pareciéndoles que todo estaba seguro y no lo estaba, porque es dañoso no temer el peligro en la seguridad, y cuando se conoció ya estaba

(1) *Nunca tal sucedió.*

(2) *Lleváronle aquéllos sus apasionados, con general dolor de los cuerdos y libres de aquella pasion.*

(3) *Nada desto es verdad. No hubo armas junto á Antonio Perez, ni necesidad dellas. Algunos de la gente perdida le acompañaban en bestias de alquiler y con ellos salió de la ciudad.*

(4) *No es ansí esto, lo dicho, ni lo que se sigue.*

(5) *Falsedad grande. Muy mal informado está el Autor.*

(6) *Esta es hipérbole poética. ¿Quién le dixo al Autor esto de las bestias?*

(7) *Si que eran fieles á la Majestad, aunque delincuentes por otra via.*

el pueblo alterado, los sediciosos con bríos y sobradas fuerzas, y así fue dificultoso el remedio, porque el rigor pudiera causar escándalo grande y la remision daba ánimo grande á la insolencia, y era difícil entender cuál era más acertado, si bien convenia advertir que de pequeñas fuentes nacen grandes rios, y que no se pueden vadear por el concurso de aguas que entró en sus canales por una y otra parte, pero ya tarde llega la medicina, cuando ha cobrado fuerzas el mal.

El Duque de Villahermosa y Conde de Aranda escribieron luégo al Rey lo acaescido y los diputados del reino y la ciudad, y llevaron las cartas dos síndicos, disculpándose de no haber podido evitar los daños. El Virey dixo no administraria más su cargo, y le remitia á su Majestad, y el castigo de los tumultos y delictos. Desordenóse la monarquía sin el gobierno de la cabeza y miembros, y el Justicia mozo, el Gobernador aborrecido, el Rey justiciero, el Conde de Chinchon (1) deseoso de la venganza de la muerte de su primo el Marqués de Almenara y de su cuñada (2), la Condesa de Ribagorza, y de otros disgustos que estaba mal satisfecho, poderoso con el Rey y con todos sus Consejos.

El orgullo crecia en las cabezas de la sedicion y le tenía parte del pueblo y estaba armado para su guarda y hacer resistencia á quien los quisiese prender. Algunos salieron de la ciudad por no encontrarse con los inquietos, y otros contemporizaban ó se les mostraban amigos. Con suprema autoridad gobernaba (3) D. Diego de Heredia; el vulgo pendiente de su voluntad, el Virey y los diputados esperaban (4) exército de su Majestad para vivir con seguridad, aunque el Consejo y la Córte exercian su oficio en lo civil y criminal. Pedro de Fuertes (5) con gente armada visitó la Aljafería, diciendo tenian los Inquisidores soldados dentro. El vulgo se apoderó de las puertas de Zaragoza para hacer cómplices en su delito á todos sus habitadores, porque el Rey perdonase á la multitud. Echaron libelos infamatorios y pasquines contra su Majestad (6) y la memoria del Marqués de Almenara, contra el Arzobispo, y Serafin de la Cueva y Jerónimo de Blancas, coronista, donde se verifica que las alteraciones, aun-

---

(1) *¡Bueno pone el Autor al Conde de Chinchon! ¡Qué bien administraria la justicia turbado con el afecto de la venganza! Esto es cargar la conciencia de su Majestad.*

(2) *No es de creer que el Conde de Chinchon se acordase de cosas semejantes.* Primeramente habia escrito: *Si este Autor se mete en esta materia tan fastidiosa que está corriendo sangre y dan gritos las honras de tanta gente grave, no parece justo el darle licencia para que lo imprima. Y si esta licencia se le concede, ¿por qué castiga la ley á quien hace libelos infamatorios?* » Pareció acaso muy fuerte el contenido de esta nota y puso sobre ella un papelito pegado y en él escribió la anterior.

(3) *¿Quién ha dicho al Autor estas materias?*

(4) *Nunca tal cosa les pasó por la imaginacion.*

(5) *Pedro de Fuertes se ofreció á los Inquisidores para morir por su servicio.*

(6) *Pasquines hubo contra ministros; contra su Majestad jamas los hubo; y esto es certísimo.*

que no lleguen á ser rebeliones, son franquicia de delitos, asilo de criminosos, estatua de Delos, donde acuden buscando siguridad para sus maldades los fugitivos desterrados, los condenados y miserables, los que procuran libertad de ley de razon, vagamundos, viciosos, deseosos de novedades y de todos los malos vicios que dexa la virtud, pretenden vivir en toda soltura (1). Los ministros Reales y los señores avisaban á su Rey de la opresion de la ciudad, de su poca fuerza para resistir, y pedian entrase ya su exército á libralles de los insolentes.

Recibió su Majestad sus cartas en Sant Lorenzo, y le augmentó el cuidado que tenía de una dolencia de la Infanta, porque en aquel otoño hubo tantas enfermedades en Castilla, que falleció mucha gente, entre los más señalados el Conde de Baraxas, que habia sido Presidente de Castilla, estándole sindicando por culpas de sus hijos, de su secretario Paredes, que las causó; y su encomienda de Guadalcona, que vale seis mil ducados al año, dió su Majestad adelante al Duque de Montemarciano, sobrino del pontífice Gregorio XIV, que gobernaba en Francia el exército pontifical. Pasó desta vida ya en la penúltima edad el Duque de Bexar, en Avila, volviendo de Bexar desde San Lorenzo de hablar al Rey sobre la visita que rigurosamente se hacía contra el Marqués de Villa Manrique, su hermano, por los cargos algo graves de su residencia el Virey de la Nueva España. Falleció D. Francisco Pacheco, gentilhombre de la Cámara del Príncipe, y el Rey hizo merced de su llave poco despues á D. Alvaro de Córdoba y Hernando de Vega, obispo de Córdoba, que fue residente de Indias y de Hacienda, y por la vista le embargaron sus bienes; y Andrés de Alba, secretario de la Guerra, y su plaza obtuvo Estéban de Ibarra, secretario que fue del Duque de Alba, D. Fadrique, y provedor entónces de Portugal y del exército que se juntaba en Agreda, que murió del Consejo de Guerra; y fray Luis de Leon, agustino, insigne teólogo y orador, que comenzó á levantar la lengua castellana en grave elegancia y consonancia, y el maestro fray Juan Gutierrez, dominicano, excelente predicador por más de cincuenta años de discurso.

Aunque la voz corria de que se juntaba el exército para emplearse en Francia, temian ya los sediciosos en Zaragoza que asistiria primero á su castigo, y parecia áspero medio y de grandes inconvenientes y demasiado rigor y no los habia, porque la causa para cualquier invasion con las armas en castigo de los sediciosos más que para oprimir los buenos era justa, como lo es para un príncipe tan grande la que dió el que no quiere ó no puede hacer justicia, vengando lo que los suyos hicieron mal y tiene nombre de ministro della y no de guerra, cuando se defiende á un malhechor,

(1) *De toda esta canalla extranjera careció la ciudad, aunque no de mecánicos obstinados.*

como eran los que habian hecho injurias á su Rey con desacato y menosprecio, y muerto su Legado (1). Y considerando que la entrada del exército no podia dejar de alterar los ánimos, previendo este daño, manifestando la intencion que le movia para envialle, escribió á la Diputacion D. Felipe.

«Amados y fieles nuestros: Viendo la obligacion que tengo á mirar por la quietud de ese reino y responder por la auctoridad del Santo Oficio y de la justicia, no puedo dexar de dar lugar á lo que estos respetos piden, aunque con mucho cuidado de mirar no padezca nadie de los que han tenido buen celo de cumplir con sus obligaciones, que se sabe son los más, y pocos los que se han alterado; y hallándome con las fuerzas que he juntado para Francia para cosas del servicio de nuestro Señor y bien de la cristiandad, siento mucho que haya sido menester detenerlas hasta tener puesto en estas cosas de casa remedio, deseando que haya el respeto que se debe al Santo Oficio y á la guarda de vuestros fueros, que se quebrantan con términos y por personas escandalosas y perjudiciales á la antigua fidelidad de ese reino. He querido acudir al reparo de todo, pareciéndome que no satisfacia á mis obligaciones si entraba este exército en otros reinos (aunque por tan buenos fines y tan justa demanda), dexándola tal de los mios hasta que quede restituido el respeto al Santo Oficio, como es necesario en tiempos tan escandalosos, y el uso y exercicio de vuestros fueros sea libre, de manera que nuestro Señor sea servido y vosotros vivais con la seguridad que deseo goceis. Y porque no haya pesadumbres y molestias en la entrada del exército, se hará con el cuidado que conviene, y pues con esto y lo demas queda puesto lo que á mí toca, será muy propio de vuestra fidelidad que os dispongais á todo lo que convendrá al servicio de Dios y tambien al mio, como lo debeis hacer y de vosotros confio. De San Lorenzo.»

Esta carta, escrita con modestia y Real celo y tan gran prudencia, que manifiesta cuán nacido fue D. Felipe para reinar en tan gran monarquía, dió gran contento á la ciudad, deseosa de verse ya fuera de peligro y de la presion de los sediciosos, pareciéndoles tenian cercana su libertad; y entristeció los sediciosos y con sobresalto vivian, aunque no con arrepentimiento de haber llegado á tan desfrenado término, que eran los que perseguian á la república con voz de la libertad de sus leyes, como falsos (2) celadores della; y para evitar el castigo de sus hierros hicieron otro mucho mayor para dar autoridad á su desacato.

Acudieron al Justicia de Aragon (3) y al Consejo que le asiste, dicien-

(1) *Ya queda dicho que el Marqués en Aragon era persona privada. Y es cierto que el gusto que este Autor tiene de agravar cada cosa, y el deseo de hacer generales las culpas particulares, no son partes de buen historiador.*

(2) *A lo ménos engañados.*

(3) *De aquí adelante se sigue la materia más difícil; Dios ponga tiento en la pluma del Autor.*

do tocaba este caso á la Corona (1), pues hacía el Rey contra fuero en meter exército en aquel reino y podian y debian defender con las armas todos la entrada, y sería justa y forzosa la resistencia, y el Justicia y los diputados tenian obligacion de hacerla luégo, porque habia peligro en la tardanza y convenia unirse y manifestar su razon al mundo y conforme á la facultad que les daba el fuero concedido por el rey D. Juan en las Córtes celebradas en Calatayud en el año mil cuatrocientos sesenta y uno. Los diputados (2) dixeron que, pues esto sabian, requiriesen al Justicia levantase gente, convocase las ciudades y lugares del reino para resistir al exército. Pareció al Justicia y Lugarestenientes grave el caso, y para mirarlo mejor, juntaron otros abogados con asistencia de los diputados. Por esto pareció al Dr. D. Martin Baptista de Lanuza convenia sacar el Consejo de Zaragoza, porque en ella no tenía libertad necesaria para hacer tan grave declaracion desapasionadamente; y dilatando para esta junta esta saludable resolucion, cautelosamente salió de Zaragoza, y no se halló con los demas en la interpretacion del fuero.

Es su tenor:

«Por cuanto algunos oficiales de algunas ciudades, villas ó lugares del reino de Valencia y principado de Cataluña, indebidamente pretenden que en virtud de privilegios ó con color de procesos de defension ó sometient y en otras maneras, pueden con compañías de gentes armadas entrar en el dicho reino, siguiendo malfeitores y aquellos prender, etc. Por tanto, de voluntad de la Córte estatuimos y ordenamos que cualesquiera oficiales ó personas extranjeras, que no sean del reino de Aragon, que en cualquiera manera entraren en el dito reino, persiguiendo ó calcando algunos malfeitores por tomar aquéllos, ó sacarlos del dito reino ó por exercir jurisdicion alguna, ó facer algun de los actos sobredichos, ó facer daño alguno dentro del dicho reino, que *ipso facto* incurran en pena de muerte, de la cual pueda seyer acusador, etc.» Y concluye diciendo: «E no ser menor que el Justicia de Aragon con los diputados del dicho reino ó mayor parte de aquéllos, con que ende haya un de cada brazo, pueden é hayan de convocar á expensa del reino las gentes del dito reino que les parecerán necesarias para resistir á las sobreditas cosaa mano armada. E que puedan compelir aquellos que les será bien visto, satisféitoles de su salario condeciente.»

Decian los sediciosos hablaba el fuero generalmente y el exército del Rey era de extranjeros, y no se admitia su entrada por lícita á castigar culpados, pues no quiere el fuero que entren á esto ni á prender ni sacar mal-

(1) *A la Corona fue disparate, aunque en el caso del fuero á todo el reino tocára.*

(2) *No dixeron tal los diputados ni lo podian decir: ellos lo habian de requerir al Justicia cuando sucediera el caso de que habla aquel fuero.*

hechor ni hacer otro daño dentro del reino, y debia condenar á muerte el Justicia á D. Alonso de Vargas, y convocar las ciudades para su resistencia, sin caer en deslealtad y rebeldía, para la conservacion de un fuero jurado por el mismo Rey, y entónces dió facultad para usar del privilegio de otro por su derecho; y habiendo el Justicia y diputados jurado tambien guardarian las leyes del reino, debian guardar la fe prestada á Dios y celar las leyes y libertades del reino, faltando á cualquiera respeto, aventurando sus vidas. Los bien intencionados, viendo la precipitacion destos falsos intérpretes (1) del fuero, procurando su reducion á mejor intento y á mejor sentimiento dél, dician no hablaba de los oficiales Reales de los reinos circunvecinos de Valencia y principado de Catalunia, y la causa final que movió á hacer aquella ley no comprendia la entrada del exército del Rey, pues era el querer reprimir la obediencia de los oficiales Reales, que se ha dicho, con que entraban á inquietar á los aragoneses y el reino pidia ser comprendido debaxo del nombre de oficial Real, ni entraban sus huestes á inquietar, sino á pacificar, dar fuerza á la justicia, asistencia á los jueces para su administracion, conforme á las leyes del reino, con toda libertad, aunque no habia quebrantamiento dellas en hacer libre el uso y exercicio de sus fueros en gran beneficio del reino, ni ley podria prohibirlo, pues se encaminaban todas á procurar su bien.

Los Lugarestenientes (2), oprimidos y cercados de los inquietos que pidian su declaracion de cómo habia el Rey contrafuero en meter el exército y convenia tanto la guarda dél que si no lo hacian, no faltaria quien lo esforzase, aunque aventurasen las vidas, declararon que el Rey hacía contrafuero y que el Justicia tenía obligacion de convocar la gente para resistir su entrada, y envió sus convocatorias á las Universidades, y ellas le respondieron:

«Ilmo. Señor: Con las letras que en nombre de V. S. nos han sido presentadas, habemos recibido la pena y sentimiento que se debe por vasallos tan fieles á su Rey y señor, viendo haya llegado el atrevimiento de los in-

---

(1) *Ellos causaron todo el daño; pero es certísimo que pecaron con el entendimiento y algunos dellos murieron en sus casas constantes en la opinion de que este fuero hablaba del caso que entónces ocurria. Fueron perdonados los tales diez y seis letrados, porque los más se defendieron, diciendo que en aquel tiempo se hallaban oprimidos.*

(2) *Certísimo es que, dudando el Justicia y discurriendo en su Tribunal sobre el sentido de aquel fuero, con el deseo que de acertar tenía, pidió que con sus Lugartenientes y Consejeros concurriesen otros extraordinarios; y así fueron nombrados otros once. Estudiaron todos el punto, y habiendo declarado unánimes que el entrar el exército era contrafuero, les dijo el Justicia que mirasen bien si lo votaban por temor, porque en tal caso él tenía ánimo tan fiel y constante que se dexaria hacer pedazos por conservar la fidelidad á su Rey; y que así les protestaba que le dixesen la verdad. Replicáronle que no les movia fuerza ni opresion ni otro respecto alguno, sino el celo de la verdad; que lo sentian como lo decian, y que por eso se lo aconsejaban libremente. Añadieron á esto que, no executando su señoría el parecer de sus Consejeros, cometia culpa gravísima en su oficio, digna de las penas de la ley. Desta declaracion nacieron todos los inconvenientes.*

quietos á levantar un testimonio tan prejudicial á nuestras leyes y reputacion, como en las letras se dice; cosa tan ajena dellas y de la innata fidelidad de Aragon, cuanto se entiende por ellas mismas, y la prueba que en mil ocasiones habemos dado de nuestra constancia y fidelidad por tantos siglos desde la election del Rey que hicieron nuestros pasados hasta hoy, el crédito y nombre glorioso comprado en tantas edades con tanto derramamiento de sangre por la virtud y lealtad que habemos profesado siempre para con nuestros reyes y señores, no querrá V. S. la perdamos por amparar á los quebrantadores de nuestras leyes contra quien las defiende, como es su Majestad, ni nosotros harémos tal por más que ellas padeciesen, pues el verdadero modo de conservarlas y defenderlas es con las heroicas virtudes con que las merecimos y alcanzamos; á más que las habemos como en sacrificio ofrecido al Rey nuestro señor, juntamente con las personas y vidas y las de nuestros hijos y mujeres para ponerlas contra quien se atreva á resistirle. A. V. S. se le ofrecerán ocasiones para librarse de la opresion y fuerza que padece, de la cual no se tema ménos que éste y otros tristes efectos que se iban viendo. Suplicamos á V. S. lo haga, pues ve cuánto importa no ofender ni enojar á su Majestad y corresponder á la ilustrísima sangre de donde V. S. viene, señaladamente que los inquietos no son buenos para creerlos y mucho ménos para imitarlos, porque como quien se ahoga no miran el agua que beben, y así no se puede sacar otro provecho de ayudarles y ser su caudillo que perecer juntamente con ellos. Esta es la causa, señor, por que se valen de la persona de V. S., no por estimarle, como lo experimentó la buena memoria del Justicia de Aragon, su padre, en la prision que le hicieron hacer del Marqués de Almenara, y lo trataron de sus manos tan mal como todos vieron, engañados por quien lo son ahora para lo que intentan, sino para hacer su mala causa buena, no teniéndole culpa en sus excesos ni parte en ellos, y consistiendo su remedio, no en eso que es desesperacion, sino en acogerse á la clemencia de su Majestad. Para lo cual les ayudarémos todos, y poniendo en sola ella su remedio, le halláran antes señor y padre tan clementísimo, etc.»

Esta carta, prudente y fidelísima, fue justa, porque el antiguo fuero de la Union, concedido por Iñigo Arista, estuvo en uso hasta el año mil trescientos cuarenta y ocho, en que le renunciaron en las Córtes que les tuvo el Rey D. Pedro el IV en Zaragoza, pudiéndose juntar por él en defensa de sus libertades, no guardándoselas el Rey, y así no podian hacer union ni llamamiento para ella; y fue mala inteligencia del fuero y mala su declaracion por los Lugartenientes, si bien es verdad que hay algunas palabras de donde pudieron tomar motivo para entenderlo, como lo declararon jueces turbados con las amenazas, si declaraban en contrario, y en materia de inteligencia, ¿quién podrá atar los entendimientos á que sientan una misma cosa? Las Universidades inviaron síndicos al Rey con la letra

del Justicia y su respuesta, ofreciendo de nuevo servir á su Majestad como lo habian ofrecido, y él respondió:

«Amados y fieles nuestros. Recibí la carta que vuestro síndico me dió, y le oí muy de buena voluntad de lo que de vuestra parte me quiso especificar, acerca de las letras que en nombre del Justicia y diputados de ese reino se presentaron á esa Universidad, para que les acudiésedes con vuestra gente y fuerzas de la resistencia de mi exército. He holgado de vuestra respuesta y templanza en la determinacion que ha sido conforme á vuestra prudencia y antigua fidelidad, y dello y de vuestro buen celo y ánimo quedo muy satisfecho y agradecido con memoria dello para las ocasiones que se ofrecieren de vuestro bien y acrecentamiento. En el Pardo, etc.»

Los buenos se alegraron con esta carta, viendo cercano el remedio de los malos; mas dábales cuidado el honoroso temor de la infamia que pudia resultar al reino en otros, habiendo inviado el Rey un exército para castigar culpados, no sabiendo la causa, dándola á los juicios para hacer siniestros en deshonor de Zaragoza. Considerando y recelando esto los nobles, las ciudades y algunas personas graves del estado eclesiástico escribieron á don Felipe:

«Señor: Las cosas acaecidas en Zaragoza, desde veinte y cuatro de Mayo hasta ahora, son á vuestra Majestad muy notorias por relaciones ciertas que dellas vuestra Majestad ha tenido de los diputados de Aragon y de otras personas religiosas y seglares; y han llegado á tanto extremo, que con razon han dado cuidado á todas las Universidades del reino, y en particular á las ciudades, como á partes tan principales de aquél; y aunque cuando los síndicos dellas, que aquí están, trayan por instruccion suplicar á vuestra Majestad que, usando de su acostumbrada clemencia, hiciese gracia y merced de perdonar culpas pasadas, pero el haber entendido despues que vuestra Majestad mandaba entrase el exército en el reino y fuese derecho á Zaragoza para con él castigar las insolencias de los culpados, nos ha obligado á no tratar por ahora de suplicar á vuestra Majestad lo primero, cuando con la humildad que deben y con lágrimas de sangre, que este exército no entre en Aragon por los grandísimos inconvinientes que de su entrada se siguirán, pagando en lugar de los culpados y siervos del demonio justos, como son religiosos y siervos de Dios, mujeres y niños inocentes y muchos criados de vuestra Majestad y nobleza de aquel reino, que por ayudar y favorecer la justicia y su Real nombre á vuestra Majestad, han padecido muerte y otros puesto sus vidas al tablero; y demas deste y otros grandes inconvinientes sintirá muchísimo aquel reino, por el celo que tiene de conservar el buen nombre que tiene de fidelidad, que siempre ha tenido, la nota que podria quedar empleando en él el exército que tenía señalado contra infieles luteranos, habiendo sido fidelísimo á vuestra Majestad y tan favorecido de su Real mano y de sus predecesores; y porque

no se pueda creer ni pensar que por su parte no desea que haya castigo en los que han sido causa de tantos daños y autores de los atrevimientos que en aquella ciudad han acaescido, dándoles vuestra Majestad licencia, ellas y las demas Universidades del reino saldrán á esta causa para que con su favor y ayuda pueda la justicia volver en su fuerza y á la autoridad que ántes tenía, reprimiendo y castigando los culpados conforme á las leyes deste reino, pues es cosa tan justa y del servicio de vuestra Majestad, á quien humilmente suplicamos les conceda esta gracia y merced, y mande que en el entretanto que deste medio se trata, el exército no entre en el reino, porque desta suerte tienen por cierto que las cosas se encaminarán de manera que pueda vuestra Majestad quedar servido y aquella ciudad y reino beneficiado, como de la clemencia de vuestra Majestad estos sus más fieles vasallos lo esperan, etc.»

Para responder á los síndicos y mirar la justa declaracion de la resistencia hecha por los del Consejo del Justicia de Aragon, consultó su Majestad la Junta que trataba destos negocios, en casa del Cardenal de Toledo, y parecia que su Majestad no podia remitir al reino de Aragon el castigo de los sediciosos, por ser peligroso (1) por la junta de gente que se habia de hacer del mismo reino, sujeta á un accidente que aumentase los daños y causase mayores inquietudes y sediciones, y sin ella para adelante de discordias y bandos, porque los deudos y amigos de los castigados siempre mirarian como á enemigos á los executores de los castigos, quedándoles para adelante contínuo el deseo de la venganza. Debia su Majestad mandar que su exército entrase á castigar los delitos contra su autoridad cometidos y contra los particulares, que murieron en su defensa, sin quebrantamiento de fuero, porque la declaracion de los Lugartenientes del Justicia ni era foral ni justa (2), ántes bien descubria el poder que habian usurpado los culpados y que no era posible (3) sino que eran más los que daban calor á esto que los que se habian descubierto, pues tan anticipadamente y sin fundamento pudieron mover á que se hiciese tal declaracion violentada y no conforme á fuero; y así podia entrar el exército en el reino sin ofensa dél, y aunque hubiera ley que apretára más en su contra, se advertia que algunos pueblos se sujetaron á los Príncipes con ciertas capitulaciones de guardarles algunas leyes, y á su cumplimiento estaba obligado en rigor de las promesas, siendo puestas en razon y justicia, y no sobrevi-

(1) *Peligrosas son tales juntas ó lo pueden ser en todas las provincias sino en la de Aragon; porque en ella nunca se ha sabido lo que es infidelidad. Y aquí el Autor no tiene culpa, pues no hace más que referir los pareceres ajenos.*

(2) *Todo lo contrario dixeron ellos mil veces y lo ratificaron en tiempo libre.*

(3) *Si era posible y verdad muy grande que solos eran aquellos perdidos, y no hubo cosa más fácil que quitarles las vidas, si quisieran quien lo habia de permitir.*

niendo mucha causa, por donde no se debian guardar. No se podia exceder de lo que contienen, porque tiene fuerza de contracto que obliga recíprocamente, sin que se pueda contravenir á ellas sin comun consentimiento de ambas partes, en esto de igual condicion; mas siendo causa de pecado no estaba el Príncipe obligado (1) á guardarlas, aunque las haya jurado al tiempo de su eleccion, porque el juramento no obliga cuando es de cosa injusta, y no estando en el estado en que se hizo así, puede dexar de guardallas ó derogallas por su autoridad, aunque haya prometido de no las derogar sin acuerdo y consentimiento del pueblo y en Córtes, porque las que dañen, quedan sin fuerza y como si no fueran hechas. Siempre que el estrecho y aprieto de la necesidad presente y el bien universal y público no dan lugar á juntar Córtes para la derogacion de una ley, por los inconvinientes que resultan de la dilacion, puede el Príncipe derogarla por sí mismo por la urgente necesidad, y los vasallos que cometen delictos contra la Majestad Real y quietud comun, deben ser castigados cuando no use de clemencia el Rey, sin que les pueda ser de disculpa y satisfacion de la desobediencia el allegar quebrantamiento de leyes ó de fueros, pues el procurar defendellas y que estén en un sér y fuerza inviolable ha de ser por caminos justos, conservando la pública quietud y remitiendo la determinacion de la contienda á quien la pueda y deba castigar, porque no hay razon de su parte para fundar que están en sola la proteccion de su Rey, pues son sujetos á su auctoridad y supremo imperio. Entrase luégo el exército á castigar los sediciosos con rigor templado, porque era utilísimo no llegar á rompimiento con los súbditos, haciendo prueba de sus fuerzas. Mirase que la presteza ataja los incendios populares, acudiendo á cortar la parte cancerada, para que no dañe á las demas ni haya acuerdos y determinaciones para buscar medios y modos de fuerza y dentro para oponerse al poder del Príncipe. No es de ménos consideracion la presteza que hace el daño de repente que la fuerza que se hace de ver ántes que dañe. La primera desordena, la segunda rompe, y es de poca dificultad desordenar y luégo romper y de mucha desbaratar los que están puestos en buen órden y concierto, esperando el golpe y daño que de espacio y con pasos cortos sienten sobre sí venir.

Luégo mandó el Rey á D. Alonso de Vargas metiese el exército en Aragon con gran tiento y cuidado en no hacer agravio á persona, sino que marchase poco á poco, con todo recato y modestia, y saliendo al encuentro los inquietos, no rompiese con ellos sino procurase entretenerlos y divertirlos. Escribió al Vicecanceller de su mano:

---

(1) *No lo sentia assí el Príncipe, porque era gran cristiano; y en no excederse iba más que á los de la junta.*

«Los síndicos de las ciudades de Aragon me han hablado, y en conformidad del papel que irá con éste, que tambien me dieron, y porque los remito á lo que vos les dixerédeis de mi parte, les podréis decir mañana que he holgado de oir lo que me dixeron de parte de sus ciudades, y así lo creo dellas y dellos, y que bien saben el amor que he tenido á aquel reino y el cuidado de guardalle sus fueros y casi cincuenta años que há que me juraron y los gobierno, y aquesto mismo me obliga al castigo de los que los quebrantan, á que ellos tienen la misma obligacion de ayudar. Tambien despacharéis al Dr. Luis Sanchez Cutanda, dean de Teruel, y á D. Francisco Luis de Gurrea, diputados del reino, con esta carta para la diputacion que era en conformidad de la que ántes les habia escrito y advertido.»

Ya el Justicia habia nombrado oficiales y capitanes para el exército de la resistencia; y solicitado de los delincuentes, le molestaban para que brevemente saliese de Zaragoza. Estos y otros que no lo eran, con muchas juntas discurrieron sobre su remedio. Parecia (1) á los militares se fortificase, porque demas de que podia ser guerra larga, como suelen las de montaña, sería peligrosa, teniendo las espaldas á Francia que los podia resistir, y madama Catalina de Borbon, hermana del Príncipe de Bearne, enemigo de D. Felipe, lo procuraria para entretener el exército que iba contra sus Estados, fomentando la guerra que su Majestad ya tenía en casa, y era el negocio considerable para todos. Los más dixeron que la antigua fidelidad de Aragon se habia de mantener, pues eran pocos los sediciosos y culpados y no habia de hacer la causa particular universal; era D. Felipe buen príncipe, dechado de Reyes, prudente, modesto, de bueu celo, cristianísimo, y castigaria los malos y premiaria á los buenos; y assí convenia esperar lo que mandaba, pues sería para el bien general. Deste parecer eran el Justicia y diputados principalmente; mas solicitado el Lanuza contínuamente y áun forzado de los rebeldes (2), arboló estandarte para la resistencia y escribió á los valencianos y catalanes pidiendo ayuda, requiriendo al Duque de Villahermosa y al Conde de Aranda asistiesen en el Consejo de guerra en bien de su patria, si no serian enemigos declarados della. Visto el caso y riesgo, consultaron con el Virey lo que debian de hacer, y dióles (3) licencia para entrar en las Juntas de los resistentes, porque allí

(1) *Distinga el Autor los militares y diga que habla sólo de aquellos cuatro ó cinco inquietos; porque los señores y los demas militares nunca tal voto dieron ni se allegaron á ellos.*

(2) *¿Rebeldes? Más de espacio en esto de rebeldes, que ellos no lo entendian ansí, pues creian tener el fuero de su parte y la declaracion dél por la córte del Justicia de Aragon, á quien toca la interpretacion de todos.*

(3) *¿Qué quiere decir que les dió licencia? ¿Pidiéronsela ellos por ventura al Virey? La verdad es que les mandó de parte del Rey que interviniesen en aquel Consejo, porque no entrasen en él algunos mal intencionados.*

podian servir al Rey mejor. Tambien la dió para que algunos ciudadanos servidores del Rey acetasen los cargos del exército en que los habian nombrado (1) los inquietos, para que no los ocupasen y lo atropellasen. Todos pidieron las armas á la ciudad y las negó (2), mas con violencia se apoderaron dellas.

El Duque y Conde habian escrito á su Majestad diversas veces, y no teniendo respuesta (3), con la ocasion de entregar en Pedrola, lugar del Duque, artillería á Pedro Fuertes, que iba por ella, invió á la Duquesa á Madrid con cartas para el Rey y para sus ministros, dando aviso del estado de las cosas y suplicando se les inviase órden de lo que habian de hacer. Salió el Lanuza á la reseña de la gente, y pareciendo á los sediciosos estaba ménos orgulloso de lo que ellos pretendian, con desacato le hablaron y con amenazas. Halló hasta mil y quinientos soldados mal armados, sin cabezas, menestrales y labradores inexpertos, y algunos hidalgos, y el diputado del reino D. Juan de Luna en el campo del Toro. Huyeron á caballo el Duque y el Conde, y salváronse en el monasterio de Santa Engracia, de la órden de San Jerónimo, porque si fueran alcanzados de los inquietos, sin duda murieran á sus manos. Salieron (4) de noche, y á pié y lloviendo llegaron á Quarte, distante una legua de Zaragoza, y de allí á Muel en un carro sin cubierta, y al fin á Epila, villa murada del Conde, y escribieron á D. Alonso de Vargas pidiendo la brevedad en su entrada, y recibió sus cartas estando en Beruela, raya de Castilla y de Aragon. Los porteros del Justicia notificándole la sentencia de muerte, á que respondió (5) alegaría en Zaragoza de su justicia. El Lanuza casi de noche partió de Zaragoza con el diputado y algunos nobles, llevado de la furia popular, con nombre y oficiales del exército nombrado de la resistencia. Vista la poca gente en Monzalbarba y llegado á Utebo, seis leguas de Epila, con el diputado, desamparando (6) la gente entró en la villa sin reparar en que salió á resistir el exército de su Rey. Fueron tan mal recibidos que no les dieron puerta, si la madre del Justicia, tia del Conde, no lo alcanzára. El Justicia, para desviar de sí la nota de cobardía, de que le pudieran imputar por esta fuga, con deseo de conservar su reputacion, que incita mucho

---

(1) *No los nombraron los inquietos, ántes bien algunos de los inquietos tomaron mal su entrada en el dicho Consejo.*

(2) *Luégo no ofendió Zaragoza á su Majestad, ni hubo comunidad alguna.*

(3) *¿Por qué no dice el Autor quién fue causa en la Córte de que el Rey no respondiese á las cartas destos dos señores, que tanto le servian entónces y siempre le sirvieron?*

(4) *Pues si padecieron estos trabajos y entónces y diversas veces se pusieron á peligro de perderse por servicio del Rey, ¿por qué los trata el Autor en este discurso de enemigos de su Majestad?*

(5) *No respondió tal, sino gran modestia y dando una evasion muy cortés.*

(6) *Desamparóla en pudiéndose escapar de los inquietos.*

los ánimos nobles juveniles, escribió (1) á las Universidades para satisfacelles de que su retirada no fue por temor y falta de celo de cumplir con las obligaciones de su oficio:

«Las cosas deste reino se han ido estragando de manera, que por no acudir las Universidades con la gente y para el plazo que se les habia ordenado, nos fue forzoso salir del lugar de Utebo y retraernos á la villa de Epila por las causas y por los fines y efectos que vuestras mercedes verán del memorial y relacion que va con ésta.»

Era la suma decir se retiró por ser poca la gente, mal armada, desceplinada, proveida, tan poco obediente, que le perdió el respeto y le quiso matar, como quisieron al Duque y Conde en Zaragoza. Afirmaba habia sido su ánimo cumplir con las obligaciones de su oficio, en defensa de las libertades del reino, conforme á la declaracion de sus Lugartenientes, y que el no haberlo puesto en execucion, no habia sido falta de voluntad, sino por las razones referidas. Aquí se causó (2) el delicto del Justicia, confesando que la falta de fuerzas y no la de su voluntad (3) le hizo retirar. Con esto y con las diligencias que hizo convocando las Universidades y pidiendo ayuda á los otros reinos y sacando la gente de Zaragoza para resistir al exército de su Majestad, le ofendió con las obras y no con la intencion, que tanta parte tiene en el juicio de las acciones.

Antes de partir el exército de Agreda, envió á Zaragoza delante D. Felipe al Marqués de Lombay, primogénito del Duque de Gandía, con carta de creencia para los diputados del reino, y otra para el Conde de Morata, en que le nombraba Virey de Aragon. La creencia explicada por escrito por el Marqués decia, «era el intento principal de su Majestad con su venida el encaminar y disponer lo que conviene, con fin de continuar la benignidad y clemencia, que como Rey y padre ha procurado siempre usar con sus vasallos, particularmente con los de aquel reino por su antigüedad y fidelidad, y por el amor que por estos respetos le tiene; y aunque ha deseado darlo á entender en los sucesos que se han ofrecido ahora, con tanto mayor cuidado y demostracion cuanto los casos han sido más graves y atroces; pero viendo lo que de su benignidad se ha abusado y el poco ó ningun remedio ó reconocimiento que en los malos ha habido, sin abrir camino á su propio remedio, habiéndose usado entre otros de dos tan eficaces como la espera larga que para el reconocimiento se ha dado y el

(1) *Escribiólo D. Juan de Luna, y si el Justicia vino en firmarlo, fue sólo por lo que aquí se dice, y no por quererse desviar de la obediencia del Rey.*

(2) *Este fue sin duda el cargo principal que le hicieron; porque en todo lo demas, obligado está cualquier Justicia de Aragon, so gravísimas penas, á obrar lo que sus Lugartenientes le acousejan.*

(3) *Siempre entendió el Justicia que el Rey estaba satisfecho de su voluntad, y de que atribuia su Majestad aquellas acciones á la obligacion de su oficio y á la opresion en que le tenian puesto los sediciosos.*

probar que con las mismas fuerzas del reino se reparase el respeto que á la justicia se ha perdido, han tomado ambas cosas para ocasiones de mayores tumultos, multiplicando inconvinientes y añadiendo delictos siempre mayores y más nuevos, y en tanto número y de tal calidad que la desestimacion pide el remedio que han traido á esta ciudad revuelta y el reino en tanto riesgo, que ha sido forzoso acudir á los postreros remedios para poder cumplir con la obligacion que su Majestad tiene de mantener á todos en justicia, y guardando el respeto que se debe conservar al Santo Oficio de la Inquisicion en tiempos tan peligrosos; y un reino tan cristiano y tan celoso del servicio de Dios nuestro señor, y tan fiel á sus Reyes, es muy justo que con grandes véras procure conservar este nombre que en estas dos partes siempre ha guardado, procurando que sean castigados los que en semejantes delictos han caido, reprimiendo con exemplar castigo á los malos para que los buenos vivan pacíficos, y el Santo Oficio de la Inquisicion y el exercicio de los fueros del reino quede tan restaurado y libre que no se pueda padecer semejante opresion en lo presente ni venidero, y los buenos (que son los más) salgan de tan notable vexacion, como la que han recibido; y para que se vea cuán falso es el medio que personas mal intencionadas y sediciosos han procurado sembrar en los ánimos de todos los deste reino, de que todos han de pasar por un rasero, siendo esto tan ajeno de verdad que para desarraigar esto me ha mandado su Majestad venir á este reino y recoger y encaminar á los buenos para que gocen libertad y quietud, aliviándolos de los trabajos en que los han tenido los malos; y que esto va tan encaminado á este fin que el castigo no se hará en todos los que podria, sino en los más nobles promovedores destos delictos, y sin daño de los buenos y sin vexacion de los pueblos, con la entrada del exército, sino aliviando lo uno y lo otro cuanto se pueda; y porque para esta quietud que se pretende es menester que todos se ayuden por su parte, pues su Majestad lo ha hecho tanto de la suya.»

Los diputados respondieron:

«No confiaba este reino recibir ménos merced de la gran cristiandad y clemencia de su Majestad, aunque los daños sucedidos fueran universales como son particulares, que ya vuestra señoría ha explicado de su parte, mayormente viniendo á hacer merced á este reino y siendo persona tan aceptada y natural, habiéndonos favorecido su Majestad en esta eleccion tanto; y así en correspondencia de lo que vuestra señoría nos ha ofrecido de parte de su Majestad, quedamos satisfechos que han de ser los efectos como de su Real ánimo, esperamos y por nuestra parte ofrecemos la perseverancia al bien universal, servicio de nuestro señor y conservacion del Santo Oficio y de la justicia, con que su Majestad ha siempre gobernado quieta y pacíficamente estos reinos, como ellos lo merecen y en particular éste, que por la misericordia de Dios jamas ha conocido sino un Dios

y un Rey y natural señor, jurado y obedecido sin quiebra alguna, empleándose siempre en procurar el aumento de la fe católica y servicio de sus Reyes, de que tiene dadas tan evidentes pruebas como hoy vivamente se manifiestan, y tenemos muy gran desconsuelo de las ocasiones que ha habido para caer en los inconvenientes pasados y muy gran sentimiento de que hayan sucedido en ciudad tan leal y atenta al servicio de su Majestad. Y así suplicamos á vuestra señoría que por primera muestra y prueba de los efectos de la Real clemencia de su Majestad, la mande aliviar de la graveza y daños que teme de un exército tan grande, no sin notable infamia, por haberse hecho contra herejes (aunque de extrañas naciones), mandando se ponga la diligencia conviniente en la satisfacion y castigo que merecen las personas culpadas particulares, aliviando lo universal que está sin ella, pues por nuestra parte pondrémos los medios, diligencia y asistencia que conviene al servicio de su Majestad, descargo universal de nuestros oficios y á la paz, quietud y justicia con que habemos vivido y de su Majestad esperamos por medio de vuestra señoría.»

Teniendo ya D. Alonso de Vargas juntos doce mil infantes, en ochenta compañías, y dos mil caballeros con las guardas de Castilla, y cien continos que llamaron de D. Alvaro, lanzas de los señores y prelados y jinetes de la Andalucía, dispuso la entrada en Aragon. Marchaban de vanguardia dos compañías de arcabuceros á caballo, y detrás dos de jinetes y á sus espaldas una de caballos ligeros, y seguia el tercio de infantería de don Agustin Mexía en escuadron, y á su diestra dos compañías de caballos ligeros y otras dos á la siniestra, y en la frente deste escuadron iban cuatro piezas de artillería, detras los dos tercios de infantería de Diego de Vargas Machuca y Alonso de Narvacz, y á su diestra dos compañías de caballos ligeros y dos de hombres de armas, y á la izquierda los jinetes de la guarda del general y dos estandartes de hombres de armas; y delante deste escuadron la artillería gruesa. Marchaba de batalla D. Juan de Vivero con diez y ocho banderas y cuatro estandartes de hombres de armas, y á los lados en la retroguardia D. Juan de Lara y Francisco de Miranda con diez y ocho banderas y cuatro compañías de hombres de armas á los costados; y desta manera llegaron á Zaragoza, mártes á doce de Noviembre. Allí hicieron los escuadrones de gran frente, y pasó toda la caballería á la diestra, por la cabeza del olivar que hay á la izquierda. Entró delante el Gobernador de Aragon en la ciudad, en medio del maestre de campo general D. Francisco de Bobadilla, y del general de la artillería, y despues D. Alonso de Vargas en medio del Virey y del jurado en cap; y le llevaron con mucho aplauso por las calles principales á la plaza de Nuestra Señora del Pilar, á las casas del sobrino del Virey. La infantería entró en Zaragoza, y hecha plaza de armas en la calle del Coso, plantaron la artillería en el crucero á las cuatro calles, asestada y dividida y alojada en

sus cuarteles, y puestos cuerpos de guardia en las puertas. La caballería de noche pasó á alojar fuera en los lugares comarcanos.

Sosegóse (1) la ciudad y el reino, como si no hubiera habido novedad en él; solamente sentian los aloxamientos no acostumbrados. En el dia ántes salió Antonio Perez y se retiró á la montaña, habitando en peñas y cuevas, comiendo pan y agua, padeciendo tambien con el frio de las noches de tal tiempo. Allí se entretuvo hasta que, avisado cómo el señor de Couzas y el de la Pinilla iban en su busca con trescientos soldados, pasó los Pirineos á veinte y cuatro de Noviembre en la noche y su nieve, con gran trabajo por ser delicado y delgazado de los trabajos y muy fatigado con flaqueza, y más lo interior con temores y sobresaltos é imaginaciones de sus desfortunas; de manera que en muchos pasos le llevaron en los brazos y echando las capas sobre la nieve entró en Pau como criado de los que le acompañaban, y encontró á Gil de Mesa, que vino á prevenir la entrada y acogimiento, con carta para madama Catalina de Borbon, de quien tenía ya seguro para estar y pasar adelante á tratar allí de sus negocios con libertad de vivir en su religion. Pareció allí poco despues don Martin de Lanuza á verle y dióle cuenta de su venida de Sallent y cómo se habia retirado huyendo de los trescientos hombres, con que los buscaban el señor de Couzas y el de la Pinilla por órden de D. Alonso de Vargas, por todas las montañas, y aunque pudiera hacerle rostro lo excusó por no meter en confusion la tierra. Habian querido abocarse con él con iguales soldados y respondió que viniesen con doce, como él tenía, y un amigo y puesto seguro. Señalaron una peña cercana á la raya, y juntos fue la suma de lo que se trató, sentimiento de no topar con Antonio Perez y preguntar dónde le hallarian, y les respondió estaba en Francia y le pidieron los acompañase para buscarle, y le dijo que si era en nombre de personas superiores, y afirmando que en el del Rey, Virey y D. Alonso de Vargas é Inquisidores, y le protestaban ante los presentes como en este nombre se lo pedian, apartándose dellos vino á Pau, donde Antonio Perez hacía grandes diligencias para que se juntase gente y entrase en Aragon en ayuda de los sediciosos, con quien tenía correspondencia y principalmente con los moriscos (2), persuadiéndoles tomasen las armas en favor de sus amigos y solicitasen á los moriscos de Valencia y Castilla para que los siguiesen, porque el Príncipe de Bearne los socorria, para cuyo efecto se habia de embarcar en Bayona con otros aragoneses y pasar á Ingalaterra á pidir á la Reina favor y ayuda. Trataba tambien conjuracion con-

(1) *El reino siempre estuvo sosegado. La ciudad jamas concurrió en violencia alguna. Concurrieron aquellos pocos inquietos con alguna parte del vulgo, y en todo ello fue harto mayor el ruido que las nueces.*

(2) *¿Con los moriscos? Ni esto es verdad ni lo que se sigue, sino invencion sin fundamento.*

tra la vida de su Majestad Católica por fuertes medios. De todo avisó (1) al marqués de Córtes, virey de Navarra, D. Pedro de Navarra y de la Cueva, caballero natural de Pamplona y descendiente de sus reyes, que por comision del Rey inquiria por espías los intentos y hechos de los franceses y foragidos de Aragon, y así el Virey se les contraponia para deshacer sus intentos y tratos, y juntando buen número de soldados desde la la raya de Aragon, envió á decir á las cabezas de los moriscos guardasen sus casas sin salir dellas, porque si baxaban de la montaña á lo llano les habia de saquear y destruir sus familias; por esto los moriscos las conservaron y no dieron fuerzas á los revoltosos, como les prometieron, siendo gran parte esta amenaza del Virey para que se espantasen y deshiciesen su cuerpo y el de (2) los que salieron de Zaragoza á la resistencia.

En tanto se aconsejaba el Rey sobre lo que debia hacer, estando ya su exército en Zaragoza. Decíanle abusaron los delincuentes de su clemencia y bondad, y dieron ocasion de meter la guerra en España por malas voluntades destos reinos y otros, y era justo dar castigo á estos y exemplo á los demas vasallos y reputacion á su Real auctoridad y Majestad ofendida; y pues la insolencia fue tal que le obligó á inviar exército para reprimilla y librar de su opresion la justicia y los buenos y fieles, era conviniente que no se partiese sin asentar las cosas de aquel reino de modo que no pudiesen succeder ocasiones como las pasadas, que tanto disgusto dieron á su Majestad y molestia á sus ciudadanos. Debia guardar la fe y el juramento que habia hecho, mas no al que faltó á la observancia, rompió fueros, conspiró contra la justicia; no habia satisfaccion, arrepentimiento, enmienda, ni áun del hablar, sino más atrevimiento aguardando el perdon ó la salida del exército para volver triunfando de sus maldades (3), soberbios y deseosos de vengarse de los que no hicieron lo que ellos querian, y éstos debian de ser del todo asegurados; y pues los del reino se podian desaforar siempre que les parecia conviniente y áun por lo que les daba gusto y por el tiempo que elegian, usase (4) el Rey de la misma facultad hasta que lo tocante á la justicia estuviese asentado, como era necesario, y tuviese efecto el castigo que merecian los excesos pasados, pues era conforme á derecho ser lícito al señor para el bien general lo que al vasallo para el particular; y pues lo era á los señores bien y maltratar en Aragon los súbditos, no se hallaba razon porque el Rey no pueda hacer lo mismo

(1) *Todo fue vanidad, aunque el Marqués hizo lo que debia en dar aviso á su Majestad.*

(2) *Eran cuatro cuitados, que en escapándose en el campo del Toro, se volvieron á dormir á sus casas.*

(3) *Pareciales á los soldados gran maldad que cuatro descalzos del vulgo de Zaragoza dixesen: «Iránse los huéspedes y comerémos el gallo.» Tambien sentian mucho que cuando decian ellos á los de la tierra «rebeldes», les respondieron comuneros, alumbrados y cazallistas, y otras cosas semejantes.*

(4) *Ellos se pueden desaforar. El Rey, salva su clemencia, no puede desaforarlos.*

como señor (1) supremo; y así pudiera luégo que entró el exército hacer la justicia que en la guerra se acostumbra de hecho (2) en motines, pues aquí no habia para qué perdonar á la multitud, porque la menor parte habia delinquido. Para averiguar lo que merecia cada uno, enviase persona con facultad bastante y castigase conforme al derecho (3) comun, de que usan en Aragon, pues en sus leyes no habia proveido el caso presente, creyendo por la gran fidelidad del reino que jamas llegára. No habia de tener el Príncipe (4) soberano potestad limitada, cuando lo que dispone tenía evidente utilidad de la república, cumpliendo con su obligacion. Era falso el decir algunos queria quebrantar sus fueros, metiendo Virey extranjero, porque no le metió, sino habia hecho ver si conforme á derecho lo podia hacer, que no fue prohibido ni á los súbditos, ántes debian reconocer la bondad y rectitud de su Rey, que pudiéndolo executar de hecho, movido de justas causas no lo hizo, pero los delincuentes de Zaragoza (5) qué podian responder al haber muerto vituperiosamente al Marqués de Almenara, ministro de su Majestad (6), enviado á tratar sus negocios debaxo de la seguridad pública inviolable á todas las naciones; haber quitado de poder de la Inquisicion á Antonio Perez procesado por ella, violado su morada, quebrantado la cárcel pública de la manifestacion, fundamento principal de sus fueros; sacado della y puesto en libertad famosos delincuentes procurando (7) matar al Virey, obispo y los consejeros y señores que le asistian; puesto fuego á la casa donde estaban retirados por temor de la muerte; haberla dado con violencia á personas y ministros del Rey; al acto de violar la cárcel apellidando «Libertad», tomando las armas de la ciudad por fuerza contra su Rey (8), procurando conspirase todo el reino y los otros de la Corona, y últimamente haber salido en forma de exército á impedir el paso al de su Majestad. Y para reprimir la temeridad y asegurar la execucion de la justicia, y que en ningun tiempo pudiesen suceder tales casos, se hiciese castillo en la Aljafería de Zaragoza y otros para cerrar la entrada á los franceses en Jaca y pasos de los Perineos. Desto no resultaria daño al reino, al bien público, á Zaragoza; pues sólo habia de

---

(1) *El Autor muestra saber poco de Aragon, pues habla desta manera. Una cosa es desaforar el Rey los pueblos y otra pedirles que se desafueren. Esto segundo es lo que el Rey queria.*

(2) *Si hiciera de hecho, si el Rey fuera el Gran Turco.*

(3) *Casi lo mismo fuera hacer de hecho, como se hizo en alguna gente baxa notoriamente culpada.*

(4) *¡Qué mal informado está el Autor!*

(5) *Bravamente se sabrosea el Autor con esto del Marqués de Almenara, y harto más vituperiosamente habla él por no saber las materias.*

(6) *Ninguna auctoridad pública tenía, como ya queda advertido.*

(7) *En lo que acaba de decir, y en esto de matar al Virey no solamente es errónea, sino frenética la pluma del Autor, con su licencia.*

(8) *Ya se le ha olvidado al Autor lo de la declaracion del fuero.*

servir para resistir cualquiera violencia ó desórden que pudiese suceder, y para la conservacion de la justicia y de sus fueros y libertades; y aunque causaria tristeza y alguna alteracion de los catalanes por la consecuencia, sería de grande autoridad que la cabeza de un reino tenga castillo como las ciudades de Alemania y de Italia, con que se evitan los tumultos y escandalosas revoluciones é inconvenientes; que si no los hubiese, podria suceder con ellos; la justicia se executaria con gran libertad y prontitud, que es lo que desean los leales vasallos, y no tenía Zaragoza causa de quejarse, pues sacando el exército era darla en poder de sus enemigos y de su Majestad, que no aguardaban otra cosa, y por ser imposible el castigo de todos los culpados estando heridos, se volviesen, podrá hacerse y para esto importaba el condenarlos. Cuando hubiese algun escándalo, el castillo le reprimiria y dél podrian sacar soldados los ministros de la justicia para hacerla con fuerza, como se usaba en Milan.

Estaban los negocios en Zaragoza en silencio, y llegaron á ella el regente Lanz (1), natural de Maluenda, aldea de Calatayud, y Pedro Palomino (2), plático de negocios, con Gomez Velazquez, del hábito de Santiago, caballerizo de sus Altezas y comendador de Villarrubia, y dió con secreto á D. Alonso de Vargas, que estaba doliente, la Instruccion del Rey, que remataba con estos renglones, escritos de mano de su Majestad:

«Todo lo contenido en esta Instruccion valdrá como si fuese comision y patente despachada por la forma que las tales se suelen y deben despachar, y como si fuese sellada con mi sello y librada por los de mi Consejo y Cancillería; que todo esto y los demas defectos que tenga ó pueda tener suplo y quiero y mando que valga, como si no los tuviese. De mi mano, en Madrid, á catorce de Deciembre de mil quinientos noventa y uno.—Yo el Rey.»

Fue executada desta manera. En saliendo de su tribunal el Justicia y sus Lugartenientes á las once del dia para oir misa, segun su estilo, en la iglesia de Sant Juan, el capitan Juan de Velasco, prevenida la compañía de soldados que estaba de guarda enfrente de las casas de la Diputacion, se le arrimó y dixo se diese á prision, porque así lo mandaba el Rey. Él respondió, cómo era aquello, pues sólo su Majestad y las Córtes podian prendelle. Lleváronle por de fuera de la ciudad á la posada de D. Alonso de Vargas, y de allí á la de D. Francisco de Bobadilla, maestre de campo general. Él prendió al Conde de Aranda, y D. Agustin Messía al Duque de Villahermosa con bien poca alteracion, pues dixo era contento, porque así se ve-

(1) *Titulo tuvo de senador de Milan, y nunca fue regente de Aragon, aunque era aragonés.*

(2) *Éste era escribano en Castilla y fue guarda de la Princesa de Éboli, presa por su Majestad y detenida en Pastrana.*

rian sus servicios. Dentro de dos horas, con guarda de caballería y de infantería, los sacaron de la ciudad y encaminaron á Tudela de Navarra; y en el castillo de Búrgos aprisionaron (1) al Duque, y en el de la Mota de Medina al Conde. Don Francisco de Bobadilla dixo en aquella tarde al Justicia se apercibiese para morir en el siguiente dia. Él respondió que pues el Rey lo mandaba, deseaba saber la causa, porque le parecia terrible sentencia sin darle cargos; estaba penando y confuso, pareciéndole habia procedido con buena fe (2) y no con mal ánimo, y no hallaba razon para tan grave y repentino castigo, cerrando la puerta á su imaginacion. Y porque se dispusiese para tan terrible trance, un mozo, aunque animoso valiente, le dixeron moria por sus pecados; y pues Dios lo ordenaba así y el Rey lo mandaba, se humillase sin inquirir otras causas. Él ofreció su muerte á Dios en descuento de sus culpas. A veinte de Deciembre, recibidos los Sacramentos y puesta la gente de guerra en órden y tomadas las bocas de las calles, y entregado al Gobernador de Aragon, le sacaron en un coche á las diez horas de la mañana, y decia el pregon se condenaba á muerte por haber sido traidor y tomado las armas contra su Rey y señor natural, saliendo contra el campo con pendon, banderas y aparato de guerra, y por alborotador y conmovedor de la ciudad y de las demas Universidades del reino y de los reinos comarcanos de aquella Corona, so color fingida de libertad, y que por ello le condenaban á cortar la cabeza, confiscar sus bienes, derribar sus casas y castillos, y en las demas penas contra los tales establecidas por derecho. Cuando oyó el Justicia el nombre de traidor, dixo: «Eso no (3); mal aconsejado sí.» Y él tenía mucha razon de decirlo. Subiéronle al cadalso, hecho en el Mercado, debaxo de las ventanas de su casa, y le cortaron la cabeza con tan gran admiracion y sentimiento de la ciudad, que tuvieron cerradas puertas y ventanas por donde le pasaron; y así pocos vieron esta tragedia por su tristeza y por estar tomadas las calles y vuelta la artillería contra las casas, para que nadie saliese dellas. Ninguna cosa pudo lastimar generalmente el reino como esta justicia tan calificada y repentina y sentencia tan rigurosa, porque parecia mo-

---

(1) *¿Qué término es éste de que usa este hombre? ¿Qué quiere decir aprisionaron? No refiere las cosas con fidelidad. Aunque ¿cuándo la supo guardar la pasion?*

(2) *Parecíole la misma verdad. Y es cierto que si los Lugartenientes y letrados que votaron que el Justicia estaba obligado á lo que hizo, erraron; ellos son los que hubieran de padecer tambien aquella sentencia, y solos ellos, segun dice que lo afirmaba el mismo D. Alonso de Vargas. El Justicia no se halló en ninguna cosa de las pasadas. El salir con gente fue por rigor del fuero, y por los votos unánimes de sus consejeros, que se los da y elige el Rey, y los ha de creer, aunque le pese. Y si ansí como le vió el pueblo justiciar, vieran lo mismo de los sediciosos, quedára de todo punto consolado.*

(3) *Nótense mucho estas palabras, dichas en el artículo de la muerte, para abono del fidelísimo ánimo de aquel caballero.*

rir sin culpa, aunque no sin causa, por la condicion de las severas leyes.

Quedaron todos con notable espanto, pareciendo se hizo un compuesto de todo aquel reino por no haber visto en él cosa semejante con otro Justicia de Aragon, y más no habiéndole dado ofensa ni cargos, condenándolos á ellos al parecer con la muerte de su Justicia, segun la preeminencia de su oficio y estimacion en que le tienen, como protector de sus fueros y libertades; porque aunque este nombre de ciudad ó reino es cuerpo místico, imaginario, insensible, representado al entendimiento, y no es apto para recibir penas y castigos como los sensibles animados, venía á entenderse solamente el efecto deste castigo, cuando se executa contra sus gobernadores ó colegio, ayuntamiento ó su mayor parte. No ménos les dolió á los aragoneses el llevar de su reino (contra fuero decian) al Duque y al Conde á Castilla. Las causas y motivos más precisos parecia fueron las que resultaron del papel que este difunto y el diputado D. Juan de Luna firmaron en Epila bien inconsideradamente, que el Justicia no podia juntar gente en nombre del reino para resistir al exército del Rey en virtud del privilegio de la Union que renunciaron los aragoneses, siendo esto expresamente contra la tal renunciacion, y la inteligencia de fuero fue mala, pues declararon que da facultad para unirse y hacer resistencia al exército del Rey, y hablando conforme á su fin y de muchas palabras del privilegio se debia hacer solamente contra los oficiales Reales de otros reinos, que so color de los títulos y privilegios que allí refiere, quieren entrar á inquietar el reino; en que no podia ser comprehendido su Rey y señor natural, en cuyo favor por su mucho amor y fidelidad renunciaron el privilegio de la Union, y el Justicia ecedió (1) de su facultad y de lo que debia, escribiendo y convocando las Universidades y á los reinos circunvecinos pidiéndoles ayuda, que eso lo concedia el fuero; y porque el diputado que le asistia fue cómplice en tales culpas, y no poca parte para que las cometiese, porque ecedieron, se le cortó la cabeza, como adelante se escribirá. Tambien se decia que dixo el Justicia á sus Lugartenientes que su declaracion en las dudas cerca de la inteligencia, y el temor y respeto no les hiciese decir al contrario de lo que sentian, pues veian cuánto importaba el no errar en aquello; y ellos se afirmaron en lo que habian afirmado, pareciéndoles por entónces justo, y habiendo procedido con tan buen recato y recelo, no parecia haber pecado en seguir el parecer de los que el Rey le habia dado por consejeros para que haga lo que le aconsejan. Era su magistrado supremo y presidente del Tribunal, pero sin voto decisivo ni consultivo en las causas que se determinan en él, y sólo mero executor de lo que sus Lu-

(1) *Si exceso hubo, culpa ó ignorancia fue de los consejeros, á quien por fuerza habia de obedecer el Justicia.*

gartenientes determinan, que son sus ojos, conforme al mandato Real de que siga sus determinaciones y no se aparte un punto de su consejo; y porque podrian ser erradas, un fuero dice que no esté obligado á alguna pena por el delicto de sus Lugartenientes, ni por lo que proveyere ni executase, segun el consejo que ellos le dieren, para lo cual su declaracion y sentencia en la duda de la inteligencia de algun fuero tiene fuerza de ley, como si fuera hecha en Córtes por todo el reino; y pues ellos erraron conforme á lo que despues confesaron (1), mirando el fuero con libertad y sin opresion, ellos mataron al Justicia con su mala declaracion del fuero; y el uso de la facultad que ha dado para salir con asistencia de los diputados á la defensa de su reino contra los oficiales Reales que entraron con mano armada, hizo salir á la resistencia del exército en la forma que dispone el fuero, y no parecia por esto haberse rebelado, pues el Rey, que concedió y juró el fuero, le concedió esta manera de defensa; y así con su licencia procedió en lo que hizo. Esto se le imputó por delicto, porque aunque realmente, presupuesta la declaracion de fuero, no lo parecia, pero ni los jueces atendieron á ellas por haber sido falsa, aunque hecha con buena fe, ni les pareció que le disculpaba por haber mostrado lo que escribió á las Universidades, que tuvo ánimo de resistir voluntariamente al exército de su Majestad; y la ocasion de todos los malos efectos fue el engaño de los entendimientos de los Lugartenientes: ceguera causada del temor y opresion de los sediciosos, memorables abominablemente al reino más noble, valeroso y fiel desta monarquía.

Llevaron el cuerpo al sepulcro suntuoso que la casa de Lanuza tiene debaxo del altar mayor de la iglesia de Sant Francisco, poco despues del mediodia, malencólico y llovioso, en sus hombros D. Francisco de Bobadilla, D. Agustin Messía, D. Luis de Toledo, el Conde de Oñate, D. Antonio Manrique, D. García Bravo y otros caballeros. Quiso mostrar en esto el Rey fue la muerte del Justicia como de persona particular, para terror de los atrevimientos pasados y exemplo en lo porvenir, y el entierro honroso como á magistrado digno áun en los muertos por justicia de todo respeto y veneracion. Luégo comenzaron á derribar las casas de D. Juan de Lanuza, mas brevemente vino órden de su Majestad para que cesase la asolacion, y hizo merced á D. Pedro, su hermano, del hábito de la caballería de Santiago y de título de Conde de Placencia, que demas de estar en él muy bien empleados, la merecieron los servicios grandes de sus predecesores. Muchas prisiones se hicieron y muchos fueron castigados, porque el regente Lanz hizo procesos contra presentes y absentes, y el Sancto

(1) *No lo confesaron todos, y ministro del Rey hubo en Zaragoza que les persuadió que se defendiesen con la opresion de aquellos tiempos.*

Oficio tambien. Teruel no quedó sin castigo por las alteraciones que tuvo y varios deseos de ayudar á la resistencia del exército del Rey, y en su contradiccion por los dos hermanos nobles que mataron por ser en favor de su Majestad y haber ocupado el castillo, porque habiendo enviado al licenciado Cobarrubias, de su Consejo, en el reino de Valencia, que despues fue Vicecanciller de Aragon, ahorcó diez y executó otros castigos menores y aquietó la tierra, y despues pasó á Albarracin, cómplice con Teruel. Dexáronse en manos del Rey, y al fin los perdonó. En tanto libró de gran miedo muchos ánimos el pregon general que se publicó á diez y siete de Enero de mil quinientos noventa y dos, con gran estruendo de artillería, salvas de la arcabucería, voces y alegría general, eceptando algunos ausentes.

No se satisfizo el pueblo ni se sosegó con el nombre de perdon general, diciendo que no les tocaba, pues no habian sido todos delincuentes, y el perdon se interpretó sencillamente de su Majestad para los que delinquieron. Cristóbal Pellicer, el doctor Molina de Medrano, inquisidor que habia sido en Zaragoza, tomaron la confesiou al Conde de Aranda y al Duque de Villahermosa, y sus causas prosiguian.

En faltando en Utebo el Justicia, cabeza del exército de la resistencia, se disolvió el pueblo congregado para ella, y volvió á su morada como inclinado á esperar más de lo que se debe y á sufrir mucho ménos de lo que es necesario y á tener siempre fastidio de las cosas presentes que ponen duda en su conservacion. De los sediciosos algunos pasaron á Francia y otros quedaron escondidos en el reino esperando el perdon general; mas viéndose exceptados, los más principales y más culpados se acogieron á la montaña de Ribagorza; y como en los lugares fueron mal recibidos y temieron ser entregados á D. Alonso de Vargas, pasaron á Bearne con Antonio Perez. Don Diego de Heredia, D. Martin de Lanuza, D. Pedro de Bolea, Manuel Donlope y su hermano procuraban volver á Aragon para inquietar las montañas y apoderarse de algunas villas fuertes, segun Antonio Perez les aconsejaba, aunque se receptaba dellos porque no le matasen, porque sospechaba que trataban para reducirse por esta vía en la gracia del Rey; y para librarse dellos por su consejo fue buen medio el que tomaron, escribieron á algunas villas de la montaña, recogian gente en Gascuña para entrar en Aragon, se apercibiesen en su ayuda y defensa de sus libertades y venganza de la muerte del Justicia de Aragon.

Creyendo hallar los ánimos dispuestos para sus intentos, subió D. Diego de Heredia por Val-de-Tena al paso estrecho de Santa Elena, y no difícil de guardar con pocos soldados, y D. Martin de Lanuza, que tenía hacienda y parientes en Sallent, Manuel Donlope, Cristóbal Frontin y Gil de Mesa con seiscientos hombres con sus capitanes franceses, echando los bandos en nombre del Príncipe de Bearne, entraron en Biescas por fuerza,

aunque les defendieron el paso de Santa Elena D. Francisco de Abarca, señor de Gaucin, y D. Diego de Heredia, caballero del hábito de Sant Juan, hermano del Justicia de las montañas, y se retiraron por desiguales en fuerza. Hicieron daños, robos, hostilidades, y profanaron las cosas sagradas.

En este mismo tiempo, el Baron de la Laguna con trescientos hombres cerró con muchos franceses que á deshora comenzaron á entrar por otro paso, y los trabucó valerosamente la montaña abaxo, y con su diligencia se remedió el daño que pudieran hacer. Entendiendo el succeso en Jaca, se puso en armas y despachó con aviso á los ministros del Rey y á la ciudad de Huesca, nueve leguas distante de Jaca. Tocaron á rebato en la media noche, sospechando mayores daños, como estaba Francia tan llena de exércitos, y envió trescientos arcabuceros á cargo de Juan de Mompasor, señor de Lampiers, y Lorenzo Abarca, señor de Seria, Martin Lances, natural y obispo de Huesca, persuadiéndose estaban ya todos los herejes de Francia en Aragon. Viendo su ciudad sin la gente que envió, hizo tomar las armas á los clérigos y frailes y reseña de su número para guardar su pueblo y salir á morir y ser mártires por la ley de Jesucristo. Don Alonso de Vargas, recelando esta entrada, tenía apercibidos los lugares de la montaña para la resistencia. Subió á ella con los capitanes Juan de Velasco y Juan de Avalos de Padilla y otros capitanes y caballeros entretenidos, algunas compañías de infantería y de jinetes. En Señogin confirió sobre lo que habia de hacer y con el Justicia de las montañas y Lorenzo Abarca, prácticos en ellas; envió á tomar el puente de Nolat entre Biescas y Santa Elena, y al señor de Latras á ocupar otro paso con algunos montañeses y seis mosqueteros de las compañías de D. Alonso de Vargas. Fue avisado el enemigo y desamparó á Biescas, que poseyó diez dias y retiróse al paso de Santa Elena, que tenía guarnecido, asegurando la retirada. Fuéronle cargando los de Huesca valerosamente, forzándolos á retirarse y al fin á huir con muerte de la mayor parte de los franceses; de manera que sólo escaparon noventa y murieron seis de los aragoneses, un mosquetero y un jinete. Indignáronse en Bearne de tal manera contra los promovedores de la entrada, foragidos de Aragon, pareciendo vendieron á los biarneses, que los matáran si no les diera amparo madama Catalina. Don Martin de Lanuza, en el valle de Hedan, se salvó. Los de Sellent dieron sobre D. Diego de Heredia, aunque no venía con los otros, y arrojándose tras él por derrumbaderos y peñas asperísimas, le prendieron desalentado y truxeron á D. Alonso de Vargas, que le envió á Zaragoza (habiéndole afeado mucho el valerse de franceses herejes tan en contra de la gran cristiandad que siempre los aragoneses habian profesado) con Francisco de Ayerbe y Pedro Fuertes, entraron á caballo con gran contento del pueblo en Zaragoza, pareciéndole que su castigo habia de ser eficaz motivo para asegurar la

clemencia del Rey. Tal es su humor (1), que á los que tuvo por amigos, ya descansa en su ruina. La mayor parte desta victoria se debe (2) á los aragoneses que pelearon con su antiguo esfuerzo y valor; y aunque la tierra era fragosa, los jinetes tuvieron gran parte en el buen suceso. Don Alonso de Vargas, agradeciendo la voluntad y prontitud con que fue socorrido, escribió á los que le enviaron gente, dándoles gracias, y al Obispo de Huesca así:

«Doy á V. S. la norabuena del buen suceso de lo de aquí, como á quien le cabe tanta parte, del que puede tener muy bien por suya la victoria, en lo mucho que para salir con ella hicieron los capitanes y gente de V. S., en que demas de mostrar el valor, fidelidad y buen celo y cristiandad de V. S., han ganado ellos la honra y fama que sus hechos merecen. Así lo escribo á su Majestad, y de su parte doy á V. S. las gracias.»

Fue este suceso tenido del Rey muy importante, por lo que aseguró del recelo que se tenía de que habia gran golpe de bearneses apercibidos para entrar en Aragon por diversas partes, y porque dió á conocer esta ocasion que la mayor siguridad está en la fidelidad y satisfaccion de los montañeses; y mostróse más por haberse muchas villas resentido con el General, porque no los convocó generalmente, sin servirse de unos más que de otros, pues la voluntad de servir á su Majestad era una misma. Aumentó el contento para en lo porvenir, que sólo el daño estaba en los inquietos de Zaragoza, que traian á su devocion y opinion con falsos presupuestos á otros y al pueblo menudo y rudo engañado. Su Majestad envió á D. Alonso de Vargas la encomienda mayor de Leon, que vale nueve mil ducados, con lo caido de cuatro años, que la dió al Marqués de Santa Cruz, cuando volvió de la recuperacion de la isla Tercera. Hizo merced de la Herrera, que vale tres mil ducados, de la Orden de Calatrava, á D. Juan Manrique, hijo del Duque de Nájera, que vacó por su tio D. García Manrique; y la de Monreal, de la misma Orden y valor, al Conde de Ribadavia, que vacó por el conde Tribulcio; otra á Mos. de Tisnac, teniente de los archeros, de mil ducados; la de Montiel, del hábito de Santiago, á D. Fadrique Puertocarrero, mayordomo de sus Altezas, que vale dos mil ducados; otra de mil al hermano del Conde de Belchite; otra de Alcántara, de dos mil, á D. Cosme de Meneses, de la cámara del archiduque Alberto, que vacó por el Marqués de la Favara, y otras mercedes quedaron para hacer adelante.

Escribió á la nobleza y ciudades de Aragon así:

«Por diversas relaciones, y particularmente por la del Gobernador, he sabido vuestra voluntad, con ocasion de la entrada de los herejes por las

(1) *Este mismo es el humor de todos los pueblos del mundo en semejantes ocasiones.*

(2) *¿Y por qué no toda la victoria? A lo ménos así lo confesaba el mismo D. Alonso de Vargas.*

fronteras del reino; la demostracion y buenos efectos da bien á entender vuestro celo y mi obligacion á mirar por lo que os tocare, pues aunque acudir á semejante caso era preciso y forzoso para vuestra quietud y bien de ese reino, os lo agradezco y estimo como sólo á servicio mio, de que me queda gran satisfaccion y memoria de vuestra fidelidad, que me ha sido siempre, y particularmente en esta ocasion, muy grata y acepta, etc.»

A los caballeros que vinieron por el reino y por Zaragoza con D. Francisco de Bobadilla á tratar del asiento de las cosas dél, les mandó decir nombraria Justicia de Aragon, que por ser cargo de tanta importancia lo habia diferido, por acertar en la eleccion, y en el perdonar á los ecetados ménos culpados, venida la informacion de todos, que se hacía, se tendria mucha cuenta, con lo que le habia pedido, y haria con el Inquisidor general y su Consejo se tuviese mucha consideracion en proceder con moderacion. Dió la carta para el reino á D. Francisco de Bobadilla y la de la ciudad; á un comisario della hizo gentilhombre de su boca, y el canónigo que con ellos vino, Obispo de Jaca, por la promocion de D. Pedro de Aragon al de Lérida. Tambien mandó volver á sus ciudades los síndicos que vinieron cuando entró el exército á pidir saliese brevemente, y se les dixo acudiesen á la parte que serian llamados, dando á entender iria en persona el Rey á celebrar Córtes, siendo en Tarazona, Calatayud ó Daroca, cercanas á Castilla, porque deseaba cumplir la promesa que les hizo en Monzon el año mil quinientos ochenta y cinco de llevarles el Príncipe de la edad competente para que les jurase sus fueros. Dió licencia al Marqués de Lombay para salir de Aragon, habiendo sido su jornada de poco efecto para el fin á que iba encaminada.

El reino socorrió á D. Alonso de Vargas con veinte y seis mil ducados, y le ofrecieron otra buena suma y que pagarian lo que estaba prometido por los exceptados que prendieron, como se iban haciendo. Cortaron la cabeza á Francisco de Ayerbe y á D. Diego de Heredia, y fue puesta en jaula de hierro sobre la puerta del puente con letrero (1) que manifestaba su causa, y á Pedro Fuertes dieron garrote. Aprobó esta entrada de los bierneses el intento de fortalecer á Jaca y hacer fuertes en estos pasos de Francia, pues aunque no fuese grande su guarnicion, con la constancia de los fieles y guerreros montañeses serian muy de provecho. Comenzó la fábrica luégo D. Alonso de Vargas con la industria del ingeniero Tribuas Espanochi, traido de Cádiz para esta fortificacion por órden del Rey.

La Inquisicion celebró auto solemne de seis relaxados al brazo seglar para darles pena de muerte y otros á galeras, y otros con diversas condenaciones hechas por nuevos Inquisidores, quitados los que pidieron á Anto-

(1) *Ningun letrero se puso junto ni léxos de la cabeza.*

nio Perez, para que este juicio careciese de toda sospecha; fueron culpados en haber ayudado á la fuga de Antonio Perez y á la resistencia del exército, que venía á poner en libertad aquel tribunal é impidir su execucion y uso. En Navarra fue preso el diputado del reino D. Juan de Luna, descubierto por un clérigo codicioso del tallon. Fue traido al castillo de San Torcaz, y tomada su confesion, vilmente y contra verdad depuso en el tormento contra el Conde de Aranda y Duque de Villahermosa, lo que despues dixo no era verdad. Cortáronle la cabeza en Zaragoza, y en jaula de hierro la colgaron, con letrero que manifestaba su delito, sobre la puerta de la Diputacion.

LLAMA Á CÓRTES PARA TARAZONA Á LOS ARAGONESES Y DISPONE SU VIAJE PARA IR Á CELEBRARLAS, Y LO QUE PASÓ.

El Rey mandó despachar en el Consejo de Aragon las convocatorias para celebrar las Córtes en Tarazona, ciudad capaz y fresca, en la falda de Moncayo, para pasar en ella el verano y estío, pues la proposicion sería á nueve de Mayo. Disponiendo su viaje, propuso las de Castilla á cinco, en Madrid. Su gran médico Vallés le dixo no convenia para su salud mudar aire, y le respondió: «Si muriese, será en el oficio en que Dios me puso para administrar su pueblo en paz y justicia, en Aragon como en Castilla.» Y así nombró por Presidente del Real Consejo della á Rodrigo Vazquez de Arce, que lo era de la Hacienda, y tanto fue mayor esta merced por haberle sacado de su tribunal para decírselo su Majestad, y fue esta eleccion aprobada generalmente. Señaló al licenciado Laguna, visitador del Consejo de Hacienda, por Contador mayor, y del de Cuentas sin título de Presidente, quedándose en el Consejo Real con dos mil ducados de salario al año, provision bien extraordinaria. Dió el gobierno del Principado de Cataluña al Duque de Maqueda. Mandó á su fiscal no inquietase al Duque de Medinaceli, á quien habia puesto demanda de veintisiete lugares de su Estado y de las alcabalas y tercios dellos, que montaban veinte mil ducados de renta, y de las alcabalas del Puerto de Sancta María, que valen otro tanto; y el Duque le habia dicho las gozaba con la permision general que su Majestad las del reino, y si no le satisfacia esto, se truxese de Roma el compromiso que hicieron sus pasados y los Reyes predecesores de su Majestad, y se veria cómo se le debia dar mucho más de lo que poseia, y por los muchos servicios de su casa hechos á esta Corona y por haber dexado de hacer su protesta en la pretension antigua del reino, despues que su Majestad fue jurado en ella por su Rey.

Comenzando á disponer las Córtes de Aragon, envió delante al regente Campi y D. Miguel Clemente, protonotario de Aragon, y al arzobispo de Zaragoza, D. Andres de Cabrera y Bobadilla, que habia de presidir en

ellas, en tanto que llegaba su Majestad, y á D. Ladron de Gurrea, caballero de Madrid, y á D. Pedro de Castro, hijo del Conde de Lemos, para solicitadores y tratadores. Ordenó acompañasen al Arzobispo cincuenta alabarderos españoles y alemanes, y que siguiesen su persona los del Consejo de Aragon y el licenciado Guardiola, del Real y Cámara de Castilla.

Partió de Sant Lorenzo con el Príncipe y la Infanta, sábado treinta de Mayo, y fué á la casa del bosque de Balsain; y á siete de Junio llegó á Segovia, dando general contento, y en los alcázares le recibió el Conde de Chinchon, su alcaide perpétuo, con la solemnidad de casa fuerte. Celebraron la venida con mascaradas, luminarias, vocería y públicas alegrías. Pasó al monasterio de Santa María de Parraces, abadía anexa á Sant Lorenzo, antigua, rica, bien reputada, de canónigos seglares de Sant Agustin, y acabados allí por largueza de tiempo y menor observancia de la regla de su instituto, donde aprendí las primeras letras, estando en aquella casa el colegio y seminario de Sant Lorenzo.

En este tiempo andaba muy viva la negociacion con los aragoneses juntos en Tarazona, porque admitiesen al Arzobispo de Zaragoza por Presidente con los poderes que presentó de su Majestad para hacer la proposicion y prosecucion en su nombre, poniéndoles delante la brevedad del tiempo en que espiraba la convocacion y la dificultad de poder llegar el Rey á proponer por sus indisposiciones y edad, con muchas ofertas de hacerles merced, aunque hubo contradicion, teniendo sobre sí un exército y reforzado entónces con cinco mil hombres, y tantos presos, y el reino afligido con los trabajos pasados, y más por su deseo de contentar á su Rey y servirle con su innata fidelidad, liberalidad y buena gracia; y áun no acabados, concedieron la habilitacion, diciéndoles diera más consuelo la Real presencia. Fueron al monasterio de Veruela, distante dos leguas de Tarazona, dos de cada brazo á darle su habilitacion. En el dia siguiente se propusieron las Córtes sin repugnancia, con protesta de que por esta vez, y hasta que su Majestad llegase, admitian puesto en sólio. El Presidente mandó leer la proposicion que el mismo Rey habia de hacer. En suma, ponderaba el amor que siempre habia tenido á este fidelísimo reino y el deseo de su paz y quietud, y habia crecido á medida de los trabajos que habia visto en él.

«Helos sentido, dixo, en el grado que os amo y entretenido las cosas con suavidad y blandura, entre tanto que se han podido sobrellevar, tratando los negocios con toda la benignidad que he habido lugar por el estilo de vuestros fueros y en vuestros propios tribunales con extraordinaria ocupacion y cordura.» Concluyendo: «Y pues Dios ha permitido, por justos y secretos juicios suyos, que dentro de tan pocos dias os hayais visto, por mano de vuestros propios naturales, metidos en la aflicion y confusion que arriba se apunta, y ahora estais por mi órden congregados para tratar de

vuestro bien, debeis dar á Dios, Nuestro Señor, muchas gracias en que haya venido tan justo el daño y el remedio, y tan de paso su ira, que suele comenzar con menores movimientos y acabar mayores provincias y naciones; y así, sabiendo aprovecharos de la merced que os ha hecho, os encomiendo y encargo que, si del servicio de Dios, honra y respeto de sus ministros, habeis tenido cuenta hasta ahora, la tengais de aquí adelante mucho mayor, y atendais á que se asiente y concierte vuestra quietud; de manera que no se pierda esta ocasion como las pasadas, sino que se aproveche y emplee en vuestro remedio, dexando estas Córtes tan reformadas las costumbres, leyes y gobierno, que personas inquietas no las puedan torcer ni convertir contra vuestra reputacion y en vuestro daño, sino que todo quede en tal concierto, que Nuestro Señor quede muy servido y vosotros en la paz y descanso que os procuro. Para ayudaros á ello, estoy tan dispuesto que no podais desear más aparejada inclinacion y voluntad y demostraciones más manifiestas y verdaderas que las que veréis ahora y habeis visto por el discurso de casi cincuenta años que há que me jurasteis y os gobierno.»

Recibió el aviso en Medina del Campo, y les envió las gracias por la habilitacion del Arzobispo, diciendo que no esperaba ménos de tan fidelísimo reino. A veintisiete de Junio, ántes de hacer su entrada en Valladolid, como fuera de la puerta del campo, en una huerta de D. Bernardino de Velasco y á las seis de la tarde, le recibieron el Cabildo y el Abad de la iglesia colegial del Cardenal, la Universidad, Inquisicion, la Chancillería y la Villa, llevando á la diestra el Almirante de Castilla, al corregidor D. García de Bustos, natural la villa de Ocaña y sobrino del obispo de Avila Sancho Bustos de Villegas, que murió con la cédula de Presidente de Castilla, de quien habia sido consejero. Entraron por las calles extremadamente adornadas de tapicerías y hermosas damas, celebrando en puestos menestriles y trompetas, que este recibimiento sólo admitió en Castilla, por la eccelencia de la villa, y mayor por haber nacido en ella su Majestad. En la noche del último de Junio hubo mascarada, acompañada con diez carros triunfantes de invencion de ingeniosa significacion, y poco despues la fiesta antigua y propia de toros y juego de cañas, de seis cuadrillas de á diez con libreas y aparato costoso, con mucha destreza y concierto. La plaza dió agradable vista en la noche y fin de la fiesta con su número y bien ordenado ventanaje, lleno de antorchas y candelas en forma de pirámide, con puertas, y con abrasar un navío fuegos artificiales, todo prevenido por el Corregidor, prudente, de valor y grandes esperanzas que atajó su temprana muerte. Apretóle la enfermedad de la gota al Rey, con que pareció se detendria muchos dias en Valladolid, aunque los de las Córtes de Aragon le habian suplicado abreviase el viaje, porque sin su Real presencia todo caminaba con tal remision que poco llegaria á efecto, si bien se procedia en lo que su Majestad deseaba que se concluyese ántes de

su llegada á Tarazona, que era tomar asiento en la forma de votar y resolver los negocios. En los brazos y Córtes se debatia mucho, como fundamento para abreviar en todo lo demas; porque hasta allí, en las Córtes celebradas concurrieron todos en votar, y con uno que pusiese disentimiento, los demas eran sin provecho y así quedaban muchas cosas por resolver y otras tardaban gran tiempo y nada se hacía á ciertas. Ahora cesaria este inconviniente, pues ya sólo se dificultaba si se habia de estar á la mayor parte ó á las dos partes de tres de cada brazo, y despues á cuantas de todos los brazos juntos que llaman la Córte. Conocido esto, en lo demas se caminaria muy apriesa, porque deseaban reparar algunos fueros perjudiciales al buen gobierno y hacer otros convinientes al bien del reino. Para concluir esto habian nombrado veinticuatro personas de mucha noticia de las cosas de Aragon, seis de cada brazo, y para ordenar los memoriales de lo que importaba remediar en aquellas Córtes, comunicando lo que se fuese haciendo en los brazos para aprobar ó enmendarlos.

Para que todo tuviese debido efecto fue representado á su Majestad era de gran inconveniente la asistencia del exército con el reino, porque con doce mil infantes y mil y quinientos caballeros mal se diria en algun tiempo si tuvieron libertad para celebrar estas Córtes, y podian darse por nulos los fueros y todo lo que fuese hecho en ellas. A siete de Agosto tomaron resolucion de que la mayor parte hacía brazo en cada uno de los cuatro y la mayor parte dellos la Córte, con que el Rey quedó muy contento. Aunque en este fuero quedaban fuera el haber de concurrir todos como ántes, tratando de hacer ley, de dar tormento y confiscar bienes, de echar en galeras y de hacer nueva imposicion, se hubiesen de pidir los greujes dentro de treinta dias llamadas las Córtes, y dentro de veinte los que sucedieren durante el tiempo dellas para otorgar el fuero. Desto y hacer el sólio estaba habilitada la casa del Arzobispo. Murió en tanto sin efectuarlo y el Protonotario, y prorogaron las Córtes para los veinte de Setiembre, y en él habia su Majestad de hallarse en Tarazona ó prorogallas. Por esto le pidian abreviase su jornada, pues su presencia facilitaba todo lo demas, que disponian de manera que se le excusaria dilacion y pesadumbre.

Murió en la fortaleza de Coca, de tabardillo, habiéndole curado con mucho cuidado buenos médicos, el Conde de Aranda. Decian hizo áspera penitencia en la prision, con rigores que le pudieron acortar la vida. En lo último della, sacramentado ya, teniendo á su lado frailes descalzos, ante un crucifixo, manteniendo su juicio y habla hasta que falleció, dexó escritas palabras y protestacion en abono de su inocencia, de grande ponderacion. Acabó con mucha aprobacion de su vida y cristiandad. Tambien el Duque de Villahermosa falleció poco despues y se prosiguieron sus causas en juicio contradictorio en el Consejo Supremo de Aragon, y salió por sentencia no haber cometido delicto, sino servido muy bien á su Majestad en cuanto se

la habia ofrecido; que son palabras della. En la causa del Conde de Aranda, el fiscal, por mandado del Rey, desistió de su acusacion, diciendo el Conde en esta instancia haber eficiado y probado en su defension de su inmunidad tales cosas que su Majestad quedaba por ellas enterado y satisfecho de que no le desirvió en obras ni en la intencion. Despachóse privilegio para la entrega de sus Estados á sus herederos, de que no pagaron derecho en la cancillería ó protonotaría, porque no era merced nueva, sino restitucion. Desde Valladolid mandó el Rey partir al Conde de Fuentes, D. Pedro Henriquez de Guzman y de Acevedo, capitan general de Portugal, para Flándes, con mil ducados de sueldo á el mes y veinte mil de ayuda de costa. Iba en lugar del Marqués de Cerralbo, que falleció en Colibre, del Condado de Rosellon, habiendo tentado tres veces el pasar el Golfo de Narbona con dos galeras, y tantas vuelto arrriba por el mal tiempo. Enviábale el Rey á visitar al Duque de Parma, que estaba enfermo, y habia pidido licencia para ir á morir en Parma, consolalle y darle gracias por sus grandes servicios, y para que le comunicase en particular los negocios importantes de que habia por mayor advertido al Rey ántes de su muerte, que conocia cercana. Por sucesor del Conde de Fuentes envió al de Portalegre á Portugal; dió al Conde de Uceda una encomienda de Alcántara, de dos mil y quinientos ducados de renta, habiéndole quitado por justicia el Condado y la paga de ciento y cincuenta mil ducados que montó su compra y de la tierra, habiéndolos de cobrar el Rey, que no le sería muy fácil. Hizo gentileshombres de la boca á D. Alonso de Aguilar, hermano del Marqués de Priego, y á D. Luis Manrique de Aguilar, hermano del Marqués de Aguilar, y á D. Enrique Henriquez, hijo del Comendador mayor de Alcántara D. Fadrique, mayordomo del Rey, y á don Francisco de Velasco, nieto de D. Antonio, ayo que fue del príncipe don Cárlos.

Murió fray Diego de Chaves, confesor del Rey, de noventa años y los setenta de hábito, de muchas letras, inteligencia de negocios y religion, y tan favorecido de su señor y tan sin ambicion, que le dió el arzobispado de Sevilla y no acetó, y tan fraile en su moderacion de vida que sólo tenía un criado á quien su Majestad hizo portero del Consejo de las Ordenes, y algunos libros, sin tapicerías ni preseas. Caminaba en su mula y era su cama celda de fraile dominicano verdaderamente. Mandó el Rey recoger sus papeles en baules en la guarda-joya.

Partió de Valladolid cuidadoso por la muerte en un dia, y al noveno de la enfermedad, del Arzobispo de Zaragoza y del protonotario, porque iban encaminando bien los negocios de las Córtes. Para abreviar y asegurar más la ida de su Majestad á Tarazona, le enviaron por embaxadores al obispo de Teruel D. Jorge de Heredia, D. Pedro Mur y D. Jerónimo Zapata. En Búrgos le suplicaron favoreciese aquella congregacion de tan notables

y leales vasallos, venidos á ella por su mandado, y pues las cosas estaban en buena disposicion y deseaban acertar á serville.

Partió de Búrgos á treinta de Setiembre acabada una novena que en el Santo Crucifixo tuvo la Infanta, prometida en grave enfermedad de su padre; y porque las que habia eran tan peligrosas que murieron sus dos famosos médicos, Vallés, covarrubiano, insigne filósofo, maestro complutense, y Vitoria, su compañero, y el Conde de Buendía sin hijos legítimos, y compitian sobre la sucesion el Marqués del Algaba, como primo hermano, varon del difunto, y su hermana, suegra del Adelantado de Castilla. Dexó el Conde cien mil ducados á D. Juan de Acuña, su hijo natural, del Consejo supremo de Castilla; y poco tiempo adelante pasó desta vida su mujer y quedó su heredero de otros cien mil ducados D. Alvaro de Córdoba, su hermano. Murieron tambien Antonio de Guevara, del Consejo de Hacienda, y el factor del Rey Hernan Lopez de Ocampo, descompuesto y privado del Consejo, y el Conde de Tendilla, estando para casar con hija del príncipe Ruy Gomez, y su padre el Marqués de Mondéjar, preso en la fortaleza de Chinchilla y sin esperanza la Marquesa de tener más sucesion, como despues se vió; y la primera, ántes viuda que casada, tomó el hábito de monja descalza, desengañada de cuán poco hay que fiar de juventud, sangre ilustre y grandeza de estado. Murió tambien el primogénito del Conde de Melgar, nieto del Almirante de Castilla, con sumo desplacer general por lo mucho que esta familia Real ha sido siempre bien vista y amada en Castilla.

Envió su Majestad delante á Tarazona algunos capítulos con el Conde de Chinchon, para que en las Córtes se confiriesen, en tanto que llegaba. En el monasterio de la Estrella, de la órden de San Jerónimo, en ribera del Ebro, sitio húmedo y desacomodado, enfermó el Rey de manera que estuvo á punto de muerte. Ya convaleciente, en el dia de San Martin, entró en Logroño debaxo del palio, y en Pamplona á veinte de Noviembre, donde le tuvo suntuoso recibimiento el Marte de Africa, D. Martin de Cardona, marqués de Córtes, Virey de Navarra y capitan general de todo el vascongado. Pareció D. Felipe en esta entrada con tan buen semblante y aliento entre tantas enfermedades, que dió gran contentamiento. Estuvo la ciudad lucida y armada maravillosamente, y entre otras fiestas hubo un torneo de muchos caballeros que combatieron como gigantes. Celebróse el juramento del Rey y luégo el del Príncipe. En el dia de San Andres, entró en Tarazona debajo de pálio y arcos triunfales, llevando el estoque delante D. Blasco de Alagon, por haberle renunciado el Conde de Sástago, su padre, el estado y el oficio de camarlengo de Aragon, á quien toca aquella preeminencia y retirádose á vida privada.

Halló su Majestad en los aragoneses tanto reconocimiento de la fidelidad que han tenido siempre á él y á sus predecesores, y tan buena confor-

midad en la concesion de los fueros convinientes para el buen gobierno, segun los capítulos que de su parte habia propuesto el Conde de Chinchon, de parecer de los mismos aragoneses, y tal arrepentimiento en los delincuentes zaragozanos de los excesos pasados, que su Majestad usó de su clemencia y bondad natural. Mandó que en el dia siguiente jurase por Justicia de Aragon el Dr. Juan Campi, regente del Consejo supremo dél, porque era necesario para la celebracion del sólio de las Córtes, y armóle caballero ántes para calificalle. Por capítulo de aquellas Córtes, habian de tener juristas aquel cargo, á voluntad del Rey, durante la vida del electo, sin poder ser removido ni él dexar el cargo sino en Córtes y beneplácito de su Majestad y de los cuatro brazos, previniendo el inconviniente del que degollaron. Remuneró sus servicios antiguos y frescos en estas Córtes, siendo tratador dellas con D. Juan de Mendoza, hermano del Marqués de Cañete y primo del Conde de Chinchon y eclesiástico; y así le hizo del Consejo supremo de Inquisicion.

Entre otros fueros que se instituyeron para la buena administracion del reino y concordia con el de Castilla, asentaron que hasta la celebracion de otras Córtes daban libre facultad al Rey para que pueda nombrar visorey extranjero, quedando salvos y ilesos y sin perjuicio alguno los derechos que tiene el reino segun sus fueros. Concedió á su Majestad setecientos mil ducados de servicio y donativo, pagados en tres años, cien mil más que solian conceder otras Córtes.

Concluidas las cosas de la reformacion de los fueros, se trató de que el Príncipe las ratificase por sí mismo, y señalóse para ello el dia tercero de Diciembre, y todo estuvo dispuesto y se executó desta manera. Jerónimo Zurita y Sebastian de Morrano, ujieres de armas, con sus bastones gruesos asistieron á la execucion de las órdenes. En lo antiguo usaban los Reyes en este acto tener cetro, corona y globo; despues se acostumbró servirse de maceros y reyes de armas, dos ó cuatro de cada especie. Llamados por los ujieres, los brazos que estaban juntos en sus estamentos, entraron; los eclesiásticos primero en la sala del sólio; luégo los nobles; despues los caballeros y hidalgos, y tras ellos los síndicos de las Universidades, llevando delante les andadores de los diputados con sus mazas y siguiendo á los ujieres; y los nombres de todos escribió el notario de los que entraban de cada brazo. Los oficiales Reales ocuparon, segun su costumbre, las gradas por los lados, de manera que dexaban descubierta y bien á la vista la silla de su Majestad.

Entró D. Felipe en la sala con los maceros, y delante dellos los caballeros, y tras ellos los mayordomos del Rey; luégo los Grandes y los reyes de armas, detras y cercano á su Majestad el camarlengo del estoque. Solian hacer para el Príncipe tarima aparte, una grada más baxa que la del Rey, y ahora por la estrecheza de la sala fue necesario que estuviesen las

sillas de padre y hijo en un mismo plano, vuelta é inclinada la de su Alteza hácia la de su Majestad; de modo que no estaba al lado, porque el Conde de Chinchon, como tan prudente y advertido en todo y diestro en el uso de las ceremonias que se usan en tan solemnes actos en los reinos desta monarquía, lo dispuso y previno todo primero con la comunicacion de los ministros. Ocuparon las sillas su Majestad y Alteza, y el camarlengo con larga reverencia dió el estoque al Rey, y le tuvo entre las piernas todo el tiempo que duró el sólio; y quedó el Conde abajo de la tarima, y á los reyes de armas señaló puesto. El Conde de Chinchon y los ujieres estuvieron en lo llano del tablado, cada uno á su lado, y habiéndoles hecho señal, dixo el uno en voz alta: «Su Majestad manda que os senteis», y con segunda señal repitió: «Su Majestad manda que os senteis y cubrais.» Y con la tercera señal dixo: «Manda que los oficiales Reales os senteis», y con la cuarta dixo: «Su Majestad manda que suban las personas nombradas por los brazos», y subieron cuatro, y dió la súplica al Rey sobre la jura del Príncipe el prelado, arrodillado en la última grada de la tarima, y hechas sus tres reverencias, volvieron á sus puestos. Entrególa al secretario de Aragon, Agustin de Villanueva, que hacía oficio de protonotario, y leida por él decia:

«Los cuatro brazos del reino de Aragon, que por mandado de vuestra Majestad están congregados en estas Córtes, besan las Reales manos de vuestra Majestad y de su Alteza por la merced y favor que han sido servidos hacer á este reino con sus presencias, que era la cosa que más deseaban en esta vida, por el amor y fidelidad natural que siempre ha tenido y tiene á vuestra Majestad y Alteza, y á los serenísimos Reyes sus predecesores; y para que el contento que desto les ha de quedar sea conforme á su deseo, suplican humilmente á vuestra Majestad se sirva tener en bien que el serenísimo príncipe D. Felipe, nuestro señor, jure los fueros y leyes deste reino, con las protestaciones y salvedades que se acostumbran; y para ello la Córte y cuatro brazos de aquélla ha hecho las habilitaciones y consentimientos necesarios y en ellos recibirá particular merced de vuestra Majestad.»

Luégo le dió un papel el Rey con esta respuesta:

«Su Majestad da muchas gracias á los cuatro brazos por la voluntad y amor que muestran á su servicio; y por corresponder con él, tiene en bien que el serenísimo príncipe D. Felipe, su hijo é inmediato sucesor, jure los fueros y leyes deste reino de la manera que por los cuatro brazos se suplica.»

Pusieron luégo dos ayudas de furrier el sitial y almohada en la parte que les señaló el Conde de Chinchon; el uno dió una almohada á García de Loaysa, y besándola á los piés del sitial, la puso para su Alteza. El canónigo Tovar, capitular de Zaragoza, dió á García de Loaysa el *Lignum*

Crucis y los Evangelios, y los puso sobre la almohada del sitial, que estaba en el tablado grande, debajo del altar, ladeado de manera que el Príncipe tenía á la diestra á su padre y á la siniestra el reino, y enfrente al Justicia de Aragon. Luégo dixo el uxier de armas: «Su Majestad manda que el Justicia de Aragon suba á tomar el juramento á su Alteza»; y junto al sitial esperó que el Príncipe llegase, habiéndole señalado el punto su Majestad. A este tiempo llegó el Justicia al sitial, y hecho su acatamiento á su Majestad y Alteza, se arrodilló, y el Príncipe se levantó y tambien los cuatro brazos, y haciendo reverencia á su padre se ahinojó, y besando su mano derecha tocó la Cruz y los Evangelios. El que hacía el oficio de protonotario leyó el juramento en pié y voz alta, que fue el que habia hecho el Rey en el año mil quinientos y ochenta y cinco, como tutor y curador del Príncipe, y el mismo que su Majestad hizo cuando lo era en el año mil quinientos y ouarenta y dos, y leido volvió su Alteza á su silla, hecha la cortesía á su padre, y el sitial pasaron á un lado. Luégo quedaron los de los brazos arrimados á sus brazos, esperando que les mandasen cubrir y asentar hasta que les señaló el ugier y á los oficiales Reales, y dijo: «Su Majestad manda que suban las personas nombradas con los fueros.» El Obispo de Huesca subió, que le ha tocado, porque tiene el primer lugar, despues del Arzobispo de Zaragoza, que no habia al presente, acompañado uno de cada brazo con un cuaderno en la mano, donde estaban todas las leyes y fueros que se habian hecho y reglado en estas Córtes; y hecho su acatamiento, llegaron á los piés del Rey, y dijo el Obispo: «Los cuatro brazos del reino de Aragon han aprobado los fueros, leyes y actos de Córte que se contienen en este cuaderno, con el cuidado y celo que deben al servicio de Dios y de vuestra Majestad, bien y quietud del reino. Suplican humilmente sea de su Real servicio mandarlas decretar y autorizar para que de aquí adelante sean fueros y leyes universales del reino y actos de Córte de él.» Y dió el cuaderno al Rey, y volvieron á su puesto. Entregado al protonotario, leyó la primera respuesta que los brazos hicieron á la primera proposicion de Córtes, y llegando á la cantidad del dinero con que servian paró, y comenzó á leer los fueros y los letrados por sus títulos, y lo demas dejó por ser larga lectura, y dijo que su Majestad de voluntad de la Córte general del presente reino lo daba todo por leido, y que á suplicacion de ella decretaba y autorizaba los fueros para que de allí adelante fuesen habidos por leyes universales del reino y actos de la Córte de él, y asimismo todo lo que estaba ordenado y era de costumbre hacerse. Luégo pusieron el sitial junto á la silla del Rey, y descubierto y en pié, por no poder bien ahinojarse, besando su mano, tocó la Cruz y los Evangelios, y el Justicia arrodillado en la tercera grada enfrente del Rey, de la otra parte del sitial, de tal manera que por encima de su cabeza veian todos los brazos el rostro del Rey, dijo el protonotario:

«La Majestad del rey D. Felipe, nuestro señor, jura en manos y poder del Justicia de Aragon por la Cruz y Santos Evangelios de Nuestro Señor Jesucristo, con sus manos tocadas corporalmente, que tendrá y guardará en todo tiempo inviolablemente por sí y por sus sucesores los fueros, leyes y actos de Córte, contenidos en el cuaderno que se le ha presentado por la Córte general del presente reino y se han dado por leidos; y su Majestad los ha autorizado y decretado, y contra ellos ni alguna parte de ellos no irá ni vendrá ni consentirá que se venga por ninguna causa ni razon.»

Luégo volvió á su silla el Rey y el Justicia, hecho acatamiento á su puesto con los oficiales Reales y el uxier, dijo:

«Su Majestad manda que los oficiales Reales pasen á jurar.»

Y así llegó el Vicecanciller, Regente, la Cancillería, Justicia de Aragon y alguaciles; y ahinojados tocada la cruz y Evangelios, leyó el juramento que hacian el Protonotario, que decia:

«Los oficiales Reales juran en poder de vuestra Majestad, sobre la Cruz y Santos Evangelios, por ellos y cada uno de ellos corporalmente tocados, que tendrán, observarán y francamente guardarán en todo tiempo, todos los dichos fueros que por su Majestad y la Córte general han sido habidos por leidos y por vuestra Majestad decretados y autorizados; y contra ellos ni algunos de ellos no vendrán ni harán que se venga por ninguna causa ni razon.»

Y hecho el acatamiento debido al Rey y Príncipe, volvieron á sus puestos.

Luégo el uxier dixo:

«Suban á jurar las personas nombradas por los brazos.»

Y hecha reverencia al Rey y arrodillándose ante el sitial, dijo el Protonotario:

«Las personas nombradas por los brazos, en virtud del poder que de sus Príncipes respectivamente tienen y en sus nombres propios, juran en poder de vuestra Majestad, etc.» Y luégo el Protonotario dixo:

«Su Majestad agradece á la Córte general de Aragon el servicio que con tanta voluntad le hacen, y tiene por muy mayor el celo con que se ha dispuesto á procurar su remedio mediantes las leyes que se han hecho, correspondiendo al amor que como Príncipe y señor ha tenido siempre su Majestad á este reino, por lo que de su fidelidad merece, quedando á cargo de su Majestad mandar que se administre justicia con igualdad, porque se viva con la quietud y paz que es razon, que es lo que ha deseado y procurado siempre y se debe al descargo de su conciencia.» Y con esto su Majestad licenció las presentes Córtes con el testimonio que dió el Protonotario del contento con que su Majestad quedaba por lo bien que se habian dispuesto las cosas, y lo tuvieron todos en extremo grado y todo el reino de ver tal serenidad despues de tales tempestades. Hizo este oficio

de Protonotario el Secretario de Aragon, Agustin de Villanueva, con gran autoridad y satisfaccion general, por su gallarda y grave persona, nobleza y buena intencion, como ministro digno de tal reino y de tan gran Rey.

La calificacion de la culpa de los Lugarestenientes del Justicia se hacía por los Consejeros (1) del Rey, y parecia grandísima y merecedora de la muerte con el exemplo de D. Juan de Lanuza, su presidente; pues el consejo para un hecho tiene más parte en él que la execucion, porque era indubitable (2) ser su declaracion mala y desaforada por su culpa, pues si la dieron por temor de la muerte, debian (3) los buenos ministros morir ántes que hacer injusticia, que no han de temer la ira áun de los tiranos, para dejar deducir con libertad lo que sienten, que si bien el temor suele caber en el varon constante, no en el juez recto y prudente, y si por otro respecto será mayor su delito y en el exceso, habiendo (4) sentido lo contrario de lo que declararon y el miedo les hizo decir contra lo que sentian. Y en materia tan grave, presupuesto que de ellos se confiaba, aunque supieran cierto que les habian de quitar la vida, estaban obligados á decir fielmente su parecer, y no engañar (5) á quien tenía puesto su acierto en lo que ellos declarasen. Otros juzgaban ser dignos de perdon, porque siendo hombres de mucha cristiandad y buen celo, no dirian (6) lo que no sentian, y si sintieron mal, se pudieron engañar como al parecer de hombres doctos en efecto se engañaron, y así no dilinquieron (7); y así ninguno está obligado en conciencia á entender con certidumbre la verdad de lo que aconseja, sino hacer lo que pudiere por entendello y aconsejar lo que tiene por verdadero y cierto, y es doctrina comun y verdadera se considerase la vehemente ocasion que tuvieron para turbarse, y que puede un entendimiento turbado con facilidad engañarse en el juicio; y aunque no esté turbado, está sujeto á ignorancia y engaño; porque solamente Dios, por ser infinitamente sabidor, no puede engañar ni ser engañado.

Tambien era de advertir habia en el fuero palabras de donde pudieron tomar motivos para entenderlo de la manera que lo declararon, y más tur-

---

(1) *No trataron esta causa como ordinarios, sino con particular comision.*

(2) *¡Indubitable! ¿Pues cómo este Autor ha dicho todo lo contrario?*

(3) *Lo que el buen historiador suele hacer es referir.*

(4) *¡Oh, cómo se echa de ver que tambien peca la adulacion callando como hablando; y si no, véase la trepidacion con que este Autor refiere todo esto, de la interpretacion y intérpretes del fuero!*

(5) *Si ellos estaban engañados, no engañaron al Justicia, pues le dixeron lo que sentian.*

(6) *Si por su cristiandad y celo era de creer que no dirian lo que no sentian, claro está que no delinquieron. Y si así fué, ¿sobre cuál pecado habia de caer el perdon?*

(7) *Segun esto, alguno podria decir: si ellos no delinquieron, luégo tampoco delinquió el Justicia.*

bados con las amenazas de los que los tenian oprimidos, y era cierto asimismo no haber errado los que obedecian al Justicia (1) en aceptar los cargos de guerra, porque procediendo éste con el consejo y segun la forma del fuero, como realmente procedia, él tenía autoridad para mandarlos y ellos obligacion de obedecerle, especialmente que demas del mandamiento que les instaba, lo consultaron (2) el Duque y el Conde con el Virey y los demas con gente de ciencia y conciencia, á más de impugnar su inocencia. En esto el recelo mostraba la repugnancia con que lo hacian por no ofender á su Majestad.

Don Alonso de Vargas, dejando la fortificacion de Jaca bien encaminada y á cargo de Juan de Velasco, con título de capitan á guerra, baxó de la montaña á entender en la del Aljafería y disponer el exército para entrar en Francia; mas el Rey le mandó venir á Madrid, bien contra su deseo y voluntad.

A los cuatro de Diciembre se pregonó el perdon general de los eceptatados, dexando solos treinta ausentes y los más culpados en las alteraciones pasadas y á los advogados y Lugartenientes del Justicia de Aragon, que le aconsejaron mal, aunque se les señaló término para presentarse, y pasado éste, en rebeldía los condenaron á muerte y confiscacion de bienes. Tambien se publicaron muchas mercedes de hábitos y encomiendas de las tres órdenes, oficios que vacaban en el reino y gentilhombres de la boca y de la Casa Real, de manera que pasaron más de doscientas personas las que en aquel dia recibieron mercedes, cada uno conforme á su calidad y servicios, repartidas por la voluntad y medio del Conde de Chinchon, á quien su Majestad habia dado facultad y permision general para que las repartiese como le pareciese.

Dióse el Arzobispado de Zaragoza al Obispo de Albarracin, el licenciado Alonso Gregorio, que habia dos años que fue provisor de su hermano el arzobispo D. Andrés; y el Obispado de Albarracin á un canónigo criado del mismo D. Andrés. Con esto quedó muy regocijado el reino, reconociendo la santa intencion y justificado poder de su Majestad.

Murió tres dias despues de nuevo el Justicia de Aragon. No se tomó resolucion en sacar el exército que estaba repartido en la montaña y Cinco Villas y en Zaragoza, con que el peso se sentia ménos, esperando á la primavera, donde sería necesario envialle, aunque tenía de costa ciento y cincuenta mil ducados cada mes, y ver cómo se ejecutaban los fueros y las cosas en lo criminal.

Su Majestad y Altezas salieron de Tarazona á cinco de Diciembre, sá-

(1) *No lo mandó el Justicia ni lo pudo mandar, sino él con sus Consejeros eligió y rogó á los elegidos.*

(2) *Ya está dicho cómo el Virey les mandó de parte de su Majestad que aceptase, por ser ambos tan confidentes á su Real servicio.*

bado, para Madrid, dispuesta su vereda en once alojamientos. A las veinte y dos leguas, llegados á Atienza, hicieron alto por indisposicion del Príncipe; mejoró: mas en la casa del campo de Eras, del Duque del Infantado, junto á Nuestra Señora de Sopetran, recayó, y en el segundo dia de Pascua partieron por la senda Galiana, sin entrar en Guadalajara, donde el Duque D. Iñigo tenía prevenido el hospedaje con la grandeza y curiosidad que ha usado aquella excelentísima casa.

Entraron en Madrid, miércoles, penúltimo del año, habiendo su Majestad comulgado en el monasterio de franciscos descalzos en Barajas; visitaron á la Emperatriz, y pasaron á su palacio, descubierto el coche, pesando al pueblo de ver á su Majestad, flaco y viejo, mucho más que salió de Madrid; y así ordenó como tal su vida y distribucion del tiempo, anticipando y mudando la calidad y especie de las viandas en las comidas y cenas y las horas de recogerse al lecho, con que fue cobrando fuerzas y mejor semblante. Para que acudiese á su cura y servicio hizo poco despues de su Cámara á D. Henrique de Guzman, hermano del Marqués de las Navas, y á D. Pedro de Castro, sobrino del Conde de Chinchon.

Envió á mandar que los de Teruel enviasen síndicos y embajadores á la Córte con los privilegios y papeles que tiene para su gobierno, porque de una vez se asiente al que dellos tocaba, sin que ya se pueda variar la forma como ántes, causando muchas inquietudes. Escribió á los diputados de Aragon que, pues habian de tomar á censo de particulares quinientos mil ducados de los setecientos mil con que le sirvieron, á razon de veinte mil el millar, hiciesen el mismo cargamento en favor de su Tesorero, que serian veinte y cinco mil ducados de réditos al año, que con los quince mil que se le señalaron para la guarda del reino al año, tendria cuarenta mil ducados, con que sería señor de la mitad de la renta del general del reino y poco á poco del todo (1), privándole de su principal nervio. Vinieron sus embaxadores á suplicar á su Majestad mandase sacar el exército; mas detenia la resolucion el deseo que D. Alonso de Vargas tenía de guerrear en Francia.

El Rey se hallaba con tan mejor salud, que partió con sus hijos á tener la Semana Santa en Sant Lorenzo, y desde allí por el camino de Odon, fué á gozar el Mayo en Aranjuez. Antes de su partida envió á D. Pedro Pacheco, del Consejo supremo de la Inquisicion, y á D. Ladron de Guevara para que desarmasen en esta ocasion los moriscos de Aragon, que serian cuarenta mil vecinos, porque se entendió tenian muchas armas secretamente y que las ofrecieron (2) á los naturales en las inquietudes pasadas.

---

(1) *Cosa es esta que ninguno de los aragoneses afligidos la dixera en el tiempo de las inquietudes, ni en el de las aflicciones.*

(2) *Los naturales han sido siempre espejo de fidelidad, y el dia que por parte de los moriscos se les hiciera*

Prometíaseles porque las entregasen, de parte de su Majestad, el sacar de las galeras los que servian al remo, quitar los sambenitos á los que los tuviesen, y perdonarles todas las culpas hechas hasta entónces de casos de Inquisicion, confesándolas á sus confesores; y no aceptando, les amenazasen con grandes penas y castigo. Dudábase del buen suceso, por ser astutos y recatados y sospechar que en dexando las armas les habian de apretar para que viviesen quietos y como cristianos.

Tambien su Majestad envió á suplicar á su Santidad con D. Francisco de la Cueva, arcediano de Daroca en el Asco de Zaragoza, hiciese seglar aquella iglesia metropolitana, que de su instituto era de canónigos reglares de Sant Agustin para quitar ocasiones (1) de que se entremetiesen con mayor licencia de lo que permite su estado y las contiendas y pretensiones de los seglares, como hicieron (2) en las revueltas pasadas. Concedióla su Santidad, con que el primero nombramiento de veinte y cuatro canónigos que se instituyeren fuese del Rey y le tocase en lo venidero la promocion de las dignidades y prebendas en los ocho meses, quedando los cuatro del estío y otoño al Pontífice.

Viendo la dilacion que en salir de Zaragoza tenía D. Alonso de Vargas, envió á solicitalle con Gomez Velazquez, comendador de Villarrubia. La infantería caminó embarcada á Tortosa para llevar en las galeras á Italia el Duque de Pastrana, que volvia á servir en Flándes su oficio de General de la caballería, y ochocientos caballeros pasaron por el condado de Rosellon á Carcasona para juntarse con los alemanes que estaban en Narbona, y sus efectos se escribirá adelante. Volvieron á Castilla doce compañías de hombres de armas y cuatro de caballos ligeros que llaman de su guarda; y quiso verlas su Majestad en Sant Lorenzo, y mostránnose en escuadron primero y en tropas los caballeros ligeros, dispuesto por D. Bernardo de Velasco, su veedor general y cabo de la caballería, pasaron despues cada compañía de por sí y rompieron lanzas en el estafermo con destreza y pujanza, y pasaron á alojarse en Castilla Vieja.

Volvió su Majestad á enviar á Gomez Velazquez á Zaragoza con treinta mil ducados para fundar dos capellanías de á doscientos ducados de renta en cada un año en la iglesia del Pilar, una y otra en la del Portillo, para que se dixesen misas por su Majestad y diesen gracias á Dios por el buen

---

ofrecimiento de sus armas con ruin intencion, los abrasáran vivos, y tales cuales eran los moriscos les levanta el Autor testimonio en lo que aquí dice. ¿Pero qué mucho, si tambien la levanta al reino y al Rey, diciendo que el motivo de desarmar los moriscos fue desconfianza de los naturales?

(1) *Ni la iglesia se puso en aquellas ocasiones, ni el hacer que los canónigos reglares sean seculares fuera buen medio para evitarlas, pues mayor libertad tienen los canónigos seculares que los reglares. Pero como el Autor no ha visto la Bula de la secularidad, no es mucho que ignore los motivos de ella.*

(2) *Todo esto es falso.*

BIBLIOTECA NACIONAL

suceso de los negocios de aquel reino, y la resta emplease en casar huérfanas y viudas y en limosnas.

Para acabar de dar asiento en las cosas de Aragon, en llegando su Majestad á Castilla, se trató con el Consejo de Estado del castigo de los moriscos de aquel reino. Esta plática se movió estando el Rey en Portugal en el año mil quinientos ochenta y dos, donde hizo una junta del Duque de Alba, y de su Confesor, el Conde de Chinchon, y Rodrigo Vazquez de Arce, de D. Juan de Idiaquez y el secretario Agustin Delgado. Comenzóse á conferir en ella desde diez y nueve de Junio, y duró hasta diez y nueve de Setiembre. Fue resuelto se expeliesen de España todos los moriscos, comenzando desde los de Valencia, desde los puertos de Denia y Peñíscola, quedando los muchachos baptizados; se concediese á los señores de vasallos sus bienes raíces, para que no contradijesen. Esto parecia conveniente, segun los pareceres de fray Luis Beltran, dominicano religioso, y de D. Juan de Rivera, patriarca de Valencia, y de otros muchos sabios y buenos de estos reinos. Decíase tenian certeza de que eran infieles y apóstatas, y que en tantos años que pasaron desde su conversion general, se han visto pocos cristianos de ellos. Cuando se rebelaron (1), se declararon por moros, y no constaba que despues se hubiesen reconciliado á la fe pública ni secretamente. Habia cuadrillas de salteadores que mataban y robaban mucha gente, causando en la república daños y escándalos intolerables, por el ódio (2) que tienen á los naturales por su mala indignacion y averiguacion de los delitos y facilidad con que se recogen ni encubren; se ocupaban en todo género de vicios, embustes y deshonestidades en sus habitaciones, con notable daño y escándalo, porque no tiene (3) con ellos fuerza la religion y les duraba la infidelidad y deseo de las cosas de su nacion, y la habia en los hijos mestizos de españoles y moriscos; era el número grande y su aumento grandísimo, porque todos se casaban y no salian de España, y muy excesivo el de sus haciendas por contratar sin algun respeto de conciencia, y tenian industria aplicante á todo género de trabajos y granjería, y gastaban muy poco. Muchos con medios malos se ha-

---

(1) *En Aragon nunca se rebelaron los moriscos, que áun esta parte informe de la República en este reino guardó siempre fidelidad á su Majestad.*

(2) *Si tan grande es el ódio que los moriscos tenian á los naturales, ¿quién osará afirmar que les ofrecieron sus armas?*

(3) *Este es error, porque la religion cristiana, fundada en los méritos de Cristo, fuerza y eficacia tiene para traer á sí los corazones más bárbaros. Los moriscos nunca tuvieron el catecismo que habian menester, que es el que dispone para recibir la fe católica; y por ventura es punto este por la gran omision de los superiores, más para llorado y reprendido. Cuanto á lo demas que el Autor dice de los moriscos, se engaña mucho, porque carecian de los vicios que dice, y en lo moral eran útiles y buenos, aunque no cristianos. Y el temerse que, pues no lo eran, podian maquinar contra la Majestad Real y el pueblo cristiano, fue verdadero motivo de quitarles el Rey las armas, y no el haberlas ofrecido á los naturales.*

bian hecho declarar exentos de las leyes que se les dieron; y les duraba la conversacion y trato con los moriscos y el amor que tienen á sus cosas; y segun el mucho repartimiento que hizo entre ellos de los doscientos mil ducados con que sirvieron, se echó de ver cuantos sacaron executorias (1) con recados y testigos falsos, pues pagaron lo que se les repartia sin embargo dellos, porque los repartidores los conocian y sus leyes para que se reformasen en religion y costumbres, y se executaban reducido todo á un poco de interes por los executores eclesiásticos y seglares, y porque estaban amparados de personas poderosas por comodidades particulares, hallando franquicia y seguro para sus maldades. Se debia limpiar la república cristiana de los que, siendo baptizados, son herejes, y de los que hacian tantas maldades; y porque saliese de purísima fuente la religion y gobierno que se repartia por los españoles á tantas partes del mundo y convenia quitar al Turco y á la barbaria tanto número de sus soldados en cualquiera ocasion.

Se decia se irian naturalizando con el tiempo, y sería cuanto á las fuerzas y agilidad, no á la religion y virtudes del ánimo, pues en tantos años no bastaron tan buenas leyes; y si el Turco tiene vasallos cristianos, saca de ellos provecho, y no por eso están ménos seguros; y en Roma y en Venecia y otras ciudades de Italia hay judíos, mas viven declarados, y los moriscos no; y fuera tolerable si fueran tenidos por moros y se trataran como á cautivos y enemigos, y la ocasion en que pudieran dañar se previniera, y no podia ser estando tratados como cristianos y amigos, siendo enemigos ciertos, y no se debia atender al secreto de la tierra, sino al de la religion y virtud, en que consiste la verdadera seguridad. Y si el Turco entendiera salteaban en sus provincias cuadrillas de cristianos y no guardaban sus leyes, los destrozára, y consistiendo buena parte de la fuerza en la sangre que es el valor de la gente, importaba el ser noble y de confianza.

Los hijos de Antonio Perez, pasados algunos años, hicieron ver en el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisicion de Zaragoza el proceso causado contra su padre, hasta el año mil quinientos noventa y dos; y otro desde veinte y cuatro de Noviembre de mil seiscientos once, en que consta haber deseado presentarse Antonio Perez en aquel Santo Oficio, y no pudo por haber fallecido. Y saliendo á la defensa de su memoria y fama, declararon á diez y nueve de Junio de mil seiscientos quince que revocaban en definitiva la sentencia dada de relaxacion contra el dicho Antonio Perez, y que no les obstase á sus descendientes para ningun oficio honroso ni lo allegado por el Fiscal de la Inquisicion contra su limpieza; y conforme á esto tambien se debe absolver á los tumultuantes de Zaragoza, sobre que-

(1) *¿Ejecutorias los moriscos? ¿Y en Aragon? Nunca tal sucedió ni pudo suceder.*

rer que le valiese la manifestacion por estar inocente Antonio Perez de lo que en el Santo Oficio era acusado, como por esta sentencia fue por sus ministros declarado jurídicamente (1).

---

(1) Lo que sigue está escrito á todo lo ancho del pliego y de la misma letra de las notas. *Estas advertencias son sacadas de los procesos hechos por los Comisarios que su Majestad envió á Zaragoza, para hacer la averiguacion de todo lo que pasó en aquellas inquietudes. Van dichas con sencilla verdad, y esto basta para que Luis de Cabrera las reciba como á ello le obliga la nobleza de su persona, y á que use de ellas conforme al deseo que tiene de acreditar con verdades su historia, y finalmente, á disponerlo todo con la grandeza de su ingenio, para que no se encuentre con el tratado de estas cosas que está ya en este reino á víspera de salir á luz, en el cual se discurre sobre cada una con puntualidad y sinceridad.*

BIBLIOTECA NACIONAL

FIN DEL TOMO TERCERO.

ÍNDICE

DEL TOMO TERCERO.

Páginas.

LIBRO PRIMERO. — Contiene el estado en que dexó D. Felipe los de Portugal, el que tenian los de Flándes, la recuperacion de la isla Tercera, la de muchas villas en los Países Baxos, la guerra contra el Arzobispo de Colonia, apóstata, el memorable sitio contra Anvers. 5

Capítulo primero. — El estado en que dexó Portugal D. Felipe, y el que tenian los de Flándres.. 1583 5

Cap. II. — Trata el Príncipe de Parma de atraer á los rebeldes por medio de conferencias; reconcíliansе éstos con el Duque de Alanzon.. 11

Cap. III. — Lo que pasaba en este tiempo en España. — Apresta el Marqués de Santa Cruz armada contra las islas rebeldes de Portugal. 14

Cap. IV. — Parte de Lisboa la armada española; arriba á la isla Tercera y la reconoce; combates y toma de Angra. . . . 20

Cap. V. — Entrada del exército español en Angra. — Ríndese Mos de Chatres. . . 28

Cap. VI. — Reduccion de las demas islas de los Azores. — Muerte dada á Manuel de Silva y castigo de los rebeldes. — Vuelve la armada victoriosa á España. — Va el Rey al Escorial y á Segovia. — Fiestas en Nápoles. — Entrada del Marqués de Santa Cruz en Madrid, y mercedes que le hizo el Rey. 30

Cap. VI (bis). — Sitio de Eindoven. — El de Parma se apodera de Dunquerque y Neoport. — Vuelve á Francia el Duque de Alanzon. — Diferencias entre los flamencos rebeldes. — Rendicion de Brujas. — Guerra de Colonia. — Defensa de Zuphent y sucesos de Frisia. 36

Cap. VII. — El Príncipe de Orange pide al Rey de Francia reciba en proteccion los flamencos, y lo que pasaba en este tiempo en aquel reino. 47

Cap. VIII. — Muere el Príncipe de Orange, y el de Parma dispone el sitiar á Anvers. 52

Cap. IX. — Disensiones entre los venecianos y los caballeros de Malta. — Interviene en ellas el autor de esta historia. — Altercado entre el Príncipe de Melfi y el Condestable de Nápoles. — Otras noticias de Italia.. 58

Cap. X. — Pasa el Rey el estío en el Escorial. — Adelanta considerablemente á vista del Rey la construccion de este célebre monasterio. — Vuelve el Rey á Madrid y se ocupa en la jura del Príncipe su hijo. — Razones que diversamente se aducian sobre la conveniencia del lugar en que se habia de celebrar el matrimonio de la Infanta doña Catalina con el Duque de Saboya.. 62

Cap. XI. — Traslacion de Santa Leocadia, vírgen y mártir, á la ciudad de Toledo, donde nació y padeció glorioso martirio. 66

Cap. XII. — Causas de la renovacion de la Liga católica en Francia. — Proyectos de los liguistas. — Vacilacion del Pontífice en aprobar abiertamente esta Liga.. . . 75

BIBLIOTECA NACIONAL

Páginas.

Cap. XIII. — Comienza el sitio de Anvers. — Rendicion de Gante. 82

Cap. XIV. — Prosigue el sitio de Anvers. — Construccion de un canal en el territorio de Vas. — Perfecciónase el puente. — Socorros frustrados por los sitiadores. — El Príncipe de Parma informa al Rey del estado de los Países y de las necesidades de su ejército. 90

Libro II. — Contiene la prosecucion de la guerra civil en Francia. — El sitio de Anvers. — La excursion de Drake á las costas de Galicia y de Indias. — Las alteraciones producidas en Portugal por los partidarios del pretendiente D. Antonio. — El viaje del Rey á Monzon, y otras novedades de la Península. 95

Capítulo primero. — Recelos y aprestos de los católicos y hugonotes en Francia. — Apodéranse unos y otros de várias plazas importantes. — El Rey de Francia publica un edicto contra los confederados. — Manifiesto de éstos y respuesta del Rey. — Tumulto de Marsella. 95

Cap. II. — Parte el Rey á Zaragoza á efectuar el casamiento de su hija la Infanta doña Catalina con el Duque de Saboya. — Despide á sus hijos en Barcelona. — Fiestas y mercedes otorgadas con este motivo. — Pasa D. Francisco de Bobadilla con su tercio de Italia á Flándes. — Comision que confirió al autor el Duque de Osuna, virey de Nápoles. — Da cuenta de ella al Rey. — Muerte de Gregorio XIII. 111

Cap. III. — Prosigue el sitio de Anvers. — Ríndense Brusélas y Nimega á los católicos. — Combates en los diques y contradiques de Anvers. — Tentativas para romper el puente. — Las naves con minas. — Horribles efectos causados por una de ellas. — Frustrado ataque á Ostende. — Ultimo esfuerzo de los de Anvers. — Son rechazados. — Rendicion de Malinas. — Capitulaciones para la entrega de Anvers y entrada de Alejandro Farnesio en esta ciudad. . 118

Cap. IV. — Mercedes que hizo el Rey á Alejandro Farnesio. — Juran los diputados de la Corona de Aragon al príncipe don Felipe. — Los valencianos se quejan de la precedencia otorgada á los catalanes. — Expone el Rey las causas de la dilacion en reunir las Córtes. — Fallecimientos ocurridos durante ellas de personajes de la Córte y Cámara Real. — Terminadas, el Rey se dirige á Valencia. — Aconséjale Melchor de Yebra la formacion de una Junta que le ayude en el despacho de los negocios. — Personas que entran en ella. — Es relevado el Duque de Osuna en el gobierno del reino de Nápoles. — Sus últimos actos de gobierno. 135

Cap. V. — Tratos y negociaciones en Francia para evitar la guerra civil entre liguistas y hugonotes. — Los dos partidos se previenen para la lucha. 145

Cap. VI. — El Príncipe de Parma atiende á la seguridad de Anvers. — La Reina de Inglaterra se confedera con los holandeses contra el Rey Católico. — Prohibe éste el comercio con los ingleses y son declarados enemigos. — Progresos de Verdugo en Frisia. — Grave aprieto de los españoles en la isla de Bomel. — Ejército enviado á Holanda por la Reina de Inglaterra. 151

Cap. VII. — Hacen los liguistas en Francia la paz con su Rey. — Contesta el Príncipe de Bearne á los ataques que aquéllos le dirigian. — Esfuérzase el rey Enrique en en atraerle. — Mutuos recelos y desconfianzas. — Fuerzas con que contaban uno y otro partido. — Primeras operaciones. . 160

Cap. VIII. — La Reina de Inglaterra envia á Francisco Draque con armada á las costas de España é Indias. — Aprestos del Rey para la defensa. — Gobierno del Conde de Lecestre en Holanda. — Desembarcos de Draque en las costas de Galicia, Canarias y Cabo Verde. — Toma y saquea las ciudades de Santo Domingo y Cartagena de Indias. — Intenta atacar á la Habana. — Arriba la armada española á Cartagena de Indias. — Dispone el Rey la defensa de aquellas costas. 175

Cap. IX. — Estado de los negocios en Portugal. — Inquietud y maquinaciones de los partidarios del pretendiente D. Antonio. — Propagan éstos la idea de que áun vivia el rey D. Sebastian. — Pareceres sobre el matrimonio de la Duquesa de Aveiro. — Nacimiento y bautismo del primer hijo del Duque de Saboya. 182

Cap. X. — El Príncipe de Bearne escribe á las Ordenes del reino y á la ciudad de París, disuadiéndoles de adherirse á la Liga. — Encuentros y tomas de várias plazas y lugares por uno y otro bando. — Disposiciones del Rey Cristianísimo encaminadas á obligar al pueblo á pedir la paz. . . . 187

Páginas.

Cap. XI. — Sitios de Grave, Venlóo y Rimberghe. — El Príncipe de Parma cerca y rinde á Nuis. — Movimientos del Conde de Lecestre para oponerse á los católicos. — El Nuncio entrega á Alejandro Farnesio el estoque y birrete benditos por su Santidad. — Ceremonias usadas en Roma para la celebracion de este acto. — Refiere el autor la conversacion que medió entre Farnesio y el Duque de Cleves, á que estuvo presente, y la comision que de sus resultas le encomendó aquél cerca del Rey Católico.. 190

Cap. XII. — Va el Rey al monasterio del Escorial. — Le enriquece con santas reliquias. — Lleva á él el Santísimo Sacramento. — Preeminencias que le concede. — Traslada los Cuerpos Reales. — Exequias hechas á María Estuardo. — Fallecimientos de personajes ocurridos en este año. — Sentimiento del Rey por la muerte de don Juan de Zúñiga, ayo del Príncipe. — Aspirantes á este cargo. — Nombramientos, comisiones y mercedes otorgados por el Rey. — Corre la noticia de ir el Rey á Portugal á activar el apresto de la gran armada. — Fenómenos naturales ocurridos en este año. — Hace el Príncipe una apuesta con su maestro y sale airoso de ella. — Publícase la pragmática de las cortesías y efectos que produce. — Sale Martinez de Recalde á socorrer los católicos de Irlanda. — Trata el Rey de reformar la vida de los caballeros de su Córte. — El Conde de Miranda va de Virey á Nápoles y regresa á España el Duque de Osuna. . . 198

Cap. XIII. — Hacen liga los hugonotes de Francia con los protestantes de Alemania. — Envian éstos una embajada al rey Enrique. — Contestacion de éste. — Expone al Papa los motivos que le impulsan á tratar la paz con los hugonotes. — Esfuerzos de la Reina para que el Príncipe de Bearne se declare católico. — Recupera el de Guisa á Rocroy. 207

Cap. XIV. — Intenta sitiar á Zuphent el Conde de Lecestre. — El Duque de Parma acude en persona á su socorro. — Prudencia y destreza de Verdugo. — El coronel Stenley se pasa á los católicos y entrega á Deventer. — Quejas de los holandeses por el gobierno de Lecestre. — Nombres, títulos y cualidades de las tres personas elegidas por el rey D. Felipe para ayudarle en el despacho de los negocios. — Ventajas que de esta Junta sacaba el Príncipe.. 211

Cap. XV. — Causas y discursos que movieron al Rey Católico á emplear sus fuerzas de mar y tierra contra Inglaterra. — Nombra el Rey al Marqués de Velada ayo del Príncipe. — Parte que en este nombramiento tomó D. Cristóbal de Mora. — Cualidades de este consejero. — Privanza que disfrutaba con el Rey. — Novedades de la Córte. — Fallecimientos de personajes. 220

Cap. XVI. — Forman los católicos de Francia la union llamada de los diez y seis. — Influencia y poder que tuvo en sus principios. — Cómo la perdió luégo. — Concluye el Príncipe de Bearne la alianza con otros protestantes extranjeros. — Publica una protesta contra los católicos. — Socorros que á éstos suministra el Rey de España. 232

LIBRO III. — Contiene la continuacion de la guerra de los Países Bajos y la civil de Francia; la decapitacion de María Stuart; la traslacion del cuerpo de Santa Leocadia de Flándes á Toledo; la armada invencible se dirige á Inglaterra y sus efectos. 235

Capítulo primero. — Nombran los holandeses al conde Mauricio de Nasau lugarteniente de Holanda durante la ausencia de Lecestre. — Pretextos alegados por Isabel de Inglaterra para condenar á muerte á María Stuart. — Decapitacion de la Reina de Escocia. 235

Cap. II. — Traslacion del cuerpo de Santa Leocadia de Flándes á Toledo. — Esfuerzos hechos por el P. Miguel Hernandez para conseguir este objeto. — Solemne recibimiento que en Toledo se hizo al cuerpo de la Santa. — Asiste á él el Rey y su familia. — Noticias de mercedes y nombramientos hechos por su Majestad. . . 238

Cap. III. — Entra Draque con la armada inglesa en la bahía de Cádiz. — Disposiciones tomadas por el Duque de Medinasidonia para la defensa. — Dirígese Draque á las islas de Azores. — Va en su busca el Marqués de Santa Cruz. — Juran su cargo varios consejeros de Estado. — Caractéres de los principales. 247

Cap. IV. — Entrada en Francia del ejército extranjero en socorro de los hugonotes. —

Páginas.

Los Duques de Lorena y de Guisa se oponen á su entrada. — El Príncipe de Bearne derrota al Duque de Joyosa en Coutrás.—El Duque de Guisa encuentra á los tudescos en Oneo y hace en ellos gran estrago. — Desmándase y huye la mayor parte. — Motivos que hubo para que no los socorriese el Príncipe de Bearne. . . 253

Cap. V. — El Duque de Parma gana la Esclusa. — Alzapena en Gueldres. — Apresta que hace el primero para la armada contra Inglaterra. — Trata la reina Isabel por medio del Rey de Dinamarca de reducir los holandeses á la obediencia del Rey Católico. — Opónense éstos. — Inquietud del Rey Católico por la eleccion de Rey de Polonia y la tardanza de sus flotas de Indias.—Apremia al Marqués de Santa Cruz para efectuar la jornada contra Inglaterra. — Razones que éste aducia en contra de esta premura. — Los Duques de Osuna y Medinasidonia visitan al Rey en el Escorial. — Nombramientos de obispos. 261

Cap. VI. — Envia el Rey Católico embajadores al de Escocia para que declare la guerra á la Reina de Inglaterra. — Combaten porfiadamente escoceses é ingleses. — Hacen la paz. — Consideraciones generales sobre las ventajas que reporta la guerra y lo útil que es ejercitarla. — Bula contra la reina Isabel. — Prepárase ésta á la defensa. — Muerte del Marqués de Santa Cruz.— Sus causas.—Elogio y trofeos de este insigne marino. — Sorpréndese la correspondencia de los portugueses partidarios de D. Antonio con los ministros ingleses. 270

Cap. VII. — Tratan el Duque de Guisa y los liguistas de obtener del Rey de Francia el total exterminio de los hugonotes.— Arma el Rey asechanzas á los de Guisa. — Los católicos de París llaman al Duque de Guisa. — Entrevistas que tiene con el Rey. — Se hace fuerte el pueblo de París contra las tropas del Rey. — Queda éste cercado en su palacio.—Se retira á Chartres y despues á Ruan. — Omnipotencia del de Guisa. — El Rey se aviene á hacer con él las paces. 275

Cap. VIII. — Nombra el rey D. Felipe por general de la armada contra Inglaterra, por muerte del Marqués de Santa Cruz, al Duque de Medinasidonia.—Su esclarecida nobleza y cualidades que le adornaban.—Generales de mar y tierra que le acompañaban. —El de Parma envia cerca del Rey al autor de esta historia y á Castro, su camarero, para tratar de la suspension del envío de la armada. — Inconvenientes que habia en juntarse la armada de Flándes con la de España. — Temor del Rey de Francia y de los hugonotes. — Previene la defensa la Reina de Inglaterra. — Número de combatientes, barcos y municiones de que constaba la armada de España. 287

Cap. IX. — Sale al mar la armada española. — Entra de arribada en el puerto de la Coruña.— Prosigue su rumbo á Inglaterra. — Su encuentro con la armada inglesa. — Combates. — Da fondo la española en Calés. — No se resuelve el Duque de Parma á unirse con ella. — Sale de Calés. — Determina el Duque de Medinasidonia volverse á España.— Faltas cometidas en esta expedicion. — Censura Cabrera al P. Fray Josef de Sigüenza por criticar esta empresa. — Trata de casarse el Gran Duque de Toscana, y partidos que le ofrecen el Pontífice, el Rey Católico y la Reina de Francia. — Negocia el Papa el casamiento de su sobrina con el Príncipe de Parma Rainucio.. 292

Cap. X. — Convoca el rey Enrique los Estados generales en Blés. — Finge extremado afecto al Duque de Guisa.— Recibe éste avisos de que el Rey traza su muerte. — El Duque de Saboya se apodera del marquesado de Saluzo. — Cree Enrique que es obra del de Guisa. — Asesinatos del Duque y Cardenal de Guisa. — Prisiones de otros liguistas. — La ciudad de París se levanta en armas contra su Rey. 306

Cap. XI. — Atiende el Rey al reparo de la armada de Guipúzcoa. — Llegan á Lisboa cinco naves de la India portuguesa. — Negociaciones para asentar en el trono de Polonia á Maximiliano. — Disensiones de los catalanes con el Virey de aquel Principado. — El Obispo de Cartagena es elegido para verificar la visita en España de la Compañía de Jesus. — Nombra el Rey visitador del Consejo de Indias al Arzobispo de Méjico, y Virey del Perú á don García de Mendoza. — Hechos memorables de este insigne capitan en Europa é Indias. — Guerra de Arauco. — Vuelve D. García á Madrid. — Comisiones que el Rey le confia. 315

Páginas.

LIBRO IV. — Contiene las quejas que se tenian de Alejandro Farnesio, como gobernador de los Países Bajos; la continuacion de la guerra civil en Francia despues de la muerte de los Guisas; la venida de la armada inglesa á la Coruña y Lisboa; los socorros que el Rey de España pidió á sus reinos para oponerse á las tentativas de Inglaterra; el socorro de París efectuado por el Duque de Parma. 323

Capítulo primero. — Aconséjase el rey D. Felipe sobre el gobierno y defensa de su monarquía. — Recelos y desconfianzas que se tenian de Alejandro Farnesio. — Culpas que le atribuian. — Pareceres del prior don Fernando y de D. Juan de Idiaquez. . . 323

Cap. II. — Alteraciones que produce en Francia la noticia del asesinato de los Guisas. — Bandos y parcialidades que se forman. — Abandono en que queda el rey Enrique. — Es declarado el Duque de Mena lugarteniente general del reino. — Embajada que envia á Sixto V. — Alocucion de este Papa al consistorio. — Manda Enrique otra embajada al Pontífice. 329

Cap. III. — Dispone la Reina de Inglaterra el apresto de una armada contra Portugal, á instancias del pretendiente D. Antonio. — Previénese contra ella el Archiduque, gobernador de Portugal. — Aparece la armada inglesa á vista de la Coruña. — Ataque de esta plaza. — Son rechazados los ingleses. — La armada inglesa delante de Lisboa. — Desembarca Noris las tropas. — Varios ataques y encuentros. — Retírase de Portugal la armada inglesa. — Estado de los ánimos en Portugal á favor del pretendiente D. Antonio. — Remedios que se proponian para calmarlos. — Castigo impuesto á D. Luis Hurtado de Mendoza, quinto conde de Tendilla. — Hechos gloriosos de sus predecesores. 336

Cap. IV. — Activa el Rey los aprestos de la armada para oponerse á los designios de Inglaterra. — Socorros que recibe para esta empresa. — El que le prometió el Pontífice, y carta que escribió á su Majestad sobre esta materia. 356

Cap. V. — Reclama el Rey socorros extraordinarios de sus vasallos de Méjico y del Perú para el apresto de la armada contra Inglaterra. — El que obtuvo para su Majestad D. García de Mendoza, virey del Perú. — Lastimoso estado de este vireinato cuando se encargó de él D. García. — Acertadas disposiciones que tomó para su prosperidad. 357

Cap. VI. — Canonizacion de San Diego de Alcalá. — Lo que en ella trabajó el Conde de Olivares, embajador en Roma. — Competencia que sostuvo con el Embajador francés sobre precedencia, y cómo se resolvió. — Ceremonia de la canonizacion. — Pasa Felipe II el verano en San Lorenzo del Escorial. — Comision que dió el Rey á Muley Xeque, príncipe de Marruecos. — Se hace cristiano. — Incorporacion á la Corona de Aragon del Maestrazgo de Montesa. — Parte el Rey de San Lorenzo y disgustos que tuvo por la dispersion de la flota que venía de Indias, y recelo que tenía de Sixto V. — Solemne bautizo de la hija del Conde de Melgar. — Fallecimientos de personajes célebres ocurridos en España. — Mercedes otorgadas por el Rey en este año. — Pone casa al Príncipe. — Medios que se proponian para mantener en quietud el reino de Portugal. — Apodérase el Duque de Saboya de la parte del Marquesado de Saluccio, que áun no poseia. — Trata de poner sitio á Ginebra. — Política de los potentados de Italia respecto á Francia. — Proyectos que atribuian á Felipe II acerca de este reino. — El de Bearne incita al Turco para que haga guerra al Rey Católico. 360

Cap. VII. — Trata el Cardenal legado de disuadir á Enrique de su proyectada union con el Príncipe de Bearne. — Naturaleza y complexion del rey Enrique. — Efectúa su union con el de Bearne. — Recelos que tenía de este Príncipe, por ser más estimado de los soldados. — Declara el Papa excomulgados al rey Enrique y á cuantos tuvieron parte en el asesinato del Cardenal de Guisa. — Sitia el Rey á París. — Es asesinado por Jacques Clemente. — Buenas cualidades que tuvo ántes de ser Rey de Francia. — Disposiciones que toma el Príncipe de Bearne despues de la muerte del Rey. 372

Cap. VIII. — Prosigue la guerra de Flándes. — Sitio de Bona. — Empresas de Schenck contra el ejército católico. — Asiste Verdugo al sitio de Bona. — Envia el de Parma considerable refuerzo de gente á Frisia. — Muerte de Schenck. — Rindese Rimberghe. 384

Páginas.

Cap. IX. — El Duque de Espernon se aparta del servicio del Príncipe de Bearne. — Resuélvese éste á levantar el sitio de París. — Descontenta á los liguistas la arrogancia y excesivo poder del Duque de Mena. — Número de combatientes con que contaba el ejército católico. — Opiniones que habia acerca de su empleo y direccion. — Tendencias de los llamados políticos. — Su inclinacion al de Bearne. — Le acometen los católicos en Diepe. — Ocasion que perdió el de Mena de destruir el ejército hugonete. — Socorro que el de Bearne recibe de Inglaterra. — Es reforzada la guarnicion de París. — Es reconocido el Príncipe de Bearne por Rey en Tours. — Negociaciones con el Pontífice. — Envia un Legado. 388

Cap. X. — Entra en Francia el cardenal legado Enrique Gaetano. — Es recibido con gran pompa en París. — Lastimoso estado en que encontró el reino de Francia. — Disensiones entre los católicos. — Su entrevista con el Duque de Mena. — El Legado y los españoles le inducen á que dé batalla al de Bearne. — Entíbiase el ardor del papa Sixto contra los hugonotes. — Socorre el Príncipe de Bearne á Melun. — Entran en Francia las tropas de Flándes destinadas por el Rey Católico á auxiliar al de Mena. — Sitio de Troux. — Batalla de Ivri. — Es derrotado el ejército católico. — No desplace esta noticia al rey D. Felipe. 399

Cap. XI. — Inclínase el pueblo de París á la paz con el de Bearne. — Exhórtale el Legado á proseguir la guerra. — Envia á su sobrino Pedro Gaetano á Flándes á representar al Duque de Parma la extrema necesidad del socorro de París. — Arenga del Arzobispo de Leon á los parisienses. — Disposiciones tomadas en París para mantener la ciudad contra Enrique de Borbon. 416

Cap. XII. — Aprovéchanse los de París de la inaccion del Príncipe de Bearne. — Intenta el Legado dividir la nobleza católica que seguia al Príncipe. — Tratos de paz. — Apodérase el de Bearne de várias plazas y pueblos cercanos á París. — Negociaciones seguidas en Roma por los liguistas y por el Príncipe de Bearne. — Interviene en ellas el Conde de Olivares. — Sitia el de Bearne á París. — Tratos para rendirse. — Viene al socorro el Duque de Parma. — Enrique de Borbon levanta el sitio. — Encuéntranse los ejércitos del Farnese y de Bearne cerca de Lani. — Combaten. — Retírase este último. — Trata el de Bearne de sorprender á París. — Es sentido y se retira. — Asalto y saqueo de Lani. — Retirada del de Bearne. . . 421

Cap. XIII. — Muerte de Sixto V. — Mercedes que hizo el Rey al Conde de Olivares. — Le sucede en la embajada de Roma el Duque de Sesa. — Eleccion de Urbano VII. — Fallece á los pocos dias. — Eleccion de Gregorio XIV. — Socorro que juntaba el Rey para ayudar al Duque de Joyosa. — Envia el Rey á Juan del Aguila á Bretaña con gente para socorrer al Duque de Mercurio. — Refuerzos para asegurar las flotas de Portugal. — Muertes de personajes ocurridas en este año y mercedes y nombramientos hechos por el Rey. — Ruidoso casamiento del Duque de Alba, nieto del Gran Duque. — Altercado ocurrido en Palacio entre el Conde de Benavente y un portero de sala. — Resultado de la visita de la Hacienda. — Hecho memorable de Muley Faxad. 438

Cap. XIV. — Sitio y toma de Corbeil por Alejandro Farnesio. — Descontento que tenía de los liguistas, y en especial del Duque de Mena. — Resuelve volverse á los Países Bajos. — Ruegos que para hacerle quedar en Francia le hicieron el de Mena, el Legado, la ciudad de París y otros. — Razones que alega el Farnesio para irse. — Acecha el Príncipe de Bearne al Duque de Parma en su retirada. — Despídese éste del de Mena y le entrega el ejército. — Desaliento del partido católico en Francia por la partida del Farnesio. 448

LIBRO V. — Contiene la preponderancia que los rebeldes de Flándes fueron adquiriendo en Frisia y en otros puntos de aquellos Estados; los progresos hechos por D. Juan del Aguila en Bretaña; el ascendiente que alcanzó el Príncipe de Bearne en la guerra civil de Francia; la derrota de la armada inglesa que salió á piratear por nuestras costas; las novedades de la córte ocurridas en este año, y las alteraciones de Aragon. 461

Capítulo primero. — Estado á que el Duque de Parma redujo el poder de los rebeldes flamencos. — Mal gobierno del Conde

Páginas.

de Manzfelt durante su permanencia en Francia. — Razones que tuvo Felipe II para intervenir en la guerra civil de Francia.— Las que alegaba Alejandro Farnesio para no dejar á Flándes desguarnecido. — Da cuenta Verdugo al de Parma de lo que pasaba en el territorio de su gobierno, y las medidas que para su defensa se podian tomar.—Apodérase Mauricio de Zuphent y Deventer. — Sitia el Duque de Parma el fuerte de Nimega. — Levanta el sitio para cumplir la órden del Rey de socorrer á los católicos franceses. — El conde Mauricio entra en Nimega. — Noticias del gobierno interior de la Península. — Repartimiento de ocho millones en Castilla. — Visita del cardenal de Toledo, Quiroga, al Condestable de Castilla, nombrado gobernador de Milan. — Motin de los artesanos de Madrid contra una disposicion de la Junta de policía de esta villa. — Parte que en él tomó el referido Condestable. — Carta del confesor del Rey á su Majestad sobre la mala provision de justicia. — Lo que el Rey le contestó. — Es destituido de la Presidencia de Castilla el Conde de Barajas. — Cualidades de este ministro. — Organizacion del Consejo de Estado y reformas que se creian necesarias. — Resuelve el Rey traer de Portugal al archiduque Alberto para que le ayude en el despacho de los negocios.. 461

Cap. II. — Don Juan del Aguila en Bretaña. — Excursiones y combates. — Fortifica á Blavet. — Comision que dió el Rey á D. Mendo, y lo mal que la desempeñó. — Sitio de Guingamp y de otras plazas. —Mala inteligencia que habia entre el Duque de Mercurio y D. Juan del Aguila, por la desconfianza que aquél tenía de los españoles.— Difícil retirada llevada á cabo por D. Juan. 477

Cap. III. — Intentan los de París recobrar á San Dionis. — Muerte del caballero de Aumala. — El Príncipe de Bearne estrecha el bloqueo de París. — Descúbrese un trato secreto para entregar á este Príncipe una de las puertas. — Retírase el de Bearne de esta ciudad. — Sitia y toma á Chartres. — El Duque de Mena envia agentes al Papa y al Rey Católico para pedir ayudas y activar sus pretensiones. — El Duque de Saboya se apodera de Marsella y se avista con D. Felipe. 482

Cap. IV. — Don Juan del Aguila expugna y rinde el castillo de Bleu. — Intrigas de Don Mendo y algunos capitanes españoles para quitar el mando de las fuerzas españolas en Bretaña á D. Juan del Aguila.— Razones con que éste persuadió al Rey á hacerse fuerte en aquella tierra. — Conducta desleal del Duque de Mercurio con el Rey de España.. 488

Cap. V. — Nombra el Pontífice por nuncio en Francia á monseñor Landriano.—Fuerzas que el Papa y el Rey Católico juntaron para socorrer los liguistas de Francia. Decretos contrarios de varios Parlamentos acatando y rechazando el monitorio que traia el Nuncio. — Desconfianza que el Duque de Mena tenía del Rey de España. — El Príncipe de Bearne sitia y toma á Noyon. — Recobra su libertad el Duque de Guisa. — Concordia de los liguistas para dar la Corona de Francia á uno de la Casa de Lorena. — Determina el de Bearne sitiar á Roan.. 492

Cap. VI. — La Reina de Inglaterra apresta armada para apoderarse de las flotas de Indias. — Manda D. Felipe otra en su persecucion. — La alcanza y derrota. — Dispone el Rey la venida á Castilla del archiduque Alberto, y nombra gobernadores para Portugal. — Nuevas de la Península. — Fallecimientos, matrimonios y nombramientos ocurridos en este año. — Sentencia que recayó en el proceso seguido á Juan Fernandez de Espinosa. — Pasquines puestos en Avila. — Rigor del alcalde Pareja por este motivo. — El Rey envia á Cabrera de Córdoba á enterarse de lo que pasaba en aquella ciudad. — Palabras del Rey que prueban el poco afecto que tenía á la ciudad de Avila. 498

Cap. VII. — Entrevista de los Duques de Mena y de Guisa, despues de salir éste de la prision. — Mutua desconfianza. — El Príncipe de Bearne dispone sus huestes para salir al encuentro de las que traia el Duque de Parma. — Tumultos en Orleans y París. — Envian los de esta ciudad embajadores al Duque de Mena. — Poca satisfaccion que da á sus cargos. — El pueblo de París mata en un motin á varios personajes amigos del de Mena. — Marcha éste á París y toma venganza. —

Páginas.

Disuelve el Consejo de los diez y seis. — Fortalece su autoridad. 505

Cap. VIII. — Es exaltado al Pontificado Inocencio IX. — Segunda entrada del Duque de Parma en Francia. — Descontento que el Duque de Mena tenía de los españoles. — Discúlpalos el de Parma. — Política que éste ilustre capitan creia se debia seguir en los negocios de Francia. — Por qué razon negó á la ciudad de Orleans la guarnicion que pedia. — Cómo se deshizo el ejército del Papa. — Sitio de Cran, en Bretaña. — Acude en su socorro D. Juan del Aguila. — Obliga al enemigo á levantar el cerco y le derrota en la huida. — Plazas y fuertes que rindió á consecuencia de esta gloriosa victoria. 513

Páginas.

Capítulo adicional. — Las alteraciones de Aragon, y su quietud con el castigo de algunos sediciosos, y Córtes que celebró el Rey Católico con los aragoneses. . . . 520

Elogio de Zaragoza. 528

Pretende el Rey poner Virey extranjero y lo acaescido en esta pretension. 529

Huye Antonio Perez de la presion, que estaba en Madrid, y entra en Aragon. . . 534

Invian los Inquisidores por Antonio Perez. — Llévanle á su cárcel. — Acométela el pueblo y al Marqués de Almenara. — Muere en la prision mal herido y el Rey junta exército. 550

Llama á Córtes para Tarazona á los aragoneses y dispone su viaje para ir á celebrarlas, y lo que pasó. 596

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO TERCERO.